

**CÁTEDRA EXTRAORDINARIA COMPLUTENSE DE
HISTORIA MILITAR**

La Batalla: Análisis Históricos y Militares



Primera edición: octubre, 2020

La Batalla: Análisis Históricos y Militares

© De la presente Edición: Magdalena de Pazzis Pi Corrales

Ana Sanz de Bremond Mayans

Carlos Díaz-Sánchez

©De todos los autores que componen la obra.

Impresión: Or50 S.L.

ISBN: 978-84-09-24076-0

Depósito Legal: M-26694-2020

Reservados todos los derechos

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra sin la debida autorización de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

**CÁTEDRA EXTRAORDINARIA COMPLUTENSE DE
HISTORIA MILITAR**

La Batalla: Análisis Históricos y Militares

Directora

Magdalena de Pazzis Pi Corrales

Coordinación de la edición

Ana Sanz de Bremond Mayáns

Carlos Díaz-Sánchez

MADRID, 2020

ÍNDICE

<u>Introducción</u>	11
<u>Logística y Aprovisionamiento del Ejército Romano en Hispania</u> Ángel Morillo Cerdán	21
<u>Queronea, 338 A.C. Revisando una batalla decisiva</u> José Pascual González.....	57
<u>Cannas: Aníbal contra Roma</u> Miguel de Rojas Mulet.....	111
<u>Los Arqueros de Asur. La documentación del Archivo Asur M 8 En referencia a la guarnición de arqueros de la ciudad de Asur en el siglo XIII a.C.</u> Jaume Llop Raduá.....	147
<u>Los <i>Thetes</i> Y la flota ateniense en el s.V: ¿Una cuestión retórica?</u> Miriam Valdés Guía	165
<u><i>Agmen et Aquila</i>. Sobre el orden de marcha de las legiones romanas</u> Sabino Perea Llébenes	213
<u>Perspectivas y consecuencias principales en el Mediterráneo Occidental tras la Batalla de Alalia</u> Carlos Díaz-Sánchez	233
<u>La batalla del Salado (1340). Una visión desde la <i>Fuerça de Armas</i></u> Manuel López Fernández	273

<u>De las Navas a Guadapero: Una aproximación al comportamiento táctico de los ejércitos medievales en los campos de batalla</u>	
Carlos Rodríguez Casillas	321
<u>El Cid Campeador en sus batallas campales</u>	
Fernando Pinto Cebrián.....	353
<u>Batallas Frustradas: Valencia 1364</u>	
Pablo Sanhaúja Ferrer	381
<u>Los discursos del Rey para después de una derrota: Aljubarrota (1385-1390)</u>	
Jose Manuel Nieto Soria	413
<u>El uso de la caballería ligera en la conquista del Archipiélago Canario: Las batallas de Guinguada y Acentejo y la importancia de la conformación del terreno</u>	
Dario Testi.....	443
<u>La organización del ejército de los Habsburgo en el siglo XVI</u>	
Zoltan Peter Bagi.....	475
<u>Problemas de abastecimiento en el ataque a Kanizsa en 1601</u>	
Zoltan Peter Bagi.....	495
<u>El difícil mando de los ejércitos coaligados: El caso de Almansa (1707)</u>	
Germán Segura García	515
<u>La Campaña de Provenza (1536). El arte de ganar la contienda eludiendo la batalla</u>	
José Manuel García-Serrano Gil.	563

<u>Poderoso medio para divertir los progresos del ejército de Cataluña. El Sitio de Sant Mateu (1649)</u>	
Carlos Mora Casado	601
<u>La batalla de Centla Y el inicio de la conquista de México: Análisis histórico y militar</u>	
Carlos Moreno Amador.....	639
<u>Asedio versus resistencia insurrecta en los fuertes del sombrero (1817) y los Remedios (1818). Implicaciones, testimonio y óptica del Mariscal Pascual Liñán y Dolz De Espejo</u>	
Begoña Cava Mesa.....	675
<u>La defensa de Cartagena de Indias</u>	
José Antonio Crespo-Francés y Valero	737
<u>El Plan Calleja y las reformas militares de la Nueva España en los inicios de la Independencia de México</u>	
Ana Sanz de Bremond Mayáns	805
<u>La Guerra de las Naranjas: Más allá del decimoctavo día</u>	
José María Moreno Madrid	851
<u>La Construcción de Baterías Costeras en Puerto Rico en el siglo XIX</u>	
Nuria Hinarejos Martín	875
<u>Los soldados del Tercio del Norte en el Conflicto de Piedra Picada (Cuba, 1895). El nacimiento de dos héroes de la Infantería de Marina</u>	
Ana Isabel Bello Platas	923
<u>La Batalla de Vitoria, Del contexto estratégico a la resolución táctica</u>	
José Pardo de Santayana	971

<u>Conducción de la guerra y conducción de operaciones; casos prácticos siglos XIX y XX</u>	
José Romero Serrano.....	1003
<u>La Batalla del Ebro</u>	
Fernando Puell de la Villa.....	1043
<u>Stalingrado (1942-1943): La gran batalla ideologica de la Segunda Guerra Mundial</u>	
Jorge Garris Mozota.....	1089
<u>La Batalla de Guadalcanal en el cine: visiones e interpretaciones en el tiempo y el espacio</u>	
Sergio Mena Muñoz.....	1137
<u>Tres batallas espejo del tránsito a la contemporaneidad: Espinosa de los Monteros, Luchana y Somorrostro</u>	
José Ángel Lecanda Esteban.....	1161
<u>Metodología para el análisis de una batalla</u>	
Francisco José Jiménez Moyano.....	1213
<u>Voluntad de vencer. La doctrina militar como fuente de estudio para entender la actuación en la guerra. el caso de España en Marruecos</u>	
César Labarta Rodríguez Maribona.....	1245
<u>La guerra en la Guinea Portuguesa (1963-1974)</u>	
Alberto Rico.....	1295
<u>Génesis de la Legión Española: El Real Decreto</u>	
M ^a Luz Martín.....	1363

INTRODUCCIÓN

Un año más la Cátedra Extraordinaria Complutense de Historia Militar con el apoyo incondicional y profesional del Instituto de Historia y Cultura Militar presentan otra edición de sus actividades internacionales. En este volumen se presentan los resultados del IV Congreso, titulado *La batalla: Análisis Históricos y Militares*, cuya celebración tuvo lugar los días 15, 16 y 17 de octubre de 2019, por lo que nuestras primeras palabras han de ser de agradecimiento para los profesionales que participaron en él y que, dedicándonos su tiempo y su mejor saber, nos proporcionaron los textos que componen este volumen. Gracias a ellos, es posible que, desde la Cátedra, se puedan seguir cumpliendo los objetivos que se reflejan en el convenio firmado entre la Universidad Complutense de Madrid y el Ministerio de Defensa hace ya ocho años, siendo el Instituto de Historia y Cultura Militar y la Facultad de Geografía e Historia los dos organismos encargados de dar cumplimiento a las estipulaciones de dicho convenio. La imagen del cartel es un óleo sobre lienzo de un episodio de la “Batalla de Tetuán” realizado por Eduardo Rosales Gallinas en 1860 que se encuentra en la actualidad en el Museo del Prado de Madrid.

En esta ocasión tuvimos el honor y el privilegio de contar con especialistas procedentes de diez universidades (Complutense (UCM), Autónoma de Madrid (UAM), Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Universidad de Extremadura, la de Valencia, León, Sevilla, Deusto y la universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Y de variadas instituciones como el Instituto de Historia y Cultura Militar, el Archivo del Concello de Narón (La Coruña), el Instituto Universitario

Gutiérrez Mellado, así como instituciones y universidades internacionales como el Archivo Regional Húngaro.

Como en otras ediciones, este congreso se ha organizado en las cinco áreas temáticas habituales en las anteriores convocatorias, organizadas por coordinadores especializados: Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología (Dra. D^a Estela García Fernández), Historia Medieval (Dr. D. Martín Alvira Cabrer), Historia Moderna (Dr. D. José Cepeda Gómez), Historia y Antropología de América (Dra. Dña Ascensión Martínez Riaza) e Historia Contemporánea (Dr. D. Emilio De Diego García), ofreciendo una secuencia temporal evolutiva desde la Antigüedad hasta nuestros días. Con un total de catorce ponentes y veintitrés comunicantes que han dado lo mejor de sí al compartir con los lectores los resultados de sus investigaciones y conocimientos.

El resultado de aquella reunión científica queda reflejado hoy en este volumen, donde el lector podrá encontrar en las siguientes páginas un panorama que describe diferentes batallas, la logística y aprovisionamiento del ejército en campaña, el desarrollo de las batallas campales, el estudio de los oficiales al mando durante el transcurso de las refriegas bélicas, el análisis de los planes y las estrategias de las mismas o el uso de destacamentos especiales en estos acontecimientos. Y en su conjunto, se nos ofrece diversa información de un mismo periodo histórico, pero también permiten tener una lectura “vertical” por la multitud de temas que aparecen en las distintas partes de este volumen. Así, hallamos visiones generales sobre las batallas desde la Antigüedad hasta la Contemporaneidad, observando en ellas un gran

abánico de estudios especializados que, sin duda, abarcan perfectamente el panorama bélico desde múltiples perspectivas.

Para el año 2020 preparamos un Seminario Internacional que se centrará en el armamento medieval en la Península Ibérica, siendo organizado en colaboración con la Asociación Ibérica de Historia Militar. Siglos IV-XVI. No obstante, por cuestiones de agenda, en vez de celebrarse en el mes de octubre como es habitual, tendrá lugar los días 9 y 10 de marzo. La decisión de optar por temas monográficos de una de las áreas cronológicas de las que se compone la Cátedra parece haber sido acogida con mucho entusiasmo por parte de los asistentes y los especialistas, manteniendo en los Congresos, que se celebrarán los años impares, la convocatoria abierta para todos los especialistas que deseen participar en ellos.

Así dispuesto, entendemos que cumpliremos mejor las funciones y actividades de la Cátedra entre las que se encuentran el intento de generar un foro para debatir sobre las novedades en la investigación y en la metodología de la Historia Militar, exponer y dar luz a las nuevas investigaciones que estén en curso; y plantear un nuevo espacio abierto a investigadores jóvenes y a los más veteranos en el que se puedan realizar actividades propias de las tareas como investigadores.

No podemos cerrar estas páginas sin agradecer muy sinceramente a los colaboradores que nos ayudan a organizar, preparar y difundir nuestro quehacer, una gratitud que hacemos extensiva a los estudiantes que se matricularon y que nos vienen siguiendo con admirable fidelidad en cuantas actividades proponemos desde la Cátedra Extraordinaria

Complutense de Historia Militar. Sin ellos este tipo de actividades no tendrían sentido.

Madrid, julio 2020

Magdalena de Pazzis Pi Corrales

Ana Sanz de Bremond Mayáns

Carlos Díaz-Sánchez

La Batalla: Análisis Histórico Militares

PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA Y ARQUEOLOGÍA

Coordinadora

Dra. Estela García Fernández

LOGÍSTICA Y APROVISIONAMIENTO DEL EJÉRCITO ROMANO EN HISPANIA¹

LOGISTICS AND APPROVAL OF THE ROMAN ARMY IN HISPANIA

Ángel Morillo Cerdán

Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

El aprovisionamiento del ejército constituía un problema táctico de primer orden para la administración militar romana. A juzgar por las referencias contenidas en las fuentes clásicas, el abastecimiento de grano constituía el problema principal al que debía responder la intendencia militar. La alusión frecuente de las fuentes literarias a la necesidad de aprovisionar al ejército responde a una realidad que no siempre resulta fácil de identificar en el registro arqueológico. Las tropas romanas en campaña precisaban no sólo de alimentos básicos como el grano, aceite, vino o salazones, sino también productos manufacturados, caballos y bestias de carga, madera, cueros, tejidos, etc. En el registro arqueológico la evidencia material de la existencia de estas redes de aprovisionamiento es la aparición de envases cerámicos y productos manufacturados (metales, vidrio, útiles óseos). Sin embargo, no contamos con testimonios arqueológicos del transporte de grano (en sacos o serones), ni de otros bienes como los textiles, el cuero o los objetos de madera. A las evidencias arqueológicas de materiales importados se van sumando el descubrimiento de edificios destinados al almacenaje de grano, así como estudios arqueobotánicos y

¹ Este trabajo se inscribe dentro del Proyecto de Investigación “Paisaje y territorio militarizado en la Hispania romana: movilidad y transferencia cultural (ss. II a.C.-IV d.C.)” (I+D HAR2017-85929-P), concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España, cuyos investigadores principales son Ángel Morillo y Cruces Blázquez Cerrato.

arqueozoológicos nos permiten poco a poco conocer la evolución del abastecimiento militar al ejército romano desplegado en Hispania entre el siglo II a. C. y el siglo III d. C.

Palabras clave:

Ejército romano; abastecimiento; grano; Hispania

Abstract:

The supply of the Army was a first-order tactical problem for the Roman military administration. Thanks to the references contained in the classical text, we know that the supply of grain was the main problem to which the military intencies should respond. The references in the literary sources to the need to supply the Army responds to a reality that is not easy to identify in the archaeological record. The Roman troops in campaign required not only basic foods such as grain, oil, wine or salt, but also manufactured products, horses, wood, leather, textiles, etc. In the archaeological records, the material evidence of the existence of these supply networks is the emergence of ceramic containers and manufactured products (metals, glass, bone tools). However, we do not have archaeological evidences of grain transport (in sacks), nor of other goods such as textiles, leather or wooden objects. The archaeological evidence of imported materials are adding to the discovery of buildings destined to the storage of grain, as well as archaeobotanical and archaeozoological studies allow us little by little to know the evolution of the military supply to Roman army deployed in Hispania between the 2nd Century BC and the 3rd Century AD.

Keys words:

Roman Army; supply; grain; Hispania

El aprovisionamiento militar y sus problemas de identificación en el registro arqueológico

El aprovisionamiento del ejército, tanto si se encontraba en campaña como establecido en acantonamientos permanentes, constituía un problema táctico de primer orden para la administración militar romana. Fue preciso organizar una amplia red de transporte de suministros con destino a las tropas estacionadas en lugares muy distantes de los centros productores tanto de artículos de primera necesidad (grano, aceite, vino, salazones), como de productos manufacturados (ajuares domésticos, armas y elementos de indumentaria personal, moneda).

A juzgar por las referencias contenidas en las fuentes clásicas, el abastecimiento de grano constituía el problema principal al que debía responder la intendencia militar. El hecho de que la base de la alimentación en el mundo antiguo fuera el cereal y su ausencia constituyese la causa más frecuente de descontento social y las sublevaciones en el seno del ejército², llevó a arbitrar un complejo mecanismo de control estatal sobre el transporte, almacenaje y redistribución de dicho producto. No cabe duda de que el grano (trigo, cebada, avena, centeno), al que debemos añadir las legumbres (lentejas, habas, garbanzos) presenta innegables ventajas en cuanto a su conservación y distribución, efectuada en sacos. Sin embargo, el peso de los textos clásicos y su continua referencia al cereal ha llevado a minusvalorar la importancia en la dieta del soldado romano de otros

² *Bellum Civile* I, 72, 1; *Bellum Gallicum* IV, 32; Josephus, *Bellum Iudaicum* II, 528. El capítulo 3 del libro III de Vegetio (*De rei militari* III, 3) se dedica por entero a las necesidades tácticas del ejército de cuidar el aprovisionamiento de víveres y forraje.

productos como hortalizas, frutas o carne fresca, de los que es preciso proveerse sobre el terreno. A estos productos debemos añadir la sal, el vinagre y la miel, además de tocino de cerdo, leche, queso, hierbas aromáticas y, por supuesto, vino, aceite, olivas y salazones (MORILLO, 2006, pp. 33-34; MORILLO, 2010, p. 157-158).

La administración militar no se ocupaba sólo de proporcionar alimentos a los campamentos militares. Otros bienes de consumo y productos manufacturados eran igualmente necesarios. Caballos y bestias de carga, madera en bruto para la construcción, productos elaborados en madera y cuero, tejidos de lana y lino, fibras vegetales como esparto para cordajes y objetos de bronce y hierro como armas y armaduras, hierbas y medicinas, útiles óseos, vasos de vidrio y recipientes y elementos cerámicos de todo tipo (*terra sigillata*, lucernas, cerámica común y de paredes finas, material constructivo, etc.) (MORILLO, 2006, pp. 34-35). Todo ello forma parte de los suministros básicos que debe recibir el ejército para mantenerse en perfecto estado operativo y asimismo mantener alta la moral de las tropas con un régimen de vida “civilizado”. De esta manera los miembros del ejército pueden establecer vínculos psicológicos y emocionales con su hogar (MORILLO, 1992, p. 61).

Los suministros pueden ser importados o producidos localmente, en los campamentos o en sus alrededores.

El progreso en este campo ha sido notable fuera de nuestras fronteras durante las últimas décadas (cf. MORILLO y SALIDO, 2010 con bibliografía). Sin embargo, el carácter perecedero de muchos de estos productos y bienes de consumo básicos limita seriamente su

identificación a través del registro arqueológico. A excepción de los envases cerámicos de aceite, vino, aceitunas o salazones, sólo los productos manufacturados (cerámica, metales, vidrio, útiles óseos) ofrecen pistas sobre la importación de vituallas y los lugares de procedencia de las mismas. Ni el grano, transportado en sacos o serones, ni otros bienes como los textiles, el cuero o los objetos de madera suelen dejar evidencia arqueológica directa. A diferencia de las provincias septentrionales del Imperio, donde el hallazgo de objetos de madera o cuero es algo relativamente habitual, las características de los suelos peninsulares, muy rocosos y que mantienen poca humedad, no facilitan la conservación de la materia orgánica. Este hecho nos priva de una información muy valiosa para la reconstrucción de la historia económica del ejército romano estacionado en Hispania. No podemos olvidar que el empleo de recipientes perecederos (barriles, odres) para el transporte en carros o a lomos de caballerías de sustancias como el vino y el aceite se encuentra perfectamente constatado a través de las fuentes, la epigrafía y la iconografía, además de la arqueología (MARLIÈRE, 2002; MARLIÈRE, 2019). Esto debía ser mucho más habitual de lo que se desprende en la historiografía arqueológica actual.

Herramientas de gran utilidad para conocer algunas especies animales y vegetales consumidas en el ámbito de los campamentos militares son los estudios arqueobotánicos y arqueozoológicos. Dichos análisis se revelan especialmente útiles para conocer los tipos de cereales y leguminosas empleados en la dieta del soldado romano, lo que nos permite comenzar a reconstruir las redes comerciales y de distribución a nivel local y regional. En el campo de la arqueozoología

resulta a veces más complicado distinguir entre especies consumidas como carne fresca y animales empleados como bestias de carga o *iumenta*. Dichos análisis se aplican de forma cada vez más sistemática en la antigua Britania y las provincias renanas del Imperio (KOOISTRA, 1996; MATTERNE, 2001; LEPETZ y MATTERNE, 2003; DERREUMAUX ET ALII, 2003; STALLIBRASS y THOMAS, 2008). En Hispania carecemos de estudios de este tipo aplicados a contextos militares, a excepción de la publicación sobre los restos faunísticos hallados en el campamento de Ciudadela (FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, 2003).

Más allá de las evidencias arqueológicas directas sobre la presencia de determinados productos, como vemos a veces muy limitadas, han sido los hallazgos de estructuras de almacenamiento en el interior de los campamentos los que han permitido centrar la atención de los especialistas en el tema del avituallamiento militar. La publicación de grandes *granaria* exhumados en los campamentos británicos desde comienzos del siglo XX, que a veces ocupaban casi la superficie completa del recinto, planteó por primera vez la existencia de un comercio de cereal a larga distancia con destino al ámbito militar. En el interior de los campamentos existieron también grandes almacenes genéricos donde se guardaban las materias primas y artículos importados y elaborados en las *fabricae*, junto con materiales de construcción, leña, alimentos, armas y ropa, monturas para los caballos y animales de carga, etc. Rickman denomina a este tipo de edificios “Baggage stores” (RICKMAN, 1971, p. 257), mientras Petrikovits se

refiere a ellos como “Magazine vom Hoftyp”, almacenes con patio (PETRIKOVITS, 1975, pp. 85-86, fig. 20).

Aunque ambos tipos de edificios (graneros y almacenes) han sido denominados en las fuentes clásicas y la bibliografía actual de forma indistinta como *horrea*, en el estado actual de la investigación podemos establecer una clara diferenciación entre ambos tipos de estructuras. El término granero (*granarium*) debe reservarse para aquellas construcciones sobreelevadas que permiten mantener las condiciones ideales de temperatura y humedad para la conservación del cereal. En cambio, la palabra *horreum/horrea* se refiere a todo tipo de estructura destinada al almacenaje, tanto a los graneros como a los espacios donde se guardaban bienes de consumo y manufacturados. En el registro arqueológico la diferencia entre ambos tipos de *horrea* se halla en la construcción de pavimentos sobreelevados en el interior de los graneros que permiten conservar el cereal a medio o largo plazo (SALIDO, 2011).

Las estructuras destinadas al almacenaje suelen encontrarse en pésimo estado de conservación. Por lo general se documentan tan solo improntas en negativo de agujeros para los postes de sustentación y las vigas durmientes de madera, o bien cimentaciones pétreas. Por este motivo resulta difícil determinar la funcionalidad concreta de dichas construcciones. La aparición de restos de pavimentos sobreelevados, a menudo identificados exclusivamente a partir de sus soportes, la presencia de cereal carbonizado o fosilizado y la documentación epigráfica son los argumentos esenciales que nos permiten confirmar el uso de un edificio como granero. En el caso de los asentamientos

hispanos, solamente se han podido identificar *horrea* a partir de los restos constructivos. No podemos olvidar que buena parte de estas estructuras se construyeron en madera, lo que complica sobremanera su identificación en nuestro suelo (SALIDO DOMÍNGUEZ, 2011, pp. 50-42).

Abastecimiento militar durante el periodo republicano

Presentamos a continuación una visión diacrónica del abastecimiento militar al ejército romano desplegado en Hispania entre los siglos II a. C. y III d. C., incidiendo especialmente en el análisis de los restos constructivos ligados a graneros y almacenes en acantonamientos militares.

El periodo republicano es uno de los peor conocidos arqueológicamente desde el punto de vista del avituallamiento militar, a pesar de los avances que se han realizado en este sentido durante los últimos años (ERDKAMPF, 1998; 2010; ÑACO, 2010; ÑACO y PRINCIPAL, 2012). El ejército ciudadano republicano, dirigido por generales que aplican su propia idiosincrasia a la dirección de las campañas militares, a menudo más preocupados por la búsqueda del triunfo y del botín fácil, y que se enfrentan a los problemas con una visión cronológica limitada a su mandato anual, genera lógicamente una mayor temporalidad en todas sus actuaciones (MORILLO, 2008, p. 74). El correcto aprovisionamiento militar dependía por lo tanto de la capacidad logística de los responsables al mando en cada momento. Las fuentes clásicas nos informan que, desde la fase inicial de conquista, el ejército necesitó obtener los recursos en el terreno o apropiarse de las

reservas almacenadas en los graneros. Esta práctica, conocida como *frumentatio*, es mencionada ya por las fuentes clásicas durante el desarrollo de la guerra iniciada por Catón en el entorno de Ampurias durante el 195 a. C. Livio menciona que el ejército romano se aprovisionó del trigo cultivado por la población indígena³. Este dato nos informa sobre el uso del grano almacenado anteriormente por las comunidades locales. Pero junto al sistema de requisa o apropiación, empleado durante las campañas, las fuentes clásicas informan de que existían “abastecedores”, sin duda encargados de hacer llegar el grano, probablemente desde Italia, a las tropas destacadas en Hispania⁴. Ambos sistemas debieron convivir y emplearse alternativamente en las diferentes fases de la conquista.

Las alusiones a los problemas del suministro de grano a las tropas romanas durante la conquista de la Península Ibérica son continuas en los textos clásicos (CADIOU, 2008, pp. 545-609). Dicha frecuencia indicaría tal vez los problemas de intendencia y transporte de cereal que planteaba la conquista de las regiones interiores de Hispania, especialmente las dos Mesetas, alejadas de las vías de comunicación marítimo-fluviales. La escasa ocupación humana de estas regiones generaría unos recursos agrícolas muy limitados, insuficientes para que el ejército romano se pudiera sostener sobre el terreno.

³ “Catón se detuvo allí [*Emporias*] (...). Coincidió que era la época del año en la que los hispanos tenían el trigo en las eras; dijo, pues, a los abastecedores que no suministrasen trigo, y los envió a Roma diciendo: “La guerra se autoabastece”. Salió de *Emporias* y quemó y devastó los campos del enemigo, haciendo cundir el pánico y la huida de todas partes” (Liv. 34, 9, 11-13).

⁴ Liv. 34, 9, 11-13.

Nuestra información sobre los lugares de almacenamiento del grano y otro tipo de pertrechos para el ejército es aún más reducida. Las fuentes no hacen mención a este tipo de instalaciones, albergadas sin duda en las bases militares principales como *Tarraco* o *Corduba*. Durante las campañas de César en la Galia se menciona la existencia de un almacén público⁵. Por el contrario, en Hispania, el Dictador relata que el grano se concentraba en determinadas ciudades, entre las que se menciona específicamente *Ilerda*⁶ y *Gades*⁷ antes de enviarlo a los campamentos⁸. En dichas ciudades existieron sin duda importantes graneros, pero no podemos considerarlos específicamente militares, aunque pudieron suministrar cereal al ejército, tal vez como impuestos ordinarios o extraordinarios, cuando las necesidades así lo requerían.

Desde el punto de vista de la táctica militar, las tropas se mueven continuamente sobre el terreno para conquistar y someter tribus u *oppida* mediante asedio o conquista por asalto, estableciendo y

⁵ César, *De Bello Civile* 1, 36 y II 22.

⁶ “Se encontraban los afranianos exhaustos por la ausencia de grano y se proveían de agua con dificultad. Los legionarios tenían algo de trigo, porque habían saqueado de *Ilerda* cereal para ocho días, pero los soldados armados de rodela y las tropas auxiliares carecían de éste, sus recursos eran escasos y no podían ni soportar peso. Así pues, cada día se pasaban al campamento de César un gran número de ellos. Tal era la gravedad de la situación. Pero de los dos proyectos propuestos parecía más práctico regresar a *Ilerda*, porque allí habían dejado algo de trigo” (César, *De Bello Civile*, 1, 78).

⁷ “Sus preparativos consistían en ir con dos legiones a Cádiz y concentrar allí todo el trigo y las naves; pues sabía que toda la provincia ayudaba al partido de César” (César, *De Bello Civile*, 2, 18).

⁸ “Mientras tanto, los oscenses y los calagurritanos, que eran tributarios de los oscenses, envían legados a César y le prometen obediencia. Hacen lo mismo los tarraconenses, iacetanos y ausetanos y, pocos días después, los ilurgavonenses que habitan junto al Ebro. Pide a todos estos que le ayuden con trigo. Lo prometen y, requisando bestias de carga de todas partes, llevan trigo al campamento” (César, *De Bello Civile* 1, 40).

abandonando diferentes campamentos durante la campaña veraniega para volver a sus cuarteles de invierno para el *armilustrium*. La huella sobre el terreno de dichos campamentos es muy liviana, por lo que hallar restos de estructuras temporales es difícil (MORILLO, 2008, pp. 77-78).

Solamente en Hispania se han conservado restos materiales de graneros militares romanos de época republicana. El hecho de que dichas construcciones sean de piedra ha generado cierta confusión respecto al origen y desarrollo de dichos edificios (MORILLO y SALIDO, 2010, pp. 139-141). Estos se localizan en los fuertes de la *circumvallatio* de Numantia: Valdevorrón y la tercera fase de Castillejo, que correspondería precisamente con el asedio y toma final de la ciudad arévaca por parte de Escipion en el 134-133 a. C., así como en el vecino campamento base de Renieblas V. Todos ellos parecen seguir el modelo ya bien conocido para época altoimperial, con varias cámaras longitudinales adosadas (MORILLO y SALIDO, 2010, pp. 141-144).



Figura 1. *Horrea* militares durante el periodo republicano en Hispania (SALIDO, 2009)

Quizá el mejor conocido es el hallado por Schulten al norte del campamento V de Renieblas (Soria), de que recientemente Luik ha elaborado una nueva planimetría (LUIK, 2006). La orientación del edificio (oeste/noroeste-este/sudeste) difiere notablemente de la dirección de la muralla norte y del resto de construcciones del campamento, lo que podría hacer plantearse su pertenencia a alguna de las fases anteriores (SALIDO DOMÍNGUEZ 2009, p. 445). Es un granero de 27,3 x 15 m, caracterizado por la existencia de varios muros que dividen longitudinalmente el edificio. La anchura media de estos muros internos es de 0,75-0,80 m, sobre los que se hallaría un pavimento sobreelevado para guardar el cereal. Aunque en los planos de Schulten figuran sólo tres muros internos, él mismo informa en la publicación que había cuatro y, posiblemente, un quinto destruido (SCHULTEN, 1929, 158). Las excavaciones realizadas entre los años 1997-2001 han permitido documentar solamente tres.

Mención aparte merece la supuesta utilización de silos para almacenaje de grano por parte del ejército romano. Hace algunos años se dieron a conocer varios silos (*putei*, según Varrón, o *siri*, de acuerdo con Columela⁹) excavados en la roca natural al norte del foro romano de la ciudad de *Emporiae*. Estos silos tienen un diámetro de aproximadamente 1,20 m y una profundidad de 1,50 m, y cada uno podría tener una capacidad de almacenaje máxima de una tonelada de cereal. El material recogido en su interior fecha su construcción entre

⁹ Varron, *De rei rustica* 1, 57; Columela, *De re rustica* 1, 6, 9-24.

los años 175-150 a. C. Dichas estructuras se han puesto en relación con el *praesidium* establecido por Catón en las cercanías de la colonia griega hacia el 195 a. C. (AQUILUÉ, 2007, p. 257 esp.). Sin embargo, ni las fuentes clásicas ni las evidencias arqueológicas testimonian el empleo de este tipo de estructura en otros asentamientos castrenses, ni dentro ni fuera de la Península, por lo que cabría plantearse si los silos emporitanos fueron excavados por el ejército romano (SALIDO DOMÍNGUEZ, 2010).

Abastecimiento militar durante el periodo altoimperial

Posiblemente el sistema imperial de abastecimiento al ejército debió quedar ya definido bajo Augusto. Hoy en día se suele aceptar que el abastecimiento regular al ejército desplegado en las fronteras septentrionales a través de la *annona militaris* se estructuraba en tres niveles. Las competencias en ese campo eran asumidas directamente por la *praefectura annonae*, encargada también de los suministros regulares a la capital del Imperio, que coordinaba las necesidades y el abastecimiento militar entre distintas provincias. El *procurator Augusti* (Estrabón, *Geog.* III, 4, 20) tenían a su cargo el abastecimiento a las tropas estacionadas dentro de su provincia, asignando una cantidad de dinero a cada unidad militar para sus necesidades de acuerdo con el número real de soldados y oficiales. Esta autoridad debía centralizar los esfuerzos de los *praefecta castrorum*, responsables del abastecimiento de cada legión, que podían a su vez enviar soldados (*frumentarii*, *primipili*) en busca de provisiones a otras regiones o provincias (cf. REMESAL, 1986; CARRERAS, 2002). Los *mercatores* provinciales o

extranjeros se ocupaban de conseguir las mercancías y hacerlas llegar a sus destinatarios empleando el sistema de transporte público o privado (CARRERAS, 2002, p. 75). Dentro de esta estructura administrativa debían jugar también un papel destacado funcionarios como los *beneficarii*, inspectores encargados de controlar el tráfico comercial, situados a lo largo de las principales vías del Imperio y en las zonas fronterizas (CARRERAS, 1997; NELIS-CLÉMENT, 2000). Esta organización debió irse desarrollando con el paso del tiempo para adaptarse a las nuevas circunstancias, culminando en el 170 d. C. con la aparición del *subpraefectus annonae*, encargado especialmente de los suministros del ejército.

Posiblemente las líneas básicas de esta organización debieron quedar fijadas por Augusto, que crea en los últimos años de su reinado la *praefectura annonae* y un sistema de transporte a escala imperial (*vehiculatio*). Pero es durante el reinado de Claudio cuando dicha institución, responsable del avituallamiento militar, experimenta un gran desarrollo, sin duda impulsado por las necesidades de suministro de las tropas durante la conquista de *Britannia* (MORILLO, 2003, p. 25; MORILLO y MORAIS, 2020, e. p.), que debieron exigir mucho mayores cantidades de productos de primera necesidad, así como una organización más perfeccionada.

Por lo que se refiere a Hispania, las evidencias epigráficas relativas a la organización del avituallamiento al *exercitus* desplegado en la provincia hacen en su mayoría referencia a un momento posterior al ascenso de Vespasiano al trono, cuando la *legio VII gemina* es la única legión de guarnición en la Península (CARRERAS, 1997, pp. 165-167).

Es muy probable incluso que la primera vez que se puso a prueba el nuevo sistema de avituallamiento militar inaugurado por Augusto fuese durante las guerras cántabras (29-19 a. C.), que sirvieron de ensayo general para muchos aspectos de estrategia militar, más tarde aplicados durante la conquista de las fronteras septentrionales (MORILLO, 1996, p. 81; MORILLO, 2014). No cabe duda que la preparación de dichas campañas debió ser muy cuidadosa desde el punto de vista del avituallamiento militar, ya que suponía desplazar un ejército compuesto de varias decenas de miles de hombres (7 legiones más sus cuerpos auxiliares, aproximadamente 50000 hombres) hacia una región aislada, montañosa y sin posibilidad de ser abastecida por vía marítima o fluvial. El abastecimiento sobre el terreno mediante la requisa de productos resultaba muy difícil debido a los escasos recursos agrícolas disponibles en la región.

Desde el punto de vista del avituallamiento, las campañas del 26/25 a. C. contra los cántabros y los astures (cf. MORILLO, 2014) debieron revestir especial dificultad, tal y como confirma una de las escasas referencias literarias que conservamos. Nos referimos en concreto a la alusión a la *classis Aquitanica*. Según los textos de Estrabón¹⁰, Floro¹¹ y Orosio¹², dicha escuadra, procedente de los puertos aquitanos, habría desembarcado en algún punto de la costa cantábrica durante las guerras contra cántabros y astures. Mientras Floro y Orosio asignan un papel estrictamente bélico a esta discutida intervención, Estrabón apunta que

¹⁰ *Geog.* III, 4, 18.

¹¹ *Epitome rei gestae Romanae* II, 33, 46.

¹² *Historiarum adversos paganos* VI, 21, 4.

la intervención de la flota se realizó debido a las necesidades de trigo y otros víveres por parte del ejército. Los restos arqueológicos no avalan esta temprana presencia romana en ninguno de los enclaves cantábricos romanos hasta ahora constatados, aunque un desembarco romano ocasional no tendría que haber dejado testimonios materiales o constructivos visibles (MORILLO y FERNÁNDEZ OCHOA, 2003, p. 447).

Dejando al margen esta hipotética intervención desde el Cantábrico, parece mucho más verosímil plantear que el abastecimiento, tanto de la campaña del 26/25, como la del 19 a. C. comandada por Agripa, se realizó principalmente a través de los centros de abastecimiento ubicados en la costa tarraconense, donde se almacenarían las vituallas traídas posiblemente desde Italia u otras regiones como el sur de Galia. A través del valle del Ebro, por vía fluvial y terrestre, los pertrechos alcanzarían los escenarios donde se desarrollaban las operaciones de acoso y castigo contra los indígenas. Menor evidencia arqueológica existe sobre el papel de la Bética en este sentido, pero no debemos olvidar que las legiones destacadas en el frente occidental, que atacaron a los astures desde el territorio galaico, debieron también ser surtidas de todo lo necesario. Tal vez los abundantes recursos agrícolas béticos se canalizaron hacia este teatro de operaciones por vía marítima gracias a los navegantes gaditanos hasta las rías bajas gallegas y el curso inferior del Miño, desde donde seguirían por tierra. La Bética debió asumir ya en este momento buena parte del esfuerzo del suministro militar (MORILLO, 2006, p. 38; MORILLO y MORAIS, 2020, e. p.).

Tal y como corresponde a un ejército en campaña, el grueso de los pertrechos correspondería a víveres y animales, mientras los productos manufacturados apenas tendrían alguna importancia. Los escasos restos cerámicos hallados en los primeros campamentos de campaña y bases legionarias confirman la procedencia foránea de dichos productos (MORILLO, 2006, p. 38).

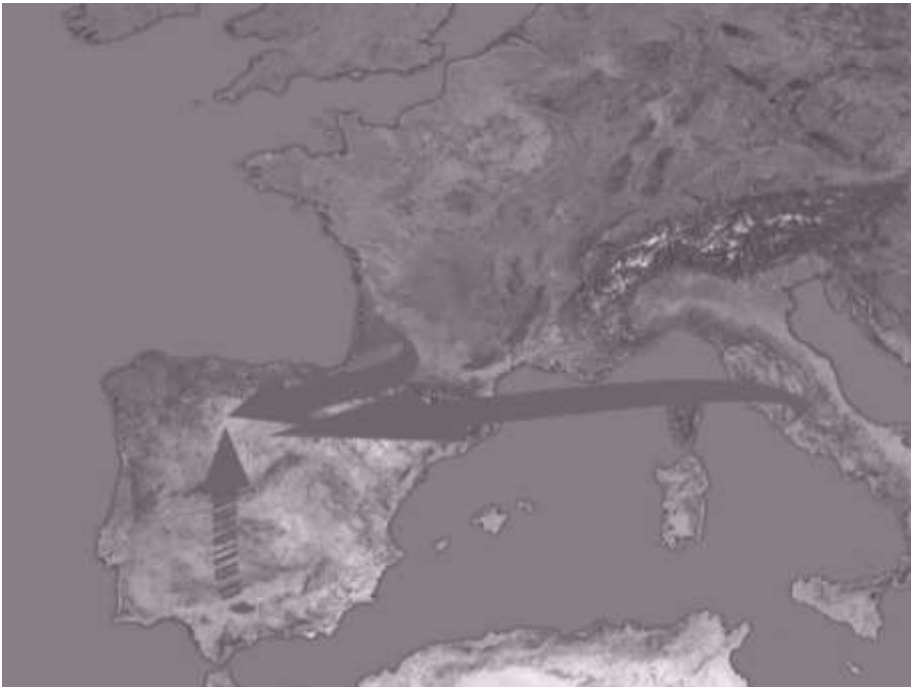


Figura. 2. Fuentes de aprovisionamiento al ejército de Hispania durante la época augustea

Esta misma dinámica se mantiene tras las guerras cántabras a lo largo del reinado de Augusto. La mayor parte de las unidades militares partieron entre el 19 y el 15 a. C. hacia las fronteras septentrionales del

Imperio, mientras las tres legiones asignadas al ejército hispánico (*III Macedonica*, *VI victrix* y *X gemina*) se asentaban en las bases legionarias fijas establecidas en Herrera de Pisuerga, León y Astorga respectivamente (MORILLO, 2002, pp. 77-78). Este despliegue militar se prolonga a lo largo de todo el periodo julioclaudio y, redimensionado, a partir de la época flavia.



Figura 3. Distribución de los campamentos romanos en Hispania durante el periodo de la “Paz Armada” (19/15 a. C.-15 d. C.) (Á. MORILLO)

Los campamentos permanentes, constituyeron enclaves de romanidad aislados en un territorio recién conquistado o en proceso de conquista, que generan en torno a sí procesos particulares de territorialización y formación de paisajes de ocupación muy diferentes a los surgidos en torno a los núcleos urbanos conquistados o fundados por Roma, modificando sustancialmente los parámetros de interacción socioeconómica con el mundo indígena. Cada vez es más evidente el

impacto cultural del ejército romano de cara a la romanización, es decir, a la transformación de las sociedades preexistentes y la adopción de patrones romanos de todo tipo. Las tropas desempeñarán un importante papel como agente de transferencia cultural de unas pautas de comportamiento de raigambre itálica (fortificaciones, asentamientos, producciones cerámicas, numerario, cultos, costumbres alimenticias...), en ocasiones adaptados y reformulados por la propia casuística derivada de vivencias y necesidades concretas¹³.

Las excavaciones desarrolladas en los campamentos legionarios estables proporcionan una información considerable sobre los productos y las redes de abastecimiento militar. Dichos acantonamientos, instalados en regiones alejadas de los centros neurálgicos del Imperio y de las principales vías de comunicación tanto marítimas como fluviales deben sobrevivir en un principio de manera casi autónoma, librados a los recursos que la administración militar pone a su disposición y a la explotación del territorio circundante. No cabe duda de que los productos de primera necesidad, especialmente alimentos, debieron importarse. Las ánforas de vino, aceite y salazones y conservas de pescado son el principal elemento para reconstruir el sistema de abastecimiento militar. Los cereales por el contrario permanecen en buena medida ajenos a estos análisis por los problemas

¹³ Esta cuestión constituye precisamente uno de los objetivos del Proyecto de Investigación “Paisaje y territorio militarizado en la Hispania romana: movilidad y transferencia cultural (ss. II a.C.-IV d.C.)” (I+D HAR2017-85929-P), concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España, cuyos investigadores principales son Ángel Morillo y Cruces Blázquez Cerrato, en cuyo marco se elabora el presente estudio.

que plantea su documentación arqueológica debido al carácter efímero tanto del grano como de los sacos, serones o fardos que los contenían. Además de los propios envases, sólo los productos manufacturados que los acompañaban pueden proporcionar algunas pistas sobre la importación de vituallas y las zonas productoras.



Figura. 4. Ánfora del tipo Haltern 70 procedente de *Lucus Augusti* (Lugo) (C. CARRERAS)

Los productos alimenticios debían llegar a los campamentos en grandes cantidades para el conjunto de la tropa, una de las obligaciones autoimpuestas por parte de la autoridad militar y cuyo coste, entre un

25-30% de los ingresos anuales del legionario, era detráido de los salarios (DAVIES, 1971, 122-142). Es previsible que aceite, vino y salazones llegaran en diferentes cantidades para suministrar a todo el conjunto de la tropa, pero no resulta fácil calcularlas. Una ayuda inestimable en este apartado la proporcionan los escasos textos disponibles. Los cálculos de cantidades arrojan volúmenes elevadísimos, más de medio millón de hectólitos para el consumo anual de vino de una única legión, y casi 100.000 litros de aceite (MORILLO y MORAIS, 2020, e. p.).



Figura. 5. Escena de la Columna de Trajano con transporte de barriles en barcas fluviales por el Danubio

Uno de los escasos testimonios disponibles en estos primeros compases de vida de los campamentos septentrionales acerca de la

procedencia de productos básicos con el grano, el vino o el aceite, nos lo proporcionan las mercancías manufacturadas exhumados en los yacimientos militares (ánforas de vino y salazones, TSI, ánforas, cerámica de paredes finas, cerámica común, lucernas...) que, procedentes de Italia central y meridional, el Egeo, la Bética, la Galia o la costa tarraconense, debieron de acompañar a aquellos en su largo y difícil recorrido hacia los acantonamientos hispanos.

Sin embargo, los elevados costes del transporte por vía terrestre de objetos hacia los campamentos hispanos impulsan el desarrollo de un complejo sistema artesanal dentro del ámbito castrense, destinado a cubrir sus necesidades primarias de objetos manufacturados (MORILLO, 1992, p. 167). Los talleres militares del periodo augusteo debemos entenderlos como parte de una política practicada por el ejército romano para dar respuesta a los problemas del suministro. Los recipientes cerámicos debieron representar un capítulo esencial dentro de la producción de los talleres militares ya que constituyen objetos de primera necesidad, que es más fácil fabricar *in situ* que transportar a largas distancias, y fundamentales para mantener un nivel de vida netamente romano. Su fabricación se constata en los campamentos de León y Herrera de Pisuerga. En este último campamento se realizaron asimismo útiles óseos y metálicos, a los que debieron acompañar posiblemente artículos textiles y de cuero (MORILLO, 2000, p. 629; MORILLO, 2006, p. 47).

El abastecimiento del grano, el vino o el aceite estaba controlado directamente por el Estado, que practicaba una política económica “de mercado dirigido” (REMESAL, 1986, p. 111), orientada hacia el

abastecimiento de la Urbe y las fuerzas militares desplegadas en las fronteras. El Estado debía asumir la carga económica de dicho transporte independientemente de su costo, como servicio público destinado al sostenimiento de su ejército, pero lógicamente intentaba disminuir al máximo los gastos de transporte.

Como consecuencia directa, conforme avanza el siglo I d. C., el peso del avituallamiento de dichos productos se hace recaer sobre territorios más cercanos a los acantonamientos militares. En el caso de los campamentos altoimperiales peninsulares, los testimonios arqueológicos avalan la participación creciente de otras regiones de Hispania en el avituallamiento, mientras la importación foránea va perdiendo importancia debido a su mayor coste, aunque se mantiene un volumen de importaciones de lujo itálicas u orientales destinadas sin duda a la oficialidad. Es probable que las necesidades de avituallamiento del ejército septentrional constituyeran un estímulo o catalizador inestimable para la actividad económica de las provincias hispanas, tanto los productos manufacturados como en productos agrícolas como el vino, el aceite y el grano (MORILLO, 2006, p. 48).

Más difícil aún es formular hipótesis sobre el suministro de cereales, cuya producción debió incentivarse en la mayoría de las regiones antes descritas. La ausencia de graneros excavados y de análisis arqueobotánicos impiden conocer el tipo de cereal consumido, así como su procedencia, que podría ser cultivado tanto en el *ager publicus* de las provincias hispanas, como en tierras de particulares. Es posible que la Bética, que a juzgar por lo que conocemos para época de Claudio era

excedentaria en trigo¹⁴, cargase con al menos una parte del suministro de cereal para las tropas militares, mientras la explotación agrícola de otras regiones no permitió la diversificación o reorganización de las fuentes de aprovisionamiento.

Nuestro conocimiento sobre las estructuras de almacenamiento en las fortalezas legionarias estables, tanto las del periodo augusteo y julioclaudio construidas sin duda en madera en su mayor parte, como las correspondientes al periodo flavio y los siglos II-III, ya en piedra, es casi nulo (MORILLO y SALIDO, 2010: pp. 151-152 y 155-158).

La información que disponemos en la actualidad sobre los graneros altoimperiales documentados en Hispania se limita a los dos edificios excavados en los campamentos auxiliares de Baños de Bande-Porto Quintela (Orense), conocido en las fuentes escritas como *Aquis Querquennis*. El fuerte, de unas 3 ha, estuvo ocupado entre finales del siglo I d. C. y mediados del siglo II. Los *horrea* se hallaban en la *retentura*, junto a la *via decumana* (RODRÍGUEZ COLMENERO y FERRER SIERRA, 2006, pp. 98-106). Es un complejo constructivo formado por dos naves, de las que la occidental no ha sido completamente excavada. La cámara de almacenaje oriental mide aproximadamente 21 m de longitud (incluyendo el vestíbulo o pórtico) y 8, 20 m de anchura. muro. La cámara occidental tiene mayor anchura (10, 30 m) y paredes más sólidas. Se asientan sobre un zócalo de casi 1 m de anchura. En el interior, se encontraron cinco alienaciones de apoyos troncopiramidales, separados a una distancia media de unos 1,

¹⁴ Dión Cassio, *Historia Romana* 9, 24, 5.

25 m. Estos pilares permitían sostener un pavimento sobreelevado. Las paredes estaban reforzadas con contrafuertes que permitían incluso abrir vanos o ranuras de ventilación en el (SALIDO, 2011, pp. 509-513).



Figura 6. Graneros del campamento de *Aquis Querquennis* (SALIDO, 2009)

No cabe duda que el campamento erigido por la *legio VII gemina* en León hacia el año 74 d. C. (León III) sobre los antiguos *castra* de la *legio VI victrix* debió de contar con graneros de gran capacidad, como correspondería al único establecimiento legionario en las provincias hispanas hasta el final del Imperio. Las excavaciones arqueológicas no han permitido por el momento identificarlos. Sin embargo, ha sido

posible conocer una estructura para almacenamiento, edificada en piedra sobre los antiguos barracones del campamento julioclaudio (León II). Este edificio, situado en la *retentura* del campamento y delimitado al norte por la *via sagularis*, en la zona conocida actualmente como Santa Marina, era de planta regular, presentando una distribución basada en la sucesión de ambientes rectangulares uniformes (6/6, 25 x 4, 75 m). Estos se hallaban pavimentados con un suelo de arcilla apisonada, a los que se accedía desde un amplio espacio abierto, quizá porticado, mediante un vano situado en el centro de uno de sus lados menores (MORILLO y GARCÍA MARCOS, 2006, pp. 240). En nivel de uso se halló completamente sellado por un estrato de derrumbe datado en el tercer cuarto del siglo III, formado a partir del colapso de las paredes y techumbre de la construcción, con abundantes restos de tégulas e ímbrices. Este esquema de almacén genérico cuenta con buenos paralelos en otras fortalezas legionarias, pudiéndose incluir, en concreto, dentro de los “almacenes en torno a patio” de la clasificación de Petrikovits (PETRIKOVITS, 1975, pp. 85-86, fig. 20).

Algunas consideraciones finales

La alusión frecuente de las fuentes literarias a la necesidad de aprovisionar al ejército de campaña o asentado en campamentos permanentes responde a una realidad que no siempre resulta fácil de identificar en el registro arqueológico. Las tropas precisaban no sólo de alimentos básicos como el grano, aceite, vino o salazones, sino también de productos manufacturados (ajuares domésticos, armas y elementos de indumentaria personal, moneda, etc.). En el registro arqueológico la

evidencia material de la existencia de estas redes de aprovisionamiento es la aparición de envases cerámicos y productos manufacturados (metales, vidrio, útiles óseos). Sin embargo, no contamos con testimonios arqueológicos del transporte de grano (en sacos o serones), ni de otros bienes como los textiles, el cuero o los objetos de madera. Este panorama está comenzando a cambiar. La aplicación de los estudios arqueobotánicos y arqueozoológicos y nos permiten conocer la evolución del abastecimiento militar al ejército romano desplegado en Hispania entre el siglo II a. C. y el siglo III d. C.

Durante la fase republicana el ejército recurrió tanto al envío de alimentos y bienes desde regiones lejanas como la propia Italia como a la *frumentatio* o adquisición de los recursos en el terreno y la apropiación de las reservas indígenas. Sin embargo, la escasez de evidencias arqueológicas sobre la existencia de graneros nos impide tener una visión más detallada del aprovisionamiento militar.

El inicio de las guerras cántabras (29-19 a. C.) supuso un nuevo reto para Roma. El desplazamiento de un ejército compuesto por 7 legiones y sus cuerpos auxiliares requirió del aprovisionamiento de un gran volumen de alimentos y bienes manufacturados desde otras regiones como el sur de la Galia, Italia y la Bética, pues la zona septentrional de la Península, aislada y montañosa, hacía muy difícil el avituallamiento sobre el terreno mediante la requisita de productos. Esta misma dinámica, organizada y regularizada, se mantiene durante el periodo augusteo y julioclaudio, cuando es necesario mantener el aprovisionamiento de un gran número de soldados en el norte de Hispania, donde permanecieron asentadas tres legiones (*III Macedonica*, *VI victrix* y *X gemina*) en las

bases fijas establecidas en Herrera de Pisuerga, León y Astorga/Rosinos de Vidriales respectivamente. El registro arqueológico de carácter cerámico evidencia cuantiosas importaciones desde Italia central y meridional. Durante el periodo augusteo conocemos además una incipiente estructura artesanal, especialmente en León y Herrera de Pisuerga, que reduce sensiblemente los costes de transporte de los bienes consumidos por las tropas.

La profunda reorganización militar de comienzos del reinado de Tiberio comporta un afianzamiento progresivo del sistema de aprovisionamiento, en el que se racionalizan las fuentes de suministro, prefiriendo siempre regiones más cercanas para ahorrar costes. Los restos anfóricos constituyen las principales evidencias de la llegada de productos alimenticios foráneos (vino, aceite, salazones) de origen itálico, oriental, gálico, bético o lusitano. Junto a ellos llega cerámica de mesa que nos indica asimismo la procedencia del comercio dirigido hacia estos centros militares. Por lo que se refiere a las estructuras de almacenamiento de grano, tampoco han llegado muchas hasta nosotros, aunque debieron ser de envergadura, al menos en el caso de los campamentos legionarios.

Bibliografía

- AQUILUÉ, J. (2007): “Empúries”, en MORILLO, A. (Ed.): *El ejército romano en Hispania. Guía Arqueológica*, Univ. León, León, pp. 256-259.
- CADIOU, F. (2008): *Hibera in terra miles. Les armées romaines et la conquête de l’Hispanie sous la République (218-45 av. J.-C.)*, Casa de Velázquez, Madrid.
- CARRERAS, C. (1997): «Los *beneficiarii* y la red de aprovisionamiento militar de Britannia e Hispania», *Gerión*, 15, pp. 151-176.
- CARRERAS, C. (2002): “The Roman military supply during the Principate. Transportation and staples”, en ERDKAMP, P. (Ed.), *The Roman Army and the Economy*, Gieben, Amsterdam, pp. 70-89.
- DAVIES, J. L. (1971): «The Roman Military Diet», *Britannia*, 2, pp. 122-142.
- DERREUMAUX, M., MATTERNE, V. y MALRAIN, F. (2003) : “Indices archéologiques et archéobotaniques du traitement des céréales du 2e âge du fer à la fin de la période gallo-romaine en France septentrionale”, en ANDERSON, P. C., CUMMINGS, L. S., SCHIPPERS, T. K. y SIMONEL, B. (Eds.), *Le traitement des récoltes. Un regard sur la diversité du néolithique au présent*, UNIV-AMU, Antibes, pp. 219-234.
- ERDKAMP, P. (1998): *Hunger and the sword. Warfare and food supply in roman republican wars*, Brill, Amsterdam.

- ERDKAMP, P. (2010): “Supplying armies in the Iberian Peninsula during the Republic”, CARRERAS, C. y MORAIS, R. (ed.), *The Western Roman Atlantic Façade: a study of economy and trade in the Mar Exterior from the Republic to the Principate*, BAR Int. Series 2162, Archaeopress, Oxford, 135-144.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. (2003): *Ganadería, caza y animales de compañía en la Galicia romana: estudio arqueozoológico*, Brigantium, 15, Museo Arqueológico, A Coruña.
- GROENMAN-VAN WAATERINGE, W. (1997): “Classical authors and the diet of Roman soldiers: true or false?”, en GROENMAN-VAN WAATERINGE, W., VAN BEEK, B. L., WILLEMS, W. J. H. y WYNIA, S. L. (Eds.), *Roman Frontier Studies 1995. Proceedings of the XVIth International Congress of Roman Frontier Studies*, Oxbow Monograph, 91, Oxbow books, Oxford, pp. 261-265.
- KOOISTRA, L. I. (1996): *Borderland Farming. Possibilities and Limitations of Farming in the Roman Period and Early Middle Ages between the Rhine and Meuse*, Van Gorcum & Comp, Assen.
- LABISH, A. (1975): *Frumentum commeatusque. Die Nahrungsversorgung der Heere Caesars*, Beiträge zur klassischen Philologie 69, Meisenheim am Glan, 1975.
- LEPETZ, S. y MATTERNE, V. (Dirs.) (2003): *Cultivateurs, éleveurs et artisans dans les campagnes de Gaule romaine:*

- matières premières et produits transformés Actes du VIe colloque de l'Association AGER, RAP, Amiens.*
- LUIK, M. (2006): *Renieblas, Lager V: die Ergebnisse der archäologisch-topographischen Vermessungen der Jahre 1997 bis 200*, Philipp von Zabern, Mainz am Rhein.
- MARLIÈRE, E. (2002): *L'outré et le tonneau dans l'Occident romain*, Monographies d'Instrumentum 22, Monique Mergoil, Montagnac.
- MARLIERE, É. (2019): “El odre y el tonel en época romana. Testimonios arqueológicos e iconográficos”, MORILLO, A., HERMANNNS, M. y SALIDO, J. (eds.), *Ephemeral Archaeology. Products and perishable materials in the archaeological record of Roman times/Arqueología Efímera. Productos y materiales perecederos en el registro arqueológico de época romana*, Nünnerich-Asmus, Mainz am Rhein, pp. 65-76.
- MATTERNE, V. (2001): *Agriculture et alimentation végétale durant l'âge du Fer et l'époque gallo-romaine en France septentrionale*, Monique Mergoil, Montagnac.
- MORILLO, A. (1992): *Cerámica romana de Herrera de Pisuerga (Palencia, España): las lucernas*, Univ. Int. SEK, Santiago de Chile.
- MORILLO, A. (1996): “Los campamentos romanos en la Meseta Norte y el Noroeste: ¿un limes sin frontera?”, en FERNÁNDEZ OCHOA, C. (Coord.), *Coloquio Internacional sobre los*

Finisterres Atlánticos en la Antigüedad. Época Prerromana y Romana, Electa, Gijón, pp. 77-83.

MORILLO, A. (2000): “La *legio IIII Macedonica* en la península Ibérica. El campamento de Herrera de Pisuerga (Palencia)”, en LE BOHEC, Y. y WOLF, C. (Eds.), *Les Légions de Rome sous le Haut-Empire*, De Boccard, Lyon, pp. 609-624.

MORILLO, A. (2002): “Conquista y estrategia: el ejército romano durante el periodo augusteo y julio-claudio en la región septentrional de la Península Ibérica”, en MORILLO, A. (Coord.), *Arqueología Militar Romana en Hispania*, Anejos de Gladius, 5, Polifemo-CSIC, Madrid, pp. 67-94.

MORILLO, A. (2003): “Los establecimientos militares temporales: conquista y defensa del territorio en la Hispania republicana”, en CADIOU, F., HOURCADE, D. y MORILLO, Á (Eds.), *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto (espacios urbanos y rurales, municipales y provinciales)*, Univ. León-Casa de Velázquez, León-Madrid, pp. 41-80.

MORILLO, A. (2006): “Abastecimiento y producción local en los campamentos romanos de la región septentrional de la Península Ibérica”, en MORILLO, A. (Ed.), *Arqueología militar romana en Hispania II: producción y abastecimiento en el ámbito militar*, Univ. León, León, pp. 33-74.

MORILLO, A. (2008): «Criterios de identificación de campamentos romanos en España», *Salduie*, 8, pp. 73-93.

- MORILLO, A. (2010): “Demand and military supply in the northwest of Hispania through out the Early Empire”, CARRERAS, C. y MORAIS, R. (ed.), *The Western Roman Atlantic Façade: a study of economy and trade in the Mar Exterior from the Republic to the Principate*, BAR Int. Series 2162, Archaeopress, Oxford, pp. 57-72.
- MORILLO, A. (2014): “Arqueología de la conquista del norte peninsular. Nuevas interpretaciones sobre las campañas del 26-25 a. C.”, en CADIOU, F. y NAVARRO, M. (Eds.), *La guerre et ses traces. Conflicts et Sociétés en Hispanie à l'époque de la conquête romaine (IIIe-Ier siècle av. J. C.)*, Ausonius, Bordeaux, pp. 133-148.
- MORILLO, A. y FERNÁNDEZ OCHOA, C. (2003): “La bahía de Santander en el marco de la conquista romana de Cantabria”, en FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. y RUIZ COBO, J. (Eds.), *La Arqueología de la bahía de Santander*, Fundación Marcelino Botín, Santander, pp. 439-450.
- MORILLO, A. y GARCÍA MARCOS, V. (2006): “*Legio* (León). Introducción histórica y arqueológica”, en GARCÍA-BELLIDO, M^a P. (Coord.), *Los campamentos romanos en Hispania (27 a.C.–192 d.C.). El abastecimiento de moneda*, Anejos de Gladius 9, Polifemo-CSIC, Madrid, pp. 225-243.
- MORILLO, A. y MORAIS, R. (2020): *Ánforas de los campamentos romanos de León. Un modelo de abastecimiento militar entre el periodo augusteo y finales del siglo I d. C.*, Anejos Archivo Español de Arqueología, CSIC, Madrid (en prensa).

- MORILLO, A. y SALIDO DOMÍNGUEZ, J. (2010): “El aprovisionamiento del ejército romano en Hispania: transporte, almacenaje y distribución”, en PALAO, J. J. (Ed.), *Militares y civiles en la antigua Roma. Dos mundos diferentes, dos mundos unidos*, Univ. Salamanca, Salamanca, pp. 135-164.
- NELIS-CLEMENT, J. (2000): *Les beneficiarii: militaires et administrateurs au service de l'empire (I s.a.C.- VIe s. p.C.)*, Ausonius, Paris.
- ÑACO, T. (2010): “Garrisons, military logistics and civilian populations in the Late republic Africa and Hispania”, CARRERAS, C. y MORAIS, R. (ed.), *The Western Roman Atlantic Façade: a study of economy and trade in the Mar Exterior from the Republic to the Principate*, BAR Int. Series 2162, Archaeopress, Oxford, pp. 145-150.
- ÑACO, T. y J. PRINCIPAL, J. (2012): “Outposts of Integration? Garrisoning, Logistics and Archaeology in North-Eastern Hispania, 133-82 BC”, en ROSELAAR, S. (Ed.), *Processes of Integration and Identity Formation in the Roman Republic*, Brill, Leiden / Boston, pp. 159-177.
- PETRIKOVITS, H. V. (1975), *Die Innenbauten römischer Legionslager während der Prinzipatszeit*, abhandlungen der Rheinisch-Westfälischen Akademie der Wissenschaften, 56, ARAW, Opladen.
- REMESAL RODRÍGUEZ, J. (1986): *La annona militaris y la exportación de aceite bético a Germania*, Univ. Complutense, Madrid.

- RICKMAN, G. (1971): *Roman granaries and store buildings*, The University Press, Cambridge.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. y FERRER SIERRA, S. (2006): *Excavaciones arqueológicas en Aquis Qverquennis. Actuaciones en el campamento romano (1975-2005)*, Anejos de Larouco 4, Univ. Santiago de Compostela, Lugo.
- ROTH, J. P. (1999), *The Logistics of the Roman Army at War (264BC–AD 235)*, Brill, Leiden/ Boston/Köln.
- SALIDO DOMINGUEZ, J. (2009): “Los graneros militares romanos en Hispania”, en MORILLO, A., HANEL, N. y MARTÍN HERNÁNDEZ, E. (Eds.), *Limes XX. Estudios sobre la Frontera Romana*. Anejos de Gladius, 13, Polifemo y Gladius, Madrid, pp. 679-692.
- SALIDO DOMÍNGUEZ, J. (2011): *Horrea militaría. El aprovisionamiento de grano al ejército en el Occidente del Imperio Romano*, Anejos de Gladius 14, Polifemo y CSIC, Madrid.
- STALLIBRASS, S. y THOMAS, R. (Eds.) (2008): *Feeding the Roman Army. The Archaeology of Production and Supply in NW Europe*, Oxbow books, Oxford.
- ULBERT, G. (1984): *Cáceres el Viejo. Ein spätrepublikanisches Legionslager in Spanisch-Extremadura*, Madrider Breitäge 11, Philipp von Zabern, Mainz am Rhein.

QUERONEA, 338 A.C. REVISANDO UNA BATALLA DECISIVA

CHAERONEA 338 B.C. REVISITING A DECISIVE BATTLE

José Pascual

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen:

En este trabajo se estudia la batalla de Queronea, acontecida en el verano del 338 a.C., en Grecia central, que supuso el establecimiento de la hegemonía de Filipo II en la Hélade y, sobre todo, el final de los intentos hegemónicos de las potencias griegas que habían caracterizado el período clásico. Frente las hipótesis anteriores, se propone un nuevo enfoque para intentar comprender la batalla. De este modo, ambos ejércitos se desplegaron en dos líneas paralelas justo a la entrada de la llanura. Filipo tuvo el ala izquierda de la formación macedonia y Alejandro mandó el ala derecha. Combatieron las falanges macedonia y hoplítica junto a la caballería y a la infantería ligera. Filipo hizo retroceder su ala con el objetivo de estirar y provocar la ruptura de la línea contraria, mientras Alejandro atacaba en su flanco. Finalmente, los jinetes macedonios llevaron a cabo un envolvimiento de los beocios, por lo que no es necesario postular una carga frontal de caballería.

Palabras claves:

Grecia antigua. Macedonia. Siglo IV a.C. Queronea.

Abstract:

This paper analyses the battle of Chaeronea that took place in the summer of 338 in central Greece, which entailed the establishment of Philip II's hegemony in Greece, and especially, the end of the hegemonic attempts of the principal powers that had characterized the Classical period. In order to understand better this battle, a new

approach is proposed. Thus, both armies deployed into two parallel lines just at the entrance of the plain. Philip led the left wing of the Macedonian formation and Alexander the right one. Macedonian and hoplitic phalanges fought alongside the cavalry and light infantry. Philip made retreat his wing in order to stretch and cause the opposite line to break while Alexander attacked in his wing. Finally, the Macedonian cavalry carried out a wrapping of the Boeotians so it was not necessary to apply for a frontal charge.

Key words:

Ancient Greece. Macedonia. Fourth Century B.C. Chaeronea.

Queronea y las tumbas colectivas de los caídos en la batalla

Dice Plutarco en su *Vida de Camilo* (19.5) que el mes ateniense de Metagitnión, al que los beocios llaman Panemo, no fue propicio para los griegos, pues el día séptimo de dicho mes, además de otras derrotas, sufrieron un descalabro en Queronea en una batalla contra Filipo¹⁵. En efecto, en una fecha que correspondería en nuestro calendario o bien al 2 de agosto o, más probablemente, al 1 de septiembre del año 338 a.C., siendo arconte en Atenas Querondas (338/7)¹⁶, en la llanura que se

¹⁵ PLUT. *Cam.* 19.5: ἐν Χαιρωνείᾳ μαχόμενοι πρὸς Φίλιππον ἠτύχησαν. PLUTARCO (*Cam.* 19.5) data también en este mismo día y mes otros dos acontecimientos importantes: la derrota de los griegos en la batalla de Cranón durante la Guerra lamíaca (año 322 a.C.) y la partida del rey espartano Arquidamo a Italia, donde sería posteriormente aniquilado (342-338 a.C.).

¹⁶ Para la fecha de la batalla vid. KROMAYER, 1903, p. 173; MA, 2008, p. 72; CORVISIER, 2012, p. 7, n. 1. GINZEL (1911, 2, p. 579, tafel IV) sitúa el solsticio de verano del año 338 el día 27 de junio, con lo que el año ateniense comenzaría con la siguiente luna nueva, esto es, el 27 de julio, si las observaciones fueron correctas (vid. BUCKLER, 2003, p. 501 n.14). Como Metagitnión es el segundo mes del calendario ático, habría que sumar los 29/30 días del primer mes, el de Hecatombeón, y los siete del propio Metagitnión hasta el día 1 de septiembre de nuestro calendario (sobre ambos meses puede verse: MIKALSON, 1975, pp. 25-25). Panemo era el noveno mes del calendario federal beocio y los primeros días de Metagitnión correspondían

extiende a los pies de la ciudad antigua de Queronea, en los límites de Beocia, la región que era llamada el salón de baile (*orchestra*) de la guerra¹⁷, los macedonios y sus aliados, comandados por Filipo II y el príncipe heredero, el futuro Alejandro Magno, derrotaron a una coalición de estados griegos, liderados por los atenienses y los tebanos.

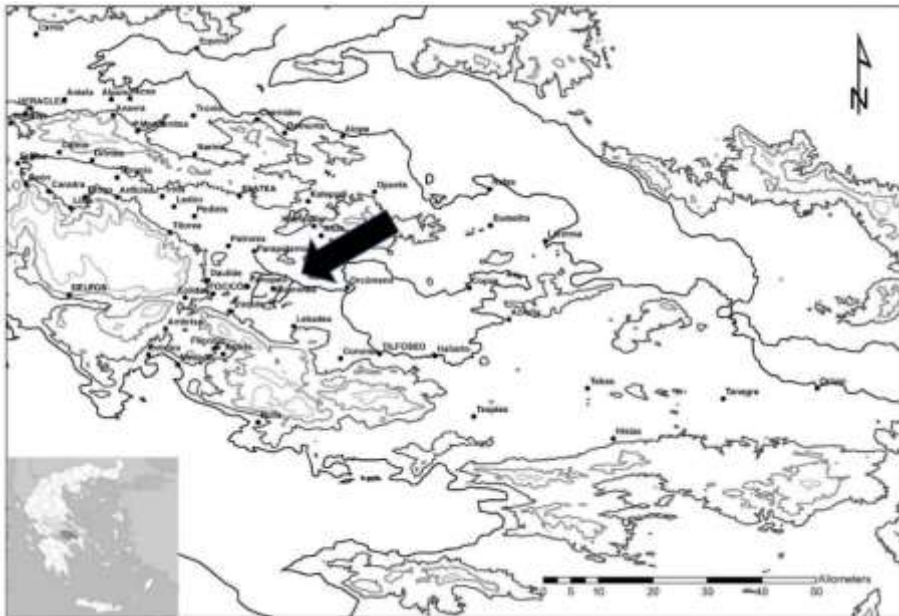


Figura 1. Grecia central, Beocia y Queronea.

Indudablemente por sus consecuencias, Queronea fue una de las batallas más decisivas de toda la historia de Grecia¹⁸. Significó el final

aproximadamente a los primeros días del mes beocio (cf. para una discusión ROESCH, 1982, pp. 37-39.) Sobre el arcontado de Querondas en Atenas: DEVELIN, 1989, pp. 342-343.

¹⁷ PLUT. *Mor.* 193 E: πολέμου ὀρχήστραν.

¹⁸ En general sobre la batalla de Queronea puede consultarse: KROMAYER, 1903; SOTIRIADES, 1903; HAMMOND, 1938; PRITCHETT, 1958; RAHE, 1981;

definitivo del poder tebano en el seno de la confederación beocia, uno de los grandes estados griegos, que había logrado acabar con la potencia espartana en la batalla de Leuctra en el año 371¹⁹, y que había llegado a ser el principal poder hegemónico de la Hélade durante un corto de período de tiempo en el siglo IV, entre los años 371 a 356²⁰. Asimismo, supuso el fin de todo intento hegemónico de Atenas, que acabará por convertirse en un poder de segundo orden. Provocó, además, la imposición de la hegemonía macedonia en Grecia y el inicio de dos siglos de influencia predominante en Grecia²¹. En último término, el sometimiento de los griegos tras Queronea hizo posible la expedición de Alejandro.

Sin embargo, esta batalla, tan trascendental para la historia griega, sigue siendo para nosotros enigmática y es muy poco, en realidad, lo que conocemos de ella. Dicho de una manera resumida, no sólo somos incapaces de reconstruirla de una manera precisa, sino que apenas alcanzamos a intuir buena parte de sus líneas generales. Esta extrema dificultad para reconstruir la batalla de Queronea se debe, ante todo, a la falta de fuentes de información. De hecho, para conocer el desarrollo de la batalla, contamos, en esencia, con un único relato incluido en el libro XVI de Diodoro (16.84-88), un autor que escribe unos tres siglos después de los acontecimientos, y dos párrafos de Polieno del libro IV

HAMMOND, 1994; BUCKLER, 2008; MA, 2008; CORVISIER, 2012, pp. 71-100; GULER, 2014.

¹⁹ Todas las fechas son a.C. salvo que se indique lo contrario.

²⁰ Cf. sobre la hegemonía tebana: BUCKLER, 1980.

²¹ Acerca de la historia del siglo IV en su conjunto puede verse BUCKLER, 2003; PASCUAL, ANTELA-BERNÁRDEZ y GÓMEZ CASTRO, 2018. Sobre las consecuencias de Queronea: CORVISIER, 2012, esp. 119-126.

de sus *Strategemata* (4.2.2, 7), una obra que fue compuesta unos quinientos años después de Queronea. A ellos hay que sumar unas pocas noticias de Plutarco, un párrafo de Frontino (2.1.9), que repite básicamente a Polieno, un resumen poco útil de Justino (9.3-4) y algunas alusiones de los oradores áticos²².

De acuerdo Diodoro (16.85.5-86.6), Filipo II llegó a Queronea con 30.000 infantes (referidos únicamente a la infantería pesada) y 2.000 jinetes y era superior en el número de soldados a sus enemigos²³. Alejandro, con los comandantes más importantes (*hêgemônes*), mandó una de las alas, mientras que Filipo, con hombres escogidos (*epîlektôi*), sostuvo la otra. Una vez que se produjo el choque, el ala liderada por Alejandro fue la primera en romper la línea griega y poner en fuga a sus oponentes. A continuación, Filipo, tras rechazar a los contrarios, los puso también en fuga. En el combate cayeron más de mil atenienses y más de dos mil fueron hechos prisioneros²⁴, y, del mismo modo, murieron también muchos beocios – no se especifica su número – y no pocos fueron hechos prisioneros. Después de la batalla, Filipo levantó un trofeo, cedió a los muertos para su entierro, hizo sacrificios por la victoria y recompensó a los que se habían conducido con valor²⁵.

²² Para un resumen de los autores antiguos: CORVISIER, 2012, pp. 3-6, 130-131.

²³ Sin embargo, JUSTINO (9.3.9) asegura que los atenienses eran superiores en número.

²⁴ Cf. DEM. 18.264; LYCUR. *Leocr.* 142; AEL. *VH* 5.10. El propio Demóstenes participó en la batalla (AESCHIN. 3.187).

²⁵ DIOD. 16.86.6. Sin embargo, como veremos, no era costumbre entre los macedonios levantar un trofeo y los únicos trofeos que se erigieron en Queronea procedían de la victoria de Sila sobre el ejército de Mitrídates en el año 86 (PLUT. *Sulla*, 19.5; *Mor.* 318 D; PAUS. 9.40.7; CAMP, IERARDI, McINERNEY, MORGAN y UMHOLTZ, 1992). Cf. Plut. *Sulla*, 15-19 sobre la batalla.

Polieno (4.2.2), por su parte, relata que, cuando Filipo se enfrentaba a los atenienses en Queronea, abandonando la lucha, se retiró, y Estratocles, general de los atenienses, no dejaba de perseguirlo gritando que no había que dejar de acosar a los enemigos hasta encerrarlos en Macedonia. En realidad, el rey estaba retrocediendo en orden, lentamente, replegando la falange, y cuando, al poco tiempo, ocupó ciertos lugares estratégicos, después de animar a los soldados, se dio la vuelta, se lanzó contra los atenienses y los cortó. Un poco más adelante, el mismo autor (4.2.7) apostilla que Filipo, conociendo la temeridad y la falta de preparación de los atenienses, prolongó mucho tiempo el combate, los desgastó rápidamente y los tuvo a su merced.

En resumen, si consideramos que las noticias de Polieno son, en esencia, correctas y combinando ambos autores, podemos afirmar que Filipo mandó una de las alas del ejército mientras Alejandro tuvo la otra. El rey de Macedonia hizo retroceder su ala frente a los atenienses, mientras Alejandro chocaba con los tebanos. En un determinado momento, y cuando Alejandro estaba rompiendo la línea de sus adversarios, Filipo hizo avanzar su ala y provocó la ruptura del frente ateniense. Como puede comprobarse, desconocemos el número concreto de efectivos del contingente aliado; también todo lo relativo a la participación de la caballería y de la infantería ligera y la formación precisa de la línea, esto es, el lugar que ocuparon los diferentes contingentes sobre la llanura. No sabemos tampoco si Alejandro tuvo la izquierda y Filipo la derecha o viceversa. En suma y como ya hemos apuntado, nuestro conocimiento del desarrollo de la batalla no pasa de ser un resumen esquemático.

Sin embargo, contamos con dos elementos que nos conectan directamente con la batalla y con el propio campo de batalla y que hacen de Queronea un enfrentamiento todavía más excepcional si cabe. Son todavía visibles hoy las dos tumbas colectivas de los dos enemigos caídos en combate en esta batalla. En primer lugar, el túmulo (*polyándrion*) en el que fueron enterrados todos los macedonios que cayeron en el curso de la lucha. Además, la tumba colectiva llamada del León, que está actualmente rodeada por un recinto de piedra y rematada por un león colosal que le da nombre. En este caso, estamos ante la fosa común donde yacieron los miembros del *hieròs lóchos*, el batallón sagrado, el cuerpo de elite tebano formado por trescientos hoplitas, que fue aniquilado en el transcurso de la lucha²⁶.

El túmulo de los macedonios se alza en la parte norte de la llanura, junto al río Cefiso, a unos doscientos metros de su cauce actual; mientras que la tumba de los tebanos se dispone al sur de la planicie, cerca de la ciudad de Queronea y a unos tres kilómetros de distancia del túmulo antedicho.

El túmulo de los macedonios fue excavado por Sotiriades en los primeros años del siglo pasado. En su descripción, el *polyándrion* formaba un montículo grande y cónico que medía siete metros de altura y no menos de setenta metros de diámetro (SOTIRIADES, 1903, p. 306). Sus dimensiones se pueden comparar con el *Sorós* de Maratón, el

²⁶ Sobre los dos *polyándria*: KASTORCHIS, 1879, 1880; PHYTALIS, 1880; STAMATAKIS, *PAE*, 1880, 1881; FRAZER, 1898, pp. 209-210; SOTIRIADES, 1903; PRITCHETT, 1985, pp. 136-138; MA, 2008. Acerca del batallón sagrado: PLUT. *Pel.* 18-19; *Alex.* 9.2; ATH. 13.602 A; POLYAEN. 2.5.2; RAHE, 1981; DEVOTO, 1992; LEITAO, 2002; ROCKWELL, 2008, pp. 19-26.

túmulo colectivo de los atenienses caídos en la batalla, que posee nueve metros de altura, pero solo cincuenta de ancho²⁷, y con las dimensiones medias de los túmulos de la necrópolis Egas (Vergina) en Macedonia que cuentan con veinte metros de diámetro y un máximo de tres metros de altura²⁸. Es decir, el *polyándrion* de Queronea fue diseñado, por lo tanto, como una gran estructura monumental. El túmulo cubre una cremación en masa. Los restos de la pira poseían 0,75 metros de espesor en el centro y se extendían a lo largo de 100 metros cuadrados de superficie. Debajo de esta gruesa capa de ceniza, se extrajeron gran número de huesos quemados, que se conservan en el Museo de Queronea en dos grandes cajas, y diverso armamento muy dañado por la cremación y la humedad del suelo. Del túmulo proceden también dos monedas de bronce, una de ellas, al menos, macedonia, vasos cerámicos, ánforas, algunos estrígiles, hojas de cuchillo y una piedra de moler. Un ánfora con huesos parece haber sido enterrada con posterioridad al primer enterramiento; probablemente se trataba de los restos de uno o varios soldados macedonios que murieron de sus heridas tras el funeral²⁹.

²⁷ HAMMOND, 1968, pp. 14-18.

²⁸ ANDRONIKOS, 1982, pp. 188-192.

²⁹ SOTIRIADES, 1903, pp. 308-310; MA, 2008, pp. 74-76.

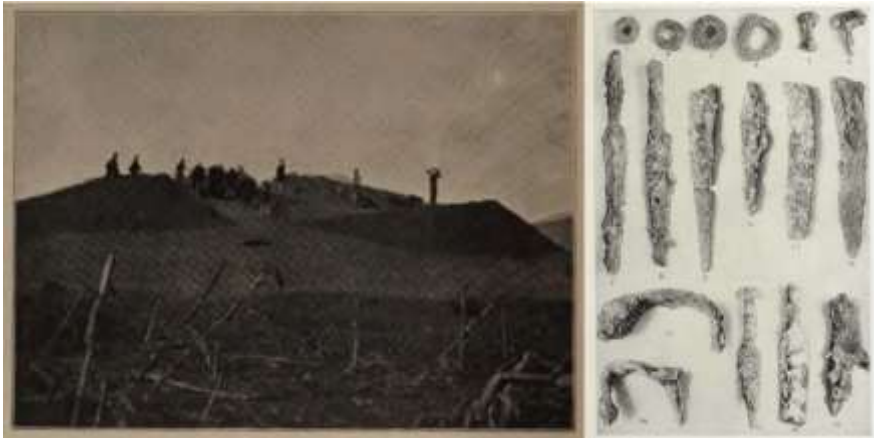


Figura 2. El túmulo de los macedonios (*Records of the Pass*, 1904, p. 137; Sotiriades, *Att. Mitt.* 1903).

Las armas exhumadas son muy instructivas para la comprensión de la batalla. Son únicamente ofensivas, las defensivas fueron retiradas, se quemaron junto a los hombres y quedaron fusionadas con ellos. Podemos suponer, por lo tanto, que la mayor parte pertenecían a los muertos. En primer lugar, las puntas de lanzas. Algunas son muy largas, por encima de los 38 cm y, una, la mejor conservada, posee 42 cm de largo. Corresponden indudablemente a una versión temprana de las sarisas (picas). Estas sarisas podían tener una longitud de 12 a 14 codos, esto es, entre 5 y 7 metros³⁰. Al menos una punta proviene también de una lanza (*dory*) de un hoplita. La *dory* puede proceder de un hipaspista de la guardia real macedonia o de un hoplita enemigo, por lo que pudo estar alojada en el cuerpo de uno de los macedonios. Este tipo de lanza

³⁰ SOTIRIADES, 1903, p. 309; ANDRONIKOS, 1970; RAHE, 1981, p. 84; MA, 2008, p. 75, nn. 18 y 19 con la bibliografía correspondiente.

medía aproximadamente unos 2-2,25 metros, lo que la colocaba en una clara desventaja frente a las sarisas. Por lo que respecta a las espadas, se encuentran de doble filo, del tipo *xíphos*, pero la mayoría son sables curvos de un solo filo, *máchairai* o *kopídes*³¹. Junto a estas armas se exhumaron, asimismo, varias puntas de jabalina y un par de puntas de flecha, una de ellas de tres aletas, perfectamente conservada, que debieron de estar albergadas en los cuerpos de los caídos³². El túmulo fue señalado, desde su excavación, como el lugar donde se situó durante la batalla el ala izquierda que habría mandado Alejandro y donde los macedonios se encontraron con el ala derecha griega³³. Esta afirmación es, como veremos, discutible, pero más allá de ello, las armas halladas junto a los cadáveres probarían varios aspectos importantes en relación con la batalla. En primer lugar, las puntas de sarisas y la abundancia de *kopídes* o *máchairai* nos devuelven el armamento habitual macedonio, lo que revela indudablemente la nacionalidad de los que yacían en el túmulo. Las sarisas eran empleadas por los falangitas macedonios. La *kopís* era un arma empleada no sólo por la infantería, sino también por la caballería, quizás de manera preferente³⁴, y Sotiriades menciona la posibilidad de que algunos hallazgos fueran partes del atalaje de un caballo³⁵. Esto apuntaría no sólo a la presencia de la caballería, sino

³¹ Vid., en general QUESADA SANZ, 1994.

³² SOTIRIADES, 1903, p. 309.

³³ SOTIRIADES, 1903, pp. 304-305; HAMMOND, 1938, p. 206; PRITCHETT, 1958, p. 308; CAWKWELL, 1978, p. 145; HAMMOND, 1994, p. 151; SEARS y WILLEKES, 2016, p. 1020.

³⁴ PLUT. *Alex.* 32.10; MARKLE, 1982, pp. 99-100; QUESADA SANZ, 1994, p. 87; HATZOPOULOS, 2001, p. 51.

³⁵ SOTIRIADES, 1903, p. 309.

también a su participación efectiva en la batalla. Como hemos apuntado, la *dory* puede proceder de la infantería de elite macedonia de los hipaspistas³⁶, aquellos que Diodoro (16.86.1) denomina *epílektoi* (selectos), o de un hoplita griego. Ambos cuerpos de ejército tomaron parte en la batalla y nos indicaría que en Queronea participaron dos tipos de falanges, la hoplítica, armada con lanzas, y la macedonia, dotada de picas. Las puntas de flecha y de jabalina demuestran la participación de tropas de infantería ligera, en este caso en el bando griego, de arqueros y de tiradores de jabalina.

El León que coronaba la tumba de los tebanos caídos en la batalla fue descubierto a principios del siglo XIX. Se trata de una escultura de piedra gris, de mármol local beocio. Lo que entonces se podía ver se reducía a la cabeza y una de las patas de la estatua³⁷. El monumento se reconstruyó entre los años 1902 y 1904³⁸. En esta reconstrucción moderna, la base del león posee una altura de 3 metros y una anchura de 3,70 por 4,96 m. El león mide 5,5 m de altura³⁹, mira hacia el túmulo de los macedonios y refleja una tradición que databa al menos desde las Termópilas⁴⁰.

³⁶ PLUT. *Alex.* 51.9; CURCIO, 8.1.45-52; HATZOPOULOS, 2001, pp. 61-62.

³⁷ Para una descripción de la tumba colectiva de los tebanos: MA, 2008, pp. 79-82.

³⁸ Cf. MA, 2008, p. 80: en realidad lo que ahora vemos es precisamente el monumento de 1902-1904.

³⁹ KASTORCHIS, 1879, pp. 486-506 (diagrama en p. 488); 1880: 320-323; STAMATAKIS, *PAE*, 1880, pp. 22-26; 1881, pp. 16-20; PHYTALIS, 1880, pp. 347-352 (plano entre pp. 398-399); SOTIRIADES, 1903, pp. 312-315; COSTANZI, 1923, pp. 61-70; PRITCHETT, 1958, pp. 307-311; KNIGGE, 1976, p. 170, pl. 62, 2-3; PRITCHETT, 1985, pp. 136-138.

⁴⁰ HDT. 7.225.2.



Figura 3. El *polyándrion* de los tebanos (foto del autor).

La fosa común de los tebanos se excavó en 1879. Las excavaciones revelaron un recinto de 22,55 m de ancho y 13,45 m de largo, orientado N-NO / SSE, rodeado por un muro de *períbolos* construido en sillería isodómica y que quizá se elevara hasta una altura de c. 4,26 m. En el muro destacaba una gran plataforma de 3,65 m de ancho y 4,30 m de profundidad que se proyectaba en el interior del recinto entre 1,30 y 1,40 m. Dicha plataforma sirvió obviamente como pedestal sobre el que

se alzaba la estatua del León⁴¹. La identificación de la fosa común de los tebanos es segura a partir del relato de Pausanias (9.40.10), quien en el camino de Lebadea a Queronea y aproximándose a la ciudad de Queronea desde Lebadea, vio el *polyándrion* que denomina de los tebanos que murieron en la lucha contra Filipo, esto es en la batalla de Queronea⁴². El Periegeta continúa diciendo que dicha tumba no tiene ninguna inscripción porque la fortuna no les acompañó de acuerdo con su coraje, pero que se halla coronada por un León, que para nuestro autor refleja el valor de muchos hombres. No hay ninguna razón para dudar del testimonio de Pausanias y los hallazgos procedentes de la fosa común contribuyen a apoyarle.

Es posible ciertamente que la tumba tuviera forma de túmulo, la altura de muro perimetral y su estado de conservación durante la excavación así lo sugiere. Phytalis (1880) lo consideró un túmulo ascendente dentro del recinto cuadrangular, con el León que emergía en la parte frontal, del mismo tipo que se excavó en la necrópolis de Tespias⁴³. Tal y como indica Pausanias, en el monumento falta una lista de caídos y también un epigrama. Es posible que ninguna de las dos cosas se realizara nunca.

En un área al oeste del León, de 4,55 por 6,30 m y a 45 cm de profundidad, se encontraron 254 esqueletos dispuestos en siete filas. Además, en la segunda fila, entre los esqueletos números 13 y 14, se exhumaron un conjunto de huesos y cenizas procedentes de la

⁴¹ PHYTALIS, 1880; PRITCHETT, 1985, p. 137; MA, 2008, pp. 79-81.

⁴² PAUS. 9.40.10: προσιόντων δὲ τῆ πόλει πολυάνδριον Θηβαίων ἐστὶν ἐν τῷ πρὸς Φίλιππον ἀγῶνι ἀποθανόντων.

⁴³ SCHILARDI, 1977.

cremación de uno o varios hombres⁴⁴. Es decir, se utilizaron ambos ritos, inhumación y cremación, si bien esta última fue minoritaria⁴⁵. Los cadáveres incinerados fueron enterrados posteriormente y cuidando de no dañar al resto de los caídos, por lo que podemos pensar que estamos ante fallecidos poco después de la batalla como resultado precisamente de las heridas recibidas en la lucha. Los esqueletos encontrados en la fosa presentan numerosos traumatismos *peri mortem* como cuantiosas evidencias de cortes en la parte baja de las piernas que reflejan un combate a corta distancia con armas cortantes. Varios cráneos muestran también marcas de múltiples golpes de espada. Según JOHN MA (2008, pp. 75-76), un hombre recibió un fuerte corte en la cabeza, seguido de un golpe de gracia en la parte posterior del parietal izquierdo, probablemente por el efecto de un regatón del tipo “Stabspitze”, utilizado sobre todo por los macedonios. Este golpe produjo un pequeño agujero con una punta que perfora el cráneo, rodeado por una marca circular más amplia y grietas radiales. Sin embargo, quizá la herida no fuera producida por el regatón de una sarisa de un falangita macedonio sino por el *xystón* de un jinete. El esqueleto nº 16 de la tercera fila presenta también heridas compatibles con las que pudieran ser provocadas por un jinete luchando contra un soldado de infantería⁴⁶, por la *kopís*, un tipo de sable que se encuentra exactamente representado en el túmulo de los macedonios y que era también empleada por la caballería. El único esqueleto conservado y un fémur

⁴⁴ KERAMOPOULLOS, *PAE*, 1911, p. 159.

⁴⁵ MA, 2008, pp.75-76, 81-85.

⁴⁶ SEARS y WILLEKES, 2016, p. 1021.

de otro nos dan una altura media de c. 1,79 metros, superior a lo habitual, lo que hablaría en favor de la presencia de un cuerpo de elite.

Los hallazgos materiales son modestos y se reducen a una gran cantidad de botones de hueso, unas cuantas monedas, algunas cerámicas del siglo IV, la mayor parte sin decoración, fragmentos de armas, como dagas, espadas, puntas de lanza, de *dory* hoplítica concretamente, y muchos estrígiles sencillos de hierro⁴⁷. Es posible pensar que la tumba contenía casi un estrígil por cada persona, un objeto conectado con la vida cotidiana, pero, además, símbolo de libertad y vinculado estrechamente a la cultura tebana que gustaba de la frecuentación del gimnasio y de la práctica atlética⁴⁸. Los cientos de botones de hueso exhumados pueden provenir de los ojales de las botas de tipo beocio, al parecer una forma inusualmente compleja de calzado (cf. Hdt 1.195). Es decir, los hombres murieron y fueron enterrados con las botas puestas y, efectivamente, el patrón de las heridas en las piernas evidencia una falta de protección, esto es, que no usaban grebas. Asimismo, el tipo de casco *pilos* colocaba a los hoplitas beocios en desventaja frente a las sarisas macedónicas. Entre los esqueletos se hallaron cinco puntas que pueden ser más de jabalina que de lanza y que se conservaban entre los cuerpos, por lo que o bien fueron dejadas en la tumba o bien estaban incrustadas en los mismos. Estamos ante hoplitas, como prueban las puntas de lanzas de la *dory*, provistos de cascos del tipo *pilos* y que irían sin grebas, que combatieron contra falangitas, infantería ligera y probablemente también contra jinetes

⁴⁷ STAMATAKIS, *PAE*, 1880, p. 18; PRITCHETT, 1985, p. 137.

⁴⁸ Cf. DIOD. 15.50.5; Nepos *Epam.* 5.2.

macedonios; y, además, ante beocios por el uso de las botas comunes a ellos. No hay ninguna razón para dudar de que la fosa no contuviera los caídos de los trescientos hoplitas del batallón sagrado, por lo que los cuarenta y cinco miembros faltantes podrían haber sido supervivientes, o simplemente sus cuerpos que no fueron encontrados después. Algunos cadáveres que fueron cremados y enterrados posteriormente junto a los demás, por lo que los cadáveres supuestamente perdidos serían menos. La presencia de puntas de jabalina evidencia el empleo de tropas ligeras en el bando macedonio, probablemente procedentes de los agríanes que Filipo y Alejandro reclutaban habitualmente⁴⁹. En suma, los hallazgos de la tumba del León ilustran también, como en el caso del túmulo de los macedonios, las fuerzas presentes en Queronea: los hoplitas griegos y, además, la falange macedonia, previsiblemente la caballería macedonia, e indudablemente la infantería ligera. Estos tres últimos cuerpos de ejército atacaron, todos ellos, a los hoplitas tebanos que yacen en la fosa.

Es muy posible que la monumentalización de la tumba y la estatua del león se realizaran tiempo después de la batalla, quizás a partir del año 316, una vez que Casandro restaurara Tebas, o incluso a principios del siglo III, cuando la ciudad era miembro de pleno derecho de la Confederación beocia⁵⁰. Ésta es también la impresión que se obtiene de la disposición de los cuerpos. Todos ellos parecen haber sido enterrados en una sencilla fosa común, de forma apretujada e improvisada, con

⁴⁹ ARRIAN. 1.5.2-3, 6.6, 14.1; DIOD. 17.17.4; APP. II. 14. Probablemente desde la conquista de Peonia por parte de Filipo (DIOD. 16.32.4).

⁵⁰ KNIGGE, 1976; MA, 2008, p. 84.

celeridad, con pocas ofrendas y sin quitarles las botas, en palabras de FRAZER (1898, p. 210): “when the mound was cleared away the skeletons appeared packed 'like sardines' in the enclosure, with the marks of their wounds still visible on them”.

La hipótesis tradicional sobre la batalla de Queronea

Como hemos indicado, desde las excavaciones del túmulo de los macedonios la batalla de Queronea se ha reconstruido tomado como punto de referencia esencial dicho enterramiento. Por consiguiente, la tumba colectiva de los macedonios habría marcado el extremo del ala izquierda macedonia, que habría estado bajo el mando de Alejandro, mientras que el monumento del León señalaría el extremo del ala derecha macedonia, que estaría comandada por Filipo⁵¹. Como no habría ninguna razón para trasladar a todos los muertos macedonios a una zona pantanosa, como podría ser el lugar del túmulo, alejada de la ruta principal que transitaba por Queronea y el sur de la llanura, la única explicación posible sería que aquí habría tenido lugar el combate principal⁵². Sin embargo, los tebanos, que en la hipótesis tradicional habrían combatido en el flanco derecho griego frente a Alejandro, supuestamente sí habrían sido desplazados más de tres kilómetros al objeto de dejar libre esta zona para el túmulo de los macedonios. De este modo, los tebanos habrían sido depositados en el lugar que tradicionalmente se asigna a los atenienses. Esta hipótesis requiere también una disposición de las líneas de ambos ejércitos de manera

⁵¹ SOTIRIADES, 1903, pp. 304-305, 313-315; RAHE, 1981, p. 86.

⁵² SOTIRIADES, 1903, p. 314. Cf. KROMAYER, 1903, pp. 166-167.

oblicua con respecto a la llanura y al propio campo de batalla, que podrían trazarse en dos líneas paralelas (Sotiriades, 1903, p. 305) entre el túmulo y la fosa del León, o formando una especie de abanico con el ala izquierda macedonia, la de Alejandro, retrasada (Hammond, 1973, p. 550)⁵³. Finalmente, en esta reconstrucción de la batalla, los aliados habrían combatido con el Paso de Kerata a sus espaldas, entendido como una posible vía de retirada en caso de derrota⁵⁴.

En primer lugar, la posición de una tumba colectiva sobre el campo de batalla no está necesariamente sujeta a la disposición de las líneas. Así, por ejemplo, el *Sorós* de Maratón se encuentra alejado del lugar donde tuvo lugar la batalla⁵⁵. En este sentido, la ubicación del túmulo de los macedonios pudo obedecer a motivos muy distintos del recuerdo de la situación del extremo del flanco derecho del ejército macedonio. La tumba ocupa un lugar muy destacado justo en el centro de la llanura, junto al río Cefiso, en una posición prominente y bien visible para cualquier caminante que la atravesara, a lo que contribuiría su elevada altura. Se trataba de un monumento realizado por un ejército vencedor, de ahí su localización, que recordaba orgullosamente su victoria y su significado: el poder macedonio y la imposición de la hegemonía macedonia en Grecia.

El túmulo se alzaba no sólo en el centro de la llanura sino también en lugar espacioso, capaz de acomodar unos ritos funerarios que fueron

⁵³ HAMMOND, 1938, p. 207; HAMMOND, 1973, p. 550; 1994, p. 154. Cf. CAWKWELL, 1978, pp. 145-146; MA, 2008, pp. 72-74.

⁵⁴ KROMAYER, 1903, p. 159; SOTIRIADES, 1903, pp. 318-319; HAMMOND, 1938, pp. 187, 203; PRITCHETT, 1958, p. 309; HAMMOND, 1994, pp. 151, 155; SEARS y WILLEKES, 2016, p. 1021.

⁵⁵ Cf. HAMMOND, 1968, pp. 14-18.

espectaculares y que debieron implicar a todo el ejército. En primer lugar, los caídos macedonios fueron recogidos de todo el campo de batalla y depositados en el centro de la llanura. Diodoro (16.86.6) menciona explícitamente los sacrificios en honor a los dioses que se realizaron en agradecimiento por la victoria, como también relata Arriano (5.20.1) que llevó a cabo Alejandro tras la batalla del Hidaspes. Arriano se refiere explícitamente a los ritos con los que los macedonios acostumbraban a honrar a sus caídos sobre el mismo campo de batalla. En el Gránico, los muertos eran enterrados al día siguiente de la batalla en medio de grandes honores (Arrian. 1.16.5). En Isos se sepultaron con todo el ejército desplegado y se pronunció un discurso fúnebre (Arrian. 2.12.1). Según la tradición macedonia, se celebraban también certámenes gimnásticos e hípicas como los que tuvieron lugar en la ribera del Hidaspes (Arrian. 5.20.1). Es posible que estos mismos ritos se desarrollaran tras la batalla de Queronea. Después de la recogida de los cadáveres y los sacrificios a los dioses, todo el ejército al completo con todo su armamento habría desfilado ante de los muertos en combate y se celebraría después un *agón* funerario, con competiciones atléticas e hípicas⁵⁶, que finalizaría con el reparto de premios y condecoraciones que nos narra Diodoro (16.86.5). Todas estas ceremonias culminaron con una gigantesca pira, construida sobre una base de grandes piedras y adornada con las armas los caídos, con la cremación de los cadáveres en una espectacular e impresionante ceremonia, que tenía connotaciones de heroización e implicaba la generalización de las

⁵⁶ MA, 2008, p. 77.

prácticas guerreras aristocráticas y los valores homéricos a todo el ejército. Finalmente, tuvo lugar un banquete de celebración, con cantos y bailes por la victoria, que también recoge Diodoro (16.87.1). Después de la cremación, se procedió a la monumentalización, esto es, a la construcción del propio túmulo, quizás adornado con las flores de terracota, que estarían pintadas, y que se extrajeron durante la excavación.

Todas estas ceremonias que hemos descrito precisaban de un amplio espacio, que sólo el centro de la llanura podría ofrecer, que no se viera perturbado por la recogida de los cadáveres de los derrotados, en el que pudiera participar un ejército compuesto por decenas de miles de hombres. En definitiva, el túmulo de los macedonios pudo no guardar ninguna relación con el campo de batalla real. En contra de lo que se ha tendido a pensar, no se referiría a las disposiciones tácticas de la batalla, sino a la celebración posterior de la victoria y no hay ninguna razón, por lo tanto, para suponer que marcara ningún punto preciso de las líneas de batalla. Pudo estar, en realidad, detrás del campo de batalla y alejado del mismo⁵⁷.

Frente al túmulo de los macedonios, fruto del ceremonial y el recuerdo de un ejército vencedor, colocado en un lugar destacado en la llanura y construido disponiendo del tiempo que fue necesario, el monumento del León es de una naturaleza completamente diversa. Se trata de una fosa que albergaba a los caídos de un ejército derrotado, pero sólo a una parte de ellos. Cabría preguntarse la razón por la que

⁵⁷ MA, 2008, p. 74.

Filipo permitió que los tebanos fueran enterrados aquí. Sabemos que, de entre todos los beocios, Filipo honró únicamente a los miembros del batallón sagrado. Plutarco (*Pel.18.5*) dice que Filipo, luego de su victoria, reconoció el campo de batalla y se detuvo donde habían caído los trescientos tebanos, que yacían todos juntos entremezclados y todos alcanzados por delante por las sarisas, y expresamente alabó su coraje⁵⁸. Precisamente este heroísmo probado pudo ser la causa de que fueran enterrados en el mismo campo de batalla y no llevados a Tebas⁵⁹. La fosa común de los tebanos se ubica ciertamente en un punto fundamental de la llanura de Queronea, a 2,5 km al este de la población actual, en la gran ruta que llevaba hacia Tebas⁶⁰, pero no es probable Filipo dejara que fueran enterrados en un lugar prominente. De hecho, los tebanos tuvieron que comprar el terreno donde éstos reposaron y pagar un rescate por los prisioneros (Justin. 9.4.6). Tampoco el rey permitiría su monumentalización y sólo más tarde la fosa sería dotada de un *períbolos* pétreo y de la estatua de un león. La impresión que se obtiene es que la inhumación parece haber sido en cierta medida improvisada y apresurada, en una sencilla fosa común, con pocas ofrendas, en una falange de muertos, con los cuerpos apretujados e incluso con las botas puestas. Parecería que fueron enterrados allí donde cayeron. Si pensamos, tal y como se ha reconstruido previamente la

⁵⁸ PLUT. *Pel.18.5*: ὡς δὲ μετὰ τὴν μάχην ἐφορῶν τοὺς νεκροὺς ὁ Φίλιππος ἔστη κατὰ τοῦτο τὸ χωρίον ἐν ᾧ συνετύγχανε κεῖσθαι τοὺς τριακοσίους, ἐναντίους ἀπηνητήκους ταῖς σαρίσαις ἅπαντας ἐν τοῖς ὅπλοις καὶ μετ' ἀλλήλων ἀναμεμιγμένους. Vid. también WORTHINGTON, 2014, p. 88.

⁵⁹ Puede compararse con PAUSANIAS (1.29.4) que dice, refiriéndose a la tumba de los atenienses en Maratón, que fueron enterrados aquí, solo ellos, a causa de su valor.

⁶⁰ CLAIRMONT, 1983, p. 334.

batalla, que los tebanos ocuparon el ala derecha de los aliados, es decir, se dispusieron en la parte norte de la llanura, tendríamos que pensar que o bien fueron empujados a lo largo de todo el frente de batalla, de punta a punta, o bien fueron recogidos después y trasladados al extremo de la línea y enterrados allí, a más de tres kilómetros de distancia y donde no habían combatido⁶¹. La desbandada o que fueran empujados a través de toda la línea no parece probable, puesto que sabemos que murieron todos juntos, sin disgregarse, y aparentemente conservando su posición o muy cerca de ella, lo que sería coherente con el testimonio de Plutarco (*Pel.* 18.7) y con una unidad profesional de hoplitas que era la mejor entrenada y más disciplinada de toda Grecia⁶². Se ha pensado también que pudieron ser trasladados para dejar espacio libre al túmulo de los macedonios, pero, como hemos indicado, el túmulo pudo alzarse en realidad lejos del mismo campo de batalla. En suma, es posible que la localización de la fosa esté relacionada con la última posición que ocuparon los tebanos en la línea batalla, que pudo estar muy cerca o incluso donde comenzaron la batalla, donde cayeron luchando rodeados por falangitas, infantes ligeros y previsiblemente también por la caballería macedonia, en el extremo de un ala que habría sido conducida por el propio Alejandro⁶³. Murieron en su posición casi hasta el último hombre. Están aquí porque se alinearon aquí y aquí perecieron casi todos juntos, sin ceder el terreno ni desbandarse, en el ala opuesta a la

⁶¹ RZEPKA, 2018, p. 521, n. 15.

⁶² RAHE, 1981, p. 86; SEARS y WILLEKES, 2016, p. 1018.

⁶³ HAMMOND, 1938, p. 210; HAMMOND, 1994, p. 153.

que se ha pensado, cubriendo precisamente la ruta que llevaba a Tebas⁶⁴.

Plutarco (*Alex.* 9.2) anota que todavía en su época se mostraba una encina junto al río Cefiso, que era llamada de Alejandro, donde estuvo su tienda y que el *polyándrion* de los macedonios no estaba lejos de allí. Es decir, el campamento de Alejandro habría estado en el lado septentrional del campo de batalla, del mismo modo que lo está el túmulo de los macedonios. A pesar de que Plutarco, como él mismo dice, se está refiriendo una leyenda local⁶⁵, que posee un valor limitado, su relato ha sido tomado en el sentido de que Alejandro habría combatido en el norte de la llanura, en el ala izquierda del ejército macedonio y en la zona más próxima, por lo tanto, a la ubicación de su campamento. Esta afirmación nos llevaría a preguntarnos por el campamento de Filipo e incluso a postular la existencia de campamentos separados, ya que Filipo habría combatido al sur. Sin embargo, la división en varios campamentos es algo inusual entre griegos y macedonios⁶⁶ y, de hecho, sabemos que los aliados que se enfrentaron a Filipo en Queronea dispusieron un campamento conjunto (Diod. 16.85.2). Parece más oportuno considerar la idea de que los macedonios y sus aliados se alojaron todos ellos en un único campamento en el norte del campo de batalla, donde el río Cefiso les abastecía de agua, en una zona despejada entre los montes Acontio y

⁶⁴ *Contra SOTIRIADES*, 1903, p. 317, para quien el monumento del León no constituye una prueba directa del lugar en el que habían caído los miembros del batallón sagrado.

⁶⁵ HAMMOND, 1938, p. 201: era nativo de Queronea y podía hablar con autoridad.

⁶⁶ Sobre los campamentos griegos en el período clásico: ÁLVAREZ RICO, 2013.

Hedilio. Este campamento conjunto habría ayudado también a Filipo y a Alejandro a definir de mejor manera la táctica a emplear el día de la batalla. Si los macedonios acamparon todos juntos, con Filipo y Alejandro en el mismo lugar, el príncipe pudo salir el primero del campamento y ser el primero en formar su ala, con lo que habría combatido en el ala derecha de los macedonios, al sur, y no en la izquierda, al norte⁶⁷.

Los griegos acamparon todos ellos en un único campamento junto al santuario de Heracles en Queronea, cerca del cual discurría un torrente llamado Hemón y que debía desembocar en el Cefiso⁶⁸. Con pocas dudas podemos pensar que el Heracleo estaba en la parte suroeste de la llanura cerca de últimas estribaciones del monte Profitis Elias, que flanquea precisamente el campo de batalla por el sur (Plut. *Dem.* 19.2; *Thes.* 27.8). Esto significa que el campamento aliado se encontraba alejado de las zonas pantanosas del Cefiso y de su cauce, al objeto de evitar que, al estar situados aguas abajo del río, el enemigo contaminara las aguas.

Esquines (3.144) afirma que la alianza entre beocios y atenienses otorgaba la hegemonía terrestre a los tebanos y que en la batalla de Queronea el estratego ateniense Estratocles no fue capaz de deliberar sobre la salvación de sus propios soldados, esto es, ya que los atenienses habrían estado sometidos al mando de los tebanos. Sin embargo, Diodoro (16.86.2) refiere que fueron los atenienses los que asignaron

⁶⁷ Para la reconstrucción tradicional de la disposición de los macedonios: SEARS y WILLEKES, 2016, p. 1019.

⁶⁸ SOTIRIADES 1903, p. 319.

los mandos y distribuyeron el ejército el día de la batalla y que concedieron un ala a los tebanos, mientras que ellos retuvieron el resto. Es posible que Diodoro refleje una fuente que destacaba el papel de los atenienses. Se combatía en terreno beocio y quizás, a pesar de su evidente exageración, podamos considerar creíble el testimonio de Esquines, de manera que los tebanos tuvieron efectivamente la hegemonía durante la campaña. Pero esto no implica necesariamente que los tebanos combatieran en el ala derecha, el flanco tradicionalmente reservado al hegemón. En las batallas de Leuctra (371) y Mantinea (362) en la que también los tebanos contaron también con la hegemonía, éstos se dispusieron en el ala izquierda, como también en la batalla de Nemea⁶⁹, y quizás esta disposición era habitual en el ejército beocio a partir precisamente de Leuctra. Nada habría tenido de particular, en realidad, hubieran dispuesto o no de la hegemonía, que los tebanos y el resto de los beocios ocuparan el flanco izquierdo del ejército, mientras que los atenienses habrían guarnecido el ala derecha. Dadas las tradiciones de ambos contendientes, parece probable. Como hemos visto también, la tumba del León puede indicarnos que los tebanos combatieron en realidad en el ala izquierda. Por último, las noticias que conservamos sobre la batalla parecen sugerir que Filipo quería combatir contra los atenienses y su táctica parece previamente diseñada para enfrentarse precisamente a ellos. Esta concepción táctica habría llevado a Filipo a mandar el ala encontrada a los atenienses, independientemente del lugar en que éstos se alinearan

⁶⁹ Leuctra: PLUT. *Pel.* 23.1. Mantinea: DIOD. 15.85.2; Nemea: XEN. *Hell.* 4.3.18.

en el frente griego. Si los atenienses iban a la derecha, Filippo iría a su izquierda y viceversa.

La disposición de ambas líneas en relación con la llanura, que tiene al norte el monte Acontio y el río Cefiso y al sur los montes Profitis Elias y Kourpekio, parece algo extraña en el habitual despliegue de los ejércitos griegos. La posición más adecuada hubiera ido perpendicular a la planicie con los flancos protegidos por el Acontio y las colinas meridionales⁷⁰. Más difícil aún resulta asumir un amplio espacio en uno de los flancos del ejército, entre las alas derecha griega e izquierda macedonia respectivamente, mientras los otros dos extremos estaban muy próximos. Dicha disposición requeriría una marcha de aproximación en una de las alas de los contendientes, mientras que la otra ala estuviera ya combatiendo. Resulta todavía más difícil de comprender que el ala retrasada hubiera sido precisamente la que supuestamente se le asigna a Alejandro, cuando sabemos que el príncipe fue el primero en lanzarse sobre el ala contraria (Plut. *Alex.* 9.2). Por último, esta disposición de las líneas dejaba a espaldas del ejército griego el paso de Kerata. Sin embargo, mención hecha de que tendríamos que aceptar que los griegos se desplegaron pensando en una posible derrota y en la posterior huida, el Paso de Kerata, más que una posible ruta de retirada, se habría convertido, en realidad, en un cuello de embudo que podía provocar una masacre en caso de huida. Parece mucho más apropiado pensar, en mi opinión, que ambos ejércitos se desplegaron en dirección aproximadamente norte-sur, entre el borde

⁷⁰ Vid. CORVISIER, 2012, p. 91, carte 4.

occidental del monte Acontio y las proximidades del monumento del León, en dos líneas paralelas enfrentadas.

Asimismo, la batalla no se redujo al combate de dos falanges de infantería pesada, por más que éstas llevaran el peso principal de la lucha, ni tampoco debemos pensar que caballería no intervino debido a lo estrecho del terreno⁷¹ y que no pudo cargar contra una falange de infantería pesada. Los hallazgos de ambas tumbas colectivas prueban de manera incontrovertible la presencia y el combate de tropas ligeras, al menos de tiradores de jabalina en el bando macedonio, y también de tiradores de jabalina y de arqueros en el lado aliado. Además, sugieren poderosamente la participación de la caballería. Diodoro (15.85.5) indica que la caballería de Filipo compareció en Queronea en número de 2.000 efectivos. También debió estar presente la caballería contraria. Es impensable que la caballería beocia, considerada una de las mejores de Grecia, no fuera movilizada⁷². De hecho, en el invierno anterior, Demóstenes (18.216) menciona dos batallas previas que tuvieron lugar antes de Queronea, en la Fócide, la batalla junto al río y la batalla de invierno. En la batalla junto del río participó la caballería beocia que batió a su homónima macedonia atrayéndola hacia una zona pantanosa⁷³. Esta batalla se ha datado en la primavera de 338⁷⁴, por lo que sabemos que no sólo la caballería macedonia fue movilizada sino también la beocia y resultaría totalmente incomprensible que esta

⁷¹ HAMMOND, 1994, p. 152 defendió que no habría lugar para que la caballería entrara en combate.

⁷² TH. 2.9.3; 3.62.5; 4.95.2; XEN. *Hell.* 5.4.40; 6.4.10.

⁷³ *Sylloge Tacticorum* 94.3; RZEPKA, 2018, pp. 518-529.

⁷⁴ RZEPKA, 2018, p. 520.

última no estuviera presente en Queronea. Es posible que no fuera desmovilizada en realidad en ningún momento, sino que se mantuviera en el campo en los años 339 y 338, de ahí que Demóstenes mencione precisamente una batalla que tuvo lugar durante el invierno. En definitiva y en mi opinión, la caballería de ambos contendientes no sólo estuvo presente, sino que combatió, por lo que los jinetes debieron ocupar las alas respectivas de cada formación junto a la infantería ligera que también, como prueban los hallazgos de las tumbas colectivas, se desplegó y combatió.

La batalla de Queronea desde otra perspectiva

El campo de batalla

Teniendo en cuenta cuanto hemos venido diciendo, podemos abordar ahora la reconstrucción de la batalla de Queronea desde un nuevo punto vista y a partir de una diferente interpretación. La llanura de Queronea se extiende unos cuatro kilómetros de largo por unos cinco de ancho, y constituye, en realidad, una parte del valle del Cefiso, el río que penetra en Beocia tras atravesar el estrecho paso de Parapótamos en la Fócide⁷⁵. Por el sur de la llanura transitaba la gran ruta que venía desde la Fócide y se dirigía hacia Tebas, bordeando la orilla meridional del lago Copaide, lago que cerraba la planicie en su lado oriental. Un ramal de esta vía debía alcanzar Orcómeno, que estaba situada en la

⁷⁵ KROMAYER, 1903, p. 158; WALLACE, 1979, p. 79: el río Cefiso nace en la cubeta de Anficlea, en la Dóride y no en Lilea de Fócide como anotan ESTRABÓN (9.2.19) y PAUSANIAS (9.24.2). Desde la Dóride el río atraviesa Lilea, Elatea, Parapótamos y Panopeo y penetra en Beocia (STR. 9.2.19). Vid. también HAMMOND, 1938, p. 187. Para la campaña previa a la batalla puede consultarse CORVISIER, 2012, pp. 59-69.

ladera oriental del monte Acontio. La vía que atravesaba la parte meridional de la llanura constituía uno de los puntos estratégicos más importantes de toda Grecia y estaba guardado en el lado beocio precisamente por la ciudad de Queronea. La acrópolis de la ciudad se situaba en las dos cimas de la colina llamada Petrako⁷⁶, en la actual villa de Kapraina, rebautizada Queronea.



Figura 4. La llanura de Queronea vista desde el Norte (foto del autor).

⁷⁶ *IG* VII 3287-3465; *SEG* 3.367-369; *TH.* 4.76.3; *STR.* 9.2.37; *PAUS.* 9.40-41; 10.4.1; *PLUT. Mor.* 515 C; *SOTIRIADES*, 1903, pp. 324-326; *HAMMOND*, 1938, p. 186; *PRITCHETT* 1958, pp. 307-311.



Figura 5. El monte Petraco (Queronea) visto desde el *polyándrion* de los tebanos (foto del autor).

No conocemos con precisión el cauce antiguo del Cefiso, que hoy en día entra por la parte septentrional de la llanura junto al monte Acontio. Desde su misma entrada, el Cefiso se dirige hacia el centro de la planicie. Sabemos por la excavación del túmulo de los macedonios que el nivel del suelo del siglo IV se encontraba unos dos-tres metros por debajo del actual. Sin embargo, la situación del túmulo, cercano al río, sugiere que el presente trazado del río pudo ser similar al antiguo. Es probable también que parte de su recorrido a través de la llanura dejara zonas pantanosas, especialmente según se aproximaba a la orilla del

lago Copaide. De hecho, en la Antigüedad una buena parte del territorio de Queronea era húmedo y pantanoso. Así, por ejemplo, la ciudad contaba con pastos húmedos y madera y destilaba flores pantanosas para perfumes⁷⁷. Además, del Cefiso, de curso perenne, la llanura está regada por tres pequeños torrentes, quizás la mayoría estacionales, llamados Hemón, Morios y Molos⁷⁸. El río Morios es, probablemente, el que discurre a través del valle de Agios Dimitros y el monte Isoma, quizás el antiguo Turio, al oeste de Queronea⁷⁹. El río Hemón, quizás anteriormente llamado Termodonte, es probablemente el río Lykouressi, que recorre el valle del mismo nombre⁸⁰ y que fluía pasado el Heracleo donde los griegos estaban acampados, Este santuario fue localizado por Sotiriades en el interior de este valle, en la Iglesia de Agia Paraskevi, que está construida en parte sobre un templo y que parece haber poseído también un pequeño gimnasio⁸¹. El Molos puede ser el río que corre más al este, a través del paso de Kerata⁸². La batalla tendría lugar entre el borde occidental del monte Acontio al norte y la acrópolis de Queronea y el valle de Lykouressi al sur.

⁷⁷ PAUS. 9.42.5.

⁷⁸ KROMAYER, 1903, pp. 160-161; HAMMOND, 1938, p. 187.

⁷⁹ CAMP, IERARDI, MCINERNEY, MORGAN y UMHOLTZ, 1992, con mapa en p. 444.

⁸⁰ Para una descripción de Queronea y su llanura puede verse: PLUT. *Sulla*, 16-19; *Dem.* 19; *Alex.* 9.2; *Thes.* 27.6; *Mor.* 515 C; PAUS. 9.40.5; 10.4.1; SOTIRIADES, 1903, pp. 324-326; HAMMOND, 1938, pp. 198-189; HAMMOND, 1994, p. 151; PRITCHETT, 1958, pp. 307-309. Para el Heracleo y el río Hemón: SOTIRIADIS, 1905, pp. 113-120; HAMMOND, 1938, pp. 205-206; PRITCHETT, 1958, p. 309.

⁸¹ SOTIRIADES, 1903, p. 319.

⁸² HAMMOND, 1973, con mapa en p. 550.

Las fuerzas de los contendientes

De acuerdo con Diodoro (16.85.5), Filipo II contaba con 30.000 infantes y 2.000 jinetes⁸³. A ellos hay sumar los contingentes de infantería ligera, cuyo número concreto desconocemos pero que debieron sumar varios millares. De hecho, los hallazgos de puntas de jabalina en la tumba del León, prueban la presencia de infantería ligera en el bando macedonio. Sin embargo, Filipo II no parece haber movilizado nunca infantería ligera de Macedonia, sino que recurrió para este tipo de tropas a contingentes esencialmente de agrianes y también odrisios, tríbalos e ilirios⁸⁴. Quizás reclutara también a poblaciones de Grecia central, del entorno de las Termópilas concretamente, que tenían fama⁸⁵. En todo caso, Filipo II empleó tropas ligeras y podemos suponer que éstas fueron aliadas y no macedonias.

Cuatro años después de Queronea, Alejandro disponía de 3.300 jinetes macedonios (Diod. 17.17.3-5) y Filipo debió contar con una cifra similar, por lo que la noticia que nos transmite Diodoro de 2.000 jinetes en Queronea es verosímil. Esto indicaría que una parte de la caballería, al menos un tercio, se había quedado en Macedonia para la defensa del reino⁸⁶. En el caso de Alejandro, del total de efectivos, llevó consigo Asia, en la primavera de 334, 1.800 jinetes de manera que 1.500 permanecieron en Macedonia⁸⁷. Es decir, partió con el 50% de sus efectivos. Esto es, dividió la caballería en partes iguales, 1500/1500, y

⁸³ SEARS y WILLEKES, 2016, p. 1020.

⁸⁴ Vid. DIOD. 17.17.4 para los contingentes de aliados balcánicos que Alejandro lleva a Asia y que sumaban 8.000 infantes ligeros.

⁸⁵ TH. 4.100.1; DIOD. 15.85.4.

⁸⁶ CAWKWELL, 1978, p. 145.

⁸⁷ DIOD. 17.17.4-5.

añadió el escuadrón real, fuerte de 300 hombres. En este mismo sentido, Filipo no habría movilizado en 338 el total de efectivos de la caballería macedonia. Tampoco tenemos que suponer necesariamente que sus 2.000 jinetes eran todos macedonios; ello nos obligaría a pensar establecer que Filipo renunció a movilizar a los jinetes tesalios que le habían dado la victoria, por ejemplo, en 352, en la batalla del Campo de azafrán frente a los mercenarios focidios⁸⁸, y de los Alejandro lleva a Asia 1.800, un contingente igual a la caballería macedonia⁸⁹. Esto sería inexplicable ya que, de acuerdo con Diodoro (16.85.5), Filipo movilizó a sus aliados para la batalla. En definitiva, podemos suponer que una parte de la caballería presente en Queronea pudo ser tesalia y quizás también, en un pequeño contingente, de otros aliados.

Además, Alejandro disponía en 334 de 24.000 infantes pesados, lo que hace inverosímil que los 30.000 infantes con los que cuenta Filipo en Queronea fueran todos ellos macedonios. Esto habría dejado al reino completamente inerte. De los que 24.000 con que cuenta Alejandro, desplaza 12.000 a Asia, el 50% de los efectivos totales. De este contingente, 3.000 formaban los hipaspistas de la guardia real y el resto eran regimientos de falangitas⁹⁰. En suma, como ocurrió en el caso de los infantes ligeros y en la caballería, Filipo no habría movilizado todos los efectivos macedonios posibles y los 30.000 de los que habla Diodoro representaban la suma total de su ejército, incluyendo macedonios y los aliados⁹¹. Muchos de estos últimos debían ser tesalios,

⁸⁸ DIOD. 16.35.1-6.

⁸⁹ DIOD. 17.17.4.

⁹⁰ DIOD. 17.17.3-5; ARRIAN. 1.11.3; HAMMOND, 1938, p. 210.

⁹¹ GULER, 2014, 133.

un estado que era capaz de movilizar, por ejemplo, 6.000 hombres al principio de la Guerra sagrada⁹². En la campaña que sirvió de preludeo a Queronea los locrios orientales, el norte de la Fócide⁹³, tesalios, dólopes, enianos, aqueos del Ftiótide y etolios⁹⁴ cooperaron con Filipo y el ejército permaneció movilizado durante todo el invierno. Del mismo modo, en la embajada a Tebas, que resultó fracasada, los emisarios macedonios fueron acompañados por los tesalios, en el mismo número de los macedonios, y por los enianos, dólopes, aqueos y etolios⁹⁵. El número de efectivos presentes, tan elevados, sugiere que Filipo disponía de contingentes aliados. Ciertamente, sus aliados de Grecia central podían movilizar escasos efectivos, pero tampoco eran despreciables, y no parece existir ninguna razón para pensar que el rey, que era además arconte de la confederación tesalia, no empleara la numerosa infantería tesalia.

Desconocemos el número de soldados del contingente aliado. Kromayer (1903, p. 195) lo fijó entre 34.000-36.000 infantes pesados y unos 2.000 jinetes. Según este autor, Atenas habría aportado 10.000 hoplitas y 800 jinetes, los beocios 12.000 hoplitas y 600 jinetes, a los que habría que sumar entre 8000-9000 hoplitas aliados, 5.000 mercenarios y un número indeterminado (¿600?) de jinetes aliados y mercenarios. Otros autores han considerado que podría alcanzar 33.000 infantes y 3.800 jinetes⁹⁶. En otros casos (Corvisier, 2012, pp. 77-78)

⁹² DIOD. 16.30.4.

⁹³ ROEBUCK, 1948, p. 75.

⁹⁴ HAMMOND, 1994, p. 144.

⁹⁵ DEM. 18.177-179, 295.

⁹⁶ HAMMOND, 1938, p. 206; HAMMOND, 1994, p. 147; GULER, 2014, p. 133.

se ha considerado que el contingente aliado era menor al de los macedonios con 25.000 hoplitas y 1.000 jinetes. De hecho, Diodoro (16.85.6) asegura que los macedonios aventajaban en número a sus contrarios. Sin embargo, Justino (9.3.9) declara, en cambio, que los atenienses, esto es, todos los aliados, superaban en número a los macedonios. Podemos pensar que el número de efectivos de ambos contendientes estaba bastante igualado.

Plutarco (*Dem.* 17.3) afirma que, en sus embajadas, Demóstenes consiguió unir a los griegos y formó un ejército de 15.000 soldados de infantería y 2.000 de caballería, además de las fuerzas constituidas por los ciudadanos, se entiende que por los propios atenienses. Es posible que Plutarco se esté refiriendo a Queronea, que fue indudablemente la mayor movilización de la alianza ateniense, de modo que los atenienses habrían contado con 15.000 hoplitas aliados en Queronea. Los beocios movilizaron 7000 hoplitas en la batalla de Delión en 424 (*Th.* 4.93.3); 11.000 hoplitas constituían el total del contingente federal en 395 (*Hell. Oxy.* 19.3); 7.000 podía movilizar Tebas en 378 (*Diod.* 15.26.2-5); 6.000 tebanos o beocios combatieron en Leuctra (*Polyan.* 2.3.12; *Diod.* 15.52.2); unos 6.000 beocios participaron en la campaña en el Peloponeso en 370/69 (*Plut. Pel.* 24); 7.000 también en el Peloponeso en 369 (*Diod.* 15.68.1); 8.000 en Tesalia en el mismo año (*Diod.* 15.71.2) y otros 7.000 también en Tesalia en 364 (*Diod.* 15.80.2; *Plut. Pel.* 35). En suma, la cifra habitual que los beocios movilizaban rondaba de media los 7.000 hoplitas, a veces podían ser 6.000 y rara vez alcanzaban los 8.000. Quizás 7.000 hoplitas beocios pudieron

constituir su contingente en Queronea. La mayoría de ello, al menos 4.000, debían ser tebanos,

Además de los beocios, figuraron corintios, eubeos, aqueos, megareos, leucadios y corcireos, peloponesios de la península de Acté y acarnanios⁹⁷. Los acarnanios contribuyeron con dos mil hombres, aunque pudieron ser voluntarios, no parte del ejército federal (Aeschin. 3.94-98), pero es el único contingente de todo el bando aliado del que conocemos sus efectivos. Los aqueos movilizaron durante la Guerra sagrada en ayuda de los focidios mil quinientos soldados en una ocasión y dos mil en otra (Diod. 16.30, 37; Aeschin. 3.98), por lo que es posible que una cifra similar concurriera en Queronea. Los megareos podían movilizar menos de mil hombres (Paus. 10.20.4). Pausanias (10.3.4) dice que también participaron los focidios⁹⁸. Es posible que debamos pensar en el sur de Fócide, que estaría bajo control de los beocios y de

⁹⁷ DEM. 18.237; Plut. *Mor.* 851 B; PAUS. 6.4.6-7; 7.6.5; AEL. *VH* 6.1, que menciona además a los eleos, pero que no estuvieron presentes en la batalla. Cf. LYCUR. *Leocr.* 45; KROMAYER, 1903, 127; ROEBUCK, 1948, p. 75, n. 16, 83. No participaron los mesenios (Paus. 4.28.2); ni los eleos (Paus. 5.4.9) ni los arcadios (Paus. 8.1.10, 6.2). Vid. también, KROMAYER, 1903, 128. Llama la atención de ausencia de Persia en los acontecimientos que se desarrollaban en Grecia, al menos su apoyo financiero. Después del año 354 Artajerjes Oco envió a los tebanos trescientos talentos para apoyarles en la Guerra sagrada (DIOD. 16.34.1-2; 40. 1-2; DEM. 23.183). Sin embargo, en 339-338 el rey persa se negó a ayudar a beocios y atenienses, a pesar de que había cooperado en 340 contra Filipo en el asedio del macedonio a Perinto (DIOD. 16.75.1-2; PS.-DEM. 11. 5; ARRIAN. 2.14.5; PAUS. 1. 29. 10). Se ha avanzado la idea de que, después de sus fracasos ante Bizancio y Perinto, a comienzos del año 339, y ante la amenaza ateniense, Filipo pudo negociar un tratado con Persia (BENGTSON, 1975, 2.333). ELLIS, 1976, pp. 278 n. 94, 286 n. 75 rechazó la existencia de esta alianza que fue apoyada, sin embargo, por WÜST, 1938, pp. 91, 95, 97-98; CAWKWELL, 1963, p. 128 y GRIFFITH (en Hammond/Griffith), 1979, pp. 485-486. Para la datación de la alianza: KELLY, 1980, p. 82.

⁹⁸ Sobre la reconstrucción de la Fócide por los tebanos y atenienses en los momentos próximos a Queronea vid. PAUS. 10.3.3.

los atenienses⁹⁹, pero después de la Guerra sagrada difícilmente hubieran podido reunir más allá de unos pocos centenares de hombres y sólo de una parte de la región. Quizás combatieron también los locrios hesperios y los bizantinos y puede que también Ambracia y Cefalonia¹⁰⁰. Difícilmente entre todos ellos podrían alcanzar los 2.000 efectivos. Los corintios y los eubeos movilizaron tres mil hombres cada uno de ellos durante la Guerra de Corinto (Xen. *Hell.* 4.2.17), pero es difícil que al menos Eubea¹⁰¹, después de los enfrentamientos que habían estallado en la isla en los años anteriores, pudiera contribuir con esta cantidad. Si sumamos unos 7.000 beocios, 2.000 acarnanios, 1.500/2000 aqueos y 1.000-2.000 del resto de aliados, tendríamos, hasta 15.000, no se quedarían unos 3.000 para corintios y eubeos conjuntamente, una cifra verosímil.

En el mismo párrafo que hemos examinado (*Dem.* 17.3), Plutarco apostilla que los aliados suministraron de buen grado dinero para el salario de los mercenarios. De hecho, en el invierno anterior, diez mil mercenarios se apostaron en el paso que llevaba a Anfisa, bajo el mando de los estrategos atenienses Cares y Proxeno, si bien se retiraron sin combatir, sorprendidos por un contingente macedonio¹⁰². En el año 338 el peligro era mayor que en el año anterior y no parece probable que los aliados renunciaran a ellos. Asimismo, no parece que las tropas se desbandaron durante el invierno. Todo ello nos permite suponer que un cuerpo mercenario combatió en Queronea en el bando aliado y su cifra

⁹⁹ RZEPKA, 2018, p. 519.

¹⁰⁰ ROEBUCK, 1948, pp. 75-75, n. 16.

¹⁰¹ ARJONA, 2018.

¹⁰² AESCHIN. 3.146; BUCKLER, 2003, pp. 494.

pudo alcanzar los 10.000 hombres, como en el invierno anterior, lo que contribuiría también a explicar el elevado número de soldados de que disponen los aliados.

No es fácil que los atenienses dispusieran de diez mil hoplitas ciudadanos en 338, aunque pensemos en una movilización en masa. Quizás la cifra entre 6000 y 7000 puede ser más adecuada toda vez que parece que en Queronea estuvieron presentes únicamente tres estrategos de los diez que formaban el colegio y que otros permanecieron en Atenas¹⁰³. Si la cifra de mil bajas atenienses se aproxima la media de lo que suele perder un ejército hoplítico derrotado, ca. 14-15%¹⁰⁴, apuntaría también a unos 6000-7000 atenienses presentes en Queronea.

La caballería aliada contaba con 2.000 jinetes, buena parte de los cuales debían ser beocios. En Delión los jinetes beocios sumaron 1.000 hombres; el contingente total de la confederación beocia ascendía en 395 a 1.100 jinetes; 600 fueron enviados al Peloponeso y a Tesalia en 369 y otros 800 de nuevo a Tesalia en 364¹⁰⁵, con lo que tendríamos entre 1.000 y 600 jinetes en Queronea, quizás más cerca de la primera cifra. El resto, hasta 2.000, serían jinetes de otros estados aliados y mercenarios. A todos ellos habría que sumar la caballería ateniense. Unos 600-700 constituiría un contingente correlativo al de hoplitas. En suma, el ejército aliado contaría con unos 31.000-32.000 hoplitas y unos 2.600-2.700 jinetes. Desconocemos el número de tropas ligeras. Los hallazgos exhumados en la excavación del túmulo de los macedonios

¹⁰³ CAWKWELL, 1978, p. 148; GULER, 2014, p. 134.

¹⁰⁴ KRENTZ, 1985.

¹⁰⁵ Para los testimonios acerca de estas cifras vid. *infra*.

apuntarían a la presencia tanto de tiradores de jabalina como arqueros. Al menos estos últimos, un cuerpo altamente especializado, pudieron ser mercenarios. En todo caso, los beocios disponían de una numerosa infantería ligera, los psilos, que ascendieron a 10.000 en la batalla de Delión en 424 (Th. 4.93.3), y de un cuerpo de tropas ligeras que combatía junto a la caballería, *los hamíppoi pezoí*, con el mismo número de efectivos que la caballería¹⁰⁶. En total, es posible que en Queronea combatieran aproximadamente unos 80.000 hombres, 40.000 en cada bando.

Los atenienses estuvieron mandados al menos por tres estrategos¹⁰⁷, Cares, Lisicles y Estratocles¹⁰⁸, y entre los movilizados figuraron Demóstenes¹⁰⁹ y Démades, dos de los líderes de las facciones antimacedonia y filomacedonia respectivamente. Los beocios estaban mandados por los beotarcos, los principales magistrados de la confederación beocia, que eran siete, aunque no sabemos si todos ellos concurren en Queronea. Conocemos tan sólo el nombre de uno de ellos, quizás el hegemónico, el beotarco tebano Teágenes, del que Dinarco (1.74) dice que era el jefe de la falange¹¹⁰ y al que Plutarco (*Mor.* 259 D-E) denomina general de los tebanos. Previsiblemente debía ser el líder la facción antimacedonia de Tebas que se hallaba enfrentado a los filomacedonios encabezados por Timolao¹¹¹.

¹⁰⁶ TH. 5.57.2; XEN. *Hell.* 7.5.24.

¹⁰⁷ LYCUR. *Leocr.* 16.

¹⁰⁸ AESCHIN. 3.143; DINARCH. 1.1; ROBERTS, 1982.

¹⁰⁹ PLUT. *Dem.* 20.2, 21.2; *Mor.* 845 F; DINARCH. 1.12, 14; AESCHIN. 3.159.

¹¹⁰ Vid. también PLUT. *Alex.* 17. 5-6.

¹¹¹ DINARCH. 1.74; DEM. 18.48, 295; PLB. 18.14.4. Timolao sería posteriormente comandante de la guarnición de la Cadmea (ARRIAN. 1.7.1).

El desarrollo de la batalla de Queronea

Tomando como punto de partida una formación normal de ambos ejércitos en dos líneas paralelas aproximadamente a la misma distancia entre ellas, la mejor disposición, como apuntamos, quizás la única posible, se encuentra justo a la entrada de la llanura de Queronea, precisamente donde el río Cefiso no impide el despliegue, entre las laderas del monte Acontio al norte y las proximidades del monumento del León al sur. De otra forma, el río hubiera partido o comprimido las líneas de frente de ambos o de uno de los ejércitos. La distancia aproximada entre el monte Acontio y las colinas de Queronea es de poco más de 2 kilómetros. Si todo el ejército macedonio se hubiera alineado como una falange de 16 escudos en fondo, y dejando unos 90 cm por cada hombre, tendríamos una extensión de la línea de unos 1.700 metros, con espacio suficiente para acomodar la caballería y a la infantería ligera en los flancos. No sabemos la profundidad de la falange griega que pudo ser de 8, 12 o 16 escudos. Si se alineó de 12 escudos en fondo, tendríamos unos 2.000 a 2.500 metros¹¹². Sin embargo, esta formación le parece a Jenofonte (*Hell.* 6.4.12) poco profunda y se podía

¹¹² Entre 3 y 1,3 km (CORVISIER, 2012, pp. 83-85). HAMMOND, 1938, p. 206, 211: un metro por hombre y una extensión del frente de 3 km. No sabemos cuándo la *dékas*, la unidad táctica mínima de la falange macedonia, pasó de diez a dieciséis hombres, cambio que se produjo entre el reinado de Filipo (FRONTIN. 4.1.6) y el año 324 en época de Alejandro (ARRIAN. 7.23.3-4; HAMMOND, 1979, p. 419). CONNOLLY, 1981, p. 69, considera que esta reorganización se produjo entre 359 y 345; DEVINE, 1989, p. 105 piensa que tuvo lugar en 333. En el monte Pelión (ARRIAN. 1.12.6), en 335, Alejandro organiza la falange en ciento veinte líneas, lo que parece explicarse mejor como múltiplo de 8, 12, 16 y no con una *dékas* de diez soldados. En este caso, ya que Alejandro no habría tenido tiempo material para ello, la reorganización del ejército en unidades de 16 escudos en fondo debería ser atribuida Filipo.

utilizar una más profunda de 16 escudos como ocurrió, por ejemplo, en la batalla de Nemea en el año 394 (Xen. *Hell.* 4.3.18), y que se habría aproximado a la profundidad de los macedonios, En todo caso, hay que tener en cuenta que los tebanos, al menos, no parecen haber tenido como costumbre alinearse de 8 o 12 escudos en fondo, sino que la falange tebana, y posiblemente toda la beocia, era mucho más profunda. Así, en la batalla de Delión los tebanos se alinearon en 25 escudos en fondo (Th. 4.94.3), en Nemea en 394 hicieron la formación más profunda (Xen. *Hell.* 4.3.18) y se desplegaron en 50 escudos en fondo en la batalla de Leuctra en 371 (Xen, *Hell.* 6.4.12). De este modo, con la alineación tradicional de los regimientos tebanos de unos 300 hombres, y con ellos los beocios, al menos de 25 en fondo, el frente de combate aliado se habría acertado drásticamente¹¹³. En definitiva, una extensión del frente de 2.000-2.100 pudo ser suficiente para acomodar ambos ejércitos.

Por lo que se refiere a los macedonios, Filippo mandó una de las alas y Alejandro tuvo la otra. Como los caídos tebanos tenían heridas de sarisas y combatieron contra Alejandro, el príncipe dispuso de regimientos de falangitas macedonios armados precisamente con sarisas. Filippo contaba con las tropas escogidas, esto es, debemos entender los hipaspistas, la guardia real, el contingente permanente y profesional del ejército macedonio que alcanzaba los tres mil efectivos. Esto significa que Filippo dividió a los macedonios en dos alas, situando algunos, quizás la mayoría, de los regimientos de leva con Alejandro y

¹¹³ KROMAYER, 1903, p. 167, pensó que los tebanos adoptaron en Queronea una profundidad de cincuenta escudos en fondo.

a los hipaspistas, armados con la *dory* hoplítica, y el resto de los macedonios con él. Ello dejaría a los tesalios y a los demás aliados el centro. Quizás Alejandro pudo tener en su flanco la caballería macedonia y Filipo la muy experimentada caballería tesalia, que ocupó, por ejemplo, una de las alas en la batalla del Campo de azafrán en 352. Alejandro dispuso también en su flanco de infantería ligera y quizás también Filipo.

El príncipe de Macedonia quedó enfrentado a los tebanos y al resto de los beocios y Filipo a los atenienses. Frente a la reconstrucción habitual de la batalla, los tebanos y el resto de los beocios pudieron situarse en el ala izquierda de la formación, al sur, cerca del monumento del León. El batallón sagrado debía ocupar precisamente el extremo del ala de la falange beocia. Los atenienses ocuparían el ala derecha en el norte, próximos al monte Acontio. Contra los atenienses Filipo ocupó el ala izquierda macedonia y Alejandro sostuvo la derecha contra los tebanos. Los aliados de ambos bandos quedaron en el centro. La batalla se decidiría en las alas.

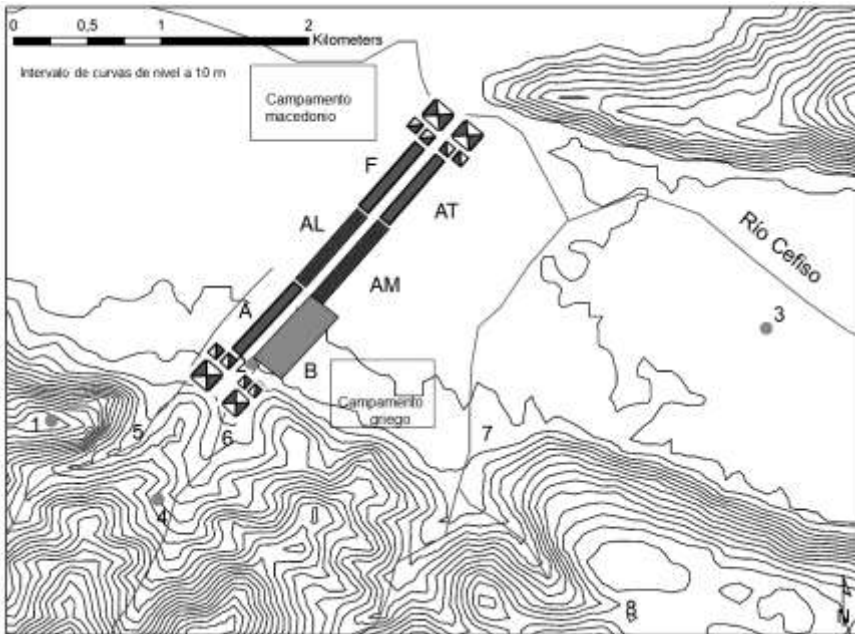


Figura 6. La batalla de Queronea (despliegue de los ejércitos). 1. Queronea. 2. El monumento del León. 3. El túmulo de los macedonios. 4. Agia Paraskevi (¿Heracleo?). 5. Río Morios. 6. Río Hemón (Lykouressi). 7. Río Molos. 8. Paso de Kerata. F = Filipo. A = Alejandro. AL = Aliados de los macedonios. AT = Atenenses. AM = Aliados y mercenarios. B = Beocios.

Filipo contaba con dos elementos cruciales en los que superaba a sus enemigos. En primer lugar, la superioridad armamentística de las sarisas de su falange, lo que le daba mayor alcance, aproximadamente entre dos y tres veces. Es decir, los falangitas macedonios podían herir a sus contrarios a una mayor distancia que la *dory* de los hoplitas. Esta ventaja podía utilizarse tanto para avanzar como para retroceder ordenadamente planteando una táctica dilatoria. En segundo lugar, el rey podía aprovechar también la mayor disciplina, experiencia y

preparación de los macedonios, especialmente de los tres mil hombres de elite que componían la guardia real de infantería.

De acuerdo con Plutarco (*Alex.* 9.2), Alejandro fue el primero en lanzarse contra el batallón sagrado tebano y contra los beocios en general¹¹⁴. Es posible que este movimiento formara parte de una táctica diseñada previamente por Filipo. Así, aceptando el relato de Polieno, Filipo II pudo planear un doble movimiento con el objetivo de dislocar la línea contraria, abriendo brechas entre los beocios y los atenienses justo en el centro de la línea, que ocupaban los aliados¹¹⁵. De esta manera, mientras Alejandro atacaba en el lado derecho, tratando de empujar la línea tebana, Filipo hacia retroceder lentamente su ala, planteando una batalla de desgaste, intentando atraer y alejar a los atenienses, que serían seguidos por el centro de la formación, para frenar su repliegue en un momento determinado y atacar cuando la línea enemiga se hubiera estirado lo suficiente para que Alejandro pudiera romperla¹¹⁶. Así, el rey retrocedió mientras los atenienses embestían impetuosamente y cuando éstos estaban cansados, interrumpió la retirada y les atacó. Antes, Alejandro habría abierto brecha en los contrarios en varias partes (Diod. 16.86.3-4), lo que sería aprovechado para provocar un envolvimiento de la línea beocia, con la falange de frente y a la izquierda del ala y con la caballería y la infantería ligera por el flanco derecho de la formación macedonia (Diod. 16.86.3-5). No

¹¹⁴ PLUT. *Alex.* 9.2: λέγεται πρῶτος ἐνσεῖσαι τῷ ἱερῷ λόχῳ τῶν Θεβαίων. Vid. RAHE, 1981.

¹¹⁵ HAMMOND, 1938, p. 207-209; Cf. PRITCHETT, 1958, p. 310 considera un vacío entre la derecha y el centro, en el río Hemón.

¹¹⁶ POLYAEN, 4.2.2, 7; FRONTIN. 2.1.9; HAMMOND, 1938, p. 208.

es necesario, por lo tanto, postular una carga frontal de la caballería contra una falange de infantería pesada que hubiera roto el frente tebano¹¹⁷. Luego de esta ruptura de Alejandro, Filipo, a su vez, quebró la línea ateniense. La última parte de la batalla vio a una parte del ejército enemigo copado, muerto o apresado. El resto huyó. El batallón sagrado mantuvo su posición y fue completamente rodeado y aniquilado por Alejandro. Asimismo, y de acuerdo con Justino (9.3.10), muchos atenienses murieron de frente y cayeron donde les ordenaron sus comandantes, otros muchos fueron hechos prisioneros, unos dos mil, y otros más lograron escaparse. Quizás los muertos en combate alcanzaron la cifra de 5.000¹¹⁸, la mayor parte de los aliados. Filipo había ganado el día y toda Grecia.

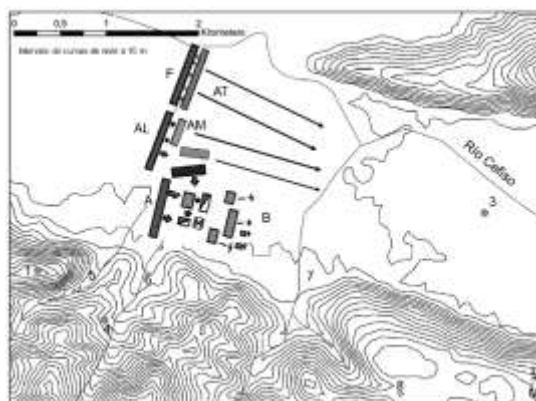


Figura 7. La batalla de Queronea (desarrollo). 1. Queronea. 2. El monumento del León. 3. El túmulo de los macedonios. 4. Agia Paraskevi (¿Heracleo?). 5. Río Morios. 6. Río Hemón (Lykouressi). 7. Río Molos. 8. Paso de Kerata. F = Filipo. A = Alejandro. AM = Aliados de los macedonios. AT = Atenienses. AM = Aliados y mercenarios. B = Beocios.

¹¹⁷ RAHE, 1981, pp. 85-86.

¹¹⁸ CORVISIER, 2012, pp. 101-102.

Victorioso, el rey de Macedonia liberó a todos los prisioneros atenienses sin rescate¹¹⁹. Sin embargo, el trato hacia Tebas fue diferente y muy severo. Los prisioneros fueron entregados, pero sólo a cambio del pago de un rescate, se dejó enterrar a los muertos en combate, pero se exigió el pago por el terreno en que éstos descansaban (Justin. 9.4.6). Mediante el tratado de paz, que se firmó posteriormente, Tebas tuvo que desprenderse de Oropo, que pasó a manos de Atenas. Los supervivientes de Platea, que los tebanos habían expulsado, fueron reinstalados. Tespias y Orcómeno recuperaron sus derechos políticos federales y, aunque la confederación beocia no fue disuelta, Tebas perdió el control sobre la misma. A los tebanos se les prohibió tener representación en el consejo anfictiónico y en cualquiera otra institución anfictiónica y se estableció una guarnición en la Cadmea del mismo modo que en Cálcide, Corinto y Ambracia. Los líderes políticos antimacedonios fueron ejecutados o se vieron obligados a exiliarse y sus propiedades fueron confiscadas. Los anteriores exiliados, partidarios de Filipo, regresaron y juzgaron a sus conciudadanos. En

¹¹⁹ DEMADES 1.9; LYCUR. *Leocr.* 142; PLUT. *Mor.* 177 E-F; PLB. 5.10.4; 22.16; JUSTIN. 9.4.4-5: los libera sin rescate y rinde honores a los caídos atenienses, que son conducidos por Antípatro y Alejandro a Atenas. En PLUT. *Mor.* 849 A: permite el rescate de los cadáveres de los atenienses caídos. Los atenienses muertos en la batalla tuvieron unos funerales espectaculares (LYCUR. *Leocr.* 45; PLUT. *Mor.* 838 B). Así, aquellos valientes (LYCUR. *Leocr.* 144) fueron enterrados en exequias públicas en una tumba colectiva con dísticos grabados (LYCUR. *Leocr.* 45, 142; AESCHIN. 3.152; PAUS. 1.29.13) y Demóstenes pronunció el discurso fúnebre en su honor (DEM. 18.285; AESCHIN. 3.152; PLUT. *Mor.* 845 F). Vid. para el trato dado a Atenas y las condiciones impuestas a la ciudad: ROEBUCK, 1948, pp. 80-82; BUCKLER, 2003, pp. 505-506. Demóstenes pronunció el discurso en honor de los muertos en combate (DEM. 18.285; AESCHIN. 3.152; PLUT. *Mor.* 845 F)

Tebas se estableció una oligarquía, cuyo núcleo principal residió en un consejo formado por trescientos miembros. Filipo había tratado a Tebas como un aliado que le había traicionado¹²⁰. Tres años después la ciudad sería completamente arrasada por Alejandro¹²¹.

¹²⁰ DÉMADES 1.13; JUSTIN. 9.4.7; MOMIGLIANO, 1934, p. 159; CAWKWELL, 1978, p. 167; GRIFFITH (en Hammond/Griffith), 1979, pp. 610-611; HAMMOND, 1994, pp. 156-157; GARLAND, 2016, pp. 151-155. Sobre Oropo: DEM. 8; HYP. 3.16; *SCHOL.* (Dilts 176); PAUS. 1.34.1. Para las condiciones de la paz: ROEBUCK, 1948, p. 80; CAWKWELL, 1978, p. 167; HAMMOND, 1994, pp. 156-157. En general sobre el período posterior a la batalla puede verse: ANTELA BERNÁRDEZ, 2011.

¹²¹ PLUT. *Mor.* 327 C.

Bibliografía

- ÁLVAREZ RICO, M. G. (2013): El campamento militar griego en época clásica Madrid
- ANDRONIKOS, M. (1970): «Sarissa», en *BCH* 94, pp. 91-107.
- (1982): “La Necropole d’Aigai”, en HATZOPOULOS, M., LOUKOPOULOU, L.D. (eds), *Philippe de Macédonie*, París, pp. 188-229.
- ANTELA BERNÁRDEZ, I. B. (2011): “El día después de Queronea: La liga de Corinto y el imperio macedonio sobre Grecia”, en CORTÉS COPETE J. M., MUÑIZ GRIJALVO, E., GORDILLO HERVÁS, R. (coord.), *Grecia ante los Imperios: V Reunión de historiadores del mundo griego*, Sevilla, pp. 187-196.
- ARJONA PÉREZ, M. (2018): “Sobrevivir a la sombra de los poderosos. Eubea entre el 411 y el 338 a. C.” en PASCUAL, J., ANTELA-BERNÁRDEZ, B., GÓMEZ CASTRO, A. (2018), *Cambio y pervivencia. El mundo griego en el siglo IV a.C.*, Madrid, pp. 109-124.
- BENGTSON, H. (1975): *Die Staatsverträge des Altertums*, vol. 2, 2ª ed. Múnich.
- BUCKLER, J. (1980): *The Theban Hegemony, 371–362 BC*, Cambridge, MA, Londres.
- (2003): *Aegean Greece in the Fourth Century B. C.*, Leiden.
- BUCKLER, J., BECK, H. (2008): *Central Greece and the Politics of Power in the Fourth Century*, Cambridge.

- CAMP J., IERARDI, M., MCINERNEY, J., MORGAN, K.,
 UMHOLTZ, G. (1992): «A Trophy from the Battle of
 Chaironeia of 86 B. C.», en *AJA*, 96, pp. 443-455
- CAWKWELL, G. L. (1963): «Demosthenes' Policy after the Peace
 of Philocrates. II», en *CQ* 13, pp. 200-213.
- (1978): *Philip of Macedon*, Londres, Boston.
- CLAIRMONT, C. (1983): *Patrios Nomos. Public Burial in Athens
 during the Fifth and Fourth Centuries B.C.: the Archaeological,
 Epigraphic-Literary, and Historical Evidence*, Oxford.
- CONNOLLY, P. (1985): *Greece and Rome at War*, Londres.
- CORVISIER, J.-N. (2012): *Bataille de Chéronée, Printemps 338,
 Philippe II, roi de Macédoine, et le futur Alexandre le Grand*,
 Paris.
- COSTANZI, V. (1923), «Il Leone di Cheronea et alcune questione
 con esso connesse», en *Riv. Fil.* 51, pp. 61-70.
- DEVELIN, R. (1989): *Athenian Officials, 684-324 B.C.*, Cambridge,
 MA.
- DEVINE, A. (1989): «Alexander the Great», en HACKET, J. (ed.),
Warfare in Ancient World, Londres, pp. 104-128.
- DEVOTO, J.G. (1992): «The Theban Sacred Band», en *The Ancient
 World* 23, pp. 3-19.
- ELLIS, J.R. (1976): *Philip II and Macedonian Imperialism*,
 Londres.
- FRAZER, J. (1898): *Pausanias' Description of Greece*, Londres.

- GARLAND, S. (2016): “A New Boiotia? Exiles, Landscapes, and Kings”, en GARLAND, S. (ed.), *Boiotia in the Fourth Century B.C.*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, pp. 147-164.
- GINZEL, F.K. (1911): *Handbuch der mathematischen und technischen Chronologie. Das Zeitrechnungswesen der Völker.* Vol. II., Leipzig.
- GULER K. (2014): «The Battle of Chaeronea: The Culmination of Philip II of Macedon’s Grand Strategy», en *Saber and Scroll Journal*, III, 2014, 128-137.
- HAMMOND N.G.L. (1938): «The two battles of Chaeronea» en *Klio* 31, pp. 186-218.
- (1968): «The Campaign and the Battle of Marathon», en *AJA*, 88, pp. 13-57.
- (1973): *Studies in Greek History*, Oxford.
- (1994): *Philip of Macedon*, Londres.
- HAMMOND, N. G. L., GRIFFITH, G. T. (1979): *A History of Macedonia. Vol. II: 550-336 B.C.*, Oxford.
- HATZOPOULOS, M.B. (2001): *L’organisation de l’armée macédonienne sous les Antigonides. Problèmes anciens et documents nouveaux*, París.
- KASTORCHIS, E. (1879): «Περὶ τοῦ ἐν Χαίρωνείᾳ», en *Athenaion* 8, pp. 486-506.
- (1880): «Ἀρχαιολογικαὶ εἰδήσεις», en *Athenaion* 9, pp. 157-161.
- KELLY, D. H. (1980): «Philip II of Macedon and the Boeotian Alliance», en *Antichthon* 14, pp. 64-83.

- KRENTZ, P. (1985): «Casualties in Hoplite Battles», en *GRBS*, 26, pp. 13-20.
- KROMAYER, J. (1903): *Antike Schlachtfelder: Bausteine zu einer antiken Kriegsgeschichte. Band 1: Von Epaminondas bis zum Eingreifen der Römer*. Berlín.
- KNIGGE, U. (1976): «Zum Lowen von Kantzas», en *Ath. Mitt.* 91, pp. 167-173.
- LEITAO, D. (2002): “The legend of the Sacred Band”, en NUSSBAUM, M.C., SIHVOLA, J. (eds.), *The Sleep of Reason: Erotic Experience and Sexual Ethics in Ancient Greece and Rome*, Chicago, pp. 143-169.
- MA, J. (2008): «Chaironeia 338: topographies of commemoration», en *JHS*, 128, 72-91.
- MARKLE III, M.M. (1982): “Macedonian Arms and Tactics under Alexander the Great”, en BARR-SHARRAR, B., BORZA, E.N. (eds.), *Macedonia and Greece in Late Classical and Early Hellenistic Times*, Washington, pp. 86–111.
- MASON BAUM, H., BENNETT WRIGHT, F. (eds.) (1904), *Records of the Past*, Vol. III, Washington.
- MIKALSON, J.D. (1975): *The Sacred and Civil Calendar of the Athenian Year*, Princeton.
- MOMIGLIANO, A. (1934): *Filippo Il Macedone. Saggio sulla storia greca del IV secolo a.C.*, Milano.
- PASCUAL, J., ANTELA-BERNÁRDEZ, B., GÓMEZ CASTRO, A. (2018): *Cambio y pervivencia. El mundo griego en el siglo IV a.C.*, Madrid.

- PHYTALIS, L. (1880): «Ἐρευναι ἐν τῷ πολυανδρίῳ Χαίρωνείας», en *Athenaion* 9, pp. 347-352.
- PRITCHETT, W. K. (1958): «Observations on Chaironeia», en *AJA* 61, pp. 307-311.
- (1985): *The Greek State at War*, part 4, Berkeley, Los Ángeles.
- QUESADA SANZ: F. (1994): “*Máchaira, kopís, falcata*” en *Homenaje a Francisco Torrent*, Madrid, pp. 75-94.
- RAHE, P.A. (1981): «The annihilation of the Sacred Band at Chaeronea», en *AJA* 85, pp. 84-87.
- ROBERTS, J. T. (1982): «Chares, Lysicles and the Battle of Chaeronea», en *Klio* 64, pp. 367-371.
- ROCKWELL, N.R. (2008): *The Boeotian Army: The Convergence of Warfare, Politics, Society, and Culture in the Classical Age of Greece*, (Tesis doctoral Univ. California, Los Ángeles).
- ROEBUCK, C. (1948): «The Settlements of Philip II with the Greek States in 338 B.C.» en *CPh* 43, pp. 73-92.
- ROESCH, P. (1982): *Études béotiennes*, París.
- RZEPKA, J. (2018): «The First Battles of Chaeronea Campaign, 339/8 B.C.», en *GRBS* 58, pp. 516-522.
- SEARS MATTHEW A., WILLEKES, C. (2016): «Alexander’s Cavalry Charge at Chaeronea, 338 BCE», en *The Journal of Military History* 80, pp. 1017-1035.
- SCHILARDI, D. (1977): *The Thespian Polyándrion (424 BC)* (Tesis doctoral Princeton).
- SOTIRIADES, G. (1903): «Das Schlachtfeld von Chaironeia und der Grabhügel der Makedonen», en *Ath. Mitt.* 28, pp. 301-330.

- (1905): «Untersuchungen in Boiotien und Phokis» en *Att. Mitt.* 30, pp. 113-140.
- WALLACE, P.W. (1979): *Strabo's Description on Boiotia. A Commentary*, Heidelberg.
- WORTHINGTON, I. (2008): *Philip II of Macedonia*, New Haven y Londres.
- WÜST, F.R. (1938): *Philipp II von Makedonien und Griechenland*, Múnich.

CANNAS: ANÍBAL CONTRA ROMA

CANNAE: HANNIBAL VS ROME

Miguel de Rojas Mulet

Instituto de Historia y Cultura Militar

Resumen:

Este ensayo trata de la campaña en la península Italiana de Aníbal Barca durante la Segunda Guerra Púnica, que enfrentó a Cartago y a Roma, y sobre el clímax de la confrontación, la batalla de Cannas. Tras situar la lucha en el marco adecuado, estudiaremos la batalla, describiendo antes las circunstancias de cada rival, y a continuación su desarrollo y resultado. Analizaremos más adelante las consecuencias del choque y el uso que cada bando hizo del mismo. Finalmente, analizaremos las repercusiones que Cannas tuvo en la Historia, incluyendo otras batallas que se desarrollaron de acuerdo con las tácticas y procedimientos puestos en práctica por Aníbal. El trabajo finaliza con un resumen y algunas conclusiones sobre el evento y sus consecuencias.

Palabras clave:

Guerras Púnicas, Aníbal, Ejército cartaginés, Legiones romanas, Cónsul, Cannas.

Abstract:

This presentation deals with the Italian Peninsula campaign of Hannibal Barca during the Second Punic War, fought between Carthage and Rome, and the climax of the confrontation, the Battle of Cannae. After setting this confrontation in the proper framework, we will analyze it, describing the circumstances of each rival. We will then consider its development and outcome, and we will analyze the clash's consequences and the use that each band gave to the event. Finally, we will study the transcendence that Cannae had in History, including other

battles that were fought according to the tactics and procedures put into practice by Hannibal. The work ends with a sum up and some conclusions on the event and its consequences.

Key words:

Punic Wars, Hannibal, Carthaginese Army. Roman Legions. Consul. Cannae.

Introducción

Se estudia aquí la batalla de Cannas, enfrentamiento que constituyó el clímax de la campaña de Aníbal en Italia durante la 2ª Guerra Púnica (218-201 a.C.). El conflicto enfrentó a dos potencias rivales en el Mediterráneo central y occidental, Roma y Cartago, y vio brillar a uno de los mayores genios militares de todos los tiempos. Antes de pasar a describir el choque, consideraremos brevemente los contendientes y el contexto en el que tuvo lugar el enfrentamiento entre el pueblo semítico y el latino. A continuación, iremos viendo cómo el acontecimiento que nos ocupa fue el punto culminante de una campaña de ¡16 años! en Italia, en la que el púnico mostró sus dotes como conductor de hombres, como genial táctico y como consumado logista, y donde obtuvo la victoria que le da un lugar preferente entre los grandes generales de la Historia Militar Universal.

Antecedentes

a) Cartago:

Fundada por colonos fenicios procedentes de Tiro en el siglo VIII a.C., la ciudad-estado se consolidó sobre la costa norteafricana cerca de

la actual Túnez, como una potencia regional comercial, económica y militar. Desarrolló una forma de gobierno republicana, con un Senado y dos Sufetes (Jueces) que ejercían anualmente la Jefatura del Estado, a similitud de los Cónsules romanos. Herederos de la tradición fenicia, se asentaron los púnicos en la región media y occidental del Mediterráneo, y establecieron en sus costas una red de puertos seguros que servían de refugio a su flota mercante y de base de operaciones para sus intercambios con el interior continental.

En el litoral septentrional africano, a partir del siglo VI a. C. se hicieron con el control de las antiguas colonias de su metrópoli y llegaron a dominar la franja costera desde el Estrecho de Gibraltar hasta Libia. Entre los archipiélagos de la región, ocuparon puertos en el oeste de Sicilia, y Córcega, Cerdeña y las Baleares por completo, mientras que en la costa europea ocuparon el sur de la Península Ibérica. Las factorías comerciales que explotaban se convirtieron paulatinamente en colonias de poblamiento, en un entorno de rivalidad permanente con las vecinas colonias griegas, en particular en Córcega y Sicilia. La prosperidad mercantil les permitió proteger, apoyar y ampliar el número de sus establecimientos y colonias, con la cobertura armada de un ejército profesional.

b) Roma:

Fundada según la tradición en el 753 a.C., 70 años después que Cartago, su forma de gobierno fue monárquica los primeros dos siglos y medio de existencia, para constituirse a continuación en República, con dos Cónsules que ejercían anualmente la Jefatura del Estado. Los

romanos se adueñaron de su península en una lucha continua que ocupó sus comienzos como nación, y que cimentó su tradición guerrera.

Asentada la nación como poder regional, sufrió invasiones de tribus procedentes del Norte como celtas y germanos (cimbrios, teutones), y forjó, por conquista o mediante tratados, una red de alianzas con los pueblos vecinos en la Península (samnitas, latinos, celtas). En la Magna Grecia (Italia meridional y Sicilia) se enfrentó (280-275) a Pirro, rey del Epiro quien desde la orilla opuesta del Adriático apoyaba a las “polis” helénicas de la zona, que Roma terminó sometiendo.

c) Relaciones romano-cartaginesas.

El trato entre estas repúblicas vecinas fue inicialmente pacífico, y se reguló mediante la firma de cuatro tratados, entre el año 509 a.C. y el 279 a. C.

Mediado el siglo III a. C., Roma crecía política y económicamente, y sus intereses chocaron con los de Cartago, que controlaba el comercio a sus puertas, en su zona natural de expansión sobre el Mediterráneo, y en particular sobre las islas del Tirreno. La coincidencia de una potencia en expansión y de otra ya consolidada, derivó inevitablemente en enfrentamiento. En 275 a. C. tuvo lugar el primer contacto físico entre ambas, cuando los romanos alcanzaron el extremo suroccidental de la Península, frente a Sicilia y a escasos 15 Km de los asentamientos cartagineses de la isla. Allí, la ciudad de Messina fue objeto de disputa entre ambas repúblicas. Diez años después, el contencioso sobre esta metrópoli, junto a querellas locales desembocaron en el primer

conflicto a gran escala de los rivales, la 1ª Guerra Púnica (264-241 a. C.). (ver figura 13).

Comenzó así una lucha por la hegemonía regional que con intervalos se prolongaría durante casi 120 años y se materializaría en tres enfrentamientos en los que Roma intentó anular a la potencia cartaginesa y ocupar su lugar de privilegio comercial y militar en la región, mientras los púnicos buscaban mantener el statu-quo y neutralizar la acción de su rival. En el momento de su enfrentamiento, ambas naciones contaban cada una con unos tres millones de habitantes. En la primera de las tres contiendas, la incipiente potencia latina consiguió hacerse con la victoria, arrebató el control de Sicilia, Córcega y Cerdeña a sus contrincantes y terminó con la infraestructura y el sistema comercial de éstos en el Mediterráneo Central y Occidental, ganando a la vez la supremacía naval e imponiéndoles fuertes indemnizaciones de guerra. La derrota provocó levantamientos en África de los mercenarios que habían combatido al servicio de Cartago, descontentos por la pérdida de sus retribuciones. Amílcar Barca sometió a los rebeldes, a los que sospechaba instigados por Roma, tras cinco años de lucha. Según cuenta Tito Livio, fue al terminar esta campaña cuando el General hizo jurar a su hijo Aníbal, de nueve años de edad, odio eterno contra los romanos. (Tito Livio, *Ab Urbe Condita*, XXI).

Para compensar la pérdida de las islas y del entramado comercial asociado, y hacer frente a los pagos exigidos como indemnización, Cartago decidió hacerse con el control de la Península Ibérica consolidando y ampliando su presencia allí. Buscó así explotar sus

recursos, en particular las minas de donde obtener los metales necesarios para mantener su economía y pagar las indemnizaciones, así como a sus tropas. La humillante derrota sufrida y las abusivas condiciones de paz impuestas por los vencedores habían alimentado las ansias de revancha púnicas, con lo que los nuevos territorios debían servir, a la vez, como base de operaciones para el proyectado enfrentamiento con su rival latino, además de constituir una fuente importante de potencial humano para el ejército y la explotación de las minas. Desde el 236 a.C., los púnicos se hicieron con el control de buena parte de la Península, apoyándose en asentamientos fenicios, y fundando Cartagena.

Roma, preocupada por estas iniciativas de los africanos, intentó contrarrestar su influencia en las regiones orientales ibéricas al N. y S. del Ebro, y aprovechó las rivalidades entre los pueblos autóctonos y sus conflictos internos, formando un frente favorable a sus intereses, rival del que apoyaba a los púnicos. Pronto surgieron rivalidades con Cartago, que se solventaron momentáneamente delimitándose áreas de influencia en el llamado “Tratado del Ebro”. Este adjudicaba al control romano la región al Norte del río, y al cartaginés los situados al Sur. La rivalidad mutua latente estalló en 219 a. C. con la toma por los norteafricanos de Sagunto, ciudad que se había aliado con Roma, con lo que técnicamente incurrió en una violación del mencionado tratado. El incidente se agravó y se rompieron las hostilidades, con lo que comenzó la 2ª Guerra Púnica. (ver figura. 1)



Figura. 1. Representación en mapa de la Primera y Segunda Guerra Púnica (PIMLOTT, 1998)

Segunda Guerra Púnica (218-201 a.c.): Ejércitos cartaginés y romano

Ejército cartaginés

Cartago no contaba con un ejército de ciudadanos y gracias a su riqueza pudo permitirse mantener una fuerza permanente mercenaria. Esta, en concreto, en el s. III a. C., estaba al mando de generales profesionales, entre los que destacaba la dinastía de los Barca, que proporcionó una saga de excelentes militares. Nombrados al frente de

las tropas por el Senado o la Asamblea, se hicieron con el control de Hispania y se enfrentaron con éxito al poder romano. Los principales protagonistas fueron:

Amílcar Barca (270-228 a.C.) Primer miembro de la dinastía, Polibio lo considera uno de los grandes generales de la Antigüedad. En 236 a. C. comenzó la conquista de Hispania muriendo en 228 a.C., durante las revueltas oretanas.

Asdrúbal “el Bello” (270- 221 a.C.) yerno del primero, le acompañó en su campaña ibérica y le sucedió como General en Jefe a su muerte. Fundó Cartagena (*Qart Hadasht*, ciudad nueva), y firmó en representación de Cartago el Tratado del Ebro con la República Romana. Murió asesinado por un esclavo.

Aníbal Barca (247- 183 a.C.). Hijo de Amílcar, el caudillo cartaginés pudo, según teorías apócrifas, haber nacido en las Islas Baleares, donde su padre fue gobernador. Excelente estratega y militar, tras la muerte de su cuñado le sucedió en el mando del ejército púnico.

Asdrúbal Barca (245- 207 a.C.). Hermano mayor de Aníbal, combatió con éxito en Hispania, murió en Italia al frente de un contingente destinado a reforzar a su hermano.

Magón Barca (243- 203 a.C.). Hermano menor de Aníbal, fue su lugarteniente en Italia, donde destacó su actuación en Cannas.

Sus tropas eran de tres tipos:

- Mercenarios, combatientes aislados o agrupados que luchaban por dinero.

- Aliados, tropas que colaboraban dirigidas por sus propios mandos.
- Auxiliares, reclutados a la fuerza entre los pueblos sometidos por Cartago.

Entre las unidades púnicas había una presencia importante de iberos, dado que las regiones del sur de Hispania a menudo sustituían el pago directo de impuestos por la aportación de contingentes de soldados, a los que solían unirse voluntarios a sueldo. La primera referencia fiable de empleo de éstos al servicio de los africanos la encontramos en el año 480 a. C, cuando se nos dice que combatieron en Siracusa (Sicilia) contra los griegos (Heródoto. *Historias*. VII.165). A partir del s. IV a. C. se extiende su empleo, en particular en la mencionada isla, que por aquél entonces estaba en buena parte bajo control cartaginés. Ya durante la 2ª Guerra Púnica, en todas las batallas de la misma, los cronistas mencionan la participación destacada de combatientes hispanos: caballería, infantería pesada y ligera, estos últimos en su mayoría honderos baleares. Como arma principal de esta infantería se encontraba la “falcata”, espada eficaz en el combate cuerpo a cuerpo, que podía ser empleada como arma de filo (para asestar tajos) o de estocada. En cuanto al resto de componentes del ejército púnico durante la campaña, era considerable la presencia de caballería nómada, y de infantería libia y mauritana junto a numerosos contingentes celtas procedentes de la Galia Cisalpina.

Ejército romano

Sobre las instituciones militares de la Antigua Roma nos habla el historiador Flavio Vegecio Renato, en su obra del siglo V d.C., y nos dice cómo la disciplina romana fue la causa de su grandeza:

«La victoria en la guerra no depende completamente del número o del simple valor; sólo la destreza y la disciplina la asegurarán. Hallaremos que los Romanos debieron la conquista del mundo a ninguna otra causa que el continuo entrenamiento militar, la exacta observancia de la disciplina en sus campamentos y el perseverante cultivo de las otras artes de la guerra».

La época republicana, comenzada en 510 A.C., supuso una revolución social, política y militar respecto a la monarquía precedente. Fue entonces cuando se conquistó el Lacio y el Mediterráneo Central, a partir del 261 A.C., desplazando a Cartago de la región y ocupando su lugar.

El ejército romano era mandado por los cónsules elegidos anualmente (2), cada uno al frente de dos Legiones, que rotaban en el Mando supremo, “controlándose” mutuamente, y debían seguir las instrucciones impartidas por el Senado. Esta particularidad provocó varios fracasos significativos, sea por la inexperiencia de los cónsules o por la rivalidad entre los mismos. Este fue el caso que se verá más adelante, de la Segunda Guerra Púnica, que comenzó con dos cónsules al mando y tras tres derrotas consecutivas pasó a designarse un “Dictador” que durante seis meses ejerció el Mando exclusiva y personalmente, teniendo a los Cónsules subordinados. Tras volver al sistema de cónsules, enfrentados a la catástrofe de Cannas, aprendieron los romanos de sus fallos, y en lo sucesivo nombraron como

comandantes solamente a soldados de probada eficacia, que ejercían el mando, en caso de necesidad, más allá del término temporal habitual (MOMMSEN, 2011).

Entre los generales destacados de la época, mencionaremos a los siguientes:

Publio Cornelio Escipión “el Viejo” (¿- 211 a.C.). Fue cónsul en 218, y combatió a los cartagineses en Italia e Hispania. Enfrentado al caudillo púnico, fue vencido en Tesino, donde resultó herido, y volvió a ser batido en Trebia. De vuelta a la Península Ibérica, sufrió ante Asdrúbal una derrota que le costaría la vida en la batalla del “Betis Superior”.

Cneo Cornelio Escipión, hermano del anterior. Fue vencido y muerto junto a él.

Publio Cornelio Escipión “el Africano” (235 a 183 a. C.), hijo del primero, a la muerte de éste se hizo cargo del mando de las fuerzas romanas en Hispania, donde continuó su lucha contra Cartago. Cónsul en 205 a.C. Vencedor en Zama (202 a.C.).

Tiberio Sempronio Longo (260-210 a. C.). Cónsul junto a Publio Cornelio, fue derrotado con él en Trebia.

Cayo Flaminio Nepote (¿-217 a. C.). Cónsul en 217 a. C. Vencido y muerto por Aníbal en la batalla del lago Trasimeno.

En el aspecto táctico, se produjo el cambio de formación de la relativamente rígida Falange, de procedencia griega, a la más flexible Legión Manipular. Esta articulación parece ser que la copiaron los romanos de los samnitas, pueblo del sur de la Península Itálica al que sometieron, después de tres guerras que se prolongaron por espacio de

50 años (343-290 A.C.). Se desarrollaron igualmente la capacidad de emplear las fortificaciones de campaña y las técnicas de sitio de plazas fuertes.

La Legión tenía una entidad de unos 4.000 hombres, y se estructuraba en 30 manípulos. Su composición era mayoritariamente de infantería, apoyada por tropas ligeras y caballería. Las naciones aliadas proporcionaban unidades comparables en tamaño y procedimiento de combate a las romanas.

En cuanto a sus efectivos combatientes, el Ejército republicano se encontraba, en el siglo III a.C., en continuo desarrollo y perfeccionamiento. Roma, que fue durante mucho tiempo un estado agrario y relativamente pobre, formaba sus Legiones cuando eran requeridas para la defensa o para conquistar nuevos territorios, disolviéndolas al finalizar la necesidad. En esa época no existía aún la figura del Legionario profesional, y las tropas consistían en una milicia de ciudadanos, con mayoría de pequeños propietarios rurales, “ciudadanos en armas”, que eran movilizados y licenciados a la vez que su Unidad. Esta particularidad pesó en contra de los latinos que, con tropas escasamente adiestradas, y mandadas de manera no siempre competente, se enfrentaron a los experimentados soldados púnicos.

La Legión Manipular:

En primera línea del despliegue de esta unidad combatían los Vélites (40 por manípulo), seguían tres líneas: una primera de Hastati, otra de Príncipes y en retaguardia los Triarii.

Los Vélites formaban la Infantería auxiliar, dotados de espada, venablos y escudo, y encargados de comenzar la lucha arrojando sus

jabalinas, dejando a continuación actuar al resto de combatientes. Estos se escalonaban por edad, situándose en vanguardia los más jóvenes, Hastati, con armadura ligera, espada, escudo y un par de “pila” (jabalinas), que llevaban el peso del choque inicial. La siguiente línea, de Princeps, la formaban hombres adultos y estaban equipados con armamento de mejor calidad que los anteriores. Su función era completar los efectos de estos, y su entrada en acción implicaba normalmente que el signo del combate se resolviese del lado romano. Por último, desplegaban los Triarii, soldados más veteranos que combatían en retaguardia, empleando una lanza larga en lugar de las jabalinas, y que se encargaban de proteger el repliegue de la Legión en caso de un desarrollo desfavorable de la lucha. En las alas desplegaban los 300 équites distribuidos en 10 Turmas, con 300 jinetes.

En la época que nos ocupa había cuatro legiones permanentes, asignadas dos a cada cónsul, reclutándose en caso necesario unidades adicionales. Las naciones aliadas se comprometían a aportar una legión para apoyar a cada una de las romanas. El hecho de que los latinos necesitasen doblar sus contingentes demuestra la carencia de fuerzas que sufrían. A esa disfunción cuantitativa se añadía la ya mencionada deficiente preparación de unas tropas que además contaban con escasa o nula experiencia de combate. Con el tiempo, sin embargo, Roma aprendió de sus errores, y Escipión en concreto entrenó en Sicilia durante un año a sus legionarios antes de pasar a África, donde en Zama pudo presentar un ejército bien preparado y exclusivamente formado por ciudadanos romanos, junto a la caballería númida de Masinisa. Esta tendencia a la profesionalización se materializaría definitivamente un

siglo después con las reformas llevadas a cabo por Mario (FEDERICI, 2000).

Veremos a continuación un resumen de su armamento y equipo: El ejército romano fue perfeccionándose paulatinamente, y tomó buena parte de sus rasgos característicos, en particular el armamento, de los pueblos a los que combatió. Así, adoptó el casco, el escudo y la cota de malla galos, la espada corta “gladius”, procedente del “Gladius Hispanensis”, de origen celtíbero, espada con hoja recta y punta afilada, cortante por ambos lados y que se utilizaba preferentemente para asestar estocadas. Asimismo, adoptó y utilizó profusamente la jabalina samnita “pilum”. De griegos y cartagineses, por último, copió las máquinas de asedio y las tácticas de caballería (LIBERATI, 1992, pp. 55-56).

Segunda Guerra Púnica: La Campaña de Aníbal en la Península Itálica

Como pretexto para declarar la segunda de las contiendas tomó Roma la conquista de su aliada Sagunto por Aníbal. Comenzadas las hostilidades los latinos, al conservar la supremacía naval que habían conseguido en la Primera de las conflagraciones, y confiados en la fortaleza natural de la barrera de los Alpes como escudo protector de su Península, buscaron llevar la lucha a África y la Península Ibérica. Para ello, resolvieron enviar dos escuadras a ambos Teatros de Operaciones, con los hermanos Escipión al mando. Esta decisión de abrir frentes de combate lejos de Roma no era novedosa, pues ya habían enviado una expedición armada a África durante la 1ª Guerra Púnica.

Aníbal, en un genial movimiento estratégico, en lugar de esperar a sus adversarios en Iberia tomó la iniciativa y emprendió la marcha hacia la Península Itálica. Para ello debió utilizar necesariamente la vía terrestre, dada su mencionada inferioridad naval, y al hecho de contar entre sus fuerzas con numerosa caballería y elefantes africanos. Esta audaz decisión y la rapidez de sus movimientos sorprendieron a los romanos, cuya flota se encontraba en Marsella. Para contrarrestar la maniobra del cartaginés, uno de los ejércitos, el previsto para África, al mando de Publio Cornelio, intentó detenerle sobre el río Ródano, y el otro continuó, a cargo de su hermano Cneo, hacia la Península Ibérica.

El conflicto se desarrolló de manera simultánea en la Península Itálica y la Ibérica, y a continuación vamos a centrarnos en la lucha que tuvo lugar en la primera de las penínsulas.

Desarrollo general. (ver figura. 2)

La campaña de Aníbal en Italia es uno de los acontecimientos militares-históricos más notables de la Historia Militar, y para considerar su importancia debemos tener en cuenta que, por ejemplo, la campaña de Alejandro Magno en Oriente duró 10 años. Durante su desempeño, Aníbal dio muestras de su valía como conductor de hombres, como táctico genial y como logista consumado.

Ejecutadas entre los años 218 y 203 a.C., se dieron durante las operaciones numerosos enfrentamientos, escaramuzas y batallas, con cuatro victorias consecutivas del cartaginés en los tres primeros años del conflicto. Permaneció éste a continuación en la Península sin

imponerse decisivamente sobre sus rivales, y sin ser derrotado por éstos, hasta que el desembarco de Escipión en suelo africano le obligó a abandonar la Península.

Marcha hacia Italia. Llegada a la Galia Cisalpina

En 218 a. C, tras cruzar los Pirineos, atravesaron los africanos la Galia meridional hacia el macizo alpino, y se impusieron en el Ródano, al norte de la actual Aviñón, a un contingente de Volcos, galos aliados de Roma, que le impedían el paso, en la conocida como “Batalla del cruce del Ródano” (septiembre 218 a. C.). La progresión por los Alpes fue problemática, por la dificultad del terreno, la climatología y el hostigamiento de las tribus locales, que produjeron un desgaste considerable en el ejército invasor. Este llegó, finalmente, tras 6 meses de marcha, en otoño de 218 a.C. con un total de 20.000 infantes y 6.000 jinetes al norte de la Península, el Valle del Po.

La campaña en Italia. Estrategias de los contendientes:

Cartagineses:

Aníbal mostró en este conflicto su genio táctico y estratégico, además de logístico. Al invadir territorio de Roma buscaba aparentemente, más que atacar a esta directamente, desprestigiarla y romper su política de alianzas, pues su rival, como potencia en crecimiento que era, dependía en buena medida de su sistema de pactos con los pueblos vecinos, conquistados o asociados, “federados”. Comenzada su campaña, encontró el caudillo Púnico en el valle del Po,

habitado por celtas hostiles a la Metrópoli, una excelente base de operaciones y fuente de efectivos, reclutando all  numerosos contingentes. Tras su victoria en Cannas el africano, en lugar de dirigirse contra la capital enemiga prosiguió su política de ganar aliados, arrebat ndoselos al rival, para lo que, entre otras medidas, después de cada victoria liberaba a los prisioneros no romanos que habían caído en su poder.



Figura. 2 (PIMLOTT, 1998).

La lucha se prolongó más de 15 años, lo que demuestra los problemas del cartaginés para conseguir una ventaja decisiva sobre sus oponentes, quienes a su vez se vieron incapaces de imponerse al invasor, pese a combatir en suelo propio y disponer de todos los recursos humanos y materiales de que carecía el púnico.

Romanos:

Roma buscó inicialmente la eliminación física del invasor. A medida que esta intención se frustraba, y tras las sucesivas derrotas, se impuso la cautela, y después de la batalla de Trasimeno se eligió de manera excepcional como dictador a Quinto Fabio Máximo. Éste eludió la confrontación directa con el enemigo, al que intentaba desgastar mediante hostigamientos y escaramuzas, además de privarle de sus fuentes de abastecimiento, procedimientos que se conocieron como “tácticas fabianas”¹²².

La falta de resultados concretos provocó la impaciencia de la población, y el Senado dio por terminada esta modalidad estratégica, se nombraron de nuevo dos cónsules, y se buscó un choque que pretendía ser definitivo. Sobrevino así en Cannas de nuevo otro desastre, esta vez

¹²² Nota: Las “tácticas fabianas” se emplearían posteriormente con asiduidad: Vercingetórix contra Cesar en la Galia, Bertrand Du Guesclín contra los ingleses en la Guerra de los 100 años, George Washington contra los ingleses en la Guerra de Independencia Norteamericana, y finalmente, el ejército ruso ante la “Grande Armée” de Napoleón durante la invasión francesa de Rusia (1812). Todas ellas seguían el mismo modelo: ejércitos que habían sido derrotados en campo abierto o no tenían capacidad para plantear una batalla campal, eludían la confrontación directa, aplicaban una táctica de “tierra quemada”, acosaban las líneas de suministro y comunicación del contrario, buscando desgastarle y desmoralizarle.

aún de mayor entidad que los anteriores, tras lo cual se volvió a la confrontación indirecta original.

Con el transcurso del tiempo, al comprobar Roma que no podía derrotar ni expulsar al cartaginés de su territorio, decidió la ya probada estrategia de llevar la lucha a terreno enemigo, en África, con las consecuencias que veremos más adelante.

Liderazgos

Cartagineses: Aníbal

Durante la campaña, el Bárcida se mantuvo a la cabeza de un contingente de fuerzas heterogéneo, donde combatían hasta 10 nacionalidades, en una época en la que no eran infrecuentes los amotinamientos de las tropas contra sus capitanes; sabemos, por ejemplo, que un siglo antes, durante la campaña en Asia, las tropas de Alejandro Magno se habían rebelado contra los planes de este de proseguir combatiendo, y en las orillas del Indo le obligaron a terminar su avance victorioso. Igualmente, al finalizar la Primera Guerra Púnica, hemos visto cómo 20.000 mercenarios que habían combatido por Cartago se amotinaron ante la falta de paga, volvieron sus armas contra sus antiguos señores, y sólo fueron sometidos tras una cruenta campaña de cinco años que provocó 50.000 bajas. Por el contrario, Aníbal, tras ganar ya en Hispania un prestigio considerable personal, militar y político, mostró con su carisma la capacidad de conducción de hombres, en un entorno hostil, alejados de sus bases de operaciones, desprovisto

de apoyos y sin una esperanza clara de poner fin a la lucha. (CABEZAS, 2013, p. 93)¹²³.

Romanos:

El ya explicado sistema romano de otorgar el mando del ejército, de manera rotativa a los dos cónsules del año implicaba una sucesión de comandantes, cuyas cualidades militares no siempre eran las adecuadas, lo que incidía negativamente en la operatividad de sus tropas, mientras por el contrario el Púnico gozaba de una continuidad que favorecía la buena marcha de sus operaciones.

Logística

Desde el punto de vista del abastecimiento, el caudillo púnico consiguió mantener operativa una fuerza considerable, con un importante componente montado, durante un período prolongado de tiempo, viviendo en tierra hostil sobre el terreno. Ello se logró, pese a las dificultades encontradas, pues a la necesidad diaria de alimentar a las tropas y a los numerosos prisioneros se añadía la carga logística de mantener a la caballería. Al vivir “del país”, la explotación local debía realizarse con cautela, pues si se agotaban los recursos de la zona se corría el riesgo de enajenarse la voluntad de los habitantes a los que se quería ganar para su causa. Ello explicaría el itinerario, aparentemente errático, del cartaginés, obligado a cambiar a menudo sus bases de operaciones - y de aprovisionamiento- buscando otras nuevas.

¹²³ Citando a Quesada en *Aproximación a la logística militar del ejército de Aníbal*

Desarrollo de la campaña

La llegada de los púnicos al norte de Italia en 218 sorprendió a los romanos en sus cuarteles de invierno, y cuando estos consiguieron armar un ejército para oponerse al invasor, fueron derrotados sucesivamente junto al río Tesino y en Trebia.

En el valle del Po, habitado por celtas hostiles a la Metrópoli, encontró el general africano una excelente base de operaciones y fuente de efectivos, y en esa región reclutó numerosos contingentes. Habiendo penetrado en Liguria, estableció sus cuarteles de invierno junto a la costa, donde permaneció hibernando hasta comienzos de 217. Retomada su progresión hacia el sur, atravesó con dificultad las marismas del Arno y alcanzó la región del Lago Trasimeno, en la Italia central. Allí, como durante toda su campaña, se dedicó a hacer proselitismo entre los locales, mientras hostigaba las líneas de suministro de víveres a la capital, donde tras las dos derrotas sucesivas habían sido elegidos cónsules Servilio Gémino y Cayo Flaminio. El cartaginés se encontraba acampado cerca del lago Trasimeno y había asolado la región, lo que precipitó el ataque del segundo de los cónsules, que marchó con el contingente a su mando, sin esperar refuerzos del resto del ejército, y sin tomar, aparentemente, las necesarias precauciones tácticas de seguridad. Cayeron los romanos en una emboscada preparada por Aníbal con la ayuda del terreno abrupto y el obstáculo del lago, y sufrieron una contundente derrota, resultando muerto su comandante, el Cónsul Cayo Flaminio (junio, 217 a.C.).

Roma, situada a unos 140 km., quedó desguarnecida, y sin embargo el vencedor no se decidió a atacarla directamente. Allí, vista la magnitud del desastre, se eligió dictador al mencionado Quinto Fabio Máximo, quien a continuación llevó a cabo una estrategia de desgaste, persiguiendo al cartaginés, pero evitando una confrontación directa con el mismo. Tras penetrar más al sur en Campania, y prosiguió su marcha hacia Apulia, donde pasó el invierno de 217-216. Continuó igualmente su campaña de saqueo y hostigamiento a las líneas de abastecimiento de la capital, tratando como hemos dicho, a la vez que debilitar a su adversario, de ganar adeptos entre sus aliados al demostrar que Roma no era capaz de defenderse a sí misma. Cuando Aníbal, cuyas fuerzas habían pasado un invierno de privaciones, se apoderó de unos depósitos de víveres desprotegidos en las inmediaciones de Cannas, los generales electos marcharon con sus legiones contra el cartaginés y chocaron con el mismo en el lugar.

Cannas: La Batalla. Desarrollo y Desenlace (ver fig. 3- esquemas de la batalla)

Ubicación: Italia suroriental, Apulia, cerca de la costa Adriática.

Fecha: 2 de agosto, 216 a. C.

Situación previa: Aníbal, después de tres victorias consecutivas, se encontraba con sus tropas en el Sur de Italia, donde intentaba atraer a su causa a los pueblos aliados de Roma, a la vez que hostigaba las líneas de suministro de víveres a la capital. En ésta, en el año 216 a.C., el Senado no renovó el nombramiento de dictador, y eligió a los dos

Cónsules habituales. A disposición de éstos se puso un ejército considerable, sin precedente en la historia republicana, que doblaba las cuatro legiones que se encontraban habitualmente en armas, con la esperanza de acabar de manera definitiva con la amenaza de los cartagineses, y se enfrentaron a su ejército cerca de Cannas, en la costa adriática.

Orden de Batalla:

Romanos: Mando: Cónsules C. Terencio Varrón y Lucio Emilio Paulo.

Infantería: 8 Legiones de ciudadanos romanos, 8 de aliados, con un total de 80.000 efectivos. Caballería: Entre 9.000 y 12.000 (un cuarto romanos y el resto aliados).

Cartagineses: Mando: Aníbal Barca.

Infantería: 40.000 infantes “pesados” encuadrados en contingentes púnicos, hispanos, galos y libios. 8.000 infantes ligeros, con mayoría de honderos baleares. Caballería: 10.000, incluyendo númidas, hispanos y galos.

Desarrollo del combate: Para la que sería su victoria más brillante, el genio cartaginés situó su Infantería en el centro del despliegue, con la caballería a los flancos. En el lado opuesto, los romanos desplegaron en su formación clásica, aunque primaron la profundidad sobre la amplitud del frente.

Batalla de Cannas (Agosto, 216 a.C.) Situación inicial

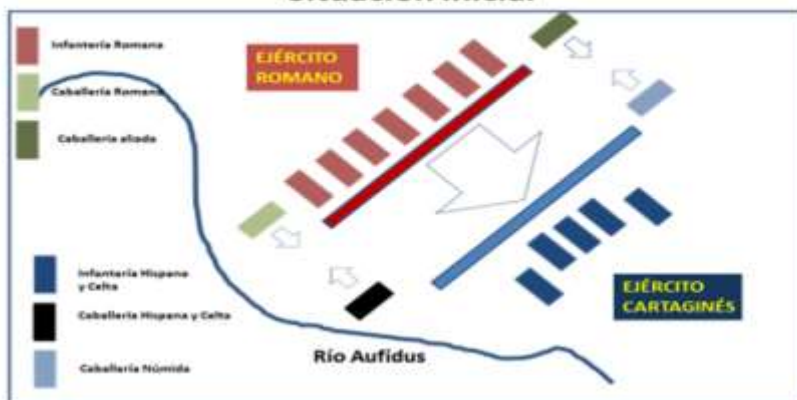


Figura. 3 Esquema de la batalla (PIMLOTT, 1998).

Comenzada la lucha, el momento decisivo tuvo lugar en cuando, ante el avance romano, el cartaginés hizo retroceder al centro de su despliegue, con lo que rodeó con sus flancos el grueso del contingente atacante, en el llamado “doble envolvimiento”. Esta acción ha sido considerada “la estratagema más mortal en una batalla, pues busca no sólo derrotar al enemigo, sino rodearlo y aniquilarlo”. La masa de legionarios, en su avance, se encontró encerrada y comprimida, incapaz de emplear eficazmente sus armas o de maniobrar.

Batalla de Cannas (Agosto, 216 a.C.) Situación final

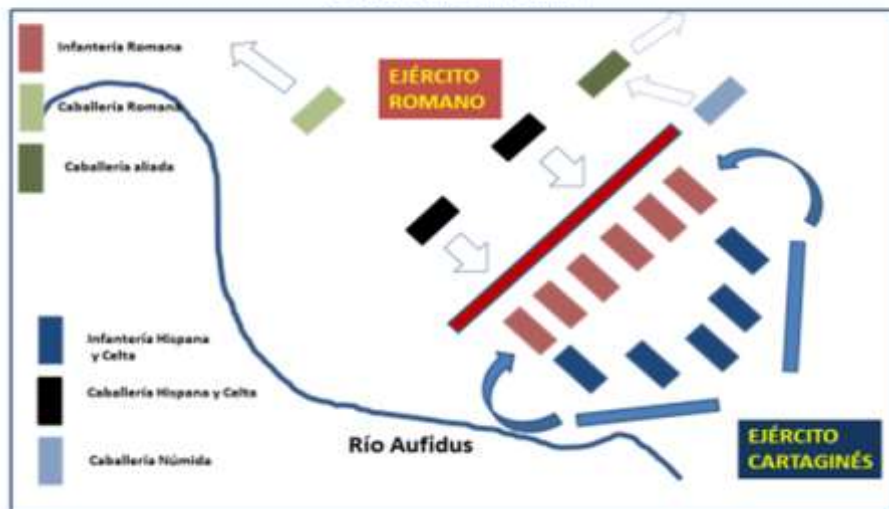


Fig. 4. Esquema de la batalla (PIMLOTT, 1998).

Una vez que la caballería nómida hizo retroceder a la romana, quedó libre para atacar a la infantería enemiga por retaguardia, lo que provocó en esta aún mayor confusión. Inmovilizados y masificados, los romanos fueron diezmados por los arqueros y honderos de Aníbal.

Resultado: Victoria cartaginesa, derrota romana completa. El Cónsul Emilio Paulo resultó muerto, junto a varios senadores, y su ejército sufrió 70.000 bajas, según Polibio o 50.000 y unos 11.000 prisioneros si tenemos en cuenta a Livio. Las pérdidas cartaginesas se situaron entre 6000 y 8000, según estimaciones de cada uno de los escritores.

Consecuencias

El aplastante revés supuso un grave trauma para Roma, que quedó por un tiempo sin un ejército operativo, y por tanto sin tropas que pudiesen defender la capital. Esta, a su vez, fue presa del pánico y se preparó para recibir un asalto inminente que, sin embargo, nunca llegó. Esta inacción de Aníbal parece deberse, en primer lugar, a que sus fuerzas estaban severamente desgastadas tras la victoria, carecía de las armas de sitio necesarias y no estaba en condiciones tácticas ni logísticas de asediar la capital, que aún conservaba su capacidad de defensa, al estar dotada de buenas murallas protectoras y haberse avituallado suficientemente. Además de ello, un ataque directo a la urbe habría ido en contra de la intención del cartaginés, que como se ha dicho, más que la destrucción física del adversario buscaba privarle del apoyo de sus Aliados. De haber intentado tomar la capital, el probable fracaso de la iniciativa habría significado un revés grave para la estrategia del caudillo púnico, desprestigiándole a los ojos de los aliados de Roma y echando a perder la ventaja adquirida con su serie sucesiva de victorias, culminada en Cannas.

La pauta seguida por Aníbal se repitió varias veces en la Historia, cuando tras imponerse de manera decisiva al adversario, el vencedor no explotó el éxito y renunció a atacar a la capital enemiga para tomarla y completar su derrota. En concreto, esta circunstancia se dio cuando, aparentemente sin explicación lógica, en Octubre de 1415 (Guerra de los Cien Años), Enrique V de Inglaterra, que acababa de imponerse de manera aplastante sobre el ejército francés en Agincourt no se dirigió

hacia París, ciudad que previsiblemente habría caído con facilidad, sino que retornó a Inglaterra veinte días más tarde vía Calais.

Otro episodio de no aprovechamiento de una victoria decisiva ocurrió tras la derrota francesa a manos españolas en San Quintín (10 de agosto, 1557). El Rey Felipe II, que se incorporó al campo de batalla unos días más tarde, no siguió el consejo del Duque de Saboya de atacar París, que había quedado desguarnecida. Aparentemente, el monarca católico no quiso dejar un foco activo enemigo a retaguardia, pues la ciudad no había sido tomada, y prefirió ponerle cerco y asaltarla con éxito quince días más tarde.

Un último ejemplo de la actitud estudiada lo protagonizó el rey sueco Gustavo Adolfo en el marco de la Guerra de los Treinta Años. Entonces, en 1631, después de batir a los imperiales de Tilly en Breitenfeld, “...pese a la insistencia de la mayoría de sus asesores...se negó a explotar su victoria con una marcha directa sobre la capital de los Habsburgo, Viena.” (Connor, *Gustavo Adolfo y el cruce del Lech. Estudios del Mando en combate*. US AC and GS College. Fort Leavenworth, Kansas. pg. 6.)

Volviendo a la campaña de Aníbal, consecuencia inmediata de la derrota romana fue que numerosas comunidades y algunas grandes ciudades de la Italia meridional abandonaron la hegemonía romana y se alzaron en armas contra ella, aliándose con el cartaginés. Entre las urbes destacaban Tarento y Capua, una de las ciudades más pobladas de la Península Itálica, además de Siracusa en Sicilia (Magna Grecia), cuyo

tirano Jerónimo rompió las hostilidades con Roma ese año (Polibio. *Historias*. Tomo II, libro VII, capítulos 2 y 5).

Evolución posterior de la campaña. Fin de la guerra

Tras la victoria, Aníbal permaneció aún 13 años en Italia, durante los cuales, como se ha dicho, no llegó a ser derrotado por los romanos. Ya en 215 firmó Cartago una alianza con Filipo V de Macedonia, pese a lo cual la estrategia de Aníbal no concretó sus frutos, pues Roma, realizando un importante esfuerzo, mantuvo en armas cerca del 10% del total de la población, porcentaje pocas veces alcanzado en la Historia. Adaptando de nuevo las tácticas de desgaste “fabianas”, pero como se ha dicho con generales experimentados al frente de las tropas, eludieron los romanos los choques directos y consiguieron poner cerco y recuperar un buen número de ciudades rebeldes, sin que el cartaginés pudiese hacer nada por evitarlo. Así, aunque este batió en 212 y 208 en varias ocasiones a sus adversarios, y sitió y se hizo con la ciudad de Tarento, no logró obtener en definitiva una ventaja estratégica decisiva.

A todo ello se añadió la crónica falta de personal en el contingente púnico: apremiado por la falta de efectivos, necesitaba Aníbal los refuerzos de suficiente entidad que le permitiesen obtener un éxito definitivo en su campaña. Esta necesidad puede explicar el intento fracasado de su hermano Asdrúbal de incorporarse con un ejército de refresco en 207 a.C. Éste partió del Valle del Guadalquivir, atravesó Sierra Morena pese a ser derrotado en Baecula, cruzó los Pirineos y Alpes, y penetró en Italia, pero fue derrotado y muerto en 207 a.C.,

cerca del río Metauro, en la costa del Adriático, antes de poder contactar con su hermano.

A su vez, Publio Cornelio Escipión regresó a Italia tras su victoriosa campaña en Iberia. Nombrado Cónsul en 205 a. C, reunió y adiestró en Sicilia a sus tropas, en su mayoría veteranas de Cannas, que no habían sido licenciadas. En lugar de buscar un enfrentamiento en suelo italiano con Aníbal, pasó el romano con sus fuerzas a África, a donde le siguió a finales de 203 el cartaginés. En el enfrentamiento final entre ambos, en Zama (octubre de 202 a. C), se impuso Escipión, lo que puso fin a la Segunda Guerra Púnica.

Resumen y Conclusiones

La coincidencia temporal y espacial de Cartago, república comercial y cosmopolita ya consolidada con Roma, igualmente república, pero agraria, provincial y en expansión, hizo que ambas se enfrentasen en pugna por la hegemonía regional en el Mediterráneo central y occidental. La lucha entre ambas naciones rivales se prolongó por espacio de más de cien años, en tres guerras, y a su término Roma quedó como vencedora indiscutible.

Tras la primera de las contiendas, las duras condiciones impuestas por el vencedor alimentaron el deseo de revancha de los derrotados, materializándose la Segunda Guerra Púnica. Aquí se enfrentaron las dos potencias, una con fuerzas mercenarias y profesionales, con una presencia significativa de iberos y otra, la pujante República romana

con su ejército de ciudadanos carentes de experiencia, junto a sus aliados y que, dirigidos igualmente por cónsules en general poco capaces, fueron derrotados en sucesivas ocasiones. Finalmente, aprendiendo de sus errores, y bajo el mando de un brillante estratega militar como Publio Cornelio Escipión supieron sobreponerse a los reveses e inclinaron definitivamente la balanza de la lucha a su favor. Aníbal, al llevar la campaña a suelo itálico, había demostrado su genio político y estratégico, y el táctico se materializó tras vencer con brillantez repetidamente a las Legiones romanas. Asimismo, mientras combatía en suelo extraño supo aglutinar con gran eficacia un contingente armado formado a base de mercenarios y aliados. Ello no le bastó, sin embargo, para someter por completo a su adversario: de los cerca de dieciséis años que permaneció en territorio Romano, durante los tres primeros se enfrentó en campo abierto a sus rivales en cuatro ocasiones con éxitos completos, y el resto del tiempo transcurrió con choques menores o que no le proporcionaron la definitiva ventaja estratégica. La genialidad de Aníbal no bastó para doblegar la tenacidad de la nación romana, que se impuso finalmente. La experiencia militar que desarrolló la República en este proceso le serviría, tras derrotar a Cartago, para dominar a otras potencias rivales, lo que cimentó su posterior desarrollo y consolidación.

La fatalidad de la Historia hizo que el Bárcida, pese a ganar todas sus batallas menos la última, en Zama, recibiese en ésta el golpe definitivo a su carrera y al poderío de su nación. Con el final de la Segunda Guerra Púnica se apagó a efectos prácticos la estrella de Cartago, que recibiría el definitivo golpe mortal medio siglo más tarde

con su aniquilación total por Roma, que continuó su expansión y crecimiento, al dominar, colonizar y civilizar buena parte del Mundo entonces conocido, dueña de un Imperio centrado en el mar interior que ellos mismos bautizaron como el “*Mare Nostrum*”.

Por último, es de destacar que el genio militar del caudillo púnico influyó poderosamente en los procedimientos de combate posteriores. En el aspecto táctico, su maniobra en Cannas, pese a no ser novedosa, se convirtió en un clásico del Arte de la Guerra, y se tomó con éxito como modelo en varias ocasiones, tanto en el nivel táctico como en el operacional y estratégico. Ejemplos significativos de lo primero los encontramos en Manzikert (Anatolia, 1071), donde los turcos Seljúcidas emplearon esta táctica y derrotaron a los Bizantinos, o en Mohacs (1526), cuando Suleimán “El Magnífico” venció con un procedimiento similar a un ejército cristiano junto al Danubio. Dos siglos después, en Fraustadt (1706), en el marco de las Guerras del Norte, el general sueco Rehnskiold aplicó el doble envolvimiento para batir a las fuerzas combinadas ruso-sajonas en Silesia (actualmente Polonia occidental). En el ámbito operacional, en 1866, durante el conflicto Austro-Prusiano, en la batalla de Königgratz (Sadowa), un contingente austriaco-sajón fue envuelto y derrotado por tres ejércitos prusianos más pequeños, que al rodearlo impidieron su maniobra. Durante la 1ª Guerra Mundial, y ya en el nivel estratégico, los alemanes emplearon el “doble envolvimiento” en Tannenberg (Prusia Oriental, 1914), al cercar y derrotar a tres Cuerpos de Ejército rusos. Casi treinta años después, en 1942, fueron los germanos y sus aliados los que sufrieron el doble envolvimiento estratégico de los soviéticos en

Stalingrado, sobre el Volga, quienes tras encerrar al 6º Ejército de Von Paulus, que asediaba la ciudad, forzaron su rendición.

Bibliografía

- APIANO. *Historia de Roma. La Guerra Anibálica*. Livius. Traducción de Horace White.
- BARCELÓ, P (1998): *Hannibal*. Verlag C. H. Beck. Múnich.
- CABEZAS, G (2013): “Aproximación a la logística militar del ejército de Aníbal”, *Historiae*, 10, pp.
- FEDERICI, F (2000): *La profesionalización del ejército Romano. De las reformas de Mario hasta los comienzos del Imperio*. Monografía FüAk Bundeswehr, Hamburgo.
- HERÓDOTO. *Historias*. Traducido por A.D. Godley. Harvard University Press, 1920.
- LEWIS, B y MATTHEWS, R (2010): *Atlas of the World at War*. Chartwell. Nueva York
- TITO LIVIO. *Ab urbe condita (Historia de Roma)*. Libros XXI a XXV. Oxford, 1982. Traducido del latín por J.A. Villar.
- MACDONALD, J (1994): *Grandes Batallas de la Historia del Mundo*. Rombo. Barcelona.
- MOMMSEN, T (2011): *Historia de Roma*. Benediction Classics. Oxford.
- MOSIG, Y D, BELHASSEN, I (2006): *Revisión y reconstrucción de las batallas de Cannas (216 a. C.) y Zama (202 a. C.)*. University of Nebraska. Kearney.
- CORNELIO NEPOTE. *De viris illustribus. Hannibal*. III/XVIII.
- NORWICH, JJ (2007): *The Middle Sea. A History of the Mediterranean*. Vintage Books. Londres.

POLIBIO. *Historias. Traducción de Evelyn S. Shuckburgh*. Macmillan. Nueva York, 1889.

SPEIDEL, L (2001): *Media Luna y Media Verdad. Batallas de la Historia del Mundo*. Beck. Múnich.

Notas Bibliográficas

- Para los esquemas de la batalla se ha tomado como referencia el Atlas de los Planes de Batallas de Hutchinson (The Hutchinson Atlas of Battle Plans. Helicon. Oxford, 1998).

- Nota: Polibio (200-118 a.C.), historiador griego contemporáneo de Aníbal. Tito Livio (59 a. C.-17 d.C.), romano que escribió unos ciento cincuenta años tras la muerte del general. En sus crónicas sobre la campaña de Aníbal en Italia ambos se consideran como pro-romanos, en particular el segundo, aunque se carece de fuentes cartaginesas con las que contrastarlas. Las informaciones se basan, en el caso del griego, en testigos de los hechos, aunque rara vez cita sus fuentes. Los dos discrepan en temas puntuales de sus relatos, aunque no en el fondo, como al citar referencias geográficas y describir las tribus celtas que encontraron los cartagineses en su camino hacia Italia. Difieren, igualmente al determinar el lugar elegido para cruzar los Alpes, al definir la actitud de los galos para con los invasores una vez llegados a la Galia Cisalpina. Otros escritores notables que se ocuparon de la figura del cartaginés son el biógrafo romano Cornelio Nepote, nacido a principios del siglo I a.C. y que le dedica un apartado en su obra principal “De viris illustribus” (sobre los hombres ilustres), y el historiador griego Apiano de Alejandría (95 d.C-165 d.C.), quien narra

en uno de sus 24 libros de la Historia de Roma el protagonismo de Aníbal en la 2ª Guerra Púnica.

LOS ARQUEROS DE ASUR. LA DOCUMENTACIÓN DEL ARCHIVO ASSUR M 8 EN REFERENCIA A LA GUARNICIÓN DE ARQUEROS DE LA CIUDAD DE ASUR EN EL SIGLO XIII A.C.

THE BOWMEN OF ASSUR. THE DOCUMENTS OF THE ARCHIVE ASSUR M 8 REFERRING TO THE GARRISON OF BOWMEN IN THE CITY OF ASSUR DURING THE 13TH CENTURY BC.

Jaume Llop

Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

En este artículo se presentan resultados del análisis de los textos pertenecientes al archivo Assur M 8. Se aclara que las estructuras donde se encontraron eran los grandes graneros de la ciudad. Se presenta, a través de ejemplos, como estos documentos registran las familias de los arqueros de Asur. Estos arqueros prestaban su servicio defendiendo las puertas de la ciudad. Finalmente se informa sobre las armas con las que posiblemente estaban equipados para desempeñar su función.

Palabras clave:

Periodo mesoasirio, arqueros, puertas de la ciudad de Asur, armamento antiguo.

Abstract:

This article reviews the analysis of the cuneiform tablets from the Assur M8 archives. It is clarified that the building in which the documents were found served as the large granaries of the city. Specifically, this is explained through examples which demonstrate how the texts served to register the families of the city's bowmen. The bowmen listed in those texts were posted at, and defended, the gates of Assur. Finally, the weapons used by the bowmen are also reviewed.

Key words:

Middle Assyrian period, bowmen, gates of the city of Assur, ancient weaponry.

Introducción

“Ay, Asur, el bastón de mi ira, vara que mi furor maneja” (Isaías 10: 5). Nuestra visión de Asiria se halla condicionada por la narración bíblica. Allí se nos describe Asiria como el depredador que se presenta regularmente a las puertas de Israel y Judá, para exigir fidelidad y tributo. Los dos reinos hebreos se verán sometidos a la constante presión de los reyes asirios durante los siglos VIII y VII a. C. como por ej. Tiglatpileser III (744-727 a.C.) o Senaquerib (704-681 a.C.), por citar sólo los más destacados. Pero Asiria gozaba de una tradición más antigua.

En el presente artículo nos remontaremos a unos 500 años antes de los acontecimientos relatados en el Antiguo Testamento. La ciudad de Asur (Qal‘at Šerqat) en el norte de Mesopotamia, a orillas del Tigris, está constatada desde el tercer milenio a.C. Durante inicios del segundo milenio a.C., comerciantes de esta ciudad se asientan en Anatolia, a más de mil kilómetros de distancia, y harán que Asur sea rica y próspera. Pero no es hasta el siglo XIV a.C., cuando aparece un estado territorial asirio. Aššur-uballit I (1353-1318 a. C.) es el primer rey de Asiria (*šar māt Aššur*). El núcleo de Asiria es el triángulo formado por las ciudades de Asur, Nínive y Arbela. A partir de este núcleo Asiria se expandirá en tres direcciones principales el Noreste, hacia las montañas de los

Zagros, el oeste hacia los valles de los ríos Habur y Balikh y hacia el sur, en dirección a Babilonia. Esta expansión tendrá lugar preponderantemente durante el siglo XIII a.C., durante los reinados de Adad-nārārī I (1295-1264 a.C.), Salmanasar I (1263-1234 a.C.) y Tukultī-Ninurta I (1233-1197 a.C.).

Asur (Qal'at Šerqat) fue excavada por Walter Andrae entre 1903 y 1913. Los materiales de esta excavación se hallan actualmente repartidos entre los museos de Berlín y Estambul. Entre estos materiales se hallan entre tres y cuatro mil tablillas cuneiformes pertenecientes al periodo asirio medio (mesoasirio), es decir, la segunda mitad del segundo milenio a. C. El asiriólogo sueco Olof Pedersén (1985) clasificó estas tablillas en tres bibliotecas y once archivos (Asur M 1-14). Andrae encontró uno de estos archivos (Asur M 8) en el área noroeste de la ciudad (sector bB6I), cerca de la llamada puerta Tabira, en unas estructuras alargadas (2 x 14 m.) que identificó como poternas. La mayor parte (141) de las 191 tablillas que componen el archivo Asur M 8 permanecieron en el Museo del Próximo Oriente de Berlín, en su mayoría, inéditas y sin estudiar, hasta 2003, casi 100 años desde su hallazgo. En 2009, publiqué las copias de estas tablillas cuneiformes. La edición de estos textos, debido a diversas razones, está pendiente.

En el presente artículo referiré los resultados del análisis de este archivo cuneiforme.

Los arqueros de Asur según la documentación del Archivo Asur M 8

Los textos cuneiformes de Asur M 8 fueron encontrados en dos localizaciones y pueden dividirse en dos grupos: 1) 141 tablillas muy dañadas se encontraron en las estructuras alargadas (2 x 14 m.) cerca de la puerta Tabira. Estas 141 tablillas habían sido afectadas por la humedad y la presión; 2) Otras 50 tablillas, se hallaron dentro de una jarra bajo el suelo de una casa aneja a las estructuras (LLOP, 2009, p. 4). Debido a ello, su estado de conservación era mucho mejor. Por su contenido, estas 50 tablillas forman un conjunto coherente, y por el nombre de personaje que aparece a menudo nombrado en ellas, se las denomina el “Archivo de Ubru”. Las 141 encontradas en las habitaciones alargadas son las relevantes para el estudio de los arqueros de la ciudad, y me voy a centrar en ellas a continuación.

Tan sólo diez de estas 141 tablillas encontradas en lo que Andrae (1913, pp. 119-122) identificó como poternas, han conservado de forma parcial o completa la fecha de redacción. Los epónimos conservados en esas fechas pertenecen al reinado de Salmanasar I (LLOP, 2009, p. 4). Pero se puede suponer que el resto debían ser del mismo reinado o, como muy tarde, del siguiente reinado, el de Tukulti-Ninurta I. Es decir, nos encontramos en la época de mayor expansión del reino asirio medio, durante el siglo XIII a.C.

La mayor parte tablillas de Asur M 8 encontradas en las estructuras alargadas son listas de personal (23 textos) y listas de pago de raciones a personal (80 textos). En estas listas, se encuentra muy a menudo (20 veces), la mención de “los grandes graneros” (*karmū rabi’ūtu*). Esta

mención va, a menudo, acompañada de la especificación: “los grandes graneros los cuales (se hallan) a la entrada (lit. la boca) de la puerta Tabira” (*ina karmē rabi’ūte ša pî abul Tabira*; FAIST y LLOP, 2012, pp. 20-21). Es lógico pensar que el lugar en el que fueron halladas las tablillas, era el lugar donde se producía el listado de personal y el reparto de las raciones (80). Es decir, la identificación de Andrae, de las estructuras abovedadas y alargadas con poternas debe ser corregida. Estas habitaciones son lo que queda de “los grandes graneros” de la ciudad. Esta identificación se apoya además en la identificación de construcciones similares en otras ciudades, como por ej. en Dūrkatlimmu (Tell Šēḫ Ḥamad), por parte de otros autores (JAKOB, 2003, pp. 323-325).

En las listas personal y raciones de Asur M 8 la profesión que aparece con más frecuencia es la de arquero (PAN), concretamente en 44 listas y fragmentos de lista: MVA nos. 5, 10, 11, 14, 15, 18, 19, 21, 22, 25, 27, 28, 29, 31, 32, 33, 34, 36, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 50, 55, 56, 58, 59, 60, 61, 63, 64, 66, 67, 68, 70, 71, 74, 77 102 y 103). Muchas están dañadas por lo que esta profesión podía encontrarse en ellas. No hay otras profesiones que destaquen.

Desde un punto de vista puramente formal, estas listas se pueden clasificar en listas de una columna y listas de varias columnas.

A) *listas de una columna*

a) El tipo más abundante de listas de raciones (MVA nos. 5-43; 38 textos) indica: 1) el nombre del cabeza de familia (usualmente un arquero) con su filiación. 2) Siguen los otros miembros de la familia sin

indicación del nombre de persona. Primero la esposa y/o la madre y/o hermana(s) del cabeza de familia. Siguen los hijo/as de la familia. Para todos ellos, se indica su capacidad para el trabajo (edad): “trabajador” (*ša šipri*), *ša kukulli*, “aprendiz” (*talmidu*, *talmittu*), “niño/a” (*tariu*, *tarittu*), “niño/a pequeño/a” (*pirsu*) y “lactante” (*ša zīzi*). 3) Después aparece la cantidad de grano que recibían. 4) Finalmente, algunas listas muestran el periodo de tiempo que es objeto de remuneración.

Ejemplo 1: MVA 10: 8-10

8) ^m10-mu-SIG₅ DUMU a-bi-DINGIR PAN 1 DAM 1 DUMU ta-ri-ú

9) 2 ANŠE 3 BÁN 5 1 DUMU šá ku-ku-li 1 DUMU.MÍ
KAR!.KID! ša KIN 1

DUMU <ša> GABA

10) _____ 1 DUMU.MÍ ta-ri-tu 1 DUMU.MÍ pír-su

“Adad-mudammīq hijo de Abī-ilī, arquero; una esposa; un hijo, niño; un hijo, *ša kukulli*; una hija, *ḥarimtu*, trabajadora; un hijo, lactante; una hija, niña; una hija, niña pequeña.

235 litros (de grano)”.

Tan solo cinco fragmentos de lista de raciones (MVA nos. 44-48) registran, además de las familias, su lugar posiblemente de origen. Lo que podría haber sido una rica fuente de información geográfica, si los textos se hubieran conservado completos, resulta no serlo, debido al grado de destrucción de estos fragmentos. Además, los escribas tenían la costumbre de anotar el signo “ditto” (^{URU}KI.MIN) en lugar de repetir

el nombre de la ciudad. En todos estos fragmentos, la primera línea se ha perdido, con lo que es imposible determinar cuáles eran los nombres de las ciudades.

Ejemplo 2: MVA 46 A col. I 1'-8'

A col. I²

- 1')] x 1 □ DUMU.MÍ-su ta-ri-tu □
- 2')] ša 7 ITI.UD.MEŠ □
- 3')] NE²-za² URU mal-la-du
- 4')] 1 □ DUMU-šú □ □ ša ku-kúl-li □
- 5')] ša KIN
- 6')] ITI.UD.MEŠ
- 7') U]^{RU} KI.MIN
- 8')] x x [

resto roto

“...] ... una, su hija, niña pequeña. [...]... Malladu. [...] uno, su hijo, ša kukulli. [...] trabajador/a. [...] meses. [...] la misma ciudad. [...]...”

b) Sólo seis (MVA nos. 49-54) listas de raciones contienen los nombres de todos los miembros de la familia, y, entre ellas, tan solo una con arqueros (no. 50).

Ejemplo 3: MVA 50

vs.

- 7') [^m DUM]U □ SU²-ku-be □ PAN
- 8') [^{MÍ} DA]M²-su ^mka-ar-^da-šur x []
- 9') [^m š]a? □ ku-ku-li □

4) [MÍ DA]M-su ša KIN ^{md}AMAR.UTU-x [DUM]U?-
šu?

5) [ta]l-me-du ^{MÍ}uš-me-ia ta-ri-tu

6) [MÍ]x-A DUMU.MÍ-su ta-ri-tu

7) [MÍ DUMU.]MÍ-su ša zi-zi

8) [n ANŠE] 9 BÁN ŠE-□šu□

“[...] litros de cebada... [...] Puerta Šutummu.

[...]pa, arquero; [...] su esposa, trabajadora; Marduk-..., su hijo, aprendiz; Ušmeya, niña pequeña, [...]..., su hija, niña pequeña; [...] su hija, lactante; su cebada, [...]... litros”.

¿Dónde realizaban su actividad los arqueros? Las puertas de la ciudad de Asur

La puerta más mencionada en los resúmenes de las tablillas de Asur M 8 es, como se ha dicho más arriba, la puerta Tabira. Pero otras puertas aparecen citadas con nombre en los fragmentos de lista. Estas son las puertas *Šutummu* (“almacén”; ej. MVA 4 r. 1’), *Mātu* (“país”; ej. MVA 37 r. 7’) y *Amurru* (ej. MVA 37: 6). Diferentes nombres de puertas son conocidos para la ciudad de Asur a lo largo de su historia (MIGLUS, 1982), que, además, fueron cambiando de nombre con el paso del tiempo. La puerta Tabira fue una de las primeras en ser identificada (MIGLUS, 1982, p. 268) en el noroeste de la ciudad, extremo que confirman los textos de Asur M 8. Las puertas *Šutummu* (“almacén”) y *Mātu* (“país”) no han sido localizadas. Según el asiriólogo inglés Andrew R. George (1988, p. 34), la puerta de *Amurru* sería la puerta de un santuario de la ciudad. George llega a esta conclusión a partir de un

texto de Asur, en el que esta puerta aparece listada junto a las puertas de Gula, Marduk, Bēl, Šu-anna, *Mātu* y *Šutummu*. Esta identificación como puertas de santuario no acaba de ser satisfactoria, ya que las puertas del País y Almacén no parecen ser de santuarios. Tampoco acaba de encajar el hecho que arqueros fueran necesarios para guardar puertas de santuarios.

Lo que sí está claro es que las puertas eran las partes débiles de la muralla, al ser accesos que la atravesaban (MIELKE, 2011, p. 91). Es natural pues, que allí se estacionaran fuerzas para su defensa, por lo que es lógico, que unidades de arqueros estuvieran presentes en las puertas de la ciudad. Arqueros durante este periodo están atestiguados en otros enclaves del reino, como Kār-Tukultī-Ninurta (Tulul el Aqr; MARV 4, 28; etc.; POSTGATE, 2008, pp. 86-87), Harbe (Tell Huera; JAKOB 2009, p. 14) o Tell Sabi Abyad (F. A. M. Wiggermann, comunicación personal), aunque no se especifica la parte del asentamiento donde realizarían su servicio. En Harbe, un grupo de 43 arqueros procede de Elam (JAKOB 2009, p. 14).

La mayoría de las listas de Asur M 8 citan la profesión de arquero (más arriba). Ligados al arquero, aparecen el hondero (*ša ušpi*) y “hombre caja” (*ša kukulli*; según la traducción propuesta por Postgate, 2013, p. 19). Sabemos, por ilustraciones del periodo posterior neoasirio, que los arqueros y los honderos actuaban juntos en la batalla (ej. WA 124789, British Museum). Es muy posible que este fuera el caso ya en el periodo mesoasirio, del que estamos hablando. Es interesante constatar que el oficio de hondero aparece tres veces en los textos de Asur M 8 y que está relacionado familiarmente con el de arquero.

Claramente en el ejemplo siguiente en que dos hermanos viviendo en el mismo hogar son arquero y hondero. Es interesante notar que el hogar está encabezado por una mujer:

Ejemplo 6: MVA 34: 6-8

- 6) [MÍ x]-ni²-a-ú-ma-at ša KIN Rasur
- 7) [()^m]dDUMU.MÍ-a-nim-KAM DUMU-ša PAN
- 8) [()] 1 DUMU-ša ša uš-pi
- 9) [()] 1 DUMU.MÍ-sa ša KIN ^{borrado?} {MEŠ}

[...]. . . trabajadora; Mārat-Anim-ēriš, su (fem.) hijo, arquero; un hijo suyo (fem.), hondero; una hija suya (fem.), trabajadora”.

Honderos en conjunción con arqueros en el mismo hogar, como hijo de un arquero, en Asur M 8) están también constatados en Harbe (JAKOB, 2009, no. 70).

El asiriólogo inglés J. Nicholas Postgate ha atribuido una función militar también al oficio *ša kukulli*, que él traduce como “box[?] man”, hombre caja” (Postgate, 2013, p. 19) y que supone se refiere a un tipo de herramienta o arme comparable al arco. Este oficio aparece 35 veces en las listas de raciones de Asur M 8, en las cuales también están documentados los arqueros, todos ellos como miembros de las mismas familias (coinciden en diez de ellas), siendo hijos de arqueros (véase el ejemplo 1 más arriba).

Ejemplo 7: MVA 55 i 1-5

col. I

- 1) [m]ÌR[?]-^dše-ru-a □DUMU□ a-bu-DÙG.GA PAN 1 DAM

2) 1¹ DUMU.MÍ *ta-ri-tu* 1 DUMU.MÍ *pír-su* 1¹
DUMU.MÍ 1¹ *tal-me-tu*

3) 1 NIN-*su* KAR.NUN □x x□ *ša* 1 DUMU-*ša* *ša* ^{GIŠ}*ku-*
ku-li

4) 1 DUMU.MÍ *ša* KIN 1 DUMU.MÍ *ta-ri-tu* 1 DUMU.MÍ
pír-su

5) 4 ANŠE 5 BÁN ŠE ^{vacio}

“Urad-Šerua hijo de Abu-ṭāb, arquero; una esposa; una hija, niña; una hija, niña pequeña; una hija, aprendiz; una hermana, *ḥarimtu*; ...; un hijo suyo (de ella), *ša kukulli*; una hija suya (de ella), trabajadora; una hija, niña; una hija, niña pequeña; 450 litros (de cebada)”.

No hay duda, pues, que los arqueros, los honderos y los *ša kukulli*, al menos en Asur M 8, así como en Harbe (JAKOB, 2009, nos. 69: 4; 70: 11.23.54; 71: 11), formaban parte de las mismas familias y, posiblemente, debían actuar en las mismas unidades militares.

Armamento de los arqueros

Las listas de Asur M 8 no informan sobre el armamento que usaban los arqueros. Para ello debemos acudir a otros textos del periodo. El arco era el arma de combate a distancia por excelencia (LLOP, 2016, pp. 212-216). El oficio de arquero y arco se escriben logográficamente con el mismo signo cuneiforme PAN (POSTGATE, 2008, p. 92), sólo con determinativos diferentes.

La producción del arco estaba en manos de un artesano especializado el “hacedor de arcos” (*sasinnu*; LLOP, 2016, p. 212). Los componentes del arco eran: tendones (*gīdu*), cola (ŠE.ŠEN), madera-*kiškanāu* y cuernos de ibex (*turāhu*). Se trataba pues de un arco compuesto (FRAHM, 2002, pp. 75-80). El hecho que un artesano estuviera especializado en la manufactura de los arcos puede ser indicio que la mayoría de los arcos fueran compuestos. Para periodos anteriores de la historia mesopotámica era el carpintero el encargado de su manufactura.

El arco es el arma del rey en las inscripciones reales, según las cuales le es conferido directamente por los dioses. Los usos típicos de esta arma son el combate y la caza (LLOP, 2016, p. 213). En la documentación administrativa, no hay testimonio directo de su uso para el combate. Aparece en contratos para manufactura de arcos y flechas, o en inventarios junto a flechas. Los arcos eran tomados de los almacenes y entregados a diversas personas. Podían ser entregados como regalo a reyes extranjeros, o dados en préstamo (LLOP, 2016, p. 213).

En la documentación económica, los arcos pueden aparecer determinados como “de la mano del rey” (*ša qāt šarri*) o como arcos *ilku* (servicio obligatorio). La diferencia entre estos dos tipos de arco es difícil de aclarar. Eckart Frahm (2002, p. 80) ha propuesto que los primeros serían usados por las tropas reales, mientras que el segundo tipo sería el usado por los reclutas de leva.

Algunas partes del arco son citadas en los textos: los arcos podían ser producidos con caja (*sihpu*) o ser entregados sin caja (pl. *lā sahpātu*). La cuerda del arco era llamada *matnu*. Los arcos podían ser entregados con cuerda (sing. *adi matnīša*) o sin ella (LLOP, 2016, p. 213).

Evidentemente, un arco era usado para lanzar flechas (pl. *lištāhū*) al enemigo para romper su formación y debilitarlo al inicio del combate. Una flecha estaba compuesta de una cabeza (*qaqqudu* = SAG.DU) de metal y de un eje de caña o madera. Las puntas de flecha eran de bronce, pero empiezan a aparecer puntas de hierro durante el periodo mesoasirio. El peso de las puntas de flecha era de 12,45 gr. según un documento de la época (LLOP, 2016, p.214). No está claro si este peso estaba estandarizado para todas las puntas de flecha.

Parece ser que la longitud de las flechas era variable. En la documentación escrita, se encuentra flechas largas (lit. “medida larga”, *namaddu arku*), por lo que se puede suponer que debía haberlas cortas. Como los arcos, las flechas podían distinguirse por ser “de la mano del rey” o flechas-*ilku* (LLOP, 2016, p.214-215). En la documentación económica aparecen por millares, a menudo mencionadas junto con los arcos.

A diferencia de los arcos y las flechas, los carcajes (sing. *išputu*) están raramente atestiguados en la documentación: sólo aparecen dos veces (LLOP, 2016, p. 216).

Conclusiones

El archivo Asur M 8 pertenece a los llamados “grandes graneros” de la ciudad. Sus documentos dan testimonio del pago de raciones en grano a los arqueros apostados en las puertas de la ciudad durante el reinado de Salmanasar I. Mediante estas tablillas conocemos la composición de las familias de estos arqueros. Entre los hijos y hermanos de los arqueros se hallan honderos y otros oficios (*ša kukulli*) relacionados con estas unidades militares. El estudio del archivo permitirá ampliar nuestro conocimiento sobre la organización de esta fuerza militar durante el periodo mesoasirio.

Abreviaturas

BM = The British Museum
MARV 4 = Freydank y Fischer 2001
MVA = Llop 2009

Bibliografía

- ANDRAE, W. (1913): *Die Festungswerke von Assur* (Wissenschaftliche Veröffentlichungen der Deutschen Orient-Gesellschaft, 23), Hinrichs, Leipzig.
- FRAHM, E. (2002): «Assur 2001: Die Schriftfunde», en *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft zu Berlin*, 134, pp. 47-86.
- FREYDANK, H. y FISCHER C. (2001): *Mittelassyrische Rechtsurkunden und Verwaltungstexte IV. Tafeln aus Kār-Tukultī-Ninurta* (Wissenschaftliche Veröffentlichungen der Deutschen Orient-Gesellschaft, 99)., Saarbrücker Druckerei und Verlag, Saarbrücken.
- GEORGE, A. R. (1988): «Three Middle Assyrian Tablets in the British Museum», en *Iraq*, 50, pp. 25-37.
- JAKOB, S. (2003): *Mittelassyrische Verwaltung und Sozialstruktur. Untersuchungen*, STYX, Leiden/Boston.
- JAKOB, S. (2009): *Die mittelassyrischen Texte aus Tell Chuēra in Nordost-Syrien mit einem Beitrag von Daniela I. Janisch-Jakob* (Vorderasiatische Forschungen der Max Freiherr von Oppenheim-Stiftung 2,III). Harrassowitz, Wiesbaden.

- LLOP, J. (2009): *Mittelassyrische Verwaltungsurkunden aus Assur* (Wissenschaftliche Veröffentlichungen der Deutschen Orient-Gesellschaft, 124), Harrassowitz, Wiesbaden.
- LLOP, J. (2016): «The Weaponry of the Middle Assyrian Army according to the Written Sources», en *Revue internationale d'Historie Militaire Ancienne*, 3, pp. 199-221.
- LLOP, J. y FAIST, B. (2012): «The Assyrian Royal Granary (*karmu*)», en Olmo Lete, G. del, Vidal, J. y Wyatt, N. (eds.): *The Perfumes of the Seven Tamarisks. Studies in Honour of Wilfred G. E. Watson*, Ugarit-Verlag, Münster, pp. 19-35.
- MIELKE, D. P. (2011): «Stadtmauer. B. Archäologisch», en *Reallexikon der Assyriologie*, 13, pp. 91-97.
- MIGLUS, P. (1982): «Die Stadttore in Assur-das Problem der Identifizierung» en *Zeitschrift der Assyriologie*, 72, pp. 266-279.
- PEDERSÉN, O. (1985): *Archives and Libraries in the City of Assur*, volume I, Almqvist & Wikrell, Uppsala.
- POSTGATE, J. N. (2008): «The Organization of the Middle Assyrian Army: Some Fresh Evidence», en Abrahams, P. y Battini, L. (eds.): *Les armées du Proche-Orient ancien (IIIe–Ier mill.av. J. –C.) Actes du colloque international organisé à Lyon les 1er et 2 décembre 2006, Maison de l'Orient et de la Méditerranée*, Archaeopress, Oxford, pp. 83-92.
- POSTGATE, J. N. (2013): *Bronze Age Bureaucracy: Writing and the Practice of Government in Assyria*, Cambridge University Press, Cambridge.

LOS *THETES* Y LA FLOTA ATENIENSE EN EL S.V: ¿UNA CUESTIÓN RETÓRICA?

THE *THETES* AND THE ATHENIAN FLEET IN THE FIFTH CENTURY BC: A RETHORICAL QUESTION?

Miriam Valdés Guía

Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

Existe una larga tradición que tiende a ver en el grueso de los remeros de la flota a los ciudadanos atenienses de la clase de los *thetes*, lo que para algunos que consideran los aspectos militares como factores para el cambio político, tiene implicaciones claras en la emergencia de la democracia radical. Dos son las cuestiones, sin embargo, que se critican más recientemente; por una parte la incidencia real de los *thetes* y el número de estos como remeros en la flota junto con la consideración de la participación de aliados, metecos y esclavos en ella; en segundo lugar la hipótesis de que la relación de la flota con el *demos* (y específicamente, el *demos* pobre, los *thetes*) de Atenas es una construcción retórica, sin base real. Trataremos de analizar en este artículo ambas cuestiones a través del análisis de las fuentes clásicas y, especialmente, a través de estimaciones de población de la clase de los *thetes*. Trataremos de mostrar la alta incidencia real de los *thetes*, y especialmente de los jóvenes, en la composición de la flota hasta la Guerra del Peloponeso que alteró significativamente el reclutamiento de las naves (especialmente desde Sicilia). Las conclusiones a las que llegamos refuerzan la idea de un vínculo real entre clases bajas de Atenas y flota en el siglo V así como la importancia de los desarrollos navales para la construcción de la identidad social del *demos* ateniense en el contexto de la democracia imperialista del s.V.

Palabras clave:

Tripulación de trirremes, clase de los *thetes*, Imperio naval, Pentecontecia, Guerra del Peloponeso, ideología del *demos*

Abstract:

There is a long tradition that sees the Athenian citizens of the lowest census class in classical Athens (the *thetikon* class) as the bulk of the rowers of the Athenian fleet, which for some who consider military aspects as factors for political change, has clear implications in the emergence of radical democracy. There are two issues, however, that have been criticized more recently: first, the real incidence of the *thetes* as rowers in the fleet along with the consideration of the participation of allies, foreigner residents in Athens (metics) and slaves in the fleet; secondly, the hypothesis that the relationship of the fleet with the *demos* (and specifically, the poorest among the people: the *thetes*) is a rhetorical construction, without a real base. In this paper I address both questions through the analysis of the classical sources, and specially through the population estimates of the *thetikon* class. I try to show the high incidence of *thetes*, and specially of the young people among them, in the composition of the fleet until the Peloponnesian war which significantly altered recruitment in ships (especially from the expedition to Sicily). The conclusions I reach reinforce the idea of a real link between the lower classes of Athens and the fleet in the fifth century and the importance of naval developments for the constructions of the social identity of the Athenian *demos* in the framework of the imperialist democracy in fifth century Athens.

Key words:

Trirremes' crew, *thetikon* class, naval Empire, Pentecontaetia, Peloponnesian War, ideology of the *demos*

Los barcos de guerra atenienses (trirremes) en el s.V estaban compuestos por 200 tripulantes (MORRISON, 1984; GABRIELSEN, 1994, pp. 106-8; PRITCHARD, 2020, p. 7 ss)¹²⁴, de los cuales habitualmente 170 eran remeros, 10 eran infantes armados como hoplitas (*epibatai*), 4 eran arqueros (*toxotai*) y el resto, oficiales¹²⁵. La tripulación de los barcos, incluidos los remeros cobraban en el s.V del estado entre 3 y 4 óbolos antes de la Guerra del Peloponeso¹²⁶ y 1 dracma durante la Guerra hasta el 412, momento en el que tras el desastre militar de la expedición a Sicilia, el sueldo (*misthos*) desciende a 3 óbolos (con ligeras variaciones: PRITCHETT, 1971, pp. 3-29; LOOMIS, 1998, pp. 32-61, esp. pp. 55-57). Algunos autores (GABRIELSEN, 1994, pp. 111-125; BAKEWELL, 2008, 146-147) distinguen entre el pago del estado y los pagos del sector privado,

¹²⁴ Dificultades con las cifras en los barcos: JORDAN, 2000 (en las evidencias muchas veces aparecen menos de 170 remeros).

¹²⁵ *Hyperesia* como oficiales: MORRISON, 1984; GABRIELSEN, 1994, p. 106; PRITCHARD, 2019, pp. 82-83. Para una visión diferente: como remeros en general (pudiendo incluir también esclavos): JORDAN, 2000; como esclavos públicos: JORDAN, 2003. Quizás estas visiones tan contrapuestas se deben a que el término, que designa un colectivo, puede referirse a los oficiales, pero también, tomando la parte por el todo, a toda la tripulación de las naves (en Tucídides por ejemplo: ver notas 10 y 11). Para arqueros ver nota 14.

¹²⁶ No se sabe desde cuándo se cobra el *misthos* en las naves. Aunque algunas noticias atribuyen a Pericles su introducción (Ulpiano en sch. Dem. 13.11; Plut. *Per.* 11.4, 12.5), es probable que se pagara antes, aunque quizás no por parte del estado de forma sistemática, sino como responsabilidad en gran medida de los trierarcos. Se tiene noticia de pagos por parte del estado a los remeros en Salamina (Arist. *Ath. Pol.* 23.1; Plut. *Them.* 10.4) y también de pagos a la tripulación por parte de Cimón del dinero de los aliados (Plut. *Cim.* 11.2-3); por otra parte, Filocleón habla de un pago que recibió como remero en su juventud en una expedición a Paros (Ar. *Vesp.* 1188-9). Cf. SING, 2010, pp. 8-9 (con bibliografía); PRITCHARD, 2019, p. 98; este autor cree que el *misthos* para remeros comenzara en los años 60, antes incluso que el *dikastikon*.

generalmente de los trierarcos (incluyendo lo derivado del botín y del saqueo).

En la historiografía tradicional se ha asumido que la mayoría de los 170 remeros más los *epibatai* (10) serían de la clase censitaria de los *thetes*, es decir la clase más baja de ciudadanos de Atenas, de los que en general se piensa que no disponían de un patrimonio mayor al equivalente a 3,6 hectáreas -o 2000 dracmas en el s.IV- (BURFORD, 1977/78, pp. 168-72; 1993, pp. 27-28, 67-72, 113-16; Gallego, 2005, pp. 98, 107)¹²⁷. Esta asunción ha llevado, además, a plantear que la importancia de los *thetes* dentro del ejército desde Salamina con Temístocles, contribuyó en gran medida al desarrollo de la democracia radical (PRITCHARD 1994; RAAFLAUB, 1996; 1998a; 1998b; 2007). Por otra parte, la realidad de los sueldos (el *misthos*) en el ámbito naval ha llevado a postular el beneficio económico derivado del Imperio para las clases más bajas y al mismo tiempo la idea de que la democracia radical estaba sustentada o favorecida por el Imperio (PLÁCIDO 1997; RHODES, 2007). Estos postulados, sin embargo, se han visto cuestionados más recientemente. Nosotros vamos a tratar de adentrarnos, en primer lugar, en si existe una relación real entre *thetes* (como remeros) y flota, y, en segundo lugar, si este vínculo es, como se ha postulado, una construcción retórica por parte de sectores oligárquicos o si, por el contrario, forma parte también de la manera de

¹²⁷ Para otra visión en la que los *zeugitai* tienen como mínimo 8,7 hectáreas, lo que conlleva que un porcentaje muy alto de los que luchan habitualmente como hoplitas sean de la clase de los *thetes*: VAN WEES 2001; PRITCHARD 2019, pp. 39-46; PRITCHARD 2020, pp. 2-3. Ver argumentos en contra: VALDÉS-GALLEGO, 2010, pp. 265-266, donde se reafirma la coincidencia de *zeugitai* y hoplitas de catálogo en el s.V.

autorepresentarse el *demos* (especialmente de las clases bajas), elaborándose como parte de su identidad.

En su influyente estudio sobre la flota Amit (1965, pp. 30-49), señaló que los esclavos eran solo usados en ella en emergencias (como en la batalla de las Arginusas¹²⁸) y que los ciudadanos formaban una considerable proporción de la tripulación, aunque no descartaba la inclusión de una cierta cantidad de metecos y de mercenarios que, sin embargo, permanece incierta. También Meiggs (1972, pp. 439-441) supuso en su obra de referencia sobre el Imperio ateniense, que el grueso de los tripulantes serían atenienses, aunque sin duda se enrolaban también metecos y mercenarios, generalmente aliados¹²⁹, sin que se pueda precisar la cantidad; Meiggs (1972, pp. 107-108) indica que el número de extranjeros y de metecos creció con la Guerra del Peloponeso aunque ya debían de haberse utilizado desde antes, incluso, de mediados del siglo V, en momentos de elevada actividad militar, como en la campaña en Egipto en los años 50. Por su parte Hansen (1991, pp. 45-46, 116) defiende que a finales del s.V hay una *tripartition* en el ejército ateniense: en primer lugar la caballería, compuesta por miembros de las dos primeras clases censitarias (*hippeis*

¹²⁸ Xen. *Hell.* 1.6.24; Helánico *FGrHist* 323a F 25; sch. Ar. *Ran.* 33; HUNT, 1998, pp. 87-95; HUNT, 2001.

¹²⁹ Extranjeros (mercenarios) en tripulación: así parece desprenderse del discurso de Nicias en Siracusa: Thuc. 7.63.3-4: “sois vistos como atenienses, aunque no lo sois...”. En un decreto concerniente a la preparación para expediciones es tentador la restauración de “aliados” (*sumachon*): IG I² 98. De Diodoro también se infiera que hay *summachoi* en las naves: Diod. Sic. 13.2.7. MEIGGS, 1972, p. 440. Para metecos y esclavos en las naves: ver nota 17.

y *pentakosiomedimnoi*)¹³⁰, hoplitas, equivalente, *grosso modo*, a la clase censitaria de los *zeugitai* y tropas ligeras, compuesta por *thetes*, la clase censitaria más baja económicamente hablando (y supuestamente la más numerosa), cuyos miembros sirven en la flota como *epibatai*¹³¹ y como remeros. Como evidencia, Hansen aduce el pasaje de Tucídides que alude a los muertos por la plaga (3.87.3) entre el 430-426 y donde se alude a “la muchedumbre” (*ochlos*):

“Murieron, en efecto, no menos de cuatrocientos hombres en las filas de los hoplitas y no menos de trescientos entre los de caballería (*hippeis*), así como un número imposible de determinar entre la muchedumbre restante (*ἄλλου ὄχλου*)”¹³².

¹³⁰ Para las clases censitarias solonianas, con bibliografía: VALDÉS-GALLEGO, 2010.

¹³¹ Parece que estos eran habitualmente reclutados entre los *thetes* en Thuc. 6.43.1; ver también Thuc. 8.24.3 y notas 41, 54 y 58. Cf. VALDÉS-GALLEGO, 2010, p. 258 (con bibliografía). Para otra interpretación reciente ver HERZOGENRATH-AMELUNG (2017, esp. pp. 49-57); este autor considera a los *epibatai* hoplitas de catálogo y por tanto no procedentes de los *thetes*; Sus argumentos no resultan del todo convincentes, sobre todo porque las fuentes que aporta pueden ponerse en relación con situaciones en las que las pautas normales de reclutamiento naval se vieron alteradas por la guerra del Peloponeso, salvo en el caso del decreto de Temístocles (p. 55 con n. 53) que no sería una fuente fidedigna para considerar o no si los *epibatai* eran habitualmente *thetes* pues en este caso embarcaron *todos los ciudadanos* de Atenas, habiendo, por tanto, una elevada proporción de hoplitas de catálogo y de caballeros en los barcos (un 30% de la población adulta de varones, en torno a 9000) que lógicamente ocuparían una parte importante (más de la mitad) de los puestos de los 4000 (20 por barco) infantes armados con armamento hoplítico en ellas (fuera o no así habitualmente) entre 20 y 30 años. Otros harían sin duda de oficiales y también de remeros.

¹³² Thuc. 8.37.3. Traducción modificada de J.J. Torres Esbarranch; a partir de aquí para todas las traducciones de Tucídides. Referencia a estas clases según Hansen también en Thuc. 2.31.2 y Thuc. 8.1.1 (aquí hoplitas e *hippeis*, aunque más adelante -8.1.2- alude a que no había tripulantes –usa el término *hyperesia* de modo general- para las naves). Hay que tener precaución, sin embargo, pues aunque los 1200 caballeros de la caballería del s.V (BUGH, 1988) pertenezcan a las dos primeras clases

Hansen (1991, p. 116) explica que esta muchedumbre (*ochlos*) eran *thetes*; también interpreta como *thetes* a los “ἄλλος ὄμιλος ψιλῶν” (“la restante tropa de infantería ligera”) que junto a los hoplitas aparecen en Tucídides 2.31.2. En este caso parece que las tropas ligeras no eran más que los remeros de las 100 naves (Thuc. 2.31.1) que se sumaron a la contienda (al contingente de 10.000 hoplitas ciudadanos y 3.000 metecos) en la toma de la Megáride¹³³. Hansen interpreta también como *thetes*, a las “*hyperesiai*” (ὑπηρεσίας ταῖς ναυσὶν) que junto a caballeros y hoplitas aparece en Tucídides 8.1.2¹³⁴. La relación de las clases censitarias con categorías militares fue postulada asimismo por Ste. Croix (2004; contra: GABRIELSEN 2002a, p. 211), aunque el tema es complejo y discutido, del mismo modo que lo es la propia definición económica de estas clases, sobre todo para los *zeugitai* y *thetes*¹³⁵. Está claro que el grupo de la caballería (*hippeis*) no coincide exactamente con la clase censitaria de caballeros (*hippeis*), por edad y por disposición física (PRITCHARD, 2020, pp. 2-4), pero ello no significa

censitarias, sin duda no todos los de estas clases podrían (por edad y condición física) servir en la caballería. Ver PRITCHARD, 2020.

¹³³ Thuc. 2.31.2 (ἄλλος ὄμιλος ψιλῶν οὐκ ὀλίγος). Para tropas ligeras: TADLOCK, 2012. Hay que ser precavidos con las tropas ligeras pues Tucídides señala, para la batalla de Delion, que los atenienses no tenían tropas ligeras (Thuc. 4.94.1), refiriéndose con estas a ciudadanos empleados como tropas ligeras; estas tampoco son mencionadas en la relación de efectivos al inicio de la guerra (Thuc. 2.13.6-8). La inexistencia de tropas ligeras *ciudadanas* entrenadas como tal tuvo que deberse a que los ciudadanos de categoría no hoplita estaban empleados masivamente en los barcos (agradezco a José Pascual estas indicaciones). Esto no significa que los remeros atenienses no pudieran desembarcar y actuar como tropas ligeras en situaciones de necesidad o como refuerzo, como en este caso descrito por Tucídides. VAN WEES (2002, p. 66) piensa que los remeros desembarcarían para luchar como tropas ligeras.

¹³⁴ Tucídides con *hyperesia* se refiere probablemente al conjunto de la tripulación. Ver nota 10. JORDAN, 2000, p. 92.

¹³⁵ Ver nota 4.

que los miembros de la caballería no se nutrieran fundamentalmente, como postula Hansen, de las dos primeras clases censitarias. Lo mismo ocurriría con los *zeugitai*, posiblemente coincidentes con aquellos que podían ser llamados a filas como hoplitas que combaten de forma habitual en la infantería pesada. Es posible, incluso, que el criterio para ser reclutado de forma obligatoria¹³⁶ como hoplita en la infantería fuera la pertenencia a esta clase censitaria, no siendo obligatorio para los *thetes*, algunos de los cuales sí tendrían armamento hoplita (los que hacían de *epibatai*). De este modo una mayoría importante de los *thetes* no lucharían como hoplitas al uso, sino que harían de remeros en la flota, actuarían como tropas ligeras, como *epibatai* (infantes en las naves con armamento hoplita) y como arqueros, muchas veces de manera voluntaria pero otras, quizás en situación de emergencia, obligatoria¹³⁷. Parece, por una cita de Antifonte en la que se dice “hacer de todos los *thetes* hoplitas”, que los *thetes* no lucharían habitualmente

¹³⁶ Para los *katalogoi* de hoplitas como listas *ad hoc* de reclutamiento para cada ocasión: CHRIST, 2001. Para estas cuestiones: VALDÉS-GALLEGO, 2010.

¹³⁷ Aunque no se sabe mucho de los modos de reclutamiento de remeros o arqueros para la flota parece que puede ser, en muchas ocasiones, voluntario: Ar. *Ach.* 545-7; JORDAN, 1975, pp. 101-103; PRITCHARD, 2019, 98 (solo tres ocasiones entre 480 y 387/6 en que parece que es obligatorio: PRITCHARD, 2019, sección 2.2.). Para obligatoriedad de combatir de *thetes* y la posibilidad de existencia de listas ver Gabrielsen en nota 25. Para arqueros: PRITCHARD, 2019, p. 90, quien señala que en el decreto de Temístocles (*ML* 23.23–6; ver nota 25) se estipula para los 20 marinos y 4 arqueros de cada barco se deben usar *katalogoi* o listas de conscripción; este autor supone la existencia de un cuerpo de arqueros de ciudadanos en Atenas desde las guerras médicas, aunque no serían los únicos ya que en la inscripción *IG* I³ 138, 3, lín. 6-7 (434 a.C.) que trata sobre el reclutamiento en el Liceo, se habla de *toxotai astoi* y *xenoi*: PRITCHARD, 2019, pp. 91-92. También en *IG* I³ 60 se constata la presencia de ciudadanos y extranjeros entre los arqueros. Ciudadanos como *toxotai* en *Lys.* 34.4; *IG* I³ 1032.168-71; cf. PRITCHARD, 2010.

como hoplitas¹³⁸ en la infantería pesada regular, lo que casa también con la expresión de una obra perdida de Aristófanes, *Los comensales* (*Daitaleis*), del 427 a.C., de que los *thetes* “no combaten” (se entiende, “como hoplitas”)¹³⁹.

Uno de los mayores expertos en la flota ateniense del momento, sin embargo, Vincent Gabrielsen (2002a, pp. 204-206), ha señalado que la indicación de que los reclutados como remeros fuesen *thetes* se dice sólo una vez en Tucídides (3.16.1) en el 428 cuando se menciona, en lo que parece ser una situación excepcional de emergencia con problemas de efectivos (ROSIVACH 1985, p. 48; GABRIELSEN, 1994, p. 107), el embarco forzoso en 100 naves de metecos y ciudadanos, todos salvo *pentakosiomedimnoi* y *hippeis*, es decir *zeugitai* y *thetes*. Gabrielsen cree que, aunque había ciudadanos como remeros en las naves, esta actividad concernía, sobre todo, a metecos y extranjeros (mercenarios) y a esclavos¹⁴⁰ y coincide con Ceccarelli (1993; contra MOSCONI

¹³⁸ *Cursiva nuestra*. La obra es *Contra Filino* a Sicilia: Fr. 61 Thalheim = fr. 63 Sauppe: τε θῆτας ἄπαντας ὀπλίτας ποιῆσαι. Según MUNN (2000, pp. 100-101) esta cita se da en el contexto de la expedición a Sicilia.

¹³⁹ Harp. s. v. *thetes kai thetikon*; Fr. 248 Kassel-Austin. Para estas cuestiones: VALDÉS-GALLEGO, 2010, p. 258. Esta concepción cuadra más con la idea de una clase de *zeugitai* que incluyera, como tradicionalmente se ha considerado, a campesinos desde las 3.6-5.4 hectáreas o 40-60 *plethra* (*contra* VAN WEES 2001: ver nota 4). Para el complejo tema de las medidas de Aristóteles y el por qué de las mismas: VALDÉS-GALLEGO, 2010.

¹⁴⁰ GABRIELSEN, 2002a, p. 208 ss, con nn 28 y 29. Esclavos: Thuc. 7.13.2 (en Sicilia); Ps-Xen. *Ath. Pol.* 1.11.10; *IG I³* 1032 (fecha incierta, posterior a 411-410 a.C.; LAING, 1965; BAKEWELL, 2008, pp. 141-142); GRAHAM, 1992, p. 269; HUNT (1998, pp. 88-99) cree que el uso de esclavos en la flota sería al menos de un 10%, salvo en el barco *Paralos* (solo atenienses: Thuc. 8.73.5). Metecos: Thuc. 1.143.1; 3.16.1; Ps-Xen. *Ath. Pol.* 1.12; en el decreto de Temístocles: ver nota 26. Tripulaciones aliadas: Thuc. 1.143.2. Esclavos y metecos en *IG II²* 1951 (inicios del s.IV); Ar. *Ran.* 190-92; 693-94 (referencia a esclavos en las Arginusas: ver nota 5). A finales del s.IV una inscripción (*IG II²* 505: 302 a.C.) atestigua la contribución por

2004) y con Van Wees (1995, pp. 158-60; cf. PRITCHARD, 2019, pp. 83-85) en que la ecuación entre *demos-pobres* (*thetes*) y poder naval es un constructo ideológico y añade, además, que no tendría base real pues el grueso estaría formado por extranjeros (GABRIELSEN, 2002a, pp. 209-210). Sin embargo, en una obra anterior sí admitía que la flota estaría compuesta, en general, por *thetes* (sin número fijo), aunque sería común también embarcar a metecos y esclavos (GABRIELSEN, 1994, pp. 106-109). Otros autores, a pesar de las críticas, siguen, sin embargo, pensando que los *thetes* eran frecuentemente empleados en la flota y formarían el grueso de los remeros (STRAUSS, 1996, p. 315 ss; HUNT, 1998, pp. 123-124; RAWLINGS, 2007, pp. 109-110; ROSENBLOOM, 2016), aunque se ha señalado que una proporción estaría siempre cubierta por esclavos¹⁴¹. Dentro de este panorama se han hecho también esfuerzos por pensar qué proporción de atenienses se embarcaba en las

parte de un individuo de 12 remeros, probablemente sus esclavos, para la guerra Lamíaca. GABRIELSEN, 1994, p. 108, con n. 9; Gabrielsen (2002a, p. 210) afirma que “the non-citizen manpower, occasionally in a very large scale, was a prevalent feature”. Ver también PRITCHARD, 2019, pp. 84-85, 99-101. Especialmente importante es la inscripción citada de IG I³ 1032 en la que se un 60-70% de la tripulación es no ateniense (LAING, 1965; GRAHAM, 1998; BAKEWELL 2008; PRITCHARD, 2019, p. 84) pero hay que tener en cuenta que la fecha es tardía (posterior al 411), posiblemente en los años finales de la Guerra del Peloponeso cuando Atenas tiene una población mermada y problemas de reclutamiento para las naves de modo que el número de metecos y sobre todo de esclavos aumentaría mucho. En esta inscripción se habla de esclavos cuyos dueños están también al frente de los remos, lo que para Pritchard indica que no eran pobres. Sin embargo, de nuevo, hay que considerar la situación de crisis de efectivos, lo que hizo, como en otras ocasiones, que se embarcaran hoplitas (ver nota 41) y, muy probablemente *hippeis* (como en las Arginusas: ver nota 5) de manera obligatoria.

¹⁴¹ Ver nota anterior.

naves¹⁴². Ya desde los primeros trabajos se ha intentado matizar según las circunstancias y el periodo, cuestión que es, desde nuestro punto de vista, crucial para poder examinar este tema con propiedad. Sin duda el número de metecos y de extranjeros/aliados así como de esclavos debió de crecer de forma notoria desde la Guerra del Peloponeso, en tiempos de crisis, como en la revuelta de Mitilene o, sobre todo, durante y después de Sicilia y en la guerra decélica.

Lo que vamos a tratar de poner de manifiesto en estas páginas es, por una parte, si había recursos humanos suficientes entre los ciudadanos, específicamente entre los *thetes*, para dotar (hipotéticamente) de tripulación a los barcos de Atenas en diversas circunstancias. Por otra parte, analizaremos las fuentes que asocian los barcos al *demos* ateniense especialmente a las clases bajas, para dilucidar tanto la posible relación real de la flota con los *thetes* como la construcción ideológica e identitaria de esta relación.

No es fácil calcular la población de Atenas pero parece que en el s.V durante el periodo de la pentecontecia el crecimiento fue exponencial. Según Hansen la población posiblemente se duplicó de 30.000 ciudadanos durante las Guerras Médicas¹⁴³ a unos 60.000 en el 431, en la víspera de la guerra del Peloponeso (HANSEN, 1988, pp. 14-28)¹⁴⁴.

¹⁴² RUSCHENBUSH, 1979, 1981; STRAUSS, 1986, p. 42; HANSEN, 1985, pp. 22-24, esp. 24 y 1988, 16-17; HUNT, 1998, p. 88 y 97. Futilidad de estos cálculos según GABRIELSEN, 2002a, p. 210.

¹⁴³ Heródoto habla de 30.000 en las vísperas de las Guerras médicas: Hdt. 5.97.2; también en Hdt. 8.65.1; Ar. *Eccl.* 1132; Pl. *Symp.* 175e. Esta cifra es la que defiende JONES, 1957, p. 8 y 161; GALLEGO, 2016, p. 64 con n. 82 (con bibliografía).

¹⁴⁴ El crecimiento es aún más asombroso si se tiene en cuenta que mucha población (se calcula que entre 15 y 20mil) salió a las colonias y cleruquías en esos años fuera de Atenas: JONES, 1957, p. 168 ss; MORRIS, 2005, p. 45; FIGUEIRA 2008.

Habitualmente se calcula que la población de Atenas por debajo del nivel de hoplita, tanto a inicios del s.V como a finales del s.IV, podría ser de un 60-70%¹⁴⁵. En una población de 60.000 ciudadanos como propone Hansen¹⁴⁶, el 70% son 42.000 ciudadanos, el 60% son 36.000¹⁴⁷. Parece que el servicio sería en gran medida voluntario, aunque Gabrielsen ha postulado también la posibilidad de obligatoriedad para el servicio naval en el s.V¹⁴⁸. En Salamina se

¹⁴⁵ Según Diodoro Sículo (Diod. Sic. 18.18.4-5) con Antípatro a finales del s.IV fueron expulsados 22.000 (por debajo de un censo de 2.000 dracmas equivalente *grosso modo* al nivel mínimo para el hoplita: ver *supra* en texto); Plutarco (*Phoc.* 28.7 habla de 12.000 excluidos). PODDIGHE (2002, p. 59 ss) explica las diferentes cifras de Diodoro y de Plutarco haciendo de los 12.000 los que se reintegraron en la *politeia* cuando el censo bajó de 2000 dracmas a 1000 con Casandro en el 317. En el censo realizado por Demetrio de Falero entre 317 y 307 (Ctesicles *FGrHist* 245 F 1 = Ath. 6.272b-c) se señala que había en esa fecha 21.000 ciudadanos, lo que hace pensar que, a pesar de la inclusión, habrían quedado todavía fuera de la ciudadanía unos 9/10.000 (en una población de varones ciudadanos original en el s.IV de en torno 30/31.000: ver nota 20 y HANSEN, 1991, pp. 92-93). De este modo 22.000 ciudadanos expulsados por debajo de 2000 dracmas hace un 70% de categoría “subhoplítica” a finales del s.IV. Ver también GALLEGO, 2016, pp. 47-48. Por su parte JONES (1957, pp. 8 y 161) calculó un 30% de hoplitas en Maratón, lo que deja un 70% de *thetes*, aunque VAN WEES (2004, pp. 241-243) aumenta el número de hoplitas a 40% lo que daría 60% para la clase subhoplítica en esos momentos.

¹⁴⁶ Cálculos a partir de Thuc. 2.13.6-8. JONES, 1957, pp. 167-173; HANSEN, 1988, pp. 14-28; HANSEN, 1991, pp. 53, 86 ss.

¹⁴⁷ Haremos los cálculos con el 60% puesto que posiblemente durante el el s.V el número de *thetes* en relación con el del censo hoplita (que, en nuestra visión coincide con los *zeugitai*: ver nota 4) descendió (no así el número total de *thetes* que creció enormemente con el crecimiento de la población en general), como consecuencia de la colonización/cleruquías (ver nota 21) y del crecimiento económico y del aumento del nivel de vida general muy relacionado con el Imperio. Ver próximamente: VALDÉS (en preparación).

¹⁴⁸ Gabrielsen, quien postula también catálogos de *thetes* -que considera que pueden luchar también como hoplitas- y la obligatoriedad de combatir para ellos: GABRIELSEN, 2002a, p. 205 (en Thuc. 7.16.1, por ejemplo, cuando se reclutan tropas adicionales en el 414 para la expedición a Sicilia se habla de *catalogos* tanto para infantería como para el reclutamiento para las naves), y p. 207 (en el s.IV); ver también GABRIELSEN, 2002b. Obligación de ciudadanos para servicio naval al menos en tiempos de guerra ya en el s.V y no solo en el IV también en HANSEN, 1985, p. 22; cf. BAKEWELL, 2008, pp. 144-145.

fletaron 200 barcos que requerían cada uno de ellos una tripulación de 200 personas lo que hace un total de 40.000 efectivos. En ese momento parece que el grueso de los ciudadanos, salvo los mayores, embarcó¹⁴⁹. Se calcula para esa época una población en torno a los 30.000 ciudadanos varones (por encima de los 18 años)¹⁵⁰, por lo que puede suponerse que además de estos (de los que hay que excluir a los mayores¹⁵¹) se necesitó sin duda también un porcentaje de metecos (explícitamente mencionados en el decreto de Temístocles) y posiblemente de esclavos (aunque estos no se mencionan).¹⁵² Estos porcentajes no sería muy importante pues la mayor parte de la tripulación la constituía el conjunto de los ciudadanos varones.

¹⁴⁹ Heródoto (Hdt. 7.144.3) dice que los atenienses decidieron encontrar a los bárbaros con sus barcos *pandemei*, es decir metiendo en los barcos a todo el cuerpo político ateniense e invitando a otros griegos que quisieran juntarse con ellos. Tucídides (Thuc. 1.18.2) señala que los atenienses con Temístocles fueron a los barcos y se volvieron hombres de mar. Ver también Plut. *Them.* 4.3. Para el decreto de Temístocles (*ML* 23): ver JAMESON, 1960.

¹⁵⁰ Ver nota 20.

¹⁵¹ Según Hansen (1985, p. 12) la proporción de los mayores (a partir de los 18 años) de 50 años es de un 20,6%, lo que hace en una población de 30.000 ciudadano, 6.180 personas; los mayores de 60 son el 8,7, lo que hace 2.610 de la población del total de varones desde los 18 años. Si muchos de la franja entre 50 y 59 (11.9 %) embarcaron, posiblemente pudieron cubrirse al menos 25.000 puestos en las naves con ciudadanos, siendo el resto metecos (en torno quizás a 10.000) y, quizás, esclavos.

¹⁵² JAMESON, 1960, lin. 13. Jordan (2003) cree que el término *Hyperesia*, colectivo de hombres que Morrison (1984) vincula con los oficiales y que aparecen en el decreto de Temístocles (lin. 26) son, sin embargo, esclavos públicos del estado que la *polis* presta para el servicio como remeros. Sin embargo los únicos esclavos públicos de Atenas conocidos son los 300 escitas que hacen de policía. No es impensable que en las naves entraran esclavos privados con sus amos o de parte de sus amos (ver nota 17) pero posiblemente no en un número fijo, pero esto se conoce en Atenas en el contexto de la Guerra del Peloponeso, en época de dificultades para reclutar efectivos entre los propios atenienses; para esclavos en naves: HUNT, 1998 pp. 83-101 y nota 17.

A partir de Salamina los atenienses no van a tener en funcionamiento, al menos hasta la Guerra del Peloponeso, de forma continuada las 200 o -en vísperas de la Guerra del Peloponeso- 300 naves¹⁵³. La flota comandada por Atenas en las operaciones contra los persas no iba provista solo de barcos atenienses sino de efectivos de los aliados. En las mayores operaciones militares de esa época contra los persas, como la de Eurimedonte (en los años 60), la de Egipto o la de Chipre (en los 50), aunque hay desacuerdo en las cifras, no parece que la flota dirigida por Atenas superara las 200 naves, de las cuales no todos los barcos serían atenienses, como en Egipto donde es posible que 100 naves fueran de los aliados¹⁵⁴. En otras operaciones menores como las anteriores a Eurimedonte o las que siguieron a esta batalla se emplearon, por ejemplo, con Efiálfes y Pericles respectivamente, 30 y

¹⁵³ Parece que en la vísperas de la guerra del Peloponeso (entre el 446 y el 431) la flota había aumentado de 200 a 300: PRITCHARD, 2020, p. 7; Thuc. 2.13.8; Diod. Sic. 12.40.4. La flota en su momento más álgido puede llegar a 300 trirremes: GABRIELSEN, 1994, p. 126; ACTON, 2014, p. 197. En el momento de la revuelta de Lesbos (428 a.C.) se tiene constatada una flota en activo de 250 barcos, la mayor cifra dada por Tucídides para la flota en activo: Thuc. 3.17.2.

¹⁵⁴ Meiggs (1972, 76-77, 107-108, 124-127) señala el desacuerdo en cifras en las fuentes, aunque indica que con anterioridad a la Guerra del Peloponeso, el mayor número de naves dirigidas por Atenas dado por Tucídides, en Egipto y en Chipre (Thuc. 1.104.2, 109s: Egipto; Thuc. 1.112: Chipre), es de 200 naves, de las cuales probablemente no todas eran atenienses, quizás solo la mitad. Este autor señala también las inconsistencias en el relato de Diodoro en relación con Eurimedonte, batalla en la que los atenienses y aliados capturaron 200 barcos fenicios (Thuc. 1.100.1); las cifras que da Diodoro son variadas y en cierta medida confusas (Diod. Sic. 11.60.3-6; 11.71.5; 74.3); también Plutarco, que señala que Atenas comandaba una flota de 200 naves (Plut. Cim. 12.2), da cifras cuestionables para las naves fenicias según Fanodemo (600) y Éforo (350): Plut. *Cim.* 12.5; cf. MEIGGS, 1972, p. 77. Según Isócrates, se perdieron 200 naves con su tripulación en Egipto y 150 en Chipre (8.86) pero no se especifica si eran todas atenienses o si había de los aliados. Tal vez había 100 barcos o más atenienses y aliados en la guerra contra Egipto, pues los atenienses capturaron 70 barcos en una batalla naval importante: Thuc. 1.105.

50 barcos (6.000 tripulantes -5400 remeros y *epibatai*- y 10.000 tripulantes -9000 remeros y *epibatai*-)¹⁵⁵. En esos años, además, se produce, como decíamos antes, un crecimiento importante de la población. Además, después del cese de hostilidades con los persas en el 449¹⁵⁶ y hasta la guerra del Peloponeso, aunque hay operaciones (en la guerra contra Esparta hasta el 455, o por la revuelta de Eubea o de Samos)¹⁵⁷, la actividad es menor. Parece en cualquier caso que se mantuvo una flota activa de vigilancia anual con 20 barcos según Aristóteles, o según otras fuentes 60 barcos (en este caso, con un total 12.000 tripulantes) en activo durante 8 meses; Plutarco en la Vida de Pericles especifica que los tripulantes de estos 60 barcos era en su mayoría ciudadanos¹⁵⁸. Los efectivos que se necesitan para 60 naves en los puestos de remeros y de *epibatai* hacen un total de 10.800 personas, y si se añade una proporción de arqueros ciudadanos *thetes* -entre ellos

¹⁵⁵ En campañas que siguieron a las Guerras Médicas como Eion, Esciro, Sesto, Bizancio, Naxos (Thuc. 1.98) parece que las naves tripuladas por Cimón (Plut. *Cim.* 9) no superaban las 50 naves: UNZ, 1985, p. 25, n. 17. Para estas campañas: MEIGGS, 1972, ppp. 68-70. Para las campañas tras Eurimedonte: Plut. *Cim.* 13.5; MEIGGS, 1972, p. 79.

¹⁵⁶ Para la controvertida paz de Calias, con bibliografía: VALDÉS, 2017, p. 43, con n. 19.

¹⁵⁷ Eubea: MEIGGS, 1972, p. 175 ss. En Samos en el 440/439 se enviaron primero 60 barcos atenienses más 25 de Quíos y Lesbos y luego otros 60 atenienses más 30 de Quíos y Lesbos: Thuc. 1.117.1-2; MEIGGS, 1972, p. 191. El total por tanto de barcos atenienses en esa ocasión fue de 120. Para expedición a Samos: *IG* I³ 363.

¹⁵⁸ Aunque Aristóteles habla de 20 barcos: *Ath.* 24.3. Podlecki (1998, p. 166) pone de relieve la noticia de Plutarco (*Per.* 11.4), del envío anual de 60 barcos (entre los que incluye los 20 mencionados por Aristóteles): “cada año fletaba 60 triremmes, en los que *muchos ciudadanos* navegaban durante ocho meses con salario (ἐμισθοί)” (cursiva nuestra). Posiblemente en esos 60 barcos se encuentran los 20 de los que habla Aristóteles, aunque es también posible que 20 fuese el número normal pero que se incrementara a 60 en los años precedentes a la Guerra del Peloponeso con el aumento de la tensión y de la probabilidad de la guerra.

había también aliados extranjeros- y quizás de oficiales, algo más (entre 500 y mil más)¹⁵⁹. La población en ese periodo se encontraba en rápido crecimiento, llegando casi a 60.000 ciudadanos, en la víspera de la guerra del Peloponeso, momento en el que estaban disponibles, por tanto –si tomamos el menor porcentaje señalado más arriba, el 60%- unos 36.000 *thetes*, por lo menos en la década de los 30. Para las dos décadas anteriores no tenemos estimaciones pero el número de *thetes* pudo ser similar pues aunque la población (de ciudadanos varones adultos) fuera algo menor el porcentaje de los *thetes* pudo ser mayor (70%).

Posiblemente los que con más frecuencia se embarcaban de forma habitual en las naves eran jóvenes (salvo en caso de reclutamiento más importante por alguna operación de envergadura). No sólo la fuerza y el vigor físico así lo hacen suponer, sino también el hecho de que para los jóvenes, sobre todo entre 18 y 30 años¹⁶⁰, podía constituir una salida muy bien valorada para ganar un dinero extra nada desdeñable que aportar a la familia, dejando el trabajo, en el supuesto de tener una pequeña hacienda o un negocio (taller) familiar, al resto de los habitantes del *oikos*: adolescentes, mujeres, el padre, abuelos y, en el caso de los mejor posicionados, incluso, quizás, algún esclavo. Con más razón podía constituir un sueldo seguro para un porcentaje de *thetes* sin tierras (trabajadores manuales asalariados, jornaleros, etc) y para sus

¹⁵⁹ Para arqueros ver nota 11. *Epibatai*: notas 41, 54, 58. Oficiales: ver nota 1. Es posible que los *thetes* comenzaran siendo remeros de jóvenes y terminaran como oficiales, así parece sugerirlo Ps-Xen. *Ath. Pol.* 1.19-20; cf. JORDAN, 2000, p. 96.

¹⁶⁰ En el decreto de Temístocles se indica que los *epibatai* (20 por barco) fuesen de 20 a 30 años: *ML* 23.23-25: RAWLING, 2007, p. 124.

hijos desde los 18 años. Según los cálculos de Hansen (1985, p. 12), la población ciudadana de adultos varones entre los 18 y los 39 años era del 61,4%, es decir de una población de *thetes* de 36.000, un total de 22.104, de los cuales los que se encontraban entre los 18 y 30 años serían un porcentaje muy elevado, desde luego más que suficiente para cubrir las necesidades de remeros, *epibatai* y arqueros de la flota en tiempos de paz o de operaciones menos relevantes y de vigilancia; siendo también un número significativo en momentos de necesidades mayores (fletar 100 barcos) para poder embarcar a una mayoría de atenienses.

De este modo las necesidades de efectivos habituales de la flota ateniense durante la pentecotecia, incluso en momento de grandes operaciones militares como las señaladas más arriba¹⁶¹ hasta la Guerra del Peloponeso, podrían haberse cubierto (lo que no significa que se hiciera) con una mayoría de atenienses de la clase de los *thetes*, especialmente, suponemos, que jóvenes entre 18 y 30 años, edad en la que heredaban el *oikos* familiar y se casaban. Un porcentaje en cualquier caso pudo cubrirse siempre con metecos, aliados y esclavos; así se infiere de Tucídides, al menos en el contexto de la Guerra del Peloponeso, cuando dice que sólo el barco “Paralos” tenía una tripulación enteramente ateniense¹⁶², lo que indica que en el resto no era así. Ese porcentaje de no atenienses subiría, como es lógico, en las

¹⁶¹ Ver notas 31, 32 y 34 (120 barcos de Atenas en Samos).

¹⁶² 8.73.5. Otra referencia suya al inicio de la guerra hace suponer que habitualmente embarcaban metecos y otros extranjeros: Thuc. 1.121.3 (potencia de Atena descrita como “mercenaria”, aunque al estar puesto en boca de los corintios al inicio de la guerra se hace sospechosa); Thuc. 1.143.1. Para esclavos en la flota: ver nota 17.

grandes operaciones en las que Atenas podía fletar, por ejemplo, 100 barcos, lo que requería una población para cubrir a los *epibatai* y remeros (180), de 18.000 personas (20.000 para cubrir todos los puestos en las 100 naves). Aún así en esos casos el porcentaje de *thetes* ciudadanos podría haber sido muy grande (al menos había capacidad para ello), pues, además, en esas ocasiones el servicio, que normalmente era voluntario, pudo hacerse obligatorio para los *thetes* hasta los 49 años (28.584 –el 79,4%– entre los 18 y 49 años, de una población de *thetes* de 36.000 siguiendo los porcentajes de la tabla de Hansen, 1985, p. 12).

El alistamiento de metecos, aliados y posiblemente esclavos como remeros, aunque ya habitual, pudo incrementarse tanto en frecuencia como en cantidad desde la Guerra del Peloponeso, donde se necesitan más efectivos¹⁶³, en momentos en los que se agrava la situación no solo por las pérdidas humanas derivadas de la guerra sino, sobre todo, de la peste. Además en situaciones de emergencia podía reclutarse también, parece que de manera excepcional, a los atenienses “del catálogo” (hoplitas) para las naves (como remeros o como *epibatai*), como indica Tucídides para el 428 momento en el que parece que Atenas tiene simultáneamente en activo 250 naves¹⁶⁴. En cualquier caso

¹⁶³ 250 naves en servicio activo en el 428 (revuelta de Lesbos), según Tucídides, el número mayor de naves en activo fletado hasta entonces por Atenas: Thuc. 3.17.2. En Sicilia (415-413) se fletaron 170 naves: Thuc. 7.16.2, 7.20.2. En Samos en el 411 (después de las enormes pérdidas de Sicilia) se fletaron 82 barcos: Thuc. 8.79.2. 110 naves lucharon en las Arginusas: Xen. *Hell.* 1.6.24. Lisandro destruye 160 de los 180 barcos atenienses en Egospótamo (405 a.C): Xen. *Hell.* 2.1.20.

¹⁶⁴ Thuc. 3.16.1: con la flota en Lesbos (ver efectivos totales en nota anterior) y ante la amenaza de Esparta los atenienses son capaces de fletar 100 barcos compuestos de ciudadanos y metecos (no se habla de esclavos), todos salvo los de las dos clases

los ciudadanos entre 20 y 49 años, según Hansen, constituyen un 72,7% de la población adulta de varones ciudadanos, lo que equivale, en una supuesta población de 36.000 *thetes* (de una población total de 60.000 ciudadanos en el 431 a.C.) a 26.172 *thetes*; ya solo con los de esta franja de edad (sin contar con los más jóvenes o los mayores), podrían haberse cubierto, en una hipotética situación de emergencia y de reclutamiento obligatorio en esas fechas, los puestos de 170 remeros+10 *epibatai* de una flota de 145 barcos (y 182 barcos con toda la población adulta de *thetes* hasta los 60 años). Con las vicisitudes de la guerra del Peloponeso la población fue descendiendo. Se calcula al finalizar la guerra una población, en los cálculos más optimistas, de unos 25.000 ciudadanos varones (HANSEN, 1988, pp. 22-23, 26, 28). Un punto de inflexión importante fue, sin duda, la expedición a Sicilia (415-413); no sólo la propia expedición requirió un número elevadísimo de efectivos, muchos de los cuales serían extranjeros en la flota (MEIGGS, 1972, p. 347), sino que además en esta contienda perecieron muchos efectivos (Thuc. 7.87.5-6; KAGAN, 1981, p. 353; HANSEN, 1988, p. 15). Estas circunstancias pudieron alterar significativamente, en cuanto a las proporciones, el servicio militar de los *thetes* pues se requerían continuos contingentes para un número muy elevado de naves¹⁶⁵ con una población decreciente. Es, por tanto, posible pensar que fuera en esos momentos, quizás, y sobre todo, desde la expedición a Sicilia,

superiores (*pentakosiomedimnoi* y *hippeis*) claramente como excepción: ROSIVACH 1985, p. 48; GABRIELSEN, 1994, p. 107. Algo similar en situaciones de emergencia en Thuc. 8.24.2 (hoplitas de catálogo obligados a hacer de *epibatai*); también se infiere de Thuc. 3.18.3 (hoplitas posiblemente de catálogo que se hicieron cargo de los remos). Gabrielsen (2002a, p. 207) piensa, sin embargo, que no era algo excepcional.

¹⁶⁵ Ver algunos ejemplo en nota 40.

cuando se embarcaban en las naves de forma más sistemática, habitual y en mayor número, aliados, extranjeros y, sobre todo, esclavos¹⁶⁶, además de los ciudadanos y los metecos. Por otra parte, estas circunstancias llevaron a que junto a los ciudadanos que habitualmente embarcaban, es decir, los *thetes*, se enrolara también, en situación de emergencia y de manera obligatoria, a otros colectivos ciudadanos no habituales en la flota (salvo el trierarco): hoplitas “de catálogo” y caballeros (como en la batalla de Arginusas)¹⁶⁷.

Una vez vista la posibilidad de que, dentro de lo hipotético de las cifras, la flota ateniense hasta la guerra del Peloponeso pudiera cubrirse (fuese así y no) con una mayoría de tripulación ciudadana de *thetes* (sin duda, al menos, la mitad, y sin riesgo a equivocarnos, un 60 e incluso un 70%), veamos lo que dicen las fuentes al respecto, pero antes hay que hacer también una precisión importante. En las posturas más críticas con la identificación real e ideológica por parte del *demos* de la flota con las clases bajas uno de los argumentos que se esgrimen es la mezcla de ciudadanos con metecos, aliados y esclavos en las naves, lo que lleva a pensar en una multiplicidad de componentes que excluye esa identificación *thetes*-flota. Sin embargo, no se tiene en cuenta que también, por ejemplo, en las expediciones de los hoplitas en la guerra en tierra participan de forma habitual los esclavos (como servidores de hoplitas) y sin duda también tropas ligeras no hoplíticas que no se

¹⁶⁶ Esto es lo que puede recoger Isócrates en el s.IV echando una mirada retrospectiva a la situación del s.V cuando dice “en aquella época (posiblemente la guerra del Peloponeso) embarcaban como marineros a los extranjeros y a los esclavos”: Isoc. 8.48.

¹⁶⁷ Ver nota 41. Muchos *hippeis* embarcados para la batalla de las Arginusas: Xen. *Hell.* 1.6.24. GABRIELSEN, 1994, p. 107. Ver nota 5.

consideran habitualmente o no del mismo modo que la infantería pesada. Este componente heterogéneo de los ejércitos no resta protagonismo a los hoplitas ni a los ciudadanos pues la victoria se considera de Atenas, y específicamente de sus hoplitas. Cabe pensar que lo mismo ocurría en la flota con los barcos ateniense. Los metecos, aliados y esclavos (sobre todo estos) que reman en los barcos eran “invisibles”; es decir, la victoria no sólo es de Atenas (sin que se destaquen estos colectivos) sino que el mérito es fundamentalmente, como para el caso de los hoplitas, de los ciudadanos que iban en los barcos¹⁶⁸ en este caso, sobre todo, *thetes*. No importa tanto que hubiera más o menos ciudadanos (que posiblemente había muchos), sino que la victoria, el mérito, el esfuerzo y la “salvación” para la ciudad, proviene de los ciudadanos que van en las naves y en este caso, por tanto, de una mayoría de ciudadanos *thetes* (al menos, en situaciones normales, una proporción importante de remeros, especialmente los *thranitai* como veremos ahora, más probablemente los 10 *epibatai* y una proporción de arqueros, además de los oficiales y el trierarco).

De este modo antes de la Guerra del Peloponeso son tres los elementos que hacen pensar en una proporción elevada de ciudadanos *thetes* en las naves: en primer lugar, la capacidad demográfica de este colectivo analizada más arriba; en segundo lugar, las expectativas de salario (*misthos*) que reportaba esta actividad¹⁶⁹; en tercer lugar, algunas alusiones en las fuentes que veremos ahora, que parecen indicar

¹⁶⁸ Para el orgullo del *demos* de Atenas de sus barcos y de su flota y la *arete* de esta al mismo nivel que la de los hoplitas: ver nota 83 *infra*.

¹⁶⁹ Ya probablemente desde el origen (dotado por los propios trierarcos) pero asegurado desde el estado posiblemente desde los años 50: ver nota 2.

la actividad continuada y constante de atenienses en las naves durante la pentecontecia. La Guerra del Peloponeso, después de cincuenta años de actividad naval, pudo alterar significativamente esta práctica de embarcar una mayoría de ciudadanos; aún así, en un momento posterior a la expedición a Sicilia, cuando la población ya habían disminuido considerablemente, podía emplearse todavía en las naves un número considerable de atenienses teniendo en cuenta el déficit poblacional de Atenas en esos momentos.

Pasemos a examinar las fuentes.

Generalmente ha sido el Viejo Oligarca la fuente principal para esgrimir la identidad entre clases bajas y flota¹⁷⁰ y su discurso (“el pueblo es quien impulsa las naves y quien da su fuerza a la ciudad”) ha sido cuestionado como meramente retórico sin base real (CECCARELLI, 1993, VAN WEES, 1995, GABRIELSEN, 2002a). Sin embargo, vamos a comenzar por un autor que, en nuestra opinión, puede reflejar más fidedignamente el sentir y la visión de los propios atenienses de las clases bajas: Aristófanes. En las *Avispas* que trata fundamentalmente del beneficio que supone para los jueces el salario y en la que se hacen muchas alusiones al Imperio ateniense como fuente de pagos y como escenario de juicios de Atenas, se alude en dos ocasiones a los remeros. El prototipo de los jueces, en la descripción de Aristófanes del coro y de Filocleón, es el de un ateniense que puede

¹⁷⁰ Ps-Xen. *Ath. Pol.* 1.2-3: “En primer lugar diré lo siguiente: que es justo que allí salgan mejor librados los pobres y el pueblo que los nobles y los ricos por una razón, y es que el pueblo es quien impulsa las naves y quien da su fuerza a la ciudad... En cambio, cuantas magistraturas proporcionan remuneración y provecho para el propio peculio, esas son las que procura ejercer el pueblo” (Trad. M. Rico). Ver también 1.13; 1.19-20 (ejercitándose como remeros toda la vida).

tener dificultades para dar de comer a su familia (302 ss) y que busca con ansia, de forma exagerada, los sueldos que se perciben en los tribunales; además es viejo¹⁷¹. Este prototipo que aparece en las Avispas se presenta en la obra así en relación con la flota y el Imperio:

«En verdad era tan de temer yo entonces, que nada me infundía espanto. Y desbaraté a los adversarios, navegando contra ellos con las naves. Pues entonces ni el preparar bien el próximo discurso, ni el extorsionar a nadie nos preocupaba: solo quién de nosotros sería mejor remero. Por ello conquistamos muchas ciudades de los medos y fuimos la verdadera causa de que se traiga aquí ese tributo que roban los jóvenes».¹⁷²

De esta forma, para el coro de viejos jueces, en el contexto de la Guerra del Peloponeso, los que levantaron el Imperio y consiguieron el beneficio económico para Atenas (el *phoros*) son ellos mismos de jóvenes haciendo de remeros. Los ciudadanos de clases bajas, en esta obra, parece que se identifican con la flota que es esencial para levantar el Imperio, y se reconocen, específicamente, dentro de ella, como remeros. Es posible también que el *misthos* al que alude el coro de

¹⁷¹ Es muy probable que en los sorteos, entre voluntarios, de los tribunales se presentaran de forma masiva mayores (de 50 a 80 años) de la clase de los *thetes*, pero ese es otro tema.

¹⁷² Ar. *Vesp.* 1091 ss. Trad. L. Gil Fernández. También se alude a los remeros junto con el papel de los hoplitas (¿quizás como referencia a los *epibatai* de las naves?) en: (corifeo) “Si nos observáis repetidamente encontraréis que en todo, en nuestra forma de ser y en nuestro modo de vida nos parecemos muchísimo a las avispas. En lo que respecta al sustento, somos industriosisimos. [...]. Pero hay instalados entre nosotros unos zánganos que no tienen aguijón, que sin moverse devoran el tributo (*phoros*) sin haberlo ganado con fatiga. Y esto es lo más doloroso para nosotros, que se zampe nuestro salario alguien que no haya hecho la mili, y que en defensa de esta tierra no haya cogido remo, ni lanza, ni... ampollas. Pues bien, me parece que en adelante no debería cobrar el trióbolo todo ciudadano que no tenga aguijón”: Ar. *Vesp.* 1102 ss. Es posible que se aluda con el término *hyperesia* del verso 602 al “servicio como remero” y se plantea como servidumbre (*douleia*): JORDAN, 2000, p. 95.

viejos (ciudadanos) en Lisístrata (624-628) se refiera a los pagos como remeros como se ha resaltado últimamente¹⁷³.

Dentro de los remeros de los barcos había una proporción que desempeñaba un papel más importante por ser los más duchos y expertos y posiblemente por dirigir en gran medida al resto de los remeros en las maniobras más complicadas¹⁷⁴; son los *thranitai*. Tucídides dice que los trierarcos daban un bono adicional o paga extra a los *thranitai* (Thuc. 6.31.3; JORDAN, 2000, p. 82). Cabe suponer que estos fueran en su mayoría atenienses y en este sentido los presenta Aristófanes en Acarnienses (Ach. 162-3): “gemiría el personal del remo alto, la salvaguarda de la ciudad (ὁ θρανίτης λεῶς ὁ σωσίπολις)”. El comediógrafo los llama “pueblo de los *thranitai*” (*thranites leos*)¹⁷⁵ que salvan a la ciudad¹⁷⁶, contrastándolos con los extranjeros que van a recibir dos dracmas. De nuevo se reivindica como atenienses (pueblo de Atenas) a estos remeros (MEIGGS, 1972, p. 441; JORDAN, 2000, p. 85), los más expertos e importantes dentro de las naves, y su interés en la percepción del sueldo; además, se ratifica lo que señalábamos de que fuese cual fuese la proporción de atenienses en

¹⁷³ THONEMAN, 2019, 13. Para ciudadanos remeros como *misthophoroi*: TRUNDLE, 2004, pp. 12, 18-19, 85-86; O’HALLORAN, 2019, p. 248.

¹⁷⁴ Los *thranitai* son los que ocupan el banco superior de las tres hileras de remos y manejan el remo más largo haciendo el esfuerzo mayor. Suele haber 62 *thranitai* (en el nivel superior de los remos), 54 *zygioi* (en el nivel medio), y 54 *thalamioi* (en el nivel más bajo): GABRIELSEN, 1994, p. 106; con variaciones en las cifras y postulando dos niveles: JORDAN, 2000, p. 85 ss (*thranitai* arriba y abajo los *thalamioi*).

¹⁷⁵ Para pueblo de campesinos y artesanos en Atenas llamados por el heraldo a la asamblea como *leos*: VALDÉS, 2004.

¹⁷⁶ Atenienses como “salvadores de Grecia” también después de la batalla naval de Salamina: Hdt. 7.139.5.

las naves (que cabe suponer alta al menos antes de Sicilia), los que salvan a la ciudad, los que vencen, los que proporcionan la victoria son el pueblo de los atenienses que va en las naves. Algo similar ocurriría con los *epibatai* que eran siempre ciudadanos, como indica Tucídides, y parece que eran *thetes* armados como hoplitas¹⁷⁷, pero no hoplitas de catálogo¹⁷⁸, salvo en momentos de emergencia:

«Después de hacer todo esto, los atenienses levaron anclas de Corcira e iniciaron la travesía rumbo a Sicilia con los siguientes efectivos: tenían un total de ciento treinta y cuatro trirremes y dos pentecótoros rodios (de estas naves, cien eran atenienses, y de estas cien, sesenta eran trirremes rápidas y las otras transportes de tropas, mientras que el resto de la flota procedía de Quíos y de las demás ciudades aliadas); el total de los hoplitas ascendía a cinco mil cien (y de éstos, procedían de la misma Atenas mil quinientos hombres del alistamiento ordinario (*ek katalogou*) y setecientos *thetes* (seiscientos en otras versiones) que iban como soldados de marina»¹⁷⁹.

En otro pasaje en relación con la revuelta de Quíos en 412, justo después del desastre de Sicilia, Tucídides señala que, como excepción, se obligó a hoplitas de catálogo (es decir, en nuestra opinión, *zeugitai*) a combatir como *epibatai*, lo que pone de manifiesto que no era lo habitual¹⁸⁰. Los *epibatai* podrían constituir una élite dentro los *thetes*.

¹⁷⁷ Estrictamente el término *epibatai* se aplica solo a hoplitas que hay distinguir de contingentes más numerosos de soldados en barcos que eran fletados para llevarlos (*hoplitagogoi, stratiotides*): GABRIELSEN, 1994, p. 106-107. Ver nota 57.

¹⁷⁸ Ver nota 8.

¹⁷⁹ Thuc. 6.43.1. Trad. Juan José Torres Esbarranch (Gredos): para el número de efectivos ver n. 112.

¹⁸⁰ Thuc. 8.24.2: εἶχον δὲ ἐπιβάτας τῶν ὀπλιτῶν ἐκ καταλόγου ἀναγκαστοῦς “Y como soldados de marina llevaban hoplitas de la lista de reclutamiento en servicio forzoso” (Trad. J.J. Torres Esbarranch). En un decreto de 430 (*IG I³ 60*) se pone en evidencia que un escuadrón de 30 barcos, enviado a recolectar tributo o a realizar razias en el Peloponeso, se dota con soldados: 5 voluntarios *epibatai* (lo que indica que aunque lo normal era embarcar 10 hoplitas, no siempre pudo ser así), 40 hoplitas (distingue a estos por tanto de los *epibatai*), 10 arqueros y 10 peltastas; mientras que los primero

Eran marinos atenienses¹⁸¹ que iban armados como hoplitas; en general, aunque no siempre, 10 por barco. Algunos autores postularon que eran armados por el estado (STE. CROIX, 2004 p. 21; HANSEN, 1991, p. 45; LOOMIS, 1998, p. 59), lo que ha sido objeto de crítica (VAN WEES, 2006, p. 373). Es posible que al provenir, quizás, de los de una posición económica más elevada dentro de la clase “subhoplítica” de los *thetes* (de haciendas o propiedad de entre 1,8 y 3,6 hectáreas o de 1000 a 2000 dracmas en parámetros de distinción económica de este colectivo en el s.IV¹⁸²), hubieran podido costearse (especialmente los de más nivel dentro de ellos) el armamento pesado¹⁸³ como un elemento de diferenciación y de honra con respecto al resto de los *thetes*, pero sin la obligatoriedad de entrar en los catálogos de hoplitas por no pertenecer a la clase censitaria de los *zeugitai*¹⁸⁴. La panoplia además se amortizaba pues pasaría de padres a hijos (RAAFLAUB, 1997, p. 54). El hacer de *epibatai* en las naves (posiblemente los jóvenes) constituiría un elemento de distinción, conformando una especie de familias de “élite” dentro de la clase de los *thetes*. A partir

dos grupos son atenienses, los últimos están compuestos por atenienses y aliados en igual número: GABRIELSEN, 1994, p. 107.

¹⁸¹ *Epibatai* atenienses: Thuc. 3.95.2; también en Arist. *Pol.* VII, 1327b4-15 (libres y pertenecientes a la infantería). Los 120 marinos (*epibatai*) matados en Etolia en 426 son descritos como *los mejores de los atenienses* muertos en la guerra, *todos jóvenes*: Thuc. 3.98; RAWLING, 2007, p. 122. En IG I³ 60 los *epibatai* (5) y hoplitas (40) embarcados para recolectar tributos son todos atenienses.

¹⁸² Para esta distinción entre los miembros de la clase censitaria de los *thetes*: GALLEGO, 2016, p. 53 ss.

¹⁸³ El equipamiento completo cuesta en torno a los 75-100 drachmas: VAN WEES, 2004, pp. 52-53.

¹⁸⁴ Es posible que para entrar en los catálogos de hoplitas el criterio utilizado en el s.V (no en el IV) fuese la pertenencia a la clase censitaria de los *zeugitai*: ver *supra* en texto y nota 4. *Epibatai* voluntarios: ver la nota 57. Para otra opinión (*epibatai* como hoplitas de catálogo): HERZOGENRATH-AMELUNG, 2017.

del censo de Antípatro en el s.IV los que se encuentran en esa franja entre 1000 y 2000 dracmas son unos 12.000; con Demetrio de Falero los que están por encima de 1000 dracmas (equivalente en tierra grosso modo a 1,8 hectáreas)¹⁸⁵ se reincorporan a la ciudadanía, lo que hace de esta cifra un primer nivel de diferenciación (GALLEGO, 2016). Si el número de *thetes* en esta franja se mantuvo relativamente estable, como piensa Gallego, desde el s.V hasta el s.IV (con propiedades entre 1,8 y 3,6 hectáreas)¹⁸⁶, entonces, los comprendidos entre los 18 y 39 años – contando solo estos 12.000-, según la citada tabla de Hansen (1985, p. 12), constituyen un 61,29 %, lo que equivaldría a 7.368 efectivos de entre 18 y 39 años. Posiblemente los que se elegían eran fundamentalmente los jóvenes (menores de 30), como se especifica en Tucídides y en el decreto de Temístocles¹⁸⁷, lo que bajaría esta cifra (algo menos de la mitad). Puede conjeturarse, además, que no todos los *thetes* de esa franja (con patrimonio equivalente a 1,8 a 3,6 ha) tendrían armamento hoplítico, adquirido sólo, quizás, por los de mayor nivel económico¹⁸⁸.

¹⁸⁵ Ver nota 22.

¹⁸⁶ Aunque pudo ser más amplio en el s.V que en el IV por la prosperidad económica derivada del Imperio relacionadas con la actividad artesanal y comercial.

¹⁸⁷ Ver nota 37.

¹⁸⁸ Si bajamos el porcentaje a un hipotético 30% (quitando a los jóvenes entre 18 y 20 y a los mayores de 30), de 12.000 *thetes* con patrimonio entre 1000 y 2000 dracmas hacen un total de 3600, suficiente para dotar 360 naves. Posiblemente eran menos pues no todos los de esta franja podrían costearse el armamento, quizás sólo los de la posición más elevada (a partir de las 2,5 hectáreas); si hacemos los cálculos con la mitad serían 1.800 (suficientes para dotar 180 naves). Esta cifra podría aproximarse más a la realidad si tenemos en cuenta que en Mítile, con 250 naves en activo, se necesitó reclutar a hoplitas de catálogo (presumiblemente salidos de los *zeugitai* en su mayoría) como *epibatai*: ver nota 41. En cualquier caso esta franja de los propietarios entre 1,8 a 3,6 hectáreas (o en patrimonio mueble de 1000 a 2000 dracmas) pudo ser

El hecho de que una parte importante y significativa de la flota estuviera constituida por ciudadanos se pone de manifiesto también, incluso bien avanzada la Guerra del Peloponeso en Samos. Allí en el 412/411 según Tucídides (8.48.2-3) la mayoría (*polloi, ochloi, hoi pleones*) del ejército (de la flota) son ciudadanos¹⁸⁹ a los que se reúne en asamblea para comunicarles la posibilidad de que vuelva Alcibíades si se abole el sistema democrático recibiendo dinero del Gran Rey (SANCHO, 2018). Así se ve más adelante en el mismo autor (8.72.2) cuando señala que los oligarcas de Atenas (en plena revolución oligárquica) temían que “la masa de marineros (*ναυτικὸς ὄχλος*) no quisiera permanecer bajo un orden oligárquico, y que luego, tras extenderse el mal a partir de Samos, provocaran su caída”. De aquí se infiere que en una fecha tan tardía como el 411, en momentos en los que ya se habían producido abundantes pérdidas humanas, una proporción probablemente significativa de los remeros de la flota eran ciudadanos. Considerados como “masa de marineros”, puede suponerse que fueran de la categoría de los *thetes*. Además el texto indica claramente la posición política de esta “masa de marineros” contrarios a la oligarquía y favorables a la restauración democrática, así como su actuación política como asamblea¹⁹⁰.

Otro documento importante es la citada inscripción conocida como el catálogo naval ateniense (IG I3 1032); en ella parece que solo un 30-40 % (LAING, 1965, p. 93) de los tripulantes son ciudadanos atenienses

mayor en el s.V que en el s.IV por el crecimiento económico artesanal y comercial, lo que alteraría los cálculos al alza.

¹⁸⁹ HANSEN, 1985, pp. 21-23. En Samos hay 82 naves: ver nota 40.

¹⁹⁰ Ver SEBASTIANI, 2018, pp. 507-508.

lo que se ha visto como un número bastante reducido; el resto serían extranjeros -aliados y metecos- y esclavos. Sin embargo, dado que la inscripción, de fecha incierta, corresponde a los años posteriores al 411 y posiblemente podría situarse, como hace Laing (1965, pp. 107-119) en Egospótamo (405 a.C.), momento de deterioro evidente de efectivos y de crisis demográfica al final de la guerra¹⁹¹, puede incluso interpretarse a la inversa y considerarse como elevado el número de ciudadanos atenienses que todavía podían embarcar en las naves. La inscripción se refiere a 8 naves (BAKEWELL, 2008, p. 143). Sea o no en Egospótamo (objeciones en GRAHAM, 1998; BAKEWELL, 2008, p. 143), si consideramos el mayor porcentaje dado por Laing (40%) para pensar en los atenienses que embarcaron en las naves en esa ocasión (Egospótamo), momento en el que se fletaron 180 barcos, el número de ciudadanos atenienses en esa expedición sería muy elevado (14.400) teniendo en cuenta la mermada población de Atenas (25.000 como máximo al final de la guerra) y por ende, de los *thetes* (un máximo de 15.000 en el caso de seguir constituyendo un 60% de la población y, de ellos, sólo 5.000 “sin tierras” al finalizar la contienda)¹⁹².

¹⁹¹ Ver para la población calculada para el final de la guerra: HANSEN, 1988, pp. 22-23, 26, 28. Da fe de esta situación de crisis la propia batalla naval de las Arginusas, un año antes, con una cantidad también de esclavos: ver nota 5. En las Arginusas se perdieron 25 barcos con sus tripulantes, 5000 personas (Xen. *Hell.* 1.6.34), muchos de los cuales serían ciudadanos.

¹⁹² 5.000 “sin tierras”: Dion. Hal. *Lys.* 32-33; el resto serían *thetes* con pequeñas propiedades que en los cálculos de Gallego (2016) para el s.IV constituyen unos 12.000 pero que también se habrían visto afectados por la mortalidad derivada de la guerra. De los 15.000 supuestos *thetes* los mayores no embarcarían; por encima de 50 años constituyen un 20,6% que habría que descontar y por encima de 60 un 8,7%; hay que quitar también a los inhabilitados o discapacitados por enfermedades, daños de guerra. Cabe suponer que en esa situación de emergencia y por la propia situación demográfica embarcarían también, como en el año anterior, en las Arginusas, de

Otras fuentes llevan a suponer que, especialmente durante los cincuenta años de la pentecontecia, muchos miembros de las clases bajas, habían hecho del servicio militar en los barcos su forma de vida, como se infiere de Isócrates cuando dice en Panatenaico:

«La hegemonía terrestre se ejercita con la disciplina, la prudencia, la obediencia y otras cosas semejantes, pero el dominio del mar no aumenta con esto, sino con la industria naval, con quienes pueden conducir las naves y con los que, por haber perdido sus bienes, están acostumbrados a ganarse la vida con los ajenos. Si estos individuos caían sobre la ciudad no era dudoso que el orden establecido por la anterior constitución se disolvería y la benevolencia de los aliados cambiaría con rapidez, cuando a los que antes daban tierras y ciudades se les obligara a pagar impuestos y tributos para tener una soldada que dar a éstos a los que me referí hace un poco»¹⁹³.

Estos a los que se refiere Isócrates puede inferirse que, en su mayoría, son los ciudadanos de la más baja condición (*thetes*) que han caído en la polis y que están detrás, parece, de un cambio político que conllevó la imposición tributaria a los aliados que revierte en sueldos para los ciudadanos. No puede descartarse que se refiera también a otros elementos considerados como indeseables y que en otros pasajes (extranjeros y esclavos) relaciona con la flota ateniense¹⁹⁴. En cualquier caso en el texto del Panatenaico Isócrates parece que describe al cambio político previo a la guerra del Peloponeso, que provocó, según este autor, la “entrada” en el ejército de los *thetes* (*nautikos ochlos* en

manera forzosa otras clases censitarias que tendrían que hacer de *epibatai*, de oficiales e incluso de remeros (tanto *zeugitai* como *hippeis*), lo que ayudaría a explicar las referencias a esclavos con sus amos (en mayor proporción entre los trierarcos, *epibatai* y oficiales, pero también entre los remeros: GRAHAM, 1998, p. 98 ss). En nuestra opinión, entre los oficiales y *epibatai* irían *hippeis* y *zeugitai* y también, al menos *zeugitai*, entre los remeros.

¹⁹³ Isoc. 12.115-116 (Trad. Juan Manuel Guzmán).

¹⁹⁴ Ver nota 43.

términos de Tucídides¹⁹⁵) desde Salamina (cabe suponer que especialmente desde Efiates). Algo similar menciona Aristóteles en la Política refiriéndose también al *nautikos ochlos* cuyo ascenso se pone en relación con la batalla de Salamina que confirió poder a la ciudad e hizo más fuerte la democracia (Arist. Pol. V, 1304a18-24). En otro pasaje Aristóteles en la Política considera a los tripulantes de los trirremes en Atenas como miembros del pueblo¹⁹⁶ y Jenofonte y Tucídides señalan, asimismo, la experiencia de los atenienses como marineros¹⁹⁷. También Platón identifica a los atenienses como marinos (Pl. Leg. 4.706c), a los que considera de baja condición social (Pl. Leg. 4.707a).

La “masa naval” aunque en realidad heterogénea, estaría compuesta, en gran medida, quizás incluso en una alta proporción (posiblemente más de la mitad) antes de la Guerra del Peloponeso y quizás también en la guerra arquidámica, por ciudadanos atenienses de la clase de los *thetes*. Todavía después del desastre de Sicilia la proporción de ciudadanos era alta teniendo en cuenta el declive poblacional. Así se infiere del pasaje citado de Tucídides sobre el *nautikos ochlos* en Samos (Thuc. 8.72.3) y de los textos de Isócrates, Platón y Aristóteles. Precisamente este autor señala en otro pasaje de la Política que la masa naval no tendría por qué ser ciudadana (Arist. Pol. VII, 1327b7-9) pero lo expresa como desiderátum, poniendo como ejemplo a Heraclea, sin que sea este el caso de Atenas según lo señalado con anterioridad por el

¹⁹⁵ Thuc. 8.72.2.

¹⁹⁶ Arist. Pol. IV, 1291b21; en Pol. VI, 1321a6 relaciona la infantería ligera y la marina con la democracia (y consecuentemente con las clases bajas).

¹⁹⁷ Xen. Hell. 7.1.3-4. Thuc. 1.142.4-7.

mismo autor: “y a su vez, la muchedumbre que servía en las naves, al ser causante de la victoria de Salamina y, mediante ella, de la hegemonía gracias al poder sobre el mar, hizo más fuerte la democracia”¹⁹⁸. El *nautikos ochlos* de Aristóteles y de Tucídides es similar al descrito como *banausos ochlos* y *thetikon ochlon* del que habla Plutarco cuando dice que con los trabajos de la acrópolis en época de Pericles se “asalariaba” a toda la ciudad¹⁹⁹, o el mismo Aristóteles, refiriéndose a la peor forma de democracia dominada por “la masa (plethos, en este caso) de artesanos, mercaderes y *thetes*”²⁰⁰.

Estos son los que formarían el grueso de la flota, sin negar la presencia, creciente en la Guerra del Peloponeso, de metecos, extranjeros y esclavos. De hecho al final de la guerra el recurso a estos grupos tuvo que ser imperioso y abundante, hasta el punto de hacerse común y llevar a plantear, incluso, la integración ciudadana de estos colectivos, como los esclavos remeros en las Arginusas²⁰¹, o los metecos y esclavos en la propuesta de Trasíbulo que no salió adelante con la oposición de los seguidores de Terámenes en otro contexto no naval, con la restauración democrática²⁰².

La idea de que la flota es un componente importante en la auto representación de los ciudadanos, especialmente de las clases bajas, no

¹⁹⁸ Arist. *Pol.* V, 1304a18-24 Trad. M. García Valdés.

¹⁹⁹ Plut. *Per.* 12. 5-7. *thetikos ochlos* en Plutarco asimismo cuando alude a los que seguían a Pisístrato: Plut. *Sol.* 29.1.

²⁰⁰ Arist. *Pol.* VI, 1319a.

²⁰¹ Ver nota 5.

²⁰² Arist. *Ath. Pol.* 40.2 (a todos los que lucharon en el Pireo, incluidos los esclavos). Metecos: Xen. *Hell.* 2.4.25. Para concesiones de ciudadanía excepcional a finales del s.V: HUNT, 2001, p. 367.

viene, pues, solo del Viejo Oligarca, que encarna la ideología oligárquica a finales del s.V, sino principalmente de Aristófanes, como hemos señalado más arriba. Hacer de remero o de *epibates* en la flota es un orgullo y parece que existe una conciencia por parte del *demos*, especialmente de las clases bajas, de su actuación como salvadores la ciudad en este servicio. En el mismo Aristófanes se relaciona la flota con el poderío marítimo y los sueldos con el *phoros*, de modo que, real o no²⁰³, existiría una conciencia del vínculo entre posibilidades democráticas e imperio entre los miembros del *demos*. Todo ello encuentra eco también en Tucídides quien en el discurso de Pericles al inicio de la guerra (en época de mayor potencial demográfico, militar y económico de Atenas) señala las habilidades como marineros de los atenienses (Thuc. 1.142.4-7) frente a la incapacidad de los espartanos en este sentido y destaca la importancia del entrenamiento naval que no se puede improvisar (Thuc. 1.142.7-9) indicando de los atenienses: (vosotros) “os ejercitáis en ello desde las Guerra Médicas”, aludiendo al periodo de la pentecontecia. Pericles continúa diciendo en el discurso de Tucídides: “tenemos ciudadanos como pilotos y nuestra restante marinería (*hyperesia*) en mayor número y mejor que la de todo el resto de Grecia” (1.143.1)²⁰⁴. Estos comentarios en Tucídides vienen al hilo de la alusión a la hipotética situación en la que con el dinero de Delfos y de Olimpia (usado como *misthos*) los peloponesios lograran atraerse

²⁰³ Hay discrepancias en torno a la utilización del dinero de los aliados para el pago de sueldos en la democracia; ver para una posición favorable a esta opción: RHODES, 2007.

²⁰⁴ En este texto es probable que *hyperesia* se refiera al conjunto de la tripulación del barco, no a los oficiales (ver notas 2 y 11). Ver también JORDAN, 2000, pp. 91-92.

a marineros extranjeros como remeros, lo que indica que los atenienses emplearían habitualmente en las naves a mercenarios, como parece expresar, también, con alusión al dinero de Delfos y de Olimpia, otro pasaje anterior del mismo autor citando el discurso de los corintios en el que estos resaltan que “la potencia de Atenas es más mercenaria que propia” (Thuc. 1.121.3). Sin embargo, en el discurso de Pericles, que se contrapone a este, se enfatiza como veíamos la pericia de los propios atenienses en el arte naval y se señala que, aún en el caso del uso por parte de los enemigos del tesoro de Delfos y Olimpia, Atenas dispondría de tripulación suficiente para su flota entre los propios atenienses y los metecos (presumiblemente entrenados y preparados en la vida naval), en momentos en los que Atenas dispone de 300 naves²⁰⁵.

Por otra parte, en el mismo Tucídides, en el discurso fúnebre puesto en boca de Pericles por los caídos en el primer año de guerra (Thuc. 2.36 ss), se asocia estrechamente el Imperio de Atenas con la democracia, lo que muestra que esta conexión existía en el pensamiento del *demos* de la Atenas del momento (2.36.2-4 y 2.37), y, aunque se ha señalado (LORAU, 1981, pp. 212-214; PRITCHARD, 1998) que el discurso honra fundamentalmente a los hoplitas, se pone, sin embargo, en dos ocasiones, al mismo nivel el potencial potencial naval de la ciudad que el terrestre (2.39.3; 2.41.4). También en Aristófanes se alaba en pie de igualdad las victorias “en las batallas campales y con la hueste naval” (Eq. 568)²⁰⁶.

²⁰⁵ Ver nota 30.

²⁰⁶ Para la alta valoración de la ciudad y de sus ciudadanos del potencial y la actividad naval de Atenas ver PRITCHARD, 1998b, esp. p. 55. Enfatizado, aún más, por este autor recientemente: PRITCHARD, 2018, pp. 10-11 (con fuentes, bibliografía y

Podemos concluir que Atenas durante la pentecontecia parece que tenía efectivos suficientes entre los ciudadanos atenienses para dotar a la flota en tiempos de paz y en expediciones no muy numerosas o de vigilancia, e incluso, hipotéticamente, tendría efectivos para dotar de una mayoría importante (como mínimo la mitad y posiblemente más) de atenienses a grandes flotas (100 barcos en Egipto). El mismo Tucídides (1.143.1) así lo indica pues en el discurso de Pericles justo antes de la guerra se señala, como fuente de tranquilidad, que toda la flota en esos momentos (300 naves) podía ser tripulada por atenienses y metecos (sin mencionar a esclavos) en un supuesto escenario en el que aliados extranjeros se cambiaran de bando (atraídos por mayores sueldos). Las expectativas del *misthos* y de otras compensaciones (botín, etc) haría de esta actividad un medio de vida habitual para los atenienses de la clase censitaria de los *thetes*, y especialmente de los más jóvenes. En momentos de grandes campañas y de necesidad (como en Salamina, Egipto o Chipre) se emplearían, de forma habitual, más metecos, extranjeros aliados y posiblemente esclavos, aunque en esos casos también habría una proporción importante de atenienses. La proporción de no atenienses posiblemente tendió a aumentar a partir de la Guerra del Peloponeso al mismo tiempo que comenzó a decrecer la población ciudadana de Atenas, con un punto de inflexión quizás en la expedición a Sicilia; aún así, después de esta debacle todavía el número de atenienses en las naves es considerable dada la merma poblacional de los últimos años de la guerra.

discusión, con atención especial a Aristófanes). *Arete* de los que lucharon en batalla naval de Salamina en Lisias: Lys. 2.33, 40, 43.

Hasta la Guerra del Peloponeso Atenas llevaba cincuenta años de activa implicación marítima en la que supuestamente los atenienses de las clases bajas pudieron alistarse sin dificultades, dado el crecimiento poblacional y ante las expectativas de retribuciones en las naves. La práctica marítima conllevaba la percepción de un sueldo (*misthos* y otros beneficios) que se asociaba con el imperio (el *phoros*) y que llevó al dominio de Grecia y, por tanto, probablemente, a una conciencia de mérito en este sentido, independientemente de que una proporción en las naves estuviera siempre cubierta por metecos, mercenarios extranjeros (generalmente aliados) y esclavos (que no son mencionados hasta más tarde). Esta asociación entre flota, democracia y poder sobre Grecia posiblemente se gestó, por tanto, en los años de la pentecontecia y está recogida, por ejemplo, en Aristófanes, pero también en Tucídides. Es una ideología que pertenece al *demos* y específicamente al *demos* de la clase más baja (como Filocleón y el coro de jueces en las Avispas) que actúa en las naves (de remeros) y que conforma su identidad social en relación con los beneficios derivados del *misthos* asociado con el Imperio y con el éxito naval. De esta ideología se hacen eco las fuentes oligárquicas como el Pseudo-Jenofonte, y otras posteriores, como Isócrates o Aristóteles, en las que se pone de manifiesto la relación entre ciudadanos pobres y masa naval (*nautikos ochlos*)²⁰⁷. Para terminar, fuese, como hemos supuesto aquí, o no la norma embarcar una mayoría de ciudadanos en las naves, al menos antes de la Guerra del Peloponeso y especialmente antes de la

²⁰⁷ Para el uso de remeros atenienses como mercenarios fuera de Atenas por su pericia: JORDAN, 2000, p. 93.

expedición a Sicilia, el mérito de la victoria redonda siempre en los atenienses y específicamente en la mayoría de atenienses que embarcaban, es decir, habitualmente (salvo en situaciones de emergencia o de excepción) los de la clase de los *thetes*. El mérito es suyo, pues metecos y sobre todo esclavos, no cuentan (o no del mismo modo). Los atenienses de las naves son los elementos “visibles” en el éxito militar, aunque en el conjunto de toda la población parece que no tan visibles como los hoplitas en los discursos de la ciudad²⁰⁸. Dentro de los ciudadanos *thetes*, sobre todo jóvenes, que embarcan en las naves hemos supuesto la existencia de una élite, mejor posicionada socioeconómicamente, de la que se nutrirían los *epibatai*, aunque con las necesidades de la guerra empezó a reclutarse para esta función también a los hoplitas de catálogo. Dentro de la flota tendrían asimismo un papel especial y destacado los *thranitai*, “los del remo alto”, función en la que tradicionalmente habría más ciudadanos que en otros puestos. La mayor parte de los *thetes* embarcados, sin embargo, conformarían esa “masa naval, anónima” de la que hablan las fuentes, a veces difícil de distinguir de los propios esclavos o extranjeros en busca del sueldo (al menos en el discurso oligárquico: Paiaro-Requena, 2015), con poca tierra o sin propiedades, asalariados, jornaleros, obreros que constituirían presumiblemente en la época dorada de la pentecontecia, con el crecimiento poblacional, una mayoría de los *thetes* de Atenas (Valdés, en preparación) pero que se vio especialmente mermada al final de la

²⁰⁸ STRAUSS, 1996, pp. 313-14, 320 (este autor habla, en cualquier caso, de la existencia de una ideología de los *thetes* forjada en su experiencia como remeros); VAN WEES, 2004, pp. 47, 200-1, 211. Ver, sin embargo, matizaciones en PRITCHARD, 2018.

guerra. La relación de *thetes* y flota es, por tanto, una realidad y es, a la vez, un construcción retórica e ideológica, pero no sólo oligárquica, sino también democrática, pues la flota es un elemento esencial en la configuración de la identidad social del *demos* pobre de Atenas en el s.V a.C.

Bibliografía

ACTON, P. (2014): *Poiesis. Manufacturing in classical Athens*, Oxford University Press, Oxford.

AMIT, M. (1965): *Athens and the Sea: a Study in Athenian Seapower*, Latomus, Brussels.

BAKEWELL, G. (2008): «Trierarchs' Records And The Athenian Naval Catalogue (Ig I3 1032)», en Mackay, E. A. (Ed.), *Orality, Literacy, Memory in the Ancient Greek and Roman World (Orality and Literacy in Ancient Greece, Volume 7). Mnemosyne Supplementa 298*, Brill, Leiden & Boston, pp. 141-160.

BUGH, G. R. (1988): *The Horsemen of Athens*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey.

BURFORD, A. (1977/78): «The Family Farm in Ancient Greece», en *Classical Journal*, 73, pp. 162-175.

BURFORD, A. (1993): *Land and Labor in the Greek World*, Baltimore, London: Johns Hopkins University Press.

CECCARELLI, P. (1993) : «Sans thalassocratie, pas de démocratie? Le rapport entre thalassocratie et démocratie à Athènes dans la discussion du Ve et IVesiècle av. J.-C.», *Historia*, 42, pp. 444-470.

CHRIST, M. R. (2001): «Conscription of Hoplites in Classical Athens», *Classical Quarterly*, 51, pp. 398-422.

FIGUEIRA, TH. (2008): «Colonisation in the Classical Period», en Tsetskhladze, G. R. (Ed.), *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and Other Settlements Overseas* (vol. II,

- Mnemosyne, Supplementa 193), Brill, Leiden & Boston, pp. 427-523.
- GABRIELSEN, V. (1994): *Financing the Athenian Fleet: Public Taxation and Social Relations*, MD: Johns Hopkins University Press, Baltimore
- GABRIELSEN, V. (2002a): «Socio-economic Classes and Ancient Greek Warfare», en ASCANI, K. GABRIELSEN, V. *et al.* (Eds.), *Ancient History Matters. Studies Presented to Jens Erik Skydsgaard on his Seventieth Birthday*. L'Erma di Bretschneider, Roma, pp. 203-220.
- GABRIELSEN, V. (2002b): «The Impact of Armed Forces on Government and Politics in Archaic and Classical Greek *Poleis*: A Response to Hans van Wees», en CHANIOTIS, A. y DUCREY, P. (Eds.), *Army and Power in the Ancient World*, Franz Steiner, Stuttgart, pp. 83-98.
- GALLEGO, J. (2005): *Campesinos en la ciudad. Bases agrarias de la polis griega y la infantería hoplita*, Miño y Dávila, Buenos Aires.
- GALLEGO, J. (2016): «El campesinado y la distribución de la tierra en la Atenas del s.IV a.C.», *Gestión*, 34, pp. 43-75.
- GRAHAM, A. J. (1992): «Thucydides 7.13.2 and the Crews of Athenian Tri-remes», *TAPhA*, 122, pp. 257-70.
- O'HALLORAN, B. (2019): *The Political Economy of Classical Athens: A Naval Perspective*, Brill, Leiden & Boston.

- HANSEN, M. H. (1985): *Demography and democracy: The number of Athenian citizens in the fourth century B.C.*, Systime, Herning.
- HANSEN, M. H. (1988): *Three Studies in Athenian Demography*, Munksgaard, Copenhagen.
- HANSEN, M. H. (1991): *The Athenian Democracy in the Age of Demosthenes: Structure, Principles, and Ideology*, Blackwell, Oxford.
- HERZOGENRATH-AMELUNG, T. (2017): «Social Status and Combat Reality of Classical Greek *epibatai*», *Historia*, 66.1, pp. 45-64.
- HUNT, P. (1998): *Slaves, Warfare, and Ideology in the Greek Historians*, Cambridge University Press, New York.
- HUNT, P. (2001): «The Slaves and the Generals of Arginusae», *AJPh*, 122, pp. 359-380.
- JAMESON, M. H. (1960): «A decree of Themistocles from Troezen», *Hesperia* 19, pp. 198-223..
- JONES, A. H. M. (1957): *Athenian Democracy*, Basil Blackwell, Oxford.
- JORDAN, B. (1975): *The Athenian Navy in the Classical Period*, University of California Press, Berkeley.
- JORDAN, B. (2000): «The Crews of Athenian Triremes», *L'Antiquité Classique*, 69, pp. 81-101.
- JORDAN, B. (2003): «Slaves among the Frogs», *L'Antiquité Classique*, 72, pp. 41-53.

- KAGAN, D. (1981): *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*, Cornell University Press, Ithaca.
- LAING, D. R. (1965): *A New Interpretation of the Athenian Naval Cata-logue*, IG *ii*², 1951. Ph.D. diss., Univ. of Cincinnati.
- LOOMIS, W. T. (1998): *Wages, welfare costs and inflation in classical Athens*, University of Michigan Press, Michigan.
- LORAU, N. (1981): *L'Invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la « cité classique »*, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences sociales, Paris.
- MEIGGS, R. (1972): *The Athenian Empire*, Oxford University Press, Oxford.
- MORRIS, I. (2005): *The Athenian Empire (478-404)*, Princeton/Stanford Working Papers in Classics. At www.princeton.edu/~pswpc/pdfs/morris/120508.pdf/
- MORRISON, J.S. (1984): «*Hyperesia* in Naval Contexts in the Fifth and Fourth Centuries B.C. », *JHS*, 104, pp. 48-59.
- MOSCONI, G. (2004): «Pericle e il Vecchio Oligarca su democrazia e talassocrazia», en BURRI, R *et al.* (Eds.), *Ad limina. 2, Incontro di studio tra i dottorandi e i giovani studiosi di Roma*, Alessandria.
- MUNN, M. (2000): *The School of History: Athens in the Age of Socrates*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles.
- PAIARO, D. REQUENA, M. (2015): «Muchas veces pegarías a un ateniense creyendo que era un esclavo»... -Ps.-X. Ath. 1.10-. Espacios democráticos y relaciones de dependencia en la Atenas Clásica», en SASTRE, I, VALDÉS, M. BELTRÁN, A. (Eds.),

- Los espacios de la esclavitud y la dependencia en la Antigüedad*, Besançon, pp. 153-170.
- PLÁCIDO, D. (1997): *La sociedad ateniense. La evolución social en Atenas durante la guerra del Peloponeso*, Crítica, Barcelona.
- PODDIGHE, E. (2002): *Nel segno di Antipatro. L'eclissi Della democrazia ateniese dal 323/2 al 319/8 a.C.*, Carocci, Roma.
- PODLECKI, A. (1998): *Perikles and his Circle*, Routledge, London & NY.
- PRITCHETT, W. K. (1971): *The Greek State at war*, vol I, University of Californi Press. Berkeley.
- PRITCHARD, D. M. (1994): «From hoplite republic to thetic democracy», *Ancient History*, 24.2, pp. 111-139.
- PRITCHARD, D. M. (1998a): «*Thetes*, Hoplites and the Athenian Imaginary», en HILLARD, T. W. *et al.* (Eds.), *Ancient History in a Modern University: Early Christianity, Late Antiquity and Beyond*, Volume 1: The Ancient Near East, Greece and Rome, Grand Rapids & Cambridge, pp. 121-7
- PRITCHARD, D. M. (1998b): «The Fractured Imaginary: Popular Thinking on Military Matters in Fifth Century Athens», *Ancient History*, 28.1, pp. 38-61.
- PRITCHARD, D. M. (2018): «The Standing of Sailors in Democratic Athens», en *The Athenian Funeral Oration: 40 Years after Nicole Loraux* (The Université of Strasbourg, France).
- PRITCHARD, D. M. (2019): *Athenian Democracy at War*. Cambridge University Press. Cambridge.

- PRITCHARD, D. M. (2020) (draft): «The Armed Forces», en NEILS, J. y ROGERS, D. (Eds.), *The Cambridge Companion to Ancient Athens*, Cambridge University Press. Cambridge.
- RAAFLAUB, K. A. (1996): «Equalities and inequalities in Athenian democracy», en OBER, J. Y HENDRICK, C. W. (Eds.), *Dēmokratia: a conversation on democracies, ancient and modern*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, pp. 139-174.
- RAAFLAUB, K. A. (1997): “Soldiers, Citizens, and the Evolution of the Early Greek Polis”, en MITCHELL, L. Y RHODES, P. J. (Eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Routledge, London, New York, pp. 49-59.
- RAAFLAUB, K. A. (1998a): «Power in the Hands of the People: Foundations of Athenian Democracy», en MORRIS, I. Y RAAFLAUB, K. A. (Eds.), *Democracy 2500? Questions and Challenges*, Kendall/Hunt Pub. Co., Dubuque, Iowa, pp. 31-66.
- RAAFLAUB, K. A. (1998b): «The *Thetes* and Democracy (A Response to Josiah Ober)», en MORRIS, I. Y RAAFLAUB, K. A. (Eds.), *Democracy 2500? Questions and Challenges*, Kendall/Hunt Pub. Co., Dubuque, Iowa, pp. 87-103.
- RAAFLAUB, K. A. (2007): «The Breakthrough of Dēmokratia in Mid-fifth-Century Athens», en RAAFLAUB, K. A., OBER, J. Y WALLACE, R. (Eds.), *Origins of Democracy in Ancient Greece*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles & London, 2007, pp. 105-154.

- RAWLINGS, L. (2007): *The Ancient Greeks at War*, Manchester University Press, Manchester, New York.
- RHODES, P. J. (2007): «Democracy and Empire», en SAMONS II, Loren J. (Ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Pericles*, Cambridge University Press. Cambridge, pp. 24-45.
- ROSENBLOOM, D. (2016): (draft) «The Athenian Navy and Democracy: Top-Down, Botton-Up, or Topsy-Turvy Organization?», en *Popular Poticis and Ancient Warfare* (Society for Classical Studies: Session Panel, 2016).
- ROSIVACH, V. (1985): «Manning the Athenian Fleet, 433-426 BC», *American Journal of Ancient History*, 10.1, pp. 41-46.
- RUSCHENBUSCH, E. (1981): «Noch einmal die Burgerzahl Athens um 330 v. Chr.», *ZPE*, 44, pp. 110-113.
- RUSCHENBUSCH, E. (1995): «Zur Verfassungsgeschichte Griechenlands», en KINZL, K. ed., *Demokratia. Der Weg zur Demokratie bei den Griechen, Wege der Forschung 657*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, pp. 432-435.
- SANCHO, L. (2018): «La revolución imposible (Ps.-X. III 12-13)», en BEARZOT, C. et al. (Eds.), *Athenaion Politeiai tra storia, politica e sociologia: Aristotele e pseudo-Senofonte*, LED, Edizioni universitarie di lettere economia diritto, Milano, pp. 323-351.
- SEBASTIANI, B. B. (2018): «The Coups of 411 and 404 in Athens: Thucydides and Xenophon on Conservative Turns», *GRBS*, 58 pp. 490-515.

- SING, R. (2010): *Investing in democracy: the practice and politics of jury pay in classical Athens*. (Tesis de master). University of Western Australia, Crawley.
- STE. CROIX, G. E. M. De (2004): *Athenian Democratic Origins and Other Essays*, OUP Oxford, Oxford.
- STRAUSS, B.S. (1986): *Athens after the Peloponnesian War: Class Faction and Policy 403- 386 BC*, Croom Helm, London.
- STRAUSS, B.S. (1996): «The athenian Trireme: School of Democracy», en OBER, J. y HEDRICK, C. (Eds.), *Demokratia: A Conversation on Democracies, Ancient and Modern*, Princeton University Press, Princeton, pp. 313-326.
- TADLOCK, S. K. (2012): *Poor in Life, Naked in Battle: Athenian Thetes as Psiloi in the Classical Age*. M.A.Thesis under the direction of Dr. S. Thomas Parker, University of Mississippi.
- THONEMAN, P. (2019): «Lysimache and Lysistrata», *JHS*:
 accepted manuscript
 (<https://ora.ox.ac.uk/objects/uuid:ac55a9b0-4814-4b83-83be-28c9a90db8d>).
- TRUNDLE, M. (2004): *Greek Mercenaries from the Late Archaic Period to Alexander*, Routledge, London, New York.
- UNZ, R. K. (1985): «The Surplus of the Athenian *Phoros*», *GRBS*, 26, pp. 21-42.
- VALDÉS, M. (2004): «δεῦρ' ἴτε πάντες λεό» (Plut., *Thes.* 25.1): convocatoria del *demos* y *Leocorion* en época de Solón», *Ostraka*, 13, pp. 285-308

- VALDÉS, M. (2017): «La paz como victoria en la guerra: el culto a Nike en Atenas del s.V a.C.», *Gerión*, 35.1, 41-56.
- VALDÉS, M. (en preparación), «*Thetes* e imperio ateniense», en *As caras do império: mecanismos de controlo e estratégias de resistência* (XLI Coloquio de GIREA, 2018).
- VALDÉS, M. Y GALLEGO, J. (2010): «Athenian *zeugitai* and the solonian census classes: new reflections and perspectives», *Historia*, 59.3, pp. 257-281.
- VAN WEES, H. (1995): «Politics and the battlefield: Ideology in Greek warfare», en POWELL, A. (Ed.), *The Greek World*, Routledge, London, pp. 153-178.
- VAN WEES, H. (2001): «The Myth of the Middle-Class Army: Military and Social Status in Ancient Athens», en BEKKER-NIELSEN, T. Y HANNESTAD, L. (Eds.), *War as a Cultural and Social Force: Essays on Warfare in Antiquity*, Royal Danish Academy of Sciences and Letters, Reitzels, Copenhagen, pp. 45-71
- VAN WEES, H. (2002): «Tyrants, oligarchs and citizen militias», en CHANIOTIS, A. y DUCREY, P. (Eds.), *Army and Power in the Ancient World*, Franz Steiner Verlag, Stuttgart, pp. 61-82.
- VAN WEES, H. (2004): *Greek Warfare. Myths and Realities*, Duckworth, London.
- VAN WEES, H. (2006): «Mass and Elite in Solon's Athens: The Property Classes Revisited», en BLOK, J. H. Y LARDINOIS A.P. M. H. (Eds.), *Solon of Athens. New Historical and Philological Approaches*, Brill, Leiden, pp. 351-389.

AGMEN ET AQUILA. SOBRE EL ORDEN DE MARCHA DE LAS LEGIONES ROMANAS

AGMEN ET AQUILA. THE ORDER OF MARCH OF THE ROMAN LEGIONS

Sabino Perea Yébenes

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen:

Se reúnen las principales fuentes griegas y latinas que describen las columnas de avance del ejército hacia la batalla, o bien cuando un ejército ha de trasladarse de una a otra parte por razones tácticas. Cada columna de marcha ha de adaptarse a las circunstancias y al territorio que han de atravesar. Pero el orden obedece casi siempre a patrones comunes. La formación es generalmente en columna, *agmen quadratum*. En el centro, siempre bien protegidos, van los mandos y el águila, la insignia sagrada de la legión. En el presente trabajo ofrecemos la versión española de un capítulo del *Strategikos* de Onasandro, un texto fundamental donde se leen consejos para los generales romanos que han de conducir sus tropas por tierras hostiles.

Palabras clave:

Agmen exercitus. Orden de marcha. Legiones romanas. Estrategia. Onasandro.

Abstract:

We gather the main Greek and Latin sources that describe the columns of the army's advance towards the battle, or when an army has to move from one place to another for tactical reasons. Each March column must adapt to the circumstances and territory to be crossed. But order almost always obeys common patterns. In the center, always well protected, go the controls and the *aquila*, the sacred insignia of the

legion. In this paper we offer the Spanish version of a chapter of the *Strategikos* of Onasander, a fundamental text where advice is read for Roman generals who have to lead their troops through hostile lands.

Key words:

Agmen exercitus. Order of March. Roman Legions. Strategy. Onasander.

Al leer las fuentes antiguas que narran episodios bélicos, o libros modernos sobre el mismo tema, vemos con frecuencia frases de este tenor: “la legión X dejó el frente de batalla en tal sitio y marcha a tal lugar para apoyar a otras tropas..., etcétera”. Y no pensamos realmente acerca del extraordinario esfuerzo que supone mover muchos miles de hombres de un escenario de guerra a otro. Se suele hablar de las legiones romanas como de una máquina de guerra absolutamente inhumana, anónima.

Las legiones romanas, como antes las falanges macedónicas (WHEELER, 1979), eran una fabulosa maquinaria de guerra, formada por hombres, animales, máquinas, carros, sirvientes, provisiones... Ponerlas en marcha requería una extraordinaria disciplina, y un enorme esfuerzo personal por parte de todos. En primer lugar, del general y de los legados legionarios, luego de todos los prefectos u oficiales que estaban al mando de cada una de las unidades.

Una columna de ejército en marcha siempre va organizada según orden predeterminado por la jerarquía de los mandos y las cohortes. Pero tiene dos formas, dependiendo del grado de urgencia del ataque próximo.

Hay un primer grado o modo, el *agmen*, que designa una marcha tranquila, la que se realiza en el camino intermedio entre dos campamentos o posiciones u objetivos militares. En esta marcha “tranquila” los soldados no están en alerta extrema con las armas dispuestas y la tensión propia de un ataque inminente. Son, por así decir, “marchas de crucero”.

Un segundo grado o modo es cuando el ejército marcha a buen ritmo, o bien “a marchas forzadas”, al encuentro de un enemigo ya claramente identificado y situado. Esta columna de marcha se denomina *acies*, “columna en orden de batalla”. La alerta es máxima; y la tensión crece según los legionarios se acercan a un objetivo enemigo, a una ciudad que debe ser tomada o a un campo de batalla donde van a entrar en combate, con el riesgo obvio de perder la vida. Ejemplo clásico de *acies* bélica es la narrada por Arriano en su *Ektasis katà alanôn*, en tiempos del emperador Adriano. Este ejército conducido por Arriano, constaba de unos 13.000 hombres (GILLIVER, 1999, pp. 48 y 56; PEREA YÉBENES, 2014-2015, pp. 96 y 98). La diferencia entre *acies* y *agmen* es la inminencia del ataque, prioritario en la primera formación y aplazado en la segunda (cf. Liv. 29.36.5 y 33.9.5: *Phalanx, quae venerat agmen magis quam acies aptiorque itineri quam pugnae, vixdum in iugum evaserat*).

Abandonar un campamento para ponerse en marcha requiere, ante todo, discreción. Era costumbre levantar el campamento con las primeras luces del día (Caes. *BC* 1.66; *Bell. Afr.* 67.1; Jos. *Bell. Iud.* 35; cf. Juv. 8.12: «*(ortu) Luciferi, quo signa duces et castra movebant*). Una vez despertados los soldados a toque de *cornu*, sabiendo que había que

ponerse en marcha, se esperaban tres toques distintos, y con cierta cadencia de tiempo que indicaban tres tareas urgentes a realizar: 1) recoger las tiendas y los objetos del soldado no tenía que transportar a sus espaldas. 2) Cargar los carros con todo el material pesado, uncir los animales, colocarse en la posición que determina el general en la columna, junto a su respectivo estandarte, y a las órdenes de los centuriones y oficiales, quedando así compuesto el *agmen*. 3) Iniciar la marcha a la orden del general.

Tanto las señales de los instrumentos de viento como el ruido producido por estos trabajos debían de ser discretos, y a ser posible en silencio, como indica Polibio:

«Para levantar el campo se procede de la manera siguiente: cuando se da la señal desmontan las tiendas y todos hacen su equipaje. Sin embargo, nadie puede desmontar ni montar su tienda antes de que lo hayan sido las de los tribunos y la del cónsul. Cuando se da la segunda señal, colocan los bagajes sobre las bestias de carga; cuando se da la tercera, los primeros deben ponerse en marcha, y se han de poner en movimiento todas las fuerzas». (Plb. 6.40.1-3. Traducción de M. BALASCH RECORT, 1981).

Los autores latinos hablan del *agmen pilatum* (en fila estrecha y larga) como un tipo de formación que puede hacerse en momentos o territorios no peligrosos. Es cuando el ejército marcha “libre y relajado”, *laxus atque solutus* (Liv. 22.50.9). Polibio la describe en detalle. La terminología militar y los rangos son los propios de su época:

«Abren la formación casi siempre los «escogidos»; detrás de ellos marcha el ala derecha de los aliados y, a continuación, sus acémilas. Esta columna viene seguida por la primera legión romana, que lleva detrás su bagaje. A continuación avanza la legión segunda, seguida también de su impedimenta y de las bestias de carga de los aliados, que caminan en fila al final de la columna, porque el ala izquierda

aliada cierra siempre este dispositivo. Los jinetes, a veces, siguen al cuerpo de infantería que les corresponde y, otras veces, cabalgan flanqueando las acémilas, para contenerlas y conservarlas en seguridad. Si esperan un ataque a retaguardia, los escogidos los aliados abandonan su posición delantera y se sitúan al final; las demás partes siguen invariables. Cada una de las legiones va delante a días alternos, y también las alas, y las otras, detrás: así todos participan por igual del aprovisionamiento intacto de agua y de vituallas, por este cambio por turno en el orden de los que abren la marcha. Pero hay otra formación cuando la situación es incierta y se marcha por lugares planos: avanzan en paralelo las tres falanges de los *hastati*, de los príncipes y de los *triarii*, precedidas por las acémilas de los manípulos que van en primera posición, las que preceden a los segundos manípulos van detrás de los primeros, y así sucesivamente, alternando siempre acémilas y manípulos. En este orden de marcha, si son atacados, giran a la derecha o a la izquierda y hacen avanzar los manípulos, dejando atrás las acémilas, en dirección hacia el lugar por donde ha salido el enemigo. Así, en muy poco tiempo y con un solo movimiento, toda la infantería se encuentra en orden de combate, ello cuando no es preciso que los *hastati* hagan un movimiento de rotación. Las acémilas y la masa de hombres que les acompañan, situados detrás de las filas de los combatientes, ocupan un lugar adecuado, fuera de la lucha». (Plb. 6.40.4-14. Traducción de M. BALASCH RECORT, 1981).

Por el contrario, el llamado *agmen quadratum* se recomienda en caso de riesgo, pues supone la agrupación de una sola columna en tres que avanzan paralelas:

«La columna del ejército puede marchar en dos tipos de formación: la cuadrada, que marcha llevando incluidos dentro los jumentos, de forma que pueda detenerse en cualquier sitio; y la formación en fila, sin llevar entre medio las acémilas ni jumentos, pero van los hombres apretados para pasar más fácilmente por los lugares difíciles, como gargantas y desfiladeros». Varrón en Servio, *Ad Aen.* 12, 121; cf. Séneca, *Ep.* 59, 7 (Tomado de GUILLÉN, 1980, p. 565).

La de a tres (*triplex acies/agmen*) es una formación compacta que da seguridad a los soldados ante las emboscadas de los enemigos (Sen. *Ep.* 59.7). Yendo a la batalla, o de regreso de una victoria, el ejército en marcha nunca debe relajarse:

«Enseguida Mario prosiguió su camino, como había empezado, hacia sus cuarteles de invierno... La victoria no lo había engréido ni confiado. Marchaba en batallón cuadrado, exactamente como en presencia del enemigo. Sila iba a la derecha con la caballería; y a la izquierda A. Manlio con los honderos y arqueros, sin contar las cohortes de los ligures; a la cabeza y en retaguardia colocó los tribunos con la infantería ligera. A los tráfugas, a los que se apreciaba poco, pero que eran buenos conocedores del terreno, los dispuso para que observaran la marcha de los Númeridas». (Sal. *Iug.* 100.1-3).

Oficiales y soldados también tienen que estar atentos por si han de replegarse (huir) tras un ataque imprevisto. Siguiendo el viejo estudio de Marquardt (1891, p. 135), son tres las formaciones básicas de retirada (que también se pueden utilizar para el ataque activo), a saber:

–*Orbis*: es una formación de un cuadrado perfecto del ejército batiéndose en retirada cuando el enemigo es manifiestamente superior, como indican Salustio (*Iug.* 95, 5), César (*BG* 2.25.1; 4.37.2). 5.33.3), Livio (21.56.2); Gelio (10.9.1) y Vegetio (1.26).

–*Testudo*. En formación cuadrada, los soldados de la primera línea, muy juntos unos de otros por los costados, brazo con brazo, se cubren por delante con los escudos. Los soldados de los extremos se protegen igualmente con sus escudos: los de la fila izquierda sujetan los escudos con su brazo izquierdo; los de la fila derecha lo agarran con su brazo derecho. Los que van en retaguardia llevan el escudo a la espalda. Los hombres que marchan en las columnas dentro del perímetro del cuadrado elevan los escudos por encima de las cabezas. Así, todos los hombres quedan ocultos bajo “el caparazón de tortuga” que avanza así para atacar o replegarse. Así repelen los proyectiles, y las armas sobresalientes de los soldados colocados en el perímetro hieren a los

que salen a su encuentro. Esta formación es eficaz también para acercar los soldados al pie de una muralla con la intención de asaltarla. Este tipo de formación está muy bien documentada en las fuentes (Caes. *BG* 2.6.2; Virg. *Aen.* 9.505 y 514; Livio 34.39.6; 44.9.6; Onasandro, *Strat.* 20; Tácito, *Ann.* 12.35; 13.39; *Hist.* 3.27, 28, 31; 54.23; Cass. Dio 49.30).

–*Globus*. El “globo” era un cuerpo destacado, lanzado contra los flancos de la formación del enemigo, para romper su orden de batalla. Esta formación no tiene una disposición especial, parece más bien un ataque masivo y desordenado, al que se refieren diversos autores (Livio 4.29.1; Tácito, *Ann.* 2.11; 4.50; 12.43; 14.61; Vegetio, 3.17 y 19).

*

Una columna de ejército romano puede alcanzar varios kilómetros, dependiendo, naturalmente, del número de legiones y tropas auxiliares que la forman. El itinerario por regiones llanas podía ser relativamente plácido, menos esforzado; de ahí que en estas circunstancias se les exigiese recorrer una distancia mayor. Ello supone, aun en terreno favorable, un gran esfuerzo teniendo en cuenta el peso que cada soldado llevaba a su espalda, a partir de la época de Mario, entre 20 y 30 kilos: escudo, casco, armas, correajes, grebas, y las provisiones cargadas en un saco (*sarcina*) hecho de piel, que durante las marchas ordinarias el soldado colgaba de un palo acabado en forma de horca u horquilla (*furca, furcilla*), que se echaba al hombro (GUILLÉN, 1981, p. 571). Era una forma bastante incómoda de llevar mucho peso, en vez de

cargar el peso del saco pegado a la espalda y sujeto con correas cortas a modo de las mochilas modernas. Además, algunos soldados podían llevar, además de lo dicho, una sierra, una hoz, una espuerta, una azada, un hacha y una cadena (Jos. *Bell. Iud.* 3.5.5).

Dependiendo de la velocidad de marcha puede hablarse de un ritmo normal (*iustum iter*) estimado en recorrer una distancia de 20 a 25 kilómetros al día. En *magnum iter* se pedía al soldado superar esa distancia, en tanto que ir “a marchas forzadas”, *magnis / maximis itineribus*, requería un esfuerzo mucho más extraordinario, incluso no dejar de caminar durante día y noche (Caes. *BG* 7.56.3: *magnis diurnis nocturnisque itineribus confectis...*).

El general enviaba por delante unidades de jinetes para que explorasen el camino. Estos *exploratores* experimentados en otear el terreno, rápidos con las monturas, de buena vista, y hábiles en la lucha cuerpo a cuerpo. A finales de la República sabemos por Salustio y por César que la caballería, mandada por delante de *agmen*, tenía como misión contener y entretener al enemigo mientras las legiones se recolocan en su posiciones óptimas para el combate. La caballería puede actuar en avanzadilla o desplegadas en las alas, en los flancos del *agmen*.

«(Metelo) aprovecha aquel alto en el camino para modificar el orden de batalla: sobre el flanco derecho, el más próximo al enemigo, establece tres líneas de reserva; y reparte entre los manípulos los honderos y los arqueros; coloca toda la caballería en las alas, y habiendo dirigido a sus hombres una breve alocución, según lo permitía el tiempo, hace bajar a su ejército a la llanura, conservando el orden establecido y presentando las primeras filas en líneas cerradas» (Sal. *Iug.* 49.6).

«Envió la caballería para que contuviera el ataque de los enemigos. Él (César), mientras tanto, con las cuatro legiones veteranas, dispone tres órdenes de combate hacia la mitad del collado» (Caes. BG 1.24.1-2).

En época de César y época imperial, los jinetes de avanzadilla eran *equites extraordinarii*, no *equites legionis*, aunque algunos de estos hombres podían surgir de entre los jinetes legionarios. Lo más habitual es que fuesen auxiliares, o bien de origen autóctono, buenos conocedores de la región (Figura. 1). En todo caso, se trataba de hombres de contrastada confianza para los oficiales (Tac. *Ann.* 1.50.51; *Amm. Marc.* 16.12).

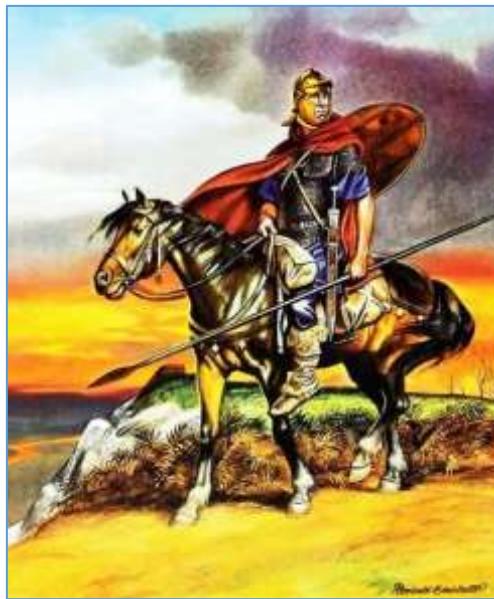


Figura. 1. Explorador. *Eques extraordinarius*. Dibujo de Ronald Embleton (tomado de EMBLETON & GRAHAM, 1984, p. 24).

Para los dos últimos decenios de la República romana tenemos varios textos que nos informan sobre la disposición de la columna del

ejército romano en marcha. Era el general el que decidía la composición de la columna, en razón de la estrategia de ese momento. Así, leemos en César:

«César, tras enviar por delante a la caballería, la seguía con todas sus tropas. Ahora bien, el plan y orden de la marcha era distinto al que los belgas habían descrito a los nervios. En efecto, como se estaba aproximando a los enemigos, César, siguiendo su costumbre, iba al frente de seis legiones libres de bagajes; tras ellas había colocado la impedimenta de todo el ejército; a continuación, protegiendo el convoy, cerraban toda la columna las dos legiones que había reclutado recientemente». (Caes. *BG* II.19.1-3).

En el siglo I tenemos varios textos interesantes que describen el avance del ejército hacia la batalla. Tácito nos da el orden de la formación de las tropas de Germánico al frente del Rin, en los primeros años del gobierno de Tiberio, para combatir contra los usipetas y los bructeros. Es una formación, *acies*, que marcha pertrechada para el combate, *incidere itineri et proelio*:

«El general... tomó sus disposiciones de marcha y de combate. A la cabeza iba una parte de la caballería y de la infantería auxiliar; después, venía la primera legión rodeando los bagajes; el ala izquierda estaba formada por soldados de la XXI, y la derecha por los de la V; la legión XX se aseguraba de la retaguardia, seguida por el resto de los aliados» (Tácito, *Ann.*, I, 51, 5-6).

También en ese texto aparece la importancia de los bagajes: se hallan rodeados por todas partes y confiados a la elite de los soldados (LE BOHEC, 2004, p. 177). Basándose en las fuentes, Guillén (1981, p. 571) ha realizado una lista detalladísima sobre los convoyes militares, es decir, los *impedimenta* de que hablan las fuentes, a saber: tienda de campaña, hechas de tela o de pieles; los equipajes de los generales y de los oficiales, que solían ser voluminosos y pesados; los víveres

(provisiones de comida en salazón, y diversas bebidas, agua, vino, vinagre, aceite) que podían complementarse con rebaños de ovejas o de reses que acompañaban al ejército para servirles de alimento en caso de necesidad; armas de recambio; maquinaria de guerra, y proyectiles que se transportaban en los carros; lanzas y estacas para la empalizadas; material y herramientas de carpintería; barcas y materiales para los pontoneros en caso de que fuese necesarios construir puentes o pasos flotantes para cruzar un río; herrajes y material veterinario para los animales; equipo sanitario para los hombres. Una vigilancia especial, a cargo de los cuestores, estaban los carros donde se transportaba el dinero para pagar a los soldados y comprar provisiones en caso necesario. La misma custodia requería el botín y los tesoros tomados a los enemigos. También en carros debían de viajar los heridos y enfermos. En una parte subsidiaria, pero no por ello menos vigilada, iban los prisioneros, atados con cuerdas, cadenas o grillos, a los que también había que alimentar, sin lujo pero aceptablemente, pues su buena salud aumentaba su valor en el mercado de esclavos. Por detrás iban los mercaderes de cualquier cosa, y las concubinas y prostitutas que no faltaban alrededor de todo ejército; y finalmente los oficios no militares pero necesarios en un ejército: los cocineros, leñadores, muleros, esclavos de los oficiales y de los soldados que pudieran pagarse ese lujo.

Todo objeto que tuviese un peso superior al que podía soportar un hombre, se cargaba sobre las bestias. Los animales de carga, las mulas, asnos y caballos poco aptos para el combate, se contaban por cientos. Vegecio habla de 200 animales de carga para cada legión (Veg. *Epit.*

3.6), aunque fácilmente ese número podía duplicarse. Toda esta reata ralentizaba extraordinariamente la marcha del ejército, impidiendo alcanzar el ritmo normal del paso de los hombres.

Hay dos pasajes interesantes en la obra de Flavio Josefo relativos los *agmina exercitus*. Uno de ellos es el avance de Vespasiano con sus tropas desde Ptolemaida a Galilea. El relato es interesante por cuanto el historiador fue actor y testigo excepcional de esa guerra. Es una descripción detallada:

«Vespasiano, que pretendía él mismo invadir Galilea, organizó su ejército para que marchara según la costumbre romana y partió de Ptolemaida. Mandó que fueran delante las tropas auxiliares, armadas a la ligera, y los arqueros para hacer frente a los ataques repentinos de los enemigos y para que rastreasen los bosques que hicieran sospechar que allí se podían preparar emboscadas. Detrás iba un destacamento de infantería y de caballería romanas con armamento pesado. A continuación marchaban diez hombres de cada una de las centurias con su propio equipamiento y con los instrumentos necesarios para medir el trazado del campamento. Les seguían los zapadores para enderezar los caminos sinuosos, allanar los pasos difíciles y talar previamente los árboles que impidieran el acceso, de modo que el ejército no tuviera que soportar una marcha difícil. Luego Vespasiano ordenó que fueran sus bagajes y los de sus oficiales y un numeroso grupo de jinetes para que les dieran protección. Detrás cabalgaba el propio Vespasiano con un destacamento de soldados escogidos de infantería, de caballería y de lanceros. A continuación iba la caballería propia de la legión, pues cada una de éstas tiene ciento veinte jinetes. Les seguían las mulas con las helépolis y con las demás máquinas de guerra. A continuación marchaban los legados de las legiones, los prefectos de las cohortes y los tribunos junto con sus soldados escogidos. Después iban las enseñas, donde se contiene el águila, que va al frente de toda legión romana, ya que el águila es la reina y la más fuerte de todas las aves. Para ellos esto simboliza su poder y es un presagio de que vencerán allí donde vayan. A estos estandartes sagrados les siguen las trompetas y, detrás, la falange con sus efectivos distribuidos en filas de seis. Luego venía un centurión que, como es habitual, vigilaba el buen orden de la marcha: A la infantería le seguía toda la servidumbre de cada legión, que llevaba los bagajes de los soldados en mulos y en otros animales de carga.

Al final de todas las legiones iba la multitud de mercenarios, que estaba protegida en la retaguardia por infantes, por soldados de armamento pesado y por un gran número de jinetes». (Josefo, *Bell. Iud.* III.115-126. Traducción de NIETO IBÁÑEZ, 1999).

El esquema lo repite el mismo autor más adelante, en un relato más breve, al contar la marcha de Tito, hijo del emperador Vespasiano, hacia Jerusalén:

«Mientras Tito avanzaba por tierra enemiga, iban delante de él las tropas de los reyes y todo el contingente de aliados, a los que seguían los zapadores y los que median los campamentos; luego iban los bagajes de los generales y detrás de los soldados que los escoltaban marchaba el mismo con otros hombres escogidos y con los lanceros. A continuación se hallaba el destacamento de caballería de la legión. Estos estaban delante de las máquinas de guerra, seguidos de los tribunos y los jefes de cohorte con tropas selectas; después de ellos iban las enseñas alrededor del águila, precedidos de sus trompeteros, y a continuación el grueso del ejército en filas de seis. Le seguían los sirvientes de cada legión, precedidos de sus bagajes, y al final de todos marchaban los mercenarios y los comandantes de retaguardia». (Josefo, *Bell. Iud.* V.47-49. Traducción de NIETO IBÁÑEZ, 1999).

No menos importante es el texto de Onasandro, autor de mediados del siglo I d.C., que escribió una importante obra de estrategia militar, cuyo fin es el de instruir a los generales sobre los asuntos de la guerra. Es, por decirlo así, un manual para profesionales de la milicia, un tratado de teoría y de estrategia militares, escrita en griego. En esta obra, que no está traducida al español, se habla extensamente, en el capítulo 6, de «*Cómo guiar al ejército en formación*», Περὶ τοῦ ἄγειν ἐν τάξει τὸ στρατόπεδον. Por su importancia para este tema, damos aquí una versión completa de dicho capítulo, basada en la edición del texto griego: ABBOT (1923, pp. 394-401) y PETROCELLI (2008, pp. 38-45):

«[1] El general debe liderar a todo su ejército en formación militar, incluso si no está en el punto de batalla, sino completando un largo viaje y una marcha de muchos días a través de un país amigo u hostil: en un país amigo,, para que los soldados se acostumbren a mantenerse unidos según su rango, a mantener sus propias tropas y a seguir a sus líderes; en un país hostil, para protegerse contra ataques repentinos de una emboscada y para que los soldados no se vean desordenados en un momento crítico, corriendo y tropezando unos con otros, evitando sufrir graves pérdidas. Deben proceder del mismo modo cuando están dispuestos a la marcha que cuando están preparados para la batalla, recordando su contraseña y sin perder de vista a sus compañeros de armas en las columnas.

[2] El general debe procurar que la orden de marcha de su ejército sea compacta, y debe conducir a sus tropas a través de un país, vigilando en la medida de lo posible la longitud y la anchura de la columna, de modo que (en caso de necesidad) puedan replegarse rápidamente a un lado.

[3] Las tropas así dispuestas sufren menos ataques repentinos del enemigo y causan menos destrozo. Si el enemigo, con un frente más amplio, se encontrara con la cabeza de la columna, fácilmente la pondrían en fuga, del mismo modo durante una batalla se derrota a un ejército atacándolo por los flancos cuando avanza en formación de columna. Si el enemigo ataca el centro de la columna desde un flanco, lo perforarán rápidamente y lo atravesarán, incluso cuando la columna se replegase en círculo, formando en el centro una falange; ésta, carente de profundidad, se mostrará incapaz de oponer resistencia. Finalmente, si el enemigo atacase la retaguardia, la batalla sería terrible y conduciría a una derrota inevitable; incluso si los soldados de la columna se aventuraran a hacer un frente de contención, la situación equivaldría a la citada antes para los ataques a la cabeza de la vanguardia, es decir, que serían rodeados inmediatamente por el enemigo.

[4] Esta ayuda sería problemática y estéril. Incluso si se intentara que los de retaguardia fuesen en ayuda de los que están delante, o viceversa, este movimiento sería lento e inoportuno, aunque (los soldados) se muestren ansiosos por recorrer los muchos estadios que hay de un extremo a otro de la formación.

[5] El orden de marcha es compacto y rectangular, no mucho más largo que ancho, seguro y fácil de manejar para cualquier emergencia. Una línea de marcha demasiado larga puede a veces producir pánico y aprensión debido a la incertidumbre, ya que a veces los que van en cabeza, tras descender de las montañas a regiones sin árboles y llanas, observan que los que están en la retaguardia siguen descendiendo, y piensan que han podido ser

infiltrados por el enemigo, de modo deben estar preparados para atacarles como adversarios, llegando incluso a las manos.

[6] El general debe colocar su equipo médico, a los animales de carga y todo su equipaje en el centro de su ejército, no en los laterales. Si considera que su retaguardia no es segura y tranquila, debe enviar allí a los soldados más vigorosos y valientes, pues la experiencia dice que la retaguardia no es menos importante que la vanguardia.

[7] Debe enviar a la caballería por delante, para explorar los caminos, especialmente cuando se avanza a través de un país boscoso o una llanura salpicada de crestas. Los enemigos llevan a cabo emboscadas con mucha frecuencia, y el hecho de no detectarlas causa un daño terrible a los adversarios. En cambio, si se descubren, incluso con alguna estratagema, informan al adversario sobre la astucia del general.

[8] Una mirada general es suficiente para explorar un territorio llano y árido: de hecho, cuando por el día se levanta una nube de polvo, esta delata el ataque enemigo; por la noche, los fuegos encendidos indican que estos iluminan un campamento cercano.

[9] Aunque el momento de la batalla no esté próximo, si tiene intención de llegar antes que los demás a un punto determinado, dé la orden a las tropas de marchar también durante la noche, si es que no corren riesgos. Pero si la intención es entrar en combate tan pronto como se aviste el enemigo, la columna debe marchar lentamente, y no hacer largos trayectos, pues ocurre en muchos casos que antes de la lucha real, los hombres se muestran ya cansados.

[10] Al cruzar un país aliado, el general debe ordenar a sus tropas que se abstengan de asaltar el territorio y no robar ni dañar nada. Porque un ejército en armas se muestra despiadado cuando tiene la oportunidad de ejercer el poder, y la visión cercana de los objetos deseables lleva a la codicia a los irreflexivos. Escaramuzas de poca importancia pueden alejar la confianza de los aliados, e incluso convertirlos en enemigos.

[11] Por el contrario, destruye, incendia y devasta la tierra del enemigo: la pérdida de recursos y la escasez de cultivos acortarán la guerra, del mismo modo que la abundancia la alarga. Primero debe dejar que el enemigo sepa lo que pretende hacer; porque a menudo la expectativa de eventos terribles inmediatos ha llevado a quienes han estado en peligro, incluso antes del sufrimiento, a términos que antes no hubieran deseado aceptar; pero cuando han sufrido un revés, en la creencia de que nada puede ser peor, no se preocupan por los peligros futuros.

[12] Si vas a acampar en territorio enemigo durante mucho tiempo, destruye tantas campos y recursos como no necesites; pero respeta todo aquello que te resulte útil.

[13] Una vez que las tropas han recuperado su fuerza, no deben perder el tiempo quedándose en cualquier parte, ni en su propio país, ya sea territorio aliado o conquistado, porque esto agota los recursos y causa mayor daño a los amigos que a los enemigos. Si la situación interna no presenta peligros, lleve sus tropas a la frontera lo antes posibles. Porque si el país enemigo es si es fértil y rico, obtendrá abundantes provisiones, pero si no lo es, al menos no se causará daño a un país amigo, y aún obtendrá grandes ganancias incluso de la angustia del enemigo.

[14] Debe ocuparse de la intendencia, del transporte de los mercaderes por tierra y mar, de modo que se les garantice que no corren peligro y sin temor puedan transportar las provisiones».

Poco más adelante recuerda Onasandro que un buen general siempre ha de evitar transitar (y más aún combatir) en desfiladeros o bosques. El desastre de Varo en Germania era el mejor ejemplo de una mala praxis militar. En el cap. 7 del *Strategikós*, Onasandro da instrucciones de cómo hay que guiar a una columna de ejército por lugares angostos (Περὶ τοῦ ὅταν διὰ στενῶν μέλλῃ τὸ στρατόπεδον ἄγειν), y precisa:

«Cuando esté a punto de pasar por lugares estrechos o conducir al ejército a través de áreas montañosas e incómodas para cruzar, es necesario enviar primero una parte del ejército para proteger los pasos y los cuellos de botella, evitando así que los enemigos lleguen antes, ocupen el terreno alto y corten el paso» (Onas. *Strategikós*, 7.1).

Por otra parte, los relieves de las columnas historiadas de Trajano y Marco Aurelio nos dan imágenes de gran valor del ejército en marcha en el siglo II d.C., referidos, obviamente, a sendas guerras: la de Trajano contra los dacios (LEPPER & FRERE, 1988, pp. 50-54) (Figura. 2) y la de Marco Aurelio contra los marcomanos (BURANDT, 2017, p. 145, escena 3) (Figura. 3). Estas representaciones solo nos dan fragmentos de la columna de marcha, las más importantes, las que van en

vanguardia y las posiciones en las que marcha el emperador con su *consilium* militar. Pero los relieves no escatiman detalles de otras partes del *agmen*, con representación de las tropas legionarias, de los auxilia, e incluso de las tropas aliadas. Los textos literarios que nos faltan en el siglo II, son sustituidos por estos relieves magníficos, tan importantes o más que las fuentes escritas. Estas representaciones muestran el retrato vívido de la columna de marcha en las que nunca falta la representación más sagrada de la legión, y la que simboliza todo su poder: el águila legionaria.



Figura. 2. Orden de marcha. Escena V de la Columna Trajana. Roma.



Figura. 3. Orden de marcha. Escena III de la Columna Aureliana. Roma

Bibliografía

- ABBOT, W. (1923): *Aeneas Tacticus, Asclepiodotus, Onasander*.
London - New York, Heinemann, 1923.
- BALASCH RECORT, M. (1981): *Polibio, Historias, libros VI-XV*,
Madrid, Gredos.
- BURANDT, B.A.N. (2017): *Die Ausrüstung der römischen Armee auf
der Siegessäule des Marcus Aurelius in Rom. Ein Vergleich
zwischen der skulpturalen Darstellung und den
archaologischen Bodenfunden*, Oxford, Archeopress.
- CAEROLS PÉREZ, J.J. (2002): *César. Comentaros a la Guerra de las
Galias*, Madrid, Alianza Editorial.
- CAMPBELL, J.B. (1987): «Teach yourself how to be a general», *JRS*
77, pp. 13-29.
- CHEVALLIER, R. (1988): *Voyages et déplacements dans l'Empire
Romain*, Paris, Armand Colin.
- CONOLLY, P. (2010): *Soldiers of Ancient Rome in Campaigns and in
a Life*, Viena.
- DEVOTO, J.G. (1993): *Flavius Arrianus: Technè Taktikà (Tactical
handbook) and Ektaxis katà Alanôn (The expedition against the
Alans)*, Chicago 1993.
- EMBLETON, R. y GRAHAM, F. (1984): *Hadrian's Wall in the days
of the Romans*, Newcastle upon Tyne, F. Graham Publiser.
- GILLIVER, C. M. (1999): *The Roman Art of War*, Stroud,
Gloucestershire, Tempus Publishing.
- GUILLÉN, J. (1980): *Vrbs Roma. Vida y costumbres de los romanos.
III. Religión y ejército*, Salamanca. Ediciones Sígueme.

- GOLDSWORTHY, A. (2005): *El ejército romano*, Madrid, Akal.
- KRENTZ, P. / E.L. WHEELER (1994): *Polyaenus. Stratagems of war*, I-II, Chicago 1994.
- LE BOHEC, Y. (2004): *El ejército romano*, Barcelona, Ariel.
- MARQUARDT, J. (1891): *De l'organisation militaire chez les romains*, Paris, Thorin Editeur.
- NIETO IBÁÑEZ, J.M. (1997) : *Flavio Josefo. La guerra de los judíos*, Madrid, Gredos.
- PELHAM, H.F. (1896): «Arrian as Legate of Cappadocia», *The English Historical Review*, Vol. 11, n°. 44, pp. 625-640.
- PEREA YÉBENES, S. (2014-2015): «Oficiales ecuestres (*tribuni militum legionis XII Fulminatae*) probables protagonistas de la expedición contra los alanos en tiempos de Hadriano», *Aquila legionis* 17-18, pp. 91-109.
- PETROCELLI, C. (2008): *Onasando. Il generale. Manuale per l'esercizio del commando*, Bari, Dedalo.
- WHEELER, E.L. (1979): «The legion as a phalanx», *Chiron* 9, pp. 303-318.

**PERSPECTIVAS Y CONSECUENCIAS PRINCIPALES EN EL
MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL TRAS LA BATALLA DE
ALALIA**

**MAIN PERSPECTIVES AND CONSEQUENCES IN THE
WESTERN MEDITERRANEAN AFTER THE BATTLE OF
ALALIA**

Carlos Díaz-Sánchez

Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

La contienda de la batalla de Alalia en el Mar Sardum ha sido tradicionalmente estudiada a través del análisis de fuentes, centrándose estos en la veracidad de las mismas, su ubicación o en la influencia que esta contienda produjo en el mundo griego y tartésico. En este estudio se pretende abordar un análisis exhaustivo de dicha batalla, tanto a nivel documental como historiográfico, con el fin de esclarecer cuales fueron las posibles consecuencias de este enfrentamiento, no solamente en la Península Ibérica o en el mundo griego occidental, sino también en las civilizaciones cartaginesa y etrusca, desplazadas habitualmente en este tipo de investigaciones relacionadas con dicha batalla.

Palabras clave:

Alalia, Imperialismo Cartaginés, Córcega, Diplomacia.

Abstract:

The contention of the battle of Alalia in the Sardum Sea has traditionally been studied through the analysis of sources, focusing these on the veracity of the same, their location or on the influence that this contention produced in the Greek and Tartessian world. This study

aims to undertake an exhaustive analysis of this battle, both documentary and historiographic, in order to clarify what were the possible consequences of this confrontation, not only in the Iberian Peninsula or in the western Greek world, but also in the Carthaginian and Etruscan civilizations, usually displaced in this type of research related to the battle.

Key words:

Alalia, Carthaginian imperialism, Corsica, Diplomacy.

Planteamientos iniciales

El estudio de la batalla de Alalia se ha centrado tradicionalmente en el análisis de las fuentes que describen dicha contienda (BENOIT, 1961; COOK, 1964; DUCAT, 1974; GRAS, 1972; 1985; 1987; MORAL, 1996; ROLLER, 2015; PASQUALAGGI, 2016; WEAR, 2016), así como en el declive foceo frente a la coalición etrusco-cartaginesa en el Mediterráneo Central y Occidental (GRAS, 1987; COLONNA, 1989; LILLIU, 1992; ZUCCA, 1996). A través de estos trabajos, se han explicado de vagamente las consecuencias más significativas en el Mediterráneo Occidental, sin llegar a profundizar en algunos hechos que se produjeron en la isla de Córcega que tuvieron una mayor repercusión para las potencias etruscas y cartaginesas que verían emerger sus dominios talasocráticos. Para poder ahondar en este marco, se realizará un estudio de las fuentes literarias clásicas que describan o hayan mencionado dicha batalla y de las cuales podremos obtener algún tipo de información para, después, analizar los estudios precedentes que, a menudo, se interpretan de la misma manera,

centrándose en muchas ocasiones en la repercusión helena de dicha batalla o en la supuesta influencia que ejerció la batalla de Alalia en el destino de Tartessos y en el cambio hegemónico del llamado Círculo del Estrecho (WHITTAKER, 1978; GÓNZALEZ WAGNER, 1985; 1989; 1994; BARCELÓ, 1988; SCHULTEN, 2006). Es por ello que, en las páginas de este estudio, se realiza un examen de las consecuencias principales a nivel económico, político y militar, observando en ellas como esta batalla fue el detonante para unos cambios en el devenir del Mediterráneo Occidental.

Sobre las fuentes principales de la batalla y su desarrollo

La batalla de Alalia fue un acontecimiento bélico de gran importancia para el devenir del Mediterráneo Occidental. No obstante, no son muchas las fuentes escritas que expliquen los acontecimientos de la propia contienda, siendo la narración de Heródoto (1. 165-167) la que mayor información nos aporta al dotarnos de una descripción de las causas de la misma batalla. Heródoto (1. 165) analizó la situación de los griegos de la ciudad de Focea tras la conquista de los persas por Harpago en el 547 a.C. Estos abandonaron su polis en busca de un lugar la que asentarse, pensando, en un primer momento, en comprar una de las islas de los quiotas. Ante la negativa de vender las islas Enusas por temor a que se generase un centro comercial, buscaron refugio en una de las colonias que habían fundado en Córcega 20 años antes de la destrucción de su ciudad, Alalia (HDT. 1. 165). La narración de Heródoto (1. 166) continua con la llegada de los foceos a la isla y la convivencia con los colonos de Alalia durante un periodo de cinco años,

construyendo edificios y santuarios. No obstante, la venida de estos al Tirreno supuso un incremento en la piratería y el saqueo de los lugares limítrofes a este mar, chocando con algunas poblaciones de los etruscos y cartagineses, quienes se aliaron contra los griegos para derrotarles en la mar (HDT. 1. 166). Heródoto (1. 166) hace hincapié en cómo los foceos armaron 60 barcos para enfrentarse en el mar de Cerdeña contra la coalición etrusco-cartaginesa, consiguiendo una victoria cadmea en esta contienda. Cuarenta de sus naves fueron destruidas y el restante inutilizadas para el cometido de la guerra, pues sus espolones habían quedado inservibles al doblarse, marchando a Alalia para recoger a las mujeres y los niños y partir hacia Regio (HDT. 1. 166). Por último, Heródoto (1. 167) hace mención a cómo los etruscos y cartagineses se sortearon los marineros griegos de las naves destruidas para castigarlos, siendo lapidados en Agila (Caere). Además, los etruscos consultaron a la Pitia que hacer para reparar su falta, la cual les ordena ofrecer sacrificios a los foceos y celebrar un certamen gimnástico. Por su parte, los foceos que habían logrado huir hacia Regio, consiguieron marcharse hacia Elea (Velia).

No obstante, la batalla de Alalia también es mencionada, aunque con menos información, por otros autores. Entre ellos, Tucídides (1. 13), mientras realiza una visión general de las flotas griegas, describió como los foceos fundaron Marsella y vencieron en el mar a los cartagineses; o Estrabón (6. 1. 1) quien hace eco de las narraciones de Antíoco de Siracusa, relatando como cuando Focea fue tomada por Harpago, las familias emigraron hacia Córcega y luego hasta Massalia bajo el mando de Creontíades, los cuales fueron expulsados de Córcega y fundaron

Elea. Mientras que Pompeyo Trogo, a través del Epítome de Justino (17. 7. 1), desarrolló como los cartagineses que salieron victoriosos en Sicilia, marcharon a Cerdeña, donde fueron derrotados en una dura batalla, perdiendo gran parte de su ejército. La última de las fuentes que se hace eco de la batalla de Alalia fue Pausanias (10. 8. 6; 10. 18. 7), quien detalla los templos que fueron donados en Delfos, describiendo dos estatuas que donaron los massaliotas tras la batalla entre foceos y cartagineses en el mar, así como la fundación de Elea por los foceos y como en Delfos se hallaba una estatua cerca del león de bronce que la donaron los massaliotas por la victoria contra los cartagineses.

La información de estas fuentes nos aporta un panorama indicado para poder recomponer el paisaje político de la propia batalla. En el primer fragmento de Heródoto (1. 165) podemos observar como los foceos recurren a una de sus colonias²⁰⁹ para poder salvarse del yugo persa. Asimismo, nos menciona la fundación de Alalia 20 años antes de este hecho²¹⁰, no obstante, diversos autores como Cook (1964, p. 58), Gras (1985, pp. 402-406) o Zucca (1996, p. 48) consideran cómo el proceso de migración no fue inmediato, sino que debió de ser en oleadas

²⁰⁹ Sobre las etapas de la colonización griega, se tienen noticias desde la época mitológica donde se observa el viaje de Heracles al Occidente (GARCÍA IGLESIAS, 1979, pp. 131-140; ANTONELLI, 1990; RIDGWAY, 1992a, pp. 239-252; 1992b; GANGUTIA, 1998; PLÁCIDO, 2003, pp. 7-18; LÓPEZ PARDO, 2004, pp. 1-42) o los primeros contactos con el Mediterráneo Occidental (GARCÍA Y BELLIDO, 1948, pp. 70-78; BENOIT, 1962, pp. 160-164; GRAHAM, 1982, pp. 83-162; ROUILLARD, 1991, pp. 21-33; RIDWAY, 1992; MOREL, 1996, pp. 219-226; MALKIN, 2004; DOMINGUEZ MONEDERO, 2006a, pp. 49-78; 2006b, pp. 253-358; 2006c: 429-505; MOREL, 2006, pp. 358-428; 1997, pp. 31-44; HANSEN, 2006, pp. 1-36; GRECO, 2006, pp. 169-200; D'AGOSTINO, 2006, pp. 201-237; BATS, 2012, pp. 145-156.

²¹⁰ La arqueología ha demostrado como, en el lugar donde se fundó la ciudad de Alalia, ya existía un núcleo habitacional indígena (PASQUALAGGI, 2016, p. 329).

desde el 565 a.C. hasta el 545 a.C. basándose en la capacidad demográfica de la ciudad de Focea, aunque parece que la destrucción de la ciudad fue el detonante para marchar masivamente hacia el Occidente. Mientras que, las causas de la batalla que describe, las relaciona con el incremento de la piratería en la región. Gran parte de la bibliografía coincide con lo descrito por Heródoto (JEHASSE, 1962, p. 242; GRAS, 1972, p. 703; 1987, pp. 165-166; PASQUALAGGI, 2016, pp. 328-329; WEAR, 2016, pp. 5-10, entre otros). La piratería parece que fuera producida por la ciudad de Alalia, junto a sus aliados massaliotas, así como por la búsqueda de recursos ante el aumento de la demografía de la ciudad²¹¹. Sin embargo, se puede observar como la ruta comercial entre etruscos y cartagineses se vio alterada por la presencia griega, no ya por el aumento de la inestabilidad el Tirreno por la piratería ya explicada, sino por la incidencia de un tercer competidor comercial en una ruta privilegiada²¹² (GRAS, 1972, pp. 706-711). Jehasse (1962, p. 246) plantea la posibilidad de que los etruscos y cartagineses comenzaran a potenciar sus relaciones diplomáticas tras la llegada masiva de los foceos a Alalia, donde se llegó a un acuerdo de ayuda entre los etruscos y cartagineses para frenar al potencial enemigo comercial²¹³ (BENOIT, 1961, p. 160; MOREL, 1996, p. 222-223). Por

²¹¹ Shipley (2011, p. 94) describe como Alalia parece que fue el único centro de población griego en la isla, pues no se han encontrado evidencias de otro núcleo poblacional en el territorio.

²¹² Benoit (1961, p. 160) hace eco de cómo los etruscos se servían de la piratería en el Tirreno durante el siglo VIII-VII a.C.

²¹³ Jehasse (1962, p. 246) propone como lugar de dicha reunión el puerto de Pyrgi. En dicho puerto se encontraron unas tablillas que atestiguan la relación de diplomática entre fenicio-púnicos y etruscos para el siglo VI a.C. (PALLOTINO et al., 1964, p. 49-117).

lo tanto, parece que la inestabilidad en esta área del Mediterráneo produjo una batalla en el mar de Cerdeña entre foceos y los etruscos de Caere junto con los cartagineses de Malcón que habían terminado de intervenir en Cerdeña (GRAS, 1987, p. 165).

No obstante, la información que nos aporta el pasaje de Tucídides nos informa sobre un combate entre los griegos y los cartagineses que ha sido interpretado cómo la batalla de Alalia por Ducat (1974, p. 69-72), Gras (1987, p. 162), Barceló (1994, p. 5) o Wear (2016, p. 6). Estos desarrollan como Tucídides utilizó una tradición que asociaba la fundación de Marsella²¹⁴ junto con la derrota de Focea a manos de los persas, por lo que explica el error cronológico en su narración²¹⁵, mientras que el resto de fuentes sitúan la batalla entre griegos y cartagineses cercana a la destrucción de Focea²¹⁶. Al hilo del pasaje de Estrabón, Roller (2015) interpreta como los foceos son los derrotados y expulsados de la isla de Córcega al fundar Elea. Gras (1987, p. 165) analiza las fuentes que sirvieron a Estrabón al encontrar menciones de Córcega y de Marsella en su versión, observando la posibilidad de la existencia de versiones neutrales en el conflicto y que no tomaron parte de los clanes antifoceos.

²¹⁴ Sobre la fundación de Massalia y las tradiciones seguidas en las fuentes históricas (BENOIT, 1965, p. 31; DE WEVER, 1968, p. 37-58; GRAHAM, 1982, p. 140; BATS, 1998, p. 618).

²¹⁵ Algunos investigadores postulan la batalla entre Marsella y Cartago en un momento posterior a la batalla de Alalia, dando como posibilidad desde una batalla cerca del Cabo Artemisón o en el Ebro durante la Segunda Guerra Púnica basándose en testimonios escritos (MAZZARINO, 1947, pp. 20-21; BENOIT, 1965, pp. 312-325; DE WEVER, 1968, pp. 44-45).

²¹⁶ A excepción de las fuentes que siguen las narraciones de Tucídides para el desarrollo de su obra.

Asimismo, los pasajes que están recogidos en el Epítome de Justino mencionan la batalla de forma indirecta. Gras (1987, p. 164) interpreta dichos pasajes como lo sucedido en la batalla de Alalia, ubicando dicho conflicto en el mar de Cerdeña y no en Córcega²¹⁷. Igualmente explica la contradicción de lo descrito en esta fuente, al poderse observar diversas versiones dentro de la misma narrativa²¹⁸, casos como el detonante de la batalla producido por unos barcos de pesca, la derrota de Cartago sin mencionar al rival o el énfasis en la victoria de Marsella (GRAS, 1987, pp. 164-165). Por último, los dos pasajes de Pausanias²¹⁹ describen dos elementos cedidos por los massaliotas en Delfos, interpretándose estos como parte de una donación ceremonial tras la “victoria” en Alalia, aunque hay autores que desechan esta teoría²²⁰. Wear (2016, p. 6) contempla la posibilidad de que Pausanias no se basara en la descripción de Heródoto, sino en la de Tucídides, ya que menciona a los massaliotas como punto principal de dicha donación²²¹.

²¹⁷ Hipótesis que ha sido seguida a posteriori por el resto de autores.

²¹⁸ Gras (1987: 165) menciona como pudo existir una fuente fenicio-púnica en la narración descrita en el Epítome de Justino (XVIII. 7. 1) al desarrollarse la relación entre Cartago, Sicilia y Cerdeña.

²¹⁹ Gras (1987, p. 165) describe como las fuentes utilizadas por Tucídides y, por ende, de Pausanias, como algunas descritas en el epítome de Justino fueron claramente favorables a la ciudad de Marsella, desfavoreciendo el componente etrusco-cartaginés en dicho conflicto.

²²⁰ Benoit (1961, p. 166) describió cómo el conflicto aludido en Pausanias o en el Epítome de Justino no correspondería a la batalla de Alalia, sino a un conflicto posterior, llegando a relacionarlo con la Segunda Guerra Púnica.

²²¹ Gras (1987, p. 166-172) describió como Cartago consideró esta batalla como un desastre, basándose en la tradición recogida por Justino o Heródoto, mientras que los marseleses lo consideraron como una dedicación a la victoria cadmea de los foceos. Esta premisa está basada en los hallazgos arqueológicos en la terraza de Marmaria en Delfos, donde se ha documentado no solamente la cronología, sino la influencia de la cultura massaliota en su arquitectura (POULSEN, 1908, p. 380; DAUX 1958, pp. 358-367; SALVIAT, 1981, pp. 7-16).

De esta manera se pueden destacar que en las fuentes literarias se han constatado diversas versiones, o tradiciones, de las que parten estos autores. La gran mayoría de investigaciones indican el motivo de esta guerra como la piratería ejercida por los foceos en la zona del Tirreno²²², no obstante, solamente Heródoto menciona la coalición entre etruscos y cartagineses para enfrentarse con los foceos²²³.

En las fuentes se destaca el conflicto entre ambos, aunque en ninguna se resalta cual fue el desarrollo de la batalla ni cómo se enfrentaron, amén de la tipología de barco y el armamento que estos utilizaban²²⁴, aunque algunos autores destacan la superioridad técnica y tecnológica de los foceos frente a los cartagineses o a los etruscos (JEHASSE, 1962, p. 247). El resultado de la batalla según todas las fuentes escritas fue una victoria de los griegos, aunque solamente Heródoto (1. 166) nos describe las 40 naves destruidas y las 20 inutilizadas del bando heleno, obviando las bajas de la coalición etrusco-cartaginesa. De igual modo, investigadores como De Wever (1968, p. 46), Vallet y Villard (1996, p. 225) o Riera Vargas (2015, p. 210) describen este hecho como una “victoria cadmea” por el posterior abandono de la ciudad. Sin embargo, las diversas consecuencias de la batalla proporcionan un panorama diferente y clave para Massalia, Cartago o las ciudades etruscas. La

²²² El interés por controlar la región del Tirreno se basaba en la geografía clave de la isla de Córcega para su comercio, así como en la explotación de recursos lignarios y metalíferos (DÍAZ-SÁNCHEZ, 2020a; 2020b).

²²³ El resto de fuentes hace eco del enfrentamiento entre foceos, o massaliotas, con los cartagineses y su posterior victoria.

²²⁴ Algunos investigadores como Mark (2008, pp. 253-272) o Rankov (2017, pp. 5 y 14) describen el uso de las penteconteras como los barcos que combatieron en Alalia debido a la generalización de esta tipología de nave.

propia batalla de Alalia fue un punto de inflexión en el paradigma político-económico en el Mediterráneo Occidental y en el Tirreno, en parte, por las múltiples consecuencias que tuvo este conflicto y el cambio de hegemonía. En nuestra opinión, se pueden categorizar las consecuencias según el ámbito que influyeron para poder discernir cuales fueron sin llegar a obviar ninguna.

Consecuencias económicas a la batalla de Alalia

Las consecuencias económicas han tenido una primordial atención para la investigación actual, debido al grado de implicación que estos aplican a la batalla de Alalia con el posterior impacto económico en el Mediterráneo Occidental. Investigadores como Benoit (1961, p. 165), Jehasse (1962, p. 277), Bendala Galán (1987, p. 123), Alvar, Martínez Maza y Romero (1992, pp. 46-51), Vallet y Villard (1996), Bats (1998, pp. 624-627), Domínguez Monedero (2013) Riera Vargas (2015, p. 228) o Wear (2016, p. 7), entre otros, establecen un cambio en el paradigma comercial ejercido en el Tirreno y en la zona del Estrecho de Gibraltar, principalmente al cambiar un modelo comercial griego por el propio de la coalición etrusco-cartaginesa y la hegemonía púnica en la región más occidental. A pesar de esta premisa, estos autores desarrollan diversas hipótesis sobre lo ocurrido en estas aguas.

En referencia al mar Tirreno, Benoit (1961, pp. 167), Jehasse (1962, pp. 277) o Vallet y Villard (1996, pp. 208-215) afirmaron que el comercio foceo fue sustituido por las importaciones etruscas y

cartaginesas²²⁵, aunque este papel hegemónico acabó siendo recuperado, en parte, por los griegos tras las batallas de Himera (480 a.C.) y de Cumas (474 a.C.)²²⁶. Al hilo de esto, Bats (1998, pp. 624) afirma que tras Alalia, los etruscos pasan a jugar un papel fundamental en el comercio del Tirreno, no solo como un área receptora de importaciones griegas, sino porque supone un relevo del comercio foceo para los massaliotas y la región helena de Iberia, ya que estos hacen de intermediario de los productos orientales²²⁷. Asimismo, este investigador afirma que la Batalla de Alalia supuso el fin de un comercio ejercido desde la aristocracia como era tradicional en la Grecia Arcaica para pasar a uno potenciado por la alianza etrusco-cartaginesa basado en emporios comerciales supeditados a la subordinación de estas potencias (BATS, 1998, p. 264). No obstante, dicho comercio parece que comienza a decaer al observar como la importación de ánforas etruscas disminuye y van siendo sustituidas por las denominadas como Corintio B procedentes de la ciudad de Sibaris a principios del siglo V a.C. (BATS, 1998, p. 620). De igual modo, esta recesión comercial potenció la búsqueda griega de otras rutas mercantiles hacia el interior, observando cómo los massaliotas, y el resto de emporios de la zona, incrementaron su producción local y las exportaciones a través de una vía terrestre por la Galia, abriendo el

²²⁵ Vallet y Villard (1996, p. 225) afirman como las relaciones entre etruscos y griegos se restablecieron poco después de la batalla de Alalia al observarse un gran componente de elementos numismáticos foceos con posterioridad a este conflicto.

²²⁶ Sobre la destrucción de la flota etrusca (DIOD. 11. 51. 1-2).

²²⁷ Dicha hipótesis es completada por el análisis de diversas ánforas etruscas en Massalia con las mismas tipologías que las encontradas en puertos como Pyrgi o Regisvilla a finales del siglo VI a.C. (BATS, 1998, p. 624).

mercado hacia el interior continental²²⁸ (VILLARD, 1960, pp. 114-119; VALLET y VILLARD, 1996, p. 209; MIRÓ y SANTOS, 2014, p. 12; SACHS, 2014, pp. 128-129).

Gran parte de la bibliografía implica este conflicto armado con el comienzo del auge comercial cartaginés en el Mediterráneo Occidental y, a consecuencia, de Iberia²²⁹. Si bien, aunque el auge comercial cartaginés en el Mediterráneo Central²³⁰ se manifestó como un crecimiento exponencial tras esta batalla²³¹, aumentando la riqueza en su territorio y la fundación de diversos emporios en los territorios insulares que controlaba (SÁEZ ROMERO, DÍAZ RODRÍGUEZ y SÁEZ ESPLIGARES, 2004, p. 33; RIERA VARGAS, 2015, p. 228), no ocurre lo mismo para la Península Ibérica. Tradicionalmente, se ha querido ver en la batalla de Alalia el cerramiento del Círculo del Estrecho²³² al comercio Griego, aludiendo desde la motivación de una

²²⁸ Autores como Alvar Martínez Maza y Romero (1992, pp. 46-48), Ferrer Albelda (2007, p. 202) o Domínguez Monedero (2013, p. 2) advierten de cómo los emporios comerciales de la Península Ibérica sufrieron una pequeña disminución de las importaciones de productos procedentes de Oriente, aunque postulan que no parece que desencadenase una crisis importante en el siglo VI a.C. en este territorio.

²²⁹ Junto a las económicas, las consecuencias políticas de la desaparición de Tartessos producida tras la batalla de Alalia forma parte del debate historiográfico que se expondrá más adelante.

²³⁰ Con esta subdivisión nos referimos al conjunto geográfico de las islas de Córcega, Cerdeña, Sicilia y Cartago.

²³¹ Niveau de Villedary (2001, pp. 313-354) dota de otro argumento para explicar el auge del comercio cartaginés, al desarrollar la hipótesis de cómo la caída de Tiro potenció el imperialismo púnico al verse liberada de la tributación hacia esta metrópoli.

²³² Dicho término fue acuñado por Tarradel (1967) para designar el concepto difuso que era el área geopolítica en ambas orillas del Estrecho de Gibraltar, la cual tendría unas implicaciones político-administrativas y comerciales con una cultura material similar especializada en productos pesqueros y de salazón.

búsqueda terrestre por la Europa Continental al comercio del estaño²³³, hasta un bloqueo comercial etrusco-cartaginés que impedía abastecerse de este material (WEAR, 2016, p. 7). No obstante, este mito historiográfico, que culpabiliza a los cartagineses de su cerramiento, está ampliamente superado. Muchos autores han tratado de explicar cómo las relaciones entre Cartago y Gadir, junto con su “eje comercial del Estrecho”, ya que no existió una relación de subordinación entre estas colonias fenicias y la ciudad de Cartago durante el siglo VI a.C.²³⁴ (ARTEAGA, 1994, pp. 41-51; SÁEZ ROMERO, DÍAZ RODRÍGUEZ Y SÁEZ ESPLIGARES, 2004, pp. 54-56; GOZALVES CRAVIOTO, 2015, p. 201).

Consecuencias políticas a la batalla de Alalia

Las consecuencias políticas de la batalla son muy numerosas, algunas mencionadas por las propias fuentes como la migración de los focos hacia Regio para, después, fundar Velia son una de ellas²³⁵, aunque existieron otras muchas que cambiaron el paisaje político del Mediterráneo Occidental y no son mencionadas directamente por estas. En relación a las principales causas de la propia batalla, se puede

²³³ Se tiene constancia de fuentes de estaño en el Mediterráneo Occidental que habrían sido capaces de abastecer las necesidades helenas (KOCH, 2010, pp. 188-199; 2013, p. 126).

²³⁴ Sáez Romero, Díaz Rodríguez y Sáez Espligares (2004, p. 33) exponen cómo a partir del siglo VI a.C. Cartago comienza a explotar su posición como potencia imperialista al iniciar diversas políticas de explotación territorial tanto en su zona de expansión natural en África como por las islas del Mediterráneo Central, no en la Península Ibérica.

²³⁵ A nivel arqueológico, Jehasse (1962, pp. 252-253) menciona la relación entre esta colonia con el culto de Herakles Kurnoi, el cual parece tener una procedencia de la ciudad de Alalia junto a la tradición heraklea de esta región.

observar este retiro de los focos del panorama político del Mediterráneo Occidental, generando un vacío de poder que se fue copando por diferentes civilizaciones. Del Castillo (1994, p. 53) afirma que esta batalla supuso la preponderancia del Mediterráneo Central y Occidental de los etruscos, principalmente de Caere, y de Cartago. En relación al incremento del poderío marítimo etrusco, se tiene constancia de cómo Córcega pasó a estar “administrada” por los etruscos y no por los cartagineses, los cuales prefirieron la consolidación de sus territorios ultramarinos (GRAS, 1987, pp. 62-65; COLONNA, 1989, pp. 367; LILLIU, 1992, pp. 17-35; ZUCCA, 1996, p. 59). A razón de esto, las fuentes sitúan la fundación etrusca de *Nikaia* con el objetivo de explotar los nuevos recursos que proporcionaba esta isla²³⁶ (DIOD. 5. 11). Asimismo, las fuentes clásicas sitúan en este contexto los primeros movimientos diplomáticos de Cartago en territorios ultramarinos²³⁷, explicándose esto como la necesidad de mantener sus intereses en las islas del Mediterráneo Central (DEL CASTILLO, 1994, p. 53). En este sentido, algunas investigaciones apuntan a la relación

²³⁶ La presencia etrusca en la isla y, en concreto, en Alalia se ha constatado a través de la arqueología, observándose el cambio de necrópolis, utilizando los habitantes tuscos una en Casabianda, al sur de la ciudad (JEHASSE y JEHASSE, 1973; CRISTOFANI, 1993, pp. 833-836; ZUCCA, 1996, pp. 63; MICHEL y PASQUALAGGI, pp. 2014).

²³⁷ Tratamos en este punto las relaciones diplomáticas de Cartago con sus vecinos itálicos en el cuestionado primer tratado romano-cartaginés que menciona Polibio (3. 22-23). Como las supuestas relaciones entre Cartago y las ciudades etruscas que menciona Aristóteles (*POL.* 3. 9; 1280a), describiendo la existencia de tratados entre etruscos y cartagineses cuya naturaleza parece ser el apoyo militar mutuo en algún momento indeterminado, esto puede plasmarse en el pacto que se pudiera interpretar como el primer tratado romano-cartaginés, el pacto de Alalia para enfrentarse contra los focos o algún pacto posterior que se materializó durante las batallas de Himera o Cumas.

entre la batalla de Alalia y la posterior firma del primer tratado romano-cartaginés del 509 a.C. como parte de la hegemonía cartaginesa en las aguas del Mediterráneo Occidental (WALBANK, 1970, p. 341; WHITTAKER, 1978, p. 87; HUSS, 1985, p. 91-92; DE MARTINO, 1985, p. 30-31; SCARDIGLI, 1991, p. 20; 2011, p. 28-30; HERNÁNDEZ PRIETO, 2017, p. 76). En este aspecto, el tratado descrito por Polibio menciona lo siguiente:

«Que haya paz entre los romanos y sus aliados y los cartagineses y sus aliados bajo las condiciones siguientes: que ni los romanos ni los aliados de los romanos naveguen más allá del cabo Hermoso si no les obliga una tempestad, o bien los enemigos. Si alguien es llevado allá por la fuerza, que no le sea permitido comprar ni tomar nada, excepción hecha de aprovisionamientos para el navío o para los sacrificios (y que se vayan a los cinco días). Los que lleguen allí con fines comerciales no podrán concluir negocios si no es bajo la presencia de un heraldo o de un escribano. Lo que se venda en presencia de éstos, sea garantizado al vendedor por fianza pública, tanto si se vende en África como en Cerdeña. Si algún romano se presenta en Sicilia, en un paraje sometido al dominio cartaginés, gozará de los mismos derechos. Que los cartagineses no cometan injusticias contra el pueblo de los ardeatinos, ni contra el de Antio, ni contra el de Laurento, ni contra el de Circes, ni contra el de Terracina, ni contra ningún otro pueblo latino sujeto a los romanos. Que los cartagineses no ataquen a las ciudades que no les están sometidas, y si las conquistan, que las entreguen intactas a los romanos. Que no levanten ninguna fortificación en el Lacio. Si penetran en él hostilmente, que no lleguen a pernoctar allí.» (PLB. 3. 22, 4-13).

En este tratado observamos la influencia cartaginesa al intentar blindar de futuros competidores los territorios políticos que los púnicos consideraron como propios. En dicho tratado, además, no computa ninguna mención a la Península Ibérica, por lo que corroborara la no participación de Cartago en territorios ibéricos. Sin embargo, cabe mencionar que, para ese momento, las menciones de ciudades tanto latinas y etruscas que no pudieron pertenecer al dominio romano para

los momentos de la supuesta fecha de este primer tratado. Esta problemática ha sido arduamente estudiada por muchos investigadores, algunos dándoles validez a la datación de Polibio 509/507 a.C. (WALBANK, 1970, p. 338; SCARDIGLI, 1991, pp. 26-28; 2011, p. 30; TSIRKIN, 1996, p. 149; HOYOS, 1998, pp. 7-9; 2011, p. 132; STEINBY, 2007, p. 36; ESPADA RODRÍGUEZ, 2013, pp. 217-218; BENDALA GALÁN, 2015, p. 89; HERNÁNDEZ PRIETO, 2017, p. 48), mientras que otros ofrecen la datación de Tito Livio y Diodoro Sículo en el 348 a.C. como válido, desechando el primer tratado que describe Polibio (ALFÖLDY, 1963, pp. 349-355; ROLDÁN HERVÁS, 1987, p. 100). La problemática de la datación de este estudio radica en la mención de los dos cónsules romanos que la retrotraen a los inicios de la República, siendo Roma en esos momentos una ciudad sin una gran expansión territorial, observando en las dataciones de Tito Livio y Diodoro Sículo una fecha más razonable para incluir los contenidos del texto expuesto por Polibio (PIGANIOL, 1923, pp. 177-188; ALFÖLDY, 1963, pp. 349-355; ROLDÁN HERVÁS, 1987, p. 100). No obstante, existen argumentos que favorecen el relato de Polibio al considerar la inclusión de los dos cónsules como parte de las fuentes orales que este recogió²³⁸, el escaso número de las ciudades aliadas o bajo la órbita de Roma, las cuales parecen haber sido modificadas a

²³⁸ Alföldy (1963, p. 352) menciona como la inclusión de Junio Bruto en el texto corresponde a la tradición de Fabio Píctor. Mientras que Espada Rodríguez (2013, pp. 216-218) atribuye esta cuestión a la mención oral de Catón. Sin embargo, Hernández Prieto (2017, p. 41) plantea el escepticismo que esto puede causar, al no aparecer por escrito dichos cónsules hasta la configuración de los *annales maximi* donde se incluyeron ambos durante el 304 a.C.

posteriori y transmitidas así a Polibio²³⁹ (HERNÁNDEZ PRIETO, 2017, p. 43).

No obstante, existe una hipótesis que da Remedios Sánchez (2010, p. 187-196), la cual relaciona los territorios mencionados y la capacidad de Roma de realizar un pacto entre los cartagineses y la monarquía romana, abogando los contactos económicos y culturales que Tarquinio el Soberbio hubiera mantenido con estos. Esta premisa planteada por Remedios Sánchez (2010) proviene de la tradición que atestigua la influencia etrusca y las relaciones entre estos y los cartagineses a finales del siglo VI a.C.²⁴⁰ En relación a esto, Walbank (1970, p. 343) afirma que la ciudad de Roma estaba inmersa bajo el control de las ciudades etruscas a ojos de los cartagineses, por lo que es probable que el primer tratado romano-cartaginés se refiera a la participación de Roma como ciudad etrusca dentro de este tratado, de igual manera, Del Castillo (1994, p. 57) analiza la veracidad de dicho tratado al argumentar como no es principalmente con Roma²⁴¹, sino con Caere y las ciudades de influencia etrusca con quien lo firma, basándose en el hallazgo de las inscripciones de Pyrgi. Aunque la discusión científica sobre la veracidad del primer tratado siga a día de hoy, son muchos los

²³⁹ Espada Rodríguez (2013, pp. 247-271) hipotetiza sobre la inclusión de algunas ciudades mencionadas en el primer tratado romano-cartaginés que podrían haber sido incluidas por Polibio del segundo al suponerle un problema de interpretación del latín arcaico.

²⁴⁰ Heurgon (1971, p. 289) planteó cómo el cambio de la Monarquía a la República en Roma no debió de influir en la política exterior.

²⁴¹ Esta afirmación fue completada por Shuey (1982, p. 57), analizando como los autores de las fuentes literarias griegas y romanas tendían a agrupar como etruscos a muchas de las ciudades de estos en cuestiones de cultura, como más tarde realizarían los romanos en Hispania.

investigadores que aceptan dicho tratado por lo anteriormente descrito, siendo las fallas de interpretación o de inclusión producto de la transmisión de las fuentes de Polibio, pudiendo relacionarse Roma con las ciudades etruscas a ojos de los cartagineses, lo que plantea la veracidad de un tratado en las fechas propuestas por el autor megalopolitano (WALBANK, 1970, p. 338; SCARDIGLI, 1991, pp. 26-28; 2011, p. 30; HOYOS, 1998, pp. 7-9; 2011, pp. 132; STEINBY, 2007, p. 36; ESPADA RODRÍGUEZ, 2013, pp. 217-218; HERNÁNDEZ PRIETO, 2017, p. 76). A nuestro juicio, planteamos la veracidad de la datación cronológica del primer tratado romano-cartaginés propuesta por Polibio, al poder darse el caso de que Cartago considerara a Roma como parte de la cultura etrusca debido a los orígenes de su monarquía. Asimismo, consideramos que la motivación de este tratado pudo haber sido la batalla de Alalia y el incipiente proteccionismo cartaginés a los nuevos territorios que fue consolidando, como la parte púnica de Sicilia, Cerdeña y el Norte de África²⁴².

Otra de las principales consecuencias políticas que se ha enfatizado más es la implicación militar, o no, de Cartago en la caída de Tartessos. En las causas económicas, desarrollamos el mito historiográfico que trataba de implicar una intervención de Cartago en la Península Ibérica durante los siglos VI-V a.C. La dinámica historiográfica del siglo XX en este aspecto tendió a culpabilizar a los cartagineses de la caída de

²⁴² Existen otros autores que han planteado la participación de Roma en la batalla como parte de la expedición enviada por Caere a la isla (Steinby, 2007, pp. 35-36), aunque en nuestra opinión nos parece improbable dada la situación de Roma para el siglo VI a.C. y la imposibilidad de armar una marina de guerra.

Tartessos en un momento posterior a la batalla de Alalia²⁴³, no obstante, a partir de los años 70 del siglo XX, esta tesis comenzó a ser desechada por algunos investigadores que optaban por la negación de un interés imperialista anterior a la llegada de Amílcar Barca a la Península (WHITTAKER, 1978; GÓNZALEZ WAGNER, 1985, pp. 437-460; 1989, pp. 145-154; 1994, pp. 7-20; BARCELÓ, 1988; LÓPEZ CASTRO, 1991a, pp. 73-84; 1991b, pp. 87-107; ALVAR ET AL., 1992, pp. 49; ALVAR, 1993, pp. 39-68). Sin embargo, la investigación arqueológica comenzó a sacar a la luz diferentes restos que evidenciaban un “control” económico de Cartago con anterioridad a la llegada de los Barcidas a Iberia. Ferrer Albelda (2007, p. 201) analiza un posible intervencionismo cartaginés en la Península Ibérica, el cual no se produjo de una manera masiva ni violenta producida por el auge obtenido a través de la Batalla de Alalia, sino como una manifestación de una suerte de “*epicracia*” cartaginesa que se evidencia de forma clara a partir del siglo IV a.C. Asimismo, alrededor de la caída de Tartessos, Ferrer Albelda (2007, p. 202) expone como el auge comercial de Cartago, aunque no es la principal causa, si debió de influir de manera muy indirecta al declive de esta cultura, aunque aporta otras muchas causas internas y externas de mayor importancia²⁴⁴. En este punto,

²⁴³ Schulten (ed. 2006, p. 121) hizo referencia a esta cuestión, culpabilizando a Cartago de la destrucción de Tartessos y Mainake tras la petición de auxilio de Gadir.

²⁴⁴ Entre estas causas se puede desarrollar la baja producción de las minas del Suroeste, una reestructuración económica interna de Tartessos, el decrecimiento del proceso comercial griego en la Península, el traslado de población por la reducción de tamaños en los poblados o el abandono de estos, el abandono de santuarios orientalizantes, etc. (RUFETE, 2002; ESCACENA, 1993, p. 185; 2002, pp. 43-70; FERRER ALBELDA, 2007, p. 202).

creemos que lo expuesto por Ferrer Albelda (2007) corresponde bien con el panorama de la Península Ibérica en esa crisis del siglo VI a.C. La batalla de Alalia y sus consecuencias en Cartago no fueron las principales claves para determinar la caída de Tartessos o el impulso comercial del Círculo del Estrecho, sino más bien unos procesos colaterales que pudieron haber influenciado en este territorio. No obstante, la arqueología ha demostrado que el interés cartaginés por la Península Ibérica no empieza a acrecentarse hasta el siglo IV a.C. por lo que, dichas implicaciones en el panorama político del siglo VI a.C. parecen poco improbables.

Por último, destacar el papel de Massalia tras la batalla de Alalia, convirtiéndose en una ciudad autónoma al separarse de forma abrupta con sus predecesores foccos, adquiriendo una identidad política propia que, además, se manifiesta en sus propias decisiones comerciales (BATS, 1998, p. 628).

Consecuencias militares de la batalla de Alalia

En cuanto a las consecuencias militares de la propia batalla, la principal causa militar que se puede atisbar es el acceso a nuevos componentes de mercenarios por parte de Cartago. Esto se manifiesta a través de las relaciones diplomáticas entre los etruscos y cartagineses que se venían dando desde antes de la propia batalla, en donde los etruscos permiten el acceso del reclutamiento mercenario en la isla de Córcega, apareciendo un contingente corso en las filas cartaginesas en la batalla de Himera por primera vez (HDT. 7. 165). Este nuevo acceso de mercenarios para Cartago no fueron las únicas consecuencias

militares que tuvo la propia batalla. Existen algunas hipótesis de cómo esta batalla ayudó a potenciar ciertos aspectos técnicos en los ejércitos y marinas de la época. Mark (2008, pp. 253-272) analiza cómo, tras esta batalla, se fueron innovando en la tecnología militar naval al ir desplazando el casco de los barcos por uno construido en base a una junta de mortajas y espigas en vez del tablaje cosido habitual, debido a que aportaba una mayor resistencia y robustez del impacto con los espolones de los barcos. Asimismo, Rankov (2017, p. 25) hipotetiza sobre la innovación en el sistema de combate naval tras esta contienda, el cual desembocó en la sustitución de las penteconteras por el trirreme para el uso bélico, debido a la potenciación de la técnica de embestida en combate. Por último, se ha planteado la posibilidad del incremento de las fortalezas en algunas ciudades etruscas, como Populonia, para evitar de nuevo la piratería tras la batalla de Alalia (DI PAOLA, 2018, p. 7). A nuestro juicio, lo expuesto por Mark (2008) o por Rankov (2017) puede ser muy ambicioso como para atribuirlo a una batalla y que, tras esta, se generalice su uso por todo el Mediterráneo. Sin embargo, si se puede llegar a plantear estas modificaciones o cambios en la propia región, afectando a las civilizaciones que participaron en esta, mientras que la adopción del trirreme como parte de las dotaciones navales de otras ciudades pudo surgir de otras maneras.

Conclusiones

El conflicto conocido como la batalla de Alalia fue de gran importancia para el crecimiento de talasocracias emergentes como lo era Cartago o las ciudades etruscas en ese momento. La desaparición de

los foccos en esta región dejó un vacío de poder tanto político como económico que acabó siendo repartido entre los etruscos y cartagineses. En este punto se puede resaltar como se observa un cambio en el paradigma comercial de la región del Mediterráneo Occidental. Tras la batalla, la coalición etrusco-cartaginesa se apropió del circuito comercial que limitaba con las aguas de Córcega y Cerdeña, modificando el sistema heleno de emporios autónomos por uno propio basado en emporios comerciales supeditados a la subordinación de sus metrópolis. Asimismo, la sustitución de los puertos foccos por las ciudades etrusco-cartaginesa como receptoras de productos del Este se hace patente, observándose como el comercio con la región oriental del Mediterráneo parece estar dirigida por ciudades portuarias que participaron en dicha contienda, como la propia Caere. Dicho cambio también se puede observar a nivel arqueológico, donde se han podido observar una expansión de producciones etruscas y cartaginesas en esta región hasta la batalla de Himera.

Esta nueva situación en el Mediterráneo Occidental favoreció la consolidación de Cartago como potencia talasocrática al poder fortalecer sus posesiones en Cerdeña y en Sicilia gracias a la eliminación de un potencial enemigo en el Tirreno. Asimismo, Cartago realizó una gran actividad diplomática con algunas de las ciudades etruscas para mantener una estabilidad en el Mediterráneo Central y que favoreciera dicha estabilidad en los territorios en donde era potencia hegemónica. A nivel arqueológico, se constata dicha actividad tras la batalla con, precisamente, algunas ciudades etruscas que tenemos constancia de su participación en dicha contienda, como la ciudad de

Caere con la tabla de Pyrgi, donde se puede observar en su contenido una alianza con dicha ciudad. Al igual que se tiene constancia de dicho tratado, también se ha especulado como la batalla de Alalia favoreció la firma del primer tratado romano-cartaginés, cuya veracidad ha sido cuestionada. No obstante, parece que la existencia de dicha alianza pudo haber sido en el contexto en el que Cartago considerara a Roma como parte de las ciudades etruscas. Junto a las consecuencias en donde Cartago fue protagonista, se puede destacar las que las ciudades etruscas tuvieron tras la batalla de Alalia. El área de influencia de dichas ciudades pasó también al otro lado del Tirreno, siendo Córcega un territorio de explotación etrusca, tal y como se documenta en el cambio de necrópolis de Alalia. Asimismo, se fundaron nuevas ciudades como *Nikaia*, desde la cual se podía controlar mejor el Tirreno y explotar la ciudad de Córcega.

Empero, las consecuencias directas de la batalla de Alalia para los griegos y, en concreto, los massaliotas fue la “independencia” de los círculos foceos, comenzando a observarse un intento por hacerse con nuevas rutas comerciales a través del continente, sin depender en exceso de las rutas por el Tirreno. Sin embargo, los griegos retomaron la influencia comercial que perdieron tras la batalla de Himera, donde se puede observar un incremento de exportaciones griegas tras esa fecha.

Otro de los puntos en donde la historiografía ha incidido como consecuencia directa de la batalla de Alalia fue la desaparición de Tartessos en la Península Ibérica. Se han aportado pruebas de cómo la caída de Tartessos no pudo ser provocada directamente por el expansionismo cartaginés que se produjo tras la contienda en el *Mar*

Sardum, ya que no se observa ningún tipo de relación de subordinación entre las colonias fenicias y del Círculo del Estrecho con Cartago para el siglo VI a.C. Sino que dicho declive para las ciudades tartésicas pudo haber sido producto de otros factores como el decrecimiento del proceso comercial griego, el traslado de población de las ciudades tartésicas a pequeños poblados o, incluso, la desaparición de los mismos, siendo procesos colaterales los que acabaron con dicha civilización.

Por último, la innovación de las dotaciones navales y el aspecto técnico de las marinas participantes fruto como consecuencia directa de esta batalla ha sido destacada en los últimos años por algunos investigadores (MARK, 2008; RANKOV, 2017), observando un incremento del uso de los trirremes frente a las penteconteras por su maniobrabilidad y mejor capacidad para embestir durante las refriegas navales, como también la mejora en el casco, cambiando el sistema de arquitectura naval a base de un tablaje de cosido habitual por uno configurado a través de mortajas y espigas. Asimismo, se observa a nivel arqueológico como tras la batalla de Alalia se produjo un incremento en las fortificaciones de algunas ciudades etruscas y cartaginesas como fue el caso de Populonia, con el fin de evitar un posible rebrote de la piratería focense en la zona del Tirreno.

A través de estas consecuencias podemos dotar a la batalla de Alalia de importancia para el crecimiento de las civilizaciones como la etrusca o la cartaginesa, las cuales consiguieron ejercer una hegemonía directa sobre el territorio del Tirreno y consolidar su poder en sus territorios de dominación. Mientras que, durante unos años, los productos

manufacturados de la Hélade no consiguieron entrar directamente en la región occidental del Mediterráneo, afectando a las ciudades griegas de la región. Muchas de estas consecuencias directas cesaron con la batalla de Himera y el resurgimiento de la influencia griega en el Occidente Mediterráneo en detrimento del poder naval de las ciudades etruscas.

Bibliografía

- ALFÓLDI, A. (1963): *Early Rome and the Latins*, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- ALVAR, J. (1993): “El ocaso de Tarteso”, *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, pp. 39-68.
- ALVAR, J.; MARTÍNEZ MAZA, C. y ROMERO, M. (1992): «La (supuesta) participación de Cartago en el fin de Tarteso», *Habis*, 23, pp. 39-52.
- ARTEAGA, O. (1994): “La liga púnica gaditana. Aproximación a una visión histórica occidental, para su contrastación con el desarrollo de la hegemonía cartaginesa en el mundo mediterráneo”, *VIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (1993)*, TMAI, 33, Ibiza,
- BARCELÓ, P. (1988): *Cartago und die iberische halbinsel von der Barkiden. Studien zur kartagischen präsenz im westlichen Mittelmeerraum von der Gründung von Ebusus (VII Jh v. Chr.) bis zum Übergang Hamilcars nach Hispanien (237 v. Chr.)*, Bonn
- BARCELÓ, P. (1994): «The Perception of Carthage in Classical Greek Historiography», *Acta Classica*, XXXVII, pp. 1-14.
- BATS, M. (1998): «Marseille archaïque. Étrusque et Phocéens en Méditerranée nord-occidentale», *Mélanges de l'École française de Rome. Antiquité*, 110 (2), pp. 609-633.
- BENDALA GALÁN, M. (2015): *Los Hijos del Rayo. Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, Trébede, Madrid.

- BENDALA GALÁN, M. (1987): “Los cartagineses en España”, *Hª General de España y América*, I-2.
- BENOIT, F. (1965): *Recherches sur L’ hellénisation du Midi de la Gaule*, Aix-en- Provence.
- BENOIT, F. (1961): «Les fouilles d’Aléria et l’expansion hellénique en Occident», *Comptes rendus des séances de l’Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 105 année, 2, pp. 159-173.
- COLONNA, G. (1989): “Nuove prospettive sulla storia etrusca tra Alalia e Cuma”, en *Atti del secondo Congresso Internazionale etrusco*, Roma, Studi Etruschi, v. 1, pp. 361-374.
- COOK, J. M. (1982): “The Eastern Greeks; The Overseas Expansion of the Eastern Greeks”, en BOARDMAN, J. Y HAMMOND, N. G. L. (eds.), *CAH Vol III Part 3, Eighth to Sixth Centuries B. C.* (Cambridge: Cambridge University Press), pp. 211-215.
- CRISTOFANI, M. (1993): «Il testo di Pech Maho, Aléria e traffici del V secolo a.C.», *Mélanges de l’école française de Rome*, 105-2, pp. 833-845.
- PLÁCIDO, D. (2003): “Los viajes fenicios y los mitos griegos sobre el lejano occidente”, en *Contactos en el extremo de la Oikouméné. Los griegos en Occidente y sus relaciones con los fenicios. XVII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2002)*, Ibiza, pp. 7-18;
- D’AGOSTINO, B. (2006): “The first greeks in Italy”, en TSETSKHLADZE, G. R. (ed.), *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and Other Settlements Overseas*, V. 1, Mnemosyne, Supplements v. Leiden, 193/1, pp. 201-237.

- DAUX, G. (1958): «Le Trésor de Marseille à Delphes», *BCII*, 82, pp. 358-367.
- DE MARTINO, F. (1985): *Historia económica de la Roma antigua*, Akal, Madrid.
- DE WEVER, J. (1968): «Thucydide et la puissance maritime de Massalia», *L'Antiquité classique*, 37 (1), pp. 37-58.
- DEL CASTILLO, A. (1994): «El denominado primer tratado romano-cartaginés en el contexto de las relaciones entre Caere y Cartago», *Athenaeum*, 82, pp. 53-60.
- DI PAOLA, G. M. F. (2018): «Central Place and Liminal Landscape in the Territory of Populonia», *Land*, 7, 94, pp. 1-16.
- DÍAZ-SÁNCHEZ, C. (2020a): “Estudio preliminar de los procesos de aculturación entre cartagineses y romanos en Córcega. Siglos III-I a.C.”, en BRAVO, G. y SÁNCHEZ MEDINA, E. (eds.), *Percepciones romanas del Otro*, Signifer, 58, pp. 63-78.
- DÍAZ-SÁNCHEZ, C. (2020b): “Introducción de la república romana en Córcega. Un análisis preliminar a través de sus restos materiales”, *CAPA* [En Prensa].
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2006a): «Fenicios y griegos en el sur de la Península Ibérica en época arcaica: de Onoba a Mainake», *Mainake*, 28, pp. 49-78.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2006b): “Greeks in Sicily”, en TSETSKHLADZE G. R. (ed.), *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and Other Settlements Overseas*, V. 1, Mnemosyne, Supplements v. Leiden, 193/1, pp. 253-358.

- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2006c): “Greeks in the Iberian Peninsula”, en TSETSKHLADZE G. R. (ed.), *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and Other Settlements Overseas*, V. 1, Mnemosyne, Supplements v. Leiden, 193/1, pp. 429-505.
- GANGUTIA, E. (1998): “La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón”, en MANGAS J. y PLÁCIDO, D. (ed.), *Testimonia Hispaniae Antiqua IIA*, Madrid.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. (1993): «De la muerte de Tartessos. Evidencias en el registro poblacional», *Spal*, 2, pp. 183-218.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. (2002): “Dioses, toros y altares. Un templo para Baal en la antigua desembocadura del Guadalquivir”, *Ex Oriente Lux. Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*. Sevilla, pp. 35-75.
- ESPADA RODRÍGUEZ, J. (2013): *Los dos primeros tratados romano-cartagineses. Análisis historiográfico y contexto histórico*. Universitat de Barcelona, Barcelona.
- LÓPEZ PARDO, F. (2004) “Crono y Briareo en el umbral del Océano. Un recorrido por la historia mítica de los viajes al confín del Occidente hasta los albores de la colonización”, en *La navegación fenicia. Tecnología naval y derroteros*. Madrid, pp. 1-42.
- FERRER ALBELDA, E. (2007): “Fenicios y cartagineses en el Tartessos postcolonial”, en BENDALA GALÁN, M. y BELÉN, M. (eds.), *V Congreso de Historia de Carmona. El Nacimiento*

- de la ciudad: la Carmona Protohistórica*. Carmona, pp. 195-223.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1949): *Hispania Graeca. Volum I*, Barcelona.
- GÓNZALEZ WAGNER, C. (1985): “Cartago y el Occidente. Una revisión crítica de la evidencia literaria arqueológica”, *In memoriam Agustín Díaz Toledo*. Granada, pp. 437-460.
- GÓNZALEZ WAGNER, C. (1989): “The Carthaginians in ancient Spain: from administrative trade to territorial annexation”, *Punic Wars. Proceedings of the Conference held in Antwerp, 1988, Studia Phoenicia X*, pp. 145-156.
- GÓNZALEZ WAGNER, C. (1994): “El Auge de Cartago (s. VI-V) y su manifestación en la Península Ibérica”, *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos, VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*. Ibiza, pp. 7-24.
- GOZALVES CRAVIOTO, E. (2015): «El Círculo del Estrecho en la Antigüedad. Una Revisión Historiográfica», *Índice Histórico Español*, 128, pp. 175-209.
- GRAHAM, A. J. (1982): “The Colonial Expansion of Greece; The Far West”, en BOARDMAN, J. y HAMMOND, N. G. L. (eds.), *The Expansion of the Greek World, Eighth to Sixth Centuries B. C.*, CAH Vol III Part 3. Cambridge University Press, Cambridge, pp. 139-143.
- GRAHAM, A. J. (1982): “The colonial expansion of Greece”, en BOARDMAN J. y HAMMOND, N. (eds.), *The Cambridge Ancient History*. University Press, Cambridge, pp. 83-162.

- GRAS, M. (1972): «A Propos de la ,bataille d’Alalia», *Latomus* 31 (3), pp. 698-716.
- GRAS, M. (1987): «Marseille, la bataille d’Alalia et Delphes», *Dialogues d’histoire ancienne*, 13, pp. 161-181.
- GRECO, E. (2006): “Greek colonisation in southern Italy: A methodological essay”, en TSETSKHLADZE G. R. (ed.), *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and Other Settlements Overseas*, V. 1, Mnemosyne, Supplements v. Leiden, 193/1, pp. 169-200.
- HANSEN, M. H. (2006): “Emporion. A study of the use and meaning of the Term in the Archaic and Classical Periods”, en TSETSKHLADZE, G. R. (ed.), *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and Other Settlements Overseas*, V. 1, Mnemosyne, Supplements v. Leiden, 193/1, pp. 1-39.
- HERNÁNDEZ PRIETO, E. (2017): *Hispania y los tratados romano-púnicos*. Veleia, Vitoria.
- HOYOS, B. D. (1998): *Unplanned Wars. The Origins of the First and Second Punic Wars*. Walter de Gruyter, Berlin.
- HOYOS, B. D. (2011): “The Outbreak of War”, en HOYOS, B. D. (ed.), *A Companion to the Punic Wars*. Wiley-Blackwell, Malden, pp. 131-148.
- HUSS, W. (1985): *Geschichte der Karthager*. Beck, Munich.
- MOREL, J. P. (1997): “Problématiques de la colonisation grecque en Méditerranée occidentale: l’exemple des réseaux”, en ANTONETTI, C. (ed.), *Il dinamismo della colonizzazione greca*. Nápoles, pp. 31-44;

- JEHASSE, J. (1962): «La “victoire à la Cadméeenne” d’Hérodote (I, 166) et la Corse dans les courants d’expansion grecque», *Reveu des Études Anciennes*, 64, 3-4, pp. 241-286.
- JEHASSE, J. Y JEHASSE, L. (1973): *La nécropole préromaine d’Aléria (1960-1968)*, *Gallia*, Suplemento XXV. Editions du CNRS, París .
- KOCH, J. T. (2010): “Paradigm Shift? Interpreting Tartessian as Celtic”, en CUNLIFFE, B. y KOCH, J. T. (eds.), *Celtic from the West*. Oxbow, Oxford, pp. 185-302.
- KOCH, J. T. (2013): “Out of the Flow and Ebb of the European Bronze Age: Heroes, Tartessos, and Celtic”, en KOCH, J. T. y CUNLIFFE, B. (eds.), *Celtic from the West 2*. Oxbow, Oxford, pp. 101-146.
- ANTONELLI, L. (1990): *I Greci oltre Gibilterra. Rappresentazioni mitiche dell’estremo occidente e navigazioni commerciali nello spazio atlantico fra viii e iv secolo a.C.* Roma.
- GARCÍA IGLESIAS, L. (1979): «La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico», *Archivo Español de Arqueología*, 139-140, pp. 131-140.
- LILLIU, G. (1992): “Ancora una riflessione sulle guerre cartaginesi per la conquista della Sardegna”, en *Atti della Accademia nazionale dei Lincei. Classe di scienze morali, storiche e filologiche*. Rendicoti, 9, v. 3, pp. 17-35.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1991a): “Cartago y la Península Ibérica ¿Imperialismo o hegemonía?”, *La caída de Tiro y el auge de*

- Cartago, V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, pp. 73-86.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1991b): «El imperialismo cartaginés y las ciudades fenicias de la Península Ibérica entre los siglos VI-III a.C.», *Studi di Egittologia e di Antichità Puniche*, 9, pp. 87-107.
- BATS, M. (2012): “Les Phocéens, Marseille et la Gaule (viie -iiie s. av. J.-C.)”, en *Les diasporas grecques du viiie à la fin du iiiie siècle av. J.- C.* Pallas, Toulouse, 89, pp. 145-156.
- MALKIN, I. (2004): *Postcolonial concepts and Ancient Greek Colonization*. *Modern Language Quarterly*, 65.
- MARK, S. (2008): «The earliest naval ram», *International Journal of Nautical Archaeology*, 37, pp. 253-272.
- MICHEL, F. y PASQUALAGGI, D. (2014): *Carte Archéologique de la Gaule. La Corse, 2A-2B*, Académie des Inscriptions et Belles Lettres, París.
- MIRÓ, M. y SANTOS, M. (2014): «The Greek presence on the east coast of the Iberian Peninsula: Colonial establishments and rhythms of trade with Iberian societies», *Catalan Historical Review*, 7, pp 9-28.
- MOREL, J. P. (1996): “L’expansion phocéenne dans ses rapports avec les populations locales”, en *Sur les traces des Argonautes. Actes du 6e symposium de Vani (Colchide), 22-29 septembre 1990*. Université de Franche-Comté, Besançon, pp. 219- 226.
- MOREL, J. P. (2006): “Phocæan colonization”, en TSETSKHLADZE, G. R. (ed.), *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies*

- and Other Settlements Overseas*, V. 1, Mnemosyne, Supplements v. Leiden, 193/1, pp. 358-428.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A. M. (2001): «El Espacio geopolítico gaditano en época púnica. Revisión y puesta al día del concepto de ‘Círculo del Estrecho’», *Gerión*, 19, pp. 313-354.
- ROUILLARD, P. (1991): *Les grecs et la Péninsule Ibérique du viie au ive siècle avant Jésus-Christ*. Publications du Centre Pierre, Paris, 21.
- PALLOTINO, M.; COLONNA, G.; GARBINI, G. y VLAD BORRELU, L. (1964): *Scavi nel santuario etrusco di Pyrgi: relazione preliminare della settima campagna, 1964, e scoperta di tre lamine d’oro inscritte in etrusco e in púnico*. Istituto di etruscologia e antichità italiane dell’università di Roma, Nápoles.
- PASQUALAGGI, D. (2016): “Processus de Romanisation de la Corse III-IIe siècles av. J.-C.”, en *Il proceso di romanizzazione della provincia Sardinia et Corsica*. Quasar, Viterbo, pp. 327-394.
- PIGANIOL, A. (1923): «Observations sur la date des traités conclus entre Rome et Carthage», *MB* 27, pp. 177-188.
- PILKINGTON, N. (2013): *An Archaeological History of Carthaginian Imperialism*, Tesis Doctoral en Repositorio de Columbia University.
- POULSEN, F. (1908): «Recherches sur quelques questions relatives à la topographie de Delphes», *Bulletin de l’Académie Royale du Danemark*, 6, p. 380.

- RANKOV, B. (2017): “Ancient naval warfare, 700 bc-ad 600”, en WHITBY, M. y SIDEBOTTOM, H. (eds.), *The Encyclopedia of Ancient Battles*, John Wiley & Sons Ltd, pp. 1-39.
- REMEDIOS SÁNCHEZ, S. (2010): «Apuntes sobre la presencia púnica en la Roma arcaica», *SPAL*, 19, pp. 187-196.
- RIDGWAY, D. (1992): *The first Western Greeks*. UK: Cambridge Univ. Press, Cambridge.
- RIDWAY, D. (2006): “Early greek imports in Sardinia”, en TSETSKHLADZE, G. R. (ed.), *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and Other Settlements Overseas*, V. 1, Mnemosyne, Supplements v. Leiden, 193/1, pp. 239-252.
- RIERA VARGAS, R. (2015): *Relaciones militares y diplomáticas de Cartago en el Mediterráneo Occidental (410-221 a.n.e)*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona Repositorio de Tesis.
- ROLDÁN HERVÁS, J. M. (1987): *La República Romana*, t. 1. Cátedra, Madrid.
- ROLLER, D. W. (2015): *Ancient Geography: The Discovery of the World in Classical Greece and Rome*. Tauris, Londres.
- RUFETE TOMICO, P. (2002): *El final de Tartessos y el período turdetano en Huelva*. Huelva Arqueológica, Huelva 17.
- MAZZARINO, S. (1947): *Introduzione alle guerre puniche*. Catania.
- SACHS, G. (2014): *Phokaia und seine Kolonien im Westen; Handelswege in der Antike*. Verlag Dr. Kovac, Hamburgo.
- SÁEZ ROMERO, A. M.; DÍAZ RODRÍGUEZ, J. J. y SÁEZ ESPLIGARES, A. (2004): «Nuevas aportaciones a la

- definición del Círculo del Estrecho: la cultura material a través de algunos centros alfareros (ss. VI-I a.n.e)», *Gerión*, 22 (1), pp. 31-60.
- SALVIAT, F. (1981): «Le Trésor Des Marseillais à Delphes et sa dédicace», *Archéologie Du Midi Méditerranéen (Lettres d'information du CRA Valbonne)*, pp. 7-16.
- SCARDIGLI, B. (1991): *I Trattati romano-cartaginesi*. Scuola Normale Superiore, Pisa.
- SCARDIGLI, B. (2011): “Early relations between Rome and Carthago”, en HOYOS, B. D. (ed.), *A Companion to the Punic Wars*. Wiley-Blackwell, Malden, pp. 28-38.
- SCHULTEN, A. (2006): *Tartessos: Contribución a la historia más antigua de Occidente*. Renacimiento. Biblioteca Histórica, Sevilla.
- SHIPLEY, D. G. J. (2011): *Pseudo-Skylax's Periplus: The Circumnavigation of the Inhabited World – Text, Translation and Commentary*. Bristol Phoenix Press, Exeter.
- SHUEY, E. B. (1982): *Etruscan Maritime Activity in the Western Mediterranean ca. 800-400 B.C.: An Archaeological Perspective on Historical Interpretations*, Disertación de Tesis Doctoral, Universidad de California Santa Bárbara.
- STEINBY, C. (2007): *The Roman Republican Navy: From the Sixth Century to 167 B.C.* Societas Scientiarum Fennica, Helsinki.
- TARRADELL, M. (1967): “Los fenicios en Occidente: Nuevas perspectivas”, en HARDEN, D. (ed.), *Los Fenicios*. Aymá, Barcelona.

- TSIRKIN, J. B. (1996): «The Downfall of Tartessos and the Carthaginian establishment on the Iberian Peninsula», *RstudFen*, 24, pp. 141-152.
- VALLET, G. y VILLARD F. (1996): «Les phocéens en Méditerranée occidentale à l'époque archaïque et la fondation de Hyélè», *Le monde grec colonial d'Italie du Sud et de Sicile*. École Française de Rome, Roma 218, pp. 207-228.
- VILLARD F. (1960): *La céramique grecque de Marseille (VI-IV siècle)*. *Essai d'histoire économique*, Editions E. De Boccard, Paris.
- WALBANK, F. W. (1970): *A Historical Commentary on Polybius*, Oxford.
- WALBANK, F. W. (1970): *A Historical Commentary on Polybius*, v. 1. Oxford University Press, Londres.
- WEAR, G. (2016): "Alalia & the aftermath", *JAHA*, 3 (3), pp. 5-12.
- WHITTAKER, C. R. (1978): "Carthaginian imperialism in the fifth and fourth centuries", *Imperialism in Ancient World*, Cambridge, pp. 59-90.
- WHITTAKER, C. R. (1978): "Carthaginian Imperialism in the Fifth and Fourth Centuries", en GARNSEY, P. D. A. y WHITTAKER, C. R. (eds.), *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge University Press, pp. 59-90.
- ZUCCA, R. (1996): *La Corsica romana*. Editrice S'Alvure, Sassari.

HISTORIA MEDIEVAL

Coordinador

Dr. Martín Alvira Cabrer

**LA BATALLA DEL SALADO (1340). UNA VISIÓN DESDE LA
*FUERÇA DE ARMAS***

**THE BATTLE OF SALADO (1340). A VISION FROM THE
*FUERÇA DE ARMAS***

Manuel López Fernández

UNED. Centro Asociado de Algeciras

Resumen:

El 30 de octubre de 1340 tuvo lugar una de las batallas más importantes de la Reconquista, la del arroyo Salado de Tarifa, que terminó con el brillante triunfo del ejército castellano-portugués y la contundente derrota de las fuerzas formadas en la alianza entre benimerines y granadinos, por lo que este acontecimiento supuso un antes y un después en la actuación de los magrebíes en la Península. Los diversos aspectos relacionados con la batalla del Salado han sido estudiados desde diferentes puntos de vista, pero aquí nos limitaremos a analizarlos desde un enfoque puramente militar. Desde esta perspectiva, queremos resaltar que tal confrontación constituye uno de los ejemplos, dentro de la época medieval, en la que fuerzas superiores, desplegadas a la defensiva y ubicadas en posiciones dominantes, fueron derrotadas gracias al uso conveniente de la maniobra por parte de los aliados cristianos.

Palabras clave:

Alfonso XI de Castilla, Abu l-Hasan de Marruecos, Alfonso IV de Portugal, Yusuf I de Granada

Abstract:

On October 30, 1340, took place one of the most important battles of the Reconquista, the Salado de Tarifa stream, which ended with the

brilliant triumph of the Castilian-Portuguese army and the overwhelming defeat of the forces formed in the alliance between Merinids and Grenadians, so this event was a before and after in the performance of the Maghrebis in the Peninsula. The various aspects related to the Battle of El Salado have been studied from different points of view, but here we will limit ourselves to analyzing them from a purely military perspective. From this perspective, we want to highlight that such confrontation constitutes one of the examples, within medieval times, in which superior forces, deployed on the defensive and located in dominant positions, were defeated thanks to the convenient use of maneuver by the Christian allies.

Key Words:

Alfonso XI of Castile, Abu l-Hasan of Morocco, Alfonso IV of Portugal, Yusuf I of Granada.

Prolegómenos políticos-militares a la Batalla del Salado

El subtítulo de este trabajo responde a nuestra clara intención de realizar el análisis de la batalla del Salado desde el punto de vista militar, incluyendo la intervención de los hombres de la flota castellana. Este enfoque nos obliga a eludir otros interesantes aspectos relacionados con la misma (SEGURA, 2005, pp. 1-40)²⁴⁵, como podía ser el ambiente religioso que precedió al enfrentamiento armado (GOÑI, 1958, pp. 323-326; PÉREZ-BUSTAMANTE, 1977, pp. 189-190; DUALDE, 1950, pp. 43-83), y el interés de Alfonso XI por retomar la historia de los últimos reyes de Castilla después de la batalla que tratamos. Si el primer aspecto lleva a decir al cronista real que la

²⁴⁵ En este trabajo trataremos superficialmente diversos asuntos de los muchos que están en relación directa con la batalla que tratamos.

victoria del Salado se debió al “poder de Dios” más que a la “fuerza de armas” (*Corónica de don Alfonso el Onceno*, en adelante C, p. 329; también en la *Gran Crónica de Alfonso XI*, en adelante GC, p. 441), el segundo propicia un determinado modelo cultural en el que destaca el interés por retomar el entramado histórico del reino castellano (GÓMEZ, 1999, p. 1.260)²⁴⁶, dando lugar a la redacción de un nuevo modelo de crónica real²⁴⁷.

Pero si los asuntos citados son marginados en nuestro trabajo, no creemos acertado hacer lo mismo con las circunstancias políticas que se vivían en la Península y en su entorno geográfico por aquellos tiempos. Olvidar estos aspectos supondría ocultar la raíz del conflicto político-militar que desembocó en la batalla que nos ocupa, enfrentamiento que tuvo lugar entre dos potencias en expansión ayudadas por algunos de sus aliados. Las dos potencias aludidas —y sobre las que recayó el mayor esfuerzo— eran el reino de Castilla y el sultanato de los benimerines, representadas cada una de ellas por sus respectivos mandatarios: el rey Alfonso XI de Castilla y el sultán *Abu l-Hasan*, dos destacadas personalidades de la época.

Alfonso XI reinaba en Castilla desde la muerte de su padre, Fernando IV, ocurrida en el año 1312, aunque al nuevo monarca no se le reconoció la mayoría de edad hasta 1325, cuando todavía era un niño de 14 años. Para atraerse a la díscola nobleza no encontró don Alfonso

²⁴⁶ Este autor hace referencia aquí a otros aspectos culturales de carácter jurídico y literario. Por otro lado nos dice que, después del Salado, Alfonso XI ordenó a Fernán Sánchez de Valladolid que reconstruyera el entramado histórico del reino de Castilla, interrumpido en el reinado de Fernando III.

²⁴⁷ Según el autor que ahora seguimos, esta crónica es la que fundamenta el género de la crónica real con todas sus consecuencias doctrinales y discursivas.

mejor camino que involucrarla en la guerra contra Granada, reino al que comenzó a combatir en 1327 y al que arrebató numerosas plazas fronterizas²⁴⁸ antes de firmar la llamada paz de Teba, en febrero de 1331 (GARCÍA, 2013, p. 22). Ese mismo año llegaba al trono de los benimerines el sultán *Abu l-Hasan*, y pronto salieron a relucir sus pretensiones expansionistas —con las que alcanzó la hegemonía militar en el Norte de África—, y su intención de intervenir en la Península Ibérica (MANZANO, 1992, pp. 203-237).

La presión militar que Alfonso XI ejerció sobre Granada provocó que su rey, *Muhammad IV*, pidiera ayuda a Fez en 1332. Petición a la que respondió el sultán enviando a su hijo *Abu Malik* con un fuerte contingente, en el invierno de 1333, con el que puso cerco al castillo de Gibraltar. Las dificultades internas en Castilla demoraron la intervención militar de Alfonso XI, por lo que cuando este llegó a tierras del Estrecho el alcaide de Gibraltar había entregado el castillo a los benimerines; el intento de recuperar la fortaleza resultó vano cuando, africanos y granadinos, lo sitiaron en el istmo de Gibraltar. La situación se resolvió mediante la propuesta de un acuerdo de paz entre las partes, pero la tregua no se hizo firme hasta marzo del año siguiente (MANZANO, 1992, p. 231), así que en el otoño de 1333, temiendo el rey de Castilla que los musulmanes no respetaran la tregua propuesta, pidió la alcabala a los concejos de la Andalucía castellana, y también a Murcia, para pagar el sueldo de una mesnada de 3.000 hombres de a caballo, fuerzas que repartió a lo largo de ciertas poblaciones cercanas

²⁴⁸ Entre ellas citaremos Olvera, Pruna, Ayamonte, Torre Alhaquime, Teba, Cañete la Real, Las Cuevas y Ortejícar.

a la línea fronteriza con Granada (C, p. 259, GC, p.76 y LADERO, 1993, p. 180-181).

Se puede decir que fue a partir de entonces cuando Alfonso de Castilla inició la potenciación de la caballería en la Frontera y, en esta línea, emitió un privilegio en septiembre de 1336 tratando de que la milicia concejil de Écija alcanzara los 400 hombres a caballo. Al año siguiente, en noviembre de 1337, dio un ordenamiento a Sevilla obligando a que sus vecinos tuvieran caballos en proporción a sus bienes, a partir de los 5.000 maravedíes. A las medidas anteriores, ya marzo de 1338 y después de imponerse a la nobleza más díscola, vino a sumarse el Ordenamiento de Burgos, normativa en la que venía a regularse la obligación de los nobles respecto a la Corona en asuntos militares, disponiéndose que, en caso de guerra, aquellos que percibían libramientos, acudieran a la llamada del rey con un caballero y dos peones por cada 1.100 maravedíes que recibieran del monarca (CORTES, 1861, p. 450 y ss.)

Después de alcanzar un acuerdo naval con Aragón, en mayo de 1339, para evitar que los norteafricanos siguieran pasando efectivos a la Península a través del Estrecho, Alfonso XI volvió a reclamar la alcabala a los concejos de la Frontera (LADERO, 1993, p.181). Ya en el mes de julio, el rey castellano emprendió una campaña por tierras cercanas a Ronda y volvió a Sevilla a primeros de agosto con la intención de desplazarse a Madrid en septiembre —donde tenía convocadas Cortes para el otoño— dejando las mesnadas reales y otros efectivos repartidos en la Frontera. Así fue como el maestro de la Orden de Alcántara fue enviado a Écija, el obispo de Mondoñedo a la zona de

Jerez y el maestre de Santiago a Úbeda (C, p. 298 y GC, p. 263). Cuando este último llegó a su lugar de destino tuvo noticias de que los granadinos sitiaban la plaza de Siles, por lo que pidió ayuda a los concejos del obispado de Jaén y con 1.000 hombres de a caballo y 2.000 de a pie²⁴⁹ derrotó al ejército sitiador (C, p. 292 y GC, p. 266).

Por entonces, el infante benimerín decidió emprender una incursión armada sobre las tierras de Jerez con el fin de apoderarse de ganado y provisiones. Cuando regresaba a Algeciras con abundante botín, en octubre de 1339, fue sorprendido, derrotado y muerto, por un fuerte contingente fronterizo al mando del maestre de la Orden de Alcántara, quien ejercía como adelantado de la Frontera. Este contingente, reunido a toda prisa con hombres provenientes de Écija, Sevilla y Jerez, consiguió reunir un total de 2.000 hombres de a caballo y 2.500 peones (C, p. 301 y GC, p. 277). Ya en febrero de 1340 intentaron los benimerines atacar Jerez, siendo rechazados por las mesnadas fronterizas del rey y por los de la propia villa, contingente que alcanzó el número de 1.300 hombres de a caballo (C, p. 305 y GC, 301-302).

Para esta última fecha, y como respuesta a la muerte de *Abu Malik*, el sultán *Abu l-Hasan* había proclamado la guerra santa y reunido en Ceuta un gran contingente que necesitaba pasar a la Península. Después de un par de intentos fallidos, la flota musulmana se deshizo de la flota castellano-aragonesa en una batalla naval que se desarrolló en la ensenada de Getares el día 8 de abril de 1340 (LÓPEZ, 2007b, pp. 135-162). A partir de entonces, el sultán tuvo el camino libre para trasladar

²⁴⁹ Entendemos que estos números se dan en las crónicas castellanas por redondeo y siempre al alza. Nosotros seguiremos la misma directriz.

su ejército al puerto de Algeciras al quedarse sus enemigos sin embarcaciones suficientes como para hacerles frente; así que a lo largo de lo que restaba de primavera y en los meses de verano aumentó considerablemente el potencial de su ejército en la orilla norte del Estrecho (LÓPEZ, 2018b, pp. 109-117). Luego, contando ya con la colaboración del rey de Granada, puso cerco a Tarifa el día 23 de septiembre (LÓPEZ, 2018a, p. 14).²⁵⁰

Alfonso de Castilla, aunque reforzó Tarifa desde el momento mismo que supo lo ocurrido en Getares, no reaccionó militarmente por tierra a pesar de tener reunidas en Sevilla las fuerzas de sus vasallos desde mediados del mes de marzo, después de obtener los servicios necesarios en las Cortes celebradas en Madrid en el otoño anterior (C, p. 298 y GC, p. 264). Parece que la prioridad del rey de Castilla era intervenir en el mar, por lo que rearmó una flota en Sevilla y la envió al Estrecho en cuanto supo que Tarifa estaba siendo cercada. Dicha flota, bajo mando del prior de la Orden de San Juan, Alfonso Ortiz Calderón²⁵¹, creemos que zarpó de Sevilla el 26 de septiembre, día en el que el rey reunió a la nobleza en su palacio para exponerle el plan de descercar Tarifa; allí mismo le aconsejaron algunos que antes de ponerse en marcha hacia el Estrecho pidiera ayuda a sus aliados cristianos en la Península, los reyes de Aragón y de Portugal. Aquel punto de vista tenía mucho sentido

²⁵⁰ El rey de Castilla había enviado a Tarifa, pocos días antes y en calidad de alcaide, a Juan Alfonso de Benavides como sustituto de Alfonso Fernández Coronel. A su vez, este último había relevado a Martín Fernández Portocarrero. De los tres hombres hablaremos más adelante.

²⁵¹ La intervención de parte del personal de esta flota en la batalla del Salado nos obliga a puntualizar que la misma estaba compuesta inicialmente de quince galeras, cuatro leños y doce naos.

cuando la empresa de Tarifa se trataba de una cruzada respaldada por la Iglesia, pero chocaba con la idea alfonsina de que la guerra contra Granada era cosa exclusiva de Castilla, no siendo partidario de la intervención de otros reinos en la misma.²⁵²

Gestión de la ayuda portuguesa. El traslado del ejército hasta Tarifa

A pesar de lo anterior, sabemos que el rey de Castilla había pedido colaboración al rey de Aragón en el mes de mayo para que, desde Murcia, atacara las fronteras de Granada (GIMÉNEZ, 1932, p. 637). Y ya en el mes de septiembre, ante lo apremiante de la situación, Alfonso XI se decidió a pedir la colaboración del reino de Portugal apoyándose en la reina de Castilla, hija del monarca portugués, por lo que la intervención personal y directa de la reina en el asunto político del que hablamos fue determinante ante las posibles reticencias de Alfonso IV de Portugal.

La reina de Castilla debía ser concedora de que su padre se encontraba en el Alentejo, así que una mañana —tal y como señala el *Poema de Alfonso el Onceno* (en adelante *Poema*, p. 512)²⁵³— salió de

²⁵² En esta mentalidad pudo influir lo que le ocurrió a su padre, Fernando IV, al ceder a Jaime II de Aragón los derechos de conquista de Almería con el fin de que le ayudara por mar en la conquista de Algeciras. Ambos cercos terminaron en un rotundo fracaso y los acuerdos se rompieron, pero Alfonso XI nunca estuvo de acuerdo con aquella actitud de su padre, consistente en ceder derechos de conquista a cambio de ayuda militar.

²⁵³ En la obra que seguimos ahora se refleja esta circunstancia de la siguiente manera: “*La rreyna que esto oyó / Guisoze muy noble mente / De Ssevilla sse salio / Un dia amaneciente...*”. El día concreto lo deducimos de la interpolación de una serie de sucesos que ocurrieron antes y después de lo que aquí tratamos.

Sevilla camino de Portugal. Suponemos que esa mañana corresponde al día 27 de septiembre y que la reina debió pasar por Santa Olalla (Huelva), y Jerez de los Caballeros (Badajoz), antes de llegar a Terena (Portugal) el día 29 de septiembre. Aquí, de acuerdo con la tradición, pudo recibir doña María a los emisarios que la precedían en la búsqueda del rey de Portugal (SEGURA, 2013, 77), siendo portadores de la “boa nova” que su padre ayudaría al rey castellano²⁵⁴. Los emisarios de la reina debieron encontrar al rey de Portugal en Estremoz (C, p. 320)²⁵⁵, adonde se había desplazado al enterarse que su hija lo buscaba, pero al no encontrarla aquí prosiguió su camino hasta Evoramonte (GC, p. 363), donde se produjo el encuentro entre padre e hija el día 30 de septiembre, según nuestros cálculos.

Obtenida la confirmación de la necesitada ayuda, doña María envió mandaderos al rey de Castilla y este creyó interesante entrevistarse personalmente con su suegro, por lo que salió de Sevilla el domingo 3 de octubre a primera hora. Pasó por Jerez y Olivenza las noches de los días 3 y 4, pero en la entonces portuguesa villa de Olivenza la lluvia debió impedirle continuar el camino hacia Jurumenha²⁵⁶, donde le

²⁵⁴Terena está en la bisectriz del ángulo que forman los caminos entre Jerez-Évora y Jerez-Estremoz. Por lo que tiene sentido que la reina de Castilla se dirigiera a Terena, al no saber exactamente dónde estaba su padre. Hemos de dar por seguro lo último ya que en esta villa se levantó la iglesia de la *Boa Nova*, en acción de gracias por la victoria del Salado

²⁵⁵ Aquí leemos *Entramence*, No obstante, los historiadores portugueses hablan de Estremoz.

²⁵⁶ Las crónicas castellananas no mencionan esta incidencia, pero luego veremos que al día siguiente el rey encontró crecido al río Guadiana y no pudo cruzarlo, a consecuencia del temporal que afectó también al Estrecho. Este fenómeno puede que se deba al paso de los restos de un huracán tropical de carácter tardío. Conocemos estudios sobre otros casos similares, todos ellos en el otoño.

esperaba el rey de Portugal (GC, 366). A pesar de su voluntad, el jueves 5 de octubre no pudo llegar el rey de Castilla a la villa de Jurumenha porque el río Guadiana “*iba grande et non pudo pasar allende*” (C, p. 320), por lo que el monarca portugués y el infante don Pedro hubieron de tomar una barca para cruzar el Guadiana y entrevistarse con el rey de Castilla²⁵⁷. Terminada la entrevista, el rey de Portugal se fue de nuevo para Jurumenha y envió orden a sus vasallos que tomaran el camino hacia Sevilla (*Crónica de 1344*, 1970, p. XXIV). Después de dormir en Olivenza aquella noche, el rey de Castilla volvió a Jurumenha para saludar a la reina de Portugal —tía y suegra a la vez—, desde donde se fue a Badajoz mientras el rey de Portugal iba Elvas (GC, p. 366).

De Badajoz salió don Alfonso hacia Sevilla el día 7 de octubre utilizando el mismo camino de la ida²⁵⁸, siendo muy probable que al llegar a esta ciudad, el lunes 9 de octubre, se enterara del desastre sufrido por la flota que operaba en Tarifa, por lo que convocó una nueva asamblea nobiliaria para informar a la aristocracia de su reino de la nueva situación político-militar. Mientras tanto el rey de Portugal se dirigía ya hacia Jerez (de los Caballeros), donde hizo noche, para pernoctar después en Santa Olalla y Guillena, villa esta última a la que se desplazó el rey de Castilla, el viernes 13 de octubre, para darle la

²⁵⁷ En la noche del día 5 de octubre el temporal alcanzó el Estrecho y destrozó parte de la flota castellana que allí operaba. No se menciona esta fecha en las crónicas, pero la *Gran Crónica* relata unos acontecimientos ocurridos al día siguiente —en los que no podemos entrar— y puntualiza que era viernes, día de abstinencia de carne para los cristianos.

²⁵⁸ Lo suponemos así porque el camino ya estaba reforzado con efectivos equinos de las cuadras reales.

bienvenida. De esta manera el rey de Portugal pudo entrar en Sevilla cuatro días más tarde que el rey de Castilla, tal y como se señala en (C, p. 322) al hablar de este asunto.

Como consecuencia de la premura de tiempo que rodeó la convocatoria del ejército portugués, no fue elevado el número de efectivos que se presentaron en Sevilla siguiendo a su rey²⁵⁹. Y menor aún lo fue la cantidad de cruzados procedentes de otros reinos que se personaron en la ciudad del Guadalquivir para combatir contra los musulmanes²⁶⁰. Por tanto, el grueso del ejército que se concentró en las cercanías de Sevilla estaba constituido en su inmensa mayoría por hombres del reino de Castilla, compuesto fundamentalmente por milicias señoriales y concejiles, además de las órdenes militares, fuerzas reunidas todas ellas en la ciudad del Guadalquivir²⁶¹, de manera escalonada y con los pertrechos e impedimenta necesarios para la campaña, traídos desde sus lugares de origen.

De acuerdo con lo anterior, el sábado 14 de octubre el rey de Castilla mandó hacer alarde en el campamento cercano al río Guadaira con el fin de contabilizar los efectivos que allí tenía, los cuales consistían en

²⁵⁹ No señalan las crónicas los hombres que en esta ocasión acompañaban al rey de Portugal; sin embargo, en las mismas se habla de que en la batalla participaron unos mil hombres de a caballo, sin precisar cuántos lo hicieron a pie.

²⁶⁰ Respecto al número de cruzados que intervinieron en la ocasión del Salado existen discrepancias. No obstante, nosotros pensamos que no fue muy elevado y que su presencia tuvo carácter testimonial.

²⁶¹ El hecho de que el monarca castellano requiriera la presencia en Sevilla, a mediados de agosto, de Alonso Fernández Coronel —alcaide de Tarifa por entonces— denota que el rey estaba francamente decidido a combatir contra los musulmanes, motivo por el que en Sevilla estaba concentrado gran parte de su ejército. Por otro lado, la flota también se estaba organizando para estas fechas, pues de lo contrario no hubieran podido salir de Sevilla al poco de comenzar el cerco a Tarifa.

8.000 hombres de a caballo y 12.000 de a pie (C, p. 322)²⁶². Pero si tenemos en cuenta que Tarifa estaba siendo cercada por los musulmanes, no creemos que fuesen los efectivos salidos de Sevilla los únicos disponibles en ese momento tenía el rey castellano; en tal situación nos inclinamos a creer que en las guarniciones más cercanas al Estrecho, al igual que en otras situadas en segunda línea, debía contar con más combatientes. En estas circunstancias, en la tarde del día 15 de octubre, salió el rey don Alfonso de Sevilla para hacer noche en dicho campamento, dejando al rey de Portugal en su aposento sevillano.

Bajo la dirección del rey de Castilla, asesorado por su adalid, Juan Martínez Omar (C, p. 343)²⁶³, el ejército castellano-portugués se puso en marcha hacia las tierras del Estrecho el lunes día 16 de octubre, yendo a acampar una legua más allá de Alcalá de Guadaira, lugar donde fue a reunirse don Alfonso de Portugal (C, p. 323 y GC, p. 390). De acuerdo con los datos que manejamos, las tropas formaban dos escalones de marcha²⁶⁴ y acampaban en lugares con agua y pastos, a los que se les podía llevar provisiones —especialmente grano para los animales²⁶⁵— de los lugares cercanos previamente abastecidos a lo

²⁶² Entendemos que el cronista redondea por exceso. Particularmente creemos que las cifras son más reducidas, aunque no mucho. Más tarde entraremos en detalles respecto a estos números.

²⁶³ Según podemos leer aquí, este adalid era moro y fue el mismo que dirigió las huestes reales a la toma de Algeciras en 1342, porque en la ocasión del Salado “guió la gente por buenos logares”.

²⁶⁴ A esta conclusión llegamos después de contrastar los lugares donde albergaban el cronista y el arzobispo de Toledo.

²⁶⁵ Los 8.000 caballos podían consumir unos 40.000 kgs. diarios de pienso. Y aunque a esta cantidad le sumemos la consumida por el resto de animales que conformaban el ejército, no creemos que supusiera problema alguno ya que el grano necesario pudo ser almacenado durante el verano en los lugares por donde después había de pasar la

largo del verano. En su marcha, el ejército pasó por Utrera, Alocaz, Cabezas de San Juan y Laguna de Tollos, llegando el día 21 a la margen derecha del Guadalete, cerca de Jerez. Vivaquearon aquí y, al día siguiente, emprendieron el camino para cruzar el antes citado río por el vado de Torrecera, acampando la noche del 22 de octubre en la margen izquierda del Guadalete²⁶⁶ y permaneciendo allí los días 23 y 24 con el fin de esperar a los que seguían llegando²⁶⁷ y reponer provisiones. Con respecto a estas, cabe decir que fue aquí, y durante esos días, cuando repartieron las viandas que le llegaron de Sevilla a través del mar y por el curso del Guadalete. Por todo ello, creemos que es a partir de la última fecha cuando debemos contar los 15 días de autonomía que el rey había fijado para el ejército al salir de Sevilla (C, p. 322 y GC, p. 384-385.)²⁶⁸.

Así las cosas, creemos que la vanguardia fue a dormir el miércoles 25 de octubre a las proximidades de Medina Sidonia, para acampar el día siguiente junto al río Barbate y el 27 entre la torre de Benalup y el río Celemín, llegando al cauce del río Almodóvar el sábado 28 de

hueste. Desde Sevilla a Benalup, el camino estaba jalonado de poblaciones y torres, todas en poder de los castellanos.

²⁶⁶ En estos días, entre el 22 y 24 de octubre, llegaron más portugueses y la gente de las guarniciones fronterizas. También se presentó al rey de Castilla el almirante de Aragón, Pedro de Moncada; al mismo tiempo casi, el rey de Portugal ordenaba a su almirante que regresara a Lisboa. Este detalle último resulta muy interesante para confirmar que la flota portuguesa había regresado al Estrecho después de ser afectada por el temporal del que hemos hablado.

²⁶⁷ El rey de Castilla supo, antes de salir de Sevilla, que el monarca granadino estaba en Algeciras con su ejército, por ello cabe suponer que dio las órdenes oportunas para que gran parte de las guarniciones de la frontera se unieran a sus fuerzas en el campamento del Guadalete.

²⁶⁸ Los distribuimos así: 5 días para llegar a Tarifa, 5 de estancia allí y otros 5 de vuelta.

octubre. A partir de aquí abandonaron el camino que iba a Tarifa y el último tramo del itinerario, unos 15 kilómetros, se hizo en la mañana del domingo 29 dejando a su izquierda la Sierra de Fates y la Sierra de Enmedio, hasta detenerse en la entalladura natural de la Peña del Ciervo, con lo que el resto del ejército pudo asentar entre dicha peña²⁶⁹, la playa de Valdevaqueros y el río del Valle.

A primera hora de la tarde pudieron ver el alfanegue del sultán en “un otero alto” (C, p. 323) y contemplar también el despliegue del ejército musulmán que le cortaba el paso hacia Tarifa, ocupando las lomas y llanuras de la margen izquierda del Salado, entre el puerto de Piedracana y el mar. Los dos reyes reunieron a sus consejeros con el fin de estudiar el despliegue de su ejército para el día siguiente, así como el empleo de la táctica más eficaz a emplear en la batalla. Una vez tomadas las decisiones que consideraron oportunas, don Juan Manuel y Alfonso Fernández Coronel fueron a Tarifa en una galera (GC, p.413) para organizar el ataque que al día siguiente había de hacerse desde esta villa, razón por la que a primeras horas de la noche un millar de hombres a caballo y cuatro mil de a pie (C, p. 324 y GC, p. 419) emprendieron el camino hacia Tarifa²⁷⁰ bordeando la playa. El fin de esta arriesgada marcha no era otra que llegar a la villa para unirse a la guarnición de la

²⁶⁹ Ya hemos dicho en otras ocasiones que la finalidad de acampar detrás de esta entalladura orográfica no era otra que alcanzar la seguridad necesaria en la noche previa al combate. Creemos que hubiera sido muy expuesto para los cristianos acampar sobre el camino que venía desde Jerez y Medina Sidonia, bajando hacia Tarifa por Puertollano.

²⁷⁰Conviene no olvidar que entre los dirigentes de aquel contingente estaban Alfonso Fernández Coronel y Martín Fernández de Portocarrero. A todas luces, resulta significativo que el rey pusiera a dos de los recientes alcaides de Tarifa al frente de aquellos combatientes.

misma y a la gente de la flota en el ataque que, al día siguiente, se haría sobre el campamento de los benimerines²⁷¹.

Condicionantes de la batalla: armamento, terreno, efectivos, despliegues

Con ser el armamento un importante condicionante en el resultado final de cualquier batalla, no vamos a profundizar en el asunto por considerar que las diferencias entre los ejércitos eran escasas en lo que a calidad y potencialidad del armamento ofensivo se refiere, aunque creemos que no ocurría lo mismo respecto al defensivo. En este sentido cabe decir que no toda la caballería cristiana estaba equipada de la misma forma, ni todos sus jinetes cabalgaban a la brida, pero en los textos que seguimos existen razones para pensar que buena parte de ella, tanto hombres como caballos, estaban mejor pertrechados que los musulmanes, influenciados estos por la nueva revalorización de la caballería ligera (SOLER, 1993, pp. 191-195). El predominio de este tipo de caballería implicaba ganar en rapidez y libertad de movimientos, pero nada tenía que hacer frente a la caballería pesada —dotada con animales más grandes y mejor protegidos— cuando se entraba en el cuerpo a cuerpo (BACHRACH, 2017, pp. 296-297).

Esa diferenciación en el tipo de caballería, en la calidad el armamento defensivo y, fundamentalmente, en la superioridad numérica de los musulmanes, obligó a que el ejército cristiano desplegara de manera distinta a sus enemigos, buscando el choque

²⁷¹ Mientras *Crónica* atribuye la concepción de esta maniobra al rey de Castilla, *Gran Crónica* la atribuye a don Juan Manuel.

directo con la finalidad de romper las formaciones rivales, situadas a la defensiva sobre el terreno en posiciones dominantes.

Terreno

Uno de los aspectos que nos ayudará a comprender mejor la evolución de la batalla del Salado es conocer el terreno donde se desarrolló. Con esa pretensión hemos pisado el escenario en diversas ocasiones, desde octubre de 2005 (LÓPEZ, 2007a, pp. 2-10), buscando sobre el terreno ciertas precisiones omitidas por los textos.

El terreno, como se dice en un manual militar “es el escenario donde se desarrolla la acción. Condiciona la utilización y rendimiento del armamento y del material y, por tanto, el empleo táctico de las Unidades” (*Doctrina*, 1980, p. 25). Ciñéndonos al caso de la batalla que tratamos, el escenario donde se desarrolló corresponde a los tramos medio e inferior de la cuenca del Salado de Tarifa, curso de agua que no alcanza la denominación geográfica de río. Por lo que a su caudal se refiere, indicaremos que el día de la batalla no constituyó un impedimento para los cristianos excepto en su tramo final, al ejercer aquí como foso inundado, de unos tres metros de anchura, afectado por la dinámica de las mareas, circunstancia en la que pudo apoyarse la vanguardia y el ala izquierda norteafricana (GONZÁLEZ, 2018, p. 122).

Del curso del Salado solo nos interesa el tramo existente entre el mar y las inmediaciones del puerto de Piedracana²⁷², accidente orográfico

²⁷² Todas las referencias topográficas las damos siguiendo el mapa que sirve de base a las figuras que se adjuntan en este trabajo. Las mismas corresponde al mapa del

por el que se puede acceder al camino que llega a Tarifa procedente de Algeciras. El nacimiento del Salado está más alto y el arroyo corre hacia el oeste en un principio, pero al encontrarse con la loma de Los Prados, describe una curva hacia el suroeste al tiempo que suaviza su pendiente cuando llega a las proximidades del actual cortijo del Brocón, donde se produce un ensanche del valle. Aguas abajo vuelve a encajonarse — entre el cerro El Novillero (166 mts.) y la loma Media Baja (86 mts.)— y luego discurre por un valle que se va ensanchando paulatina y constantemente a medida que nos acercamos a su confluencia con el río Jara. Las lomas que flanquean este valle por occidente —las antes mencionadas de Los Prados y Media Baja, junto a la de menor cota de ellas, la de Los Pando—, separan las cuencas del Salado y la del arroyo de Ramos, decreciendo en altura a medida que se acercan a la costa, de manera que a dos kilómetros de la playa el terreno no supera los 10 mts. de cota. Por tanto, el curso del Salado atraviesa en su tramo final una extensa llanada que viene a ser la prolongación de la que se forma en la margen izquierda del río Jara, en el cual desemboca El Salado.

Las tierras situadas en la margen izquierda del citado arroyo —en las que desplegaron los musulmanes, y donde se desarrolló la batalla que nos incumbe— son mucho más accidentadas que las de la margen opuesta. Desde el puerto de Piedra Cana hasta la costa se encrespa la orografía para descender después de forma paulatina, a lo largo de unos cabezos que se alinean en dirección norte-sur, cuyas máximas

Instituto Geográfico Nacional que podemos encontrar en <https://www.ign.es/iberpix2/visor/>.

elevaciones se encuentran a unos dos kilómetros del curso del arroyo que aquí tratamos. Entre estas elevaciones destacaremos en primer lugar, caminando desde Piedracana hacia la costa, el cabezo llamado Bujeo de la Breña (258 mts.) que constituye un escalón para subir al más alto de todos ellos, el que todavía guarda el significativo nombre de “Cerro del Tesoro” (288 mts.). Desde aquí hasta la línea de costa se sucede otra serie de cotas de menor elevación que conforman la divisoria de aguas entre las cuencas del Salado —a poniente— y la del río de la Vega —a levante—, debiendo precisar que las pendientes son mucho más pronunciadas hacia la cuenca de este último río. De tal forma lo son, que resulta muy difícil alcanzar las alturas del Cerro del Tesoro desde la cuenca del río de la Vega si no se sigue una vaguada que arrancando de este río, a la altura de la Casa de la Arboleda Baja, sube hasta la zona de El Novillero y gira luego hasta la misma base del Cerro del Tesoro, pero por la ladera que mira a poniente.

En este espinazo montañoso, la parte que vierte sus aguas hacia la cuenca del Salado tiene menores pendientes porque entre el curso de este arroyo y los cerros dominantes —Bujeo de la Breña y Tesoro— existen otra serie de alturas que constituyen un primer escalón orográfico cuando, desde El Salado, se camina hacia los cerros antes señalados. Uno de estos cabezos se llama El Novillero (166 mts.), al que se accede con relativa facilidad desde el curso del Salado por una vaguada de suave pendiente y por la que hoy discurre el camino que sube hasta el cortijo de Ruedalabola²⁷³. Hacia el mediodía se encuentra

²⁷³ Este cortijo está situado a una cota aproximada de 70 mts., luego el camino se prolonga hasta una antigua cantera situada a unos 140 mts. de altitud.

cerro Palomino (83 mts.) y otras lomas que bordean las cotas de los 60 mts., entre las que encontramos la llamada del Pulgar²⁷⁴.

Desde aquí el relieve desciende suavemente hacia la costa por la zona del cortijo de El Escudero dejando un corredor de no más de un kilómetro de ancho entre el final de estas lomas y la playa de Los Lances. Este corredor, caminando desde Tarifa hacia el interior, lo constituye una llanada formada en el tramo final del curso del río de la Vega, que se une a las conformadas por los acarreos del Jara y del Salado.

Efectivos

Relacionado con este aspecto no podemos más que tratar de aproximarnos a los efectivos que intervinieron en la batalla, porque precisarlo con exactitud resulta prácticamente imposible. En la búsqueda de esa aproximación, debemos preguntarnos en primer lugar si exageran las crónicas castellanas cuando nos informan sobre el número de contendientes que participaron en la batalla que tratamos. Sin duda alguna, lo hacen cuando se refiere a los efectivos musulmanes, pero a nuestro juicio no creemos que se excedan demasiado cuando hablan del número de combatientes del ejército cristiano. Por lo que a este se refiere, las fuentes que vamos a seguir nos hablan del contingente castellano-portugués en dos ocasiones distintas: en Sevilla primero y luego en tierras de Tarifa. En la primera ocasión ya vimos

²⁷⁴ En otros mapas esta loma es llamada “del Pelear”. Nosotros pensamos que este topónimo es una deformación de “Pelear”, nombre que va degenerando con el paso del tiempo.

que ascendían a 8.000 hombres de a caballo y otros 12.000 a pie, cifras que llaman la atención por la proporción entre el personal de a caballo y los de a pie²⁷⁵, pero que en su totalidad no consideramos muy elevadas si tenemos en cuenta que estas fuerzas estaban constituidas por las huestes que recibían libramientos de la Corona —nobles e hidalgos— por la de numerosos concejos de realengo, por las órdenes militares, por las mesnadas del rey de Castilla y por las fuerzas llegadas de Portugal²⁷⁶.

Señalaremos, en lo referente a la aportación de caballería por parte de la clase nobiliaria concentrada en Sevilla²⁷⁷, que hemos contabilizados 30 *ricos hombres* citados por las crónicas a finales de septiembre y otros 15 que no se mencionan entonces²⁷⁸, pero sí se citan en el despliegue y a lo largo del desarrollo de la batalla. La aportación de estos podía rondar los 3.500 hombres a caballo²⁷⁹, sin superar

²⁷⁵ Siendo esta proporción a favor de los primeros, entendemos que viene a ser un reflejo del esfuerzo potenciador de la caballería por parte del rey de Castilla en los años precedentes, tal y como hemos expuesto.

²⁷⁶ Según las crónicas castellanas la aportación portuguesa rondaba el millar de hombres a caballo.

²⁷⁷ Sólo haremos balance de la caballería porque los infantes, al ser más fáciles de reclutar y de armar, casi siempre participaron en mayor número que los hombres de a caballo en las empresas militares.

²⁷⁸ En Sevilla no se nombra al arzobispo de esta ciudad ni a los obispos de Astorga y Osma. Igualmente no se menciona al infante don Fernando de Aragón —sobrino del rey de Castilla—, Fernán González de Aguilar, Alvar Pérez de Guzmán, Juan Rodríguez de Cisneros, Alonso Fernández Coronel, Garcí Laso de la Vega, Martín Fernández Portocarrero y Gonzalo Ruiz de la Vega. Debemos tener en cuenta que los cuatro últimos eran, respectivamente, los mayordomos de los infantes Enrique, Fadrique, Tello y Fernando. Tampoco se menciona en Sevilla a Lope Ruiz de Baeza, a Garcí Meléndez de Sotomayor y a Ruy Páez de Biezma.

²⁷⁹ A esta cantidad hemos llegado después de considerar 10 ricos-hombres a un promedio de 150 hombres; otros 10 a un promedio de 100; otros 15 a un promedio de 50 y, finalmente, otros 20 a un promedio 25. A los maestros de las órdenes militares los incluimos entre los primeros, pero muchos de sus efectivos debían estar a finales

ninguno el máximo que propone el profesor García Fizt para una hueste nobiliaria (GARCÍA, 2012, p. 204). A la cantidad anterior queremos añadir otros 200 hombres de a caballo aportados por hidalgos y caballeros de la Banda²⁸⁰. Y por lo que a los concejos de realengo se refiere, tenemos contabilizado hasta 27 de ellos, pero suponemos que se pudo convocar a más de medio centenar —como ocurrió en el cerco de Algeciras— por lo que a un promedio de 60 hombres a caballo por concejo —poco más de la mitad de los que aportó la villa de Baeza (ARIAS, 2012, p. 135)²⁸¹— la cifra se elevaría a otros 3.000. A las cantidades anteriores queremos sumar la correspondiente a la aportada por los concejos de órdenes militares²⁸² —unos 400 de a caballo—, además de los efectivos de las mesnadas personales de los reyes de Castilla y Portugal, unos 200, si sumamos los donceles del monarca castellano. La suma de las cifras anteriores se eleva a 7.300 hombres a

de septiembre más cerca de Tarifa que de Sevilla, aunque ellos estuviesen junto al rey con un pequeño séquito y con la gente de sus concejos.

²⁸⁰ Algunos de ellos, como Fernán Pérez Ponce, tenían mesnadas a su servicio. Del anterior sabemos que en 1339 tenía 40 hombres de a caballo cuando dejó la alcaidía de Tarifa. (C, p. 300).

²⁸¹ Por las crónicas sabemos que en Lebrija había 60 en octubre de 1339, y en Arcos otros 60. Documentalmente se conoce que el concejo de Baeza intervino con 100 hombres a caballo. A estas cantidades conocidas debemos añadir las aportadas por concejos más grandes y poderosos, como los de Sevilla, Córdoba, Écija, Jerez, Badajoz, Salamanca, Zamora, etc..

²⁸² Fijamos las fuerzas a caballo de las órdenes en esta cuantía porque en 1336, durante el cerco de Lerma, las órdenes de Santiago y Calatrava, se reunieron para combatir a don Juan Manuel con un millar de efectivos de este tipo. Resulta necesario precisar que estas fuerzas no estaban compuestas por freires exclusivamente, pues cuando el rey llamaba a las armas los vecinos de los concejos de órdenes debían incorporarse al fonsado bajo el mando del comendador correspondiente. En el caso que estudiamos hemos asignado unos 400 a Santiago, 300 a Calatrava y 200 Alcántara. En Sevilla podían esperar las fuerzas de los concejos, pero el grueso de las fuerzas de las órdenes militares debían estar más cerca de Tarifa que de Sevilla.

caballo, y se acercaría a los 8.000 si contabilizamos unos 700 de los llegados del reino de Portugal.

En la segunda ocasión que las crónicas hablan de los efectivos militares —ya en tierras de Tarifa²⁸³— el emisario del rey de Castilla informa al sultán que su señor se acercaba a Tarifa con 13.000 hombres de a caballo (GC, p. 392), cantidad muy superior a los 10.000 que nos da la suma de los 8.000 salidos de Sevilla además de los 2.000 que pudieron unirse a la hueste en el camino a Tarifa²⁸⁴. Por lo anterior, consideramos que la suma de hombres a caballo reunidos con ocasión de la batalla del Salado oscilaría sobre los 10.000, mientras que la de combatientes a pie podía superar la de 15.000. Respecto a estos últimos debemos precisar que a los salidos de Sevilla —alrededor de 12.000— se unieron los de la flota —unos 500 cuando menos²⁸⁵—, y otros 2.500 hombres —de los casi tres millares que defendían Tarifa (LÓPEZ, 2018a, p.13)²⁸⁶— sin contabilizar los que pudieran llegar provenientes de las guarniciones cercanas a la frontera²⁸⁷. Resumiendo, consideramos que el total de los efectivos del ejército cristiano en la batalla del Salado

²⁸³ Aquí no se menciona a los peones.

²⁸⁴ A esta última cantidad llegamos a través del siguiente desglose: 1.000 de las mesnadas a sueldo del rey; 500 de las órdenes militares que no estaban en Sevilla; 300 que nos faltaban de Portugal, y 200 provenientes de las guarniciones situadas en las cercanías de la frontera.

²⁸⁵ Si tenemos en cuenta que una sola galera contaba con una dotación de más de 100 remeros, sin contar los hombres de armas de la misma, reunir 500 combatientes a pie no resulta extraordinario aun dejando la mitad de ellos en la embarcación.

²⁸⁶ Asignamos este número por ser igual a los que guardaban Tarifa en 1292 —al ser tomada por Sancho IV— y la guarnición en la misma a finales de 1811, cuando la plaza fue cercada por los franceses.

²⁸⁷ Reiteramos que el rey de Castilla supo antes de salir de Sevilla que el rey de Granada estaba en tierras del Estrecho, por lo que en un último momento pudo disponer de parte de los efectivos de las guarniciones fronterizas.

superaba los 25.000 hombres, de estos unos 10.000 a caballo y más de 15.000 a pie.

Reconocemos que estas cifras pueden resultar abultadas para otros estudiosos de la época (ALVIRA, 2012, pp. 328-330; ARIAS, 2012, pp. 145-148; GARCÍA, 2012, pp. 485-489), pero entendemos que las circunstancias que se daban en la Frontera en los años precedentes a la batalla del Salado estimularon la potenciación de la caballería por parte de Alfonso XI —tanto a nivel señorial como concejil²⁸⁸—, además de propiciar la formación de una mesnada numerosa pagada por la Corona²⁸⁹. Debido a esta intervención de la Andalucía castellana y a la participación de los concejos del reino de León en la batalla del Salado, creemos abiertamente que los efectivos cristianos que participaron en la misma fueron superiores a los que intervinieron en Las Navas.

Y entrando ya en lo relativo al número de combatientes musulmanes, remarcaremos que inflar sin reservas el número de enemigos derrotados responde a un efecto propagandístico de los vencedores (ALVIRA, 1995, pp. 403-423; GARCÍA, 2012, p. 477). Por tanto, no debe sorprendernos que cuando en las fuentes cristianas de la época se habla de los desembarcados en Algeciras, la más moderada de ellas, (*Poema*, p. 507), contabilice 60.000 hombres, mientras que la (C, p. 316) eleva

²⁸⁸ A nivel concejil con la compra de caballos en proporción a los bienes que se tenía. A nivel señorial, presentarse en el fonsado con un contingente proporcional a los libramientos y tierras recibidas. Las cuantías de los libramientos quedaron fijadas en el Ordenamiento de Burgos de 1338. No podemos entrar aquí en un asunto que desbordaría el espacio reservado a este trabajo.

²⁸⁹ En estas disposiciones queremos ver el primer paso hacia la formación de los ejércitos permanentes.

el número a 70.000 caballeros y 400.000 peones, cantidades que luego se dejan en 45.000 hombres de a caballo y 400.000 peones (GC, p. 332).

En los prolegómenos del combate se habla de 70.000 hombres llegados de Marruecos (*Poema*, pp. 519 y 526), sin diferenciar entre caballeros y peones, aunque en el caso de Granada se habla concretamente de 7.000 caballeros y 20.000 peones, cifra esta inadmisibles a todos los efectos. Por otra parte, se dice que un total de 53.000 de a caballo y 700.000 peones (C, p. 324), señalando también que los granadinos formaban con 7.000 caballeros, sin especificar el número de peones. En (GC, p. 409) se recogen un total de 53.000 caballeros y 600.000 peones, y en esta misma línea el cardenal Albornoz (BENEYTO, p. 330) nos habla de 40.000 caballeros y 400.000 peones. Estas cifras son excesivas a todas luces, pero no queriendo reducirlas a su décima parte, como aconseja (IBN JALDÚN, 1977, p. 103), optamos por seguir al mejor conocedor del potencial militar de *Abu l-Hasan*, el historiador Ambrosio Huici Miranda. Este autor, después de un estudio aproximativo, estima que los efectivos de la alianza musulmana oscilaban entre 60.000 y 80.000 (HUICI, 2000, pp. 368-370).

Pero buscando más información en fuentes que no maneja Huici Miranda, encontramos que (*Poema*, pp. 526-527) aporta otras referencias relativas a los benimerines al hablar del reparto de sus efectivos entre los distintos cuerpos de batalla que componían el despliegue magrebí. El autor del *Poema*, aparte de informarnos que el infante “*Audalla*” (*Abu Amir Abd Allah*) mandaba la vanguardia, compuesta por 3.000 caballeros y 2.000 arqueros, nos habla del grueso

de las fuerzas benimerines puestas bajo el mando del infante “*Aboamar*” (*Abu Omar*), con 9.000 de a caballo y 12.000 peones. En esta misma obra se nos dice que las dos alas estaban al mando de los infantes “*Naaçar*” (*Abu Ali Nasir*) y “*Aantar*” (*Abu Ali Umar*); así que como al primero se le asignan 2.000 hombres a caballos, 4.000 arqueros y 5.000 peones, mientras al segundo se le dan otros 2.000 caballeros 6.000 peones, consideramos que este último podía mandar el ala derecha —donde el terreno presenta mayores pendientes—, mientras que los ballesteros se colocan en el ala izquierda, contra la que se presumía que la caballería cristiana realizaría el esfuerzo principal. Como parece lógico, en este despliegue también se contaba con una reserva muy móvil, mandada directamente por un vasallo del sultán, llamado “*Hamulaceri*” (*Hammu Al-Asri*), al mando de 6.000 caballeros.

El *Poema* no habla de las fuerzas que quedaron guardando el campamento benimerín, pero en (C, p. 326 y GC, p. 429) se nos dice que estaba defendido por 3.000 hombres de a caballo y 8.000 infantes, a los que sumaremos un total de 7.000 granadinos —3.000 a caballo y 4.000 a pie—. Con estos datos, encontramos que el total de hombres a caballo ascienden a 27.000, mientras que el número de peones llega a 41.000. Todo ello supone un total de unos 68.000 combatientes musulmanes.

Despliegue cristiano

Entrando ya en lo relacionado con este aspecto, diremos respecto al ejército cristiano que en la mañana del lunes día 30 de octubre, después

de la liturgia que precedió al combate, dejó el campamento instalado a retaguardia de la Peña del Ciervo para cruzar el río Jara. El paso de este río debió hacerse por vados alejados de la costa donde el fango no supusiera un peligro para hombres y animales; por tanto, debió cruzarse a la altura del hoy molino del Mastral y girar luego ligeramente a la derecha para seguir por el camino que, bajando desde Puertollano, se dirigía a Tarifa. Lo más razonable es que el cruce del río Jara se hiciera siguiendo el orden acordado la tarde anterior a la batalla: primero la vanguardia y en último lugar las fuerzas de reserva, sin que nos atrevamos a precisar el orden de paso de las dos alas.

Superado el cruce del río Jara, la vanguardia —al mando de don Juan Manuel— prosiguió por el camino hacia Tarifa, mientras el rey de Portugal —al mando de las fuerzas del ala izquierda— se separaba ligeramente hacia el lado de la sierra, al tiempo que el rey de Castilla —un poco más retrasado y al mando del ala derecha— se fue colocando entre el camino a Tarifa y el mar. Al mismo tiempo, y de acuerdo con lo planeado en la tarde anterior, a medida que avanzaban hacia El Salado, dentro de los distintos cuerpos de batalla los hombres a caballo fueron adoptando la formación en tropeles²⁹⁰, con el fin de obtener una

²⁹⁰ La formación en tropeles se adoptaba cuando no había suficientes efectivos como para formar haces. En este caso, el rey de Castilla había aconsejado llevar los caballos muy juntos para facilitar la capacidad de penetración del tropel en las filas contrarias, tal y como se dice en (DON JUAN MANUEL, 1951, p.322): “et si vinieren en haz , debe facer los suyos tropel, et poner los caballos que trojieren caballeros armados en la delantera et el señor en medio, cerca de su pendón, así que la cabeza del caballo del alférez esté a la pierna derecha del señor, et ir así muy apartados fasta que lleguen a las feridas...”.

mayor eficacia en el combate debido al número inferior de combatientes que conformaban el ejército castellano-portugués.

Adoptadas las últimas disposiciones tácticas, las fuerzas que formaban la vanguardia²⁹¹ —al mando de don Juan Manuel²⁹² y compuesta posiblemente por unos 3.000 de a caballo y unos 1.500 peones—, se detuvieron cerca del curso del Salado fuera del alcance de arcos y ballestas enemigas, esperando que el sol se elevara lo suficiente sobre el horizonte para no tenerlo de frente (GC, p. 423). Al hilo de lo que luego ocurrió, suponemos que los tropeles del ala izquierda de la vanguardia —constituidos por las huestes de don Juan Núñez de Lara²⁹³ y los de la Orden de Santiago— debieron cruzar por la loma de Los Pandos para situarse frente a la vaguada por donde hoy sube una pista de tierra que lleva al cortijo de Ruedalabola.

Por lo que al ala izquierda²⁹⁴ se refiere, mandada por el rey de Portugal, nada sabemos de cómo desplegaron, pero la suponemos compuesta por unos 3.000 de a caballo a los que acompañaban forzosamente gente de a pie en una cuantía que alcanzaría los 1.500 hombres. Después de pasar el Jara, estas fuerzas se debieron

²⁹¹ Por lo que se infiere de la lectura de las crónicas estaba compuesta por fuerzas de los señores y concejos con mayor potencial bélico. Por tanto, los que tenían más caballería pesada.

²⁹² Para conocer más a fondo el potencial militar de don Juan Manuel, véase (GIMÉNEZ, 1932, pp. 40-359-378-583-645)

²⁹³ Los efectivos de este hombre, alférez del real por entonces, los consideramos muy parecidos a los de don Juan Manuel, a juzgar por los libramientos que ambos percibían en 1333.

²⁹⁴ En ella formaban las huestes de Portugal, las del infante Pedro de Castilla, las de las órdenes militares de Calatrava y Alcántara, las de seis ricoshombres mencionados nominalmente "*e otros altos omes de Castilla*", sin especificar quiénes ni cuántos. Además los concejos de: Salamanca, Ciudad Rodrigo, Badajoz, Ayllón, Olmedo, Carrión, Belorado y Saldaña.

descomponer en tropeles a medida que avanzaban hacia la Loma de los Prados para cruzarla y dirigirse directamente hacia el sitio donde hoy se ubica el cortijo del Brocón, situado debajo del cerro llamado Bujeo de la Breña, lugar donde se forma un pequeño ensanche del valle, a corta distancia de donde esperaban los granadinos (GC, p. 432). Posiblemente no fueran estos efectivos del ala izquierda los primeros en llegar al curso del Salado, pero creemos que fueron los primeros en entrar en combate porque, en la trayectoria de su ataque no encontraron el inconveniente de tener el sol de frente, sino a su izquierda, dado que los granadinos esperaban en las faldas del Bujeo de la Breña.

El ala derecha del despliegue²⁹⁵, bajo el mando directo del rey de Castilla, continuó avanzando hasta ocupar la llanada que se extendía cercana a la costa atravesada por el tramo final del curso del Salado, donde tuvieron que esperar a que la vanguardia iniciara el cruce del río, de acuerdo con el plan acordado. Las crónicas castellanas tampoco informan del número de hombres que componían este cuerpo de batalla, aunque nosotros lo suponemos compuesto de un número muy parecido al de la vanguardia, o al ala izquierda, es decir, unos 3.000 de a caballo y unos 1.500 infantes, entre los que debían formar arqueros y ballesteros.

A la infantería, en general, se le asignó una función secundaria en la batalla; creemos que su misión no era otra que servir de parapeto a la

²⁹⁵ Junto al rey de Castilla y sus mesnadas, aquí combatieron los donceles de su casa, dos infantes y ricosombres de Andalucía, los concejos de Córdoba y Zamora junto al resto de los concejos de realengo que no desplegaron en otras formaciones. Por añadidura, también lo hicieron los efectivos de tres arzobispos (Toledo, Santiago y Sevilla) y tres obispos (Mondoñedo, Osma y Palencia).

caballería mientras los tropeles refrescaban, después de un asalto y antes de iniciar el siguiente. Por tanto, sus efectivos desplegaron en distintas “batallas” de manera que cada dos tropeles tenían en medio, y más retrasado, una formación de infantería con varias líneas de profundidad. Un tipo de despliegue parecido le suponemos a las fuerzas de reserva de todo el ejército castellano-portugués, constituidas fundamentalmente por gente de a pie llegada desde las tierras norteñas del reino de Castilla, así como por efectivos de los concejos de realengo y de las órdenes militares. Estas fuerzas fueron puestas bajo el mando de Pero Núñez de Guzmán y, de acuerdo con lo dicho más arriba, el rey de Castilla le ordenó el día previo a la batalla que se mantuviera a su retaguardia, pero relativamente cercano a él (C, p. 324 y GC, p. 413). Su ubicación definitiva cambió el día del combate, y aunque sabemos que su actuación resultó decisiva a la hora de vencer a los granadinos, desconocemos exactamente cuántos efectivos la componían; a pesar de ello, queremos suponer que rondarían los 3.000 individuos²⁹⁶.

Y por último hablaremos de las fuerzas salidas de Tarifa, el cuerpo de batalla de mayor entidad entre los que conformaron el despliegue castellano-portugués, al estar constituido por muchos de los que defendían Tarifa, los provenientes del real cristiano en

²⁹⁶ A esta cantidad debemos sumar los 4.500 infantes que desplegaban en los otros grupos de combates, y los 500 peones para defender el campamento de Valdevaqueros; dada la inferioridad numérica, no creemos que los reyes de Castilla y Portugal reservaran más hombres para esta última función. Por tanto, al noroeste del curso de El Salado podían desplegar alrededor de 8.000 infantes.

Valdevaqueros²⁹⁷ y los hombres disponibles de la flota²⁹⁸. Respecto a esta corresponde señalar que a consecuencia del temporal —a principios de octubre— embarrancaron algunas embarcaciones de la misma en las costas cercanas, pero la mayoría de ellas fueron empujadas al mar de Alborán y desde aquí se dirigieron a Cartagena para reparar los daños sufridos. Sobre el asunto existe una carta del prior del Hospital pidiendo ayuda al Consell de Valencia (*Manual de Consell*, tomo IV, folios 16v-18r), presentada en esta ciudad el día 20 de octubre por el procurador del rey de Castilla, Nicolás Pérez. En dicha carta, después de exponer que la flota estaba allí a causa del temporal, se pedía ayuda para reparar 25 galeras y 25 naves, de los reinos de Castilla y Portugal, por lo que entendemos que la flota de Portugal también fue afectada por aquel fenómeno meteorológico.

Pero volviendo a lo que aquí nos interesa, dado que en la carta se piden, entre otras cosas, 200 remos para las galeras, es muy posible que, tanto en estas como en las naves, se canibalizara material de las que estuvieran en peor estado y volvieran al Estrecho las que estaban en mejores condiciones. Así que el día anterior a la batalla ya pudo contar el rey de Castilla con la colaboración de gran parte de los hombres de

²⁹⁷ De aquí sabemos que salieron fuerzas de: Alonso Fernández Coronel y del infante don Enrique, de Martín Fernández Portocarrero y del infante don Tello, de Enrique Enríquez y de todos los concejos del obispado de Jaén, así como de Pero Ponce de León y del concejo de Marchena. Además de las fuerzas citadas anteriormente, sabemos que también fueron a Tarifa las de los concejos de Jerez, Lorca, Baeza y Requena. Posiblemente fuesen fuerzas de otros concejos, pero desconocemos sus nombres.

²⁹⁸ Tal y como apuntamos más arriba, gran parte de la flota castellana había regresado al Estrecho procedente de Cartagena, por lo que el rey no dudó en emplear a sus hombres para reforzar el contingente que había de salir desde Tarifa.

la flota, entre los que debían abundar los ballesteros, al igual que ocurría entre los defensores de Tarifa. Este cuerpo de combate, al que suponemos rondaría los 8.000 hombres²⁹⁹, se situó en lo alto de la loma que mira al curso del río de la Vega, separados de los musulmanes por el valle que forma el curso medio de este río (C, p. 327, y GC, p. 431). Debían ser ya cerca de las nueve de la mañana (SEGURA, 2013, p. 94-96) cuando el sultán tuvo conocimiento del crecido contingente procedentes de Tarifa³⁰⁰, pero dadas las circunstancias no quiso detraer efectivos de los desplegados para frenar a los cristianos del Salado y esperó al desarrollo de los acontecimientos. Su sorpresa fue que los de Tarifa, tal vez faltos de caballería³⁰¹, no atacaron por la retaguardia como hubiera parecido más lógico, sino que realizaron un largo desplazamiento y fueron a buscar directamente el real de los musulmanes, situado en los altos de El Novillero³⁰².

No dicen las crónicas quién mandaba aquellas fuerzas salidas de Tarifa, reunidas a base de gente de muy distinta procedencia (LÓPEZ,

²⁹⁹ Entre los hombres a pie incluimos aquí a unos 2.500 de los defensores de Tarifa — no toda la guarnición—, 4.000 procedentes del real de Valdevaqueros, más los ballesteros y remeros de la flota en cuantía no inferior a 500 hombres. Sumemos a los anteriores los 1.000 de a caballo que llegaron la noche anterior y los pocos jinetes que hubiera en Tarifa. Por todo ello, consideramos que este grupo se aproximaba a 8.000 combatientes.

³⁰⁰ El sultán no era conocedor de que la guarnición de Tarifa se había potenciado con el numeroso contingente que la noche anterior había llegado procedente del campamento cristiano.

³⁰¹ Creemos que el grueso de la caballería del grupo salido de Tarifa lo componía los mil hombres de a caballo que llegaron a la villa la noche anterior, procedentes del real castellano.

³⁰² La tienda del sultán, así como las de otros importantes personajes, podían encontrarse sobre una explanada que todavía podemos visualizar en lo alto de El Novillero. Desde luego, esta explanada está realizada artificialmente y la configuración de la misma contrasta llamativamente con el entorno inmediato.

2108a, pp. 18-24)³⁰³, pero queremos pensar que en aquella ocasión estaban bajo un mando único y lo más probable es que el rey diera ese privilegio a Alfonso Fernández Coronel, con la orden exclusiva de alcanzar el real del sultán *Abu l-Hasan*. El inconveniente que tenía llegar hasta allí era que su ubicación le caía a unos a unos tres kilómetros de distancia, por lo que estas fuerzas debieron seguir a lo largo de la loma que conforma la cuenca del río de la Vega por su margen izquierda, hasta entroncar con otra senda que los musulmanes habían desbrozado en los días anteriores con el fin de trasladar el campamento desde el curso del arroyo del Retiro hasta las alturas donde se localizaba el real de los benimerines.

Despliegue musulmán

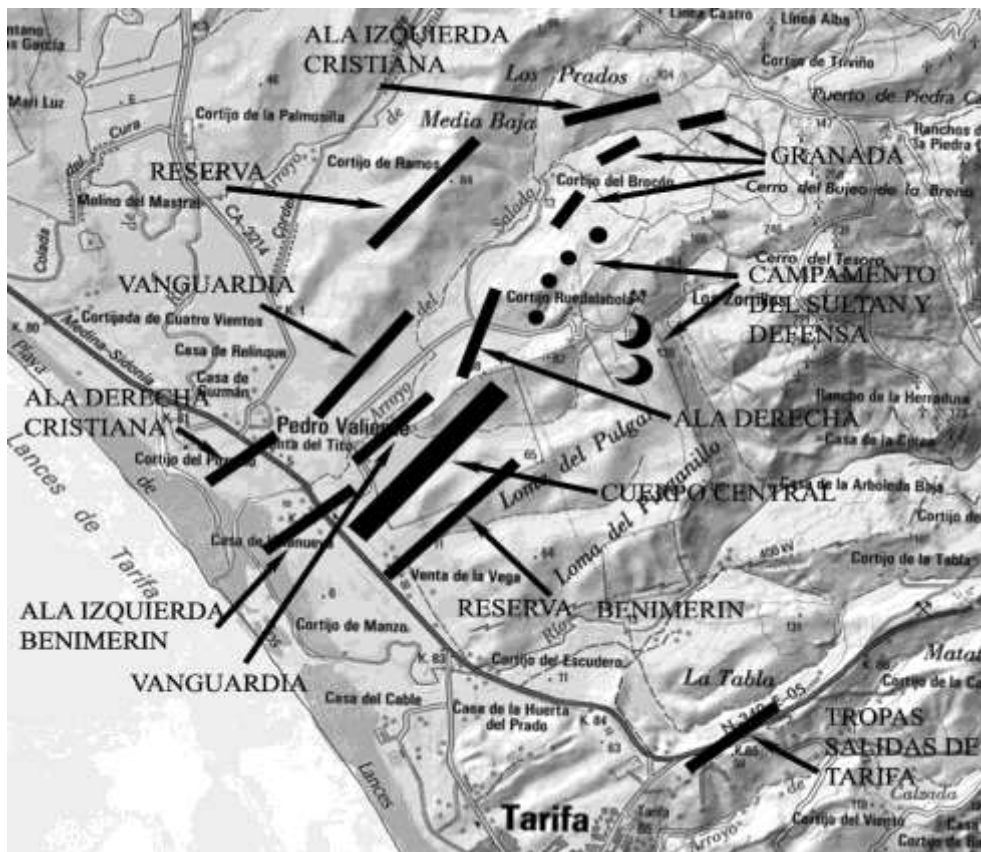
Creemos que una semana antes del enfrentamiento ya habían elegido los musulmanes el terreno donde iban a presentar batalla³⁰⁴, pero no señalan las crónicas que seguimos, ni castellanas ni portuguesas, de cómo desplegó el ejército musulmán en esta ocasión. De todas maneras, las diversas fuentes presentan al ejército musulmán descompuesto en dos grandes núcleos —granadinos y benimerines— actuando cada uno de ellos de manera independientemente bajo la dirección de sus

³⁰³ Sus jefes eran, Alfonso Fernández Coronel, Juan Alfonso de Benavides, Enrique Enríquez, Martín Fernández de Portocarrero, Pero Ponce de León y el prior del Hospital, Alfonso Ortiz Calderón.

³⁰⁴ Los reyes cristianos enviaron emisarios al sultán para informarle de su intención de acudir a Tarifa, y le pedían que desplazara su ejército hasta la llanura próxima a la laguna de La Janda. Pero Abu l-Hasan le respondió que no se movería de las inmediaciones de Tarifa. Suponemos que esta decisión estaba ya tomada para el 22 de octubre.

respectivos reyes. En esta situación, cabe suponer que la unión o solapamiento de ambos ejércitos coincidía con la zona de mayores pendiente del campo de batalla, la que está precisamente en el estrechamiento existente en el valle entre la loma Media Baja —donde desplegó la reserva cristiana— y la zona de El Novillero siendo posible que los jefes de los dos grandes núcleos —el sultán y el rey granadino— estuviese en contacto a través de los enlaces móviles colocados a retaguardia del despliegue conjunto.

Por lo que se refiere al orden de combate adoptado por los granadinos nada seguro sabemos, aparte de las referencias que nos proporciona el *Poema* cuando dice que formaban con tres haces y seis “almogedes” (*Poema*, 1966, p. 525). Y por lo que a los benimerines se refiere, el autor de esta obra es el único que nos da pistas acerca de su despliegue cuando señala que sus efectivos estaban agrupados en once haces y veinticinco “almogotes” (*Poema*, p. 526). Por añadidura, también nos permite conocer que en esta ocasión el sultán había dividido sus fuerzas entre los infantes “*Aboamar*”, “*Audalla*”, “*Naaçar*” y “*Aantar*” (*Poema*, 525-526), lo que nos obliga a pensar que formaban cinco cuerpos independientes si incluimos la fuerzas de “*Hamolaceri*”, a quien el sultán entregó el mando de una reserva compuesta por caballería solamente, para que acudiera con ella y con la enseña del sultán donde quiera que fuese necesario (GC, p. 426).



Croquis del despliegue inicial. El ejército cristiano desplegó en la margen noroeste del Salado, mientras los musulmanes le esperaban en la sureste. Las tiendas del sultán las representamos con medias lunas y con puntos gruesos los efectivos que defendían este campamento. Los efectivos reunidos en Tarifa se situaron en las lomas que rodean la localidad, antes de iniciar la marcha sobre su objetivo: el campamento de Abu l-Hasan.

Desarrollo de la batalla y botín

Bajo nuestro particular punto de vista, la batalla del Salado se desarrolló en dos escenarios compartimentados independientes, aunque geográficamente contiguos. Con ello nos inclinamos a creer que, por ambos bandos, no hubo unidad de mando ni coordinación en las

acciones al no existir contacto visual entre las fuerzas desplegadas en cada compartimento a consecuencia de la configuración del terreno. Por tanto, el resultado final del combate fue consecuencia de las disposiciones tomadas la tarde anterior y de la posterior evolución de los acontecimientos que se produjeron en el amplio campo de batalla. A nuestro entender, los primeros enfrentamientos de la batalla se dieron en el lado más cercano a la sierra por las razones que ya expusimos, relacionadas directamente con la relativa posición del sol para las fuerzas que mandaba el rey de Portugal, al atacar las posiciones granadinas. Entendemos también que estos primeros choques — después de contrastar las diferentes fuentes— fueron favorables a los de Granada. En estas circunstancias, las crónicas portuguesas abundan en detalles con respecto a la actuación del rey de Portugal y la influencia que el símbolo de la Vera Cruz tuvo sobre el bando cristiano, aunque no vamos a entrar en ellos por falta de espacio. Sin embargo, traeremos a colación la información que nos proporciona el polígrafo granadino *Ibn al-Jatib*, por parecernos una opinión más realista y proceder de un hombre presente en aquella batalla. Respecto al desarrollo general del enfrentamiento entre granadinos y las fuerzas del ala izquierda del ejército cristiano dejó escrito *Ibn al-Jatib* (MOLINA, 2001, p. 69):

“El ejército del rey Alfonso de Portugal se enfrentaba con nuestro ejército. Lo habíamos atacado con brío y estábamos a punto de vencerlo, cuando intervino el ejército de reserva, colocado detrás, entre los dos reyes, para reforzar el primer flanco del ejército cristiano que fuera derrotado. Así esa reserva acudió en apoyo de nuestro enemigo y fue la causa de su victoria”.

Esta cita nos parece fundamental por dos razones. La primera para entender que los granadinos fueron vencidos por “fuerza de armas” y no como consecuencia de un estímulo de carácter sobrenatural. La segunda, porque nos permite situar la posición exacta de la reserva cristiana en el momento del despliegue: detrás y entre los dos reyes. Por tanto, queda claro que su ubicación se modificó respecto a lo acordado el día anterior (C, p. 324 y GC, p. 413). Esta variante supuso que el contingente formado por la reserva desplegara a lo largo de las alturas de la hoy llamada loma Media Baja, desde la que se tiene un dominio total sobre el doble escenario donde se desarrolló la batalla, de manera que su jefe, Pero Núñez de Guzmán, podía seguir la evolución del combate y atender al lado desde el que se le requiriera, siendo el flanco izquierdo el que primero necesitó su ayuda.

Pero antes de que se produjera esta ayuda al ala izquierda del despliegue cristiano, conviene repetir que la vanguardia retrasaba su avance hacia Tarifa por la molestia que suponía tener el sol de frente y demasiado bajo. Según las crónicas castellanas, don Juan Manuel ordenó luego pequeñas escaramuzas, pero el ataque formal lo retraso más de lo que todos creyeron necesario; en su descargo nos atrevemos a señalar que posiblemente esperara los efectos de la presencia a retaguardia de los hombres que salieron de Tarifa, pero el sultán no modificó el despliegue inicial a pesar de tener conocimiento de la aparición de aquel nutrido contingente a sus espaldas (C, p. 325 y GC, p. 422).

Sospechamos que *Abu l-Hasan* actuó así porque aquel contingente salido de Tarifa inició un rápido movimiento hacia la sierra con el fin

de atacar el bien defendido campamento de los musulmanes, situado a unos tres kilómetros de distancia, de seguir el itinerario que nosotros suponemos que siguieron. Este itinerario quedaba alejado del despliegue benimerín, ya que el desplazamiento debió hacerse por lo alto de la loma situada a más de un kilómetro de distancia del despliegue musulmán —teniendo por medio el valle que forma el río de la Vega—, y tomar luego la senda empleada por los benimerines en los días anteriores para trasladar el campamento desde los alrededores de Tarifa hasta el lugar que ocupaba el día de la batalla. Esta senda sube por una vaguada desde la actual casa de la Arboleda Baja hasta las cotas donde se hallaba el real de los benimerines, de donde debieron bajar buena parte de los efectivos que lo defendían —3.000 de a caballo y 8.000 infantes— con la intención de detener a los procedentes de Tarifa (C, p.326 y GC, p.429).

Recorrer el espacio existente entre los alrededores de Tarifa y entrar en combate con los defensores del campamento benimerín le debió suponer a este grupo de combate casi una hora, el tiempo que esperó don Juan Manuel antes de iniciar las primeras escaramuzas sobre el estrecho puente que cruzaba el Salado (C, p. 326)³⁰⁵. Fue aquí, sobre las diez de la mañana (SEGURA, 2012, pp. 94-96) donde se produjeron los primeros choques entre la vanguardia musulmana, que triplicaban en número a las primeras fuerzas cristianas que intentaron pasar por aquel puente. El rey de Castilla, al ver que don Juan Manuel no ordenaba entrar en combate a toda la vanguardia, mandó en auxilio de los que

³⁰⁵ Por su parte, en *Gran Crónica* se habla de una pasada estrecha, pero no se menciona la palabra puente.

intentaban cruzar el puente a un grupo de caballeros entre aquellos que le acompañaban en el ala derecha, siendo entonces cuando consiguieron ganar terreno en la margen izquierda del río (C, p.26 y GC, p.427). Superada la vanguardia musulmana, la cual buscó refugio en el núcleo central que mandaba el infante “*Aboamar*”, inició esta una carga de caballería que hizo retroceder a los castellanos “*por fuerça de armas e por bondad de caualleria*” (GC, p. 428), mientras el rey de Castilla cruzaba El Salado con las fuerzas que le acompañaban tratando de progresar hacia donde estaban los pendones de *Abu l-Hasan* (GC, p. 429).

A tenor de lo que conocemos, nos parece que lo más recio de la pelea estaba en las zonas bajas, pero la progresión de los castellanos aquí era escasa a pesar del esfuerzo realizado. Lo decisivo se estaba jugando en el extremo opuesto del despliegue, con la entrada en acción de la reserva cristiana, de acuerdo con lo que bien señala *Ibn al-Jatib*. Parece claro que el empuje de la reserva trastocó el despliegue inicial de los musulmanes al producirse un desplazamiento de los granadinos hacia su derecha —hacia el puerto de Piedracana— con lo que se produjo la ruptura del solapamiento entre las fuerzas granadinas y benimerines (LÓPEZ, 2009, pp. 106-113). Esa ruptura facilitó la penetración de los tropeles al mando del maestre de la Orden de Santiago y de don Juan Núñez de Lara —recordemos que combatían en el ala izquierda de la vanguardia castellana—, por lo que pasaron El Salado con escasa oposición y empujaron a los norteafricanos que formaban en el ala derecha del despliegue benimerín hasta el núcleo central que mandaba el infante “*Aboamar*”, aliviando así la presión que la gente bajo el

mando del infante ejercían sobre los otros que estaban en cotas inferiores, situados a la derecha de los tropeles del maestre y de don Juan Núñez (GC, p. 428).

Sin embargo, se produjo entonces otro movimiento imprevisto inicialmente; ocurrió que los tropeles castellanos dejaron de perseguir a los marroquíes que retrocedían hacia Cerro Palomino, y encaminaron sus pasos en dirección contraria, hacia las cotas más elevadas donde estaba ubicado el campamento del sultán³⁰⁶. Al parecer, los hombres a pie que venían más rezagados —muestra indiscutible de que la infantería servía de apoyo a la caballería— se percataron que, una vez alcanzada la primera meseta, el real benimerín se encontraba relativamente cerca y que atacar al mismo podía resultarle muy provechoso en todos los sentidos; así que los guiones portados por los infantes abandonaron la trayectoria seguida por los caballeros y, cambiando de dirección, subieron casi sin oposición hasta el mismo alfanque (C, p. 326 y GC, p. 428).

Dadas estas circunstancias, debemos preguntarnos cómo es posible que estos cristianos llegaran al real de los benimerines con tanta facilidad si el sultán *Abu l-Hasan* había asignado suficientes fuerzas para defenderlo. Para dar respuesta a tal pregunta nos inclinamos abiertamente por la hipótesis de que gran parte de los efectivos que guardaban el real benimerín habían salido a detener el ataque proveniente de Tarifa, con lo que el campamento quedó

³⁰⁶ Las tiendas del sultán podían encontrarse sobre una explanada, realizada artificialmente, que todavía podemos visualizar en lo alto de El Novillero. Desde luego, la configuración de la citada explanada contrasta llamativamente con el entorno inmediato.

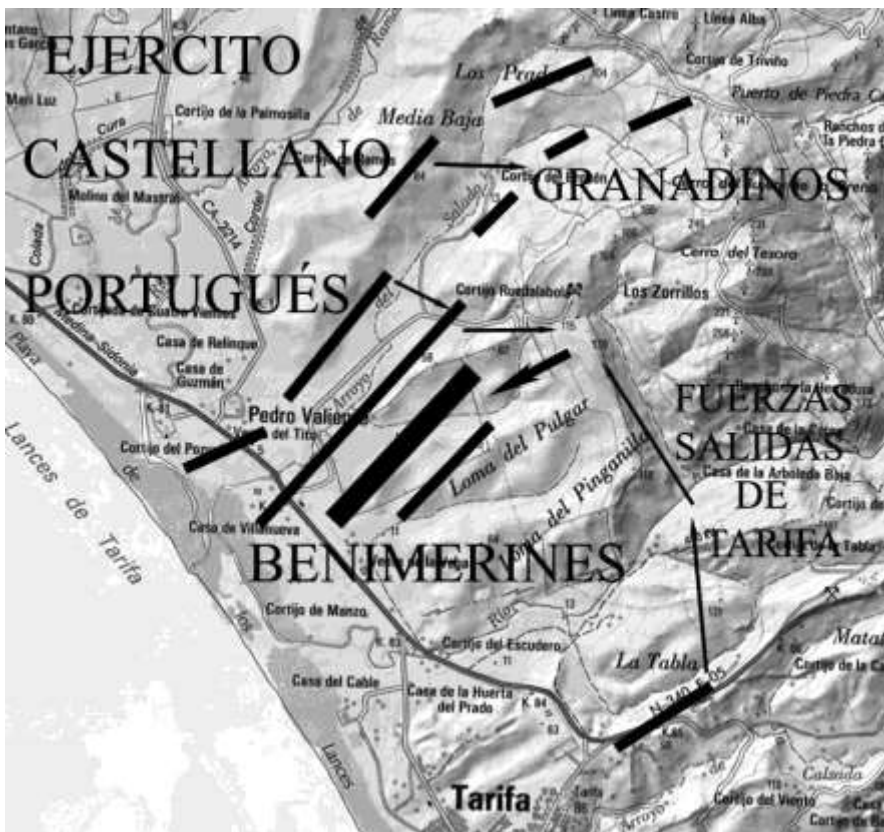
insuficientemente defendido. Tan desguarnecido estaba que no pudieron resistir el envite de un grupo de hombres que rondaría el millar. La situación se tornó muy confusa para los defensores del real benimerín, al tener que responder casi simultáneamente a los que venían de Tarifa —entre los que abundaban los ballesteros— como a los que venían por el lado del Salado. Viéndose envueltos y desbordados en todos los frentes, debieron ceder y facilitar la llegada de los de Tarifa³⁰⁷ a las mesetas de El Novillero, reuniéndose allí con los santiaguistas y con la mesnada de don Juan Núñez. Sería entonces cuando se produjo el expolio del real benimerín por parte de algunos, pero la mayoría de los reunidos en aquellas alturas —un grupo de combate que rondaría los 9.000 mil hombres entre los de a pie y a caballo³⁰⁸— libres de todo hostigamiento por retaguardia y exultantes por el éxito de las maniobras anteriores, aprovecharon la ventaja que ahora le proporcionaba el terreno para descender a cotas inferiores haciendo estragos en los benimerines. Las crónicas castellanas relatan lo decisivo de este ataque de flanco (C, p. 327, y GC, p. 431), y lo realzan con expresividad contundente cuando dice que los cristianos “*descendían el rrecuesto ayuso matando e firiendo en los moros*” (C, 327 y GC, p. 431).

El sultán benimerín debía estar realmente sorprendido con cuanto estaba ocurriendo a la derecha de su despliegue. Hasta es posible que creyera todavía que los granadinos se mantenían en sus puestos al otro

³⁰⁷ En (*Poema*, 1966, p. 527) se relata así la intervención de los llegados de Tarifa al real de los benimerines: *Los de Tarifa salieron / Todos carrera le dan / E por el rreal ferieron / Commo fuego de alquitran.*

³⁰⁸ A los de Tarifa debemos sumarle los santiaguistas y los hombres de don Juan Núñez.

lado del monte, por lo que para frenar a los cristianos que bajaban por aquellas laderas y haciendo tanto daño, dio las órdenes oportunas para que parte de sus efectivos se volvieran contra ellos. Esta acción queda recogida en una obra escrita por el rey de Tremecén llamada “*El collar de perlas*”, donde se dice que *Abu l-Hasan* ordenó un cambio de posición cuando sus enemigos le atacaban por el flanco derecho y retaguardia (HUICI, 2000, p. 380).



Desarrollo de la batalla. En este croquis representamos con flechas los movimientos del ejército cristiano que repercutieron positivamente en su victoria, como el empleo de la reserva contra los granadinos, o el doble ataque que se produjo sobre el campamento del sultán. Triunfantes aquí, los cristianos arremetieron sobre el flanco derecho de las fuerzas musulmanas que frenaban el avance de los efectivos castellanos procedentes del Salado.

Este cambio de la dirección de sus banderas resultó trascendental porque, al volverse los abanderados, los efectivos que estaban frenando al grueso de la caballería cristiana, faltos de la información exacta, cayeron en el desconcierto y la confusión, cediendo por todas partes y siendo arrollados por el impulso de los hombres de Alfonso XI³⁰⁹.

Alrededor ya del mediodía —la hora tercia en palabras del cardenal Albornoz (BENEYTO, 1950, p. 351) —, se puede decir que terminó la batalla propiamente dicha y comenzó el “alcance”, tal y como se conocía en la Edad Media a esa fase de la batalla que militarmente se llama en nuestros tiempos “explotación del éxito”. Como podemos imaginar, se trata de la persecución de los derrotados³¹⁰, fase que se extendió en el tiempo hasta el final de la tarde alcanzando el curso del río Guadalmesí. Según nos dicen las crónicas, mientras la mayoría perseguía a los derrotados, hubo otros que aprovecharon la ocasión para subir y apoderarse de todo cuanto de valor encontraron en el real de los musulmanes (C, p. 327 y GC, 431). A nadie puede sorprender entonces que aquel lugar donde se ubicaban los reales musulmanes —benimerines y granadinos—, donde los vencedores encontraron tantas riquezas, fuese llamado a partir de entonces “Cerro del Tesoro”. Tesoro que finalmente vino a parar a las arcas reales de Castilla, aunque don Alfonso tuviera que emplear medios coercitivos en el mismo

³⁰⁹ Así relata el *Poema*, p. 530, la actuación de don Alfonso: “*Feriendo sin detenencia / Quebrantando bien la sierra / el su caballo Valençia / Atajando mucha tierra. / E el buen rey bien lidiando / Fasiendo grand mortandad / Espannoles esforçando / E loando su bondat*”.

³¹⁰ De cuyos resultados nos habla el topónimo tarifeño Cañada de “Matamoros”, aunque en los últimos años se ha cambiado por el más eufemístico de “Matatoros”.

campamento y perseguir judicialmente a 11 de los vecinos de Requena que acabaron huyendo al reino de Aragón (LÓPEZ, 2008, pp. 10-16).

Fuentes y Bibliografía

Fuentes

Archivo Municipal de Valencia. *Manuals de Consell*, t. IV.

“Corónica del muy alto et muy católico rey don Alfonso el onceno”. En *Crónicas de los reyes de Castilla*, vol. LXVI. Atlas, Madrid
Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla, Madrid, Real Academia de la Historia, 1861, t. I.

Crónica de 1344 que ordenó el conde de Barcelos, don Pedro Alfonso, ed. Diego Catalán y María Soledad de Andrés, Madrid, Gredos, 1970.

“Crónica do rei D. Afonso IV”. En *Crónica dos sete primeiros reis de Portugal*, ed. Silva Tarouca, Lisboa, Academia Portuguesa de Historia, t. II, 1952.

Gran Crónica de Alfonso XI, ed. Diego Catalán, Madrid, Gredos, 1976.

“Libro de los Estados”. *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*. BAE, vol. LI, Madrid, Atlas, 1951.

IBN JALDÚN (1977): *Introducción a la Historia Universal. Al-Muqaddimah*, trad. Juan Feres. Estudio preliminar, revisión y apéndices de Elías Trabulse, México, Fondo de Cultura Económica.

“Poema de Alfonso Onceno, rey de Castilla”. En *Poetas anteriores al siglo XV*. BAE, vol. LVII, Madrid, Atlas, 1966.

Bibliografía

- ALVIRA CABRER, M. (1995): «La muerte del enemigo en el pleno Medievo. Cifras e ideología. (El modelo de Las Navas)», *Hispania*, LV/2-190.
- ALVIRA CABRER, M. (2012): *Las Navas de Tolosa 1212. Idea, liturgia, y memoria de la batalla*, Sílex, Madrid.
- ARIAS GUILLÉN, F. (2012): *Guerra y fortalecimiento del poder regio en Castilla. El reinado de Alfonso XI*, Ministerio de Defensa y CSIC, Madrid.
- BACHRACH, B. Y D. (2017): *Warfare in medieval Europe (c. 400-c.1453)*, Routledge, Londres-Nueva York.
- DUALDE SERRANO, M. (1950): «Solidaridad espiritual de Valencia con las victorias cristianas del Salado y de Algeciras», *Estudios Medievales*, 2, Diputación Provincial de Valencia, Valencia.
- BENEYTO PÉREZ, J (1950): *El Cardenal Alborno. Canciller de Castilla y caudillo de Italia*, Espasa Calpe, Madrid.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (2013): «Alfonso XI. El rey y su familia (1312-1350)» En, *El siglo XIV en primera persona. Alfonso XI, rey de Castilla y León (1312-1350)*, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- GARCÍA FITZ, F. (2006): “La composición de los ejércitos medievales”. En Iglesias Duarte, *La guerra en la Edad Media. XVII Semana de estudios medievales*, Logroño, pp. 85-146.
- GARCÍA FITZ, F. (2012): *Las Navas de Tolosa*, Ariel, Madrid.
- GIMENEZ SOLER, A. (1932): *Don Juan Manuel. Biografía y estudio crítico*, Tip. La Académica, Zaragoza.

- GONZÁLEZ LANZAROTE, (2018): *El final de las invasiones. La batalla del Salado*, Editamás, Badajoz.
- GOÑI GAZTAMBIDE, J. (1958): *Historia de la bula de la cruzada en España*, Editorial del Seminario, Vitoria.
- GÓMEZ REDONDO, F. (1999): *Historia de la prosa medieval castellana*, t., II, Cátedra, Madrid.
- HUICI MIRANDA, A. (2000): *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas*. Estudio preliminar de Emilio Molina López y Vicente Carlos Navarro Oltra, Universidad de Granada (orig. 1954), Granada.
- LADERO QUESADA, M. A. (1993): *Fiscalidad y poder real en Castilla*, Editorial Complutense, Madrid.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, M. (2007a): «La batalla del Salado sobre la toponimia actual de Tarifa», *Aljaranda*, 67, pp. 2-10.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, M. (2007 b): «Del desastre de Getares a la victoria del Salado. La crítica situación en la zona del Estrecho», *Espacio, Tiempo y Forma*, 20, pp. 135-162.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, M. (2008): «Unos apuntes sobre el botín del Salado», *Aljaranda*, 71, pp. 10-16.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, M. (2009): «La batalla del Salado y sus momentos decisivos», *Ejército*, 817, pp. 106-113.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, M. (1918 a): «La defensa de Tarifa en 1340. Acercamiento a la figura de su alcaide», *Aljaranda*, 92, pp. 7-27.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, M. (2018 b): «Tarifa 1340. El año de los cuatro alcaides», *Al Qantir*, 21, pp. 109-117.

- PÉREZ BUSTAMANTE, R. (1977): «Benedicto XII y la cruzada del Salado». *Homenaje a fray Justo Pérez de Úrbel*, Abadía de Silos, Burgos, t. II, pp. 177-203.
- SEGURA GONZÁLEZ, W. (2005): «La batalla del Salado», *Al Qantir*, 3, pp. 1-32.
- SEGURA GONZÁLEZ, W. (2012): «La huella de la batalla del Salado en Portugal», *Al Qantir*, 12, pp. 66-85.
- SEGURA GONZÁLEZ, W. (2013): «La fecha y la hora de la batalla del Salado», *Al Qantir*, 15, pp. 73-100.
- SOLER DEL CAMPO, A. (1993): *La evolución del armamento medieval en el reino castellano-leonés y al-Ándalus (siglos XII-XIV)*, Servicio de Publicaciones del EME, Madrid.

**DE LAS NAVAS A GUADAPERO: UNA APROXIMACIÓN AL
COMPORTAMIENTO TÁCTICO DE LOS EJÉRCITOS
MEDIEVALES EN LOS CAMPOS DE BATALLA**

**FROM LAS NAVAS TO GUADAPERO: A STEP TOWARDS
TO TACTICAL BEHAVIOUR BY MEDIEVAL ARMIES ON
THE BATTLEFIELDS**

Carlos J. Rodríguez Casillas

Universidad de Extremadura

Resumen:

El presente trabajo pretende analizar algunas de las diferentes técnicas de combate que desplegaron los ejércitos europeos de la Edad Media durante sus enfrentamientos, con el fin de comprender, aunque sea a grandes rasgos, cuál fue su comportamiento operativo en los campos de batalla. La idea es poner de manifiesto, en la medida que nos sea posible, si llegaron a existir principios tácticos, o si, por el contrario, como sostenían los postulados decimonónicos, el valor de los guerreros desplazó cualquier atisbo de coherencia estratégica.

Palabras clave:

Edad Media, guerra, técnicas de combate.

Abstract:

This paper sets out to analyse some of the different combat techniques used by European armies of the Middle Ages during confrontations, in order to understand, even in a broad sense, what their operational behaviour was on the battlefields. The idea is to demonstrate, as far as possible, whether tactical principles did come

into existence or, as nineteenth-century hypotheses upheld, the courage of warriors replaced any hint of strategic coherence.

Keywords:

Middle Ages, war, combat techniques.

Introducción

Durante muchos años se pensó que el arte de la guerra sufrió un fuerte retroceso entre la caída del Imperio Romano y la llegada de la Época Moderna (CONTAMINE, 1984, p. 264). La opinión de algunos de los más destacados historiadores militares de los siglos XIX y XX así lo pone de manifiesto. Por ejemplo, según Ferdinand Lot, el Medievo careció de grandes planteamientos estratégicos (LOT, 1946, p. 449). Liddell Hart, por su parte, opinaba que el espíritu de la caballería feudal era totalmente opuesto al desarrollo de un arte militar (LIDDELL HART, 1967, p. 70). De igual manera, para Charles Oman, la forma de proceder de un ejército feudal se basó en una combinación de arrogancia y estupidez (OMAN, 1885, pp. 49-51).

No obstante, un estudio crítico de las fuentes que narraron estos enfrentamientos nos permite vislumbrar la existencia de un conjunto de normas operacionales que evidencian, precisamente, que los ejércitos de la Edad Media se rigieron por toda una serie de principios tácticos. Es más, incluso podría llegar a decirse que el periodo que abarca este trabajo estuvo caracterizado por una gran originalidad estratégica, al coexistir las técnicas de combate a caballo con un creciente auge de la

infantería, más la irrupción de las armas de fuego (MONTEIRO, 1998, p. 278).

Sistemas de combate entre los siglos XIII-XV

Uno de los principales objetivos de los comandantes era fragmentar el orden de batalla del contrario. Rotas las líneas enemigas, era cuestión de tiempo que el vínculo moral que unía a un guerrero con el resto de la formación se desintegrara. Cuando esto ocurría, comenzaba a cundir la desorganización. Lo que antes constituía un ejército cohesionado y estructurado, se transformaba en una desordenada muchedumbre, una presa fácil para el vencedor (BEAUFRE, 1965, pp. 63-65). Para lograr este fin, los caudillos de la Edad Media utilizaron diversas técnicas de combate, como tendremos ocasión de analizar a continuación.

Técnicas de combate a caballo

El sistema basado en la carga a lanza tendida

La caballería pesada constituía uno de los mejores recursos militares a la hora de llevar a cabo este cometido (fragmentar el orden de batalla del contrario). Bien es verdad que durante la alta Edad Media ésta no tuvo una gran potencia de choque. Normalmente, los guerreros a caballo solían usar la lanza con el mismo fin que la infantería: a modo de estoque o como arma arrojada (similar a una jabalina). Pero un uso generalizado del estribo y el perfeccionamiento de la silla de montar posibilitaron el desarrollo de una tercera función ofensiva de la lanza: la colisión. Ahora era el animal el que imprimía la fuerza a ésta y no el jinete. Éste sólo debía preocuparse por asir el astil con su brazo, dirigir

el golpe contra el objetivo y procurar mantenerse afianzado a su silla en el momento del choque (SOLER DEL CAMPO, 1993, pp. 49-50). Animal, jinete y lanza quedaban unidos en uno, en lo que algunos autores han venido a denominar como un temible “tanque medieval” (MONTEIRO, 1998, p. 280).

La carga a lanza tendida constituyó una potente fuerza arrolladora, capaz de romper las formaciones rivales con relativa facilidad. Los ejemplos de cómo un escuadrón de caballeros lograba penetrar entre las filas enemigas son numerosos, a veces descritos con gran precisión. Así, tomando como referente el áspero enfrentamiento que mantuvieron cristianos y musulmanes en las cercanías de Jerez de la Frontera en 1231, la *Primera Crónica General* alude que:

«Don Alvar Pérez ouo su consejo con los omnes buenos de la hueste, et acordaron que toda la gente de pie que la apartasen de los caualleros, como la de los moros estaua; et así fue fecho; et non fezieron de sí az, mas todos tropel (...) Don Aluaro los començó a esforçar andando de una parte e de la otra acabdellandolos et mouiendolos mucho ordenadamente, deziendoles palabras con que les fazia perder el espanto. Et fueronlos ferir, llamando todos a vna uoz “Sanctiago!”, et a las vezes “Castiella!” Et començaron a entrar por medio de las azes de los moros, quebrantando luego la primera, desi la segunda et la tercera, desi todas, asi vnas en pos de otras, fasta que todas siete las pasaron, matando e derribando et faziendo grant estruyçion en ellos» (*Estoria de España*, 1906, caps. 1043-1044).

Ahora bien, para que esta forma de ataque resultase efectiva debían darse una serie de factores. Uno de los más importantes era el terreno. Los ejércitos necesitaban de un vasto espacio para desplegar las extensas líneas de caballeros en su totalidad (tanto en anchura como en

profundidad)³¹¹, y para que los equinos pudiesen adquirir una velocidad adecuada con la que ejercer todo su poder de impacto. Otra condición necesaria era un adversario que aceptara el envite. Esto es, un blanco que aguardase el impacto, ya que si el rival no constituía una pantalla donde proyectar el choque, la acometida perdía su razón de ser. Finalmente, para que la carga tuviese éxito, ésta debía realizarse dentro del mayor orden posible³¹², actuando de manera coordinada. Y es que, si no había sincronización entre los escuadrones de caballería y las cargas se realizaban de forma desacompasada, se corría el riesgo de que los primeros caballeros fueran arrollados por sus compañeros y que las defensas del enemigo pudiesen reagruparse aprovechando el desconcierto (GARCÍA FITZ, 2001, p. 395).



Imagen 01: Escuadrón de caballeros cargando a lanza tendida de manera ordenada, en formación. (Passages d'outremer (s. XV). BnF, ms. 5594, fol. 165 v)

³¹¹ Los cálculos de algunos especialistas sostienen que un despliegue en amplitud de unos 1.500 hombres de armas requería de un kilómetro de terreno (CONTAMINE, 1984, p. 287).

³¹² Según la *Regla de los Templarios*, que constituye todo un manual sobre cómo realizar una carga de caballería, las acometidas debían realizarse empleando pequeños escuadrones de combate. Los caballeros, organizados en compactas unidades, estaban obligados a mantener su posición en todo momento y a obedecer las órdenes de sus superiores (BENNETT, 1997, pp. 175-188).

La carga a lanza tendida fue una de las técnicas de combate más utilizadas en los campos de batalla de la Plena Edad Media. De hecho, en tres de los enfrentamientos más significativos que acontecieron a comienzos del siglo XIII, caso de Las Navas de Tolosa (1212), Muret (1213) y Bouvines (1214), la actuación de la caballería pesada tuvo una gran relevancia en el desarrollo de la lucha (RODRÍGUEZ CASILLAS, 2018, pp. 103-112).

Especialmente reseñable para el estudio de esta realidad fue el choque campal más decisivo de la Cruzada Albigense (1209-1229): Muret. Cuando Simón de Montfort acudió con un pequeño ejército de cruzados en auxilio de la guarnición de este enclave (que estaba siendo sitiado por las tropas aragonesas, catalanas y occitanas del rey Pedro el Católico de Aragón)³¹³, las fuerzas de asedio se retiraron, permitiéndoles la entrada en el interior de la ciudad. El rey de Aragón situó entonces a sus hombres frente a Muret, esperando que Montfort aceptara el enfrentamiento³¹⁴. La superioridad numérica le beneficiaba. En previsión de una posible carga por parte de la caballería cruzada, Pedro el Católico ordenó su ejército en varios cuerpos: una vanguardia que aguantara la acometida, una sección central que respaldase a ésta

³¹³ El rey de Aragón había acudido al sur de Francia en defensa de sus vasallos, caso del conde de Foix o del conde de Tolosa, que estaban siendo atacados por Simón de Montfort, líder militar de los cruzados, por su condición de herejes o de protectores de la herejía que les había conferido la Iglesia (ALVIRA CABRER, 2002, pp. 109-117).

³¹⁴ A pesar de la polémica que suele envolver a esta batalla, especialmente en lo que respecta al emplazamiento exacto de la misma, Salrach argumenta que la mayoría de los historiadores han coincidido en que el campamento de Pedro de Aragón se situó al norte de Muret (SALRACH, 2013, pp. 195-196).

en caso de necesidad y, quizá, un tercer cuerpo a modo de retaguardia. Por su parte, Montfort, consciente de su inferioridad, decidió hacer creer al enemigo que se batía en retirada. Abandonó la plaza por el lugar opuesto donde se situaban las fuerzas hispano-occitanas y ordenó cargar contra los ejércitos del rey de Aragón con sus hombres organizados en una formación de tres cuerpos. De forma inesperada los cruzados aparecieron en el horizonte a pleno galope, impactando frontalmente contra la vanguardia del ejército real. La puesta en fuga de esta sección fue rápida. Los cruzados avanzaron entonces contra la segunda formación, produciéndose una lucha cuerpo a cuerpo en la que el rey de Aragón resultó muerto. Por su parte, Montfort reapareció en el campo de batalla con su escuadrón para atacar el flanco de los hispano-occitanos y darles el golpe de gracia³¹⁵.

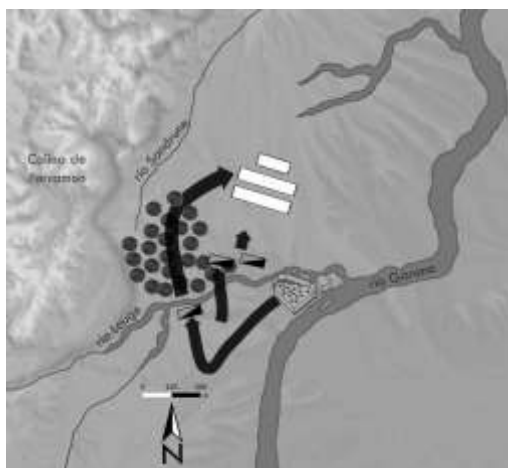


Imagen 02: Batalla de Muret (1213)

³¹⁵ A día hoy, tanto el despliegue de tropas como el lugar concreto por donde los cruzados abandonaron Muret, e incluso la propia maniobra envolvente de Montfort, siguen siendo motivo de un encendido y enconado debate (ALVIRA CABRER, 2014, pp. 347-354).

El uso de la caballería pesada como fuerza de choque constituyó un planteamiento estratégico que pervivió hasta finales del Medievo. Más que sintomático fue lo ocurrido en la Castilla del siglo XV. Como ha puesto de manifiesto un reciente estudio de Ekaitz Etxeberria, los comandantes de los ejércitos tenían como norma incluir delante de sus formaciones un pequeño escuadrón de caballería pesada con el objeto de desbaratar las primeras líneas enemigas, para que así el grueso de caballeros que venían detrás pudiesen acometer con mayor eficacia las desorganizadas formaciones enemigas (ETXEBERRIA GALLASTEGUI, 2019, p. 6). El relato que hizo Fernando del Pulgar sobre la disposición de los ejércitos enfrentados en la batalla de la Albuera (1479) no puede ser más ilustrativo a este respecto:

«e dio cargo a un cavallero su primo, que se llama Rodrigo de Cárdenas, hermano del comendador mayor de León, ombre muy esforçado, que con algunos cavalleros se adelantase a romper la batalla del obispo de Évora, porque si la desconcertase, la pudiesen más ligeramente desbaratar toda el maestre, que yba en pos dél» (PULGAR, 1943, cap. CVII).

Pero al margen de la relevancia que pudo tener el sistema basado en la carga frontal de la caballería pesada, las tropas ecuestres también podían actuar en base a otros planteamientos operativos. Si tomamos como referente el caso concreto de Muret, observamos que, más allá de la carga frontal de caballería, Montfort recurrió también otras estrategias, como la huida fingida, el ataque por sorpresa y el ataque sobre los flancos.

Maniobras envolventes y ataques por los flancos

Los movimientos envolventes y el ataque por los flancos no eran maniobras desconocidas para los caudillos del momento. Un claro ejemplo del buen uso de estas técnicas de combate en campo abierto lo encontramos en el enfrentamiento que tuvo lugar en las cercanías de Alcácer do Sal (1217). Un nutrido ejército cristiano, compuesto en su mayoría por portugueses y varios destacamentos cruzados que iban camino de Tierra Santa, se dispuso a tomar la plaza fuerte de Alcácer do Sal, con el objetivo de liberar el espacio lisboeta de la presión militar de los musulmanes. La posición fue cercada. Ante la posible pérdida del enclave, los musulmanes levantaron un ejército de socorro. A pesar de que en el campamento cristiano se extendió la noticia de la llegada de una fuerza de auxilio, éstos no abandonaron la posición. Al contrario, se prepararon para entablar combate. Los portugueses formaron en dos secciones: una vanguardia a pie, compuesta por infantería y caballeros descabalgados, y, tras ella, a modo de retaguardia, una fuerza de caballería. Además, dispusieron de una fuerza encubierta compuesta por unos 500 caballeros templarios (que habían acudido a última hora procedentes de los reinos de Castilla y de León). Por su parte, los cruzados se mantuvieron posicionados junto a los muros de la fortaleza sitiada, en un intento de evitar que los cercados participasen en el combate. Llegado el momento decisivo, los musulmanes fueron los que comenzaron las hostilidades. La infantería portuguesa, que en un principio parecía aguantar las acometidas, terminó por ceder terreno, obligando a intervenir a su caballería, que se lanzó sobre uno de los flancos musulmanes. La maniobra surtió efecto y los musulmanes

comenzaron a perder la cohesión. La retaguardia musulmana intentó auxiliar a sus hombres, pero no tuvo capacidad de reacción: los 500 caballeros templarios acabaron con ella tras realizar un exitoso movimiento envolvente (MARTINS, 2014, pp. 133-141).

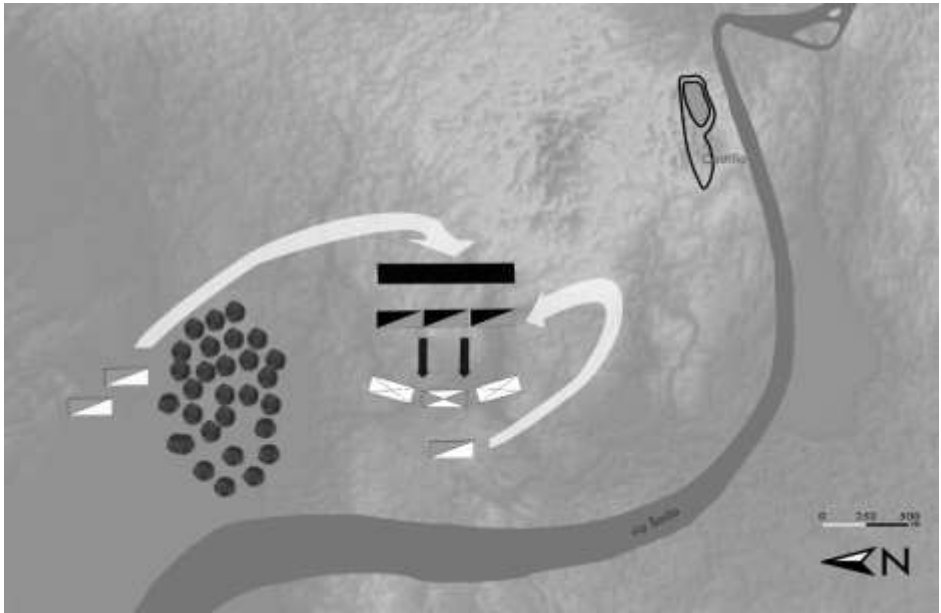


Imagen 03: Batalla de Alcácer/Sítimos (1217)

Lo ocurrido en Alcacer do Sal no es algo excepcional, ni que tampoco haya que constreñir al espacio peninsular o a las luchas entre cristianos y musulmanes. Durante las cruzadas bálticas, en el choque que enfrentó en 1242 a las fuerzas de la orden Teutónica (y sus aliados estonios) con una coalición de ciudades-estado rusas a la altura del lago Chud (en ruso; *Peipussee* en alemán) (HUSLEY, 2005, pp. 157-158), si bien es verdad que los germanos cargaron frontalmente en formación

de cuña (*The Chronicle of Novgorod*, 1914, p. 87), los rusos respondieron con un ataque envolvente sobre los indefensos flancos del rival que resultó crucial en la derrota de los germanos, que terminaron batiéndose en una desorganizada retirada (NICOLLE, 1996, pp. 69-78). Pocos años después, durante la batalla de Rakvere (1268), los freiles de la orden Livona fueron derrotados de igual manera, mediante una maniobra envolvente efectuada por las fuerzas de Novgorod (FAURE y MENSING, 2012, pp. 72-74). Y en el contexto de la Guerra de los Cien Años, los franceses desplegaron maniobras envolventes sobre los ejércitos ingleses en Agincourt (1415) o en Verneuil (1424), aunque en ambos casos con resultados limitados.

Huida fingida

La huida fingida era una de las maniobras que más podían desconcertar a un rival. Bien es verdad que esta forma de combatir no suele vincularse con la práctica bélica de los ejércitos occidentales, sino más bien con las técnicas de combate de otros pueblos y culturas, como los musulmanes o los mongoles. No obstante, esto no es óbice para decir que los caballeros europeos desconociesen esta maniobra. De hecho, ya durante la Alta Edad Media la caballería franca solía entrenarse ensayando este movimiento táctico. Recordemos las palabras que Nithard, nieto de Carlomagno, dedicó a uno de estos ejercicios militares organizados en el siglo IX:

«Cargaron hacia adelante desde ambos lados y se acercaron el uno al otro a toda velocidad. Luego [antes de que se produjese el contacto] un lado giró la espalda y, bajo la protección de sus escudos, fingió estar intentando escapar. Luego, los que habían participado en una retirada fingida contraatacaron y los

perseguidores simularon huir. Entonces ambos reyes [Luis el Germánico y Carlos el Calvo] y todos los jóvenes, alzando un gran grito, cargaron hacia adelante en sus caballos blandiendo sus lanzas. Ahora un grupo fingió retirarse y luego el otro. Fue un espectáculo digno de ser visto, tanto por su nobleza como por su disciplina» (citado en: BACHRACH, 1988, p. 177).

Siglos después, los Normandos demostraron la efectividad de este recurso en la célebre batalla de Hastings (1066)³¹⁶, y, posteriormente, los cruzados de Montfort simularon una retirada del lugar del enfrentamiento en Muret (1213) que resultó crucial en el desarrollo de los acontecimientos, al igual los lituanos durante la batalla Grunwald/Tannenberg (1410) (URBAN, 2010, pp. 156-159) y los husitas moderados en Lipany (1434) (PRESTWICH, 2010b, p. 190).

El combate a pie

Tradicionalmente se ha pensado que la infantería ocupó un lugar irrelevante en el planteamiento táctico de los comandantes del Medievo. La ortodoxia decimonónica decía que la batalla campal era un asunto de caballeros y que eran sus acciones las que hacían a los ejércitos obtener la victoria o ser derrotados (GARCÍA FITZ, 2001, pp. 373-374).

En la actualidad, estas afirmaciones han sido matizadas, cuando no desmentidas (BENNETT, 1998, pp. 304-316). Ni todos los ejércitos

³¹⁶ Según la crónica de Guillermo de Poitiers, la caballería normanda se acercó a los anglosajones del rey Harold y simularon después una retirada. Éstos, creyendo que los normandos verdaderamente huían del campo de batalla, marcharon en su persecución. Los hombres de Guillermo dieron entonces media vuelta, rodearon a los guerreros que habían abandonado la formación y les dieron muerte (FULLER, 1964, pp. 431-437). Con todo, este es un tema que ha causado una cierta controversia (BACHRACH, 1996, pp. 189-193).

combatieron siempre a caballo, ni las unidades de infantería carecieron de valor táctico para los líderes militares de aquel momento histórico. Ya fuera en acciones de carácter defensivo (dando cobertura a la caballería) o en actuación combinada con ésta, el combatiente a pie podía tener un papel decisivo en un enfrentamiento (STRICKLAND, 1996, pp. 177-179).

Esta realidad es claramente perceptible en el siglo XIV, cuando la infantería se hizo con la victoria tras llevar el peso del combate en jornadas como Courtrai (1304), Bannockburn (1314), Morgarten (1315), Laupen (1339), Dupplin Muir (1332), Halindon Hill (1333), Crécy (1346), Poitiers (1356), Nájera (1367) o Aljubarrota (1385) (ROGERS, 2005, pp. 186-187). Incluso se ha llegado a especular la existencia de una posible “revolución de la infantería” durante los siglos bajomedievales (MCGLYNN, 2009, pp. 156-157). Pero al margen de los debates y las elucubraciones que puedan surgir acerca de este tema en el ámbito del medievalismo actual, lo que resulta evidente es que el combate a pie cobró una gran importancia para los dirigentes político-militares del momento, como bien puede apreciarse en el siguiente texto, perteneciente a la cancillería del rey de Aragón Pedro el Ceremonioso:

«La experiencia, que es maestra de todas las cosas, demuestra claramente que ni el señor rey ni sus gentes deben seguir los vestigios de sus predecesores en los hechos de armas, ya que ellos se armaban y combatían a caballo y ahora se ve que los hombres que se arman a la guisa y combaten a pie vencen las batallas a los hombres a caballo y conquista reinos y tierras y en otra manera son más fuertes y más difíciles de invadir que no los que combaten a caballo. Antes, el señor rey sus predecesores en los tiempos pasados han comandado sus guerras y hecho los hechos de armas con hombres a caballo, pero ve el dicho señor rey que los otros reyes del mundo, y en especial sus vecinos, que antes solían de manera parecida hacer los hechos de armas con hombres a caballo, han

dejado esa manera de combatir y han mudado a la manera de armarse a la guisa y combatirse a pie, y esta manera de la guisa les viene bien» (*Epistolari del rei Pere el Cerimoniós*, 2019, doc. 187).

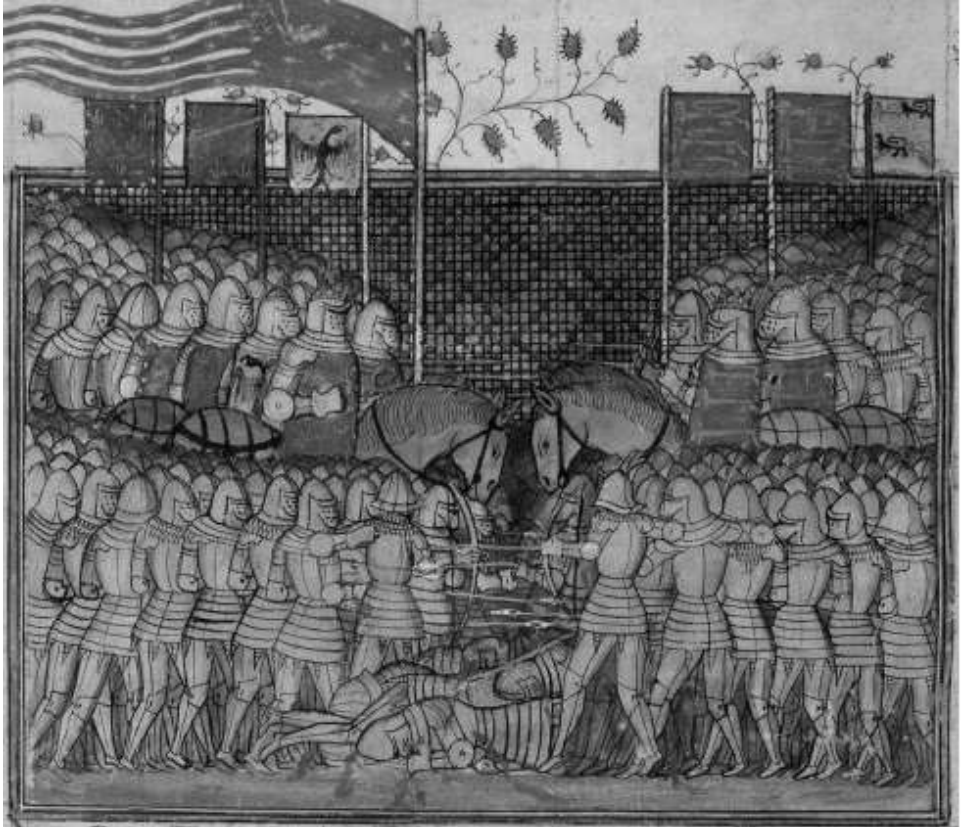


Imagen 04: Combatientes a pie (Froissart, Chroniques, BnF, ms. 2662, fol. 160)

Formas de combate a pie

Este creciente auge de las técnicas de infantería se focalizó en tres escenarios geográficos totalmente ajenos entre sí: Flandes, Suiza y las Islas Británicas (VALE, 1981, p. 100).

La falange flamenca

En 1302 la ciudad de Courtrai fue testigo de un choque de armas que iba a pasar a la posteridad tanto por la conmoción que ocasionó en su momento como por su significado para el estudio del arte de la guerra medieval. De un lado, “la flor de la caballería francesa”; del otro, una abundante fuerza de infantería flamenca de unos 9.000 hombres (VERBRUGGEN, 2002, pp. 152-213).

A la hora de hacer frente a los caballeros del ejército francés (que acudían en auxilio de la sitiada guarnición de Courtrai), los flamencos desplegaron sus fuerzas a semejanza de las antiguas falanges: mediante una larga línea de hombres a pie armados con prolongadas lanzas. Mientras que los piqueros ocuparon las primeras posiciones (en un intento de frenar la acometida de la caballería), un nutrido número de guerreros armados con mazas, espadas y los pintorescos *goedendags*³¹⁷ se posicionaron en las líneas posteriores. Por su parte, los franceses ordenaron sus escuadrones de caballería en función de las posibilidades que les ofrecía un terreno pantanoso y el despliegue de las fuerzas enemigas (ROGERS, 2005, p. 182).

Los franceses iniciaron las hostilidades. Sus arqueros y ballesteros dispararon sobre las fuerzas flamencas con el objetivo de quebrantar su cohesión y facilitar la posterior embestida de la caballería. Acción que fue respondida por los arqueros flamencos (VERBRUGGEN, 2002, p. 233). Fue entonces cuando el conde Roberto II de Artois, caudillo del ejército francés, retiró la infantería y decidió llevar a cabo una carga de

³¹⁷ El *goedendag*, en holandés “buenos días”, era un pesado mazo de madera cuyo extremo estaba reforzado por una estructura metálica terminada en punta.

caballería contra la falange flamenca. La maniobra terminó en un rotundo desastre (DEVRIES, 1996, p. 17): además de no lograr romper la formación enemiga, muchos combatientes quedaron aislados frente al enemigo. Los flamencos aprovecharon este contexto de caos en el que quedó sumida la caballería francesa para pasar a la ofensiva, abriéndose camino entre los franceses. Los intentos del conde por rescatar a sus hombres fueron inútiles, pereciendo más de mil de sus caballeros (GOUVEIA, MARTINS y AGOSTINHO, 2015, p. 238).

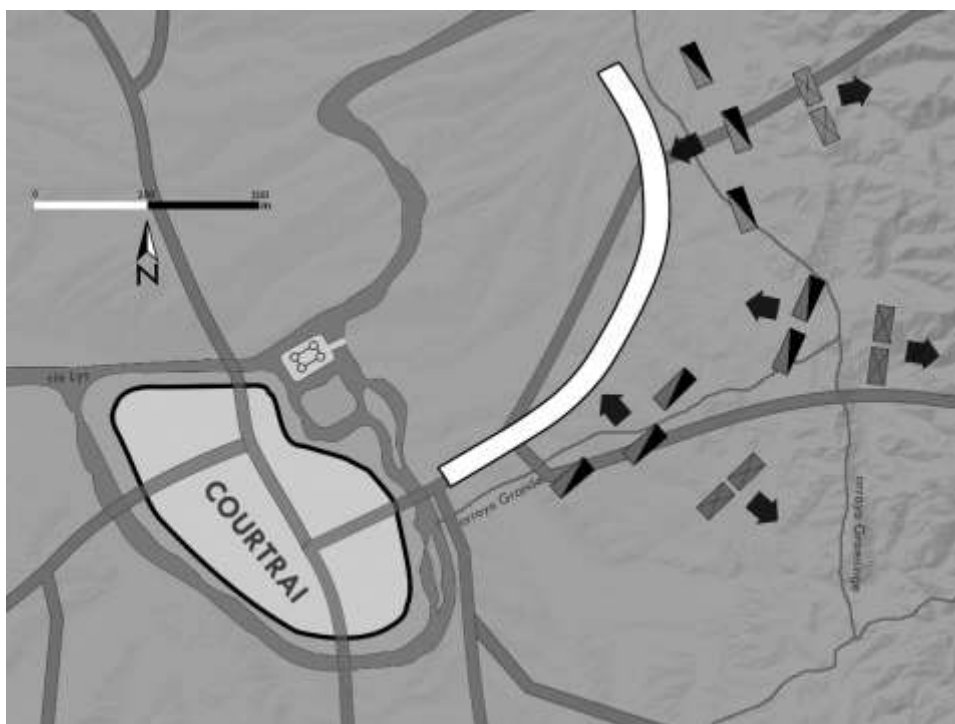


Imagen 05: Batalla de Courtrai (1302)

Con su ejemplo, los flamencos demostraron que una disciplinada infantería no sólo era capaz de frenar el choque de la temida caballería

feudal, sino que también podía derrotarla. No obstante, no conviene sobredimensionar el acontecimiento. En primer lugar, porque los flamencos combatieron a pie fruto de la necesidad, no por un alarde táctico. Como afirman Martins y Monteiro, la caballería flamenca había sido diezmada hacía pocos años, lo que obligó a la nobleza a luchar a pie junto las milicias urbanas (GOUVEIA, MARTINS y AGOSTINHO, 2015, p. 222). Por otra parte, se encuentra el hecho de que los flamencos no fueron capaces de organizar un sistema propio de combate que resultara efectivo y duradero en el tiempo: tan sólo dos años después de esta victoria la caballería francesa derrotó a los flamencos en Mons-en-Pevele y, posteriormente, lo haría igualmente en Cassel (1328) (ALLMAND, 2010, p. 93).

El modelo suizo

En 1315 una fuerza de infantería derrotó de nuevo a un importante contingente de caballería. En esta ocasión la acción transcurrió en Suiza, en la batalla de Morgarten. Bien es verdad que el terreno y el factor sorpresa tuvieron mucho que ver en la victoria de los suizos frente a las tropas del duque de Austria. Pero, al contrario de lo que les ocurrió a los flamencos, los helvéticos lograron crear un sistema propio de combate llamado a perdurar en el tiempo. Así, en Laupen (1339) volvieron a demostrar el poder que tenía una disciplinada formación de infantería frente a un ejército de caballería, derrotando otra vez a los Habsburgo. El éxito que se repetiría en Sempach (1386) y, posteriormente, ya en el siglo XV, frente a los modernos y sofisticados

ejércitos borgoñones de Carlos el Temerario en Grandson (1476), Murten (1476) y Nancy (1477) (MCCORMACK, 1993, pp. 7-10).

En un principio todo parece indicar que los suizos solían disponer sus fuerzas en columnas, con apariencia de cuña (CAREY, 2011, pp. 108-111). El arma más característica de esta infantería era la *alabarda*³¹⁸. No obstante, para repeler mejor las acometidas del enemigo, se añadieron picas de mayor longitud. Durante un tiempo, picas y alabardas fueron intercaladas, en un intento de complementar la longitud de una con la maniobrabilidad de la otra. Pero después, este sistema se perfeccionó: los piqueros pasaron a ocupar el exterior y los laterales de la formación, mientras que los alabarderos cubrirían las secciones centrales (ARIEL VIGO, 2005, pp. 93-94).

A finales del siglo XV, los ejércitos suizos se convirtieron en una de las fuerzas mercenarias más cotizadas de todo el continente, debido, precisamente, a su éxito y eficacia en los campos de batalla.

El sistema inglés

Entre finales del siglo XIV y comienzos del XV el ejército inglés parecía no tener rival. Su sistema, al contrario de los anteriores ejemplos, no se basaba en la falange y la pica, sino en secciones de caballeros descabalgados y unidades de arqueros en los flancos. Un estilo de combate forjado durante un largo y constante proceso de adaptación, al calor de las luchas que los ingleses mantuvieron con

³¹⁸ La alabarda es una pica de dos metros y medio de alto cuya cabeza está dividida en dos partes: un hacha y un gancho.

galeses y escoceses entre finales del siglo XIII y comienzos del XIV (ALLMAND, 1990, p. 91).

Todo parece indicar que, tras sus guerras en Gales, los ingleses tomaron conciencia del poder devastador que podía llegar a tener el “arco largo” sobre las formaciones enemigas, por lo que decidieron adoptarlo como arma ofensiva en sus futuras campañas en Escocia (MONTEIRO, 1998, pp. 280-281).

Si bien es verdad que los ingleses fueron derrotados en Stirling (1297), en la batalla de Falkirk (1298) desplegaron una formación de arqueros galeses y unidades de caballería que fue todo un éxito. Los primeros desbarataron las formaciones de infantería escocesa (*schiltrons*) disparándoles frontalmente, mientras que la caballería persiguió y dio caza a los hombres huidos. La batalla de Bannockburn (1314) sería el punto de inflexión en este proceso. Los escoceses, liderados por Robert Bruce, tomaron conciencia de la derrota sufrida y, cuando encararon el enfrentamiento en los márgenes del río Bannock, trataron de impedir que los ingleses hicieran lo mismo. Por ello, durante el segundo día de esta batalla, en vez de realizar una maniobra de carácter estático, el monarca escocés envió parte de sus *schiltrons* contra las fuerzas inglesas y lanzó a su caballería contra los arqueros galeses antes de que pudieran entrar en acción (PRESTWICH, 2010a, pp. 169-175).

Percibiendo los ingleses los errores cometidos durante esta jornada, decidieron dar una vuelta de tuerca a su sistema de combate, estructurando sus ejércitos mediante unidades de caballería desmontada y flancos provistos de arqueros. Esta forma de afrontar la lucha les

otorgó la victoria frente a los escoceses en Dupplin Muir (1332) y en Hallidon Hill (1333) (DEVRIES, 1996, p. 126). Éste sería el modelo de combate que los ingleses utilizaron en el continente durante la Guerra de los Cien Años, obteniendo sonadas victorias en Crécy, Poitiers y Agincourt.

Con el tiempo, el combate basado en secciones de infantería pesada con apoyo de arqueros terminó por exportarse a otras áreas geográficas, debido a la participación de los ejércitos ingleses en diversos conflictos extranjeros, como las guerras civiles y las disputas dinásticas habidas en la Península Ibérica durante la segunda mitad del siglo XIV.

El sistema desarrollado por los ingleses daría muy buenos resultados hasta su derrota en Patay (1429) (en gran medida porque la caballería francesa pudo destrozarse la empalizada que protegía a los arqueros, situándolos en una posición de vulnerabilidad). El desastre se produciría de nuevo durante la batalla de Castillon (1453), en este caso, por los estragos que la artillería francesa ocasionó entre las tropas de infantería inglesa. Precisamente este último hecho de armas, choque final de la Guerra de los Cien Años, nos advierte de otro de los grandes cambios militares de la Baja Edad Media: el creciente auge que tuvieron las armas de fuego en los campos de batalla de finales del Medievo (PRESTWICH, 2010b, pp. 183-203).

La irrupción de las armas de fuego en los campos de batalla

Gracias a las obras de Roger Bacon y Alberto Magno tenemos constancia de que la receta de la pólvora (la mezcla proporcional de salitre, azufre y carbón) era conocida en Europa desde el siglo XIII

(SÁNCHEZ SAUS y OCAÑA, 2010, p. 399); y por diversas fuentes cronísticas, decretos y tratados militares sabemos que las armas de fuego debieron ser utilizadas en Occidente durante las primeras décadas del siglo XIV. En verdad, la finalidad militar de este nuevo recurso no debió pasar desapercibida para los dirigentes político-militares del momento, ya que, desde entonces, las referencias sobre la fabricación de pólvora y armas de fuego se multiplicaron por todo el continente (LÓPEZ MARTÍN, 2011, pp. 389-396).

En principio, todo parece indicar que esta primigenia artillería fue utilizada, fundamentalmente, en maniobras de asedio o para garantizar la defensa de castillos y ciudades fortificadas (PARKER, 2010, p. 108). La presencia de armas de fuego en los campos de batalla europeos del siglo XIV fue, al menos por el momento, una realidad casi episódica y, hasta cierto punto, experimental: en casi medio siglo sólo es reseñable el uso de artillería, con mayor o menor éxito, en los siguientes grandes enfrentamientos: Crécy (1346), Beverhoutsveld (1382), Aljubarrota (1385) y Castagnaro (1387) (DEVRIES, 1992, pp. 143-148).

En este sentido, si bien es cierto que el impacto de un proyectil podía tener un efecto devastador sobre un individuo³¹⁹, los primeros cañones,

³¹⁹ Para ejemplificar esta realidad no podemos sino remitir al relato del asedio de Algeciras por Alfonso XI: *et tirabanles muchas piedras con los engeños, et con cabritas, et otrosí muchas pellas de fierro que les lanzaban con truenos, de que los omes avian muy grand espanto, ca en qualquier miembro del ome que diese, levábalo cercen, como si ge lo cortasen con cochiello: et quanto quiera poco que orne fuese ferido della, luego era muerto, et non avia cerurgia nenguna que le podiese aprovechar: lo uno porque venia ardiendo como fuego, et lo otro porque los polvos con que la lanzaban eran de tal natura, que qualquier llaga que ficiesen, luego era el ome muerto; et venia tan recia, que pasaba un ome con todas sus armas.* (Crónica del Rey D Alfonso el Onceno, cap. CCXCII).

especialmente las bombardas, resultaban poco versátiles en campo abierto: tenían una limitada cadencia de tiro, eran difíciles de transportar y, además, tras instalarse en estructuras de madera afianzadas al suelo (para evitar el brutal retroceso), eran prácticamente inmóviles (CONTAMINE, 1984, p. 252).

A decir verdad, la artillería comenzó a cobrar una mayor presencia en los campos de batalla a partir del siglo XV. Esto se debió, entre otros factores, a la disminución del tamaño de los cañones, lo que hizo que las piezas resultasen más ligeras y versátiles desde una óptica operativa.

Los husitas, por ejemplo, dieron buena cuenta de las posibilidades que ofrecían estas piezas de menor calibre, llegando incluso a desarrollar entre 1419 y 1434 un sistema propio de lucha (basado en el uso de carros de combate dotados de artillería) que les dio muy buenos resultados frente a los temidos ejércitos de Segismundo de Hungría en batallas como Nekmer (1419) o Sudomer (1420) (TURNBULL, 2004, pp. 23-41).



Imagen 06: Carros de combate husitas (Biblioteca Nacional de Austria. Cod. 3062, fol. 148r)

Por otra parte, los avances que se produjeron en la producción de pólvora (desarrollo de la fórmula granulada) y en el diseño de los cañones (con una mayor prolongación de la caña frente a la recámara) hicieron que las armas de fuego fuesen más efectivas, al tener una mayor precisión y alcance. Este hecho, unido al perfeccionamiento de las de tipo manual, a raíz de la aparición y difusión del arcabuz, contribuyó a consolidar la presencia de tropas de artillería en los ejércitos bajomedievales. A este respecto, se calcula que en 1475 Carlos el Temerario llegó a poseer una fuerza de 200 arcabuces (DOUGLAS y DEVRIES, 2005, p. 340). El rey de Hungría Matías Corvino tenía por norma que un quinto de su ejército estuviese conformado por espingarderos. Y a la altura de 1476, la cuarta parte de la infantería milanesa estaba compuesta por escopeteros (PRESTWICH, 2010b, p. 196).

No obstante, cometeríamos un grave error si identificásemos exclusivamente el uso de esta artillería manual con las fuerzas de infantería, ya que los cuerpos de caballería también podían hacer uso de este armamento. A este respecto, contamos con un caso excepcional: la batalla de Guadapero (1476). En líneas generales, este enfrentamiento, desconocido por la mayoría de investigadores (al nacer eclipsado por la batalla de Toro), se produjo cuando un ejército castellano favorable a los intereses de Isabel I marchó a Olivenza con el objeto de derrotar al ejército luso que allí se estaba concentrando para cercar el castillo de Alegrete. Los castellanos, liderados por el maestre de Alcántara don Alonso de Monroy, sorprendieron a los portugueses en la frontera, en

un lugar conocido como “Guadapero”. Los lusos abandonaron el llano y se refugiaron en lo alto de una colina, por lo que la lucha se llevó a cabo en mitad de una ladera. Los de Monroy, por su parte, les acometieron con diversas cargas de caballería, con escaso resultado. Llegado un momento dado, Monroy ordenó que sus hombres realizaran una nueva carga de caballería, aunque en esta ocasión sus guerreros no debían portar lanzas, sino escopetas. Los portugueses, desconcertados por la carga de escopeteros, comenzaron a perder el orden de batalla, contexto que fue aprovechado por Monroy para terminar de derrotarlos (RODRÍGUEZ CASILLAS, 2013, pp. 138-141):

«Traía el Maestre [Alonso de Monroy] ochenta escopeteros a caballo; éstos hacían mucho daño en los contrarios, que como la obra era nueva, pusoles en mucho temor, en especial la gente de caballo portuguesa, que era la mejor. Pues viendo los del Maestre que los portugueses aflojaban la pelea, dieron tan de recio en ellos que los hicieron volver las espaldas. Los del Maestre iban matando en ellos muy crudamente (...)

Esta victoria ganada puso gran miedo en toda la tierra y traían por refrán: “Guar[da]te del ciego³²⁰ que trae hombres de hierro y truenos a caballo» (MALDONADO, 1978, p. 130).

La utilización de estos “escopeteros a caballo” resultó fundamental en la victoria de los castellanos. Un hecho bélico que vendría a reafirmar el constante perfeccionamiento que sufrieron las armas de fuego portátiles desde su irrupción durante la segunda mitad del siglo XIV, pero también el notable grado de adaptación que mostró la caballería bajomedieval a la hora de incluir este tipo de armamento en su repertorio táctico.

³²⁰ Nombre despectivo que se le daban a Monroy sus rivales, debido a su falta de visión.

Balance Final

El conjunto de prácticas bélicas y sistemas de combates aquí expuestos, unido a que antes de la batalla los comandantes solían sopesar concienzudamente aspectos como la climatología o la propia orografía del lugar, que posteriormente preparaban el terreno para afrontar el combate en condiciones ventajosas, y que desplegaban sus huestes en formación (en base a diversas figuras tácticas), pone de manifiesto que los líderes militares del Medievo se rigieron por toda una serie de principios operativos.

Seguir argumentando que durante la Edad Media el valor y la arrogancia de los comandantes sustituyeron por completo a los principios tácticos y estratégicos es algo que hoy día no tiene cabida en el ámbito académico actual.

Fuentes y Bibliografía

- ALLMAND, C. (1990): *La Guerra de los Cien Años. Inglaterra y Francia en guerra (1300-1450)*, Crítica, Barcelona.
- «Armas nuevas, tácticas nuevas, 1300-1500», en GEOFFREY PARKER (ed.), *Historia de la Guerra*, Akal, Madrid.
- ALVIRA CABRER, M. (2002): *El Jueves de Muret: 12 de Septiembre de 1213*, Universidad de Barcelona, Barcelona.
- (2014): «La batalla de Muret (1213), ochocientos años después: planteamientos tácticos y problemas militares», en *Perspectivas y novedades de la Historia Militar: una aproximación global*, Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 347-354.
- ARIEL VIGO, J. (2005): *Fuego y maniobra. Breve historia del arte táctico*, Folgore, Buenos Aires.
- BACHRACH, B. (1988): «Caballus et Caballarius in Medieval Warfare», en CHICKERING Y SEILER (eds.), *The study of chivalry. Resources and approaches*, Kalamazoo, Michigan, pp. 173-211.
- (1996): «The feigned retreat at Hastings», en MORILLO (ed.), *The Battle of Hastings: sources and interpretations*, Woodbridge: Boydell, pp. 344-347.
- BEAUFRE, A. (1965): *Introducción a la estrategia*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
- BENNETT, M. (1997): «La Règle du Temple as a military manual or how to deliver a cavalry charge», en Upton-Ward, *The Rule of The Templars. The french text of the rule of the Order of the Knights Templar*, Boydell Press, pp. 175-188.

- (1998): «The myth of the supremacy of knightly cavalry», en STRICKLAND (ed.): *Papers of the 1996 Harlaxton Conference*, Ashgate, pp. 304-316.
- CAREY, B. (2011): *Warfare in the Medieval World*, Pen & Sword, Barnsley.
- CONTAMINE, P. (1984): *La guerra en la Edad Media*, Labor, Barcelona.
- Crónica del Rey D Alfonso el Onceno*. Edición de Cerdá y Rico, Madrid, 1787.
- DEVRIES, K. (1992): *Medieval military technology*, Broadview Press, Peterborough.
- (1996): *Infantry warfare in the early fourteenth-century: discipline, tactics, and technology*, Boydell, Woodbridge.
- DOUGLAS R. y DEVRIES, K. (2005): *The artillery of the Dukes of Burgundy, 1363-1477*, Boydell Press, Woodbridge.
- Epistolari del rei Pere el Ceremoniós*, ed. S.M. Cingolani (2019), Barcino, Barcelona.
- Estoria de España que mandó componer Alfonso El Sabio* (1906): Bailly-Baillere, Madrid.
- ETXEBERRIA, E. (2019): «Dead horse, man-at-arms lost: cavalry and battle tactics in 15th century Castile», *Journal of Medieval Iberian Studies*, DOI: 10.1080/17546559.2019.1629611
- FAURE, G. y MENSING, T. (2012): *The Stonians. The long road to independence*, Lulu, Londres.
- FRANCE, J. (2009): «A changing balance: cavalry and infantry, 1000-1300», *Revista de historia das ideas*, 30, pp. 153-178.

- FROISSART, J. (1988): *Crónicas*, ed. Victoria Cirlot y J. E. Ruiz Doménech, Siruela, Madrid.
- FULLER, J. (1964): *Batallas decisivas del mundo occidental y su influencia en la historia*, Caralt, Barcelona.
- GARCÍA FITZ, F. (2001): *Castilla y León frente al Islam: estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Henrici Quinti. Regis Angliae. Gesta*, ed. Benjamin Williams, (1850), Sumptibus Societas, Londres.
- HUSLEY, N. (2005): «La guerra en Europa. 1200 a 1320», en Keen (ed.), *Historia de la guerra en la Edad Media*, Antonio Machado, Madrid, pp. 151-178.
- LIDDELL HART, B. H. (1967): *Strategy: the indirect approach*, Faber, Londres.
- LÓPEZ MARTÍN, F. J. (2011): *Esculturas para la guerra: la creación y evolución de la artillería desde sus comienzos hasta finales del siglo XVII*, Ministerio de Defensa-CSIC, Madrid.
- LOT, F. (1946): *L'art militaire et les armées au Moyen Âge*, 2 t., Payot, París, 1946.
- MALDONADO, A. de (1978): *Vida e historia del Maestre de Alcántara don Alonso de Monroy*, ed. Leonardo Romero, Tàrraco, Tarragona.
- MARTINS, M. (2011): *De Ourique a Aljubarrota. A guerra na Idade Média*, Esfera dos livros, Lisboa.
- MCCORMACK, J. (1993): *One million mercenaries. Swiss soldiers in the armies of the world*, Leo Cooper, Londres.

- MCGLYNN, S. (2009): *A hierro y fuego. Las atrocidades de la guerra en la Edad Media*, Crítica, Barcelona.
- MONTEIRO, J. (1998): *A guerra em Portugal nos finais da Idade Média*, Editorial Notícias, Lisboa.
- MONTEIRO, J., MARTINS, M. y AGOSTINHO, P. (2015): *Guerra e poder na Europa Medieval*, Universidade de Coimbra, Coimbra.
- NICOLLE, D. (1996): *Lake Peipus 1242. Battle of the Ice*, Londres, Ed. Osprey.
- OMAN, C. (1885): *The art of the war in the Middle Ages (378-1515)*, Oxford, Londres.
- PALENCIA, A. de (1974): *Cuarta Década*. Traducción de López de Toro, RAH, Madrid.
- PARKER, G. (2010): «La revolución de la pólvora, 1300-1500», en GEOFFREY PARKER (ed.), *Historia de la Guerra*, Akal, Madrid, pp. 107-122.
- PRESTWICH, M. (2010a): «El desafío de la caballería: el arco y la pica», en BENNETT (ed.), *La guerra en la Edad Media*, Akal, Madrid, pp. 160-181.
- (2010b): «La revolución de la pólvora, 1300-1500», en BENNETT (ed.), *La guerra en la Edad Media*, Akal, Madrid, pp. 183-203.
- RODRÍGUEZ CASILLAS, C. J. (2013): *D. Alonso de Monroy (s. XV). Maestre de Alcántara y señor de la guerra*, Serv. Publ. Diputación de Badajoz, Badajoz.
- (2018): *La batalla campal en la Edad Media*, La Ergástula, Madrid.

- (2019): «Legacy and change. Medieval warfare in Castile through the Chronicle of the Grand Master Alonso de Monroy», *Journal of Medieval Iberian Studies*, 11-1, pp. 98-113.
- ROGERS, C. (2005): «La época de la Guerra de los Cien Años», en KEEN (ed.), *Historia de la guerra en la Edad Media*, Antonio Machado, Madrid.
- SALRACH, J. M. (2013): «Occitania, la expansión ultrapirenaica, el catarismo, Pedro el Católico y la batalla de Muret», *Índice Histórico Español*, 126, pp. 143-206.
- SÁNCHEZ SAUS, R. y OCAÑA ERDOZAIN, A. (2010): «Armamento y fortificación (siglos XI al XV)», en LADERO QUESADA (coord.), *Historia Militar de España, Edad Media*, Laberinto y Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 379-412.
- SOLER DEL CAMPO, Á. (1993): *La evolución del armamento medieval en el reino castellano-leonés y al-Ándalus (siglos XII-XIV)*, Servicio de Publicaciones del E.M.E, Madrid.
- STRICKLAND, M. (1996): *War and chivalry: the conduct and perception of war in England and Normandy, 1066-1217*, Cambridge University Press, Cambridge.
- The Chronicle of Novgorod (1016-1471)*, trad. By Robert and Forbes, (1914): Offices of the Society, Londres.
- TURNBULL, S. (2004): *The Hussite wars: 1419-36*, Osprey, Oxford.
- VALE, M. (1981): *War and chivalry. Warfare and aristocratic culture in England, France and Burgundy at the end of the Middle Ages*, University of Georgia Press, Athens.

VERBRUGGEN, J. (2002): *The battle of the Golden Spurs (Courtrai, 11 July 1302). A contribution to the history of Flanders' war of liberation*, Boydell Press, Woodbridge.

EL CID CAMPEADOR EN SUS BATALLAS CAMPALES

THE CID CAMPEADOR IN THEIR BATTLEFIELD

Fernando Pinto Cebrián

Universidad de Valladolid

Resumen:

Generalmente todos los historiadores y escritores que han analizado la figura del Cid Campeador han coincidido en reconocer y ensalzar su astucia, audacia, prudencia y habilidad como caudillo militar, así como su fuerza, destreza y valentía temeraria como guerrero en los combates y batallas, y tan sólo unos pocos han apuntado, desde un punto de vista específicamente castrense, aunque con escasa minuciosidad, sus aciertos en el terreno estratégico y táctico. El resultado: que la imagen del Cid como héroe legendario sujeta al mito literario esté por encima de aquella del guerrero histórico. Guerrero que trataremos de encontrar a través de sus batallas.

Palabras clave:

Cid Campeador, guerrero histórico, héroe legendario, táctica cidiana, batalla campal

Abstract:

Generally, all the historians and writers who have analyzed the figure of Cid Campeador have agreed to recognize and enhance his cunning, boldness, prudence and skill as a military leader, as well as his strength, reckless skill and bravery as warrior in combats and battles. Only few of them, have pointed, from a military point of view and with very few thoroughness, his successes on the strategic and tactic field.

The result: Cid's image as legendary hero, who stands the literary myth, is above the one of the historic warrior. The warrior that we will try to find through his battles.

Keywords:

Cid Campeador, historial warrior, legendary hero, cidiana tactics, battlefiel

Introducción

Generalmente todos los historiadores y escritores que han analizado la figura del Cid Campeador han coincidido en reconocer y ensalzar su astucia, audacia, prudencia y habilidad como caudillo militar así como su fuerza, destreza y valentía temeraria como guerrero en los combates, y sólo unos pocos han apuntado, desde un punto de vista específicamente militar, aunque con escasa minuciosidad, sus aciertos en el terreno estratégico y táctico, sobre todo en referencia al primero, y, asimismo, prácticamente nada se ha hablado de su pensamiento militar acorde con la forma de guerrear de su época.

Así pues, fuera de lo dicho dentro de la cronología bélica que le atañe, en la mayoría de los trabajos ha faltado, tal vez por falta de especialización técnica o de interés por lo militar, estudiar, con un tratamiento acorde a la metodología propia de la historia militar, sus actividades bélicas al objeto de, esquematizándolas didácticamente, alcanzar, con cierta profundidad y rigor, los aspectos militares que rodearon al Campeador.

Diversos autores han reconocido tal hecho. El burgalés, historiador militar, Gárate Córdoba escribió al respecto un artículo en el que señalaba que la historia militar eludía al Cid (GARATE, 2000, pp. 38-53) y el historiador García Fitz señalaba posteriormente que “resulta

sorprendente [...] el desprecio o, como poco, la minimización que a veces se ha hecho de la vertiente militar del personaje” (GARCÍA, 2000, p. 384).

El resultado: que la imagen del Cid como héroe legendario sujeta al mito literario esté por encima de aquella del guerrero histórico.

Hay que tener en cuenta que la literatura medieval de carácter bélico de aquel momento, empleada luego como fuente histórica por muchos autores, presentaba a modo de ejemplo válido para el presente o el futuro inmediato a reyes, estadistas, guerreros, héroes, que actuaban movidos por la Divina Providencia, sin formar parte de una historia militar, en aquel momento inexistente como tal.

Son textos épicos que, a pesar de aportar ciertos datos castrenses relacionados con sus hazañas, ampliamente recogidas por sus estudiosos, enmascaran los aspectos concretos de lo bélico arañando sólo la superficie fuera de todo pragmatismo no aportando nada sustancial al Arte de la Guerra.

No obstante, muchos autores posteriores así la consideraron en razón a sus temas, creados y recreados en base a acontecimientos bélicos y a las hazañas militares de sus héroes a pesar de que en ella se entretejían leyendas, milagros, hechos fantásticos, en algunos casos de modo consciente a modo de propaganda al querer educar a sus lectores, más moralmente que para la guerra, a través de las imágenes ensalzadas y exageradas a propósito de sus actores.

Una ‘historia’, en todo caso inmediata y sin función didáctica militar, ya que en principio se consideraba que el pasado lejano no podía ser conocido correctamente por los que vivían el presente; una historia que,

aunque aporte ciertos datos castrenses, hay que tomar en su verdadera dimensión y valor.

Así pues, en el caso que nos ocupa, no toda ella se puede emplear, aunque ayude, como fuente rigurosa para la determinación del pensamiento militar de D. Rodrigo Díaz de Vivar, dado que lo escrito en el Medioevo sobre nuestro personaje, poesías y crónicas (*Crónica Rimada, Cantar del Mío Cid, Carmen Latino, Crónica Leonesa, Gesta Roderici Campidocti o Historia Roderici*) está a caballo entre la leyenda y la realidad.

De acuerdo con lo dicho, somos conscientes del problema de las fuentes originales (detractores y partidarios de las mismas) y no vamos a entrar en la determinación de la validez histórica o no de ellas en el plano militar, asunto ya tratado hasta la saciedad; asimismo somos conscientes que, de acuerdo con el uso que se haga de las mismas, el resultado puede ser más o menos discutido. Cuestión que obviaremos siguiendo, para intentar alcanzar la finalidad aquí perseguida, aunque sea en esbozo, a aquellos autores que con más rigor han expuesto las acciones guerreras del Campeador.

Así, para alcanzarla, partiremos inicialmente de los datos historiados conocidos sobre la forma de guerrear en la época del Cid al objeto de, en ese marco, analizar luego sus hechos de armas buscando la comprensión de sus actitudes bélicas, tanto tácticas como estratégicas, y, como resultado, intentar alcanzar su pensamiento militar.

En definitiva, dejando de lado otros aspectos tales como la justificación del porqué y para quien guerreaba, abriremos el camino indicado entrando con bisturí castrense en su realidad bélica para tratar

de definir el cómo guerreaba, es decir, saber cómo pensaba militarmente a la hora de planear sus acciones y decidir cara al enemigo, sus ideas estratégicas en su caso, sus procedimientos tácticos, como empleaba sus fuerzas, y la adecuación de sus medios de combate al hecho bélico.

El arte de la guerra en la época del Cid Campeador

Antes de comenzar una breve consideración sobre el significado del Arte o Ciencia de la Guerra, concepto fuera de la época cidiana, que, didácticamente, nos ha de permitir caminar a través de los elementos propios de la forma de hacer la guerra en aquel tiempo.

El Arte de la Guerra engloba pues todos aquellos elementos cuyo conocimiento enseña al mando militar a emplear con ventaja frente al enemigo las fuerzas disponibles mediante la adecuada disposición y conducción de las mismas.

Así, para alcanzar la victoria, objeto de dicho arte en la guerra, es necesario saber de organización de las fuerzas (propias y enemigas), de sus hombres, armas y medios, de la estrategia y táctica que los mueve, y de la logística que les apoya.

Pero antes hemos saber del tipo de guerra a que nos referimos. Era una guerra afectada por lo religioso, de tal forma que algunos autores militares la han calificado, como Gárate Córdoba, de “divinal”, al hacer constar la presencia de lo religioso (oraciones antes de la batalla, absoluciones generales a los combatientes, jaculatorias, etc.) en el Poema del Mio Cid y otros textos de la literatura medieval; una guerra en la que, a la brutalidad de su realidad se unía, constituyendo su

esencia, el providencialismo, ya que en ella se enfrentaban los castellanos, pueblo de cristianos creyentes, a los moros, pueblo de infieles, enemigo diabolizado (GARATE, 1967a, p. 38; 1967b, p. 7), en suma, una Cruzada emprendida contra el Islam.

Una guerra conformada en general por una sucesión de campañas, expediciones, asedios, saqueos y alguna que otra batalla campal.

En cuanto a la organización de las fuerzas durante su época guerrera, hemos de considerar por un lado aquellas de los cristianos y por otro las de los musulmanes, cuyas fuerzas se habían fracturado en reinos de Taifas, antes de la llegada de los almorávides.

Respecto a los primeros, en la España medieval, la reunión de hombres armados no tuvo un nombre concreto, recibían en principio aquel de *fonsado*, *hueste*, *cabalgada*, etc. según la empresa bélica que se fuera a acometer, siendo el de *hueste* el que se generalizó definiendo un conjunto de hombres armados en cualquier situación. Aglutinadas varias *huestes* (tropas de diferentes orígenes: *mesnada real*, *mesnadas señoriales*, *milicias concejiles*, *vasallos a soldada*, *mercenarios*, etc.) bajo el mando real se constituía la *hueste real*.

En todo caso eran unas fuerzas de tamaño reducido y de escasa cohesión, reunidos tan sólo por periodos cortos, existiendo exageración en los números aportados en muchos de los textos de la época.

Fuerzas compuestas generalmente por un grupo de caballeros, la caballería, el arma base en la batalla a campo abierto con la carga como elemento crucial, sus escuderos, arqueros y una infantería campesina encargada de derribar a la caballería enemiga atacante sirviendo de

escudo a la propia, sin existir una regla fija en cuanto a la proporción entre caballeros e infantes.

Por su parte, los ejércitos de las *Taifas* agrupaban a miembros de sus *cabilas*, a mercenarios musulmanes y cristianos desafortunados convertidos en vasallos de asoldada; y, posteriormente, los ejércitos almorávides, con los que se estancó la reconquista, constituidos por las *cabilas* más próximas a su líder, Yūsuf ibn Tasufín, y los voluntarios de la Guerra Santa. La base de su ejército era también la caballería, aunque más ligera que la cristiana (a la *jineta*), y la infantería, que actuaba, asimismo, además de en defensa de la primera, como fuerza ofensiva en masas compactas de peones; forma de actuar que sería imitada en parte por los cristianos.

En ambos casos los combatientes de los dos bandos eran por lo general hombres profundamente religiosos, fuertes, rudos, y crueles en la acción.

En cuanto a los medios empleados en la guerra, los caballeros medievales no vestían uniforme pero sí contaban con una ropa que les protegía de las armas enemigas: como defensa principal la *loriga*, confeccionada con un tejido de mallas de hierro que cubría la mayor parte del cuerpo, los brazos (reforzados con cuero: *fojas* o *bracaletes*), el cuello (la *gorguera*) y la cabeza con una capucha almohadillada del mismo tejido (el *almófar*, y sobre ella un casco simple, generalmente cónico con un nasal que cubría el centro del rostro); las piernas a su vez se cubrían con las *brafoneras*, también de malla. Por encima de la *loriga*, el *perpunte*, más corto y de tejido acolchado; y por encima de este la *sobreseñal* o *sobrevesta* con el blasón o distintivo del caballero.

Respecto a las armas, el escudo que podía defender al caballero cristiano, podía ser circular, de no gran diámetro, y el denominado *pavés*, de forma ojival invertida y de gran dimensión protegiendo desde el cuello; los más pesados para el combate a pie y los más ligeros en el de a caballo. La lanza, en principio, arrojadiza y más tarde arma de choque con asta más larga y pesada, era el arma principal. Y la espada de hoja ancha propia para el tajo y corte, denominada espada *tajadora*, de una longitud aproximada de un metro.

Así pues, el *atondo*, equipamiento mínimo del caballero consistía en lanza, espada, escudo, protecciones corporales, silla de montar, freno, estribos largos sobre los que, con las piernas estiradas, se apoyaban los caballeros en el combate y espuelas.

Como vemos con tales ropas y armas los caballeros tenían que estar dotados de una gran fortaleza física y montar a la brida unos caballos potentes con unas sillas especiales que sujetaran bien al jinete en la carga.

Los hombres de a pie o peones, la infantería, al margen de los arqueros y ballesteros, participaban en la acción en principio con piedras y lanzas con las que derribar a los caballeros, añadiéndose posteriormente hachas, martillos de armas y mazas diversas.

Y en caso de sitio se contaba con una artillería a cuyo cargo había diverso material de cerco como arietes, catapultas y máquinas de aproximación.

Por su parte, los musulmanes se enfrentaban a tales armas con un casco enturbantado y cota de mallas por encima de la ropa, con lanza, cimitarra de dos cortes, alfanje y espada de caballería como la llamada

gineta (modelo fabricado principalmente en Granada al que pertenecía la *Tizona* o *Tisón* del Cid³²¹), y con arcos, mazas (*amrab*), la gümía, cuhila y pica de la infantería.

En cuanto a las operaciones dentro del proceso general de expansión territorial de la Reconquista (no citada, en general, como tal), su naturaleza estaba lejos de las grandes concepciones estratégicas; su estrategia era pues limitada, de corto alcance, de aproximación indirecta, buscando alcanzar los objetivos deseados en cada momento (políticos, económicos o territoriales) desestabilizando el territorio por el que avanza el enemigo, desgastando y erosionando sus recursos, ocupando o defendiendo puntos fuertes (fortalezas, ciudades amuralladas) que permitieran el control del espacio (de ahí su papel importante en la estrategia), pero sin llegar generalmente al choque directo de la batalla campal decisiva para aniquilar al enemigo, que, aunque se procurara en alguna ocasión, en todo caso era poco frecuente, siendo generalmente consecuencia indirecta de una *cabalgada* o de un cerco.

Así pues, la batalla campal, cuyo resultado se consideraba siempre incierto en relación con la estrategia apuntada fue un elemento secundario; en ella en ambos bandos la carga de la caballería era esencial, con o sin *tornada* (carga de vuelta), siendo la infantería del lado cristiano fuerza auxiliar de la caballería, a la que sigue a veces con

³²¹ De las espadas del Cid, la *Colada* y la *Tizona*, se dice sin comprobación fehaciente, que fueron tomadas en combate. La primera en el de Almenara o del Pinar de Tévar, al hacer prisionero al Conde Berenguer Ramón II, el *Fratricida*, y la *Tizona*, al Rey Bucar, Abu Beker ben Omar, lugarteniente y primo del emperador almorávide Yusuf, en los combates acaecidos en las proximidades de Valencia.

dificultad, y del lado musulmán una fuerza algo menor salvo en el caso del ejército almorávide.

Por su parte, los asedios o cercos eran operaciones difíciles y arriesgadas que requerían gran cantidad de fuerzas y de medios, y cuyo resultado no era siempre positivo ya que el bloqueo y el asalto por la fuerza rara vez daban la victoria, además en su contra estaba la posible llegada de refuerzos de socorro a la guarnición. Generalmente la victoria se alcanzaba por continuidad en el tiempo y el conocimiento por parte del sitiado de que nunca recibiría ayuda, bien a través de la intriga y la traición que abre las puertas a los sitiadores o por una batalla campal entre las fuerzas de los sitiados que salen de la fortaleza buscando el enfrentamiento con el sitiador para dirimir la situación.

Del lado cristiano, las acciones militares de índole táctica más frecuentes eran, de carácter ofensivo, las expediciones y la “guerra guerreada”; acciones que requerían una técnica militar sencilla, poca entidad de fuerzas, poca logística y que partían temporalmente de manera estacional, con objetivo a distancia corta, media o larga, desde una fortaleza tomada como base de operaciones, pudiendo en su caso apoyarse en otras intermedias.

Las primeras, reales o públicas, también denominadas *fossato* o *fonsado*, consistían en la reunión de tropas de consideración dirigidas por el rey para llevar a cabo una campaña que podía terminar en una batalla campal o en el asedio de una plaza o fortaleza.

Las segunda, la “guerra guerreada”³²², presentaba acciones tales como la *cabalgada*, incursión rápida y profunda en territorio enemigo, que podía ser *concejera* cuando contaba con fuerzas suficientes como para un combate a campo abierto o *encubierta*, cuando se realizaba, buscando botín, con pocos hombres evitando el encuentro con el enemigo; asimismo la *algara*, de menor alcance y duración que la *cabalgada*, también para buscar botín; la *corredura*, de menor entidad que la *algara*, realizando merodeos por territorio enemigo; y, por último la *celada*, a modo de emboscada fija al enemigo en un lugar adecuado.

En todos los casos el objetivo, fuera de aquel de la anexión territorial, era claro dentro del general de desgastar al enemigo: arrasar su territorio, quemar sus cosechas, robar su ganado, extender el hambre, romper su cohesión a través del miedo, obtener botín, capturar cautivos, conseguir abastecimientos, castigar al enemigo incursor, preparar un cerco o socorrer a fuerzas sitiadas, incluso servir de distracción ante un enemigo más fuerte.

Éstas eran las acciones más comunes de hacer la guerra medieval ya que eran un medio eficaz de adaptar los medios disponibles a los objetivos buscados. Eran acciones que requerían por su corta duración y pequeño alcance, poca financiación en armas y medios logísticos y un número pequeño de efectivos.

En cuanto a las batallas campales, cuando se producían el éxito era alcanzado por aquel que, con fuerte liderazgo, capaz de infundir moral

³²² Tipo de guerra que aparece referenciada en algunos diccionarios militares del siglo XIX (véase el de Almirante) apuntando a un tipo de guerra de larga duración en la que se desarrollan diversas acciones bélicas haciendo daño al enemigo sin ser decisivas.

de victoria y de disciplinar a sus tropas, empleara sus fuerzas combinándolas con mayor acierto y las adaptara mejor al terreno de la acción, aprovechando las debilidades del enemigo o provocándolas en su caso.

De carácter defensivo, amén de la defensa de localidades y fortalezas, se practicaban el *apellido*, consistente en una reunión de fuerzas para defender una localidad o perseguir al enemigo que les hubiera causado daños; y también la *anubda*, con misión de vigilancia lejana de las villas con elementos a caballo.

Del lado musulmán las cabalgadas eran similares y en cuanto a las batallas sus acciones eran rápidas, con repetición de las cargas, utilizando una infantería en menor número que, aumentada en el caso del ejército almorávide, podía actuar ofensivamente avanzando alineados a golpe de una gran masa de tambores con el objeto de asustar a los caballos cristianos empleando largas picas para detener las cargas cristianas

Por último, en cuanto a la logística de guerra, sin que existiera un servicio regular, las armas, víveres y material de campamento eran proporcionados por el rey o los señores combatientes en ambos bandos.

Es en este marco general en el que se han de encuadrar las actividades bélicas del Cid.

El pensamiento militar del Cid Campeador

En general, el pensamiento militar de una figura castrense se obtiene de la suma de los datos aportados por sus hechos de guerra, sus escritos personales si los hubiera, complementados por los datos biográficos del

citado. En nuestro caso los datos importantes han de ser extraídos del análisis de su actividad bélica expuesta por diversos autores estudiosos de los textos medievales que la recogen con rigor histórico.

Un pensamiento que en su conjunto nos ha de dar las razones de su forma de planear y conducir las operaciones en relación con sus ideas estratégicas cuando las hubiera y su manera de actuar en los combates de acuerdo con sus tácticas preferidas.

No extraña que muchos autores hayan considerado que el Cid, prototipo del guerrero medieval, fue un genio militar en el que “confluían la inteligencia, la astucia y el valor a partes iguales” (MARTÍNEZ, 1999, pp. 428-431) y tampoco que fuera ensalzado como tal por algunos militares dedicados a la historia militar; entre estos últimos³²³, Gárate Córdoba lo definió como “ejemplo para el militar de hoy, como lo fue para el ayer” (GÁRATE, 1967, p. 113), definición moralizante luego extendida por Alonso Baquer (BAQUER, 1969, pp. 19-38)³²⁴; autores que coinciden con un periodo franquista en el que el peso de la moral militar como elemento resolutivo en la guerra estaba por encima de los aspectos técnicos que ya primaban desde las guerras europeas del siglo.

³²³ Al margen de lo apuntado en el texto: *Historia Militar* del general Almirante, texto con el mismo título de Martín Arrúe (en ambos lo reflejado sobre el Cid es una mera referencia); Alonso Alcalde, Manuel, con *El arte de guerrear en el Poema del Cid* (1946); General Aranda Mata con *Personalidad militar del Cid* (1946); Coronel Campos Turmo con *El bautismo de guerra del Cid* (1955); Ruíz de Ayúcar, Ángel, con *El arte de mandar y obedecer en el Poema del Cid* (1946). Todos basados en el análisis del *Poema del Mío Cid*.

³²⁴ Este autor, en su análisis militar del *Poema del Mío Cid*, incluye algunas comparaciones con hechos de la Guerra Civil.

Pero, al margen de tales consideraciones laudatorias el pensamiento militar cidiano en cuanto al Arte o Ciencia de la Guerra no quedó completado y, en consecuencia, el mismo, inexplicablemente, no ha sido reflejado en los textos de Historia Militar de las Academias Militares.

Para acercarnos a él, inicialmente plantearemos las etapas guerreras por las que el Cid fue pasando hasta el final de sus días. Tres etapas (BAQUER, 1964, pp. 39-40) sucesivas con marcadas diferencias entre ellas que, en evolución, fueron condicionando, desde su forma de guerrear, su pensamiento bélico:

1. De 1063 a 1087, desde los 15 a los 39 años aproximadamente³²⁵.
2. De 1087 a 1094: En el destierro, de los 39 a los 46 años.
3. De 1094 hasta su fallecimiento en 1099, con 51 años.

A continuación, en el camino marcado, analizaremos sucintamente las acciones militares cidianas más significativas en cada una de ellas, atendiendo a la tipología de la acción al margen un tanto de la cronología, al objeto de determinar los rasgos esenciales de su pensamiento castrense, de su pensamiento como guerrero en la acción.

³²⁵ Las edades citadas dependen de la fecha que se considere para el nacimiento del Cid. Entre otros autores, Menéndez Pidal considera que fue en 1043, el historiador Gonzalo Martínez Díaz en 1048 y Antonio Ubieto Arteta entre 1054 y 1060. Nosotros tomamos la segunda de 1048.

Primera etapa

Durante ella, el Cid actúa como noble bajo la autoridad real (Sancho II o Alfonso VI) o de otros Señores (reyes de la Taifa de Zaragoza), contando en todo caso con una base territorial desde donde iniciar las acciones, desde donde recibe el apoyo logístico para las mismas y a la que puede regresar terminada la acción.

Fue una etapa de aprendizaje en la que asimila la lucha entre cristianos y las formas de hacer de los africanos durante su estancia de seis años en Zaragoza de ahí su pericia en el combate.

Participa, siguiendo la estrategia medieval del momento, en acciones militares tácticas diversas, mitad mora y mitad cristiana, con pocos efectivos dentro de campañas estacionales de corta duración: incursiones periódicas por territorio enemigo (*cabalgadas* con misión de destrucción o de saqueo), entre ellas, por ejemplo la realizada en tierras de Toledo en 1081 con objetivo económico que le valió el destierro por haberla emprendido a espaldas de Alfonso VI en un territorio tributario del mismo, o bien la de 1087 para facilitar la caída del castillo de Murviedro, bajo el control del rey de Lérida, y Denia, pequeñas plazas sin necesidad de plantear un cerco; acciones de socorro a plazas sitiadas y algunas batallas a campo abierto en las que “la astucia [suplía] a la fuerza y el número” (BAQUER, 1964, p. 38).

En todas las que participó: Graus (1063), Llantada (1068), Golpejera (1072), Cabra (1079), Almenar (1082) y Morella (1084), demostró su valía, arrojo y osadía, sin llegar a ser temerario, adquiriendo fama como guerrero.

Cualidades completadas con una visión profesional del terreno y de la acción posible que le lleva a planificarlas, adaptándose con prudencia medida a la realidad teniendo en cuenta la calidad y la cantidad de las fuerzas en presencia, de forma que se permitía actuar incluso en situaciones de desventaja ante el enemigo o en terreno poco favorable con la finalidad, no de destruir al enemigo, sino de alcanzar o defender un objetivo estratégico determinado como conservar un espacio o conquistar o defender un punto fuerte, o bien rechazar las incursiones enemigas o defenderse en el caso de las propias incursiones

Como ejemplo en cuanto a batallas planteadas teniendo en su centro un asedio, en la batalla del Castillo de Graus (1063 o 1064?), su primera batalla campal, los castellanos y zaragozanos intentan recuperar el castillo, punto fuerte estratégico que había sido ocupado por tropas aragonesas de Ramiro I, lo que provocó la salida de fuerzas enemigas de la fortaleza y con ella la batalla que terminó con la victoria de las tropas sitiadoras del primogénito de Fernando I de las que formaba parte el Cid. Victoria lograda en carga frontal y a través, según se cuenta, de la argucia de infiltrar entre las líneas enemigas un guerrero vestido de cristiano que acabó con la vida de Ramiro I.

Asimismo, en la batalla del castillo de Almenar (1082), en la que antes de empeñarse en ella teniendo en cuenta la superioridad enemiga (*huestes* del rey de Lérida y de los condes catalanes) aconseja a su señor en ese momento, el rey de Zaragoza, al-Mutamin hijo de al-Muqtadir, buscar una negociación y evitar el encuentro. Sin embargo, dado que los asediados no querían tal negociación y viendo que el dominio de la plaza era de alto valor estratégico (cerca de la capital enemiga) al final

se acudió a la batalla alcanzando la victoria con una carga frontal en la que fue hecho prisionero el conde Berenguer Ramón.

Respecto a aquellas batallas cuyo objetivo era frenar la acción de desgaste de una incursión, la de Cabra (1079) y la de Morella (1084) sirven de ejemplo, ya que en la primera el Cid busca poner fin a la campaña-incursión, previo mensaje de amenaza, del conde García Ordóñez, uno de los magnates más cercanos a Alfonso VI, y los granadinos de Abdallah por el territorio de la *taifa* sevillana de al-Mutamid con una *hueste* organizada a tal fin y, en la segunda, el Rey de Aragón con la suya busca acabar con la incursión del Cid por sus territorios.

Fuera de la tipología de las batallas habituales citadas hay que apuntar aquellas que no fueron buscadas, aunque si aceptadas obligatoriamente por condicionamientos de índole superior, como ocurrió en las batallas de Llantada (1068) y Golpejera (1072), en las que el encuentro campal se hace, previo acuerdo del lugar y del momento, así como medios a emplear, para dirimir un conflicto político.

En ellas se trataba del enfrentamiento entre los hermanos Alfonso VI de León y Sancho II de Castilla al objeto de evitar la división del reino a la muerte de Fernando I; así mediante la batalla el vencido, cosa admitida previamente, entregaría su reino al vencedor (en este caso la batalla tuvo como resultado la reunificación, con Sancho II como vencedor, y el exilio de Alfonso VI en Toledo).

Segunda etapa

En esta etapa, de intensa actividad militar, sus fuerzas operan bajo su mando directo, pero sin base territorial a la que regresar ni en la que vender y redistribuir el botín adquirido, y sin recibir más apoyo logístico que el que obtiene del territorio enemigo.

En esta nueva situación su *hueste* (fuerzas en constante movimiento) está en estado permanente de guerra, viviendo de ella sobre el terreno (guerreando o preparándose para la siguiente acción militar), buscando lo que necesitaba allí donde estuviese, actuando tanto por las armas como por la simple amenaza cuando sus fuerzas eran superiores a las del enemigo.

Así pues, muchas de sus acciones estuvieron orientadas a la obtención de recursos para sus fuerzas, por lo que predominan, siendo casi una rutina, las pequeñas correrías, incursiones de corta duración, *cabalgadas* y *algaras* con objetivo logístico (robos, saqueos y cautiverios), amén del de destrucción tales como la de 1088 por tierras de Calamoche, Albarracín, Sagunto, Torres, Alpuente, Requena; la de 1089-90 por Denia, Tortosa y Lérida, que termina en la batalla de Tévar (32 kilómetros al norte de Morella, en la provincia de Castellón), siendo su estrategia en aquel momento la de supervivencia, buscando, amén de la destrucción, botín e imposición de tributos (*parias*).

O, asimismo, la de 1092 por tierras de la Rioja, buscando crear otro frente que distrajera la atención de las fuerzas de Alfonso VI que, con pisanos, genoveses y castellanos, asediaba Valencia.

Y las incursiones realizadas antes del sitio a Valencia desde las cercanías de Jubilla (fortaleza tomada luego en 1093 y empleada como

base de operaciones), hasta dos diarias, al objeto de desgastar, mediante el robo de ganado, los recursos de los valencianos y bajar su moral haciendo prisioneros, esta vez con el objetivo estratégico de obligarles a negociar la rendición de la ciudad en manos de los almorávides.

Otras también con objetivo punitivo, como la realizada en 1093, durante el asedio a Valencia, contra el rey *Taifa* de Albarracín, tributario del Cid (*parias* y suministro de víveres), por ponerse en contacto con el rey de Aragón y haber la posibilidad de rotura del acuerdo establecido.

No obstante, también acudió a algunas batallas campales, cuando la necesidad lo exigía, como en el Pinar de Tevar (1090), batalla de carácter defensivo, pero sin aferrarse al terreno, en la que se enfrenta al rey de Lérida y a sus aliados catalanes que tratan de frenar la incursión cidiana por sus tierras. En ella el Conde de Barcelona Berenguer Ramón que conocía la forma de combatir del Cid quiso sorprenderle atacando de noche desde posiciones altas que rodeaban el campamento cidiano, sin embargo, el Cid logró reunir sus tropas y forzando uno de los desfiladeros coge de revés y desbarata las fuerzas del conde al que captura. Batalla desde la que el Cid inicia su propia campaña estratégica (BAQUER,1964, p. 30).

En todo caso sigue, como en la etapa anterior, planificando sus acciones para aprovechar todas las ventajas que el terreno le ofrece y aquellas del enemigo al que se enfrenta, aunque éste fuera superior en número

Tercera etapa

Y esta, tras la conquista de Valencia, en la que aplicó toda su experiencia anterior en asedios³²⁶, tras diecinueve años, sigue ostentando el mando supremo contando, desde el dominio de la ciudad, con una base territorial, un espacio político, desde donde operar.

En esta nueva situación precisó de expediciones de nivel estratégico para consolidar y mantener su dominio territorial al objeto de frenar la presión de los poderes musulmanes en sus inmediaciones convirtiéndose, como en el caso del señor de Valencia, al-Qadir, antes de la conquista (1088), en garante de la integridad de sus tierras a cambio de que éste sufrague los gastos de sus mesnadas, además de otras acciones para atender al apoyo logístico requerido por sus fuerzas. Es pues una etapa de aplicación estratégica y de una táctica ajustada a sus fines.

Ante la presión pues del ejército almorávide sus fuerzas continúan es estado permanente de guerra y sigue también aceptando o buscando, dentro de la estrategia medieval habitual, batallas campales (Cuarte en 1094 y Bairén en 1096-97), en las que reconoce posibilidades de éxito a pesar de contar con inferioridad de medios.

Es el caso, por ejemplo, de la batalla de Cuarte (1094), con el objetivo estratégico de mantener el dominio sobre Valencia, y teniendo en cuenta que la superioridad de fuerzas estaba del lado almorávide, el Cid sopesa lo pros y los contras y decide efectuar una salida de Valencia

³²⁶ En 1072 participó en el cerco a Zamora dirigido por Sancho II y en 1086, presumiblemente en el de Zaragoza, por Alfonso VI.

por el sureste para decidir la suerte del asedio a la ciudad, logrando que levantaran el sitio iniciado días antes.

En este caso el Cid se aprovecha de las debilidades de un enemigo que se encontraba falto de moral, añadiendo a sus incertidumbres el rumor de que había establecido acuerdos con Alfonso VI de Castilla y León o con Pedro I de Aragón, de forma que en cualquier momento podían llegar fuerzas de socorro.

En estas condiciones, el Cid envía en secreto parte de sus fuerzas a las proximidades del campamento almorávide aprovechando una vaguada que ocultaba el movimiento de sus fuerzas y con el resto finge, una vez acercado al enemigo, huir hacia las murallas, momento en el que el campamento es atacado en tropel con lo que los almorávides llegan a creer en la presencia de un ejército de socorro al Cid lo que permitió que el enfrentamiento se decidiera a su favor provocando la retirada de los almorávides hacia el mar.

En la batalla de Bairén (1096-97), la situación cambia ya que, al Cid, ahora aliado de Pedro I de Aragón, no le queda más remedio que aceptar una batalla que quería rehuir por estar en inferioridad de condiciones, tropa en menor número y terreno difícil.

Rehuía la confrontación en cuanto que su objetivo prioritario era abastecer a Peña Cadiella, en la Sierra de Benicadell, en peligro ante la presencia almorávide que, con campamento entre Gandía, Játiva y Cullera, trata de impedirlo saliendo desde Játiva a su encuentro.

El Cid, conocedor de sus intenciones, se dirige hacia los llanos de Gandía donde las tropas almorávides de Yusuf, mandadas por su sobrino Mohamad, le detienen entre las tierras altas, faldas del

Monduber, donde se ubicaba el campamento enemigo, y la costa, con la presencia en el mar, en la Rada de Bairén, de barcos musulmanes, con lo que no le queda más remedio que entrar en combate efectuando una carga frontal contra las tropas que le cierran el paso a las que empuja por el estrecho desfiladero de Bairén ocupado a su salida por fuerzas provenientes de Valencia.

Posteriormente, conquista de Murviedro y Almenara (1098; tras tres meses de asedio) para eliminar la amenaza almorávide sobre Valencia.

Conclusiones

Con lo expuesto, se ha tratado de definir, en esquema, la realidad bélica del personaje histórico.

El Cid, pensaba como un guerrero medieval y sus campañas contra los musulmanes en servicio recompensado por el monarca o bien en aquellas propias buscando botín, formaban parte de su naturaleza nobiliaria.

Un guerrero que, habiendo aprendido a combatir tanto de los cristianos como de los moros (SEMPERE, 1947, p. 229), conocía bien su profesión, por lo que sabía de disciplina, del valor de la jerarquía, de los medios a emplear en la acción, de cómo organizar sus fuerzas, de cómo intuir la potencialidad del enemigo, de cómo valorar el terreno y de cómo mover sus fuerzas; elementos necesarios para enfrentarse con un enemigo y procurar la victoria.

Así pues, su pensamiento militar, estratégico y táctico, era el propio de su tiempo siendo competente en todas las actividades emprendidas en ambos niveles ya fuera en guerra de desgaste, bloqueos a fortalezas

y ciudades o campañas de destrucción, de saqueo, castigo o distracción o en las batallas consecuentes.

Sin embargo, fue un guerrero que estuvo por encima del concepto que sobre tal se tenía en su época, ya que mientras los demás dudaban en entrar en batalla campal, el Cid, conocedor de sus fuerzas, tras estudiar al enemigo, sus debilidades, errores cometidos, su potencialidad, así como el terreno en el que se iba a desarrollar la acción buscando sus ventajas e inconvenientes, la aceptaba o la buscaba, incluso cuando contaba con fuerzas inferiores, planificando siempre la acción con rapidez, con prudencia y osadía calculada.

En resumen, su gran capacidad para analizar y evaluar la situación, su facilidad para adaptarse a la misma (no tenía un modelo de "táctica genial" (GARCÍA, 2000, p. 398)) y su acierto en la decisión adoptada en tiempo oportuno sería la base de sus éxitos militares y lo que le dio su fama posterior de genio militar. De ahí el apodo de Campeador: "vencedor de batallas".

De todas formas, con sus batallas a campo abierto no buscaba, dentro de la estrategia medieval, la destrucción del adversario sino la consecución de los objetivos habituales: el desgaste militar del adversario y el control del espacio, conquistando ciertos puntos fuertes (asedios), o impidiendo al adversario su ocupación (defensa de los asediados); así mismo, llegaba a plantear batalla contra fuerzas enemigas incursoras con idea de castigo y de recuperación de lo robado si fuera posible, o bien defenderse de aquellas fuerzas que trataban de detener su incursión. Asimismo, se han apuntado algunas batallas no

buscadas, aunque aceptadas por el Cid por condicionamientos superiores.

Pero la actividad bélica del Cid no se ha de reducir a las batallas campales, las más empleadas por los historiadores militares o de tema militar para buscar sus capacidades guerreras, sino que participó en gran cantidad de incursiones, *cabalgadas*, *algaras*, etc., que, en general, tiempo atrás fueron despreciadas por aquellos por lo que no solían aparecer en los textos. Era pues un maestro en la *guerra guerreada*, en incursiones rápidas de saqueo y de castigo.

En cuanto a los recursos tácticos empleados por el Cid, del análisis de su actividad bélica, destaca lo siguiente:

- Evaluaba correctamente la situación táctica efectuando previsiones sobre los movimientos del enemigo.
- Decidía y planificaba la acción con rapidez asumiendo prudentemente caso necesario los riesgos inherentes a la inferioridad de fuerzas.
- Sabía organizar sus fuerzas de acuerdo con la acción. Unas fuerzas disciplinadas que le siguen permanentemente sin más recursos que los obtenidos en su guerrear y que con el paso del tiempo fueron creciendo en número, desde unos cientos iniciales a varios miles al final de su vida.
- Aprovechaba el terreno en todas circunstancias, para sacar ventaja de sus movimientos y maniobras ante el enemigo, sobre todo cuando las fuerzas de éste eran superiores a las suyas.
- Estaba atento siempre a la seguridad; amén del empleo de *atalayas* y *escuchas* nocturnos, acostumbraba a dividir su *hueste*

en una *avanzada* y una *zaga* y, caso de carga aplicaba la táctica de la *tornada*: repetición de la carga de vuelta (MARTÍNEZ, 2001, p. 120).

- Buscaba multiplicar el efecto de la carga de ida. Pero tampoco se ataba a la carga frontal, sobre todo si las fuerzas enemigas eran superiores realizando entonces maniobras o acciones de distracción, rápidas y por sorpresa y, para dividir las fuerzas enemigas y equilibrar potencialidades, así como acciones de desinformación difundiendo rumores falsos para confundir y desmoralizar al enemigo.
- La preparación de sus acciones era cubierta en lo posible por el secreto para actuar luego por sorpresa y con rapidez.
- Difundía noticias falsas a través de infiltrados en el enemigo para sacar ventaja de sus errores de evaluación de la situación. Asimismo, realizaba movimientos falsos de huida para engañar al enemigo y llevarle al desastre en emboscadas previamente preparadas.
- Realizaba acciones y maniobras de distracción para desviar la atención del enemigo y, en su caso, dividir las fuerzas enemigas.

En definitiva, era un guerrero profesional destacado, un genio militar de la guerra medieval de su tiempo y bajo ningún concepto un “guerrillero de fortuna” o “mercenario”³²⁷.

³²⁷ A partir del siglo XI era corriente en los ejércitos cristianos la existencia de ‘mercenarios’, que podían ser naturales (nativos de los reinos) o extranjeros; en ambos casos constituían una organización separada. Mercenarios que se estructuraban en unidades constituidas por caballeros o guerreros de ‘asoldada’ rindiendo vasallaje (roto el anterior), bajo un código ético estricto, a quien había solicitado su presencia

Por último, haremos abstracción de su tiempo y trasladaremos al actual sus cualidades bélicas, tal y como se hace en los estudios militares, al objeto de extraer enseñanzas de su pasado.

De acuerdo con lo expuesto, si comparamos lo que detectamos en sus acciones con los principios fundamentales actuales del Arte de la Guerra, considerados permanentes y necesarios para evitar la derrota, podemos ver que el Cid, sin conocerlos, los aplicaba siempre al estar asentados en su sabiduría bélica.

Así en ellas hay “voluntad de vencer”, “libertad de acción” y “capacidad de ejecución”, principios completados operativamente con la seguridad, el secreto, la sorpresa, la economía de medios, la acción de conjunto, la flexibilidad y el aprovechamiento de toda situación favorable.

Asimismo, en su correcta aplicación, contaba con lo que en el siglo XIX se acuñó en los tratados y diccionarios militares como importante cualidad de un jefe en el combate: tener “ojeada militar”, es decir saber darse cuenta con rapidez y prontitud de lo que le rodea en el combate para poder decidir con acierto.

En resumen, fue un genio militar fundamentado en su prudente capacidad para ver con rapidez y acierto la realidad de la situación bélica, en su osadía a la hora de tomar decisiones y en su habilidad en la ejecución, unido a su valor personal y destreza en el combate.

(temporal en la mayoría de los casos y estacional por lo que se les denominaba vasallos ‘golondrina’).

Bibliografía

- ALONSO BAQUER, M. (1964): «Introducción a la táctica del Cid»,
Revista de Historia Militar, Madrid, Año VIII, nº 15, Madrid.
- ALONSO BAQUER, M. (1969): «La ética del Cid y la pedagogía militar», *Homenaje a Menéndez Pidal*, I, Madrid.
- DÍEZ BORQUE, J. M. (2007): «El héroe épico: desde la voz a la letra»,
VIII Centenario del *Cantar del Mío Cid (El Cid, del hombre a la leyenda)*, Junta de Castilla y León.
- GÁRATE CÓRDOBA, J. M. (1967a): «El pensamiento militar en los cantares de gesta», *Revista de Historia Militar*, Año XI, nº 22, Madrid.
- GÁRATE CÓRDOBA, J. M. (1967b): «El pensamiento militar en la literatura medieval», *Revista de Historia Militar*, Año XI, nº 23, Madrid.
- GÁRATE CÓRDOBA, J. M. (2000): «La Historia militar elude al Cid»,
Revista Ejército, Nº extraordinario 825, Madrid.
- GARCÍA FITZ, F. (2000): «El Cid y la Guerra», Actas del Congreso Internacional: “El Cid, Poema e Historia”, Ayuntamiento de Burgos.
- GARCÍA FITZ, F. (2005): *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*, Universidad de Sevilla.
- MARTÍNEZ DÍEZ, G. (1999): *El Cid histórico*, Barcelona.
- MARTÍNEZ TEIXEDÓ, A. (2001): *Enciclopedia del Arte de la Guerra. Todo sobre el fenómeno de la guerra y la búsqueda de la paz*, Planeta, Barcelona.

- SEMPERE PASQUET, S. (1947): «Las espadas del Cid en la Armería Real. Breve resumen de las armas usadas en la Edad Media», Servicio Histórico Militar, Madrid.
- SERVICIO HISTÓRICO MILITAR (1984): *Historia del Ejército Español. Los Ejércitos de la Reconquista*, T-II, Madrid.
- TORRES SEVILLA, M. (2000): *El Cid y otros señores de la guerra (3. El Señor de la Guerra: Mío Cid)*, Ediciones Universidad de León, León.
- TORRES SEVILLA, M. (2002): *Las batallas legendarias y el oficio de la guerra*, Barcelona.

BATALLAS FRUSTRADAS: VALENCIA 1364

AVOIDED BATTLES: VALENCIA 1364

Pablo Sanahuja Ferrer³²⁸

Universitat de València

Resumen:

A finales de 1363, Pedro I de Castilla lanzó una gran ofensiva sobre el sur del reino de Valencia. Una tras otra, la mayoría de las plazas se rindieron hasta dejar Orihuela totalmente aislada. Tras ello, el monarca castellano sitió Valencia. Mientras, Pedro IV de Aragón se apresuraba por reunir dinero, tropas y aliados. En el sur se jugaba el fin de la guerra y el destino de todo el reino de Valencia. El presente trabajo busca estudiar esa campaña hasta su punto culminante, cuando los ejércitos castellano y aragonés se encontraron a escasa distancia. Así, tras un breve preámbulo introductorio, se detallarán las medidas defensivas tomadas por los aragoneses; después, se analizará la ofensiva castellana y los esfuerzos aragoneses por reunir un contraataque. Finalmente, se abordará la contraofensiva aragonesa y su momento más decisivo.

Palabras clave:

Guerra, batalla, Castilla, Aragón, Dos Pedros.

³²⁸ El presente trabajo se ha realizado como beneficiario de la beca FPU del Ministerio de Educación para la realización de la tesis doctoral “Un reino asediado: el reino de Valencia durante la Guerra de los Dos Pedros (1356-1369). Perspectiva política, económica y social”, tesis que se desarrolla bajo la dirección del Dr. D. Rafael Narbona Vizcaíno. Así mismo, este estudio se enmarca dentro de grupo de investigación de excelencia “Desigualdad económica y movilidad social en la Europa medieval (ss. XIII-XVI)” (Generalitat Valenciana, Prometeu 2019/072), dirigido por el Dr. D. Antoni Furió i Diego.

Abstract:

At the end of 1363, Peter I of Castile launched a great offensive on the south of the kingdom of Valencia. One after another, most of the places surrendered until leaving Orihuela totally isolated. After that, the Castilian king besieged Valencia. Meanwhile, Peter IV of Aragon was quick to gather money, troops and allies. In the south the end of the war and the destiny of the entire kingdom of Valencia were played. The present work seeks to study that campaign to its climax, when the Castilian and Aragonese armies met at a short distance. Thus, after a brief introductory preamble, the defensive measures taken by the Aragonese will be detailed; later, the Castilian offensive and the Aragonese efforts to gather a counterattack will be analyzed. Finally, the Aragonese counteroffensive and its most decisive moment will be addressed.

Keywords:

War, battle, Castile, Aragon, Two Peters.

Introducción

Para aquellos que estudiamos la guerra en la Edad Media, la batalla, a pesar de las muchas matizaciones que la historiografía ha realizado al respecto, sigue teniendo un halo casi mágico. Un momento crucial en el que todo podía cambiar. Un lance casi sobrenatural en el que Dios ejercería como juez y definiría el destino de sus criaturas. Han sido muchas las reflexiones sobre el porqué de la batalla, pero lo que proponemos a lo largo de las siguientes páginas no es analizar la batalla, sino su ausencia. Consideramos que para entender la existencia de un fenómeno es imprescindible comprender las razones de su ausencia.

En nuestro caso, estudiaremos la frustrada batalla de Valencia, en abril de 1364, una batalla que podría haber cambiado totalmente el

devenir de la guerra. Para comprender esa batalla frustrada realizaremos previamente un análisis de la campaña que llevó a ella. Eso sí, antes de comenzar, presentaremos el marco histórico en el que se encuadra: la Guerra de los Dos Pedros (1356-1369).

Iniciada tras un incidente corsárico en aguas de San Lúcar de Barrameda, en julio de 1356, lo que en un principio podría haber sido una breve contienda de final negociado, se acabó convirtiendo en una de las más cruentas, destructivas y prolongadas guerras que recuerda la historia medieval española. Sus protagonistas, Pedro IV de Aragón, llamado el “Ceremonioso”, y Pedro I de Castilla, apodado el “Cruel” o el “Justiciero”, compartían demasiadas ofensas y convirtieron ese conflicto en una pugna por la hegemonía peninsular (MASIÀ, 1994, pp. 249-256; MUÑOZ, 1982, pp. 117-134; FERRER, 2005, pp. 329-357; VALDALISO, 2016, pp. 137-145).

En un principio el conflicto se mantuvo bastante igualado, con escasos avances por parte castellana. En esta primera fase destaca sobre todo la campaña naval castellana de 1359, cuando una poderosa flota castellana asedió el puerto de Barcelona, aunque infructuosamente (CABEZUELO, 2015, pp. 116-150). Ahora bien, fue a partir del verano de 1362 cuando, con la caída de Calatayud, se quebró el sistema defensivo aragonés. Fue a partir de entonces que se iniciaron las grandes ofensivas castellanas (GUTIÉRREZ, 1963, pp. 7-30; LAFUENTE, 2012, pp. 95-117).

Situación Previa

Antes de analizar la que se considera la segunda gran ofensiva castellana, y que como veremos tuvo lugar sobre el sur del reino de Valencia, es preciso dedicar unas líneas a su inmediato antecedente, la primera gran ofensiva castellana. Tras haber quebrado, aunque no destruido, el sistema defensivo aragonés con la toma de Calatayud en agosto de 1362, todo hacía pensar que Pedro de Castilla tenía a Zaragoza en el punto de mira. Con el inicio de una gran ofensiva a finales de enero de 1363 y la toma de Borja y Magallón en marzo, Pedro el Cruel estaba a apenas 60 kilómetros de la capital aragonesa. (LAFUENTE, 2012, pp. 95-117)

Fue en ese momento cuando se reveló el gran genio estratégico del monarca castellano. Antes que hacer frente a un prolongado, y seguramente infructuoso, asedio de una gran ciudad bien defendida y pertrechada, así como arriesgarse a la llegada del ejército del rey de Aragón, decidió descender hacia el sur. Tarazona, Cariñena, Teruel, Castielfabib, Jérica, Segorbe y Murviedro cayeron en sus manos durante abril y mayo. Un avance arrollador que le había llevado de amenazar Zaragoza a asediar Valencia, y en el ínterin el frente aragonés había quedado prácticamente deshecho (LÓPEZ DE AYALA, 1985, p. 136).

El asedio sobre Valencia duraría hasta el 12 de junio, cuando ante la noticia de la llegada del ejército del rey de Aragón, Pedro de Castilla levantó el sitio y se replegó a Murviedro. La situación de bloqueo duró hasta la firma de la Paz de Murviedro el 2 de julio, por la que ambos monarcas se comprometían a entregar una serie de plazas al rey de

Navarra, Carlos el “Malo”, quien actuaría como garante de la tregua. Pronto quedó claro que el rey de Castilla, a pesar de que la paz le resultaba ventajosa, no estaba dispuesto a mantenerla y sólo esperaba ganar tiempo para preparar una nueva ofensiva.

Tampoco en el campo aragonés estaban todos dispuestos a mantener la paz. Dos eran los principales perjudicados, Enrique de Trastámara y el infante Fernando, hermanastro del rey de Aragón. Aunque Pedro el Ceremonioso había prometido ayuda a ambos para hacerse con el trono castellano, por aquel entonces el mejor situado era el infante Fernando, cuyos derechos sobre el trono eran legítimos (su madre era hermana de Alfonso XI) y que había conseguido reunir a buena parte de los exiliados castellanos. En total, su red de fidelidades le permitía movilizar hasta mil hombres a caballo, una importante baza que empleó para tratar de sabotear la paz. Ante las negociaciones que tenían lugar en Murviedro, el infante Fernando amenazó con marcharse a Francia con sus hombres, un desafío que el rey no podía permitir, y que tuvo como consecuencia el asesinato del infante. Surgía entonces un problema de amplias consecuencias, la posesión de los señoríos del infante, algunos de los cuales constituían plazas fronterizas de primera importancia, como Albarracín y Orihuela (LAFUENTE, BALLESTEROS, 2015, pp. 151-192; VALDALISO, 2016, pp. 246-252).

La actitud del monarca castellano provocó un acercamiento entre Pedro de Aragón y Carlos de Navarra, quienes comenzaron a negociar una alianza contra el castellano. Con el propósito de mantener ocultas estas negociaciones, se fingió el apresamiento cerca de la frontera

navarra del infante Luis, hermano del monarca navarro, por parte de Alfonso de Ribagorza. Sin embargo, esta maniobra tuvo una consecuencia inesperada. Enterados de este incidente y sin conocer su realidad, la población de Castielfabib se alzó en armas y, creyendo que se había declarado la guerra con Navarra, atacó a la guarnición. Ésta, tras sufrir numerosas bajas, consiguió resistir en una pequeña fortificación denominada “La Celoquia” y rechazó a los atacantes. Ahora bien, la guarnición navarra quedó tan debilitada que no pudo mantener la plaza, y el castillo fue ocupado por las tropas castellanas que previamente a la Paz de Murviedro habían tomado la población (ZURITA, 2007, l. IX, cap. XLIX, t. 4, p. 481).

Si Vis Pacem...

Vista la situación tras el 20 de agosto y los acontecimientos de Castielfabib, estaba claro que el rey de Castilla no tenía intención alguna en alcanzar una paz negociada. La situación era de calma, una calma tensa, una calma que se resquebrajaría en poco tiempo. Los contendientes eran conscientes de ello, pero ¿quién atacaría primero? Todo apuntaba a que, de nuevo, sería el rey de Castilla, pero, ¿por dónde?

Tras realizar un importante movimiento de tropas en Calatayud, parecía que sería en Aragón donde se produciría la próxima ofensiva del monarca castellano, que tendría a Zaragoza en el punto de mira. Ahora bien, ningún frente podía ser desatendido. Así, conforme el rey de Castilla se retiraba para pasar el invierno en Sevilla y ultimar los preparativos de una nueva flota, Pedro de Aragón partió desde Zaragoza

el 20 de septiembre con destino a Barcelona. Su propósito era encargarse de los preparativos de una flota que consiguiera oponerse a la castellana, aunque antes tuvo que ocuparse de otros asuntos. De camino a Barcelona, el 6 de octubre, el rey mantuvo vistas con Enrique de Trastámara en la iglesia de Castejón del Puente, cerca de Monzón (ZURITA, 2007, l. IX, cap. L, t. 4, p. 483).

Durante estas vistas, el conde debió expresar su preocupación por los retrasos y dificultades en los pagos a sus tropas, así como, quizás, su temor a seguir la misma suerte que el infante Fernando. Estas vistas se traducirían en el Acuerdo de Binéfar del 6 de octubre. En virtud de este tratado, tanto Pedro IV de Aragón como Carlos II de Navarra se comprometían a ayudar a don Enrique a alcanzar el trono castellano, financiando el primero su expedición y el segundo permitiendo el paso de compañías francesas, recibiendo a cambio importantes cesiones territoriales (LAFUENTE, 2009, pp. 214-217).³²⁹

En cuanto al reino de Valencia, el 7 de septiembre el rey había nombrado a Pere Boil, caballero que en esos momentos era el Baile general del reino, capitán de Valencia ante la ausencia de Alfonso de Ribagorza, quien se encontraba en Aragón. En concreto, el rey le nombró capitán de las ciudades de Valencia y Játiva y de la villa de

³²⁹ Ya entonces se estableció que el Ceremonioso recibiría todo el reino de Murcia y diez importantes plazas fronterizas, mientras que en virtud de los posteriores acuerdos de Almodívar del 22 de marzo de 1364, Carlos II recibiría Vizcaya y todas las tierras que hubieran pertenecido a Navarra en el pasado. Esto fue posible gracias al tratado que el 25 de agosto, en Uncastillo, Pedro IV había firmado con Carlos II de Navarra consiguiendo que éste abandonara la alianza con Castilla y se posicionara contra Pedro I, llegando a planear una auténtica invasión de Castilla, aunque por entonces no era nada factible.

Alzira, alcanzando su jurisdicción hasta Jijona (Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Cancillería (C.), reg. 1386, f. 34 (Zaragoza, 07/09/1363); ZURITA, 2007, l. IX, Cap. XLIX, t. 4, p. 482). Además, el día 17 de octubre, el rey encargó a Joan de Bellvís la defensa de Alicante y le hizo capitán de un cuerpo de 10 hombres a caballo que deberían estar permanentemente en la dicha villa y serían proporcionados por Pere Boïl y García de Loriz y pagados por los diputados del general del reino (ACA, C., reg. 1385, f. 170 (Cervera, 17/10/1363); CABEZUELO, 1991, pp. 85-89).

También fue reforzada la plaza de Orihuela, quizás la más fuerte del sur del reino, pero también la que más preocupaba por su localización. El rey destinó allí a Rodrigo Díaz como capitán al mando de 40 hombres a caballo, al tiempo que ordenó a Pere Boïl, capitán general, y a García de Loriz, gobernador del reino, que enviaran a Orihuela, Guardamar y Aspe todas aquellas tropas que consideraran necesarias para su defensa (ACA, C., reg. 1386, ff. 56r-57v y 170r-171v (Cervera, 17/10/1363); FERRER, 1989, p. 288). Además del envío de tropas, el rey solicitó a los diputados del general del reino que dieran salario a vecinos de Orihuela y Alicante que sirvieran en la defensa con caballo y armas. Esta propuesta tenía dos objetivos, por un lado, evitar la despoblación de estas localidades, cuyas actividades económicas se veían hostigadas por los enemigos, y por el otro, aumentar el número de hombres a caballo sobre el terreno, puesto que estos vecinos recibirían la mitad del salario normal, ya que era su deber servir de esta manera y este dinero se concebía antes como una ayuda que como un salario. Los diputados accedieron a pagar el salario de 60 vecinos de Orihuela y 10 de Alicante,

dispendio equivalente al salario de 35 hombres a caballo. Todos ellos formaban parte de los 300 hombres a caballo que el general del reino había dispuesto para la defensa de la frontera sur (ACA, C., reg. 1385, f. 176v (Barcelona, 13/11/1363); FERRER, 1989, p. 289).

Es posible que ya entonces se iniciaran las incursiones castellananas. De hecho, según Cabezuelo Pliego, fue a finales de octubre cuando los castellanos ocuparon Crevillente. Desconocemos la fecha exacta de la caída de Crevillente y los detalles de la misma, tan sólo que la plaza fue entregada a traición por su alcaide, Berenguer Togores (ACA, C., reg. 1194, f. 13 (Lérida, 12/10/1363). La fecha del documento, 12 de octubre, contradice la opinión de Cabezuelo y apunta a que la plaza fue perdida a inicios de ese mes y no a finales. La carta, además, era un salvoconducto de duración indefinida para Togores, quien estaba inculcado del delito de traición por haber entregado la plaza que tenía encomendada. Ahora bien, ello no quiere decir que se aviniera con los enemigos, tan sólo que entregó la plaza sin contar con el permiso del monarca, según exigía la “*costum d’Espanya*” (GUICHARD, 1983, pp. 247-256; FERRER, 1990, pp. 176-177).

¿Fue tomada al asalto? ¿sufrió un cerco Crevillente? ¿o acaso la precariedad de su situación hizo inviable la defensa? En todo caso, Crevillente se encontraba en primera línea de defensa y su caída supuso un avance de varios kilómetros para los castellanos, que desde esa plaza amenazaban directamente a Elche y podían hostigar las líneas de abastecimiento de Orihuela.

Dada esta situación, se imponía la necesidad de salvaguardar Elche, para lo que el rey optó por enviar a Humbert Deç-Fenollar como capitán

de esa plaza. Este iría acompañado por cierta compañía de hombres a caballo, y aunque no se indica su número, posteriormente el rey ordenó a los diputados del reino que le proporcionaran 200 ó 300 hombres a caballo, o todos aquellos que fueran necesarios para garantizar la defensa. Aparte de la propia defensa de esa villa, Deç-Fenollar tenía dos misiones, la primera, asegurar las líneas de suministro de la villa, acosadas por las tropas castellanas, cuyos afanes comenzaban a dar frutos; en segundo lugar, debía inspeccionar todos los lugares, castillos y alquerías situados al sur de Jijona y determinar cuáles eran susceptibles de resistir un ataque enemigo, procediendo con la mayor premura posible a derribar aquellas fortificaciones difíciles de defender o que podían ser usadas contra la villa. Ante todo, Elche debía resistir (ACA, C., reg. 1387, ff. 8v-9r (Barcelona, 20/11/1363); ACA, C., reg. 1182, ff. 64v-65r (Barcelona, 27/11/1363); ACA, C., reg. 1387, ff. 11v (Barcelona, 01/12/1363)).³³⁰

Eso sí, para que esto fuera posible era imprescindible superar un primer escollo, llegar hasta Elche con las tropas intactas. Y para ello el rey ordenó a Humbert de Tous, capitán de Borriana y de los lugares situados al norte de Almenara, y a Pere Boil, capitán de Valencia, que proporcionaran todos los hombres que pudieran para escoltar a Deç-Fenollar y sus hombres hasta la villa de Elche. ¿Llegarían a tiempo? (ACA, C., reg. 1387, ff. 8v-9r (Barcelona, 20/11/1363)).

³³⁰ Al parecer el número de componentes de su compañía acabaría fijado en 60 hombres a caballo. Aunque las cartas del rey son de finales de noviembre y de diciembre, Deç-Fenollar fue nombrado capitán de Elche por la reina Leonor el 4 de noviembre, lo que quizás podría indicar que la caída de Crevillente se produjo pocos días antes o incluso a finales de octubre; FERRER, 1990, doc. 177)

Cabezuelo indica que Humbert Deç-Fenollar inició conversaciones con Pero López de Ayala, el que más tarde se convertiría en el famoso cronista y que entonces era alcaide de Crevillente, a fin de comprar su voluntad y recuperar así esta plaza. Según Cabezuelo, el 12 de noviembre el rey escribió a Deç-Fenollar animándole a que prosiguiera las negociaciones, ahora bien, la redacción del documento citado por Cabezuelo también podría llevar a pensar que las conversaciones con Ayala no se habían iniciado todavía, y que Deç-Fenollar solamente había propuesto esta medida y esperaba permiso del monarca (CABEZUELO, 1991, pp. 85-89). De hecho, esa carta del 12 de noviembre constituía la licencia real para que negociara con Ayala (ACA, C., reg. 1387, ff. 6v-7r (Barcelona, 12/11/1363)).³³¹ Ahora bien, también cabe la posibilidad de que Deç-Fenollar iniciara las conversaciones por medio de un intermediario, pues, como señala M^a Teresa Ferrer i Mallol, Deç-Fenollar y sus hombres nunca llegaron a Elche (FERRER, 1989, p. 290).³³²

La Campaña del Sur

Definitivamente, fue el sur del reino de Valencia el escenario escogido por Pedro el “Cruel” para atacar. Zurita señala que el rey de

³³¹ El rey le autorizó a prometer a Pero López de Ayala tantas rentas y heredades como tuviera en Castilla y que las pudiera asignar sobre cualquier lugar, y le concedió el poder para otorgar un perdón a todos los habitantes del lugar de Crevillent por los crímenes y deslealtad cometidas por estos durante el tiempo que estuvieron bajo la señoría del rey de Castilla, y aún todo otro crimen o exceso cometido por ellos durante ese período.

³³² Esta autora hace referencia a un privilegio de la reina Leonor del año 1367 y en el que se indica que Elche carecía de capitán cuando fue tomada por los castellanos a inicios de 1364.

Castilla había preparado a conciencia este movimiento, y que la reunión de tropas que realizó en Calatayud había tenido el propósito de desviar la atención aragonesa (ZURITA, 2007, l. IX, cap. LI, t. 4, pp. 485-486). De esta manera, el castellano atacó sobre un territorio que tenía escasas posibilidades de ser socorrido rápidamente, ante la lejanía de Aragón y Cataluña, y donde el rey de Aragón no podría servirse de un posible apoyo navarro. De haber atacado Daroca o el valle del Ebro, Carlos de Navarra podría haberse sentido amenazado e impelido a entrar en la guerra. Atacando el sur del Valencia, el castellano podía evitar esa posibilidad.

M^a Teresa Ferrer i Mallol apuntó a que la tregua con Castilla se rompió el día 12 de noviembre basándose en una carta del rey datada en el 19 de noviembre (FERRER, 1989, pp. 290-291). Ahora bien, ¿acaso las tomas de Castielfabib y Crevillente no rompieron la tregua? El caso de Castielfabib podría interpretarse como el rocambolesco resultado de un malentendido, nada que no se pudiera solucionar en la mesa de negociación, pero el caso de Crevillente dejaba claro que la tregua no importaba para el rey de Castilla.

Es por ello que debemos interpretar esta afirmación de la autora catalana como el inicio de las incursiones sistemáticas por parte de los castellanos, ya no esporádicas, lo que implicaba la clara ruptura de una situación de indefinición, tan común en esta guerra. Eso sí, la auténtica campaña castellana no comenzó hasta principios del mes de diciembre. Comandadas por el propio rey de Castilla, sus fuerzas cayeron como un torrente sobre las tierras alicantinas. Arrolladoras, no tardaron en caer

ante ellas Aspe, Monforte y Agost, al tiempo que fueron puestas bajo sitio Guardamar y Monóvar.³³³

Ya a inicios de diciembre los *jurats* de Valencia escribían al rey alarmados ante las numerosas plazas que se rendían al rey de Castilla en el sur. Para calmarlos, el rey enumeró las iniciativas hasta ese momento emprendidas: en breve enviaría a su primogénito, Juan, duque de Gerona, con 200 ó 300 hombres a caballo catalanes, mientras, reunía dinero, tan necesario, mandaba armar galeras para recuperar el dominio del mar, y hacía todo lo posible para que la ciudad de Valencia fuera abastecida de grano (ACA, C., reg. 1192, f. 26 (Barcelona, 09/12/1363)).³³⁴ Similar carta enviaría poco después a los *jurats* y prohombres de Orihuela y a Juan Martínez de Eslava, capitán de esa villa, prometiéndoles que en breve partiría en su auxilio. Mientras, reunía en Lérida numerosas tropas catalanas y aragonesas, además de las del conde de Trastámara y el duque de Gerona (ACA, C., reg. 1386, ff. 72v-73r (Cornellà, 12/12/1363)).

Cuatro días después, el monarca llegaba por fin a Lérida, pero las noticias que llegaban desde Valencia eran desoladoras. Tras la caída de

³³³ Según una carta enviada por el rey a Bernat de Cabrera, el rey de Castilla asediaba personalmente Guardamar haciendo uso de 7 “ginys”, ingenios o máquinas de asedio (ACA, C., reg. 1192, f. 9v (Barcelona, 06/12/1363)). Al parecer, ninguna de estas plazas opuso gran resistencia y sus poblaciones no tardaron en pactar su rendición (FERRER, 1989, p. 292). Díaz Martín nos indica que Pedro de Castilla se encontraba en Murcia el 20 de diciembre, lo que podría significar que no se encontraba en tierras alicantinas al inicio de la campaña (DÍAZ, 1995, p. 263)

³³⁴ Los *jurats* habían recriminado al monarca su tardanza en socorrerles, palabras que el rey había decidido perdonar en su carta de respuesta. Según Zurita, el monarca no fue informado de la situación del reino de Valencia hasta el día 10, aunque esta carta demuestra que el rey ya había sido previamente informado (ZURITA, 2007, l. IX, cap. LI, t. 4, pp. 485-486).

Guardamar, la siguiente plaza en ser sitiada fue Elche y, según cartas de García de Lóriz, gobernador del reino, y de otros oficiales y servidores del rey, los ilicitanos no tardaron en pactar rendirse al rey de Castilla, quien ya había tomado la villa de Alicante y el castillo de “Xalanç” (Jalance), cercano a Cofrentes, y negociaba la rendición del castillo de Alicante, que todavía resistía, y la entrega de todo el valle de Ayora (ACA, C., reg. 1192, f. 26 (Lérida, 16/12/1363).

Pocos días después, la pérdida de Elche fue confirmada, junto con la de Petrer, La Villajoyosa, Benidorm y todo el valle de Ayora salvo su castillo, que todavía resistía. Mientras, el Cruel avanzaba sobre Denia, en donde ya tenía su Real a la altura del 8 de febrero (DÍAZ, 1975, p. 399; ACA, C., reg. 1193, f. 4v (Lérida, 19/12/1363); ACA, C., reg. 1193, f. 1v-2r (Lérida, 20/12/1363).³³⁵ La caída de Elche fue incruenta, así lo pactaron sus habitantes con Pedro de Castilla, quien cumplió su palabra, aunque hubo un precio a pagar, la entrega de Domingo Llull, procurador de la reina Leonor. En las mismas fechas debieron caer también Elda y Novelda y, en el caso de la primera, fue mediante un episodio cruento: el alcaide y la guarnición fueron pasados a cuchillo por la población mora del lugar (FERRER, 1989, p. 292).

El día 24 de diciembre el rey contestó una carta de Gonzalo Álvarez de Espejo, alcaide del castillo de Alicante, y de los *jurats* y prohombres de esa misma villa, a los que prometía rápido auxilio y a quienes insuflaba esperanzas con el inmediato envío al reino del duque de

³³⁵ Por estas mismas cartas el rey convocaba en Lérida a determinados ricoshombres y caballeros catalanes, entre ellos Bernat de Cabrera y Pere Galceran de Pinós. Denia debió tardar poco en caer en manos castellanas, pues el día 14 Pedro el Cruel ya tenía su Real sobre Gandía.

Gerona junto con los condes de Denia, Urgel y Prades, el vizconde de Cardona y otros barones catalanes (ACA, C., reg. 1193, f. 14v-15r (Lérida, 24/12/1363). El rey pasó esas Navidades en Lérida, desde donde trató de organizar esa primera respuesta que constituía la expedición de su primogénito. La causa que impedía al monarca cumplir con su deber de defender el reino personalmente era el inseguro apoyo del rey de Navarra y del conde de Trastámara, cuyas tropas necesitaba para igualar a las del castellano (ZURITA, 2007, l. IX, cap. LI, t. 4, pp. 485-486).

A la altura del 30 de diciembre, el duque de Gerona ya disponía de aproximadamente 500 hombres a caballo, una fuerza insuficiente para contrarrestar el empuje castellano, aunque suficiente para un rápido auxilio (ACA, C., reg. 1193, f. 33 (Lérida, 30/12/1363).

A principios de enero, los castillos de Almenara y Murviedro, que estaban en manos de guarniciones navarras en virtud de la Paz de Murviedro, cayeron en poder de los castellanos. El día 5, el rey informaba de la caída de Jijona, a la que seguirían diez días después Castalla y Tibi (ACA, C., reg. 1192, f. 72 (Alcolea, 04/01/1364); ACA, C., reg. 1193, f. 39 (Alcolea, 05/01/1364). Mientras, continuaba el asedio a Alicante y, a su vez, la plaza de Biar era puesta bajo sitio. Más al norte, en la Plana, los castellanos que habían recuperado Almenara y Murviedro no se limitaron al mantenimiento de estas importantes plazas, desarrollaron una agresiva ofensiva hacia el Norte, llegando sus incursiones hasta tierras catalanas, Tortosa, y atacando el “cortijo” de Nules con 400 hombres a caballo. Incluso trataron de asediar Villareal

con armas de asedio sacadas de Murviedro (ACA, C., reg. 1201, f. 2 (Zaragoza, 15/01/1364); FERRER, 1989, p. 296).

Mientras esto ocurría, el castillo de Alicante languidecía y su alcaide, Gonzalo Álvarez de Espejo, demandaba permiso para rendir la plaza. Lejos de otorgarlo, el rey trató de que Alicante fuera socorrida por mar, al no ser posible su auxilio por tierra. Los oficiales a los que encargó esta misión, Gilabert de Centelles, Olf de Próxida y Berenguer de Relat, no llegaron a aplicarla (ACA, C., reg. 1201, f. 19r (Zaragoza, 18/01/1364). Mayor valentía demostró Juan Martínez de Eslava, alcaide de Orihuela, quien trató de socorrer a Alicante al mando de un contingente compuesto por miembros de su guarnición y por vecinos de Orihuela, aunque acabó siendo derrotado por los castellanos (FERRER, 1989, p. 297).

La noticia de este fracaso debió minar la poca moral que restaba a la guarnición de Alicante, cuyo alcaide había pedido al rey licencia para rendir la fortaleza si no eran socorridos en el transcurso del mes de enero. La respuesta del rey fue prometerles ese auxilio, pero en febrero. La promesa no fue suficiente y, finalmente, Gonzalo Álvarez de Espejo rindió el castillo de Alicante. Desconocemos la fecha exacta, aunque sí sabemos que lo pagó caro, fue declarado traidor y sus bienes confiscados; su rey no le había concedido permiso para rendirse (ACA, C., reg. 1198, f. 234v (Valencia, 20/06/1364). El monarca, a la altura del 18 de enero, se encontraba en Zaragoza, muy lejos de Alicante, muy lejos de reunir el ejército que necesitaba (ACA, C., reg. 1201, f. 19r (Zaragoza, 18/01/1364).

De hecho, todavía el 17 de febrero, las tropas del duque de Gerona tan sólo habían avanzado hasta Tortosa, donde esperaban la llegada del conde de Ampurias y otros barones catalanes, y a 20 de febrero las tropas del conde de Urgel y del duque, unos 300 hombres a caballo, no habían recibido todavía su salario (ACA, C., reg. 1387, ff. 54v-56r (Uncastillo, 17/02/1364); ACA, C., reg. 1196, f. 17v-18r (Uncastillo, 20/02/1364). La expedición se retrasaba por una serie de problemas. Al ya referido retraso en las pagas se sumaba las dificultades de reclutamiento y de organización, en buena parte por razones políticas. La patente inexperiencia del duque hizo necesario que se le rodeara de un grupo de caballeros cuyo consejo y acuerdo necesitaba para dirigir su campaña, aunque estos perderían todas sus atribuciones ante la presencia del conde de Urgel y del vizconde de Cardona, a quienes el rey otorgó tales poderes que implicaba convertirlos en los auténticos comandantes de la expedición.³³⁶ A esto hay que sumar el retraso del conde y del vizconde, un retraso que se debía no tanto a las dificultades de movilización de sus compañías como a la resistencia de estos a acudir a la llamada del rey: ambos, partidarios del infante Fernando, temían correr su misma suerte. Es por ello que demandaron al monarca una serie de garantías, entre ellas que los componentes de la expedición jurarían: "que guardaran e defendran los dits comte e veçcomte contra totes persones que a aquells volguessen dar dampnatge e que los dits sacrament e homenatge no puxen ésser revocats, remeses o suspeses

³³⁶ Estos eran: Berenguer d'Abella, Bernat de Só, fray Guillem de Guimerà y Tomàs de Marçà (ACA, C., reg. 1196, f. 23v-26r (Sos, 01/03/1364). Zurita afirma que, junto al conde de Urgel y el vizconde de Cardona, también tendría que acompañar al duque el infante Pedro, tío del monarca (ZURITA, 2007, l. IX, cap. LI, t. 4, pp. 485-486).

durant lo dit viatge ne tro que·l dit veçcomte sia tornat en Catalunya ne per XV dies a aprés".³³⁷ O sea, el rey tenía que garantizar su seguridad y la de sus hombres durante toda la expedición y por un plazo de 15 días tras su regreso a sus hogares. Por supuesto, conde y vizconde retrasaron su llegada todo lo posible hasta la obtención de estas garantías.

Por su parte, el monarca se encontraba en Aragón, ocupado en garantizar el apoyo del rey de Navarra y del conde de Trastámara. Las vistas con el rey de Navarra tuvieron lugar en Sangüesa y Sos, culminando las reuniones el 2 de marzo con un acuerdo que ratificaba lo acordado en Uncastillo en agosto de 1363. Tras ello, tuvo lugar una segunda vista, en Almodébar, del 20 al 22 de marzo, en la que también participó Enrique de Trastámara. El acuerdo alcanzado garantizaba a Navarra y a Aragón toda una serie de compensaciones territoriales por su ayuda al conde en la toma del trono de Castilla (ZURITA, 2007, l. IX, cap. XLIX, t. 4, pp. 481-487). Ahora bien, aunque el Ceremonioso no podía saberlo en ese momento, Carlos de Navarra no cumplió con su palabra. Más interesado en defender sus posesiones en Normandía, necesitaba dinero para pagar sus tropas y puertos desde los que transportarlas de Navarra a Normandía, y sólo Castilla podía proporcionarle esos puertos (DÍAZ, 1995, pp. 264-265).

A principios de marzo, recordemos, el duque de Gerona todavía esperaba en Tortosa al conde de Urgel, al vizconde de Cardona y a

³³⁷ Mismo juramento tendrían que realizar los caballeros, ricoshombres y municipales valencianos que estuvieran junto al conde y al vizconde o de aquellos lugares en los que estos permanecieran (ACA, C., reg. 1196, f. 23v-26r (Sos, 01/03/1364).

Ramon d'Anglesola, entre otros, para partir hacia Valencia (ACA, C., reg. 1200, f. 586v-587r (Uncastillo, 04/03/1364). Mientras, el ejército castellano, iniciaba su asedio sobre la capital del reino. Finalizaba así esta campaña en el sur, campaña que quedaba incompleta en sus objetivos, pues Orihuela todavía resistía, cual islote ante la marea castellana. Según Cabezuelo, citando a Bellot, fue Callosa la última plaza en caer tras un fuerte asedio (CABEZUELO, 1991, p. 88), la última, eso sí, antes de Orihuela, y no hay que olvidar que su alcaide rindió esta plaza ya en el otoño de 1364, acabada la campaña que hemos estudiado (FERRER, 2005, pp. 435-436). En apenas unos meses, Pedro de Castilla había recuperado la práctica totalidad del reino de Murcia y estaba cerca de enmendar la Sentencia Arbitral de Torrellas (BARRIO, CABEZUELO, 2005, pp. 2061-2076). Llegaba el momento de recuperar la ciudad que el Cid había rendido para su rey: Valencia.

Salvar el Reino

Las noticias del cerco castellano alarmaron todavía más al monarca, que ordenó la movilización de las órdenes militares y su emplazamiento en la Plana de Burriana para “hacer frontera” (ACA, C., reg. 1387, ff. 67v-68r (Uncastillo, 04/03/1364).³³⁸ El rápido avance castellano le obligó a cambiar de planes y a ordenar a todos los barones y caballeros catalanes que debían ir junto con el duque de Gerona a que se reunieran en Tortosa o Sant Mateu, tras pasar por Barcelona para pasar revista y

³³⁸ Juan Fernández de Heredia debía enviar 60 hombres a caballo, el prior de Cataluña por el Hospital 40, el maestre de Montesa otros 40, el maestre de Calatrava 30 y el comendador de Montalbán 20 (LAFUENTE, 2009, p. 218).

recibir salario. El rey necesitaba organizar una respuesta contundente que evitara que los castellanos continuaran avanzando más al norte. Y para que la respuesta fuera contundente, necesitaba a todos los hombres posibles, de manera que el Ceremonioso envió a una serie de oficiales para que recorrieran ciertas veguerías catalanas tratando de reclutar a todos los ricoshombres, caballeros y ciudadanos posibles (ACA, C., reg. 1387, ff. 62r-68r (Uncastillo, 04/03/1364)).³³⁹

Así mismo, el rey escribió a diversos ricoshombres aragoneses, a los hombres a caballo de Calatayud que se encontraban en Zaragoza, al maestre de Calatrava y a fray Guillem d'Abella, comendador de Monzón por la orden del Hospital, para que con sus fuerzas fueran junto con el duque (ACA, C., reg. 1200, f. 607 (Huesca, 13/03/1364); ACA, C., reg. 1200, ff. 617v-618r (Huesca, 14/03/1364); ACA, C., reg. 1200, f. 620r (Sesa, 15/03/1364)). Todos ellos debían conformar una fuerza de 500 hombres a caballo que se unirían a las tropas del duque y de otros barones catalanes para, todos juntos, avanzar hasta la Plana de Burriana y evitar así cualquier intento de progresión hacia el norte por parte de los castellanos.

El lugar escogido para la reunión de las tropas aragonesas fue Montalbán. Lafuente indica que el monarca se encontraba allí desde, al menos, el 5 de abril (ACA, C., reg. 1200, f. 665v (Montalbán, 05/04/1364); LAFUENTE, 2009, p. 218). Allí había reunido a las compañías del maestre de Calatrava, del gobernador, del mayordomo

³³⁹ Se trata de las veguerías de Barcelona y el Vallés, Gerona, Besalú, Camprodón, el Penedés, Camp de Tarragona, Manresa, el Bagés, Berga y Segarra, además del condado de Ampurias.

del rey, del arzobispo de Zaragoza, de Pedro Fernández de Híjar y las del Hospital, y desde allí se dirigieron a Morella para acabar llegando a Sant Mateu ACA, C., reg. 1200, f. 669 (Montalbán, 09/04/1364), f. 667 (Montalbán, 12/04/1364), f. 672 (Montalbán, 10/04/1364); LAFUENTE, 2009, p. 219).

En esa misma fecha, el rey ordenó a los de Morella que le enviaran 600 hombres a pie, 200 de ellos ballesteros y 400 lanceros, cuyo salario tendrían que sufragar los habitantes de Morella y sus aldeas por un tiempo no especificado (ACA, C., reg. 1200, f. 680 (Sant Mateu, 16/04/1364); ACA, C., reg. 1198, f. 279v (Sant Mateu, 18/04/1364).

De la misma manera ordenó al Justicia y al Zalmedina de Zaragoza que le enviaran un balletero por cada 25 casas, y ordenó a fray Guillem d'Abella, como lugarteniente del Castellán de Amposta, que le enviara 400 ballesteros bien equipados, a cambio el rey no convocaría a las huestes del Hospital (ACA, C., reg. 1198, f. 279 (Sant Mateu, 18/04/1364). Sin embargo, ese mismo día el rey envió dos cartas para que los lugares de la Castellanía de Amposta y de la Bailia de Uldecona le enviaran la mitad de los hombres de esos lugares, entre ellos todos los ballesteros posibles (ACA, C., reg. 1198, ff. 279v-280r (Sant Mateu, 18/04/1364). Poco después, el monarca envió una carta a Martín Gil de Estahués ordenándole que hiciera venir a todas las huestes de los lugares de la Orden del Hospital situadas “deçà” Ebro, o sea, al sur de este río, aunque el rey ofrecía la posibilidad de que los hombres de estos lugares enviaran tan sólo a la mitad de sus efectivos con la condición de que fueran ballesteros, o al menos que reunieran 400 ballesteros (ACA, C., reg. 1196, ff. 31r y 32r (Sant Mateu, 19/04/1364).

Pero el rey no necesitaba sólo ballesteros. Ese 18 de abril ordenó al Justicia de Montalbán que le enviara todos los almogávares que pudiera encontrar en esas partidas (ACA, C., reg. 1198, f. 279r (Sant Mateu, 18/04/1364),³⁴⁰ y un día después realizó un llamamiento a todos los almogávares, y súbditos en general, que se encontraran en las partidas de Mosqueruela para que se unieran al rey en el auxilio a Valencia (ACA, C., reg. 1196, f. 32 (Sant Mateu, 19/04/1364).³⁴¹ De la misma manera, el rey dirigió una carta de convocatoria a todos los ricoshombres y caballeros que se encontraran en Lérida y sus comarcas para que, so pena de castigo, acudieran junto a él para marchar hacia Valencia (ACA, C., reg. 1196, f. 32v (Sant Mateu, 19/04/1364).

A la altura del 23 de abril, el conde de Urgel todavía no había llegado, mientras que se esperaba en breve la llegada del conde de Trastámara (ACA, C., reg. 1198, f. 285v-286r (Sant Mateu, 23/04/1364),³⁴² ante lo que el rey decidió iniciar la marcha hacia el sur. Ese mismo día comunicó a Alfonso, conde de Ribagorza y de Denia, que al día siguiente marcharía con sus fuerzas hasta la Plana de Burriana

³⁴⁰ Eso sí, días después, el rey ordenó que enviaran desde Montalbán 100 buenos ballesteros; ACA, C., reg. 1199, f. 367v (Sant Mateu, 22/04/1364).

³⁴¹ Días más tarde, el rey envió a fray Ferrer d'Arenys para que trajera esos almogávares desde Mosqueruela (ACA, C., reg. 1196, f. 33v (Sant Mateu, 21/04/1364). A pesar de los continuos retrocesos en tierras alicantinas y en el valle de Ayora, Ademuz resistía y el frente se había estabilizado en tierras turolenses, aunque su defensa se mostraba extremadamente frágil, hecho que había llevado al rey a ordenar a Jaume Ça-Era que como capitán de Mosqueruela enviara a la villa de Ademuz 50 ballesteros y 50 lanceros (ACA, C., reg. 1201, f. 6r (Zaragoza, 16/01/1364).

³⁴² Según Zurita, el conde de Trastámara llegó con sus compañías el día 24 junto al monarca (ZURITA, 2007, I. IX, cap. LI, t. 4, pp. 499-504).

y le ordenó que hiciera convocar todas las huestes de los lugares de la Plana (ACA, C., reg. 1198, f. 285r (Sant Mateu, 23/04/1364).

La Batalla Frustrada

Tras haber finalizado su campaña en el sur, el rey de Castilla se dirigió al norte, llegando el 1 de marzo a Cullera, plaza que controlaba desde el año anterior, y por mar llegó a Murviedro, evitando pasar cerca de Valencia (DÍAZ, 1995, p. 263). Desconocemos la fecha exacta en que llegó a Murviedro, posiblemente no se detuviera excesivo tiempo en Cullera y partiera en el plazo de uno o dos días, aunque sí conocemos que lanzó una expedición hacia el norte, hasta Tortosa, con la esperanza de que las gentes del lugar, leales vasallos del infante Fernando, se pasaran a su bando y entregaran la plaza. Esto no tuvo lugar, pero durante la expedición el monarca castellano pudo presenciar como la ciudad de Valencia era abastecida de víveres por parte de las galeras de Olf de Próxida.³⁴³

Este hecho determinó al monarca a poner definitivamente bajo sitio la capital valenciana, y para ello situó su Real en el Grao de Valencia, de manera que pudiera bloquear cualquier intento de abastecimiento de la ciudad por vía marítima. Mientras, esperaba a que llegara su flota, aquella por la que había abandonado el frente aragonés en otoño de 1363. Con sus 20 galeras y 40 naos, además de las 10 galeras portuguesas, su flota debía abastecerle de víveres y, todavía más

³⁴³ Según Zurita, el rey de Castilla ya sitiaba la ciudad de Valencia cuando decidió lanzar esa expedición hacia el norte, expedición con la que, según el cronista aragonés, fue personalmente con la esperanza de que ante su presencia Tortosa se entregara (ZURITA, 2007, l. IX, cap. LI, t. 4, pp. 499-504).

importante, de las armas de asedio necesarias para hacerse con Valencia. Sin embargo, se encontraba bloqueada en Cartagena por el mal tiempo y no podía proseguir hacia el norte.

Hasta que llegara su flota, Pedro de Castilla debía contentarse con bloquear la ciudad y tratar de que cayera por efecto del hambre. Su gran aliado se encontraba en la gran cantidad de población que se había refugiado tras sus muros, hasta 100.000 personas (SANAHUJA, 2017, pp. 327-351). Tanto Ayala como el propio Pedro el Ceremonioso en su crónica indican que la situación llegó a ser casi desesperada, hasta el punto de que los valencianos tuvieron que alimentarse a base de arroz (SOLDEVILA, 2014, pp. 375-376). Para tratar de contrarrestar el bloqueo castellano, los defensores, capitaneados por Pere Boïl, no cejaron de realizar salidas. Así, apoyados por sus numerosos ballesteros, los defensores valencianos no sólo consiguieron rechazar los asaltos castellanos, sino que convirtieron con sus salidas todo el entorno de la ciudad en un campo de batalla donde se sucedían las escaramuzas (LÓPEZ DE AYALA, 1985, p. 141).³⁴⁴

El punto álgido del cerco llegó con el ataque castellano a la puerta de Sant Vicent. Encabezados por Fernando de Castro y por Fernando Álvarez de Toledo, que capitaneaba 200 escuderos como caudillo de los escuderos del cuerpo del rey, los asaltantes castellanos estuvieron a punto de vencer la resistencia valenciana, aunque finalmente fueron

³⁴⁴ Durante este episodio bélico, la milicia urbana de Valencia demostró una gran capacidad para defender la ciudad y hasta para realizar incursiones contra los enemigos, aunque también se evidenciaron sus limitaciones, lo que derivó en la proposición de una serie de reformas dirigidas a la creación de un cuerpo miliciano semipermanente (NARBONA, 2006, pp. 305-332).

rechazados. El asalto se saldó con numerosos heridos, como Álvarez de Toledo que perdió un ojo, y muertos, como Fernando Pérez de Grandes, un gran caballero gallego (LÓPEZ DE AYALA, 1985, p. 141; ZURITA, 2007, l. IX, cap. LIV, t. 4, pp. 499-504; DÍAZ, 1987, p. 75).

Mientras, y tras haberse reunido con el conde de Trastámara el día 24, Pedro de Aragón marchó con sus tropas hasta Castellón, donde permaneció durante dos días para acabar de reunir a todas las compañías que restaban por llegar. Finalmente, habiendo reunido todas sus tropas, o al menos buena parte de ellas, el rey se decidió a marchar al auxilio de Valencia. Partió desde Burriana al atardecer del día 27 de abril con el propósito de sorprender al rey de Castilla en medio de la noche (ACA, C., reg. 1197, ff. 123v-124r (Valencia, 28/04/1364). La estrategia era la misma que el año anterior, pero en este caso el rey se mostró mucho más cuidadoso y durante las tres noches previas al ataque prohibió a sus fuerzas realizar fuego alguno ¿funcionaría esta vez? (LÓPEZ DE AYALA, 1985, p. 141).

El rey de Castilla, que permanecía con su Real en el Grao de Valencia, era totalmente ignorante de la posición del rey de Aragón y de sus planes, de manera que el efecto sorpresa estaba garantizado... de no ser porque un escudero de don Tello, hermano del conde de Trastámara, llamado Marcos García y natural de Castro Urdiales, llegó al Real castellano e informó al monarca de las intenciones del aragonés y de donde se encontraba (ZURITA, 2007, l. IX, cap. LI, t. 4, pp. 499-504; LÓPEZ DE AYALA, 1985, p. 141).³⁴⁵

³⁴⁵ Según Ayala, este escudero informó a Pedro de Castilla de que realizaba eso porque don Tello no estaba contento de ir junto a su hermano, el conde de Trastámara y

Ahora bien, el ejército aragonés proseguía sin tener conocimiento de que su plan de ataque había sido revelado. Aconsejado por Ramon de Vilanova, el rey de Aragón, tras partir de Burriana, envió su vanguardia para tomar un paso cerca de la desembocadura del río Palancia que el rey de Castilla había ordenado guardar y fortificar. Tomado este paso situado al este de Murviedro, el ejército aragonés prosiguió, con las filas en orden de marcha y escoltado por una flota de 12 galeras y similar número de naos, flota comandada por Olf de Próxida (SOLDEVILA, 2014, p. 373; LÓPEZ DE AYALA, 1985, p. 141).

El rey de Aragón había conseguido reunir 3.000 hombres a caballo y similar número de hombres a pie, buena parte de ellos ballesteros, a los cuales se unirían las compañías del conde de Prades y de fray Guillem de Guimerà, que llegaban desde Tortosa con parte de las compañías del duque de Gerona y que alcanzaron al monarca esa misma noche. El rey avanzaba en retaguardia (ZURITA, 2007, l. IX, cap. LI, t. 4, pp. 499-504).³⁴⁶

Mientras, Pedro de Castilla, furibundo por las revelaciones del escudero de don Tello, hizo levantar su campamento en mitad de la noche y ordenó la retirada a Murviedro. Con el propósito de evitar el

porque “ca siempre don Tello fizier asaz cosas tales”. Es posible que los recelos de don Tello, de ser cierto que el escudero actuaba siguiendo sus órdenes, se debieran a su resentimiento por la muerte del infante don Fernando, a quien había decidido apoyar antes del fatal desenlace.

³⁴⁶ En la estimación de las tropas hemos preferido seguir a Zurita, pues en su crónica, Pedro de Aragón sostiene que tan sólo contaba con 1.720 hombres a caballo, frente a los 6.000 del rey de Castilla. Consideramos que, con el propósito de engrandecer su gesta, el Ceremonioso pudo haber omitido del cómputo las compañías del conde de Trastámara, que debían aproximarse a los 1.500 hombres a caballo (SOLDEVILA, 2014, p. 373). Ayala es el que proporciona la cifra de 3.000 hombres a caballo por parte aragonesa (LÓPEZ DE AYALA, 1985, p. 141).

enfrentamiento con el ejército aragonés, el de Castilla tomó la vía del interior, por el camino real que unía Valencia con Murviedro, mientras que Pedro de Aragón descendía siguiendo la línea de la costa. Con el propósito, seguramente, de no caer en una trampa, Pedro de Castilla envió una avanzadilla de hombres a caballo que debía asegurar su paso hasta Murviedro.

Según Zurita, y en un punto no determinado pero que debió situarse entre las localidades del Puig y de Almacera, ambos ejércitos se encontraron a escasa distancia. (ZURITA, 2007, l. IX, cap. LI, t. 4, pp. 499-504). Fue entonces cuando Pedro el Ceremonioso, organizado su ejército para la batalla, dirigió una arenga para motivar a sus hombres ante la inminencia de la pugna, arenga que es reproducida en su crónica (SOLDEVILA, 2014, pp. 374-375). El ejército aragonés permaneció así detenido por espacio de dos horas, esperando el envite castellano, mas no se produjo. Pedro de Castilla había preferido proseguir hacia Murviedro y no presentar batalla. Eso sí, decidió enviar a los 600 jinetes granadinos de Ridwan para que hostigaran la retaguardia aragonesa, retaguardia en la que marchaba el propio rey aragonés (LÓPEZ DE AYALA, 1985, p. 141; ZURITA, 2007, l. IX, cap. LI, t. 4, pp. 499-504).

Especialmente delicado fue el paso de un estrecho puente, cercano a la costa, y cuya localización exacta no se indica, pero que cabe suponer que se trataría de un puente situado sobre el barranco del Carraixet. Según la crónica del Ceremonioso el rey se negó a pasar hasta que no lo hubiera hecho el último de sus hombres, aún a pesar de las súplicas de los condes de Trastámara y de Ribagorza (SOLDEVILA, 2014, p.

375). Finalmente, todo el ejército aragonés pasó sano y salvo y, al alba, llegó al Grao de Valencia, al mismo tiempo que el ejército castellano entraba en Murviedro. En su carta a la reina Leonor, Pedro de Aragón narra su entrada en Valencia, victorioso. Había roto el cerco castellano y, a pesar de contar con menos tropas que su rival, al menos en caballería, este había huido nada más ver la señera de Aragón, o al menos así lo narró él (ACA, C., reg. 1197, ff. 123v-124r (Valencia, 28/04/1364).

Balance Final

A lo largo de las pasadas páginas hemos analizado la campaña militar que llevó al punto culminante de la madrugada del día 28 de abril de 1364, cuando ambos ejércitos, situados a escasa distancia, rehusaron el combate. El ejército aragonés había descendido siguiendo la línea de costa con el propósito de sorprender al enemigo, que permanecía, desprevenido acampado en el Grao de Valencia. Posiblemente, Pedro el Ceremonioso escogió esta ruta con el propósito de auxiliarse de la flota que comandaba Olf de Próxima y obtener así una cierta ventaja.

Pedro el Cruel contaba con diversas posibilidades a la hora de hacer frente al ataque aragonés. Ahora bien, dada la escasa información que tenía sobre el mismo, y la posibilidad de que la información del escudero de don Tello pudiera llevarlo a una trampa, la retirada a Murviedro fue la opción más prudente, y seguramente la más acertada. En todo caso, la huerta de Valencia no era el campo más apropiado para entablar una batalla campal, especialmente por sus numerosos

obstáculos, lo que restaba efectividad a la caballería, principal baza castellana, y menos aún por la escasa visibilidad nocturna. Esto posiblemente explique que el ejército aragonés esperara la acometida castellana y no tomara la iniciativa.

Puede que el rey de Aragón hubiera salvado Valencia, pero ¿quién lo salvaría a él? Con la posterior llegada de la flota castellana, la cual, recordemos, se encontraba bloqueada en Cartagena, el rey de Castilla recuperó la supremacía en el mar y la flota catalana tuvo que huir y refugiarse en el río Júcar, cuya desembocadura fue bloqueada por la flota enemiga. Entonces, el rey de Aragón pasó a encontrarse atrapado en Valencia, rodeado de enemigos, sin nadie que lo socorriera y sin capacidad para abastecer a su ejército, así como a una ciudad tras cuyos muros se refugiaban más de cien mil personas. El tiempo pasó a jugar a favor de Pedro de Castilla. El monarca aragonés parecía haber caído en su propia trampa.

Bibliografía

- BARRIO BARRIO, J. A., CABEZUELO PLIEGO, J.V. (2005): «Las consecuencias de la Sentencia Arbitral de Torrellas en la articulación del Reino de Valencia», en Narbona, R. (coord.): *La Mediterrània de la Corona d'Aragó, segles XIII-XVI & VII Centenari de la Sentència Arbitral de Torrellas: 1304-2004; XVIII Congrès d'Història de la Corona d'Aragó, Valencia, 2004, 9-14 setembre*, vol. 2, Universitat de València, Fundació Jaume II el Just, Valencia, pp. 2061-2076.
- CABEZUELO PLIEGO, J. V. (2015): «La guerra en el mar. La campaña marítima castellana de 1359 y la defensa litoral de la corona de Aragón», en *eHumanista/IVITRA*, 7, pp. 116-150.
- CABEZUELO PLIEGO, J.V. (1991): *La Guerra de los Dos Pedros en las tierras alicantinas*, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, Alicante.
- DÍAZ MARTÍN, L. V. (1975): *Itinerario de Pedro I de Castilla. Estudio y regesta*, Universidad de Valladolid-Servicio de Publicaciones, Valladolid.
- DÍAZ MARTÍN, L. V. (1987): *Los oficiales de Pedro I de Castilla*, Universidad de Valladolid-Secretariado de Publicaciones, Valladolid.
- DÍAZ MARTÍN, L. V. (1995): *Pedro I, 1350-1369*, Diputación Provincial, Palencia.
- FERRER I MALLOL, M^a T. (1989): «La frontera meridional valenciana durant la guerra amb Castella dita dels dos Peres»,

- en *Pere el Cerimoniós i la seva època*, IMF-CSIC, Barcelona, pp. 245-357.
- FERRER I MALLOL, M^a T. (1990): *Organització i defensa d'un territori fronterer: la Governació d'Oriola en el segle XIV*, IMF-CSIC, Barcelona.
- FERRER I MALLOL, M^a T. (2005): *Entre la paz y la guerra. La Corona catalano-aragonesa y Castilla en la Baja Edad Media*, IMF-CSIC, Barcelona.
- GUICHARD, P. (1983): «*Alcaidía et coutume d'Espagne dans le royaume de Valence et les États de la Couronne d'Aragon au Moyen Âge*», en *Les Espagnes medievales. Aspects économiques et sociaux. Mélanges offerts à Jean Gautier Dalché*, Col. Annales de la Faculté de Lettres et Sciences Humaines de Nice, 46, Paris, pp. 247-256.
- GUTIÉRREZ DE VELASCO, A. (1963): «*La contraofensiva aragonesa en la guerra de los dos Pedros. Actitud militar y diplomática de Pedro IV el Ceremonioso (años 1358 a 1362)*», en *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, 14-15, pp. 7-30.
- LAFUENTE GÓMEZ, M. (2009): *La guerra de los dos Pedros en Aragón (1356-1366): impacto y trascendencia de un conflicto bajomedieval* (José Ángel Sesma Muñoz dir. tes.), Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- LAFUENTE GÓMEZ, M. (2012): *Dos Coronas en Guerra: Aragón y Castilla (1356-1366)*, Grupo de investigación consolidado CEMA, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.

- LAFUENTE GÓMEZ, M., SIMÓN BALLESTEROS, S. (2015): «El proceso contra el infante Fernando de Aragón, acusado de lesa majestad, en 1363», en *eHumanista/IVITRA*, 7, pp. 151-192.
- LÓPEZ DE AYALA, P. (1985): *Crónica del rey don Pedro* (Constance L. Wilkins y Heanon M. Wilkins eds.), Hispanic Seminary of Medieval Studies, Madison
- MASIÀ I DE ROS, À. (1994): *Relación castellano-aragonesa desde Jaime II a Pedro el Ceremonioso*, CSIC, Barcelona.
- MUÑOZ POMER, M^a R. (1982): «Preliminares de la Guerra de los Dos Pedros en el reino de Valencia (1356)», en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, 1, pp. 117-134.
- NARBONA VIZCAÍNO, R. (2006): «La milicia ciudadana en la Valencia medieval», en *Clio&Crimen: Revista del Centro de Historia del Crimen de Durango*, 3, pp. 305-332.
- SANAHUJA FERRER, P. (2017): «Con el hambre a las puertas. El abastecimiento de Valencia durante la Guerra de los Dos Pedros (1356-1366)», en *Medievalismo*, 27, pp. 327-351.
- SOLDEVILA, F. (ed.) (2014): *Les quatre grans Cròniques. IV. Crònica de Pere III el Cerimoniós*, Institut d'Estudis Catalans (IEC), Barcelona.
- VALDALISO, C. (2016): *Pedro I de Castilla*, Sílex, Madrid.
- ZURITA, J. (2007): *Anales de la Corona de Aragón*, ed. Ángel Canellas, Institución Fernando el Católico (IFC-CSIC), Diputación Provincial de Zaragoza, Zaragoza, t. 4, 2007.

**LOS DISCURSOS DEL REY PARA DESPUÉS DE UNA
DERROTA: ALJUBARROTA (1385-1390)
THE KING'S SPEECHES AFTER A DEFEAT:
ALJUBARROTA (1385-1390)**

José Manuel Nieto Soria

Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

La derrota de Aljubarrota sufrida por el rey de Castilla Juan I el 14 de agosto de 1385 tuvo importantes consecuencias que producirían una profunda crisis institucional para la monarquía castellana. Entre los muchos efectos directos que tuvo aquel suceso se encuentra la alocución de varios discursos pronunciados entre 1385, 1386 y 1390, por el propio monarca Juan I en contextos de solemnidad excepcional, dos antes las Cortes del reino y otro ante el Consejo Real y de tomas de decisiones muy importantes en estos discursos explicitadas y en cuyo contenido se hicieron presentes argumentos ideológicos y proyectos políticos de una singularidad argumentativa e institucional excepcional y de una gran relevancia en la historia de la Corona castellano-leonesa.

Palabras clave:

Discursos reales. Cultura política. Monarquía. Castilla.

Abstract:

The defeat of Aljubarrota suffered by the king of Castile John I on August 14, 1385 had very important consequences that produced an institutional crisis for the Castilian monarchy. Among the many direct effects of this defeat, we can find several speeches pronounced by King John I between 1385 and 1390 in contexts of exceptional solemnity. Two of these speeches were pronounced during two sessions of the *Cortes* and the other during a session of the Royal Council. These

speeches presented ideological arguments and political projects of an exceptional ideological and institutional importance for the history and the political culture of the Castilian monarchy.

Key words:

Royal Speeches. Political culture. Monarchy. Castile.

Es bien sabido que hay batallas que trascienden con mucho la dimensión propiamente bélica para adquirir implicaciones y significados diverso orden y de larga duración. En el caso de la Castilla trastámara, esta condición la podemos advertir en tres o cuatro episodios bélicos entre los que, desde luego se cuenta el de Aljubarrota, acaecido el 14 de agosto de 1385, con el que se liquidaron definitivamente las opciones de Juan I de Castilla a obtener el trono luso, en virtud de la reclamación de los derechos sucesorios de su segunda esposa, Beatriz de Portugal, si bien, tal pretensión se mantuvo viva hasta casi el fin de su reinado, mediatizando muchas de sus iniciativas.

Siendo una batalla muy significativa en el terreno específico militar desde el punto de vista de su relevancia como expresión de un modelo de combate muy característico de la época en el que la victoria no siempre estaba garantizada por la superioridad de fuerzas (MONTEIRO, 2003), fue todavía acaso más significativa como batalla que alcanzó una importante proyección pluridimensional por lo que se refiere a sus consecuencias.

El profesor Suárez Fernández ya señaló cómo *“en Aljubarrota se pierde algo más que las pretensiones sustentadas por Juan I a ceñir la*

corona de Portugal. Sin ejército, sin dinero, sin hombres, la situación de Castilla parece casi desesperada” (SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1977, p. 221). De hecho, esa consecuencia de desesperación fue lo bastante amenazante para los intereses castellanos como para que el rey Pedro IV de Aragón, como padre de la primera esposa de Juan I, manifieste su inquietud por el destino que pudieran tener sus nietos, el príncipe Enrique y el infante Fernando, cuyos derechos hereditarios veía en el aire tras este acontecimiento (SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1977, p. 221).

En efecto, bien puede afirmarse que aquella batalla hipotecó decisivamente el resto del reinado de Juan I de modo que una buena parte de las muy innovadoras decisiones que se tomaron por la iniciativa regia con posterioridad a la batalla y hasta la muerte del rey, cinco años después, bien pueden considerarse como respuestas inducidas por la situación creada en el reino por los efectos de aquella, teniendo algunas de ellas notable continuidad posterior a su reinado. Dentro de esas respuestas inducidas y vinculadas a los efectos de Aljubarrota se encontrarían las iniciativas de reorganización militar (CORTES, 1863, pp. 315-316), simbólico-religiosa (FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, 2014, pp. 56-76), político-administrativas (DIOS, 1982, pp. 69-95) y propiamente políticas (MONTES ROMERO-CAMACHO, 1998, pp. 448-449).

Más allá de todas aquellas medidas que pudieran situarse en el plano de las reformas políticas, hubo un tipo de iniciativa que vino especialmente exigida por este acontecimiento bélico y que se hizo particularmente presente a lo largo del resto del reinado: el impulso de una acción comunicativa protagonizada por la propia figura regia.

Desde el punto de vista de sus objetivos, esta acción comunicativa se situaba más en el terreno de la propaganda que en el de la información propiamente dicha (vid. VERDON, 2010) en tanto que las diversas iniciativas comunicativas tuvieron evidentes objetivos movilizados directamente relacionados con las necesidades políticas más apremiantes tal como, en cada caso, fue valorada la situación desde el poder real. En primera instancia, buena parte de la línea argumental de esa actividad de comunicación regia se situaba en el terreno de la justificación del revés militar. En segunda instancia, se trataba de crear consenso en torno a decisiones que de una manera u otra estaban conectadas con los diversos efectos políticos resultantes de aquel acontecimiento bélico. En un tercer nivel, se actuó a partir de la voluntad de avanzar en la línea de construir un sentimiento de comunidad política en el marco de un reino que, no lo olvidemos, acababa de superar una guerra civil apenas hacía menos de dos décadas.

Por lo que se refiere a sus formas de expresión, la actividad comunicativa protagonizada por el rey a resultas de Aljubarrota ofreció una notable interacción entre oralidad y literalidad, entre la alocución verbal y el texto escrito, manteniendo en una y otra opción una perfecta coherencia argumentativa. Quizá el aspecto más original que cabe observar en este punto es cómo va adquiriendo especial relieve la alocución oral, bien realizada por el rey en persona o por alguien que habla en nombre del rey, pero actuando como mero intérprete de un texto que expresa las ideas que el rey quiere difundir. En este sentido, podemos observar cómo, en particular la crónica del reinado, hace frecuentes alusiones a la *fabla* del rey como forma de expresar la

intervención personal del monarca al dirigirse a una concurrencia para comunicar un discurso determinado (NIETO SORIA, 2018, pp. 779-796). Del mismo modo, también resulta relevante cómo, bien a través de la intervención personal, o bien mediante intermediario, este proceso comunicativo se contextualiza en sus expresiones más relevantes en actos de particular solemnidad entre los que resultan especialmente destacables los debates en el seno del Consejo Real, así como las reuniones de Cortes. Con ello, estas intervenciones regias agrandan su significado más allá del propio contenido discursivo para rodearse de los rasgos propios de la comunicación simbólica, con el consiguiente incremento de la eficacia comunicativa que se persigue en cada caso (STOLLBERG-RILINGER, 2008).

Aunque la presencia de la *fabla real* se hace también presente en otras situaciones solemnes, tales como las que se producen, en especial, con motivo de la recepción de embajadas (NIETO SORIA, 2018, pp. 791-795), o de alguna asamblea del clero (NIETO SORIA, 2018, pp. 789-791) a la que asiste el monarca, son las señaladas más arriba con motivo de reuniones de las Cortes y del Consejo Real las que sitúan la línea argumentativa principal en cuestiones que vienen a ser efecto directo de lo acaecido en Aljubarrota. Nada de este recurso a la palabra regia resulta excepcional en la evolución de la época, pues parece extenderse como práctica cada vez más presente en las distintas cortes regias tardomedievales (DUMOLYN, 2012; DUTOUR, 2003).

La Comunicación de la derrota (Sevilla, Agosto de 1385)

Tras huir del campo de batalla para evitar caer prisionero y refugiarse en Santarem, el rey alcanzaría su flota que fondeaba en Lisboa, con la que regresaría a Sevilla con tres galeras, no estando el rey en condiciones de cabalgar por la enfermedad febril que arrastraba desde ya antes de la batalla. Llegado a Sevilla el 21 de agosto, seis días después de la derrota, vestiría *paños prietos* de luto en memoria de los caídos en el campo de batalla (LÓPEZ DE AYALA, p. 107). Ocho días después de su llegada ordenaría el envío de la carta mediante la que comunicaba a todas las ciudades del reino la noticia de lo acaecido en Portugal, llevando esta misiva fecha del 29 de agosto, es decir, quince días después de la derrota (DÍEZ MARTÍNEZ, pp. 349-351).

La carta parte de una visión típicamente providencialista de los acontecimientos, estableciendo un modelo que se va a repetir en la mayor parte de las iniciativas de comunicación que emprenda el monarca en las que se aluda a la batalla, señalando que el desastre se habría producido “*por nuestros pecados e de los nuestros*” (DÍEZ MARTÍNEZ, 2001, p. 349). Describirá con bastante detalle el desarrollo bélico, haciendo especial incidencia en las dificultades del terreno que limitaron muy significativamente los movimientos de la fuerza castellana. También aprovecha la ocasión para alegar un cierto descargo de responsabilidades al manifestar que “*estavamos muy flaco que avia catorze dyas que yvamos en camino en andas*”, señalando esto como causa de que “*non podíamos emprender ninguna cosa de la dicha batalla*”, hasta el extremo de que “*fuieronse syn nuestro acuerdo alla e nos fuemos con ellos en la pelea*” (DÍEZ MARTÍNEZ, 2001, p. 350).

Finalmente, afirma lo que habrá de ser la obsesión recurrente hasta el final de su reinado: *“aver vengança desta desonrra e cobrar lo que a nos pertenesçe”* (DÍEZ MARTÍNEZ, 2001, p. 350).

La carta real, en realidad no tenía un fin limitado a la mera comunicación de los acontecimientos bajo una perspectiva, como se ve, claramente exculpatoria para la responsabilidad del rey cuya única culpa parecía limitada a haber sido tan pecador como el resto de sus súbditos. Por el contrario, tenía una finalidad político-administrativa bien concreta como era hacer una llamada de convocatoria a Cortes. En consecuencia, se ordenaba que se procediera a designar procuradores para que estuvieran presentes el uno de octubre en Valladolid. Como justificación de su convocatoria se apelaba a lo que interpretaba como un sentimiento colectivo *“que vos sentieredes del mal e desonrra e lastima que nos e los dichos nuestros regnos reçibimos”*, lo que exigía de *“aver vengança desta desonrra e cobrar lo que a nos pertenesçe”* (DÍEZ MARTÍNEZ, 2001, p. 350). Ante ese sentimiento colectivo y ante esa aspiración compartida, se imponía apelar a la expresión del reino como unidad copórea, según la concepción corporativa omnipresente en el pensamiento político tardomedieval (CANNING, 1988), que quedaba institucionalmente materializada en la práctica representativa simbolizada por las Cortes. En cierta medida, a partir de aquí, Juan I unía su destino político y el de su continuidad dinástica a la eficacia del diálogo rey-reino, es decir, a la implicación de las Cortes en la consecución de sus objetivos.

Las Cortes de Valladolid de 1385

Aunque, como ya se dijo, la intención del rey era tener Cortes en Valladolid a comienzos de octubre, estas se acabaron retrasando, teniendo lugar a fines de noviembre y concluyéndose el 1 de diciembre. Las circunstancias para su celebración eran bien adversas a la vista de que no podía ocultar que todo venía forzado por el fracaso de la campaña portuguesa y que el compromiso anticastellano entre lusos e ingleses se había reforzado, estando en el horizonte que tomaran en breve plazo, tal como, en efecto, sucedería, la iniciativa de una posible invasión. El panorama para Castilla no podía ser más sombrío. Tras la batalla de Aljubarrota, había quedado fuertemente consolidada la alianza entre Juan I de Avís y el duque de Lancaster que, por su matrimonio con la hija de Pedro I, ya se hacía llamar rey de Castilla, aprestándose a tomar la iniciativa de invadir Castilla para reclamar en nombre de su mujer el trono que consideraba suyo, tal como, de manera fallida, había sucedido por parte de Juan I de Castilla con respecto al trono portugués. Esta era una situación bien sabida en la corte castellana (LÓPEZ DE AYALA, 1953, p. 107).

Se pasaba de exigir un esfuerzo de militar y financiero para conquistar un reino a requerir lo mismo para salvar el propio, lo que exigía adoptar medidas, tal como se hizo en aquellas Cortes, que permitieran una máxima movilización militar del reino, así como hacer las derramas consiguientes para disponer del necesario respaldo financiero. En definitiva, el panorama no podía ser más adverso a la hora de presentarse el rey ante el reino (SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1977, pp. 227-236), por lo que la expectación para los asistentes a Cortes

debió ser bastante considerable, lo que seguramente motivó que la concurrencia fuera notablemente importante, lo que acaso deja traslucir la narración cronística cuando afirma que *“todos los mayores Caballeros del Regno que avian fincado que non fueron con él en la dicha batalla, é otros muchos que esto vieron é escaparon de la batalla, vinieron para él á la villa de Valladolid, é allí fizo sus Cortes”* (LÓPEZ DE AYALA, 1953, p. 107).

Aquellas Cortes, junto con esas medidas de orden principalmente militar y financiero que era necesario adoptar con urgencia a la vista de lo que se podía venir encima y la pérdida de confianza en la capacidad militar castellana ante la alianza oponente, estaban especialmente concebidas desde un objetivo de comunicación política. Era necesario asumir responsabilidades, reconstruir conciencia de comunidad, crear vínculos de cooperación bajo el principio de salvar al reino y fortalecer alianzas, en especial con el aliado preferente de los Trastámara desde antes de su llegada al trono y en el contexto de la Guerra de los Cien Años, Francia. Es una situación que sintetiza con toda claridad y urgencia el relato cronístico de nuevo cuando, con relación a estas Cortes, señala que con motivo de su celebración *“acordó de enviar catar gentes á todas partes, é de facer saber todo lo que le avía acaescido al Rey de Francia, su amigo. E envióle pedir acorro de gentes suyas é de dineros”* (LÓPEZ DE AYALA, 1953, p. 107). De hecho, ese esfuerzo comunicativo llegaría hasta la corte avionesa del propio papa Clemente VII (SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960, pp. 168-171), al que convenía poner de su lado a fin de deslegitimar la pretensión del duque de Lancaster sobre el trono castellano, acaso evocando la posición

antipetrista de Inocencio VI algunas décadas antes (ZUNZUNEGUI ARAMBURU, 1970, pp. 301-302 y 305-306). La posición favorable en ese momento de la corte castellana a la opción aviñonesa, como de la francesa, obligaba a Clemente VII a dar todo su apoyo al rey castellano, tal como se expresaría en la carta consolatoria que, en respuesta a esa comunicación, le enviaría el pontífice (LÓPEZ AYALA, 1953, pp. 108-109).

El desarrollo de las Cortes ofrece buen indicio relevante de la excepcionalidad que encaja de manera muy relevante esta dimensión significativa que tuvieron dentro de esa estrategia de comunicación urgente que imponían las circunstancias a las que se acaba de aludir. En lugar de pronunciarse como acto de apertura alguna forma de discurso en el que se hagan presentes algunas de las principales motivaciones de la reunión, el esperado discurso se produce justamente como cierre de las sesiones. Podría pensarse que ante el contexto tan adverso y anómalo en que se reúnen las Cortes, el rey actúa con cautela, esperando al último momento, una vez que se siente más seguro de las posibles reacciones, para hacer ver su visión personal de las cosas. De hecho, en el texto de su exposición se hace patente cómo muchos de sus contenidos se elaboran como respuesta a debates y planteamientos manifestados durante las sesiones de Cortes. Desde el punto de vista formal, no se ofreció como exposición directa del rey, sino haciendo “leer e publicar un escripto de rrespuesta e ordenaçion”, cuya literalidad se incluye al final del cuaderno de Cortes (CORTES, 1863, pp. 329-335). De este modo se deja claro testimonio de que lo que en ese escrito se hace publicar responde única y exclusivamente al

pensamiento particular del rey, dando a su contenido un claro perfil personal.

Su hilo argumental arranca del aprovechamiento retórico por parte del rey de una demanda que, al parecer, habían planteado los procuradores en algún momento del desarrollo de aquellas Cortes. Por lo que se ve, estos habían solicitado del rey que dejase de llevar vestiduras de duelo, tal como venía haciendo desde que tuviera lugar la batalla. Esto le da pie al rey a señalar cómo su duelo principal no está en las vestiduras, sino en su corazón, siendo, además, un duelo que se venía acrecentando desde el mismo día en que comenzó a reinar como consecuencia de cuatro razones cuya consideración se convierte en la lógica argumentativa que vertebra su exposición.

La primera de estas razones bien se podría enunciar como la frustración de un proyecto reformador que, expresado como “voluntad de fazer justicia” (CORTES, 1863, pp. 330), por distintas resistencias e intereses particulares opuestos al bien común, no había sido capaz de llevar adelante. La segunda de las razones que enlutaban el corazón del rey estaba referida a las excesivas cargas tributarias con las que había oprimido al reino, precisamente como consecuencia de las necesidades bélicas motivadas por su pretensión de ocupar el trono portugués, exigiendo múltiples servicios y esfuerzos. Bien es verdad que con esta consideración no se pretendía anunciar que tales exigencias no se siguieran produciendo, sino que tan sólo se quería hacer constar la pesadumbre que soportaba el rey cada vez que tenía que decidir volver a imponerlas. De hecho, esta segunda razón, en realidad, encontraba su continuación natural en la tercera, pues en ella ya anunciaba como

nuevos tributos venían exigidos ante la adversidad resultante del fracaso bélico. Por último, la cuarta razón era el sentimiento por tantas muertes sufridas en el campo de batalla, lo que se traducía en “desonra e quebranto a todos los del nuestro rregno” (CORTES, 1863, p. 331).

Justificado, por tanto, que el duelo del rey iba más allá de su vestuario, accedía a abandonar el luto, a la vez que ordenaba procesiones, predicaciones y ayunos como forma de restaurar una alianza con Dios que, de alguna manera se había visto rota, tal como se expresaba en el acto providencial de la derrota sufrida. Por ello, y esto era lo más importante, procedía a comunicar toda una serie de iniciativas políticas que daban expresión a esa voluntad reformadora que hasta ahora no había sido atendido tal como el propio monarca habría concebido desde el comienzo de su reinado, según cómo había manifestado en la primera de las razones expuestas.

La principal de estas iniciativas que ahora anunciaba era la creación del Consejo Real para que siempre estuviera junto a él, bien se hallase en plena campaña lejos del reino o en él, anunciando cómo debería estar formado por doce personas, dando relación de quiénes lo serían de manera inmediata, estando integrado por cuatro prelados, cuatro caballeros y cuatro ciudadanos (DIOS, 1982, pp. 73-74 y DIOS, 1986, pp. 5-8). Su competencia sería muy amplia, pues sólo se excluían de ella los asuntos propios de la justicia que habían de ser vistos en la Audiencia Real (GARRIGA, 1994, pp. 87-101), así como ciertos temas muy limitados que se consideraban del ámbito de decisión particular del monarca tales como nombramientos de ciertos cargos de casa y corte, presentaciones de iglesias, otorgamientos de gracias y mercedes,

así como perdones, de modo que se dejaba entrever lo que en el futuro habrían de constituir las competencias características de la Cámara de Castilla y el ejercicio del Real Patronato (DIOS, 1993, pp. 83-94). Además, se tomaban previsiones con relación a los efectos que la creación de esta nueva instancia institucional debía tener con relación a la expedición de la documentación regia.

A la hora de justificar tan importante decisión que iba más allá de la mera creación institucional para suponer, de hecho, una extraordinaria innovación en el propio concepto del ejercicio de las competencias regias aludía a un motivo ocasional tal como era el estado de guerra en el que se hallaba el reino que requería de toda la atención del monarca, dificultando el que se pudiera ocupar por sí solo de todos los asuntos del gobierno debidamente. Con esta iniciativa, tal como lo expresa el monarca, se quería salir al paso de cualquier crítica en el sentido de “que fazemos las cosas por nuestra cabeça e syn consejo” (CORTES, 1863, p. 333). Además, gracias a esta nueva instancia, ningún nuevo pecho o tributo se podría imponer por razones particulares del monarca, pues, gracias a su intervención, se aseguraría que sólo serían debidos por necesidades generales del reino. A la vez, también reconocía sus propias limitaciones físicas, pues desde el comienzo del reinado había dado prueba de una salud frágil, tal como bien se comprobaba en el estado febril y de postración en el que se había hallado el mismo día de la batalla, lo que recomendaba disponer de ese instrumento gubernativo innovador que asegurase la adecuada atención de los asuntos de gobierno más allá de que el rey pudiera estar limitado por alguna dolencia.

Llegados a ese punto, el rey introduce una referencia histórico-bíblica como inspiración justificadora de la innovación institucional planteada al aludir a cómo ya el “santo Moysen” decidió que los israelitas abandonasen Egipto “por consejo de Getro su suegro” (CORTES, 1863, p. 334), cuya intervención se presenta como una especie de “relato fundacional de un gobierno compartido” (FORONDA, 2009, p. 75) y, en definitiva, como un precedente de lo que ahora ofrece como un modelo de gobierno por consejo. Así, una batalla acaba modificando de manera esencial el propio sistema político que ahora parecía bascular hacia la emulación del modelo aragonés, lo que, tal como ya puso de relieve Suárez Fernández, no era extraño al universo mental del monarca (SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1977, p. 19).

El discurso por la defensa del Reino (Cortes de Segovia de 1386)

Los peores augurios se cumplieron y el duque de Lancaster desembarcó en Galicia con la amenaza de cobrarse el que consideraba debía ser su trono. Aunque, tras este desembarco, en el transcurso de 1386, los movimientos por ambas partes, anglo-portuguesa y castellana, parecían apuntar hacia una intensificación de las negociaciones para alcanzar un pacto en la línea de reconocer ciertas compensaciones por parte del rey castellano a cambio de retener la corona sin más hostilidades (CARBÓ, 2014-2015, pp. 104-112), las circunstancias, que no aseguraban un final acordado, exigían tomar todas las medidas necesarias para soportar un prolongado estado de guerra (DÍEZ MARTÍNEZ, 2001, pp. 379-382). En esta línea de actuación se hacía necesaria una nueva convocatoria de Cortes que sería primero enviada

a las ciudades el 14 de septiembre de 1386 (DÍEZ MARTÍNEZ, 2001, pp. 383-384), que inicialmente se quiso celebrar en Ávila, luego en Medina del Campo, y que acabarían teniendo lugar en Segovia en noviembre de aquel año. Con tal motivo, tuvo lugar un nuevo acto excepcional de comunicación política por iniciativa regia que parece probable que tomase forma de discurso, pronunciado en algún momento del desarrollo de estas Cortes, y en el que el rey razonó sobre la obligación del reino a defenderse del invasor.

El discurso o razonamiento se planteaba bajo cierta apariencia de una especie de arenga antes de una batalla presentada como decisiva y desde una perspectiva de extraordinaria excepcionalidad, al tratarse, tal como se argumentaba, de un momento en el que todo se hallaba en juego, la defensa del reino, la supervivencia de la comunidad política, la continuidad de la dinastía, la pervivencia de la independencia política (CORTES, 1863, pp. 350-359). Se trataba, en suma, de una suerte de convocatoria desesperada que lanzaba el rey para crear una conciencia colectiva de cómo ser o no ser del reino dependía del compromiso y sacrificio de todos y cada uno de los naturales del reino, invocándose la condición de natural como fundamento de deberes imprescriptibles que era necesario asumir hasta las últimas consecuencias, a la vista de los peligros inminentes que se cernían sobre la corona castellano-leonesa.

En consecuencia, se aborda en el razonamiento regio una línea argumental que centra toda su atención en la idea del sacrificio individual frente a los principios superiores de lealtad, afirmando el deber que los naturales del reino tienen de entregar la propia vida a fin de asegurar la preservación de su ley, su rey, su tierra y a sí mismo. Si

excluimos el último motivo que, en definitiva, respondería a la defensa propia, estamos en presencia, acaso por primera vez, en el argumentario político castellano abordado directamente en una intervención regia, de la idea de *morir por la patria* (KANTOROWICZ, 1984, pp. 105-141).

Ciertamente se trataría de un asunto que pronto se iría abriendo paso en la reflexión política durante el siglo XV, dando de ello buen ejemplo sin salir de Castilla, a comienzos de esa centuria la consideración por Clemente Sánchez de Vercial de lo que enuncia en términos de *patrie defensor morti se exponit*, para lo que afirma que “cosa dulce e fermosa es morir por la tierra propia, e ninguno non se ofresçe a la muerte por su tierra sin esperança de grand bienaventurança e prosperidat” (SÁNCHEZ VERCIAL, 1961, p. 261). Buen ejemplo de tal argumento habría de dar el papa humanista Pío II, Eneas Silvio Piccolomini, al justificar cómo cabe demandar la vida de los súbditos *ad usum publicum* (KANTOROWICZ, 2012, p. 269), pues si en la concepción de la comunidad política como un cuerpo místico, siendo el príncipe su cabeza, corazón y alma, este se siente obligado a su propio sacrificio por la salvación del cuerpo, cuanto más cabe exigir a sus naturales que no son más que sus manos o sus pies para asegurar la salvación del resto del cuerpo.

Cuando entre fines del siglo XV y comienzos del XVI se vaya abriendo paso el neologismo *patria* como expresión integradora del conjunto de los territorios sometidos a un príncipe con respecto a cuya preservación están necesariamente comprometidos sus naturales (VIROLI, 2019, pp. 35-60), será inevitable que, más pronto o más tarde, se produzca la aparición en el repertorio de los principios políticos de

aquel que alude al deber del amor a la patria o de morir por la patria (MARAVALL, 1986, p. 463), constituyendo el mundo político de las principales ciudades república italianas un marco privilegiado a la hora de actuar como eco de la combinación de valores republicanos y el orgullo cívico que caracteriza el patriotismo de algunos autores políticos que se movieron en aquel ambiente afín al humanismo cívico (VIROLI, 2019, p. 47). De este modo, la alocución de Juan I en las Cortes de Segovia de 1386 habrá constituido un precedente y un anuncio de excepcional valor.

En su exposición, el monarca hace una afirmación particularmente rotunda de la excepcionalidad del momento político del reino al aludir a esta exigencia de la muerte individual para salvaguardar un bien político superior al señalar que esa necesidad de arriesgar la propia vida puede producirse por alguna de esas cuatro cosas antes enumeradas, ley, rey, tierra o uno mismo, pero que la singularidad del momento hace que las cuatro estén ahora amenazadas, por lo que nunca antes había estado tan justificado ese sacrificio personal.

Bajo un tono típico de arenga bélica, trata de ofrecer una imagen particularmente negativa del enemigo inglés, pues al referirse a la necesidad de dar la vida por la propia ley, en realidad, está identificando el concepto de ley con el de religión, lo que da pie a señalar cómo, aun después de que los ingleses se hicieran cristianos, habrían tenido comportamientos impropios de tales como lo demostraría el que se “rebelaron algunas veces contra la Yglesia”, el que habrían asesinado a santo Tomás de Canterbury, aludido como de *Conturbel* cuya muerte recordaría a la de los mártires en la Britania romana, el que siempre,

hasta el momento presente, habían dado su ayuda a los cismáticos, con lo que se estaría especialmente pensando en la posición inglesa ante el Cisma de Occidente, siempre opuesta a la castellana, el que propiciasen las guerras entre cristianos, con lo que se estaría refiriendo a la guerra con Francia en el contexto de la Guerra de los Cien Años, o el que se mantuvieran tratos con el rey de Granada y, según se afirmaba, “con los moros nuestros vecinos”, con lo que se completaba una imagen incompatible con lo que se podía esperar de un pueblo de cristianos (CORTES, 1863, p. 351).

En la exigencia de dar la vida por el rey se afirmaba que la intención última de los ingleses era la muerte y desheredamiento de Juan I quien aprovechaba para recordar que si él era rey tal condición la ostentaba por voluntad divina. Este punto daba pie a prestar extenso desarrollo a reivindicar la legitimidad linajística de los Trastámara como sucesores del primogénito de Alfonso X, Fernando de la Cerda, frente a la proveniente de la sucesión del matrimonio ilegítimo de Sancho IV con María de Molina, ilegitimidad que estaba en el origen de los derechos de Enrique de Trastámara frente a Pedro I (CORTES, 1863, pp. 352-354), como último eslabón de una descendencia maldita como preveniente de Sancho IV como el hijo que traicionó a su padre (MARTIN, 1994).

La amenaza para la tierra se justificaba señalando la voluntad inglesa de ocupar y deshonorar el reino en su integridad, para lo cual, según se afirmaba, estarían moviendo alianzas con todos los reinos comarcanos de Castilla, buscando ayuda en los reyes de Navarra, Aragón y Granada, sin contar, por descontado, con el de Portugal por ser su principal aliado

y causa destacada de la continuada presencia inglesa en la península (CORTES, 1863, pp. 354-355).

Finalmente, aludiendo a la propia defensa se quería crear una conciencia de que todos y cada uno de los naturales del reino sin excepción estaban amenazados en sus personas, en sus familias y en sus bienes por la llegada de los invasores (CORTES, 1863, pp. 355-357).

Todo ello se completaba con un elemento más de legitimación del discurso regio que aludía a que el rey no quería actuar sólo por propio criterio, sino con el consejo de todos, lo que se demostraba por la propia reunión de Cortes en cuya presencia pronunciaba aquellas palabras. Este consejo se traducía en la disponibilidad del monarca a conducir la guerra frente al invasor de acuerdo con lo que el reino le recomendase y en contar el monarca con la ayuda que el reino estuviera decidido a otorgarle (CORTES, 1863, p. 358).

En definitiva, bien puede afirmarse que estamos ante una pieza discursiva única. En ella se apuntan argumentos que, en muchos rasgos podemos catalogar como de precursores de una cierta modernidad ideológico-política que esboza la construcción del principio de morir por la patria. Una patria que, sin ser expresamente aludida, ahora se desglosa en tres de sus componentes esenciales como eran la ley, el rey y la tierra. Se reivindica, asimismo, una exigencia de compromiso para la condición de natural, en definitiva, para todos los naturales del reino, cuya vida particular es un bien incomparablemente menor que bien supremo de la supervivencia del propio reino. En definitiva, se expresaba con notable riqueza de matices lo que era común identificar como el cuerpo del reino que, bajo la tradicional concepción

corporativa, exigía el sacrificio de alguno de sus miembros para asegurar así su continuidad.

El discurso ante el Consejo Real previo a las Cortes de Guadalajara de 1390

Las Cortes de Guadalajara celebradas durante los meses de abril y mayo de 1390 han sido consideradas, con razón, como de las más importantes de las reunidas en Castilla a lo largo de toda la evolución medieval de la institución (SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1977, p. 373). La amplitud y la ambición del plan de reformas que se presenta en ellas desde luego les otorgan una significación muy singular (CORTES, 1863, pp. 424-482). A la vez que se toman decisiones que van a tener considerable perdurabilidad, el rey se presenta con clara conciencia de que no le queda mucho y que debe dejar lo más ordenado que pueda un reino que durante la mayor parte de su mandado ha vivido en estado de guerra un estado de guerra que, en cualquier momento puede volver a reactivarse. Además, quiere dejar cerrado todo lo tocante a la sucesión y a la transmisión de la herencia regia a sus directos sucesores. También le interesa dejar superada cualquier rencilla, desconfianza o dudas de lealtad que pueden haber surgido hacia la corona en el contexto de la última ocupación inglesa, lo que lo inclina a ofrecer un perdón real con el que parece que quiere cerrar una época (NIETO SORIA, 2002, pp. 229-230).

La singular importancia de estas Cortes queda bien acreditada si tenemos en cuenta que del orden de una cuarta parte de la crónica de López de Ayala (LÓPEZ DE AYALA, 1953, pp. 125-142) está

dedicada a describir con notable detallismo cómo se van sucediendo algunas de sus sesiones. Su narración permite comprobar el destacado protagonismo que asume el monarca en su transcurso, tomando reiteradamente la palabra en medio de escenas que nos ofrecen una imagen muy vívida de una relación de intenso diálogo rey-reino con motivo de asuntos respecto de los que por ambas partes se tenían conciencia clara de que podían predeterminar de manera muy relevante el devenir de la monarquía.

La impresión que se obtiene a la vista de los distintos acuerdos que se alcanzan es que, por fin, el rey quiere dar por cerrada la herida de Aljubarrota, ya no se trata de volver a pensar en nuevas acciones que permitan hacer realidad su voluntad vindicativa o de reparación de la honra perdida volviendo a reclamar los derechos hacia un trono que cada vez parece más lejano e inaccesible. Esto es lo que parecen decirnos los cuadernos de Cortes que se nos ofrecen más bien como una expresión de voluntad de no volver a mirar atrás y de tomar todas las previsiones necesarias para que el reino piense realmente en su reconstrucción después de un lustro tan complejo y, sobre todo, de pensar también en el futuro de la monarquía más allá de la presencia física de su monarca, continuamente asediado por la enfermedad y que no se hace ilusiones con respecto a sus expectativas vitales.

Sin embargo, si esto es lo que nos dicen las Cortes, no se corresponde, en cambio, con la visión que tenía el rey de cómo debían hacerse las cosas y hacia donde debía apuntar la política castellana poco antes de darse comienzo a los debates con los procuradores. En efecto, antes de que comiencen las sesiones de la institución representativa ha

tenido lugar otra reunión, en este caso, del Consejo Real, al que el rey habría reunido bajo condiciones de particular cautela, pues el canciller Ayala asegura que dicho Consejo es reunido por el rey en secreto. Con tal expresión probablemente se esté aludiendo a que se convoca exclusivamente a sus miembros sin contar con los oficiales que lo auxiliaban, prescindiendo de escribanos y demás encargados de asegurar la difusión de sus acuerdos. Lo que, desde luego, está implícito en esta iniciativa es que el monarca quiere evitar a toda costa que la estrategia que va a plantear trascienda del Consejo Real, pareciendo, a la vez, inclinado, a no llevarla a cabo sin disponer de un respaldo sólido de los consejeros convocados con tal ocasión. En efecto, el rey quiere presentar un plan secreto que, dada su originalidad, falta de precedentes, riesgos y extraordinarias consecuencias políticas en el caso de llevarse adelante, quiere llevar a las Cortes con el máximo consenso. Entendiendo que no basta su mera autoridad regia para dotarlo de toda la legitimidad necesaria teniendo en cuenta la naturaleza de la propuesta.

Esto le lleva al monarca a presentarse ante el Consejo real bajo esas condiciones de secretismo, lo que bien se puede considerar como su última opción al trono portugués y como lo que seguramente fue el último discurso del rey directamente provocado por la derrota de Aljubarrota.

La propuesta del rey es tan insospechada como la siguiente: se propone la división del reino castellano-leonés, dejando la mayor parte de su territorio en manos de su hijo mayor, el futuro Enrique III, que en ese momento sólo cuenta con once años, que se haría cargo

inmediatamente de este patrimonio bajo el asesoramiento y tutela de un consejo de regencia hasta que alcanzase la mayoría de edad. El propio monarca Juan I retendría para sí tan sólo Sevilla (MONTES ROMERO-CAMACHO, 1998, pp. 411-450), Córdoba, Jaén, Murcia y el señorío de Vizcaya, así como las tercias reales de Castilla y León. Desprendido, por tanto, de su condición de rey de Castilla, reclamaría para sí el trono portugués, para lo cual estaba persuadido que no encontraría oposición en el reino vecino, pues ya no podría ser visto como un rey intruso o invasor que aprovechaba la reclamación de los derechos sucesorios de su cónyuge, Beatriz de Portugal, para incorporar la corona portuguesa a la castellano-leonesa.

El secretismo de la reunión no impide que se realice bajo lo que bien se puede intuir como condiciones de extrema solemnidad de procedimiento. Al rey no se le oculta la gravedad de la propuesta y por ello quiere evitar el disimulo o la lisonja por parte de los consejeros por lo que se llega al extremo de que no le basta con que los consejeros se sientan obligados a responderle con sinceridad en virtud del juramento que le habían hecho cuando fueron nombrados como tales consejeros, sino que impone que estos hagan en esta ocasión un nuevo juramento de que la respuesta que le den ha de corresponderse con lo que verdaderamente piensan sin reserva alguna. La respuesta parece que fue consensuada entre todos los consejeros, lo que hace pensar que hubo una rotunda unanimidad, ofreciendo el cronista la textualidad de un largo discurso en el que quedaría prolijamente explicada y que termina presentando como conclusión, después de señalar todas las posibles implicaciones que podría tener el plan regio, “*que nosotros non somos*

en consejo que vos renunciades el Reyno á vuestro fijo, nin fagades tal apartamiento, e asi vos lo requerimos con Dios, é vos lo consejamos por la jura que tenemos fecha” (LÓPEZ DE AYALA, 1953, p. 129). Tras lo cual, *“el Rey, desde oyó el consejo que le daban aquellos que amaban su servicio, fizolo asi, e non fabló mas en este fecho”* (LÓPEZ DE AYALA, 1953, p. 129).

De este modo, lo que seguramente el rey había contemplado como unas Cortes dirigidas a una finalidad consecuente con su plan rechazado por el Consejo Real, hubo de ser objeto de replanteamiento, dando ciertamente cabida a algo que estaba relacionado con ello como era dejar claramente establecida la sucesión, asegurando la debida dotación patrimonial del infante don Fernando, una vez afirmados los derechos sucesorios a favor de Enrique, y adoptando ese extenso plan de reformas que prácticamente afectaban a casi todos los ámbitos de actuación típicos de la monarquía y que el reino iría implementando en los años siguientes más allá de la vida de su monarca.

Con ello, se agotaban las posibilidades del discurso real concebido como respuesta a una derrota, lo que no impediría al monarca dar el correspondiente reflejo testamentario de los derechos de su mujer al trono de Portugal (OLIVERA SERRANO, 2005, pp. 111-119).

Conclusiones

La derrota del 14 de agosto de 1385 en los campos de Aljubarrota marcó decisivamente el reinado de Juan I convirtiéndose, de hecho, y no sin razón, en el suceso histórico al que quedó este monarca más directamente vinculado en términos de historia fáctica. Sus

consecuencias ciertamente fueron variadas y perdurables, afectando a planos muy diversos de la política regia. Sin embargo, de entre estas consecuencias, probablemente fue uno de sus efectos más relevantes el que dio lugar a una política de comunicación mantenida en el lustro que siguió a aquel acontecimiento caracterizada por una implicación personal del rey.

Esta política de comunicación tuvo cuatro momentos distintos, respondiendo cada uno de ellos a un objetivo principal. El momento de la comunicación al reino de la derrota, a fines de agosto de 1385, apenas llegado el rey a Sevilla desde el campo de batalla; el momento de la justificación y de la promesa de la venganza y de la restitución, con motivo de las primeras Cortes, celebradas en Valladolid en diciembre de 1385; el momento de la reacción ante la amenaza de la invasión anglo-portuguesa, en las Cortes de Segovia, en noviembre de 1386, en las que se dará lugar a un intento de articulación de un sentimiento de comunidad política en el que se adelantan principios políticos ampliamente extendidos un siglo más tarde con respecto a los el discurso regio ofrece rasgos pioneros, y, finalmente, el momento de la alternativa política desesperada presentada como última opción, planteada en el marco del Consejo Real celebrado previamente a las muy importantes Cortes de Guadalajara de 1390, y que fue rápidamente desestimada como consecuencia de un régimen de consejo que, en muchos rasgos, era un efecto directo de esa misma derrota.

De este modo, Aljubarrota llevó a una aplicación máxima y sostenida en el tiempo de una política de comunicación personalizada en el monarca que estaba muy en la línea de prácticas de cultura política

que tendían a extenderse por Occidente y que venían definidas por la conciencia que desde el poder se tenía de la importancia de las políticas de información y desinformación como instrumentos al servicio de la movilización hacia las que los Trastámara ya se habían manifestado muy sensibles desde sus primeros movimientos hacia el trono y que ahora se percibieron bajo unas condiciones de urgencia y necesidad excepcionales.

Bibliografía

- CANNING, J. P. (1988): “Law, sovereignty and corporation theory, 1300-1450”, en BURNS (ed.): *The Cambridge History of Medieval Political Thought (350-1450)*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 454-476.
- CARBÓ, L. (2014-2015): “La negociación ente Juan I de Castilla y el duque de Lancaster: los recursos de la cooperación para la resolución del conflicto sucesorio (1386-1388)”, *Fundación*, 12, pp. 104-112.
- Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla* (1863), Real Academia de la Historia, Madrid.
- DÍEZ MARTÍNEZ, J. M., BEJARANO RUBIO, A. y MOLINA MOLINA, A. L. (2001): *Documentos de Juan I*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.Ç
- DIOS, S. (1986): *Fuentes para el estudio del Consejo Real de Castilla*, Ediciones de la Diputación de Salamanca, Salamanca.
- DIOS, S. (1993): *Gracia, merced y patronazgo real. La cámara de Castilla entre 1474-1530*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- DUMOLYN, J. (2012): “Political Communication and Political Power in the Middle Ages: A Conceptual Journey”, *Edad Media. Revista de Historia*, 13, pp. 33-55.
- DUTOUR, T. (2003): “L’élaboration, la publication et la diffusion de l’information à la fin du Moyen Âge (Bourgogne ducale et France royale)”, en D. LETT, Y N. OFFENSTADT (dirs.), *Haro! Noël!*

- Oyé! Pratiques du cri au Moyen Âge*, Publications de la Sorbonne, París, pp. 141-156.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, Á. (2014): “Bajo el signo de Aljubarrota: la parábola emblemática y caballeresca de Juan I de Castilla”, *En la España Medieval*, 37, 9-84.
- FORONDA, F. (2009): “El consejo de Jetró a Moisés (Ex. 18, 13-27) o el relato fundacional de un gobierno compartido en la Castilla Trastámara”, en BOUCHERON, P. Y RUIZ GÓMEZ, F. (eds.), *Modelos culturales y normas sociales al final de la Edad Media*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha y Casa de Velázquez, pp. 75-112.
- GARRIGA, C. (1994): *La audiencia y las chancillerías castellanas (1371-1525)*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- LÓPEZ DE AYALA, P. (1953): “Crónica de Juan I de Castilla” en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I, Ediciones Atlas, Madrid.
- MARAVALL, J. A. (1986): *Estado moderno y mentalidad social. Siglos XV a XVII*, 1, Alianza Editorial, Madrid.
- MARTIN, G. (1994): “Aphonse X maudit son fils”, *Atalaya. Revue Française d’Etudes Médiévales Hispaniques*, 5, pp. 153-178.
- MONTEIRO, J. G. (2003): *Aljubarrota, 1385: a batalha real*, Tribuna da História, Lisboa.
- MONTES ROMERO-CAMACHO, I. (1998), “Protagonismo sevillano en las aspiraciones de Juan I de Castilla (1379-1390) al trono de Portugal”, *Revista de Facultade de Letras. Historia*, 15/1, pp. 411-450.

- NIETO SORIA, J. M. (2002): “Los perdones reales en la confrontación política de la Castilla trastámara”, *En la España Medieval*, 25, pp. 213-266.
- NIETO SORIA, J. M. (2018): “Expresiones de oralidad política a partir de la *Crónica* de Juan I de Castilla”, en JARDIN, J.-P, ROCHWERT-ZUILLI, P. Y THIELIN-PARDO, H., *Histoire, femmes, pouvoirs. Mélanges offerts au Professeur Georges Martin*, Garnier, París, 779-796.
- NIETO SORIA, J.M. (2018): “Comunicación y conflicto político: algunas perspectivas de análisis”, en NIETO SORIA, J. M. y VILLARROEL GONZÁLEZ, O. (eds.), *Comunicación y conflicto en la cultura política peninsular. Siglos XIII al XV*, Sílex, Madrid, pp. 17-47.
- OLIVERA SERRANO, C. (2009): “La memoria de Aljubarrota en Castilla”, en *VI Jornadas Luso-Espanholas de Estudos Medievais. A guerra e a sociedade na Idade Média*, Sociedade Portuguesa de Estudos Medievais, Torres Novas, pp. 277-293.
- OLIVERA SERRANO, César (2005): *Beatriz de Portugal. La pugna dinástica Avís-Trastámara*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Santiago de Compostela.
- SÁNCHEZ DE VERCIAL, C. (1961): *Libro de los exemplos por ABC*, John Esten Keller, CSIC, Madrid.
- STOLLBERG-RILINGER, B. (2008): “La communication symbolique à l’époque pré-moderne. Concepts, thèses, perspectives de recherche”, *Trivium*, 2, URL:

- <http://journals.openedition.org/trivium/1152> [consulta: 7 julio 2019].
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1960): *Castilla, el Cisma y la crisis conciliar (1378-1440)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1977): *Historia del reinado de Juan I de Castilla*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- VERDON, J. (2010): *Information et desinformation au Moyen Âge*, Perrin, París.
- VIROLI, M. (2019): *Por amor a la patria. Un ensayo sobre las diferencias entre patriotismo y nacionalismo*, Ediciones Deusto, Barcelona.
- ZUNZUNEGUI ARAMBURU, J. (1970): *Bulas y cartas secretas de Inocencio VI (1353-1362)*, Instituto Español de Historia Eclesiástica, Roma.

**EL USO DE LA CABALLERÍA LIGERA EN LA CONQUISTA
DEL ARCHIPIÉLAGO CANARIO: LAS BATALLAS DE
GUINIGUADA Y ACENTEJO Y LA IMPORTANCIA DE LA
CONFORMACIÓN DEL TERRENO**

**THE USE OF LIGHT CAVALRY IN THE CONQUEST OF
THE CANARY ISLANDS: THE BATTLES OF GUINIGUADA
AND ACENTEJO AND THE IMPORTANCE OF THE LAY OF
THE LAND**

Dario Testi

Instituto de Humanismo y Tradición Clásica

Associação Ibérica de História Militar, séculos IV-XVI

Resumen:

El objetivo del presente trabajo es investigar dos hechos de armas que tuvieron lugar durante la fase realenga de la conquista del archipiélago canario. Tomaremos en examen la pugna de Guiniguada, que ocurrió en Gran Canaria (1478), y la primera batalla de Acentejo, en Tenerife (1494). Pretendemos analizar los factores que más influyeron en causar dos resultados opuestos y nos centraremos en la morfología de los campos de batalla y, en consecuencia, en el uso que en ambos se hizo de los cuerpos de caballería ligera. Acudiremos a las crónicas y documentos que se dedicaron al largo proceso de invasión y ocupación de las Canarias, amén de las producciones científicas de académicos de renombre, tanto historiadores como arqueólogos.

Palabras Clave:

Guiniguada, Acentejo, conquista de las Canarias, caballería ligera, Tenerife

Abstract:

The purpose of this work is to study the two conflicts which took place during the “fase realenga” of the conquest of the Canary Islands. We will examine the two encounters at Guinguada, on the island of Gran Canaria (1478), and the first battle of Acentejo, on the island of Tenerife (1494). We intend to analyse the factors which led to the contrasting outcomes of the two battles. We will therefore focus on the terrain of the battlefield, and consequently on the use of the light cavalry. We will draw on accounts and documentation relating to the long process of invasion and occupation of the Canary Islands, as well as on scientific resources from renowned historians and archaeologists.

Key Words:

Guinguada, Acentejo, conquest of the Canary Islands, light cavalry, Tenerife

Las Canarias, un teatro de operaciones complicado

A finales de la Edad Media el arte de la guerra de la Europa Occidental estaba pasando por una fase de gran evolución, en todos sus aspectos. Se inventaron nuevos pertrechos bélicos y se perfeccionaron y refuncionalizaron viejas armas, en el contexto del llamado “*Renaissance warfare*”. Estaba en acto una carrera armamentística que involucraba a todos los cuerpos de los ejércitos, incluyendo también el avance logístico en mérito a las líneas de suministros terrestres y navales. Entre los factores que más influían en determinar la eficacia de estas huestes es oportuno mencionar sus tácticas, maniobras y formaciones, que seguían perfeccionándose desde hacía milenios. Aun así, quedaba patente que el resultado de cada enfrentamiento dependía de ulteriores elementos como la morfología del campo de batalla y, en

consecuencia, la habilidad del oficial que lo elegía, siendo ambos particularmente influyentes en los frentes coloniales de las coronas ibéricas

Las Canarias estaban pobladas por sociedades diferentes en cada isla, mas tenían ciertos rasgos comunes (CUSCOY, 1968a, p. 5). Eran tecnológicamente primitivas, puesto que los indígenas vivían en cuevas, disponían de herramientas de piedra y madera, y casi no practicaban la agricultura, sino actividades más básicas como la ganadería (BONTIER, LE VERRIER, 2003, man. "G", p. 78). En aquellas condiciones de aislamiento, no habían encontrado una forma eficaz de dar sustento a grandes cantidades de seres humanos, de lo que derivaba un número relativamente reducido de habitantes y, por consiguiente, de combatientes (TORRIANI, 1999, cap. XXXVII; GOMES DE SINTRA, 1991, lib. I, cap. 5). Con el objetivo de hacer una comparación, podemos recordar que la Corona de Castilla tenía una población de alrededor de 4 000 000 de almas (VERGÉ-FRANCESCHI, 1994, p. 39). Tenerife, la más poblada del archipiélago, según autores españoles y portugueses podía encarar a los invasores europeos con tan solo 6 000-23 000 hombres (EANES DE ZURARA, 2012, cap. LXXIX; MARÍN DE CUBAS, 1986, lib. II, cap. 16; ESPINOSA, 1980, lib. III, cap. 9; GOMES DE SINTRA, 1991, lib. I, cap. 4); además, estamos ante unas cifras que Álvarez Delgado rechazó rotundamente (ÁLVAREZ DELGADO, 1960, p. 263).

Como consecuencia del escaso nivel de avance tecnológico que era propio de estas sociedades cuando empezó la conquista, derivó un arte de la guerra primitivo y limitado. Cuscoy subrayó que se trataba de

contingentes del Neolítico que se vieron invadidos por un ejército del Renacimiento (CUSCOY, 1968b, p. 28). Fue el cronista González Dávila quien definió a los oriundos como *sujetos a las leyes del apetito, sin conocimiento de mayor cabeza* (GONZÁLEZ DÁVILA, 1997, cap. LXXIX). Pese a ello, la sumisión y el dominio permanente del archipiélago fue un proceso particularmente lento y complejo, requirió inversiones importantes y cobró la vida de miles de europeos, primariamente ibéricos.

Las guerras tribales eran comunes entre las potencias que se enfrentaban en cada isla, así que los defensores estaban acostumbrados al conflicto, a las privaciones y sacrificios que esto conllevaba. No se dejaban atemorizar por los pertrechos bélicos de los conquistadores y por las derrotas que les infligían. Por lo tanto, el indígena solía ser *feroz en combate, [...] salvaje y fiero*, como registró el navegante luso Gomes de Sintra, que alcanzó el archipiélago a mediados del s. XV (GOMES DE SINTRA, 1991, lib. I, capp. 4, 5). En un largo período fueron víctimas de capturas esclavistas como demuestra, por ejemplo, la conocida expedición de 1341 ejecutada por el genovés Recco y el florentino Tegghia de' Corbizzi, que fue estudiada por Boccaccio (CIAMPI, 1828, p. 53; PÉREZ EMBID, 1948, pp. 69-71; VERLINDEN, 1958, p. 1193). En consecuencia, los canarios tuvieron el tiempo necesario para familiarizarse con sus armas -llegando a usar algunas de ellas- y con sus tácticas.

Su perfecto conocimiento de la topografía montañosa del interior de cada isla les permitía atraer al enemigo en emboscadas entre los barrancos, en suelo irregular, donde la infantería no podía formarse y

los jinetes no disponían del espacio necesario al despliegue de sus maniobras. Por ejemplo, sabemos que las fuerzas franco-castellanas que protagonizaron la primera fase de la conquista, al acceder a las zonas montañosas de Fuerteventura, *se desorganizaron de tal modo que los canarios, al ver su desorden, se reunieron, los atacaron y los derrotaron* (BONTIER, LE VERRIER, 2003, man. “B”, p. 419). Fueron numerosos los enfrentamientos insulares en los que los invasores *no eran señores de valerse de sus armas ni de mandar sus caballos* (ESPINOSA, 1980, lib. III, cap. 5).

La mayoría de los combatientes locales eran tiradores, que acosaban a los soldados continentales sin llegar al contacto con sus armas blancas; les acribillaban con piedras y jabalinas desde zonas inaccesibles (PALENCIA, 1974, lib. IV, cap. 35, 2). Es importante subrayar que no todos los españoles iban cubiertos de acero de la cabeza a los pies, más bien, las protecciones orgánicas tenían que ser más comunes, primariamente, entre los cuerpos menos adinerados como los tiradores y los tripulantes navales.

En segundo lugar, la Corona de Portugal ejecutó su gran oleada expansiva ultramarina a lo largo del siglo XV. Para ello, necesitaba bases costeras y/o insulares que sirvieran de escalas de las flotillas que navegaban rumbo al litoral atlántico de Marruecos y, posteriormente, a Guinea. Las primeras conquistas normando-castellanas en las Canarias representaron un grave obstáculo en este sentido, lo que abrió una larga contienda diplomática entre las monarquías ibéricas que, en algunas ocasiones, implicó el conflicto. Este enfrentamiento constituía, a la vez, un estorbo y un empuje para los planes españoles: estorbo por

obstaculizar los desplazamientos navales de los contingentes que se embarcaban en la península rumbo al archipiélago; empuje por motivar la Corona a intervenir personalmente en la invasión. Efectivamente, la tercera fase del proceso, la realenga, involucró a Isabel I de Castilla y al príncipe Fernando, cuando todavía no había conseguido el trono de Aragón.

La fase Realenga y la invasión sobre Gran Canaria

La Corona de Castilla, con sus fondos y su autoridad política y militar, intervino directamente en el proceso expansivo con el objetivo de llevar a cabo la ocupación permanente de Gran Canaria, La Palma y Tenerife en ese orden (MATRITENSE, 1993, cap. VI; ABREU GALINDO, 1977, lib. I, cap. 29; CASTILLO, 2010, pp. 96 y 100). La primera logró una gran importancia estratégica en el contexto de la Guerra de Sucesión (1475-1479), cuando el reino se vio involucrado en un conflicto con las coronas de Portugal y Francia. Por ser la más oriental de las tres islas que quedaban por conquistar, podía llegar a ser una escala de las escuadras que ponían rumbo a la zona de la costa atlántica africana que se pretendía controlar en una fase expansiva en que todavía se desconocían las Indias Occidentales. Asimismo, podía convertirse en una avanzadilla destinada al enfrentamiento naval que la autoridad monárquica planeaba desencadenar contra las rutas lusitanas, con el propósito de afectar sus ingresos económicos y estorbar el envío de contingentes lusos armados a Castilla (MATRITENSE, 1993, cap. VI; ABREU GALINDO, 1977, lib. I, cap. 29; CASTILLO, 2010, pp. 96 y 100; PALENCIA, 1974, lib. IV, cap. 31, 8 y 9).

Por otro lado, Isabel pretendía conseguir la conversión de los indígenas, tanto por ser la evangelización de los paganos un objetivo cristiano que a finales de la Edad Media seguía siendo en auge, como para lograr el apoyo económico de la sede pontifical (LOBO CABRERA, 2012, p. 77; RUMEU DE ARMAS, 1975, p. 129; 1990, p. 652).

Fue el leonés Juan Rejón quien recibió el encargo de liderar las huestes movilizadas con el fin de ejecutar el proyecto de conquista, junto con algunos militares particularmente destacados del reino (LOBO CABRERA, 2019, 2).³⁴⁷ Puesto que los soberanos se ocupaban de la guerra peninsular con los lusos, el contingente fue alistado por Diego de Merlo (o Melo), asistente mayor de Sevilla, y Alfonso Fernández de Palencia, cronista, secretario y consejero real estaba constituido por alrededor de 600 hombres y 30 jinetes, más otras unidades menores (LACUNENSE, 1993, cap. IX; MATRITENSE, 1993, cap. VI; OVETENSE, 1993, cap. VIII; LÓPEZ DE ULLOA, 1993, cap. VIII; CEDEÑO, 1993, cap. V; GÓMEZ SCUDERO, 1993, cap. V). Su propósito principal, según los planes de la monarquía, era *reducir aquella gente ciega y traerla so el yugo de su santa fe católica para que aquellas almas se salvasen*. En realidad, la gran mayoría de los combatientes se alistaron con la esperanza de conseguir rápidos beneficios de sus prestaciones (OVETENSE, 1993, caps. VIII y XXII).

³⁴⁷ Información de méritos de Fernán Guerra, adalid mayor de la conquista de Gran Canaria (apud RUMEU DE ARMAS, 1990, pp. 667 y ss).

El 24 de junio de 1478 el ejército alcanzó La Isleta, en el litoral nororiental de Gran Canaria, y su primer objetivo fue desplazarse en dirección a Gando, en la parte meridional de la costa oriental, con el fin de fundar un alcázar y ejecutar paulatinamente la penetración al interior. Se optó por edificar el real de Las Palmas en Guinguada, por ser un lugar llano que disponía de defensas naturales eficaces por ubicarse entre el mar, un barranco y un arroyo que proporcionaba agua potable. Al quedarse cerca del mar, los hombres podían mantener los contactos con la flota y ser abastecidos y hasta reembarcados, por si hubiesen sufrido una grave derrota, en lugar de verse cercados en el interior. Es importante recordar que los aborígenes no tenían técnicas avanzadas de asalto ni armas de asedio, de modo que los cristianos podían esperar estar a salvo en sus aposentos.

Las que acabamos de analizar fueron maniobras precavidas y bien planeadas. Por el contrario, el resto de caudillos que habían liderado contingentes de invasión en la isla habían subestimado al adversario y habían penetrado al interior sin disponer de cabezas de puente fortificadas ni informaciones completas sobre los movimientos de las fuerzas locales. Además, las palmas que crecían en la zona fueron cortadas tanto para conseguir los materiales necesarios a la construcción de las empalizadas, como para evitar que los lugareños pudieran acercarse sin ser divisados. De esa forma, los castellanos contribuyeron ellos mismos en la creación de un campo de batalla idóneo para sus exigencias tácticas.



Figura. 1. La costa oriental de Gran Canaria según el mapa de la obra de Torriani, que se incluyó girado 90 grados. Podemos apreciar La Isleta, donde se produjo el desembarco; y el Real de Las Palmas, con el arroyo y las montañas mencionadas por nuestros autores (TORRIANI, Ms. 314, f. 31v).

La Batalla de Guiniguada

Los *guanartematos* de Telde y Gáldar, las dos potencias que se enfrentaban en la isla antes de producirse el desembarque hispánico, eran regidos respectivamente por los *guanartemes* Bentejui y Tenedor Semidán. Ambos supieron dejar de lado las viejas hostilidades con el objetivo de hacer frente común contra el adversario (LÓPEZ DE ULLOA, 1993, cap. XXI; LOBO CABRERA, 2012, p. 65).³⁴⁸ Gran Canaria, con base en los informes de cronistas y testigos visuales franceses, portugueses y venecianos, disponía de una población abundante según los estándares del archipiélago, y podía movilizar entre 5 000-9 000 combatientes (EANES DE ZURARA, 2012, caps.

³⁴⁸ Información de Miguel de Trejo y Carvajal, 1526 (apud CHIL Y NARANJO, 1899, vol. 3, p. 212).

LXXIX, LXXX y LXXXII; BONTIER, LE VERRIER, 2003, man. “G”, pp. 74 y 137; man. “B”, pp. 256 y 339; MARÍN DE CUBAS, 1986, lib. I, cap. 7; CADAMOSTO, 1978, p. 482).

Para la batalla de Guiniguada, los testigos oculares de la campaña de Rejón escribieron que los ejércitos coaligados reagruparon un contingente de 500 guerreros armados de garrote o lanza (LACUNENSE, 1993, cap. IX; MATRITENSE, 1993, cap. VI; OVETENSE, 1993, cap. VIII; LÓPEZ DE ULLOA, 1993, cap. VIII), a los que los autores posteriores agregaron 1 500 tiradores (ABREU GALINDO, 1977, lib. II, cap. 10; VIERA Y CLAVIJO, 2016, lib. VII, cap. 16; MARÍN DE CUBAS, 1986, lib. II, cap. 1; TORRIANI, 1999, cap. XL). Les acaudillaba Doramas, el mayor cargo militar de Telde que, por liderar a tantos hombres y tan disciplinados y motivados no aceptó la rendición incondicional que el capitán leonés exigió (ABREU GALINDO, 1977, lib. II, cap. 10; VIERA Y CLAVIJO, 2016, lib. VII, cap. 16). Los caudillos canarios eran envalentonados por las victorias que habían conseguido con ocasión de los intentos anteriores de los castellanos por conquistar la isla. Así, cometieron un error en el planteamiento estratégico de sus movimientos y aceptaron el choque en campo abierto (TORRIANI, 1999, cap. XL; MARÍN DE CUBAS, 1986, lib. II, cap. 1).

Las fuerzas invasoras padecían una inferioridad numérica que no es posible calcular debido a los datos diferentes que registraron los cronistas; por tanto, tenían que intentar aprovechar su superioridad tecnológica y en los ámbitos de la organización y de la disciplina. La infantería pesada, al menos desde los tiempos de la Grecia Arcaica,

había evolucionado con el fin de desplegar sus maniobras en campo abierto y lo mismo hizo la caballería, que necesitaba un suelo compacto y libre de obstáculos para disfrutar de todas las ventajas derivadas de su rapidez y de su agilidad.

Uno de los objetivos tácticos más destacados de los oficiales hispanos era evitar que el enemigo pudiera aprovechar su superioridad numérica y su gran agilidad para envolver a los escuadrones de rodeleros y adargueros. En todo caso, su retaguardia estaba protegida por el real fortificado y, probablemente, las almenas del mismo repletas de tiradores y baterías de artillería. Ahora bien, los cronistas no aclararon si el contingente de centauros se dividió en dos o más cuadrillas, lo que no nos parece la opción tácticamente más sensata, con el propósito de defender ambos flancos de los rodeleros; o bien, si cabalgaba compacto contra el adversario, con el fin de disponer de un número suficiente de efectivos. Lo más probable, si es cierto que el flanco derecho de la infantería estaba resguardado por el arroyo de Guiniguada, es que los corceles no maniobraran en aquel sector del campo de batalla, con el objetivo de no verse atrapados en la pelea de las dos formaciones contrapuestas.

Cuando se produjo el choque, las crónicas anónimas, derivadas de un original perdido escrito por un testigo visual, registraron que *acudían canarios como llovidos* (LACUNENSE, 1993, cap. IX; MATRITENSE, 1993, cap. VI; OVETENSE, 1993, cap. VIII) y llegaron al campo de batalla con *arrogante furia, y braveza* (MARÍN DE CUBAS, 1986, lib. II, cap. 1). Aunque casi no se le haga mención en nuestras fuentes, tuvo lugar un gran choque de infantería, y los

indígenas *no sólo se defendían valerosamente, antes también ofendían grandemente a los españoles* (LÓPEZ DE ULLOA, 1993, cap. VIII). Mientras tanto, los jinetes se servían probablemente de su rapidez para dar una vuelta alrededor de la formación rival y acosarla en sus partes más débiles, a saber, los flancos y/o la retaguardia. Dichos asaltos debían entorpecer los movimientos de los canarios e impedir que completaran toda maniobra envolvente a medida que los rodeleros levantaban su muro de escudos y amortiguaban el golpe de las cargas frontales.

Los aborígenes temían a los equinos pues, probablemente, era la primera vez que los veían en acción. Aun así, no dejaban que el pánico cundiera en sus filas y reaccionaban de la forma más adecuada, encarando los asaltos a pie firme y sin vacilar: *sujetaban a un caballo y jinete que lo hacían venir al suelo* (GÓMEZ SCUDERO, 1993, cap. V). Pese a su valentía, Núñez de la Peña, al describir las guerras tribales de los tinerfeños, explica que peleaban *sin formar escuadrón* (NÚÑEZ DE LA PEÑA, 1994, lib. I, cap. 5; ESPINOSA, 1980, lib. I, cap. 8). Por lo tanto, es de suponer que sus líneas no eran tan cerradas como para medirse con este tipo de adversario y en aquel campo de batalla, así que fueron rotas en numerosas ocasiones. En realidad, su ventaja consistía justo en la rapidez y en la fluidez de los movimientos, puesto que atacaban y se replegaban sin cesar; *eran diestrísimos en acometer y retirarse, y volver cuando veían la ocasión* (GÓMEZ SCUDERO, 1993, cap. V), *acometiendo a tiempo, y retirándose* (CAIRASCO DE FIGUEROA, 1603-1615, vol. 1, disc. II, p. 33). Aquellas tácticas no iban a ser suficientes para solucionar un enfrentamiento campal contra

la infantería pesada y acorazada, que gozaba del apoyo de los tiradores, de la artillería y de los jinetes.

Finalmente, los cronistas exaltaron la valentía de Rejón y le brindaron el papel de solucionar el conflicto, en el momento en que cargó contra Adargoma, el caudillo más destacado de las huestes de Gáldar, que con sus tropas estaba afectando al ala izquierda de los castellanos. El capitán le hirió en un muslo y le capturó, aunque este le dejó cojo el corcel. Los canarios intentaron reaccionar ante aquella carga osada y contratacaron en masa, pero la formación ibérica resistía; según Viera y Clavijo, *debióse sin duda tan noble desigualdad a la gran diferencia de armas y disciplina* (VIERA Y CLAVIJO, 2016, lib. VII, cap. 16). Rejón no persiguió a los indígenas en el momento en que emprendieron la huida, puesto que sabía que habría podido meterse en una emboscada en suelo irregular, donde los españoles arriesgaban con perder una parte importante de las ventajas que acababan de decretar su victoria.

Los lugareños se percataron por primera vez de la extraordinaria resistencia y fuerza de impacto de la que los invasores disponían en las llanuras y, desde aquel momento, reconfiguraron su planteamiento de las campañas. Es cierto que “los caballos produjeron un gran efecto, y, sin ellos, los canarios hubiesen quedado victoriosos” (TORRIANI, 1999, cap. XL), pero aquel cambio estratégico no se debió al temor, sino a la astucia y flexibilidad. Usando términos bélicos que no formaban parte de la civilización aborígen, renunciaron a los enfrentamientos regulares en favor de técnicas irregulares de guerra asimétrica conocidas como guerrilla. Así, aprovecharon la ligereza de

su atuendo para luchar en el territorio montañoso del interior, lo que complicó y ralentizó sensiblemente las operaciones de conquista del enemigo (VIERA Y CLAVIJO, 2016, lib. VII, cap. 16; CADAMOSTO, 1978, p. 482).

La invasión sobre Tenerife

Una vez ultimada la toma de Gran Canaria, en una fecha tardía como 1483, la sumisión del archipiélago volvió a detenerse, cuando tan solo quedaban dos islas por ocupar. El proceso volvió a ponerse en marcha en 1492-1493 con la dominación de la Palma y prosiguió en 1494 con la invasión de Tenerife. Esta vez la contienda con Portugal ya no constituía una de las causas principales de la campaña, puesto que el tratado de Alcáçovas, en 1479, había decretado el fin de las hostilidades entre las dos coronas ibéricas.

Ahora bien, la última isla libre seguía siendo importante a nivel estratégico en el contexto de los planes expansivos ultramarinos castellanos, por su función de escala. Podemos recordar Santa Cruz de la Mar Pequeña, en la costa atlántica de Marruecos, y su utilidad para el plan de acercarse a los lugares de extracción del oro de África Central. Nos referimos a los distritos auríferos de Bambuk (Wangara) y Buré, en la meseta de Fouta Djalón, en la así llamada Ruta de la Sal (UNALI, 2006, p. 73, p. 181).

También es de mencionar el descubrimiento de las Indias Occidentales, puesto que las escuadras navales que zarpaban y regresaban solían transitar por las Canarias. Asimismo, Isabel siguió dejando patentes sus intenciones evangelizadoras, y escribió: “yo,

entendiendo ser cumplidero y servicio de Dios y mío y en acrecentamiento de nuestra santa fe católica, he mandado conquistar las islas de Tenerife y La Palma, que están en poder de infieles”.³⁴⁹

Por último, el reino estaba viviendo tiempos de paz, puesto que la Guerra de Granada había terminado; lo que quedaba de la autoridad pública musulmana había sido echado de España, y las Guerras de Italia todavía no habían comenzado. En consecuencia, en la Península había grandes cantidades de armados que amenazaban con convertirse en bandoleros, mercenarios y corsarios, puesto que “no se hallaban sino en la guerra” (LACUNENSE, 1993, cap. XVI; OVETENSE, 1993, cap. XV; MARÍN DE CUBAS, 1986, lib. II, cap. 7). Tenerife iba a representar el contexto perfecto en qué emplear sus competencias militares recibiendo, a cambio, tierra, títulos y exenciones, en una fase coyuntural en que las Américas aún no habían demostrado su rentabilidad. Efectivamente, Alonso Fernández de Lugo, por ocupar La Palma y Tenerife, se convertiría en gobernador de ambas, con “oficios de justicia y jurisdicción civil y criminal de las dichas islas”.³⁵⁰

Tenerife era un objetivo complejo de conseguir puesto que, hasta esa fecha, todo intento de los hispánicos por tomarla había fracasado lo que, en buena medida, se debía a la escasez de medios de que disponían los atacantes y a la cantidad de tropas que la defendían. Además, al igual que los grancanarios, eran capaces de conseguir la máxima ventaja de

³⁴⁹ *Carta de perdón a los criminales del reino de Galicia que se alistasen a las órdenes de Pedro de Vera en las huestes conquistadoras de Gran Canaria*, 17 de enero de 1481 (apud RUMEU DE ARMAS, 1975, p. 414; LOBO CABRERA, 2012, p. 199).

³⁵⁰ *Merced de la conquista de la Palma a Alonso Fernández de Lugo*, 8 de junio de 1492 (apud ROSA OLIVERA, SERRA RAFOLS, 1949, p. 147).

la topografía de su isla. Por último, nunca se había concretado un proyecto de conquista financiado o, por lo menos, apoyado por una corona europea.



Figura. 2. La costa nororiental de Tenerife según el mapa incluido en la obra de Torriani. Podemos apreciar el puerto de Santa Cruz, aproximadamente donde se ubicó el cuartel de los castellanos; y el barranco de Matanza, en el que tuvo lugar la Primera Batalla de Acentejo (TORRIANI, Ms. 314, f. 68r).

La primera batalla de Acentejo

Fernández de Lugo, veterano de la guerra de Granada y uno de los protagonistas destacados de la invasión de Gran Canaria, con base en las Capitulaciones de Zaragoza fue elegido como capitán donatario de la expedición *por cédula especial que para ello tuvo de los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel* (ANÓNIMO, 1899, p. 188).³⁵¹ En consecuencia, le correspondió hacerse cargo de las inversiones necesarias; los gastos fueron tan elevados que dejó a sus hijos como

³⁵¹ *Carta real de promesa de la gobernación de Tenerife en favor de Alonso de Lugo*, 28 de diciembre de 1493 (apud RUMEU DE ARMAS, 1975, pp. 421 y 422).

rehenes y acopió recursos aportados por mercaderes extranjeros y nobles castellanos (GAMBÍN, 2014, 191 y 192).³⁵² Las fuentes proporcionaron datos diferentes respecto de los hombres que lideraba. En este trabajo nos limitaremos a mencionar un informe de los Reyes Católicos que hizo referencia a 100 jinetes y 1 500 infantes, alistados en suelo continental, más 400 infantes y 60 jinetes movilizados en las islas anteriormente sometidas.³⁵³ Estas fuerzas ibéricas desembarcaron en Añazo, el 1 de mayo de 1494, cerca de la actual Santa Cruz de Tenerife. Se construyó un campamento fortificado en la costa para servir de cabeza de puente y puesto avanzado, tal y como había hecho Rejón en Gran Canaria.

Los tinerfeños, al igual que los indígenas del resto del archipiélago, acostumbraban a estar enfrentados por conflictos tribales en los que los castellanos decidieron implicarse, con el fin de sacar el mayor provecho diplomático posible. La isla estaba dividida en nueve reinos (*menceyatos*) de los cuales Anaga, Abona, Adej, y Güímar, del litoral suroriental, apoyaban a los hispanos y formaban los llamados “bandos de paces”. Tegueste, Tacoronte, Taoro, Icod y Daute, los *menceyatos* del noroeste, constituían los “bandos de guerra” y no iban a doblegarse ante la invasión. Benitomo (o Bencomo) de Taoro, que Rumeu de

³⁵² *Juicio de residencia de Alonso Fernández de Lugo, 1508-1509, Memorial de descargos; Información testifical (apud ROSA OLIVERA, SERRA RAFOLS, 1949, pp. 45, 112, 113 y 115); Comisión sobre las diferencias de la conquista de Tenerife, 21 de noviembre de 1496 (apud RUMEU DE ARMAS, 1952, p. 203).*

³⁵³ *Orden para que Iñigo de Artieta, capitán general de la armada de Vizcaya, proceda a transportar en los navíos redes desde la metrópoli al archipiélago las tropas embarcadas de la conquista de Tenerife, 29 de diciembre de 1493 (apud RUMEU DE ARMAS, 1975, p. 42).*

Armas definió como “el más encarnizado enemigo de los castellanos en sus empresas de conquista y dominación, los lideraba” (RUMEU DE ARMAS, 1975, p. 170). Fuerte del apoyo de tantos hombres, rechazó la invitación de Fernández de Lugo a someterse puesto que “Bencomo no teme a otro, que á Achaman, que es a Dios” (NÚÑEZ DE LA PEÑA, 1994, lib. I, cap. 14; GÓMEZ SCUDERO, 1993, cap. XX; ESPINOSA, 1980, lib. III, cap. 4).

El caudillo andaluz, frente a la imposibilidad de conseguir la victoria por medio de la diplomacia, y a la necesidad de mover su ejército antes de que acabara con sus provisiones, elaboró una estrategia atrevida. Decidió atacar directamente Taoro con la esperanza de que los demás señores hostiles, al asistir a la derrota de su líder, depusieran las armas sin luchar, “pareciéndole que venciendo y sujetando a este rey, por ser más poderoso, los demás vendrían a buenas y se le rendirían” (ESPINOSA, 1980, lib. III, cap. 5).

En consecuencia, esta vez fueron los líderes canarios quienes elaboraron el plan de ataque, dado que el ejército hispano marchó al interior de manera totalmente desprevenida. Dejaron que penetrara a través de sus territorios, sin molestarlo de ninguna forma, y le permitieron capturar numerosos rebaños, cuyas cabras ralentizaron y entorpecieron su avance. Su actitud pasiva acrecentaba el sentido de superioridad de los cristianos.

Los indígenas de Gran Canaria se habían alistado en el contingente ibérico en calidad de tropas auxiliares, en virtud de su habilidad en la lucha por suelo irregular. Intentaban avisar al capitán de la emboscada en la que se estaba metiendo, pero no hubo forma de detener su avance.

Asimismo, sus unidades iban tan desprevenidas que, según Núñez de la Peña, ni siquiera tenían las ballestas y los arcabuces cargados, aunque puede que se trate de una hipérbole literaria (NÚÑEZ DE LA PEÑA, 1994, lib. I, cap. 14).

Los guanches gozaban de un conocimiento perfecto de su propio territorio y pudieron llevar a cabo una maniobra estratégica eficaz. Dejaron que los castellanos se adentraran en el interior, puesto que Benitomo les esperaba en el Valle de la Orotava (o Arautapala), con el grueso del ejército, por un total de hasta 9 000 hombres (VIANA, 1968, canto VIII, vv. 798-802). Tinguaro, su hermano (o hermanastro), ejecutó un movimiento de pinza y rodeó a los invasores, para atacarles por la retaguardia. Fue encargado de acometerles en el barranco de Guiniguada donde estos formaban una larga columna, debido a la morfología irregular del terreno. De esta manera se exponían a los asaltos laterales y, a la vez, quedarían divididos en pelotones aislados, que no podrían maniobrar ni darse apoyo perdiendo, asimismo, toda posibilidad de replegarse al campamento (VIANA, 1968, canto VIII, vv. 32-47).

Cuando Fernández de Lugo decidió dar vuelta atrás ya era tarde, ya que sus huestes estaban transitando por aquel “enriscado laberinto” (MILLARES TORRES, 1893-1895, lib. IX). La columna se desordenó justo antes de que se produjera el ataque de Tinguaro, a la cabeza de alrededor de 300 hombres (ABREU GALINDO, 1977, lib. III, cap. 17; ESPINOSA, 1980, lib. III, cap. 5). Los canarios se desplazaban ágilmente por las cumbres del desfiladero, mientras acribillaban a los hispánicos por todos lados.

Los infantes pesados podían haber adoptado una contramedida a un asalto que llegara de todas las direcciones y crear un cuadrado o un círculo, con el objetivo de protegerse en los 360 grados, mas necesitaban el espacio que aquel barranco no les ofrecía. Los españoles tampoco estaban en condiciones de servirse de la caballería, cuyos caracoles se veían estorbados por la topografía del lugar y por la presencia de sus propios adargueros y tiradores. Así, los jinetes quedaron atrapados entre ambas formaciones y perdieron la movilidad que resultaba imprescindible para que sus acciones pudieran ser eficaces. Además, las maniobras de los cristianos eran entorpecidas por el ganado que habían capturado, que obstaculizaba los movimientos y abría las falanges de rodeleros desde su propio interior (VIERA Y CLAVIJO, 2016, lib. IX, cap. 6).

Cuando se hizo presente Benitomo, con 3.000 hombres, ya no había esperanza alguna para los castellanos (SCUDERO, 1993, cap. XX; VIERA Y CLAVIJO, 2016, lib. IX, cap. 6; VIANA, 1968, canto VII, v. 423; NÚÑEZ DE LA PEÑA, 1994, libro I, cap. 14). Los cronistas describieron la “infinidad de guanches carniceros, tintos en roja sangre de españoles” (VIANA, 1968, canto VIII, vv. 679, 680). Se trató pues de una emboscada en un barranco: “se organizó una especie de defensa individual, que no era ni la salvación del soldado, ni la del ejército, sino la desesperada protesta del que se siente morir a impulsos de fuerza mayor” (MILLARES TORRES, 1893-1895, lib. IX). En consecuencia, de aquellos hechos, el sitio de la batalla, donde los hispanos “perdieron la ocasión, reputación, campo y vidas”, fue bautizado con el nombre

aterrador de Matanza, siendo un topónimo que se sigue conservando en la actualidad (ESPINOSA, 1980, lib. III, cap. 6).

Una comparación de los hechos de armas

Las dos pugnas que acabamos de presentar y analizar tuvieron en común el hecho de haber sido protagonizadas por los canarios y castellanos, a pocos años de distancia la una de la otra. Ya hemos dicho que había diferencias entre las sociedades indígenas de cada isla y los pertrechos bélicos de los que se valían en el choque, aunque el nivel de desarrollo tecnológico era análogo, primariamente en lo militar. Gran Canaria y Tenerife eran las mejor defendidas y, según afirmaron los cronistas, sus fuerzas bélicas eran motivadas y preparadas. Eran eficaces en campo abierto, mas sobresalían en la lucha en suelo irregular y empinado.

Ambos ejércitos españoles que tomaron parte en dichas batallas estaban en inferioridad numérica y lucharon en un terreno del que no tenían un conocimiento adecuado. Así pues, se veían forzados a equilibrar esas desventajas con la superioridad tecnológica y logística, sin lugar a duda, y debían intentar aprovechar sus experiencias previas, conseguidas en los frentes continentales e insulares, para elaborar tácticas y estrategias más eficaces que las del enemigo.

Cuando Rejón alcanzó Gran Canaria tuvo que capturar a un anciano pescador con el propósito de lograr informaciones y, con base en su relato, eligió un sitio idóneo donde instalar los cuarteles ibéricos. Posteriormente, fue capaz de atraer a los contingentes adversarios hasta la costa, en presencia de aquel suelo llano que facilitara las maniobras

de los cuerpos de sus huestes. Supo provocar la batalla y se sirvió de la caballería de la manera más idónea, brindándole la oportunidad de aprovechar su rapidez y dinamismo y de atacar el punto más delicado del frente enemigo, dando así muerte a su oficial superior. Por último, no persiguió al contrincante tras derrotarlo, justo en el momento en que había perdido el orden y no estaba en condiciones de oponer una forma eficaz y organizada de defensa, primariamente, ante las cargas de los jinetes. Era consciente que la resistencia indígena estaba lejos de rendirse y todavía no era el momento de acceder al interior.

Fernández de Lugo disponía de ciertas ventajas sobre su predecesor leonés, dado que él mismo era veterano de la conquista de Gran Canaria y tenía experiencia directa en mérito al conflicto insular y a sus complejas modalidades. De los hombres que lideraba, numerosos tenían que ser los curtidos veteranos del enfrentamiento con Portugal, de Granada y de La Palma, así que entre sus filas debía de haber soldados de experiencia. Asimismo, le acompañaban unidades grancanarias que se percataron de que los castellanos se estaban metiendo en una trampa e intentaron explicarlo.

A nivel estratégico no era tan incorrecto el plan de apuntar directamente contra los cabecillas de los bandos de guerra, mas habría podido servirse de la flota para embarcar un contingente y acercarlo a Taoro por mar, como ya se había hecho en Gran Canaria. Efectivamente, las escuadras navales otorgaban a los cristianos una ventaja logística de la que los aborígenes de ninguna forma podían valerse.

Uno de los errores más graves que cometió, a la hora de acceder al interior, fue no instituir un cuerpo de exploradores a caballo que precediera al grueso del ejército. Podemos estar seguros de que esto no ocurrió puesto que miles de canarios no habían podido pasar desapercibidos a estas vanguardias. En el barranco de Acentejo le derrotaron su imposibilidad de precaver los riesgos y de caer en una trampa y, en consecuencia, el tipo de terreno en que sus armados se vieron forzados a defenderse. Viana, poeta que dedicó su pluma a la invasión y conquista de Tenerife por parte de las fuerzas españolas, al describir aquel desfiladero subrayó que se trataba de un accidente geográfico rodeado por “altos montes, fragosos, de espesísima arboleda, un malpaís de guijarrales ásperos” (VIANA, 1968, canto V, vv. 884-886).

Espinosa sostiene que aquel día a los castellanos les faltó la suerte (ESPINOSA, 1980, lib. III, cap. 6); sin embargo, opinamos que unos oficiales tan experimentados no habrían tenido que caer en la trampa urdida por sus adversarios. Sin lugar a duda, no es nuestro objetivo disminuir lo sagaz que fue Bencomo a la hora de elaborar su estrategia, replegándose para facilitar el avance enemigo por terreno irregular y planeando un movimiento de pinza que supo ejecutar de una forma magistral. Aun así, de haber sido Fernández de Lugo más precavido, nunca se habría metido por aquellos accidentes inaccesibles.

En conclusión, es nuestra opinión que el resultado opuesto de los dos enfrentamientos se debió a la única diferencia sustancial, esto es, el tipo de suelo. Fernández de Lugo no supo evitar subestimar al contrincante y no fue consciente de la necesidad de elegir el campo de batalla, con

el fin de conseguir una gran victoria campal como punto de partida para el dominio de la isla. Accedió al tipo de terreno donde sus fuerzas, primariamente de caballería, quedaban privadas de una parte importante de su potencial ofensivo. Por el contrario, el territorio irregular era el contexto en que el arte de la guerra de los guanches se había desarrollado durante siglos, y los europeos lo sabían. Fue, en consecuencia, el lugar peor en que desplegar un contingente de la Europa Occidental y el más idóneo a las exigencias tácticas de los canarios. Aun así, no fue el primer caso ni el último en que un ejército menos avanzado supo aprovechar la topografía de su tierra para derrotar a las fuerzas invasoras, de los macabeos bíblicos a los talibanes afganos.

Bibliografía

- ABREU GALINDO, J. de (1977): *Historia de la conquista de las siete islas de Gran Canaria*, Cioranescu, A. (ed.), Goya, Santa Cruz de Tenerife.
- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1960): «La conquista de Tenerife: un reajuste de datos hasta 1496», *Revista de Historia Canaria*, 131-132 (26), pp. 245-297.
- ANÓNIMO (1899): *Última entrada de los españoles en la conquista*, en Chil y Naranjo, G., *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*, vol. 3, Isidro Miranda, Las Palmas de Gran Canaria.
- ARIAS MARÍN DE CUBAS, T. (1986): *Historia de las siete islas de Canaria*, en Juan Casañas, A. de; Regulo Rodríguez, M. y Cuenca Sanabria, J. (eds.), Real Sociedad Económica de Amigos del País, Las Palmas de Gran Canaria.
- BONTIER, P. Y LE VERRIER, J. (2003): *Le Canarien*, Berta Pico, Eduardo Aznar y Dolores Corbella (eds.), Instituto de Estudios Canarios, La Laguna.
- CADAMOSTO, A. da (1978): *Le Navigazioni*, en Ramusio, G. B., *Navigazioni e viaggi*, vol. 1, Marica Milanese (ed.), Einaudi, Turín.
- CASTILLO RUIZ DE VERGARA, P. A. del (2010): *Descripción histórica y geográfica de las Islas de Canaria*, Órbigo, A Coruña.
- CAYRASCO DE FIGUEROA, B. (1603-1615): *Templo militante*, Casa de Luys Sanchez-Pedro Crasbeeck, Valladolid-Lisboa.

- CEDEÑO, A. (1993): *Brebe resumen y historia muy verdadera de la conquista de Canaria*, en Morales Padrón, F. (ed.), *Canarias: crónicas de su conquista*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- CHIL Y NARANJO, G. (1876-1899): *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*, 3 vols., Isidro Miranda, Las Palmas de Gran Canaria.
- CIAMPI, S. (1828): «Monumenti di un manoscritto autografo di messer Giovanni Boccaccio trovati ed illustrati da [...]», *Annali Universali di Statistica Economia Pubblica, Storia, Viaggi e Commercio*, n. 44 (15).
- CRÓNICA LACUNENSE (1993): *Conquista de la isla de Gran Canaria hecha por mandado de los Señores Reyes Catholicos Don Fernando y Doña Isabel*, en Morales Padrón, F. (ed.), *Canarias: crónicas de su conquista*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- CRÓNICA MATRITENSE (1993): *Conquista de las siete islas de Canarias*, en Morales Padrón, F. (ed.), *Canarias: crónicas de su conquista*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- CRÓNICA OVETENSE (1993): *Libro de la Conquista de la ysla de Gran Canaria y de las demás yslas della*, en Morales Padrón, F. (ed.), *Canarias: crónicas de su conquista*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- CUSCOY, L. D. (1968a): *Armas de los primitivos canarios*, Cabildo Insular de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife.

- CUSCOY, L. D. (1968b): *Los guanches: vida y cultura del primitivo habitante de Tenerife*, Museo Arqueológico, Santa Cruz de Tenerife.
- ESPINOSA, A. de (1980): *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*, en Cioranescu, A. (ed.), Goya, Santa Cruz de Tenerife.
- GAMBÍN GARCÍA, M. (2014): «Una ayuda inesperada: la decisiva intervención del duque de Medina Sidonia en la conquista de Tenerife y Melilla (1496-1497)», *Revista de Historia Canaria*, 196, pp. 185-204.
- GOMES DE SINTRA, D. (1991): *Sobre las islas descubiertas por primera vez en el Mar Océano de occidente, y en primer lugar sobre las Islas Afortunadas, que ahora se llaman Canarias*, en López-Cañete Quiles, D., *El descubrimiento de Guinea y de las Indias Occidentales*, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- GÓMEZ SCUDERO, P. (1993): *La conquista de Canaria*, en Morales Padrón, F. (ed.), *Canarias: crónicas de su conquista*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- GONZÁLEZ DÁVILA, G. (1997): *Historia de la vida y hechos del rey don Henrique Tercero de Castilla*, Universitat de València, Valencia.
- LOBO CABRERA, M. (2019): «El alférez mayor de Gran Canaria», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, 65, pp. 1-15.
- LOBO CABRERA, M. (2012): *La conquista de Gran Canaria (1478-1483)*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.

- LÓPEZ DE ULLOA, F. (1993): *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*, en Morales Padrón, F. (ed.), *Canarias: crónicas de su conquista*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- MILLARES TORRES, A. (1893-1895): *Historia general de las islas Canarias*, 9 vols., Imprenta de la Verdad, Las Palmas de Gran Canaria.
- NÚÑEZ DE LA PEÑA, J. (1994): *Conquista y antigüedades de las islas de la Gran Canaria, y su descripción*, en Allen, J. (ed.), Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- PALENCIA, A. de (1974): *Cuarta década de Alonso de Palencia*, en López de Toro, J. (ed.), Real Academia de la historia, Madrid.
- PÉREZ EMBID, F. (1948): *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el tratado de Tordesillas*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla.
- ROSA OLIVERA, L. DE LA Y SERRA RAFOLS, E. (eds.) (1949): *Fontes Rerum Canariarum: colección de textos y documentos para la historia de Canarias*, vol. 3., Imprenta Católica, La Laguna.
- RUMEU DE ARMAS, A. (1952): *Alonso de Lugo en la corte de los Reyes Católicos, 1496-1497*, CSIC, Madrid.
- RUMEU DE ARMAS, A. (1975): *La conquista de Tenerife, 1494-1496*, Aula de Cultura de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife.

- RUMEU DE ARMAS, A. (1990): «Fernán Guerra: adalid mayor de la conquista de Gran Canaria y promotor de la fundación de Las Palmas», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 36, pp. 631-686.
- TORRIANI, L. (1999): *Descripción e historia del reino de las Islas Canarias*, Cioranescu, A. (ed.), Cabildo Insular de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife.
- TORRIANI, L., *Alla Maesta del Re Catolico, descrittione et historia del regno de l'isole Canarie gia dette le Fortvnate con il parere delle loro fortificationi*, Biblioteca Geral, Universidade de Coimbra, Ms. 314.
- UNALI, A. (2006): *Alla ricerca dell'oro, Mercanti, viaggiatori, missionari in Africa e nelle Americhe (secc. XIII-XVI)*, Bulzoni, Roma.
- VERGÉ-FRANCESCHI, M. (1994): *Henri le Navigateur*, Félin, Paris.
- VERLINDEN, C. (1958): «Lanzarotto Malocello et la découverte portugaise des Canaries», *Revue belge de philologie et d'histoire*, 36 (4), pp. 1173-1209.
- VIANA, A. de (1968): *Conquista de Tenerife*, Alejandro Cioranescu (ed.), Aula de Cultura de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife.
- VIERA Y CLAVIJO, J. de (2016): *Noticias de la historia general de las Islas Canarias*, 2 vols., Béthencourt Massieu, A. de y González Lemus, N. (eds.), Nivaria, La Laguna.
- ZURARA, G. E. de (2012): *Crónica de Guinea*, en Aznar, E.; Corbella, D. y Tejera, A. (eds.), Bellaterra, Barcelona.

HISTORIA MODERNA

Coordinador

Dr. José Cepeda Gómez

LA ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO DE LOS HABSBURGO EN EL SIGLO XVI³⁵⁴

THE ORGANIZATION OF THE HABSBURG ARMY IN THE 16TH CENTURY

Zoltán Peter Baggi

Archivo Nacional Húngaro

Resumen:

En octubre de 1600 Kanizsa la fortaleza mas importante del sur transdanubiano cayó bajo el poder del Imperio Otomano. Tras el asedio tanto Styria como el norte de Italia se encontraban en peligro. El Archiduque Fernando (más tarde emperador Fernando II) ordenó, un año después una campaña, con el fin de recuperarlo. Con la ayuda de soldados mercenarios, pagados por la Monarquía Española, el duque de Mantua y las tropas proporcionadas por el papa Clemente VIII. Sin embargo, durante el conflicto tuvieron que hacer frente al problema de los abastecimientos, lo que afectó gravemente al resultado de la guerra.

Palabras Clave:

Kanizsa (Nagykanizsa), Archiduque Fernando, Felipe III – rey de España, Vincenzo Gonzaga, duque de Mantua, papa Clemente VIII, Giovanni de Medici

Abstract:

Kanizsa, the most important strength of Southern-Transdanubia fall under the rule of the Ottoman empire in october, 1600. After the siege became both Styria and Northern Italy in danger. So organized Archduke Ferdinand (later Emperor Ferdinand II.) a campaign in the following year to recapture it. With the assistance of mercenary soldiers

354.This paper was supported by the János Bolyai Research Scholarship of the Hungarian Academy of Sciences(BO/00013/19/2)

paid by the spanish king, the Duke of Mantua, and the troops of Pope Clement the VIII. But during the siege, they faced the difficulty of the suppliment, which effected the defeat the campaign.

Keywords:

Kanizsa (Nagykanizsa), Archduke Ferdinand, spanish king - Philip the III., Vincenzo Gonzaga duke of Mantova, Pope Clement the VIII., Giovanni de Medici

En el siglo XVI y a principios del siglo XVII el emperador o los nobles austríacos y los del Imperio de los Habsburgo y el Reino de España intentaron encargar del reclutamiento y de la formación de los cuerpos militares en el ejército de este Imperio a soldados profesionales emprendedores, fuertes en capitales y con mucha experiencia (EDELMEYER, 2002, pp. 174-202, 227-264). Según Fritz Redlich, historiador económico de Alemania, en la persona del encargado debía unirse la virtud militar, la astucia del comerciante y la clarividencia (REDLICH, 1964, pp. 64). De hecho, su éxito se hallaba en cómo podía organizar su equipo, asegurar el fondo financiero y al mismo tiempo conocer las grandes corrientes de la política. Los contemporáneos formularon de manera más simple sus exigencias al respecto. En el libro de Daniel Wintzenberg, publicado en 1588 en Dresde, según el Bestallung del emperador Carlos V publicado en 1543, el primer requisito para el Obrist era que fuera de buena fama, experto en la lucha y que fuera conde o barón (WINTZENBERGER, 1588, p. 22). También para los soldados tenía importancia la personalidad del encargado, porque si era conocido, con buenas relaciones y experto en la lucha

significaba la subsistencia y un rico botín (MÖLLER, 1976, pp. 13-14; BAUMANN, 1994, pp. 176-180).

Antes de la formación del ejército, el Consejo Militar y el Obrist acordaban las condiciones, entre otras el número total de los soldados; y después, el Consejo Militar publicaba una serie de documentos llamados de contrato, en alemán: Bestallung. Después de eso, comenzaba el reclutamiento de los soldados de infantería y caballería. Primero el encargado de la formación del ejército contrataba a sus subordinados: a los Rittmeister y Hauptmann, después, según escrito en el Bestallung, conforme a los Fähnlein, es decir, el número de las compañías distribuía el dinero necesario para la formación de la unidad y la copia del documento de encargo (Werbepatent). Además, les señaló el área de reclutamiento y de la revista. Para ocupar un puesto, el Obrist intentaba contratar a personas que le fueran agradecidas, o fueran conocidas o familiares, y no por último porque para los que se unían bajo las banderas sus experiencias y fama representaba una garantía de los buenos soldados y el rico botín (REDLICH, 1964, p. 41; MÖLLER, 1976, p. 14; BAUMANN, 1994, p. 53).

El reclutamiento se iniciaba con el proclamo del documento de reclutamiento en el área correspondiente. Ya en ese momento comenzaba la organización de la unidad porque los oficiales llevaban consigo un escribiente (Feldschreiber) que apuntaba en pocas palabras el nombre y apellido de todos los mercenarios, su lugar y fecha de nacimiento, el importe del adelanto (en la infantería Laufgeld, en la caballería Anrittgeld) y su equipamiento con el que debía presentarse en la revista (MÖLLER, 1976, p. 15.; BURSCHEL, 1994, p. 100).

El contratado tenía que solucionar su viaje y mantenimiento con el adelanto hasta llegar al lugar de la revista. Al finalizar este proceso los contratados recibían un Laufzettel, en el que escribían el lugar y la fecha de la revista y el nombre de los Furier encargados de las primeras organizaciones en el lugar de la revista (MÖLLER, 1976, p. 15.; BAUMANN, 1994, pp. 53-57; BURSCHEL, 1994 pp.97-114).

Antes de acompañar a los contratados al lugar de la revista, verificaban quiénes se colocaban bajo las banderas, o sea quiénes eran los contratados. En el caso de la caballería se ve la continuación de la organización militar de la Edad Media, pues se perfilan las relaciones de los vasallos. Para los caballeros alemanes o negros, Lazarus von Schwendi puso como condición en su Reiterbestallung que los Rittmeister contrataran entre los soldados alemanes, si era posible, solo a nobles que tenían que disponer así de caballeros expertos y escuderos como equipamiento adecuado. Se ve la continuación del Gleve medieval. El reclutador tenía que poner atención en que no se mezclara ninguna persona de poco fiar entre los contratados para evitar la menor posibilidad de algún levantamiento. Los contratados tenían como obligación asegurar a los miembros de su compañía la vestimenta adecuada para la protección de sí mismos y su armadura contra las inconveniencias del tiempo, y tenían que proveer de un buen fusil a su sexto escudero (JANKO, 1871, pp. 173, 177-178, 193; REDLICH, 1964, p. 43; LIEPOLD, 1998, pp. 96, 125).

Ocurría que los caballeros de origen noble colocados bajo la bandera eran vasallos del Obrist encargado del reclutamiento de la unidad (WIEDEN, 1996, p. 98).

El líder encargado del reclutamiento y dirección de los arcabuceros a caballo y de los coraceros no hacía frente a requisitos tan rígidos como los caballeros alemanes. Para los arcabuceros a caballo no era requisito necesario el origen noble, aunque podían tenerlo (WREDE, 1898, p. 6; LIEPOLD, 1998, p. 127). Herman Christof von Russworm que estuvo presente en la guerra de los Países Bajos, en su informe de junio de 1603, observa que entre los rebeldes caballeros de artillería de Philipp Graf zu Solms había muchos hombres poderosos y honrados que - continúa- no sirvieron hasta ahora al emperador sino que continuarían a hacerlo (Österreichisches Staatsarchiv (ÖStA) Kriegsarchiv (KA) Hofkriegsrat (HKRA) Wien Registratur (Reg.) 1603 Juli No. 75). Solo amonestaron a los encargados del reclutamiento de los caballeros de artillería y caballeros pesados que sus subordinados tuvieran experiencia y fueran valientes (ÖStA KA Bestellungen (Best.) 531/1597; ÖStA KA Best. 587/1598). En los dos tipos de caballería obligaron a asegurarles a los nobles, sirvientes y, a sus caballeros, armas y armadura (WREDE, 1898, p. 6) Pese a todo eso, pienso que los servidores de este tipo de equipo — conforme los soldados alemanes o negros — en la mayoría de los casos provenían de la nobleza, más precisamente de la nobleza adinerada, dado que una armadura completa ya a finales de la Edad Media equivalía a los ingresos de un año entero de un campo de 30 hectáreas (WREDE, 1898, p. 6).

¿Cuál fue el factor que forzó a los nobles servidores en estas tropas que se unieran a trabajar de mercenarios bajo la dirección de un encargado de reclutamiento? En el caso de los soldados alemanes o negros es obvio. El combate para ellos se convirtió en una posibilidad

de una existencia segura: el sueldo recibido, el botín y el posible ascenso. La otra posibilidad fue un matrimonio bueno. Como la compra de una armadura completa era bastante costosa para ellos, entraron en servicio en la caballería ligera del tiempo. Para los jóvenes de los condes, nobles y patricios eran importantes el crecimiento de prestigio y bienes y el deseo de aventuras. Además, no podemos excluir de los motivos el renacimiento de la idea de una cruzada contra el Imperio Otomano (NIEDERKORN, 1993, pp. 390-391; BRAUDEL, 1996, p. 1296; WIEDEN, 1996, pp. 96-97; LIEPOLD, 1998, pp. 125-127).

¿Qué valores representaban los caballeros reclutados? Es difícil dar una respuesta concreta. Podemos suponer que los caballeros nobles conocían el artificio de la lucha en caballo. Según los documentos en todos los casos eso no valía para los miembros de su acompañamiento. Johann Eustach von Westernach comunicó, el 19 de julio de 1598, sobre la muestra de los caballeros alemanes o negros de Georg Friedrich von Hohenlohe, que los condes y nobles habían reclutado a muchos jóvenes a los que pretendían la misma cantidad de sueldo que a un soldado con experiencia (ÖStA KA HKRA Prag No. 17. Parece que el mismo problema de vez en cuando surgiría ya que Russworm encargado del examen de la rebelión de 600 caballeros de artillería de los Países Bajos propuso al conde Mátyás que mantuviera en servicio a los reclutados de Solms con la paga y el retenimiento del sueldo, ya que estos soldados con experiencia y conocimientos del enemigo podían servir más de ayuda al emperador, que una tropa entonces reclutada sin experiencia (ÖStA KA HKRA Wien Reg. 1603 Juli No. 75).

¿De dónde llegaron estos caballeros al campo de batalla húngaro? En el caso de la caballería, para definir el lugar del reclutamiento, nos ayuda el nombre del distrito o del encargado, así como su rango y oficio. Durante años pudieron llamar a armas a una caballería de gran número prevalentemente desde el territorio franco, entre los caballeros libres de Suabia, desde la Baja Sajonia, Renania del Norte-Westfalia y Mecklenburg en el Sacro Imperio Romano Germánico (ÖStA KA Best. 481/1594; ÖStA KA Best. 527/1597; ÖStA Haus-, Hof- und Staatsarchiv Hungarica Allgemeine Akten Fasc. 128. fol. 317r-324v.; ÖStA KA Best. 460/1593; ÖStA KA Best. 528/1597; ÖStA KA Best. 748/1603; ÖStA KA Best. 587/1598). Y probablemente no era raro que los encargados contrataran a húngaros en las varias unidades de caballería alemana. El Consejo de Guerra Imperial en 1598 mandó a Karl von Tettaut a reclutar a 1000 caballeros alemanes. Consideraron importante hacer notar en su Bestallung que los caballeros fueran de la nación alemana y no de otra, especialmente entre los húngaros (ÖStA KA Best. 588/1598; KELENIK, 1991, p. 38). Un año antes Seifried von Kollonich, encargado de reclutar a una unidad de caballería alemana de 700 personas, reclutó a 16 húngaros también. El enviado de la muestra explicó todo eso con la importancia enorme de estos caballeros bien equipados en el avance de la tropa (ÖStA KA Best. 557/1597; KELENIK, 1991, p. 38). Pese a lo que la primera sección del XXII (vigésimo segundo) Artículo de la Ley de la asamblea húngara de los estamentos, en 1596 prohibió categóricamente la prestación de servicios para húngaros, croatas, eslavos, alemanes o cosacos (KELENIK, 1991, pp. 37-38). Parece obvio el lugar del reclutamiento

en el caso de los caballeros valones, franceses y los de Lotaringia, mientras que reclutaron a los italianos en los territorios de Friuli (ÖStA KA Best. 773/1604). Aunque pasó que entre el lugar de reclutamiento y el campo de batalla o en la batalla sustituyeron a los caídos por soldados del lugar o el encargado reclutó a soldados de otras naciones. Es un buen ejemplo que los italianos encargados de 8 compañías de caballeros en 1597 se vieron obligados a contratar a mercenarios en territorios itálicos entre sus compatriotas (ÖStA KA HKRA Prag 1597 No. 7).

En los regimientos de soldados de infantería se presentaron todos los estratos de la sociedad. Pero, según las tradiciones medievales, la mayoría de la gente sometida siguió el ruido de los tambores de Marte. Aparte del Obrist y Hauptmann, que dirigieron a las compañías de lansquenets, se representaron también nobles y jóvenes patricios mayoritariamente, ante todo sur alemanes (bávaros, tirolese, de Wüttemberg y de Alta Baviera). Su oficio no se redujo solo a cumplir los cargos en el equipo del Obrist o en la *prima plana*, sino pudieron llegar a ser Doppelsöldner. Es un buen ejemplo la lista de los Doppelsöldner hecha en la muestra del regimiento de infantería de Karl Ludwig Graf zu Sulz el 16 de julio de 1602. Según esta, entre los soldados equipados con rodela (Rundschier), se encontraban hasta hombres de origen de barón: Ulrich y Hans Leonhard Freiherr zu Spauer (ÖStA KA HKRA Wien Expedit (Exp.) 1602 Juli No. 15; WIEDEN, 1996, pp. 94; KROENER, 1997, pp. 82; LIEPOLD, 1998, pp. 133-135). Un año después, Georg Leschenbrandt comentaría que en la muestra del regimiento de Hofkirchen, entre los candidatos para

unirse bajo las banderas, se habían presentado en gran número los representantes desde los nobles Herrenstand y Ritterstand (ÖStA KA HKRA Wien Exp. 1603 August, No. 99). No es inimaginable que algunos llegaran entre los Doppelsöldner, desde los oficiales Hauptmann durante la formación y reforma de los regimientos en la esperanza de una promoción futura como lo describió el emperador Rodolfo II (ÖStA KA HKRA Wien Reg. 1601 Oktober No. 136) en el caso del regimiento de Preiner zu Stübing, o como eso aparece en varios informes sobre muestras (ÖStA KA HKRA Prag No. 16.; ÖStA KA HKRA Prag 1598 No. 18.; ÖStA HKRA Wien Exp. 1603 August No. 99). Probablemente entonces entraron entre los Gefreite, al igual que los soldados de raíz noble recibieron con frecuencia este cargo. Sin embargo, hay que destacar que estas personas recibieron su oficio en el batallón del Obrist o su suplente.

Al tomar la decisión la motivación de los integrantes en la infantería al igual que los de la caballería fue la obligación de ganarse la vida, deseo de aventura, aspiración al aumento de prestigio y bienes. Para la gran mayoría de los soldados que prestaron servicios aquí por sus bajas condiciones económicas no fue tampoco imposible luchar en el batallón de cualquier arma (BAUMANN, 1978, p. 69; KROENER, 1997, pp. 81-83).

La muchedumbre de la infantería procedía de la sociedad sometida. ¿Por qué siguió esta gente sin dinero la llamada del tambor de Martes? Eso se deduce a tres factores correlacionados rígidamente. Primero hay que tomar en cuenta la explosión demográfica ocurrida en toda la Europa a mediados del siglo XVI. Se calcula la población de toda la

Europa de mediados del siglo XV entre 45-50 millones, la cual, cifra según la opinión unívoca de los investigadores, se duplicó a lo largo de dos siglos. La población de las ciudades aumentó aún más respecto a la población total (BAUMANN, 1978, pp. 84-85; HIPPEL, 1995, pp. 12-14; WINKELBAUER, 2003, pp. 13-17). Este desarrollo económico podríamos interpretarlo como índice positivo, pero necesariamente no fue así en el siglo XVI. Los que se mudaron de los pueblos a las ciudades y no alcanzaron a ingresar en los gremios con requisitos severos se unieron a la gente sin dinero que se mantenía con trabajos ocasionales o de encargo, ocasionalmente de limosna o robo.

El factor siguiente se considera el aumento explosivo de los precios. El oro llegado de Sudán a Europa y la plata del Nuevo Mundo (en 1594 el 95% del importado legal llegado desde las colonias españolas constituido por metales preciosos, aumentó tres veces la cantidad de dinero en circulación. El metal precioso llegado al Reino de España se extendió en toda Europa como pago de los mutuos, sus intereses o salario. Como su consecuencia principal podemos considerar el aumento de los precios. La explosión de los precios como todas las inflaciones reordenó las condiciones salariales y las de la riqueza. Todo eso influyó sobre todo en los trabajadores de encargo o en los que tenían lento aumento salarial (BRAUDEL, 1996, pp. 503-559, 567-569).

El tercer factor se considera el proceso en el que las malas vendimias causadas por la Pequeña Edad del Hielo paralelamente ocurrida destruyeron las condiciones de vida de los estratos bajos de la sociedad (HIPPEL, 1995, pp. 8-9).

Formaba una parte considerable de la infantería la pobreza urbana. La ilusión de los 4 florines de sueldo mensual, y la del botín atraído bajo las banderas a los aprendices, los jornaleros y los criados (EDELMEYER, 2002, p. 256).

Los pueblos se caracterizaban por la pobreza, la marginación y la desilusión, de la misma manera que las ciudades. El aumento de la población y su consecuencia la repartición de las tierras, las malas vendimias contribuyeron al abandono del trabajo anterior por parte de los campesinos, inquilinos, trabajadores agrícolas, jornaleros que decidieron hacerse soldados. Gracias a eso el reclutamiento tenía tanto éxito (BAUMANN, 1978, p. 85; BURSCHEL, 1994, pp. 72-87).

Además de las ciudades y el campo había un tercer territorio que atraía a los soldados a los nobles. Puede definirse como los marginados. Fueron ellos los jornaleros sin trabajo que vagabundeaban de ciudad a ciudad con la esperanza de sustento, y mendigos, vagabundos, delincuentes, curas y estudiantes. En su desesperación seguían la llamada del tambor de Martes (BURSCHEL, 1994, pp. 88-96).

Debido a todo eso para la Guerra Larga ya no era válida la situación idílica descrita por Friedrich Blau y Gerhard Papke según la cual podían llegar a ser solo burgueses ricos y campesinos que se llevaron sus armas (PAPKE, 1983, p. 121; BLAU, 1985, p. 25). Los militares empobrecidos al margen de la sociedad llegaron a la muestra casi sin armas (BAUMANN, 1978, p. 66). La prueba es una tabla. El 1 de junio de 1595 el emperador ordenó a la contabilidad (Buchhalterei) que mandaran la lista de los sueldos ya pagados en los tres batallones del Oberhauptmann Hans Geizkofler desde el 30 de julio de 1594 para el

encargado del pago militar en Hungría. Según el documento, el equipamiento de la unidad de 900 personas equivalía a un total de 5410 florines, 9 cruceros y dos centavos. Pese a eso su sueldo mensual alcanzó los 8565 florines de Reno (ÖStA Finanz und Hofkammerarchiv (FHKA) Alte Hofkammer Gedenkbücher Niederösterreich 1595-1596 Band 157. fol. 127r-129v).

Puede surgir la pregunta: ¿qué valor de batalla significaba el ejército de mercenarios considerado por Géza Perjés la escoria de la sociedad? (PERJÉS, 1967, p. 339-370) Un fragmento de documento sin datación de un escritor anónimo y comentado por Gundaker von Liechtenstein informa que el ejército tenga experiencia y agilidad en el manejo de las armas lo que, claro es, depende también del dinero (HEISCHMANN, 1925, p. 48). Las fuentes conservadas de la Larga Guerra Turca no ofrecen una imagen ecléctica. Sobre la revista militar del regimiento de Johann Friedrich von Mörsburg en junio de 1598 Westernach y Zacharias Geizkofler comunicaron que entre los mercenarios del Doppelsöldner los de kurze Wehre y de sable a dos manos servían desde 30, 25, 20, 15 o 10 años, incluso los con menos experiencia lucharon en Italia, en la provincia de Brabante, en los Países Bajos, en Francia, en Borgoña o en Hungría. Los dos enviados no carecían tampoco de elogios a los mosqueteros. De su informe resulta que había unos 25 soldados de 1000 de ellos que no tenían experiencia de guerra. Consideran que entre los de artillería hay muchos que prestaron servicio militar en el campo de batalla de Francia, Piemonte, Países Bajos, y Hungría, mientras que los otros eran fuertes y bastante viejos. Y Zacharias Geizkofler y Westernach no escriben este último por

casualidad. En el documento está escrito que como los reclutadores no habían encontrado bastantes soldados de artillería y el número de los mosqueteros era bastante bajo para agruparlos a ellos, los dos enviados de la revista se vieron obligados a alistar a muchos jóvenes sin experiencia (ÖStA KA HKRA Prag 1598 No. 18) A base del ejemplo mencionado que no era único es obvia la ambivalencia que caracterizaba a los regimientos del ejército del Imperio Habsburgo.

Entonces, una parte de los soldados-sobretudo los Doppelsöldner y los mosqueteros-se consideraban hombres con experiencia en la lucha. Unas semanas después Westernach escribió sobre la revista del regimiento de Sulz que los reclutados eran soldados fuertes, con experiencia y sanos, que podían ser de gran beneficio al emperador (ÖStA KA HKRA Prag 1598 No. 17). Además encontramos unas alusiones al hecho de que los mejores soldados despedidos volvieron a ser reclutados en la revista de los nuevos regimientos-y de ellos también formaron buena opinión los reclutadores (ÖStA KA HKRA Prag 1598 No. 18.; ÖStA HKRA Wien Exp. 1603 August No. 99). Pese a esto una parte de los Bestallung y las consideraciones expertas hacen referencia al reclutamiento de jóvenes sin experiencia entre los soldados de artillería, que no sabían del manejo de sus armas (ÖStA KA Alte Alte Feldakten 1602-3-5.; HEISCHMANN, 1925, pp. 45-47. Esto, según mi modo de ver, no era un problema verdadero. Por supuesto los soldados sin experiencia de la escoria de la sociedad comenzaban su servicio en la artillería. Por un lado, porque podían comprar las armas más baratas, por otro lado, para aprender el arte de las armas de los Doppelsöldner y de sus formaciones de batalla habrían tenido mucha más experiencia.

Enfrente de los soldados de arte blanca los artilleros podían aprender las técnicas fundamentales y podían moverse más libremente incluso en los tercios de sistema cerrado en el campo de batalla. Esta falta de experiencia tampoco significa una desventaja, puesto que su salva podía ocasionar daños significativos para los alineados soldados del ejército otomano. El problema se presentaba si el artillero en la esperanza de un sueldo mayor el año siguiente tentaba ser reclutado entre los mosqueteros o Doppelsöldner sin tener bastantes conocimientos sobre el arma. En el parte de Geizkofler que data del año 1603 parece que esto pasaba con frecuencia en el ejército imperial. Hay que constatar también que la aspiración a un rango superior que conllevaba un sueldo mayor no era una estrategia exclusivamente de los artilleros (HEISCHMANN, 1925, p. 45-48). Según lo mencionado opino que no es justo decir que al territorio húngaro llegaron hombres no calificados del Sacro Imperio Romano Germánico, y también creo que es una exageración que una infantería profesional y adiestrada en todos los sentidos se ponía a luchar contra el ejército otomano en el tiempo de la Larga Guerra Turca.

¿De dónde llegaban los infantes al campo de batalla? Reclutaban a los soldados en los regimientos alemanes desde los territorios hereditarios de los Habsburgo, de las partes meridionales alemanas (Baviera, Tirol, Württemberg, Suabia Superior) y de sus ciudades. Son un buen ejemplo los regimientos de Hans Reichard von Schönberg y Hans Anthon von Zinn reclutados en 1594 con 4000 hombres (ÖStA (FHKA) Alte Hofkammer Gedenkbücher 1595-1596 Band. 407. fol. 132r-135r.; 157r-160v). Este territorio ya a la vuelta del siglo XVI

pertenecía a la tierra de reclutamiento de los Landsknecht (BAUMANN, 1978, p. 67). Como otra ventaja estaba relativamente cerca del campo de batalla húngaro que era accesible fácilmente a través del Danubio.

Pese a esto no se puede afirmar que los mercenarios fueran de las tierras mencionadas. Son un buen ejemplo los relatos sobre las revistas de 1598 y 1602 sobre la fantería de Karl Ludwig Graf zu Sulz y la lista de los Doppelsöldner. En el primer caso Westernach comunica que se presentaron en la revista también suizos. 4 años después el escritor del documento anotó también el origen de los reclutados. Muchos eran de Tirol: de Innsbruck, Bozen, Brixen, Trien. Pero había Doppelsöldner también de Pomerania, Milán, Ingolstadt, Estrasburgo, Ulm, Núrenberg (ÖStA KA HKRA Prag 1598 No. 17.; ÖStA KA HKRA Wien Exp. 1602 Juli No. 15).

Aparte de eso quisiera llamar la atención sobre el hecho de que en la infantería alemana una parte de los reclutados no era de origen alemán. A pesar de que los Artikelbrief prohibían el reclutamiento de hombres de otras naciones, se hallaban húngaros y croatas entre ellos (ÖStA KA Best. 621/1599). Se ve eso en la lista permanecida de la revista de un regimiento de infantería bávara en 1644 según la cual junto a 534 alemanes y 214 italianos prestaban servicio también, húngaros, polacos, croatas, griegos, checos, franceses, españoles, irlandeses, escoceses, además 14 turcos (BRNARDIC, 2009, p. 11).

Al final hay que deducir una conclusión importante. Bajo el punto sociohistórico el ejército de la Edad Moderna se puede afirmar que se hallan en él jornaleros, campesinos, artesanos ciudadanos, estudiantes,

excuras y exfrailes, nobles, condes, incluso príncipes. Y la jerarquía reflejaba la estructura de la sociedad. Por esta razón Brage Bei der Wieden en su ensayo de 1996 llamó a los reclutados del siglo XVI sociedad aparte (Nebengesellschaft) (WIEDEN, 1996. pp. 97-98).

Bibliográfia

- BAUMANN, R. (1978): *Das Söldnerwesen im 16. Jahrhundert im bayerischen und süddeutschen Beispiel. Eine gesellschaftsgeschichtliche Untersuchung* (MiscBavarMonacensia 79), München.
- BAUMANN, R. (1994): *Landsknechte. Ihre Geschichte und Kultur vom späten Mittelalter bis zum Dreißigjährigen Krieg*, München.
- BLAU, F. (1985): *Die deutschen Landsknechte*, Kettwig.
- BRAUDEL, F. (1996): *A Földközi-tenger és a mediterrán világ II. Fülöp korában I-III*, Budapest.
- BRNARDIC, V. (2009): *Imperial Armies of the Thirty Years' War (1)*, Oxford.
- BURSCHEL, P. (1994): *Söldner im Nordwestdeutschland des 16. und 17. Jahrhunderts. Sozialgeschichtliche Studien*, Göttingen.
- EDELMAYER, F. (2002): *Söldner und Pensionäre. Das Netzwerk Philipps II. im Heiligen Römischen Reich*, München.
- HEISCHMANN, E. (1925): *Die Anfänge des stehenden Heeres In Österreich*, Wien.
- HIPPEL, W. von (1995): *Armut, Unterschichten, Randgruppen in der früher Neuzeit. Enzyklopädie deutscher Geschichte Band 34*, München,
- JANKO, W. E. von (1871): *Lazarus Freiherr von Schwendi oberster Feldhauptmann und Rath Kaiser Maximilian's II.*, Wien.
- KELENIK, J. (1991): *A kézi löfegyverek jelentősége a hadügyi forradalom kibontakozásában. A magyar egységek fegyverzete*

a tizenöt éves háború időszakában en: *Hadtörténelmi Közlemények* Vol. 104. 4. sz. pp. 3–52.

KROENER, B. R. (1997): Kroener, Bernhard R.: Vom Landsknecht zum Soldaten. Anmerkungen zu Sozialprestige, Selbstverständnis und Leistungsfähigkeit von Soldaten in den Armeen des 16. Jahrhunderts en: *Von Crecy bis Mohács. Kriegswesen im späten Mittelalter. (XXII. Kongress der internationalen Kommission für Militärgeschichte)* Wien. pp. 79-92.

LIEPOLD, A.: *Wider den Erbfeind christlichen Glaubens. Die Rolle des niederen Adels in den Türkenkriegen des 16. Jahrhunderts* Europäische Hochschulschriften. Reihe III. Geschichte und ihre Hilfswissenschaften. Band 767. Frankfurt am Main – Berlin – Bern – New York – Paris – Wien.

MÖLLER, H.-M. (1976): *Das Regiment der Landsknechte. Untersuchungen zu Verfassung, Recht und Selbstverständnis in deutschen Söldnerheeren des 16. Jahrhunderts*, Frankfurter historische Abhandlungen 12. Wiesbaden.

NIEDERKORN, J. P. (1993): *Die europäischen Mächte und der „Lange Turkenkrieg“ Kaiser Rudolfs II. (1593–1606)*, Wien.

PAPKE, G. (1983): “Von der Miliz zum Stehenden Heer. Wehrwesen im Absolutismus” en: *Deutsche Militärgeschichte in sechs Bänden 1648-1939*. Band 1. Hrsg.: Militärgeschichtliches Forschungsamt. München. pp. 1-311.

- PERJÉS, G. (1967): “Az Oszmán Birodalom európai háborúinak katonai kérdései (1356-1699)” en: *Hadtörténelmi Közlemények* Vol. 14 2. sz. pp. 339-371.
- REDLICH, F. (1964): *The German Military Enterpriser and his Work Force. A Study in European Economic and Social History*, Wiesbaden.
- WIEDEN, B. B. der (1996): “Niederdeutsche Söldner vor dem Dreißigjährigen Krieg: Geistige und mentale Grenzen eines sozialen Raums” en: *Krieg und Fried. Militär und Gesellschaft in der Frühen Neuzeit*. Hrsg.: Bernhard R. Kroener/ Ralf Pröve. Paderborn, München, Wien, Zürich. pp. 85-108.
- WINKELBAUER, T. (2003): *Österreichische Geschichte 1522–1699. Ständefreiheit und Fürstenmacht. Teil 1*, Wien.
- WITZENBERGER, D. (1588): *Beschreibung einer Kriegsordnung, zu Roß und Fueß, sampt der Artelerey und zugehörigen Munition...*, Dresden.
- WREDE, A. von: *Geschichte der K. und K. Wehrmacht III. Band*, Wien

PROBLEMAS DE ABASTECIMIENTO EN EL ATAQUE A KANIZSA EN 1601

SUPPLY PROBLEMS IN THE ATTACK ON KANIZSA IN 1601

Zoltán Péter Bagi

Archivo Nacional Húngaro

Resumen:

En la actualidad tenemos conocimientos precisos acerca de las estructuras de los ejércitos contemporáneos. En este trabajo nos centraremos en quienes y como abastecían las tropas mercenarias del siglo XVI. ¿Qué tipo de escritos enviaban los veteranos a las legaciones? ¿Quiénes eran sus abastecedores directos? ¿Qué tipo de hombres componían las tropas mercenarias y como era su armamento?

Palabras Clave:

Organización de los Mercenarios en el siglo XVI, Aulic War Council of Viena (no soy capaz de traducirlo), Obrist, Hauptmann, prima plana

Abstract:

We have a precise knowledge about the structure of today's armies. In this study I walk around the subject who and how indented the mercenaries in the 16th century. What kind of writings got the vets at the delegacy? Who were they direct suppliers? What kind of men was taking to mercenary? How were they armed?

Keywords:

Organisation of the mercenaries during the 16th century, Aulic War Council of Vienna, Obrist, Hauptmann, prima plana

El 22 de octubre de 1600, después de 45 días de lucha, Georg von Paradeiser se vió obligado a abandonar el asedio de Kanizsa

(KAZINCZY, 1863, pp. 85-86; ANTONITSCH, 1975, pp. 255-267; V. MOLNÁR, 1987, pp. 78-82; TÓTH, 2000, pp. 313-323; ORTELIUS, 1602, pp. 188r-189r, 190v-192v; ISTVÁNNFFY, 2009, pp. 357-371). La fortaleza húngara era de importancia primaria tanto en sentido geográfico y estratégico como en la política militar en el Reino de Hungría del siglo XVI. Kanizsa fue defendida por una tropa compuesta de soldados húngaros y alemanes, financiada por los estamentos austriacos, que apenas llegó a mil hombres. Anterior a la Guerra de los Quince Años, la región fronteriza en consolidación alrededor de Kanizsa fue planeada y fortificada siguiendo un plan de defensa bien concebido y ejecutado, que tomaba en cuenta la geografía, hidrografía y la red viaria de la región (KELENIK, 1995a, pp. 163-174; PÁLFFY, 1996, pp. 201-202). Dada la importancia militar de Kanizsa, la ciudad y su fortaleza tenía un papel considerable en la política de la época también, ya que era considerada clave en la defensa del Sacro Imperio Romano Germánico y de Italia (STAUFFER, 1886, p. 265; ANTONITSCH, 1975, p. 289). Debido al peso estratégico de la región, inmediatamente después de la caída de Kanizsa, a finales de octubre, los militares de Viena y Graz empezaron a organizar una nueva línea de defensa para la guardia de los territorios aún controlados por el Imperio en la parte sudoeste de la región de la Transdanubia húngara, Estiria y Austria inferior. Esta nueva región de defensa fronteriza comprendía los territorios húngaros al sudoeste del lago Balaton y fue establecida por territorios sin ningún precedente de obras de defensa. Más tarde, fue consolidada en cuatro unidades estratégicas independientes, y fue referida a como la región fronteriza opuesta a Kanizsa (ANTONITSCH,

1975, pp. 277- 289; KELENIK, 1995, pp. 5-51; PÁLFFY, 1996, pp. 202-203; KELENIK, 2005, pp. 311-358; VÉGH, 2010, pp. 13-27). Paralelamente a la consolidación de esta nueva región de defensa, empezaron las negociaciones entre Viena y Graz sobre priorizar la retoma de Kanizsa entre las maniobras militares planeados para el año siguiente, dada su importancia estratégica para la protección y seguridad del Sur de la Transdanubia húngara, Estiria, pero aún de los estamentos imperiales.³⁵⁵ Durante las negociaciones del diciembre de 1600 de Viena, se puso de relieve que el Archiduque Matías (RILL, 1999). y sus consejeros planeaban emplear el ejército cristiano en la sección norte del principal teatro de operaciones de Transdanubia para la retoma de Buda y de Székesfehérvár, fortaleza clave en la defensa del capital. Ante esta situación, el Archiduque Fernando (más tarde, Emperador Fernando II) fue forzado a enfocar y maximalizar los recursos militares de Estiria, Carintia y Craiova, obtener el apoyo financiero y militar de la Corte española, del Vaticano, de Toscana y Mantua, y emprenderse él mismo a liderar la campaña de la retoma de Kanizsa, que terminó con una derrota grave de sus fuerzas después de 68 días de asedio, el 16 de noviembre de 1601.³⁵⁶ La presente ponencia enfoca en el modo del apoyo de Reino de España a la guerra contra el

³⁵⁵ KELENIK, 2005. 311-358.; BILKEI-TURBULY, 1989. pp. 124.; *Von Gottes Genaden, Wir Maximilian Pfaltzgrave bey Rheyn...Empieten allen und jeden unsern Landthofmeistern, Presidenten, Vitzhomben Hauptleuten, Rentmaistern...Sig.: 2 Bavar. 960, III, 6.*

³⁵⁶ KAZINCZY, 1863. 88., 98.; STAUFFER, 1886. 265-313.; KARÁCSON, 1916. pp. 162-164., 306-307, 309-334.; BÁNLAKY, 1940. pp. 350-352.; BANFI, 1940. pp. 143-156.; ANTONITSCH, 1975. pp. 294-313.; V. MOLNÁR, 1987. 84-91.; NIEDERKORN, 1993. passim.; TÓTH, 2000. 340-344.; ORTELIUS, 1602. pp. 207r-212v.; SUDÁR, 2006. pp. 1025-1058.; ISTVÁNNFFY, 2009. 374-379, 384-387.

turco del Imperio Habsburgo, el proceso de la contratación de los soldados empleados por la Corona española, y el impacto de las dificultades de abastecimiento y de las particularidades geográficas y climáticas en el desarrollo de las maniobras militares alrededor de Kanizsa.

La proposición del Emperador preparada para el consejo imperial de Regensburg de 1594 ya resaltaba el hecho de que, aparte de asegurar el apoyo financiero de los príncipes electores, de los condes, de los distritos y las ciudades imperiales, la Corte también emprendió negociaciones con los reinos europeos para obtener su apoyo en la guerra contra el Imperio Otomano. En concreto, la proposición refería textualmente al Vaticano y a la Corte española, sueca, danesa, al Rey de Polonia, a Moscú y a algunos principados italianos (Österreichisches Staatsarchiv (ÖStA) Haus-, Hof- und Staatsarchiv (HHStA) Mainzer Erzkanzlerarchiv (MEA) Reichsakten (RA) Fasc. 91. fol.: 34v–35r). En el Consejo Imperial, los estamentos también apoyaban esta iniciativa, ya que albergaban una gran esperanza acerca de la ayuda potencial del Reino de Polonia (*Rzeczpospolita*), involucrado en el conflicto otomano debido al continuo ataque de tropas tártaras por sus fronteras. Por la misma razón, los Estamentos propusieron unir a los tártaros, a Walachia, a Moldavia, a los cosacos, al Rey español y al Shah de Persia a la causa cristiana en la guerra contra el Imperio Otomano (ÖStA HHStA MEA RA Fasc. 91. fol. 330r–331v.). La actividad diplomática de la Corte de Praha también fue apoyada por el Papa Clemente VIII (1592–1605), cuya principal meta diplomática para el papado era neutralizar el poder del Imperio Otomano en Europa. El pontífice era

incansable en sus peticiones a los monarcas europeos, solicitando apoyo financiero y militar para el Imperio de los Habsburgo. Por su parte, Felipe II efectuó un apoyo financiero a los Habsburgo del Este, también anticipado por los lazos dinásticos y el principio de la solidaridad cristiana, en el grado permitido por la economía española. Sin embargo, la guerra de Francia y de los Países Bajos permanecieron la preocupación principal de la política española. Aparte de esta prioridad, la quiebra del Estado hacia finales del reinado de Felipe II también limitaba las posibilidades de apoyo financiero hacía la guerra contra el Imperio Otomano. Como consecuencia, el volumen de fondos otorgados descendió notablemente después de 1595. Al mismo tiempo, su sucesor, Felipe III contribuyó de un grado mayor a la guerra contra los turcos en Hungría. Las campañas de los Países Bajos y de Francia seguían de prioridad en su agenda de política exterior, pero la Corte de Madrid también comprendió que el Imperio Otomano, involucrado y fatigado en una campaña terrestre alargada, no representaba una amenaza marítima seria contra los territorios españoles del Mediterráneo. Consecuentemente, actuando en su propio interés, movilizaron un apoyo financiero considerable al Imperio de los Habsburgo, ya que este gasto anual seguía siendo menor comparado con la financiación de una Armada mediterránea incrementada. La mayoría de la contribución financiera española fue emitida durante los primeros años del ataque (1593-1595), el asedio de Kanizsa en 1601, y en 1605 (NIEDERKORN, 1993, p. 499). En total, entre 1594 y 1605, el Reino de España contribuyó a la guerra terrestre contra el Imperio Otomano con 2.5 millones de escudos, equivalente a 3.75 millones de

florines renanos. Es de notar que en 1601, Felipe III no envió el apoyo directamente a la Corte de Praha, sino a su cuñado, al Archiduque Fernando. Él, en su carta previa al monarca español, justificó su solicitud de apoyo para la campaña bélica planeada indicando que Austria Interior no estaba en la posición del levantar una tropa de suficiente número y de unidades de la experiencia requerida para emprender una campaña independiente. Debido a que el Archiduque, por varias razones militares, políticas y religiosas, no estaba en la posición de obtener el apoyo unívoco de los estamentos del Imperio, sus aliados potenciales se redujeron a España, la Santa Sede, y algunos príncipes italianos. Felipe III no tardó mucho: ya en una carta fechada el 12 de febrero de 1601 en Valladolid indicó que mandó la contratación de 6000 soldados, quienes serían organizados en dos regimientos y se unirían a la campaña para un período de 6 meses bajo el mando de Gianangelo Gaudanzio di Madruzzo, barón de d'Avy (BANFI, 1939–1940, pp. 1–33, pp. 213–228, pp. 143–156; NIEDERKORN, 1993, pp. 70–102, pp. 183–255). El monarca español también prometió movilizar su influencia en el Vaticano y la Corte Imperial para convencerles a socorrer al archiduque Fernando (HURTER-AMMANN, 1851, p. 360; ANTONITSCH, 1975 pp. 290, 294).

Así, Madruzzo fue encargado de organizar dos regimientos con la financiación del Rey español. Veamos en la siguiente como constituyeron tal cuerpo militar. Debemos resaltar que en el siglo XVI–XVII, el significado de la expresión militar *regimiento* era considerablemente diferente. En la época, significaba la totalidad de los soldados bajo un mando. En la primera mitad del siglo XVI, la cantidad

de batallones incluidos en un regimiento fue determinada por el contratador. Un buen ejemplo de esta práctica es la organización de la infantería imperial en 1542, cuando los 40 mil hombres en total fueron organizados en tan solo dos regimientos, cada uno compuesto por 40-40 *Fähnlein*. Para la segunda mitad del siglo, esta práctica monolítica se modificó y los regimientos se redujeron a 10 *Fähnlein* y tres mil hombres en cada regimiento. Esta reducción numérica se coincidía con la práctica española de la creación de los tercios después de 1534, organizados de 10 compañías. El encargado del *Fähnlein* era el *Oberst* u *Obrist*. El significado alemán de la palabra también alude a su rango superior, ya que es el superlativo del adjetivo *ober*, es decir, alto. En el escalón militar de la época, el *Oberst* u *Obrist* era el más senior de los *Hauptmann*; el *Obrist* era el *Hauptmann* de la primera bandera, mientras su sustituto (*Obristleutnant*) mandaba el segundo *Hauptmannschaft*. Es de notar el papel patriarcal del *Obrist* hacía sus subordinados, ya que incluyeron sus propios confidentes durante la organización de la unidad como reclutadores. La Cámara de la Corte pagaba los gastos de la reclutación, la paga y la paga quincenal de despedida al contratista militar, quién debía distribuirlo entre sus subordinados. Aparte del poder financiero, en el caso de la infantería, el *Obrist* también mantenía el supremo poder jurídico dentro de la unidad militar (REDLICH, 1964, pp. 41, 55-57; HEISCHMANN, 1925, pp. 37-38; WAIDMAYR, 2003, pp. 32-35; MÖLLER, 1976 pp. 115-118; BAUMANN, 1994 pp. 92.; BLAU, 1985. pp. 40). En la estructura similar de los tercios españoles, el rango del *Obrist*

correspondía al *Maestro de Campo*, mientras el líder de las *compañías* equivalente al *Hauptmann* imperial era el *Capitán*.

Teniendo en cuenta este contexto de la organización militar, si el Emperador y Rey húngaro quería levantar un nuevo regimiento, encargó la tarea a un *Obrist*. Como documento oficial, el *Obrist* recibió una patente de reclutamiento (*Werbepatent*), a base de la cual él y sus *Hauptmann* encargados recibían el derecho de la reclutación en el territorio designado por la patente. El documento también contenía el nombre del reclutador, el número de las banderas a reclutar, y el tamaño de la unidad planeada. Además, definía la causa de la campaña militar, e indicaba que los soldados mercenarios participarían en la campaña del Emperador contra el Imperio Otomano. El encargado también solicitó en la patente el apoyo de los líderes de la región, ciudad o villa en el trabajo de los reclutadores, no solo durante la contratación, sino también en la muestra y la movilización posterior, separándoles una paga adecuada. El Consejo Imperial de Worms de 1495 obligó al propio Emperador solicitar permiso de las autoridades locales en el proceso de la reclutación. Si el *Hauptmann* no contaba con el patente oficial, las autoridades pudieron arrestarle y expulsarle del territorio (ÖStA HHStA MEA Militaria Fasc. 4; WAIDMAYR, 2003, pp. 42–43; BLAU, 1985, pp 24.; MEYNERT, 1854, pp. 51; REDLICH, 1964, pp. 38).

Con el final de la reclutación, los soldados encargados tenían que presentarse en un tiempo designado en el lugar especificado de muestra. Allí recibieron sus armas, su cargo y la paga del primer mes, y juraron fidelidad al Emperador. Con este acto inició su servicio activo.

¿Quiénes respondieron a la llamada del tambor de reclutación? En el caso de los dos regimientos de Madruzzo, sabemos que la mayoría de los soldados venían de Tirol, pero el resto de la unidad estaba compuesto de soldados provenientes de otros territorios de la Corona Española (STAUFFER, 1886, p. 275; ANTONITSCH, 1975, p. 302), Casal no estaba contento con los soldados de Madruzzo. En una carta fechada el 30 de agosto, expresó que no eran tan bien cualificados como descrito anteriormente (STAUFFER, 1886, pp. 275-276). Hagamos un breve desvío en el tema de los soldados de Tirol. El llamado *Fuggerzeitung* menciona una historia interesante sobre uno de los soldados del regimiento de Madruzzo: en mayo de 1601, llegó una noticia italiana sobre un soldado del regimiento, un tal Daniel Burghammer, quién dio luz a una hija. El soldado confesó que nació como hermafrodita, pero sus padres le bautizaron como varón. Más tarde, servía de ayudante a un herrero, y luego se enlistó como mercenario y participó en las batallas de los Países Bajos y el Reino de Hungría. Según confesó, el año anterior había mantenido relaciones con un soldado español, y se quedó embarazada. Sobre su esposa comentó que nunca tenían una vida sexual (KLARWILL, 1923, pp. 234-235). Ya que mencionamos la esposa de Burghammer, debemos resaltar que, junto a los soldados, muchas mujeres y niños también llegaron al campamento militar. Hablando de los acontecimientos del 30 de agosto, Casal menciona que en los regimientos de Madruzzo, vió a más mujeres que a hombres, y en un par de días contó treinta de ellas con hijos tan pequeños que les tenían que cargar en una cesta sobre la espalda (STAUFFER, 1886, pp. 275, 278-279). Además, las tareas de estas

esposas militares no se limitaron al servicio de sus esposos y familias. Durante el asedio de Kanizsa, los excavadores de trincheras (*Schanzknecht*) murieron y desertaron en grandes números debido a su trabajo peligroso. Para sustituir la mano de obra perdida, los trabajos de las trincheras se encargaron a mercenarios y a mujeres presentes en el campo (STAUFFER, 1886, pp. 275, 278-279), a pesar de ser un trabajo que demandaba mucha competencia y experiencia (BANFI, 1940, p. 151). Otra prueba de esta práctica es que entre los acontecimientos del 19 y 20 de septiembre, Casals menciona que aparte de los hombres, varias mujeres sufrían heridas de tiro mientras trabajaban (STAUFFER, 1886, pp. 291, 294; ANTONITSCH, 1975, pp. 304-305).

Volvamos a las actividades de la vida de un regimiento después de la muestra. El lugar de la reclutación y el campo de batalla podían estar separados por varios cientos, o incluso mil kilómetros. Parece lógico suponer que, en la larga marcha de las tropas nuevas, durante la cual pasaron por el valle del Danubio, Győr, Kőszeg, y Szombathely antes de llegar finalmente bajo Kanizsa, varios soldados murieron, cayeron enfermos, desaparecieron o simplemente desertaron. Como consecuencia, para finales de agosto de 1601, su número probablemente no alcanzó ni los seis mil.³⁵⁷

³⁵⁷ ÖStA Kriegsarchiv (KA) Hofkriegsrat (HKR) Protokollum (Prot.) Expedit (Exp.) 206. Band Fol. 31 r. No. 118.; ÖStA KA HKR Prot. Exp. 206. Band Fol. 31v. No. 42.; ÖStA HKR Prot. Registratur (Reg.) 207. Band Fol.: 46r. No. 12.; ÖStA HKR Prot. Reg. 207. Band Fol.: 46r. No. 142.; ÖStA HKR Prot. Reg. 207. Band Fol.: 47r. No. 2.; ÖStA HKR Prot. Reg. 207. Band Fol.: 47r. No. 13.; ÖStA HHStA MEA Mandate, Patente, und Passbriefe in Kriegssachen (MPP) Konv. 2. Fol. 164r-v.; ÖStA HHStA MEA MPP Konv. 2. Fol. 171r-172r.; Az egykori restanciai marattanak hatra arrul valomemoriale. Vas Megyei Levéltár (VaML) V. 102. c. Szombathely Város Levéltára, Vegyes iratok. 50. doboz.; DOMINKOVITS, 2006. pp. 40.

Las pérdidas arriba mencionadas fueron causadas principalmente por el pésimo abastecimiento y la demora en las pagas. Vale la pena revisar brevemente la organización de abastecimiento de alimentos de las fuerzas imperiales en la Guerra de los Quince Años. El encargado de esta tarea era el Encargado de Abastecimiento. Sus principales responsabilidades incluían la compra de alimentos y forraje necesarios, la contaduría de las adquisiciones, y la organización de almacenes militares de alimento (*Anschütt Stetten*) para el período de la campaña. Asimismo, el Encargado de Abastecimiento tenía que asegurarse de la organización de una cantidad de suficiente de oficiales de alimentación y sus subordinados, y del transporte de los alimentos. Mandó preparar harina de los cereales adquiridos según el reglamento de molinos de Viena, e supervisó la preparación de bizcochos (*Piscoten*) de una parte de la harina fresca para facilitar su almacenamiento. También se demandaba una contabilidad detallada de la harina. Además, el Encargado de Abastecimiento no solo vigilaba la adquisición de los alimentos, sino también su distribución, otra vez con la contabilidad requerida (KENYERES, 2004, pp. 329-395). El Archiduque Fernando encargó esta posición, que requería considerable competencia, conocimientos financieros y credibilidad, a Leopold Grafenauer (ORTELIUS, 1602, pp. 207r.). Como vimos previamente, el abastecimiento regular de alimento para las tropas falló. Grafenauer alcanzó acumular un abasto suficiente para un mes hasta finales de agosto, pero la campaña fue planeada para al menos dos o tres meses. El Encargado tampoco contó con una tarifa del precios para el campamento (*Taxordnung*), solo recibió el documento oficial desde

Viena en agosto (ÖStA HKR Prot. Reg. 207. Band Fol.: 47r. No. 70). Además, también se especulaba que Grafenauer se involucró en desfalco. Cuando se hizo evidente que los alimentos destinados para el abastecimiento de los soldados de Estiria habían sido ya distribuidos entre las tropas del Vaticano, el Archiduque Fernando mandó a los encargados de los estamentos que transfirieran fondos para Grafenauer, para que pueda comprar el ganado que faltaba. Sin embargo, los encargados de los estamentos acusaron a Grafenauer de que desde enero, ya había sacado alrededor de 24 mil florines en efectivo de la caja del estamento para compra de alimentos, y los estamentos también le entregaron cereales en un valor total de 38 mil florines. Los encargados de los estamentos preguntaron a Grafenuauer adónde éste habría dirigido dichos fondos si no alcanzaron para el abastecimiento de las tropas de Estiria (ANTONITSCH, 1975, pp. 297, 300).

Para el abastecimiento de las tropas, no era suficiente adquirir los alimentos; también había que hacerlos llegar a los campamentos. Esta operación de logística también requería de medios de transporte y pasarelas para atravesar los ríos. En un estudio oficial del febrero de 1601, Hans Friedrich von Trautmannsdorf opinaba que era necesario construir dos pasarelas, uno por el Drava, y el otro por el Mura, y no podrían demorar más los preparativos de las obras (ANTONITSCH, 1975, p. 291. Dos meses más tarde, los estamentos de Estiria ya estaban de la opinión de que la continuidad del transporte de alimentos requería establecer pasarelas en territorio húngaro por Varasd (hoy Varaždin – Croacia), Letenye, Muraszemenny y Drnje (hoy Croacia) (ANTONITSCH, 1975, p. 293). Tenemos datos de que finalmente

construyeron dos pasarelas por el Mura: uno por Turnišče, y el otro por Letenye (ANTONITSCH, 1975, pp. 302-303).

El Archiduque también mandó la construcción de barcas y barcazas más adecuadas para facilitar el transporte fluvial. Sin embargo, ya a finales de junio se afrontó con el hecho de que la falta de fondos trababa la construcción (HURTER-AMMANN, 1851, p. 368).

El transporte del abastecimiento por tierra tampoco se desarrolló sin problemas, ya que los fondos separados para estos fines tampoco alcanzaron para juntar un número suficiente de carruajes. Para resolver el problema, el Archiduque concurrió a préstamos, y obligó a los estamentos entregar carruajes y caballos. Según el decreto, Carintia, por ejemplo, estaba obligado a mandar 300 caballos y 22 carruajes al campamento de Kanizsa. No obstante, los estamentos o no cumplieron con las ordenes, justificándose con las labores de cosecha que se acercaba y con las destrucciones de las tropas imperiales del año pasado; o las transfirieron a sus súbditos, la población rural (ANTONITSCH, 1975, p. 295). Debido a estas circunstancias, finalmente el campamento de Kanizsa contaba con solamente 300 animales de tiro en vez del 1000 requerido. Incluso de estos animales, muchos se debilitaron o perecieron, produciendo tal falta de animales que la caballería e incluso algunos nobles se vieron obligados a entregar sus caballos para el transporte de víveres (ISTVÁNNFFY, 2009 p. 377). Como consecuencia, no solo fue el abastecimiento que se vio impedido; la artillería también se demoró en el desplazamiento hacía el asedio. El 16 de septiembre solo contaban con seis cañones bajo los muros de Kanizsa, y cuando el ataque de artillería empezó el 29 de septiembre,

podieron desplegar 30 cañones (BANFI, 1940, p. 151; ANTONITSCH, 1975, p. 305). Después del fin del asedio, el desplazamiento de la artillería otra vez presentó un reto a los estrategas, ya que no contaban con suficiente soga y cadenas para crear las yuntas. Estas dificultades de logística resultaron en que los asediantes tenían que abandonar casi todos los cañones, y la mayoría de la munición y abastecimiento restante, a manos de los defensores de Kanizsa (BANFI, 1940, p. 154; ORTELIUS, 1602, p. 212 r).

Todos estos detalles nos hacen llegar a la conclusión de que el Archiduque Fernando y el Consejo de Guerra de Austria Interior fallaron en la planificación del asedio de Kanizsa. No podían asegurar ni una tropa de tamaño y calificación adecuada, ni los alimentos requeridos para su abastecimiento, y también fracasaron en asegurar el material bélico. Las causas fundamentales de estas carencias eran los fondos económicos insuficientes y la falta de experiencia adecuada para la planificación de una campaña de tan escala (STAUFFER, 1886, p. 290; ANTONITSCH, 1975, pp. 297, 305). Otros factores también afectaron la causa bélica; de ellos resaltaría aquí el clima. Antes de lanzar la campaña, Trautmannsdorf indicó ya en enero que lo más conveniente sería iniciarla lo antes posible, ya que la falta de cereales antes del período de cosecha impediría a las tropas turcas mandar fuerzas de relieve para los defensores de Kanizsa (ANTONITSCH 1975, p. 291). No obstante, la llegada lenta de las tropas causó que la actividad bélica fuera aplazada de enero a finales de primavera, y luego a comienzos de septiembre (STAUFFER, 1886, *passim*; BANFI, 1940, pp. 145-150; ANTONITSCH, 1975, pp. 30-302). Con el cambio de

estación, las tropas no solo tenían que batallar con los defensores de la fortaleza, sino también con los efectos de los elementos meteorológicos. La llamada Pequeña Edad de Hielo, marcada por el avance de los glaciares entre los siglos 14 y 19, llegó a su cumbre entre los siglos XVI y XVII. Los veranos secos y calientes de los años 1550 se volvieron cada vez más fríos y húmedos para finales del siglo. A mediados de los años 1580, los glaciares de los Alpes avanzaron con el enfriamiento general, un proceso que duró hasta finales del siglo. Como consecuencia, la temperatura media anual cayó con un promedio de 1.2-1.4 grados Celsius. Los inviernos se volvieron cada vez más inclementes, mientras los veranos calurosos anteriores cedieron su lugar a períodos enfriados con cada vez más precipitación. El cambio climático impactó en la Cuenca de los Cárpatos también. El período de enfriamiento que inició a mediados del siglo XVI culminó entre 1595 y 1602 (RÉTHLY, 1962, pp. 102-117; RÁCZ, 1989, pp. 129-147; ÁGOSTON-OBORNI, 2000, pp. 86-88; RÁCZ, 2001, pp. 56-62; BEHRINGER, 2010, pp. 117-139). Las fuentes cristianas e islámicas igualmente notan que el otoño de 1601 era excepcionalmente frío y lluvioso. Estas condiciones climáticas entorpecieron las maniobras de asedio, ya que las lluvias incesantes hicieron imposible construir trincheras o llenar la cuneta de defensa en el territorio que era pantanoso aún entre condiciones normales. El ataque definitivo también fue aplazado al 28 de octubre, ya que solo tenían nueve días para emprender las labores básicas de las trincheras. Luego, el asedio fue trabado por una gran nevada. La lluvia y luego la nevada incesante, junto con las temperaturas bajas, causaron muchos sufrimientos a los soldados ya

debilitados por el hambre. Eran los mercenarios provenientes de Italia que más sufrieron del clima inclemente y para ellos, hasta entonces desconocido. Perdieron sus tiendas de campaña, ya que la tela fue utilizada para sacos en las obras de las trincheras, y así fueron obligados a dormir bajo cielo abierto. No es de sorprender que muchos murieron o desertaron por el frío y las condiciones intolerables. Las tropas lideradas por Hermann Christoph von Russworm sufrieron similares pérdidas en el camino hacia Kanizsa. Aunque eran equipados con tiendas de campaña, no tenían posibilidad de levantarlas, y así 3000 hombres y mujeres murieron y 300 caballos perecieron en la marcha (STAUFFER, 1886, *passim*; KARÁCSON, 1916, pp. 162-164, 306-307, 309-334; BANFI, 1940, pp. 150-154; BÁNLAKY, 1940, pp. 350-352; ANTONITSCH, 1975, pp. 294-313; V. MOLNÁR, 1987, pp. 84-91; TÓTH, 2000, pp. 340-344; ORTELIUS, 2002, pp. 207r-212v; SUDÁR, 2006, pp. 1025-1058; ISTVÁNFFY, 2009, pp. 374-379, 384-387).

El objetivo del presente trabajo era dar una visión de conjunto sobre el apoyo del Rey de España a la lucha del Imperio Habsburgo contra los turcos. También detallé el proceso de la contratación y reclutamiento de los soldados que fueron pagados por la Corona española, y las dificultades de las fuerzas encargadas con el asedio de Kanizsa. Espero que estos detalles nuevos también den fe de la necesidad de la continuación de la investigación y publicación sistemática de las relaciones históricas austríacas-españolas-húngaras del siglo XVI.

Bibliográfia

- ANTONITSCH, E. (1975): *Die Wehrmaßnahmen der innerösterreichischen Länder im dreizehnjährigen Türkenkrieg 1593-1606*, Graz.
- ÁGOSTON, G.; OBORNI, T. (2000): *A tizenhetedik század története*, Budapest.
- BANFI, F. (1940): “Gianfrancesco Aldobrandini magyarországi hadivállalatai”, en: *Hadtörténelmi Közlemények* Vol. 41. pp. 143–156.
- BAUMANN, R. (1994): *Landsknechte. Ihre Geschichte und Kultur vom späten Mittelalter bis zum Dreißigjährigen Krieg*, München.
- BÁNLAKY, J. (1940): *A magyar nemzet hadtörténelme. 14. rész. A török hatalom hanyatlása. Miksa, Rudolf és a Báthoryak háborúi 1567–1604*, Budapest.
- BLAU, F. (1985): *Die deutschen Landsknechte*, Kettwig.
- BEHRINGER, W. (2010): *A klíma története. A jégkorszaktól a globális felmelegedésig*, Budapest.
- BILKEI, I.; TURBULY, É. (1989): *Zala vármegye közgyűlési jegyzőkönyveinek regesztái 1555-1711*, I. Zalai Gyűjtemény 29. Zalaegerszeg.
- DOMINKOVITS, P. (2006): “Egy nemzetek lévén...” *A Nyugat-Dunántúl Bocskai István 1605. évi hadjárata idején*, Budapest.
- HEISCHMANN, E. (1925): *Die Anfänge des stehenden Heeres In Österreich*, Wien.

- HURTER-AMMANN, F. E. von (1851): *Geschichte Kaiser Ferdinands II. und seine Eltern bis zu dessen Krönung in Frankfur*, IV. Band. Schaffhausen.
- ISTVÁNFFY, M. (2009): *Magyarok dolgairól írt históriája Tállyai Pál XVII. századi fordításában*, Budapest.
- KARÁCSON, I. (1916): *Török történetírók. III. kötet (1566–1659)*, Budapest.
- KAZINCZY, G. (1863): *Illésházy István nádor följegyzései 1592–1603*, Pest.
- KELENIK, J. (1995a): “A kanizsai védelmi övezet és természetföldrajzi adottságai a XVI. Század 70-es éveinek végén”, en: PETERCSÁK, T.; PETHŐ, E. (Eds.): *Végvár és környezet*. (=Studia Agriensia 15.) Eger. pp. 163-174.
- KELENIK, J. (1995b): “A Kanizsa elleni végvidék katonai erejének változásai 1633-1638”, en: *Hadtörténelmi Tanulmányok*. Zalai Gyűjtemény Vol. 36/I. Zalaegerszeg. pp. 5-51.
- KELENIK, J. (2005): “Egy végvidék születése. A Kanizsa ellen vetett végek kialakulásának története 1600-1601”, en: HAUSNER, G. (Ed.): *Az értelem bátorsága. Tanulmányok Perjés Géza emlékére*, Budapest. pp. 311-358.
- KENYERES, István (2004): “A magyarországi végvárok és mezei hadak élelmezési szervezetének archontológiája a XVI. Században”, en: *Fons*, 11. évfolyam, 2. szám. pp. 329-395.
- KLARWILL, Victor (1923): *Fugger-Zeitungen. Ungedruckte Briefe an das Haus aus den Jahren 1568-1605*, Wien.

- MEYNERT, Hermann (1854): *Geschichte der K. K. österreichischen Armee. Ihrer Heranbildung und Organisation, so wie ihrer Schicksale, Thaten und Feldzüge von der frühesten bis auf die neuere Zeit. Geschichte des Kriegswesens und der Heeresverfassung in der Österreichischen Monarchie zur Zeit Kaiser Maximilian's I. und bis zum dreissigjährigen Kreige*, Wien.
- MÖLLER, H.-M. (1976): *Das Regiment der Landsknechte. Untersuchungen zu Verfassung, Recht und Selbstverständnis in deutschen Söldnerheeren des 16. Jahrhunderts*, Frankfurter historische Abhandlungen 12. Wiesbaden.
- NIEDERKORN, J. P. (1993): *Die europäischen Mächte und der „Lange Turkenkrieg“ Kaiser Rudolfs II. (1593–1606)*, Wien.
- ORTELIUS, H. A. (1602): *Chronologia oder Historische Beschreibung aller Kriegsempörungen und Belagerungen in Ungarn auch in Siebenburgen von 1395*, Nürnberg.
- PÁLFFY, G. (1996): “A török elleni védelmi rendszer szervezetének története a kezdetektől a 18. század elejéig”, en: *Történelmi Szemle*, Vol. 38. évfolyam, 2-3. szám. pp. 163-217.
- RÁCZ, L. (1989): “A középkor és a kora újkor éghajlattörténetéről”, *Agrártörténelmi Szemle* Vol. XXXI, 1-4. szám. pp. 118-147.
- RÁCZ, L. (2001): *Magyarország éghajlattörténete az újkor idején*, Szeged.
- REDLICH, F. (1964): *The German Military Enterpriser and his Work Force. A Study in European Economic and Social History*, Wiesbaden.

- RÉTHLY, A. (1962): *Időjárás események és elemi csapások Magyarországon 1700-ig*>>, Budapest.
- RILL, B. (1999): *Kaiser Matthias*, Graz – Wien – Köln.
- STAUFFER, A. (1886): “Die Belagerung von Kanizsa durch die christlichen Truppen im Jahre 1601”, en: *Mitteilungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung* VII. Band. pp. 265-313.
- SUDÁR, B. (2006): “Kanizsa 1601. évi ostroma török szemmel”, en: *Hadtörténelmi Közlemények* Vol. 118, 4. szám, pp. 1025-1058.
- TÓTH, S. L. (2000): *A mezőkeresztesi csata és a tizenöt éves háború*, Szeged.
- V. MOLNÁR, L. (1987): *Kanizsa vára*, Budapest.
- VÉGH, F. (2010): *Egerszeg végvár és város a 17. században*, Zalaegerszegi füzetek 10. Zalaegerszeg.
- Von Gottes Genaden, Wir Maximilian Pfaltzgrave bey Rheyne...Empieten allen und jeden unsern Landthofmeistern, Presidenten, Vitzthomben Hauptleuten, Rentmaistern...Sig.: 2 Bavar. 960, III,6.*
- WAIDMAYR, U. (2003): “*Das Söldnerwesen in der frühen Neuzeit*”, Diplomarbeit zur Erlangen des Magistergrades der Philosophie aus der Studienrichtung Geschichte und Sozialkunde eingereicht an der Geistes- und Kulturwissenschaftlichen Fakultät der Universität Wien. Wien.

**EL DIFÍCIL MANDO DE LOS EJÉRCITOS COALIGADOS:
EL CASO DE ALMANSA (1707)**

**THE DIFFICULT COMMAND OF THE COALITION ARMIES:
THE CASE OF ALMANZA (1707)**

Germán Segura García

Comandante de Artillería

Resumen:

La dirección de los ejércitos en campaña siempre ha sido una tarea difícil y más en una época en la que la evolución de los armamentos y las tácticas al uso habían sembrado la incertidumbre en los analistas militares. En el llamado Siglo de las Luces, los entresijos de la diplomacia anudaron alianzas internacionales que, en los momentos de conflicto, implicaron la aportación de contingentes de tropas para llevar a cabo esfuerzos militares combinados. Estos ejércitos coaligados, cuyos integrantes defendían los intereses de sus propios Estados, difícilmente fueron capaces de someterse a un mando militar único, incidiendo negativamente en el resultado final de las operaciones. La batalla más importante que tuvo lugar durante la guerra de Sucesión española en la Península, Almansa, significó una completa derrota del ejército austracista, amalgama de fuerzas lanzadas al combate por jefes de opiniones diversas y espoleados por unas cortes tan solo preocupadas en sacar el mejor rédito del conflicto, desconociendo muchas veces la real situación estratégica.

Palabras clave:

Liderazgo – Ejércitos coaligados – Operaciones combinadas –
Batalla de Almansa

Abstract:

The army leadership in campaign has always been a difficult task, especially at a time when the evolution of armaments and tactics were changing the face of war. In the Age of Enlightenment, the complexities of diplomacy induced international alliances, which, in times of conflict, involved the contribution of troops to carry out some combine actions. These coalition armies, whose members defended their own interests, were hardly able to submit to a supreme command, adversely affecting the final outcome of the operations. The most important battle that took place during the Spanish War of Succession in the Peninsula, Almanza, was a complete defeat of the Allied army, a mixture of forces launched into combat by leaders of diverse opinions and spurred by governments just concerned with getting the most out the conflict, often ignoring the real strategic situation.

Keywords:

Leadership – Coalition Armies – Combined Operations – Battle of Almanza

Introducción

En un tiempo en el que el arte de la guerra estaba considerado como el más provechoso para un Estado, el oficio de liderar soldados en combate tenía una innegable trascendencia, aunque no siempre fuera ejercido por las personas más capacitadas. En el llamado Siglo de las Luces, el jefe militar solía ser de estirpe noble, educado desde la infancia en las penalidades de la milicia y en la reflexión de las hazañas de los grandes capitanes de la Historia, para forjarse luego lentamente en la experiencia práctica de las operaciones militares. La guerra fundamentaba la grandeza y era la razón de ser de la nobleza, una clase

de guerreros conformada durante los tiempos medievales para servir al señor de turno, al cual estaba ligado por lazos feudales, a cambio de mayores privilegios y ganancias patrimoniales. Las obligaciones militares eran, eso sí, un deber a tiempo parcial del caballero, no el servicio de carácter obligatorio y permanente que se fue exigiendo en algunos Estados a partir del siglo XVI. Y es que la guerra, por entonces, estaba cambiando su rostro de manera significativa.

En primer lugar, los avances tecnológicos, espoleados por la introducción de la pólvora en las armas portátiles y en la artillería, provocaron mudanzas relevantes en la configuración organizativa de los ejércitos de la época y en el diseño de las fortalezas. Ya no bastaba una poderosa caballería señorial, cuyo más elegante exponente fue la gendarmería francesa, para decidir el curso de una batalla; al presente, la sufrida y versátil infantería, postrada y denostada desde la caída de Roma, volvía a retornar a escena en forma de unidades compactas, erizadas de picas y arcabuces, obstáculo infranqueable para cualquier cuerpo montado. Pero tampoco los castillos medievales, que habían favorecido la independencia de la nobleza y fomentado su soberbia, podían resistir ahora el poder de la nueva artillería, artefactos de lujo que tan sólo los reyes y algunos grandes señores se podían en gran medida costear. Otra tipología de fortificaciones, a la altura de los tiempos, tuvo que desarrollarse para afrontar de manera más eficiente la amenaza de la pólvora y garantizar la defensa de las ciudades y puntos fuertes. Fue entonces cuando surgió la traza italiana o arte abaluartado, el sistema de fortificación que predominó en Europa y en su proyección ultramarina hasta bien entrado el siglo XIX.

Desde el punto de vista político y a caballo de la revolución tecnológica, los monarcas fueron aumentando su poder sobre la nobleza, ejerciendo una más efectiva soberanía en sus dominios patrimoniales y sacando mejor partido de sus haciendas. La defensa de la paz interior y la proyección exterior con la conquista de nuevos territorios tuvieron como eje principal la consolidación de un ejército permanente y altamente profesionalizado, que fue creciendo en efectivos hasta alcanzar cifras asombrosas para la época. La monarquía española, por ejemplo, llegó a tener a su cargo 300.000 hombres en armas durante algunas fases de la guerra de los Treinta Años y, en momentos en que otras potencias como las Provincias Unidas o Inglaterra tenían en pie de guerra fuerzas próximas a los 100.000 hombres, el ejército de Luis XIV alcanzó los 400.000 efectivos en el umbral del siglo XVIII, calculándose que cerca del 40% de este contingente permanecía de guarnición en el cinturón de fortalezas que protegía Francia de una posible invasión (ANDÚJAR, 1999, p. 20 y ss.).

El Estado de los tiempos modernos, capaz de ejercer un control más efectivo de sus renovadas fuerzas militares, estaba acorralado en sus aspiraciones de poder y prestigio hegemónico, por lo que parecía irremediabilmente destinado al conflicto con sus vecinos, a la guerra. El desarrollo de una administración centralizada, con órganos de gobierno especializados en la materia, y el aumento de los impuestos sobre sus súbditos permitió al Estado seguir reclutando, aprovisionando y manteniendo sus efectivos hasta tal punto que, como algunos autores apuntan, el desarrollo del mismo como entidad fiscal estuvo

inextricablemente ligado al tipo de actividad militar realizada, así como las reformas castrenses solían coincidir con los momentos de mayor innovación política (PARKER, 2014, p. 159).

Al frente de la maquinaria militar, como hemos comentado, permanecía la nobleza, que sólo tras un proceso lento y no exento de dificultades llegó a admitir que su categoría social era menos importante que su lugar en el escalafón jerárquico de la milicia (ANDERSON, 1990, p. 132 y ss.). Es cierto que durante los largos conflictos de mitad del siglo XVII, la guerra actuó como motor de la movilidad social y no fue del todo infrecuente ver a hombres de clases más desfavorecidas alcanzar la cumbre del generalato por sus buenas cualidades militares. Pero al declinar la centuria, los ejércitos distaban mucho de ser una meritocracia y campeaba en ellos un tono aristocrático que, en cierto sentido y a pesar de su dureza, envolvía toda operación militar dentro del marco de un código de conducta caballeresco en lo que vino a llamarse “*guerra galante*” y que puntualmente definió el tratadista y militar Jacques H. Guibert:

«...que invención más afortunada, que bello sistema de guerra moderna que ponía en acción tan sólo cierta cantidad de fuerzas consagradas a dirimir las querellas entre naciones, y que dejaba en paz a todo el resto, que suplía el número por la disciplina, que buscaba el triunfo por la ciencia y sin cesar emplazaba las ideas de orden y de conservación en medio de las crueles necesidades que la guerra provocaba» (GUIBERT, 1790, p. 119).

El papel de la batalla en el siglo de la razón

La evolución de la tecnología armamentística y el aumento del tamaño de los contingentes militares a finales del siglo XVII fueron,

entre otras consideraciones, los responsables del declive de la batalla como principal forma de acción de los ejércitos en campaña en este periodo.

Desde el punto de vista tecnológico, mientras la artillería aún buscaba la forma de conseguir mayor movilidad en el campo de batalla para incidir en él de manera más decisiva, la adopción del fusil con bayoneta y el consiguiente abandono de la pica desencadenaron un cambio trascendental en la estructura de las formaciones de combate. Los infantes, reducidos a la condición de fusileros, aumentaron su potencia de fuego gracias a las prestaciones del fusil, que también hacía las veces de pica cuando se calaba la bayoneta en el cañón. De esta forma, precisamente para poder disponer de mayor potencia de fuego, los antiguos cuadros de infantería se fueron alargando, disponiéndose los batallones en orden delgado, hasta llegar a las cinco líneas de profundidad típicas de la guerra de Sucesión española, aunque no fue raro tampoco ver formaciones de tres líneas de profundidad, todo dependiendo de la cadencia de tiro de los fusileros. Pero el adelgazamiento progresivo de las formaciones de combate iba en detrimento de la capacidad ofensiva de la infantería, ya que su potencia de choque cuerpo a cuerpo, a la bayoneta, quedaba gravemente comprometida a favor de unas descargas de fusilería cuya eficacia, por otro lado, no eran del todo concluyentes. Mauricio de Sajonia, que tomó parte en la guerra de Sucesión española está convencido de que «si hubiera durado un poco más, habríamos sin duda acabado luchando en todas partes al arma blanca, porque se comenzaba a evidenciar el abuso

del tiroteo, que hace más mal que bien y que provoca la derrota de los que lo utilizan» (SAJONIA, 1756, p. 28).

Se abrió entonces un áspero debate entre los partidarios del orden delgado, más optimistas en la eficacia de la fusilería, y los del orden profundo, confiados en que una columna de infantería, cargando a la bayoneta, podía perforar el despliegue enemigo sin apenas efectuar un disparo. Pero la experiencia en combate demostró que un ejército difícilmente podía conseguir una clara victoria haciendo uso tan sólo del fuego, como sucedió en Malplaquet (1709), mientras que la utilización inopinada de la columna condujo a severos desastres en el campo de batalla, como fue el caso de Fontenoy (1745). A nivel táctico, la duda entre los generales estaba pues sembrada y mientras unos seguían abogando por el uso del fuego como principal forma de acción, otros propugnaban la reintroducción de la pica para proporcionar mayor potencia de choque a su infantería (SEGURA, 2014b, pp.120-121).

Por otro lado, el aumento generalizado de los efectivos militares condujo a serias limitaciones logísticas en el desarrollo de las operaciones. Mover contingentes tan numerosos a través de un territorio determinado y conseguir la subsistencia de hombres, caballos y acémilas durante toda una campaña eran factores de primer orden para un ejército e imponían a los generales unas restricciones considerables que llegaron a pesar más que las propiamente estratégicas. Mientras los ejércitos maniobraban en busca de la batalla que pudiera decidir la campaña, sus tropas marchaban y contramarchaban esquilmando todo a su paso, tanto para alimentarse a sí mismas como para dificultar que el enemigo pudiera sostenerse. De este modo, un general paciente y con

los canales de abastecimiento asegurados podía imponerse en una campaña apoyado en sus puntos fuertes y sin verse obligado a una batalla campal, una estrategia que no siempre fue bien acogida ni entendida por unas cortes ansiosas de éxitos tempranos. Mauricio de Sajonia dejó clara su opinión sobre este asunto:

«No soy partidario de las batallas, sobre todo al comienzo de una guerra, y estoy persuadido de que un general hábil podría hacerla toda su vida sin verse jamás obligado a ellas. Nada reduce tanto al enemigo y avanza más los negocios que este método: es preciso entablar frecuentes combates y disolver, por así decirlo, al enemigo poco a poco, después de lo cual estará obligado a ocultarse. No pretendo decir con ello que cuando se encuentre la ocasión de aplastar al enemigo no se le ataque y que no saque partido de los pasos en falso que pueda dar: lo que quiero decir es que se le puede hacer la guerra sin dejar nada al azar y éste es el más alto grado de perfección y habilidad de un general» (SAJONIA, 1756, p. 215).

Para abordar la doble necesidad estratégica y logística, los generales, que difícilmente podían gestionar por sí mismos todos los aspectos de unas operaciones cada vez más complejas, tuvieron que rodearse de una serie de asesores que pudieran asistirles en la toma de decisiones y llevar sus órdenes allá donde fuera preciso. Los estados mayores de los ejércitos de operaciones tuvieron que afrontar y dar solución a los numerosos condicionantes que surgían durante una campaña, en un periodo en el que los sistemas de mando y control no estaban lo suficientemente desarrollados para coordinar despliegues tan formidables y no todos los oficiales subalternos eran capaces de tomar la iniciativa que exigía la ocasión. Los generales trataron de tener estos múltiples aspectos en consideración, aunque todo cálculo y prevención

servían de poco si, una vez entablada la batalla, no se superaba la prueba de fuego. Así, un tratadista tan entendido como Nicolás Maquiavelo reconocía que del resultado de la batalla dependía el juicio de la labor de un general en campaña:

«El fin de quien pretende entrar en guerra es combatir al enemigo en campaña y ganar la batalla. Para hacerlo, hay que disponer de un ejército. Ello exige buscar a los hombres, organizarlos, instruirlos militarmente, alojarlos y, finalmente, enfrentarlos al enemigo desde una posición o saliendo a su encuentro. En eso consiste el arte de la guerra a campo abierto, que es el más necesario y honorable. A quien sabe presentar batalla al enemigo se le disculparán los demás errores que pudiera cometer en la dirección de la guerra. Pero quien es incapaz de hacerlo, aunque resolviese muy bien los demás detalles, jamás llevaría a buen término una campaña bélica. Una batalla ganada borra cualquier error que previamente se haya podido cometer; y de la misma manera, si se pierde, no valen de nada las cosas que se han hecho bien antes» (MAQUIAVELO, 2003, p. 24).

Sin embargo, no todos los generales estaban dispuestos a jugarse el todo por el todo en una batalla, la presión que sus gobiernos había puesto sobre sus hombros era inmensa. La guerra podía depender de una exitosa campaña, y ésta de una victoria sobre el enemigo en la incertidumbre de una batalla general. Pero una derrota, después del enorme esfuerzo realizado en reclutar, instruir y abastecer los ejércitos, era un escenario que angustiaba a unos generales obsesionados con el problema logístico e inseguros de la acertada aplicación de las nuevas tácticas. Como señala Duffy:

«Los generales en campaña rara vez eran fieros hombres de acción, impacientes frente a toda moderación. Por el contrario, los políticos solían ser los hombres que estaban a favor de la acción ofensiva, y tan sólo les hubiera gustado que los comandantes confiaran en su propio juicio y actuaran “de acuerdo con el tiempo y las circunstancias”, en la frase favorita de Austria. Pocos comandantes

estaban dispuestos a ejercer el grado de libertad que realmente se les permitía. Estaban ansiosos por descargar o compartir la colosal responsabilidad de dar batalla, y tenían una necesidad compulsiva de comunicarse con sus gobiernos. (...) Era como si esta actividad proporcionara a los generales consuelo en la soledad del alto mando» (DUFFY, 1987, p. 156).

Es por ello que muchos generales no dudaron en posponer y eludir la batalla hasta no tener suficientes garantías para confiar en un éxito seguro, y prefirieron encaminar sus operaciones hacia objetivos limitados y de riesgo calculado, como las acciones llevadas a cabo por pequeños destacamentos o la más compleja expugnación de plazas fuertes. La sistemática ocupación del territorio enemigo, despojándole de sus fortalezas, desbaratando sus almacenes de suministros y poniendo bajo contribución amplias regiones a base de pequeños combates de vanguardia y operaciones de cerco, era una forma de guerra racional que podía proporcionar excelentes resultados sin apenas poner en riesgo toda la fuerza disponible. La toma de poblaciones y puntos estratégicos aseguraba a la potencia agresora la posesión del territorio y, con éste, una posición de fuerza en la mesa de negociaciones, el final político de todo conflicto bélico.

Ejércitos coaligados y mando unificado

La guerra, por cruenta que pudiera ser, era comúnmente el medio empleado para colmar las ambiciones dinásticas de ciertas monarquías o procurar todo tipo de ventajas a un determinado Estado o coalición de éstos. De hecho, una de las consecuencias políticas del surgimiento de nuevas potencias al final de la guerra de los Treinta Años (1648) fue la

pretendida instauración de un sistema de equilibrio de poderes que aspiraba a evitar en adelante la hegemonía absoluta de un Estado en Europa, como había estado a punto de suceder en la época de los Austrias españoles, y reducir así la posibilidad de conflictos armados. Las alianzas ejercieron una gran presión política y diplomática sobre cualquier potencia que quisiera imponer unilateralmente su voluntad, pero en muchos casos se vieron igualmente obligadas a recurrir al uso de la fuerza. A partir de entonces, cuando se preveía una disputa entre Estados, los gobiernos implicados trataron de arrastrar a terceros a su bando, formando alianzas más o menos extensas que entrañaban con frecuencia la cooperación de ejércitos de distintos soberanos en las operaciones militares. Como si la dirección de un ejército conformado por tropas de un mismo príncipe o república no fuese ya una tarea de por sí suficientemente ardua, ahora entraba en juego otra variable que complicaba aún más las cosas: la pugna por el mando supremo del ejército coaligado.

Al convenirse una alianza, el principal objeto de la misma y en el que todos los integrantes estaban de acuerdo consistía en tratar de hacer entrar en razón al contrario, primero por medios políticos y luego, si éste se mostraba intratable, reducirlo por la fuerza de las armas. A partir de esta puesta en común, cada miembro de la alianza trabajaba en la defensa de sus propios intereses, muchas veces ocultos a sus mismos aliados, y se esforzaba en tomar las riendas de los negocios para sacar el mejor partido con el mínimo coste en hombres y dinero. La diplomacia jugaba un papel de primer orden en este entramado no exento de intrigas y donde se hacía patente el verdadero poder de cada

aliado. Del mismo modo, los generales al mando de las respectivas fuerzas con las que su Estado contribuía a la alianza se veían obligados a obedecer las órdenes de sus gabinetes, no siempre acordes con los planes de operaciones de los otros aliados, y acababan inmersos en luchas por el poder que minaban cualquier posibilidad de triunfo en una campaña. Como apunta el militar y escritor José Almirante:

«En materia de alianzas, lo que importa es salir del estado en que hay que mendigarlas, para llegar a la altura de concederlas y mejor de imponerlas. En ambos casos los deberes y las atenciones militares se complican. Los generales aliados que se ven forzados a representar intereses, traducir inspiraciones y ejecutar proyectos de sus respectivos gabinetes, casi nunca acordes, se van separando, por rencillas y altercados, hasta el punto de dar a sus rivalidades más importancia que a la guerra con el enemigo común» (ALMIRANTE, 1869, p. 35).

En el arte de la guerra era más que sabido que el mando de un ejército debía recaer sobre una sola persona y que cualquier otra solución podía ser perjudicial, como corroboraba ampliamente la experiencia. Sin ir más lejos, Maquiavelo, poniendo como ejemplo a la antigua Roma descrita por Tito Livio, consideraba que era sin duda preferible encargar cualquier empresa a un hombre de mediana prudencia, que a dos de gran mérito con igual autoridad:

«Los fidenates sublevados asesinaron a los colonos enviados a su ciudad por los romanos, y para castigar el agravio nombraron éstos cuatro tribunos con potestad consular, de los cuales dedicaron uno a la guarda de Roma y enviaron con el ejército contra los fidenates y los veyenses, a los otros tres que, por sus diferencias de opinión, sufrieron descrédito, aunque no daño. Produjeron el descrédito sus divisiones y evitó el daño el valor de los soldados. Vieron los romanos este desorden y nombraron un dictador para remediarlo. Prueba esto cuán inútil es encargar a varios del mando de un ejército

de una plaza que sea preciso defender. Claramente lo dice Tito Livio en la siguiente frase: “Tres tribunos con potestad consular mostraron cuán inútil es el mando ejercido por varios. Teniendo cada cual su opinión y deseando imponerla a los otros, ocasionaron que el enemigo se aprovechara de su desacuerdo”. Dice este historiador que, habiendo enviado los romanos contra los equos a Quintio y a su colega Agripa, éste quiso que toda la dirección de la guerra estuviera a cargo de Quintio, diciendo: “En la dirección de los asuntos importantísimos conviene al éxito que uno solo ejerza el mando supremo”» (MAQUIAVELO, 2003, Libro III, Cap. XV).

Que la autoridad del jefe de un ejército no debía ser compartida, así como su responsabilidad en la toma de decisiones durante el curso de la operaciones, era cosa conocida y transmitida por la experiencia de generación en generación, a pesar de que algunos generales hicieran uso y abuso de los consejos guerra para intentar excusar sus acciones en el caso de descalabro:

«El príncipe Eugenio solía decir que un general deseoso de no hacer nada, solo tenía que celebrar un consejo de guerra. Esto es tanto más cierto, cuanto las voces son generalmente para la negativa. (...) Un General a quien el Soberano ha confiado sus Tropas, debe actuar por sí mismo, y la confianza que el Soberano ha depositado en el mérito de este General, lo autoriza a hacer todo de acuerdo con su inteligencia. Sin embargo, estoy convencido de que un General, a quien incluso un oficial subordinado da consejos, debería beneficiarse de ello, ya que un verdadero ciudadano debe olvidarse de sí mismo, y mirar solo por el bien del asunto, sin avergonzarse de si lo que lleva a cabo proviene de él o de otro, siempre que logre sus fines» (PRUSIA, 1761, pp. 181-182).

Los consejos de los oficiales subalternos podían ser útiles para una acertada toma de decisiones y no cabía desestimarlos, aunque siempre la razón última e inexcusable correspondiera al general al frente del ejército. En cualquier caso, había que evitar a toda costa el mando compartido, que dividía la autoridad y era fuente de innumerables

rencillas que solían echar a perder cualquier operación, y más aún cuando ambos jefes rendían cuentas a distintos soberanos. Pero esta máxima no siempre fue posible de cumplir en los ejércitos coaligados y la experiencia de generales como el marqués de la Mina, en las campañas de Italia de mediados del siglo XVIII, sacaron a la luz los inconvenientes de hacer la guerra con aliados:

«Pocas empresas grandes se consiguen con tropas de dos príncipes, porque rara vez se unen tanto los intereses que no difieran las máximas, y por consecuencia las órdenes de que son la víctima los generales. Sé por dolorosa experiencia lo que no hice y lo que pude hacer en varias ocasiones, si mandase tropas del rey sin aliados. (...) Conservo la dificultad de hacer guerra gloriosa con aliados, aunque fuesen de mejor fe que lo que ha introducido en los gabinetes la que llaman hoy razón de estado y política de cortes, que no es otra cosa que un fantasma desconocido del honor para deslumbrar las insidias. Dichoso el ministerio cuyas máximas se dirijan sólo al interés de su príncipe, sin dependencia de otro, y más dichoso el general que manda un ejército con tropas que sólo reciban una orden, pues obrará con menos número más que con un millar que divida la obediencia» (GUZMÁN-DÁVALOS, 2006, 252-253).

Una excepción a esta regla fue el binomio conformado por el inglés John Churchill, duque de Marlborough, y el príncipe Eugenio de Saboya, que llegó a funcionar admirablemente durante la guerra de Sucesión española en el frente de Flandes y Alemania. La victoria que consiguieron en la batalla de Blenheim (1704) fue un magnífico ejemplo de coordinación a nivel político entre Inglaterra y Austria, tan sólo superada por la cooperación operativa de ambos generales durante la campaña, una actitud radicalmente opuesta al mutuo recelo que alimentó la derrota de sus oponentes franco-bávaros. Como escribió en

1951 el gran estadista británico Winston Churchill, descendiente del duque de Marlborough:

«Una vez que Eugenio se reunió con Marlborough, su perfecta camaradería instauró una unidad de mando mucho más grande de lo que se había podido ver hasta entonces. No se permitieron jamás emitir el mínimo desacuerdo. Estaban aparentemente inmunizados contra toda forma de recelos mutuos, al abrigo de discordias o de intrigas y, sobre el campo de batalla en todo caso, era para ellos una práctica rigurosa» (*Cit. PIGAILLEM, 2004, p. 1*).

Pero no fue muy habitual este tipo colaboración entre dos reputados jefes militares, y la guerra de Sucesión española, especialmente en las campañas en la península ibérica, es un muestrario de experiencias en distinto sentido.

El conflicto sucesorio por el trono de la monarquía de España tras la muerte de Carlos II en 1700, el último Austria español, inauguró el siglo XVIII con una guerra general en Europa, donde una Gran Alianza, que quedó conformada principalmente por el Sacro Imperio, Inglaterra (Reino Unido de Gran Bretaña a partir de 1707), las Provincias Unidas, Prusia y Portugal (desde 1703), se enfrentó al bloque borbónico constituido por Francia, España, Baviera, Colonia y Saboya (que cambió de bando en 1703).

El emperador alemán, Leopoldo I, no había aceptado el testamento del difunto Carlos II, que al final de sus días se había decantado por dejar íntegra la monarquía al duque Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia, e inmediatamente inició las hostilidades en Italia. Por otro lado, Inglaterra y las Provincias Unidas temieron la unión de Francia y España, las Dos Coronas, y concluyeron en 1701 una Gran Alianza para

denunciar la intromisión de Luis XIV en los asuntos españoles, si bien permanecieron a la espera de recibir alguna concesión por parte de Francia. Al no producirse ningún gesto en este sentido, la Gran Alianza declaró la guerra a las Dos Coronas en mayo de 1702 para defender los derechos del emperador al trono español y conseguir alguna contrapartida por su apoyo. Mientras se combatía en Italia, Flandes y Alemania, la Gran Alianza se esforzó en desembarcar en España con el fin de que alguna ciudad o territorio reconociera al pretendiente austriaco, el archiduque Carlos, y así, aprovechando la entrada en liza de Portugal, abrir un segundo frente en la Península. Después de varias operaciones con distinto resultado, Barcelona se rindió en 1705 a las fuerzas aliadas, cayendo con ella buena parte de Cataluña y del reino de Valencia. En la campaña de 1706, el rey Felipe V fracasó en su intento de recuperar la capital del Principado y el partido borbónico estuvo al borde del colapso, aunque consiguió sobreponerse y vencer a los aliados en Almansa, la batalla más importante de la guerra en España y una de las victorias más completas conseguidas por un general en toda la centuria (*Vid.* SEGURA, 2017, pp. 249-273).

El avance aliado: de Barcelona a Madrid y Valencia

A principios del verano de 1706, el archiduque Carlos –rey Carlos III de España para sus partidarios– había consolidado su presencia en el Levante peninsular y conseguido rechazar la ofensiva de Felipe V sobre Barcelona. La causa borbónica pasaba por horas bajas y el corazón de Castilla estaba amenazado por dos ejércitos aliados: un ejército anglo-portugués que desde Portugal operaba por la cuenca del Duero y otro

inglés que se encontraba en el reino de Valencia (*Vid.* SEGURA, 2014a, p. 164 y ss.). El primero estaba comandado por el portugués Antonio Luis de Sousa, marqués de las Minas, y por el hugonote Henri de Massue, conde de Galway; y el segundo por el inglés Charles Mordaunt, conde de Peterborough. Los imperiales, a pesar de ser los más interesados en la victoria del archiduque Carlos, no habían todavía enviado a ningún general para sustituir al príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt, muerto en el ataque a Barcelona en 1705, ni tropas para ejercer un mayor peso en las decisiones militares, aunque en la corte austracista se llegó a insinuar el posible destino del príncipe Eugenio de Saboya para ponerse al frente de las fuerzas aliadas en España. Los holandeses, por su parte, enviaron como asesor del rey Carlos al conde Jacques-Louis de Noyelles, un militar de origen francés que había entrado al servicio de las Provincias Unidas en 1674. En cuanto a los nobles españoles al servicio del pretendiente austriaco, el almirante de Castilla, Juan Tomás Enríquez de Cabrera, el hombre que quizás entendió mejor las circunstancias del teatro de operaciones peninsular, había fallecido en Portugal en 1705 sin ver atendidos sus consejos, mientras que su pariente Diego de Hurtado de Mendoza, conde de la Corzana, se convirtió en uno de los españoles más cercanos al archiduque, aunque sin apenas influencia en la toma de decisiones militares. Como escribió desde Valencia (14 de diciembre de 1706) el general James Stanhope al secretario de estado inglés hablando de las intrigas y del caos político que reinaba en la corte de Carlos de Austria: *«si tienen alguna máxima por la cual se gobiernan, y en la cual incluso los que se odian mutuamente están de acuerdo, es en mantener a todo*

español de cualquier rango y personalidad apartado de los negocios» (*History of the War of the Succession in Spain*, 1833, p. 44).

Pero tampoco había mucha sintonía entre los generales extranjeros al frente de las operaciones aliadas en España. El marqués de las Minas era uno de los militares portugueses más prestigiosos, aunque tenía una edad avanzada y era un hombre muy temperamental. Chocaba constantemente con Galway, cuyas opiniones solían prevalecer en los consejos de guerra aliados a pesar de ser el portugués el mando más antiguo. En cualquier caso, cuando las tropas portuguesas operaban fuera de su territorio siempre fueron consideradas por sus aliados como meros auxiliares. Galway, por otro lado, era un noble francés exiliado que había entrado al servicio del rey Guillermo III de Inglaterra tras la revocación del Edicto de Nantes (1685). Desde 1704 comandaba las fuerzas inglesas en Portugal, siempre en pugna con las opiniones del marqués de las Minas, al que reprochaba no apoyar con la suficiente energía sus operaciones, como sucedió en el frustrado sitio de Badajoz (1705), donde una bala de cañón arrancó parte del brazo derecho al comandante hugonote. Peterborough, por último, había sido designado como mando supremo de las fuerzas aliadas que desembarcaron en Barcelona en 1705, aunque tuvo sus diferencias con el príncipe de Hesse-Darmstadt y también recibió fuertes críticas de la corte austracista por abandonar Barcelona a su suerte en 1706, cuando Felipe V estuvo a punto de recuperar la ciudad. En cualquier caso, los vientos parecían soplar a favor de la causa aliada, aunque a la postre se perdiera en pocos meses la oportunidad de derrotar decisivamente al monarca

borbónico debido a la descoordinación de los movimientos de sus ejércitos en España y a la tardía toma de decisiones de sus generales.

En efecto, el archiduque Carlos salió de Barcelona en junio de 1706 para reunirse con las fuerzas de Peterborough en Valencia, pero recibió noticias de que el ejército de Portugal, con las Minas y Galway, se hallaba próximo a Madrid y que el reino de Aragón estaba dispuesto a defender su causa. Seguro de esta última posibilidad, el archiduque optó por dirigirse hacia Zaragoza en lugar de marchar a Madrid por la ruta de Valencia, como le aconsejaban ingleses y portugueses. El general Stanhope, enviado de la reina Ana de Inglaterra en la corte del rey Carlos, se quejó amargamente (Tamarit, 2 de julio de 1706) al secretario de estado inglés del letargo en el que habían caído las operaciones tras la liberación de Barcelona y la retirada de las fuerzas borbónicas: «Este cambio de medidas retrasará ciertamente la llegada (del monarca) a Madrid, y su unión con el ejército portugués, que parecía ser ahora nuestro principal negocio» (*History of the War...*, 1833, p. 20). Mientras el ejército de las Minas y Galway se hallaba en Madrid falto de provisiones y de refuerzos, el rey Carlos permanecía en Zaragoza y Peterborough en Valencia. Sin embargo, a pesar del retraso, las fuerzas aliadas pudieron reunirse finalmente en Guadalajara a primeros de agosto. Fue entonces cuando, como apunta el contemporáneo Francisco de Castellví en sus *Narraciones históricas*, se empezó a cuestionar el mando del ejército:

«Milord Galway alegaba que la conquista de los reinos de Aragón era concluida, que éste era el destino de Peterborough; quien, al contrario, exponía que el general de las Minas, Galway, Noyelles y Corzana tenían igual grado de capitanes generales, que el carácter

que le había dado la reina de generalísimo de mar y de tierra no era limitado y su poder no tenía restricción en mar ni en tierra. (...) Milord Peterborough, celante a la ventaja de la alianza y servicio del rey Carlos, puso en silencio el autorizado carácter de general y de almirante que tenía en su poder. (...) Escribió el 8 de agosto un papel al rey Carlos proponiendo dividir iguales comandos entre los generales Galway, Minas, Noyelles, Corzana y él, iguales en grado, y en caso de no aceptar este partido, ofreció servir de voluntario. El general Galway ofreció ceder el supremo mando a milord Peterborough. El marqués de las Minas significó no adhería a sujetarse al comando de Peterborough» (CASTELLVÍ, 1998, pp. 156-157).

El rey Carlos deseaba que el mando supremo fuera compartido entre Peterborough y Noyelles, pero las Minas, a pesar de que buena parte de las tropas portuguesas estaban pagadas por Inglaterra y Holanda, se negó a ceder el mando. En palabras de Castellví:

«El marqués de la Minas, a quien dicen que clandestinamente adhería y fomentaba Galway por mantenerse en el mando; (fue considerado uno de los instrumentos de eclipsarse en pocos días los visos favorables que daba la ocasión al rey Carlos). (...) Opositor siempre al dictamen de Galway en las fronteras de Portugal, dificultando el internarse en Castilla, tardó en ocupar Madrid, ocioso en su confín, después inflexible a adherir el sentir de Peterborough y Noyelles, maestros de la guerra, (...) que representaban el todo de las dos potencias marítimas, como generales más autorizados y más antiguos» (CASTELLVÍ, 1998, p. 172).

Así las cosas, Peterborough tomó la decisión de separarse del ejército y marchar a Valencia con vistas a viajar a Génova al objeto de conseguir préstamos para sostener el esfuerzo bélico. Mientras tanto, la estrategia aliada se basó en mantener las comunicaciones abiertas con el Mediterráneo y Portugal, si bien los ingleses abogaron por dar batalla cuanto antes ya que los víveres empezaban a escasear y las partidas

borbónicas impedían el suministro fluido. En cartas enviadas por Stanhope al tesorero inglés (Guadalajara, 11 de agosto de 1706) y al secretario de estado (Chinchón, 22 de agosto de 1706), dejaba claro que:

«Nada excepto la victoria en una batalla puede reparar los efectos de nuestro retraso. Si los enemigos la rechazan, tan sólo el hacer invernar una poderosa escuadra en el Mediterráneo puede preservar a este ejército de la ruina absoluta. Los portugueses no tienen ni un chelín. (...) Con cuánta paciencia pueden soportar nuestros aliados el hecho de pasar el invierno fuera de casa bajo estas dificultades, no puedo decirlo: hasta ahora se han comportado muy bien y han mostrado una gran disposición para dar batalla. (...) Las tierras de Castilla se nos escapan día a día de las manos y sólo podemos considerarnos dueños del terreno que pisamos» (*History of the War...*, 1833, pp. 30-31).

Al tiempo que el heterogéneo ejército aliado pasaba apuros por la falta de provisiones y empezaba a ver la posibilidad de una batalla como la única salida para salvar la campaña, Felipe V lograba restablecerse gracias a la lealtad del pueblo castellano y los refuerzos enviados por su abuelo. Al frente del recompuesto ejército borbónico estaba el mariscal James Fitz-James, duque de Berwick, hijo natural de Jacobo II de Inglaterra y sobrino del general inglés John Churchill, duque de Marlborough. Berwick defendió la causa de su padre en Inglaterra, pero se vio obligado a exiliarse en Francia, donde entró al servicio de Luis XIV. Fue enviado a España en 1704 al mando de las tropas francesas que tomaron parte en la campaña de Portugal y dos años más tarde fue promovido al empleo de mariscal de Francia. Gracias a su superioridad en caballería y a una serie de hábiles maniobras, Berwick bloqueó el valle del Tajo al ejército aliado impidiendo su marcha hacia Portugal y le forzó a retirarse por la ruta de Valencia a finales de septiembre,

seguidos de cerca por las fuerzas borbónicas. La campaña de 1706, que tan mal se había pronosticado para los borbónicos, concluyó con los aliados replegados hacia el Levante peninsular, donde la subsistencia de sus tropas no estaba garantizada y dependía mayormente de los suministros proporcionados por la flota inglesa en el Mediterráneo. La culpa del fracaso aliado fue achacada principalmente al marqués de las Minas, como se hace eco otro contemporáneo, el marqués de San Felipe, en sus *Comentarios de la Guerra de España*:

«Galloway, que no estaba muy de acuerdo con el marqués de la Minas, escribió al ministro británico que residía en Lisboa, casi un diario de lo sucedido en España, dándole cuenta por menor para que la diese al Rey (de Portugal) y enviase otras cartas adjuntas a la Reina, en que cargaba al general portugués el mal éxito de aquella campaña, por haberse entretenido tanto en Madrid y dado cuarenta días al Rey Católico (Felipe V) para que le viniesen socorros de Francia, cuando antes podía echarle de las Castillas e ir a sitiar Pamplona, enteramente desprevenida... (...) A esta negligencia del portugués añadía Galloway que pudo deshacer las tropas del duque de Berwick, dándole la batalla antes de ponerse entre Guadalajara y Alcalá, y aún después, porque tenía superior número de gente, y la del Rey (Felipe V) no pasaba de veinte mil hombres, con no poca penuria de víveres y dinero» (BACALLAR, 1957, pp. 122-123).

Además, como apuntaba Stanhope en sendas cartas dirigidas al duque de Marlborough y al tesorero inglés (Valencia, 11 de octubre de 1706), el desorden y la falta de consenso en la corte austracista auguraban un futuro poco prometedor:

«Estamos al presente en la más grande de las confusiones y lo más probable es que aún vaya a peor. Si tuviéramos menos generales y más tropas, el juego sería seguro. (...) La corte (de Carlos III) presiona para separar las tropas inglesas. (...) Si la reina (Ana) continúa teniendo aquí dos generales, podría parecer acertado tener dos ejércitos; pero si nuestro negocio consiste en derrotar al enemigo, pienso que deberíamos tener sólo uno. Creo que es más

que evidente que si nuestras fuerzas se hubieran reunido este verano, el asunto estaría cerrado» (*History of the War...*, 1833, pp. 35-37).

Por si no hubiera ya suficiente desconcierto, el conde de Noyelles, que había sido el instigador de la marcha del archiduque Carlos por la ruta de Zaragoza, trataba de conseguir que el monarca le procurara el mando independiente de un ejército que debía operar previsiblemente en Aragón. De poco sirvieron las quejas de Galway, que estaba resuelto a resignar el mando de las fuerzas inglesas en Peterborough a su vuelta de Italia, y del mismo Stanhope, que solicitó al gobierno inglés su cese de un puesto que le causaba tan pocas satisfacciones, aunque a la postre ambos continuaron. A finales de 1706, mientras los ejércitos se reponían y preparaban para la decisiva campaña de la primavera siguiente, en el bando aliado el principal problema continuaba siendo la imposibilidad de reunir las fuerzas militares bajo un mando unificado y la continuación de las intrigas entre los generales. De nuevo Stanhope, en sendas cartas remitidas a su padre y al tesorero inglés (Valencia, 14 de diciembre de 1706) escribía:

«El señor Galway está cada vez más convencido de que nada es más necesario para triunfar aquí que tener un jefe al que todas las tropas puedan obedecer (...) Cuando el rey (Carlos III) escribió contra el señor Peterborough, me habría confiado el mando de las tropas para mí si yo se lo hubiera solicitado. (...) Mientras el conde de Noyelles, por humillar al señor Peterborough con el que estaba resentido, y picado con los portugueses, arruinaba nuestros negocios, se ganaba el favor de la corte. Ha llevado la animosidad contra los portugueses a tal punto que, el señor Galway, al que se le ve muy ligado a ellos, no ha sido tratado con el celo que merece» (*History of the War...*, 1833, pp. 30-31).

En el bando borbónico, en cambio, las fuerzas en la frontera de Valencia estaban confiadas en principio a un solo mando, único responsable de las operaciones. El mariscal Berwick había fijado su cuartel general en Albacete tras disgregar sus fuerzas y regresar a Madrid a principios de diciembre de 1706 para preparar la siguiente campaña. El plan borbónico consistía en hacer llegar refuerzos por Navarra y presionar a los aliados en el Ebro, pero manteniendo al ejército principal en Valencia (FITZ-JAMES, 2007, p. 258 y ss.). El rey de Francia aprobó las disposiciones de Berwick y le propuso enviar al duque Felipe de Orleans para hacerse cargo del ejército de Navarra. Dado que Orleans era miembro de la casa real francesa, sobrino de Luis XIV, Berwick consultó dicho nombramiento con Felipe V y se acabó decidiendo que no convenía a aquel príncipe cargo alguno que no fuera el mando del grueso del ejército. No se pensó en ningún momento en la designación de un general español para este cargo, ya que la proporción de tropas francesas, sobre todo en infantería, era muy grande y su calidad en términos generales superior a la española, además de que estaba en juego el solio de la monarquía y se precisaba un general experimentado. A la postre, como la campaña se inició prematuramente y el duque de Orleans no llegó a tiempo para incorporarse, Berwick fue el encargado de dirigir al ejército borbónico en Almansa. Los aliados habían tenido sus opciones el año precedente cuando sus fuerzas se apoderaron de Madrid, pero un cúmulo de despropósitos, en opinión de Castellví, devolvieron la iniciativa a los borbónicos, prestos a sacar el mayor partido a la irresolución de sus adversarios:

«Antigua y sabia máxima enseñan los pasados siglos cuántos vencimientos ha logrado en la guerra la presteza en la ejecución y la unión de los ánimos en convenir en sentimientos. Los generales y ministros de las Dos Coronas, concordes en ejecutar, incansables en la aplicación, restablecieron en poco tiempo el vacilante trono. Discordes y tardos los generales y ministros de los aliados, obstinados los menos experimentados y sabios, variando planos, lentos en las marchas, inadheribles al sentir de experimentados generales, perdieron el punto más favorable que ofrecía la propicia suerte de entronizar al rey Carlos y vanamente creyeron que ya estaba concluida la ocupación de la España con el medio de una general conmoción, que concibieron en su idea» (CASTELLVÍ, 1998, p. 172).

La hoja de ruta hacia Almansa

El conde de Robres, contemporáneo de los acontecimientos, describe en sus *Memorias para la historia de las guerras civiles de España* la situación previa de una de las campañas más trascendentales de la guerra de Sucesión española:

«Este invierno de 1707 fueron muy distintas las atenciones de las dos cortes, la de Madrid, donde dejamos ya restituido al señor Felipe V, y la de Valencia, donde se detuvo el señor Archiduque. En la primera todo fue discurrir y practicar medios para desquitar en la próxima campaña las pérdidas de la pasada; y en la segunda se dejó enteramente la suma de sus intereses a la provisión de los aliados. Es verdad que también el Rey Cristianísimo reforzó sumamente a su nieto, pero también lo es que fueron considerables los esfuerzos en Castilla y ninguno en las provincias de la obediencia del señor Archiduque. Desdichada la suerte de un Príncipe cuya conservación depende únicamente de sus aliados, porque no siempre concurren unidos sus intereses particulares con los del Príncipe que debe ser socorrido» (LÓPEZ DE MENDOZA, 2006, p. 271).

Después de haber evitado el combate general y agotado la paciencia de los pueblos que mal sufrían la presencia de soldados extranjeros en sus tierras, ambos ejércitos, presionados por sus respectivas cortes,

parecían al fin dispuestos a jugarse el todo por el todo en una batalla. En marzo de 1707, con la primavera en puertas, los dos pretendientes al trono español estaban preparados para entrar de nuevo en campaña. Berwick, cuyas fuerzas ascendían a 30.000 infantes y 7.000 caballos, había dado instrucciones para disponer gran cantidad de almacenes en la frontera de Valencia y Murcia, mientras que en el campo aliado, los consejos de guerra se sucedieron hasta el primero de marzo, fecha en la que el rey Carlos decidió regresar a Cataluña en previsión de un posible ataque francés por el Rosellón (*Archivo Histórico Nacional*, Archivo del Archiduque Carlos de Austria, Libro 993d. Consejos de guerra tenidos desde Guadalajara hasta Barcelona, 1706-1713).

En las reuniones que los aliados mantuvieron en Valencia entre el 13 y el 15 de enero, las opiniones sobre la continuación de la campaña estuvieron, como no podía ser de otra manera, divididas. Los generales Galway, las Minas y Stanhope abogaron decididamente por la ofensiva, considerando prioritario que las fuerzas aliadas tomaran Orihuela y Murcia antes de marchar de nuevo sobre Madrid. En cambio, Peterborough –que había regresado de Génova el mes anterior– y Noyelles se inclinaron por la defensiva para asegurar los territorios de la Corona de Aragón, fundamentando su opinión en la dificultad de cruzar el Tajo ante un ejército superior en caballería y en la necesidad de fortificar Cataluña ante la amenaza de invasión por la frontera del Rosellón. Aunque el archiduque Carlos y sus generales se adhirieron a este parecer, Stanhope declaró que elevaría su protesta si llegaba a prevalecer la opinión de Peterborough, que había tomado parte en los consejos de guerra sin representación de su gobierno, tan solo admitido

por deseo expreso del rey Carlos. Como Stanhope escribió (Valencia, 15 de enero de 1707) al secretario de estado inglés:

«En estas conferencias les dije que su Majestad (la reina Ana) no había gastado tal cantidad de dinero, y enviado tal número de tropas (a la Península) para guarnecer poblaciones en Cataluña y Valencia, sino para hacer al rey Carlos dueño de la monarquía española. (...) No puedo evitar repetir mi sentimiento de que no haremos grandes cosas mientras tengamos tantos generales que estén tan poco dispuestos a ponerse de acuerdo en algo» (*History of the War...*, 1833, p. 44-45).

La llegada a Alicante de una flota anglo-holandesa con 7.000 hombres de refuerzo –la mayoría hugonotes– e instrucciones de la reina Ana de Inglaterra para que todas sus tropas se encaminaran hacia Madrid avalaron la tesis de los partidarios de la guerra ofensiva, de forma que el rey Carlos III, sin efectivos militares de peso para imponer sus decisiones sobre el ejército aliado, no pudo reconducir la situación:

«El rey Carlos reflexionó sobre el estado de las ocurrencias, la poca consideración de los generales y ministros en la resolución de la guerra ofensiva; las contingencias a que quedaba expuesta su persona en Valencia en el caso de un adverso suceso, que temían los más reflectivos; la necesidad de su persona en Cataluña para mantener los pueblos y animarles a contribuir; la probabilidad de los celos de invadir desde la Francia la Cataluña y otros relevantes motivos que ignoramos inclinaron su real ánimo a marchar a Barcelona» (CASTELLVÍ, 1998, p. 346).

Nada causó mella en la opinión de Galway, las Minas y Stanhope, así que el rey Carlos, instigado por sus cortesanos y por Noyelles, salió el 4 de marzo de Valencia rumbo a Cataluña escoltado por su regimiento de dragones reales. La reina de Inglaterra, por otro lado, dejó a Galway en el mando de sus tropas, relegando a un desairado Peterborough a un nuevo destino en Italia, quien abandonó

definitivamente el teatro de operaciones peninsular. Dos semanas antes de la marcha del rey a Barcelona, el noble inglés embarcó para Génova con la flota que había traído los refuerzos desde Lisboa. Desaparecía así de escena el general que había rendido Barcelona en 1705, que había sabido ganarse la estima del archiduque por su prudencia e inteligentes propuestas, el oficial, en definitiva, que había aconsejado públicamente asegurar las ganancias territoriales y no aventurar las fuerzas en una ofensiva de resultado más que incierto. El 27 de abril, desde Turín, Peterborough escribió sendas cartas a Carlos III y al embajador portugués en la corte de Barcelona, en las que insistía en su voto a favor de la guerra defensiva:

«(Al Rey) ...milord Galway y Mr. Stanhope han formado ideas poco justas en la coyuntura presente de los negocios. Si los franceses abandonan a Italia harán los últimos esfuerzos en España. Viniendo el duque de Orleans en persona hará ver la escena de lo accionado. Espero que los generales de los aliados dejarán las peligrosas ideas en que los dejé, que de día en día se vuelven más impracticables. (...) Se puede decir que si continúan en proyectos tan vanos y fuera de tiempo de pasar a Madrid harán perecer de hambre y trabajo el ejército y corren riesgo de perder toda su infantería en una batalla.

(Al Sr. Embajador) ...Me parece que las borrascas amenazan a España porque me parece que los generales tienen grande inclinación a tomar medidas temerarias. Lo cierto es que están sólo en estado de defenderse y esto basta para el público (...) Pero, Sr., piense V.E. a las consecuencias que puede traer la pérdida de una batalla esta primavera en España. Valdría más perder dos Flandes. Semejante desgracia puede llegar por la superioridad de la caballería contra la mejor infantería del mundo, que será enteramente perdida en caso de derrota, y toda la España perdida por falta de guarnición en las plazas fuertes que poseemos. (...) Sé que mis razones, aunque buenas, no tendrán fuerza para con los generales ni Mr. Stanhope. Ellos tienen que restaurar la campaña pasada y han pujado por movimiento de cábala. (...) Suplico a V.E. piense en las consecuencias de una batalla perdida. Gracias a Dios, no estamos en necesidad de una victoria» (CASTELLVÍ, 1998, pp. 441-443).

Vano esfuerzo el del noble inglés. Desde Italia no auguraba una buena campaña para los aliados en España, si bien Peterborough todavía desconocía que, dos días antes de la remisión de estas cartas, la batalla que tanto repugnaba había tenido lugar en los campos de Almansa y que el alcance de la derrota aliada no había hecho más que confirmar sus peores presentimientos.

Las lises triunfan en Almansa

Stanhope había seguido al rey Carlos a Barcelona con el encargo de su gobierno de sonsacarle un tratado de comercio beneficioso para Inglaterra, una de la contrapartidas de la ayuda inglesa en el conflicto. Mientras se aplicaba a su negocio, el enviado de la reina Ana pudo constatar que se habían enfriado sus relaciones con la corte austracista, además de observar los preparativos que se estaban llevando a cabo en la Ciudad Condal para reunir otro ejército al mando de Noyelles. Como escribió al secretario de estado y al duque de Marlborough antes de tener noticias del resultado de la batalla de Almansa (Barcelona, 27 de abril de 1707):

«El conde Noyelles está resuelto en no estar en un ejército en el que no ostente el mando; y pienso que ha hecho creer al rey que con las pocas tropas que aquí tiene podría hacer grandes cosas por la parte del Rosellón, donde ciertamente seremos derrotados si lo intentamos. Y la menos mala de las consecuencias que se pueden esperar de esta conducta es que cuatro o cinco mil hombres permanecerán ociosos (...) Ninguno de los aliados sabe nada de las medidas que han sido concertadas entre el rey y el conde Noyelles, ni ninguno de nosotros es capaz de saber todavía que hacemos aquí, ni como el rey dispone de su propia persona. Pero tenemos, en verdad, la menor de las razones para quejarnos, porque sus ministros

españoles están en la misma ignorancia» (*History of the War...*, 1833, pp. 50-51).

El futuro de las operaciones dependía principalmente de lo que sucediera en Valencia, como Stanhope comunicó a Galway (Barcelona, 3 de abril de 1707): «Sólo el tiempo puede desengañarles; y si su señoría, como espero, realiza un buen principio de campaña, el rey volverá hacia Vd.» (*History of the War...*, 1833, p. 49). Por entonces, el ejército aliado estaba concentrándose en Fuente de la Higuera, al noroeste de Alicante, con una fuerza estimada en 18.000 hombres, más de la mitad portugueses, una cuarta parte de ingleses y el resto holandeses y hugonotes. Los movimientos aliados cerca del corredor de Almansa desvelaron sus intenciones a un general tan experimentado como Berwick, quien actuó con extrema precaución en los primeros compases de la campaña. Según el marqués de San Felipe: «Rehusaba cuanto podía Berwick venir a las manos, o por esperar al duque de Orleans, o por no aventurar en una acción la Corona, porque en toda España no había más ejército, y sólo en Extremadura estaban algunos regimientos» (BACALLAR, 1957, p. 129). El ejército borbónico, conformado principalmente por españoles y franceses, se calcula en 25.000 hombres, un número superior al aliado, aunque con la desventaja de que una parte importante de las tropas de Felipe V eran bisoñas.

Con el fin de situar sus fuerzas en terreno ventajoso, Berwick marchó el día 18 de abril hacia Almansa, donde se encontraba almacenado suficiente grano para alimentar sus tropas, mientras que los aliados, después de haber arruinado los depósitos borbónicos de Caudete, Yecla y Montealegre, se concentraron en la toma de Villena. Allí se reunieron

en consejo de guerra para determinar la estrategia a seguir, quedando de nuevo patente la falta de liderazgo y la heterogeneidad de pareceres en el seno del ejército austracista:

«El 21 (de abril) milord Galway y el marqués de las Minas llamaron a consejo. (...) Varios fueron los sentimientos: los más, de opinión de dar batalla antes de unirse las tropas que marchaban con Orleans. Fue común sentimiento que el general de los holandeses (barón de Freinchein) y Galway contradijeron a este dictamen y fueron de parecer mejorar terreno para impedir que las Dos Coronas no les embarazasen la comunicación con Valencia. (...) Galway insistió, apoyado del general holandés, que las tropas portuguesas, aunque les sobraba valor, les faltaba experiencia y disciplina, y que aquél sin la condición de la experiencia era del mayor perjuicio. Esta explicación no fue grata al marqués de las Minas porque adolecía del mismo accidente y su ardor y bravura le engañaba. Insistió en ir a buscar a Berwick, darle batalla antes de unírsele el cuerpo del duque de Orleans. En fin, después de repetidos consejos, en 24 de abril fue resuelto marchar a atacar al duque de Berwick acampado y fortificado en Almansa. Todo balanceaba la ejecución» (CASTELLVÍ, 1998, pp. 353-354).

«Dicen que Milord Marlborough, desvanecido con su victoria última de Ramillies (1706), escribió a Milord Galloway que los reinos no se conquistaban sin batallas, por lo que la Reina quería que buscarse a los borbones y la aventurase (...) Debía este general ser de la opinión, que he oído atribuir a Milord Peterborough, de rehusarla siempre. Fuese por esta razón, o por evitar el contraste de los borbones unidos con el socorro del señor Duque de Orleans, o que los portugueses deseosos de repatriar quisiesen lograrlo presto, pasando sobre las tropas del señor Felipe V, es cierto que al tiempo que decidió el Duque de Berwick marchar a socorrer Villena resolvieron el Marqués de las Minas y Milord Galloway salirle al encuentro, y se avistaron entrambos ejércitos en las campañas de Almansa, ciudad sita en la Mancha, no lejos del confín del reino de Valencia» (LÓPEZ DE MENDOZA, 2006, p. 280).

Descartado el auxilio de Villena debido a la fortaleza del dispositivo aliado, Berwick optó por dirigir un destacamento hacia Ayora al objeto de entorpecer los convoyes del ejército enemigo y conseguir forrajes

para el suyo. Este movimiento, que implicaba una mengua circunstancial de efectivos en el campo borbónico, acabó por precipitar los acontecimientos, inclinando el parecer de Galway a aceptar el plan de un obstinado las Minas. Al fin, después de muchas vacilaciones, ambos generales resolvieron atacar a las fuerzas borbónicas en su campamento de Almansa.

La madrugada del 25 de abril de 1707, el ejército aliado franqueaba los pasos que conducían a la llanura de Almansa. Aunque el destacamento de Ayora había regresado urgentemente al campo borbónico, Berwick todavía tenía reparos de entablar el combate antes de la llegada del duque de Orleans, pero al ver que las columnas aliadas estaban avanzando decididamente hacia su posición comprendió que difícilmente podría eludir la batalla y por ello convocó un consejo de guerra para dar las últimas disposiciones. Los generales borbónicos representaron a Berwick que era conveniente replegarse de nuevo a poniente de Almansa ya que parecía que la embestida aliada se dirigía contra la izquierda franco-española y ésta corría el riesgo de quedar completamente flanqueada. Además, dejando Almansa en el centro del dispositivo borbónico, la infantería aliada debería primero empeñarse en ocupar la plaza y el castillo roqueño que la protegía, una operación ardua que consumiría buena parte de las fuerzas del adversario. No fue de este parecer Berwick, al considerar peligroso realizar una maniobra de retirada a la vista del enemigo por lo complicado de ejecutarla sin descomponer las líneas y dar pábulo al pánico entre sus tropas. Sin embargo, las columnas aliadas parecían seguir marchando directas hacia la izquierda borbónica y, ante la insistencia de sus generales, el

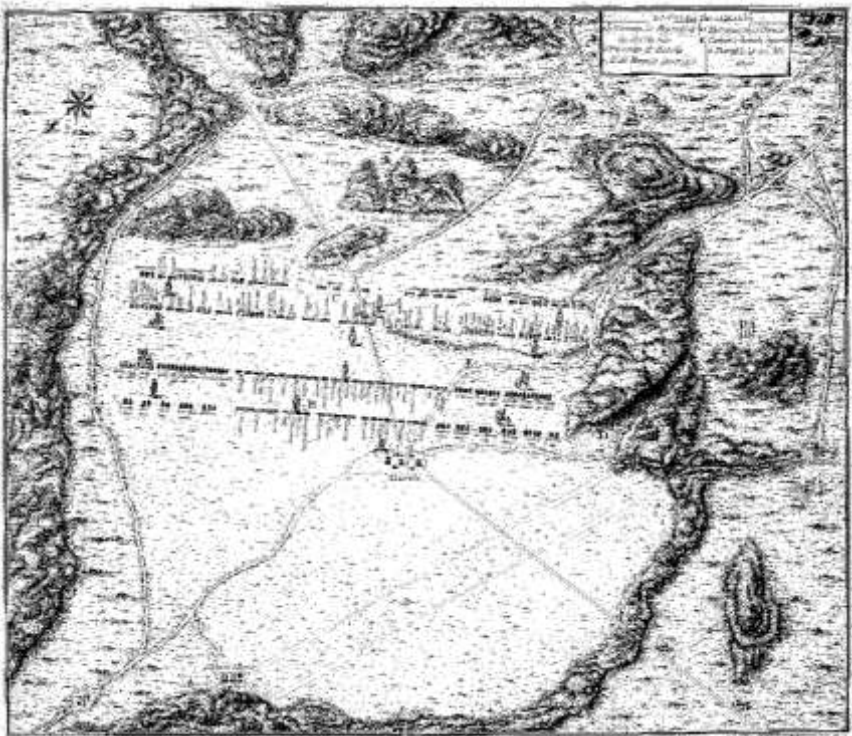
jefe borbónico se decidió a ordenar el repliegue. Este movimiento hizo pensar a los generales aliados que Berwick se disponía a adentrarse en La Mancha con su ejército para eludir el ataque, una maniobra de contramarcha que había repetido desde el inicio de la campaña, por lo que apresuraron a desplegar sus tropas en orden de batalla para obligarle a combatir en Almansa, como así fue. Al ver que el ejército adversario se le echaba encima y que no había tiempo para maniobras, Berwick ordenó a sus unidades retomar la posición inicial y presentar la batalla que decidiría la campaña.

Ambos ejércitos desplegaron en dos líneas separadas en profundidad unos 300 metros entre sí, como era usual en la época, con la infantería en el centro del dispositivo y la caballería en las alas, en un frente de unos seis kilómetros. Berwick pudo disponer de una reserva de 10 escuadrones, mientras que Galway decidió intercalar unidades de infantería en las alas, precisamente para darle mayor consistencia a su caballería frente a una borbónica superior en número. En total, el ejército borbónico disponía de 50 batallones y 81 escuadrones (10 de dragones)³⁵⁸, y los aliados 42 batallones y 60 escuadrones (15 de dragones)³⁵⁹. Estas unidades estaban encuadradas en brigadas, coincidiendo el número en ambos ejércitos, que alinearon 11 brigadas de infantería y 11 de caballería, aunque los aliados desplegaron en el centro 6 brigadas de infantería contra las 11 borbónicas. Las relaciones contemporáneas más acreditadas estimaban en 18.000 infantes y 5.000 caballos las fuerzas aliadas frente a un total de 30.000 borbónicos,

³⁵⁸ Ver Anexo I. Orden de batalla del Ejército borbónico.

³⁵⁹ Ver Anexo II. Orden de batalla del Ejército aliado.

aunque las últimas investigaciones calculan que éstos pudieron ascender a 24.000-26.000 hombres y superaban a los aliados en cerca de 8.000 hombres. En cualquier caso, la ventaja franco-española era manifiesta tanto en infantería (proporción de 4 a 3) como en caballería (3 a 2), mientras el número de piezas de artillería era similar (20 los aliados y 24 los borbónicos).



Batalla de Almansa. SERRANO, José (1796) : *Discursos varios del Arte de la Guerra*, Viuda de Joachin Ibarra, Madrid, Lámina 5.

La batalla comenzó poco antes de las 15:00h con el intercambio de artillería entre ambos ejércitos hasta el momento en que el general Galway, situado en el ala izquierda aliada, lanzó su caballería sobre la

derecha borbónica. En este extremo del campo de batalla, ambas caballerías alternaron varias cargas, la aliada siempre protegida en su retirada por la infantería intercalada en sus líneas. En el otro ala, los portugueses comandados por las Minas respetaron la orden consensuada de no atacar hasta que los ingleses y holandeses hubieran iniciado el combate, momento en el cual avanzaron su caballería sobre la francesa que formaba el extremo del ala izquierda borbónica, sin resultados prácticos. En el centro, mientras tanto, la infantería franco-española de la primera línea inició su avance de manera un tanto descoordinada, provocando un escalonamiento en profundidad que dejó expuestos los flancos de algunas brigadas. Esta circunstancia fue aprovechada por la veterana infantería aliada para romper el dispositivo borbónico, que se hundió en más de un kilómetro de frente mientras la infantería borbónica resistía en los extremos. Serían cerca de las 16:00h cuando el ejército aliado tenía contra las cuerdas al borbónico, a punto de ser seccionado por la mitad ante el impetuoso avance de los batallones enemigos. En este momento crítico del combate, Berwick tomó una serie de decisiones que acabarían por recomponer la situación en el lado borbónico y de procurarle una victoria total sobre el ejército aliado.

En primer lugar, Berwick decidió acabar con la infantería que daba protección a los escuadrones de Galway: “Viendo que sin infantería sería difícil que consiguiéramos nada en el ala derecha, ordené que la brigada del Mayne (...) se adelantara desde la segunda línea; cargó contra la infantería enemiga y la aplastó. Cargó al mismo tiempo nuestra caballería y el ala izquierda del enemigo quedó ya desbaratada

por entero” (FITZ-JAMES, 2007, pp. 263-264). La derrota del ala izquierda aliada, cuya primera línea estaba formada por escuadrones ingleses y holandeses, propició que la caballería borbónica atravesara en diagonal el campo de batalla para acudir en ayuda del otro ala: “Tras aplastar a la izquierda contraria, nuestra derecha acudió a luchar contra el flanco izquierdo de la derecha enemiga. Trataron entonces de retirarse, pero como fuimos tras ellos no tardó en producirse una desbandada; la caballería huyó a galope tendido y aniquilamos a la infantería.” (FITZ-JAMES, 2007, p. 264). Por último, para recomponer el centro borbónico, donde algunas brigadas de infantería habían retrocedido sin apenas combatir, ordenó a un batallón de las guardias valonas y a cuatro batallones españoles que giraran hacia su izquierda para coger de flanco a las unidades enemigas que se habían introducido en la brecha generada en ese punto del dispositivo, al tiempo que, sacando partido de su reserva de caballería, envió a varios escuadrones para detener la progresión de la infantería aliada hacia Almansa:

«No habían ido tan bien las cosas en el centro, donde el enemigo había derrotado al grueso de nuestra infantería: incluso dos de sus batallones habían rebasado nuestra doble línea y llegado hasta la muralla de Almansa. Acudió allí (...) don José de Amézaga con dos escuadrones de Órdenes Viejo, cargó contra ellos y los aplastó. Cuando el resto de la infantería enemiga vio que la nuestra se reagrupaba; que había brigadas que aún no habían cargado; que su ala izquierda había sido desbaratada y que la derecha huía en desorden, trató de retirarse; pero durante la retirada cargamos contra varios batallones y acabamos con ellos. Con trece batallones, el mariscal de campo conde de Dona logró ponerse a salvo en una elevación boscosa; cuando al siguiente día por la mañana vio que íbamos contra él y que no tenía esperanza de salvación, se entregó como prisionero de guerra.» (FITZ-JAMES, 2007, p. 264).

Con la caballería del ala izquierda en franca retirada y la de la derecha superada en número por la borbónica, embolsados y destruidos la mayor parte de los batallones de infantería del centro, los aliados habían perdido la batalla en cuestión de media hora en la que brilló el genio del general borbónico. Los restos del ejército aliado iniciaron la retirada, pero, con excepción de algunas pocas unidades, tuvieron que rendirse al día siguiente al ser alcanzados por sus adversarios a pocos kilómetros del campo de batalla. Se calcula que, además de abandonar en dicho campo 120 banderas, 24 cañones y la mayor parte del bagaje, el ejército aliado tuvo 5.000 bajas, entre muertos, heridos y desaparecidos, y cerca de 8.000 prisioneros, entre ellos 6 mariscales de campo, 6 brigadieres, 20 coroneles y 800 oficiales de grados inferiores. Murieron un general y hasta 14 coroneles, siendo heridos otra docena de oficiales de alta graduación, incluidos los cuatro jefes de los distintos contingentes aliados que combatieron en Almansa: Galway –malherido en la cara, acabaría perdiendo un ojo–, las Minas, el holandés van Vriesheim y el hugonote Jean Cavalier. Por otro lado, el ejército borbónico tuvo un total de 2.500 bajas, muriendo tres brigadieres y siendo heridos otros dos, así como siete coroneles. La magnitud del revés aliado se puso de manifiesto semanas después, cuando los generales Galway y las Minas llegaron a Tortosa con los restos de su ejército y pasaron revista a poco más de 4.000 caballos y 1.500 infantes. Como escribió un oficial portugués desde Tortosa (12 de mayo de 1707):

«Mi sentir es que la poca unión entre los generales ha sido la causa de nuestra derrota, que nuestras tropas eran pocas para atacar un ejército tan superior y fortificado. Continúa aún la desunión. Lo cierto es que hemos perdido toda la infantería, que de los nuestros acá no llegan al número de 1.500 los reunidos y de los otros, muy pocos. Los ingleses y holandeses se quejan de nuestra caballería...» (CASTELLVÍ, 1998, pp. 353-354).

Tras la derrota llegó el turno de las justificaciones. Así, los generales aliados hicieron publicar relaciones donde, entre otras excusas, alegaban que el rey Carlos, al marchar a Cataluña, se había llevado consigo algunos regimientos holandeses. La corte de Barcelona consideró infundadas estas razones y no pudo menos que poner de manifiesto la discordia que había reinado durante toda la campaña entre los generales. Ante la petición de explicaciones por parte del enviado imperial en Inglaterra, un ministro del rey Carlos escribió desde Barcelona (15 de julio de 1707):

«Me aturde infinito que una persona que debe estar bastante bien informado de los negocios de España pueda dudar del más notorio (...) y pedirme una explicación tocante al último viaje del rey a Cataluña, que dice V.E. no estar bien enterado en el país donde está, cuando todos están informados por las relaciones que se han hecho en Inglaterra por parte del general, las que no pueden creer tan parciales y contrarias a las dependencias cuando no sabría estar tanto tiempo oculta la verdad y que le importaba mucho al rey de España el publicar todo lo que ha pasado sobre este punto para justificarse con sus aliados. (...) Se pretende que las medidas con que se entró (en batalla) eran concertadas y tomadas de común consentimiento... (...) Se acordará que le escribí el mes de enero próximo pasado que eran diversas las opiniones de la campaña y que el marqués de las Minas y milord Galway decían tener órdenes positivas de sus superiores que los precisaban a marchar directamente a Madrid y de no consentir en ninguna manera a una división de tropas. Por mí no creo que los aliados hayan pensado jamás de dar órdenes tan precisas a semejante distancia, pero basta que esto haya sido fuertemente opuesto en cuatro conferencias de seguida por los condes de Peterborough, Noyelles, Corzana,

Cardona y por el mismo rey y en la última conferencia dichos Sres. han dado sus pareceres por escrito para justificar mejor su sentir contra tan temerarias medidas y han sido tan fatales en adelante» (CASTELLVÍ, 1998, p. 453).

Epílogo

Tras la batalla de Almansa, el marqués de las Minas renunció a todos sus cargos oficiales excepto al de caballerizo mayor de la reina de Portugal. Parecía lejana aquella víspera del combate en la que, decidido a atacar a toda costa, persuadió a Galway asegurándole que sus hombres estarían a la altura de las circunstancias y que no cederían ante ninguna nación de Europa. Después del desastre, no quedaba del ejército portugués, cuya infantería había hecho buenas las palabras de su general, más que un puñado de hombres. La opinión pública inglesa, sin embargo, quiso cargar las tintas contra los portugueses, culpándoles injustamente de la derrota, cuando a decir verdad fueron los últimos en abandonar el campo de batalla tras consumarse la retirada del ala izquierda –compuesta mayormente de unidades inglesas y holandesas– y una vez destruido el centro aliado. Sus batallones protagonizaron una retirada ejemplar, defendiéndose desesperadamente contra un enemigo muy superior en número, hasta que no hubo más remedio que pedir cuartel y deponer las armas para evitar la inevitable aniquilación a manos borbónicas. Desde luego, no cabría achacar las causas de la derrota enteramente a las prestaciones de las unidades portuguesas. En cuanto al general Galway, con o sin portugueses, todavía tendría tiempo para sufrir un nuevo revés en los campos de La Gudiña (1709) antes de ser definitivamente apartado de la Península, donde sería sustituido por

Stanhope, otro de los grandes responsables intelectuales del descalabro en Almansa y que, a su vez, también tendría la oportunidad de experimentar el amargo sabor de la derrota en Brihuega (1710).

Pasado algún tiempo, las causas del fracaso en la llanura manchega fueron analizadas en frío y se llegó a la conclusión de que Galway había cometido tres errores de reflexión:

«El primero, de no estar informado si el destacamento que había hecho el duque de Berwick (...) para atacar Ayora podía reunirse al ejército antes de la batalla. (...) El segundo, de combatir al romper la batalla en la izquierda al frente de los dragones ingleses que, quedando herido, quedó el ejército sin jefe de calificada experiencia, que esto ocasionó que cada uno de los generales obró de por sí. El tercero, que la tropa combatió cansada de una grande marcha...» (CASTELLVÍ, 1998, p. 358).

Desde luego, la derrota en “la batalla más inteligente del siglo”, como la calificaría Federico el Grande, fue el resultado de la suma de muchos factores entre los que no se debe pasar por alto la conducción del combate por parte del duque de Berwick, aunque especialmente cabría reseñar la ausencia de un mando único en el bando aliado y su falta de visión estratégica, en búsqueda desesperada de éxitos inmediatos.

La experiencia atesorada en cientos de años de historia militar no hacía más que prevenir acerca de los peligros de un ejército dirigido en campaña por varios generales. Todo parecía abogar por el mando unificado, aunque en el siglo XVIII, pocos ejércitos de coaliciones de Estados, cada cual con sus propios intereses geo-estratégicos, pudieron reducir efectivamente la dirección de las operaciones a una sola persona. Por entonces, la batalla seguía siendo el punto de inflexión de

una campaña, quizás de una guerra, para bien o para mal, y las técnicas de combate del momento no favorecían este lance a menos que se estimara por parte del mando la existencia de una superioridad manifiesta respecto al adversario, como mínimo cuantitativa. En el caso de Almansa, en cambio, los generales aliados consideraron –y quizás no iban muy desencaminados– poseer una superioridad cualitativa en infantería frente a los borbónicos, si bien, como hemos visto, no fue suficiente para doblegarlos y acabó provocando su ruina para el resto de la campaña. Desde Inglaterra se azuzaba a sus generales a plantear el combate cuanto antes, se insistía que “los reinos no se conquistaban sin batallas”, en la fórmula utilizada por el duque de Marlborough, general triunfante en Flandes y Alemania, también presionado por su gobierno a resolver el conflicto a fuerza de acciones decisivas, aunque en alguna una ocasión sus éxitos fueran poco más que victorias pírricas, como el caso de Malplaquet (1709). No es de extrañar que Galway, tras el mal suceso de Almansa, escribiera a su animoso colega que «*los reinos no se pierden sin batallas y así los ha perdido Carlos III*» (Cit. LÓPEZ DE MENDOZA, 2006, p. 280).

No se puede decir que Carlos III perdiera el trono de España por la derrota de su ejército en Almansa, a la postre lo perdería cuando accedió al solio imperial tras la muerte de su hermano José I (1711) y sus aliados decidieron abandonarle a su suerte (1712-1713), ante el peligro de estar luchando para remozar un nuevo Imperio de los Austrias en Europa. Almansa abrió las puertas a la recuperación borbónica de buena parte de los territorios de la Corona de Aragón y dio un respiro a Felipe V hasta que, abandonado momentáneamente por una exhausta Francia,

tuvo que ceder terreno ante su rival, que volvió a plantarse en Madrid en otoño de 1710 para ser de nuevo batido en Brihuega y Villaviciosa. El archiduque Carlos se repuso del descalabro de Almansa, pero siguió dependiendo principalmente del auxilio de sus aliados y al faltar éste, la derrota final se convirtió tan sólo en una cuestión de tiempo, como quedó patente en la inútil resistencia de la Cataluña austracista (1714). En cuanto a Felipe V, el triunfo de sus armas en Almansa pudo ser decisivo para asegurarse en el trono y continuar la lucha, incluso sin aliados, como aconteció en los momentos difíciles en los que su abuelo le abandonó a su suerte. Todo ello no es óbice para considerar Almansa una victoria total, como pocas en la centuria, la batalla donde el duque de Berwick dio muestras del buen hacer de un general responsable del mando único de un ejército coaligado.

Fuentes

History of the War of the Succession in Spain (Appendix, comprising further extracts from General Stanhope's manuscript letters), London, 1833.

ALMIRANTE, J. (1869): *Diccionario Militar*, Depósito de la Guerra, Madrid.

BACALLAR, V. (marqués de San Felipe) (1957): *Comentarios de la Guerra de España*, Ed. Carlos Seco Serrano, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

CASTELLVÍ, F. (1998): *Narraciones históricas* (vol. II), Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo, Madrid.

FITZ-JAMES, J. (duque de Berwick) (2007): *Memorias del mariscal Berwick*, Ed. Pere Molas Ribalta, Universidad de Alicante.

GUZMÁN-DÁVALOS, J. M. (marqués de la Mina) (2006): *Máximas para la Guerra*, Ed. Manuel-Reyes García Hurtado, Ministerio de Defensa, Madrid.

LEÓN, P. (1966): «Documentos del Archiduque Carlos, pretendiente al trono de España, en la Sección del Estado», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXIII, nº 2, pp. 409-477.

LÓPEZ DE MENDOZA, A. (conde de Robres) (2006): *Memorias para la historia de las guerras civiles de España*, CEPC, Madrid.

NAVIA, Á. (marqués de Santa Cruz de Marcenado): *Reflexiones Militares*, Instituto de Estudios Asturianos (del C.S.I.C.), Oviedo, 1984.

MAQUIAVELO, N. (2003): *Del arte de la guerra*, Tecnos, Madrid.

MAQUIAVELO, N. (2013): *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Deloitte.

SAJONIA, M. (1756): *Les Réveries ou Mémoires sur l'Art de la Guerre*, Pierre Gosse, La Haya.

SERRANO, José (1796) : *Discursos varios del Arte de la Guerra*, Viuda de Joachin Ibarra, Madrid.

Bibliografía

ANDÚJAR, F. (1999): *Ejércitos y militares en la Europa Moderna*, Editorial Síntesis, Madrid.

ANDERSON, M. S. (1990): *Guerra y Sociedad en la Europa del Antiguo Régimen, 1618-1789*, Ministerio de Defensa, Madrid.

ARNOLD, T. F. (2001): *The Renaissance at War*, Cassell, London.

BLACK, J. (1994): *European warfare, 1660-1815*, UCL Press, London.

CHANDLER, D. G. (1990): *The Art of Warfare in the Age of Marlborough*, Spellmount, Kent.

DÍAZ CAPMANY, C. (2003): *La fortificación abaluartada: una arquitectura militar y política*, Ministerio de Defensa, Madrid.

DUFFY, C. (1987): *The Military Experience in the Age of Reason*, Routledge & Kegan Paul. London and New York.

PARKER, G. (1996): *The Military Revolution: Military innovation and the rise of the West 1500-1800*, Cambridge University Press.

PIGAILLEM, H. (2004) : *Blenheim, 1704 : Le prince Eugène et Marlborough contre la France*, Economica, Paris.

- SEGURA, G. (2014a): «La guerra de Sucesión española: campañas militares en la Península (1702-1714)», en *Revista de Historia Militar*, Extra II, pp. 149-181.
- SEGURA, G. (2014b): «Organización, táctica y principales acciones militares del Ejército español en el siglo XVIII», en *Historia Militar de España: Edad Moderna III. Los Borbones*, Carmen Iglesias (Coord.), Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 115-145.
- SEGURA, G. (2017): «Almansa (1707). La batalla más inteligente del siglo XVIII», en *Historia Militar de España. V. Campañas. Batallas y hechos militares singulares*, Alfonso de la Rosa Morena (Coord.), Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 249-273.
- TURNBULL, S. (2006): *The Art of Renaissance Warfare: From The Fall of Constantinople to the Thirty Years War*, Greenhill, London.

ANEXO 1

ORDEN DE BATALLA DEL EJÉRCITO BORBÓNICO EN LA BATALLA DE ALMANSA

Comandante en Jefe del Ejército borbónico: Mariscal duque de Berwick			
1ª Línea borbónica		2ª Línea borbónica	
Der.	Tte. General duque de Populi	Der.	Tte. General Caballero D'Asfeld
Cen.	Tte. General La Badie	Cen.	Tte. General Hessa
	Tte. General Carlos San Gil		Brigadier Rufo
Izq.	Tte. General marqués D'Avaray	Izq.	Brigadier Pelleport

	Nombre Brigada	Nombre Unidad	Núm. Bon./Esc.
DERECHA	Samo (esp.)	Guardia de Corps	4(*)
	Pozoblanco (esp.)	Pozoblanco	4
		Carrillo	4
	Ronquillo (esp.)	Amezaga	4
Real de Asturias		4	
CENTRO - 1ª LINEA BORBÓNICA	Glymes (esp.)	<i>R.G. Españolas</i>	1
		<i>R.G. Valonas (wal.)</i>	3
	Charny (esp.)	<i>Castilla</i>	1
		<i>Murcia</i>	1
		<i>Trujillo</i>	1
		<i>Badajoz</i>	1
	Castillo (esp.)	<i>Sevilla</i>	1
		<i>Burgos</i>	1
		<i>Osuna</i>	1
	Sillery (fr.)	<i>Valladolid</i>	1
		<i>Orleans</i>	2
		<i>Isle de France</i>	1
		<i>Sillery</i>	2
	Polastron (fr.)	<i>Bigorre</i>	1
		<i>Oleron</i>	2
		<i>Couronne</i>	2
	Mailly (fr.)	<i>Reding</i>	1
		<i>Blaisois</i>	2
		<i>Mailly</i>	2
	IZQUIERDA	Fdez. de Córdoba (esp.)	Rosellón Viejo
Sevilla Viejo			4
Blasco			3
Sandricourt (fr.)		Vignau	2
		Villiers	2
		Berry	3
D'Auzeville (fr.)		Courtebonne	3
		Bouville	3

	Nombre Brigada	Nombre Unidad	Núm. Bon./Esc.	
DERECHA	Crevecœur (esp.)	La Reina	4	
		Armendáriz	3	
	Colón de Portugal (esp.)	Ubeda o La Rambla	3	
		Órdenes Nuevos	3	
		Órdenes Viejo	3	
CENTRO - 2ª LINEA DE INFANTERIA	Belrieu (fr.)	<i>Maine</i>	2	
		<i>Berwick</i>	1	
		<i>Bresse</i>	1	
		<i>De Labour</i>	1	
	Dávila (esp.)	<i>Córdoba</i>	1	
		<i>Bajeles</i>	1	
		<i>Armada</i>	1	
	Du Bourdet (fr.)	<i>Zamora</i>	1	
		<i>Medoc</i>	1	
		<i>Tesse</i>	1	
	Chaves (esp.)	<i>Laonois</i>	2	
		<i>Miromesnil</i>	1(**)	
		<i>Guadalajara</i>	1	
	D'Epinay (fr.)	<i>Palencia</i>	1	
		<i>Salamanca</i>	1	
		<i>Jaen</i>	1	
	IZQUIERDA	Rufo (esp.)	<i>Charolois</i>	2
			<i>Barrois</i>	2
		Pelleport (fr.)	<i>La Sarre</i>	1
			Milán	3
Granada Nuevo			3	
RESERVA		Mahony (esp.)	Parabere	2
			Pelleport	2
Germinon	2			
Mahony (irl.)	4			

(*) tres escuadrones españoles y uno italiano

(**) Piquete de protección de las cinco baterías

En gris y cursiva - Regimientos de Infantería

(esp.) español - (fr.) francés

En negrita - Unidades de dragones

(irl.) irlandés - (wal.) valón

Artillería: 24 piezas distribuidas en cinco baterías.

ANEXO 2

ORDEN DE BATALLA DEL EJÉRCITO ALIADO EN LA BATALLA DE ALMANSA

Comandante en Jefe del Ejército aliado: Capitán Gral. marqués de Las Minas y Tte. Gral. Galway			
1ª Línea austracista			
Der.	General Pedro Antonio de Noronha		
Cen.	Tte. General Thomas Erie		
Izq.	Tte. General Charles O'Hara		
2ª Línea austracista			
Der.	General Joao Diogo de Ataíde		
Cen.	General Majoro Cristoph Dohna		
Izq.	Sgto. Mayor de Batalla conde de Atalaya		

	Nombre Brigada	Nombre Unidad	Núm. Bon./Esc.
DERECHA	Noronha (por.)	Guardas Gorbem. de Alemejo	1
		Guardas General de Alemejo	1
		Noronha	2
		Campo Maior	3
	Silveira (por.)	<i>Velho Setúbal</i>	1
		<i>Sao Gíao da Barra</i>	1
		<i>Novo Setúbal</i>	1
	Taz-os-Montes (por.)	Moura	3
		<i>Miranda</i>	1
	Amaça (por.)	<i>Chaves</i>	1
		Villaviçosa	2
		Algarve	1
Pedro Amasa		3	
CENTRO - 1ª LINEA ALIADA	Ilha (por.)	<i>Serpa</i>	1
		<i>Novo da Corte</i>	1
		<i>Moura</i>	1
	Camara (por.)	<i>Almeida</i>	1
		<i>Castro</i>	1
	L'Isle-Marais (hol.-hug.)	<i>Viana</i>	1
		<i>Welderen (hol.)</i>	1
		<i>Cavalier (hug.)</i>	1
	MacCartney (ing.)	<i>L'Isle-Marais (hug.)</i>	1
		<i>Mordaunt</i>	1
<i>MacCartney</i>		1	
<i>George</i>		1	
IZQUIERDA	Schlippenbach (hol.-ing.)	<i>Foof's Guards</i>	1
		Van Drimbom (hol.)	2
		Harvey (ing.)	2
		Schlippenbach (hol.)	2
	Wade (ing.)	Mattha (hol.)	2
		<i>Mountjoy</i>	1
	Kelligrew (ing.)	<i>Blood</i>	1
		Pearce	2
		Peterborough	2
	Steuart (ing.)	Kelligrew	2
		<i>Southwell</i>	1
	Carpenter (ing.-hug.)	<i>Wade</i>	1
Guiscard (hug.)		3	
Essex		2	
		Queen's Consort	2

	Nombre Brigada	Nombre Unidad	Núm. Bon./Esc.
DERECHA	Pedro de Mello (por.)	Oliveça	2
		Castelo da Vide	2
		<i>Velho de Almeida</i>	1
		<i>Velho de Penamacor</i>	1
	Penamacor (por.)	Beira	6
		<i>Novo de Penamacor</i>	1
		<i>Novo de Braganza</i>	1
	Henriques (por.)	Corte de Lisboa	2
		<i>Velho de Chaves</i>	1
		<i>Velho de Braganza</i>	1
		<i>Novo do Minho</i>	1
	CENTRO - 2ª LINEA ALIADA	Belcastel (hol.-hug.)	<i>Velho do Minho</i>
<i>Belcastel (hug.)</i>			1
<i>Keppelfox (hol.)</i>			1
<i>Viçouse (hug.)</i>			1
Breton (ing.-hug.)		<i>Torçay (hol.)</i>	1
		<i>Bowles (ing.)</i>	1
IZQUIERDA	Queiroga (por.)	<i>Nassau (hug.)</i>	1
		<i>Breton (ing.)</i>	1
	Wade (ing.)	<i>Queen's Royal (ing.)</i>	1
		<i>Hill</i>	1
	Fleytas (por.)	<i>Kerr</i>	1
		1º Do Minho	3
Steuart (ing.)	<i>Ainutt</i>	1	
	<i>Steuart</i>	1	
Fleytas (por.)	2º Do Minho	4	

En cursiva - Regimientos de Infantería

En negrita - Unidades de dragones

(ing.) inglés - (por.) portugués

(hol.) holandés - (hug.) hugonote

Artillería: 20 piezas (6 de 12 libras y 14 de 4 libras) en tres baterías.

**LA CAMPAÑA DE PROVENZA (1536). EL ARTE DE GANAR
LA CONTIENDA ELUDIENDO LA BATALLA.**

**THE CAMPAIGN OF PROVENCE (1536). THE ART OF
WINNING THE CONTEST BY ELUDING THE BATTLE**

José Manuel García-Serrano Gil

Resumen:

En 1535, tras la victoriosa conquista de Túnez por parte de Carlos V, el gran enfrentamiento contra el Imperio Otomano en el Mediterráneo oriental o la toma de Argel, aparecen más probables que nunca a los ojos del emperador. Solo la actitud del rey de Francia, Francisco I, es una incógnita que hay que resolver antes de iniciar los preparativos. La Paz de Cambrai (1529) no había dejado al monarca francés más satisfecho que el anterior Tratado de Madrid (1526) y las noticias que la emperatriz Isabel remite al emperador a finales de 1535, sobre los preparativos del francés en las fronteras de los reinos peninsulares, son inquietantes. La esperada muerte del duque de Milán, Francisco II Sforza en noviembre de 1535, abre un breve periodo de toma de posiciones diplomáticas y de reivindicaciones sobre el Milanesado. La invasión francesa del ducado de Saboya deja muy clara la situación. La guerra es inevitable, la excusa: Saboya; el objetivo último: el dominio del ducado de Milán. Desde la toma de Túnez y durante meses, Carlos V viajó por Italia buscando una solución diplomática al conflicto. Cuando éste le parece ya inevitable, él mismo se pone al frente de un numeroso ejército y cruza los Alpes para invadir el sur de Francia, dando lugar a lo que los historiadores han denominado como Campaña de Provenza.

Palabras Calve:

Carlos V, Francisco I, Campaña de Provenza, Guerras de Italia, ducado de Milán.

Abstract

In 1535, after the victorious conquest of Tunisia by Charles V, the possibility of a great confrontation against Ottoman Empire in Eastern Mediterranean or the capture of Algiers seems more probable than ever to the Emperor. Only the attitude of Francis I, King of France, is a mystery which has to be solved before starting the preparations. The Treaty of Cambrai (1529) had not satisfied the French King more than the previous Treaty of Madrid (1526), and the news that Empress Isabella sends to the Emperor in late 1535 about the preparations in the borders of the Iberian Peninsula kingdoms by the French monarch are worrying. The expected death of the Duke of Milan in November 1535 starts a brief period of diplomatic decisions and demands about the Duchy. The French invasion of the Duchy of Savoy clarifies the situation. The war is inevitable; the excuse: Savoy; the ultimate goal: to control the Duchy of Milan. Charles V travels along Italy since the capture of Tunisia and over months, seeking a diplomatic solution to the conflict. When it seems to be inevitable, he took charge of a large army and crosses the Alps to invade the South of France, resulting in what historians call Provence campaign.

Keywords:

Charles V, Francis I, Provence campaign, Italian Wars, Duchy of Milan.

Objetivos de esta colaboración

Dentro de la tesis doctoral que realizo en este momento sobre la Tregua de Niza, negociada en 1538 entre los enviados de Carlos V y Francisco I, he profundizado en el conocimiento de las campañas previas a la misma, como un paso necesario para comprender el conflicto y su resolución. Es evidente que no se puede investigar sobre

las formas diplomáticas empleadas en la construcción minuciosa de la Tregua de Niza, sin comprender las circunstancias históricas que llevaron a incumplir los acuerdos de la Paz de Madrid (1526) y de la Paz de Cambrai (1529), dando lugar a una nueva guerra en Italia. Ni siquiera en la Europa del Renacimiento se produce una ruptura diplomática como ésta, echando por tierra toda una “arquitectura” de política exterior, como la que supusieron estas paces, sin unas causas importantes por ambas partes. El estudio de la campaña de 1536, conocida como Campaña de Provenza, se muestra aquí absolutamente necesario para comprender qué cambió en el panorama político entre Francia y el Imperio para justificar la ruptura de hostilidades.

Con la conquista de Túnez (1535) cambia la situación geopolítica del sur de Europa

El 2 de agosto de 1534, Barbarroja toma Túnez, cuyo legítimo rey, Muley Hassan, era feudatario de Carlos V (FERNANDEZ, 2015, p. 488). Por estas fechas Jeireddín (nombre real escondido bajo el apodo de *Barbarroja* que emplearon los cristianos), era ya almirante de la armada otomana. Esta mezcla de hechos provoca cambios importantes en el *status quo* mediterráneo. De una parte, el emperador no puede permanecer impasible ante la llamada de auxilio de uno de sus súbditos. De otra, Barbarroja no es ya un simple corsario que ataca esporádicamente los territorios cristianos en su propio beneficio, sino que hay que ver en esta conquista un intento de dominio efectivo del norte de África por parte del Imperio Otomano. Desde este mismo momento Carlos V planea un contraataque. Túnez será el objetivo

principal, pero no descarta a priori, otros objetivos posteriores de mayor envergadura, incluida la propia Constantinopla.

La “Jornada de Túnez” llevada a cabo por el ejército imperial con el propio emperador al frente durante el verano de 1535, devuelve las piezas del tablero a su posición anterior, pero con una diferencia. Ahora la Goleta queda guarnecida por tropas hispanas y la defensa de ese territorio no está en manos de la buena voluntad de un monarca vasallo con escasos medios militares. La situación geopolítica global ha variado en algunos aspectos significativos.

En el Mediterráneo, el equilibrio de fuerzas cambia drásticamente pese a que el objetivo fundamental, la eliminación o captura de Barbarroja, no se realizase. Túnez suponía una plataforma privilegiada para el Imperio Otomano desde la que hostigar Italia y Barbarroja se había convertido en el instrumento necesario. Cerdeña, Sicilia y Nápoles, todos ellos reinos de la Monarquía Hispánica correspondientes a la Corona de Aragón, se vieron seriamente amenazados. También toda la costa este del Adriático, perteneciente en su mayor parte a Venecia, se convertía en posible objetivo de las incursiones corsarias berberiscas. El hecho de su captura y dominio por parte de Carlos V, suponía entorpecer las agresiones sobre todas estas zonas, que ahora deberían partir desde bases más lejanas y eran más complicadas desde el punto de vista logístico. Túnez representaba, a su vez, una atalaya espléndida desde la que poder vigilar el comercio de todo el Mediterráneo Central. Por el contrario, para el Mediterráneo Occidental, en el que quedaban encuadradas las costas de las Islas Baleares, de la Península Ibérica y de los pequeños dominios

castellanos en el norte de África, Túnez no suponía un problema como sí lo era que Argel permaneciera en manos corsarias y que Barbarroja se hubiese enseñoreado en sus costas. La correspondencia de la emperatriz Isabel, que actúa como gobernadora de los reinos hispanos en ausencia del emperador, refleja esa preocupación por Argel que existía en el entorno castellano y de la que ella es prudente e insistente transmisora (MAZARÍO, 1951, p. 407). Desde allí quedaban expuestas a incursiones toda la costa desde Perpiñán (perteneciente entonces, como todo el Rosellón y la Cedanya, a la Corona de Aragón), hasta Cádiz. Esta vulnerabilidad quedó de manifiesto en el ataque que efectuó Barbarroja a Menorca, asolando la isla tan solo un mes más tarde de la toma de Túnez por parte del emperador, donde había llegado con 24 galeras y 6 galeotas conquistando Mahón y haciendo gran número de prisioneros en toda la isla antes de retirarse definitivamente (FERNÁNDEZ, 2015, p. 512)

Francisco I, por su parte, estuvo siempre muy insatisfecho con la Paz de Madrid (1526) que se vio obligado a firmar bajo la coacción de su propio cautiverio. La Paz de Cambrai (1529), llamada también de Las Damas por la intervención directa en su negociación de Luisa de Saboya, madre del rey Francisco I y Margarita de Austria, tía de Carlos V y en ese momento gobernadora de los Países Bajos, había sido básicamente una repetición de los términos de la anterior, que el rey francés había firmado obligado por las últimas derrotas y como mal menor para rehacerse, tanto él como su ejército y su hacienda. Además, era el momento de reconstruir sus alianzas con el Imperio Otomano, con Inglaterra y con el resto de territorios italianos. Francisco I siempre

- Al reino de Nápoles, objetivo primero de las incursiones hechas en su día en Italia por los anteriores reyes franceses Carlos VIII y Luis XII, en base a pretendidas legitimidades dinásticas, pero hoy muy lejos del alcance real de las posibilidades de Francisco I.
- reivindicación sobre Borgoña, que fue una constante en la primera etapa del reinado de Francisco I. Se trata de una denominación geográfica que ampara dos realidades distintas, el Ducado de Borgoña o la Borgoña Ducal, territorio que fue incorporado al reino de Francia en el siglo XV tras la batalla de Nancy y el Condado de Borgoña, también llamado Borgoña Española, que comprendía los territorios de parte de la actual Bélgica y Luxemburgo además del Franco Condado, que serían heredadas por María de Borgoña y que pasaron a la Casa de Habsburgo. Este territorio sería incorporado a Francia en el siglo XVII. Sería sobre esa primera Borgoña Ducal de la que hemos hablado, perdida en batalla por Carlos el Temerario, sobre la que se establecería la constante reivindicación de las primeras décadas de reinado de Carlos V.

Muerte del Duque de Milán. El conflicto inevitable

La posición del ducado de Milán entre Venecia y Saboya, daba un enorme valor geoestratégico a su territorio en la Italia del norte. Por extensión, era también la clave terrestre para acceder a Florencia, los Estados Pontificios, Nápoles y resto de los pequeños territorios independientes italianos. Milán se había convertido en la clave de toda estrategia territorial italiana (CADENAS, 1978, p. 369)

El cambio de dinastía ducal de los Visconti a los Sforza, no había reducido las ansias de poder entre determinados miembros de la nueva familia y la incursión en Italia del rey francés Carlos VIII para la toma de Nápoles, coincide con una serie de movimientos políticos en el Milanesado. Francia, con el interés por Italia que demostraba su reciente intervención, se convirtió en un agente determinante en el conjunto de la política italiana, actuando como polo de atracción o repulsión de los gobernantes pertenecientes a los diferentes territorios.

El mismo día de la muerte de Gian Galeazzo Sforza el 21 de octubre de 1494, su tío Ludovico Sforza (el Moro) ultimaba todo el entramado de un *golpe de estado*, para hacerse con la gobernación efectiva del ducado como regente del nuevo duque legítimo, sobrino suyo pero de muy tierna edad.

A partir de este momento, los sucesivos duques de la familia Sforza llevarán a cabo diferentes estrategias políticas para mantenerse en el poder apoyando, unas veces a Francia y otras al Imperio, pero siempre con el objetivo último de su independencia de ambos poderes, que luchaban por ser predominantes en toda la península.

Seguramente uno de los mayores exponentes de estas políticas cambiantes fue Francesco II Sforza, duque de Milán entre 1521 y 1535. Por otro lado, reconocido como uno de los grandes gobernantes al que el ducado debe su “Acto constitucional”, equilibrada recopilación jurídica que permitía el gobierno justo del ducado. Francesco Sforza apoyó, primero a Francia y después de Pavía al Imperio, no sin lagunas incómodas difíciles de explicar para el duque, como la conjuración de Jerónimo Morone, en la que él tuvo una clara participación y que pretendía independizar el Milanesado del dominio del Imperio. Carlos V, pese a las evidencias de la participación del duque en la conjura, llegará a perdonarle, como lo demuestra el hecho de que en el Tratado de Barcelona de 29 de junio de 1529, en su capítulo noveno, se habla de la restitución en el poder ducal de Francesco bajo determinadas condiciones de sumisión a Imperio (CADENAS, 1978, p. 345)

El 23 de diciembre de 1529, Carlos V devuelve a Francisco María II Sforza el poder del ducado como feudo del Imperio, con la condición de que revierta de nuevo a él en el caso de que el duque muera sin descendencia. El Milanesado volvía a ser independiente y contaba con gobernante autónomo, hasta que el 2 de noviembre de 1535 fallece el duque y, pese a los últimos intentos matrimoniales del mismo, lo hace sin descendencia.

La salud del duque era mala y sus muchos años hacían previsible este desenlace desde hacía ya bastante tiempo. No se puede decir que su muerte sorprendiera a nadie, es más, los principales actores habían tomado ya sus precauciones y se estaban preparando. Francisco I veía la oportunidad de sacar ventaja en Italia, necesitaba que el nuevo duque

fuera proclive a sus políticas, pero esto planteaba serias dificultades porque la legalidad amparaba a Carlos V. Como señor feudal del ducado, podía darlo a quién deseara o quedárselo para gobernarlo él mismo. Esto último es lo que parece claro que ya había decidió, como lo indica en carta a la emperatriz y gobernadora en esos momentos de los reinos hispanos:

«A la Emperatriz, sobre lo de Milán y cosas de Stado, de Nápoles a XVIII de enero MDXXXVI. Quando fallesçió el Duque de Milán, le screvimos las provisiones que hezimos para que siendo el Stado devoluto a Nos, como feudo del Imperio, fuesse puesto y tenido por Nos y en nombre nuestro y conservado en quietud y reposo, hasta que lo proveyésemos como viésemos convenir su beneficio y al bien de la Cristiandad y de Italia.» (AGS, Estado, legº 35, fol. 95, 1536, minuta de preparación de carta de Carlos V a la emperatriz Isabel de Portugal)

Francisco I necesitaba un *Casus Belli* para alterar esta situación, en la que sus lejanos derechos familiares para aspirar al ducado eran poca cosa ante lo sólidos derechos jurídicos del emperador.

Existen numerosos ejemplos documentales que demuestran los preparativos bélicos previos a la muerte del duque por parte de Carlos V. Algunos con cierta anticipación cronológica como un párrafo en una carta de la emperatriz dirigida a Carlos V en fecha tan temprana como primero de abril de 1535, poco antes de la Jornada de Túnez, en la que, de una forma un tanto críptica, habla sobre la artillería necesaria para defender el reino:

«Ya se acordará V.M. cómo antes de su partida se le consultó que para lo que acá en su ausencia se podría ofrescer no había lal artillería necesaria para salir en campo; y aunque V.M. mostro voluntad a proveerlo, no se hizo con a prisa que ovo. Y porque esto requiere tiempo para hazerse, y para ello dizen que será menester

hasta V mil ducados, V.M. vea de dónde es servido que se provean» (AGS, Estado, leg^o 30, folio 246, original de fecha 01 de abril de 1535)

Es mucho más clara otra carta en la que la emperatriz, entre otros temas, da un pormenorizado informe a Carlos V sobre las obras y preparativos de defensa que se están llevando a cabo en Fuenterrabía, Pamplona, la Cerdanya y el Rosellón (AGS. Estado, leg^o 31, fol. 195 a 200, carta desde Madrid de Isabel a Carlos V, fecha 6 de agosto de 1535)

Por otro lado existen indicios en las poblaciones fronterizas hispanas de que la guerra es inminente:

«En lo que toca a la paga de las fortalezas de condado de Ryusellón, y obras de Perpiñán, y paga de los mil infantes que allá residen, se ha proveído lo que V.M. dexó hordenado. Don Francés³⁶⁰ nos ha escrito que en aquella frontera se ha hecho gran bullicio en el alarde que el gran Maestre de Francia fue a tomar a las legiones de aquella provincia y que, con ver aderesçar artillería y estar allí cerca de Narbona alguna gente de armas, se alteraron los de condado de Ruisellón, de manera que retiraban su ropa y ganados la tierra adentro, diciendo que el rey de Francia quería romper la guerra». (AGS, Estado, leg^o 31, fol. 219 a 234, carta desde Madrid de la emperatriz a Carlos V de fecha 4 de diciembre de 1535)

Es evidente que a finales de 1535 todo el mundo está convencido de que habrá una nueva guerra entre Francisco I y Carlos V.

Viaje de Carlos V por Italia

Cuando Carlos V abandona Túnez con rumbo a Sicilia, aún piensa en Argel como el objetivo de la próxima campaña. Este año es poco

³⁶⁰ Francés de Beaumont, capitán general en la frontera de Perpiñán.

prudente realizarla por estar ya la estación avanzada, la gente cansada y las provisiones agotadas. Pero la presión que el entorno castellano ha hecho al emperador a través de las cartas de su esposa Isabel de Portugal, ha sido tan grande, que Carlos V sigue pensando en ello. El paso de las jornadas y las noticias sobre Francia le van a ir haciendo cambiar de objetivo a lo largo de su viaje que, por otro lado, es muy productivo en lo tocante a las arcas reales. En Palermo (Sicilia), los Estados del Reino³⁶¹ le concedieron 150.000 ducados (KENISTON, 1980, p. 166). Por su parte, el Reino de Nápoles concede al emperador 500.000 como ayuda a los gastos pasados y presentes y 1.000.000 que se harían efectivos en años venideros (KENISTON, 1980, p. 171). Sumas muy importantes para la época, que demuestran cómo el aporte de dinero al imperio no fue exclusivo de Castilla.

El viaje por Italia tuvo en principio un objetivo económico, como lo demuestran estas concesiones de subsidios. También una toma de contacto con los súbditos de aquellos territorios y sus problemas. Posiblemente pretendía Carlos V una entrevista personal con el papa, para tratar de lo que él entendía como males de la Cristiandad (protestantismo e Imperio Otomano), pero es innegable que según fueron pasando las fechas el objetivo principal se convirtió en preparar el posible enfrentamiento con Francisco I, sobre todo cuando en 19 de febrero de 1536 le llegó la noticia de la ocupación francesa del ducado de Saboya. Desde el principio de su llegada a Roma, las entrevistas con

³⁶¹ Institución equivalente a las Cortes de Castilla.

el papa trataron prioritariamente la cuestión del enfrentamiento con Francisco I.

Ocupación Francesa del ducado de Saboya

La intervención en Saboya era la base de una futura ocupación de Milán. El ducado de Saboya comprendía territorios a ambos lados de los Alpes, con Turín como ciudad más importante en el lado transalpino y territorios como Chambery y Annecy, en el actual lado francés. Su lealtad o su ocupación era vital para que Francisco I pudiera realizar sus planes sobre el Milanésado. En este momento el duque era Carlos III, casado con Beatriz de Portugal, hermana de la emperatriz y cuya política, en general, estaba inclinada hacia la Casa de Austria. Desde enero de 1536, el embajador imperial en Francia y los agentes (hoy llamaríamos espías) destacados en el territorio francés, empezaron a informar de preparativos de Francisco I para invadir el ducado de Saboya y atacar Milán, una vez ocupado ese territorio estratégico (KENISTON, 1980, p.169). La noticia de la ocupación de Turín, le llega al emperador el 3 de abril de 1536 (KENISTON, 1980, p.175), justo en el momento en que está haciendo su entrada en Roma para entrevistarse con el papa. Muy probablemente, este hecho provocó en el emperador un efecto fulminante e hizo que su estrategia sobre el conflicto variara drásticamente. Hasta este momento, Tanto Cobos como Granvela, los dos más importantes consejeros de Carlos V en estos momentos, habían apostado por la negociación. Cobos conocía la crítica situación de las arcas imperiales y para él, un nuevo conflicto en Italia llevaría a la ruina al emperador. Granvela, con la vista siempre

puesta en la estrategia global del imperio, veía el posible enfrentamiento, como un obstáculo que retrasaría su estrategia contra el Imperio Otomano y que dilataría un acuerdo con los protestantes para el encauzamiento y resolución de ese conflicto.

Posiblemente Carlos V tomara la decisión de ir a la guerra contra Francia en este momento, pero todavía no lo comentó con sus consejeros, puesto que, en el discurso que realizó ante el papa días más tarde, y que analizaremos más adelante, todo lo que en él dijo, les cogió por sorpresa.

Gestiones Diplomáticas

Llegados a este punto es conveniente preguntarse ¿en qué momento el conflicto se hace ineludible? Por lo menos en lo que refiere a los planes de Carlos V, todo parece indicar que aún conserva esperanzas en un arreglo diplomático, cuando a principios de 1536 envía a Francia a su secretario Mateo Strick, con instrucción de negociar una tregua con Francia en el conflicto abierto con el duque de Saboya (AGS. Estado K-1642, doc. 5, año 1536)³⁶².

Desde 1530 era embajador de Carlos V ante el duque de Milán, Marino Caracciolo (AGS, Estado, leg^o 1557, f. 319, año 1530), personaje fundamental en la diplomacia carolina, que tuvo un importante papel cuando, una vez fallecido el duque Francisco II

³⁶² El fondo de AGS denominado Estado K es el que contiene la documentación del anteriormente catalogado como Negociaciones con Francia, que fue extraído del Archivo de Simancas, llevado a París durante la ocupación napoleónica y posteriormente devuelto en 1942, tras negociaciones de la embajada española con la autoridad nazi de ocupación.

Sforza, comienza a gestarse en la corte imperial un movimiento, promovido desde los embajadores españoles en las cortes y territorios imperiales, para que Milán no se infeudara de nuevo y permaneciera en manos de emperador. La otra opción, de las que eran partidarios los militares y gobernadores de Carlos V en suelo italiano, era la de enfeudarlo, con fórmulas restrictivas, al segundo de los hijos varones de Francisco I. Estas fórmulas y otras, aún más retorcidas, fueron manejadas con solvencia en la negociación por parte de Caracciolo.

Milán se convierte en el eje del problema, más si cabe que la propia ocupación del ducado de Saboya por parte francesa. Es indudable que Saboya se planteó como la excusa, pero Milán era la meta última del ataque, por lo que las negociaciones diplomáticas sobre el futuro del ducado, se convirtieron en el tema central (AGS. Estado, leg^o 1180, año 1544)³⁶³.

La postura neutral y negociadora que desde el primer momento adoptó en el conflicto el nuevo papa, Paulo III, fue también determinante para que éste, a la postre, no se extendiera entre otros territorios italianos, como sí lo habría hecho si se hubiese adoptado, como en otros casos, el sistema de *Liga de Estados*. De estos primeros contactos diplomáticos se encargaron el general de los franciscanos, Fray Vincenzo Lunel por parte de Carlos V y los cardenales Trivulzio y Sanseverino, legados por parte del papa, que se reunieron cuando la

³⁶³ Este legajo es de gran importancia para el conocimiento de las diferentes posturas que existieron en 1536 sobre el destino último del ducado de Milán, que aparecen expuestas en el debate posterior del Consejo de Estado sobre la conservación de Milán o Flandes.

comitiva imperial se estaba acercando a Roma (OCHOA, 1999, vol. V, p.243).

Para Francisco I había supuesto una gran frustración la pérdida de Milán, que tan brillantemente había conquistado en la batalla de Marignano (1515), lo que derivó en una permanente búsqueda de fórmulas para readquirirlo, bien por vía militar, con la creación de un ejército nacional francés basado en unidades que se denominarían legiones y que imitarían en parte la estructura de los tercios; bien por vía de negociación. Para ello, desde la Paz de Cambrai (1529), había desplegado una amplia ofensiva diplomática en varios frentes:

- Ante Enrique VIII de Inglaterra. Aprovechando su empeño por él.
- Liga protestante de Smalkalda, al apoyar de forma decidida la divorcio de Catalina de Aragón, le prometió su apoyo ante el papa y la ayuda de la Sorbona en el debate que había promovido ante la Santa Sede para conseguirlo.
- Ante la ocupación del ducado de Wurtemberg y la reposición de duque Ulrico, expulsado por las tropas de Fernando, hermano del emperador.
- Ante Roma, donde promovió, gestionó y logró la boda de su hijo Enrique (futuro Enrique II, aunque en ese momento segundogénito al trono de Francia) con Catalina de Médicis, sobrina de Clemente VII (FERNÁNDEZ, 2015, p. 515).
- Ante Barbarroja. Quizá el movimiento diplomático más arriesgado. Éste partía de los tiempos de su cautiverio en Madrid, cuando su madre Luisa de Saboya, en esos momentos gobernadora

del reino en la obligada ausencia de su hijo, los había iniciado por ser Barbarroja un poderoso instrumento, para mantener en constante estado de defensa y ansiedad la costa mediterránea de los reinos hispanos. Cuando Jeireddin, se convierte en almirante del Imperio Otomano, la alianza francesa toma, por este hecho, un valor geoestratégico hasta entonces desconocido, no solo ante Carlos V, sino ante la cristiandad en su conjunto.

El día 3 de abril de 1536, estalló de forma oficial el conflicto con Francia. A partir de este momento el grado de irritación del emperador contra el papa, por su insistente postura de neutralidad, y contra Francisco I, por lo que él consideraba traición a la palabra dada en su liberación en 1526 y a la firma de la Paz de Cambrai (1529), hace que algunos movimientos, aparentemente diplomáticos, no lo sean en realidad, sino que formaron parte de una escenificación de la legitimidad del conflicto. Como tal debemos entender el discurso del 17 de abril ante el papa, sus cardenales y los embajadores acreditados en Roma, el desafío en combate singular al rey francés, las peticiones de copia escrita del embajador francés, la negativa de Francisco I ante el embajador imperial de haber recibido noticia del desafío, el nuevo plazo dado por el emperador, etc. Se trata de intervenciones diplomáticas que poco o nada tuvieron que ver con la búsqueda de la paz, sino de una grandilocuente justificación de la inevitabilidad del enfrentamiento armado.

Discurso ante el papa. El desafío

El día 4 de abril de 1536, la comitiva de Carlos V llega a San Pablo Extramuros. Al día siguiente el emperador hace su entrada triunfal en Roma.

Conviene recordar algunos hechos para enmarcar esta visita. Los graves acontecimientos del Saco de Roma (1527), están aún recientes en el ideario colectivo del pueblo romano. El papa había cambiado recientemente, ahora lo era Paulo III y su talante, tal como Carlos V había confirmado por los contactos diplomáticos previos, no era tan anti-imperial como lo fue Clemente VII, pero tampoco era pro-imperial y su ambigua neutralidad molestaba al César que creía tener toda la razón ante el enfrentamiento que se avecinaba.

El día 6 de abril de 1536 se produce el primer encuentro con el papa. El día 7 de abril de 1536, se lleva a cabo la primera entrevista formal. En ella el emperador expone sus quejas y sus puntos de vista:

- Francisco I no respetaba los tratados de paz firmados en Madrid y Cambrai. Se armaba a sus espaldas, invadía Saboya y pretendía Milán.
- Él, que como emperador se había centrado en la lucha contra el infiel, había gastado en ello el patrimonio imperial para proteger a los cristianos y perseguir a Barbarroja. También había hecho todos los esfuerzos posibles por contener la expansión del luteranismo.
- Nunca buscó más que la conservación de su herencia patrimonial, sin querer ampliarla con la guerra o la ocupación, como sí lo hacía el rey francés.

- Tampoco podría consentir que amenazase con la toma de Milán porque también era feudo imperial y, por tanto, estaba bajo su protección.

Durante esta entrevista y las que mantuvo con el papa en los días siguientes, Carlos V intentó convencer al papa para que se coaligase con él en la defensa de esos territorios. La insistente postura antibelicista que esgrimió Paulo III en todo momento, llevó a Carlos a buscar, tan solo como mal menor, la neutralidad de los Estados Pontificios en caso de Conflicto.

Una vez transcurrida la Semana Santa y de una forma un tanto sorpresiva, el emperador convoca el 17 de abril de 1536 una reunión con el papa, a la que quiso que asistiera también todo el Colegio Cardenalicio y el cuerpo diplomático en pleno destacado en Roma. Ante todos ellos pronuncia un discurso, que representó un hito importantísimo en aquel momento y que será muy estudiado por las grandes corrientes historiográficas hispanas del siglo XIX y XX. No es este el momento de tratar este tema a fondo, pero sí el de analizar cómo afectó el discurso al conflicto en ciernes.

La razón de que lo pronunciara en castellano, hay que buscarla más en el hecho de molestar al rey francés, a quién al fin y al cabo iba dirigido, que a una supuesta españolidad del emperador a la altura de 1536. La lengua materna de Carlos fue siempre el francés, que habló de forma exclusiva hasta los 17 años, y en la que se expresó asiduamente en la correspondencia que mantuvo con sus hermanas Leonor y, sobre todo, María. A estas alturas de su vida, Carlos hablaba y entendía

perfectamente el castellano y quiso marcar diferencias lingüísticas con quién él consideraba su enemigo. Cabe pensar que la lengua que debería haber empleado ante aquel insigne auditorio era el latín, idioma oficial de la diplomacia vaticana y que, por extensión, entenderían la mayor parte de los convocados a esta reunión, pero el emperador nunca se sintió cómodo expresándose en ella y quiso decir aquel largo parlamento, que improvisó a partir de unas breves notas que llevó escritas en un papel, en el idioma en el que en aquellas alturas de su vida mejor sabía articular su pensamiento y éste era posiblemente el castellano.

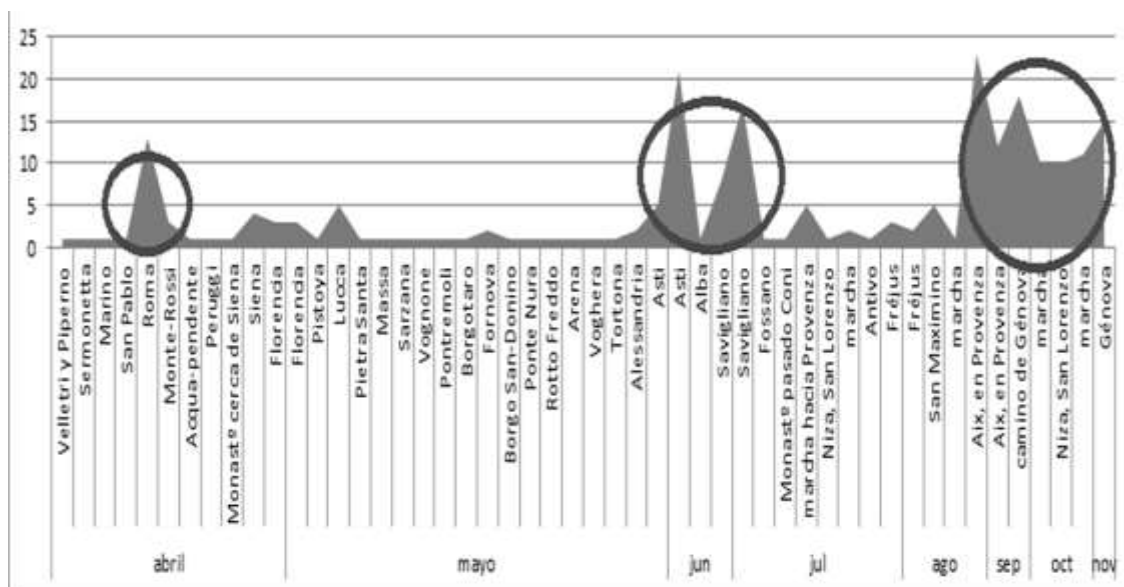
El discurso fue una lista de reproches a Francisco I y una no menos larga lista de justificaciones a la política imperial y a sus deseos de paz. También, en aras de esos deseos pacifistas, propone un combate singular entre él y el rey de Francia que zanje la situación sin más derramamiento de sangre entre sus súbditos.

El cronista Sandoval, describe al emperador “encendido en cólera” y destaca el asombro con que fue recibido el discurso entre el papa, los obispos, los embajadores y los propios consejeros del emperador Cobos y Granvela (SANDOVAL, Edición de 1846, Tomo III, pg. 12). Posteriormente, cuando más adelante escribió a la emperatriz Isabel sobre el discurso, lo describe como necesario para su justificación (AGS, Estado, leg.1459, fol. 161). Y, si repasamos los párrafos del mismo, observamos que todos apuntan en este sentido. Esto no es nuevo en la política imperial, tenemos buena prueba de ello en los discursos de las aperturas de Cortes en Castilla y Aragón (CARRETERO, 2015, p.50 y ss.). Carlos V buscó la justificación ante sus súbditos por sus

motivaciones políticas. El discurso de Roma tiene este sentido, aunque en un escenario más amplio que el estrictamente hispano.

Itinerario de Carlos V desde su acercamiento a Roma hasta el final de la campaña militar

Desde hace ya bastantes años tenemos, entre otras, una fabulosa herramienta para conocer con mucha aproximación, en qué lugar se encontraba Carlos, día a día, durante todos los años de su vida. Se le denomina *Itinerario de Foronda*. Está basado en la *data* de la correspondencia conocida (en el momento en que se elaboró) que emitió Carlos V, tanto personal como institucional. En general toda carta cuenta con tres elementos reconocibles que forman la *data*: la fecha en que se escribió, el lugar desde el que se emitió y la firma de quien la redactó o la mandó redactar; en nuestro caso el emperador. Sin entrar en mayores precisiones paleográficas que no debo abordar aquí, basándose en la *data* de la correspondencia de Carlos, se publicaron a principios del siglo XX todos los itinerarios recorridos por el emperador a lo largo de su vida. (FORONDA, 1914). Este conjunto de datos me ha permitido, mediante su informatización, realizar un cuadro estadístico que pretende hacer visibles los lugares donde el emperador tuvo una estancia más prolongada, además de la ruta empleada desde su aproximación a Roma hasta el final de la campaña, cuando embarcó en Génova con rumbo a Cataluña.



En el gráfico destaca claramente (en rojo) los días de estancia en Roma, así como los de su estancia en Asti, y los de su permanencia en Savigliano, muy cerca de la cercada Fossano, donde estuvo esperando que Leyva rindiera su guarnición y la zona en la que se desarrolló la campaña, ya en la Provenza Francesa.

Preparación de la campaña

Es evidente que Carlos V, una vez tomada la decisión de responder militarmente a Francia, pretende hacerlo de una forma definitiva. Acabar de una vez por todas con el problema que tan insistentemente ha representado Francisco I para su política imperial, desde que fue elegido emperador y que tan maquiavélicamente ha renacido tras la Paz de Madrid y tras la Paz de Cambrai. La Francia totalmente arrinconada por los territorios heredados por Carlos de sus abuelos maternos y

paternos, más la ampliación que supuso su designación como emperador, buscó romper el cerco que los mismos suponían, a través de la figura de su rey Francisco I y mediante su expansión territorial en Italia. Ahora Carlos V quiere asentar el golpe definitivo atacando desde dos frentes. Desde Flandes intentará llegar a París, o por lo menos dividir las fuerzas francesas. Desde Milán se adentrará en Francia, llevando la guerra a territorio enemigo, en una dirección que, por lo menos cuando sale de Roma y seguramente hasta que pasó unas semanas en Asti, no estuvo nada clara.

La recluta de efectivos hace tiempo que se viene realizando. Conocemos el total de hombres y artillería por la documentación de Simancas (AGS, Estado, Leg.1564, Fol. 57):

- 24.000 infantes alemanes.
- 26.000 infantes italianos.
- 10.000 infantes españoles.
 - (60.000 tropas de infantería en total)
- 70 piezas de artillería de diferentes calibres, resultantes de la suma de las sacadas de Milán, de Génova, algunas cedidas por el duque de Mantua y las cogidas a Barbarroja en la Goleta.
- 9.900 pelotas de hierro.
- 600 pelotas de piedra.
- Caballería, tanto pesada como ligera, de la que no se especifica número.
- 1000 caballos para el arrastre de la artillería y su munición.

- 300 carros tirados por 1500 caballos para el transporte de la impedimenta.

Tamaño ejército era muy numeroso para la época y debemos suponer que su marcha lenta, atravesando los puertos de montaña alpinos, debió resultar épica por el esfuerzo. También forma parte de la “épica” de esta campaña, la obtención del grueso de los fondos para la misma, mediante secuestro del oro de los galeones de Indias. Los 600.000 ducados en oro que se consiguieron de esta forma, constituyeron un alivio fundamental para las finanzas imperiales (FERNANDEZ, 2015, p.536).

El plan final de la campaña se decidió en consejo de guerra celebrado en Asti, donde fueron varias las estrategias que se propusieron.

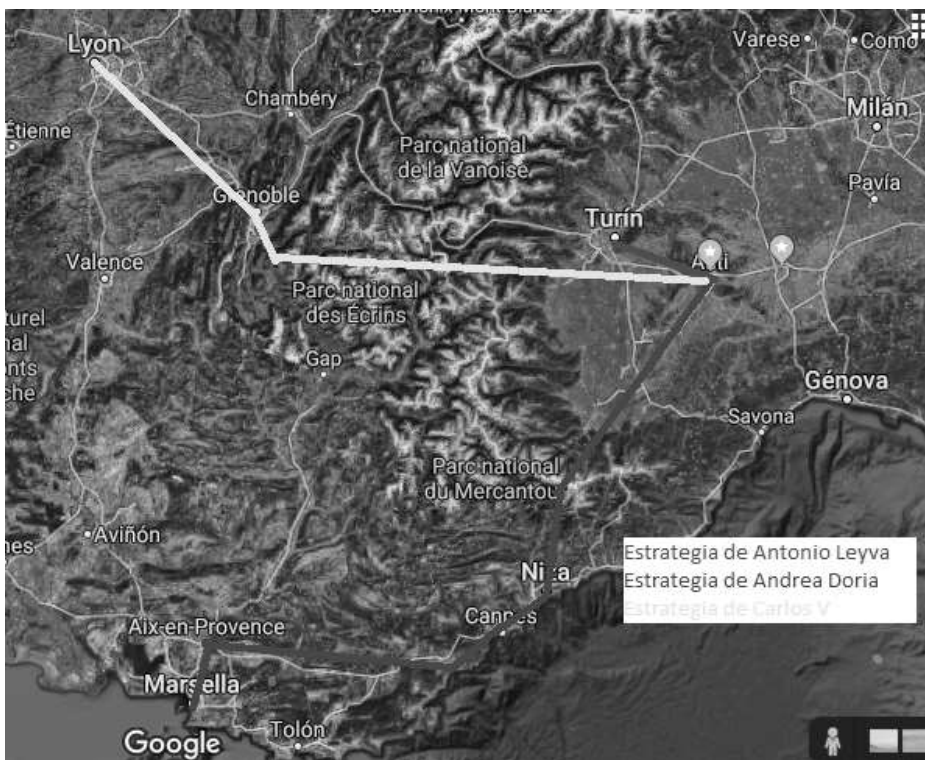
Para Antonio Leyva, gobernador de Milán y jefe del ejército que iría por tierra, la campaña debería limitarse a recuperar los territorios ocupados por los franceses, tanto en el Piamonte como en el ducado de Saboya y reponer a su duque en el poder. Proponía, por tanto, una operación de alcance limitado que recuperara el *estatus quo* anterior a la invasión. Leyva tenía gran experiencia en las Guerras Italianas y conocía las dificultades que suponían los movimientos de grandes ejércitos. También sabía que llevar la guerra a Francia daba al enemigo la fortaleza de la defensa del propio territorio contra la que un ejército, incluso de las dimensiones del que se había reclutado, tendría serias dificultades. Su visión se basaba en el realismo que da el conocimiento de los medios de los que uno dispone y de los que cuenta el enemigo.

Andrea Doria, responsable de la marina imperial que se movería por el Mediterráneo como apoyo de las tropas de tierra, proponía una estrategia diferente, en gran medida apoyada por la experiencia de la

Jornada de Túnez (1535), en la que sus galeras tuvieron un papel definitivo en el cerco y bombardeo de la Goleta y en los movimientos logísticos de tropas, pertrechos y vituallas. Para él, el objetivo último de la campaña debía ser la toma de Marsella, seguramente el más importante puerto francés en el Mediterráneo. Para conseguirlo, era necesario que se produjese un doble avance. De un lado las tropas de tierra ocupando la Provenza hasta llegar a Marsella, de otro la flota bordeando la costa y poniendo cerco a la ciudad desde el mar. Parece innegable que la ocupación de gran parte del sur-este de Francia hubiera sido un fuerte golpe para la monarquía francesa, pero también es cierto que no andaríamos muy desencaminados si especulamos con la posibilidad de que Doria, genovés de nacimiento, barajase la idea de gobernar para el emperador esa franja de terreno y, sobre todo, Marsella, la gran y eterna enemiga de Génova.

En la cabeza de Carlos V bullía otro plan distinto de los dos anteriores. Manuel Fernández Álvarez, gran conocedor de todo el universo carolino, nos lo releva en alguna de sus obras (FERNANDEZ, 2015, p.538). Parece muy probable que el emperador quisiese atravesar con el grueso de las tropas el paso alpino de Mont-Genève para caer sobre Grenoble y llegar hasta Lyon, donde estaba Francisco I. En principio parece un plan de campaña un tanto descabellado, porque se adentraba profundamente en territorio francés, sin apoyo por mar, teniendo que arrastrar toda la impedimenta, artillería y munición por los pasos alpinos y teniendo que hacer frente al grueso del ejército francés en su propio territorio. Pero si nos ponemos un momento en la cabeza del emperador (ejercicio arriesgado desde la ortodoxia histórica, pero

necesario cuando se busca respuesta a por qué se produjeron determinados acontecimientos), este plan nos aparece como plenamente coherente. En principio es el único que busca el enfrentamiento directo con Francisco I, encaminándose por la vía más rápida hasta el punto donde los agentes transmiten que está en aquel momento. Por otro lado, es la dirección más directa hacia París, complementando así el ataque que desde Flandes estaba previsto hacer contra Francia. Este ataque, además ponía muy cerca del ejército imperial los territorios de Borgoña, antigua e insistente reclamación de Carlos. Era, por tanto, un proyecto ambicioso, pero que, desde el punto de vista del emperador, pretendía solucionar de una vez, muchas de las claves de la política imperial.



La decisión final sobre la estrategia elegida estuvo muy influida por la resistencia de Fossano, ciudad que se encontraba en el camino hacia los pasos alpinos y cuya guarnición francesa de ocupación, estaba ofreciendo una persistente resistencia al cerco que le había impuesto Antonio Leyva. En una época en la que era impensable continuar adelante con una ofensiva sin que hubieran caído todas las plazas fuertes en el camino de la misma, la resistencia de esta ciudad supuso un retraso determinante en el futuro curso de la campaña ¡Cómo seguir adelante sin tomarla y arriesgarse a que su guarnición saliese a hostigar la retaguardia del ejército imperial! Un mes tardó en rendirse. Para cuando lo hizo la estación estaba avanzada y en el último consejo de guerra en Asti, se optó por la opción de Andrea Doria: un ataque hacia la Provenza con el objetivo de tomar Marsella, cuyo avance sería apoyado desde la costa por las galeras genovesas.



Operaciones militares

A mediados de julio, tal como se refleja en el gráfico elaborado con los datos de Foronda y más concretamente entre el 17 y el 25 de Julio, Carlos V atraviesa los Alpes por el paso de Tenda, situado al lado de la imponente mole de punta Argentera. Al frente de ejército la caballería ligera mandada por Ferrante Gonzaga, después el duque de Alba con la caballería pesada. Detrás el propio emperador al frente de la infantería. Como ya hemos dicho, este plan establecía que tanto la artillería como las vituallas, impedimenta y municiones fueran transportadas por las galeras que costeaban a la altura de Niza. Las tropas durante la marcha sólo llevaron raciones para cinco días, que eran los máximos previstos para atravesar los puertos.

El 25 de julio de 1536, Carlos V entró en Niza. El resto del ejército acampó a las afueras de la ciudad y se abasteció de las galeras. Tras unos pocos días de descanso, iniciaron la marcha atacando Antibes y Cannes, ya en territorio francés.

El 02 de agosto de 1536, el ejército imperial llegó a Fréjus, lugar muy importante en el plan establecido porque aquí se desembarcaría la artillería, impedimenta y munición, y el ejército se encaminaría tierra adentro, por la ruta más recta hacia Aix-en-Provence y Marsella, perdiendo, por tanto, la cobertura marítima de las galeras.



Se puede asegurar que desde este momento comenzó el calvario del emperador y su ejército, puesto que la estrategia francesa, puesta en marcha por su máximo jefe Montmorency, había sido la que denominamos habitualmente como de *tierra quemada*. Cosechas, graneros, frutos, campos, molinos, animales... todo había sido destruido por su orden expresa y el ejército francés se había replegado hacia Avignon, que había sido muy fortificada y atrincherada. El ejército imperial no encontró oposición, pero tampoco nada que comer. El suministro de grano para los caballos se convirtió en angustioso, porque sin ellos era imposible mover el tren de artillería ni los carros que transportaban la impedimenta. Los lugareños tenían puntualmente informadas a las patrullas francesas, que hostigaron sin descanso allí donde el grueso del ejército parecía más débil. Atacaron sin cuartel los destacamentos imperiales que se enviaban en busca de alimento. Las

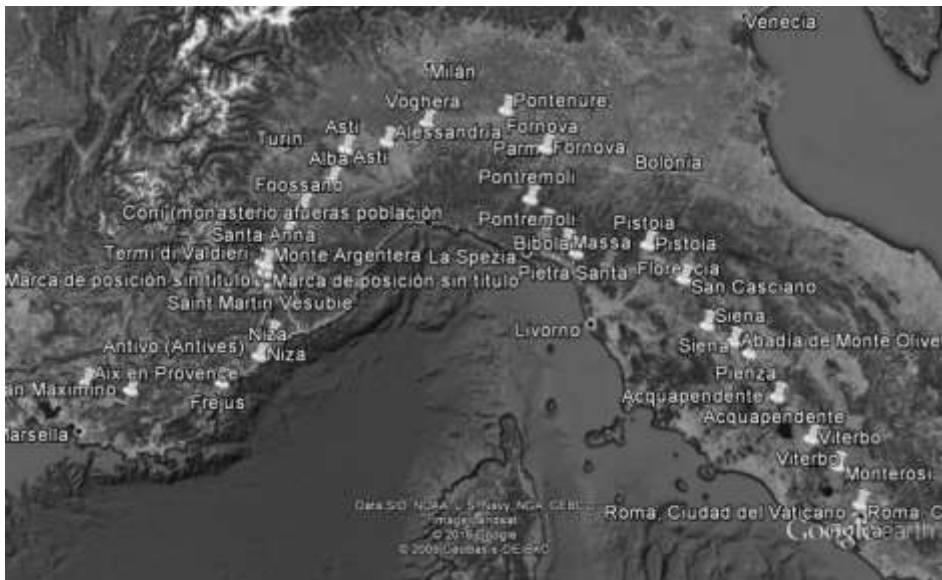
enfermedades aparecieron en seguida, especialmente la disentería, agravada por el calor infernal propio del lugar, la estación y la mala calidad del agua que se encontraba para beber. El ejército imperial era diezmado sin haber luchado, salvo en escaramuzas puntuales en la que siempre llevó las de perder, por darse en terreno desconocido para ellos.

Era evidente que la campaña atravesaba una fase crítica pero, aun así, se intentó por varias veces atacar Marsella con resultados nefastos para las tropas imperiales. Tampoco eran buenas las noticias que se recibían del ataque desde Flandes a París, donde el conde de Nassau había fracasado debido a la nula motivación del ejército que encabezaba, nada proclive a una guerra que consideraba muy alejada de sus intereses territoriales flamencos.

El 4 de septiembre de 1536, Carlos V inicia la retirada de todo su ejército, haciendo a la inversa el camino de ida. En el momento que las patrullas francesas comprendieron el repliegue de su enemigo, dejaron de hostigarle, por lo que el emperador pudo regresar sin mayores contratiempos hasta la posición de partida. Las pérdidas por enfermedad habían sido enormes. No se conocen cifras documentadas fiables pero, tanto los cronistas, como los más reciente biógrafos de Carlos V (PARKER, 2019, p. 325), hablan de la pérdida de “gran parte de su ejército”. Personajes ilustres y muy apreciados por el emperador, como Antonio Leyva y Garcilaso de la Vega, también perdieron la vida en esta campaña. Es destacable el caso de Leyva, que fue homenajeado en los penosos días de su enfermedad por sus propios enemigos.



Mapa general del recorrido de Carlos V durante la campaña, indicando los lugares por los que pasó



Derrota final. Logros y fracasos de cada uno de los ejércitos

Es difícil saber hasta qué punto uno u otro contendiente resultó ganador de la contienda. Carlos V eludió el hecho de la gran mortandad en su ejército y de que no se habían logrado los objetivos previstos: la invasión de la Provenza y la toma de Marsella. Insistió, eso sí, en un hecho evidente, Francisco I había eludido la batalla y el desafío personal que le lanzó el emperador en Roma, no se presentó ante el ejército de Carlos y sus tropas evitaron sistemáticamente el combate. Para él, como caballero, ésta era la mejor muestra de que él había ganado la contienda. Desde el punto de vista histórico es muy difícil sostener esta afirmación porque, no solo los objetivos de la campaña no se habían alcanzado, sino que el conflicto global estaba intacto, no se había resuelto nada, el ducado de Saboya seguía ocupado y la amenaza sobre Milán era ahora más real que nunca con el ejército imperial debilitado. También hay que tener en cuenta que este conflicto había desviado la atención, y los recursos, del emperador, de sus dos principales problemas en este momento: la amenaza turca en el Mediterráneo y en Hungría y la corriente protestante. Ambos estaban ganando terreno y contra ambos se había propuesto luchar Carlos V. De nuevo, el rey de Francia se interponía en el camino de su política global, generándole un conflicto que él no deseaba y propiciando desunión en la cristiandad, en un momento en que la unidad era más necesaria que nunca.

Francisco I, por su parte, había conseguido salvaguardar el grueso de su ejército del conflicto y, teniendo en cuenta que el ataque imperial fue doble (desde Provenza y desde Flandes), este logro fue importante.

Se mantuvo en Lyon buscando defender el núcleo central de Francia, valle del Loira y París, ante la situación de incertidumbre que le creó no saber exactamente por donde se produciría el ataque imperial y, sobre todo, por donde éste sería más fuerte. Sin embargo, todo esto que podríamos considerar positivo, se ve oscurecido por la política de *tierra quemada* empleada en Provenza. ¿Hasta qué punto se puede considerar victoria la que obliga a destruir el territorio propio y a hundir la economía de una parte importante del propio reino? Sin olvidar el terrible daño ocasionado a los súbditos, a los que se sentencia por este método a varios años de hambruna, en el mejor de los casos. ¿Hasta qué punto está legitimado el hecho de causar tanto o más daño en el propio reino que el que hubiera causado la misma batalla? Las posibles respuestas a estas dudas que exponemos, quizá se encuentren en el propio sentido de propiedad y pertenencia que los soberanos de la Edad Moderna y durante todo el Antiguo Régimen, tuvieron de sus territorios patrimoniales y de los súbditos sobre los que reinaban. Desde el punto de vista estratégico, Francisco I había logrado una baza importante puesto que, territorialmente, la ocupación del ducado de Saboya le situaba más allá de los Alpes, asentado en Turín, mirando la llanura del Poo y acechando Milán como su presa más deseada. Por otra parte, había logrado que la diplomacia imperial empezase a barajar fórmulas de cesión del ducado, una vez muerto Francisco II Sforza, que incluían descendientes del propio rey de Francia, bien el duque de Orleans, bien el duque de Angulema que, de una forma u otra y a medio o largo plazo, parecían asegurar el gobierno del Milanesado bajo la influencia francesa.

Sin embargo, la campaña de Provenza de 1536 no resolvió las motivaciones profundas del conflicto. Se produjo una situación que hoy diríamos de *empate técnico*, que provocaría que la guerra continuase durante el año siguiente, si bien ya como escaramuzas de menor entidad y siempre en el marco de una búsqueda permanente de fórmulas de paz, como la que se produjo entre la gobernadora de Flandes, María hermana del emperador, y Francia en la localidad de Bomy en 1537. O la que se llevó a cabo los últimos días de 1537 y primeros de 1538 en un pequeño lugar llamado Cabañas de Salses, en territorio francés, pero muy cerca de la gran fortaleza de Salses en la llanura de Perpiñán, por tanto, junto a la frontera histórica del reino de Aragón con Francia en el Rosellón.

La campaña de Provenza había agotado las finanzas de ambos reinos y la vía de las armas parecía imposible. La diplomacia trabajó infatigablemente durante 1537 y 1538 hasta que, bajo los auspicios del papa Paulo III, se produjo un acercamiento definitivo en Niza que, aunque no logró la firma de un tratado de paz, si consiguió una tregua pactada para diez años (Tregua de Niza de 1538) que permitiese seguir explorando la vía diplomática hacia la paz definitiva, en un marco de mayor tranquilidad.

La demostración palpable de que, ni con la campaña de Provenza, ni con la guerra de 1536-1537, ni con los numerosos e insistentes intentos de buscar la paz por parte de ambos contendientes, se dio solución a un conflicto ya muy antiguo, fue que no se llegó a agotar el período de 10 años para el que se había negociado la Tregua de Niza. Cuatro años más tarde, en 1542, Carlos V y Francisco I se volvieron a enfrentar en un conflicto que duró esta vez dos años. La firma de la Paz de Crepy en

1544 puso fin a la lucha entre ellos, pero no fin a la guerra, ya que Inglaterra la continuó contra Francia hasta que en 1546 ambos contendientes firmaran el tratado de Ardres.

Conclusiones

No siempre la batalla tiene vencedores y vencidos. Se puede mantener la tensión bélica durante toda una campaña, como lo hizo Francia en la de 1536, eludiendo permanentemente la lucha en campo abierto, con unos resultados aceptables para su estrategia global, pero terribles para la población civil. Cuando el ejército vivía de lo que conseguía sobre el terreno, sin que existiesen complejos dispositivos de aprovisionamiento desde las bases de partida, esta táctica era muy efectiva. Los consejos de guerra previos a las campañas lo tenían en cuenta y su forma de contrarrestarla era la rapidez de las operaciones, que no solía exceder de los meses estivales. En estas condiciones, cualquier retraso o resistencia no prevista en el plan principal, de alguna plaza fuerte, convertían el territorio enemigo en una ratonera en la que era muy difícil sobrevivir.

Bibliografía

- CADENAS Y VICENT, Vicente de, *La herencia imperial de Carlos V en Italia: el Milanésado*, Hidalguía, Madrid, 1978.
- CARRETERO ZAMORA, Juan M., *Carlos V, el servicio de las Cortes de Castilla y la deuda de la Monarquía Hispánica (1516-1556)*, Sílex, Madrid, 2016.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Carlos V, el César y el hombre*, Espasa, Barcelona, 2015.
- FORONDA Y AGUILERA, Manuel, *Estancias y Viajes del Emperador Carlos V*, 1914. Existe publicación digital en www.cercantesvirtual.com a través del siguiente enlace <http://www.cervantesvirtual.com/obra/estancias-y-viajes-del-emperador-carlos-v-desde-el-dia-de-su-nacimiento-hasta-el-de-su-muerte/>, consultado por última vez para este trabajo el 02-11-2019.
- KENISTON, Hayward, *Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V*, Ed. Castalia, 1980.
- MAZARÍO COLETO, María del Carmen, *Isabel de Portugal. Emperatriz y reina de España*, CSIC, Madrid, 1951
- OCHOA BRUN, Miguel, *Historia de la Diplomacia Española, Vol.5*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1999.
- PARKER, Geoffrey, *Una nueva vida del emperador Carlos V*, Planeta 2019.
- SANDOVAL, Fray Prudencio, *Historia del Emperador Carlos V*, Edición de 1846 en nueve tomos, Madrid, 1846.

Documentación

AGS. Estado. Archivo General de Simancas Fondo Estado.

AGS. Estado K Archivo General de Simancas Fondo Estado K.

(Negociaciones con Francia).

**PODEROSO MEDIO PARA DIVERTIR LOS PROGRESOS
DEL EJÉRCITO DE CATALUÑA. EL SITIO DE SANT
MATEU (1649)**

**A POWERFUL WAY TO DIVERT THE PROGRESS OF THE
ARMY OF CATALONIA. THE SIEGE OF SANT MATEU
(1649)**

Carlos Mora Casado

Universidad de Cagliari-Universitat de Valencia

Resumen:

Ante el empuje de las armas de Felipe IV en el contexto de la guerra de recuperación de Cataluña (1640-1652), en noviembre de 1649 una fuerza franco-catalana lanzó una acción diversiva sobre la frontera norte del reino de Valencia. Tras saquear distintos lugares a su paso, la villa de Sant Mateu fue sitiada. Apenas llegaron a Valencia las noticias sobre la acción enemiga, el virrey procuró organizar una fuerza de socorro y movilizó, entre otras fuerzas, a las compañías de la milicia territorial, el batallón de la Milicia Efectiva. El estudio de este caso nos permite conocer más sobre las dificultades de planificar una operación de este tipo a mediados del XVII y la creciente importancia de la movilidad de las tropas.

El sitio de Sant Mateu apenas duró unos días, pero tuvo unas profundas implicaciones defensivas. Se evidenció la necesidad de reorganizar la Milicia Efectiva, sobre la cual se fiaba la defensa del reino al no poderse contar con soldados regulares. La monarquía obtendrá a partir de entonces una mayor implicación del reino en la guerra catalana, al asumir como propia la defensa de la plaza fuerte de Tortosa.

Palabras clave:

Sant Mateu, Milicia territorial, Reino de Valencia, Guerra de Recuperación de Cataluña (1640-1652), Tortosa.

Abstract:

Because of the Spanish offensive in the context of the Reapers' War (1640-1652) in November 1649, a Franco-Catalan force carried out a diversionary action on the northern border of the kingdom of Valencia. After looting different places in its path, the town of Sant Mateu was besieged. As soon as news of the enemy's action arrived in Valencia, the viceroy organized a relief force. Mobilised, amongst other forces, the companies of the Valencian territorial militia. The study of this case allows us to learn more about the difficulties of organising such an operation in the mid-seventeenth century and the growing importance of troop mobility.

The siege of Sant Mateu barely lasted a few days, but it had profound defensive implications. The need to reorganize the territorial militia was evidenced, upon which the defense of the kingdom was relied upon by not being able to rely on regular troops. Since then, the monarchy obtained a greater implication of the kingdom of Valencia in the war to assuming Tortosa's defense as its own.

Keywords:

Sant Mateu, Territorial Militia, Kingdom of Valencia, Reapers' War (1640-1652), Tortosa.

Ante el empuje de las armas de Felipe IV en el contexto de la guerra de recuperación de Cataluña (1640-1652), en noviembre de 1649 una fuerza franco-catalana lanzó un ataque diversivo sobre la frontera norte del reino de Valencia. Tras saquear distintos lugares a su paso, la villa de Sant Mateu fue sitiada. Apenas llegaron a Valencia las noticias sobre

la acción enemiga, el virrey procuró organizar un socorro y movilizó, entre otras fuerzas, a las compañías de la milicia territorial, el batallón de la Milicia Efectiva. Este episodio nos permite conocer más sobre las dificultades de planificar una operación de este tipo a mediados del XVII y la creciente importancia de la movilidad de las tropas.

El sitio de Sant Mateu apenas duró unos días, pero tuvo unas profundas implicaciones defensivas para el reino de Valencia. Se evidenció la necesidad de reorganizar la Milicia Efectiva, sobre la cual se fiaba la defensa al no poderse contar con soldados regulares. La Monarquía obtendrá a partir de entonces una mayor implicación del reino en la guerra catalana, al asumir como propia la defensa de la plaza fuerte de Tortosa, situada fuera de sus límites territoriales.

El reino de Valencia y la Guerra de recuperación de Cataluña

La declaración de guerra francesa en 1635 supuso una fuerte detracción de recursos para el reino de Valencia. A partir de entonces se incrementaron sus aportaciones de hombres y dinero en socorro de la Monarquía. Contribuciones que en ocasiones, bajo la justificación de la guerra y la *necesidad*, vulneraron los límites forales. El envío de las compañías de caballos de la costa a Navarra en 1636 o la salida de 2.000 hombres de la Milicia Efectiva hacia Fuenterrabía (Hondarribia) en 1638 constituyen buenos ejemplos al respecto (Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Consejo de Aragón (CA), leg. 556, exp. 14/1-18; leg. 714, exp. 16/1-3; VILA LÓPEZ, 1979/80; SOLANO CAMÓN, 1989).

Las instituciones representativas valencianas expresaron su descontento y formalizaron sus protestas, pero las presiones del

gobierno real y la resignación ante los hechos consumados acabaron por plegar tales resistencias. Para la Monarquía la voluntad de servicio, la obediencia, la honra y la obligación de socorro al rey deberían prevalecer sobre todo lo demás (PARDO MOLERO, 2009; ESTEBAN ESTRÍNGANA, 2012; HERNÁNDEZ RUANO, 2018a).

El estallido de la rebelión catalana el 7 de junio de 1640, la derrota del ejército real en Montjuïc (1641) y la petición de ayuda por parte de los rebeldes a Luis XIII de Francia añadió una nueva dimensión a los problemas anteriormente citados. Comenzaba una larga guerra en el interior de la península ibérica que no terminaría hasta doce años después (SANABRE SANROMÁ, 1976; CONTRERAS GAY, 2003; CAMARERO PASCUAL, 2015).

Frente a la sedición catalana, el reino de Valencia declaró su lealtad a Felipe IV. Pero las circunstancias habían cambiado notablemente. La guerra ya no era lejana, sino geográficamente muy cercana. Un condicionante fundamental que facilitó, como veremos, sus contribuciones militares y su implicación en la defensa de la Monarquía (VILA LÓPEZ, 1986; GIL PUJOL, 1992; FELIPO ORTS, 2010).

Al inicio de la rebelión, el rey conservaba la posesión de prácticamente todas las principales plazas fuertes catalanas (Salses, Perpiñán, Rosas, Tarragona y Tortosa), por lo que contra ellas se dirigieron primero los ataques enemigos. El principal objetivo de los franceses era hacerse con el control de las tierras y fortalezas situadas al norte de los Pirineos, para después proyectar sus ofensivas hacia el corazón de la Monarquía, las tierras castellanas, a través de Aragón (SANZ CAMAÑES, 2018).

El retroceso de las armas españolas en los primeros años de la guerra fue evidente. En 1642 con la toma de Salses y Perpiñán los franceses ya habían cumplido con la primera parte de sus propósitos e incluso el peligro de invasión parecía cernirse sobre el reino de Valencia cuando las fuerzas franco-catalanas sitiaron Tortosa. Situada sobre una colina que dominaba el Ebro, de ella partían dos rutas terrestres que comunicaban Cataluña directamente con el reino de Valencia: por la costa hasta Vinaròs o por el interior hasta Sant Mateu. Si Tortosa caía, no existía una plaza con fortificaciones similares nada menos que hasta Peñíscola. Era, por lo tanto, la llave que permitía el acceso al norte del reino de Valencia, «no teniendo como no tiene hoy fortificada plaça alguna» (ACA, CA, leg. 560, exp. 13/10; HERNÁNDEZ RUANO, 2013a; GUIA MARÍN, 2008).

A pesar del peligro, las fuerzas valencianas se limitaron a desplegarse dentro de sus límites geográficos, sin perder así su carácter esencialmente defensivo (HIERONI TARAÇONA, 1580, pp. 331-338). Como ya ocurrió en 1641 con el intento de conquista de Tarragona, la milicia territorial valenciana, el batallón de la Milicia Efectiva, se concentró en Vinaròs (ACA, CA, leg. 720, exp. 53 y 59). Además, en los inicios del conflicto catalán la Monarquía no podía forzar la situación e imponer su voluntad como anteriormente, ya que ante el miedo de una posible extensión de la rebelión se prefirió una política de cautela y prudencia. Un parecer compartido también por el estamento militar valenciano, basándose en los altercados y malestar generado por las anteriores salidas de tropas de la milicia.

Cuando el 5 de mayo el ejército franco-catalán levantó el sitio, la noticia fue recibida con mucho alivio (QUEROL COLL y MUÑOZ I SEBASTIÀ, 2004). Para evitar sentar un precedente que pudiese socavar sus derechos, la ayuda valenciana debía materializarse a través de medios alternativos como venía siendo habitual y así los estamentos concedieron un servicio de 2.000 hombres para la campaña de 1643.

La amenaza tuvo, sin embargo, efectos inmediatos de mayor trascendencia. Las levas para proteger Tortosa tuvieron continuidad en los años siguientes; una contribución que se formalizó y estabilizó en las Cortes de 1645. Aunque sujeto a condiciones, los brazos del reino concedieron un servicio de 1.200 hombres para la guarnición de Tortosa durante 8 meses para las próximas 6 campañas, una recluta organizada a través de la Junta del servicio. En un contexto de guerra, penuria económica y retroceso demográfico, el servicio fue muy favorable para los intereses reales al asegurarse las aportaciones valencianas en los años venideros. Y muy especialmente, «significaba que los estamentos se avenían, por primera vez en las Cortes, a que sus tropas saliesen fuera de las fronteras, vulnerando la disposición foral que exoneraba de esas salidas» (GUIA MARÍN, 1984, p. 148).

La labor de la Junta se extendió hasta el final de la guerra, sin que ello exonerase al reino de otras levas extraordinarias o alojamientos de tropas. A partir de 1659 nuevas Juntas de la leva tomaron el relevo de sus funciones. Aseguradas las contribuciones militares valencianas al margen de las Cortes, el rey no tenía alicientes para arriesgarse a una nueva negociación que pudiera replantear los términos de esta colaboración. Se comprende mejor así que las Cortes de 1645 fueran las

últimas del período foral (ESPINO LÓPEZ, 2007; PALAO GIL y HERNANDO SERRA, 2018).

Por otra parte, se reformó el batallón de la Milicia Efectiva en 1643 para adaptarlo a la nueva amenaza procedente del norte. Las carencias de la milicia fueron evidentes cuando las tropas que acudieron a la frontera durante el sitio de Tortosa se reunieron con lentitud, con falta de disciplina militar y de armas. Aunque se mantuvo el número de soldados (8.000), se produjo una redistribución geográfica de los mismos y particularmente, se abandonó la voluntariedad de su alistamiento. Los hombres serían repartidos conforme a la población de cada lugar utilizando el real de la sal como marco de referencia estadístico. Es decir, una nueva obligación militar que se añadía a las ya preexistentes (ACA, CA, leg. 556, exp. 13/13; VILA LÓPEZ, 1983)³⁶⁴.

En 1644 Felipe IV lanzó una exitosa ofensiva desde Barbastro que permitió la conquista de Lleida, Balaguer y Agramunt. La reacción franco-catalana fracasó en su intento de hacerse con el control de Tarragona. A partir de entonces el frente aragonés absorbió las fuerzas y recursos de ambos bandos, especialmente en torno a Lleida, la cual los franceses intentaron infructuosamente de reconquistar en 1646 y 1647.

Durante los años centrales del conflicto, por los motivos estratégicos anteriormente mencionados, las tierras meridionales catalanas pasaron

364 Frente a lo establecido por algunos estudios, la revocación de la pragmática de 1643 quedó sin efecto, ACA, CA, leg. 556, exp. 13/24-29; MORA CASADO, 2016, pp. 359-368 y 372.

a constituir un frente secundario. Aunque con dificultades por su limitada área de influencia y la falta de dinero, víveres y guarniciones, la conservación de las plazas de Tarragona y Tortosa salvaguardó las tierras valencianas.

No obstante, también sufrió las duras consecuencias indirectas de la proximidad del frente: gastos de levas, compañías de soldados en tránsito, alojamientos, escaramuzas... y todos los efectos negativos inherentes a un continuo estado de alarma. El reino de Valencia asumió una importante función de retaguardia y asistencia para las plazas marítimas catalanas que permanecían bajo el control de Felipe IV, sobre todo desde el puerto de Vinaròs: “Es la parte donde se ha de embarcar y se hallan oficiales del sueldo que tengan la cuenta y razón de lo que allí llegare” (Archivo del Reino de Valencia (ARV), Maestre Racional, 9058, ff. 85r-86r). Dicha labor logística se incrementó desde 1642 conforme el frente occidental –recuperar Lleida primero y mantenerla después–, devoraba la mayor parte de los recursos. Además, los puertos valencianos permitían mantener la comunicación con las Baleares e Italia. Fueron muchas las dificultades que planteó la provisión de víveres para el ejército o el tránsito de soldados (ACA, CA, leg. 558, exp. 20; leg. 559, exp. 12/3).

Por otra parte, la estrategia de reunir tropas en la frontera catalana se repitió en los años siguientes. Si bien no era posible lanzar una invasión desde el reino de Valencia, al menos dicha concentración de fuerzas cerca del frente podría servir como medida disuasoria: «El enemigo haría reparo en la diversión que podría hazer... en las plazas de Tortosa y Tarragona» (ACA, CA, leg. 556, exp. 13/12; leg. 559, exp. 12/1).

Los precedentes: la campaña de 1648

La estabilidad del frente meridional se mantuvo, salvo alguna acción puntual, hasta el año 1648. Sin embargo, los acontecimientos finales de la campaña de 1647 alimentaron los rumores de que volvería a activarse. Tras fracasar sobre Lleida, el enemigo alojó tropas en el Campo de Tarragona. Por el contrario, la Monarquía tuvo serias dificultades para alojar al ejército y conservarlo para la campaña siguiente. El reino de Aragón se hallaba muy castigado por los alojamientos precedentes y un fuero en las últimas Cortes, aunque estrictamente fuese vulnerado, limitaba el número de tropas que estaba obligado a alojar (SANZ CAMAÑES, 1997, pp. 99-121).

Otras circunstancias adicionales contribuyeron al débil estado de las armas de Felipe IV al inicio de la campaña de 1648. El 1 de octubre de 1647 se declaraba la segunda suspensión de pagos del reinado. El frente flamenco y las revueltas de Nápoles y Sicilia (1647-1648) absorbieron muchos recursos destinados para Cataluña (RIBOT GARCÍA, 2004). Para cerrar este círculo catastrófico, la peste, que se había desatado en el reino de Valencia, vino a complicarlo todo todavía más (SANZ AYÁN, 2013, pp. 177-207; GAVALDÀ, 1651).

Privado de unos reemplazos con los que contaba, Francisco de Melo, al mando del ejército, decidió tomar la iniciativa en lugar de esperar un ataque que difícilmente podría contrarrestar. Enterado de los rumores que aseguraban la ofensiva enemiga sobre Tortosa, Melo realizó una acción diversiva en abril en la comarca de la Ribagorza y Pallars. El

objetivo de esa maniobra era arrastrar al enemigo a combatir allí, dónde Melo había elegido, y no en otros lugares más ventajosos para los intereses estratégicos franco-catalanes.

Melo consiguió su objetivo durante cerca de dos meses, pero esta operación, llevada a cabo con fuerzas limitadas que dejaba al descubierto Alcañiz, Tortosa y Tarragona, no fue del agrado de Madrid y más cuando circulaban todo tipo de avisos que alertaban de inminentes ataques franceses precisamente sobre esas plazas.

Los gobernadores militares de Tortosa y Tarragona, siempre faltos de todo, ya habían advertido repetidamente que, si la ofensiva enemiga lograba ejecutarse, esta tendría fatales consecuencias. Por ejemplo, a pesar de su importancia estratégica, la plaza tortosina contó habitualmente con una guarnición de soldados por debajo del millar, cuando en caso de peligro eran necesarios 3.000 e incluso 4.000 para garantizar su defensa (CAMARERO PASCUAL, 2015, pp. 345-346).

Los rumores y las intenciones del enemigo se concretaron finalmente en el verano de 1648. En junio Tortosa fue puesta bajo asedio, mientras una avanzadilla continuó hasta Ulldecona para obstaculizar cualquier ayuda remitida desde Valencia. Lo cierto es que fue imposible socorrer la plaza. Las levadas castellanas que debían haber aumentado su guarnición se desviaron hacia Italia y tampoco se pudo contar con los 1.200 valencianos del servicio de Cortes dada la crisis demográfica provocada por la peste.

Melo intentó desplazarse lo más rápidamente posible hacia el sur, para unir su pequeño ejército de campaña con las que el virrey conde de Oropesa fuese capaz de movilizar en el reino de Valencia y juntos,

socorrer Tortosa. El punto de encuentro se estableció en Traiguera. De allí se pasaría en primer lugar a Uldecona, lo que obligaría al enemigo a desviar fuerzas hacia allí si quería frenarles en su avance, aliviando así la situación de los sitiados.

Aunque una veintena de piezas de artillería castigaron las murallas tortosinas hasta abrir brecha, la plaza terminó cayendo rápidamente a causa de una negligencia de los defensores. Tortosa se perdió el 14 de julio, mucho antes de lo que se esperaba que pudiera resistir, sin dar tiempo para organizar ningún socorro efectivo con tropas y fuerzas navales. En consecuencia, la acción combinada de Melo y Oropesa quedó incompleta. El primero cumplió los plazos que había prometido y llegó hasta Traiguera. Por su parte, el virrey valenciano consiguió movilizar a cerca de 4.000 hombres, pero pasada la ocasión, estos se deshicieron con rapidez y no fue posible mantener su despliegue (CAMARERO PASCUAL, 2015, pp. 399-400).

Cedía así el último baluarte que protegía la frontera norte del reino de Valencia, cuyo acceso quedaba peligrosamente abierto, a lo cual cabía añadir las noticias relativas a una posible intentona sobre Morella (ACA, CA, leg. 559, exp. 18; leg. 605, exp. 5).

La dirección de la guerra tampoco fue la más adecuada. Francisco de Melo asumió el virreinato aragonés y el mando del ejército, pero no así en el reino de Valencia, donde el virrey conde de Oropesa, como capitán general, conservó sus preeminencias militares. Además, podía tomar decisiones relativas a las asistencias de Tarragona sin consultar previamente con Melo. Esta dualidad, que no fue del agrado de ninguno de los protagonistas, generó ciertos desencuentros y llegaron a emitirse

órdenes contradictorias (CAMARERO PASCUAL, 2015, pp. 408-409). A Melo se le culpó de la pérdida de Tortosa, al haber comprometido las escasas fuerzas disponibles en atacar la otra punta de Cataluña. Este y otros desencuentros con Madrid se resolvieron con su sustitución inmediata del mando en favor de Juan de Garay.

Todos estos acontecimientos despertaron profundos temores en Madrid y Valencia. La primera línea defensiva del reino, formada por Sant Mateu, Traiguera y Vinaròs, era particularmente débil y nada podría hacerse ante un ataque de tales características. Como hemos mencionado anteriormente, si los franceses apostaban por una invasión de entidad sobre el reino de Valencia, no podrían ser detenidos hasta la plaza fuerte de Peñíscola o quizás hasta la propia capital. Incluso Vinaròs, a pesar de haberse convertido en un importante centro logístico, carecía de las defensas necesarias (HERNÁNDEZ RUANO, 2018b y 2019)³⁶⁵.

No obstante, habían otros factores que favorecían la defensa del reino de la Valencia. Dotado de una larga línea de costa, el territorio podía ser socorrido por mar. Por el oeste, las montañas del Maestrazgo eran impracticables y el paso lo cerraba, desde lo alto de una posición fácilmente defendible, el castillo de Morella. De este modo, situado entre la montaña y el mar, el frente terrestre que debía defenderse no era demasiado amplio, al contrario de lo que ocurría en el caso aragonés.

365 Dado el súbito peligro al cual se veía ahora expuesto Vinaròs, se decidió enviar a Joan de Castelví, maestre de campo de la Milicia Efectiva, para que asumiera su gobierno.

La necesidad de presidir Tortosa y la presencia de la peste en el norte valenciano disuadieron a los franceses de avanzar más hacia el sur. En cualquier caso, desde Tortosa como base de operaciones, podrían aprovechar la vulnerabilidad y permeabilidad de la frontera valenciana para obligar a desviar recursos hacia allí y facilitar así su avance en el frente aragonés, en el cual de momento había sido detenido. De este modo la guerra, que ya duraba ocho años, todavía podría alargarse mucho más. Felipe IV animó a los estamentos del reino a implicarse y contribuir más que nunca en su propia defensa y en la de la Monarquía: Tortosa debía recuperarse inmediatamente.

Era más fácil decirlo que hacerlo. La prolongación de la guerra y las continuas asistencias en ayuda de las plazas y ejércitos del rey había desgastado enormemente las finanzas del reino. Los virreyes no podían obtener más de las rentas y derechos reales, los oficiales acumulaban retrasos de muchos meses en sus sueldos y la deuda se incrementó tanto que no era posible encontrar a nadie que quisiera adelantar y prestar dinero. Ya en 1644, durante el asedio de Tarragona, se evidenció que la capacidad de asistencia valenciana estaba llegando a su límite, lo que ponía en serio peligro el antemural que lo protegía del enemigo.

Al igual que había ocurrido al inicio de la guerra, la conservación del reino de Valencia volvía a suponer un delicado desafío. No obstante, a pesar de la grave amenaza que parecía cernirse inminentemente sobre ella, lo cierto es que la mayor parte de los esfuerzos se dedicaron a reforzar al ejército del frente aragonés y la frontera valenciana volvió a ser la peor asistida (ACA, CA, leg. 560, exp. 13/3, 13/5). La Monarquía no poseía liquidez para ejecutar las obras de fortificación que eran

necesarias y para contar con el dinero del reino se debía superar una negociación y unos plazos que llevarían tiempo, precisamente de lo que más se carecía ante la inminencia de la nueva campaña.

Desde Madrid se prometieron 30.000 escudos, pero casi la mitad se consignaron a otros menesteres antes de llegar a Valencia con mucho retraso, el 28 de febrero. Las deudas acumuladas eran enormes y apenas permitieron cubrir lo más inmediato. A finales de abril se detuvieron las obras de fortificación en Traiguera «y llega a faltar lo preciso para el sustento de la gente». Los pocos soldados regulares con los que se contaba se vieron obligados a robar por los caminos para sobrevivir (ACA, CA, leg. 560, exp. 13/7 y 13/17). Al menos pudo contarse desde octubre de 1648 con la veteranía del barón de Seebach, quien tendrá una actuación muy destacada en la defensa de las tierras valencianas.

Esta era la situación en la frontera valenciana entre finales de 1648 y principios de 1649. Los meses pasaban sin que las muchas carencias defensivas observadas fuesen reparadas. Se preveía una campaña desastrosa, pero el curso de los acontecimientos resultó favorable. Francia también sufría las consecuencias de la prolongación de la guerra. Las levadas continuas, las intrigas políticas por el poder y la alta presión fiscal generaron un creciente descontento contra el gobierno del cardenal Mazarino que terminó por estallar en las calles de París en 1648. Esta serie de conflictos internos conocidos como La Fronda, sacudieron irremediabilmente Francia hasta 1653 (PERNOT, 2012). Dificultades afectaron irremediabilmente a la capacidad militar que podía desplegar en Cataluña, hasta el punto de que «la conquista de

Tortosa sería la última acción bélica ofensiva desarrollada por el ejército franco-catalán» (CAMARERO PASCUAL, 2015, p. 415).

Por su parte, Felipe IV había conseguido superar una profunda crisis y a finales de 1648 estaba en una mejor posición de partida. Las revueltas de Nápoles y Sicilia habían sido reprimidas con éxito y al reconocer la independencia de las Provincias Unidas, cerró así el pozo sin fondo del frente flamenco. Aunque permanecía abierta la rebelión portuguesa (DORES COSTA, 2004), la recuperación de Cataluña pasó a constituir la prioridad de la Monarquía, en un conflicto donde podía explotar la ventaja de combatir cerca de sus propias bases. Las levadas para la campaña de 1649 no cambiaron de destino e incluso llegaron a desplegarse en el frente catalán tropas extrapeninsulares (irlandeses, napolitanos, valones), muy apreciadas por su calidad.

La acción diversiva de Sant Mateu

Las circunstancias anteriormente mencionadas explican el rápido avance del ejército de Juan de Garay hacia Barcelona. Hasta finales de septiembre no pudo ponerse en marcha, pero avanzó desde Lleida hasta Vilafranca del Penedès (puntos 12-22 del MAPA 1) prácticamente sin encontrar resistencia alguna y logró conectar con las tropas del gobernador de Tarragona (GÜELL I JUNKERT, 2007; CRISTÒFOL ESCORSA, 2011).



Mapa 1

El líder militar francés, Ferdinand de Marchin, contaba con un ejército de campaña muy pequeño. Tan solo pudo ponerse a la defensiva, con el objetivo principal de cubrir adecuadamente los accesos hasta Barcelona, la cual se veía repentinamente amenazada por la cercanía de las armas felipistas, algo que no sucedía desde 1641. Mermada su capacidad de respuesta, se decidió entonces por realizar una acción diversiva sobre el reino de Valencia, el frente considerado más débil. De hecho, en junio la villa de Rosell había sido saqueada con facilidad. El objetivo de esta maniobra era obligar a Garay a desviar su atención y tropas de Barcelona.

Estas fueron las instrucciones que recibió el mariscal de campo Josep d'Ardena, cuyas tropas fueron reforzadas con soldados procedentes de las guarniciones francesas de Flix y Tortosa, hasta reunir aproximadamente a 1.800 infantes, 800 caballos y 2 piezas de artillería. Una concentración de fuerzas en Ulldescona que el gobernador de Tarragona se apresuró a informar a Garay y al virrey de Valencia a

finales de octubre (ACA, CA, leg. 662, exp. 11/5; HERNÁNDEZ RUANO, 2013b).

Los primeros movimientos de la invasión resultaron todo un éxito. Debemos tener en cuenta de que el ataque se produjo, además, fuera de la tradicional estación de campañas. Desde la pérdida de Tortosa se había temido un ataque de envergadura sobre el norte valenciano y en previsión de ello, el virrey se desplazó hasta la frontera. En agosto, pasado el saqueo de Rosell, ya había regresado a Valencia. Las guarniciones estaban muy mermadas y se preparaban para pasar el invierno.

Parte de la caballería enemiga se adelantó para explorar el terreno y cubrir el avance. Seebach estableció contacto visual con algunos de ellos en el camino real cerca de Sant Mateu y La Jana el 2 de noviembre. Sucesivas informaciones le brindaron un conocimiento bastante aproximado de las fuerzas invasoras: 2.500-3.000 infantes, 600 caballos y 6 piezas de artillería. Advirtió rápidamente al virrey de que la presencia de artillería y la cantidad de bagaje que transportaba el enemigo delataba que no se trataba de una incursión menor como la acaecida pocos meses antes en Rosell. Igualmente acertaría en sus intenciones: “La viva diversión que quiere hazer en este reyno ha de comenzar por Sant Matheo” (ACA, CA, leg. 559, exp. 22/8).

En efecto, tras mantener la distancia con Seebach y reconocer los caminos de la zona, la caballería enemiga se retiró para unirse con el resto de sus fuerzas en las proximidades de Traiguera. Si bien la fortaleza no estaba terminada, Ardena prefirió evitarla y atacar objetivos más fáciles para hacer cundir el pánico y obtener botín. Los

soldados enemigos cayeron por sorpresa sobre las poblaciones del norte del reino. La primera de ellas fue Sant Jordi (Mas dels Estellers) el mismo día 2. Al día siguiente Càlig y La Jana corrieron idéntica suerte (ACA, CA, leg. 662, exp. 11/11). El día 5 llegaron hasta La Salzadella, que a la postre supondrá el lugar más meridional que lograron alcanzar. Dos días después el enemigo empezó a reunirse en torno a Sant Mateu. Aunque contaba con pocas fuerzas y las fortificaciones no eran sólidas, el barón de Seebach decidió encerrarse allí y resistir.

Apenas el virrey conde de Oropesa conoció tales noticias, se aprestó en organizar la defensa para detener los progresos del enemigo primero y posteriormente, expulsarlo. Convocó inmediatamente a las compañías del batallón de la Milicia Efectiva, incluso de las situadas más al sur de la capital del Túria (Archivo Municipal de Castellón (AMC), Cartes rebudes, 2, *el conde de Cirat a los señores Justicia y Jurados de Castellón de la Plana*, 7-XI-1649; MORA CASADO, 2014, pp. 627-629). Por otra parte, para animar la participación de la nobleza, avanzó hasta Nules, desde donde coordinaría todas las maniobras. Posteriormente enviaría una lista con todas las personas que le acompañaron en esta apretada ocasión, así como de los maestros de campo de la milicia que habían partido a otros lugares para reclutar las compañías bajo su mando (ACA, CA, leg. 559, exp. 19/3; leg. 734, exp. 11/1).

Aun cuando el batallón contaba con una reforma relativamente reciente, lo cierto es que volvieron a repetirse las carencias ya observadas en 1642. Cualquier éxito o corrección lograda por la misma no se había consolidado en el largo plazo. Los hombres se reunieron

con peligrosa lentitud mientras el enemigo ya disponía de fuerzas formadas en movimiento. Esto fue particularmente notable en las compañías de los tercios más meridionales, puesto que se añadía el problema de la distancia. De hecho, de la capital solo pudo salir una hueste de 300 estudiantes voluntarios que ni tan siquiera pudieron participar en la campaña: a la altura de Castelló de la Plana dieron media vuelta al no ser ya necesarios (GAVALDÀ, 1651, pp. 170-171).

No obstante, no debemos olvidar el contexto en el cual se produjo esta lentitud. El reino todavía sufría las consecuencias del reciente brote pestífero y sin duda, fue una circunstancia que contribuyó a incrementar las resistencias y dilatar los plazos. Las compañías estaban incompletas, ya fuese por la desidia de los capitanes o el reciente fallecimiento de sus integrantes. Tuvieron que realizarse sorteos y otros procedimientos para alcanzar los cupos determinados por una nueva obligación militar, lo que tampoco ayudó demasiado. Oropesa admitía que tuvo que enviar “a diferentes ministros de la Audiencia a convocar las milicias... para que con su inteligencia y su autoridad adelanten la negociación con los lugares y la marcha de la gente”, pues hacerlo a través de los oficiales ordinarios consumiría todavía más tiempo (ACA, CA, leg. 662, exp. 11/9-10).

En muchas villas y lugares los hombres se negaron a acudir, pero para no faltar al servicio, se enviaron soldados alquilados a tal efecto, mientras los verdaderamente alistados permanecían en sus casas. Esta era una práctica doblemente perniciosa. Por un lado, entre las tropas regulares no faltaron aquellos que abandonaron sus banderas para ofrecerse como sustitutos y hacerse así con una fácil ganancia. Por el

otro, una vez obtenido dicho dinero, desaparecía el incentivo y muchos huyeron a la primera oportunidad que se les presentó, todo ello en detrimento de la calidad y número de las tropas que las villas y lugares del reino remitían al frente. El virrey trató en vano de castigar semejante práctica, pero la emergencia militar supuso un condicionante negativo demasiado fuerte.

Los estamentos del reino ofrecieron servir con 4.000 ducados, pero serían sus electos quienes distribuirían el dinero y este debía descontarse del servicio votado en Cortes, lo que fue del desagrado del virrey. Considerado todo lo anterior, y ante las escasas “demostraciones que pedía la obligación de la propia defensa”, Oropesa solicitó socorros urgentes a Madrid y a Garay para oponerse al enemigo, precisamente lo que los franco-catalanes pretendían que hiciera (ACA, CA, leg. 559, exp. 19/4 y 22/7; leg. 662, exp. 11/9-10).

El 9 de noviembre, una vez emplazada, la artillería comenzó a disparar contra las murallas de Sant Mateu. Estas fueron castigadas con más de cien cañonazos hasta que se consiguió abrir una ancha brecha. Ante la inminencia del asalto, el barón de Seebach se replegó al interior y desplegó a sus mejores tropas para cubrir dicha apertura. El enemigo se dispuso entonces a volar las puertas para abrir nuevos accesos, pero la experiencia de Seebach se adelantó: cuando se aproximó, las encontraron abiertas y bien defendidas con terraplenes. Y también se pudo constatar que dentro de Sant Mateu había más gente de la esperada y, sobre todo, bien dispuesta y preparada para resistir.

El cerco no había sido completo, lo que resultó determinante al permitir la entrada de refuerzos. Ardena había perdido más tiempo del

previsto y este no dejaba de correr a favor de los defensores, cuyas fuerzas iban en aumento y nuevos socorros estaban ya en camino. Le inquietaban especialmente los rumores de que en Vinaròs la armada real había desembarcado nada menos que a 5.000 hombres. No iba desencaminado: el día 4 Garay había bajado hasta Tarragona e hizo embarcar alrededor de un millar de soldados para detener la invasión del reino de Valencia. La armada se desplazó a Peñíscola, a la espera de instrucciones que la dirigieron rápidamente hacia la frontera norte. Por su parte, Garay escribió a Oropesa que emprendería a su vez otra acción diversiva como respuesta, aproximándose hasta Flix, “teniendo por cierto que esta diversión llamaría las tropas que infestaban el reino de Valencia” (ACA, CA, leg. 662, exp. 11/1-2 y 11/9-10).

Para Ardena, el riesgo de quedar atrapado en una maniobra envolvente por parte de ambas fuerzas estaba bien presente. Aunque lograrse tomar Sant Mateu, no podría conservar aquella posición y se incurría de nuevo en el peligro de quedarse acorralado. Esperar a confirmar los rumores y saber más sobre las fuerzas que realmente se estaban aproximando, con artillería que limitaba su movilidad, era igualmente arriesgado. Su objetivo no era comprometer a sus hombres en ninguna acción de desgaste o combate resolutivo con tan pocas garantías y beneficio como aquel, por lo que decidió que lo más prudente era retirarse ordenadamente antes de que fuera demasiado tarde. En su camino de regreso a Cataluña saqueó Canet lo Roig.

Con la seguridad de contar con refuerzos en camino, Seebach salió tras él con hombres de Sant Mateu y Traiguera para intentar obstaculizar el repliegue enemigo todo lo posible e intentar acorralarlo

con las tropas que presumiblemente avanzaban desde Vinaròs y Peñíscola. El virrey siguió remitiendo gente al frente con este mismo objetivo, como los 300 hombres del tercio de Onda enviados recientemente por su maestre de campo, el conde de Cirat (ACA, CA, leg. 559, exp. 19/1-2; leg. 560, exp. 13/18).

Sant Mateu había resistido y el enemigo, que amenazaba con desbordarse sobre el norte del reino, se batía ahora en retirada. Era difícil ocultar el júbilo y la alegría (ACA, CA, leg. 560, exp. 13/21; leg. 662, exp. 11/6 y 11/8; ARV, Generalitat, 1959, Lletres missives 1648-1658, f. 6r). La temeraria decisión de Seebach, que bien pudo costarle el cautiverio o la vida, resultó acertada: frenó el avance enemigo y evitó que Sant Mateu y otras villas fueran saqueadas. En verdad, a lo largo del sitio no habían dejado de entrar refuerzos de forma intermitente. Por ejemplo, don Gerardo Cervellón, maestre de campo de uno de los tercios de la ciudad de Valencia, logró introducir en ella nada menos que a 300 infantes, número que contribuyó a disuadir el asalto enemigo. El Justicia de Castelló de la Plana también logró atravesar las líneas enemigas el día 9, cuando la villa estaba siendo batida por la artillería enemiga, junto con 25 jinetes (ACA, CA, leg. 662, exp. 11/9-10; leg. 729, exp. 13/1-2).

La victoria no fue completa porque Ardena se escapó con sus tropas: el día 11 ya se encontraba acampado en Ulldecona. No podía bajarse la guardia porque el enemigo aún estaba cerca, organizado y contaba con un buen número de fuerzas montadas, cuya movilidad le permitía una amplia capacidad de acción. Además, había dejado tras de sí guarniciones en Càlig y Canet lo Roig. Desde el frente Seebach

continuó remitiendo peticiones de municiones, artillería y otros pertrechos de guerra (ACA, CA, leg. 662, exp. 11/1-3).

Previsiones acertadas, porque tras reagruparse y obtener tropas de refresco, Ardena volvió a invadir el norte del reino entre el 17 y 19 de noviembre. Al parecer, pretendía asegurarse la iniciativa tras destruir a la poca caballería presente, entrar en Sant Mateu y alojar allí a sus fuerzas durante el invierno, imponiendo contribuciones a todas las poblaciones del Maestrazgo dentro del alcance de sus tropas montadas. Sabía que la armada había desembarcado a menos de 1.500 infantes y que gran parte de ellos se encontraban en Benicarló, desde donde la flota se había alejado, presumiblemente con ellos a bordo. Realmente la flota se había retirado a Mallorca a por víveres, pero en todo caso, se encontraban demasiado lejos como para llegar a Sant Mateu a tiempo.

El riesgo era asumible y la apuesta contaba con probabilidades de éxito. Por aquel entonces Seebach lamentaba que los soldados de la armada se estaban deshaciendo con rapidez, unas deserciones en parte justificadas por el agravio que sentían al ver cómo a los soldados naturales del reino se les entregaba cada día real y medio diario cuando ellos pasaban meses sin socorro alguno. Conocida la nueva entrada del enemigo, instó al virrey que solicitase más refuerzos a Garay, «pues no tenemos otro recurso para remediar esta evidente ruina». Un parecer compartido por el conde de Oropesa, quien tampoco se fiaba de los milicianos: «Conozco la calidad destes soldados, y sé que no quedará uno a la primera necesidad» (ACA, CA, leg. 560, exp. 13/24-25).

Oropesa solicitó a los estamentos del reino nuevos medios para rechazar al enemigo, cuyos movimientos revelaban ahora «mayores

designios que el de la diversión». Estos ampliaron los poderes de los electos elegidos en 1648 en materia de fortificaciones para dilucidar los medios que debían aplicarse en la defensa del norte del reino. Particularmente resultaba preciso incrementar las fuerzas de caballería para contrarrestar a la enemiga. La respuesta fue desigual. Algunos lugares, como Xixona, sirvieron enteramente con soldados, mientras que otros, como Alcoi, combinaron hombres y dinero (50 hombres y 600 libras). Alicante, por la despoblación que sufría, contribuyó con 1.000 libras (ARV, Real Cancillería, 540, ff. 146r-148v y 151r-152r).

Sin embargo, en aquella ocasión las tropas de Ardena tuvieron dificultades para moverse y actuar por la intensa lluvia que cayó aquellos días. Y las fuerzas en su contra habían aumentado considerablemente respecto a su primera invasión. Sant Mateu se reforzó con soldados de la armada y las compañías de caballos de la costa. Otros lugares vulnerables, como Vinaròs, contaban ahora con guarniciones: hasta allí se había desplazado el conde de Cirat con 500 milicianos. Conocido el regreso del ejército de Garay a Lleida el día 15, recibió órdenes para retirarse completamente de territorio valenciano. La última población valenciana en sufrir la ira de los soldados de Ardena antes de su retirada fue Xert, saqueada el día 18. Solo en este lugar sus vecinos contabilizaron daños superiores a las 21.000 libras (ACA, CA, leg. 559, exp. 20/1).

No por ello se desactivaron las alarmas. Seebach advirtió de que Ardena había alojado sus tropas en Tortosa, Flix y la ribera del Ebro, por lo que daba por seguras nuevas incursiones de su caballería. Mayores asistencias de Francia para el frente catalán se esperaban con

la llegada del nuevo virrey francés Louis de Bourbon, duque de Vendôme y Mercoeur, prometido con una sobrina del cardenal Mazarino (ACA, CA, leg. 560, exp. 13/1-2). Sin la ayuda francesa Ardena había puesto de manifiesto la vulnerabilidad de la frontera del reino de Valencia, por lo que cabía esperar mayores progresos del enemigo si estos refuerzos estaban disponibles para la siguiente campaña.

Consecuencias de la campaña de 1649

La línea defensiva del norte valenciano, frente a las bajas expectativas, había logrado resistir y rechazar la invasión enemiga. Esta, no obstante, no había sido en vano. Tal y como admitió el virrey conde de Oropesa, las pérdidas entre las fuerzas enemigas habían sido muy reducidas (CRISTÒFOL ESCORSA, 2011, p. 26). Y en el contexto general de la guerra, aunque debilitado, el ejército francés consiguió mantener sus posiciones en Cataluña, por lo que la campaña de 1649 acabó finalizando para Madrid con un regusto amargo. No faltaron tampoco acciones propagandísticas francesas que exageraron el alcance y el éxito de la ofensiva de Ardena. Su acción había constatado la facilidad para entrar en Valencia, lo que podía ser muy peligroso en lo venidero con Tortosa como plaza de armas.

Esta era la principal preocupación del virrey conde de Oropesa. No dudaba de que el enemigo, de acuerdo con la experiencia obtenida, ejecutaría de nuevo acciones semejantes, “conociendo quan poderoso medio es este para divertir los progressos del exército de Cataluña”. Repitió sus misivas relatando cómo estaba «aventurada la frontera y los

pobres lugares avanzados sujetos a las correrías del enemigo». Las cortas sumas de dinero que se le remitieron se habían consumido sin que hubieran supuesto alivio alguno para las deudas que se acumulaban. Para la segunda entrada de Ardena, tuvo que requerir a servicios de particulares para paliar la carestía de granos e incluso retener 10.000 escudos destinados para el ejército de Aragón (ACA, CA, leg. 896, exp. 46).

Insistió en la necesidad de terminar las obras de fortificación de Traiguera y contar con tropas regulares que guarneciesen de ordinario la frontera para disuadir al enemigo: al menos 1.000 infantes y 400 caballos. En caso contrario, volverían a sufrirse saqueos y correrías del enemigo y lo más importante, no “podrá el ejército continuar sus operaciones sin la presión de dividirse llamado de semejantes accidentes” (ACA, CA, leg. 559, exp. 19/1-2 y 24; leg. 560, exp. 13/27 y 13/32).

Los estamentos del reino también presentaron en Madrid diversos memoriales sobre la indefensión de la frontera. Suplicaron la devolución de armas prestadas por la Generalitat en años precedentes y en particular, arbitrios que permitieran tener siempre dispuesta cierta suma de dinero para poder movilizar y socorrer a la milicia con rapidez. Sin esta reserva no se podría recurrir a los soldados del batallón, lo cual “no solo redundaría en daño de todo el reino, pero también en descrédito de los naturales del, porque las otras naciones no sabiendo la causa... la podrían atribuir a remisión, o descuido” (ACA, CA, leg. 559, exp. 21 y 23/1; leg. 560, exp. 15/1-6).

Disponer de tropas regulares en la frontera era la solución más conveniente y compartida por el propio Consejo de Aragón. La urgencia bélica en el norte del reino permitiría alojar allí a parte del ejército, lo que aliviaría la carga sobre Aragón. Era una oportunidad que debía aprovecharse, puesto que sin este peligro de invasión alojar tropas en el reino de Valencia “lo suelen llevar mal y lo previnieron en las condiciones del servicio”. Pero la Monarquía debía determinar prioridades y concentrar sus limitados recursos en los frentes y acciones consideradas más estratégicas. Los soldados debían empeñarse en la recuperación de Cataluña y la defensa del reino de Valencia se confió principalmente, una vez más, en las fuerzas propias que este fuese capaz de movilizar. Por lo tanto, se solicitó al virrey que tomase «algunas disposiciones de tal calidad que siempre que llegue la ocasión esté prompta la gente para marchar y acudir con brevedad al socorro de la frontera» (ACA, CA, leg. 662, exp. 11/13-14).

La actuación del batallón de la Milicia Efectiva en la campaña anterior no había sido satisfactoria. Como si fuera una vieja máquina oxidada, se había puesto finalmente en marcha, pero había costado demasiado tiempo ponerla en movimiento y su rendimiento no era el óptimo. El retraso bien pudo haber tenido fatales consecuencias y muchos otros lugares podrían haber sido destruidos y saqueados. Además, era de suponerse que todas estas carencias también eran conocidas por el enemigo tras haber tanteado sus capacidades defensivas con su invasión.

Resulta comprensible que la prolongación de la guerra hubiera minado la voluntad y los ánimos entre los hombres que formaban las

compañías del batallón. Desde el inicio del conflicto, como hemos visto anteriormente, fueron convocados y movilizados en repetidas ocasiones. Por si fuera poco, su encuadramiento pasó de ser voluntario a constituir una nueva obligación militar. Más que milicianos, se extendió entre ellos la apreciación de que realmente eran soldados ordinarios. La distancia, el peligro del combate y el agotamiento de las salidas anteriores disuadieron a muchos de acudir cuando fueron llamados a Sant Mateu, lo que dilató los tiempos y redujo la calidad de la tropa.

Era preciso, por tanto, ejecutar una nueva reforma del batallón. El proyecto fue presentado por el virrey apenas unos meses después: se quería acortar los plazos al máximo en previsión de la siguiente campaña. Los objetivos fundamentales eran evitar los estragos del enemigo, hacer “más prompta la salida de la gente» y que no «se compren ni se vendan soldados”. El medio principal para conseguir todo aquello sería reducir la carga que suponía el servicio en la milicia repartiéndolo de la forma más equitativa posible de forma que tocase «a todos por igual» (ACA, CA, leg. 556, exp. 13/23).

Para asegurar su operatividad, se redujo el tamaño del batallón de 8.000 a 5.000 hombres. Los batallones precedentes, de mayor fuerza numérica, no se habían completado y el reino se hallaba despoblado por la peste. Se estableció un sorteo anual del cupo asignado en cada municipio entre los hombres aptos para el servicio, de modo que nadie pudiera repetir hasta que todos los demás hubieran sido llamados.

La nueva pragmática que establecía los “Tercios del socorro de la frontera y defensa del reino” mientras durase la guerra fue publicada el

20 de abril de 1650. Su mayor novedad consistía en que se admitía la posibilidad de operar fuera de los límites geográficos del reino: podrían ser sacados “para la recuperación de Tortosa, y su defensa” (ACA, CA, leg. 556, exp. 13/18-22).

Las nuevas obligaciones militares en las Cortes de 1645 y en el nuevo batallón de 1650 vinieron a dar sobrado cumplimiento a una conveniencia que ya avanzó el Consejo de Aragón en 1641: “Mientras aquella provincia [Cataluña] no se aquieta, difícilmente podrá asistir su virrey a Tortosa, con que viene a ser preciso conservarla debaxo del cuidado del virrey de Valencia” (ACA, CA, leg. 558, exp. 26/1).

Conclusiones

En una guerra de desgaste como la que derivó la guerra franco-española por la hegemonía continental y en particular el frente catalán, las acciones diversivas adquieren una destacada relevancia en la estrategia general. Estas tienen por objetivo, tal y como su nombre indica, la diversión de las fuerzas enemigas, dirigir su atención para dividir las y debilitarlas. Con ello se puede obtener una libertad de movimientos en otro frente sobre el cual realmente se desea realizar el ataque, privar al enemigo de la iniciativa o mantenerlo alejado de posiciones consideradas más relevantes estratégicamente para quien las ejecuta. Las acciones diversivas suponen, por tanto, evitar que el enemigo concentre tropas en el tiempo y en el espacio, obligarle a maniobras y contramaneobras, presionar su aparato logístico, imponer fatigas, esfuerzos y privaciones a sus tropas.

La victoria en una guerra de desgaste implica asegurarse que el adversario sufra tanto o más que uno mismo en el curso del conflicto. El objetivo es el colapso de su logística, el agotamiento de sus reservas estratégicas e incapacitarle para mantener la lucha por más tiempo. Es en estos ámbitos donde las acciones diversivas se distinguen por su idoneidad: obtener el máximo beneficio con la mayor economía de tropas posible. Si bien menos espectaculares que los combates, se ejecutan para asegurarse el triunfo en unas dimensiones de la guerra de mayor escala, el tiempo y el espacio, factores que a medio y largo plazo pueden suponer más pérdidas que la mayor de las batallas.

Durante gran parte de la guerra de recuperación de Cataluña el reino de Valencia fundamentó su defensa en el antemural que representaban las plazas de Tarragona y Tortosa. Cuando esta última cayó en poder del enemigo, toda esta estrategia se vino abajo y el reino quedó particularmente expuesto. La brecha fue aprovechada rápidamente por las tropas franco-catalanas en un momento de especial vulnerabilidad. No lograron penetrar en el reino de Valencia todo lo que hubieran querido ni consolidaron a la postre este nuevo frente, pero para la campaña de 1649 consiguieron que Garay desviara tropas que bien podrían haberse empleado en su progresión hacia Barcelona o en la conservación de alguna conquista.

La invasión del norte del reino de Valencia de 1649 ofrece diferentes lecturas. Supone un ejemplo paradigmático de una acción diversiva en el contexto de una guerra y una estrategia de mucho mayor alcance. Si bien fue una ofensiva menor, anecdótica en las obras y reflexiones generales sobre la guerra, supuso un episodio extraordinario desde el

punto de vista local. Generó un gran impacto en la sociedad valenciana y tuvo notables consecuencias defensivas.

La campaña de 1649 también supuso un punto de inflexión en el conflicto catalán. En su regreso, las tropas de Ardena esparcieron la peste en Tortosa y la ribera del Ebro. La ofensiva de Garay permitió verificar que el descontento entre los catalanes contra el dominio francés era más que evidente. Sobre estas bases se desarrolló la brillante campaña de 1650 que se cobró piezas importantes como Miravet, Flix y Tortosa. En ella, la implicación del reino de Valencia alcanzó su punto culminante: 5.000 hombres de los tercios del socorro y 1.200 del servicio a Cortes. Al asegurarse así una contribución ordinaria valenciana, cambiaron igualmente las relaciones entre rey y reino: las Cortes de 1645 fueron las últimas de la época foral. Terminó también la separación del gobierno militar valenciano cuando el marqués de Mortara asumió el mando de todas las tropas implicadas en la recuperación de Cataluña.

Bibliografía

- CAMARERO PASCUAL, R. (2015): *La Guerra de Recuperación de Cataluña, 1640-1652*, Actas, Madrid.
- CONTRERAS GAY, J. (2003): “La organización militar en la época de la decadencia española (1640-1700)”, en *Millars, Espai i història*, 26, pp. 131-154.
- CRISTÒFOL ESCORSA, P. (2011): “La campanya sobre Catalunya de 1649 (segons Pèire de Marca)”, en *A Carn! Publicació electrònica d'Història Militar Catalana*, IIIr número extraordinario, pp. 4-52.
- DORES COSTA, F. (2004): *A Guerra da Restauração, 1641-1668*, Livros Horizonte, Lisboa.
- ESPINO LÓPEZ, A. (2007): *Guerra, fisco y fueros. La defensa de la Corona de Aragón en tiempos de Carlos II, 1665-1700*, Universitat de València, Valencia, pp. 29-124.
- ESTEBAN ESTRÍNGANA, A. (ed.) (2012): *Servir al rey en la Monarquía de los Austrias. Medios, fines y logros el servicio al soberano en los siglos XVI y XVII*, Sílex, Madrid.
- FELIPO ORTS, A. (2010): “Servicios y donativos de la ciudad de Valencia a la monarquía durante la revuelta catalana”, en *Studia historia. Historia moderna*, 32, pp. 305-333.
- GAVALDÀ, F. (1651): *Memoria de los sucessos particulares de Valencia y su reino, en los años mil seiscientos quarenta y siete, y quarenta y ocho, tiempo de peste*, Silvestre Esparsa, Valencia.
- GIL PUJOL, F. X. (1992): “Conservación y defensa como factores de estabilidad en tiempos de crisis: Aragón y Valencia en la

- década de 1640”, en ELLIOTT, J. H.; VILLARI, R.; HESPANHA, A. M.; ANATRA, B.(Eds.): *1640. La Monarquía Hispánica en crisis*, Cátedra, Barcelona, pp. 44-101.
- GÜELL I JUNKERT, M. (2007): “Juan de Garay, capità general de l'exèrcit de Catalunya (1649-1650)”, en *Aplec de treballs*, 25, pp. 59-80.
- GUIA MARÍN, LL. J. (1984): *Cortes del reinado de Felipe IV, vol. II: Cortes valencianas de 1645*, Universitat de València, Valencia.
- GUIA MARÍN, LL. J. (2008): “Defensa de la costa y control del territorio. La organización defensiva del País Valenciano durante el siglo XVII», en ANATRA, B; MELE, M. G. R.; MURGIA, G., SERRELI (Eds.) (2008): «*Contra moros y turcos*». *Politiche e sistemi di difesa degli stati della corona di Spagna in età moderna*, vol. I, ISEM-CNR, Cagliari, pp. 275-292.
- HERNÁNDEZ RUANO, J. (2013a): *Peñíscola inexpugnable. La fortaleza y el Mediterráneo desde Carlos V a Alfonso XIII*, 4Colors, Vinaròs.
- HERNÁNDEZ RUANO, J. (2013b): “Incursiones y operaciones navales franco-catalanas sobre la frontera valenciana durante la Guerra dels Segadors. La invasión de don Josep d'Ardena (noviembre de 1649)”, en *Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo*, 89, pp. 6-45.
- HERNÁNDEZ RUANO, J. (2018a): “En busca del privilegio: el norte valenciano y el servicio a la monarquía durante el siglo

XVII”, en AMELANG, J. S.; ANDRÉS ROBRES, F.; BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, R.; FRANCH BENAVENT, R.; GALANTE BECERRIL, M. (Eds.): *Palacios, plazas, patíbulos. La sociedad española moderna entre el cambio y las resistencias*, Tirant humanidades, Valencia, pp. 577-588.

HERNÁNDEZ RUANO, J. (2018b): “«La muralla de los estados de vuestra excelencia». La fortaleza de Traiguera y los proyectos para la defensa de la frontera valenciana (1640-1650)”, en FORTEA PÉREZ, J. I.; GELABERT GONZÁLEZ J. E.; LÓPEZ VELA, R.; POSTIGO CASTELLANOS, E. (Coords.): *Monarquías en conflicto. Linajes y noblezas en la articulación de la Monarquía Hispánica*, FEHM-Universidad de Cantabria, Madrid-Santander, pp. 207-221.

HERNÁNDEZ RUANO, J. (2019): “La fortificación del reino de Valencia en la década de 1640 a la luz de la revolución militar”, en *Estudis. Revista de Historia Moderna*, 45, pp. 197-224.

HIERONI TARAÇONA, P. (1580): *Institucions dels furs, y privilegis del Regne de Valencia eo summari e reportori de aquells*, Pedro de Guete, Valencia.

MORA CASADO, C. (2014): “Un estudio sobre las milicias locales en el reino de Valencia en el siglo XVII. La villa de Alzira (1615-1705)”, en MARTÍNEZ RUIZ, E. y CANTERA MONTENEGRO, J. (dirs.): *Perspectivas y novedades de la historia militar: una aproximación global*, vol. I, Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 623-634.

- MORA CASADO, C. (2016): *Las milicias en el Mediterráneo occidental. Valencia y Cerdeña en la época de los Austrias*, tesis doctoral inédita, Università degli studi de Cagliari-Universitat de València.
- PALAO GIL, F. J. y HERNANDO SERRA, M. P. (Coords.) (2018), *Los valencianos y el legado foral. Historia, sociedad, derecho*, Universitat de València, Valencia.
- PARDO MOLERO, J. F. (2009): “Huestes, ejércitos y lealtades en la Corona de Aragón (siglos XVI y XVII)”, en RUIZ IBÁÑEZ, J. J. (Coord.): *Las milicias del rey de España. Sociedad, política e identidad en las Monarquías Ibéricas*, FCE, Madrid, pp. 192-222.
- PERNOT, M. (2012): *La Fronde, 1648-1653*, Tallandier, París.
- QUEROL COLL, E. y MUÑOZ I SEBASTIÀ, J. H. (2004): *La Guerra dels Segadors a Tortosa (1640-1651)*, Cossetània, Valls.
- RIBOT GARCÍA, L. A. (2004): “Las revueltas italianas del siglo XVII”, en *Studia historica. Historia moderna*, 26, pp. 101-128.
- SANABRE SANROMÁ, J. (1976): *La acción de Francia en Cataluña en la pugna por la hegemonía en Europa (1640-1659)*, Real Academia de las Buenas Letras de Barcelona, Barcelona.
- SANZ AYÁN, C. (2013): *Los banqueros y la crisis de la Monarquía Hispánica de 1640*, Marcial Pons, Madrid.
- SANZ CAMAÑES, P. (1997): *Política, hacienda y milicia en el Aragón de los últimos Austrias entre 1640 y 1680*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza.

- SANZ CAMAÑES, P. (2018): “«Vertebrar voluntades». La defensa de Aragón y sus fronteras a comienzos de la Guerra de Cataluña”, en FORTEA PÉREZ, J. I.; GELABERT GONZÁLEZ J. E.; LÓPEZ VELA, R.; POSTIGO CASTELLANOS, E. (Coords.): *Monarquías en conflicto. Linajes y noblezas en la articulación de la Monarquía Hispánica*, FEHM-Universidad de Cantabria, Madrid-Santander, pp. 23-37.
- SOLANO CAMÓN, E. (1989): “La contribución armada de la Corona de Aragón ante el sitio de Fuenterrabía”, en *Revista de historia Jerónimo Zurita*, 59-60, pp. 7-22.
- VILA LÓPEZ, C. M. (1979/80): “La aportación valenciana a la guerra con Francia (1635-1640)”, en *Estudis. Revista de Historia moderna*, 8, pp. 125-142.
- VILA LÓPEZ, C. M. (1983): *La reorganización de la Milicia Efectiva del Reino de Valencia en 1643*, Universitat de València, Valencia.
- VILA LÓPEZ, C. M. (1986): *La revolución catalana y sus repercusiones en Valencia (1640-1645)*, Universitat de València-Escuela Universitaria de Estudios Empresariales.

HISTORIA Y ANTROPOLOGÍA DE AMÉRICA

Coordinadora

Dra. Ascensión Rianza Martínez

LA BATALLA DE CENTLA Y EL INICIO DE LA CONQUISTA DE MÉXICO: ANÁLISIS HISTÓRICO Y MILITAR

THE BATTLE OF CENTLA AND THE BEGINNING OF THE CONQUEST OF MEXICO: HISTORICAL AND MILITARY ANALYSIS

Carlos Moreno Amador

Universidad de Sevilla

Resumen:

El trabajo centra su interés en el análisis de uno de los momentos más importantes en la incipiente conquista del Imperio Mexica, la batalla de Centla, acontecida el 15 de marzo de 1519 en lo que hoy es Frontera, Tabasco, por cuanto puede ser considerada como el primer episodio formal de dicha conquista, ya que en dicho enfrentamiento armado se produjeron los primeros efectos del choque entre Occidente y Mesoamérica. Efectivamente, se trató del primer encuentro de carácter militar, ordenado y formal, entre las huestes castellanas y los nativos mesoamericanos. Es necesario, por ello, desentrañar los condicionantes e implicaciones sociales de la confrontación, la narrativa y el discurso utilizado por sus protagonistas o las principales características históricas y militares de una batalla que influyó decisivamente en el devenir de la ulterior conquista de México, entre otros aspectos por la aparición en escena de una figura tan destacada como fue la de Malitzin (La Malinche) o por las noticias que recibieron los españoles en Centla acerca del imponente Imperio Mexica.

Palabras clave:

Batalla de Centla, Conquista de México, Hernán Cortés, Tabasco.

Abstract:

The paper focuses its interest on the analysis of one of the most important moments in the incipient conquest of the Mexica Empire, the Battle of Centla, which took place on March 15 of 1519 in the current city of Frontera, Tabasco, as it can be considered as the first formal episode of the conquest of Mexico, because in that armed confrontation the first effects of the clash between Europe and Mesoamerica occurred. Indeed, it was the first military encounter, orderly and formal, between the “huestes castellanas” and the natives of Mesoamerica. It is necessary, therefore, to unravel the conditioning and social implications of the confrontation, the narrative and the discourse used by its protagonists or the main historical and military characteristics of a battle that decisively influenced the future of the subsequent conquest of Mexico. Among other aspects, by the appearance on stage of a figure as prominent as that of Malitzin (La Malinche), or by the news that the Spaniards received in Centla about the incredible Mexican Empire.

Keywords:

Battle of Centla, Conquest of Mexico, Hernán Cortés, Tabasco.

El 13 de agosto de 1521 la ciudad de México-Tenochtitlan caía en poder de los conquistadores españoles después de tres meses de sitio. Habían pasado más de dos años desde la partida de Hernán Cortés de la isla de Cuba. Una conquista marcada por múltiples tentativas bélicas y por enconados movimientos políticos y conspirativos en los que participaron, junto a los castellanos, los pueblos indígenas sometidos al vasallaje mexica, en su afán por rebelarse ante las condiciones de sumisión en que vivían.

Mucho antes, en los albores de 1519, se producía el primer contacto entre Cortés y los nativos mesoamericanos en suelo continental, en la

región de Tabasco, en uno de los acontecimientos más importantes de la incipiente aventura cortesiana. La principal consecuencia de dicho encuentro fue la batalla de Centla, acaecida el 15 de marzo en lo que hoy es la ciudad de Frontera, considerada como el primer episodio formal de la conquista de México, pues en dicho enfrentamiento armado se dieron los primeros efectos del choque entre Occidente y Mesoamérica. Efectivamente, se trató del primer conflicto de carácter militar, ordenado y formal, entre las huestes castellanas y los indígenas de Mesoamérica, considerando que la contienda entre las huestes de Francisco Hernández de Córdoba y algunos grupos mayas un par de años antes en Potonchán (hoy Campeche) resultó ser poco más que una escaramuza, de mucho menor calado e importancia que el enfrentamiento que se produjo en Centla.

Por tal motivo, resulta necesaria la puesta en valor de ese acontecimiento, por cuanto en la batalla se asentaron los patrones y arquetipos de las relaciones coloniales que necesariamente fungirían entre la corona española y México. Además, el encuentro adquirió una notable relevancia histórica y militar por motivos de diversa índole, los cuales se analizarán en las siguientes páginas con el objetivo de arrojar algo de luz sobre uno de los momentos más trascendentales, a la par que olvidado, de la incipiente conquista del Imperio Azteca en los albores del siglo XVI.

Las primeras expediciones castellanas por la península de Yucatán

La primera noticia de la presencia de españoles en la zona de Yucatán data de 1511-1512, en el entorno de Tulum, como consecuencia del naufragio del navío Santa María de la Barca, que viajaba hacia Santo Domingo y que fue arrastrado por una tormenta hasta terminar hundiéndose en las costas yucatecas. De todos los tripulantes castellanos apenas sobrevivieron dos, Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, los cuales consiguieron integrarse entre los mayas y fueron localizados por la expedición de Cortés ocho años más tarde.³⁶⁶

Ahora bien, aquellos hechos resultaron ser exclusivamente fruto del azar, ya que la corona castellana aún había mostrado poco interés por expandirse más allá de su base antillana casi un cuarto de siglo después de la llegada de Colón a aquellas tierras. Sin embargo, unos años más tarde, a partir de 1516, comenzaron a intensificarse los esfuerzos por viajar hacia occidente desde Cuba, con el objetivo de comprobar si las noticias que llegaban sobre los territorios ignotos acerca de ser “muy ricos en oro y otros metales preciosos” eran ciertos (COLÓN, 2003, pp. 245-253), amén de reconocer si resultaban ser solamente islas o si, por el contrario, existía algo aún más grande. Fruto de dicho interés, a

³⁶⁶ Para conocer más sobre la historia del naufragio y la interesante vida de Gonzalo Guerrero (que se convirtió en un símbolo del mestizaje y en un héroe para los nativos mayas) y Jerónimo de Aguilar (quien a la postre resultó ser una figura valiosa como intérprete de las huestes castellanas en la expedición de Cortés en Tabasco), pueden consultarse trabajos como los de Lancelot Cowie (COWIE, 2013, pp. 185-204), Eugenio Aguirre (AGUIRRE, 1980) o Rodrigo Calvo Tornero (CALVO TORNERO, 2012) o el documental “Entre dos mundos. La historia de Gonzalo Guerrero”, producido por la Universidad Nacional Autónoma de México en colaboración con la Diputación de Huelva.

comienzos de 1517 el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, organizó una primera expedición capitaneada por Francisco Hernández de Córdoba, que partió el 8 de febrero desde Santiago con tres naves y más de 100 hombres. Tras pasar varias semanas bordeando las costas de la península de Yucatán, donde entraron en contacto con los mayas yucatecos y quedaron impresionados por sus grandes ciudades, los españoles regresaron a Cuba para dar parte de lo acontecido a Velázquez, generando con ello una gran expectación (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 68-83).³⁶⁷

Ante la importancia de los hallazgos realizados en dicha empresa, que hablaban de la existencia de oro en la región y también de la presencia de algunos supervivientes del naufragio de 1511 en el golfo del Darién, Diego de Velázquez decidió continuar con las exploraciones armando una segunda expedición en 1518, compuesta por cuatro navíos y más de 200 hombres, cuyo mando entregó a Juan de Grijalva, quien fue nombrado capitán general (THOMAS, 1995, pp. 128-148), formando parte de la misma, entre otros, Pedro de Alvarado, el clérigo Juan Díaz, autor de la crónica del viaje (DÍAZ, 1980, pp. 281-308), o los indios Julianillo y Melchorejo como intérpretes.

La expedición zarpó de Matanzas a comienzos de abril y tomó tierra en Cozumel, donde realizó una parada antes de continuar navegando rumbo suroeste hacia la península yucateca, rebasando el cabo Catoche y alcanzando el río Champotón, donde fueron hostigados por los

³⁶⁷ En la expedición de Hernández de Córdoba fueron hechos prisioneros dos indígenas mayas, apodados más tarde como Julianillo y Melchorejo, quienes se convirtieron, a la postre, en los primeros traductores del maya al español.

nativos. Continuando su ruta hacia el oeste, unos días después los barcos castellanos llegaron a una gran boca en la Laguna de Términos, que confundieron con un estrecho, el cual creyeron que marcaba el límite de la isla de Yucatán (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 86-92).

El grupo, encabezado por Grijalva, prosiguió su viaje hasta llegar a la región de Tabasco el 8 de junio de 1518, descubriendo para los ojos occidentales el territorio que hoy ocupa el estado de Tabasco. Ese mismo día alcanzó la desembocadura de un gran río, al que la tripulación puso el nombre de Grijalva en honor a su capitán y descubridor. Éste, en su afán de conocer nuevos territorios, decidió navegar tierra adentro, encontrándose con cuatro canoas de mayas chontales pintados, que haciendo gestos y ademanes de guerra mostraban su descontento por la llegada de los castellanos. Sin embargo, gracias a la intermediación de los traductores que el capitán español envió para que les dijeran a los indios que venían en son de paz, Grijalva y los suyos pudieron continuar remontando la desembocadura del río hasta alcanzar, a menos de una legua, Potonchán, población del Señorío Chontal de Acalán, donde desembarcaron (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 92-95):

«Comenzamos a 8 días del mes de junio de 1518; y yendo la armada por la costa, unas seis millas apartada de tierra, vimos una corriente de agua muy grande que salía de un río principal, el que arrojaba agua dulce cosa de seis millas mar adentro. Y con esa corriente no pudimos entrar por el dicho río, al que pusimos por nombre el Río de Grijalva. Nos iban siguiendo más de dos mil indios y nos hacían señales de guerra (...) Este río viene de unas sierras muy altas, y esta tierra parece ser la mejor que el sol alumbrá; y si se ha de poblar más, es preciso que se haga un pueblo muy principal: llámase esta provincia Potonchán» (DÍAZ, 1980, pp. 291-292).

Ya en tierra, Juan de Grijalva comenzó a entablar un diálogo amistoso con los mayas chontales gracias a la ayuda de sus intérpretes, además de halagarlos con obsequios y suplicarles que mandasen llamar a su cacique para entrevistarse con él. Poco después se presentó ante Grijalva el cacique Tabscoob con varios obsequios de oro para el capitán castellano (SOLIS, 1970, pp. 32-34). En dicho encuentro el cacique le indicó a Grijalva la existencia hacia poniente de un lugar llamado Culúa -en palabras de Bernal Díaz del Castillo “Culúa, Culúa, México, México” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 95)- donde los castellanos podrían encontrar mucho más de aquel material dorado al que llamaban oro. Y pese a que aún no sabían a que se referían los mayas, el encuentro entre Tabscoob y Grijalva resultó, cuanto menos, decisivo para sus intereses, pues recibieron las primeras noticias del gran imperio que poco después descubrirían. Ante tales noticias, la expedición decidió abastecerse de agua y víveres y poner rumbo al oeste llegando hasta Tuxpan y la provincia del Pánuco, desde la cual emprendieron el regreso a Cuba por consejo del piloto Alaminos -pese a la oposición de algunos capitanes-, puesto que los navíos iban muy cargados, la comida escaseaba y el invierno se había adelantado. Finalmente, el 21 de septiembre, tras cuarenta y cinco días de navegación, finalizaban su aventura después de haberse encontrado a las puertas al Imperio Azteca (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 95-105).

La aparición en escena de Hernán Cortés: el inicio de la conquista de México³⁶⁸

En el imaginario colectivo, la referencia inicial de la conquista del Imperio Azteca por parte de las huestes castellanas, con Hernán Cortés a la cabeza, generalmente coincide con su llegada a San Juan de Ulúa y la fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz el 22 de abril de 1519, con la consiguiente instauración de un cabildo y el reparto de cargos entre sus partidarios, contraviniendo las órdenes del gobernador de Cuba, Diego Velázquez. Gracias a este movimiento Cortés, que renunció a su cargo de capitán general de la expedición, fue reconocido como capitán y justicia mayor por parte de los nuevos alcaldes y oficiales, quienes decidieron “darle poder y autoridad para lo que tocase a la guerra y conquista, entre tanto el Emperador otra cosa acordase y mandase” (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 93-94). De ese modo consiguió adueñarse del control absoluto de la situación, reforzando su autoridad y eliminando su dependencia de Velázquez, quedando desde entonces sujeto exclusivamente a la Corona.

³⁶⁸ La principal fuente de información utilizada para este trabajo son las crónicas de Indias redactadas en el siglo XVI, gracias a las cuales podemos analizar los testimonios de sus protagonistas, que directa o indirectamente dejaron escritas sus vivencias y experiencias. Ahora bien, resulta evidente que dicha información puede resultar en ocasiones parcial e interesada, sujeta a los intereses personales de unos y otros, lo que nos obliga a ser cautos y contrastar el mayor número de fuentes posibles para ofrecer datos lo más fehacientes posibles. Entre las crónicas que narran la conquista de México y, sobre todo, la batalla de Centla, principal interés de esta investigación, pueden destacarse la “Historia verdadera de la conquista de la Nueva España” de Bernal Díaz del Castillo, quien participó en las campañas bélicas; las “Cartas de relación” de Hernán Cortés al rey Carlos I de España; la obra “Historia general de las Indias” de Francisco López de Gómara, quien nunca pisó el continente americano pero conoció a Cortés y se documentó con los relatos de los soldados que participaron en la empresa conquistadora; o la crónica de Francisco Cervantes de Salazar, titulada “Crónica de la Nueva España”.

Sin embargo, el inicio de la aventura de Hernán Cortés se remonta a unos meses antes, concretamente hasta el 18 de febrero de 1519, momento en que una expedición comandada por el extremeño, por entonces alcalde de Santiago, zarpaba hacia Yucatán. Tras el éxito de las anteriores, el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, no tardó en preparar una nueva empresa con el objetivo de continuar explorando las costas mexicanas, buscando algún punto conveniente para poblar y fundar ciudades, aunque el motivo oficial de la misma fuese únicamente el de explorar aquellos territorios y realizar negocios comerciales. Y es que, pese a que habían oído algunas historias sobre grandes ciudades y riquezas, los castellanos aún no eran conscientes de que en el interior de esas costas se encontraba el gran Imperio Azteca. El capitán elegido para tal empresa fue Hernán Cortés, con quien Velázquez se apresuró a firmar unas capitulaciones e instrucciones el 23 de octubre de 1518 (CERVANTES DE SALAZAR, 1971, pp. 168-175).³⁶⁹ Rápidamente Cortés puso en marcha los preparativos, logrando reunir una decena de naves para su causa. Ante la oposición de Velázquez, que había cambiado de opinión e intentado bloquear la partida del extremeño, éste último decidió marcharse de Santiago evadiendo sus órdenes, zarpando hacia Trinidad el 18 de noviembre de 1518. Una vez allí, y pese a los

³⁶⁹ Según Hugh Thomas, en los documentos redactados por Andrés de Duero el preámbulo se contraponen a las 24 instrucciones. Tales contradicciones han sido, hasta la fecha, el principal motivo de la controversia que surgió como resultado de la insurrección de Hernán Cortés. Y es que Diego de Velázquez firmó la capitulación como adjunto del almirante y comandante en jefe Diego Colón y Moniz Perestrello, pues todavía no había recibido nombramiento de adelantado por parte del Emperador. El gobernador de Cuba temía que desde otro lugar alguien se le adelantase ordenando una empresa similar (THOMAS, 1995, pp. 164-175).

intentos del gobernador de impedir su partida, Cortés consiguió reclutar hombres y pertrechos suficientes para armar la expedición (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 113-126). Finalmente, en febrero de 1519, tras varios meses de incertidumbre, Hernán Cortés partía de Cuba sin el permiso de Velázquez rumbo a Cozumel con once navíos³⁷⁰ y acompañado de unos de 550 hombres y dieciséis caballos (CORTÉS, 1985, pp. 48-50).

a) Los primeros movimientos de Cortés: de Cozumel a Tabasco

Siguiendo el trayecto de sus antecesoras, la expedición guiada por el piloto Antón de Alaminos se dirigió inicialmente a la isla de Cozumel, que los españoles habían rebautizado como de Santa Cruz. Una vez allí, el principal objetivo de Cortés fue tomar contacto con los nativos mayas, utilizando como intermediario al indio Melchorejo, quien viajaba con los castellanos para realizar la labor de intérprete. Todos eran conscientes de que una de las grandes causas del fracaso de las empresas anteriores había sido precisamente la incomunicación. De hecho, Gonzalo Fernández de Oviedo ya había escrito que los expedicionarios de Juan de Grijalva no habían sido capaces de entenderse con los nativos pese a las señas y gestos que se hacían. En ese sentido, Cortés tenía también como objetivo localizar a Jerónimo de Aguilar y al resto de españoles que habían naufragado en 1511 en aquel

³⁷⁰ Existe cierta controversia con respecto al número exacto de barcos que acompañaron a Cortés en su expedición, pues Bernal Díaz del Castillo hace referencia a la presencia de 11 navíos, frente a los 10 que detalla Cortés en su Carta de Relación (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 126).

lugar, pensando que podrían resultar de gran utilidad para su expedición (MIRA CABALLOS, 2017, p. 183).

Una vez alcanzada la isla de Cozumel, Cortés y los suyos desembarcaron en busca de los caciques mayas de la isla, mostrándose sorprendidos por la escasez de nativos. Tras localizar a varios indios, los mandó a que buscasen al señor de aquellas tierras y le dijese que la visita era pacífica. Varios días más tarde, pese a las reticencias del *halach uinik*³⁷¹ y el resto de principales, se presentó ante Cortés una persona que dijo ser señor de toda la isla, a quien le habló sobre el monarca castellano y la fe católica, además de recalcarle sus intenciones pacíficas si toda la gente de zona se subordinaba ante la Corona. Al poco tiempo todos los pueblos volvían a su vida habitual, abandonando aparentemente el culto a sus dioses y adorando a la cruz cristiana y a una imagen de la Virgen que Cortés instaló en su templo (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 52-56).

En aquel encuentro la expedición de Cortés pudo confirmar la presencia en Cozumel de los españoles que habían naufragado hacía ocho años en el golfo de Darién y habían terminado en Yucatán hechos prisioneros por los mayas, de los cuales ya se tenían noticias en Cuba. Con la intención de reclutarlos para su causa, el capitán extremeño les envió una carta en la que les invitaba a unirse a su empresa. Tras unos días de espera, finalmente consiguió encontrarse con uno de ellos, Jerónimo de Aguilar, que fue llevado ante Cortés después de entrevistarse con Andrés de Tapia, quien le explicó con detalle cuales

³⁷¹ Nombre dado al máximo gobernante, jefe o régule -como se les llamaba en la época colonial- de una jurisdicción maya. No se trata de un nombre propio, sino de un cargo.

eran sus intenciones, tras lo cual se unió a la expedición en calidad de intérprete maya-castellano (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 55-61).

Así las cosas, el 4 de marzo de 1519 los conquistadores españoles decidieron dejar atrás Cozumel y pusieron rumbo al oeste despidiéndose amigablemente de los nativos de la isla.

b) La llegada de Cortés a Tabasco

Una semana después de partir de Cozumel, concretamente el 12 de marzo de 1519, Hernán Cortés y su armada llegaban a la desembocadura del río Grijalva después de haber seguido la ruta de Juan de Grijalva bordeando la península de Yucatán. Con la experiencia de la anterior expedición, que había informado de la dificultad de acceso que tenían los navíos de gran porte y calado en dicho puerto, Cortés y los suyos decidieron dejar anclados los barcos en el mar, accediendo con los navíos más pequeños al interior, a un lugar llamado Punta de los Palmares, justo en la desembocadura del río, con el objetivo de remontarlo en bateles en busca de la gran ciudad de indios descrita por Juan de Grijalva, Potonchán, apenas a media legua de allí:

«En doce días del mes de marzo de 1519 años llegamos con toda la armada al río de Grijalva, que se dice Tabasco (...) y con los pequeños e los bateles fuimos todos los soldados a desembarcar a la Punta de los Palmares, que estaba el pueblo de Tabasco obra de media legua, y andaban por el río, y en la ribera, y entre unos manglares, todo lleno de indios guerreros (...) y demás desto, estaban juntos en el pueblo más de doce mil guerreros aparejados para darnos guerra »(DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 139-140).

A diferencia de la expedición de Grijalva, los españoles fueron recibidos de forma hostil por los mayas-chontales, quienes con señales les pedían que se fueran y no entraran al pueblo. Al ver sus intenciones,

Cortés, por medio de su traductor, Jerónimo Aguilar, les dijo a unos indígenas que pasaban en una gran canoa que venían en paz y que únicamente querían hacer acopio de agua y alimentos. Sin embargo, ante la escasez de provisiones que les brindaron, y viendo que continuaban amenazantes, el capitán extremeño ordenó traer las armas en los bateles y repartió en ellos a los ballesteros y escopeteros. Además, esa misma noche comenzó a planear la estrategia para atacar y tomar Potonchán, enviando para tal fin a tres de sus soldados a reconocer el terreno y buscar una vía de acceso que condujese hasta la población (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 140-141; LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 66-67).

En la mañana siguiente, 13 de marzo, los españoles celebraron una misa, oficiada por fray Bartolomé de Olmedo y el capellán de la armada, Juan Díaz, siendo esta la primera misa cristiana en territorio continental de México (CABRERA BERNAT, 1987, p. 42). Después de la ceremonia, Cortés comenzó a poner en marcha su plan de acción ordenando al capitán Alonso de Ávila que avanzara por tierra hacia Potonchán con 100 soldados y que apenas escuchara disparos entrase en el pueblo, mientras que él haría lo propio remontando el río Grijalva (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 141).

c) La toma de Potonchán: el preludio de Centla

Resulta evidente que en los planes de Hernán Cortés estaba, sin duda, entrar en Potonchán. Efectivamente, al ver el movimiento de las tropas enemigas sobre el río –Cortés se dirigía río arriba en los bateles y navíos de menor porte-, los indígenas se prepararon para el combate,

intentando evitar que los españoles desembarcaran. En esa tesitura, el capitán castellano solicitó la presencia del escribano del rey, Diego de Godoy, para que hiciera un requerimiento a los nativos exigiendo que lo dejaran desembarcar en el pueblo para tomar agua y alimentos y que se sujetaran al rey de España, llevándose a cabo con esta acción la primera actuación notarial en México. La contestación de los indígenas fue clara, advirtiéndoles que si saltaban a tierra los matarían. Pese a todo trataron de desembarcar, aun viéndose sorprendidos por una lluvia de flechas que trataba de impedirselo (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 141). En ese momento las huestes castellanas comenzaron a utilizar sus armas de fuego, cuyas detonaciones asustaban a los nativos, lo que les permitió finalmente tomar tierra. Por su parte, Alonso de Ávila, que había llegado a Potonchán por vía terrestre desde los Palmares, recibió los sonidos de la artillería como la señal para acceder a la ciudad por la retaguardia, la cual se encontraba atrincherada con troncos de gran grosor. De esta forma, Cortés por el frente y Ávila por la retaguardia iniciaron el sitio de Potonchán, que tras una ardua resistencia cayó en poder de los conquistadores españoles, quedando algunos prisioneros, varios heridos y muchos naturales muertos (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 68-69).

De la defensa y resistencia que mostraron los mayas chontales ante la tentativa de Cortés de avanzar hasta Potonchán realiza una excelente descripción el cronista Bernal Díaz del Castillo:

«...comenzaron muy valientemente a nos flechar e hacer sus señas con sus tambores para que todos sus escuadrones apechugasen con nosotros, (...) vinieron e nos cercaron con las canoas con tan grandes rociadas de flechas que nos hirieron e hicieron detener en

el agua hasta la cinta (...), y como había allí en aquel desembarcadero mucha lama y ciénaga no podíamos salir de ella; e cargaron sobre nosotros tantos indios que con las lanzas a manteniendo y otros a flecharnos, hacían que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos, e también porque en aquella lama estaba Cortés peleando y se le quedó un alpargate en el cieno, que no lo pudo sacar, y descalzo el un pie salió a tierra (...) y tomado tierra, llamando y nombrando a señor Santiago e arremetiendo a ellos, les hicimos retraer (...) e tuvimos lugar por unos portillos de entrar en el pueblo y pelear con ellos (...) y pelearon muy valientemente, con gran esfuerzo (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 141-142)».



Imagen 1: Entrada de Hernán Cortés a la ciudad de Tabasco. Colección de pintura colonial mexicana sobre la conquista de México. Fundación Jay I. Kislak.³⁷²

³⁷² La pintura forma parte de una serie de ocho imágenes panorámicas creadas en la segunda mitad del siglo XVII, cada una de aproximadamente 120x200 cm, que cuentan la historia de la conquista de México, comenzando con *La entrada de Hernán Cortés a la ciudad de Tabasco* y terminando con *La captura del emperador mexicano Cuahquemoc*. Las pinturas estuvieron en posesión de la familia británica Cholmley durante más de tres siglos y permanecieron colgadas en la embajada británica de la Ciudad de México durante muchos años. Adquiridas por la Fundación Jay I. Kislak

Una vez concluido el enfrentamiento, tras la huida forzosa de los nativos, Hernán Cortés y sus huéspedes accedieron a un gran patio, donde había varios aposentos, varias salas grandes y tres casas de ídolos, y tomaron posesión de aquel lugar en nombre del rey:

«En aquel patio, mandó Cortés que reparásemos (...) e allí tomó Cortés posesión de aquella tierra por su majestad y él en su real nombre. Y fue desta manera: que desenvainada su espada, dio tres cuchilladas, en señal de posesión, en un árbol grande, que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio, e dijo que si había una persona que se lo contradijese que él se lo defenderá con su espada (...), y todos los soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó dijimos que era bien tomar aquella real posesión (...), e por ante un escribano del rey se hizo aquel auto.» (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 142-143).

La batalla de Centla

Un día después, el 14 de marzo, ante la negativa de los indígenas chontales a subordinarse a la corona castellana, Cortés decidió enviar al capitán Pedro de Alvarado con 100 soldados a inspeccionar la zona “tierra adentro hasta dos leguas” y, por otra parte, al capitán Francisco de Lugo con otros 100 soldados con el mismo cometido. Éste último se topó en su camino con varios escuadrones de indios, los cuales iniciaron una nueva reyerta en la que los españoles se vieron acorralados por su inferioridad numérica. Por suerte, Alvarado se había visto obligado a cambiar de rumbo debido a las malas condiciones del terreno y al escuchar disparos y tambores acudió en ayuda de Lugo. Entre ambos, después de mucho guerrear, consiguieron repeler el ataque de los

en 1999, las ocho pinturas se encuentran en la actualidad exhibidas de forma permanente en la Biblioteca del Congreso de EE.UU.

naturales y regresar a Potonchán para dar parte a Cortés de lo sucedido.³⁷³

Gracias a la información de uno de los indios hechos prisioneros, los españoles supieron que todos los caciques de la zona habían acordado reunirse para atacar el poblado tras haber sido instigados por Melchorejo, el traductor que los acompañaba, quien había huido la noche anterior para unirse a los mayas chontales. En esa tesitura, ante la certeza de verse abordados de manera inminente, Cortés dio instrucciones para que los heridos en batalla fueran llevados a las naos y los soldados prepararan sus armas y todos los caballos fueran bajados de los barcos y dispuestos, ante una amenaza de guerra cada vez más real (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 143-146; CORTÉS, 1985, p. 57).

a) La batalla de Centla: análisis histórico

La mañana siguiente, 15 de marzo, después de haber oído misa en honor a Nuestra Señora de marzo,³⁷⁴ Cortés y sus hombres se dirigieron

³⁷³ Aunque los datos acerca del enfrentamiento que ofrecen los cronistas no son del todo coincidentes, en la misma resultaron heridos más de una decena de españoles, unos 15 indios muertos y otros cuantos hechos prisioneros, convirtiéndose en la antesala de la batalla que al día siguiente tuvo lugar en los llanos de Centla, donde Cortés y los suyos consiguieron someter a sus intereses a los mayas chontales de Tabasco.

³⁷⁴ Existe una importante contradicción en este sentido, pues las fechas que plantea Bernal Díaz del Castillo no coinciden con el calendario religioso, lo que ha dado pie a que los historiadores no lleguen a un consenso con respecto al día exacto en el que tuvo lugar la batalla de Centla. Y es que en el capítulo XXXI de su “Historia verdadera de la conquista de la Nueva España” Díaz del Castillo advierte que “en doce días del mes de marzo de mil quinientos diez y nueve años, llegamos con toda la armada al río de Grijalva, que se dice Tabasco”. Tres días después de su llegada, el cronista testimonia el inicio de la batalla: “muy de mañana, que fue día de Nuestra Señora de

hacia el paraje donde el día anterior Alvarado y Lugo se habían enfrentado a los chontales, concretamente hasta una gran sabana, a una legua Potonchán, conocida como “Cintla”, donde, según el testimonio de los prisioneros capturados el día anterior, había acordado reunirse el enemigo. Diego de Ordás fue designado por Cortés como capitán para conducir a las huestes hasta Centla, ante la necesidad de desviarse del camino junto con el resto de capitanes que iban a caballo al cortarles el paso unas ciénagas por donde no podían avanzar, algo que, a la postre, resultó determinante para el devenir de la batalla.

Cuando las tropas castellanas llegaron a los llanos de Centla, en la desembocadura del Río Grijalva, se encontraron con un panorama

marzo, después de haber oído misa (...) fuimos por unas sabanas grandes (...) junto al mismo pueblo de Cintla en un buen llano”. Unas líneas después, relata la primera victoria que los españoles obtuvieron contra los mayas chontales de Tabasco, en un acontecimiento conocido popularmente como la “batalla de Centla”. La controversia que genera el relato de Díaz del Castillo se halla en las dos fechas que nos proporciona el cronista español. Por una parte, tenemos el 12 de marzo como referencia para la llegada de la expedición castellana a Tabasco y, por otra parte, el “día de Nuestra Señora de marzo” para la batalla de Centla, tres días después. Sin embargo, la solemnidad de la Anunciación, según el santoral católico, se celebra el 25 de marzo. En consecuencia, una de las dos fechas debe estar equivocada, puesto que entre el 12 y el 25 de marzo transcurren trece días, diez días más de los que indica Díaz del Castillo. Si entre la llegada de Cortés a Tabasco y la batalla de Centla pasaron tres días, como lo indica la “Historia verdadera de la conquista de la Nueva España” (y no solo dicha crónica, sino también las de López de Gómara o Cervantes de Salazar), la lógica invita a pensar que existen dos posibilidades excluyentes entre sí: o los españoles desembarcaron en Tabasco el 12 de marzo y la batalla de Centla tuvo lugar el 15 de marzo o, por el contrario, arribaron a Tabasco el 22 de marzo y la batalla de Centla tuvo lugar el 25 de marzo, esto último algo complicado de asumir, pues rompería la lógica del relato cronológico que plantea Díaz del Castillo desde la partida de la expedición de la isla de Cuba, el cual se ajusta con bastante rigurosidad a los plazos de navegación que cumplieron las expediciones anteriores. Por tanto, consideramos más oportuno tomar como referencia la primera opción.

Para más información: KRUELL, G.: “Cronología y Calendarios de la conquista (I), México” [en línea] *Noticonquista*.
<http://www.noticonquista.unam.mx/amoxtli/438/463> (Consulta: 17 noviembre 2019).

desolador para sus intereses: un ejército conformado por miles de mayas chontales se había congregado en la zona para iniciar un ataque contra ellos. En aquel mismo instante se daba inicio a la conocida como batalla de Centla (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 72-73; DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 146-147; CORTÉS, 1985, pp. 57-58).³⁷⁵

Bernal Díaz del Castillo describe con gran detalle la situación inicial de la batalla:

«...e traían todos grandes penachos, e tambores e trompetillas, e las caras enalmagradas, e blancas e prietas e con grandes arcos y flechas, e lanzas y rodelas (...) e mucha onda e piedra (...) e como eran grandes escuadrones que todas las sabanas cubrían, se vienen como perros rabiosos e nos cercan por todas partes, e tiran tanta de flecha e vara y piedra, que de la primera arremetida hirieron a más de setenta de los nuestros, e con las lanzas pie con pie nos hacían mucho daño (...) e no hacían sino flechar e herir en los nuestros» (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 147).

³⁷⁵ De la batalla de Centla tenemos poca información escrita porque los testigos que la narraron son escasos, por lo que nuestra intención será realizar un análisis del mayor número de fuentes posibles con el objetivo de contrastar datos y poder arrojar así algo de luz a uno de los episodios menos estudiados de la incipiente conquista de México por parte de las huestes castellanas. El principal testigo de los acontecimientos es, sin duda, Bernal Díaz del Castillo, quien legó para la posteridad su crónica “Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España”, amén de la propia crónica del conquistador Hernán Cortés, quien en sus “Cartas de Relación” relata los hechos de forma pormenorizada, concretamente en la conocida como “Carta de Veracruz”, de 1519, o en los memoriales de Andrés de Tapia, fray Francisco de Aguilar y Bernardino Vázquez de Tapia, donde también se encuentra referenciada la batalla. Aun sin ser testigos directos, también aportan información valiosa historiadores y cronistas como Antonio de Herrera, Francisco López de Gómara, Paulo Jovio o las crónicas de Gonzalo de Illescas; y así otros como José de Acosta, Francisco Cervantes de Salazar, Giovanni Botero y Antonio de Solís, por mencionar los más relevantes. Desde luego, esta es la mirada de los conquistadores. Pero también existen algunos testimonios de indígenas, como son las crónicas de Fernando Alvarado Tezozómoc o la de Fernando de Alba Ixtlixóchtli. Igualmente, se hallan algunas referencias más en el Códice Florentino o en el Lienzo de Tlaxcala, aunque más orientadas principalmente a fechas, acontecimientos y a la exaltación de sus pueblos, sin contar con descripciones narrativas.

Los españoles, con Ordás a la cabeza, fueron recibidos por los indígenas con una lluvia de flechas y piedras que les impedía acercarse a ellos, algo que se antojaba necesario para mostrar su superioridad armamentística. De hecho, ni siquiera el uso de armas de fuego conseguía disuadirlos, debido a su gran superioridad numérica. La situación se tornaba crítica, como lo refiere López de Gómara: “como los indios eran en número infinito, cargaron tanto sobre ellos, que los arremolinaron en poco trecho de tierra, y les fue forzado, para defenderse, pelear vueltas las espadas unos y otros, y aun así estaban en muy grande aprieto y peligro, porque ni tenían espacio para tirar su artillería, ni gente de caballo que les apartase a los enemigos” (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, p. 73).

En este punto, López de Gómara y Díaz del Castillo discrepan en la narración de la batalla en sus respectivas crónicas. Y es que el primero refiere en su relato la llegada de un capitán a caballo, al que identifica como Francisco Morla, quien arremetió contra los indios hasta en tres ocasiones, dando un respiro a las tropas castellanas y permitiéndoles reorganizarse y realizar varios contraataques. Después de eso, sería Cortés y el resto de compañeros a caballo quienes harían acto de presencia para tornar la balanza de la batalla en favor de los españoles. Sin embargo, Díaz del Castillo no alude en ningún momento a ese episodio previo, sino que menciona la llegada de los jinetes, con Hernán Cortés a la cabeza, en un momento clave, cuando las huestes castellanas se encontraban cercadas y en riesgo de ser derrotadas (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 73-74; DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 148). Sea como fuere, resulta evidente que la aparición de Cortés con la

caballería resultó ser un punto de inflexión para la contienda. Y es que los chontales, que jamás habían visto un caballo hasta entonces, creyeron que animal y jinete conformaban un solo cuerpo, algo que les causó auténtico pavor y permitió la victoria de los españoles.

Un testimonio muy clarividente de la situación es el del cronista Antonio de Solís, que se refiere a la llegada de Cortés en los siguientes términos:

«Acudía Diego de Ordaz a todas partes, haciendo el oficio de capitán sin olvidar el de soldado, pero como eran tantos los enemigos, no se hacía poco en resistir, y ya se empezaba a conocer la desigualdad de las fuerzas, cuando Hernán Cortés, que no pudo acudir antes al socorro de los suyos por haber dado en unas acequias, salió a la campaña, y embistió con todo aquel ejército, rompiendo por lo más denso de los escuadrones, y haciéndose tanto lugar con sus caballos, que los indios heridos y atropellados cuidaban sólo de apartarse de ellos, y arrojaban las armas para huir, tratándolas ya como impedimento de su ligereza. Conoció Diego de Ordaz que había llegado el socorro que esperaba, por la flaqueza de la vanguardia enemiga, que empezó a remolinar con la turbación que tenían a las espaldas, y sin perder tiempo avanzó con su infantería, cargando a los que le oprimían con tanta resolución que los obligó a ceder, y fue ganando la tierra que perdían, hasta que llegó al paraje que tenían despejado Hernán Cortés y sus capitanes. Unieronse todos para hacer el último esfuerzo, y fue necesario alargar el paso, porque los indios se iban retirando con diligencia, aunque caminaban haciendo cara, y no dejaban de pelear a lo largo con las armas arrojadizas: en cuya forma de apartarse, y excusar concertadamente el combate, perseveraron hasta que estrechándose el alcance, y viéndose otra vez acometidos, volvieron las espaldas, y se declaró en fuga la retirada» (SOLÍS, 1973, cap. XIX).

Por tanto, después de varias horas de encarnizado enfrentamiento, la aparición de Cortés y la caballería logró decantar la balanza a favor de los españoles pese a su marcada inferioridad numérica, completando “la primera gran guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva España” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 149).

Y es que, en términos globales, los indígenas los superaban con creces en número (el capitán Ordás, en palabras de Bernal Díaz, llegó a decir que “había para cada uno de nosotros trescientos indios”). Aunque no hay un consenso con respecto a las cifras de participantes de unos y otros en los testimonios de los cronistas que se refieren a la batalla, se hace patente la diferencia entre ambos bandos si atendemos a los guarismos que documentan.

Por parte de los castellanos, las cifras oscilarían entre los 400 soldados y ayudantes de Hernán Cortés a los que se refiere Díaz del Castillo -o el propio Cortés en su “Carta de Relación”-, y los 500 de López de Gómara o Cervantes de Salazar o los 570 de Andrés de Tapia.

Por parte de los mayas chontales las discrepancias son mayores. Así, mientras que Díaz del Castillo apunta a la participación de unos 12.000 guerreros y López de Gómara dice que venían “en cinco escuadrones de ocho mil cada uno”, Francisco de Aguilar, Cervantes de Salazar, Antonio Solís o el propio Cortés llegan a contar hasta 40.000 indígenas, una cifra ciertamente elevada (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 72-75; DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 145-150; SOLÍS, 1970, cap. XIX; CERVANTES DE SALAZAR, 1971, cap. XXXIII; CORTÉS, 1985, pp.58-59).



Imagen 2: Mural sobre la Batalla de Centla y la conquista de Tabasco. Palacio Municipal, Paraíso, Tabasco.³⁷⁶

Con respecto al número de fallecidos de uno y otro bando, de nuevo nos encontramos con una diferencia sustancial, fruto de la superioridad armamentística castellana. Los cronistas coinciden en calcular los muertos del flanco español en apenas dos o tres,³⁷⁷ además de unos setenta heridos, aunque discrepan, otra vez más, en las cifras de fallecidos entre los indígenas, oscilando entre los “más de 300 indios, aparte de otros muchos heridos” que señala López de Gómara, y los “más de 800, e todos los más de estocada, y otros de los tiros de escopetas y ballestas” de Bernal Díaz o Antonio Solís, quien comenta que “quedaron muertos en la campaña más de ochocientos indios, y fue grande el número de los heridos” (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, p. 74;

³⁷⁶ El mural es obra del pintor muralista tabasqueño Homero Magaña Arellano.

³⁷⁷ Las cifras varían entre los cronistas, aunque ninguno refiere más de tres bajas en las tropas castellanas. Solamente Bernal Díaz del Castillo hace mención específica a uno de los fallecidos en su relato, en los siguientes términos: “e un soldado murió luego de un flechazo que le dio por el oído, el cual se llamaba Saldaña” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 147).

DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 149; SOLÍS, 1970, cap. XIX; LEE MARKS, 2005, p. 62).

b) La batalla de Centla: análisis militar

Resulta evidente que el resultado de la batalla de Centla hubo de verse condicionado por diversos factores que nada tienen que ver con la cifra de combatientes de uno y otro bando, pues de otra forma no es posible entender como apenas unos centenares de hombres fueron capaces de derrotar a un ejército tan numeroso como el conformado por los nativos mesoamericanos, venidos de hasta ocho provincias (CORTÉS, 1985, p. 58). Por tanto, conviene detenerse a realizar un análisis más pormenorizado de carácter militar de la misma para alcanzar a comprender el desarrollo de los acontecimientos y los matices que determinaron que el desenlace de dicho enfrentamiento fuese favorable a los intereses de las huestes castellanas.

El primero de esos factores, aunque ya se ha comentado de forma sutil en líneas anteriores, fue la superioridad armamentística con que contaron los españoles a la hora de afrontar el conflicto. Y es que frente a las rudimentarias armas portadas por los mayas chontales “grandes arcos y flechas, e lanzas e rodela, y espadas como montantes de a dos manos, e mucha onda e piedra, e varas tostadas” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 147), los hombres de Cortés contaban con armas de fuego cargadas de pólvora (arcabuces, cañones, falconetes), además de ballestas y espadas, las cuales causaron pavor a los indios. Por tanto, uno de los principales motivos de la victoria castellana se debió a la mayor tecnología armamentística. El testimonio de Solís es, en ese

sentido, esclarecedor, pues muestra el escaso desarrollo de las armas que manejaban los naturales:

«Eran arcos y flechas la mayor parte de sus armas: sujetaban el arco con nervios de animales, o correas torcidas de piel de venado; y en las flechas suplían la falta del hierro con puntas de hueso y espinas de pescados. Usaban también un género de dardos, que jugaban o despedían según la necesidad, y unas espadas largas, que esgrimían a dos manos, al modo que se manejan nuestros montantes, hechas de madera, en que ingerían, para formar el corte, agudos pedernales. Servíanse de algunas mazas de pesado golpe, con puntas de pedernal en los extremos, que encargaban a los más robustos: y había indios pedreros, que revolvían y disparaban sus hondas con igual pujanza que destreza. Las armas defensivas, de que usaban solamente los capitanes y personas de cuenta, eran colchados de algodón mal aplicados al pecho; petos y rodela de tabla o conchas de tortuga, guarnecidas con láminas del metal que alcanzaban» (SOLÍS, 1979, cap. XIX).

El segundo de los factores, en relación con el anterior, fue el uso de la caballería en la batalla. De hecho, todos los cronistas coinciden en sus descripciones en afirmar que lo que más aterró a los indios durante la disputa fue ver a los jinetes con sus caballos, pues creyeron que tanto la persona como el animal, que jamás habían visto anteriormente, eran un solo cuerpo. Las fuerzas de caballería les causaron tal impresión que muchos se asustaron y huyeron del campo de batalla. Cortés advirtió la eficacia psicológica de los animales con sus soldados, escopeteros y ballesteros y ordenó que todos los caballos que viajaban con él fuesen enviados al frente con sus respectivos jinetes. Además, es importante recordar que muchos españoles, aunque no todos, portaban también escudo y armadura de acero, que podía llegar a pesar casi 30 kilos. Aquella simbiosis de caballo embravecido y militar armado hizo que muchos chontales creyeran que caballo y caballero eran todo en uno,

como los antiguos centauros, en palabras de Gómara (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, p. 74).

El tercero de los factores a tener en cuenta tiene que ver con la mística, en concreto con la figura de Santiago apóstol y su aparición en el campo de batalla como acicate para las tropas españolas en un momento delicado de la contienda.³⁷⁸ Algo que no debe resultar extraño, pue la presencia de Santiago *miles Christi* durante la conquista de América se recoge de forma constante en las crónicas, siendo la batalla de Centla el inicio de dicha manifestación.

La primera de las apariciones de Santiago como “Mataindios” es recogida en la obra del eclesiástico Francisco López de Gómara, quien describe tres ataques de un jinete montado en un caballo blanco al que termina por identificar como el Apóstol:

«Estando, pues, así, caídos y a punto de huir, apareció Francisco Morla en un caballo rucio picado, arremetió a los indios (...). Volvió luego el de a caballo, se puso junto a los nuestros, corrió a los enemigos, y les hizo dejar espacio (...). Volvió entonces el de a caballo por tercera vez, e hizo huir a los indios con daño y miedo (...). A esta sazón llegó Cortés (...). Le dijeron lo que habían visto hacer a uno de a caballo, y preguntaron si era de su compañía; y como dijo que no, porque ninguno de ellos había podido venir antes, creyeron que era el apóstol Santiago, patrón de España (...). Y todos dijeron que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho; y que era Santiago, nuestro patrón. Hernán Cortés quería mejor que fuese San

³⁷⁸ La percepción de Santiago el Mayor como caballero, Santiago *miles Christi*, combatiente sobre su caballo blanco mientras arrasa a los infieles espada en mano, tiene una enorme carga simbólica a lo largo de la historia. Este tipo de representación aglutina tanto los ideales caballerescos medievales como los religiosos, siendo por ello un símbolo especialmente poderoso como abanderado de la cristiandad, que se desarrolla plenamente durante los siglos de lucha entre cristianos y musulmanes y se exporta a América, donde Santiago Matamoros se convierte en Santiago Mataindios, remitiendo a todos los valores absolutos que emanaban del arquetipo castellano como protector de la cristiandad universal (MORAL GARCIA, 2015, pp. 14-18).

Pedro, su especial abogado; pero cualquiera de ellos fuese, se tuvo a milagro, como de veras pareció; porque, no solamente lo vieron los españoles, sino también los indios lo notaron por el estrago que en ellos hacía cada vez que arremetía a su escuadrón y porque les parecía que los cegaba y entorpecía» (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 73-75).

En los mismos términos que Gómara refiere Cervantes de Salazar la intervención de Santiago en la batalla:

«Estando en tan estrecho trance apareció uno de a caballo, que pensaron los nuestros ser el General o Francisco de Morla; arremetió a los indios con muy gran furia; retirólos gran espacio; los nuestros cobraron esfuerzo y acometieron con gran ánimo, hiriendo y matando en los indios; el de a caballo desapareció, y como los indios eran tantos, revolvieron sobre los nuestros, tornándolos a poner en el estrecho que antes; el de a caballo volvió y socorrió a los nuestros con más furia e ímpetu que de antes; esto hizo tres veces, hasta que Cortés llegó con los de a caballo, harto de pasar arroyos e ciénagas y otros malos pasos, el cual, viendo su gente en tan gran peligro, les dixo en alta voz: «Adelante, compañeros; que Dios y Sancta María es con nosotros y el Apóstol Sant Pedro, que el favor del cielo no nos puede faltar si hacemos el deber» (...). Dieron muchas gracias a Dios por la merced que les había hecho en librarlos de tantos enemigos; comenzaron a tractar quién sería el de a caballo; los más decían ser el Apóstol Sanctiágo, aunque Cortés, como era tan devoto de Sant Pedro, decía ser su abogado, al cual en aquel día con gran devoción se había encomendado; y aunque no está cierto cuál de los dos Apóstoles fuese aquel caballero, lo que se averiguó por muy cierto fue no haber sido hombre humano ni alguno de los de la compañía; de adonde consta claramente cómo Dios favorecía esta jornada, para que su sancta fee se plantase en tierra do por tantos millares de años el demonio tiranizaba» (CERVANTES DE SALAZAR, 1971, cap. XXXIII).

De ambos testimonios se deduce que la participación del apóstol resultó trascendental, permitiendo a las huestes resistir las acometidas de los indios hasta la llegada de la caballería, ralentizada por el terreno, quienes decantaron definitivamente la batalla a favor de los castellanos.

Ante la confusión planteada por los cronistas acerca de la verdadera identidad del caballero es posible que estos buscaran, en realidad, presentar una identificación simbólica del jinete con el adalid de la cristiandad que tantas veces había decidido batallas en la Península (MORAL GARCIA, 2015, pp. 21-22).

Frente a la construcción de dicho relato, Bernal Díaz del Castillo ofrece una visión más materialista, poniendo en duda la versión de López de Gómara. Y es que, pese a hacer referencia a la tardanza de “los de a caballo”, en ningún momento hace mención a la participación previa de un jinete en solitario, aunque si cita a Gómara para justificar que, ninguno de los presentes en la batalla vieron al apóstol:

«Aquí es donde dice Francisco López de Gómara (que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado antes que llegase Cortés con los de a caballo, y) que eran los santos apóstoles señor Santiago o señor san Pedro. Digo que todas nuestras obras y victorias son por mano de nuestro señor Jesucristo (...). Y pudiera ser que los que dice el Gómara fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago o señor San Pedro, e yo, como pecador no fuese digno de verles; lo que yo entonces vi y conocí fue a Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés, que me parece que ahora que lo estoy escribiendo, se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra, según y de la manera que allí pasamos» (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 149-150).

En la línea de Díaz del Castillo se encuentra el cronista Antonio de Solís, que presenta un testimonio similar al suyo, reflexionando al final del mismo acerca de las opiniones enfrentadas de unos y otros y planteando que, en este caso, resulta un exceso de piedad atribuir los méritos de la victoria a la intervención divina, pues resta méritos a los hombres, refiriéndose a que “en cualquier acontecimiento extraordinario dejamos voluntariamente su primera instancia a las

causas naturales”, y añadiendo: “es cierto que los que leyeren la historia de las Indias, hallarán muchas verdades que parecen encarecimientos, y muchos sucesos que para hacerse creíbles fue necesario tenerlos por milagrosos” (SOLÍS 1979, p. 55). Esta idea viene a cuestionar la sucesión de apariciones del Santo, aunque al mismo tiempo realza su eficacia como símbolo, pues en él los españoles encuentran un gran poder de sugestión (MORAL GARCIA, 2015, pp. 23-24).

Por último, otro factor destacable para comprender el desenlace de la batalla de Centla es la forma de entender la planificación y la estrategia del enfrentamiento de uno y otro bando. Así, pese a encontrarse los nativos en un terreno favorable para sus intereses -los españoles tenían en su contra el moverse entre los pantanos y tener que esquivar una gran cantidad de manglares, acequias, ciénagas y ríos profundos, además de la humedad y el calor tropical-, se vieron superados por la pericia de Cortés, quien decidió apartarse del grupo junto con el resto de la caballería para atacar por sorpresa por la retaguardia. López de Gómara hace referencia a este hecho en los siguientes términos: “y Hernán Cortés se fue con los de a caballo a buscar mejor paso sobre la mano izquierda, y a encubrirse con unos árboles, y caer por allí, como de emboscada, en los enemigos por las espaldas o lado” (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, p. 73). Frente a la táctica organizada de los españoles, la estrategia de guerra de los indígenas, narrada por Antonio de Solís, consistía en:

«pintar su cara y su cuerpo a manera de parecer espantosos y hacer huir a sus adversarios; si esto no lo lograban, seguían gritos al unísono, sin interrupción, que perturbaran a los enemigos. Formaban sus escuadrones amontonando más que distribuyendo la

gente, y dejaban algunas tropas de retén que socorriesen a los que peligrosaban. Embestían con ferocidad, espantosos en el estruendo con que peleaban, porque daban grandes alaridos y voces para amedrentar al enemigo: costumbre que refieren algunos entre las barbaridades y rudezas de aquellos indios, sin reparar en que la tuvieron diferentes naciones de la antigüedad (...). Componíanse aquellos ejércitos de la gente natural, y diferentes tropas auxiliares de las provincias comarcanas, que acudían a sus confederados, conducidas por sus caciques, o por algún indio principal de su parentela, y se dividían en compañías, cuyos capitanes guiaban; pero apenas gobernaban su gente, porque en llegando la ocasión mandaba la ira, y a veces el miedo: batallas de muchedumbre, donde se llegaba con igual ímpetu al acometimiento que a la fuga» (SOLÍS, 1979, cap. XI).

En esa tesitura es fácil entender como el ataque planificado de la caballería, con Cortés a la cabeza, descompuso rápidamente a las tropas indígenas, que abandonaron el campo de batalla huyendo hacia el monte, dándose así por concluidas las hostilidades.

La importancia de la batalla de Centla para la conquista de México

Tras finalizar el enfrentamiento Cortés mandó llamar a los caciques de la zona, enviando para ello a dos mensajeros indígenas de entre los prisioneros que había hecho en la batalla. Unos días más tarde se presentaron ante el conquistador muchos caciques y principales de la región con la intención de mostrar sus respetos y reconocer su derrota, cargados de obsequios, entre los que había joyas de oro, jade y turquesa, pieles de animales o plumas de aves preciosas (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 153; LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, p. 75).

Ahora bien, el encuentro entre Cortés y los caciques chontales resultó trascendental, a la postre, para la ulterior conquista de México, fundamentalmente por tres motivos.

El primero de ellos, porque entre los presentes entregados a los españoles en señal de sumisión se encontraban 20 mujeres, destacando por encima de todas la figura de una esclava de nombre Mallinalli o Malinche, la cual fue bautizada y conocida por los españoles como doña Marina -o Malintzin por los indígenas-, quien se convertiría en intérprete y consejera de Cortés a partir de entonces, ya que era perfecta conocedora de las lenguas maya, chontal y náhuatl (JIMÉNEZ ABOLLADO, 2015, p. 83; DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 153).³⁷⁹

El segundo de ellos, porque gracias a las preguntas que Cortés realizó al cacique Tabscoob y al resto de autoridades indígenas acerca de la procedencia del oro y las joyas que les habían traído pudo saber que aquella tierra no poseía grandes minas, pero que existía un lugar tierra adentro, “hacia donde el sol se ponía”, donde podrían encontrarlas, el cual llamaban “Culhúa y México” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 154-155). Obtenían así las primeras referencias de San Juan de Ulúa y del Imperio Azteca.

El tercero de los motivos tiene que ver con el afianzamiento del poder castellano en aquel territorio. Y es que una vez terminada la batalla y negociada la rendición, Cortés tuvo claro que era necesario volver a poblar aquel lugar, motivo por el cual pidió a los naturales que

³⁷⁹Existen muchos trabajos interesantes sobre la figura de la Malinche. Uno de ellos es el de José Antonio Flores, titulado “La Malinche: portavoz de dos mundos”, (FLORES FARFÁN, 2006, pp.117-137).

regresasen y se aventuró a fundar una villa sobre los restos de la población maya de Potonchán, que fue bautizada con el nombre de Santa María de la Victoria en honor a la victoria obtenida sobre los indígenas mayas, convirtiéndose en la primera población española en la Nueva España. Bernal Díaz del Castillo lo narra así: "Y en esto cesó la plática hasta otro día que se puso en el altar la santa imagen de Nuestra Señora y la cruz, la cual todos adoramos; y dijo misa el padre Fray Bartolomé de Olmedo y estaban todos los caciques y principales delante y púsole nombre a aquel pueblo Santa María de la Victoria, e así se llama ahora la villa de Tabasco" (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 155).

A comienzos de abril, después de varios días de descanso para reponer fuerzas, Cortés y los suyos decidían continuar su camino hacia San Juan de Ulúa dejando a un puñado de españoles en la recién fundada villa para pacificar y poblar la región.

No cabe duda, por lo analizado anteriormente, que el paso de la expedición de Hernán Cortés por tierras tabasqueñas, y más concretamente el enfrentamiento entre las huestes castellanas y los mayas chontales en Centla, resultó ser trascendental para la incipiente conquista de México, toda vez que los españoles comenzaron a familiarizarse con la manera de guerrear de los indígenas, amén de obtener valiosa información sobre lo que posteriormente iban a encontrarse en su avance hacia el oeste, el gran Imperio Azteca. De hecho, allí fue donde escucharon hablar por primera vez de aquella casi mítica ciudad de nombre impronunciable, que ellos llamaban como podían -Tenustitán, Tenochtitlán, Tenestecán y, la mayoría,

Temixtitán.- Pero si hay algo verdaderamente destacable del contacto entre ambas realidades es la incorporación a la expedición de Cortés de la Malinche, pues sus actuaciones como traductora y consejera resultaron de un valor incalculable para sus intereses. Sin ser conscientes de ello, los nativos pusieron en manos castellanas la que sería una de las piezas claves para la ulterior conquista de la confederación mexicana.

Bibliografía

- ACOSTA, J. (2003): *Historia Natural y Moral de las Indias*, Crónicas de América, Dastin Historia, Madrid.
- AGUIRRE, E. (1980): *Gonzalo Guerrero*, Editor digital Titivillus.
- ALVARADO TEZOZOMOC, H. (2001): *Crónica Mexicana*, Crónicas de América, Dastin Historia, Madrid.
- ARACIL VARÓN, B. (2009): “Hernán Cortés y sus cronistas: la última Conquista del héroe”, en *Atenea*, 499, pp. 61-76.
- CABRERA BERNAT, C. (1987): *Viajeros en Tabasco: Textos*, Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa, Tabasco.
- CALVO TORNERO, R. (2012): “Dos farautes en la conquista de América: Jerónimo de Aguilar y Juan Ortiz”, en *Alcántara*, 76, pp. 43-70.
- CERVANTES DE SALAZAR, F. (1971): *Crónica de la Nueva España*, Atlas, Madrid.
- COLÓN, C. (2003): *Diario de a bordo*, Dastin Historia, Madrid.
- CORTÉS, H. (1985): *Cartas de relación*, Colección Crónicas de América de Historia 16, Madrid.
- COWIE, L. (2013): “Gonzalo Guerrero: figura histórica y literaria de la Conquista de México”, en *Cuadernos Americanos*, 144, pp. 185-204.
- DE ALVA IXTLIXOCHITL, F. (1985): *Historia de la nación Chichimeca*, Colección Crónicas de América de Historia 16, Madrid.
- DÍAZ, J. (1980): “Itinerario de la armada del Rey Católico a la Isla de Yucatán de la India, el año 1518 en la que fue por comandante y

- capitán Juan de Grijalva. Escrito para su Alteza por el capellán mayor de dicha armada”, en GARCÍA ICAZBALCETA, J., *Colección de documentos para la Historia de México*, Editorial Porrúa, México, tomo I, pp. 281-308.
- DÍAZ, J., TAPIA, A., VÁZQUEZ DE TAPIA, B., AGUILAR, F. (1988): *La conquista de Tenochtitlan*, Colección Crónicas de América de Historia 16, Madrid.
- DÍAZ DEL CASTILLO, B. (1984): *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Colección Crónicas de América de Historia 16, Madrid.
- FLORES FARFÁN, J. A. (2006): “La Malinche: portavoz de dos mundos” en *Estudios de Cultura Nahuatl*, 37, pp. 117-137.
- JIMÉNEZ ABOLLADO, F. L. (2016): *Entre Ríos, Pantanos y Sierra. Marginalidad y subsistencia en la provincia de Tabasco (1517–1625)*, Editorial Universidad de Sevilla, Sevilla.
- KRUELL, G.: “Cronología y Calendarios de la conquista (I), México” [en línea] *Noticonquista*. <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxtli/438/463> (Consulta: 17 noviembre 2019).
- LEE MARKS, R. L. (2005): *Hernán Cortés. El gran aventurero que cambió el destino del México Azteca*, Vergara, Grupo Zeta, Barcelona.
- LEÓN-PORTILLA, M. (2007): *La visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

- LÓPEZ DE GÓMARA, F. (1987): *La conquista de México*, Colección Crónicas de América de Historia 16, Madrid.
- LÓPEZ DE GÓMARA, F. (2007): *Historia de la conquista de México*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- MIRA CABALLOS, E. (2017): *Hernán Cortés. El fin de una leyenda*, Palacio de Barrantes Cervantes, S.L., Trujillo.
- MIRALLES OSTOS, J. (2001): *Hernán Cortés. Inventor de México*, Tusquets Editores, Barcelona.
- MORAL GARCÍA, C. (2015): “Santiago en la conquista de Nueva España”, en *Mirabilia Ars*, 3, pp. 13-36.
- SAHAGUN, B. (1990): *Historia general de las cosas de Nueva España*, Colección Crónicas de América de Historia 16, Madrid.
- SOLIS, A. (1970): *Historia de la Conquista de México*, Espasa-Calpe, Madrid.
- THOMAS, H. (1995): *La conquista de México: el encuentro de dos mundos, el choque de dos imperios*", Editorial Planeta, México.

**ASEDIO VERSUS RESISTENCIA INSURRECTA EN LOS
FUERTES DEL SOMBRERO (1817) Y LOS REMEDIOS (1818).
IMPLICACIONES, TESTIMONIO Y ÓPTICA DEL
MARISCAL PASCUAL LIÑÁN Y DOLZ DE ESPEJO.**

**SIEGE VERSUS INSURGENT RESISTANCE IN THE FORTS
OF SOMBRERO (1817) AND LOS REMEDIOS (1818).
IMPLICATIONS, TESTIMONY AND VISION OF MARSHAL
PASCUAL LIÑÁN Y DOLZ DE ESPEJO.**

Dra. M^a Begoña Cava Mesa

Universidad de Deusto

Resumen:

Mi propuesta en este IV Congreso de Historia Militar será mostrar el desarrollo de los asedios y los métodos realizados con estrategia militar, por las tropas del mariscal Pascual Liñán y Dolz de Espejo en Comanja-Sombrero y en San Gregorio-Los Remedios. Dos refugios/fortalezas que resultan emblemáticos no solo para las tropas insurrectas y la guerrilla mexicana (1817-1818) sino para las tropas realistas, por su resistencia de la mano de Javier Mina y Diego Novoa y otros protagonistas como Pedro Moreno y el P. Torres. Su seguimiento e interpretación ha sido realizado mediante la información proporcionada por el destacado militar aragonés en su correspondencia reservada con el mariscal José de la Cruz y con el Virrey Apodaca, que se suman a otras fuentes primarias e historiográficas de indudable interés.

Palabras clave:

Independencia mexicana, estrategia militar, fuertes, guerrilla mexicana, tropas realistas, mariscal Liñán, asedios, Javier Mina.

Abstract:

My proposal in this IV Military History Congress will be to show the development of the sieges and the methods carried out with military strategy, by the troops of Marshal Pascual Liñán and Dolz de Espejo in Comanja-Sombrero and in San Gregorio-Los Remedios. Two shelters / fortresses that are emblematic not only for the insurgent troops and the Mexican guerrillas (1817-1818) but also for the realist troops because of their resistance commanded by Javier Mina and Diego Novoa and other protagonists such as Pedro Moreno and Father Torres. Its follow-up and interpretation has been carried out through the information provided by the prominent aragonese military man in his reserved correspondence with Marshal José de la Cruz and with Viceroy Apodaca, who join other primary and historiographic sources of undoubted interest.

KeyWords:

Mexican Independence, military strategy, fortresses, the Mexican guerrillas, realist troops, Marshal Pascual Liñán, the sieges, Javier Mina.

«Los rebeldes pese a todo... tenían el país a su favor»

Testimonio militar al Virrey Félix

Calleja (1815)

«Primer objeto debe de ser tomar posición alrededor del fuerte... ocupar todas las avenidas, bloquearlo y estrecharlo, formar el sitio... para evitar que haya salidas, ni reciba víveres ni otros auxilios... se bloquee el fuerte de San Gregorio, que se escolte a los convoyes y se bata a las gavillas dispersas» Virrey Juan José Ruiz de Apodaca (1817).

Asedio, del verbo asediar, proviene del latín, del verbo *obsidiari*, y significa según la RAE «cercar un lugar fortificado para impedir que salgan quienes están en él o que reciban socorros de fuera».

Un asedio o sitio es un bloqueo militar prolongado a una posición, que suele ir acompañado del asalto a esta, con el objetivo de su conquista mediante la fuerza o el desgaste.

El testimonio escrito del mariscal Pascual Liñán sobre la toma de los fuertes insurgentes en los emblemáticos asedios practicados en Comanja y San Gregorio (1817-1818), nos permite focalizar y conocer de primera mano, junto a otras fuentes primarias e historiografía de indudable valor, la estrategia mantenida por las tropas realistas que estuvieron a su mando en el desarrollo de los asedios. Frente a la resistencia *numantina* por parte de los insurrectos sitiados en los fuertes, hemos interpretado la estrategia de asedio tenaz y persistente realizada por las tropas españolas al mando de Pascual Liñán.

A modo de introducción

La independencia mexicana y su proceso bélico (1810-1821) representan modelos paradigmáticos para la lectura histórica del rol del ejército español combatiente en favor del mantenimiento de la causa española en México; *el realismo* contraatacó frente a la acción y la resistencia insurrecta en Nueva España (tropas combativas, guerrilla e incluso población civil *-patriotas-* atrincherados en distintas fortalezas).

Hacia 1817, los movimientos practicados por los *patriotas mexicanos* -tácticas y estrategias en los principales espacios mexicanos- fueron realizados fundamentalmente mediante el procedimiento de guerrilla y la formación de partidas de asaltantes de haciendas y principales centros urbanos; así lo pueden representar los ataques a la ciudad de Guanajuato y sus opulentas minas -en este tiempo

esquilgadas-, además de otras ricas haciendas agroindustriales atacadas por las tropas insurrectas; de esta forma cabe mencionar la emblemática y majestuosa hacienda del poderoso III marqués de Jaral de Berrio, Juan Nepomuceno de Moncada y Berrio, conde de San Mateo de Valparaíso reiteradamente asaltada por la insurrección desde 1810, y en 1817 por las tropas de Xavier Mina.³⁸⁰

Frente a la denominada *guerra irregular*, las autoridades españolas del Virreinato mexicano y los principales jefes militares, orquestaron con tenacidad en 1817 la neutralización de una nueva oleada revolucionaria en la que Javier Mina y varios cabecillas (Pedro Moreno, el Padre Torres, Guerrero) tuvieron un rol destacado. De esta forma, además de pequeñas batallas y asaltos contra las guerrillas, se promovió un desarrollo activo de asedios y sitios practicados por el Ejército español y aquellas fuerzas españolas y americanas denominadas *realistas (regiarum partium sectator)* por la historiografía contemporánea.

La historiografía del liberalismo mexicano se empeñó desde el siglo XIX en dignificar los principales relatos de su Historia Nacional, al promover «el ser y el sentir en mexicano», la identidad nacional y, en este sentido, se recopilaron, como podría esperarse, aquellos

³⁸⁰ La Historia de dicha hacienda es fecunda en acontecimientos históricos y desde D.A. Brading en su monografía *Mineros y comerciantes en el México Borbónico (1763-1810)*. Madrid, 1973, D. Ladd, en *La nobleza mexicana en la época de la independencia (1780-1826)*. México, 1984, J. E. Kicza. en *Empresarios coloniales. Familias y negocios en la ciudad de México durante los Borbones*. México, 1986 han construido numerosas informaciones de la hacienda. Los asaltos de Mina y su tropa con el robo de un cuantioso botín y monetario son aludidos en Terrés y Masaguer, A, Webb, J.M., Brush, J.A Bradburn, J. *Diarios. Expedición de Mina a México (1817)* ed. Ortuño, M. Madrid, 2011.

acontecimientos heroicos y fundamentales del proceso político y militar de su independencia frente al mantenimiento de la presencia española en Nueva España en el siglo XIX. Su visión historiográfica se recreó enalteciendo consecuentemente los hitos heroicos de la lucha por su independencia, destacando batallas y acontecimientos victoriosos y pseudo-victoriosos, que se sumaron a la lectura apologética de principales *héroes* y *beneméritos* nacionales en el proceso histórico de Independencia mexicana desarrollado de 1808 al año 1821.

Es, según se ha escrito, la culminación de la denominada *historia de bronce*.

De esta forma, la obra *México a través de los siglos* de Julio Zárate -tercer volumen: «Independencia y revolución mexicana»- como resultado de la ingente labor editorial de Riva Palacio, representa ser una obra considerada como el *gran monumento historiográfico del liberalismo mexicano* por su valor. Aportación que se suma a la primera y monumental historia del proceso de independencia mexicano, como literatura cronística y de recopilación de fuentes -ciertamente meritoria para el historiador-, que se recogió en el *Cuadro histórico de la revolución mexicana* del erudito autor Carlos María de Bustamante.

Relatos respetables, como otras muchas narraciones y lecturas de autores mexicanos, pero de indudable carácter maniqueo en sus juicios, como de una visión épica de la Historia de la Independencia, de su imaginario y sus mitos, sin duda respetables, pero que afortunadamente han sido superados por la renovación de las investigaciones contemporáneas y desde la óptica de las escuelas historiográficas americanistas en ambas orillas del Atlántico.

Aportaciones realizadas y muchas gestadas a golpe de conmemoraciones (CAVA, 2017. pp. 21-23) que van superando la llamada *historia oficial* de óptica sin duda poco objetiva en ciertas valoraciones de autores, hoy mismo contemporáneos. Estimo, como se ha dicho, *que el respeto por la Historia es la medida de toda Cultura*, y *no* se puede confiar en la memoria individual, incierta, falseada o parcial, que recompone los acontecimientos históricos y *las ficciones* a nuestro gusto. El historiador tiene que estar comprometido con la verdad.

A partir de los años 70 del siglo XX, hubo un mayor interés por comprender equilibradamente a los distintos actores sociales que habían participado en el proceso político y bélico mexicano; de hecho, las investigaciones históricas más recientes sobre la Independencia, desde su casuística política, han mostrado una tendencia revisionista y crítica bien aceptable en el plano político-militar y en la interpelación socioétnica de los grupos implicados. Como se ha valorado, del consenso historiográfico de tipo nacionalista -construido a partir de la creencia en un proceso emancipador inevitable frente al yugo español y de *culto a los héroes patrios de la independencia*- se ha pasado, desde los últimos años del siglo XX, a una profunda revisión de este paradigma en otro tiempo incuestionable -como dogma patriota- en muchos países hispanoamericanos.

Para algunos autores -de perdurable soflama nacionalista mexicana hoy- los protagonistas caracterizados con el calificativo de «realistas», no merecían figurar en el relato nacional, y si lo estaban, fueron

impregnados per se, como objeto de acusaciones, descalificaciones y juicios subjetivos.

Una estimación visible -aunque minoritariamente asumida en la historia actual- que reitera la visión *apologético-subjetiva y de enaltecimiento a protagonistas patrios* en la construcción del *relato maestro oficial e institucional* del Bicentenario, y del elogio a líderes *mesianicos* que permiten una revisión en claro-oscuros (volcados por ejemplo en Javier Mina y el padre Torres frente a la figura histórica de Iturbide de gran interés, o reiterando a Hidalgo y Allende frente al poco ponderado militar realista y luego patriota, Pedro Celestino Negrete).

Afortunadamente, la historiografía actual ha avanzado científicamente hacía un análisis mucho más objetivo y ponderado. Se ha abierto el campo de estudio a la acción de los distintos *actores sociales* del proceso independiente desde otra mirada contemporánea; un nuevo ámbito productivo de la investigación histórica, con la ampliación de las perspectivas mentales para comprender los protagonistas en la lealtad, hasta entonces prácticamente ignorados por la historiografía oficial.

El caso más notable lo representa el *realismo*, así como el posicionamiento de las áreas y regiones mexicanas que se mantuvieron fieles a la Corona; en nuestro modelo de análisis, es el gran espacio del Virreinato de la Nueva España.

De la mano de las nuevas corrientes historiográficas, constatamos como desde los años 80 y 90 del siglo pasado la denominada *nueva historia política* ha buscado una construcción interpretativa del periodo mexicano que media entre 1808-1821, procurando una recuperación de

la historia de *lo político y militar*, tal y como se subraya en las diferentes oportunidades de los Congresos Internacionales y en acertados balances historiográficos (ÁVILA y GUEDEA, 2009; CHUST y SERRANO, 2007, pp. 255-276; SIMON RUIZ, 2010; SERRANO ORTEGA, 2013, pp.120-148; CAVA, 2018; GRANADOS, 2010).

Algunas notas sobre la circunstancia histórica

Se ha escrito que el periodo cronológico que media entre 1814-1820 es «el tiempo que España perdió» en sus dominios americanos y podríamos valorar que fue por muy diversas razones (HAMNETT, 1978). En los seis años del absolutismo fernandino no hubo una discusión abierta y libre sobre cuestiones americanas. Y la propia restauración del absolutismo y sus consecuencias comprometieron a los unitaristas americanos y a los moderados en América. Según ha escrito textualmente Raymond Carr: *España se apeó de América por su falta de atención*, y en cierta forma por *su desidia en atenderla*.

Además, la abolición de la Constitución de Cádiz dejó abierto el campo para que los movimientos separatistas americanos formularan sus propias constituciones, si estaban dispuestos a efectuarlo de forma a cómo sucedió con la Constitución de Apatzingán en México (1814) y en la Constitución de Angostura de 1819, en el segundo Congreso constituyente de Venezuela.

Las batallas que enfrentaron a ejércitos, tropas y guerrillas se calificaron como *devastadoras del país y desoladoras* en informes militares de diversa procedencia por muertes, asaltos, y crueldades. Pero también se califican de heroicas por el valor desplegado por civiles

y militares en las regiones donde se desarrollaron las principales batallas y conflictos.

De esta forma, el impacto de la *contrarrevolución realista*, reforzada por el absolutismo fernandino, rehabilitó a los dirigentes e insurrectos, resucitando los movimientos emancipadores y generando efervescencia junto a mayor insatisfacción.

Las autoridades españolas del Virreinato mexicano y los principales jefes militares, orquestaron con tenacidad (1817) la neutralización de una nueva oleada revolucionaria en la que Javier Mina y varios cabecillas (Pedro Moreno, Padre José Antonio Torres, Vicente Guerrero) tuvieron un rol destacado. Sin duda la fragmentación de la insurgencia era una evidencia en 1816. No existía además un *genio militar* que asumiera el mando y diera dirección ideológica y militar a la movilización revolucionaria.

Los caudillos existentes no reconocían ninguna autoridad y sus objetivos se centraban en ataques irregulares, guarecerse en sus refugios en los principales fuertes, con pocos auxilios y con sus fuerzas desintegradas frente a los ataques de los realistas.

Sin embargo, el ímpetu rebelde en ciertas regiones obligó al Virrey Calleja a solicitar una mayor actividad de las fuerzas españolas para obstruir el cinturón rebelde que ceñía México y Puebla con Veracruz y Oaxaca, el Bajío mexicano y Guanajuato.

Precisamente el año de 1817 en Nueva España se ha valorado desde la historiografía mexicana como un *momento desconsolador* en la causa de la independencia, sin la menor duda por la contrarrevolución

impulsada por el militar y virrey Félix María Calleja y su ejército reconstituido.

Al finalizar su mandato en México (1816) se ha estimado que se disponía un ejército de cuarenta mil veteranos y cuarenta y cuatro mil milicianos, todos ellos americanos, a excepción de seis mil veteranos, pertenecientes a batallones europeos enviados desde la Península. Sus campañas (Puente Calderón y otras acciones), de extremada dureza represora para algunos autores mexicanos, y el rigor militar observado por responsables militares contra la insurgencia, se unieron a las sentencias y muertes por ejecución de los principales adalides de la revolución independiente.

Esta situación eficazmente neutralizada contra la insurrección, trajo consigo la consecuencia de una atomización de las guerrillas y la fragmentación de la insurgencia.

Se ha estimado que los insurgentes sumaban unos 27.000 hombres, menos de la tercera parte tenían armas de fuego, y los más disponían sólo de espadas, lanzas y flechas.

Sin embargo, el ímpetu resistente y residual obligó al Virrey Félix Calleja durante su gestión política y militar (1813-1816) a solicitar una mayor actividad de las fuerzas y un mayor número para obstruir el cinturón rebelde que ceñía México con Puebla, Veracruz y Oaxaca, sin desatender la ciudad de Guadalajara y el espacio del Bajío, cuna revolucionaria y de riqueza comprobada.

El historiador Liceaga estimaba que era una región del centro mexicano encerrada en un círculo montañoso que tenía 200 kilómetros de diámetro y constituía la llanura más fértil, poblada y rica de la zona.

Su superficie abarcaba 7. 260 kilómetros cuadrados, y su población ascendía para esos años en unos 601.850 habitantes. Toda esta lectura quedó trastocada con la guerra.

La guerra y la contrarrevolución fue un hecho real; sin embargo, el testimonio de un curtido militar a Calleja expresaba diáfana la situación: «*Los rebeldes pese a todo tenían el país a su favor*».

Sin duda son años en los que arraiga la cultura de guerra *residual*, así cuando el 31 de octubre de 1816, y poco después de tomar posesión de su cargo, el Virrey Ruiz de Apodaca informaba al Ministro de la Guerra que los ejércitos insurgentes de la Nueva España habían dejado de existir, -sin duda enalteciendo su indiscutible política de indultos a todo rebelde que se reintegrara en la sociedad abandonando la lucha revolucionaria-, esta afirmación, era una verdad a medias.

No obstante, señalaba que se mantenía cíclicamente una lucha de guerrillas, cuyo objetivo era obstaculizar el control por parte de las autoridades de las tres principales fuentes de ingresos: comercio ultramarino, las ricas minas de plata y el monopolio del tabaco. ¿Qué horizonte cuantitativo y cualitativo mantenía el ejército español en Nueva España?

Se ha indicado que en 1810 el ejército permanente en México se componía de 8.257 hombres (ORTIZ ESCAMILLA, 1997, p.60) más aquellos Regimientos de Provinciales en servicio, de manera que el total de fuerzas efectivas no podrían sumar los 27. 000 elementos que otros autores calibran. Incluso, según se estima, nunca antes de la revolución mexicana se llegó a superar la fuerza permanente de 6.000 hombres en Nueva España (MCFARLANE, 2014); sin duda, fueron los propios

grupos de poder americanos los que se encargaron de la misión de mejorar la calidad y cantidad de los ejércitos en sus respectivas regiones.

Que fuera de este modo lo conocemos por los datos de la Comandancia de Guanajuato (núcleo esencial a conservar por los realistas por sus ricas minas de plata y su capitalidad); según parece llegó a integrar en 1816 a unos 3.500 *realistas* (2.000 de infantería, 1.100 de caballería y 400 de artillería) distribuidos en las 13 villas y ciudades más principales del entorno.

Incluso el escenario de la Nueva Galicia, gracias al control del jefe político y militar del salmantino José de la Cruz, por este tiempo se cimentó en una estructura territorial de seis secciones que en suma integraba elementos de muy diversos orígenes, pero que suponía en total más de 2.600 hombres de línea y Provinciales y unos 9.300 *fieles realistas* (Archivo General de la Nación, México (AGN), Operaciones de Guerra, v. 148, f. 100-113).

De esta forma precisaremos que el virrey Ruiz de Apodaca había solicitado -con urgencia- a la Península unos 4.000 soldados de línea para relevar a las fuerzas militares españolas, exhaustas de las campañas, y diezmadas también por las diversas enfermedades tropicales e infecciosas que les afectaron en la Nueva España, además de su falta de aclimatación al medio físico.

Queda constancia igualmente como el ex-ministro de las Indias, Lardizábal y Uribe, prometió el envío de 8.000 hombres al mando del mariscal Pascual Liñán en auxilio del Virreinato mexicano, y así se publicó en la *Gaceta oficial de Madrid*; sin embargo, la realidad nos

indica que solamente llegaron a Veracruz con Liñán unos 1.800 hombres, tras una travesía penosa y llena de contingencias que el mariscal relata.

Al iniciarse el año crucial de 1817 el Virrey Apodaca necesitaba reorganizar el ejército, promover la imposición fiscal para obtener recursos, y lograr la normalización social del territorio mexicano para dar *punto final a las últimas resistencias mexicanas*; cabe destacar entre sus medidas una generosa política de indultos que favoreció a muchos insurrectos, ahora *convertidos* a la lealtad monárquica fernandina y su causa en México.

Sin embargo, las noticias sobre Javier Mina transmitidas de la mano del diplomático Luís de Onís, los informes alarmantes del general Joaquín de Arredondo desde su Comandancia de las Provincias Internas, y todo el seguimiento de la red de espionaje que se mantenía en América del Norte y España sobre Mina (ANDRES, 2007; CAVA, 2017) aluden sobre los movimientos de apoyo y el riesgo del montaje de su expedición. Sin duda, la labor diplomática de Luís de Onís y sus agentes³⁸¹, tuvo el propósito de conseguir que el país angloamericano cesara en apoyar a las embarcaciones insurgentes que, aprovisionadas y armadas en sus costas, tenían como finalidad «liberar» la América española y suministrar armamento con venta beneficiosa. (Carta de Arredondo a Cruz sobre informes de Onís de 15 noviembre 1817).

³⁸¹ Luís de Onís escribe al secretario de Estado Pizarro -diciembre de 1816- que existía «nueva intriga armada por los generales franceses que se hallan aquí desterrados de acuerdo con Joseph Bonaparte, para revolucionar el Reino de México y proclamar en él a *aquel imbécil(sic)*».

La arribada el 15 de abril de 1817 de la expedición *libertadora* de Mina en auxilio de los insurgentes mexicanos³⁸², vino a trastocar los deseos de paz y normalidad armada del Virrey Ruíz de Apodaca junto a las principales autoridades políticas, religiosas y militares del extenso Virreinato de Nueva España.

Principales protagonistas en «*el teatro de operaciones*»

El mariscal Pascual Liñán y Dolz de Espejo. Vida militar y testimonio

Don Pascual Liñán (1775-1855), nace en Ojos Negros (Teruel) en el seno de una noble familia aragonesa³⁸³; su expediente militar conservado en Segovia (A.M.S, sección1. L-812 y ss.) remite a una evolución activa y positiva, muy profesional, hasta su fallecimiento en Madrid en 1855.

Fue cadete de menor edad en 1783, Alférez en Guardias Españolas (1792), Primer Teniente de Cazadores (1809), Capitán en julio de 1809, Capitán de Cazadores (1810), Brigadier (1811), Mariscal de Campo (13

³⁸² Juan Ramón de Andrés Martín. *Los informes realistas sobre el asentamiento de Javier Mina en Galveston (Texas) durante 1816 y 1817*. Argumentos (Méx.) vol. 20 no. 55 México sep./dic. 2007.

³⁸³ Hijo de Gonzalo de Liñán Mateo y de Paula Dolz de Espejo y Pomar, ambos de familia noble, con estrechas vinculaciones militares y con grandes propiedades en la provincia de Teruel (Ojos Negros, Torrelacarcel, Cella, Orihuela). Padres de 11 hijos. La familia desarrolló numerosas actividades agrícolas, ganaderas y mineras (Sierra Menera) en la provincia de Teruel (Ojos Negros) abasteciendo de hierro a diferentes ferrerías españolas. Tras la muerte de Fernando Liñán, el mayorazgo y sin descendencia, el mariscal ya residente en Madrid, asume muy responsablemente los negocios familiares y el patrimonio familiar en Teruel; posteriormente lo realizará su hijo Gonzalo Fernando Liñán. Pascual Liñán contrajo matrimonio con María Josefa Fernández Rubio y Monet en México, mujer de ilustre familia y vínculos militares realistas en Nueva España. Liñán tuvo 7 hijos, cinco varones y dos hembras.

octubre de 1814), Teniente General (12 marzo 1825) y, finalmente, Gobernador y Capitán de Castilla (1828).

Entre otros honores concedidos se conoce su ingreso temprano como caballero en la Orden de Malta el 1 de octubre de 1791.

Su nombramiento de Caballero de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo y de Gentil Hombre de Cámara (CAVA, 2017) nos ilustra de su estrecha vinculación monárquica y absolutista en fidelidad al monarca Fernando VII (CHAMORRO Y BAQUERIZO, 1851) aunque cabe señalar algún afecto al vínculo carlista que le trajo la suspensión de su cargo en la capitanía de Madrid en 1832.

Liñán recibe el nombramiento (16 de julio de 1813) para el Gobierno Militar de Montevideo y la Subinspección general de las tropas de las Provincias del Río de la Plata, se conoce incluso su retribución de 5.000 duros mensuales. Sin embargo, no tomará posesión, puesto que el 16 de noviembre de 1814 se le nombrará Subinspector General de las Tropas Veteranas y de Milicias de Infantería, Caballería y Dragones de Nueva España.

Con su status de Mariscal de Campo en la promoción del 13 de octubre de 1814, se embarca en Cádiz el 30 de diciembre de 1816 en la fragata de guerra *Sabina* con sus hombres, arribando a Veracruz el 5 de abril de 1817 tras varias contingencias en la navegación atlántica que le hacen recalar un tiempo en la Habana para arribar finalmente hacía su destino veracruzano en la costa de Nueva España.

Llega como Jefe del *Regimiento de Infantería de Zaragoza* -tropas a sus órdenes- constando de 1.800 hombres, según se cifra: 2 batallones,

formados por 8 compañías que Lucas Alamán valora en sus escritos sobre la fase final de la independencia mexicana.

Partió Liñán hacia Querétaro desde Veracruz con el primer batallón del Regimiento de Zaragoza, un tren de artillería y 150 cargas de municiones.

Su misión estaba bien concretada por órdenes e instrucciones del Virrey Apodaca: normalizar y fortalecer Querétaro, procediendo a ordenar al ingeniero Juan Bilbao que acelerara la fortificación de la ciudad en previsión de ataques, instaurar el control del territorio alejando gavillas rebeldes, y un objetivo prioritario: proceder a la captura de Javier Mina.

De este modo, realiza una requisita para fomentar la caballería tan necesaria en aquel espacio, con importante número de caballos y mulas para el transporte. Neutraliza el contrabando, y proyecta mejoras y cobros en las rentas y la agricultura, fomentando nuevos pueblos con familias y colonos indultados por las amnistías del Virrey.

En 1819 es nombrado Comandante General interino de las Provincias de Querétaro y Guanajuato y de la División de tropas destinadas a operar contra *las gavillas rebeldes* refugiadas en los emblemáticos fuertes de Comanja-Sombrero y en el de San Gregorio-Los Remedios.

Su actividad militar y su tenacidad, aunque con contratiempos en la primera fase de los sitios, culminan con las tomas de dichos fuertes insurrectos y el logro de su objetivo: la captura de Javier Mina.

Ya en 1821 es nombrado General en Jefe del Ejército del Sur en persecución de Agustín de Iturbide, mereciendo la aprobación de las

órdenes metropolitanas y afrontando sublevaciones de tropas y fugas de varios jefes subalternos realistas en los meses finales del plan de Iturbide y la declaración oficial de la Independencia.

Su fidelidad al realismo y a Fernando VII, se proyecta en la correspondencia con su amigo e igualmente militar en Guadalajara -leal a la causa española- José de la Cruz Fernández.

Precisamente en octubre de 1821 es el general más antiguo en México, y por fallecimiento del Virrey O'Donojú, tendrá que tomar el mando del ejército realista hasta el 15 de abril de 1822. Las tropas vigentes de las cuatro *Compañías de Zaragoza* debieron embarcar en 1822 con las seguridades pactadas en la entrevista celebrada por Liñán-Iturbide. De esta forma, retornan de Veracruz a España: 187 jefes y oficiales y 1.165 hombres de tropa. En un segundo turno parece que embarcaron 1.400 hombres.

Su viaje en la fragata mercante del comercio de La Habana, no estuvo exenta de penalidades, el navío hizo agua continuamente en su navegación, teniéndose que echar al agua 4 cañones de 16 para aligerar peso, la disconformidad de varios oficiales en navegar al destino español, con el contratiempo de averías y bombeos permanentes en el navío, lo que origina una discusión y disparidad de criterios de varios oficiales, proponiendo estos al mariscal la opción de navegar de retorno a las islas Bernardas (sic); disconformidad que tuvo que someter por actitudes de «sediciosos» tal y como se sugiere.

Finalmente, el navío les conducirá hasta España, desembarcando en La Coruña el 30 de mayo. Su pasaje y el de su familia costó 7.000 duros (el de su esposa, la madre, ayuda de cámara, criado, y criada negra de

Cuba) satisfaciendo igualmente 300 duros por su fiel ayudante y amigo Vigil (CAVA, 2017).

Residiendo ya en la Corte (1823) se le nombra Gobernador de Madrid, cesando en enero de 1824. El 4 de enero de 1825, fue nombrado Segundo Cabo de Castilla la Nueva, y recibe el nombramiento de Gobernador de Madrid. Es Capitán General interino de Castilla la Nueva (27 de noviembre de 1828) y en propiedad (2 de diciembre de 1829), ocupando la Capitanía hasta el 4 de octubre de 1832, en que pasó en calidad de vocal al Consejo Supremo de Guerra.

Partidario del absolutismo y con cierto sesgo de carlismo, cesó de Consejero de guerra el 24 de marzo de 1834, siendo enviado a Lugo en situación de cuartel en julio de 1837. Permaneció retirado hasta su nombramiento como Senador del Reino en octubre de 1849, cuyo escaño ocupó hasta su fallecimiento, según se conserva en su expediente y en los fondos del Senado (Senado de España. archivo, expediente personal).

Su meritoria carrera militar en Nueva España, más sus vínculos monárquicos y con el absolutismo le catapultaron al nombramiento de Gentilhombre de Cámara (1846) y Senador vitalicio del Reino (1849). Muere en Madrid el año 1855.



Figura 1. Retrato del Mariscal Pascual Liñan y Dolz de Espejo. Fotografía extraída de CHAMORRO y BAQUERIZO (1851).



Figura 2. Retrato del Mariscal Pascual Liñan y su familia. por Vicente López Portaña, pintor de Cámara (Fernando VII e Isabel II). Instituto del Patrimonio cultural

Xavier Mina

Protagonista carismático y fundamental en la dinámica revolucionaria de 1817 en Nueva España (ORTUÑO, México, 2003 y 2006; RODRÍGUEZ PÉREZ, 2018; ROBINSON, 2012). Viaja hasta América en aras de *una expedición libertadora de la opresión de la Corona española y de Fernando VII* en favor de los patriotas mexicanos.

Había partido desde el puerto de Liverpool el 15 de marzo de 1816 a bordo de la fragata *Caledonia* con respaldo de los círculos liberales ingleses, masónicos y refugiados políticos mexicanos en Londres.

El francés Jean Aragó, hermano del famoso científico François Aragó, amigo cercano del que fuera rey de España José I, parece que se

entrevistó con José Bonaparte y consiguió de éste una ayuda económica para la expedición del navarro.³⁸⁴

Según se explica en una carta de Diego Novoa al mariscal José de la Cruz (CAVA, 2017 pp.145 y ss.) se apunta la idea de que fue Diego Novoa -calificado por Cruz y Liñán como *de josefino* - y en este tiempo acompañante militar de Javier Mina en calidad de jefe de su estado Mayor en Nueva España, quien parece ser recibió ayuda económica de José Napoleón en Estados Unidos para la financiación de la empresa libertadora en tierras mexicanas.³⁸⁵

Tras las proclamas de Galveston (22 de febrero 1817) y Soto de la Marina (25 de abril de 1817) se puede valorar el ideario y el proyecto de Mina, sin duda utópico pero audaz, en favor de la independencia de los mexicanos.

Financiado por comerciantes británicos, franceses y círculos anglo-mexicanos, el 15 de abril de 1817 Mina desembarca en Soto de la Marina (Tamaulipas) con mercenarios europeos y un buen contingente

³⁸⁴ José Bonaparte después de un tiempo en la ciudad de Nueva York (1815) y luego en Filadelfia, compró una propiedad llamada Point Breeze en Bordentown, cerca de la confluencia de Crosswicks Creek y Delaware River por 17.000 dólares (supuestamente financiado con la venta de joyas de la Corona de España). Bonaparte estuvo cómodamente instalado en su mansión. Llegó con Emmanuel Grouchy, Bertrand Clausel, Charles Lallemand y su hermano Henry, Charles Lefrebvre-Desnouettes (ayuda de campo de Napoleón), Antoine Rigaud, y Pierre Samuel Dupont de Nemours célebre economista y un buen número de soldados y oficiales italianos, españoles, franceses y austriacos.

³⁸⁵ De hecho, Mina conoce a Jean Aragón -su mano derecha en las campañas en México- en la Logia de Nueva Orleans. Puede ser que Novoa recibiera ayuda económica de José Bonaparte en sus contactos con los exiliados franceses y su oficialidad en Estados Unidos (italianos, franceses, veteranos) en Point Breeze. Carta de Novoa a José de la Cruz desde Los Remedios (6 de noviembre de 1817).

de norteamericanos (de ANDRES MARTIN, 2008; ORTUÑO, 2006; JIMENEZ CODINACH, 1988).

Tras varias campañas y ciertos hitos militares de éxito frente a los realistas, realiza su marcha triunfal pero arriesgada, hacia un enclave inhóspito: el Fuerte del Sombrero, defendido por el hacendado Pedro Moreno y la tropa de insurgentes vinculados al mexicano de Jalisco (ROBINSON, 2003).

Javier Mina con 269 hombres (los 300 de Mina, según cita de Lord Byron) se sumará al mexicano Pedro Moreno y a los insurrectos que acataban a la *Junta itinerante de Jaujilla* y al contradictorio y rebelde Padre Torres; desde entonces y por acuerdo de la misma junta, se mantuvo a las órdenes de Javier Mina, quien tomó el mando de todas las fuerzas que operaban en Guanajuato, Valladolid y la Sierra de Comanja por orden y nombramiento de la Junta de Jaujilla.

Sin entrar en los acontecimientos y campañas desarrollados en esta circunstancia histórica que narra oportunamente la historiografía mexicana sobre la acción de Mina (BUSTAMANTE, 1823), fueron regulares sus ataques y enfrentamientos frente a los realistas, los cuales sabían de sus correrías y ataques intermitentes en principales haciendas a la búsqueda de suministros y monetario: «*Tengo la satisfacción de participar a V.E. que el traidor Mina atacó el día 16 la hacienda de la Zanja, cerca de Salvatierra, por cuya guarnición y un corto socorro que de dicha plaza se envió, fue completamente rechazado, dejando en el campo veinte muertos*» (Liñán a Cruz, 24 de septiembre de 1817).

Con su tropa siguió incursionando por diversas haciendas y ciudades para finalmente, el 25 de octubre de 1817, de madrugada, se

decide atacar a la rica y leal Guanajuato, puesto que Mina, según parece, sentía un entusiasmo personal en tomar aquella importante y rica ciudad. Así lo transmite Liñán: «*Ya digo a Ud. en mis cartas remitidas por la Piedad esta mañana que el corifeo Mina, amenazaba el día 5 a Guanajuato y que he despachado con novecientos hombres a Orrantia en su seguimiento*» (Liñán a Cruz, 9 de octubre de 1817).

Allí experimentó Mina y sus tropas una rotunda derrota, no sin librar con su valentía innata muy diferentes intentos de acción frente a los realistas, y tras incendiar *la Valenciana*, las tropas patriotas fueron dispersadas; Javier Mina y Pedro Moreno se retiraron a la hacienda de La Luz, en donde sus últimas tropas fueron disueltas, recomendándoles ambos caudillos que se reincorporaran a sus respectivos distritos y refugios. La derrota vulnera su prestigio. Huye con 40 infantes y 20 caballos al Rancho de Venadito.

Con su escolta, ambos capitanes llegaron la mañana del 26 de octubre al *rancho de El Venadito*, perteneciente a la hacienda de La Tlachiquera, donde pernoctaron y descansaron.

Al amanecer del día 27 del mismo octubre, encontrándose allí Pedro Moreno y Mina, una partida de realistas, las tropas del audaz y persistente Francisco Orrantia, militar español experimentado (CAVA, 2017) que merece una revisión histórica frente a las duras acusaciones de sanguinario de la historiografía mexicana. Desde 1816 fue responsable Orrantia de las tropas de Guanajuato tras suceder al combativo Anastasio Bustamante. Éste, mexicano y realista, fue encargado por el Virrey para desarrollar la concentración poblacional de rancherías en la política de recuperación de haciendas y

normalización agrícola-ganadera del Bajío -valle de Santiago- mediante el asentamiento del destacamento militar, apelado popularmente como «los guardacampos». (HAMNETT, 2017).

El curtido militar Orrantía con unos 120 Dragones de la Frontera al mando de José María Novoa y Anastasio Bustamante³⁸⁶, llegaron sobre el lugar donde descansaban Mina y Moreno y su pequeña tropa, sigilosos los rodean, y procedieron a capturarlos, al disparar sus armas. Pedro Moreno cayó muerto por bala, y los demás insurgentes, unos huyeron, otros murieron o fueron hechos prisioneros; entre ellos, un altivo Javier Mina, que según recogen varios testimonios, se enfrentó a sus captores.

El cadáver de Pedro Moreno fue decapitado, y su cabeza llevada hasta Orrantía.

Javier Mina fue aprehendido por el dragón Juan María Cervantes, y llevado también ante Orrantía, quien lo trasladó al campamento del mariscal Pascual Liñán, por aquellos días realizando el asedio al fuerte de Sombrero en la sierra de Comanja.

En el cuartel de Liñán frente a Los Remedios, se encargó de su custodia al *regimiento de Navarra*, y parece ser que le quitaron los grilletes en los pies y se le dio un mejor tratamiento en prisión. Con este

³⁸⁶ No debe confundirse a Diego Novoa, militar español al servicio de la causa insurgente con Javier Mina y ejerciendo como jefe de su estado mayor (1817), con el militar realista, y teniente coronel José María Novoa, un militar al mando de Liñán en este convulso tiempo de México. Igualmente, Anastasio Bustamante fue militar realista, muy cercano al Virrey Calleja y con posterioridad quedó vinculado a la causa de Iturbide y a la independencia de México; firmó el acta de independencia con Iturbide el 28 de septiembre de 1821, y de hecho fue posteriormente Presidente de México de 1837 a 1841.

cambio de benevolencia, Mina, según testimonios, se sintió algo más reconfortado y hasta compartía buen talante -pese a todo- con *los compadres navarros*.

El apresamiento de Mina, como la noticia de su captura, motivó una labor de difusión muy notable en Nueva España, América y en España, promovida por el Virrey Apodaca y las autoridades españolas (Gaceta Extraordinaria del Gobierno de México, n. 1163, México, viernes 31 de octubre de 1817, p. 1191).

Según nos consta, el mariscal Liñán parece que escribió al Virrey Ruiz de Apodaca haciendo valer los méritos de Mina en la guerra de la Independencia española y su condición de buen militar; sin embargo, el Virrey fue drástico: debía ejecutársele, cortando cualquier tipo de indulto o medida de perdón que algunos autores remiten a los dictados férreos del monarca en España.

De esta forma, Javier Mina de 28 años, es fusilado por la espalda el 11 de noviembre de 1817 en el cerro Bellaco, cuartel general de los realistas en el asedio que se desarrollaba al Fuerte de los Remedios, acción militar que un pelotón de fusilamiento debió ejercer a las órdenes de Pascual Liñán.

Tras la muerte de Javier Mina, la carta reservada de Pascual Liñán a José de la Cruz el 19 de noviembre de 1817 detalla lo que sigue:

«Como ofreció a Ud. en mi confidencial de 10 de este mes, le incluyo copia literal, de las declaraciones del difunto traidor Mina que fue fusilado en este campo a las cuatro de la tarde del día siguiente, en cumplimiento de una orden que recibí del Virrey, encargándome S.E. que antes de hacerle la intimación se le recibiese reservadamente una declaración; esto lo digo para que este escrito sea enteramente reservado para Ud. y para asegurarle que no me queda ningún ejemplar. Y que si en adelante necesitase yo de este

documento o parte de él tendré que acudir a Ud.» (CAVA, Mª B. carta número 51).

Nos es conocido que el mariscal José de la Cruz había solicitado en carta a Liñán una copia de la declaración de Mina, -el 5 de noviembre de 1817- y consecuentemente en su correspondencia reservada hallamos la contestación de Pascual Liñán desde el campamento del Bellaco el 10 de noviembre de 1817:

«Partiendo del principio de ser siempre consecuente con mis amigos, diré a VM que enterado de cuanto tiene la bondad de indicarme en su apreciable confidencial del 5, haré por enviar a VM con la posible brevedad una copia de la declaración recibida a Mina, como Ud. desea. Ella no contiene grandes cosas, y ni así debía esperarse de los sentimientos de un picarón que no ignora ha de morir *aunque cantase como un canario*; esto me hace creer que el Virrey tal vez dará a la prensa la tal declaración respecto de que su publicación no importa un grano de anís; pero de todos modos, VM la leerá antes manuscrita; y sin que jamás puede serme molesto complacer a VM en cuanto le ocurra, irá al mismo tiempo si me es darle un croquis de este infame Fuerte (Remedios) y en [campo del Bellaco] que ya me tiene vuelto el juicio, y en borrón como Ud quiere».(CAVA,Mª B. Carta número 46).



Figura 3. Carta de Pascual Liñán al mariscal José de la Cruz. Campo del Bellaco (20 de noviembre de 1817). Carta número 53 en CAVA, Mª B. (2017).

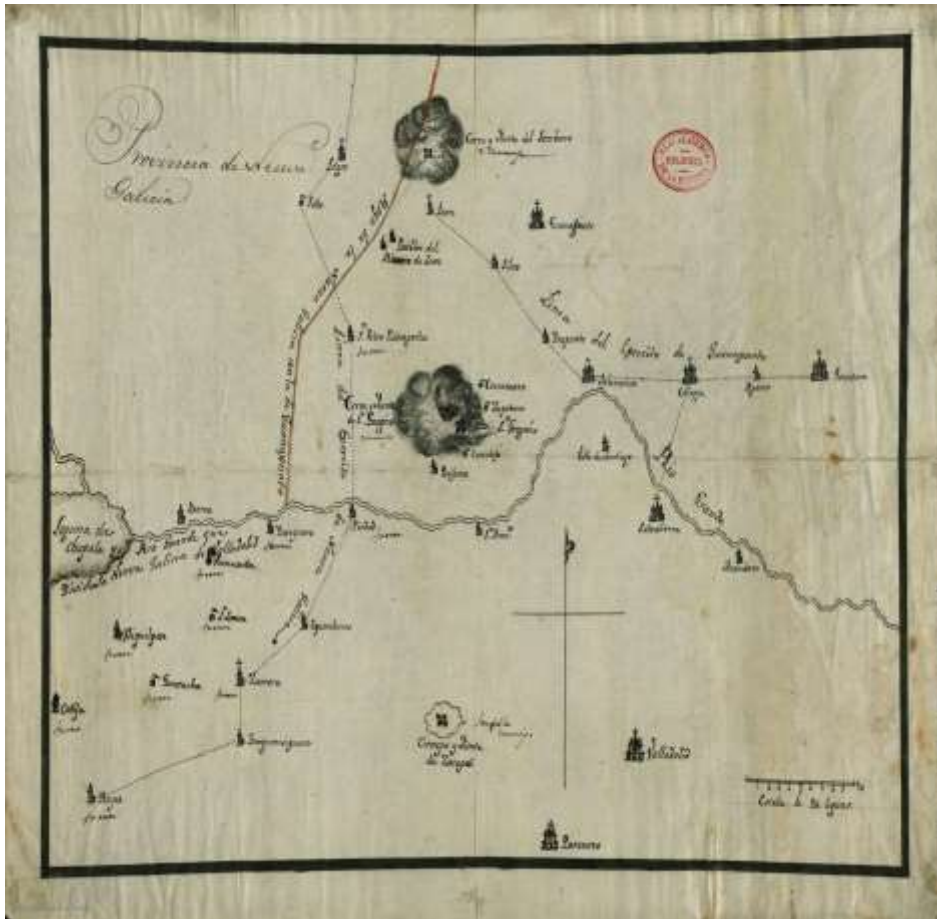


Figura 4. Plano de las provincias de Guanajuato y Valladolid con los límites de Nueva Galicia. Con los fuertes del Sombrero y de los Remedios. ARAH . Archivo de la Real Academia de la Historia. Fondos del Virrey Juan Ruíz de Apodaca y Eliza.

Carta topográfica de las provincias de Guanajuato y Michoacán 1817. Manuscrito dibujado a plumilla en tinta china, iluminado a la aguada en gris y caldero. Plano parcial de las provincias de Guanajuato y Valladolid. "En el centro la laguna de Chapala y Río Grande que dividen la Nueva Galicia de Valladolid. Línea de color caldero "raya de Nueva Galicia con la de Guanajuato". A la izquierda, desde Lagos a Reyes, se señala en punteado, la línea del ejército de Nueva Galicia". A la derecha, desde León a Querétaro, también es punteado" la línea del ejército de Guanajuato. En el centro el cerro y fuerte del Sombrero o Comanja, y el cerro y fuerte de San Gregorio, este último enemigo, al igual que el de Xauxilla, más al sur.

El mexicano Pedro Moreno (1775-1817)

*¡Viva Pedro Moreno,
el del Fuerte del Sombrero!
que no conociendo el miedo,
en la lucha fue el primero.
Despierta Pedro Moreno,
mira lo que está pasando
son las tropas de Negrete
que al fuerte lo van rodeando.*

(Cantares Mexicanos. Corrido popular. AVITIA, A.p.65).

Figura con presencia de relieve en la Independencia mexicana, ha sido cantado y enaltecido como mártir nacional y benemérito por la historiografía mexicana (LÓPEZ ESPINOSA, 2005; RIVERA DE LA TORRE, 1917; ALAMÁN, 1844).

Había nacido de padres españoles en la hacienda de La Daga, en Lagos (hoy Lagos de Moreno, Jalisco) de una familia acomodada, y tras realizar sus estudios en Guadalajara se dedicó al comercio de abarrotes y diferentes productos (cristalería, lencería, agrarios) con su esposa Rita Pérez, además de dirigir la explotación agraria en su hacienda de La Saucedá. Pedro Moreno entró en relación con la ideología independiente en Valladolid y con varios caudillos insurgentes, a los que auxiliaba, y siendo sospechoso a ojos de las autoridades españolas, fue vigilado por esta causa, y en virtud de esta circunstancia él y su familia marcharon a su hacienda de La Saucedá y luego al Sombrero;

ciertas informaciones recogen que comandaba 80 hombres de infantería armados y unos 200 de caballería con Borja, Ortiz y otros cabecillas.

Agustín Rivera en su obra *Viaje a las ruinas del Sombrero* (1875) le describe con talento y valor, además de ponderar su gran fortaleza física. Reconocido por la Junta de Jaujilla y con evidente empatía con José Antonio Torres; como jefe de guerrilla organizó una partida de campesinos y trabajadores de sus tierras, más afines insurrectos y grupos familiares, quienes lucharon en favor de la causa mexicana, combatiendo a las fuerzas realistas en diversas ocasiones y refugiándose luego junto con sus familias y gavillas en la Sierra de Comanja.

Protagonista de enfrentamientos contra las tropas realistas (con Mina en San Juan de los Llanos), había establecido su centro de operaciones en el fuerte del Sombrero, desde el cual realizaba ataques e incursiones en el Bajío y Los Altos.

Fue su responsabilidad la construcción del fuerte del Sombrero (a 90 kms. al noroeste de Guanajuato) como refugio de sus guerrilleros y de la población civil ante la persecución realista. Así se edificaron por sus órdenes en el fuerte varias casas, los jacales de los soldados, almacenes, varios talleres, un pequeño aljibe y un hospital. La edificación en 1817 gozaba de la defensa natural de precipicios y rocas agrestes, además del resguardo de fosos, sólidos y altos muros que hacían casi imposible su toma, pero igualmente ocasionaban la subida muy dificultosa de la artillería.

Pedro Moreno atacó poblaciones realistas cercanas a Lagos y León, en donde obtuvo resultados dispares. Debido a sus acciones de éxito mereció el reconocimiento de la Junta de Jaujilla (por este tiempo las

máximas autoridades de Jaujilla eran José de San Martín, Pedro Vallejo y Antonio Cumplido; además del padre José Antonio Torres, jefe del Fuerte de los Remedios y de las guerrillas de Comanja y Valladolid).

Moreno, había recibido el cargo de *Comandante en jefe de la fortaleza y jefe de operaciones de la provincia de de San Luís de Potosí* por sus campañas y acciones de guerrilla.

Según nos consta en el Sombrero recibió el 24 de junio de 1817 a Javier Mina y a sus hombres, que según la estimación de Diego Novoa (HERNÁNDEZ y DÁVALOS, 2017) desde el fuerte del Sombrero, en junio de 1817, fue la siguiente en cómputo y calidad:

<u>Unidad militar</u>	<u>Número de integrantes</u>
El general y su Estado Mayor	12 Oficiales
Oficiales	51
Oficial de ingenieros	1
Guardia de Honor	23
Caballería	109
Primero de la Unión	46
Primero de Línea	59
Artilleros	5
Criados armados	2
Ordenanzas del Estado Mayor	2
<u>Total</u>	<u>320</u>

Esta cuantificación puede retomarse con la información llegada de informes realistas. Según concreta la carta de José de la Cruz a Liñán del 15 de diciembre de 1817, en ella se estima como noticia veraz sobre los hombres integrantes de la *fuerza de Mina*, y así se cifra un total de 269 hombres; que se precisaba -era la totalidad de los compañeros de Mina desembarcados en Soto de la Marina-.

Así mismo se detalla en la correspondencia, que la tropa la componían: 186 hombres, y los oficiales, estado mayor, artilleros, ordenanzas armados, coinciden plenamente con lo transmitido y registrado oportunamente por *el josefino* Diego Novoa en junio de 1817 desde el fuerte del Sombrero.

El insurgente jalisciense Pedro Moreno decidió aliarse incondicionalmente a Javier Mina a quien admiraba. Su empatía con el militar distaba mucho de la actitud que observaba el padre Torres frente al navarro, a quien muy receloso, catalogó como adversario e incómodo capitán, por su popularidad y su madera de líder con su tropa (“veo la envidia estampada en su rostro, nos engaña, es menester desconfiar de él “) (ROBINSON, pp.171 y ss.; BRUSH, 157 y ss.).

Los mariscales realistas abundaron en las dificultades de Mina en el control del insurgente Torres y de varias gavillas patriotas; de este modo se muestran opiniones en la correspondencia de los militares españoles que traslucen la idiosincrasia de *los rebeldes*, las deserciones frecuentes y las muchas desconfianzas entre los mismos cabecillas insurrectos, siempre en juicio de los mariscales (CAVA, M^a B. cartas número 53, 61):

«...que el carácter peculiar de las gavillas y de todos los rebeldes es el de inflamarse fácilmente: el de desconfiar unos de otros en una hora y volver a hacer las amistades en otra, que son incapaces de cariño y amistad aun entre sus hermanos: que son muy fáciles de alucinar con un poco de papel dorado, aunque al propio tiempo son suspicaces, sospechan de todos, y solo son constantes en la pasión al desorden, a vivir sin sujeción y a estar entregados a todos los vicios» (septiembre y noviembre de 1817).

La captura de Pedro Moreno por las tropas de Orrantia y por orden expresa del mariscal Liñán en su persistente seguimiento a Mina, culmina en el rancho del Venadito. Según parece intentaron tomarlo vivo, pero el insurgente los rechazaba con su espada, por lo que después de herir a algunos hombres, Pedro Moreno recibió un balazo en la frente que lo mató al instante. Al momento se acercó un soldado y de un machetazo le cortó la cabeza, llevando *el trofeo* a Orrantia.

El sitio a Comanja y Fuerte del Sombrero (1817)

El cerro de Comanja o del Sombrero tomó su nombre por su forma de elevación cónica, Dominaba el valle de Comanja, las Mesas de las Tablas y de los Borregos al Noreste.

El fuerte se fue construyendo entre 1814-1817 y con responsabilidad de Pedro Moreno, sin duda representa un emblemático lugar de la resistencia insurgente en un espacio estratégico. Situado al Norte del actual estado de Jalisco, y al oriente de Lagos de Moreno en la sierra de Comanja se hallaba situado a 16 leguas (90 km) al noroeste de Guanajuato y a seis leguas (20 km) de León.

Las dificultades de su acceso le posicionaron como lugar inviolable, puesto que el espacio ofrecía una buena protección natural, situado a 2.700 metros de altitud, delimitado al este y al sur por despeñaderos y

peñascos que se prolongaban en profundas barrancas (Barbosa y del Rincón).

Agustín Rivera relató la historia de Pedro Moreno y su vínculo con el *heroico fuerte* (RIVERA, 1875) con una valiosa descripción del lugar y sus acontecimientos de asedio desde una óptica apologética del protagonista, la de su familia y la heroicidad evidente de sus asediados.

Las construcciones del fuerte (casas, almacenes, jacales, talleres y hospital) se completaron con un único aljibe, en donde se almacenaba el agua de lluvia y la que se subía en cántaros del arroyo, muy dificultosamente.

Según se ha estimado, en 1817 junto a las cuadrillas de insurrectos se congregaron en el fuerte trabajadores, operarios, mujeres y niños, en suma, familias y población civil.



Figura 5. ARAH. Archivo de la Real Academia de la Historia. Fondos del Virrey Juan Ruíz de Apodaca y Eliza.

Croquis del cerro de Comanja, relieve por sombreado. Arbolado. Indica los caminos que suben al fuerte, situado en la cima del cerro del Sombrero, sitiado del 1 de agosto y tomado el 20 del mismo mes en 1817, en la parte inferior a ambos lados, tabla explicativa con clave numérica. Manuscrito dibujado a plumilla en tinta negra e iluminado en la aguada en gris.

En la cima, el fuerte del Sombrero. Sitiado del 1 de agosto y tomado el 20 de agosto de 1817.

La estrategia y la fortaleza del fuerte estribaba en lo escarpado y rocoso del espacio, y para su defensa existieron fosos y muros fuertes en las subidas más practicables hacia el norte, las viviendas y almacenes estaban situadas al sur; pero su defecto capital era «carecer de agua» según todas las fuentes, teniéndose que proveer de agua de un arroyo que serpenteaba en la entrada del barranco con cierta dificultad.

La guarnición del Sombrero se estimaba en unos 700 hombres partidarios de Javier Mina, Pedro Moreno, Encarnación Ortiz y Borja, más los trabajadores recogidos y contratados para las tareas de fortificación; su artillería eran 20 piezas de 2 a 8 de calibre, aunque mal montadas; también disponían de un cañón de a 54, que sin duda les fue muy útil en los primeros ataques contra las fuerzas de Liñán.

Mina dirigía desde el fuerte las operaciones, pero solicitó por carta y en varias ocasiones el apoyo del Padre Torres, en aras de lograr suministros y armamento, incluso ordenando fundamentalmente que las tropas cortaran la comunicación y los mantenimientos para las tropas sitiadoras al mando de Pascual Liñán.

Frente al cañoneo de Liñán -unos 300 o 400 cañonazos- (1 de agosto) también los cañones del fuerte respondieron causando bajas a la tropa española (unos 20 muertos, según Rivera), el 4 de agosto de nuevo las tropas de Liñán avanzan hacia parapetos y trincheras recibiendo disparos y el fuego de los sitiados y defensores del fuerte, lo que les obliga a replegarse.

Las fuerzas de Liñán se estimaron en 2.000 infantes y 1.500 caballos para cubrir cuatro leguas de circunferencia en la aspereza de la base del

cerro. La artillería realista se compuso de 2 cañones de a 12, 2 de a 8 y un obús de 7 pulgadas y dos de a 8.

Pascual Liñán en sus primeras órdenes estableció su cuartel general frente al fuerte y en las alturas. Dividiendo su tropa en 4 secciones:

La primera al mando del brigadier Esteban Loaces, coronel del regimiento de Zaragoza con 617 infantes del cuerpo y 443 dragones de San Luis; San Carlos Sierra Gorda y realistas de Apán.

La segunda sección, la tropa de Nueva Galicia a las órdenes del brigadier Pedro Celestino Negrete con 250 hombres de infantería de Toluca, y Caballería de Toluca, Querétaro y Nueva Galicia, ocupando la parte sur cubriendo los dos senderos que bajaban del fuerte hacía el arroyo. Sin duda, para obstaculizar la traída de agua a los sitiados.

La tercera sección al mando de José Ruiz con 465 infantes del batallón de Navarra y 579 dragones de San Luís y Frontera, se extendió por las orillas de la barranca con intención de impedir que tomaran igualmente agua los rebeldes.

La cuarta sección al mando del teniente coronel Juan Rafols, se dirigió para mantener libres las comunicaciones con Guanajuato (en aras de posibilitar que les llegaran víveres y municiones tan necesarios para los realistas) y vigilar las *gavillas* de Guanajuato y Silao, pero en especial los previsibles refuerzos del clérigo Padre Torres que les podría posibilitar obtener víveres y agua a los sitiados. Rivera y Lucas Alamán estiman unos 2.500 hombres.

Mientras tanto, los insurrectos al mando de Pedro Moreno operaban expediciones desde el Fuerte del Sombrero para ganar posiciones, dinero y suministros para la insurrección, posteriormente se refugiaban

en caso de ataques de las tropas españolas, sin duda resultaba un movimiento de guerrilla y de resistencia cíclica.

La protección estratégica del lugar y la posibilidad de avituallarse con apoyos patriotas les permitió mantenerse con sus familias durante más de tres años en aquel enclave inhóspito.

Sin embargo, en julio de 1817, en un contexto de disminución de intensidad de la lucha en el territorio, con la práctica de la política de indultos del Virrey y la neutralización de varios focos insurgentes, se potenció una acción de contrainsurgencia por parte del Virrey Ruíz de Apodaca y los destacamentos militares. De este modo, se recibieron órdenes estrictas para la toma de los focos y reductos de insurgentes y el apresamiento de sus principales caudillos.

Así las tropas realistas al mando de Pascual de Liñán procederán a atacar el Fuerte del Sombrero con un duro asedio que se mantuvo durante veinte días.

Las fuentes primarias e impresas (ZARATE, p. 582; RIVERA, 1875; CAVA, 2017) muestran que los insurgentes y sus familias se arriesgaban por las noches a bajar a la barranca para beber y recoger agua que escaseaba, e incluso se manifiesta abiertamente la falta de provisiones por el *abandono de suministros vitales* por parte del Padre Torres instalado en su refugio de Los Remedios.

Evidentemente las cartas de Mina al P. Torres explicaban muy diáfananamente una grave situación:

«Hace cuatro días que estamos rigurosamente sitiados por Liñán, Orrantía y Negrete. Hace tres que carecemos de agua, teniendo que tomar la que bebemos a costa de la sangre de nuestros mejores oficiales y soldados ,y aunque con este son 4 correos que envió a

S.E. solicitando su ayuda y que se intercepten los víveres al enemigo, no hemos observado hasta la presente ningún movimiento que prometa esperanza, del patriotismo de V.E. visto el estado de las cosas que le presento, depende la salud de la República, que pongo a sus manos, de S.E, seguro de que no tendré que arrepentirme»(MINA,X. Proclamas y otros escritos. 2 y 4 de agosto de 1817).

El asedio militar al fuerte duró 20 días, desde el 1 al 20 de agosto.

La estrategia militar de Liñán dispuso el sitio a las 4 leguas de circunferencia del cerro. El asedio, ciertamente fue duro y prolongado para sitiados y sitiadores (CAVA M^aB. Carta número 5. Liñán a Cruz, 3 de agosto de 1817):

«Me hallo desde el día 1^o sitiando el fuerte del Sombrero con mi 1^a y 2^a división y la del señor brigadier Negrete que está por el sur y las otras por los demás rumbos. El traidor Mina se halla dentro y el cabecilla Moreno, escasos de municiones, de víveres y más aún de agua; pero nosotros también estamos faltos de víveres y forraje y defensas contra las aguas (...). He de merecer a V.E. se sirva darnos órdenes a los Comandantes y justicias de los pueblos de esa Provincia cercanos a este punto para que me auxiliien con los artículos que puedan y me sean necesarios así de víveres y forrajes como de efectos para la continuación de las obras del sitio».

El ejército de Liñán fue estimado por los insurgentes en cerca de 4.000, y Mina observó desde el cerro con preocupación: «*Se me van los ojos tras del ejército enemigo que está subiendo, por el gusto que me da ver marchar la tropa en tan buen orden*» (BRUSH et al. Diarios. p.160).

Ante la desesperante circunstancia del asedio, falta de suministros y carencia de agua, decide Mina realizar una salida del fuerte con varios hombres y acometer al campamento de Pedro Celestino Negrete. Parece que Liñán envió de refuerzo más hombres, dos compañías del

regimiento de Zaragoza, huyendo atropelladamente y retirándose los patriotas sitiados, con la evidencia de varios muertos, más 11 heridos en poder de los realistas que fueron fusilados al día siguiente.

La noche del 6 de agosto Mina huye en busca de auxilios con Borja y Ortiz y dos asistentes de su guardia de honor, por despeñaderos; con arrojo, trata de buscar refuerzos y vituallas dirigiéndose al Fuerte de los Remedios, en donde presumiblemente se refugiaba el Padre Torres y su tropa.

Ante la extrema situación de los sitiados, el doctor Hennessey y el coronel Young, compañeros y fieles de Mina en el fuerte, fueron partidarios de una negociación para obtener las proposiciones de capitulación. De este modo, se envía al cirujano inglés Hennessey y al abogado de Pazcuaro Manuel Solorzano- a quien tenían prisionero en el fuerte- en aras de lograr un parlamento.

Los autores Lucas Alamán y Rivera estiman que Liñán se negó a varios de sus requerimientos, puesto que no se contemplaba el perdón o indulto por orden del Virrey *para los extranjeros*.

Según se aprecia, el Padre Torres y Diego Novoa salieron finalmente del fuerte de los Remedios o de San Gregorio para auxiliar a los sitiados aportando agua y bastimentos, pero el realista Rafols se presenta en el Silao con hombres de la compañía de Zaragoza y se apodera del convoy de ayuda, de este modo el P. Torres tiene que retroceder a Los Remedios y renuncia a atender a los sitiados.

Durante la ausencia de Mina y en aras de obtener suministros, se dejó la defensa del fuerte al coronel Young, pero éste vio imposible mantener el fuerte con los ataques de la regular artillería española, y

problemáticamente mantenidos, puesto que se hallaban muchos muros batidos, reducidos a escombros y con brechas. Además, fue recibida la orden de Mina de evacuar el fuerte.

Incluso la drástica respuesta de Liñán de garantizar sólo la vida de *los españoles y criollos* si entregaban la plaza, y de ningún modo a los extranjeros, desesperanzó a los sitiados.

El 15 de agosto, Liñán, conociendo la fuga de Mina, inicia el combate, prolongándose el sitio, y acercando las baterías a los muros para un fuego regular, y redoblando el cañoneo. La fuga de hombres del fuerte implica capturas y ejecuciones de inmediato.

En estos mismos combates las tropas españolas atravesaron dificultades, de forma a como se muestra por el mariscal en su correspondencia a José de la Cruz: *«Este sitio se va prolongando, más de lo que yo quisiera, a lo que contribuye la escasez que padezco de municiones, pues tengo que hacer el trabajo más que duplicado, y con demasiados afanes por el poco dinero para construirlas. Al señor subinspector de artillería le podría decir si ha empezado algún sitio con dos piezas de artillería y cada una con la dotación de 200 tiros, que en dos horas se despachan, esta miseria hace gastar el duplo»*.

Según parece la tropa española avanzó a pesar del aguacero persistente, confiando que la lluvia inutilizaría las armas a los sitiados, pero éstos replicaron con una arremetida violenta con piedras y disparos, de tal forma que las tropas españolas se retiraron, y entre ellos se contaron muchos muertos, Manuel Sactor por bala de cañón, y entre los sitiados el coronel Young, a quien una bala de cañón también le

despojó su cabeza. La acción de Liñán había fracasado y se decidió esperar un tiempo para realizar un nuevo asalto.

En esta circunstancia adversa para ambos ejércitos, sucede en el mando del fuerte el teniente coronel Bradburn. Como podemos comprobar la jerarquía de fuerzas y mandos en el fuerte había recaído en los compañeros anglos llegados con Mina a Nueva España. Las fuentes y crónicas de ambas filas narran sobre los cadáveres de los sitiados en los fosos, y los animales muertos, que según se indica, ofrecían un *insoportable hedor de muertos y heridos*.

En este punto cabría preguntarse las cinco razones que tuvieron los defensores del Sombrero para la rendición, que fueron de auténtica desesperación: el reducido número de tropa preparada en el fuerte, las brechas abiertas en los muros por la artillería de Liñán, la escasez de municiones, el hambre y la sed, el hedor insoportable de cadáveres y animales muertos en las acciones, y la falta de diálogo pactado y no aceptado por el mariscal Liñán para los extranjeros que combatieron frente a las filas realistas.

También desde una lectura interpretativa, se puede preguntar porqué Mina y el Padre Torres no llegaron en auxilio de los sitiados del Sombrero en una acción combativa, sin duda arriesgada, pero de valentía para sus compañeros asediados.

Cabe recordar que las tropas españolas no les facilitaron, sin duda, dicha la acción desde su salida de los Remedios, y aunque acudieron con algunos suministros, el realista Rafols en Silao se apodera del convoy, Torres tuvo que retroceder y renunciar a atender a los sitiados, pero de la misma manera cabría aludir a la irresponsabilidad de Torres

o su evidente cobardía, tal y como sugieren otras fuentes cercanas a Mina (relatos de Brush, Webb, Bradburn y Terres).

Ante tal cúmulo de circunstancias adversas, impacto de artillería y tras los asaltos, las huidas nocturnas de los sitiados -según narran Rivera y Zárate- originaron numerosas fugas de la población civil y bastantes desertores del fuerte que, con nocturnidad y peligrosidad, murieron despeñados por lo agreste del medio, alertando a los soldados españoles que dispararon indiscriminadamente, originando muertos, despeñamientos y en consecuencia se produjo una grave mortandad.

Finalmente, en la madrugada del 20 de agosto, los realistas entraron al fuerte del Sombrero al asalto y con energía; de este modo los sitiados deciden evacuar la plaza y se entregan voluntariamente; tras 20 días de duro asedio se había tomado el fuerte del Sombrero.

El mismo día 20 de agosto, Liñán a la cabeza de su ejército ocupa el fuerte, toma como prisioneros a todos los varones y a la esposa de Pedro Moreno, doña Rita, y sus hijos, todos refugiados en el fuerte con otros simpatizantes resistentes.

Pascual Liñán procede a dar respuesta a las órdenes virreinales y ordena demoler todas las fortificaciones existentes en el Sombrero: *«siendo preciso demoler el fuerte a la mayor brevedad, se servirá Usted (a Apodaca) enviarme lo más pronto que le sea posible doscientos trabajadores con útiles correspondientes en número proporcionado, y con víveres por tres días»*

Con órdenes estrictas de no admitir capitulación alguna del fuerte, rendir y destruir el fuerte del Sombrero y fusilar a los principales capitanes, como así se hizo.

El asalto de los cazadores de Zaragoza y Navarra permite acumular cañones de varios calibres, 400 fusiles, 250 lanzas, 600 sillas de montar, municiones y pertrechos de guerra además de alguna suma de dinero proveniente del asalto a la hacienda de Jaral.

La cuantificación de las pérdidas humanas se estimó en 71 extranjeros muertos, 615 insurgentes con 4 cabecillas, y numerosos prisioneros entre los cuales se hallaba Sebastián González con las mujeres e hijos de Pedro Moreno.

La tropa española que quedó fuera de combate se estima en 40 oficiales y 272 hombres (trágica muerte de Manuel Sactor y el comandante Gabriel Rivas, siendo contuso el coronel de las tropas del regimiento de Zaragoza, Domingo Loaces).

Según instrucciones del Virrey fueron ejecutados por armas cuantos cabecillas insurgentes quedaron en el fuerte, respetándose sólo a las mujeres y niños.

El Virrey entre otras cuestiones de orden escribió a Liñán: *«Sea enhorabuena por la toma de Comanja, a cuya relación incluyo a V.M. estas gacetas con otras de Madrid; porque no saliera marca hice que Vigil me diera una relación de muertos y heridos... y porque el público se acallara, pues unos decían que los había y otros los exageraban, como sucede siempre según las ideas de cada uno».*

Como podemos valorar, la toma del Sombrero fue un duro golpe para los insurgentes, para el propio Javier Mina y sus compañeros expedicionarios y muchos *patriotas*; sin embargo, desde la óptica del *realismo* tuvo la consecuencia de neutralizar un fuerte resistente en

manos patriotas y forjar una cierta aureola de valor y estrategia militar -costosa y ardua- para el mariscal Pascual Liñán.

Asedio a Los Remedios-San Gregorio (septiembre de 1817-enero de 1818)

«Aún nos queda quehacer en San Gregorio y Jaujilla, que como tengo dicho a V.M. han de ser atacados a la vez y a cuyo fin han salido de aquí el bello batallón de San Luís, al mando de Barradas, que puede compararse con cualquiera de España en instrucción, en uniforme y demás calidades, y saldrán otros, según el caso lo requieran». El Virrey Ruíz de Apodaca a Liñán, 4 de septiembre de 1817 (carta número 14).

Al retirarse de las patrullas realistas y sus acciones, el cabecilla Padre Torres se refugiaba en el Fuerte de los Remedios con *sus gavillas*, sin duda este enclave era mucho más potente que el del Sombrero y Comanja. Un fuerte en donde se disponía de víveres, agua, municiones y defensa de guarnición.

El fuerte estaba situado en las escabrosas alturas del rico y fértil llano de Pénjamo, a 12 leguas al Sudeste de Guanajuato. El Padre Torres había edificado en la cumbre el llamado refugio de Tepeyac. Allí el baluarte constituía la llave de la posición y también existía otro apelado Panzacola. El espacio-fortaleza mantenía una circunferencia de 2.000 varas que se cerraba por un grueso fortín «La Cueva» y parapetos levantados de defensa. El camino era muy agreste y con peñascos, lo que no permitía subir la artillería fácilmente.

Según se narra en las fuentes, corría un arroyo bajo sus muros que les abastecía de agua y la subían con máquina, algo opuesto a lo que

había sucedido en el Sombrero, porque parece ser que en Los Remedios/ San Gregorio se mantenían los pozos y fuentes presumiblemente inagotables.

El Fuerte de los Remedios estaba dominado al Norte por la altura del Tigre y por otra cima mayor que daba al punto de Tepeyac, llamado cerro del Bellaco, allí situó Liñán su cuartel general de campaña, cuartel que queda reflejado en los meritorios dibujos a plumilla y grabados conservados en la Real Academia de la Historia; desde allí escribió Liñán un número importante de su correspondencia, muchas epístolas con letra apresurada y sin copista. En el fuerte parece que se refugiaron unos 2.000 hombres patriotas, según se estimaba, pero «no todos eran disciplinados».

Tras todos los acontecimientos desarrollados en el Sombrero, Javier Mina consideraba peligroso su permanencia en este cerro, temiendo una nueva orden de la toma del fuerte, por tanto, su idea fue dejar al mando y su defensa a su segundo del Estado mayor, Diego Novoa, pues al parecer no se fiaba del Padre Torres y *su afeada apatía* (sic) (CAVA, 2017, pp. 63-67). La idea de Novoa tras las órdenes de Mina en 1817 fue la de formar un regimiento de infantería integrado por criollos para estructurar la lucha -muy desordenada- del Padre Torres (ROBINSON, pp. 81, pp. 260-61): «*El coronel Novoa, oficial español era jefe de la guarnición y su partida no la lamentaron los soldados de la división. Fue una especie de destierro honorable*»; «*no gozaba de simpatías de los demás oficiales, que dudaban de su valentía*»; «*Aunque Mina no compartía dichos sentimientos de sus oficiales hacia Novoa, éste nunca*

perdonó al gran Mina que cediera a los deseos de la oficialidad...»; «Novoa estaba convencido de la animadversión de los oficiales».

Además, las noticias de la toma de Comanja causaron una gran mella en Mina por la pérdida de sus principales hombres y la desaparición del foco revolucionario tan emblemático. Ante la situación bastante arriesgada para el navarro -quien se movería sin protección y con el único recurso de su capacidad militar- éste salió del fuerte acompañado de Juan Aragón y 900 hombres de caballería local -poco instruida para la guerra-; quedándose en el interior del fuerte, contra su pesar, Novoa, Erdozain, Webb, Bradburn, Colverio Crocker, Juan Ramsey, Wolffs, Hennessey y otros de sus pocos y principales divisionarios.

Mina iniciaba entonces, casi de forma desesperada, un itinerario por las principales haciendas (Tlachiquera, Bizcocho y San Miguel el Grande) en busca de vituallas y recursos monetarios, retirándose a la hacienda de la Zanja, a la que también quería asaltar.

Según las noticias recibidas, también Liñán enviaba a Andrade y comisionó a Orrantia con los Dragones de San Luis, San Carlos, Frontera y Sierra Gorda en búsqueda de gavillas y fundamentalmente del jefe Mina. La captura era necesaria y desesperada según las órdenes.

Mientras tanto, Liñán trata de tomar el fuerte de los Remedios, bastión en donde el padre Torres, Mina y Novoa se refugiaban tras los ataques.



Figura 6. Fuerte de los Remedios en San Gregorio ARAH . Archivo de la Real Academia de la Historia. Fondos del Virrey Juan Ruíz de Apodaca y Eliza.



Figura 7. Fuerte de Los Remedios desde cerro Bellaco, cuartel de las tropas al mando del mariscal Pascual Liñán. Vista del ya demolido fuerte de Los Remedios desde el cerro del Bellaco o campo del cuartel general.

Pascual Liñán el día 27 se había presentado frente a Los Remedios con una avanzada para implantar el asedio al fuerte. El resto de las fuerzas realistas llegaron poco a poco, conformándose por 4.000 hombres, que se fueron colocando según las instrucciones del mariscal. Así describe su estrategia para la toma del fuerte desde su campamento del campo del Bellaco, ubicando una batería de cañones (2 de a 12; 2 de a 6; 1 de 4; y obús de 6 pulgadas), 900 hombres y con primeras trincheras y medidas de obstrucción de comunicación y vituallas para los refugiados en el fuerte por la zona de La Cueva y Panzacola (19 de noviembre de 1817):

«El 16 al amanecer se dio principio a abrir dos brechas en este fuerte, de las (...) con una fuerza de novecientos hombres; a la una del día estaban ya practicables, y a las dos salieron del Campo del Tigre nuestras tropas en dos columnas, aunque yo había comunicado las órdenes, para que se verificase en tres y sus correspondientes guerrillas por los flancos.

Llegaron con el mayor ardor hasta unas doce varas de las brechas, donde hicieron alto algunos momentos para recobrar el aliento que les había sofocado lo áspero del terreno, y mucha pendiente de la cuesta que habían superado; pero desgraciadamente en este tiempo experimentaron todo el vigor de una multitud de piedras, mucha metralla procedente de los fuegos que no fue posible apagar porque hasta entonces tuvieron los rebeldes retiradas sus fuerzas y sólo las asomaban para hacer fuego y una increíble oposición de numerosa guarnición que se presentó en la muralla, revientes y brechas, sin dejar por esta de cubrir los demás puntos por donde se les llamó la atención,

... [y que haber sido herido de gravedad el comandante principal, y otros muertos con cuasi todos los oficiales que iban a la cabeza] (...) con pérdida de doscientos hombres entre muertos y heridos.

Este desgraciado suceso me constituye a continuar más tiempo en estos escabrosos montes, y de consiguiente en la necesidad de acopiar víveres y demás artículos precisos para mantener el sitio; ... al efecto diré mañana al Comandante militar que vino al campo de (...) para presenciar el ataque de la Piedad, de reunir cien cargas de harina, cuyo importe espero de la bondad de Ud. (José de la Cruz)

que mandará satisfacer por esas cajas y dispuse que con doscientos se reuniese a aquellos cincuenta el Teniente Coronel Don Cristóbal Villaseñor, quienes se pusieron en marcha la noche del 17 y regresaron ayer tarde trayéndose cuatrocientas cabezas de ganado vacuno y unos treinta caballos» (CAVA, Mº B. carta número 51).

Para evitar salidas nocturnas o fugados, ordena realizar fogatas grandes y permanentes que deslumbren a los sitiados durante un mes. Los trabajos para los soldados fueron muy exigentes: zanjas, parapetos, excavación subterránea hacia el baluarte de Tepeyac, incrementados incluso sus esfuerzos por la estación de aguas, lo que origina una «penosa situación de las tropas».

Además, existía un agravante que se añadía, como era la carencia de vituallas para las tropas, por este motivo escribe al mariscal Cruz en solicitud de harina, cabezas de ganado y caballerías.

El contingente de soldados era categórico: Batallón de Navarra con Tomás Peñaranda, granaderos y cazadores de Zaragoza; El 1ºAmericano, Corona, Fernando VII, apoyando las columnas al mando de Anastasio Bustamante y José María Novoa. Sin duda, un despliegue demostrativo de fortaleza militar.

Unos 900 hombres realistas se movilizan hacia la brecha abierta entre Santa Rosalía y Libertad, mientras los sitiados reciben fuego de cañón y fusilería, y a su vez la tropa española soporta una lluvia de piedras y fusilería desde la muralla (de soldados, mujeres y niños).

Caerán muertos soldados y oficiales realistas, entre los muertos y heridos son 49 oficiales y 370 soldados, unas bajas considerables (RIVERA, 1875; ROBINSON, 2016). Un primer intento de asalto había quedado frustrado.

Liñán escribe algo frustrado al Virrey Apodaca solicitando más refuerzos, piezas de artillería, municiones, y narra la falta de recursos, puesto que no llegaban los fondos de Querétaro, Guanajuato, San Luís o Guadalajara. En consecuencia, saldrá el Segundo batallón de Zaragoza de México con 180 cargas de munición.

Y se decide por el mariscal que hasta no llegasen más refuerzos no se acometiera un nuevo ataque (segundo ataque), mientras tanto, la tropa realista excavaría una vía subterránea que permitiera llegar a Tepeyac, buscando fisuras para acometer el nuevo ataque.

Los sitiadores cañonean desde las baterías del Bellaco, y se sigue de continuo el fuego de artillería que destruye las oficinas y el almacén a los sitiados. También se toman medidas de obstrucción de comunicación y vituallas (La Cueva y Panzacola).

Llegando el mes de diciembre, las municiones escasean a los sitiados a pesar de que disponían de una pequeña fábrica de pólvora. Según parece la Junta de Jaujilla y los simpatizantes insurrectos les suministraban la pólvora, pero la estricta vigilancia de los realistas españoles en cortar la comunicación, no les permitía mayores suministros.

El capitán Crocker y Ramsey junto al guerrillero Cruz Arroyo con un contingente de hombres trataron de asaltar el campamento del Tigre apoderándose de 2 baterías y munición, pero los realistas les atacan y se producen 27 muertos y numerosos heridos.

En este comienzo de diciembre (día 3) escribe Liñán:

«Estos días se me han pasado como una veintena de desertores del fuerte, entre ellos uno que dice era teniente, el proveedor y un

oficial inglés que también venía, lo mataron de un balazo cuando ya estaba unos 50 pasos fuera de la muralla...dicen que solo tienen 5000 fanegas de maíz, sin ningún otro artículo, ni más agua y no muchas municiones; Se han cogido y fusilado estos días 14 individuos que intentaban entrar de noche en el fuerte con víveres, que se han distribuido a nuestros soldados».(CAVA,Mª B.carta número 57)

Sin apoyo de fuerzas de Torres y Mina, agotándose las subsistencias y con regulares ataques por las tropas, de forma desesperada, y ante la crítica situación, se decide evacuar el fuerte en la noche del 1 de enero de 1818 por el espacio de Panzacola, y La Cueva.

Según parece el coronel Diego Novoa, al mando del fuerte, tras huir el padre Torres, ordenó sigilo en la evacuación, y la guarnición, paisanos, familias, niños y mujeres -según Robinson- trataron de evadirse descendiendo entre la aspereza del terreno, produciéndose *escenas lastimosas de huida y despeñamientos*, lamentablemente, la huida se hizo de forma mucho más precipitada y anárquica que la sucedida en el fuerte del Sombrero.

Al ser descubiertos por los realistas por las luces de las fogatas que iluminaban dramáticamente los barrancos, la confusión, el desorden, agolpados y huyendo, se despeñan por los precipicios, escuchándose *«lamentos de moribundos y siniestra vocería»*, junto a las descargas de los fusiles, y los gritos desgarradores de heridos y moribundos.

Un terrible descalabro humano de población civil, guerrilleros y un extremo rigor en la toma del fuerte y enclave de los Remedios.

Se precisa por las fuentes la muerte del guerrillero Cruz Arroyo, del capitán Crocker, el doctor Hennessey y Muñiz, y tras ser aprendido y luego fusilado, el coronel Diego Novoa, que enviado por Javier Mina

había sido instructor de la tropa de Torres y de las obras defensivas de Los Remedios, el cual, según Robinson, mostró una gran entereza en sus postreros instantes y murió gritando: ¡viva la República! Unos 406 prisioneros fueron destinados por el Virrey al presidio de la laguna de la isla de Mezcala y los cabecillas principales fueron fusilados en las inmediaciones del Fuerte.

Las mujeres de las familias de los principales jefes insurrectos -las hermanas del P. Torres y las señoras de la familia de Borja- fueron trasladadas bajo vigilancia realista y con control estricto, y las de clase inferior «*fueron rapadas a navaja*» aunque quedaron en libertad (RIVERA y ROBINSON).

Las bajas realistas fueron importantes: 58 oficiales y 297 individuos de todas armas; heridos y contusos: 29 oficiales y 240 hombres.

La Gaceta del Gobierno de México del 14 de febrero, número 1224, siguiendo las informaciones de Liñán, enumera los nombres de los muertos y prisioneros además de los cabecillas fusilados: Timoteo Muñiz, Cruz Arroyo, Diego Novoa, José Ignacio Bribiesca, Juan Hidalgo, Juan Nepomuceno Alarcón... así hasta 20 jefes insurrectos.

Tomado el fuerte, muertos o aprendidos sus defensores, fueron demolidos reductos, almacenes, muros, e instalaciones durante cuatro meses por los cañones y equipos de Pascual Liñán. Tras cuatro meses de asedio y de resistencia por los sitiados se toma el fuerte rebelde y resistente de Los Remedios, sin duda se confirma uno de los episodios históricos, penosos y decisivos que han forjado una leyenda de resistencia mexicana en aras de enaltecer a los mártires de la Nación.

Notas sobre un olvidado: Diego Novoa

«Para apagar la revolución es necesario se secase el golfo mexicano... ésta no es sola sostenida por los mismos del país, hay naciones comprometidas que se interesan y sacrificarán cuanto puedan hasta lograr la libertad...» (Diego Novoa, 1818).

Diego Novoa, el segundo de Mina en un primer tiempo de su lucha y su causa en favor de la independencia mexicana, fue español, y nacido en Ceuta, aunque de ascendencia gallega. Su breve hoja de servicios y expediente conservados en el archivo militar de Segovia nos concreta que fue cadete nacido en Ceuta (1780) y durante 7 años de cadete (1794) en el *Fijo de Ceuta*. Capitán en 1809. Sirvió en la Infantería de Línea de Voluntarios de Estado y pasó luego a la Guardia Real en 1809. Tiene 24 años.

Siguiendo las expresivas y reservadas cartas de Liñán desde el Cerro Bellaco (6 de noviembre de 1817) y las correspondientes misivas de José de la Cruz desde Guadalajara, conocemos cualitativamente una mayor información del protagonista. Fue militar *josefino*:

«y como este sujeto sirvió al intruso Rey José I y deberá temer de su primer delito, aun perdonando su segundo, convendrá hacerle saber que el Rey ha indultado a los que por aquel crimen y por opiniones se hallaban expatriados en Reinos extranjeros; y como este collonazo aún respeta y aprecia a Vm. Como a su jefe que fue, puede que consigamos la efusión de sangre».(CAVA, M^a B. carta número 44).

Las noticias de Diego Novoa también nos llegan de su vínculo con Mina. Es Jefe de su Estado mayor en 1817, un excelente oficial de instrucción, *pero sus deficiencias quedaban de manifiesto cuando se*

aventuraba más allá de los deberes de su puesto, arrogante y altanero en el trato según opinión de Bradburn, un coronel norteamericano de Virginia que dejó jugosos escritos, aunque bastante subjetivos. Este mismo militar le afea en los testimonios su conducta en Peotillos y en San Juan de Llanos. Además, le acusa de negligencia en la captura del marqués, dueño de la hacienda de Jaral: «y en esa ocasión cometió además un exceso tan vergonzoso (¿) que Mina ordenó a su ayudante el teniente Aragón le diera una severa reprimenda... que hizo se le perdiera la confianza necesaria».

Bradburn, algo injusto con este actor social, le inculpa de cobarde a Novoa: *«El coronel Novoa al que le faltó coraje para atravesar las líneas enemigas, se ocultó presa del miedo. Murió víctima de su cobardía cuando a la mañana siguiente fue descubierto por los realistas en el fuerte de los Remedios...y allí fue muerto de un tiro».*

Creemos que desde una lectura objetiva no fue un cobarde, como se sugiere por el mercenario norteamericano en las filas de Mina y también autor de escritos meritorios para la circunstancia histórica en México en 1818, de esta manera trataremos de descifrar alguna nota certera de su trayectoria, que apenas ha sido conocida e incluso hallamos confusiones notables sobre el protagonista en varias referencias indirectas.

Según las informaciones analizadas de las cartas cruzadas y reservadas entre los dos mariscales realistas, las noticias de Liñán con el Virrey Ruiz de Apodaca sobre nuestro personaje, más la lectura de los diarios de Brush y Bradburn, si podemos aclarar algunas notas.

Diego Novoa se hallaba como jefe militar al frente del fuerte de Los Remedios y en delicada situación ante el asedio de Pascual Liñán, de

tal forma que el mariscal sitiador escribe a José de la Cruz el 6 de noviembre de 1817 para que *como antiguo jefe* que fue del militar *rebelde*, escribiera a Diego Novoa en aras de que solicitara un indulto, como sucedió con otros expatriados.

Su intención fue honorable, sobre todo por ser Novoa español, y según se escribe para evitar «efusión de sangre» (sic) en consecuencia al sitio y a los ataques desarrollados. Incluso se le sugiere a Novoa en la misiva el ofrecimiento de concederle dinero para su libertad y que se pudiera marchar en calidad de *exiliado* a los Estados Unidos.

La carta del militar José de la Cruz a Novoa, es enviada al fuerte, pero no existe contestación de Diego Novoa en el prolongado sitio de Los Remedios hasta llegado el 7 de diciembre de 1817.

La contestación fulminante de Diego Novoa a la proposición del indulto y la posible fuga pactada o exilio a los Estados Unidos es negativa y terminante; incluso, valoramos, maquiavélica en ciertas ideas vertidas contra los jefes militares Cruz y Liñán, e incluso- diríamos más- sobre sus comentarios atrevidos y mordaces sobre Apodaca el Virrey; ahora bien, su trayectoria antevísperas de su captura y posterior muerte, no parece ser la de un cobarde como se le ha tildado por algún compañero de expedición, y consecuentemente reproducimos varios fragmentos de la extensa carta autógrafa de Novoa (datada en la fortaleza de los Remedios el 7 de diciembre de 1817) con sus argumentos al mariscal:

«...No puedo negar que me hallo de Jefe de estado mayor bajo las órdenes del Sr. General Torres y que hay muchos extranjeros al servicio...

Cuando salí de los Estados Unidos no fui arrastrado por la solución, engaños, falsas promesas, ni menos necesidad, es bien público me hallaba a las inmediaciones de José Napoleón, no careciendo de cosa alguna...

...Para apagar la revolución es necesario se seque el golfo mexicano, y así viva V.m. en la suma inteligencia que ésta no es sola sostenida por los mismos del país, hay naciones comprometidas que se interesan y sacrificarán cuanto puedan hasta lograr la libertad...

Si señor General (Cruz), la muerte me será muy grata muriendo por la causa.

...Me dice V.m. en la suya que basta un cuarto de hora para que varíe mi suerte... hallándome en Galveston encontré los partes que Calleja daba al ministro de Guerra contra V.m.... lo mismo que puedo hacer con la copia de la carta del Virrey al general Liñán donde le manda haga lo posible por darme un veneno o valerse de otro ardid, triste recurso (j)

...para cumplir la palabra que di al General Mina hallándose prisionero en Tepeyac, dije que imitaríamos a los numantinos antes que pisaran el fuerte de San Gregorio.

...que más satisfacción podré tener que sacrificarme por la libertad de un pueblo que hablando desapasionadamente ha estado en la esclavitud... Sí, Señor General, la muerte me será muy grata muriendo por esta causa» (CAVA, M^a B. carta número 59)

La opinión de los mariscales realistas no se deja esperar tras la negativa de Novoa a su propuesta: *«No me ha sorprendido la disparatada carta del botarate de Novoa, pues esto y mucho más esperaba yo, y aun creía que nos hubiera llenado de insultos y de desvergüenzas en el caso de no haber admitido la generosa propuesta que se le hacía para su bien. ¿Para qué se ha cansado VM en decirme las falsedades y absurdos de que está llena la tal carta? Despreciemos a este bribón»* (carta número 61. Cruz a Liñán, 26 de diciembre de 1817)

La muerte de Diego Novoa

Tras la toma del fuerte y el prendimiento de los jefes militares de Los Remedios, rechazado el indulto o la posibilidad de exilio a los Estados Unidos, el fin de Novoa fue el fusilamiento en el campamento realista de Plan, el 6 de enero de 1818. Así finalizó, y dramáticamente - por lo que se narra en la carta- la vida y sobre todo la muerte del que fuera Jefe del estado Mayor de Javier Mina ; ciertamente un actor social olvidado por la Historia:

«Ya dije a usted en la mía de ayer que el numantino Novoa iba a ser fusilado; en efecto así sucedió a medio día, y por cierto que él tuvo la culpa de que los Dragones lo hicieran padecer algunos momentos más, porque habiendo solicitado mandar la tropa y permitiéndolo el oficial de escolta, sin duda por aparentar valor, dio la voz de ¡preparen armas!, en seguida la de fuego! y como omitió la intermedia de apunten!, sólo uno le disparó y lo mismo hicieron los demás soldados para acabarlo, pero con la intermisión que puede V.M. figurarse.

Así terminó su corrompida carrera el mismo que no quiso oír la voz de la razón que tan generosamente le dirigió V.M. en su mayor apuro, y el falso numantino que lejos de imitar a los verdaderos de este nombre, se dejó prender en una barranca, con dos hermanos del rebelde Padre Torres y siete leperos, por sólo tres soldados valientes del Regimiento de Zaragoza...» (CAVA, M^a.B. carta número 74).

Conclusión

Con la toma del fuerte de Los Remedios, y como sucedió con el sitio y total destrucción practicado al fuerte de San Gregorio, se reafirma el sometimiento militar de los focos de guerrilla en el escenario de Guanajuato, Valladolid y línea de frontera con Nueva Galicia (hoy Lagos de Moreno, Pénjamo, Jalisco y Guanajuato), lo que significó un hecho de indudable valor histórico entre 1817 y 1818 para la causa realista. Sin duda alguna, los costosos asedios practicados por Pascual

Liñán en dichos enclaves estratégicos muestran un capítulo fundamental y resistente en la evolución de la Historia de la Independencia mexicana y han quedado enaltecidos por el imaginario heroico de la identidad y de la Historia mexicana.

De igual modo, representan acontecimientos históricos destacados en la estrategia militar de la causa realista; fueron esforzados combates librados en los territorios mexicanos, de suyo, espacios estratégicos y de indudable fortaleza económica, por este tiempo diezmados por la cruel guerra. También cabe interpretar la desaparición de principales adalides y patriotas mexicanos implicados en las resistencias insurrectas y batallas, un protagonismo que se debió afrontar para el futuro en el convulso escenario mexicano que se vivirá entre 1818 y 1821. El camino hacia el logro de la Independencia de México iba a labrarse con nuevos y viejos protagonistas, nuevas confrontaciones, obstáculos, alianzas y pactos de estrategia. Se encaminaba el exrealista Agustín de Iturbide entre 1820 y 1821 hacia la viabilidad del plan de Iguala como medio para la consecución de la independencia y la pacificación de México. Acontecimientos y epílogo de la intensa Historia de la Independencia mexicana y sus vínculos con España, que no nos corresponde en este momento desarrollar.

Fuentes

AGMS.

Expediente militar de Pascual de Liñán. Sección1ª. L-812 y expedientes de D. José de la Cruz. Caja 35-ex.8/carpeta 1

Expediente de Francisco de Orrantia. Sección1ª. L.O.544 y sección 1ªDivisión Tercera.L-394/33

Expediente de Diego Novoa.

A.P. Archivo.Privado. Correspondencia reservada del mariscal José de la Cruz al mariscal Pascual Liñán y Dolz de Espejo. (1816-1821). Son 135 cartas.

A.A.C. Partidas de bautismo. Probanzas de nobleza de Pablo Novoa Villamarín. 00291.

Bibliografía

ÁVILA, A. y GUEDEA, V. (2007): «De la independencia nacional a los procesos autonomistas novohispanos: balance de la historiografía reciente», en *Debates sobre las Independencias iberoamericanas*, pp. 255-276.

AVITIA, A. (1997) *Corrido histórico mexicano, voy a contarles la historia (1810-1910)*. FCE, México.

BRADING, D. A. (1973): *Mineros y comerciantes en el México Borbónico (1763-1810)*, FCE, México.

BRUSH, WEBB, BRADBURN y TERRES. (2011) *Diarios de la expedición de Mina. México (1817)*, Madrid.

BUSTAMANTE, C.M. (1844): *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, México.

- CAVA, M. B. (2017): *México. Entre la Lealtad y la Independencia. Correspondencia reservada de los mariscales José de la Cruz y Pascual de Liñán (1816-1821)*, INAH, U. Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, UMSNH, México.
- CHAMORRO y BAQUERIZO, P. (1851): *Historia del ilustre cuerpo de oficiales generales, hechas con las biografías de los que más se han distinguido. Madrid.*
- CHAMORRO y BAQUERIZO, P. (1851) *Estado Mayor general del Ejército Español: historia del ilustre cuerpo de oficiales generales formada por las biografías de los que más se han distinguido e ilustrada con los retratos de cuerpo entero; escrita y publicada bajo la dirección del oficial del arma de infantería Pedro Chamorro y Baquerizo, Madrid.*
- DE ANDRÉS, J. R. (2015): «El frente diplomático y militar español ante la conspiración bonapartista norteamericana de 1817 y 1818», en *Aportes*, nº88, año XXX, pp. 5-27.
- DE ANDRÉS, J. R. (2016): «La defensa realista del noreste de la Nueva España entre 1818 y 1820 ante las amenazas angloamericanas e insurgentes», en *Aportes*, nº91, año XXXI, pp. 5-26.
- MINA LARREA, X. (2012) *Proclamas y otros escritos*. Edición de M. ORTUÑO, Trama, Madrid.
- GRANADOS, L.F. (2010): «Independencia sin insurgentes. El bicentenario y la historiografía de nuestros días», en *Desacatos*, núm. 34, pp. 11-26.

- HAMNETT, B.H. (1990): *Raíces de la insurgencia en México. Historia regional, 1750-1824*, FCE, México.
- HAMNETT, B.H. (2011): *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú: Revolución y contrarrevolución en México y el Perú: liberales, realistas y separatistas, 1800-1824*, FCE, México.
- HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, J.E. (1877): *Colección de documentos para la Historia de la Guerra de Independencia en México de 1808 a 1821*, México.
- JIMENEZ CODINACH, G. (1988): «La Confédération Napoléonnie. El desempeño de los conspiradores militares y las sociedades secretas en la Independencia de México», en *Historia Mexicana*, XXXVIII, pp. 43-68.
- JIMENEZ CODINACH, G. (1966): *La Gran Bretaña y la Independencia de México 1808-1821*, FCE, México.
- KICZA, J.E. (1986): *Empresarios coloniales. Familias y negocios en la ciudad de México durante los Borbones*, FCE, México.
- LADD, D. (1984): *La nobleza mexicana*, FCE, México.
- LEMOINE, E. (1978): «Nueva Orleans, foco de propaganda y actividades de la insurgencia mexicana» en *Cardinales de dos Independencias: Noreste de México-Sureste de los Estados Unidos*, pp.15-36.
- LÓPEZ TABAR, J. (2001): *Los famosos traidores: los afrancesados, durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Biblioteca Nueva, Madrid.

- MARTÍN, A. (2012): «Los realistas en el final de la expedición de Javier Mina en la Nueva España (1817-1820)», en *Aportes*, 79, XXVII, pp. 31-50.
- MCFARLANE, A. (2014): *War and Independence in Spanish America*, Routledge, Nueva York.
- MIQUEL i VERGES, J. (1988): *Diccionario de Insurgentes*, Porrúa, México.
- ORTIZ ESCAMILLA, J. (2014): *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México, 1808-1825*, El Colegio de México, México.
- ORTUÑO, M. (1999): «Hispanoamericanos en Londres a comienzos del siglo XIX», en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, t. 12, pp. 45-72.
- ORTUÑO, M. (2006): *Xavier Mina. Fronteras de libertad, México, 2003 y Expedición a Nueva España de Xavier Mina. Materiales y ensayos*, Universidad Pública de Navarra, Pamplona.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, G. (2018): *Xavier Mina, el insurgente español, guerrillero por la libertad de España y México* UNAM, México.
- RIVERA, A. (1875): *Viaje a las ruinas del Fuerte del Sombrero*, Tipografía de José Martín, San Juan de los Lagos.
- ROBINSON, W.D. (2003): *Memorias de la revolución mexicana*, UNAM, México.
- RODRÍGUEZ TAPIA, A. (2019): *Realistas contra insurgentes. La construcción de un consenso historiográfico en el México independiente (1810-1852)*, UPV.

- SERRANO ORTEGA, J.A. (2013): «Deshaciendo el consenso. La historiografía sobre el proceso de independencia de la Nueva España, 1953-1997», en *Mexican studies/Estudios Mexicanos*, v. 29, n.º 1, pp. 120-148.
- SIMÓN RUIZ, I. (2010): «La historiografía de la independencia mexicana: una visión regional», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 32, pp. 73-92.
- ZÁRATE, J. (1884): *México a través de los siglos: historia general y completa... Tomo 3. La guerra de Independencia*, México.
- VV.AA. (2012): *México y España, la mirada compartida de Antonio García Pérez*, Iberdrola, Bilbao.
- VV.AA. (2014): *América y España. Un siglo de Independencias*, Iberdrola, Bilbao.

LA DEFENSA DE CARTAGENA DE INDIAS

DEFENSE OF CARTAGENA DE INDIAS

José Antonio Crespo-Francés y Valero

Instituto de Historia y Cultura Militar

Resumen:

La ciudad y puerto de Cartagena de Indias fueron una pieza clave para la seguridad del comercio español, las comunicaciones en el Caribe y el enlace entre los virreinos de Nueva España y del Perú. Desde su nacimiento y durante su desarrollo fueron primordiales las construcciones militares, tanto tácticas como estratégicas, que fueron condicionando su desarrollo y sus aspectos logísticos.

Desde su fundación, Cartagena sufrió ataques de piratas y corsarios que condicionaron su supervivencia y adaptación considerándose el asedio de 1741 como el intento definitivo de golpe de gracia por parte del Imperio Británico para acabar con la hegemonía española en América, dominar las comunicaciones en el Caribe y con la península ibérica, además de servir como punto de partida para atacar el virreinato del Perú.

Palabras clave:

Blas de Lezo, Bocachica, Cartagena de Indias, obras defensivas, Oreja de Jenkins, San Felipe de Barajas, Sebastián de Eslava, Vernon, Wentworth.

Abstract:

The city and port of Cartagena de Indias were key factors for the security of Spanish trade in the Caribbean and communication link between the vicerealties of New Spain and Perú. Since its inception and during its development both tactical and strategic military

considerations were conditioning aspects for its development and its logistic were paramount.

Since its establishment, Cartagena suffered attacks by pirates and privateers, who influenced their survival and adaptation, considering the siege of 1741 as the final attempt of coup of grace by the British Empire to end the Spanish hegemony in America, dominate commutations in the Caribbean and the Iberian Peninsula, in addition to serving as a starting point to attack the Viceroyalty of Peru.

Keywords:

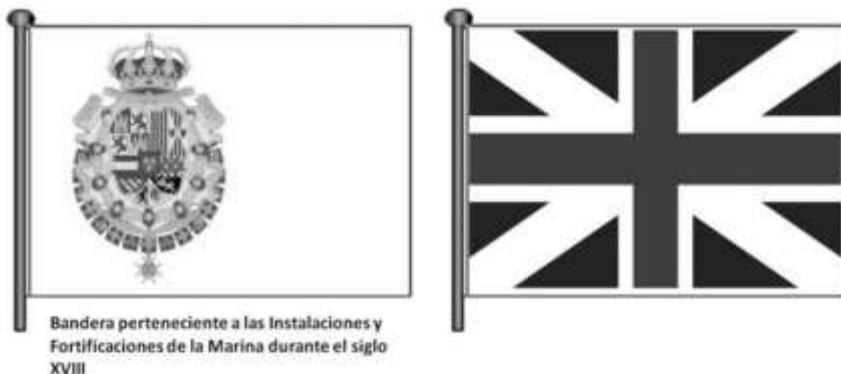
Blas de Lezo, Bocachica, Cartagena de Indias, fortification works, Oreja de Jenkins, San Felipe de Barajas, Sebastián de Eslava, Vernon, Wentworth.

Antecedentes y panorama general

Como es normal no nos podemos limitar a una enumeración secuencial de guerras, combates y acciones, debemos entrar en las causas, las motivaciones y las situaciones de todo tipo, políticas y económicas entre otras que provocaron este enfrentamiento. Tampoco podemos mirar de forma aislada ninguna de las batallas y menos la defensa de Cartagena de Indias.

Quizá sea interesante ofrecer un detalle inicial que justifique, junto a otros condicionantes el nacimiento de las conciencias nacionales americanas que se basa en la organización militar para la defensa de las Américas, una tierra de frontera imposible de cubrir con ejércitos regulares permanentes por lo que su defensa debió recaer la mayoría de las veces en las milicias mientras la España peninsular era invadida por las fuerzas napoleónicas.

Hablar de la Historia de España y de sus políticas durante los siglos XVII y XVIII se hace imposible de acometer dejando de lado los aspectos militares y navales.



Bandera perteneciente a las Instalaciones y Fortificaciones de la Marina durante el siglo XVIII

Banderas española y británica en la Guerra de la Oreja de Jenkins. Como ya era habitual desde principios del siglo XVIII estas dos potencias se volvían a enfrentar por el control marítimo y económico en una nueva guerra.

Ciertamente la pugna hispano británica viene de atrás, de muy atrás, podemos remontarnos a la llegada de España a América, pero se agudiza durante el periodo del cambio de dinastía en el que la Guerra de Sucesión (1701-1713) supuso por encima de todo una toma de posición de otras potencias europeas para repartirse el Imperio.

A lo largo del siglo XVIII encontramos un panorama estratégico en el que se suceden una serie de conflictos que alcanzan hasta inicios del siglo siguiente y que afectan a una serie de espacios estratégicos concretos. La *Guerra del Asiento* que tuvo como escenario el Caribe y por la magnitud de concentración de medios y los planes estratégicos puede considerarse como una verdadera guerra moderna, tengamos en cuenta que el ataque inglés a Cartagena de Indias significó la mayor

concentración naval de la Historia Militar y Naval hasta el desembarco de Normandía en la Segunda Guerra Mundial sucedido el 6 de junio de 1944, nada más y nada menos que doscientos tres años después.

PANORAMA ESTRATÉGICO DURANTE EL SIGLO XVIII					
CONFLICTOS BÉLICOS (GUERRAS)		ACUERDOS DIPLOMÁTICOS		CICLOS COMERCIALES	
1702/1713	Sucesión de España	1713	Utrecht	1714/1740	Fachada atlántica americana
1739/1748	Asiento y/Sucesión de Austria	1748	Aquisgrán	1750/1757	Caribe y zona de los grandes ríos americanos
1757/1763	De los Siete Años	1763	París	1764/1777	Desarrollo y expansión comercial del Pacífico
1775/1783	Trece Colonias	1783	Versalles	1784/1793	Islas y espacios oceánicos
1793/1815	Napoleónicas	1815	Viena		

Esta pugna hispano británica la podemos apreciar en el panfleto "Una propuesta para humillar a España"³⁸⁷ (London, 1711). así titulado con alevosía, manuscrito fechado en 1711 y publicado en Gran Bretaña a precio de un chelín. El documento fue escrito por un alto cargo británico que viajó a diferentes lugares del continente americano y que poseía información privilegiada. Se dice que pudo ser Henry Pullen³⁸⁸, luego nombrado gobernador de las islas Bermudas (1713-1718). Dentro del mismo se comentan las maravillas de la región del Rio de la Plata y del Reino del Perú, así como «la felicidad de sus habitantes que nadan en rica abundancia». El objetivo del gobierno inglés sería encontrar la fórmula para humillar a España, y no solamente eso, lo que fue peor, hacer pobres unas tierras que durante los virreinos eran ricas para

³⁸⁷ *A proposal For Humbling Spain Written in 1711 by person of Distinction.*

³⁸⁸ *Pullen: 'Pulleine' o 'Pulleyn'.*

finalmente ganar el control de los recursos de los virreinos españoles adueñándose como propios de ciertos puntos estratégicos y balcanizando aquellos territorios en pequeñas repúblicas "libres" y aisladas unas de otras para un mejor control.

Pullen define claramente como objetivo estratégico la zona de Panamá llave de paso hacia el Pacífico, Perú y Chile haciendo énfasis en ello a lo largo de su discurso. Explica Pullen que la ruta comenzaba en Cádiz hasta alcanzar Portobelo en Panamá, donde desembarcaban y embarcaban mercancías en ambas direcciones, tras atravesar el istmo en carros de tracción animal y embarcándolas de nuevo al atravesar el istmo. Las que llegaban desde Cádiz viajaban por mar con viento contrario casi siempre hasta el Callao en Perú, desde allí partían naves a Manila y a Arica en Chile. Desde Arica otra vez con caballerías se trasladaban las mercancías a lo largo de unas 150 millas hasta llegar a la Villa Imperial de Potosí, hoy Bolivia. Desde este punto se iniciaba el itinerario inverso considerando a Potosí como la ciudad apetecible más española de Suramérica colocándola en importancia por encima de las capitales París, Berlín o Londres de aquel momento.

Tengamos claro que la emancipación americana lejos de dar a luz cuatro o cinco auténticas superpotencias que habrían entrado con fuerza y paso firme en el concierto internacional sobre la base de los virreinos de Nueva España, Nueva Granada, Perú y Río de la Plata, produjo una pléyade de repúblicas inconexas rompiendo sus lazos comerciales existentes y cayendo en manos extranjeras creándose una dependencia que se ha venido prolongando hasta nuestros días. Una situación muy alejada de una auténtica independencia, que sirvió a los

intereses británicos y de otras naciones y en la que tuvieron una enorme responsabilidad los llamados "libertadores" quienes contando con una inmensa riqueza material, en recursos y materias primas, en vez de buscar una industrialización que afianzara sus posiciones, facilitaron ese fraccionamiento y usaron sus repúblicas como fincas privadas convirtiéndolas en simples proveedoras de productos y materias primas baratas a sus aliados en las guerras de emancipación que teóricamente iban a liberarles de la tiranía española.

Podría considerarse una falacia convertida en verdad tras repetirla hasta la saciedad el hecho de afirmar que todos los hispanoamericanos deseaban ardientemente conseguir la independencia liberadora de un yugo español. Sin embargo, lo cierto es que, si rascamos un poco, nunca existió esa unanimidad y si se produjo no fue a impulso de los propios hispanoamericanos sino que fue fruto del impulsado desde el extranjero con el apoyo fundamentalmente de las minorías criollas ricas y se prolongó en una sucesión de auténticas guerras civiles en las provincias americanas, precisamente por la lealtad que miles de súbditos hispanoamericanos sentían por el rey y por la patria común.



Algunas cuestiones sobre las que meditar

Si hablamos de la defensa de Cartagena de Indias debemos plantearnos una serie de cuestiones para conocer su importancia y la necesidad de su defensa como cuáles eran los planes estratégicos enemigos, cómo evolucionó ese escenario, ese bastión de defensa del imperio y tratar de obtener algunas conclusiones y enseñanzas.

Fruto de los planes ingleses intentaron en 1741 asentar un golpe de gracia al imperio español sobre Cartagena y el istmo, aunque desde fuentes oficiales se afirmaba que exclusivamente se trataba de simples hostigamientos.

América por su inmensidad territorial, su situación respecto a la metrópoli, sus interminables costas se convirtió en una inmensa frontera a guardar, la inercia de los acontecimientos, los medios disponibles siempre escasos, los sucesivos impulsos y parones en la reforma militar, y la tradición medieval del *ejército de frontera* de la Reconquista en el que las milicias tuvieron tanto que ver, trasplantando ese sistema defensivo a América, hizo todo ello que la titánica tarea de defender las provincias y reinos americanos dividiera su peso en tres grandes sectores, que dibujaron lo que conocemos como el Ejército de América: En primer lugar, tenemos las *Unidades, Regimientos, Batallones o Compañías "Fijas"*.

En segundo lugar, encontramos el *Ejército de Refuerzo*, compuesto por unidades peninsulares enviadas a América con motivo de una operación o riesgo concreto.

Finalmente, las *Milicias*. Algunas unidades regladas y compuestas en la clase de *disciplinadas*, con algunos oficiales y sargentos veteranos para

su instrucción y que como en Buenos Aires fueron las que defendieron el territorio frente a las incursiones inglesas.

Dentro de esta organización y en lo que se refiere a esta defensa debemos citar el Regimiento de Infantería Fijo de Cartagena formado a partir de 1741 sobre la base del *Batallón Fijo*, la *Compañía de Artillería Veterana de Cartagena de Indias*, el *Regimiento de Infantería de Voluntarios Blancos de Milicias de Cartagena* y la *Artillería Miliciana de Pardos y Morenos de Cartagena*.

Este enfrentamiento se produce dentro del proceso emancipador sobre el que podemos cuál podría ser la fecha de su inicio. ¿Quizá 1808 con la invasión napoleónica?..., hay quien llega a remontarse a Lope de Aguirre en su carta a Felipe II en 1560-61. También podríamos hablar de 1735, con las revueltas comuneras de Paraguay derrotada en Tavapy el 14 de marzo de ese año, o con más cercanía a Cartagena, los años de 1740-42 con Juan Francisco León en Venezuela, donde el problema era la opresión de la Compañía Guipuzcoana, la falta de esclavos por la no renovación del asiento a los ingleses y el enfado de los contrabandistas. Otros la fijan en 1776, en ese 4 de julio, con la declaración de Independencia de los Estados Unidos frente a la corona británica.

De hecho, tras el asedio y derrota inglesa sobre Cartagena las fuerzas británicas perseveraron en su objetivo de minar la presencia española en el territorio. Por tal motivo el comodoro Charles Knowles sitió la Guaira el 2 de marzo de 1743, puerto de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas y Puerto Cabello entre el 15 y 24 de abril del mismo año, hostigando sus costas con promesas de liberar a los criollos de la empresa monopolista, lo que demuestra la animadversión reinante. El

diario de la expedición (Sanabria: 1967). no tiene desperdicio. Su misión era:

«Tomar las fortificaciones de la Guaira y Puerto Cabello; y de tener éxito guarnecer aquellas plazas con fuerzas de tierra y mar hacer saber a los habitantes del país que el inglés no venía a despojarlos de sus derechos, religión o libertades, sino que recibirían de nosotros una mayor seguridad y más felicidad que bajo la tiranía y crueldad de la Compañía Guipuzcoana, de la que los veníamos a liberar. En virtud de estas órdenes, nosotros deberíamos tomar como botín cualquier cosa que en tierra o mar perteneciese a la mencionada Compañía».

Finalmente, Knowles sería derrotado y detenido momentáneamente el ataque a Puerto Cabello al quedar sin abastecimientos fracasando igualmente su ataque y retirándose el 11 y 13 de mayo siguiente.

Cartagena evolucionó como una fortificación militar en función y sacando las conclusiones de cada ataque sufrido. En el Instituto de Historia y Cultura Militar, Naval, Academia de Ingenieros y Centro Geográfico del Ejército entre otros archivos y cartotecas, queda reflejada la minuciosa preparación consagrada a Cartagena por los diligentes ingenieros militares españoles en unos planos y mapas de exquisita factura donde se reflejan accidentes de terreno, diseño y ubicación de baluartes y cortinas, en función de las direcciones y alcances de cada cañón y batimetría detallada.

Hemos de recordar y reconocer una larga lista de esos ingenieros que trabajaron bajo durísimas condiciones para crear, mejorar y adaptar las fortificaciones de Cartagena como Bautista Antonelli, Cristóbal de Roda, J. B. Antonelli, Francisco de Murga, J. Bautista Mac Evan, Juan Betín, Juan de Somovilla, Ignacio de Sala, Juan Herrera y Sotomayor,

Ricardo Desnaux, Antonio de Arévalo, Francisco Picardo, Luis Venegas.

La situación de Cartagena

España pobló relativamente tarde, en comparación con otros lugares americanos, la espaciosa bahía de Cartagena, segura como pocas en toda América. Cartagena de Indias fue desde sus inicios una *ciudad clave* del Imperio Español, ello significó convertirse en objetivo militar de las potencias entonces rivales de España como lo fueron Inglaterra y Francia, y nos lleva a la necesaria conclusión de que la fortificación de la plaza era indispensable para poder asegurar al menos la supervivencia o la victoria en caso de incursiones enemigas.

Cartagena de Indias nació militarmente, como reiteramos en este trabajo, y su perfil castrense es, aún a día de hoy, su más generalizada característica. Regimientos fijos, ingenieros militares, artilleros, milicias, marineros, infantería de marina y regimientos de Infantería española fueron habitantes de Cartagena desde su nacimiento y en la elección de su emplazamiento mismo pesaron de forma decisiva las consideraciones de carácter militar, táctico y estratégico.

Cartagena de Indias se encuentra sobre ese nexo físico entre los dos virreinos de Nueva España, al norte, y del Perú al sur, y que por las necesidades estratégicas para cubrir un espacio vacío hizo que justamente se crease el Virreinato de Nueva Granada bajo el reinado de Felipe V a pesar de la dura situación económica.

Sería un madrileño, Pedro de Heredia, quien tras desembarcar el 14 de enero de 1533 fundaría el 1 de junio lo que hoy es esa maravillosa

perla del Caribe hispano. Allí en un poblado indígena deshabitado en ese momento de la isla de Calamarí estableció un asentamiento. Los poblados “deshabitados” eran realmente asentamientos temporales de gentes seminómadas que deambulaban como cazadores recolectores dada la pobreza de la tierra para un asentamiento permanente.

El territorio estaba habitado por el pueblo amerindio de los *sinúes* o *zenúes* cuyo espacio ancestral está constituido por los valles del río Sinú, el San Jorge y el litoral del Caribe en los alrededores del golfo de Morrosquillo. Heredia tuvo noticia de la existencia de los *Zenúes* pero no se sabe si conocía de la existencia de la bahía de Cispatá en el golfo de Morrosquillo, donde desembocaba el río Sinú, lugar que habría servido quizá también a sus propósitos con el punto a su favor de contar con abundancia de fuentes de agua fresca. Dado que Cartagena, a lo largo de toda su existencia, debió de abastecerse con los jagüelles o pozo de agua de la lluvia.



Durante casi trescientos años la cartografía de Cartagena hará obligada referencia a su puerto, murallas y castillos y a partir del siglo XVII, los planos detallados de los ingenieros tratarían de prevenir la codicia de los enemigos de España. El Muelle Nuevo estaba terminado desde 1561. Poco antes un brutal incendio había arrasado la ciudad de Cartagena en 1552.

La amenaza de las potencias coloniales rivales aumentó cuando estas pudieron establecer bases en el Caribe. Inglaterra ocupó San Cristóbal y Nieves en 1624, y Holanda Curaçao en 1634. La flota de 1628 fue capturada por el holandés Piet Hein en la batalla de la Bahía de Matanzas, durante la guerra de Flandes, y las flotas de 1656 y 1657 fueron capturadas por los ingleses Richard Stayner y Robert Blake durante la guerra anglo-española. La flota de 1702 fue destruida durante la Batalla de Rande en las costas gallegas.



De Ulloa, Antonio y Jorge Juan. Relación Histórica del Viaje a la América Meridional, Levantado en 1735 editado en 1748

Los primeros colonos establecieron hacia el interior la aldea de Turbaco refugio de los pobladores cuando se producían ataques como los asaltos piráticos de 1544 y 1560. Jean-Francois de la Roque de Roberval en 1544 y Martín Coté con Jean de Beautemps en 1560 saquean e incendian Cartagena.

Desde 1566 se había iniciado la monumental construcción de un acueducto para traerla desde los manantiales de Turbaco que luego se abandonaría en 1589 urgidos por las obras de fortificación para la defensa. A partir de aquí y durante trescientos años Cartagena de Indias recogerá agua del cielo, en los aljibes públicos de fuertes y murallas, y en los privados de cada casa y lentamente irá sufriendo una transformación arquitectónica defensiva en base a cada experiencia o ataque enemigo.



Cartagena. Plano de la ciudad y su bahía, 1570. MS A-121. Real Academia de Historia, Madrid.

En 1568 el pirata inglés John Hawkins fracasa en su intento de saqueo. En 1586 atacaría Drake terminando el asedio con el pago de un cuantioso rescate. A finales del siglo XVII el barón de Pointis el 13 de abril de 1697 haría lo mismo. Sería a partir de los ataques del siglo XVI,

que se comienza a ejecutar un plan de estado ordenado por Felipe II ante las crecientes amenazas sobre los puertos de Indias.

De aquí se deduce la visita a Cartagena del gran ingeniero militar Bautista Antonelli, quien en 1595 deja plasmada su propuesta de fortificación en la primera planta a escala de la ciudad. Ese esquema inicial servirá como punto de partida para la ejecución de las fortificaciones que se irán construyendo alrededor de la isla de Calamarí, asiento de la primitiva Cartagena.

La Guerra del Asiento

Estos ataques en el Caribe los enmarcamos dentro de la Guerra del Asiento con Inglaterra (1739 - 1748).

En Octubre de 1739 Inglaterra declara la guerra a España, la que se conocerá vulgarmente como *guerra de la oreja de Jenkins*, y planea tomar la ciudad donde confluyen las riquezas de los reinos españoles de Ultramar, Cartagena de Indias en la actual Colombia, dominar el comercio en el Caribe y, en una operación combinada con las fuerzas del Comodoro Anson que con el navío *Centurión* y seis buques más acosaría los territorios españoles del Pacífico Sur, y con ello aniquilar el imperio español en América alcanzando finalmente el Perú y tomando la Villa Imperial de Potosí (ver Croquis núm. 1).

A pesar de todo, Anson fue perseguido por la escuadra de José Pizarro cuando intentaba pasar al Pacífico. Uno de sus barcos, el *Wager* se estrelló en las costas de Chile. Dos de sus naves dieron media vuelta y regresaron a Inglaterra. Tres de ellas consiguieron pasar al Pacífico: El *Centurión*, con la insignia del propio Anson, el *Gloucester* y el *Triall*.

Tan solo el *Centurión* consiguió regresar a Inglaterra tras la fortuna de capturar el galeón Nuestra Señora de Covadonga junto al cabo Espíritu Santo en Filipinas el 20 de junio de 1743, uno de los seis galeones capturados durante todo el siglo XVIII, y tras dos meses de espera al acecho.

Hubo un intento previo de mediación por parte de Francia pero coincidía la renovación del contrato de *asiento de negros* por el que de querer renovarlo Inglaterra habría de pagar una cuantiosa suma. Los ánimos se excitaron y a pesar de que existía una corriente británica que no deseaba el conflicto las actitudes populistas de los comerciantes lanzaron la gente a las calles y se terminó por declarar la guerra.



Entonces se desataron como aguijonazos una serie de ataques previos sobre puntos estratégicos del imperio español. Realmente el ataque definitivo sobre Cartagena de Indias careció de factor sorpresa. A Vernon le pudo la impaciencia y la imprudencia sazónada con algunas dosis de arrogancia.

En 1739 se produjeron ataques ingleses sobre La Guaira y La Habana, antes de la declaración de guerra siendo rechazados, y aunque tomaron Portobelo no consiguieron su principal objetivo que no era otro que capturar los fondos que allí se reunían al amparo de la feria anual.

La Guaira 1739

Habiendo fracasado Vernon en la captura de los buques de azogue de Pizarro, la escuadra de Vernon puso rumbo al Caribe. Llegó a Antigua, islas Leeward, a primeros de octubre, donde encontró a las fragatas *Anglesea*, *Lowestoft* y *Saltash*, ordenando al comandante de la primera, el capitán Reddish, que pusiera rumbo a Jamaica. Después se dirigió a St. Kitts³⁸⁹. Desde allí destacó al capitán Thomas Waterhouse al mando de los navíos *Princess Louisa*, *Strafford* y *Norwich* para atacar el comercio español entre los puertos de La Guaira y Puerto Cabello. En el puerto de La Guaira, Waterhouse observó que se encontraban varios mercantes y pequeñas naves en la bahía, contando en total diecisiete embarcaciones. Sin dudarle, se preparó para atacar el puerto y destruir los barcos allí anclados. Arbolando bandera española entraron los buques británicos siendo recibidos por el fuego de los cañones

³⁸⁹ San Cristóbal y Nieves, en inglés Saint Kitts and Nevis.

españoles. Después de tres horas de disparos por ambas partes, Waterhouse decide retirarse sin conseguir capturar las embarcaciones españolas y con graves daños en sus buques, poniendo rumbo a Jamaica. Para justificar su fracaso, el capitán británico argumentó que carecía de pilotos expertos que conocieran esas aguas, que la pérdida de vidas no compensaba la captura de unas pequeñas embarcaciones y que sus navíos serían necesarios para futuras operaciones más importantes que tomas la Guaira. Sin embargo, autores como Edward Cust³⁹⁰, que no fue testigo presencial, dan por hecho la captura de dieciséis naves españolas (CUST, 1862, P. 4).

Lo cierto es que el gobernador de la provincia el brigadier don Gabriel José de Zuloaga³⁹¹ tenía las fortalezas en buen estado de defensa, mientras el capitán Francisco Saucedo, comandante de la fortaleza, al descubrir el intento de engaño de los ingleses al querer entrar de incógnito en la plaza resolvió la situación movilizándolo sus tropas con rapidez y diligencia, dirigiendo un potente contraataque, rechazando a los navíos británicos y obligándoles a retirarse (PARRA, 1986, pp. 445-452). Debemos recordar que el ataque se produjo el 22

³⁹⁰ Sir Edward Cust, 1st Baronet, 1794–1878), soldado desde 1810 y político a partir de 1818, promovido a Maestro de Ceremonias en 1847 por la reina Victoria.

³⁹¹ Gabriel José de Zuloaga y Moyúa (Fuenterrabía-Madrid, 1764) Militar y administrador colonial. Siendo oficial en las guardias españolas, fue nombrado gobernador y capitán general de Venezuela (1736). Su administración se vio influida por la *Compañía Guipuzcoana de Caracas*, por lo que se centró en la lucha contra el contrabando, levantando las fortificaciones de La Guaira y Puerto Cabello, puertos que tuvo que defender del ataque de los británicos, con la ayuda de la Compañía Guipuzcoana, labor por la que se le concedió el título de conde de Torre Alta y se le ascendió a teniente general. Dimitió en 1747 por motivos de salud.

de octubre, momento en que la guerra no había comenzado todavía, aumentando así el mérito de los defensores.

La Habana 1739

Al mismo tiempo que Waterhouse atacaba La Guaira, el comodoro Brown hacía lo propio contra La Habana. Mientras recababa información, tanteó las defensas españolas. Su bloqueo obtuvo algún resultado, capturando varias balandras y goletas cargadas de añil y sal y la fragata mercante *Bizarra*. Además de bombardear el castillo de Cojimar, efectuaron varios desembarcos, pero el gobernador don Juan Francisco Güemes de Horcaditas envió tropas a todos los puntos donde se presumía un asalto, capturando soldados británicos, los cuales ofrecieron importante información sobre el número y composición de la escuadra británica. Para posibles operaciones futuras, los buques de Brown reconocieron los fondeaderos de Barucano, Jaruco y Bahía Honda.



Portobelo 1739

Incluso antes de la llegada de Brown a Jamaica desde su ruta por aguas cubanas, comenzaron las reuniones para determinar los objetivos. El gobernador de Jamaica, Edward Trelawny, era de la opinión que se debía atacar Cartagena de Indias, pero Vernon desestimó esta opción hasta no contar con un contingente lo suficientemente numeroso como para estar seguro del éxito. Cuando llegó Brown a Port Royal, el almirante Vernon, que había llegado el 20 de octubre, ya había tomado la decisión de atacar Portobelo.

Acometió los preparativos para la expedición, embarcó 240 soldados bajo el mando del capitán Newton que habían sido cedidos por Trelawny y zarpó de Port Royal el 15 de noviembre con seis navíos, *Hampton Court*, *Burford*, *Worcester*, *Princess Louisa*, *Strafford* y *Norwich*, con 2.735 hombres, mientras destacó a la fragata *Sheerness* a Cartagena para informar de los movimientos españoles, especialmente por si se enviaban refuerzos desde Cartagena que le pudieran sorprender.

Ordenó que les siguieran, en cuanto estuvieran listos, los navíos *Windson*, *Diamond* y la fragata *Anglesea*. Finalmente, estos buques no participaron en la campaña al llegar a Portobelo cuando ya habían finalizado las operaciones.

La tarde del 20 de noviembre se presentó la escuadra británica ante Portobelo. Navegando en línea de fila entraron en la bahía y comenzó el bombardeo a corta distancia del castillo de Hierro, también llamado San Felipe, que era el que se encontraba a la entrada del puerto recibiendo los buques un fuego intenso desde el fuerte, hasta que los

defensores cedieron ante los disparos que les hacían desde las cofas, momento en que desde los botes desembarcaron las tropas al mando del teniente Broderick y tomaron el fuerte.

Los vientos contrarios impidieron a Vernon adentrarse al interior de la bahía donde se encontraban otros dos fuertes, Gloria y San Jerónimo. Al día siguiente se dispuso Vernon al ataque. Poco antes, el gobernador don Francisco Javier Martínez de la Vega Retez, pidió la capitulación, rindiendo la plaza a los británicos, que consiguieron un botín de 10.000 pesos, 40 cañones de bronce, dos de campaña, cuatro morteros y 18 pedreros (BEATSON, 1804, I, pp. 46-53). Las bajas británicas fueron de tres muertos y seis heridos (CLOWES, 1903, III, p. 57). Según los términos acordados en la capitulación, la ciudad no sería saqueada ni molestada la población, para demostrar con ello que la propaganda española se equivocaba al mostrar a los británicos como piratas y saqueadores.

Según el relato tomado de fuentes británicas, la captura de Portobelo demostró la osadía, valentía y caballerosidad de Vernon y sus hombres y la cobardía de los españoles. Pero nos preguntamos ¿Realmente ocurrió así? Primeramente, repasemos el estado de defensa de la plaza. Siendo la ciudad de vital importancia para el comercio indiano, en tiempos de Felipe II se levantaron las tres fortalezas. Por desidia e ineptitud de muchos de los gobernadores que tuvo fue ocupada en varias ocasiones en el siglo anterior, Morgan en 1668 y Pointis en 1697 y en 1739 la situación no era mejor. El gobernador de la plaza, don Bernardo Gutiérrez Bocanegra, se encontraba en Panamá respondiendo en juicio a unos delitos cometidos, siendo el gobernador interino don Francisco

J. de la Vega Retez, un anciano inepto que no había adoptado ninguna medida de defensa a pesar de las muchas pruebas y avisos sobre el posible ataque británico.

Las tres fortalezas contaban con un buen número de cañones, aunque la mayoría estaban desmontados de sus cureñas. El castillo Todofierro, así llamado por los españoles, contaba con 32 cañones, pero sólo nueve estaban montados. Dos de ellos se desmontaron al primer disparo, otros tres quedaron fuera de servicio con la primera andanada británica a la una del mediodía del ataque. De los dos buques guardacostas que se encontraban en la plaza se desmontó la artillería y la metieron en los fuertes. Don Juan Francisco Garganta, teniente de navío y comandante de los guardacostas, entró en este primer castillo con 90 marineros y 54 soldados de Infantería de Marina para manejar los pocos cañones.

Con estos pocos medios duró el combate hasta las cuatro y media. El castillo estaba casi arrasado y sólo quedaban once hombres de los guardacostas, pues muchos habían caído y otros desertado. Con el desembarco británico, los once soldados dispararon matando a cuatro e hiriendo a otros tres atacantes. Ya no hubo combate relevante pues faltaban fusiles, la pólvora... y personal.

Desde el castillo de Gloria se estuvo disparando a la escuadra británica, pero se encontraba fuera de su alcance, gastando pólvora inútilmente ante la sorpresa del enemigo. Esa noche hubo un consejo donde la mayoría de los ciudadanos de Portobelo optó por combatir hasta el final, pero el pusilánime gobernador, por iniciativa propia, izó una bandera blanca para entregar la plaza. Otros siguieron su cobardía como el capitán don Sebastián Vázquez Meléndez, que huyó al monte

con sus hombres. Los 600 defensores del castillo hubieran hecho pagar cara la osadía de Vernon a poco que se lo hubiera propuesto el gobernador.

El castillo de San Jerónimo no hizo disparo alguno al tener todos sus cañones desmontados (FERNÁNDEZ DURO, 1973, IV, pp. 254-256). El gobernador tras la rendición se echó al monte abandonado la ciudad a su suerte. Los hombres de Vernon demolieron los castillos hasta sus cimientos y saquearon la ciudad durante varias semanas en busca de un botín que nunca encontraron, lanzando al mar los cañones de hierro y destruyendo lo que no era de valor para ellos. Los 10.000 pesos que se llevaron pertenecían a las pagas de la guarnición, pero Vernon tuvo mucho cuidado en no molestar a la población civil y ordenó que sus haciendas fueran respetadas. Sabía, o eso creía, que los británicos ganarían la guerra y sustituirían a los españoles en el comercio del lugar.

En marzo de 1740 llegó a Inglaterra el capitán Rentone en la fragata renombrada *Triumph*, que era la española *Triunfo* capturada, con las noticias de la toma de Portobelo³⁹² (CAMPBELL, 1812, IV, pp. 438-439). La noticia de la victoria de Vernon hizo correr ríos de tinta, la alegría y alborozo duraron varios meses en Inglaterra. En honor a esta victoria se nombró una calle en Londres en recuerdo de aquel evento, Portobello Road. Se hicieron medallas conmemorativas. Vernon fue recibido como un héroe a su llegada a la metrópoli y en una cena en su honor dada por

³⁹² Las fragatas *Triunfo* y *Astrea* prestaban servicio de guardacostas al mando del oficial Garganta cuando son capturadas en Portobelo, incorporándose a la *Royal Navy* como *Triumph* y *Astraea*.

el rey Jorge II se tocó por primera vez el actual himno nacional británico.

Se acuñaron diferentes medallas para conmemorar la victoria, en ellas se podían leer diferentes textos, la más conocida³⁹³ es la que en el anverso llevaba la efigie de Vernon y la leyenda «VERNON SEMPER VIRET»³⁹⁴, y en el reverso «PORTO BELO SEX. SOLUM NAVIVUS EXPUGNATE»³⁹⁵.

Cabe una segunda pregunta, ¿Merecía tanto júbilo la victoria conseguida?, pues en realidad y haciendo cuentas, el botín obtenido no merecía el gasto de tanto armamento. Además de la artillería capturada, de dos buques guardacostas y una balandra, sólo obtuvieron unos miles de pesos, puesto que el resto del dinero que había en la plaza había sido puesto a buen recaudo.

Este éxito se volvería en contra de los británicos, pues Vernon sacó conclusiones erróneas anticipadas. Vernon y la mayoría de los comandantes menospreciaron las defensas, el valor y la capacidad española para sobreponerse. Baste como ejemplo, que el general Oglethorpe, comandante de las tropas coloniales en Norteamérica, propuso tomar La Habana con sólo dos batallones. Los españoles, ante la humillante entrega de Portobelo, clamaron venganza contra los británicos. El Almirantazgo británico y Vernon sabían que en Portobelo

³⁹³ En otra menos conocida medalla conmemorativa de la toma de Portobelo leemos en el anverso: «The british glory reviv D by Admiral Vernon», 'La gloria británica nuevamente exaltada por el Almirante Vernon', y en el reverso: «He took Porto Bello with six ships only», 'Él tomó Portobelo con sólo seis barcos'.

³⁹⁴ 'VERNON SIEMPRE VICTORIOSO'.

³⁹⁵ 'CON SÓLO SEIS NAVÍOS SE TOMÓ A PORTOBELLO'. En algunas medallas se añade el año, 1739, y en otras también el día y el mes.

se había celebrado la feria en 1738 y como en todas las ferias, desde Perú se enviaban los caudales a Panamá con la escolta de la Armada del Mar del Sur, y de allí a Portobelo.

Estos caudales, que ascendían a unos doce millones de *pesos duros* de plata, lógicamente no fueron llevados a Portobelo a causa de las tensiones con el gobierno británico por temor a que fueran robados en un ataque. Varios meses después, esos caudales regresarían a Perú. Entonces podemos concluir que si realmente éste era el objetivo primordial de los británicos, fracasaron en su objetivo.

A pesar de ello, Vernon tuvo la tentación de repetir lo que había realizado Henry Morgan y atacar Panamá (RICHMOND, 1920, p. 49), aunque las dificultades eran ahora mayores, se había perdido ya el importantísimo factor sorpresa para cualquier operación militar. No hubo una ocupación posterior de la plaza, ni inglesa ni española, por la que se obtuviera algún resultado económico, no hubo avance inglés hacia el interior para cortar las comunicaciones españolas con América del sur. Definitivamente el resultado fue la destrucción de tres castillos y la captura de material de guerra, únicamente eso.

Vernon, como político y miembro del Parlamento, jugó sus cartas muy hábilmente, podía tener sus defectos, pero era un buscador de la oportunidad no perdiendo oportunidad para sacar lustre a su carrera militar. Conocía la debilidad de Portobelo pues los factores de la *Compañía del Mar del Sur* ya le habían informado, motivo por el que se dirigió a atacar esta plaza, sabiendo que era una presa fácil y de poco riesgo, convirtiendo la captura de esta ciudad, importante sin duda y

conocida en ese tiempo en todo el mundo, en una gloriosa victoria a la que le supo sacar partido.

Partidario de la guerra y enemigo acérrimo de Robert Walpole, quiso demostrar a la opinión pública que la guerra estaba justificada, que era fácil ganarla, y además presentándose como el héroe seguidor de la victoria, llegando a considerarse como un nuevo Drake. Ciertamente su pretenciosidad y arrogancia le saldrían muy caras frente a Cartagena de Indias.

A finales de diciembre de 1739 zarpa la escuadra de Portobelo para regresar a Port Royal, dejando al *Diamond* patrullando por la costa cartagenera. Durante la travesía, la escuadra sufre las inclemencias meteorológicas y se dispersa, arribando finalmente al puerto jamaicano sin pérdidas.

Cartagena de Indias. 13-20 de marzo de 1740

El siguiente objetivo de Vernon sería Cartagena de Indias. Habían llegado a Jamaica varios buques de guerra, entre ellos dos brulotes y dos bombardas, muy aptos para este tipo de ataque, que habían zarpado a primeros de noviembre desde Portsmouth con el navío *Greenwich* y un importante convoy de buques mercantes. El día 2 de ese mes salió de Spithead el navío *Portland* rumbo a Barbados, llevando a bordo al nuevo gobernador Robert Byng (1739-1740) donde falleció. El almirante británico tenía la necesidad de conocer las defensas con que contaba Cartagena de Indias y en qué situación de mantenimiento se encontraban.

Antes de zarpar rumbo a Portobelo Vernon había ideado una argucia. A finales de octubre de 1739 envió a su primer teniente Francis Percival en el buque *Fraternity* con dos caballeros españoles a bordo, factores de la *Compañía de Mar del Sur*. Debían enviar dos cartas, una al gobernador de la plaza de Cartagena, don Pedro Hidalgo, y otra a don Blas de Lezo. Este pretexto serviría para introducir al teniente británico en Cartagena de Indias, pero el gobernador prohibió la entrada del buque en el puerto y no se pudo llevar a cabo la treta para obtener información.

Para la seguridad del comercio dejó en Jamaica, al mando del comodoro Brown, a los buques *Hampton Court*, *Burford*, *Worcester*, *Diamond* y *Torrington*. El navío *Burford* había llegado muy dañado por el anterior temporal y se dieron de inmediato órdenes para su rápida reparación con el propósito de que se uniera a Vernon lo antes posible. El día 7 de marzo de 1740 zarpa de Port Royal con seis navíos, dos brulotes, tres bombardas y un paquebote.

El 13 de marzo se presentó a la vista de Cartagena, envió varios botes para sondear el paso de la escuadra y varios hombres del *Greenwich*, capitaneado por Charles Windham, desembarcan en la costa para observar las defensas, mientras la escuadra fondea al oeste de la plaza, en Playa Grande. Cinco días después ordena romper el fuego de las bombardas sobre la ciudad con la idea de provocar a don Blas de Lezo y llegar a un enfrentamiento abierto en el mar haciendo salir a sus cinco navíos (RICHMOND, 1920, I, pp. 51-52)³⁹⁶. Los cañones de las fortalezas

³⁹⁶ Este autor menciona que Lezo disponía de cinco grandes navíos de línea y cinco galeones (¿?). Sabemos el nombre del *Conquistador*, llegado en 1737 con Lezo, el

no alcanzaban a la escuadra enemiga, por lo que no respondió al fuego. Lezo hizo desembarcar algunos cañones de su escuadra para formar baterías con las que alcanzaron a los buques británicos. Después de tres días de bombardeo, durante los cuales 350 proyectiles cayeron sobre la ciudad, Vernon se retira sin lograr respuesta en su provocación al defensor de Cartagena (southey, 1827, ii, p. 277). Los daños habían sido considerables, destruyendo en parte el colegio de los jesuitas, la catedral y otros edificios.

Vernon desembarcó 400 soldados con la intención de atacar el castillo de Santa Cruz, pero fueron derrotados y la mayor parte de los soldados cayeron prisioneros. Según opinión del propio Vernon había conseguido el objetivo propuesto que cifraba en tantear las defensas de la plaza, considerando también que no tenía una fuerza adecuada para un ataque frontal a Cartagena de Indias. El 21 de marzo tomó rumbo al istmo de Panamá con la mayoría de sus buques, dejando a los navíos *Windsor Castle* y *Greenwich*, ambos al mando del capitán Charles Widham, patrullando la costa cercana a Cartagena. Estos dos buques debían interceptar, por las noticias que tenía Vernon, la llegada a Cartagena de varios navíos de guerra españoles. Sin duda debía tratarse de los navíos de la Armada de Barlovento *San Juan Bautista*, *Bizarra* y una goleta, los cuales se encontraban en La Habana cuando a primeros de marzo recibe su comandante don José Antonio de Herrera órdenes de don Blas de Lezo de unirse a su escuadra.

Dragón, enviado desde La Habana en septiembre de 1738 y el *África*, incorporado a primeros de 1739. Los otros tres navíos que se encontraban con Blas de Lezo en 1741 llegaron en fecha posterior.

Cerca de Portobelo ancló Vernon para reparar los daños ocasionados en el bombardeo sobre Cartagena, reponerse de víveres y hacer aguada. En la arrogancia que caracteriza su perfil escribió al almirante Wager³⁹⁷ afirmando que hubiera tomado fácilmente Cartagena si hubiera contado con más buques de guerra y tres mil hombres de desembarco.

Castillo de San Lorenzo el Real de Chagre. 22-24 de marzo de 1740

El fuerte de San Lorenzo se encontraba muy cerca de Portobelo justamente en la desembocadura del río Chagre. La importancia que tenía para los británicos no era otra que ser base de algún guardacostas y puerto de embarque de tesoros por su nexos continental con Panamá. Para destruir la fortaleza defendida por cuatro cañones y 30 soldados al mando del capitán de infantería don Juan Carlos Gutiérrez Cevallos, la escuadra de Vernon se presentó el 22 de marzo con cuatro navíos, *Strafford*, *Norwich*, *Falmouth* y *Princess Louisa*, tres buques bombarderos, *Alderney*, *Terrible* y *Cumberland*, armados con 8 cañones y al mando de los oficiales Scout, Allen y Thomas Broderick, los brulotes *Success* y *Eleanor*, ambos con 10 cañones y mandados por Daniel Hore y Robert Henley, y los transportes *Goodly* y *Pompey* (BEATSON, 1804, III, p. 19).

Con este ataque, Vernon pretendía continuar los pasos del pirata Henry Morgan, que en 1671 destruyó también la fortaleza para continuar por el curso del río y llegar a Panamá. El mismo día de la llegada de la escuadra al río Chagre, aparece la fragata *Diamond*, al mando del capitán Knowles.

³⁹⁷ Sir Charles Wager (1666-1743) almirante y Primer Lord del Almirantazgo entre 1733 y 1742.

A las tres de la tarde dio comienzo el bombardeo por parte del *Norwich*, al mando del capitán Herbert, y las tres bombardas. Al mando del comandante Charles Knowles son enviados varios botes para tomar al abordaje un navío de 70 cañones y 350 hombres que estaba anclado al amparo de las baterías³⁹⁸ (SOUTHEY, 1827, p. 277). Esa noche, el resto de las naves inglesas se unieron al bombardeo sobre el castillo. Ante semejante castigo el capitán Cevallos se rinde el 24 de marzo, realizando a partir de ese momento idénticas acciones a las llevadas a cabo en Portobelo. Destruyeron el castillo, embarcaron parte de la artillería, capturan las dos balandras guardacostas y seis días después, la escuadra de Vernon se reúne de nuevo en Portobelo.

Al día siguiente, 1º de abril, se une a la escuadra el *Burford*, que había estado reparándose en Jamaica. Cuatro días después ordena a Henry Barnsley que tome el mando de una de las balandras españolas capturadas y zarpe de Portobelo rumbo a Inglaterra, llevando a bordo a Joshua Thomas, contramaestre del *Strafford*, encargado de entregar pliegos a la corte relatando la captura de la fortaleza de San Lorenzo, continuando así con su política de promoción personal, pero esta vez no ocurrió lo mismo que en Portobelo. Aunque de cara al pueblo británico se mostró la captura de este castillo como otra gran hazaña de Vernon, lo políticos más allegados a él, entre los que se encontraban el duque de

³⁹⁸ Este autor confunde un navío de 70 cañones con el mercante *Nuestra Señora de Guadalupe*, buque de *registro* que se encontraba en el puerto, siendo capturado y conducido a Jamaica.

Newcastle³⁹⁹, el diputado Harry Pulteney⁴⁰⁰ y otros, comenzaron a dudar de su buen criterio pues lo que ponía de manifiesto con sus actuaciones era una total falta de visión. Así se lo hizo saber en una carta el Duque de Newcastle, manifestando la opinión del rey Jorge II en el sentido de que estaba malgastando recursos materiales y humanos en objetivos de poca entidad dado su nulo resultado y escaso rendimiento económico en el desarrollo de la guerra.

Cuando la escuadra británica se encontraba en la costa entre Portobelo y Cartagena, Vernon recibe información de la partida desde El Ferrol de dos navíos españoles cargados con tropas y acompañando al nuevo virrey de Nueva Granada don Sebastián de Eslava, encontrándose en ese momento en San Juan de Puerto Rico (ROLT, 2010, I, p. 64). Suponiendo Vernon que los dos navíos tenían como destino el puerto de Santa Marta antes de dirigirse a Cartagena de Indias, ordena el 21 de abril al capitán Berkley que asuma el mando de los navíos *Windsor Castle*, *Greenwich* y *Burford* y se dirija a barlovento de Santa Marta para interceptarlos al amparo de las corrientes costeras, mientras el resto de la escuadra se dirige a Jamaica para reabastecerse nuevamente.

³⁹⁹ Thomas Pelham-Holles, primer duque de Newcastle upon Tyne. Protegido de Sir Robert Walpole, sirvió bajo su mando como secretario de estado durante más de veinte años, hasta 1742, quedando consolidado cuando su hermano, el primer ministro Henry Pelham se convierte en primer ministro, hasta 1754, momento en que accede a ese cargo. Sirvió como Secretario de Estado continuamente durante treinta años gestionando la política exterior británica.

⁴⁰⁰ En 1739 se convierte en coronel del *13th Regiment of Foot*, más conocido como *Pulteney's Regiment*.

Los navíos españoles consiguieron entrar en Cartagena burlando la vigilancia británica. Eran los navíos *Galicia* y *San Carlos*, a las órdenes de los capitanes de fragata don Juan Jordán y don Félix Celdrán, que habían partido de El Ferrol la mañana del 18 de octubre de 1739. El 16 de diciembre de ese año entran en San Juan de Puerto Rico para realizar una escala, desembarcando parte de los 700 soldados que llevaban a bordo, llegando a Cartagena de Indias el 21 de abril de 1740. Su travesía estuvo llena de calamidades, tormentas y enfermedades que causaron la muerte a 154 hombres, setenta de los cuales se habían dejado en Puerto Rico. El nuevo virrey de Nueva Granada, el teniente general don Sebastián de Eslava, había recibido su nombramiento por Real Orden del 2 de septiembre de 1739. Junto a don Blas de Lezo se convertiría en uno de los personajes claves de la guerra de las Indias, a pesar de que no mantuvo nunca una buena y estrecha relación con el jefe del apostadero no aprovechando las sugerencias e informes que hubieran ayudado tanto a una mejor defensa como a una finalización más rápida del cerco de Cartagena.

Cartagena de Indias, 3 de mayo de 1740

Casi dos meses después del primer ataque a Cartagena de Indias, la escuadra británica, reforzada ahora con más navíos y personal, vuelve a las andadas en una nueva intentona. En esta ocasión Vernon contaba con trece navíos de guerra y una bombardera.

Apostando sus navíos en lugares estratégicos, el teniente general Lezo consigue nuevamente espantar mediante fuego artillero a los atacantes. Queda patente que si las intenciones de Vernon en estos dos

ataques a Cartagena de Indias no eran las de asestar un duro golpe sobre Cartagena, lo único que consiguió fue prevenir a la defensa.

Recordemos que la llegada del nuevo virrey, Sebastián de Eslava, se produjo el 21 de abril de 1740, encontrándose con Blas de Lezo quien ya había repelido el primer ataque de Vernon de tomar Cartagena y repeliéndole ahora en su presencia y por segunda vez.

Observemos detenidamente el esquema trazado con arreglo a la información del espía, el *paisano* de Jamaica, aportada al gobernador de Cuba, del proyecto de ataque del almirante Vernon a Cartagena de Indias en 1741 (Croquis núms. 2 y 3).

Antes de tratar del asedio inglés a Cartagena, objeto de estas líneas, debemos reparar en la situación de los fuertes y baterías para hacernos una idea del sistema defensivo de la ciudad y en cuyas defensas incluimos:

- Castillo de San Felipe de Barajas, en el cerro o padastro de San Lázaro.
- Murallas de la Ciudad y arrabal de Getsemaní, con sus baluartes, revellines y baterías.
- Fuerte del Pastelillo, en la isla de Manga.
- Fuerte del Manzanillo, en la isla del mismo nombre, frente al de Santa Cruz, cerrando el acceso al antepuerto o bahía de las Ánimas.
- Castillo Grande o de la Santa Cruz, en la playa de Bocagrande, frente a Manzanillo.
- Castillo de San Luis de Bocachica, sector Sur de la isla de Tierra Bomba, frente a la isla de Barú y la batería de San José.

- Baterías de San Felipe, Santiago y Chamba, en la misma isla de Tierra Bomba, dando al litoral del *mar del Norte*.

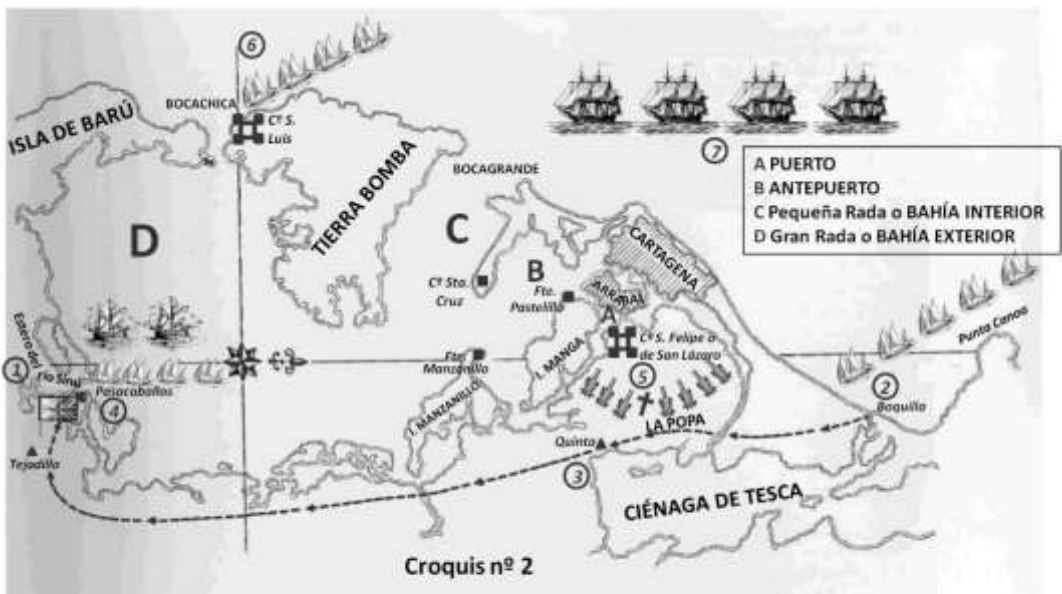
- Baterías de Punta Abanicos, de la Marina, en la isla de Barú.

- Batería de San José, en un islote junto a la isla de Barú, frente al castillo de San Luis, en la entrada de Bocachica.

Al norte de la ciudad:

- Batería de la Cruz Grande, en la avenida del *mar del Norte*.

- Batería de la Boquilla, en el desagüe en el mar de la Ciénaga de Tesca.



En este dibujo encontramos el esquema trazado con arreglo a la información del «paisano» de Jamaica dada al Gobernador de Cuba, del proyecto de ataque del Almirante inglés sir Edward Vernon a Cartagena de Indias en 1741. Explicación: (1) Dos fragatas y cuatro embarcaciones menores por el río Sinú a la bahía (Bocas del Estero o Pasacaballos). (2) Desembarco de 20.000 hombres en la zona de la Boquilla. (3) Por detrás del Cerro de la Popa, ocuparán el caserío de la Quinta y el paraje conocida como «La Terrera». (4) Ocuparán el puesto de Pasacaballos con 600 hombres, marchando por el Tejadillo. (5) Instalación de la artillería y morteros en el Cerro de la Popa para batir la ciudad, el arrabal de Getsemaní y el castillo de San Felipe de Barajas o de San Lázaro. (6) Corto número de navios ante Bocachica para forzar la rendición del castillo de San Luis y las baterías de Tierra Bomba. (7) Grueso de la escuadra británica preparada para forzar la rendición.

El plan inglés

Siguiendo de la mano del Croquis núm. 2 que se acompaña exponemos en esencia la siguiente secuencia del plan inglés previsto sobre su objetivo:

- (1) Dos fragatas y cuatro embarcaciones menores por el río Sinú pasan a la bahía grande por las Bocas del Estero o Pasacaballos.
- (2) Desembarco de 20.000 hombres en la zona de la Boquilla.
- (3) Por detrás del Cerro de la Popa, proceder a ocupar el caserío de la Quinta y el paraje conocido como *La Terrera*.
- (4) Ocupar el puesto de Pasacaballos con 600 hombres, marchando por el territorio del Tejadillo.
- (5) proceder al emplazamiento de la artillería y morteros en el cerro de la Popa para batir la ciudad, el arrabal de Getsemaní y el castillo de San Felipe de Barajas o de San Lázaro.
- (6) A continuación un reducido número de navíos se presentan ante Bocachica para forzar la rendición del castillo de San Luis y las baterías de Tierra Bomba.
- (7) El grueso de la escuadra británica se encuentra preparado para forzar la rendición.

Las tropas

Las tropas españolas contaban tan sólo con 6 navíos, 2830 hombres y 990 piezas de artillería con el siguiente desglose: 6 navíos de línea: *Galicia* (70 cañones) que era la nave capitana, el *San Felipe* (64 cañones), *San Carlos* (70 cañones), *África* (70 cañones), *Dragón* (64 cañones) y *Conquistador* (64 cañones). Sumando a ello 2230 soldados

de los Regimientos de Infantería española de Aragón, España, Toledo, Lisboa, Navarra, el Fijo de la Plaza y milicianos de la ciudad, 400 infantes de marina, 600 marineros, 600 indios flecheros del interior de la provincia, 80 artilleros, contando con 360 cañones navales, 320 cañones de los fuertes y 310 cañones del recinto amurallado de la ciudad. En realidad, las tropas españolas debieron haber sumado unos 6000 hombres, pero por causa de la *fiebre amarilla* las tropas expedicionarias provenientes de la península fueron drásticamente diezmadas antes de estos acontecimientos. Además de estas tropas el destino reunió para la defensa de la ciudad a brillantes militares bajo las órdenes del propio virrey Eslava como mando supremo, el comandante del apostadero Blas de Lezo, responsable de la organización de la defensa, el intendente del rey y gobernador de la provincia de Cartagena Melchor de Navarrete coordinando, administrando y llevando la contabilidad de los suministros y todo lo acaecido en la defensa, el coronel ingeniero graduado de Infantería Carlos Desnaux como castellano de San Luis de Bocachica y San Felipe de Barajas, y el capitán Lorenzo de Alderete defendiendo las baterías de Tierra Bomba. Todos ellos en sus distintos cometidos, tendrán una actuación decisiva en lo que iba a acontecer.

Según estos planes, en el mes de julio 1.740, salía de Inglaterra, con dirección a Jamaica, la poderosa escuadra, bajo el mando del almirante Chaloner Ogle (Croquis núm. 1), compuesta de 21 navíos de línea y 160 embarcaciones menores y de transporte, que transportaban a un selecto cuerpo expedicionario de desembarco constituido por 9.000 hombres a

los órdenes del general Cathcart, estando previsto que llegase como muy tarde en el mes de septiembre de ese año de 1740.

A finales de diciembre de 1740 llega la escuadra de Chaloner-Ogle a la isla Dominica. Allí fallece inesperadamente por enfermedad el general Lord Cathcart, pérdida que tendría graves consecuencias en las subsiguientes operaciones terrestres y que debería haber sido sustituido por Spotswood, quien igualmente falleció, recayendo finalmente la responsabilidad en el brigadier general Thomas Wentworth. En la primera semana de enero de 1741 la escuadra británica llega a San Cristóbal, punto de reunión en caso de separación, zarpando rumbo a Jamaica el día 8 de enero.

Debemos por un momento detenernos y comentar las peripecias de dos importantísimos personajes en este evento como son Spotswood y Wentworth.

Alexander Spotswood, fue el coronel jefe del Regimiento Americano tras su organización. Era un militar de gran prestigio y experiencia que había combatido en Europa siendo ayudante del Duque de Marlborough, y en el Caribe había perseguido al conocido pirata Barbanegra, siendo un experto conocedor del escenario caribeño además del responsable del reclutamiento para la operación, pieza fundamental basada en la organización de la leva para la campaña de Cartagena, estaba llamado a ser el segundo de Cathcart en la dirección de las operaciones en tierra. Su muerte provocó que Wentworth tuviera que hacerse cargo del mando de la fuerza terrestre.

El brigadier Thomas, Wentworth, asume el mando de las fuerzas terrestres tras las muertes de Cathcart y Spotswood. Era un veterano

especialista en entrenamiento, logística y transporte de tropas, aunque sin experiencia en combate. En aquel tiempo era muy normal que para hacer carrera política miembros de la alta nobleza eran enrolados como *entretendidos* a través de sus redes clientelares en puestos sin responsabilidad directa en terceros y cuartos puestos para tener visión de conjunto de las operaciones, tener experiencia, aprender y llegado el caso asumir algún riesgo personal que les permitiese ser recompensados. El caso de Thomas Wentworth es que no se esperaba de él una participación directa, bastaba con su experiencia logística, pero le llegó la responsabilidad de combate sin tener ninguna experiencia de guerra en primera línea, con la muerte de Spotswood.

El asedio inglés y la defensa de Cartagena de Indias (13 de marzo a 20 de mayo 1741) (croquis núm. 3)

Podemos afirmar, pues los hechos son claros, evidentes y las cifras no engañan pues la Real Armada y los Ejércitos españoles demostraron, dentro de su inferioridad numérica, que no estaba peor preparada que la británica durante el conflicto iniciado en 1739. Muchos autores han escrito sobre las evidentes carencias de la Armada española durante este periodo, carencias que van desde la falta endémica de personal, de materiales apropiados y, sobre todo, de los fondos económicos tan necesarios para solventar todas las necesidades.

Con la llegada de la guerra se puso la maquinaria en marcha, se armaron los buques de guerra y, siendo justos, se enfrentaron con una nota de sobresaliente a la dura y angustiosa realidad, que no era otra que enfrentarse a la que ya era la mayor potencia naval de entonces. Es

cierto que había muchos defectos y la situación del Ejército, la Armada, la Hacienda y otros departamentos era mala, pero no desastrosa, además se habían puesto en marcha una serie de urgentes reformas con objeto de adaptarse a los nuevos tiempos.

La *Guerra del Asiento*, supondría la mayor derrota sufrida por la *Royal Navy*. Se podría decir que la guerra entró en punto muerto a partir de 1742, a excepción de las acciones menores de Anson y Knowles, pero el estallido de la *Guerra de Sucesión Austriaca* en Europa, en la que España y Gran Bretaña tenían intereses enfrentados, provocó que no se firmara paz alguna hasta el *Tratado de Aquisgrán* de 1748, que puso fin a todas las hostilidades, retornando prácticamente todas las tierras conquistadas a quienes las gobernaban antes de la guerra con el fin de garantizar el retorno al *statu quo* anterior.

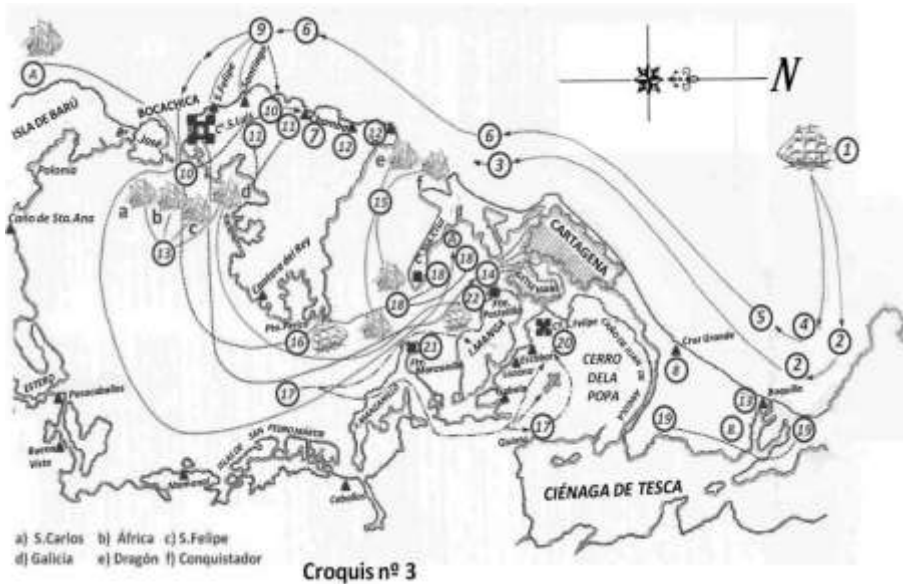
En el caso de la América española, la acción del tratado fue prácticamente inexistente, ya que al final de la contienda ningún territorio, con la excepción de Louisbourg, que retornó a manos francesas, permanecía bajo otra ocupación que no fuera la original. España renovó tanto el *Derecho de Asiento* como el *Navío de Permiso* con los británicos, cuyo servicio se había interrumpido lógicamente durante la guerra.⁴⁰¹

⁴⁰¹ Sin embargo, esta restitución duraría apenas dos años, ya que, por el *Tratado de Madrid* firmado en 1750, Gran Bretaña renunció a ambos, dado que no le eran rentables, a cambio de una indemnización de 100.000 libras. Estas concesiones, que en 1713 parecían tan ventajosas, y que constituyeron unas de las cláusulas del *Tratado de Utrecht*, se habían tornado prescindibles en 1748. Además, entonces ya parecía claro que la paz con España no duraría demasiado pues se rompió de nuevo en 1761, al sumarse España a la *Guerra de los Siete Años* en apoyo de los franceses por el *Tratado de Familia*, así que su pérdida no resultaba para nada catastrófica.

Para demostrar la diferencia numérica y de calidad de los medios de ambos contendientes sólo hay que comparar ambas armadas en conflicto⁴⁰², los objetivos de cada una y el resultado obtenido al final del conflicto. Como en toda guerra, no podemos olvidar el importante y profundo trasfondo económico de vital importancia para cada contendiente. España, que había salido perjudicada de la *Guerra de Sucesión*, trataba de mantener su monopolio comercial sobre América que por derecho le correspondía y defendía. Gran Bretaña, que había conseguido el *navío de permiso* y el *asiento de negros*, trata por todos los medios, legales e ilegales hacerse con su trozo del pastel, al no haber ganado el contendiente al que apoyó en la *Guerra de Sucesión*. Sabiendo que España no iba a prorrogar la concesión por 30 años del

⁴⁰² Siendo el objetivo de esta guerra el control del comercio con América, haciendo caer el poderío español en aquel espacio geográfico, separado de Europa por un inmenso océano la contienda se desarrollaría principalmente en el mar. España sólo contaba con 31 navíos, más 9 fragatas de dos puentes y armadas con unos 50 cañones. Gran parte de los navíos españoles no eran verdaderos navíos de línea capaces de enfrentarse a una escuadra, sino que eran buques aptos para la escolta con cañones de pequeño calibre. Esta situación había tratado de subsanarse en décadas anteriores, pero lo cierto es que España sólo se contaba con un navío de tres puentes y 114 cañones, dos de 80, seis de 70 y doce de 64 cañones. Por el contrario, la británica disponía de más de cien navíos de línea, quince de ellos armados con 90 a 100 cañones, dieciséis de 80, diecisiete de 70, quince de 64, once de 60, veintinueve de 48 a 54, unas cuarenta fragatas y numerosas unidades menores, siendo sus calibres superiores a los embarcados en los españoles. Con un simple vistazo a estos números se puede pensar que España tenía pocas posibilidades de alcanzar la victoria. Siendo Gran Bretaña la dueña de los mares, las plazas en América caerían como piezas de dominó desmoronándose el Imperio Español. A este panorama debemos añadir la soledad de España o la compañía interesada de Francia que se quitó de en medio en el último momento. Francia, por el *Primer Pacto de Familia*, firmado el 7 de noviembre de 1734, estaba obligada a prestar apoyo militar, pero durante los años anteriores a la guerra intentó la mediación para evitar la guerra. Al entrar en guerra, Francia exigió contrapartidas comerciales. Cuando Gran Bretaña declaró la guerra el 23 de octubre de 1739 no se había llegado a un acuerdo entre los dos aliados. Francia estaba indecisa, pues tampoco podía permitir que los británicos se hicieran con todo el comercio americano.

navío de permiso, los británicos, sobre todo la clase dirigente y mercantil, veían con buenos ojos y hasta alentaban una guerra para desposeer a España por la fuerza de lo que no habían conseguido con la diplomacia mediante el *Tratado de Utrecht*⁴⁰³.



El almirante Vernon se acercó con su gigantesca fuerza a Cartagena, viéndose imposibilitado de ser derrotado, y se situó ostentosamente a la vista, siguiendo los planes estudiadas en Jamaica, que, resultaron, en principio, perfectamente ajustados a las informaciones del *paisano*.

⁴⁰³ El 13 de julio de 1713 se ratifica el *Tratado de Utrecht* entre España y Gran Bretaña, quien solicitó la concesión del *Asiento de Negros* por diez años, obteniendo el monopolio de esclavos. En los preliminares, Felipe V envió poderes a su abuelo Luis XIV para firmarlos. Sin consultar con su nieto concedió a Gran Bretaña treinta años por los derechos de *asiento*. Además el rey francés firmó un *tratado secreto* con la reina Ana en el que figuraba esta concesión y otras que no beneficiaban a España.

Comenzaron los preparativos de ataque con tres navíos que, a las nueve de la mañana del día 13 de marzo, reconocieron Punta Canoa, y, después de probar el fuego de algunos cañones para localizar los emplazamientos artilleros del noreste de la plaza, dieron fondo a las doce del mediodía, «en el comedio de la distancia q.^e hay de la dha. Punta para la ciudad». Eran estos: «un navío de 70 Cañones, otro de 50 y un paquebot». Tanto Bermúdez Plata como Marco Dorta y, en general; por cuantos han historiado el famoso sitio, señalan el principio de la actividad inglesa el día 15 de marzo, pero el «Diario Puntual» registra con admirable detalle los acontecimientos que habrá que aceptar para la historia de Cartagena, es decir, el adelantamiento de la fecha del sitio y la suma de dos días más a la cuenta del penoso ataque.

Secuencia del ataque

(1) Primeros días de marzo. Aparece ante Cartagena de Indias la escuadra del almirante Vernon con 180 naves de guerra y transporte.

(2) 13 de marzo. Tres navíos reconocen el litoral desde Punta Canoa a la Boquilla.

(3) 14 de marzo. Un paquebote inglés intenta obstaculizar por Bocachica la entrada de una balandra francesa a la bahía (A).

(4) 15 de marzo. Se aproxima toda la escuadra atacante, dando fondo entre Punta Canoa y la Boquilla.

(5) 16 de marzo. El capitán Pedro Casellas, con tres compañías de Infantería, acude a reforzar la Boquilla (B), ante la inminencia de posibles desembarcos ingleses.

(6) 17 de marzo. Unidades de guerra se separan del grueso de la escuadra inglesa y se sitúan ante Bocachica y Bocagrande.

(7) 18 de marzo. El coronel Carlos Desnaux, comandante del castillo de San Luis de Bocachica, practica reconocimientos en las baterías de Chamba en Tierra Bomba.

(8) 19 de marzo. Reconocimiento por el virrey Eslava, de los destacamentos de la Cruz Grande y la Boquilla. El detallado diario de Blas de Lezo da comienzo también con todo lujo de detalles el día 13 a las nueve de la mañana: «Pareció un bergantín por Punta Canoa a las 9 de la mañana con dos navíos de 60 cañones, y a las 12 dieron fondo detrás de la Ensenada de la misma punta y se reconoció ser ingleses».

Pérdida de los fuertes y baterías de Tierra Bomba

Los británicos tomaron buena nota de las defensas antes del primer ataque a Cartagena, como se refleja en carta del 7 de marzo de 1740 dirigida a Vernon por sus oficiales, en la que indicaban que las baterías de Tierra Bomba, al norte de Bocachica, se podrían silenciar fácilmente permitiendo desembarcar en ella. Y así ocurrió, tras anular las tres baterías situadas al noroeste del fuerte de San Luis de Bocachica, no sin sufrir graves daños en los navíos *Norfolk*, *Russell* y *Shrewbury* de 80 cañones cada uno, procediendo las fuerzas inglesas al desembarco de tropas y artillería al amparo de la vegetación. Lezo bramaba contra el virrey pues anteriormente le había impedido reforzar aquellas posiciones y despejar la vegetación para mantener un contacto visual desde el fuerte de San Luis, y ahora el cerrojo de la bahía estaba a punto de saltar por los aires.

Desembarco inglés

(9) 20 de marzo. Toda la escuadra, «a reserva de tres navíos», se dirigen a forzar la Boquilla, bombardeando los pequeños fuertes San Felipe y Santiago, que han de ser abandonados.

El 20, se pone de manifiesto que, Vernon relegaba a segundo término, el proyecto de Jamaica y alteraba el orden de los objetivos a cumplir. Así, el ataque por Bocachica, desechado en todo momento por los riesgos que presuponía, iba, sin embargo, a ser llevado a la práctica.

Pérdida del castillo de San Luis de Bocachica

(10) 20 de marzo a 5 de abril. Se suceden potentes ataques sobre el castillo de San Luis de Bocachica. Su comandante, el coronel Desnaux, y los 400 hombres que lo guarnecían, resistieron con gran valor durante dieciséis días. Efectivos ingleses de desembarco se apoderan de Tierra Bomba. Al mismo tiempo navíos menores alcanzan Pasacaballos por el río Sinú.

(11) 24 de marzo. El capitán Miguel Pedrol con 60 hombres del regimiento de Infantería Aragón, pasan a Tierra Bomba para llevar a cabo hostigamientos sobre las fuerzas inglesas desembarcadas.

(12) 31 de marzo. Es destrozada la batería de Punta Abanicos; muere su defensor, el teniente de artillería Joaquín de Andrade. También sucumbe la batería de la Marina, y con su guarnición su oficial José Loyzaga.

(13) 5 de abril. Se retiran con grandes bajas los defensores del castillo de San Luis. El mando español con objeto de obstaculizar el acceso a la bahía hunde voluntariamente, a la entrada de Bocachica, los navíos *San Carlos*, *África* y *San Felipe*, siguiendo órdenes de Blas de Lezo; el *Galicia* cayó prisionero del general Wentworth.

(14) 6 de abril. Llegan a Cartagena de Indias un grupo de evadidos del castillo de San Luis y los marineros de los navíos hundidos en Bocachica.

(15) 6 de abril. Los navíos *Dragón* y *Conquistador*, que estaban fondeados en Bocagrande, son trasladados a la bahía interior, *bahía de la Caldera*, para impedir la penetración entre Castillo Grande y los fuertes del Manzanillo y San Sebastián del Pastelillo, en la isla de Manga.

Penetración del almirante Vernon en la bahía de Cartagena

Fue el momento crucial en el que estuvo convencido de tener una victoria cierta al alcance de la mano.

(16) 6 de abril. El navío de Vernon entra triunfante y con los estandartes desplegados en la bahía acompañado de una fragata y dos paquebotes. Todos fondean en Punta Perico, en Tierra Bomba.

Tras estudiar el terreno se concreta que el ataque a Cartagena se podría hacer por tres puntos:

1.º Por mar; en el sector comprendido entre los baluartes Santo Domingo, San Ignacio y Santa Catalina, es decir, las cortinas del Oeste urbano.

2.º Por el Castillo Santa Cruz o Grande, y por el playón o istmo de la Bocagrande para intentar penetrar en la ciudad por el sur.

3.º Por las islas de Manzanillo y Manga, para conquistar el cerro de la Popa y el castillo de San Felipe.

En su itinerario se encontraba el que pensaban «débil» castillo de San Felipe de Barajas, del que tenían noticias, ciertas, de su regular estado y mal acondicionamiento; su artillería era de 10 cañones; por el este, hacia la Ciénaga de Tesca y la Boquilla; 8 de iguales calibres, de 20 a 24 libras, por el norte, y, delante de la puerta, en un hornabeque de fajinas, una batería de 5 cañones.

De estas tres posibilidades, Vernon, de acuerdo con Wentworth, eligió el último, por considerarle más rápido y menos expuesto.

Desembarco inglés en Manzanillo y Manga hacia cerro de la Popa y Castillo Grande

(17) 7 al 17 de abril. Los navíos del vicealmirante Richard Lestock se aproximan a la bahía de La Caldera y dan comienzo los desembarcos ocupando las islas de Manzanillo y Manga, dejando aislados los fuertes españoles que las guarnecían. Unidades de estas fuerzas toman «La Quinta» y los tejares de «Gabala» y «Lozano». Al amanecer del 17, sobre el convento de la Popa, ondea la bandera británica.

(18) 11 de abril. Vernon combina el ataque por el este, la Popa, con el movimiento del oeste, Bocagrande, tratando de romper la débil defensa de la línea Castillo Grande-fuertes del Manzanillo y San Sebastián.

Vernon consigue tomar Castillo Grande y obliga al incendio de la balandra francesa (A).

(19) 19 de abril. Los ingleses desembarcan efectivos ligeros en la Boquilla, con la intención de enlazar con la Popa y Ciénaga de Tesca.

La gran y decisiva victoria española del cerro de la Popa

(20) 20 de abril. Se produce la heroica defensa del castillo de San Felipe de Barajas y el valiente contraataque de sus defensores, 500 hombres de los regimientos de Infantería de Aragón y España, conducidos por el coronel Desnaux reforzado con una compañía de infantes de marina y la milicia del coronel Navarrete, que se lanzan contra los 3.500 infantes y granaderos del general Wentworth. Durante el combate de varias horas se solicita por parte española un alto el fuego para hacer la oración del *Angelus* y recoger las bajas, los ingleses perplejos, acceden tomándose brevemente un respiro del que ambos contendientes estaban necesitados. Tras reanudarse el combate el triunfo fue tan completo y decisivo que significó la derrota de Vernon, al perder lo más selecto de sus efectivos, así como la moral de una victoria que creían segura y al alcance de la mano hasta esta fecha.

Defensa del fuerte del Manzanillo

(21) 24 de abril. Gloriosa resistencia del capitán de milicias, Baltasar de Ortega, con 24 soldados, en este fuerte que no sería ocupado por los ingleses.

(22) 27 a 29 de abril. Los enemigos lanzan incendiado contra las cortinas de la ciudad, baluarte de San Francisco, al *Galicia*, que al fin será hundido por el fuego propio el día 29, en las proximidades del Manzanillo.

Retirada inglesa

El plan inglés, después de entrar en la bahía, era el de tomar el castillo de San Felipe para desde allí atacar Cartagena pero allí serían derrotados.

A partir del día 30 de abril, y hasta el 20 de mayo, los ingleses dan por terminados sus bombardeos sobre Cartagena y Getsemaní; comienzan las operaciones de canje de prisioneros; las bajas sufridas por Vernon a causa de la lucha y por las enfermedades son cuantiosas. Destrozan los fuertes y reembarcan efectivos.

El día 20 de mayo registra la salida por Bocachica del último navío enemigo, y rumbo a Jamaica desaparece vencida por el horizonte del mar Caribe la más formidable escuadra inglesa del siglo XVIII sin que hubiera otra de superior tamaño hasta la II GM.

Desde el 20 de abril se vivió una secuencia temporal absurda de 30 días exactos, en que los británicos permanecen en Cartagena sin objetivos claros. Se podían haber salvado muchos británicos marchándose, o pidiendo ayuda médica y provisiones a los españoles y reconociendo su error. Y en lugar de ello desafían al destino, quedándose para morir en mucha mayor cantidad.

El escorbuto y la malaria estaban diezmando a los británicos que carecían de provisiones frescas mientras las guerrillas les impedían

abastecerse. Estas guerrillas aprovisionaban a la plaza rompiendo el bloqueo, gracias al laberinto de ciénagas y canales que rodean a Cartagena.

Los enemigos fueron perseguidos por los defensores hasta el cerro de La Popa donde capturaron las piezas de artillería que allí habían emplazado. El asalto final había terminado, se había firmado otro glorioso capítulo para las armas españolas.

Silenciada por la historiografía británica, la justicia histórica ha recuperado en nuestros días la figura de de Blas de Lezo, a quien sus contemporáneos apodaron *medio hombre*, no porque fuera menos que otro sino porque era tuerto, manco y cojo, y que en aquellos momentos dio una prueba clara de lo que era saber emplear la reserva y dosificar esfuerzos.

La tenaz e inteligente defensa que planteó Lezo en todo el sitio de Cartagena buscaba desgastar al enemigo lo más posible para llegar a un combate final con posibilidades reales. Las defensas de Cartagena fueron concebidas con este fin, se trataba, por lo tanto, de repeler el ataque de tropas noreuropeas, poco acostumbradas a los climas tropicales y deficientemente inmunizadas contra las enfermedades de estas latitudes. El agresor tenía necesariamente que lograr sus objetivos rápidamente, antes que el calor, la humedad, el paludismo y la fiebre amarilla se convirtiesen en invencibles aliados de los sitiados. En Cartagena se estimaba un plazo de seis a ocho semanas para que las *huestes tropicales* llegasen como aliados invisibles a defender la plaza.

El Virrey y Lezo tuvieron serias dificultades en contener a los arrojados y locos que querían hacer salidas por sorpresa a iniciativa propia, desde el castillo de San Felipe o desde la ciudad fortificada.

“Cada barco y soldado español hizo frente y derrotó a 10 ingleses”. El resultado es tan increíble que el propio Lezo, pecando de humildad, atribuye la victoria “a las misericordias de Dios”. El caso es que las bajas fueron muy graves, “en términos relativos los atacantes habían perdido un 15% de su fuerza y los defensores un 20%, pero pese a esta relativa ventaja local el efecto era mucho peor para el visitante”.

Cartagena significó una victoria de las armas españolas en una combinación de medios navales y terrestres, por eso no debemos de olvidar las unidades fijas de guarnición, los regimientos de Infantería de Aragón, España, Toledo, Lisboa y Navarra, y de Infantería de Marina y de marinería, además de artillería e ingenieros militares.

Tras Cartagena

Dos años después de Cartagena, el almirante Charles Knowles sitió la Guaira el 2 marzo de 1743, puerto de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas y Puerto Cabello, el 15 y 24 de abril de 1743, hostigando sus costas con promesas de liberar a los criollos de la empresa monopolista, lo que demuestra la animadversión reinante. El diario de esta expedición no tiene desperdicio. Su misión era «hacer saber a los habitantes del país que el inglés no venía a despojarlos de sus derechos, religión o libertades, sino que recibirían de nosotros una mayor seguridad y más felicidad que bajo la tiranía y crueldad de la Compañía Guipuzcoana, de la que los veníamos a liberar. En virtud de estas

órdenes, nosotros deberíamos tomar como botín cualquier cosa que en tierra o mar perteneciese a la mencionada Compañía».

Finalmente, Knowles sería derrotado, detenido momentáneamente el ataque a Puerto Cabello al quedar sin abastecimientos fracasando igualmente y retirándose el 11 y 13 de mayo.

Un elemento clave en la "propuesta" citada de Pullen es que aunque está formulada en 1711, no señala una fecha exacta para alcanzar este objetivo de humillar a España, dejando claro que lo importante no es cuando se lograra sino que quedara marcada con una impronta indeleble en la sociedad inglesa, como un objetivo permanente con visión de futuro del que quedó impregnado el imaginario colectivo británico, confiando en que algún día se haría real una propuesta similar aunque pasaran décadas tras la publicación de este documento. Solo así puede entenderse la existencia aún hoy día en el Siglo XXI de una colonia británica en el espacio de la Europa democrática a pesar de las resoluciones de las Naciones Unidas, así como otros "gibraltarés", véanse las islas Malvinas o las islas de Diego García.



En el anverso Lezo arrodillado entrega su arma a Vernon que empuña la suya, sobre su cabeza en dos líneas: DON BLASS, y en orla: THE SPANISH PRIDE PULLD DOW'N BY ADMIRAL VERNON (El orgullo español derrumbado por el almirante Vernon), y en el reverso se repite el nombre de DON BLASS, en el centro del puerto cerrado con la cadena y las naves inglesas a punto del asalto a la ciudad y puerto de Cartagena de Indias, con la leyenda en orla: TRUE BRITISH HEROES TOOK CARTAGENA (Los verdaderos héroes británicos toman Cartagena), y en el exergo, APRIL 1741.

Lord Henry Brougham⁴⁰⁴ (1778-1868), afirmaba en la Cámara de los Comunes, en sesión del 13 de marzo de 1817, refiriéndose a las nuevas perspectivas del comercio inglés con las Indias que se podría afirmarse que esta perspectiva es tan rica y variada, que si toda Europa se cerrase al comercio inglés, o si todo el continente europeo se borrara del mapa, o fuera Bonaparte restituido, hallarían mayores utilidades que las que han obtenido de Europa en las fértiles y brillantes regiones de Suramérica (Brougham, 1817, p. 41).

Con respecto a la actitud de los gobiernos rebeldes, agregaba Brougham que en 1814 se les ofreció un monopolio por parte de los sudamericanos, en concreto por Bolívar, y en 1816 se renovaron estas

⁴⁰⁴ Estadista británico nacido en Edimburgo.

ofertas, con ventajas que no tienen parangón (Brougham, 1817, pp. 45-46).

Es decir, las flamantes repúblicas ofrecían a los británicos perspectivas de comercio prácticamente monopolizadas por Gran Bretaña. Aún así, los nacionalistas católicos insistirán en que la secesión nada tuvo que ver con los intereses británicos.

La derrota británica en América y en especial en Cartagena de Indias aseguró la preponderancia española en el Atlántico hasta finales del siglo XVIII, a pesar de las continuas rivalidades con Gran Bretaña y Francia. Si Vernon hubiese alcanzado la victoria en su campaña, los británicos podrían haber exigido la paz antes del estallido de la contienda austríaca y probablemente habrían reclamado la entrega de Florida, Cuba e incluso porciones de la costa de Nueva Granada, lo cual habría convertido el Caribe español en un mar británico, tal como era la intención inglesa, y a la larga, podría haber precipitado el expansionismo británico sobre México, al igual que la ocupación de Terranova durante la Guerra de Sucesión Española acabó conduciendo a la desaparición del Imperio colonial francés en Norteamérica medio siglo después. No cabe duda que, en este caso, la configuración del mapa político americano posterior hubiese sido muy diferente si España no hubiese mantenido firmemente aferrada la plaza de Cartagena.

Para terminar, podemos afirmar que sin las victorias españolas de Cartagena en 1741 y de Pensacola en 1781, la independencia de los EEUU de América ciertamente no se habría producido cuando se produjo, sino que se habría retrasado notablemente por el podría y preponderancia que las fuerzas británicas habrían tomado en América.

La parte de la formidable empresa que afecta concretamente a este sencillo trabajo, la del último asedio y ataque a Cartagena, hoy la podemos contemplar, entre otros, a la luz del valioso documento: “Diario Puntual de lo acaecido en la defensa q.^e hizo la Plaza de Cartag.^a de Yndias, sitiada y atacada por la nunca vista y formidable Escuadra Inglesa, mandada por los Almirantes Wernon y Chaloner Ogle y el Vice-Almirante Lestock”.

Documentos

A proposal for humbling Spain, written in 1711 by a person of distinction (1711), J. Roberts, London.

Authentic papers relating to the expedition against Cartagena being the Resolutions of the Councils of War, (1744), Printed for L. Raymond London.

Correspondencia de Blas Lezo, comandante de la escuadra de Cartagena, 1738-1741. Carta de don Blas de Lezo al vicealmirante Edward Vernon en respuesta a la que este último le envió tras la toma de Portobelo.

ES.41091.AGI/23.13.4.1//SANTA_FE,1021

Correspondencia de Sebastián de Eslava, virrey de Santa Fe, Carta reservada del virrey Eslava a don José de la Quintana, 1 de junio de 1741.

ES.41091.AGI/23.13.1//SANTA_FE,572

Descripción hecha por Don Carlos Desnaux de la fortaleza o castillo de San Felipe de Barajas, su situación y capacidad como de la defensa que hizo el 20 de abril de 1741, reproducida en BERMÚDEZ PLATA, Cristóbal: *Narración de la defensa de Cartagena de Indias.*

Diario de lo acaecido en Cartagena de Indias desde el 13 de marzo de 1741 hasta el 20 de mayo del mismo año que remite a S. M. Don Blas de Lezo, Museo Naval, Madrid.

Diario de lo acaecido en la Invasión hecha por los Ingleses a la Plaza de Cartagena de Indias desde 13 de marzo de 1741, hasta 20 de mayo del mismo Año, Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia (1868-1875); vol. 4, núm. 19 (1870):

Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia (jul. 1870); 7-34, de Carlos Suillars de Desnaux. Se trata del relato pormenorizado y diario del intento de invasión inglesa a Cartagena de Indias entre marzo y mayo de 1741, comandado por Sir Edward Vernon. Incluye relación de bajas y gastos de munición. Además del relato de la defensa del Castillo de San Luis de Bocachica por parte del Ingeniero Carlos Desnaux. Cartagena, Historia, 1870; Sitio de Cartagena, 1741, Manuscritos.

Diario formado en Cartagena de Indias desde el 13 de marzo hasta el 21 de mayo de 1741. Se relata la batalla de Cartagena de Indias.

AGS, Leg. 398.2 726, Secretaría de Marina. Marzo, abril, mayo de 1741, Cartagena de Indias.

Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de los fuertes de Bocachica, y sitio de la ciudad de Cartagena de las Indias: Formado de los pliegos remitidos á su Majestad, que Dios guarde, por el virrey de Santa Fe D. Sebastián de Eslava con D. Pedro de Mur, su Ayudante General.' Imp. Madrid, de orden de su Majestad, 1741.

ES.28079.AHN/5.1.15//DIVERSOS-COLECCIONES,28,N.5

Universidad de Sevilla. Fondo Antiguo: A111/021(47)

Diario Puntual de lo acaecido en la defensa que hizo la Plaza de Cartagena de Indias.

Instituto de Historia y Cultura Militar (antes Serv Hist. Mil.), signatura: 6.941; 5-2-11-6, unido a las «Memorias».

Extracto de lo acaecido en el Sitio de la Plaza de Cartagena de Yndias cuando fue atacada por los Franceses en el año de 1697.

IHCM, Madrid, Signatura 6.937; 5-2-11-2.

La Guerra de la Oreja de Jenkins y el corso español (1739-1748), (2004), Cuadernos monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval, 44, Madrid.

Listado de buques mandados por el Almirante Brown que se encontraban a fecha 30 de junio en Jamaica.

AGS, Secretaría de Marina, Leg. 396,1-191

Listado de los buques de Vernon.

AGS, Secretaría de Marina Leg 396, 1-192

Memorias que podrán servir para la Historia de la Ciudad de Cartagena de Indias. Plaza fuerte y importante de la América, tenida por Antemural Presidio del Nuevo Reyna de Granada en la Costa de Tierra Firme. Año 1798.

IHCM, Madrid. Signatura 6.941; 5-2-11-6.

Relación de la Defensa del Fuerte de San Luis de Boca-Chica en Cartagena de Indias, imbatida por los Ingleses en 1741, la cual ejecutó el Ingeniero en jefe D. Carlos Desnaux, premiándoles después S.M. con el empleo de Ingeniero Director y Brigadier de S. Ejércitos. Copiada por el Ingeniero Donoso del original que escribió Desnaux, y hoy pasa en su hijo Don Simón Desnaux, Capitán de Ingenieros.

IHCM, Madrid, Signatura 6.888; 5-2-5-1.

Relación de lo ocurrido en Portobelo desde el 26 de noviembre hasta el 4 de diciembre de 1739, Francisco de Garganta, teniente de navío de la Real Armada, 4 de diciembre de 1739, Portobelo.

AGS, Leg. 398.3-843.

Relación del virrey don Sebastián de Eslava a don José Quintana, informándole de todo lo ocurrido en la toma del castillo de San Luis de Bocachica y sitio de la plaza de Cartagena por los ingleses, Cartagena 9 de mayo de 1741, reproducida en BERMÚDEZ PLATA, C.: Narración de la defensa de Cartagena de Indias, (es un resumen del informe de Pedro Mur con el título de Diario).

Relación hecha por el coronel don Carlos Desnaux de la defensa que hizo el castillo de San Luis de Bocachica desde el día 20 de marzo hasta el 5 de abril de 1741 a los ataques de la escuadra inglesa mandada por el Almirante Vernon, reproducida en BERMÚDEZ PLATA, C.: Narración de la defensa de Cartagena de Indias.

Bibliografía

- ACOSTA DE SAMPER, S. (1986): *Los piratas de Cartagena. Crónicas histórico-novelescas*, Imprenta de la Luz, Bogotá.
- PARRA MÁRQUEZ, H. (1980): “*El Capitán Hernández de Sanabria, defensor de La Guaira contra los ingleses (1739-1743)*”, Anuario de Estudios Atlánticos, 1980, núm. 26, Cabildo de Gran Canaria, pp. 445-190.
- BEATSON, R. (1804): *Naval and Military Memoirs of Great Britain, from 1727 to 1783*, vol. III, London.
- BECKER, J.; RIVAS GROOT, J. M. (1921): *El Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII*, Imprenta Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón, Madrid.

- BERMÚDEZ PLATA, C. (1912): *Narración de la defensa de Cartagena de Indias contra el ataque de los ingleses en 1741*, El Correo de Andalucía, Sevilla.
- BÉTHENCOURT MASSIEU, A. de (1998): *Relaciones de España bajo Felipe V. del Tratado de Sevilla a la guerra con Inglaterra: (1729-1739)*, Asociación Española de Historia Moderna (A.E.H.M.), Alicante.
- BLASCO PATIÑO, F. (2010): *El hombre sin rey*, Bohodón Ediciones, Madrid.
- CABELLOS BERREIRO, E. (1991): *Cartagena de Indias, mágica acrópolis de América*, Colegio de Ingenieros, Canales y Puertos, Madrid.
- CALDERÓN QUIJANO, J. A. (1996): *Las fortificaciones españolas en América y Filipinas*, Editorial Mapfre, Madrid.
- CÁMARA, A. (1998): *Fortificación y ciudad en los reinos de Felipe II*, Nerea, Ministerio de Defensa, Madrid.
- CAMPBELL, J. (1785 y 1812): *Lives of the British Admirals*, IV vols., G. G. J. and J. ROBINSON, y C. J. BARRINGTON, London.
- CHACÓN RODRIGUEZ, D. (1991): *La Defensa de las Costas Venezolanas de la Guaira, Punta Brava y Puerto Cabello, frente al Ataque Inglés de 1743*, Bazán-Armada de Venezuela, Cádiz.
- CONDEMINAS MASCARÓ, F. (1922): *Bosquejo histórico de la marina española*, Apolo, Barcelona.
- COXE, W. (1896): *España bajo el reinado de la Casa de Borbón, desde 1700, en que subió al trono Felipe V, hasta la muerte de Carlos III*,

- acaecida en 1788*, Vol. 3, Universidad de Granada. Biblioteca Universitaria. Fondo Antiguo. Madrid.
- COXE, W. (1847): *España bajo el reinado de la Casa de Borbón, desde 1700, en que subió al trono Felipe V, hasta la muerte de Carlos III, acaecida en 1788*, Vol. 4, Universidad de Granada. Biblioteca Universitaria. Fondo Antiguo. Madrid.
- CLOWES, W. L. (1903): *The Royal Navy: a history from the earliest times to the death of Queen Victoria*, Sampson Low, Marston and Company, London.
- CRESPO-FRANCÉS VALERO, J. A. (2015): *Blas de Lezo y la Defensa heroica de Cartagena de Indias*, Actas, Madrid.
- CUST, E. (1862): *Annals of the wars of the eighteenth century*, Mitchell's Military Library, London.
- DÍAZ CAPMANY, C. (2004): *la fortificación abaluartada: una arquitectura militar y política*, Ministerio de Defensa, Madrid.
- DORTA, E. M. (1951): *Cartagena de Indias. La ciudad y sus monumentos*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Sevilla.
- DORTA, E. M. (1988): *Cartagena de Indias. Puerto y plaza fuerte*, Fondo Cultural Cafetero, Bogotá,
- DOUSDEBES, P. J. (1948): *Cartagena de Indias, plaza fuerte*, Estado Mayor General de las Fuerzas Militares, Sección de Impr. y Publicaciones, Bogotá.
- ELÍAS ORTIZ, S., VARGAS MARTÍNEZ, G. (2006): *El verdadero desastre del ataque británico a Cartagena de Indias (Colombia), en*

1741. Todo a Babor, 2006.
http://www.todoababor.es/articulos/art_2.htm
- FORD, D. (1907): *Admiral Vernon and the Navy: A Memoir and Vindication*, T. F. Unwin, London.
- GANDARILLAS, M. A. (2000): *La Invencible inglesa en Cartagena de Indias (Marzo de 1741)*, Revista Arbil.
<http://www.arbil.org/arbi-d70.htm>
- GÓMEZ PÉREZ, C. (1992): *El sistema defensivo americano*, Editorial Mapfre, Madrid.
- GONZÁLEZ, J. B. (1992): *La estrategia española en América durante el Siglo de las Luces*, Editorial Mapfre, Madrid.
- GRAHAM, W. (1972): *The Spanish Armadas*, Collins, London.
- HARDING, R. (1991): *Amphibious Warfare in the Eighteenth Century. The British Expedition to the West Indies, 1740-42*, The Royal Historical Society, The Boydell Press, Woodbridge, Suffolk.
- IBAÑEZ, I. R. (2008): *Mobilizing Resources for war: the intelligence systems during the War of Jenkin's Ear (1739-1744)*, University College, London, 2008.
<https://core.ac.uk/download/pdf/1687634.pdf>
- KNOWLES, C. (1743): *An Account of the expedition to Carthage*, M. Cooper, London.
- KUETHE, A. (1978): *Military Reform and Society in New Granada, 1773-1808*, Center for Latin American Studies, University of Florida, Gainesville.

- KUETHE, A. J., MARCHENA, J. (2005): *Soldados del Rey, El Ejército Borbónico en América Colonial en vísperas de la Independencia*, 4 vols., Universitat Jaume I, Castellón.
- LANG MERVYN F. (1998): *Las Flotas de la Nueva España*, Muñoz Moya y Montraveta Editores, Sevilla.
- MARCHENA FERNÁNDEZ, J. (1982): *La institución militar en Cartagena de Indias en el siglo XVIII, 1700-1810*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Sevilla.
- MEMBRILLO BECERRA, F. J. (2011): *La batalla de Cartagena de Indias*, Publidisa, Sevilla.
- MENDIZÁBAL, C. A. (2008): *Blas de Lezo, el malquerido*. DosSoles, Madrid.
- MOORHOUSE, E. H. (1910): *Letters of English Seamen 1587-1818*, Chapman & Hall, London.
- PARES, R. (1963): *War and Trade in the West Indies (1739-1763)*, Routledge, New York.
- PEMBROKE, J. (1990): "True Account of Admiral Vernon's conduit of Cartagena, 1741". *Caribbean Fawcett*, Michener J.A., 1990.
- PÉREZ-MALLAÍNA BUENO, P. E. (1982): *Política naval española en el Atlántico, 1700-1715*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla.
- PICATOSTE, V. (1898): *El general pierna de palo*, La Última Moda, Madrid.
- QUINTERO SARAIVA, G. M. (2002): *Don Blas de Lezo: defensor de Cartagena de Indias*. Planeta Colombiana, Bogotá.

- RESTREPO TIRADO, E. (1934): *Gobernadores del Nuevo Reyno de Granada durante el siglo XVIII*, Imprenta de la Universidad, Buenos Aires.
- RICHMOND, H. W. (1920): *The Navy in the war of 1739-1748*, 3 vols., Cambridge University Press.
- RIVAS NARVÁEZ, R. (2009): *La conjura de la mentira. Derrota de Inglaterra en Cartagena de Indias*. Akrón, Astorga.
- RODRÍGUEZ, J. M. (2008): *El vasco que salvó al Imperio Español. El almirante Blas de Lezo*. Áltera, Madrid.
- SANABRIA, H. C. ed. (1967), *Diario de la expedición a La Guaira y Puerto Cabello bajo el mando del Comodoro Knowles*. Londres, 1744, Poligráfica Industrial, Caracas.
- SEGOVIA SALAS, R. (1981): *Las fortificaciones de Cartagena de Indias: Estrategia e historia*, Carlos Valencia Editores, Bogotá.
- SCHOMBERG, I. (1802): *Naval Chronology Or, An Historical Summary of Naval & Maritime Events, from the Time of the Romans, to the Treaty of Peace*, T. Egerton, London.
- SEGOVIA SALAS, R. (1997): “Cartagena de Indias: historiografía de sus fortificaciones”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 45, vol. XXXIV, Colombia.
- SILOS RODRÍGUEZ, J. M. (2006): *La defensa de Cartagena de Indias*. Todo a Babor.
http://todoababor.webcindario.com/articulos/defens_cartag.htm

- SMOLLETT, T. (1989): "Authentic papers related to the expedition against Carthage", *Reportaje de la historia de Colombia*, Planeta, Bogotá.
- SMOLLETT, T. (1999): *The Adventures of Roderick Random*, Oxford World's Classics.
- SMOLLETT, T., ROSCOE, T. (1844): *The miscellaneous works of Tobias Smollett, Long version of Smollett's Expedition to Carthage*, Bohn, London.
- SOUTHEY, T. (1827): *Chronological History of the West Indies*, Longman, Rees, Orme, Brown and Green, London.
- TORRES, A. E. (1955): *Homenaje a don Blas de Lezo. El último biógrafo del almirante Edward Vernon. Una versión inglesa de su asalto a Cartagena de Indias*. Casanalpe, Cartagena.
- TORRES RAMÍREZ, B. (1981): *La Armada de Barlovento*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla.
- VÁZQUEZ, A. (2010): *Mediohombre*. Inédita Editores, Barcelona.
- VERNON, W. F. (1861): *Memorial of Admiral Vernon from contemporary Authorities*, W. H. Dalton, London.
- VICTORIA, P. (2005): *El día que España derrotó a Inglaterra, de cómo Blas de Lezo, tuerto, manco y cojo, venció en Cartagena de Indias a la otra "Armada Invencible"*, Ediciones Altera, Barcelona.
- VIVAS PINEDA, G. (1998): *La aventura naval de la Compañía Guipuzcoana de Caracas*, Fundación Polar, Caracas.
- WALKER, G. J. (1979): *Política española y comercio colonial, 1700-1789*, Ariel, Barcelona.

- ZAPATERO, J. M. (1957): “La heroica defensa de Cartagena de Indias ante el almirante ingles Vernon en 1741”, *Revista de Historia Militar*, 1, Madrid.
- ZAPATERO, J. M. (1964): *La guerra del Caribe en el siglo XVIII*, Instituto de Cultura puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico.
- ZAPATERO, J. M. (1968): “La escuela de Fortificación Hispanoamericana”, *Revista de Historia Militar*, 25, Madrid.
- ZAPATERO, J. M. (1969): *Las fortificaciones de Cartagena de Indias. Estudio asesor para su restauración*, Banco Cafetero de Colombia, Madrid.
- ZAPATERO, J. M. (1978): *La fortificación abaluartada en América*, Instituto de Cultura Portorriqueña, San Juan de Puerto Rico.
- ZAPATERO, J. M. (1979): *Historia de las fortificaciones de Cartagena de Indias*, Ediciones Cultura Hispánica del Centro Hispanoamericano de Cooperación y Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.
- ZAPATERO, J. M. (1990): *La guerra del Caribe en el siglo XVIII*, Servicio Histórico y Museo del Ejército, Madrid.
- ZARAGOZA, J. (2005): *Piraterías y agresiones de los ingleses en la América española*, Editorial Renacimiento, Edición de José María Sánchez Molledo, Sevilla.
- ZUDAIRE HUARTE, E. (1984): “Don Manuel de Guirior, teniente general de la Real Armada”, *Revista de Historia Naval*, 4, 1984, Madrid.

ZUDAIRE HUARTE, E. (1977): *Sebastián de Eslava Virrey de Nueva Granada*⁴⁰⁵, Diputación Foral de Navarra, Pamplona.

Algunos Mapas y Planos

Planta del castillo de San Luis de Bocachica en 1661, destruido por Vernon en 1741, dibujo de Pedro Mejía (Archivo General de Indias, AGI 73) (*Rutas y fortificaciones en América y Filipinas* [Madrid], Biblioteca CEHOPU, 1985).

Plano y perfil de la batería de San Sebastián situada en la entrada del puerto de la Plaza de Cartagena de Indias, anónimo, ca. 1730, del Servicio Geográfico del Ejército (*Cartografía y relaciones históricas de ultramar*, Servicio Histórico Militar, t. 5, Madrid, 1980).

Planta del castillo de San Luis de Bocachica en 1661, destruido por Vernon en 1741, dibujo de Pedro Mejía (Archivo General de Indias, AGI 73) (*Rutas y fortificaciones en América y Filipinas* [Madrid], Biblioteca CEHOPU, 1985).

Planta del proyecto de la torre para reforzar el castillo de San Luis, de Juan de Somovilla Tejada, 1684, AGI 70 (*Rutas y fortificaciones en América y Filipinas* [Madrid], Biblioteca CEHOPU, 1985).

Plano del castillo de San Lázaro, de Agustín Crame, 1778, del Servicio Geográfico del Ejército (*Cartografía y relaciones históricas de ultramar*, Servicio Histórico Militar, t. 5, Madrid, 1980).

⁴⁰⁵ En su relato del asedio entre marzo y mayo de 1741 de este autor sigue al *Diario* de Pedro Mur mientras que Quintero se vale del *Diario* de Lezo.

Plano y perfiles de 22 bóvedas proyectadas en la cortina entrantes entre el baluarte de San Lucas y de San Andrés de Cartagena, de Agustín Crame, 1778, del Servicio Geográfico del Ejército (*Cartografía y relaciones históricas de ultramar*, Servicio Histórico Militar, t. 5, Madrid, 1980).

Detalles de varios perfiles de los baluartes cortinas de la Plaza de Cartagena de Indias, por Antonio de Arévalo, 1772, del Servicio Geográfico del Ejército (*Cartografía y relaciones históricas de ultramar*, Servicio Histórico Militar, t. 5, Madrid, 1980).

Perfiles y elevaciones del castillo de San Felipe de Barajas, de Antonio de Arévalo, 1763, del Servicio Geográfico del Ejército (*Cartografía y relaciones históricas de ultramar*, Servicio Histórico Militar, t. 5, Madrid, 1980).

Plano y perfiles de la muralla real batida de la Mar del Norte de Cartagena de Indias, de Antonio Arévalo, 1761, del Servicio Geográfico del Ejército (*Cartografía y relaciones históricas de ultramar*, Servicio Histórico Militar, t. 5, Madrid, 1980).

Plano del cimiento del fuerte de San Fernando, elaborado por Lorenzo de Solís y Juan B. Mac Evan, 1753, del Servicio Geográfico del Ejército (*Cartografía y relaciones históricas de ultramar*, Servicio Histórico Militar, t. 5, Madrid, 1980).

Contraguardia proyectada para cubrir el ángulo entrante de la cortina de Santa Catalina, de Lorenzo de Solís, 1754, del Servicio Geográfico del Ejército (*Cartografía y relaciones históricas de ultramar*, Servicio Histórico Militar, t. 5, Madrid, 1980).

Planos perspectivas y perfiles de los castillos de San Luis de Bocachica, Santa Cruz, San Felipe de Barajas. Baterías de San José y San Juan de Manzanillo, realizados por Juan de Herrero y Sotomayor, 1730, del Servicio Geográfico del Ejército (*Cartografía y relaciones históricas de ultramar*, Servicio Histórico Militar, t. 5, Madrid, 1980)

Planta del castillo de Santa Cruz situado en la bahía de Cartagena de Indias, por Juan de Herrero y Sotomayor, ca. 1730, del Servicio Geográfico del Ejército (*Cartografía y relaciones históricas de ultramar*, Servicio Histórico Militar, t. 5, Madrid, 1980).

Plano del bastión Medial Luna, por Juan de Herrera y Sotomayor, 1730, del Servicio Geográfico del Ejército (*Cartografía y relaciones históricas de ultramar*, Servicio Histórico Militar, t. 5, Madrid, 1980).

Tomo V de la *Cartografía y relaciones históricas de ultramar. Colombia-Panamá-Venezuela*, dividido en dos volúmenes: *Carpeta de cartografía* y *Carpeta descriptiva*, Colección multicolor de casi doscientos planos, de los cuales aproximadamente la mitad atañen a la ciudad y a sus fortificaciones, Madrid, 1980, Servicio Histórico-Militar y el Servicio Geográfico del Ejército.

EL PLAN CALLEJA Y LAS REFORMAS MILITARES DE LA NUEVA ESPAÑA EN LOS INICIOS DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO

CALLEJA'S MILITARY CAMPAIGN PLAN AND REFORMATION AT THE BEGINNING OF THE MEXICAN INDEPENDENCE WAR

Ana Sanz de Bremond Mayáns

Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

Félix María Calleja del Rey Nació en Medina del Campo en 1753. Siendo joven tomó parte en diversas campañas y ostentó diferentes cargos hasta que pasó a la Nueva España acompañando al conde de Revillagigedo en 1789. Algún tiempo después le fue encomendada la misión de reconocimiento y militarización de las “Provincias Internas”. Su dedicación y éxito en esta tarea le permitió ascender rápidamente y se le pidió que organizase e instruyese las recientemente formadas milicias de San Luis Potosí. Levantó los cuerpos provinciales de dragones de San Luis y San Carlos y se ocupó de entrenarlos en el arte de la guerra. Poco a poco ganó en la zona prestigio y reconocimiento. En los primeros momentos de la Guerra de Independencia, Calleja tomó diversas medidas para proteger la zona. A continuación, se encargó de alistar voluntarios con los que formó nuevas tropas, compuestas por las capas más humildes de la sociedad local y una oficialidad criolla. El ejército de Calleja fue el primero en ser capaz de vencer a los insurgentes. En menos de un mes consiguió reclutar y entrenar una fuerza de tres mil hombres, con los que se enfrentó y venció, en las primeras etapas de la guerra a las tropas de la insurgencia, creando casi desde la nada un ejército que fue el “germen” del ejército novohispano posterior.

Palabras Clave:

Calleja, Nueva España, Guerra de la Independencia, México, reformas militares, insurgencia, Hidalgo, Allende

Abstract:

Félix María Calleja del Rey was born in Medina del Campo in 1753. As a young man he took part in several campaigns and held different positions, until he moved to New Spain with the Conde de Revillagigedo in 1789. Some time later he was entrusted the reformation of several bodies of the “milicias” in the “Provincias Internas”. His good doing in this role meant him a promotion and the commission, in 1796, to organize and instruct the “milicias” formed shortly before in San Luis Potosí. He launched the provincial Dragons regiments of San Luis and San Carlos. Training these military forces. Little by little he got to be recognized as a character of great power and prestige. At the beginning of the Mexican war of independence, Calleja took several measures to protect the area. He also enlisted and trained volunteers with whom he forms new military forces. These new forces were formed with the humblest layers of native society, with creole officiality. Calleja’s military force was the first one that managed to defeat the insurgents. He had enlisted more or less three thousand soldiers and trained them for no more than a month. Despite the existing shortcomings, he managed to confront and emerge victorious in those early moments of the Mexican Independence War, constituting out of nowhere a force that was the germ of the post-novoihsmano army

Keywords:

Key words: New Spain, Mexican Independence War, military reformations, milicias, revolution, Hidalgo, Allende.

Introducción

Como ya hemos tenido ocasión de leer en esta misma obra, en un capítulo anterior dedicado a la “segunda parte de la Guerra de

Independencia de México (1817-1821)” una vez consumada la independencia, la historiografía mexicana del siglo XIX y comienzos del XX, incidió de manera muy especial en promover el nacionalismo mexicano. Esta tendencia historiográfica se basó fundamentalmente en hacer destacar a sus “héroes” y en recalcar batallas y acontecimientos victoriosos o pseudo-victoriosos, tal y como afirma Cava Mesa. De esta forma, en esta primera parte de la insurrección mexicana se destacan figuras tales como Manuel Hidalgo y Costilla, Ignacio Allende, Juan Aldama o José María Morelos, a quienes se otorgan idearios y hechos, unas veces verídicos, pero en muchas ocasiones exagerados. Para estos autores, en cambio, tal y como afirman los trabajos actuales los llamados “realistas” fueron calificados como brutales, represores e incluso sanguinarios⁴⁰⁶. Sin embargo, los últimos años del siglo XX cambiaron la tendencia, procurando tal y como alega en su trabajo Begoña Cava “Una construcción interpretativa del periodo mexicano que media entre 1808-1821, procurando una recuperación de la historia de lo político y lo militar” En este nuevo itinerario histórico, se han comenzado a resaltar personajes que lucharon en la Guerra de Independencia de México en el bando “realista” y que habían sido casi olvidados, incluso a veces denigrados o ninguneados, como fue el caso de Félix María Calleja del Rey.

⁴⁰⁶ Este es el calificativo que otorgaría Carlos María de Bustamante, en su obra *Campañas del General Félix María Calleja, Comandante en Jefe del Ejército Real de Operaciones, llamado del Centro*.

El ejército novohispano hasta finales del siglo XVIII

Cuando en septiembre de 1810 estalló la insurgencia en Dolores, acaudillada por Manuel Hidalgo y Costilla, todo parecía indicar que esta iba a ser un éxito. Sin embargo, las tropas realistas comandadas por Félix María Calleja del Rey, Manuel de Flon, conde de la Cadena y José de la Cruz entre otros, iban a demostrar pronto que no todo era tan sencillo.

Los ejércitos de la Monarquía Hispánica habían permanecido sin cambiar apenas desde los primeros años tras la conquista hasta el siglo XVIII y, aún entonces las reformas llevadas a cabo por los primeros borbones se demostraban insuficientes para enfrentar la revolución. Finalizada la conquista y afirmado el dominio español en la Nueva España, ésta mantuvo una existencia pacífica. No había motivos reales que hicieran temer a las autoridades novohispanas y españolas que existiera un peligro real de invasión. A lo largo del siglo XVI y primeros años del XVII, nada parecía amenazar los principales centros de población de la región. La mayor parte del territorio era defendido por unas cuantas compañías regulares, cuya misión fundamental se limitaba a proteger a los virreyes y reclutar hacendados y comerciantes ante el peligro de cualquier necesidad defensiva adicional: “La fidelidad de Nueva España permanecía inalterable, como lo había sido durante tres siglos. Las revoluciones que en este largo periodo hubo, si se exceptúa la que tramaron los hijos de los conquistadores para conservar los repartimientos de indios, no fueron mas que motines accidentales, excitados por causas pasajeras y en que solo tomo parte la plebe” (ALAMAN, 1848, T. I, lib. 1 p. 56)

Según Christon Archer tanto la situación política como la geográfica hacían suficiente, durante esos siglos, la defensa del virreinato con la vigilancia de las fronteras y la fortificación de sus costas. Con el tiempo, en la frontera norte, los continuos ataques de las tribus indias obligaron a crear una fuerza de caballería ligera que mantuviera la zona a salvo de posibles agresiones. Por otro lado, los ataques de piratas, corsarios y fuerzas expedicionarias de las potencias enemigas a los puertos y las flotas de la “Carrera de Indias” supuso, también, la formación de Armadas capaces de defender el comercio entre España y sus colonias, así como la fortificación de ciertas plazas costeras consideradas importantes. (ARCHER, 1983. p. 16).

Este tipo de organización defensiva funcionó correctamente hasta el siglo XVIII. A mediados de esta centuria, Inglaterra consiguió una posición de supremacía marítima indiscutible, mientras que el poderío militar y naval español sufría una importante decadencia. El retraso de España para entrar en la Guerra de los Siete Años, supuso la pérdida de la ciudad de la Habana a manos de los ingleses en 1762, importante revés para la Corona Española. Esto hizo que la Monarquía española se replantease la defensa de sus territorios en América, parecía obvio que el sistema defensivo establecido no funcionaba y si ciertas poblaciones caían en manos inglesas se corría el peligro de que pudieran capturar las riquezas de las colonias e interrumpir el tan ansiado y apreciado sistema comercial español. Por el momento, la Corona no podía pensar en asumir los gastos de desplazar, de manera regular, fuerzas que se hicieran cargo de defender sus colonias.

El primer virrey en constatar estos hechos fue Cruillas. En sus informes afirmaba que los soldados morían a causa de las enfermedades, típicas de la zona, desertaban, o bien se acomodaban, pasando a formar parte de las élites del país. Por otra parte, además de los problemas en las costas, la zona del interior de los territorios de Nueva España, que no había ofrecido problemas hasta ese momento, comenzó a convulsionarse debido a los continuos ataques de las tribus indias insumisas. Todo ello obligó a Madrid a intentar tomar medidas para reorganizar las defensas en América y, en nuestro caso concreto, en la Nueva España. Según Archer:

«La única solución lógica era estacionar un cuadro de oficiales y tropas peninsulares en las colonias de ultramar; estas fuerzas tendrían la gran responsabilidad de inculcarles patriotismo y entrenar a los habitantes de las colonias americanas, para que pudieran encargarse de su propia defensa. Esta decisión era producto de la necesidad y no del deseo. Los miembros del consejo supremo de Madrid, no desconocían los peligros potenciales. Sencillamente, armar a los mexicanos y a otros hispanoamericanos posiblemente podría ser contraproducente, pues podrían volver sus las armas contra la Madre Patria» (ARCHER, 1983, p. 18).

Uno tras otro los virreyes y sus comandantes generales inspeccionaron los diferentes territorios de la colonia, elaboraron informes que, en líneas generales, resultaron bastante similares. Se hacía necesario contar con un sistema defensivo que garantizase la seguridad en los puertos mas importantes, ante la posible penetración británica, pero también era fundamental establecer un ejército que pudiese hacer frente a los ataques indios y a la posibilidad de un intento

de penetración por parte de las colonias de Estados Unidos⁴⁰⁷. Se comienza, de esa manera, una discusión sobre la estructura defensiva que debía tener la Nueva España. Algunos opinaron que todo el peso de la defensa debería recaer en un Ejército veterano, enviando hombres, procedentes de la península a los lugares mas problemáticos, mientras que el resto se encargaría de adiestrar a nuevas tropas reclutadas “in situ”. Otros se lamentaban del estado en que se encontraban las tropas halladas tras su llegada; en el expediente presentado por Juan de Villalba, comandante general en tiempos del virrey marqués de Croix se puede leer:

«En estos Reinos, Señor, es difícil estimular a la nobleza y familias de mayor comodidad y jerarquía a que soliciten y admitan empleos en las tropas Provinciales al ejemplar de las de España. No miran las armas como carrera que guía al heroísmo: son naturalmente delicados, entregados al ocio, al vicio, hijo de su natural desidia. No están elevados por los padres a ideas mas superiores que las de su propia conservación de su riqueza, y el que no la tiene blasonando de ser descendientes de españoles conquistadores (...) Pruébalo el que son raros los que se han presentado para obtener empleos militares. El que tiene bienes de fortuna piensa en disfrutarlos sin riesgo ni incomodidad alguna. El que no los tiene, pregunta por el sueldo y desengañado de que no le goza sino en los casos en los que V.M. tiene por conveniente librarle, no dirige instancias (...)»
(VILLALBA, 1767, publicado por MARCHENA, 1991, p. 192).

Ante la supuesta incompetencia y desidia de las milicias locales, cuyo estado califican todos los autores como lamentable, unos y otros

⁴⁰⁷ Los virreyes que fueron sucediéndose en la Nueva España durante este periodo y cuyas conclusiones no tenemos espacio para desgranar en profundidad fueron el marqués de Cruillas (1760-1766); Carlos Francisco de Croix (1766-1771); Antonio María de Bucareli (1771-1779); Martín de Mayorga (1779-1783); Matías de Gálvez (1783-1784); Bernardo de Gálvez (1785-1786); Antonio Flórez (1787-1789); Juan Vicente de Güemes (1789-1794)

terminaron por informar acerca de la idea de basar toda la defensa de ultramar en tropas peninsulares, que se alternarían en su estancia, para no caer en los vicios que se comprobaban en las tropas allí estacionadas durante largos periodos de tiempo. Esta solución generaba a la Corona importantes inconvenientes. Por un lado, el costo sería elevadísimo, imposible de asumir por la Hacienda Real. Por otro lado, la negativa de gran parte de la oficialidad de marchar a América, así como la dificultad de su distribución, a lo que debía sumarse el problema de la aclimatación de esas tropas a sus destinos, debido a la insalubridad del clima y la propagación de enfermedades que diezaban a los hombres.

Finalmente parece que la situación obligaba a reorganizar el sistema de milicias, reformándolas, instruyéndolas y dotándolas de reglamentos, para convertirlas en tropas disciplinadas, a cuyo frente se encontrarían oficiales veteranos que se encargasen de instruirlos, incorporando en esta oficialidad, a las élites locales. Para estimular el reclutamiento, en ciertas ocasiones se concedieron beneficios y privilegios a fin de asegurar su fidelidad al ejército. Pero aún en 1810 se seguía argumentando en favor o en contra de unas y otras medidas.

Pero:

«El enemigo de la Corona Española no llegó del mar, como se había pensado, sino que nació del mismo corazón del virreinato. La rebelión del cura Miguel Hidalgo, en el Bajío, mostró la fragilidad del sistema de defensa en uno de sus flancos: el de las estructuras militares creadas en los centros urbanos, pueblos y haciendas de cada intendencia. Los oficiales nunca imaginaron la posibilidad de una guerra civil y menos con la magnitud con que se dio. (...) Fue así como se inició la destrucción del orden virreinal (...)».

En 1789 fue nombrado virrey de Nueva España Juan Vicente de Güemes y Horcasitas, segundo conde de Revillagigedo, quién llegó a México el 8 de septiembre de ese mismo año. Con el nuevo virrey llegó también un militar de 36 años de edad, el capitán Félix María Calleja que había servido con él en España⁴⁰⁸. Revillagigedo fue nombrado para reemplazar, por enfermedad al virrey Flórez, con el encargo de completar los nuevos regimientos regulares y proceder a establecer y adiestrar varias clases de milicias y, junto con el subinspector general del Ejército de Nueva España, Pedro Gorostiza, dedicó sus esfuerzos a reconstruir el ejército desde su base. (ARCHER, 1983, P. 47.)

El militar en España

Calleja había nacido en Medina del Campo el 11 de noviembre de 1753, en una familia noble, pero de escasos recursos. Su padre era notario de esa villa y el destino de Félix María parecía encaminado a seguir sus pasos, sin embargo, su privilegiada situación nobiliaria le permitió alistarse como cadete en el cuerpo del Regimiento de Saboya, en el que había servido su tío Juan Antonio del Rey. En 1773 llegaron a Medina del Campo oficiales reales, procedentes de Madrid a fin de

⁴⁰⁸ Hasta ahora, que sepamos, existe un importante vacío historiográfico sobre este personaje. Solo he encontrado una obra monográfica muy reciente sobre este militar y virrey de la Nueva España, escrita por Ortiz Escamilla, que fue publicada en México en 2016 y en España el año pasado. El resto de las obras utilizadas hacen referencia a sus campañas y sus méritos o deméritos como militar y a su paso por el virreinato, casi como de puntillas. Por todo ello he basado el resto del trabajo, en primer lugar, en la obra de este autor, también en una Tesis Doctoral inédita de la Texas Christian University, escrita por Carol Ferguson sobre Calleja y en los relatos realizados en el siglo XIX por Carlos María de Bustamante y Lucas Alamán. He aprovechado también documentación que obra en mi poder, así como la hoja de servicios del General Calleja.

realizar un “sorteo de quintos” entre los jóvenes del lugar. Calleja fue uno de los elegidos y por su condición de noble, pasó a ocupar una de las dos plazas reservadas para cadetes, contaba entonces con veinte años de edad. (DOCUMENTACIÓN FAMILIAR DE FELIX MARÍA CALLEJA. ARCHIVO PARTICULAR). En 1775 Carlos III envió fuerzas al norte de África, para que se apoderasen de los territorios de Argel, en esta campaña, comanda por el conde de O’Reilly, conoció al conde de Revillagigedo, con quién trabaría una importante amistad. A pesar del desastre de la expedición, parece que Félix María destacó por sus buenos servicios en esta primera expedición, lo que propició que fuera ascendido al grado de subteniente. A continuación, fue enviado a luchar contra los ingleses en sus ataques contra el peñón de Gibraltar, donde permaneció 22 meses y en 1781 fue trasladado a la isla de Menorca, también en poder británico. El cuatro de febrero de 1782 se rindió la plaza a las tropas españolas y por su desempeño en dicha expedición le fue concedido el grado de teniente. Durante el año siguiente volvió a Gibraltar, hasta que, en 1783, se firmaron los tratados de paz y el peñón fue conferido definitivamente a los ingleses. (ORTIZ ESCAMILLA, 2019, pp. 36 y ss.) Durante esta época de su carrera Calleja convivió con militares que acabarían siendo los futuros virreyes de Nueva España, como el ya mencionado conde de Revillagigedo, el marqués de Branciforte y Francisco Javier Venegas.

Calleja permaneció todavía una serie de años sirviendo en la zona de Andalucía, bajo la protección del conde de O’Reilly, Quizás a eso se debiera que, a pesar de su baja graduación para el cargo, se le encargara la dirección de estudios del Colegio para Cadetes del Puerto de Santa

María. Según su biógrafo Ortiz Escamilla, esos cuatro años en los que ocupó el puesto fueron determinantes para su formación y posterior desempeño de sus funciones. Durante su estancia en el Colegio y bajo la tutela de instructores franceses realizó cursos de matemáticas, geografía, álgebra, tácticas y estrategias, fortificaciones, marchas, y abastecimientos entre otros. (ORTIZ ESCAMILLA, 2019, p. 37). Participó también en diversas campañas contra bandidos y contrabandistas que asolaban la zona de Andalucía y en 1788 obtuvo el grado de capitán. Félix María formaba parte de una nueva oficialidad auspiciada por las reformas militares de Carlos III, basada en la autoridad del monarca y la disminución de la influencia de la aristocracia y el clero.

Sin embargo, Calleja no dejaba de ser un oficial de segundo rango, cuyo futuro en España era incierto y poco atractivo. Cuando el conde de O'Reilly fue destituido como Capitán General de Andalucía y el Colegio de Cadetes cerrado, el capitán comprobó que en la península se le ofrecían pocas ocasiones de medrar en su carrera militar, pero vio su oportunidad cuando un conocido y amigo, el segundo conde de Revillagigedo, recién nombrado virrey de la Nueva España, le ofreció que marchara con él a su nuevo destino.

Los primeros años en la Nueva España

Juan Vicente de Güemes y Horcasitas había sido comisionado como virrey a fin de que continuase con las reformas que se habían comenzado a llevar a cabo en el virreinato durante el siglo XVIII y debía enfrentarse a la tarea de proteger y defender los inmensos

territorios de la Nueva España. Calleja llegó formando parte de las tropas que acompañaron al nuevo virrey en 1789, con el nombramiento de comandante del Regimiento Provincial de Dragones de Puebla, fuerza que tenía serios problemas de organización, debido a la desidia de sus componentes.

El nuevo virrey debía continuar con la reorganización del ejército del virreinato algo necesario, en esos momentos, debido a la expansión de las colonias angloamericanas y el crecimiento de los ataques de indígenas, comanches, apaches y lipanes, que hacían peligrar el intercambio de bienes con la Metrópoli. El conde de Revillagigedo confiaba mucho en las habilidades de Calleja como militar y, por ello, le ordenó, en primer lugar, reorganizar el regimiento de Puebla. El nuevo comandante lo disolvió a fin de formar uno nuevo, mas disciplinado, que llevara el mismo nombre. (GACETA DE MÉXICO, 25 de agosto de 1789).

Finalizado este cometido con éxito, el virrey comenzó a delegar en él tareas especiales, teniendo en cuenta su larga experiencia y enseñanzas adquiridas en España. Le comisionó, a continuación, para examinar las condiciones militares en que se encontraban las provincias de Colotlán y Nayarít. Su cometido consistía en recorrer la zona estudiando las condiciones en que se encontraban dichas provincias y hacer las oportunas recomendaciones para mejorar su situación y su defensa. Durante el año 1790 Calleja envió al virrey informes, mapas y resúmenes personales de sus viajes a través de esas tierras y sugería una completa reorganización de la milicia de la zona. En 1793, la información que venía de Calleja se incorporó a los "*Informes sobre las*

misiones” de Revillagigedo, en el que dejaba bien claro que “Todas estas disposiciones han sido sacadas de los informes de Félix Calleja y del Gobernador Simón de Herrera” (CONDE SEGUNDO DE REVILLAGIGEDO, JUAN VICENTE GÜEMES Y PACHECO DE PADILLA, *Informe sobre las misiones*, 1793, fol. 107). Propuso reducir el número de militares y hacer una selección de los mejores hombres, aquellos que fueran mas aptos para la guerra, estos debían estar bien armados y vestidos. De las veinticuatro compañías de caballería existentes, proponía que se redujeran a diez, extinguiendo aquellas que no cumplieran ninguna función en la defensa de la frontera. Sus informes lo muestran como un militar ilustrado, y un observador agudo que no perdía detalle de lo que debía llevarse a cabo, (ORTIZ ESCAMILLA, 2019, pp. 41 y 47).

Como resultado del buen hacer en esta misión Revillagigedo recomendó el ascenso de Calleja a teniente coronel y, un año después, se le confió la inspección y mando de las tropas veteranas del Reino de Nuevo León y la Colonia del Nuevo Santander. El recién nombrado virrey, marqués de Branciforte, lo envió a realizar, también, un reconocimiento de las dos provincias⁴⁰⁹. Félix María se desplazó a lo largo de estos territorios presentando finalmente al virrey en 1795 su *“Informe sobre la Colonia del Nuevo Santander y el Nuevo Reino de*

⁴⁰⁹ Calleja había sido muy recomendado por el conde de Revillagigedo a su sucesor el marqués de Branciforte como se detalla en *la Instrucción reservada del Reino de Nueva España que el Conde de Revillagigedo dio a su sucesor, el Marqués de Branciforte, el año de 1794.*

León” (AGI, México 89-7-5)⁴¹⁰. En este documento se refería, por un lado, al estudio acerca de la población, economía y sugerencias para el crecimiento económico, así como una revisión general sobre los recursos militares disponibles en la región, que incluían recomendaciones concretas para el trato con los indios y reorganización defensiva de la zona. En este documento puede verse claramente ya el pensamiento de Calleja: “La guerra es un mal positivo para evitar otros mas serios y no tiene otro objetivo que el de conseguir por este método una buena paz [...] Hacer la paz con condiciones que sean simples pero amplias y útiles, siendo precisas sobre lo que deben cumplir religiosamente.” (CALLEJA, 1795, fol. 30v).



Nuevo Santander y Nuevo Reino de León

⁴¹⁰ Este documento ha sido comentado por FERGUSON, C. en su Tesis Doctoral Inédita, presentada en la Texas Christian University en 1973. Una copia del mismo está depositada en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Para Calleja estas provincias nunca podrían estar tranquilas y en paz mientras no se hubiesen ganado el respeto de sus enemigos militarmente, sus puntos de vista llevaban al sentimiento de una rígida disciplina y adhesión a los preceptos hispanos de honor y moral virtuosa. En el Nuevo Reino de León organizó quince compañías milicianas de caballería compuestas de 1.156 hombres, quienes además sufragaron los gastos de sus caballos y armamento. En el Nuevo Santander formó veintiocho compañías milicianas, que sumaban un total de 2.260 hombres, armados y montados con sus propios recursos. (ORTIZ ESCAMILLA, 2019, p. 71).

Su diligencia en este cometido tuvo como resultado que Branciforte lo nombrase comandante general de la X brigada, con sede general en San Luis Potosí y con jurisdicción sobre las milicias que había formado en el Nuevo Santander y el Nuevo Reino de León, así como en el norte de Veracruz. Una de las primeras medidas que tomó, entonces, fue la de reformar los regimientos provinciales de Dragones de San Luis y San Carlos que, en ese momento, parecían ser del todo inoperantes. El nombramiento de oficiales para estos cuerpos recayó entre las familias más acomodadas de la ciudad, lo que posibilitó al comandante a entrar en los círculos más influyentes de la provincia.

Los siguientes virreyes confiaron en Félix María Calleja múltiples tareas de fortificación y de organización de fuerzas, de tal forma que su fama y prestigio no hicieron más que incrementarse. Branciforte lo definía en 1797 como “Un jefe de talento activo, celoso, de acreditada pericia militar y conocimientos prácticos del país” (Branciforte a Juan Manuel Álvarez de Orizaba, 1797) y lo recomendaba encarecidamente,

a su sustituto el virrey, Miguel José de Azanza como un valioso militar con el que podía contar. Instalado en San Luis Potosí el comandante contactó con las diversas élites locales, entre las que llegó a hacerse muy popular.

En 1807, Calleja consolidó su situación como prohombre de San Luis al contraer matrimonio con María Francisca de la Gándara, una criolla mucho mas joven que él, formando una importante “sociedad conyugal”, el tutor y tío de Francisca era Manuel de la Gándara, uno de los mas influyentes y ricos terratenientes de la zona (NUÑEZ Y DOMÍNGUEZ, 1950, p. 70). Según los diferentes autores que han estudiado esta sociedad novohispana, eran frecuentes los matrimonios entre militares peninsulares, ya entrados en años, con jóvenes criollas de familias importantes como manera de afianzar su situación en la Nueva España⁴¹¹. Con este matrimonio quedaba pues confirmada su importante situación social en San Luis Potosí⁴¹².

⁴¹¹ Como militar que ocupaba un cargo público, su prometida, Dña. María Francisca de la Gándara, tuvo que demostrar antes del matrimonio su limpieza de sangre y, para ello se llevó a cabo la realización de un expediente en el que, además de solicitar el permiso real para el matrimonio, se sometía al escrutinio de los fiscales asignados, que formaba parte del grupo de privilegiados con derecho a ese matrimonio, recabando la información de testigos, ya que ente sus ascendientes figuraban militares de alto rango, eclesiásticos y personalidades que habían ocupado altos cargos, tanto en España como en América. (ARCHIVO PARTICULAR).

⁴¹² Félix María Calleja llegó a alcanzar tanta importancia entre la sociedad potosina que, cuando comenzó la insurgencia, en 1810, era conocido en la ciudad y su zona de influencia, como “El amo don Félix”.



La virreina mexicana, Vicente López. Actualmente en el museo del Prado (Foto A.S.B.)

Jefe militar contra la Insurrección

La noticia de las abdicaciones de Bayona y de la sublevación del dos de mayo, hizo que los habitantes de la Nueva España se dividieran y que los peninsulares sospecharan de posibles intenciones independentistas entre los novohispanos. En todo el continente americano se produjo una importante reacción de lealtad al rey Fernando y se planteó la posibilidad de formar juntas. Sin embargo, estos intentos se vieron abocados al fracaso. En la Nueva España el caso

más representativo fue el de la ciudad de México, que propuso la creación de una junta novohispana, que presidiría el virrey Iturrigaray. Sin embargo, hubo quienes consideraron estas ideas una verdadera traición, provocando la caída del virrey, quien fue aprehendido y sustituido en su labor por el oficial de mayor graduación de la ciudad, Pedro de Garibay. La caída de Iturrigaray produjo importantes descontentos entre las ya desencantadas élites criollas, algo que no ayudó al desarrollo de los acontecimientos posteriores. Garibay fue sustituido por Francisco Javier de Lizana, arzobispo de México, y este, a su vez, algo después por Francisco Javier Venegas.

Tras el golpe de estado de los peninsulares contra el virrey Iturrigaray, la oposición hacia los españoles cobró un carácter clandestino extendiéndose rápidamente por todo el territorio. La conspiración tenía su centro en la ciudad de Querétaro, donde se reunían entre otros Miguel Hidalgo, Ignacio Allende y Juan Aldama⁴¹³, con la idea de crear una junta. Tras haber sido descubiertos por el general Calleja, estos líderes de la insurgencia decidieron armar a la feligresía imprimiendo un importante giro en los acontecimientos de los comienzos de la guerra. Los rebeldes aseguraban en sus reuniones y panfletos que la insurrección tenía como finalidad defender al rey y conservar sus dominios, el movimiento significaba la “Salvación de la Patria”, que los europeos “Gachupines” echaban a perder con su apoyo a Napoleón y a las ideas de la Revolución. En una carta de Rayón a

⁴¹³ Ignacio María de Allende era un criollo que había servido como capitán en el regimiento de caballería de milicias de la Reina y estuvo en el cantón de San Luis, a las órdenes de Calleja en tiempos del virrey Marquina. Así mismo, Juan Aldama era, también criollo, y capitán del mismo cuerpo.

Calleja se podía leer: “La España toda y por partes se ha ido vilmente entregando al dominio de Bonaparte, con proscripción de los derechos de la Corona, y prostitución de nuestra sacrosanta religión; la religión americana intenta erigir un Congreso o Junta Nacional, bajo cuyos auspicios conservando nuestra legislación eclesiástica y cristiana disciplina permanezcan ilesos los derechos de nuestro muy amado el señor don Fernando Séptimo” (Rayón a Calleja, AGN, 1811, ARCHIVO PARTICULAR, También publicado por ORTIZ ESCAMILLA, 1983, p. 34).

El hecho claro es que fuera cual fuera la razón última del movimiento insurgente⁴¹⁴, algo en lo que no podemos entrar por falta de espacio, la rebelión crecía por todas partes, campesinos, indios e incluso influyentes criollos se unían al movimiento encabezado por el cura Hidalgo. Las élites criollas no pretendían incluir en su movimiento a toda la población, fuera de las élites locales. Sin embargo, la insurrección comenzada con el “Grito de Dolores” trastocó su proyecto obligándoles a incorporar a quienes habían tomado ya las armas.

Autores como Archer afirman que Calleja no fue capaz de comprender el origen de la insurrección, sin embargo, otros como Ortiz Escamilla opinan que comprendió muy bien las causas y, que este hecho unido a sus conocimientos militares, le ayudaron a establecer los planes que hicieron que, en esta primera etapa de la revuelta se consiguiera el triunfo de la causa realista.

⁴¹⁴ Tal y como relata Alamán en su *Historia de México*, “El virrey Venegas aplicó a los independientes el nombre de *insurgentes*, porque acabando de llegar de España, había visto que este mismo apelativo era el que utilizaban los franceses para referirse a los españoles contra los que peleaban” (ALAMÁN, 1848, Tomo I, lib. I, p.159).

Al enterarse del estallido insurgente en Dolores, Calleja se dispuso a tomar medidas defensivas contra los rebeldes y para la defensa de su zona. En primer lugar, estableció controles de caminos y barricadas en los puntos de acceso a San Luis, mientras que, de manera paralela, comenzaba a preparar una fuerza que le permitiese hacer frente a la insurgencia. Calleja ordenó reunir en la ciudad a los tres cuerpos de la provincia que previamente él mismo había reorganizado y adiestrado; los regimientos provinciales de Dragones de San Luis y de San Carlos, así como el cuerpo provincial de caballería del Nuevo Santander mandando, también, hombres para que averiguasen los movimientos de los rebeldes. Con esta información, El comandante fue consciente de que sus fuerzas, eran insuficientes y carecían del debido entrenamiento, lo que le animó a intentar un alistamiento de nuevas tropas en la zona. La idea de Calleja era levantar un ejército que pudiera unirse al que según sus informaciones, había partido de México al mando de Manuel de Flon, conde de la Cadena, para juntos acabar con la insurrección desde sus inicios. Su experiencia militar y los conocimientos adquiridos sobre el terreno de la zona norte novohispana hicieron del comandante Calleja el hombre ideal para liderar los ejércitos realistas y como tal fue nombrado por el recién llegado virrey Francisco Xavier Venegas⁴¹⁵.

La concentración de tropas se ordenó con rapidez, a pesar de lo cual, el nuevo jefe militar tuvo que hacer frente a múltiples problemas, tanto humanos como materiales. A la vez que intentaba reunir hombres para

⁴¹⁵ El 17 de septiembre de 1810 el virrey Venegas, recién llegado a Nueva España, nombró a Félix María Calleja Comandante General de San Luis Potosí y Jefe de Operaciones de la campaña contra los insurgentes, como su segundo, designó al intendente de Puebla, coronel Manuel de Flon, conde de la Cadena.

conformar su ejército trataba, también, de hacer acopio de armas y municiones, algo realmente complicado porque, en la región de San Luis, apenas existían artesanos con los conocimientos y medios necesarios para su fabricación. Los hombres acudían lentamente a su llamada y el comandante no confiaba en su lealtad a la causa realista, por ello ordenó como primera medida, que se les elevara el sueldo, convirtiéndolos así en las tropas mejor pagadas del virreinato⁴¹⁶. A pesar de las dificultades a las que tuvo que hacer frente, consiguió componer un ejército capaz de enfrentarse a las tropas de Hidalgo y Allende. Carlos María de Bustamente, uno de los grandes detractores de Calleja, no puede menos que afirmarlo así en su obra sobre las campañas del Brigadier.

«A pocos hombres había brindado la fortuna con una ocasión y medios más a propósito que brindó a Calleja en esta vez y, pocos como él habrán sabido aprovecharse de unos instantes tan preciosos como lo hizo este jefe [...] lo mucho que obró en el corto espacio de veinte y cuatro días para poner un ejército en campaña, equipándolo del mejor modo posible, habilitándolo de una abundante proveduría hasta ponerlo en actitud de salir a buscar con él a su enemigo. [...] La relación de las operaciones de Calleja será también un curso militar en que muchos preciados de generales y sabios políticos, tendrán que aprender de él para conducirse con acierto en las difíciles circunstancias en que este se halló» (BUSTAMANTE, 1828, p. 11)

El plan de Calleja consistía fundamentalmente en constituir la defensa en cuatro niveles, que luego redujo a tres. En primer lugar, la formación de un ejército hispanoamericano, otro con la puesta en marcha de cuerpos de milicias provinciales y por último la organización

⁴¹⁶ Según Benavides Martínez los soldados cobrarían cuatro reales, más o menos el triple que el resto de las tropas del virreinato, los cabos cuatro y medio y los sargentos seis. (BENAVIDES MARTÍNEZ (2016, p. 226).

de las fuerzas de los “Patriotas distinguidos defensores de Fernando VII” y los “Fieles realistas defensores de Fernando VII. Estos dos últimos quedaron finalmente fusionados en una sola entidad a la que se denominó “Compañía Patriótica”.

En primera instancia, tras asegurar la ciudad de San Luis y desoyendo las disposiciones del virrey que le ordenaba acudir de inmediato a proteger la capital, el nuevo jefe de operaciones mandó reunir en San Luis a los tres cuerpos: los de dragones de San Luis, los de San Carlos y las milicias de frontera del Nuevo Santander. Al mismo tiempo, aprovechando el ascendiente que tenía en la zona, envió emisarios a todos subdelegados, dueños de haciendas y ranchos para que enviaran sin tardanza toda la gente útil y de confianza que pudieran reunir, montados, armados y, a ser posible, vestidos de la mejor manera que pudieran, también solicitó que le mandasen todo el armamento disponible, incluidos palas y hachas.

La mayor parte de los hombres reunidos provenían de las haciendas y ranchos y algunos propietarios de las poblaciones mas importantes, los indios “flecheros” y “honderos” fueron declarados no aptos, pues Calleja no confiaba en su fidelidad. Cada grupo seleccionado llevaba al frente, al dueño de la finca, al administrador o a un empleado de confianza. Estos nuevos militares, no tenían ningún tipo de formación y carecían de disciplina, la mayor parte nunca había tenido un caballo ni portado armas y, por tanto, deberían someterse a un duro entrenamiento.

La convocatoria de las milicias existentes era también compleja, la mayoría no estaba en servicio en el momento del estallido

revolucionario y los oficiales ya eran viejos e inútiles, algunos habían desaparecido y, otros casados con criollas de buenas familias, ya no estaban dispuestos a formar parte de las tropas.

Los dos regimientos milicianos de dragones de San Luis y San Carlos, creados anteriormente, por Nemesio Salcedo, en tiempos del marqués de Branciforte, se habían formado en diversas haciendas y poblaciones y contaban con diez capitanes, doce tenientes, doce alféreces, veinticuatro y sargentos, cuarenta y ocho cabos y doscientos setenta y seis soldados, veintitrés por compañía, contaban además con un pie veterano. El regimiento de San Luis se reunió prácticamente al completo, su fuerza era de 462 hombres, faltaron 15 oficiales debido a que, por su edad o problemas de salud, no podían servir en el ejército. Estas bajas fueron cubiertas, en primer lugar, mediante ascensos y, a continuación, recurriendo a criollos de prestigio en la zona. El regimiento de San Carlos, solo pudo aportar nueve de sus unidades, por lo que contaba con 368 hombres, pero también con diez oficialías vacantes. Para completar estas tropas acudieron también cinco de las seis compañías del Cuerpo Provincial de Caballería de la Frontera del Nuevo Santander con 367 hombres, de los cuales solamente un oficial era veterano.

	Nº de hombres	Oficiales	Suboficiales	Dragones	Milicianos
Regimiento de Dragones de San Luis Potosí	462	40	86	322	
Regimiento de Dragones de San Carlos	368	21	34	271	
Cuerpo Provincial de Caballería del Nuevo Santander	367	21	45		300

Composición de las tropas reunidas por Félix María Calleja en los comienzos de la insurrección

Datos extraídos de BENAVIDES, 2019

Se creó así mismo, una nueva brigada de infantería llamada “los tamarindos”⁴¹⁷ por el color de su uniforme, que junto con los ya mencionados de la Compañía Patriótica, reunían las fuerzas más importantes del jefe de operaciones.

Con la finalidad de poder entrenarlos de manera adecuada, Félix Calleja abandonó San Luis trasladándose a la Hacienda de Pila, distante pocas leguas de la ciudad. En resumen, las fuerzas que consiguió reunir el brigadier consistían en cinco cuerpos milicianos, uno de infantería (Tamarindos), dos de dragones (San Luis y San Carlos) y dos de caballería (Compañía Patriótica y Frontera del Nuevo Santander), con un total de 2.872 hombres, 2.427 a caballo y el resto a pie. (BENAVIDES, 2019, pp. 231-232). La mayor parte de ellos carecían

⁴¹⁷ “No habiendo en la brigada de San Luis cuerpo alguno de infantería, formó un batallón de esta arma con la gente que recibió de la hacienda de Bocas y del pueblo del Venado, y este cuerpo, conocido con el nombre de los tamarindos, por haberlo uniformado con gamuza que tiene el color de aquel fruto, adquirió en esta campaña justa nombradía por su valor de que dio señaladas pruebas.” (ALAMÁN, 1848, t. I, lib. 1, p. 179)

de cualquier tipo de instrucción militar e incluso algunos ni siquiera sabían montar a caballo.

Otro de los problemas a los que tuvo que enfrentarse Calleja fue la adquisición de armamento y de los utensilios necesarios para la campaña. Las armas preexistentes eran viejas y de mala calidad y se hacía necesario fabricar otras nuevas. Sin embargo, la zona carecía, por un lado, de las materias primas necesarias y, por otro, de los artesanos especializados que pudieran dedicarse a ello. Por eso tuvo que conformarse, en un primer momento, con la confección de machetes, sables y lanzas, ingeniándose las más tarde, para conseguir sillas de montar, cartucheras, frenos, cinturones, e incluso carabinas, alguna escopeta y varias pistolas. Una de las mayores preocupaciones de Calleja fue la fabricación de cañones, algo muy complicado en esos momentos y en ese lugar, a pesar de lo cual, con mucho esfuerzo consiguieron realizar diez. Uniformes, mochilas, zapatos, tiendas de campaña y una gran cantidad de enseres fueron encargados a los artesanos de la zona y pagados por potosinos influyentes.

Tanto el proceso de enlistamiento, como el de avituallamiento y entrenamiento, fueron lentos, pero el jefe de operaciones se enfrentó a ello con ánimo y diligencia y el 24 de octubre, apenas un mes después de comenzar su tarea, el brigadier estaba preparado para lanzarse contra los insurrectos.

Mientras las fuerzas realistas se conformaban y entrenaban El cura Hidalgo no había perdido el tiempo. La mayor parte de los historiadores parecen coincidir en que no tenía, en un primer momento, un proyecto militar estructurado y que el hecho de que la revuelta estuviese

encabezada, por los curas de los pueblos y algunos exaltados, en lugar de milicianos experimentados, dio a esta primera etapa revolucionaria un carácter popular. Seguida por inmensos contingentes de aldeanos y campesinos salidos de las pequeñas poblaciones, haciendas y rancherías, indios y componentes de las castas más bajas; el ejército que acompañaba a Hidalgo se parecía más a una larga procesión, que a un ejército preparado. Por otro lado, otros dos de los personajes importantes en esta primera parte de la insurrección, Allende y Aldama, ambos pertenecientes al ejército, pronto chocarían con las ideas del cura. Archer no duda en afirmar en las conclusiones de su obra sobre el ejército borbónico: “Desde el primer encuentro militar importante en el Monte de las Cruces, fue penosamente evidente la debilidad de los rebeldes. Aun cuando los soldados de las unidades milicianas de los territorios disponibles, estaban disponibles, la escasez de oficiales con experiencia las hacía casi tan inservibles como a los indios sin entrenamiento.” (ARCHER, 1983, p. 376)

La popularidad que se generó tras el “grito de Dolores” fue inmensa, los pueblos y lugares por donde pasaba Hidalgo se movilizaban ante su avance y hasta el mismo Calleja opinaba lo complicado que iba a resultar acabar con la insurrección a causa del entusiasmo que levantaba entre la población. A su paso iba proclamando la importancia de la religión, que los “gachupines” amigos de Napoleón iban a destruir, junto con la monarquía de Fernando VII que decía defender, Alamán lo deja bien claro en su *Historia de México*:

«Proclamaba a Fernando VII; pretendía sostener sus derechos y defenderlos contra los intentos de los españoles, que trataban de

entregar el país a los franceses, dueños ya de España, los cuales destruirían el culto católico. La religión pues hacía el papel principal, y como la imagen de Guadalupe, es el objeto preferente de culto de los mejicanos, la inscripción que se puso en las banderas de la revolución fue *Viva la religión, Viva nuestra madre santísima de Guadalupe. Viva Fernando VII. Viva la América y muera el mal gobierno*».

Hidalgo y los insurgentes se movieron desde Dolores, engrosando a su paso sus fuerzas con todo aquel que quisiera unirse al movimiento. El 28 de septiembre de 1810, Allende e Hidalgo consiguieron tomar la ciudad de Guanajuato, defendida por el coronel Riaño, saqueando las casas y haciendas de los españoles y haciendo una importante cantidad de prisioneros que dejaron presos en la Alhondiga de Granaditas. Desde allí salieron dirigiéndose a Valladolid, donde fueron recibidos con todos los honores el 17 de octubre: “La toma de Valladolid dio a Hidalgo un aumento muy considerable de fuerzas y recursos. Uniéndosele allí el regimiento de infantería provincial, compuesto de dos batallones; las ocho compañías de infantería que de nuevo se habían levantado, y todo el regimiento de dragones de Michoacán” (ALAMÁN, 1848, tomo1, lib.1, p. 183). El cura conocía la importancia estratégica que tendría tomar la capital antes de que Calleja y Flon se moviesen y, por ello, tras proveer nuevos empleos en la ciudad, tras la destitución y huida de los españoles, dejó atrás Valladolid, con la idea de dirigirse hacia México.

El 24 de octubre de 1810, el ya conocido como Ejército del Centro inició su marcha hacia el pueblo de Dolores, el mismo Calleja relataba cómo llegó a reunir las tropas que le permitieron comenzar el enfrentamiento con Hidalgo:

«Con una fuerza que apenas tenía lo indispensable para combatir y subsistir, frente a un enemigo que ya alcanzaba los 60.000 elementos y que ya controlaba varias provincias sin oposición alguna y hacía perder toda esperanza de conservarla, y en este estado, y sin comunicación por entonces con la capital, reuní en San Luis Potosí, ciudad de mi residencia, a costa de cuantos sacrificios pueden exigirse de la lealtad, el honor y de la resolución de 4.000 caballos, 1.200 infantes y 1.500 indios que arranqué del mismo seno de la insurrección» (AGMS, leg. C-532, publicado también por ORTIZ ESCAMILLA, 2019, p. 86)

El plan elaborado por Calleja consistía precisamente en comenzar por reconquistar el lugar donde había comenzado la rebelión, uniéndose allí con las tropas del conde de la Cadena. El Brigadier tenía muy claro que, al menos en esta primera parte de la guerra los enfrentamientos serían importantes y cruentos y que iba a ser necesario el empleo de una disciplina férrea y una política de castigo y terror contra el enemigo.

El 28 de octubre se fusionaron las tropas de Calleja y Flon en el pueblo de Dolores, donde repusieron en sus oficios a los antiguos cargos. Desde el primer momento, ya en esta población, se comenzaron a llevar a cabo represalias contra los insurgentes. Se ejecutó a los cabecillas y a todos aquellos decididos a derrocar el gobierno y se ofreció el indulto a los que abandonaran la causa. Esta política fue quizás la que hizo que Bustamante describiera a Calleja como un ser sanguinario y cruel:

«Calleja había mostrado su carácter feroz y sanguinario desde el momento que tomó las primeras providencias en principios de octubre, pues rehinchó los conventos y cárcel de S. Luis de reos; creó una junta de seguridad que los juzgase con severidad, y no cesó de clamar al virrey para que le autorizase a imponer la pena de muerte. En suma, Calleja se apoderó del gobierno militar, político y de hacienda, y nada se hacía sin su mandato, o a lo menos sin su aprobación en todos los ramos» (BUSTAMANTE, 1848, L. 1, p. 19)

Desde Dolores el Ejército del Centro se dirigió hacia San Miguel, Celaya y Salamanca, retomando a su paso las plazas perdidas a manos de los insurgentes y utilizando esa política de terror y castigo que haría de Calleja un militar odiado por aquellos que combatieron en su contra y por las siguientes generaciones de mexicanos. Finalizado el mes de octubre, llegaron noticias de que el ejército de Hidalgo se dirigía hacia la capital y las tropas se dirigieron con presteza a auxiliar a la ciudad. Cerca de Aculco, se cruzaron con el enemigo, que en lugar de tomar México se dirigía ahora hacia el norte, después de haber vencido a las tropas de Trujillo, enviadas por el virrey, para defender el avance de Hidalgo en la batalla del Monte de las Cruces⁴¹⁸.

En Arroyo Zarco, cerca de Aculco, el jefe militar realista demostró su talento, dividiendo sus fuerzas en cinco columnas, derecha, centro e izquierda, la cuarta en la retaguardia y, por último, una de reserva, con el fin de realizar un movimiento envolvente que inmovilizase las tropas rebeldes. Antes de comenzar la batalla el brigadier reconoció minuciosamente el terreno; el enemigo se situaba enfrente, sobre una loma, en ella se había concentrado la gran multitud que seguía a Hidalgo y flanqueando esta, una artillería artesanal y de poca calidad⁴¹⁹. La

⁴¹⁸ La batalla del Monte de las Cruces, es considerada como una victoria rebelde, en la que Trujillo tuvo que abandonar el campo de batalla, perdiendo parte de su artillería. Este enfrentamiento produjo un importante efecto entre las tropas insurgentes. La resistencia ofrecida por las tropas enviadas por Venegas, hicieron pensar a Hidalgo las dificultades de tomar la capital, tomando la decisión de retirarse hacia el norte.

⁴¹⁹ Muchos de los cañones insurgentes estaban montados sobre carros, en lugar de cureñas, lo que hacía que su fuego de batería no tuviese ningún tipo de movimiento. También era importante el hecho de los materiales que se habían utilizado, eran de mala calidad y que, en muchos casos explotaban al ser disparados.

La victoria de Aculco tuvo el efecto de levantar los ánimos de unas tropas todavía poco avezadas⁴²⁰. El ejército comandado por Hidalgo y Allende se descompuso, sobre todo por las divergencias surgidas entre los dos líderes que se acusaron mutuamente de la derrota. Hidalgo marchó a Valladolid y, posteriormente, a Guadalajara con parte de las fuerzas, mientras que Allende se replegaba a Guanajuato con la idea de asegurar esa y otras plazas, todavía en su poder, ante el avance de las tropas virreinales.

El 8 de noviembre el Ejército del Centro salió de Aculco marchando hacia Querétaro con la idea de continuar retomando las poblaciones que continuaban cayendo en manos insurgentes (tras la derrota de Aculco los rebeldes se habían hecho con casi toda la provincia de Nueva Galicia, incluido el estratégico puerto de San Blas, tomado en noviembre por el cura Mercado) y desde allí se dirigió a la ciudad de Guanajuato, defendida por Allende.

El 19 de noviembre, viendo la cercanía del Ejército del Centro, desde Guanajuato, Allende escribía a Hidalgo en los siguientes términos:

«El ejército de operaciones al mando de Calleja y Flon, entra por nuestros pueblos conquistados como por su casa y lo peor es que los seduce con promesas lisonjeras, de suerte que hasta en Celaya lo recibieron, y tienen razón porque se les ha dejado indefensos. Todo esto va induciendo en los pueblos un desaliento universal, que dentro de breve puede convertirse en odio de nosotros y de nuestro gobierno, [...] De otro modo, abandonada esta preciosa ciudad la más interesante del reino, o si somos derrotados en ella por el enemigo, ¿Qué será de Zacatecas, Potosí y de los pueblos cortos?

⁴²⁰ En los primeros momentos de la insurrección las fuerzas rebeldes habían ocupado un importante número de ciudades y pueblos en todo el territorio de Nueva España. Controlaban Guanajuato, León, Zacatecas, San Luis Potosí, Guadalajara, Valladolid, San Blas, el sur de Nueva Galicia y otra gran cantidad de poblaciones, que desde un primer momento se habían unido al movimiento independentista

¿Y que será de la misma Guadalajara, para donde se dirigirá el enemigo cada vez más triunfante y glorioso con sus reconquistas?» (BUSTAMANTE, 1828, T. 1, fol. 148)

Calleja en su camino atravesó los territorios sin encontrar prácticamente ninguna resistencia y el 25 de noviembre acampó cerca de la ciudad de Guanajuato, decidido a comenzar el ataque sin demora. Para ello, dividió su ejército en dos columnas, la primera formada por los granaderos y varios cuerpos de artillería que comandaría el mismo y la otra con un regimiento de infantería, los dragones de San Luis y otros cuerpos de caballería a los que puso bajo las órdenes del conde de la Cadena. Ambas fuerzas iban acercándose a la ciudad, casi sin resistencia. Sin embargo, la toma de la ciudad no fue tan sencilla, Calleja tuvo que ir sorteando y haciendo frente a la multitud de baterías artilleras situadas en las lomas de las cercanías de la población. Mientras tanto sus defensores, en franca huida pensaron en acabar con los presos que tenían retenidos en la Alhóndiga de Granaditas y, a pesar de que las posteriores declaraciones de Allende y Aldama indican que ellos no tuvieron nada que ver, lo cierto es que la turba se lanzó contra el edificio matando a muchos europeos e incluso mexicanos contrarios a la rebelión. Enterado el jefe de operaciones de lo ocurrido en la ciudad, mandó publicar un bando en el que decía que “...el horrible atentado ejecutado en la alhóndiga de Granaditas, pasando a cuchillo, a sangre fría en la tarde del día anterior mas de doscientas personas, estaban pidiendo la mas atroz y ejemplar de las venganzas;” (Suplemento de la Gaceta Extraordinaria, 28 de noviembre, nº 142, fol. 997). En carta al virrey expresaba también: “En el primer momento me

sentí obligado a ordenar a la caballería un ataque para inundar la ciudad de sangre y fuego, pero esta orden fue suspendida por sus efectos en la población y la humillación que causaría entre los inocentes” (Calleja a Venegas 12 de diciembre de 1810).



Toma de Guanajuato por los realistas
Mapoteca Manuel Orozco y Berra

Tomada finalmente la ciudad se hicieron multitud de prisioneros: “En cuanto a los presos de clase mas distinguida, estableció Calleja que fuesen condenados a la pena capital todos los empleados y militares que hubiesen tomado parte en la revolución y los que habían obtenido grados superiores o prestándole servicios extraordinarios...” (ALAMÁN, 1848, t. 1, lib. 1º, p. 219). Con el resto, se buscó la manera de causar el mayor terror posible, de entre los prisioneros se sorteó que

uno de cada diez fuera ahorcado en la plaza, frente a la puerta principal de la alhóndiga. Estas medidas ya habían sido tomadas con anterioridad en diferentes poblaciones y siguieron haciéndose efectivas durante el tiempo que duró la guerra. El resto de los presos fueron puestos en libertad. Para restablecer la administración de Guanajuato repuso en sus puestos a aquellos que habían sido depuestos anteriormente por Hidalgo, dejando organizada en la ciudad una compañía de vecinos armados para atender a su defensa. Desde allí se dirigió a Silao, León y Lagos. Los historiadores del siglo XIX condenaron casi unánimemente este comportamiento del jefe de operaciones, pero tal y como nos expone Ferguson en su obra “Como escribió el diplomático H.G. Ward, el comportamiento de Calleja tenía su justificación en las acciones de los rebeldes y la mayoría de las autoridades gubernamentales hubieran actuado de la misma manera.” (FERGUSON, 1973, p. 60)

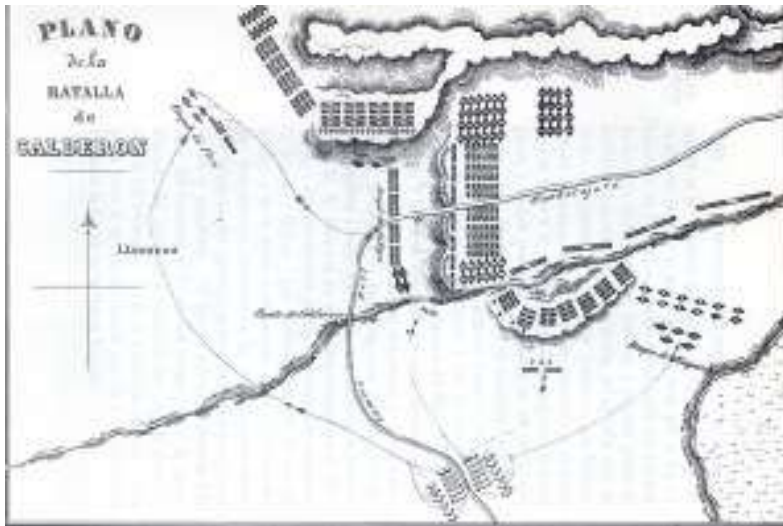
El 12 de diciembre, día de la virgen de Guadalupe, estando en Silao, el jefe de operaciones publicó un bando en el que se decía “Que el pueblo en donde se cometa asesinato de soldado de los ejércitos del rey, de justicia o empleado, de vecino honrado, criollo o europeo, se sortearán cuatro de sus habitantes, sin distinción de personas, por cada uno de los asesinatos, y sin otra formalidad serán pasados por las armas, aquellos a quienes toque la suerte” (Gaceta Extraordinaria de 17 de diciembre, nº 153, fol. 1063, recogido por ALAMAN, 1848), orden que nunca llegó a cumplirse, pero que aumentó aún más su fama de cruel y sanguinario.

A partir de ese momento Venegas tuvo la posibilidad de comenzar a combinar operaciones, empleando también un mayor número de tropas.

Trujillo, Villagrán y Cruz fueron destacados militares que posibilitaron, junto con Calleja el final de esta primera etapa de la Guerra. El 16 de diciembre el jefe de operaciones del Ejército del Centro, presentó al virrey un plan de campaña. Partiendo de la premisa de que Hidalgo había dejado sin protección las zonas conquistadas, el ejército de Cruz, debía salir de Querétaro hacia Guadalajara, para llegar allí el 15 de enero. El Ejército de Operaciones del Centro, entonces acantonado en León, debía marchar también hacia Guadalajara para encontrarse con el de Cruz, el mismo día. Las Tropas de Cordero, situadas en las cercanías de San Luis Potosí, tenían que dirigirse a esa ciudad, con el fin de pacificarla y ocuparse de castigar, también, si fuera necesario los pueblos de Dolores y sus aledaños, manteniéndose luego cerca de San Miguel Guanajuato y Querétaro. Por último, las de Bonavia, hasta el momento en Sombrerete se encaminarían a Zacatecas y Aguascalientes, para finalmente seguir a León y Silao y allí mantener el orden. Como consecuencia de todos estos movimientos; “Se asegura el buen orden de todas las provincias, y la comunicación y relaciones entre ellas y con la capital, asegurándose también la introducción de abastos, sin que haya ningún cuerpo insurgente que pueda interrumpirlas” (BUSTAMANTE, 1828, lib. 1º, fols. 59-60), proyecto aprobado por Venegas a finales de diciembre de ese mismo año.

Todos, rebeldes y realistas eran conscientes de que en Guadalajara iba a librarse la batalla mas importante de esta primera parte de la guerra y ambos ejércitos también sabían los puntos fuertes y las debilidades de su enemigo. La planificación del ataque realizado por el jefe de operaciones pasaba por la organización de un ataque vigoroso que

propiciara el desorden en las filas enemigas que no tenían tanta experiencia en los campos de batalla. La batalla del Puente de Calderón marcó un antes y un después en esta primera etapa de la Guerra de Independencia. Algunos autores sitúan en este hecho el final de esta fase.



La batalla del puente de Calderón
archivos.juridicas.unam.mx

Ambos ejércitos se aprestaron para el combate. Hidalgo, conocedor de los planes del brigadier de reunirse con las fuerzas de Cruz, resolvió marchar y atacar antes de que esto se llevara a efecto. El 15 de enero, antes de que Calleja llegara a Guadalajara decidió ocupar con sus tropas el puente de Calderón, ruta obligada para entrar en la ciudad, camino además estrecho, elevado y de difícil acceso: “Su ejército consistía en cien mil hombres, de los cuales veinte mil eran de caballería; tenía siete regimientos uniformados y regularmente disciplinados, aunque escasos de armamento y noventa y cinco cañones, la mayor parte del calibre de cuatro a diez y ocho y uno de veinticuatro, con abundancia de

municiones, granadas de mano, cohetes con punta de hierro y, otros proyectiles con que se había tratado de suplir la falta de fusiles.” (ALAMÁN, Tomo I, lib. 1º, p. 242). Ocuparon los salientes del terreno situados en la orilla izquierda del río, protegidos por el agua, las rocas y un desfiladero que se encontraba a sus espaldas.

Un día después el ejército del Centro, compuesto por 6000 hombres llegaba a las cercanías del puente de Calderón. Acampados para pasar la noche, el general en jefe de las tropas realistas, realizó un exhaustivo reconocimiento del terreno. Sus conclusiones eran claras, si esperaba la llegada de las fuerzas de Cruz, se produciría un retraso que daría tiempo a Hidalgo a hacerse más fuerte, así que decidió atacar el día 17. El plan de ataque de Calleja se basaba en la falta de movilidad de los rebeldes, debido a la cantidad de gente que los seguía y por las dificultades del terreno donde se habían posicionado. El ejército de operaciones se dividió en dos columnas, el conde de la Cadena atacaría el flanco izquierdo, el coronel Emparán haría lo mismo por el flanco derecho, mientras tanto, Calleja por el centro estaría listo para socorrer a cualquiera de los dos.

La batalla se inició en la mañana del 17 de febrero, en un primer momento, la victoria parecía estar del lado de los rebeldes. Emparán fue derrotado y obligado a retroceder, mientras que Manuel de Flon, desoyendo las órdenes recibidas atacó sin éxito las baterías situadas a la izquierda, siendo rechazado en varias ocasiones. La investigación posterior que tuvo lugar en Valencia, a la vuelta de Calleja a España nos hace un relato de lo sucedido:

«El plan se redujo a introducir el desorden en la línea enemiga por medio de un ataque vigoroso con sus mejores tropas amenazando las alas enemigas con dos divisiones que devian reunirse al zentro, pero habiendo conseguido algunas ventajas, la ala izquierda, a cargo del general segundo Conde de la Cadena, se propuso aprovecharlo, olvidándose de las ordenes del General en Gefe y condujo a las tropas varias veces al ataque, en que siempre fue rechazado con pérdidas, dispersándose las tropas en el último atemorizadas y deshechas» (Informe del Consejo de Guerra de 1827. A. P.)

Esto puso a las fuerzas realistas en franco peligro y solamente la pericia y la frialdad del brigadier fueron capaces de salva la situación:

«A la vista de este suceso que había puesto en sumo peligro la acción, reunió el general las tropas del centro y con hombres que acabava de derrotar la izquierda enemiga, dirigiéndose a la cabeza del puente; y así animó las tropas dispersas que bajaron de los cerros, con vivas y aclamaciones a reunírsele, formados los cuerpos bajo el fuego de una batería de 70 piezas que enfilava el puente, dispuso que 200 cavallos atacasen el flanco izquierdo que había quedado descubierto y echa la señal de marcha, tras de un vivo fuego de la artillería sobre el enemigo se dirigió a ella en batalla, en plazo triplicado al mismo tiempo que la caballería atacó vigorosamente el flanco. El enemigo se consterno, al desorden siguió la confusión y a esta la fuga; [...] Ocupado el campo enemigo, puestas y guarnecidas sus baterías que constaban de 100 piezas de todos los calibres, salió la caballería a perseguirles. El conde de la Cadena se adelantó sin precaución introduciéndose en una gran masa y fue muerto y mutilado de todos sus miembros con 20 dragones que le acompañavan. Los dos principales cavezillas, Ydalgo y Allende huieron con anticipación llevandose los caudales...» (Informe del Consejo de Guerra de 1827. A. P.)

La Victoria obtenida en el puente de Calderón fue realmente el primer gran éxito obtenido por los realistas, aunque autores mexicanos del XIX, lo atribuyen a un golpe de suerte por el incendio de un carro de heno, alcanzado por un disparo de las baterías realistas, que provocaron, a su vez, la huida y el desorden entre las masas de seguidores de Hidalgo -Carlos María de Bustamante, así nos lo hace saber en su *Quadro Histórico* y lo recoge, también, Ferguson en su

trabajo- Fuera como fuese, Calleja se cubrió de gloria con esta victoria, algo que con el tiempo le haría merecedor de la concesión del título de conde de Calderón.

Tras unos días de descanso, las tropas avanzaron hacia Guadalajara, ese mismo día llegaba el general Cruz y ambos jefes estuvieron de acuerdo en continuar la guerra actuando por separado. Cruz Marcharía a recuperar la plaza de San Blas y Calleja permanecería un tiempo más en Guadalajara, a fin de reorganizar su gobierno. Dedicó ese tiempo a estudiar la conducta de sus tropas, apartando a aquellos en los que no confiaba y reemplazándolos por ciudadanos que hubieran demostrado poco interés en ayudar a Hidalgo. Tras la batalla de Calderón, Calleja escribió en repetidas ocasiones al virrey, unas veces para quejarse del poco interés de la población para defender sus poblaciones contra los insurgentes y en otras, para solicitar que dieran medallas a los soldados que habían participado en las batallas contra los rebeldes, “Para animar su valor y darle algún entusiasmo juzgo de necesidad, en obsequio del servicio del soberano y de la patria, que V.E. se sirva acordar desde luego a la tropa y oficiales algún premio o distinción que les haga olvidar los riesgos a los que se exponen y apreciar su suerte” (BUSTAMANTE, 1828, lib. 2, p. 83).

Una vez restablecido el orden en la zona, Calleja planeo su siguiente movimiento, desde allí marchó a la ciudad de Zacatecas “Ocupada por otro cuerpo faccioso que derrotó restableciendo el orden”. Decidió, entonces, volver a San Luis Potosí, que había caído en manos insurgentes. A su llegada, encontró una ciudad prácticamente desierta y arruinada, en la que fue muy bien recibido. Calleja permaneció en la

población aproximadamente unas seis semanas, organizando de nuevo el gobierno y reponiendo su ejército. El jefe del ejército del centro, estaba cada vez más seguro de que la defensa del virreinato iba a depender exclusivamente de los que ya se encontraban en la zona, pues resultaba muy dudoso que llegasen auxilios de la península. Desde San Luis tomó el camino de Zitacuaro, que tal y como nos relata su hoja de servicios, estaba “situado en lo más áspero de la sierra, fortificada por la naturaleza y artillada con cuarenta piezas [...] sus caminos impracticables”. (A.G.M.S., Hoja de servicio de Calleja, fol. 9). Sin embargo y, a pesar de las dificultades, consiguió tomar también esta ciudad y marchar hacia Cuautla, situada en la zona de tierra Caliente, también artillada y bien protegida por Morelos. Las dificultades de la zona y la falta de abastecimiento de artillería, le hizo tomar la decisión de establecer en esta ciudad un bloqueo que duró más de dos meses. Durante este tiempo los pequeños enfrentamientos entre ambos ejércitos fueron frecuentes. Sin embargo, a medida que transcurría el tiempo “El excesivo calor del clima, los insectos, las privaciones, la falta de hospitales, de almacenes y la necesidad de buscar subsistencias, convirtió en una acción continuada la duración de un bloqueo, tan penoso y fatigoso que termino por hacer muerte en la plaza” (AGMS, Hoja de servicio de Calleja, fol. 9). “Con de esta acción y después de mas de cuarenta que numeraba el egercito de su mando reunido o sus Divisiones destacadas, quedaron deshechos todos los grandes cuerpos rebeldes y reconquistadas todas las provincias, ciudades y pueblos ocupados por ellos. Se vio precisado por falta de salud, que habían arruinado las fatigas de tan dura campaña a retirarse a repararla en

energía, en donde permaneció hasta que fue nombrado, de cuyo mando tomó posesión el 4 de marzo de 1813.”

A la muerte de Hidalgo, Allende y otros líderes revolucionarios, parecía que la guerra iba a llegar a su fin, había terminado una época y empezaba otra. Tanto el cura Hidalgo como José María Allende fueron prendidos tras la batalla de Calderón y enviados a Chihuahua, donde llegaron el 30 de julio de 1811, allí fueron juzgados y ejecutados. Tras esto, sus cabezas fueron enviadas a Guanajuato, para que fueran colgadas en las esquinas de la Alhóndiga de Granaditas, con el fin de que sirvieran de advertencia acerca de lo que pasaba con aquellos que se rebelaban contra la Corona.

La guerra de independencia de México no terminó hasta el 27 de septiembre de 1821. En mayo de 1812 el virrey Venegas molesto ante la importancia que había adquirido su jefe del ejército y aprovechando que las tropas rebeldes no contaban en ese momento con grandes fuerzas, decidió disolver el “Ejército del Centro”. La magnífica reputación que se había ganado Calleja favoreció su nombramiento como virrey de México, desde donde diseñó nuevas estrategias para acabar con la rebelión, el nombramiento, según opinión de Ortiz Escamilla, “tenía un mayor significado porque Calleja no lo había comprado, sino que lo había conseguido por méritos propios y con el apoyo de un sector de los hombres más poderosos del virreinato y de la península.” (ORTIZ ESCAMILLA, 2019, p. 114).



Félix María Calleja del Rey, 60° virrey de la Nueva España
Francisco José Lacoma. Colección particular

Bibliografía

- A.G.M.S.: *Hoja de servicios del Teniente General don Felix maría Calleja, conde de Calderón*, Segovia.
- A.P.: *Papeles militares y cartas de Félix María Calleja*.
- A.P.: *Diligencias practicadas en solicitud de licencia para contraer matrimonio el coronel don Félix María Calleja con Doña María Francisca de la Gándara...*”
- ALAMAN, L. (1849-1850): *Historia de México: desde los movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808, hasta la época presente. Tomo I, libros I y II*; Clasicos de Historia, 158, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- ALBI, J. (1987): *La defensa de las Indias (1764-1799)*, Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid.
- ALBI, J. (1990): *Banderas olvidadas: El ejército realista en América*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid.
- ARCHER, C. (1983): *El México borbónico (1760-1810)*, Fondo de Cultura Económico, Mexico.
- BENAVIDES, J.J. (2016): “El germen de un ejército: Félix María Calleja y la creación de la fuerza realista potosina en 1810” en *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 42, pp.221-241, Madrid.
- BENAVIDES, J.J. (2016): “Bastión realista: Félix María Calleja y la Independencia de México” en *Historia y vida*. Madrid.
- BUSTAMANTE, C.M. (1844): *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, México.

- BUSTAMANTE, C. M., (1844): *Campañas del General Félix María Calleja, Comandante en Jefe del Ejército Real de Operaciones, llamado del Centro*. México, Biblioteca virtual Hispánica.
- CHUST, M. : “La independencia en Hispanoamérica. Reflexiones, revisiones y cuestiones antes de los bicentenarios” en *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, nº 12 pp. 385-414.
- CRUZ BARNEY, O. (2012) “La Nueva España en la crisis de 1808” en *Cuadernos de Historia del Derecho*, 19, pp. 49-63. México
- FERGUSON, C. (1973): *¿El Tamerlán español? Félix María Calleja, virrey de la Nueva España (1813-1836)*, Tesis Inédita. Texas Chirstfán Univerisity, USA. Traducción: SANZ DE BREMOND, A.
- GRANADOS, L.F. (2010): “Independencia sin insurgentes. El bicentenario y la historiografía de nuestros días”, en *Desacatos*, núm. 34, pp. 11-26.
- HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, J.E. (1877): *Colección de documentos para la Historia de la Guerra de Independencia en México de 1808 a 1821*, México.
- KUETHE, A.J. Y MARCHENA, J, (eds.) (2005): *Soldados del Rey: el Ejército Borbónico en víspera de la Independencia*, Universitat Jaume I, Castellón de la Plana
- MARCHENA, J. (1983): *Oficiales y soldados en el Ejército de América*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, CSIC, Sevilla.

- MARCHENA, J. (1991): “Reformas borbónicas y poder popular en la América de las luces. El temor al pueblo en armas a fines del periodo colonial” en *Anales de Historia Contemporánea*, 8, Universidad de Murcia.
- MARCHENA, J. (1992): *Ejército y milicias en el Mundo Colonial Amercano*”, ed. Mapfre, Madrid.
- NUÑEZ Y DOMINGUEZ, J. (1887): *La virreina mexicana: doña María Francisca de la Gándara de Calleja*, edición de 1950, México
- ORTIZ ESCAMILLA, J, (1997): *Guerra y gobierno, los pueblos y la independencia de México*” Universidad de Sevilla, Sevilla.
- ORTIZ ESCAMILLA, J, (2013): ““Hacer la América” la fortuna del general Félix María Calleja” en *02 Historias 85 ENSAYOS*, México.
- ORTIZ ESCAMILLA, J. (2019): *Calleja: guerra, botín y fortuna*. Universitat Jaume I, Castellón de la Plana.
- ROBINSON, W.D. (2003): *Memorias de la revolución mexicana*, UNAM, México.
- SERRANO ÁLVAREZ J.M. (2016): “Las tropas peninsulares en el sistema defensivo indiano durante el siglo XVIII” en *Cuadernos de Historia Moderna*, 41(2) 539-559.
- SERRANO ORTEGA, J.A. (2013): “Deshaciendo el consenso. La historiografía sobre el proceso de independencia de la Nueva España, 1953-1997”, en *Mexican studies/Estudios Mexicanos*, v. 29, n.º 1, pp. 120-148

SIMÓN RUIZ, I. (2010): “La historiografía de la independencia mexicana: una visión regional”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 32, pp. 73-92.

ZÁRATE, J. (1884): *México a través de los siglos: historia general y completa... Tomo 3. La guerra de Independencia*, México.

LA GUERRA DE LAS NARANJAS: MÁS ALLÁ DEL DECIMOCTAVO DÍA

WAR OF ORANGES: BEYOND THE EIGHTEENTH DAY

José María Moreno Madrid

Centro Interuniversitario de História
das Ciências e da Tecnologia (CIUHT), Lisboa

Resumen:

El objetivo de este estudio es remarcar que la Guerra de las Naranjas no fue un breve y anecdótico episodio aislado en la historia de las relaciones hispano-lusas, sino que sirvió como pistoletazo de salida para otros procesos de carácter bélico o diplomático. En esta línea, serán presentados aspectos menos trabajados en torno al teatro de operaciones americano, como la cuestión naval, la problemática de la circulación de informaciones Europa-América o, a modo introductorio, el empleo de la cartografía como artificio por parte de Portugal para ganar terreno en América durante el siglo XVIII.

Palabras clave:

Historia militar, Guerra de las Naranjas, siglo XIX, Historia de las relaciones hispano-lusas, conflictos de límites en América, Misiones Orientales.

Abstract:

The objective of this study is to point out that the War of the Oranges was not a brief and anecdotic episode isolated in the history of Spanish-Portuguese relations since it has served as a starting signal for other military or diplomatic processes. In this line, those aspects less worked will be presented around the American theater of operations, such as

the naval issue, the problem of the circulation of information Europe-America or, in a introductory way, the use of cartography as an artifice by Portugal to gain ground in America during the 18th century.

Keywords:

Military history, War of Oranges, 19th century, History of Spanish-Portuguese relations, American border conflicts, Eastern Missions of Uruguay.

Prefacio: la paz en un trazo

El 7 de junio de 1494 representantes portugueses y castellanos ratificaban en la localidad vallisoletana de Tordesillas un peculiar acuerdo que dividía el mundo conocido y por conocer en dos grandes porciones, solo separadas por una línea de polo a polo que se trazaría a 370 leguas del archipiélago de Cabo Verde. Tan inefable como eficiente, esta ilusoria línea de demarcación, sometida a constantes revisiones, perduró durante siglos como la mejor alternativa para calmar los ánimos en la Península Ibérica cuando la cuestión fronteriza americana se avivaba. Situarla de forma precisa era una utopía para la ciencia náutica de la época, pero su utilidad exigía que fuera extrapolada de las mentes de aquellos que la habían concebido y materializada en algún medio físico. ¿Cuál era entonces el soporte más intuitivo e inteligible para la representación de una idea tan abstracta? Un mapa. La cartografía se convirtió pues en la *elegida* para solventar este problema, ofreciendo soluciones más o menos satisfactorias en función de la cronología y el contexto político de los mapas.

Evadiremos aquí la problemática en torno a la primera representación de la línea de Tordesillas: la que aparece en el

Planisferio Anónimo de 1502 (también conocido como Planisferio de Cantino) es, sin lugar a dudas, la plasmación gráfica sobre el plano de la idea que se concibió en Tordesillas; la *liña meridional* que encontramos en la Carta Universal (1500) de Juan de la Cosa podría identificarse también con el meridiano de referencia para la repartición del mundo de 1494, pero otras teorías e interpretaciones han sido presentadas sin que se haya alcanzado consenso alguno, por lo que nada puede afirmarse categóricamente sobre este sencillo trazo norte-sur.

Tampoco es nuestro objetivo repasar toda la cartografía producida en la que se representa la línea de demarcación para los territorios hispano-lusos en América, por lo que pasaremos rápidamente por los siglos XVI y XVII. Para el seiscientos, apuntar sencillamente que los mapas lusos empezaban a mostrar cierta tendencia a *empujar* la etérea frontera en beneficio propio⁴²¹; se trata de un comportamiento absolutamente lógico, pues a la larga parecían haber salido perdedores del reparto del orbe y las ambiciones territoriales estaban por encima de una política del *buen vecino*. Pero no olvidemos que dicha frontera había pasado de porosa a casi inexistente también en la práctica, cuando entre 1580 y 1640 Felipe II de España y I de Portugal reunió en su testa ambas coronas ibéricas. Las consecuencias de esta unificación⁴²² fueron muy diversas, pero en lo que al reparto territorial atañe hubo un punto caliente claramente marcado: la fundación de la colonia de Sacramento,

⁴²¹ Véanse los mapas de Albernaz (1631), João Teixeira (1642) o Costa Miranda (1688).

⁴²² Es importante señalar que Portugal continuó manteniendo importantes cotas de autonomía durante este periodo, en buena medida permitidas y auspiciadas por el propio monarca que era consciente del poderío y la influencia del territorio luso.

frente a las costas de Buenos Aires, que intensificó profundamente la presencia lusa en el Río de la Plata. Las fricciones derivadas de esta fundación pusieron de manifiesto que los términos firmados en Tordesillas hacia algo más de unos agitados doscientos cincuenta años necesitaban una revisión.

Tras cambiar de manos varias veces en los últimos años del siglo XVII, la colonia de Sacramento fue recuperada por los portugueses tras la Guerra de Sucesión Española (DAMIÃO RODRIGUES, 2013, p.104). En 1737 una nueva fundación lusa, el presidio Jesús María José, que a la postre se convertiría en la actual Río Grande del Sur, vino a complicar aún más la situación. No podía postergarse más: era necesario un nuevo acuerdo que actualizase las fronteras y que solucionase los problemas que habían aflorado durante el siglo XVII y habían pervivido durante el XVIII. Firmado por João V de Portugal y por Fernando VI de España en enero de 1750, el Tratado de Madrid se erigió en la mejor respuesta a este complejo horizonte, pues cedía definitivamente a Portugal la Colonia de Sacramento a cambio de los Siete Pueblos de las Misiones Orientales y se suprimía la línea de Tordesillas como frontera *de facto*. Como alternativa se fijó una nueva línea que “*entraba* millares de kilómetros en territorios de España” (SAMPOGNARO, s.f, p.188).

Fue uno de los tratados en los que más peso tuvo la cartografía, y, de hecho, en el caso de Portugal, sirvió para consolidar un nuevo impulso a una ciencia que tanto habían hecho brillar durante el siglo XVI y que había perdido algo de fuelle durante el XVII. Pero para mediados del XVIII habían conseguido revertir la situación y, utilizando un mapa

falseado, fueron capaces de reducir las pérdidas impuestas por el acuerdo de Madrid.

El poder de los mapas: jugar al despiste en América (y ganar)

Abordamos esta cuestión no con ánimo de presentar un estudio sobre lo tratado de límites del siglo XVIII, sino con el objetivo de enfatizar las *estrategias* que ambos países utilizaban para empujar las inefables líneas de partición en su propio beneficio. Estos procesos serán de capital importancia para entender los sucesos que se desencadenaron en América a consecuencia de la Guerra de las Naranjas, y que constituyen el núcleo central de este texto.

Así pues, la cartografía fue un instrumento clave en esa lucha por el territorio americano, y España poseía a inicios del siglo XVIII levantamientos cartográficos de América considerablemente superiores a los del país vecino. Los portugueses fueron conscientes de ello en las reuniones de Utrecht primero, donde vieron que tal desventaja lastraba su trascendencia en las mismas, y en posteriores encuentros referentes a la legitimidad portuguesa sobre sus territorios americanos. El diplomático elegido por la corona para estas reuniones fue Luis da Cunha, hombre ilustrado que advirtió rápidamente la necesidad de mejorar el acervo cartográfico portugués (DAMIÃO RODRIGUES, 2013, p.107). Para ello recurrió a Francia, donde había proliferado una cartografía científica que resultaría de gran utilidad para el establecimiento de límites. Esto explica que los mapas producidos en Portugal durante el siglo XVIII suelen ser de autoría francesa. Concretamente, Luis da Cunha consiguió la colaboración de Jean-

Baptiste Bourguignon D'Anville, uno de los grandes cartógrafos franceses del momento (DAMIÃO RODRIGUES, 2013, p.114).

En este contexto se encuadra la llamada misión de los *Padres Matemáticos* en Brasil, desarrollada entre 1730 y 1748, y que resultó en la publicación del *Novo Atlas da América Portuguesa* (DAMIÃO RODRIGUES, 2013, p.114). Es obvio que esta empresa, dilatada durante 18 años, arrojó precisos conocimientos de los territorios portugueses en América; y esta, junto a los mapas de otro cartógrafo que presentaremos más adelante, es la base cartográfica que utilizó Portugal para defender sus intereses en el Tratado de Madrid. Por su parte, España se basó en las cartas jesuíticas de Paraguay y Amazonas y en los resultados de la expedición de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (DAMIÃO RODRIGUES, 2013, p.115).

Este es el escenario en el que Portugal *jugó al despiste* con España de manera brillante para ganar territorio -sobre el papel- en la orilla americana del Atlántico. En 1749 Portugal proponía el *Mapa das Cortes*, como documento cartográfico de referencia para establecer los límites territoriales españoles y portugueses en América. Jaime Cortesão, que estudió el documento a fondo, afirma que “el Brasil de esta carta no pasa de ser una caricatura de la realidad, pero que, gracias a su aparente rigor y seriedad, consiguió inspirar confianza a los negociadores españoles” (JUSTO GUEDES, 1998, p.123).

De hecho, el mapa, visiblemente deformado adrede para minimizar las pérdidas españolas en Cuiabá, Mato Grosso y la Amazonía, fue aceptado y firmado por España. Es más, parece ser que mayúscula fue la sorpresa de D. José de Carvajal, Secretario de Estado de Fernando VI

y responsable de las negociaciones, cuando vio el Mapa das Cortes, que juzgo mucho más preciso que el acervo cartográfico español para la América Meridional (JUSTO GUEDES, 1998, p.123). La reverencial aceptación que tuvo el artificioso *Mapa das Cortes* por su contraparte ibérica debió despertar más de una sonrisa en Portugal; fíjense en lo que escribe Silva Teles, embajador en Madrid responsable de la entrega del mapa, cuando se lo enseñó a Carvajal. Relata que este expresó, al verlo, la “gran admiración que experimenta un ciego cuando ve la luz clara de la que se hallaba privado desde su nacimiento” (JUSTO GUEDES, 1998, p.123).

La sagacidad de la maniobra resulta aún más asombrosa si tenemos en cuenta que Portugal guardaba a buen recaudo mapas del Brasil de alta precisión: la obra cartográfica de José Gonsalves de Fonseca, fruto de la posibilidad de abrir un nuevo camino a las minas del Mato Grosso por la vía de los ríos Guaporé, Madeira, Solimões y Amazonas, facilitando la circulación de oro brasileño (JUSTO GUEDES, 1998, p.125). Tan solo once años les duró esta sutil victoria a los lusos, viendo anulados los términos firmados en Madrid en 1761 mediante el llamado Tratado de El Pardo; pero lo interesante para nosotros es la *praxis* del engaño, la mentalidad y actividades desarrolladas en estos años por ambas coronas ibéricas para reforzar su presencia en América. Un proceder que pervivió durante las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX, empleando técnicas diversas e igualmente efectivas.

El poder de la información: la conveniencia de *no* llegar a tiempo y la conquista de las misiones orientales

Si la situación entre España y Portugal era ya compleja de por sí a razón de sus litigios en América, el siglo XIX incorporó a la escena un tercer personaje que enmarañó las cosas también en Europa: Napoleón Bonaparte. En uno de los procesos que le llevarían a dominar casi la totalidad de la superficie del Viejo Continente, el Emperador de Francia presionó a Portugal para que rompiera lazos con Inglaterra, aliado tradicional de los lusos y piedra en el camino de los galos. La respuesta negativa de Portugal fue el detonante para que Francia diese luz verde a un ataque militar comandado por la España de Godoy, maniatada por la firma del Tratado de Madrid de 1801.

En la península la contienda tuvo poca historia: el 20 de mayo de 1801 tropas españolas con apoyo francés iniciaban la invasión de Portugal y en tan solo dieciocho días los ejércitos lusos fueron aplastados por el contingente hispanofrancés, consolidándose la paz el 6 de junio con la firma del Tratado de Badajoz. El capítulo bélico se cerraba con España incorporando a su territorio peninsular la plaza rayana pacense de Olivenza. Satisfecho, Godoy obsequiaba a María Luisa de Parma con un ramo de naranjas recogidas en las inmediaciones de Elvas, símbolo de la victoria y responsable del cítrico nombre con el que fue bautizado este conflicto. Fastos y fiestas para el bando vencedor, mientras que el perdedor tuvo que conformarse con la incorporación de en torno a 90.000 km² de territorio colonial español en América a su colonia de Brasil, “el equivalente al conjunto de su territorio metropolitano” (VENTURA, 2004, p.129). Efectivamente, el

efecto colateral de la Guerra de las Naranjas fue la conquista de las Misiones Orientales o *Sete Povos das Missões*, por la que los portugueses se hicieron con una ingente cantidad de territorio americano a cambio de la pequeña Olivenza. Una nueva muestra de como los lusos supieron *jugar al despiste* en América (y ganar). Veamos, en este caso, como funcionó la *praxis* del engaño.

La guerra entre España y Portugal fue oficialmente declarada en febrero de 1801, no iniciándose el conflicto militar hasta el 20 de mayo, como se ha referido. No obstante, parece que las primeras noticias que llegaron a la América portuguesa sobre las hostilidades ibéricas solo lo hicieron en torno al 15 de junio de 1801, si atendemos al siguiente oficio del gobernador de Bahía D. Fernando José de Portugal al Secretario de Estado de los Negocios de la Marina y de Ultramar, D. Rodrigo de Sousa Coutinho (ARCHIVO HISTÓRICO ULTRAMARINO, PT/AHU/CU/005-001/0115/22636.22637, 15/07/1801):

«[...] se me comunica que la Corte de España nos declara la guerra, recomendándoseme publica en esta Capitanía semejante declaración, lo que inmediatamente ejecuté por medio de un bando y de édtales colocados en los lugares más públicos, y como podrían existir aquí algunos españoles, les llamé para que se presentasen, a fin de mandarles presentar los pasaportes en regla y llevarlos a Río Grande de S. Pedro del Sur, para que de ahí pasarán a posesiones españoles, no pareciéndome compatible su residencia, al no haber armonía entre ambas cortes. Intentaré por todos los medios posibles evitar las hostilidades de aquella nación...»⁴²³

La confirmación oficial del estallido del conflicto solo llegaría el 23 de julio a Rio de Janeiro y el 16 de agosto a Rio Grande (VENTURA,

⁴²³ Traducción libre del autor.

2004, p.128). Esto en el caso de la declaración de guerra, pero, y lo que es más importante, ¿y la paz? Parece que a Río de Janeiro solo el 21 de octubre, tal y como recoge el siguiente oficio de D. Fernando José de Portugal, para entonces virrey del Brasil, al Secretario de Estado de la Marina y de Ultramar, el Vizconde de Anadia (AHU, PT/AHU/CU/017/0196/13950, 21/10/1801):

«A pesar de no haber recibido aún la participación de V. Ex. de estar hecha la paz entre Nuestra Corte y la de España, con todo me es constante por documentos irrefragables que está concluida, pues se me presentó un decreto impreso del Príncipe Regente Nuestro Señor⁴²⁴ que anuncia esta agradable noticia [...]. También está transcrito en la Gazeta Portuguesa que aporta las demostraciones públicas que por este motivo se hicieron en esa corte...»⁴²⁵

No obstante, si continuamos leyendo, D. Fernando José de Portugal comenta que (AHU, PT/AHU/CU/017/0196/13950, 21/10/1801):

«Aquí recibí en fecha 21 de julio del presente año [un documento] expedido por la secretaría de Estado de los Dominios Ultramarinos, que [...] permite que José Antonio Pereira, negociante de la Praça de Lisboa, pueda transportar *Monte Vendro* [sic] a las *fazendas* [sic], cargadas a bordo de su Navío Cleopatra, justo en este Puerto, no siendo natural que obtuviese semejante Gracia si la guerra aún continuase entre ambas Cortes»⁴²⁶

Aún estamos a 21 de julio. El virrey de Brasil ya sabía que no había guerra, pues había recibido una orden de la Secretaría de Estado de los Dominios Ultramarinos que permitía la entrada al puerto de Río de Janeiro de José Antonio Pereira y su navío español Cleopatra, rastreables respectivamente en los papeles del Consejo de Indias y en

⁴²⁴ Se refiere al futuro rey D. João VI de Portugal.

⁴²⁵ Traducción libre del autor.

⁴²⁶ Ibid.

los del Juzgado de Arribadas de Cádiz. Y es que el mismo D. Fernando José de Portugal dice que si siguiese habiendo guerra, ¡tal permiso de entrada nunca habría sido concedido! Aún más fascinante pensar que, como acabamos de ver, dos días después llegó a Río la confirmación oficial del estallido de la guerra. Mientras, el mismo 21 de julio, las fuerzas lusas en Brasil estaban conquistando y arrasando el fuerte de Santa Tecla (FLORES, 1996, p.64).

Recordemos que ninguna declaración oficial de la firma de la paz había llegado a América, por lo que ese *periodo de ignorancia tácita* de la situación en la que se encontraban las relaciones entre España y Portugal fue el marco perfecto para que fuerzas irregulares en Brasil empezaran a movilizarse sin carácter de guerra declarada pero con intenciones hostiles hacia las Misiones Orientales españolas en territorio del actual Brasil. Contaban con el apoyo y la implicación del citado Correia da Câmara, que coordinaba contingentes integrados por civiles, antiguos militares y milicianos, muchos de los cuales de dudosa reputación (VENTURA, 2004, p.128). Es el caso de José Borges do Canto, que dirigía uno de los grupos irregulares tras haber desertado del Regimiento de Dragões, y al que José de Saldanha, Sargento Mayor del Cuerpo de Ingenieros de Río Pardo, describía en los siguientes términos (AHU, PT/AHU/CU/019/0005/00401, 22/09/1801): “[...]El número de nuestros gauchos parece que no excedía los 33, comandados por un desertor nuestro, José do Canto, que se hacía llamar Mariscal de los

Ejércitos, que más le competaría el nombre de Mariscal del Diablo por las crueldades que tenía practicadas en sus saqueos”⁴²⁷.

Los rumores de la crueldad de Borges do Canto se extendieron como la pólvora por las Misiones Orientales, y tras tomar San Miguel, capital de la región de los *Sete Povos*, el resto de las misiones se fueron rindiendo (CAMARGO, 2001, pp.126-130). Un segundo grupo irregular, comandado por un ganadero llamado Manuel dos Santos Pedroso se dirigió al Fuerte de San Martín, defendido solo por una pequeña guarnición española que puso pies en polvorosa ante la inminente llegada del contingente luso (CAMARGO, 2001, p.123). El imparable avance de las fuerzas portuguesas, que ya integraban también tropas regulares bajo la dirección de mandos de prestigio como el Coronel Marqués de Sousa, obligó a las guarniciones españolas a recluir hasta el Fuerte de Cerro Largo, actual ciudad de Melo en Uruguay, que para octubre de 1801 también había caído (DALCIN BARBOSA, 2013, p.82).

La otra cara de la moneda de la Guerra de las Naranjas: en la península fueron los ejércitos españoles quienes no encontraron rival; en América, fueron los portugueses. Así lo relata el Comandante de Batallón de Infantería y Artillería de Rio Grande de San Pedro, el Coronel Alexandre Elói Portelli, a su hermano el Sargento Mayor del Real Cuerpo de Ingenieros Joaquim José Portelli, en una carta fechada el 19 de febrero de 1802 que remite a otra enviada el 18 de septiembre de 1801(AHU, PT/AHU/CU/019/0005/00414, 19/02/1802):

⁴²⁷ Traducción libre del autor.

«En la dicha carta te narré los progresos que habían hecho nuestras armas en ambas fronteras de este Continente, siendo tales, que abatieron totalmente el orgullo de nuestros vecinos y se completarán por esta parte con la conquista del fuerte y Villa de Cerro Largo»⁴²⁸

«En ambas fronteras hubo combates, siempre gloriosos para nuestras armas, lo que manifiesta claramente el valor con el que se desempeñaron nuestras tropas, y las acertadas disposiciones de los oficiales que las comandaron»⁴²⁹

Hay que matizar, al hilo de estas afirmaciones, que las misiones se encontraban en un momento de marcada decadencia, lo cual facilitó considerablemente su conquista (GADELHA, 1999, p.23). La respuesta de España a estas agresiones llegó demasiado tarde, en noviembre de 1801, a través del envío de refuerzos desde Montevideo. Durante este mes tuvieron lugar diversos enfrentamientos que distaron mucho de desequilibrar la balanza hacia el lado español, llegando la confirmación oficial de la paz el 17 de diciembre de 1801, lo que suavizó sensiblemente el escenario pero en ningún caso pacificándolo (VENTURA, 2004, p.129). Lo expuesto hasta el momento es un breve resumen de los acontecimientos que tuvieron lugar en el proceso que podemos denominar la “conquista portuguesa de las Misiones Orientales”, solo para contextualizar la situación en la que nos moveremos a partir de ahora. Los detalles de este proceso de conquista y el devenir de las acciones militares que en él se produjeron pueden ser consultados en los trabajos citados a lo largo de las últimas líneas, mientras que para las próximas surge la pregunta: ¿qué estaba pasando en las costas brasileñas?

⁴²⁸ Ibid.

⁴²⁹ Ibid.

La mar, campo de batalla inexplorado

Lo cierto es que ya antes del inicio del conflicto peninsular, los portugueses miraban con recelo el tráfico marítimo español que se dirigía al Río de la Plata, pues los rumores de un ataque a Portugal se remontaban ya a bastantes meses atrás. Esta desconfianza puede leerse en la respuesta datada a 25 de febrero de 1801 de D. Diogo de Sousa, Capitán General de Maranhão, a un oficio enviado por D. Rodrigo de Sousa Coutinho, Secretario de Estado de la Marina y Ultramar, el 17 de noviembre de 1800 (AHU, PT/AHU/CU/009/0115/08928, 25/02/1801) : “Recibí el oficio de S.Ex. datado a 17 de noviembre del año pasado en que me ordena no admitir en este Puerto navío español alguno disfrazado con bandera portuguesa. Y al dicho respecto procederé vigilantemente.”⁴³⁰

Resulta interesante ver en este documento que los barcos españoles que se dirigían al Río de la Plata podían aprovechar el puerto de São Luis de Maranhão para hacer alguna que otra “escala secreta” disfrazando el barco con bandera portuguesa. Dos días después de enviarse este oficio Carlos IV declaraba la guerra a Portugal, sin que, como hemos anticipado, la América portuguesa tuviese noticias de ello hasta algunos meses después. Pero la sangre solo llegó a aguas atlánticas el 30 de mayo de 1801, fecha en la que el Comandante en Jefe de la Escuadra Americana portuguesa Donald Campbell enviaba el siguiente oficio al Secretario de Estado de Hacienda y Presidente del

⁴³⁰ Ibid.

Real Erario, D. Rodrigo de Sousa Coutinho (AHU, PT/AHU/CU/017/0194/13889, 30/05/1801):

«En consecuencia de las noticias positivas que en este momento recibí de que una fragata española había iniciado hostilidades contra nuestro comercio atacándolo con el navío *Espieckto* y el bergantín *Belisario*, apresamos el primero, que se rindió después de una obstinada resistencia, mientras que el segundo escapó; [...] Este Puerto [el de Río de Janeiro] quedó muy dañado, por el fuego de dicha fragata...»⁴³¹

Recordemos que para esta fecha la guerra en la península estaba en plena ebullición, por lo que las hostilidades podrían estar justificadas; pero más ataques se produjeron tras la firma de la paz. El 6 de marzo de 1802 Joaquim Manuel Mendonça, 2º Teniente, Comandante del Correo Marítimo *Santo Antonio de Olinda*, relataba al Visconde de Anadia que el 31 de agosto de 1801, mientras realizaba su recorrido por los puertos de Brasil fue asaltado por un corsario español que le atacó abriendo fuego, a lo que él respondió también abriendo fuego; durante las tres horas que duró el combate hasta tres veces intentó el corsario español abordar su nave, consiguiéndolo finalmente y obligándolo a llevar el bergantín a Puerto Rico, donde le fue confiscado (AHU, PT/AHU/CU/003/0034/02744, 06/03/1802). Antes de esto, Mendonça había tirado por la borda todas las mallas con cartas y documentos que llevaba en el navío, lo cual no es baladí ya que pone de manifiesto el enorme cuidado que se ponía en la época para cualquier tipo de información nacional no cayese en manos enemigas.

⁴³¹ Ibid.

Ya en Puerto Rico, Mendonça le habló al *Auditor* -oidor- de que la paz entre Portugal y España había sido firmada y que la noticia había sido publicada en la Gaceta Americana, a lo que le respondieron que eso eran noticias particulares y que no tenían documentos de suficiente entidad para probarlo (AHU, PT/AHU/CU/003/0034/02744, 06/03/1802). Otra prueba, por cierto, de que la certeza de la paz había llegado a Brasil mucho antes del 21 de octubre y por supuesto del 17 de diciembre.

Actitudes como esta por parte de los navíos españoles podrían explicar que el 9 de septiembre de 1801 D. Fernando José de Portugal, Gobernador de Bahía, comunicara mediante oficio al Visconde de Anadia, Secretario de Estado de los negocios de la Marina y Ultramar, que se adhería a la orden de impedir la entrada al puerto de su jurisdicción de cualquier navío español disfrazado con bandera portuguesa (AHU, PT/AHU/CU/005-001/0116/22826.22828, 09/09/1801), lo cual es totalmente lógico pues para septiembre de 1801 el conflicto hispano-luso estaba más que focalizado en la orilla americana del Atlántico.

Llegados a este punto conviene recuperar el oficio fechado a 21 de octubre de 1801 en el que D. Fernando José de Portugal, virrey del Brasil, anunciaba al Vizconde de Anadia su conocimiento no oficial de la paz firmada entre España y Portugal. En ella, además de estas informaciones, expone su punto de vista sobre cómo deben ser tratadas las embarcaciones españolas que Donald Campbell, Comandante de la Escuadra portuguesa de América, encontrase en aguas atlánticas (AHU, PT/AHU/CU/017/0196/13950, 21/10/1801):

«Siendo conforme a las Regias Intenciones, cesarán de nuestra parte las hostilidades contra aquella Nación, solo pudiendo tener lugar en tales circunstancias en las que seamos insultados, lo que no es de esperar, excepto de los Comandantes de las Embarcaciones Españolas que crucen estos mares sin saber de la conclusión de la paz. Desearía que hubiesen llegado de la Corte ordenes positivas sobre esta materia para evitar toda y cualquier responsabilidad, pero la distancia y contingencia de los sucesos del mar será la causa de que no hayan recibido ya la confirmación de la paz.»⁴³²

Este texto viene a confirmar un oficio fechado el 23 de octubre de 1801 y enviado por Donald Campbell al Vizconde de Anadia, en el que le comunica que (AHU, PT/AHU/CU/017/0196/13956, 23/10/1801):

«Los Comandantes de los Navíos de Guerra de esta Escuadra abandonan cualquier acto de hostilidades contra aquellas Naciones y sus navíos; y en el caso de encontrarse algún navío de guerra o Armador de aquellas naciones, que con pretextos, bien verdaderos, bien falsos, ignorando la paz pueda llevar a bordo portugueses indebidos o tenga en su poder algunas presas [portugueses apresados], en este caso, comunicara el Comandante, al Comandante Español, la certeza de la paz, y en términos moderados reclamará la devolución de las indebidas presas [...]. Si hubiera oposición por parte de los españoles a esta justa representación se los deberá tratar como piratas: de la misma forma podrán tratar a cualquier Armador español, que se encuentre navegando por nuestra costa...»⁴³³

Parece que las palabras de Donald Campbell vienen a acabar con las hostilidades en las costas brasileñas, estipulando que no se atacará sin comunicar antes la certeza de la paz, aunque advirtiendo que en caso de respuesta equivocada por parte de los navíos españoles estos serán tratados como piratas. Entonces, ¿realmente se concretizó este *alto el fuego*? ¿se pacificaron definitivamente las aguas atlánticas? Bueno, a grandes rasgos podría decirse que sí, si bien cuando profundizamos,

⁴³² Ibid.

⁴³³ Ibid.

encontramos algunos matices que complican el escenario y que no deben pasarse por alto. Es cierto que ataques como los que se han relatado de mayo y agosto de 1801 ya no vuelven a aparecer en la documentación que va de 1802 a 1806, pero en sustitución proliferan los oficios y despachos que informan de entradas o salidas de embarcaciones españolas en puertos brasileños. Así pues, ya no había clima bélico ni agresiones manifiestas, pero los portugueses siguieron mirando con recelo todas las naves que se aproximaban a sus puertos con la bandera española izada, como un acto reflejo de lo acontecido durante y después de ese peculiar conflicto que nació y murió en tierras ibéricas, pero que se dejó sentir realmente a miles de kilómetros al oeste.

Fuentes

“Carlos Ecurra”, ARCHIVO GENERAL DE INDIAS, ARRIBADAS,520,N.399, 23/12/1802.

“Carta (extracto) do comandante do Batalhão de Infantaria e Artilharia do Rio Grande de São Pedro, coronel Alexandre Elói Portelli, a seu irmão, o sargento-mor do Real Corpo de Engenheiros e lente da Academia Real de Fortificação, Joaquim José Portelli, sobre a conquista do Forte de Cerro Largo e Sete Povos das Missões”, AHU, PT/AHU/CU/019/0005/00414, 19/02/1802.

“Francisco Viniegra”, AGI, ARRIBADAS,439B, N. 285, 28/07/1804.

“José Antonio Pereira contra José Antonio de Leyes: daños de navío”, ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL, CONSEJOS,20257, Exp.2, 1806.

“José, Antonio y Valentín de Ortigosa”, AGI, ARRIBADAS,439A, N.178, 28/11/1803.

“Manuel Solís”, AGI, ARRIBADAS,439A, N.181, 02/12/1803.

“Ofício (2ª via) do governador e capitão-general do Maranhão, D. Diogo de Sousa, para o secretário de estado da Marinha e Ultramar, D. Rodrigo de Sousa Coutinho, informando que não deixará nenhum navio espanhol, disfarçado de português, prosseguir no comboio que sair deste porto”, AHU, PT/AHU/CU/009/0115/08928, 25/02/1801.

“Ofício do [comandante da Esquadra da América, chefe da Divisão], Donald Campbell, ao [secretário de estado da Marinha e

Ultramar], visconde de Anadia, [João Rodrigues de Sá e Melo Meneses e Souto Maior], informando o novo destino da Esquadra; a necessidade de apetrechos navais existentes na Bahia; da correspondência com o vice-rei [do Estado do Brasil, D. Fernando José de Portugal e Castro]; a questão não resolvida da partilha das presas de guerra; a paz com a Espanha; a pretensão de um comerciante ao dinheiro de um barco espanhol apresado”, AHU, PT/AHU/CU/017/0196/13956, 23/10/1801.

“Ofício do [comandante e chefe da Esquadra da América], chefe de divisão Donald Campbell, ao [secretário de estado da Fazenda e presidente do Real Erário], D. Rodrigo de Sousa Coutinho, sobre as vantagens do comércio entre o Rio Janeiro e o rio da Prata; o movimento de navios com contrabando no porto do Rio de Janeiro; remetendo a correspondência mantida com o vice-rei do Estado do Brasil, [conde de Resende, D. José de Castro]; notificando a entrada do navio D. Rodrigo de Sousa trazendo a notícia da declaração de guerra da Espanha a Portugal e o impacto na população; informando os preparativos da esquadra; criticando o vice-rei por abusar da pilhéria nos assuntos de Estado; informando o ataque de uma fragata espanhola às embarcações Belisário e Flor do Rio, o apresamento do navio Espick que os acompanhava, e a sua decisão de mandar uma nau e uma fragata para interceptar os espanhóis que seguiam rumo ao rio da Prata; transcrevendo o discurso que fez aos oficiais e guarnições da esquadra e a resposta que obteve, o ofício que remeteu aos comerciantes da cidade; sobre a possibilidade de

disseminação das idéias independentistas anglo-americanas, e o ter sido comemorado, na sua ausência, o aniversário da independência americana; solicitando a sua substituição no comando da esquadra caso haja guerra com a Inglaterra; enviando informações sobre a projetada expedição contra as colônias espanholas”, AHU, PT/AHU/CU/017/0194/13889, 30/05/1801.

“Ofício do [Governador da Bahia], D. Fernando José de Portugal, ao [secretário de estado dos negócios da Marinha e Ultramar], D. Rodrigo de Sousa Coutinho, informando do naufrágio do correio marítimo *Postilhão da América*, comandado pelo tenente André Jacob, no Recife de Itapoam, e do cumprimento da ordem para publicitar a declaração de guerra pela Espanha”, ARCHIVO HISTÓRICO ULTRAMARINO, PT/AHU/CU/005-001/0115/22636.22637, 15/07/1801.

“Ofício do [Vice-rei do estado do Brasil], D. Fernando José de Portugal [e Castro], ao [secretário de estado da Marinha e Ultramar], Visconde de Anadia, [João Rodrigues de Sá e Melo Meneses e Souto maior], informando o apresamento de cinco embarcações portuguesas por franceses e as providências do comandante da esquadra da América, Donald Campbell para as recuperar; sobre ter lido na gazeta portuguesa a notícia da paz entre Portugal e Espanha; remetendo ofício que escreveu ao comandante da esquadra sobre o modo como devem ser tratadas as embarcações espanholas”, AHU, PT/AHU/CU/017/0196/13950, 21/10/1801.

“Ofício do 2º tenente, comandante do correio marítimo Santo António de Olinda, Joaquim Manuel [Mendonça], ao [secretário de estado da Marinha e Ultramar, visconde de Anadia, D. João Rodrigues de Sá e Melo Meneses e Souto Maior], sobre os acontecimentos ocorridos durante a sua passagem pelos portos do Brasil, descrevendo o ataque de um corsário espanhol contra sua embarcação, que lhe deixou 10 feridos e o obrigou a levar a embarcação a Porto Rico; narrando como ficou sem o navio, apesar da paz firmada entre as duas coroas ibéricas, e como conseguiu retornar a Portugal”, AHU, PT/AHU/CU/003/0034/02744, 06/03/1802.

“Ofício do sargento-mor engenheiro José de Saldanha ao [administrador do contrato do sul], capitão Manuel António de Magalhães, sobre a demolição do forte de Santa Tecla, o abandono de Sete Povos pelos espanhóis, a movimentação das tropas portuguesas e a tomada da Guarda de São Martinho por gaúchos comandados por José do Canto e Manuel dos Santos”, AHU, PT/AHU/CU/019/0005/00401, 22/09/1801.

“Ofícios (3) do [governador da Bahia], D. Fernando José de Portugal ao [secretário de estado dos Negócios da Marinha e Ultramar], visconde de Anadia [João Rodrigues de Sá e Melo], o 1º, informando do cumprimento da CARTA RÉGIA do rei [D. João V]suspendendo a venda das propriedades urbanas e rústicas dos Beneditinos, o 2º, participando o cumprimento da ordem que determinou que nenhum navio espanhol disfarçado com bandeira portuguesa possa fazer parte dos comboios para o

reino, o 3º, informando sobre requerimento de Belchior dos Reis e Melo solicitando para se lhe administrar justiça numa causa em que litiga com Pedro Gomes Ferrão”, AHU, PT/AHU/CU/005-001/0116/22826.22828, 09/09/1801.

“Pedro Fernández”, AGI, ARRIBADAS,439A, N.180, 02/12/1803).

Bibliografía

BARBOSA, F.D. (2013): *História do Rio Grande do Sul*. Projeto Passo Fundo, Passo Fundo.

CAMARGO, F. (2001): *O Malón De 1801: a Guerra Das Laranjas E Suas Implicações Na América Meridional*. Clio Libros, Passo Fundo.

DAMIÃO RODRIGUES, J. (2013): “Geopolítica e Migrações no contexto de Utrecht: Colonos portugueses no Brasil meridional”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, 12, pp.101-118.

FLORES, M. (1996): *História do Rio Grande do Sul*. Nova Dimensão.

GADELHA, R.M & POENITZ, A. (1999): *Missões guarani: impacto na sociedade contemporânea*. EDUC, São Paulo.

JUSTO GUEDES, M. (1998): “Três séculos de cartografia portuguesa do Brasil: Do planisfério Cantino (1502) à carta da Nova Lusitania ou ameria Portuguesa e estado do Brazil do astrônomo Silva Pontes (1798)”, en *La Cartografía Iberoamericana*, Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona.

SAMPOGNARO, V. (s.f). “El Tratado de Madrid de 1750 (Su causa, su celebración, su tratado)”. *Mundo Hispánico*.

VENTURA, A. (2004): *A Guerra das laranjas: A perda de Olivença 1796-1801*. Prefacio, Lisboa.

LA CONSTRUCCIÓN DE BATERÍAS COSTERAS EN PUERTO RICO EN EL SIGLO XIX

THE CONSTRUCTION OF COASTAL BATTERIES IN PUERTO RICO IN THE 19TH CENTURY

Nuria Hinarejos Martín

Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

La mayoría de los especialistas que trataron el sistema defensivo de Puerto Rico, centraron su atención en las defensas proyectadas por Alejandro O'Reilly en 1765, pero muy pocos autores mencionan el estado en el que se encontraban en el siglo XIX. Sin embargo, varias fuentes gráficas y documentales localizadas en algunos archivos nacionales y extranjeros, confirman el mal estado de conservación en el que se encontraban como consecuencia de la falta de inversión en la conservación y restauración de las mismas. Además, la aprobación de la Ley Power del 28 de noviembre de 1811, determinó la apertura de nuevos puertos comerciales y la necesidad de protegerlos mediante la construcción de baterías costeras erigidas en puntos estratégicos del litoral. Estas defensas siguieron los modelos desarrollados en los tratados de arquitectura militar del siglo XIX, opuestos a la fortificación abaluartada desarrollada hasta el momento.

Palabras clave:

Puerto Rico, Siglo XIX, Historia Militar, Fortificaciones, Baterías costeras, Cañones rayados.

Abstract:

Most specialists who have studied the defensive system of Puerto Rico have focused their attention on those constructed by Alejandro O'Reilly after his arrival in 1765. Yet the passage of the Power Law in

1811 prompted new construction of commercial ports and associated coastal batteries at strategic points along the coast. These defenses followed the models developed in the Military Architectural Treaties of the 19th Century, as opposed to the existing bastioned defenses. By the 19th century, sources located in national and foreign archives confirmed that the islands defenses had deteriorated due to a result of the lack of investment in their preservation and restoration.

Keywords:

Puerto Rico, 19th century, Fortifications, Military History, Coastal batteries, Striped canyons.

Puerto Rico comenzó a fortificarse a mediados del siglo XVI como consecuencia de su importancia geoestratégica en el Caribe, lo que obligó a la Corona española a invertir importantes recursos económicos en la construcción de un complejo sistema defensivo, siguiendo las máximas de la arquitectura militar abaluartada y poliorcética desarrollada en Europa en la Edad Moderna. Las primeras defensas fueron realizadas en 1509 por Juan Ponce de León, primer capitán general y gobernador de la isla, quien fundó la villa de Caparra en el lado sur de la bahía de San Juan, donde mandó construir una casa-fuerte de mampostería de planta rectangular. Aunque el sistema defensivo de la isla no quedó concluido hasta finales de 1898, momento en el que Puerto Rico pasó a manos del gobierno de los Estados Unidos tras la derrota española en la Guerra Hispanoamericana. Durante este periodo de casi cuatrocientos años, se construyeron numerosas obras defensivas y se reformaron las existentes, con el fin de adaptarlas a las necesidades

táctico-estratégicas del momento como consecuencia de la evolución experimentada en la artillería.

Los ingenieros militares y técnicos especializados que trabajaron al servicio de la Monarquía Hispánica en Puerto Rico desde mediados del siglo XVI hasta finales del XVIII, centraron su atención en la construcción de un complejo sistema defensivo en la ciudad de San Juan, capital de la isla, como consecuencia de las ventajas que ofrecía la bahía y el puerto de San Juan. Circunstancias despertaron el interés y la codicia de las principales potencias europeas, que vieron en la isla una importante fuente de riquezas. Ello obligó a Carlos III a enviar a Puerto Rico al mariscal de campo Alejandro O'Reilly, para conocer el estado en el que se encontraba el sistema de defensas construido hasta el momento en la capital. O'Reilly desembarcó en la fragata de guerra *El Águila* dirigida por Miguel Basabe el 8 de abril de 1765. Durante los dos meses que permaneció en la isla realizó varios reconocimientos acompañado del gobernador Ambrosio Benavides, el ingeniero voluntario Pablo Castelló, el teniente coronel e ingeniero segundo y jefe de las Reales Obras de Fortificación, Tomás O'Daly y el teniente coronel, cabo subalterno y sargento mayor de la plaza, Pedro Carrasco. El 20 de mayo de ese mismo año O'Reilly elaboró un informe acerca del sistema económico, político y social de la isla e informó de la necesidad de reforzar el sistema de defensas construido hasta el momento en la capital. Las obras propuestas por O'Reilly comenzaron el 1 de enero de 1766 bajo la dirección de Tomás O'Daly, ingeniero que fue sustituido como jefe de las Reales Obras de Fortificación tras su fallecimiento el 19 de enero de 1781.

En el siglo XIX Puerto Rico experimentó un importante desarrollo económico debido al aumento de su producción azucarera y cafetalera, que provocó un significativo crecimiento demográfico, puesto que muchos esclavos e inmigrantes antillanos, peninsulares y europeos se desplazaron a la isla en busca de trabajo y mejores condiciones de vida. Aunque esta situación cambió durante las dos últimas décadas de esta centuria, puesto que la explotación cafetera sufrió una fuerte crisis como consecuencia de la implantación del cultivo de la caña en varias regiones tropicales y la producción de azúcar de remolacha en Estados Unidos y varios países europeos. El café se convirtió en la principal fuente de recursos económicos de la isla, aunque también destacó el cultivo de tabaco, frutas tropicales y la producción pecuaria. Las transacciones comerciales con Estados Unidos se convirtieron en la segunda fuente de ingresos, ello obligó a la Corona a promulgar la Ley de Relaciones Comerciales el 30 de julio de 1882, con el objetivo de dificultar el comercio norteamericano. Aunque no se obtuvo el resultado esperado puesto que la burguesía criolla liberal formada por las clases sociales más adineradas y hacendados terratenientes dedicados al cultivo de azúcar y café, consideró que el bienestar de la isla dependía del comercio exterior, ya que España apenas consumía productos insulares.

El gobierno estadounidense presionó a la Corona española para asegurar el comercio de azúcar, café, cuero y melaza con Cuba y Puerto Rico, mediante un Real Decreto del 28 de julio de 1891 y una ley arancelaria que supuso un aumento de hasta un 50% de los precios de todos los productos procedentes de Estados Unidos. Esta decisión

afectó negativamente a la economía puertorriqueña y provocó la aparición de una conciencia nacional, ante la opresión y el estado de abandono que sufría la isla por parte de la administración española, dando como resultado varios alzamientos populares como “La Boicoteadora”, el “Motín de los Vellones” y el “Grito de Lares”. Todos ellos protagonizados por las clases sociales más adineradas que se rebelaron contra el gobierno español, por considerar que los territorios de Ultramar disponían de unas condiciones políticas y económicas subdesarrolladas frente a la existente en la Península. Esto hizo que Ramón Power Giralt representara a Puerto Rico en las Cortes de Cádiz del 4 de mayo de 1809 tras recibir instrucciones de los ayuntamientos insulares⁴³⁴. El 24 de septiembre del año siguiente asistió a las Cortes dirigidas por Ramón de Lázaro acompañado del secretario Esteban de Ayala y el 15 de febrero de 1811, propuso realizar varias reformas para mejorar la calidad de vida de la población puertorriqueña. Su objetivo fue potenciar la economía insular mediante el desarrollo de la agricultura, comercio e industria. Para ello planteó una reducción de impuestos, diezmos y premisas, la eliminación del impuesto de destilación en la producción de ron y aguardiente, la abolición del impuesto sobre la carne, la libertad de comerciar con países extranjeros. Propuso además, fundar varios centros de enseñanza, establecer un

⁴³⁴ Nació en Puerto Rico en 1773, estudió en Europa aunque regresó en varias ocasiones al continente americano. Viajó a España en la corveta *Príncipe de Asturias* acompañado del secretario Esteban de Ayala, asistió a las Cortes dirigidas por Ramón de Lázaro el 24 de septiembre de 1810 y un día después fue nombrado vicepresidente. En una reunión celebrada el 15 de febrero de 1811, informó de la mala situación económica de la isla y propuso realizar varias reformas para mejorar la calidad de vida de la población. (GONZÁLEZ, 2005, p. 25).

sistema de sanidad pública, construir varios hospitales y una buena red de comunicaciones. Propuesta que fue aprobada el 28 de noviembre de ese mismo año, momento en el que se estableció la Ley Power que determinó la apertura de nueve puertos comerciales. Situación que obligó a la Corona a destinar nuevos recursos económicos en la construcción de baterías costeras, con el fin de proteger la defensa de los principales puertos y poblaciones dedicadas al cultivo de caña de azúcar y café.

Muy pocos autores mencionan el estado en el que se encontraba el sistema defensivo de la ciudad de San Juan en el siglo XIX (HOSTOS, 1948, p. 198; CABRILLANA, 1967, pp. 157-188; GONZÁLEZ, 2005, pp. 13-42; HINAREJOS, 2016, pp. 325-342; HINAREJOS, 2017, pp. 647-670). Sin embargo, varias fuentes gráficas y documentales localizadas en el Archivo General Militar de Madrid, Archivo Histórico Nacional, Archivo General de la Nación de México y el Archivo General de Puerto Rico, confirman el mal estado en el que se encontraban la mayoría de las defensas construidas hasta el momento, debido a la falta de inversión para su conservación y restauración como consecuencia de la falta de situados procedentes del Virreinato de Nueva España desde finales del siglo XVIII.

Una descripción de la isla fechada en 1836 localizada en el Archivo General Militar de Madrid, desconocida hasta la fecha, permite constatar la existencia de baterías costeras en los municipios de Aguadilla, Arecibo, Guayanilla, Mayagüez, Patillas y Ponce (*Puntos de la costa de la isla de Puerto Rico*, Archivo General Militar de Madrid (AGMM), Colección General de Documentos, sig. 4-1-7-14). Héctor

Andrés Negroni, primer puertorriqueño graduado en la Academia de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, a quien la Comisión del Quinto Centenario de España encomendó realizar una obra sobre la historia militar de la isla en 1992, afirma que el gobernador y capitán general La Torre, construyó una batería costera en Añasco en 1834 y otra en Peñuelas, aunque no hemos podido localizar ninguna fuente gráfica ni documental que nos permita constatar esta información (NEGRONI, 1992, p. 198).

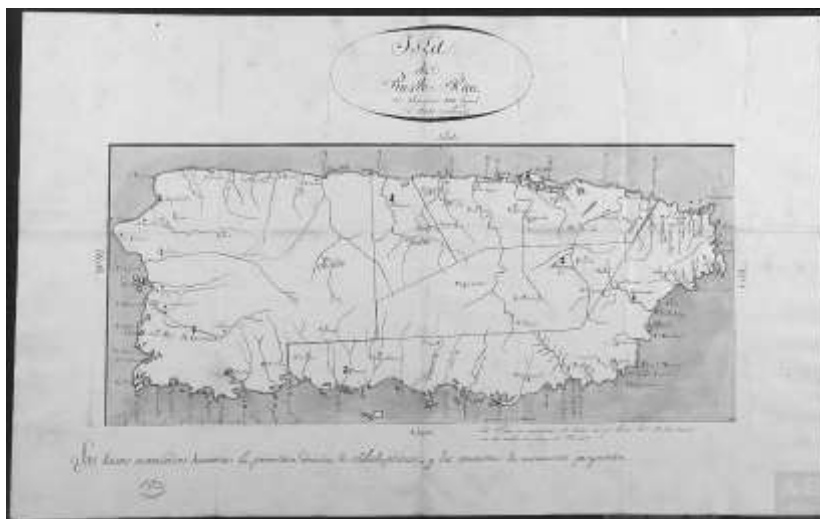


Figura. 1. Isla de Puerto Rico. Archivo General de Indias (AGI), sig. MP-SANTO_DOMINGO, 750.

Estas baterías siguieron el modelo arquitectónico planteado por el mariscal de campo y coronel de ingenieros José de Herrera García⁴³⁵,

⁴³⁵ Militar nacido en el Puerto de Santa María (Cádiz), participó en diversas campañas de guerra, proyectó varias obras defensivas en Sevilla, Algeciras y Melilla, se convirtió en el precursor de la artillería acasamatada y en uno de los teóricos europeos de ingeniería militar más importantes del siglo XIX tras la publicación de tres tratados de arquitectura militar. En 1855 fue nombrado Jefe de la Comisión del *Proyecto de Vigilancia y Defensa de las Costas del Reino*, cargo que desempeñó hasta el 15 de

quien diseñó nuevos modelos defensivos opuestos a la arquitectura abaluartada. Planteó la construcción de baterías costeras en puntos estratégicos del litoral, alejadas de la costa para ser poco visibles desde el mar y evitar posibles daños ocasionados por los fuegos enemigos, cuya defensa reforzó mediante la excavación de fosos y galerías subterráneas y la construcción de caponeras defendidas por fuegos rasantes fijos y curvos centrados en un punto exterior. Proyectó la construcción de baterías de mampostería a barbata con un trazado atenuado unidas a una construcción discontinua por muros aspillados y parapetos dotados de varias piezas de artillería de grueso calibre, con el fin de proteger los terraplenes del fuego enemigo. Determinó, además, que todas las comunicaciones debían ser seguras, cómodas y expeditas para todas las armas. Dispuso, además, que los terraplenes debían ser realizados en hormigón y estar libres de cualquier tipo de obstáculo para evitar entorpecer el movimiento de la tropa y las operaciones defensivas. En sus tratados afirma que estas fortificaciones debían contar con almacenes de municiones y pertrechos de guerra, calabozo, cocina, cuarteles emplazados en la gola del edificio, un cuerpo de guardia y un escusado, todos ellos construidos a prueba de bombas y dispuestos favorablemente en relación a la salubridad y conservación personal y material de su dotación.

El sistema defensivo construido hasta el momento en la ciudad de San Juan y las baterías costeras erigidas durante esta centuria, fueron modificados a finales del siglo XIX como consecuencia del envío de

abril de 1865 cuando falleció (HERRERA, 1846; HERRERA, 1850 y HERRERA, 1853).

nuevas piezas de artillería a la isla, entre las que destacaron varios cañones Armstrong de 28 cm y cañones Krupp de 30,5 cm procedentes de la Península, para reemplazar algunos Armstrong de 25,5 cm emplazados en la capital, cuyos costes fueron valorados en 100.000 pesos, 80.000 de los cuales fueron sufragados por el situado asignado al ramo de artillería correspondiente al año 1883 (HINAREJOS, 2018, pp. 543-572). Esta nueva pieza de artillería de retrocarga y ánima rayada fue creada en 1856 por Frederick Krupp, dueño de la fundación de cañones de la ciudad de Essen, más conocida como Westfalia, perteneciente a la antigua Prusia. Eran piezas de acero fundido de 8 cm dotadas de doce estrías o ranuras con forma helicoidal desde la recámara hasta la boca del cañón, montados sobre cureñas de madera, con un alcance de tiro máximo de 3.450 metros. Estos cañones fueron adquiridos por el ejército de Austria-Hungría, Imperio Otomano y Rusia en 1860, por la Corona Española en 1867 y una década más tarde fueron exportados a varios países europeos y el continente americano. Este nuevo modelo de artillería se convirtió en el elemento ofensivo más destacado del siglo XIX ya que aumentó la precisión, potencia y alcance de tiro, modificando sustancialmente las tácticas de combate (CEREZO, 1990, pp. 105-116 y SOUSA, 2006).

Como consecuencia de estas circunstancias, surgió la necesidad de aumentar los parapetos de todas las obras defensivas construidas hasta el momento para reducir los daños ocasionados por los fuegos enemigos, siguiendo el modelo de la arquitectura militar diseñado por los ingenieros y teóricos franceses de finales del siglo XVIII, Montalembert, Carnot y Haxo. Estas nuevas fortificaciones se

caracterizaron por la eliminación del factor geométrico, empleo de formas sencillas, reducidas dimensiones, poco costosas y rigurosamente funcionales, erigidas en emplazamientos elevados, cuya defensa se reforzó con un sistema de atrincheramientos, el empleo de materiales resistentes al choque como el hierro y el cemento de Portland y la construcción de cúpulas y casamatas realizadas en hierro galvanizado y ladrillo, con morteros de cemento y polvo de ladrillo, cuya finalidad era proteger la artillería de grueso calibre⁴³⁶.

Baterías costeras construidas en el mar del Norte

La costa norte de Puerto Rico limitada por el Mar del Norte y el Océano Atlántico, se reforzó con la construcción de varias baterías costeras en los municipios de Aguadilla, Arecibo y Fajardo. La ciudad de Aguadilla está situada a unos 130 kilómetros al noroeste de la capital y posee uno de los puertos comerciales más importantes, debido a sus condiciones orográficas, característica que lo convirtió en escala de los navíos procedentes de la Península que viajaban a México, el istmo de Panamá y Cartagena de Indias. En 1823 el puerto estaba defendido por una batería de pequeñas dimensiones que fue tomada por corsarios durante un par de días, lo que obligó a reforzar la defensa de la bahía

⁴³⁶ La arquitecta puertorriqueña Beatriz del Cueto afirma que a mediados del siglo XIX la isla importó el cemento de Portland de Alemania, Bélgica y Dinamarca en barriles impermeables de 376 libras, debido a su reducido coste, buena calidad y que no requería ninguna preparación previa. Afirma además, que este material fue empleado por primera vez en Puerto Rico en la pavimentación de las calles de la ciudad de Ponce, situada a unos 122 kilómetros al sur de la capital, y en la construcción de varias carretas, edificios civiles y religiosos a finales de esta centuria y comienzos del siglo siguiente (CUETO, pp. 12-16).

con una nueva obra defensiva denominada batería de La Concepción. Un plano trazado por Vicente Piera el 25 de marzo de 1831, localizado en el Archivo General Militar de Madrid desconocido hasta la fecha, muestra que se trataba de una batería a barbeta de planta semicircular realizada en mampostería, cerrada por la gola con un muro aspillerado defendido por dos troneras dotadas de varias piezas de artillería de grueso calibre, cuya finalidad era batir posibles navíos que intentaran desembarcar en la costa. Contaba con un cuerpo de guardia de casi 3 metros de alto, capaz de alojar a una guarnición de 10 o 12 soldados, un calabozo, varios almacenes de municiones y pertrechos de guerra situados en la planta baja del edificio, varias explanadas de hormigón, un pequeño repuesto de pólvora a prueba de bombas cubierto de azotea, cocina y letrina. La defensa de esta fortificación se reforzó con la excavación de un foso de 5,5 metros de ancho, en cuyos flancos se levantaron dos puentes para facilitar el acceso a la misma, aunque el plano muestra que en ese momento sólo existía uno de los puentes proyectados.

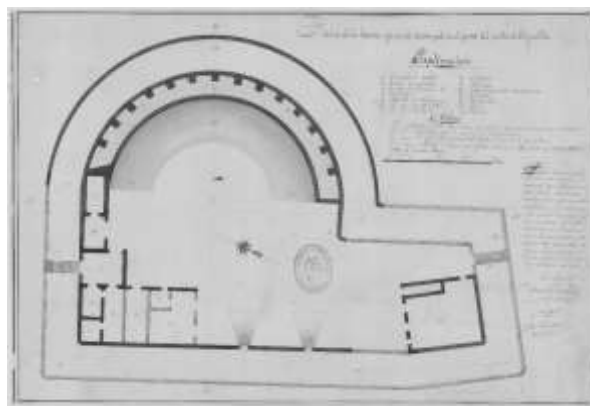


Figura. 2. Planta de la batería que se está construyendo en el puerto del pueblo de Agudilla. AGMM, Cartoteca, sig. PRI-15/3.

Varias fuentes gráficas y documentales localizadas en el Archivo General Militar de Madrid y el Archivo Histórico Nacional, permiten analizar todas las obras de mejora y modificaciones realizadas en esta batería hasta el 19 de septiembre de 1898, momento en el que fue entregada por el comandante de ingenieros Eduardo González al comisionado de los Estados Unidos, Alberto Belenguer. A partir de ese momento, la batería se convirtió en cuartel militar de las tropas norteamericanas y años más tarde se transformó en una escuela pública, cuya fábrica quedó prácticamente arruinada tras un terremoto ocurrido en la isla en 1918⁴³⁷. Las primeras modificaciones de las que tenemos constancia fueron realizadas por el coronel de ingenieros Diego Gálvez⁴³⁸, tras realizar un reconocimiento de su fábrica siguiendo las

⁴³⁷ Actualmente sólo se conserva un edificio cuyas dimensiones parecen indicar que podría tratarse del cuartel construido en el interior de la batería de La Concepción, cuya fábrica fue inscrita en el Registro Nacional de Lugares Históricos de los Estados Unidos en 1986.

⁴³⁸ Ingeniero militar que trabajó al servicio de la Corona española durante la primera mitad del siglo XIX. Nació en Tarifa (Cádiz) el 28 de octubre de 1793, fruto del matrimonio de Fernando de Gálvez y Quintana de Lara. Ingresó en el ejército procedente de la clase de paisano (10 de octubre de 1810), formó parte del Regimiento de Infantería y seis días después de incorporarse al cuerpo fue admitido en el colegio militar de la isla de León (Cádiz), donde se formó hasta finales de diciembre del año siguiente. Fue ascendido a subteniente y destinado a Andalucía (1 de enero de 1812), donde proyectó varias obras defensivas, labor por la que obtuvo el grado de teniente (29 de abril de 1813), capitán segundo (5 de diciembre de 1814), capitán (20 de noviembre de 1815), teniente coronel (24 de noviembre de 1830), primer comandante (15 de septiembre de 1832) y coronel (9 de septiembre de 1836). Desconocemos la fecha de su llegada a Puerto Rico, aunque varias fuentes documentales permiten confirmar su presencia en la ciudad de San Juan el 6 de diciembre de 1839, donde permaneció hasta el 25 de junio de 1846 cuando regresó a Tarifa como consecuencia de su quebrantado estado de salud. Entre 1848 y 1854 continuó desarrollando su carrera profesional en Puerto Rico. *Hoja de servicios militares de Diego Gálvez*. Archivo General Militar de Segovia (AGMS), sig. 1ª/G-123 y *Se prorroga por seis meses la licencia concedida a Diego Gálvez, coronel comandante de Ingenieros de Puerto Rico*. Archivo Histórico Nacional (AHN), sig. ULTRAMAR, 6347, Exp. 16.

órdenes del gobernador y capitán general de la isla, Miguel López de Baños en febrero de 1842.

Gálvez consideró que se trataba de una defensa fundamental para evitar posibles desembarcos en la bahía, por lo que planteó la necesidad de reedificarla en un punto más elevado de la costa, ya que un río situado a pocos metros de distancia de esta fortificación provocaba importantes daños en su fábrica, aunque dicha obra nunca llegó a ejecutarse por falta de medios económicos. Informó que los merlones se encontraban prácticamente arruinados como consecuencia del continuo envite del oleaje y el repuesto de municiones y pertrechos de guerra no contaba con la ventilación adecuada para mantener la pólvora en buen estado de conservación. Circunstancias que le obligaron a proponer varias obras de mejora: reemplazar la techumbre de tejamanil de varias estancias, realizar algunas reparaciones de pequeña consideración en los puentes, la garita, el rastrillo situado en la puerta de acceso y el aljibe que se encontraba anegado de basura: “Se autoriza al capitán general de Puerto Rico a construir algunas fortificaciones y dictar disposiciones sobre el aumento del personal del cuerpo de ingenieros.” (AHN, ULTRAMAR, 6345, Exp. 29 y *Memoria de las baterías situadas en el litoral de la isla de Puerto Rico*. AGMM, Archidoc, 5613.4). Aunque es posible pensar que dichas obras no llegaron a ejecutarse puesto que el 17 de agosto de 1843, Gálvez insistió en la necesidad de realizar varias reparaciones, proyectó la construcción de una escalera y propuso sustituir los balcones, balaustradas y ventanas que se encontraban en mal estado, cuyos costes estimó en 2.738 pesos, presupuesto que fue aprobado por Isabel II el 14 de marzo del año

siguiente (*Obras y reformas en el cuartel e instalaciones del fuerte de la Concepción en Aguadilla*. AGMM, Archidoc, 5626.1).

Siete años después, concretamente el 20 de noviembre de 1850, el capitán de ingenieros Indalecio López realizó un nuevo reconocimiento de la batería e informó de la necesidad de realizar varias reparaciones en los alojamientos de la tropa valoradas 476 pesos⁴³⁹, presupuesto que fue aprobado el 21 de abril de 1851 (*Aprobado el presupuesto extraordinario para la reparación del cuartel casa-fuerte de Aguadilla*. AHN, ULTRAMAR, 6349, Exp. 16). El 11 de mayo de 1863 el coronel de ingenieros José López Bago⁴⁴⁰, propuso reconstruir el cuerpo de guardia cuyos costes estimó en 3.300 pesos e informó de la necesidad de mejorar la ventilación del edificio, elevando la altura de sus parapetos 1,5 metros; propuso reemplazar la madera que se encontraba

⁴³⁹ Indalecio López fue destinado a Puerto Rico con el grado de capitán el 28 de julio de 1847. Regresó a la Península para restablecer su salud el 27 de marzo de 1854, momento en el que fue reemplazado por Mariano Bosch y Arroyo (*Se concede el empleo de capitán de ingenieros con destino a Puerto Rico a Indalecio López*. AHNN, ULTRAMAR, 6347, Exp. 19).

⁴⁴⁰ José López Bago nació el 13 de enero de 1821 en Sevilla, hijo de Manuel López Bago y Josefa Barbery. Ingresó en la Academia de Ingenieros procedente de la clase de paisano (29 de agosto de 1833). Obtuvo el grado de subteniente (5 de agosto de 1840), teniente (18 de mayo de 1843) y capitán (17 de octubre de 1847). El 8 de mayo de 1848 proyectó la construcción de varias obras defensivas en Cádiz y el 19 de septiembre fue destinado a Gibraltar, donde permaneció hasta el 7 de noviembre del año siguiente cuando se encargó de la comandancia de ingenieros y el depósito topográfico de Sevilla. El 19 de agosto de 1854 ingresó en el Regimiento de la Compañía de Pontones, donde permaneció hasta el 23 de octubre cuando destinado de nuevo a Sevilla. Desde el 5 de julio de 1856 hasta el 5 de abril del año siguiente, trabajó como profesor de la Academia de Matemáticas de Cádiz y el 8 de mayo de ese mismo año fue destinado a Puerto Rico para encargarse de la comandancia de ingenieros de la isla, cargo de desempeño hasta el 11 de junio de 1867. El último dato que conocemos de este ingeniero es que falleció el 19 de mayo de 1882 en Madrid (*Hoja de servicios militares de José López Bago y Barbery*. AGMS, sig. 1ª/L-1341; *Consulta sobre sueldo de teniente coronel de ingenieros José López Bago*. AHN, ULTRAMAR, 1110, Exp. 55; CASTRO, 1976, p. 248 y CASTRO, 1979, pp. 25-52).

carcomida por una plaga de comején; sustituir la techumbre plana por una cubierta de hierro galvanizado acanalado y reemplazar la primitiva cocina de madera por otra de hierro para evitar incendios. Dos años después el comandante de ingenieros Manuel Walls y Bertrán de Lis⁴⁴¹, propuso realizar nuevas reparaciones en el alojamiento de la tropa y oficiales, edificio situado a pocos metros de distancia del inmueble reparado por López Bago. Para ello elaboró un presupuesto valorado en 11.500 escudos que acompañó de un plano y un informe fechado el 4 de noviembre de 1865, en el que propuso aumentar la altura de los parapetos para reforzar la resistencia de su fábrica; dividir con tabiques el piso superior, destinado a pabellones de oficiales y cubrirlo con una techumbre de hierro galvanizado a cuatro aguas; reparar la cocina y el

⁴⁴¹ Nacido en Valencia el 25 de septiembre de 1830, fruto del matrimonio del capitán retirado e intendente de Hacienda, Pablo Manuel Walls y Martínez de Castillo y Magdalena Bertrán de Lis. Ingresó en el ejército con el grado de cadete (1 de septiembre de 1849). El 12 de septiembre de 1855 obtuvo el grado de teniente e ingresó en la compañía de minadores del primer batallón de Madrid, desde allí fue destinado a Guadalajara y Madrid hasta que el 26 de agosto de 1857, fue nombrado profesor de la Academia de Guadalajara. Una Real Orden del 5 de marzo de 1858 le obligó a trasladarse a Puerto Rico para sustituir al comandante de ingenieros José López Bago. El 18 de marzo de 1868 viajó a Estados Unidos en comisión de servicio, labor por la que fue recompensando con el grado de teniente coronel. Regresó a la Península a bordo del vapor *Corcisa* en mayo de 1869, para ocuparse de la segunda compañía del primer batallón de Guadalajara, labor por la que obtuvo el grado de comandante (9 de julio de 1874) y coronel (junio de 1877). Continuó desarrollando su carrera profesional en Madrid, Cartagena (Murcia) y Guadalajara, hasta que el 29 de octubre de 1881 fue enviado a Filipinas con el grado de coronel, donde permaneció hasta el 3 de septiembre de 1892. El último dato que conocemos de este ingeniero es que falleció el 30 de agosto de 1898 aunque desconocemos donde se encontraba en ese momento ya que no aparece mencionado en su expediente personal como solía ser habitual (*Hoja de servicio militar de Manuel Walls y Bertrán de Lis*. AGMS, sig. 1^o/B-534; *Manuel Walls y Bertrán de Lis es nombrado comandante de ingenieros del Ejército de Puerto Rico*. AHN, ULTRAMAR, 6356, Exp. 5, Doc. 12; *Autorización concedida para que permanezca un año más en Puerto Rico Manuel Walls y Bertrán de Lis que desempeña la Comandancia de dicha plaza*. AHN, ULTRAMAR, 6360, Exp. 3, Doc. 3 y HINAREJOS, 2017, pp. 647-670).

escusado y realizar obras de pequeña consideración en los puentes y el rastrillo situados en la puerta de acceso. Presupuesto que según consta en un documento localizado en el Archivo Histórico Nacional, no fue aprobado hasta el 21 de agosto del año siguiente (*Proyecto de reedificación de uno de los edificios que componen el acuartelamiento del fuerte de La Concepción*, AGMM, Cartoteca, PRI-49/8; *Disponiendo que el presupuesto de la obra de reparación de los alojamientos para oficiales y tropa de artillería del puerto de la Concepción en Aguadilla se aplique*, AHN, ULTRAMAR, 6358, Exp. 5, Doc. 17; HINAREJOS, 2017, pp. 647-670).

Aunque estas no fueron las únicas modificaciones realizadas en su fábrica original, ya que un informe del 23 de mayo de 1866, afirma que el alojamiento de esta batería fue desalojado como consecuencia del estado de abandono que presentaban. Ello obligó a Manuel Walls a insistir en la necesidad de reparar dicho edificio, así como la cocina y escusado, cuyos costes estimó en 1.600 escudos, aunque no hemos podido localizar ningún documento que permita constatar si estas reparaciones fueron finalmente ejecutadas. Sin embargo, sabemos que el 4 de julio de 1872 la Corona destinó 12.000 escudos para la reparación de los alojamientos y almacenes de esta fortificación. Aunque tampoco es posible constatar si llegaron o no a realizarse, puesto que el 5 de abril de 1884 el comandante de ingenieros Eligio Souza, informó del estado ruinoso que presentaban estos edificios y proyectó la construcción de un nuevo alojamiento capaz de alojar a una

guarnición de 92 soldados de infantería y 44 de artillería, debido a la importancia económica y comercial del puerto de Aguadilla⁴⁴².

La propuesta valorada en 21.700 pesos, fue desestimada por la Junta Consultiva de Fortificaciones y Defensa de Indias, debido a su elevado coste y se mandó a Souza elaborar un nuevo proyecto en el que planteara la reedificación del alojamiento existente (*Aprobando el presupuesto para las obras de reparación del cuartel y almacén del fuerte de Aguadilla*. AHN, ULTRAMAR, 6362, Exp. 19, Doc. 19 y *Reparación de los alojamientos del fuerte de la Concepción de Aguadilla*. AGMM, Archidoc, 5616.23).

El municipio de Arecibo situado a unos 54 kilómetros al este de Aguadilla y a 83 kilómetros de la capital, estaba defendido por una pequeña batería a barbata cerrada por la gola con un muro aspillado capaz de alojar hasta seis piezas de artillería, aunque en 1836 sólo contaba con cuatro cañones de bronce, dos del calibre 24, uno de 16 y

⁴⁴² Nació en Moguer (Huelva) el 6 de diciembre de 1845, hijo Antonio Souza y Fernández y María del Rocío Fernández de la Maza. Ingresó en la Academia de Ingenieros (1 de septiembre de 1864), fue promovido a alférez (28 de julio de 1868) y teniente (27 de junio de 1870). Trabajó al servicio de la Corona en Madrid, Guadalajara, Lérida y Barcelona, donde construyó varias obras defensivas, labor por la que fue recompensado con la cruz de primera clase del mérito militar. Continuó desarrollando su carrera profesional en Madrid, Valencia, Sigüenza, Navarra y Miranda de Ebro, donde fue ascendido a capitán (25 de julio de 1875) y comandante (2 de marzo de 1876). Embarcó en Cádiz con destino a Puerto Rico el 30 de diciembre de ese mismo año y regresó a la Península el 10 de junio de 1866 a bordo del vapor correo *Ciudad de Santander*. Durante su estancia en Puerto Rico dirigió la construcción de un polvorín en la ciudad de Mayagüez, se ocupó de la comandancia de ingenieros de San Juan y realizó un reconocimiento de la isla de Vieques. Al llegar a la Península continuó desarrollando su carrera profesional en Madrid, Melilla, islas Chafarinas, Cádiz y Jerez de la Frontera, por cuya labor obtuvo el grado de teniente coronel (16 de noviembre de 1893) y coronel (13 de abril de 1902). El último dato que conocemos de Eligio Souza es que falleció el 19 de octubre de 1904. (*Hoja de servicios militares de Eligio Souza y Fernández de la Maza*. AGMS, sig. 1ª/S-3421).

otro de 4 (*Puntos de la costa de la isla de Puerto Rico*. AGMM, Colección General de Documentos, 4-1-7-14). Desconocemos la fecha exacta de su construcción, aunque según indica una descripción de 1836, fue erigida “recientemente” sobre una punta de arena situada entre el río Arecibo y el océano Atlántico, para reforzar la defensa del puerto y evitar posibles desembarcos (*Memorias de las baterías situadas en el litoral de la isla de Puerto Rico*. AGMM, Archidoc, 5613.4). Un plano realizado por el maestro mayor de las Reales Obras de Fortificación, Manuel Sicardo, fechado el 13 de diciembre de 1838 desconocido hasta la fecha, permite constatar que se trataba de una batería dotada de una rampa de hormigón debajo de la cual, se construyó un cuerpo de guardia para el alojamiento de la tropa, una cocina y un armero, cuya defensa se reforzó con una estacada.

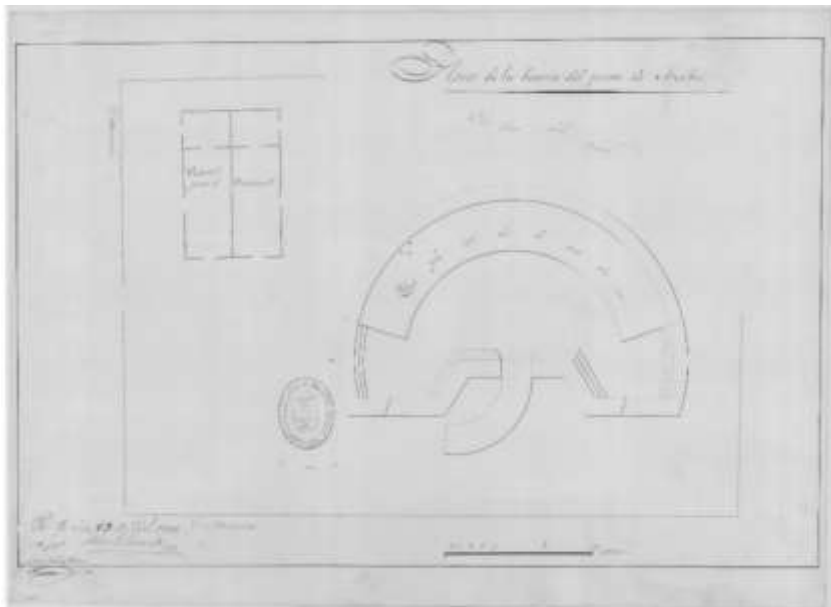


Figura. 3. Plano de la batería del puerto de Arecibo. AGMM, Cartoteca, sig. PRI-

Tras realizar un reconocimiento de su fábrica el 13 de julio de 1842, Diego Gálvez planteó la necesidad de renovar la techumbre del almacén y el cuerpo de guardia de la batería; mejorar la ventilación del almacén para evitar la humedad de la pólvora y reforzar la defensa del acceso a la fortificación con un rastrillo. Desconocemos si dichas obras llegaron a ejecutarse puesto que el 14 de marzo de 1844, Isabel II aprobó un nuevo presupuesto valorado en 2.213 pesos para la realización de nuevas obras de mejora y el 28 de agosto de 1849 este ingeniero militar propuso excavar un foso, construir un muro aspillero y reconstruir en mampostería el cuerpo de guardia para reforzar la defensa de esta fortificación (*Se aprueban los presupuesto de obras de reparación de los fuertes de Arecibo, Aguadilla, castillo de San Cristóbal y el cuartel de Santo Domingo*. AHN, ULTRAMAR, 6346, Exp. 15).

En el extremo noreste de Puerto Rico se encuentra el puerto de Fajardo, situado a 59 kilómetros al este de la capital, cuya defensa quedó reforzada con una pequeña batería cuya fecha de ejecución desconocemos, pero un informe fechado el 28 de agosto de 1849, permite conocer las características arquitectónicas de su fábrica (*Memoria de inspección de la isla de Puerto Rico correspondiente al año 1849*. AGMM, Colección General de Documentos, sig. 4-1-8-2). Se trataba de una batería de planta hexagonal dotada de cinco cañoneras y varias explanadas de madera, un cuerpo de guardia y un repuesto de municiones. Fue erigida sobre una escarpada situada a pocos metros de distancia de la bahía y según consta en dicho informe, se encontraba en muy mal estado de conservación. Situación que llevó a plantear la necesidad de restaurarla para reforzar la defensa de este municipio,

aunque no hemos podido localizar ninguna fuente gráfica ni documental que permita constatar en qué consistieron dichas obras y si finalmente llegaron a ejecutarse.

Las defensas de la costa este

La costa oriental de Puerto Rico se reforzó con varias obras defensivas construidas en la isla de Vieques, situada a 32 kilómetros al este de Fajardo y a 96 kilómetros de la capital. Se trata de una isla de 140 m² que fue ocupada por las tropas españolas al mando de Francisco de Aguirre el 5 de diciembre de 1689, con el fin de desalojar a los dinamarqueses, franceses e ingleses que habitaban en ella. En el siglo XVIII el teniente coronel y gobernador interino de Puerto Rico, Esteban Bravo Rivero, mandó un destacamento de 100 soldados tras recibir noticias de que la isla fue de nuevo ocupada por tropas británicas y el 12 de octubre de 1841 se elaboró un proyecto defensivo basado en la construcción de varias fortificaciones y edificios militares, debido al estado de abandono que presentaba la isla, pese al plan de colonización aprobado por la Corona el 31 de julio de 1811 (FEBRES-CORDERO CARRILLO, 2002, pp. 58). Las reformas realizadas en Vieques a mediados del siglo XIX provocaron un aumento demográfico significativo y la fundación del municipio de Isabel II que se convirtió en el centro de operaciones políticas y militares de la isla. El gobernador Rafael de Aristegui y Vélez más conocido como el II conde de Mirasol, proyectó varias obras defensivas para proteger la ciudad de posibles desembarcos. Entre ellas destacó la construcción del fuerte del Conde de Mirasol, aunque en todas las fuentes gráficas y documentales se

refieren a él como fuerte de Isabel II, un pequeño fortín erigido sobre una colina situada a pocos metros de distancia del municipio del mismo nombre. El 30 de septiembre de 1845 el teniente coronel de ingenieros Santiago Cortijo⁴⁴³, elaboró un proyecto para la construcción de un fuerte de mampostería de planta rectangular de 46 x 15 metros, siguiendo el modelo de arquitectura militar mixta, basado en la construcción de una fortificación cuyos lados mayores tenían forma de frente abaluartado y un sistema atenazado en los menores, cuya defensa quedó reforzada con un recinto almenado defendido por cuatro piezas de artillería (RABÍN, 1996, pp. 22-24).

El informe fue acompañado de un presupuesto estimado en 59.356 pesos y un plano en el que aparece representada la planta y alzado de un fuerte con parapetos de ladrillo y mampostería, erigido sobre un emplazamiento elevado, dotado de cinco baluartes aunque sólo se construyeron cuatro debido a la falta de recursos económicos.

⁴⁴³ Nació en Madrid el 25 de julio de 1799, hijo del militar Valerio Cortijo y Juana Fuentes. Ingresó en el cuarto batallón del Regimiento Real de Zapadores, Minadores y Pontones destinado a la isla de León (Cádiz), donde participó en la demolición de varias baterías construidas en la línea enemiga (25 de abril de 1812). Se formó en la Academia de Matemáticas de Cádiz y según consta en su expediente personal, fue ascendido a subteniente (12 de septiembre de 1815) y teniente (23 de diciembre de 1820). Trabajó en la Dirección de Subinspección de Castilla la Vieja, Santoña (Cantabria), Valencia y Cartagena (Murcia), hasta que el 4 de octubre de 1829 fue nombrado profesor de dibujo y geometría de la Academia de Ingenieros, labor por la que fue ascendido a capitán (20 de diciembre de 1836). El 4 de octubre de 1839 se desplazó a Puerto Rico para encargarse de la comandancia de ingenieros de la capital. Durante su estancia en la isla proyectó numerosas obras defensivas, fue nombrado presidente de la Junta Directiva de canales y puertos y dirigió la construcción de algunos edificios religiosos, hasta su fallecimiento ocurrido el 17 de febrero de 1847 (*Hoja de servicios militares de Santiago Cortijo*. AGMS, sig. 1^a/ C-3582; CASTRO, 1976, pp. 247; CASTRO, 1979, pp. 25-52; RABÍN, 1991, p. 13).

Santiago Cortijo propuso construir un cuartel de madera de planta cuadrada en torno a un patio central, para alojar a una tropa de 100 soldados de infantería y 18 de artillería, con una cubierta de azotea y un aljibe; un hospital con 30 camas, botiquín, almacén de vestuario y varias salas para un practicante; un pabellón para seis oficiales dotado de comedor, cocina y letrinas, cuyos costes estimó en 21.004 pesos y 6 reales. Planteó además, la necesidad de reforzar la defensa de esta fortificación con la construcción de un camino cubierto, para facilitar el movimiento de la tropa y la artillería emplazada en ella y diseñó una pequeña batería en el lado occidental del puerto de Mulas que era el más importante de la isla, defendida por dos morteros de 14 pulgadas, un obús del calibre 9 y un cañón de 24, con el fin de instalar en ella un sistema de telégrafo para facilitar la comunicación con la capital y conectar la batería con el fuerte de Isabel II mediante un camino cubierto, cuyas obras estimó en 2.572 pesos y 4 reales.

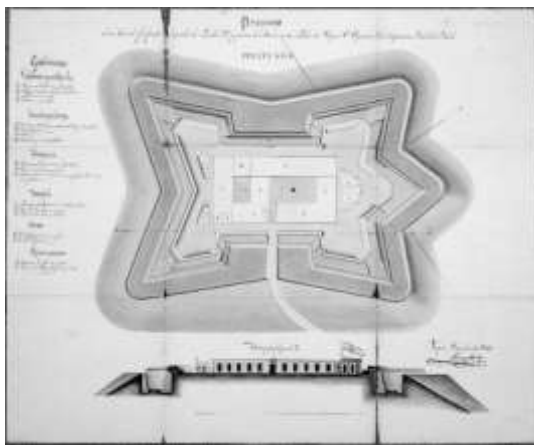


Figura. 4. Proyecto de un cuartel fortificado en el pueblo de Isabel 2º y puerto de Mulas en la isla de Vieques 8º Departamento de la Capitanía General de la isla de Puerto Rico. AGMM, Cartoteca, sig. PRI-52/18

Esta fortificación ha sido analizada por Héctor Andrés Negroni, quien afirma que el fuerte fue construido sobre una antigua batería erigida por las tropas británicas en el siglo XVIII y que fue destruida por las tropas españolas en 1753, aunque no hemos podido localizar ningún documento que nos ayude a confirmar esta información. Olivieri afirma que el fuerte fue construido con fondos del Real Erario, aunque según indican varios documentos localizados en el Archivo General Militar de Madrid y el Archivo Histórico Nacional, el importe total de su construcción fue financiado por la Real Hacienda de Puerto Rico, por lo que es posible que el autor no llegara a consultar los informes realizados por los técnicos especializados que trabajaron en su ejecución (NEGRONI, 1992, p. 196; OLIVIERI, 1994 y *Obras de defensa de la isla de Vieques*. AGMM, Archidoc, 5632.6).

El 25 de mayo de 1846 se envió a Vieques un navío mercante con mano de obra y materiales procedente de Puerto Rico, para comenzar la construcción de las defensas proyectadas en la isla, cuyas obras fueron dirigidas por Diego Gálvez, hasta que el 28 de agosto de 1849 se paralizaron por falta de recursos económicos por lo que las construcciones proyectadas no llegaron a ejecutarse. Un informe realizado por el coronel de ingenieros José López Bago, fechado el 21 de octubre de 1859, lo describe como un fuerte de mampostería de planta cuadrada, construido en torno a un patio central. López Bago propuso realizar varias obras de mejora debido a que el estado de abandono en el que se encontraba parte de su fábrica, hizo que sólo fuera habitable el piso inferior del edificio. Informó de la necesidad de subsanar los desconchados de los muros interiores; reparar la cubierta

de azotea para evitar la humedad en el interior de las estancias; reemplazar los conductos que comunicaban la techumbre con el aljibe para facilitar el almacenamiento de agua; dotar al edificio de puertas y ventanas para mejorar la ventilación de las estancias y reemplazar las puertas y letrinas deterioradas. No hemos podido localizar ninguna fuente gráfica ni documental que nos permita constatar si dichas obras fueron ejecutadas pero es posible pensar que no, puesto que el 9 de septiembre de 1872 tras realizar un nuevo reconocimiento del fuerte, el ingeniero insistió en el avanzado estado de deterioro que presentaba (*Memoria de inspección de la isla de Puerto Rico correspondiente al año 1849*. AGMM, Colección General de Documentos, 4-1-8-2 y *Aprobando el presupuesto para las obras de reparación en los aljibes de la casa-fuerte de Vieques*. AHN, ULTRAMAR, 6362, Exp. 21, Doc. 8).

El 15 de noviembre de 1882 el comandante de ingenieros Ricardo Mir y el comandante subinspector José Laguna⁴⁴⁴, proyectaron varias

⁴⁴⁴ Nació el 23 de mayo de 1845 en Puerto Rico, hijo del magistrado honorario José Laguna y Cañedo y Teresa Saint Just y Antino. Fue nombrado subteniente del cuarto batallón de Milicias Disciplinadas (19 de julio de 1860) y después ingresó en la Academia de Ingenieros de Guadalajara, donde obtuvo el grado de alférez (23 de mayo de 1863). Fue ascendido a teniente efectivo de las Milicias Disciplinadas de Puerto Rico (15 de julio 1864), teniente (27 de septiembre de 1865), ayudante del segundo batallón (20 de febrero de 1866), capitán (10 de noviembre de 1866) y comandante (29 de septiembre de 1868). El 15 de octubre de 1871 fue destinado a Puerto Rico para cubrir la vacante de Pedro León de Castro tras su regreso a la Península. Durante los seis años que permaneció en la isla pasó revista a las defensas y edificios militares, proyectó varios cuarteles y participó en la construcción de algunas carreteras, labor por la que fue ascendido a comandante de ingenieros de la ciudad de Ponce y a teniente coronel (19 de mayo de 1876). Regresó a la Península en 1877 como consecuencia de su quebrantado estado de salud y continuó desarrollando su carrera profesional en la Dirección de Subinspección de Castilla la Nueva y Madrid. En 1878 regresó de nuevo a Puerto Rico para cubrir la vacante del

modificaciones para reforzar la defensa del fuerte valoradas en 14.040 pesos. Desconocemos en qué consistieron dichas obras y si finalmente fueron ejecutadas aunque es posible pensar que no, puesto que un informe fechado el 25 de noviembre de 1897 da cuenta del mal estado de conservación de su fábrica. Estas circunstancias llevaron al capitán Francisco José Cañizares a plantear varias obras de mejora en esta fortificación y la construcción del camino cubierto propuesto por Santiago Cortijo, por considerar que se trataba de una defensa fundamental para la isla de Vieques⁴⁴⁵. Realizó varias reparaciones en el cuartel e informó de la necesidad de reparar la cubierta del edificio y

teniente coronel Francisco Osorio y Castillo y abandonó finalmente la isla el 10 de junio de 1880. (*Hoja de servicios militares de José Laguna*. AGMS, sig. 1^a/L-125; *Nombramiento de comandante de ingenieros de Ultramar a favor de don José Laguna y Saint Just*. AHN, ULTRAMAR, 6362, Exp. 8, Doc. 7; *Licencia por enfermedad para pasar a la Península concedida al comandante de ingenieros don José Laguna Saint Just*. AHN, ULTRAMAR, 6365, Exp. 9, Doc. 6; *Concediendo el regreso a la Península de don José Laguna y Saint Justo comandante de ingenieros*. AHN, ULTRAMAR, 6365, Exp. 10, Doc. 6, *Nombramiento teniente coronel de ingenieros en el ejército de Puerto Rico a don José Laguna y Saint Just*. AHN, ULTRAMAR, 6365, Exp. 19, Doc. 9, *Comunicando haber expedido pasaporte a favor del teniente coronel de ingenieros José Laguna y Saint Just destinado a Puerto Rico*. AHN, ULTRAMAR, 6365, Exp. 21, Doc. 7 y LAORDEN, 2008, p. 294).

⁴⁴⁵ Nació el 30 de enero de 1862 en Málaga, hijo de Eduardo Cañizares y García y Josefa Moyano y Galludo. El 2 de enero de 1880 ingresó en la Academia de Ingenieros de Guadalajara, dos años después fue reclutado como soldado y tras finalizar sus estudios en la Academia fue nombrado alférez. Fue ascendido a teniente (16 de julio de 1886), el 1 de septiembre de ese mismo año ingresó en el Batallón de Ferrocarril que se encontraba de guarnición en Madrid y desde allí se desplazó a los Pirineos y Burgos, donde permaneció hasta el 20 de junio de 1888 cuando ingresó en el segundo Regimiento de Zapadores Minadores. El 17 de agosto de 1894 fue destinado a Puerto Rico con el grado de capitán, para encargarse de la comandancia de ingenieros de San Juan. Permaneció en la isla hasta el 23 de octubre de 1898 y a su regreso a la Península continuó desarrollando su carrera profesional en Madrid, Andalucía, Ceuta y Pamplona. Falleció en Madrid el 13 de febrero de 1921 (*Hoja de servicios militares de Francisco Cañizares y Moyano*. AGMS, sig. 1^a/C-1093).

reemplazar el suelo de madera de todas las estancias que se encontraba podrida debido a la humedad.

Según Olivari el fuerte de Isabel II se utilizó como prisión a finales del siglo XIX y en 1903 se transformó en el primer observatorio magnético y sismológico del Caribe, hasta que a mediados del siglo XX quedó abandonado. En 1989 fue restaurado por el Instituto de Cultura Puertorriqueña, institución que lo convirtió en museo y sala de exposiciones y actualmente cuenta con varias oficinas y un pequeño archivo.

Las defensas del sur de la isla

El acceso a Puerto Rico por el Mar Caribe se reforzó mediante la construcción de varias obras defensivas en los municipios de Patillas, Ponce y Guayanilla. El puerto de Patillas situado a 68 kilómetros de la capital, a 62 de Fajardo y a 65 de Ponce, que era el segundo puerto comercial de la isla. Negroni afirma que en 1811 se construyó la primera obra defensiva de Patillas, pero un documento localizado en el Archivo General Militar de Madrid, permite constatar que en 1817 se levantó una pequeña batería de madera a 9 metros sobre el nivel del mar, defendida por cuatro piezas de artillería, cuya fábrica quedó deteriorada en un corto plazo de tiempo debido a las frecuentes lluvias de la isla (NEGRONI, 1992, p. 198). Desconocemos las dimensiones y el modelo empleado en su construcción, pero el sondeo realizado en 1836 permite constatar que estaba defendida por seis cañones de hierro, dos del calibre 24, dos de 12, uno de 4 y otro de 8, todos ellos desmontados y la casa del rey contaba con 170 fusiles en buen estado,

dos damasanas de pólvora y un bohío cercano a la playa con seis lanzas prácticamente arruinadas.

A unos 79 kilómetros al oeste de Patillas y a 122 de la capital, se encuentra situada la ciudad de Ponce, cuyo puerto se convirtió en un punto estratégico del comercio marítimo de Puerto Rico puesto que fue uno de los municipios azucareros más ricos de la isla. El puerto estaba defendido por un banco de arena situado frente a la bahía que dificultaba la llegada de navíos de guerra, cuya defensa se reforzó a mediados de esta centuria con un muelle de madera de 26 metros de largo y la construcción de varias baterías costeras. Un plano trazado por Manuel Sicardo, maestro mayor de las Reales Obras de Fortificación, fechado el 25 de enero de 1832 desconocido hasta la fecha, muestra que la bahía estaba defendida por una batería de planta rectangular cerrada por la gola con una estacada, dotada de siete piezas de artillería de grueso calibre.



Figura. 5. Planta y perfiles de la batería que hay construida en el puerto de Ponce.

AGMM, Cartoteca, sig. PRI-15/1

Fue erigida a pocos metros de distancia de la costa y a unos 13 metros de varias viviendas de madera, para sustituir a una primitiva batería construida en el Peñoncito, cuyo emplazamiento ofrecía más ventajas a la defensa del puerto que el lugar elegido para la construcción de la nueva obra defensiva. Ello obligó a plantear la posibilidad de trasladarla al emplazamiento original, ya que la existencia de un río cercano provocaba el estancamiento de aguas nocivas poniendo en peligro la salud de la guarnición. Pero la falta de recursos económicos dificultó la construcción de la nueva batería y obligó a realizar varias obras de mejora en su fábrica tras recibir noticias de que el 13 de julio de 1842, fue tomada por esclavos insurrectos empleados en el cultivo de la caña de azúcar, ya que pese a estar en buen estado de conservación sus muros presentaban varios desconchados y el hormigón de sus rampas estaba prácticamente arruinado. Ello hizo que se planteara la necesidad de aumentar el espesor de sus parapetos para reforzar la resistencia del edificio, puesto que eran demasiado elevados; reemplazar la primitiva estacada por un muro aspillero cuya defensa quedaría reforzada con la excavación de un foso frente a la batería; reedificar las garitas, colocar un rastrillo en la puerta de acceso y reconstruir los alojamientos de la tropa y el repuesto de municiones y pertrechos de guerra (*Memoria de inspección de la isla de Puerto Rico correspondiente al año 1849*. AGMM, Colección General de Documentos, sig. 4-1-8-2).

Tras recibir noticias del mal estado de conservación que presentaban los alojamientos de la tropa en mayo de 1863, el comandante y

subinspector del Real Cuerpo de Ingenieros, José Laguna, realizó un reconocimiento de su fábrica y planteó la necesidad de reparar los desconchados de los parapetos; reparar el ladrillo del pavimento de las estancias; cerrar el edificio con empalizadas de madera y dotarlas de un buen armero; reconstruir el cuarto del oficial que se encontraba prácticamente arruinado; colocar cerraduras en todas las puertas y ventanas para reforzar su defensa; reconstruir la cocina y blanquear los muros y vanos del edificio (*Obras en el Fuerte de la Playa de Ponce*. AGMM, Archidoc, 5616.1). Aunque es posible pensar que dichas obras no llegaron a ejecutarse porque dos años más tarde, concretamente el 1 de febrero de 1865, Pedro León de Castro elaboró un nuevo proyecto defensivo que acompañó de un plano del puerto y la bahía de Ponce y otro de la batería⁴⁴⁶, ambos desconocidos hasta la fecha.

Estas fuentes gráficas permiten constatar que se trataba de una batería de planta cuadrada defendida por dos pequeñas torres circulares con siete cañoneras, cuya reparación fue estimada en 3.010 pesos. Pedro León de Castro propuso reparar los parapetos, reemplazar las maderas podridas del edificio y reedificar el almacén de pólvora con parapetos de mayor espesor para cubrirlo con una bóveda a prueba de bombas,

⁴⁴⁶ Este ingeniero nació en Astorga (León) el 28 de junio de 1837, fue hijo de Manuel Castro y Casas y María Franganillo y Flores. Ingresó en la Academia de Ingenieros procedente de la clase de paisano (1 de septiembre de 1854) y obtuvo el grado de alférez (21 de julio de 1857) y teniente (17 de septiembre de 1859). El 11 de octubre fue enviado a Astorga para realizar un reconocimiento de todas las edificaciones civiles de la provincia y participó en la Primera Guerra de Marruecos (1859-1860), labor por la que fue recompensado con el grado de teniente y más tarde de capitán. Desde allí fue destinado a Tetuán y Ceuta y el 30 de noviembre de 1864 se desplazó a Puerto Rico para encargarse del detalle de la comandancia de ingenieros de San Juan, donde según consta en su expediente personal permaneció durante siete años (*Hoja de servicios militares de Pedro Castro y Franganillo*. AGMS, sig. 1ª/C-2337).

defendida por varias piezas de artillería de mediano calibre (*Se aprueba el presupuesto para obras en el cuerpo de guardia del fuerte de la villa de Ponce*. AHN, ULTRAMAR, 6355, Exp. 20, Doc. 4; *Proyecto de modificación de baterías en la plaza y villa de Ponce*. AGMM, Colección General de Documentos, 4-1-8-8 y *Puerto de Ponce*. AGMM, Cartoteca, PRI-19/2). Aunque estas no fueron las únicas obras de mejora propuestas en esta fortificación, ya que según indica un documento localizado en el Archivo General Militar de Madrid, el 29 de marzo de ese mismo año se aprobó un presupuesto de 1.290 pesos para realizar varias reparaciones en su fábrica.

El 15 de mayo de 1865 se elaboró un nuevo proyecto defensivo en el que se plantearon algunas modificaciones y mejoras en las baterías de Ponce y Mayagüez y la ampliación de los cuarteles de ambos municipios, cuyas obras fueron estimadas en 7.329 pesos y comenzaron a ejecutarse dos meses después. El 10 de junio de 1867 Manuel Walls y Bertrán de Lis propuso mejorar las condiciones higiénicas de los alojamientos de la guarnición, por considerar que las estancias destinadas al cuerpo de artilleros no disponían de la ventilación adecuada, ya que la temperatura era demasiado elevada. Ello obligó a plantear la apertura de vanos en el frente este y la construcción de un cobertizo en el patio para evitar que el sol penetrara directamente en los dormitorios. El 9 de mayo de 1869 el coronel Juan de Ugarte insistió en la necesidad de realizar algunas reparaciones en su fábrica y el 9 de noviembre de 1872 se aprobó un presupuesto de 1.600 pesetas destinado a varias obras de mejora, aunque desconocemos en qué consistieron y si estas llegaron a ejecutarse (*Aprobando el proyecto y*

presupuesto para las obras necesarias en los alojamientos de la batería del puerto de Ponce. AHN, ULTRAMAR, 6359, Exp. 9, Doc. 10).

Esta batería no fue la única obra defensiva proyectada en la ciudad de Ponce, ya que el 7 de octubre de 1844 el capitán de ingenieros Nicolás Valdés⁴⁴⁷, propuso reforzar la defensa del puerto mediante la construcción de varias baterías y un cuartel capaz de alojar a 180 soldados y 30 caballos, cuyos costes estimó en 23.407 pesos. Aunque es posible pensar que no llegara a ejecutarse por falta de recursos económicos. La primera batería denominada A propuesta en la punta del Peñoncillo, era una construcción de mampostería a barbata dotada de un alojamiento en los ángulos de la gola y un repuesto de municiones emplazado entre la rampa de acceso y el terraplén, defendida por cuatro piezas de artillería y 16 soldados. El objetivo de esta batería era crear un fuego cruzado con la artillería emplazada en la batería de la playa y un pequeño fuerte de mampostería de planta cuadrada situado a pocos metros de distancia de esta fortificación. La segunda batería denominada B fue proyectada a barbata sobre la punta de Cucharas, para reforzar el lado oriental del puerto y evitar posibles desembarcos

⁴⁴⁷ Nació el 1 de febrero de 1819 en Torre de Esteban Hambrán (provincia de Toledo), fruto del matrimonio de Nicolás Valdés y María Fernández. Ingresó en la Academia de Ingenieros procedente de la clase de paisano (1 de septiembre de 1836), fue ascendido a subteniente (7 de agosto de 1838) y teniente (26 de diciembre de 1839). Participó en varios conflictos armados en Valencia y Aragón hasta que el 4 de diciembre de 1841, fue destinado a la comandancia exenta de Puerto Rico donde permaneció hasta el 27 de enero de 1848. Durante su estancia en la isla fue ascendido a capitán (26 de enero de 1842), comandante graduado (29 de octubre de 1844), comandante efectivo (27 de junio de 1847) y teniente coronel (4 de junio de 1848). Trabajó al servicio de la Corona en Andalucía, Filipinas, Cádiz, Cuba, Veracruz, Granada y Barcelona, hasta su fallecimiento ocurrido el 8 de mayo de 1872 (*Hoja de servicios militares de Nicolás Valdés Fernández*. AGMS, sig. 1ª/B-219).

en la isla de Ratones, cuya defensa quedaría reforzada con tres cañones y una guarnición de 20 soldados. A poca distancia de ella diseñó el torreón del Peñón y en la punta de Gatas emplazó la batería C, formada por dos baluartes dotados de siete piezas de artillería, capaz de alojar a 28 artilleros y 20 soldados de infantería, cuya finalidad era obtener un fuego cruzado con la batería construida en la playa. La cuarta batería denominada D fue proyectada en la punta del Caballón, con el fin de obtener un fuego cruzado con el torreón emplazado en la punta de Bocachica, reforzar la defensa del puerto y evitar posibles desembarcos en este sector.

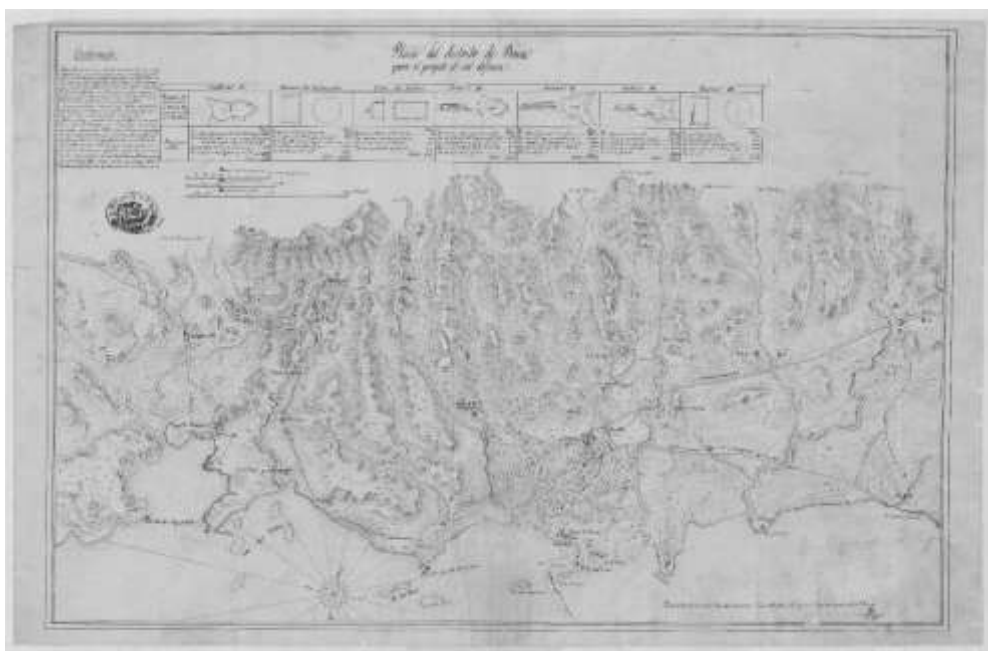


Figura. 7. Plano del distrito de Ponce para el proyecto de su defensa. AGMM, Cartoteca, sig. PRI-16/5

La importancia de Ponce en el comercio y la economía insular llevó a la Corona a crear una comandancia de ingenieros en esta ciudad el 15

de octubre de 1875, destinada a reforzar la defensa del puerto y la bahía mediante la construcción de nuevas obras defensivas y reforma de las existentes. Se aprobaron 800 pesetas mensuales para el arrendamiento de una vivienda particular destinada a las oficinas y el 25 de mayo de 1876 se solicitó el envío de 3.050 pesetas más para la adquisición del mobiliario necesario y el pago del salario de un escribiente y un peón. Sin embargo, un huracán sufrido el 13 de septiembre de 1876 provocó la pérdida de un gran número de edificaciones, entre las que destacó la vivienda elegida para instalar en ella la comandancia de ingenieros. Esta situación obligó a la Corona a invertir importantes recursos económicos en la reconstrucción de la ciudad y de gran parte de las obras defensivas construidas hasta el momento. El ingeniero Fernando Fernández de Córdoba fue el encargo de elaborar un nuevo proyecto defensivo para reedificar la batería⁴⁴⁸, que acompañó de un presupuesto valorado en 6.750 pesetas y un plano en el que representó la planta y un perfil transversal de esta fortificación. Planteó la necesidad de reconstruir parte de sus parapetos y las dos garitas, construir un camino cubierto

⁴⁴⁸ Nació el 15 de marzo de 1820 en Almedenejo (Badajoz), hijo de Antonio Fernández de Córdoba y Dolores Ferrer. Su expediente personal muestra que ingresó en la Academia de Matemáticas de Guadalajara (1 de septiembre de 1840) y fue ascendido a alférez, teniente (17 de julio de 1843) y capitán (27 de noviembre de 1848). El 19 de abril de 1850 fue destinado a Menorca para encargarse de la comandancia de ingenieros de la isla y dos años después, trabajó en la Dirección de Subinspección de las islas Filipinas (3 de abril de 1852), donde permaneció seis años. Trabajó al servicio de la Corona en Cataluña, Granada, Madrid y Castilla la Nueva, hasta que el 26 de diciembre de 1861 regresó a Filipinas para dirigir la construcción de varias obras defensivas y regresó a la Península el 19 de marzo de 1870. El 21 de mayo de ese mismo año, fue destinado a Puerto Rico para ocuparse de la comandancia de ingenieros de la capital, donde permaneció hasta el 10 de marzo de 1880 cuando fue sustituido por Francisco Javier de Zaragoza (*Hoja de servicios militares de Fernando Fernández de Córdoba Ferrer*. AGMS, sig. 1ª/F-541).

para facilitar la comunicación de los alojamientos de la tropa y reforzar la defensa de la batería con un pararrayos para evitar posibles desperfectos ocasionados por las frecuentes lluvias de la isla *Obras en el Fuerte de la Playa de Ponce*. AGMM, Archidoc, 5616.1 y *Plano y corte del alojamiento del Fuerte de la Playa de Ponce*. AGMM, Cartoteca, sig. PRI-16/8).

A unos 28 kilómetros al oeste de Ponce y a 140 kilómetros de la capital se encuentra el puerto de Guayanilla, que aunque no era uno de los fondeaderos más concurridos de la isla, puesto que sólo era transitado durante la época de la recolección de la caña de azúcar por varios navíos de cabotaje, estaba defendido por una pequeña batería costera. Desconocemos la fecha exacta de su construcción, aunque el reconocimiento realizado a la isla en 1836 menciona el mal estado de conservación en el que se encontraba. Varios planos trazados por Manuel Sicardo en 1838 desconocidos hasta la fecha, muestran que se trataba de una batería de mampostería de planta semicircular defendida por cinco cañoneras situada a pocos metros de distancia del río Guayanilla. Sicardo informó de que esta fortificación no fue construida en un buen emplazamiento porque en la época de crecidas el río provocaba el estancamiento de aguas nocivas en las inmediaciones del fuerte provocando enfermedades en la tropa, pero la abundancia de mosquitos y manglares cercanos al puerto hizo que no fuera trasladada para evitar nuevas afecciones a los soldados.

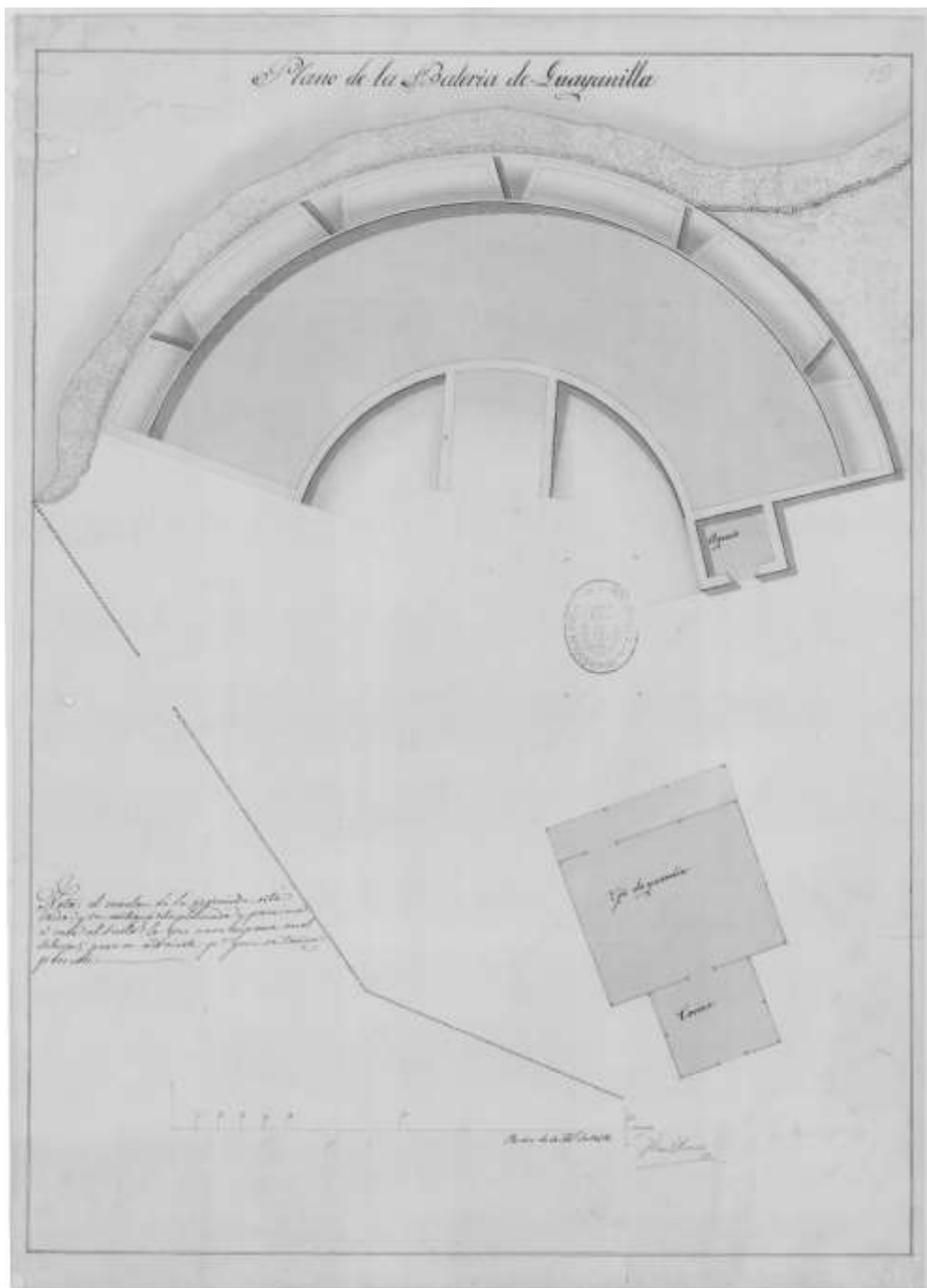


Figura. 8. Plano de la Bateria de Guayanilla. AGMM, Cartoteca, sig. PRI-15/2

Tras el reconocimiento realizado a esta batería en 1836 se planteó reparar los desconchados y grietas de los parapetos; reforzar los merlones para evitar posibles derrumbes; reparar la rampa y explanadas de hormigón; excavar una zanja para evitar el estancamiento de aguas nocivas en el interior del fuerte; reemplazar las maderas podridas como consecuencia de la humedad de la isla; sustituir la puerta del repuesto de municiones y pertrechos de guerra y dotarla de tres aspilleras para facilitar la ventilación de la estancia y evitar el deterioro del explosivo almacenado en él; reconstruir el cuerpo de guardia; colocar un rastrillo en la puerta de acceso para reforzar la defensa de esta obra defensiva y construir una escollera para evitar el continuo envite del oleaje en su fábrica. No tenemos constancia de que esta propuesta llegara a ejecutarse, pero un nuevo sondeo realizado por Fernando María Pimentel el 4 de marzo de 1841, permite constatar que la batería continuaba en estado de abandono. Esto hizo que Pimentel insistiera en la necesidad de realizar algunas reparaciones para evitar el derrumbe de varias estancias; construir un nuevo alojamiento para la tropa, por considerar que el cuerpo de guardia erigido en el interior del fuerte no contaba con las dimensiones adecuadas para alojar a la guarnición necesaria; proyectó la construcción de un cuartel capaz de alojar a 25 soldados, dotado de armeros, mochileras, dos mesas y un banco y construir una cocina y una letrina nuevas. Desconocemos a cuánto ascendieron los costes de las obras propuestas, pero según indica un documento localizado en el Archivo General de Puerto Rico, el cuerpo de guardia y la cocina quedaron concluidos en 1842.

Esta fortificación ha sido mencionada tan sólo de pasada por Héctor Andrés Negroni, quien la menciona como el fuerte de Yauco, Guayanilla o batería de San Fernando. Afirma que fue construida por el general La Torre en 1824 y seis años después estaba defendida por seis piezas de artillería. Sin embargo, tras analizar la documentación custodiada en varios archivos españoles, podemos constatar que la batería de Guayanilla siempre aparece consignada con este topónimo y no hemos podido localizar ningún documento que nos permita confirmar la fecha exacta de su construcción⁴⁴⁹.

El sistema de defensas de la costa occidental

La costa oeste de la isla se reforzó con la construcción de baterías costeras en los municipios de Cabo Rojo y Mayagüez. El puerto de Cabo Rojo situado a 54 kilómetros al noroeste de Guayanilla y a casi 200 kilómetros de San Juan, contaba con una pequeña batería de campaña defendida por varias piezas de artillería, una cocina, un cuerpo de guardia y un pequeño repuesto de municiones. Desconocemos la fecha exacta de su construcción aunque Negroni afirma que fue erigida sobre una fortificación anterior a 1828, momento en el que se realizaron varias reparaciones y dos años después, se construyó una nueva batería

⁴⁴⁹ Una estancia de investigación realizada en Puerto Rico me permitió conocer la existencia de un pequeño fortín de mampostería de planta circular en el municipio de Yauco, situado a unos 10 kilómetros de Guayanilla. Fue construido por las tropas norteamericanas tras desembarcar en la isla con el objetivo de tomar la ciudad de San Juan. Está situado a pocos metros de distancia del faro de Guánica y fue consignado fuerte Caprón, en homenaje al capitán Allyn K. Caprón, fallecido en Cuba durante la Guerra Hispanoamericana. Actualmente es un lugar de atracción turística y forma parte de la Reserva Forestal del Bosque Seco.

a la que denomina Pedernales, dotada de dos piezas de artillería. Sin embargo, no hemos podido localizar ningún documento que nos permita constatar esta información ni conocer más datos acerca de su construcción, por lo que es posible pensar que fuera una batería de madera al igual que la mencionada anteriormente en Patillas, ya que según indica el sondeo de 1836 en ese momento ya no existían restos de su fábrica (*Guayanilla. Sobre reedificación de la casa cuartel que sirve de fuerte de la población*. Archivo General de Puerto Rico (AGPR), Fondo de Obras Públicas, Serie de Obras Municipales, caja 239 y NEGRONI, 1992, p. 198).

El puerto de Mayagüez después de los de San Juan y Ponce era el tercero en importancia, ya que la fertilidad de sus tierras convirtió a esta ciudad en una de las principales productoras azucareras y cafetaleras de la isla. Esto provocó un crecimiento demográfico y el embellecimiento de la urbe mediante la construcción varios edificios de mampostería como la casa del rey, la aduana, una iglesia de tres naves y un muelle de 55 metros de largo. Estaba defendida por una primitiva casa-fuerte de 47,65 x 34,27 metros, cuya fecha de construcción desconocemos, dotada de varios alojamientos para los oficiales, una tropa de 300 soldados de infantería, artillería y caballería, una sala para 20 o 25 soldados, varios almacenes de víveres y municiones de pólvora y un patio con un aljibe, cuya defensa quedó reforzada con la construcción de un muro aspillerado y dos piezas de artillería (*Construcción de una batería de campaña en el puerto de Mayagüez*. AGMM, Archidoc, 5613.4).

La importancia de esta ciudad para la economía insular llevó a plantear la necesidad de reforzar la defensa del puerto y de su bahía para evitar posibles desembarcos y el contrabando extranjero. Se proyectó la construcción de una nueva batería costera de mampostería cerrada por la gola con un muro aspillerado capaz de albergar hasta nueve piezas de artillería, aunque en 1849 sólo contaba con cinco cañones de bronce del calibre 12, dos de 3 y uno de 4, emplazada sobre una lengua de tierra denominada La Puntilla. Un plano realizado por Manuel Sicardo el 13 de diciembre de 1838, desconocido hasta la fecha, muestra la planta y alzado de esta fortificación y permite constatar que contaba con un cuerpo de guardia de planta rectangular de unos 10 x 2 metros, una cocina y un almacén de pólvora y pertrechos de guerra.

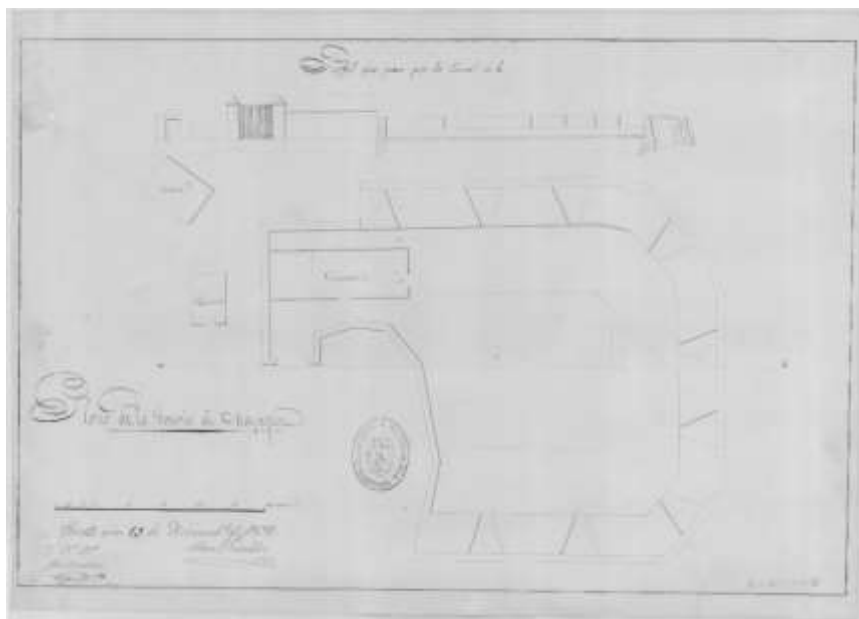


Figura. 9. Plano de la batería de Mayagüez. AGMM, Cartoteca, sig. PRI-15/6

Varios documentos localizados en el Archivo General Militar de Madrid permiten constatar las modificaciones y obras de mejora

propuestas en su fábrica a mediados de esta centuria. Un informe realizado por Diego Gálvez el 13 de julio de 1842, menciona el mal estado de conservación en el que se encontraba esta fortificación. Según indica este documento, varios merlones estaban prácticamente arruinados y otros sufrieron derrumbe, por lo que Gálvez informó de la necesidad de realizar algunas reparaciones en su fábrica y reemplazar la madera podrida del repuesto de municiones, para evitar el deterioro y humedad del explosivo almacenado (*Memoria de las baterías situadas en el litoral de la isla de Puerto Rico*. AGMM, Archidoc, 5613.4 y *Obras en el Fuerte de la Playa de Ponce*. AGMM, Archidoc, 5616.1).

El 24 de marzo de 1865 Manuel Walls propuso construir una nueva obra defensiva debido al mal estado que presentaban los parapetos de la primitiva batería, cuyos costes estimó en 7.320 pesos. Acompañó este proyecto defensivo de varios planos en los que aparece representada la planta, alzado y perfil de la fortificación proyectada. Estas fuentes gráficas permiten constatar que se trataba de una batería a barbata con trazado atenazado y parapetos de tierra y fajina de 3 metros de espesor en la parte superior, reforzados con un revestimiento de mampostería y ladrillo, emplazada sobre una pequeña meseta situada a 16 metros sobre el nivel del mar. Contaba con un almacén de pólvora de mampostería con planta cuadrada de 3 metros de lado, por 2 de ancho y 2 de alto; un cuerpo de guardia de madera capaz de alojar a una compañía de artillería de 30 soldados; un pequeño almacén de víveres y varias explanadas de madera defendidas por ocho piezas de artillería. Proyectó además, un cuerpo saliente para el alojamiento de un oficial, una cocina

y una letrina realizados en madera y cubiertos con una cúpula de hierro galvanizado, cuya defensa quedaría reforzada con una estacada y la apertura de varias zanjas para evitar el estancamiento de aguas nocivas en las inmediaciones de la batería. Aunque estas no fueron las únicas actuaciones realizadas en esta fortificación, ya que el último dato que tenemos de ella es que el 8 de octubre de 1881 se informó del mal estado en el que se encontraba la madera del repuesto de municiones y el almacén de pólvora, capaz de albergar hasta 6.000 kilogramos de explosivo reglamentario para los cañones Rémington, pese a las reparaciones realizadas en ambos edificios el año anterior. Ello obligó a realizar nuevas mejoras y solicitar el envío de municiones a la isla, pero la falta de personal obligó a suspender las obras en diciembre de 1882. El gobernador consideró la necesidad de reforzar la defensa de la batería y para ello, mandó al capitán de ingenieros Eligio Souza elaborar nuevas propuestas para la restauración de ambos edificios. Souza elaboró un presupuesto valorado en 5.190 pesos que acompañó de varios planos en los que aparecen representados los edificios propuestos. Este proyecto fue examinado por el comandante de ingenieros Ricardo Mir y el comandante general subinspector José Laguna y fue aprobado por la Corona el 30 de enero de 1883 (*Aprobando el presupuesto para la reparación del fuerte abandonado en la playa del puerto de Ponce y construcción de una batería para la defensa de Mayagüez*. AHN, ULTRAMAR, 6357, Exp. 7, Doc. 14; *Aprobando la propuesta general de obras de ingenieros para Puerto Rico correspondiente al ejercicio 1872-1873*. AHN, ULTRAMAR, 6362, Exp. 23, Doc. 9; *Reparación del polvorín y construcción del*

cuerpo de guardia en la batería de la playa de Mayagüez. AGMM, Archidoc, 5627.1 y Circular de fecha de 18 de octubre de 1882, referente a la suspensión de obras en el polvorín de Mayagüez, por la escasez de personal del Cuerpo de Administración Militar. AGMM, Colección General de Documentos, 1-1-2-18).

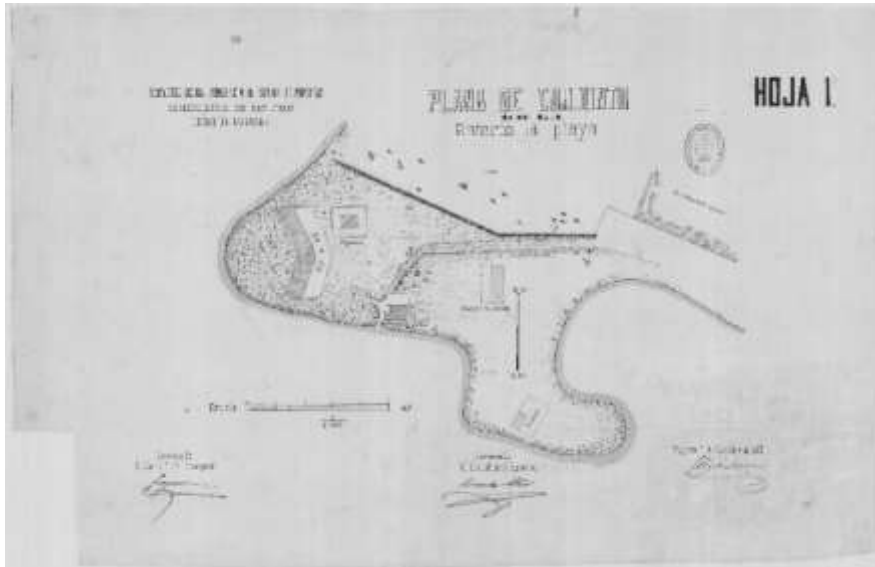


Figura. 10. Plano de conjunto de la batería de la playa. AGMM, Cartoteca, sig. PRI-

18/6

Conclusión

Lo expuesto en este trabajo ha contado con una base gráfica y documental muy amplia custodiada en el Archivo General Militar de Madrid, Archivo General Militar de Segovia, Archivo General de Indias, Archivo Histórico Nacional y Archivo General de Puerto Rico. Esta documentación permite constatar que la Monarquía Hispana invirtió cuantiosos recursos económicos en la construcción de numerosas baterías en punto estratégicos del litoral de Puerto Rico. Estas fortificaciones fueron proyectadas para proteger la economía y el

comercio insular y reforzar el sistema defensivo construido hasta el momento en la isla. Además, los planos realizados por los ingenieros militares que trabajaron en su construcción, permiten constatar que estas obras defensivas siguieron los modelos de la arquitectura militar moderna desarrollada en Europa durante esta centuria, ya que fueron baterías de mampostería con planta atenazada, dotadas de casamatas y muros aspillerados protegidos con escarpas sin revestir con el fin evitar posibles escaladas enemigas, y taludes de contraescarpa extendidos para facilitar las salidas ofensivas, cuya defensa quedó reforzada con un complejo sistema de atrincheramientos.

Bibliografía

- BATHRONE, M. (1866): *Principios de artillería. Teórica y práctica*, Imprenta y Librería Española Real, San Fernando.
- CABRILLANA, N. (1967): “Las fortificaciones militares en Puerto Rico”, en *Revista de Indias*, 27, pp.157-188.
- CASTRO, M. A. (1976): *Arquitectura y urbanismo en San Juan de Puerto Rico (siglo XIX)*, Tesis Doctoral de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1976 (publicada por la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, 1980).
- CASTRO ARROYO, M. A. (1979): “La Fortaleza de Santa Catalina. Apuntes para una historia de su arquitectura”, en *Cuadernos de la Facultad de Humanidades*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, nº 3, 1979, pp. 25-52
- CEREZO MARTÍNEZ, R. (1990): “La transformación de los medios defensivos y ofensivos en los buques de guerra del siglo XIX”, en *Revista General de la Marina*, 218, pp. 105-116.
- CUETO, B. (sin fecha): “Historia en concreto: el desarrollo de los morteros hidráulicos y el uso del cemento en Puerto Rico”, en *Revista Entorno*, 22, pp. 12-16.
- FEBRES-CORDERO CARRILLO, F. (2002): *Política defensiva española en Puerto Rico durante la independencia de la América hispana*, Universidad de Puerto Rico, San Juan.
- GONZÁLEZ VALES, L. et al., (2005): *San Juan. La ciudad que rebasó sus murallas*, Ediciones Puerto Rico, San Juan.

- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D. (1990): *La enseñanza militar ilustrada: el Real Cuerpo de Artillería de Segovia*, Academia de Artillería de Segovia, Segovia.
- HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D. et al. (1993): *La artillería española: al pie de los cañones*, Editorial Tabapress, Madrid.
- HERRERA GARCÍA, J. (1846): *Teoría analítica de la fortificación permanente: memoria presentada al Exmo. Sr. Ingeniero General por el coronel de infantería teniente coronel de ingenieros José Herrera Garcia, en la cual se analizan los sistemas de fortificación más conocidos y se explica uno nuevo inventado por el mismo autor*, Imprenta Nacional, Madrid.
- HERRERA GARCÍA, J. (1850): *Consideraciones generales sobre la organización militar y sistema defensivo de los estados o examen razonado acerca de aquellos objetos, con proyectos de mejoras nuevos medios de restaurar el antiguo vigor defensivo en las actuales fortalezas por el brigadier de infantería, teniente coronel de ingenieros Don José Herrera García, condecorado con la gran medalla de las ciencias por S.M. el Rey de Prusia*, Imprenta Nacional, Madrid.
- HERRERA GARCÍA, J. (1853): *Examen comparado del estado actual del arte de fortificar o demostración analítica de la mayor proximidad en que se encontraba de su perfección en la antigua época del origen del sistema abaluartado antes de las infinitas reformas introducidas por los ingenieros modernos. Por el brigadier de infantería, coronel en comisión del regimiento de*

- ingenieros*, D. José Herrera García, Imprenta de Fermín Torrubia, Madrid.
- HINAREJOS MARTÍN, N. (2016): “Aportaciones a la ingeniería militar del siglo XIX: la obra de Juan Manuel Lombera y Rivero (1818 – post. 1875)”, en GIL CRESPO, I.G. (Ed.): *Actas de las Segundas Jornadas de Historia, Arquitectura y Construcción Fortificada*, Fundación Cárdenas, Madrid, pp. 325-342.
- HINAREJOS MARTÍN, N. (2017): “Manuel María Walls y Bertrán de Lis (Valencia, 25 de septiembre de 1830 – 30 agosto de 1898), ingeniero militar al servicio de la corona española”, en MARTÍNEZ RUIÍZ, E., CANTERA MONTENEGRO, J., y PAZZIS PI CORRALES, M. (Eds.): *La Guerra en el Arte*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, pp. 647-670.
- HINAREJOS MARTÍN, N. (2018): “La artillería de la ciudad de San Juan de Puerto Rico y su influencia en el sistema defensivo de la isla”, en PAZZIS PI CORRALES, M. y CANTERA MONTENEGRO, J. (Eds.): *Armamento y equipo para la guerra*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, pp. 543-572.
- HOSTOS, A. (1948): *Ciudad Murada (1521-1898)*, Editorial Lex, La Habana.
- LAORDEN RAMOS, C. (2008): *Obra civil en Ultramar del Cuerpo de Ingenieros*, Ministerio de Defensa, Madrid.
- MARVÁ Y MAYER, J. (1897): “Noticia de algunas baterías de costa construidas durante el año 1896”, en *Memorial de Ingenieros del Ejército*, Imprenta del Memorial de Ingenieros, Madrid, 4º época, t. XIV, pp. 5-182.

- NEGRONI, H. A. (1992): *Historia militar de Puerto Rico*, Sociedad Estatal Quinto Centenario, Madrid.
- OLIVIERI VENTURA, M. (2014): *Arquitectura militar española en América: El fuerte Conde de Mirasol como símbolo de Fernando VII*, Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico.
- RABÍN, R. (1991): *Notas para la historia del Fortín Conde de Mirasol y la Isla de Vieques*, Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan.
- RABÍN, R. (1996): “Vieques, el Fuerte del Conde de Mirasol”, en *III Simposio Internacional sobre Preservación Histórica en Puerto Rico y el Caribe. Del 9 al 13 de mayo de 1994*, Editorial Río Piedras, San Juan, pp. 22-24.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, F. (1991): *El arma de artillería en el reinado de Alfonso XII*, Ministerio de Defensa, Madrid.
- SOUSA Y FRANCISCO, A. (2006): *700 Años de artillería: Evolución histórica de los materiales de artillería y sus municiones*, Museo del Ejército Naval de Madrid, Madrid.

**LOS SOLDADOS DEL TERCIO DEL NORTE EN EL
CONFLICTO DE PIEDRA PICADA (CUBA, 1895). EL
NACIMIENTO DE DOS HÉROES DE LA INFANTERÍA DE
MARINA**

**THE SOLDIERS OF THE NORTH TERTIUM IN THE
CONFLICT OF PIEDRA PICADA (CUBA, 1895). THE BIRTH
OF TWO HEROES OR MARINA'S INFANTRY**

Dra. Ana Isabel Bello Platas

Universidad de Santiago de Compostela

Resumen:

El día 5 de junio de 1895, en Piedra Picada, perdieron la vida los soldados Rama y Cancela mientras defendían su puesto en la vía férrea que unía Jibara con Holguín después de que la patrulla de la que formaban parte se hubiese topado con un grupo de mambises. Este episodio, que enfrentaron sin retroceder en sus posiciones, hizo que fueran reconocidos como héroes de la Infantería de Marina y recordados a perpetuidad por el Cuerpo de Infantería de Marina. Sin embargo no fueron los únicos que tomaron parte en este acontecimiento, fallecieron otros dos soldados y sobrevivió, a pesar de haber recibido terribles heridas, Jerónimo Blanco. Su testimonio sobre lo allí acontecido es el hilo conductor de este trabajo.

Palabras Clave:

Cuba, Infantería de Marina, patrulla, héroes, documentación inédita.

Abstract:

On June 5, 1895, at Piedra Picada, the soldiers Rama and Cancela lost their lives while defending their position on the railway that linked Jibara with Holguín after the patrol of which they were part had run into a group of mambises This episode, which they faced without retreating

in their positions, caused them to be recognized as heroes of the Marine Infantry and remembered in perpetuity by the Marine Corps. However, they were not the only ones who took part in this event, two other soldiers died and survived, despite receiving terrible wounds, Jerónimo Blanco. His testimony about what happened there is the guiding thread of this work.

Keywords:

Cuba, Marine Infantry, patrol, héroes, unpublished documentation.

El inicio de la vida militar de un joven con destino a la Isla de Cuba

Desarrollamos nuestro trabajo enfocándonos en la información que nos ofrecen los expedientes de filiación de los soldados Antonio Cancela Rodríguez, José Rama Varela, Jerónimo Blanco Incógnito y en los de sus compañeros, que se encuentran custodiados en el Archivo del Tercio del Norte de Infantería de Marina; completaremos las posibles lagunas con la información que nos proporcionan las fuentes seleccionadas y la bibliografía que hemos consultado, que pueden encontrar en el apartado correspondiente al final del trabajo.

La historia de nuestros jóvenes soldados comienza el día en el que son citados para acudir al ayuntamiento junto a todos los jóvenes nacidos en 1873 y 1874 donde, ante el síndico y el alcalde, les toman los datos pertinentes y la talla. Una vez eran calificados como “apto”, quedaban asignados como soldados para el reemplazo del año correspondiente; Antonio Cancela Rodríguez (nacido en Coristanco) (Imagen 1) sería asignado al reemplazo del año 1892 y los soldados José Rama Varela (nacido en Laracha) y Jerónimo Blanco Incógnito

(nacido en Meaño), para el de 1893. Sus vidas quedarían ligadas al ejercicio de las armas por un período de doce años que empezarían a contar para Antonio el día 10 de diciembre de 1892 y para los otros dos a partir del día 9 de diciembre de 1893. La historia de éstos tres muchachos se une en la ciudad de Ferrol donde se incorporaron a filas con destino en la 2ª Compañía del 2º Batallón del 2º Regimiento en el Cuartel de Nuestra Señora de los Dolores.



Imagen 1: Soldado Antonio Cancela Rodríguez

No podemos imaginar lo que podía suponer para cualquiera de aquellos jóvenes entrar, por primera vez, en el Cuartel Nuestra Señora de los Dolores, un edificio realmente imponente aún a día de hoy. Su construcción comenzó a mediados del siglo XVIII, en el mismo momento que los Arsenales de la ciudad. Fue diseñado por Joseph Petit

de la Croix aunque su construcción la terminó Julián Sánchez Bort, tras un parón de doce años, el 15 de octubre de 1771; cumplía por aquel entonces 124 años. El Cuartel de Dolores es un edificio de estilo ilustración; el lugar donde está emplazado se denominaba Monte de Esteiro, desde donde se puede ver el Arsenal y gran parte de la ría de Ferrol. Se diseñó en forma de cuadrado de 100 varas de lado (unos 83 metros) con una unidad añadida en la parte sur para los servicios de cocina. El patio de armas está rodeado por una galería, tanto en su parte baja como en la primera planta, formada por 44 cepas que sostienen otros tantos arcos elípticos y 48 bóvedas vaídas, rematados en la segunda planta con una espaciosa azotea. La entrada, situada en el centro de la fachada principal, está adornada por columnas de orden dórico pareadas, aisladas y de una sola pieza con retropilastras, sobre las que hay una balconada de hierro forjado, encima de la cual, a la altura de la segunda planta, hay un escudo de estilo italiano cuartelado en cruz; 1º y 4º con las armas de Castilla, 2º y 3º con las armas de León. Sobre el escusón tres flores de Lis que representan las Armas de la Dinastía Borbón, la reinante en aquel momento. Acolado al escudo lleva dos cañones y cuatro banderas, dos anclas y el símbolo del Toisón de Oro, estando todo rodeado con dos ramas de laurel como orla y teniendo por cimera la Corona Real cerrada, con cinco florones y diademas a la vista, y tres ocultas. Como dato curioso podemos comentar que las reservas de agua del cuartel se hallaban en dos grandes aljibes localizados en el centro del patio y recogían las aguas pluviales con un ingenioso sistema de suelo en caída hacia el centro, almacenando entre ambos 1.122 metros cúbicos de agua. En la zona

sur del acuartelamiento se encuentra la puerta muelle de Fontelonga, que junto con la de San Fernando y Curuxeiras, constituían las tres puertas marítimas de la ciudad amurallada, siendo en la actualidad la única que se conserva.

Volviendo a nuestros jóvenes soldados, el día 20 de abril de 1895 causan alta en la 2ª Compañía, 2º Batallón, 2º Regimiento, y el 1 de mayo de 1895, en Ferrol, juran fidelidad a las banderas siguiendo la fórmula establecida: “*¿Juráis a Dios y prometéis al Rey el seguir constantemente sus banderas y defenderlas hasta perder la última gota de vuestra sangre y no abandonar al que os esté mandando en acción de guerra o disposición para ella?*”; a lo que respondieron: *Sí, juramos*, en una ceremonia en la que también se procedió a la lectura del Código de la Marina de Guerra (Fórmula corroborada amablemente por Don Carlos Pérez Urruti-Pérez en aquel momento Coronel del Tercio del Norte de Infantería de Marina, hoy General de Brigada de la FUPRO).

El 2º Batallón del 2º Regimiento se organizó en Ferrol, tal vez de una forma un tanto apresurada, obligada por el desarrollo de la guerra y por la propia situación económica del país. Embarcaron el día 4 de mayo de 1895 a bordo del vapor Santo Domingo rumbo a la Isla de Cuba. La expectación a su partida era enorme, después de un desayuno copioso y la misa solemne, presidida por las autoridades civiles y militares, y después de los discursos, ya estaban en el puerto dispuestos a embarcar, mientras sonaba la Marcha de Cádiz interpretada por la Banda de Música del regimiento, en medio de miles de pañuelos al viento, de flores al aire, del repique de tambores y de cornetas que despedían a los valientes soldados. La travesía duró unos trece días,

donde el hacinamiento y la falta de higiene fueron lo más habitual. El día 17 de mayo llegaron a Jibara, donde desembarcaron. Después se les ordenó formar en una pequeña explanada para efectuar el recuento y transmitir las novedades, siendo ésta una costumbre que de forma rutinaria se hacía después de cualquier trayecto o formación de las tropas que conforman cada unidad. Junto a ellos llevaban sus enseres y el equipamiento que más tardes les haría falta para pertrecharse, tanto en el día a día en el campamento, como en las acciones de lucha.

Sus pertenencias eran pocas, y en algunos casos estaban deterioradas. Las malas lenguas decían que una parte de los equipos había tenido que ser recomprada a los chambones, y que se trataba de material que en su día se había descartado pero que las necesidades de esta guerra, volvían a hacer útil (BELLO, 2017). Aunque de una época posterior, a través de este documento podemos hacernos una idea de en qué consistía este equipo; en el D.O número 9, de 14 de enero de 1896, en las páginas 124 y 125, apartado RECLUTA PARA ULTRAMAR, 7ª SECCIÓN, Art. 10º se dice lo siguiente: “Los Depósitos de embarque facilitarán á los voluntarios el día antes de su salida para Cuba, precisamente, las prendas y efectos que á continuación se indican: dos camisas, dos calzoncillos, un par de zapatos, un par de alpargatas, una gorra de cuartel, dos trajes de rayadillo, una bolsa de aseo, dos toallas y una manta.”

El día 21 de mayo de 1895 la Compañía emprende la marcha hacia el poblado de Auras y desde allí, al mando de un Teniente, para Aguas Claras, en donde quedaron destacados prestando servicio.

El acontecimiento de Piedra Picada

Se llamaban Facundo Lamas Vidal, Vicente Torres Vila, Francisco Quibeo Rodríguez, Fidel Feal Varela, José Calvo Cortizas, Santiago Uría Rivero, Andrés Pereyro Incógnito, Ignacio Carril Pazos, José Rama Varela, Antonio Cancela Romero, José Sánchez Taboada y Jerónimo Blanco Incógnito. Se formó una patrulla al mando del sargento 2º, Miguel González Martínez, doce soldados y algún miembro de la Guardia Civil, tres concretamente, entre los que estaba el Guardia Segundo Faustino Carreira Ruíz. El día 5 de junio tenían que prestar el servicio de vigilancia de unos 10 km de la vía férrea que conduce a Holguín desde Jibara, con el fin de que los insurgentes no consiguieran cortar las comunicaciones, tanto ferroviarias como telegráficas, entre ambos puntos. En días previos se habían producido diferentes escaramuzas en las poblaciones cercanas y por ello se les ordenó vigilar la vía hasta que pasara el tren. A las cuatro de la mañana salieron, como hemos dicho sólo tenían que vigilar el estado de la vía y el paso del tren que saldría a las siete de la mañana. Sobre las siete de la mañana la patrulla se encontraba desplegada sobre la vía por los alrededores del Puente Grande. En ese momento un numeroso grupo de mambises surgieron por una vereda, unos a caballo y otros a pie. El ferrolano Fidel Feal y Jerónimo Blanco dieron la alerta y se agruparon con otros tres compañeros. Se habían quedado aislados del resto de la patrulla y les era imposible replegarse, así que intentaron defender su posición, pusieron rodilla en tierra, montaron sus fusiles y colocaron las cajas de cartuchos en el suelo, empezando a disparar sus Remington.

Era su bautismo de fuego y no sabían el viejo truco de poner tres balas entre los dedos de la mano izquierda, como hacían los veteranos, para poder cargar a toda prisa, pero el número de insurrectos hacía imposible mantener la línea y prácticamente insuficientes los cartuchos con los que disparaban sus armas, escasos a todas luces ante tal ejército. A pesar de eso cayeron al menos ocho cubanos y los demás corrieron a refugiarse en la manigua, pensando que tendrían que hacer frente a fuerzas superiores en número. El enemigo les conminó a la rendición a cambio de perdonarles la vida. En ese momento, viéndose ya perdidos, sin cápsulas que disparar y antes de que los mambises volvieran sobre sus pasos, trataron de esconderse entre los árboles para poder retroceder hasta el puesto de guardia, localizado en el Puente Grande de la Bemajagua sobre el arroyo de Aguas Claras; Ignacio Carril, Eliseo Costa y José Calvo por un lado, Fidel Feal y Jerónimo Blanco por otro. Estos dos últimos saltaron un maizal y vieron un buhío donde habían una mujer. Temiendo que ésta les denunciase al enemigo, cambiaron de dirección, internándose en la manigua, teniendo la necesidad de detenerse y agacharse para que el ruido de la hierba no llamase la atención de los de la partida, que ya cruzaban demasiado cerca. Pasó la caballería y no les vió; pero después, un grupo de la infantería encontró a Fidel Feal y a Jerónimo Blanco y les hizo prisioneros. Les ataron a la cola de un caballo y así fueron conducidos un largo trecho, hasta que uno de los jefes dijo: ¡Soltarlos ahí en ese monte!. Ellos respiraron, creyéndose ya salvados, pero notando que no les soltaban sino que les conducían a algunos pasos de la orilla del monte, exclamaron: ¡Por Dios no nos maten!. Entonces, un negrazo que, a pesar de llevar en una oreja

una argolla de metal como las que usan las mujeres, tenía aspecto de fiera y después resultó serlo, le contestó a Jerónimo Blanco, cogiéndole por la muñeca de la mano izquierda: No tengas cuidado, yo seré tu padrino. Y diciendo esto, comenzó a descargar sobre su cabeza y cuerpo tremendos machetazos, mientras que con su compañero hacían lo mismo. Les dejaron tendidos en el suelo, creyéndolos muertos, no sin razón, pues motivos había para estarlo. Como Jerónimo había oído hablar de la ferocidad de los mambises, contenía la respiración; según él no le costó trabajo hacerse el muerto, porque “hasta creía que lo estaba y que he resucitado, permitiendo esto la Virgen del Carmen, para que cuente lo que han hecho con ellos y sepa todo el mundo qué clase de gente es esa”; pero su compañero Fidel se quejaba de los agudos dolores que sentía, y como lo oyeron los de la partida, que ya se alejaban, dijo uno: Todavía viven esos sinvergüenzas. Vamos a matarlos. Y acercándose a Fidel Feal, lo destrozaron por completo, dejándolo muerto de verdad. A Jerónimo Blanco lo empujaron con el pie y dijeron: Este no necesita más; ya está despachado. En ese momento se fueron, y recuerda Jerónimo pensar que él también se fue para el otro mundo, ya que todo el día y la noche le pasaron inadvertidos hasta que fue encontrado por una patrulla de reconocimiento después de 26 horas desangrándose, y logró salvar milagrosamente su vida a pesar de las brutales heridas que había recibido durante este episodio y después de haberle desahuciado dos médicos (testimonio adaptado basado en PERINAT, 2002).

Los mambises se dirigieron hacia el puente de Aguas Claras donde fueron detenidos por los hombres que permanecían en ese puesto, no

sin antes haber acabado con la vida de los soldados Rama y Cancela. El teniente de infantería del regimiento de la Habana, don Eusebio Suárez García, comandante del destacamento de Aguas Claras, dispuso en el acto la salida de los 20 hombres que quedaban en el destacamento, al mando del teniente de Infantería de Marina don Juan Ruíz, diecisiete del Regimiento de la Habana y tres infantes de Marina, los soldados José Leira, Vicente Torre y Jesús Alonso. Cuando llegaron a la posición de los soldados Facundo Lamas Vidal, Vicente Torres Vila, Francisco Quibeo Rodríguez y Santiago Uría Rivero se batieron desde el puente rodilla en tierra, durante más de media hora. Al ser informado Maceo de que las tropas del destacamento habían acudido en auxilio y que sostenían el fuego, ordenó la salida de 200 hombres más en dos direcciones distintas para atacar el puente. El Teniente Ruíz, ante la gran superioridad del ataque insurrecto, y para evitar quedar copados, inició una brillante retirada logrando regresar todos ellos a la seguridad del destacamento de Aguas Claras. Por su parte, el sargento Miguel González, el soldado José Sánchez Taboada y el soldado Andrés Pereyra Incógnito lograron replegarse a Holguín. Los soldados Eliseo Costa y José Calvo rompieron el contacto con los insurrectos y, atravesando la manigua, pudieron llegar sanos y salvos al destacamento de Aguas Claras. No se tenían noticias de los soldados Rama, Cancela, Carril, Feal y Blanco. En cuanto hubo oportunidad, se organizó un reconocimiento de la zona donde se produjo el enfrentamiento, y se encontraron los cuerpos de Rama y Cancela acibillados a machetazos y heridas de bala. Estaban en el puesto de centinela, no habían abandonado su posición, habían rechazado la oferta de rendirse a

cambio de salvar sus vidas. A su alrededor una gran cantidad de vainas de munición disparada daban fe de la gesta que llevaron a cabo. Al día siguiente durante el recorrido de la vía, se volvió a hacer un minucioso reconocimiento del lugar del combate encontrando en el interior de la manigua el cadáver del soldado Fidel Feal Varela, fallecido a consecuencia de las heridas de machete, desnudo y sin armamento, y a Jerónimo Blanco Incógnito con graves heridas de machete, desnudo y sin armamento, pero milagrosamente vivo y es trasladado al hospital de Holguín. Finalmente, el día 8 de junio, en el monte inmediato al destacamento apareció el cadáver del soldado Ignacio Carril Pazos, muerto por disparos y machetazos, semidesnudo y sin armamento (MESÍA, 1912).

Es posible que los enfrentamientos contra el ejército mambí se desarrollasen siguiendo este planteamiento, se trataba de un ejército muy numeroso y que no sólo estaba perfectamente aclimatado, sino que conocía la geografía de la isla, algo a lo que, al menos nuestros soldados, no habían tenido tiempo.

¿Qué pasó después?

Los soldados que componían la patrulla

Como hemos visto algunos consiguieron ponerse a salvo y después del acontecimiento de Piedra Picada podemos ver, a través de sus expedientes de filiación, que siguieron su vida militar hasta que terminó la guerra.

En el Diario Oficial número 179 del día 15 agosto 1895, en su página 594 se publican las recompensas; *Excmo. Sr.: En vista de lo que*

manifiesta V.E. en su escrito de 4 de julio próximo pasado, el Rey (q.D.g.), y en su nombre la Reina Regente del Reino, ha tenido á bien aprobar la concesión que ha hecho V.E. de las recompensas que se expresan en la siguiente relación, que da principio con el soldado de Infantería de Marina Jerónimo Blanco Incógnito y termina con el guardia civil de segunda Faustino Carreira, por el distinguido comportamiento que observaron en el combate que sostuvieron con los insurrectos el día 5 de junio último en la línea férrea de Gibara á Holguin, y en el que resultó herido el primero de los individuos mencionados./ De real orden lo digo á V.E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V.E. muchos años./ Madrid 13 de agosto de 1895./ MARCELO DE AZCÁRRAGA.

A Fernando Lamas, Francisco Guillén, Vicente Torres, Santiago Uría, José Calvo, Eliseo Costa y Faustino Carreira, se les concede la Cruz de plata al Mérito Militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7,50 pesetas no vitalicia. A Jerónimo Blanco Incógnito se le concede la Cruz de plata al Mérito Militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7,50 pesetas, vitalicia.

Jerónimo Blanco Incógnito:

Para él fueron fundamentales los cuidados que recibió por parte del doctor Belvez, logró recuperarse y fue dado de alta tres meses después, quedándole unas cicatrices atroces en la región occipital, en la nuca, de oreja a oreja y en la espalda. El día 19 de septiembre le dieron el alta hospitalaria y el día 5 de octubre emprendió la marcha a bordo del vapor correo que salía para La Habana, con el fin de efectuar el reconocimiento por enfermo, para lo que fue propuesto como

consecuencia de las heridas recibidas. El día 20 de octubre de 1895 emprendió el viaje de retorno a la península, con destino al Departamento de Ferrol, a bordo del Reina Cristina. Volvía con la licencia de cuatro meses “por enfermo” para ver a su familia, pues así se le había declarado en el reconocimiento que le habían practicado en el Hospital Militar de La Habana, causando por lo tanto baja en el 2º Batallón y 2ª Compañía a la que había pertenecido hasta ese momento. El día 3 de noviembre de 1895 llegó sin problema al puerto de A Coruña, muchos de sus compañeros de viaje había fallecido durante la travesía por la falta de recursos de los barcos en los que hacían el viaje de regreso. El retorno del soldado enfermo es muy triste, y la acogida que su patria les proporcionó no fue la que en justicia se les debía. El 4 de noviembre de 1895 causó alta en la 3ª Compañía del 1er. Batallón del 2º Regimiento; el día 15 de noviembre empezó a disfrutar de los cuatro meses de licencia por enfermo y volvió a su pueblo, Meaño. Unos meses después por disposición de la Superior Autoridad del Departamento se le concedieron dos meses más de prórroga de su licencia por enfermo permaneciendo en Meaño. El día 7 de abril de 1896 obtuvo una nueva prórroga de dos meses de licencia, y el día 17 de mayo de 1896 presentó un certificado en el que se indicaba su imposibilidad para presentarse en el Batallón. El día 1 de junio de 1896 por disposición del Capitán General del Departamento se le comunica la continuidad de su licencia hasta su completo restablecimiento, permaneciendo en Meaño. El 19 de mayo de 1897 continúa su licencia por enfermo en su pueblo y el 8 de abril de 1898 pasa a la Reserva Activa. A principios del año 1898 recibió el abono que le correspondía

por los seis meses y tres días, como doble del tiempo en que había permanecido en la Isla de Cuba, según estaba establecido por Real Orden de 29 de octubre siguiente. El día 9 de abril causa baja en la 3ª Compañía del Primer Batallón del 2º Regimiento por pasar a la 4ª Sección del Cuadro nº 2 en situación de reserva activa, fijando su residencia definitiva en su pueblo, Meaño, en la provincia de Pontevedra. El 12 de noviembre de 1898 se le conceden otros cuatro meses de licencia por enfermo y continúa en Meaño. En el año 1899 se le concedió la medalla conmemorativa de la Campaña de Cuba, y se le hace constar que tiene derecho al uso de la misma. El 22 de septiembre de 1900 se le expide el pase de 2ª de Reserva; y el 7 de julio de 1905, según consta en la documentación, se le expide la licencia absoluta por haber cumplido doce años de servicio. Así llegó el fin de su carrera militar. Tenemos constancia de que el día 23 de junio de 1909 se ausenta para Buenos Aires, y ese es el último dato que sabemos del soldado Jerónimo Blanco Incógnito.

Los soldados Rama y Cancela. El nacimiento de dos héroes de la Infantería de Marina Española

Tras el episodio de Piedra Picada sabemos que sale una patrulla en auxilio de los que allí estaban defendiendo sus puestos. Tratan de socorrer a los heridos y rescatar los cuerpos de los soldados caídos en el combate, enterrando allí mismo a alguno de ellos; pero el transcurso de la guerra de independencia cubana siguió el curso establecido. Jerónimo Blanco, como hemos visto, fue trasladado a un hospital donde le trataron de sus heridas y posteriormente, tras su milagrosa curación,

fue enviado a la Península. Pero esta guerra es larga y se van sucediendo diversos episodios bélicos, éste suceso era sólo el principio. Las acciones planificadas por el ejército español no siempre se resolvían con grandes y sonadas victorias, hubo inesperadas y dolorosas derrotas. En medio de todas ellas se vivieron episodios heroicos que hicieron que de la guerra de Cuba nacieran numerosos héroes que todavía a día de hoy son referencia para quienes visten el uniforme de franjas y sardinetas. Para recordar a estos hombres, concretamente a los soldados Rama y Cancela, en la Gaceta de Madrid se publican diferentes resoluciones que tienen como objeto homenajearles. Para cumplimentar la soberana disposición de 21 de Agosto de 1911 se reunieron todos los Jefes y Oficiales del Cuerpo en el Apostadero, los cuales nombraron una ponencia para los trabajos preparatorios y especialmente para la redacción de la inscripción de la lápida y aprobación del dibujo modelo de la misma. Tres inscripciones y dos modelos aprobó la ponencia, entre los muchos de ambas clases que se le presentaron, llevándolos a la decisión de la Junta en pleno, que, por mayoría de votos aprobó el modelo de lápida de que es autor el Capitán D. Teodoro Solá y la inscripción que redactó el Teniente Coronel D. Ramón Deltell. En tanto se efectuaban estos trabajos el Coronel D. Enrique Muñoz adquiría todos los datos necesarios para la rectificación de los apellidos del hasta entonces llamado Antonio Caneda Romero, que resultó ser Antonio Cancela Rodríguez y, por acuerdo unánime de la oficialidad del Regimiento, ofició a los alcaldes de Coristanco y Laracha para que invitaran a los padres de los héroes de Piedra Picada para asistir a la

ceremonia, siendo de cuenta del Cuerpo todos los gastos de viaje y fonda de dichos individuos (...)(MESÍA, 1912).



Imagen 2: Fuerte Rama y Cancela, Levantado en el lugar donde fallecieron ambos soldados.

Finalizada la construcción de un fuerte (Imagen 2) en el mismo lugar donde cayeron los héroes de Piedra Picada se decide que lleve el nombre de ambos soldados y para su inauguración se acuerda lo siguiente;

Acta de la inauguración del fuerte “Rama – Cancela”

A los quince días del mes de Diciembre del año de 1895 reunidos los infrascritos en “Piedra Picada” al pie del fuerte “Rama – Cancela”, para inaugurarlo y bendecirlo el Excmo. Sr. Gral. De este distrito D. Ramón Echeagaray Méndez Viejo hizo uso de la palabra en los siguientes términos: Señores: al hacerme cargo del

mandato de este tercer distrito en veinticuatro de agosto, uno de mis primeros cuidados fue atender a la conservación de la vía férrea, que enlaza a Gibara – Holguín, convencido de su utilidad para el movimiento de tropas y el transporte de los productos de la zona de cultivo de esta fértil comarca, hasta ahora garantido por resultar infructuosas las tentativas del enemigo pues no se han interrumpido por un solo día las comunicaciones ferroviarias

El haber atravesado “Piedra Picada” fuerzas enemigas en cinco de Junio y encontrándose cerca de este punto la obra más importante de la vía, que consiste en el puente de “Aguas Claras”, que hicieron encomendar al Capitán de Ingenieros Militares D. Ramiro Ortiz de Zárate el estudio de la construcción de un fuerte que, protegiendo el puente sirviese de defensa y abrigo al soldado.

Hecho el estudio, presentado el plano y aprobado el proyecto, faltábanme medios para llevarlo a cabo; pero conocedor de los elementos de que dispone y de la reputación que goza el Diputado a Cortes Excmo. Sr. Don Javier Longoria, dirigime a él y a dicho Señor, secundado por los dignísimos que forman la directiva de la empresa del ferro-carril, de Gibara a Holguín, se debe el fuerte fabricado con los materiales facilitados gratuitamente por dicha empresa, dando con ello público testimonio de su patriótico desinterés a tan noble desprendimiento y eficaz cooperación consigno mi voto de gracias.

Dieron comienzo las obras a mediados del mes de Septiembre; las dirigía el primer Teniente de Ingenieros D. José Espejo; llevándolas a término, con no menos celo e inteligencia, el Capitán de dicho Cuerpo Don Diego Belando Santiesteban.

No aceptando el Excmo Señor G. en Jefe, por su natural modestia, llevase el fuerte su nombre indicó se le diese el del soldado que más se hubiese distinguido en este Distrito; procedí a un detenido estudio; y analizando hechos hallé, que aquí, en este

sitio, no ha mucho escribieron con su sangre y sellaron dos valientes soldados con su vida, una brillante y gloriosa página digna de conmemorarse.

Dos héroes, si, dos héroes, no por desconocidos menos dignos de admiración y recuerdo, dieron aquí su vida; y la sangre por ellos derramada al cubrir de gloria la bandera del segundo de Marina a que prestaron juramento, da prueba del valor, abnegación y desinterés con que el soldado español da su vida por la Patria.

Ya conocéis el hecho, mas conviene recordarlo para que sirva a los vivos de ejemplo y de ofrenda a los muertos.

El cinco del último mes de Junio, un puñado de Soldados del citado Batallón, que distribuidos por parejas, custodiaban por este sitio la vía férrea, fueron de improviso atacados por una partida enemiga fuerte de dos mil hombres al mando de los Cabecillas Maceo y Rabí. Los soldados José Rama Varela y Antonio Cancela Romero, se batieron heroicamente sosteniéndose como centinelas en el puesto que se les confiara y en el que se les encontró acribillados de heridas de bala y machete demostrando el número de casquillos desparramados a su lado, que conocedores de su deber sabían morir matando. Señores, sobre los muros de este fuerte bien pudiera colocarse una inscripción a semejanza de la que se leía en la tumba del héroe de las Termópilas: ¡Viajero!, ¡detente y descúbrete! “La tierra que pisas es sagrada”.

Sea de hoy para siempre conocido este fuerte con el nombre de “Rama – Cancela”, nombre de dos héroes que pertenecieron a un cuerpo, cuya historia es tan antigua como brillante; que siempre comparte con sus compañeros del ejército las glorias y fatigas de nuestras campañas; sea este un monumento levantado a su memoria y un baluarte más de la integridad de la Patria, que si hoy se ve combatida por ingratos hijos, posee en cambio otros

como los señores Longoria y Beolas siempre propicios a todo noble intento coadyuvando a la empresa de pacificación de nuestro veterano General en Jefe, que personifica y representa las glorias de la Patria.

Vosotros, soldados, hijos de la invicta España, descendientes, de los que en extrañas tierras y en nuevos continentes tan alto colocaron el Lavaro santo de la Patria. Vosotros, que con vuestra juventud y fortaleza venís demostrando que ni el contrario clima, ni el excesivo trabajo logran abatir el temple de vuestro ánimo. Vosotros, siempre sobrios y sufridos, que con sangre escribís las brillantes páginas de la historia militar sin más recompensa que la íntima satisfacción del cumplimiento del deber; para vosotros sea este fuerte un monumento más levantado a conmemorar vuestras virtudes y este acto, que tanto simboliza, quede grabado en vuestros corazones.

El mío demuestra la emoción que me embarga al dirigirme a vosotros de quienes me siento satisfecho y orgulloso, porque os conozco y admiro y porque como vosotros visto el uniforme del militar español.

A tan sentidas como elocuentes frases contesta el diputado a Cortes señor Longoria diciendo:

Señores: después haber oído las galantes frases que ha dirigido, el distinguido Sr. Comandante General a la empresa del ferrocarril Gibara - Holguín, me veo en la imprescindible necesidad de tomar la palabra porque me honro en presidir dicha empresa, como también a las dos/ cultas(¿) poblaciones aludidas, por cuyos votos, me encuentro yo representándolas en un acto, como este, tan solemne, tan eminentemente español: Acto que se verifica para bendecir un nuevo baluarte donde, enhiesta, ondea la Bandera Patria, y conmemora de manera digna y gloriosa la heroicidad de dos soldados de Infantería de Marina, que regaron con su preciosa

sangre este mismo terreno que pisamos, y que sucumbieron, después de haber dado muerte a ocho enemigos de España y de la felicidad de la isla, soldados a los que acompañado del Señor Beola tuve el triste honor de dar cristiana sepultura en el cementerio de Auras rindiendo postrer tributo a los que murieron defendiendo los intereses de esta empresa.

La empresa del ferro-carril no ha hecho más que su deber pues todos los españoles estamos obligados a sacrificar vidas y haciendas en pro de la Patria: ese ejemplo nos dieron los soldados “Rama y Cancela” que supieron morir por no abandonar el puesto que se les había confiado.

Por amor a esa Bandera sacro-santa bajo cuyos pliegues nos cobijamos y que tratan de mancillar un puñado de obcecados, por el valioso concurso que prestaron los pueblos de Gibara y Holguín, es por lo que se ha contraído el “fuerte” que en este momento se inaugura.

Y finalizo exclamando: ¡Viva España!, ¡Vivan los soldados que saben sacrificarse por la Patria!, ¡Viva la paz tan anhelada y suspirada por todos!, ¡Viva el General Martínez Campos!, ¡Viva el General Echagüe!

El Comandante militar de la plaza de Holguín Sr. Coronel de Infantería de Marina D. Serafín de la Piñera contesta: Excmo. Señor, Dignísima Junta, Señores Jefes, Oficiales y Tropa:

¿Que corazón español no late de entusiasmo ante la solemnidad de este acto? La emoción me embarga, y mal deja expresar lo que deseo, y lo que debo decir como Jefe que representa aquí a la Infantería de Marina al honrarse hoy la memoria de dos soldados de este cuerpo.

Ahí yacieron sus cadáveres acribillados de gloriosas heridas. Esta respetable Junta a quien me dirijo se apresuró a solicitarlos y

recogerlos y a ella debieron tener en Auras elocuente manifestación de duelo y cristiana sepultura.

Dos nombres que en vida llevaron a la posteridad pasan enaltecidos por la voluntad de nuestro Ilustre General en Jefe y de nuestro entusiasta General del Distrito, almas privilegiadas y generosas que propicios siempre a cuanto puede de glorificar al soldado español, tanto honor han tributado a estos mártires del deber, que bastó para llenar sus tumbas y para enaltecer a todos sus compañeros.

Acción tan filantrópica y distinción tan señalada publicarlas debo, al hacer pública también mi gratitud profunda en nombre de la Marina, del Cuerpo y de las familias de “Rama y Cancela”.

En este fuerte, bendecido con tanta solemnidad y erigido por la iniciativa de un prestigioso General, por el patriótico desinterés de una valiosa empresa y por la inteligencia del ilustrado Cuerpo de Ingenieros en este fuerte, cimentado en la tierra que dos héroes regaron con su sangre, desde ahora tremolará la Bandera de la Patria inmortalizando los nombres de “Rama y Cancela” al igual que un buque de nuestra Armada ondea siempre el Pabellón Español perpetuando la memoria del soldado Martín Álvarez , último y heroico salvador del navío San Nicolás.

Soldados; al agregarse hoy a la historia de vuestro valor y disciplina una página tan gloriosa, unid vuestras voces a las de vuestros admiradores y resuenen potentes nuestros gritos de ¡Viva España!, ¡Viva el General en Jefe!, ¡Viva el General Echagüe!, ¡Viva la empresa de esta vía férrea!

El Señor Longoria, con marcada emoción, pide al Señor Comandante General se envíen a las madres de los soldados “Rama y Cancela” copia certificada del acta de la inauguración, expresa el deseo de que se le autorice hacer una suscripción pública a favor de dichas familias y pone a disposición del Coronel

de Infantería de Marina Señor Piñera, la cantidad de cien pesos para cada una de aquellas desconsoladas madres.

Aceptada la oferta y dadas las gracias por el General Echagüe, este señor sintetiza todos los vivas con el de ¡Viva el Rey! Dado con potente y varonil acento ¡Viva!, que como todos los anteriores es calurosa y entusiastamente contestado por los numerosos concurrentes al acto, así como por las tropas que formaban rodeando el fuerte y por las que ocupaban el llano y colinas.

Al toque de corneta comenzó el desfile de las tropas ante la lápida colocada en uno de los muros exteriores del fuerte en la que se leen los nombres “Rama – Cancela 1895”, y bajo la cual se celebró la misa por el Padre Capellán del 2º Batallón del Regimiento de La Habana D. Luis Escalona Esparraguera, en un Altar a cuyos lados se veían las banderas de los Batallones 2º del 2º de Marina, la del “Sicilia”, la del 2º del 3º de Marina y la del 2º Batallón del Regimiento de La Habana, y al que servían de escolta piquetes de los citados Batallones, así como los de Voluntarios de Holguín y de Gibara.

La artillería y los acordes de la marcha Real saludaron la Bandera al ser izada en el “fuerte”.

A tan solemne acto contribuyeron a darle esplendor el hermoso Cielo de Cuba, su ardiente (¿) sol y puso término, un rancho extraordinario dado a las fuerzas, obsequiadas por la directiva del ferro-carril siempre atenta y generosa, terminado el cual se retiraron a sus alojamientos.

Y para que conste y surta los efectos oportunos se levanta la presente acta acordada en el mencionado sitio, día, mes y año firmándola a continuación en los subsiguientes días en la Comandancia General de Holguín y Militar de Gibara extendiéndose por triplicado. =Acordada = Entre renglones, vale.

6 HOJAS DE FIRMAS.

En el Correo Gallego, el día 16 de septiembre de 1912, se recoge la noticia del Homenaje a los héroes gallegos Rama Varela y Cancela Rodríguez, en el Cuartel de Nuestra Señora de los Dolores, en Ferrol, de donde habían partido en 1895, dice así:

EN EL CUARTEL DE DOLORES

Como estaba dispuesto, ayer domingo, á las once de la mañana, se verificó en el cuartel de Dolores, la solemne ceremonia de descubrir la lápida conmemorativa del heroico hecho de armas realizado en la última campaña de Cuba por los soldados del 2º batallón, del 2º regimiento de Infantería de Marina, José Varela y Antonio Cancela Rodríguez.

Desde media hora antes de la designada para el acto, empezaron a llegar los numerosos invitados y sus familias, que eran recibidos, galantemente, en las puertas del edificio por una nutrida comisión de oficiales, presidida por el comandante Sr. Belando. El elemento femenino y los señores que no tenían designado puesto oficial ocuparon la extensa galería del primer piso.

Las escaleras de acceso á dicha galería, hallábanse artísticamente adornadas con trofeos militares y macizos de flores, revelando el buen gusto de la comisión designada al efecto. Las autoridades tanto militares como civiles se colocaron en el patio, frente al altar.

En los costados laterales formaron las tropas que asistían a la ceremonia, en el orden siguiente:

Compañía de Desembarco de la Escuadra./ Regimiento de Infantería de Marina./ Fuerzas de Artillería del Ejército./ Idem del Regimiento de Zamora./ Las bandas tomaron puesto en la parte fronteriza a la capilla./ Mandaba estas fuerzas el comandante de Infantería de Marina, D. Juan N. Jespe./ Presidió el acto el general

jefe del Apostadero, Excmo. Sr. D. Joaquín Barriere, que tenía a su derecha al Excelentísimo Sr. Gobernador Militar, general Esteban Ros, al Vicario castrense y el coronel de Infantería de Marina, señor Muñoz, y a su izquierda, el Vicealmirante jefe de la Escuadra, Excelentísimo Sr. D. Guillermo Camargo; Juez de primera instancia Sr. Togores; coronel de Artillería del Ejército y el del regimiento de Zamora./ En un extremo del patio, formando contraste con tan elevadas personalidades y con el brillo de los uniformes, se veían, rodeados de un grupo de oficiales de Infantería de Marina, unos viejos aldeanos gallegos que, con aspecto medroso y revelando en su cara el asombro que les producía cuanto estaban presenciando, acabaron por romper en sollozos que no pudieron contener durante el acto. Eran los padres de los soldados, cuya gloriosa muerte se iba a conmemorar, llegados la víspera de Coristanco y Laracha, aldeas de la provincia. (Imagen 3)/



Imagen 3: Padres de los soldados Rama y Cancela con las distintas autoridades en el Cuartel de Nuestra Señora de los Dolores.

/ Terminada la misa, el coronel Sr. Muñoz, previa la venia del general del Apostadero, se dirigió al pie de la lápida oculta hasta

aquel momento por la bandera nacional, y asió el cordón dispuesto a descubrirla. Las tropas presentaron las armas y las banderas dejaron oír la Marcha Real. Fueron unos segundos solemnísimos, verdaderamente emocionante./ La piedra quedó al descubierto, y el coronel Sr. Muñoz, dirigió á las tropas la alocución siguiente:/"Soldados:/ Con la venia de S.E. me permito este día memorable dirigiros la palabra porque se trata de dos soldados de este regimiento; de dos héroes que supieron con sus hechos legar sus nombres á la posteridad./ Se llamaban José Rama Varela y Antonio Cancela Rodríguez, nacidos en esta noble tierra gallega; pertenecían á la 2ª compañía del 2º batallón y su suerte los llevó á Cuba donde peleaban las fuerzas españolas en defensa de la integridad del territorio./ El día 5 de junio de 1895 recibieron orden, como otros muchos, de guardar en parejas uno de los pasos de la vía férrea de Gibara á Holguin, llamado "Piedra Picada", con la consigna de defender ese paso a toda costa./ Bien pronto las huestes enemigas capitaneadas por Maceo, que marchaban hacia el Occidente de la Isla, se presentaron á la vista de nuestros dos soldados que lejos de sentir temor alguno por el número de enemigos, que pasaban de 2000, empezaron rodilla en tierra á disparar sus armas haciendo morder el polvo á los más valientes y osados de los insurrectos./ -¡No tirad más! ¡Que vais á conseguir, desgraciados! ¡Rendíos y os perdonamos!, - les gritaban./ Pero esos soldados que hubieran podido retirarse al centro de que salieron destacados por que tenían asegurada la retaguardia y á su frente toda la insurrección, esos soldados que desoyeron las halagadoras voces del enemigo que les invitaba á vivir, siguieron disparando sus fusiles y defendiendo su puesto hasta consumir el último cartucho, cayendo después sin vida en el ingrato campo de la lucha./ ¡Epopéya sublime que escribieron con su sangre y sellaron con sus vidas los dos héroes humildes de la Infantería de Marina española!

¡Héroes cuyas almas volaron huidas á la altura en que sólo tienen asiento los espíritus elegidos por la Fama y por la Gloria!./ Rama y Cancela nos enseñan á todos como se debe morir por la Patria. ¡No lo olvidéis, soldados!/ Excmos. Señores, gracias en nombre del Cuerpo por la honra que le había dispensado con vuestra presencia en este acto; gracias á las autoridades civiles y gracias a todos. Gracias por último, al Excmo. Sr. capitán general de Valencia, general Echagüe, que en espíritu está entre nosotros como en otros tiempos lo estuvo en persona compartiendo con todos las fatigas y penalidades de campaña./ Y vosotros, nobles ancianos, venerables padres de nuestros héroes que desde vuestras escondidas aldeas habeis venido á presenciar la glorificación de vuestros hijos, sabed que sus nombres vivirán eternamente en la memoria de los buenos y que los pechos de todos los aquí reunidos, latiendo al unísono, cantan hoy y cantarán mañana la... (ilegible) ... ¡Viva España! ¡viva el Rey! ¡vivan el Ejército y la Marina!/(Imagen 4)



Imagen 4: Cuadro de José de la Guardia donde se representa la heroica gesta de los soldados Rama y Cancela

*Terminado el anterior discurso desfilaron las tropas por delante de la lápida, retirándose á sus cuarteles y barcos todas las fuerzas, excepción de las del regimiento de Infantería de Marina, que, acompañadas de la banda de música, cantaron el himno del regimiento, brillante composición del director de la misma, Sr. Baudot./ Finalizado el acto las autoridades y todos los invitados fueron obsequiados con dulces y champagne con la esplendidez que siempre demostró la brillante oficialidad del distinguido cuerpo de Infantería de Marina./ **En el cuarto de banderas, donde se había colocado de antemano, fue muy celebrado por todos el artístico cuadro que representa el heroico hecho de armas que se glorificaba** (Imagen 5), **debido al pincel del inteligente aficionado, capitán del cuerpo D. José de la Guardia.** Nuestros plácemes al inspirado artista./ Por la tarde tuvo lugar el rancho extraordinario con que se obsequió á las clases é individuos de tropa. He aquí el menú: Tortilla, Estofado, Empanadas de pescado, Vino, Queso, frutas, dulces, Tabaco./ **Las mesas fueron presididas por los padres de Rama y Cancela. Sobre ellas aparecían unos tarjetones con el anterior menú, hábilmente ilustrados por el pincel del capitán Sr. Solá, autor también del diseño de la lápida conmemorativa./ En el respaldo de los tarjetones aparecía la composición siguiente: / ¡Soldados: el alto ejemplo/ que os dieron Cancela y Rama/ es causa de que hoy la Fama/ en su honor levante un templo./ Grabad en vuestra memoria/ La hazaña de estos valientes/ Ya que a besar vuestras frentes/ Llega la luz de su gloria./ Por la noche dedicó el New England su función al brillante Cuerpo de Infantería de Marina y á los padres de los heroicos Rama y Cancela, á la que asistieron las fuerzas del regimiento y gran número de jefes y oficiales./ En suma: una fiesta de la que conservarán gratos recuerdos cuantos á ella concurrieron. El coronel del regimiento telegrafió dando cuenta del acto y ofreciendo su adhesión y respeto,***

en nombre propio y en el de todos los demás jefes y oficiales á sus ordenes, á las personalidades siguientes:/ Mayordomo Mayor de Palacio./Ministro de Marina./ Inspector General del Cuerpo./ General de la Brigada./ Capitán General de Valencia, Conde del Serrallo./ Coroneles del primer y tercer regimiento./ Nuestros plácemes más sinceros al coronel Sr. Muñoz y demás jefes y oficiales a sus órdenes.



Imagen 5: Vista del Patio de Armas del Cuartel de Dolores el Día de la Celebración del Homenaje a los Soldados Rama Y Canela, En La Esquina Superior Imagen de la Placa Conmemorativa.

En la Gaceta de Madrid, número 149 de 29 de Mayo 1913, en su página 590, se publica lo siguiente:

“REAL DECRETO/ A propuesta del Ministro de Marina, de acuerdo con Mi Consejo de Ministros,/ Vengo de autorizar al Ministro de Marina para presentar á las Cortes el adjunto proyecto de ley dispensando el plazo legal para instruir expediente de juicio contradictorio para otorgar la cruz de San Fernando á los soldados de Infantería de Marina José Rama Varela y Antonio Canela Romero./ Dado en Palacio a cinco de Marzo de mil novecientos trece./ ALFONSO.

Su Ministro de Marina,/ Amalio Gimeno./ Á LAS CORTES/ La Junta Superior de la Armada, en sesión celebrada en 12 de Agosto de 1911, acordó, por unanimidad, proponer la adopción de determinadas medidas para honrar la memoria de los soldados de Infantería de Marina José Rama Varela y Antonio Cancela Romero, consecuencia de cuyo acuerdo fué la Real orden de Marina de 21 del referido mes y año, en la que se dispone que dichos soldados pasen revista, perpetuamente en las filas de su Batallón, que se coloquen en los Cuarteles lápidas conmemorativas de la gloriosa muerte de ambos héroes y que se dé su nombre á uno de nuestros buques de guerra. Es decir, que quince años después del sacrificio de los malogrados soldados, el Estado, y en su representación la Marina, les tributó aquellos honores que podrían decretarse dentro de las limitadas facultades del Gobierno./ Con ello la Armada, al honrar la memoria de sus gloriosos servidores, pagó hasta donde sus recursos se lo permitían, la gratitud debía á los que con su sangre escribieron una de las más brillantes páginas de su Historia./ La épica lucha sostenida en 5 de Junio de 1895 por los soldados Rama y Cancela en Piedra Picada (Isla de Cuba), combatiendo contra 2.000 insurrectos, de los cuales recibieron gloriosa muerte después de quitar la vida á gran número de ellos./ Solos, en campo raso, sin escuchar las intimidaciones que el enemigo reiteradamente les hizo para que rindiéndose salvaran la vida, constituye una de las más grandes hazañas realizadas en las guerras de todos los tiempos é indudablemente merece la declaración hallarse comprendida en el título 4º de la Ley de 18 de Mayo de 1862, que trata “de las acciones heroicas”./ En la senda de la heroicidad el cumplimiento del deber, de la defensa de la Patria, del sacrificio por ella de la vida, no es posible llegar á más. No puede nunca calificarse de excesivo lo que se haga en honor de estes héroes, ni merece siquiera el dictado de justa

correspondencia, porque aquellos dieron por la Patria cuanto podían dar: su juventud, sus ilusiones, su porvenir, sus afectos, su vida entera./ Y en circunstancias tan elocuentemente reveladoras de su indomable entereza, de su fiera bravura, de su altivo y sereno espíritu, del ideal purísimo que inundó sus corazones y decidió su ánimo a inmolarse en beneficio y honra de España, que difícilmente se encontrará en la Historia y en lo porvenir quien encarne con mejores caracteres tipo igual de sublime abnegación y de tan acendrado patriotismo./ Conocían la inmensa superioridad del enemigo en la relación de uno á mil; no ignoraban que la muerte era inevitable de no entregarse; no podían impulsarles á mantener su actitud de obstinada é inútil resistencia la esperanza de obtener galardones y recompensa, no tanto por su humilde condición cuanto por la seguridad de que sucumbían en la tenaz lucha empeñada, y no obstante esto, desoyen las intimaciones de las fuerzas insurrectas, sostiénense en sus puestos, que defienden con tesón en campo raso, llegan á la lucha cuerpo á cuerpo, acaso ya heridos, y mueren macheteados por los secuaces de Maceo y Rabí, no sin dar muerte á ocho de ellos, cuyos cadáveres se encontraron en derredor suyo./ Trátase de un hecho cierto, real, apreciado ya por la Junta Superior de la Armada, conociendo en su ciencia(¿) y detalles y que consta, entre otros documentos, en el acta levantada con motivo de la inauguración del fuerte construido precisamente en el lugar en donde ocurrió este hecho, fuerte que se designó con los apellidos de estos dos soldados./ Mas como el artículo 21 de la referida Ley de 18 de Mayo de 1862 fija los plazos en que debe formarse el juicio contradictorio que ha de proceder á la concesión de las cruces de San Fernando:/ Considerando que si no hubieran ocurrido las circunstancias de ser muy lejano el teatro de las operaciones, hallarse las fuerzas muy diseminadas, distantes de su plana mayor y difíciles las comunicaciones, se hubiera solicitado para los

mencionados soldados de Infantería de Marina, Rama y Cancela, la cruz de la susodicha orden./ El Ministro que suscribe, de acuerdo con el Consejo de Ministros, tiene el honor de someter á la aprobación de las Cortes el siguiente proyecto de ley./ Madrid, 28 de Mayo de 1913.= Amalio Gimeno./ PROYECTO DE LEY/ Artículo único. Se prorroga el plazo que el Reglamento de la Orden de San Fernando concede para solicitar la formación de expediente á los soldados de Infantería de Marina José Rama Varela y Antonio Cancela Romero./ Madrid, 28 de Mayo de 1913.- El Ministro de Marina, Amalio Gimeno.

En relación a la concesión de la Cruz de San Fernando para estos dos soldados, hemos de aclarar que como resultado del juicio contradictorio celebrado para dictaminar si procedía o no conceder esa distinción, nunca les fue concedida, a pesar de que la documentación consultada apuntaba a que así había sido.

Reconocimientos en el siglo XX

En una fecha que no he podido determinar a día de hoy, el Ayuntamiento de Laracha colocó una placa en la casa en la que nació el soldado José Rama Varela en recuerdo y homenaje a su ilustre vecino (Imagen 6).



Imagen 6: placa conmemorativa colocada en laracha en homenaje al soldado José Rama Varela.

Entre los años 2001 y 2002, en la ciudad de Trebinje, en Bosnia y Herzegovina permanecieron diferentes batallones españoles de IFOR y luego de EUFOR, realizando misiones internacionales de paz. Una placa en el TEAR recuerda la importante labor llevada a cabo por estos

batallones, y en dicha placa figuran los apellidos Rama y Cancela (Imagen 7).



Imagen 7: Imagen de la placa conmemorativa que se encuentra en el Tercio de la Armada (San Fernando, Cádiz).

En el año 2008, el Ayuntamiento de Coristanco coloca un busto de su ilustre vecino Antonio Cancela Romero para que se conozca y no se olvide su historia.(Imagen 8). Tradicionalmente y como recuerdo de ambos héroes, una delegación formada por miembros de las diferentes corporaciones municipales participa en los actos solemnes que se celebran en el Cuartel de Dolores.



Imagen 8: Busto conmemorativo colocado en Coristanco en homenaje al soldado Antonio Cancela Rodríguez.

¿Qué podemos saber sobre los soldados del Tercio del Norte a través del estudio de la documentación de su Archivo y cuál es su interés para el estudio de la Historia Contemporánea?

El trabajo y el estudio de los expedientes de filiación nos acercó a otra realidad y nos hizo plantearnos lo que hasta ese momento creíamos saber sobre la Guerra de Independencia de Cuba y el desastre del 98.

Quisimos estudiar y analizar los datos que ofrecían otras fuentes, y sobre todo conocer primero a la persona, y después al soldado, que era enviado a cumplir con su deber en las colonias de Ultramar.

La lectura de aproximadamente 6900 expedientes nos ha proporcionado una serie de datos totalmente objetivos que, a nivel general, pueden ayudarnos a conocer quiénes eran los soldados que convivieron en el Cuartel de Nuestra Señora de los Dolores, pertenecían al Tercio del Norte de Infantería de Marina en un período comprendido entre los años de 1870 y 1900.

Hoy quiero compartir con vosotros algunos de ellos, pero estoy segura de que un trabajo interdisciplinar podría ofrecer datos todavía más completos e interesantes.

A partir de los listados proporcionados por la Base de Datos que diseñamos específicamente para recoger los aspectos que nos resultaban más interesantes, realizamos una serie de gráficos que nos permitieron saber cuál era la Comunidad Autónoma de Procedencia más habitual (Gráfico 1); el resultado arrojado fue el que esperábamos; como no podía ser de otra forma, la mayoría de los jóvenes reclutados procedían de las provincias del Norte de la Península, siendo Galicia (3.078) la Comunidad Autónoma que más jóvenes aportaba al conjunto de los que entraban a formar parte de la Infantería de Marina en Ferrol, seguida del País Vasco (1.023), Cantabria (788), Asturias (644) y Castilla y León (431).

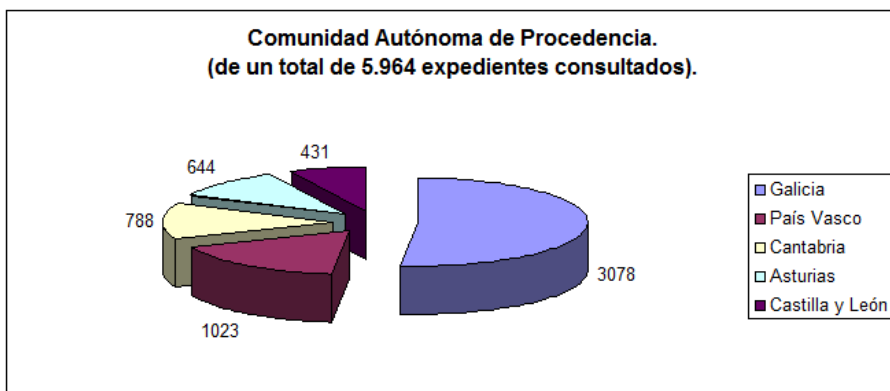


Gráfico 1

Ante ésta realidad decidimos profundizar un poco más y empezamos a realizar el cómputo teniendo en cuenta la provincia de origen (Gráfico 2). A partir de los 3.078 expedientes con los que podíamos trabajar empezamos una nueva cuenta, nuevamente los datos arrojados no supusieron ninguna sorpresa, era la provincia de A Coruña (con 1.240) la que más contingente aportaba, seguida de Pontevedra (817), Lugo (549) y finalmente Ourense (472).

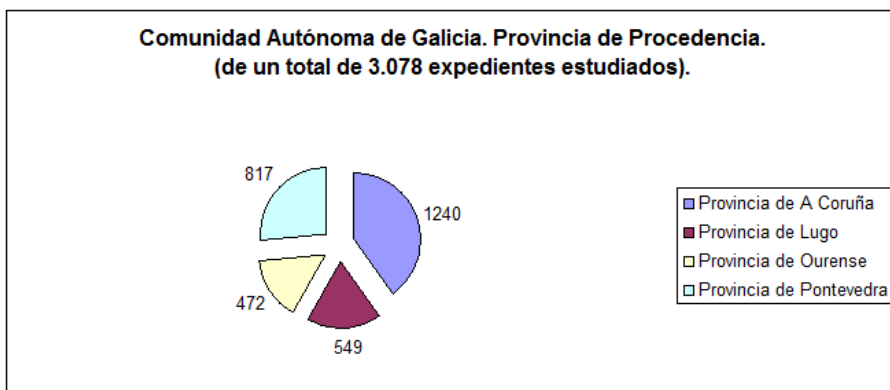


Gráfico 2

Una vez conocida la procedencia decidimos establecer otros parámetros para poder seguir conociendo más sobre los soldados que entraban a formar parte del Tercio del Norte.

Hemos considerado interesante establecer el grado de alfabetización de los jóvenes teniendo en cuenta su procedencia social (Gráfico 3). La mayoría de los muchachos que llegaban al Cuartel de Dolores estaban alfabetizados; de un total de 6.858 expedientes revisados, más de la mitad, 3.728, nos indican sin lugar a duda que los reclutas sabían leer y escribir; mientras que podemos saber que 1.982 no estaban alfabetizados. Desconocemos el grado de alfabetización de 1.148 jóvenes al no estar especificado en su expediente de filiación.

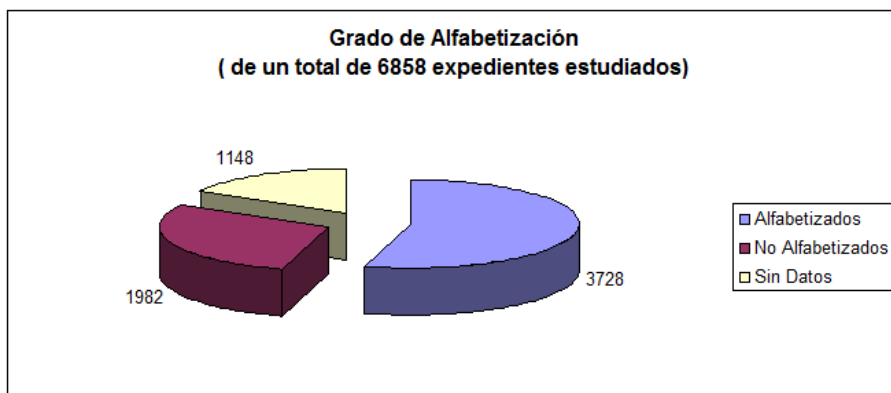


Gráfico 3

Determinado éste parámetro nos pareció interesante estudiar el oficio o la profesión a la que se dedicaban los jóvenes (Gráficos 4 y 5). De un total de 6.387 expedientes consultados, podemos concluir que el oficio o profesión más habitual entre los jóvenes era el del labrador (con 4.009 individuos), seguido de jornalero (1.065) y trabajador del campo en general (93); la relación de éstos oficios y el número de jóvenes que

se dedicaban a ellos no resultó demasiado llamativo teniendo en cuenta la procedencia más bien rural de los muchachos.

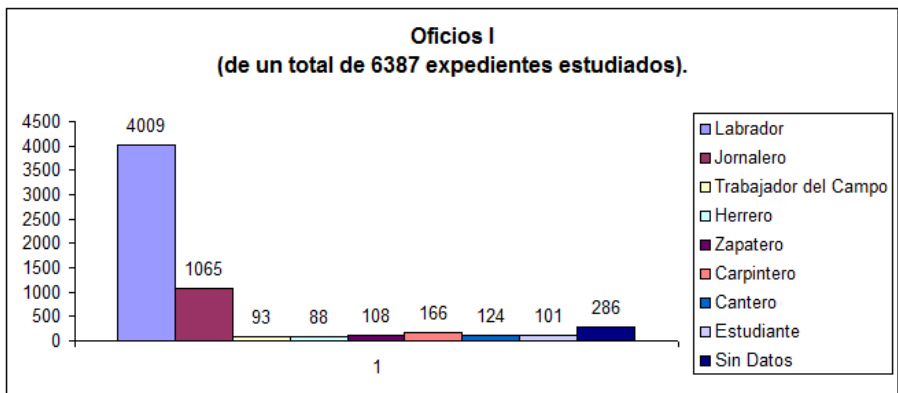


Gráfico 4

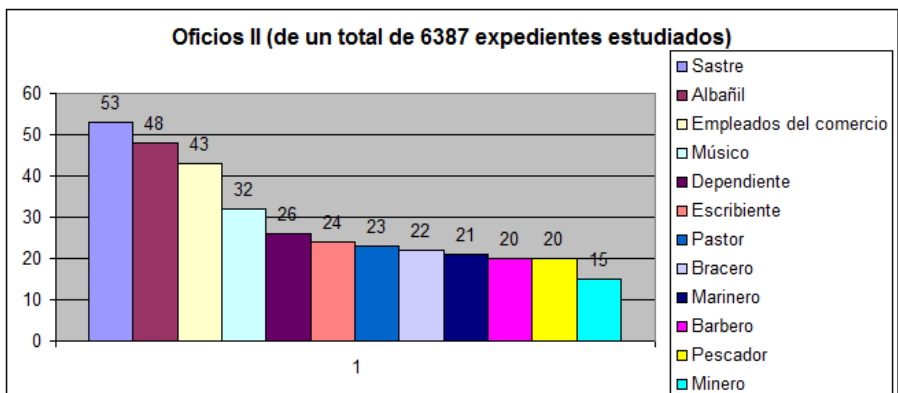


Gráfico 5

Poder contar con los expedientes de filiación nos permite conocer una enorme cantidad de datos susceptibles de estudio, como por ejemplo la parroquia o el municipio del que eran naturales, el nombre de sus padres, o de su madre en caso de ser hijo de viuda o soltera (cosa relativamente habitual), su estado civil (la mayoría solteros), la religión que profesaban (Católicos, Apostólicos y Romanos

exclusivamente), incluso sus señas físicas, lo que resulta realmente interesante si tenemos en cuenta que no era habitual fotografiarse en aquella época.

Sabemos que muchos de los jóvenes tenían sus rostros marcados de viruela o por algún tipo de cicatriz que le caracterizaba, e incluso podemos conocer su altura. Todos estos datos son de gran valor si queremos hacer un estudio antropológico, eso sin duda, sería un interesantísimo tema de trabajo para los profesionales especializados en ese campo. En la revisión que hemos hecho sobre los datos relativos a la altura (Gráfico 6), el resultado nos ha sorprendido, puesto que son varias las fuentes consultadas en las que se habla de la necesidad de recortar los fusiles debido a la estatura de los soldados. Lo que podemos afirmar es que el gráfico que proponemos responde fielmente a los datos que hemos recogido de los expedientes de filiación, sin poder explicar el motivo por el que la altura resulta relativamente elevada, entre 1,60 y 1,70 mts, si lo ponemos en relación con la media general.

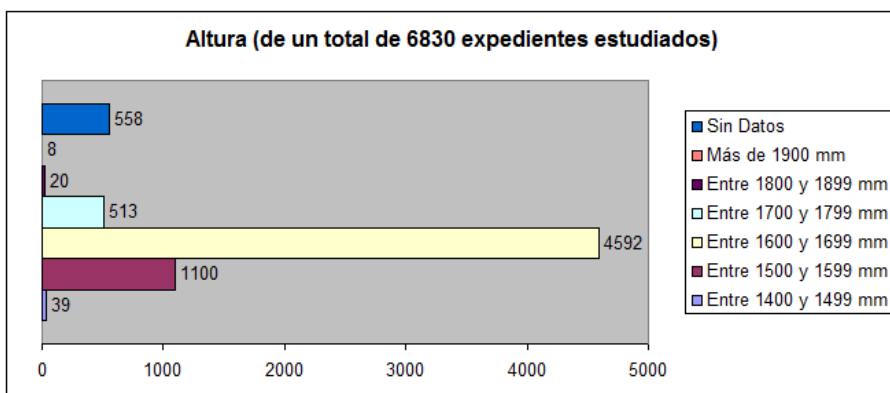


Gráfico 6

Además de éstos datos de carácter más personal, los expedientes de filiación también nos ofrecen datos de lo que sería su “vida militar”, las campañas en las que participan fuera o dentro de la península, los lugares en los que prestan servicio, los méritos que se les conceden o las condecoraciones que reciben, o el grado que llegan a alcanzar dentro del propio cuerpo militar, etc.

Como hemos dicho todos ellos son datos que contienen un gran valor histórico pero que todavía requieren un estudio en profundidad y de los que aquí sólo mostramos una pequeña parte.

Hemos hecho también un estudio y una relación de las patologías más habituales o las enfermedades que padecían, así como de las causas de fallecimiento. En éste caso la mayoría de las defunciones, sobre todo en las campañas que se llevaban a cabo fuera de la península, eran las enfermedades todavía desconocidas o poco habituales, algo que tampoco nos resultó demasiado extraño teniendo en cuenta que apenas tenían tiempo a aclimatarse a sus nuevos destinos. Realmente soldados fallecidos por herida de arma de fuego había relativamente pocos, si bien es cierto que en algunos casos el fallecimiento se producía en los hospitales debido a las escasas condiciones higiénicas que reunían éstos lugares.

Otro de los datos que nos ha parecido interesante investigar, aunque sólo fuese para poder hacer un listado, fue el nombre de los barcos en los que se desplazó contingente a Ultramar y el tipo de embarcación de que se trataba.

Conclusiones

La historia de lo que aconteció en Piedra Picada el día 5 de junio de 1895 es ampliamente conocida por todos aquellos que forman parte de la Infantería de Marina. A día de hoy todavía son recordados y su figura evoca valor, entrega, compañerismo, lealtad... en fin, todos aquellos valores que encarnan los que vistieron el uniforme de franjas y sardinetas. Para mí, y para muchos de mis compañeros y profesores, este acontecimiento, uno más de la guerra de Cuba, pasó totalmente inadvertido hasta el año 2008. Poder trabajar con los expedientes de filiación de estos soldados, y de los que les acompañaron en ese día, supuso un aliciente importante a la hora de dar a conocer su historia, que no es más que la historia de un fracaso, pero de un fracaso colectivo como muchos otros que nos dejó la pérdida de las colonias. Creo que es justo hacerlo; y es justo porque estoy convencida de que esa guerra pudo haberse evitado, y con ella el envío de soldados, de muchachos que se enfrentaron a enemigos, muchas veces invisibles, para defender los intereses de otros que estaban en la península preocupados de no perder su estatus, su capital y su fuente de ingresos. Creo que es justo poner sobre la mesa la incapacidad de los políticos para llegar a un acuerdo y conceder esa autonomía a quien la estaba pidiendo, conscientes de que la metrópoli era una pesada carga que tenían que soportar y que no les permitía crecer. Tal vez a nuestros gobiernos, o a nuestros gobernantes les faltó el valor que estos jóvenes sí tuvieron. Por ello es justo recordarles.

Once años de trabajo con los expedientes de muchos de los soldados que desde el Cuartel de Nuestra Señora de los Dolores, en Ferrol,

partieron hacia la Isla de Cuba nos permite empatizar, conocerles y sobre todo sentir un profundo respeto hacia todos ellos. En este artículo no sólo os dejamos su historia, abrimos un amplio campo de trabajo, importantísimo para llegar a conocer más sobre la Guerra de Cuba y sobre todo, sobre el contingente de soldados que eran enviados a defender a su patria en un momento especialmente conflictivo para la Historia de España. Os invito a que os acerquéis a esta documentación y entre todos podamos ir completando esas partes de nuestra historia que están, a veces, en el lugar más insospechado.

Bibliografía.

- ALONSO BAQUER, M (1989); “La reforma militar del siglo XIX”, en *Militaria*. Revista de Cultura Militar, nº 1, pág 15-26. Universidad Complutense. Madrid.
- BELLO PLATAS, A.I (2017); *Los soldados del Tercio Norte y las tres Españas en la Guerra de Cuba*. Servicios Gráficos.
- BIZCARRONDO, M (1999); “El Autonomismo cubano 1878- 1898: Las ideas y los hechos”, en *Historia Contemporánea*, 19. P. 69-94.
- CAMACHO NAVARRO, E (Coord) (2002); *Siete vistas de Cuba: interpretaciones de su independencia*. Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. Universidad Nacional Autónoma de México. México
- FERNÁNDEZ BASTARRECHE, F (1978); *El ejército español en el siglo XIX*. Siglo Veintiuno de España Editores s.a.
- FLORES, E.A. (1895); *La Guerra de Cuba (apuntes para la Historia)*. Madrid. Tipografía de los hijos de M.G. Hernández.
- FRANCO PÉREZ, A.F (2004); “Cuba y el Orden Jurídico Español del Siglo XIX: la Descentralización Colonial como estrategia y táctica Jurídico- Política (1837- 1898)”, en *Historia Constitucional*, nº 5.
- GARCÍA RAMOS, A, y CIFUENTES PEREA, J. L; “Los enfermos. La otra cara de la guerra de Cuba”, [en línea] www.academia.edu y en <https://studylib.es/doc/6939616/los-enfermos.-la-otra-cara-de-la-guerra-de-cuba>

- GELPÍ Y FERRO; G. (1872); *Album histórico fotográfico de la Guerra de Cuba desde su principio hasta el reinado de Amadeo I.* Habana. Imprenta “La Antilla” de Cacho Negrete.
- GOMEZ, María Luz (2016); *Jenaro, los suyos y la guerra de Cuba.* Ed. Megustaescribir.
- Historia Gráfica del Cuartel Nuestra Señora de los Dolores. 1771-2005.* (2006). Servicio de Publicaciones de la Armada. Ferrol. 1ª Edición.
- LLOFRIU Y SAGREDA, D.E. (1870); *Historia de la insurrección y Guerra de la Isla de Cuba.* Tomo II. Madrid. Imprenta de la Galería Literaria.
- LLOFRIU Y SAGREDA, D.E. (1872); *Historia de la insurrección y Guerra de la Isla de Cuba.* Tomo IV. Madrid. Imprenta de la Galería Literaria.
- MENA MELERO, de A.J. (2009); *El Tercio Norte de Infantería de Marina desde 1771. Valor y Disciplina.* Diputación de A Coruña y Ministerio de Defensa.
- MESÍA, L (1912); *A los Excmos. Sres. D. José Pidal y Rebollo, Ministro de Marina, y D. Manuel del Valle y Gutiérrez, General de División é Inspector General del Cuerpo de Infantería de Marina.*
- MONTERO, M (2015); *Las Guerras de Cuba y Filipinas contadas por soldados del pueblo. Cartas de Baracaldo.* Ediciones Beta III Milenio, S.L. Bilbao.
- MORENO FRAGINALS, M, et alii (2000); *Cien años de historia de Cuba (1898- 1998).* Editorial Verbum.

- NAVARRO GARCÍA, L; La última campaña del general Martínez Campos: Cuba, 1895. [en línea] <http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/233/237>
- O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, H (1999); *La infantería de Marina Española. Historia y Fuentes*. Editado por la Empresa Nacional Bazán de Construcciones Navales Militares S.A.
- PÉREZ DELGADO, R. (1976); *1898 El año del desastre*. Ediciones Giner.
- PERINAT MAZERES, S. (2002); *Las guerras mambisas*. Barcelona. Ediciones Carena.
- RIVAS FAVAL, J. E (1961); *Historia del Cuerpo de Infantería de Marina*, por Francisco de Paula y Amieba. Año 1813. Imprenta Tercio Norte de Infantería de Marina.
- ROBLES MUÑOZ, C; El horizonte europeo de la guerra de España en Cuba (1896- 1898), [en línea] <http://digital.csic.es/bitstream/10261/17068/1/219.pdf>
- ROLDÁN DE MONTAUD, I. (2000); *La restauración en Cuba: el fracaso de un proceso reformista*. Colección Tierra Nueva e Cielo Nuevo. 40. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Centro de Humanidades. Instituto de Historia. Departamento de Historia de América. Madrid.
- SAGRA, R de la (1831); *Historia Económico- Política y Estadística de la Isla de Cuba ó sea de sus progresos en la población, la agricultura, el comercio y las rentas*. HABANA. Imprenta de las Viudas de Arazoza y Soler, impresoras del Gobierno y

Capitanía General, de la Real Hacienda y de la Real Sociedad
Patriótica por S.M.

SOROA Y FERNÁNDEZ DE LA SOMERA, J. M^a de; (1898);
*Fortificación de Campaña y permanente, puentes, minas y
castrametación.* 4^a Edición. Madrid. Establecimiento
Tipolitográfico de J. Palacios.

HISTORIA CONTEMPORANEA

Coordinador

Dr. Emilio de Diego García

LA BATALLA DE VITORIA, DEL CONTEXTO ESTRATÉGICO A LA RESOLUCIÓN TÁCTICA

THE BATTLE OF VITORIA, FROM THE STRATEGIC CONTEXT TO THE TACTICAL RESOLUTION

Coronel José Pardo de Santayana

Ejército de Tierra

Resumen:

Tras la debacle de Rusia, el emperador de los franceses decidió levantar un nuevo ejército para dirigirse con él a Centroeuropa. Frente a él se organizó una nueva coalición impulsada con el dinero de Londres. Las fuerzas imperiales en la península quedaron a la defensiva con la misión de emplear el invierno, a la espera de la ofensiva de primavera de Wellington, para combatir a las fuerzas guerrilleras del norte. Los retrasos se acumularon, las divisiones destacadas no volvieron a tiempo y, cuando por fin se produjo la ofensiva aliada, la fuerza imperial tuvo que replegarse hasta el Ebro sin poder presentar batalla. Wellington, que había diseñado una estrategia de inspiración logística, pudo avanzar sin contratiempos hasta el noroeste de Burgos y enlazar con el puerto de Santander. El rey José, dubitativo e incapaz de entrar en comunicación con el ejército imperial del Norte, se replegó a la Llanada Alavesa sin desplegar adecuadamente para presentar batalla. El generalísimo inglés vio la oportunidad y se lanzó como un leopardo sobre su presa, envolviendo a su oponente por la izquierda, cortándole así la retirada por la carretera de Francia. La fuerza imperial estuvo muy cerca de ser completamente envuelta y destruida, pero unos fallos de coordinación del ala izquierda aliada lo impidieron. El ejército del hermano de Napoleón se retiró hacia Pamplona abandonando toda la artillería, los carrromatos y el tesoro.

Palabras clave:

Guerra de la Independencia, Napoleón, rey José, Wellington, Zar, batalla de Vitoria, guerrilla del Norte.

Abstract

After the Russian debacle, the emperor of the French decided to raise a new army to go back to Central Europe. In front of him, a new coalition was launched driven by London money. The Imperial forces in the Peninsula remained on the defensive with the mission of employing winter, waiting for Wellington's spring offensive, to combat the guerrilla forces of the north. The delays accumulated, the advanced divisions did not return in time and, when the allied offensive finally took place, the imperial force had to retreat to the Ebro river without being able to present a battle. Wellington, who had designed a logistic-inspired strategy, was able to proceed smoothly to the northwest of Burgos and link up with the port of Santander. King Joseph, hesitant and unable to communicate with the imperial army of the North, retreated to the "Llanada Alavesa" without properly deploying to fight. The English generalissimo saw the opportunity and threw himself like a leopard on his prey, enveloping his opponent on the left, thus cutting him off on the road to France. The imperial force was very close to being completely enveloped and destroyed, but a failure of coordination by the allied left wing prevented it. The army of Napoleon's brother withdrew to Pamplona, abandoning all artillery, chariots and treasure.

Key words:

Peninsular War, Napoleon, King Joseph, Wellington, Tsar, Battle of Vitoria, Northern guerrilla.

Introducción

El 21 de junio de 1813 la Llanada Alavesa, a las puertas de la ciudad de Vitoria, fue testigo de la batalla que acabó con el dominio napoleónico en España. Aquella humillante derrota tuvo también graves consecuencias para el emperador de los franceses que tras la debacle de Rusia se tuvo que enfrentar a una nueva coalición. La batalla de Vitoria fue la culminación de una prolongada campaña que se extendió a lo largo de toda la primera mitad de 1813. Para el rey José estaba en juego su trono en España, para los británicos se trataba de poner en apuros a Napoleón y contribuir con ello al triunfo de la 6.^a coalición, para los españoles era una cuestión de supervivencia nacional.

La Francesada (1808-1814) había puesto a prueba a Napoleón y a su poderoso ejército. La intervención en España, que inicialmente le pareció “un juego de niños” (GALLO, 2004, p. 474), terminaría resquebrajando el sistema imperial de dominio sobre toda la Europa continental que con tanta habilidad había sabido poner en pie. La “ulcera española”, al poner en entredicho el mito de invencibilidad de sus ejércitos y presentarle como un opresor, debilitó el prestigio del emperador tanto dentro como fuera de Francia y propició que sus enemigos volvieran a levantarse contra él, primero Austria en 1809 y después Rusia en 1812.

El general Roguet, que mandó una división de la Joven Guardia en España, lo describió de la siguiente manera: “Las coaliciones y sus ejércitos no habían sido para el Emperador más que ocasiones para nuevos triunfos, y hasta 1808 uno se preguntaba quién podría resistirle.

Sin embargo, como todo lo que es humano, una tal fortuna podía tener su término; ella embarrancó delante de un pueblo sin gobierno, sin ejércitos y casi olvidado en el extremo de Europa, pero animado de un patriotismo siempre irresistible. (...) Ese cáncer sostenido por Inglaterra alteró nuestra organización, nuestra disciplina, nuestro prestigio y la entera confianza que nos había valido tantos éxitos; aquel nos recordó la derrota, olvidada desde el Consulado” (ROGUET, 1865, p. 278).

La peculiaridad de la guerra de la Independencia hace que el estudio de esta campaña de 1813 desde su concepción estratégica hasta su desenlace en el campo de batalla requiera un enfoque distinto al de las tradicionales campañas napoleónicas. La prolongación en el tiempo, las pasiones enfrentadas, el número y variedad de actores presentes y la misma naturaleza compleja de aquella contienda así lo exige.

El pensamiento de Carl von Clausewitz, el gran pensador militar prusiano contemporáneo de dichos sucesos, y cuya teoría se inspiró en no poca medida en ellos, nos puede ayudar a su comprensión. Este consideraba que la guerra es esencialmente un acto político y que ha de ser interpretada según la relación dialéctica de los tres factores que en ella intervienen: la pasión del pueblo, la competencia de los generales y de sus ejércitos y el liderazgo político. El protagonismo de la pasión popular es el elemento netamente distintivo de la Francesada en relación con las otras campañas napoleónicas.

Las batallas únicamente se entienden plenamente cuando se estudian en su contexto estratégico y en función de las operaciones en las que estas se enmarcan. En muchos casos, esta y otras batallas se suele presentar sin una integración suficiente tanto desde el punto de vista

estratégico como operativo. La batalla de Vitoria es además un ejemplo paradigmático de la estrechísima interrelación de los planos táctico, operativo y estratégico en un proceso particularmente fluido. Además, los autores británicos suelen pasar por alto la importancia que tuvo en el resultado de la batalla la actuación de las tropas españolas de origen guerrillero del entorno geográfico donde se dio la batalla. Esta ponencia pretende aportar luz en ambos sentidos.

Antecedentes

La prolongación de la guerra en España terminó creando graves problemas al sistema imperial napoleónico obligado a mantener allí un poderoso ejército que a finales de 1811 llegó a superar los 350 000 hombres. El zar empezó a dar claros signos de ruptura con el emperador de los franceses. Alejandro I afirmaba: “si España ha sido capaz de resistir durante tanto tiempo, cómo no vamos a ser nosotros capaces de plantar cara a Napoleón, siendo Rusia mucho más extensa y contado con un largo y duro invierno”.

En 1812 Napoleón Bonaparte puso en pie el ejército más grande que hasta entonces había visto la historia y se dirigió contra su díscolo amigo ruso, dispuesto a darle una lección que esta vez no olvidara. La suerte de Europa y también la de España habría de decidirse en las inabarcables llanuras del este de Europa. La península Ibérica quedó como un teatro secundario que retenía fuerzas y seguía desgastando la valiosa máquina militar napoleónica.

La campaña rusa de 1812 se convirtió en una debacle que destruyó la mayor parte de la *Grande Armée* durante la retirada. Sin embargo, al

llegar a París el 18 de diciembre, Napoleón se puso inmediatamente manos a la obra para levantar un nuevo ejército y dirigirlo contra Centroeuropa.

Entre tanto, en el verano de 1812, Wellington había hecho una incursión en el valle del Duero que, tras la victoria de los Arapiles, le llevó hasta Madrid y Burgos. El rey José con el ejército del Centro se había retirado a Valencia. Soult, al mando del ejército del Mediodía, se había visto forzado a abandonar Andalucía también con destino a Valencia. A continuación, la reacción concertada de los ejércitos imperiales empujó a Wellington de vuelta a Portugal.

El 19 de noviembre, el ejército aliado había llegado a las puertas de Ciudad Rodrigo extenuado y con muchas bajas. El 3 de diciembre el rey hacía de nuevo su entrada en Madrid y 31 el dispositivo imperial ya se encontraba en posición: mientras el ejército de Portugal cerraba el paso de las fuerzas de Wellington hacia la Meseta Norte, el del Mediodía cubría todo el flanco sur de ataques por el valle del Tajo o desde Andalucía y el del Centro estaba acantonado a retaguardia de ambos. Los franceses habían obtenido un gran triunfo. El rey tenía la esperanza de poder reconquistar Andalucía en cuanto su hermano le enviara refuerzos.

Por entonces, lo más urgente era volver a restablecer el contacto con Valencia, para recuperar las fuerzas y el séquito real que habían quedado allí. José sabía, no obstante, que tenía graves problemas: estaba sobreextendido en un territorio cada vez más hostil, había perdido el poco apoyo popular que le quedaba y las fuerzas insurrectas le estaban creando a Caffarelli, comandante del ejército del Norte, verdaderos

quebraderos de cabeza. El Ejército imperial disponía de unos 200.000 combatientes: una fuerza muy respetable si estaba concentrada, pero insuficiente para ocupar una zona tan extensa del territorio español. Convenía retirarse de la Meseta Sur, incluido Madrid, y aprovechar el invierno para concentrar fuerzas contra la guerrilla del norte. Pero razones de orden político le inclinaron a mantener ocupado el máximo territorio, incluyendo la propia capital. Las consideraciones políticas y la esperanza de un futuro refuerzo le hicieron perseverar en sus criterios contra los consejos de sus subordinados (SARRAMON, 2013, p. 42). Esta era la situación cuando llegó a España la noticia de la derrota de Napoleón en Rusia.

Situación estratégica al inicio de 1813

Teatro europeo

La situación de Napoleón aunque grave no era desesperada. El tiempo había de jugar un papel protagonista. La clave descansaba en la mayor o menor solidez de los vínculos imperiales y de su sistema de alianzas. Austria había retirado sus fuerzas al emperador y mantenía una actitud de neutralidad. Prusia, en plena ebullición, daba claros signos de ruptura. Inglaterra impulsaba una nueva coalición ofreciendo importantes subsidios económicos (BRITT, 1936, pp. 127-128).

Solo 30 000 soldados imperiales, de los 400 000 que habían cruzado el río Niemen habían conseguido volver de Rusia. Estos, sumados a los que habían quedado a retaguardia, se retiraron a la línea Danzig-Breslau al mando de Eugenio de Beauharnais para contener el avance de las tropas de Kutuzov. En primavera una nueva campaña habría de

ocuparse de los rusos. Para ello Napoleón tenía que poner en pie un ejército de 350 000 hombres.

A mediados de enero de 1813 el Zar decidió pasar a la ofensiva y sus tropas invadieron Polonia. Las fuerzas napoleónicas, amenazadas y rodeadas en territorio hostil, se vieron obligadas a replegarse. El 10 de febrero las tropas prusianas iniciaron su movilización y el 16 de marzo dicho reino declarararía la guerra al Emperador. Eugenio de Beauharnais se retiró detrás del río Elba. Napoleón tuvo que adelantar su reacción ofensiva y el 15 de abril partió de París dispuesto a presentar batalla.

Teatro peninsular

Los tres grandes actores de aquella guerra no podían tener circunstancias más distintas: Gran Bretaña había recobrado el espíritu de lucha y estaba dispuesta a pasar a la acción. Contaba en la península con una fuerza expedicionaria experimentada y bien dirigida que llegaría a los 80.000 hombres, con una admirable coherencia y unidad de acción tanto estratégica como operativa.

La causa patriótica presentaba un panorama dispar. Después de cinco años de guerra la porción más rica del territorio nacional estaba en manos imperiales, la economía⁴⁵⁰ y la industria se encontraban muy deterioradas, los territorios americanos de ultramar bullían en plena efervescencia independentista, el hambre se había generalizado, la

⁴⁵⁰ En 1812 la totalidad de los ingresos del erario público patriótico se había reducido a 138.000.000 reales, un tercio de lo que habían sido en 1810. En 1810 alcanzaban los 407.700.000 reales y en 1811 201.600.000 reales. (DE DIEGO, 2008, p. 158).

población estaba exhausta, exasperada y únicamente la esperanza de una pronta liberación ponía una nota positiva en el conjunto.

La profunda división ideológica que el proceso constituyente había generado debilitó aún más la eficacia de la Regencia que, preocupada por la penuria de la población e intentando que la constitución se empezara a cumplir, no atendía suficientemente las necesidades militares y que, sin embargo, organizó una fuerza militar de unos 180.000 efectivos, mayor que la que podía sostener. Las cortes habían propuesto a Wellington como generalísimo de los ejércitos españoles, lo que se tradujo en una implicación aún menor de la Regencia en los asuntos de la guerra. El general Ballesteros, que mandaba la mejor fuerza militar de que disponía España, se negó a acatar la controvertida decisión, con lo que quedó neutralizado el ejército de Andalucía.

Frente a los aliados se encontraba un oponente imperial mal liderado y estratégicamente aturdido por un Emperador que seguía dirigiendo desde la distancia los acontecimientos españoles mientras luchaba contra una nueva coalición en condiciones casi sobrehumanas.

Napoleón hubiera necesitada apremiantemente las tropas desplegadas en España. Sin embargo, consideraba que ante los príncipes alemanes que todavía estaban de su lado no podía dar signos de debilidad, retirándose de gran parte de España o firmando con ella la paz.

Después de su incursión fallida de 1812, se esperaba que Wellington lanzara una nueva ofensiva en la primavera de 1813. Antes no era posible ya que debía esperar a las lluvias para que los numerosos caballos de su ejército encontraran hierba verde en su camino. No

obstante, existía una duda: ¿Qué haría Gran Bretaña?, ¿mantendría su ejército en la península o acudiría al norte del continente para luchar más cerca de los aliados de coalición? Esto podía cambiar por completo las circunstancias del teatro estratégico español.

Al emperador le preocupaba seriamente la situación en las provincias del norte. Las tropas de origen guerrillero, apoyadas por la marina británica, habían ganado la iniciativa: Santander había tenido que ser abandonada en agosto de 1812, Bilbao estaba constantemente amenazada, la plaza de Santoña se encontraba sitiada por tierra y mar, Castro Urdiales y Bermeo estaban en manos patrióticas, amenazando el cabotaje que abastecía Santoña, Pamplona, vigilada de cerca por Espoz y Mina, solo podía ser abastecida con potentes convoyes enviados desde Francia, la línea de comunicaciones con París sufría constantes interrupciones entre Irún y Burgos (OMAN, 2005, p. 252).

Planes para la campaña

Plan francés

Sin esperar a conocer el designio estratégico de Londres, Napoleón decidió concentrar solo parcialmente sus fuerzas en la península, sin abandonar el valle del Duero y retirar de España únicamente 20 000 hombres de las mejores tropas, necesarios para contribuir a levantar un nuevo ejército que se dirigiera a Alemania. Con una estrategia defensiva, el asunto español debía esperar a la resolución de las operaciones en Alemania.

Para oponerse a la esperada ofensiva de Wellington en mayo, el rey José debía transferir su cuartel general a Valladolid, ciudad más cercana

a París y mejor centrada en el despliegue, y concentrar los tres ejércitos del Mediodía, del Centro y de Portugal en un frente más corto en la línea Benavente-Salamanca-Madrid. El invierno debía ser utilizado para enviar divisiones de refuerzo al norte de España y pacificar dicha región. Una vez la situación restablecida, las divisiones allí destacadas debían volver para estar en condiciones de oponerse a las fuerzas de Wellington. Esto permitiría también que una parte del ejército del Norte estuviera en condiciones de reforzar a los otros tres durante la ofensiva aliada (SARRAMON, 2013, p. 42). Por último, el ejército de Aragón y Cataluña, a las órdenes del mariscal Suchet, debía limitarse a mantener su propio territorio.

Plan aliado

El gobierno británico era partidario de haber enviado al norte de Europa la fuerza expedicionaria presente en la península, lo que ayudaba a impulsar la nueva coalición en un momento muy delicado. Sin embargo, prevaleció el criterio de Wellington que consideraba que allí se corrían mayores riesgos y que tenía gran confianza en obtener un importante éxito en España (OMAN, 2005, pp. 216-217). Sin embargo, existía el peligro de que, cuando se iniciara la ofensiva peninsular, el emperador ya se hubiera impuesto en Alemania.

El plan de Wellington era esencialmente de inspiración logística, determinado por la penosa retirada desde Burgos del año anterior. Sus tropas eran abastecidas principalmente por mar desde Inglaterra a través de los puertos de Lisboa y Oporto. Cuanto más avanzaba en territorio español, más se alargaban sus líneas de comunicaciones.

La fuerza principal de Wellington debía avanzar en dos grandes columnas, la más potente de las cuales cruzaría el Duero por el interior de Portugal para marchar a través de una región con muy malos caminos y entrar en España por la provincia de Zamora; la segunda, con la que marcharía inicialmente el general en jefe, se dirigiría a Salamanca siguiendo la ruta por la que le esperaban los franceses. Era esencial que los enemigos no se dieran cuenta de que el grueso de sus fuerzas marchaba al norte del Duero. Una vez en Salamanca, y mientras los ejércitos imperiales se concentraban en una posición que le cerrara el paso, cruzaría el río aguas abajo de Zamora y se uniría al resto de su fuerza, envolviendo la posición enemiga. A partir de entonces La Coruña se convertiría en la nueva base logística. Allí se encontraba un convoy naval a su disposición. Desde dicha posición, obligaba a los imperiales a abandonar casi todo el territorio peninsular al sur del Duero. En caso de que el enemigo recibiera refuerzos o acudiera a España el propio Napoleón el ejército podría retirarse hacia una posición fuerte apoyada en terreno montañoso.

En una segunda fase, marcharía hacia Burgos, amenazando con desbordar en todo momento la derecha enemiga. Una vez al noroeste de dicha ciudad, se encontraría abierta la ruta de Santander. A Wellington le bastaría entonces con dirigirse al norte y cruzar el Ebro para encontrarse en una región montañosa, protegida y con dicho puerto a su espalda. El convoy naval a su disposición se dirigiría a Santander en cuanto Wellington lo ordenara. Esta maniobra obligaría al rey José a abandonar una parte muy significativa del territorio ocupado y la fuerza aliada, junto a la costa, siempre bien abastecido, contando además con

un importante tren de sitio, estaría en condiciones de actuar según las circunstancias (SARRAMON, 2013, pp. 61-63).

Fuerzas enfrentadas y sus líderes

Imperiales

Reuniendo todo su contingente, las fuerzas imperiales disponían de superioridad en artillería y caballería. A pesar de su inferioridad en infantería, sus divisiones estaban mandadas por generales muy experimentados y conservaban suficientes cuadros de mando y tropa veterana para seguir siendo en general superiores a las de sus oponentes. En las tierras llanas se trataba de una fuerza temible debido a su superior caballería y maniobrabilidad.

Logísticamente vivía a costa del territorio que ocupaba, por lo que para subsistir tenía que extenderse ampliamente y una vez concentrada no podía permanecer mucho tiempo en el mismo lugar. Para entrar en operaciones necesitaba contar con reservas previamente acumuladas. A aquellas alturas de la guerra los territorios españoles apenas ofrecían recursos por lo que la logística condicionaba enormemente a los ejércitos imperiales.

Los altos mandos franceses eran militares muy destacados, forjados en la magnífica escuela napoleónica. Sin embargo, la falta de una línea de autoridad militar clara, la escasa autoridad del rey José, así como las interferencias desde París y la acumulación de tensiones en una guerra ya muy enrarecida, redujeron enormemente dicha ventaja. El mariscal Jourdan ejercía de jefe del Estado Mayor General del rey José. Este era un militar inteligente, sensato y con una gran experiencia militar. No

obstante, tenía la moral afectada por el poco caso que el soberano prestaba a sus recomendaciones.

De los 200 000 imperiales presentes en España a principios de 1813, los cuatro ejércitos que participaron en la campaña de Vitoria (del Mediodía, del Centro, de Portugal y del Norte) sumaban 135 000 hombres.

Aliados

En mayo de 1813, el ejército aliado se encontraba en su mejor momento: la experiencia adquirida a lo largo la guerra, los refuerzos recibidos desde Gran Bretaña, la moral de no haber sido derrotados en ninguna gran batalla y los esfuerzos organizativos de su general le habían convertido en una fuerza militar aguerrida y respetable. Además de británicos y portugueses tenía en sus filas bastantes alemanes, contaba en total con 80 000 hombres bien equipados y adiestrados. La tropa era profesional, estaba bien alimentada y recibía la paga con regularidad, lo que era verdaderamente excepcional en la guerra de la Independencia. El ejército era sostenido logísticamente por convoyes que llegaban de retaguardia, lo que le permitía permanecer concentrado todo el tiempo que fuera necesario. Según Foy: “sus oficiales eran los más valientes y patriotas de Europa” (FOY, 1827). Sin embargo, ni oficiales ni tropa disfrutaban de la iniciativa que existía en el ejército francés. La principal ventaja del ejército expedicionario británico radicaba en el armamento de la infantería que gracias a la incipiente revolución industrial tenía mejor precisión y alcance. La instrucción de tiro era también excelente. La infantería, una vez alineada y en terreno

favorable, se convertía en un muro infranqueable. La caballería era de gran calidad pero estaba fraccionada en brigadas independientes y carecía de experiencia para actuar en grandes masas. Su artillería era también de primer nivel, pero al igual que la caballería, actuaba por lo general muy disgregada.

El lord inglés era un general inteligente, activo y con buenas dotes de organizador, irradiaba autoridad y confianza en sí mismo, su cualidad más destacada era la serenidad con la que afrontaba las situaciones difíciles. Preparaba con minuciosidad sus planes y luego los ejecutaba con determinación. Ponía poco empeño en la persecución y destrucción del enemigo derrotado. Se distinguió sobre todo en las operaciones defensivas, aprovechando con gran habilidad el terreno para ocultar su despliegue. Se le conoce como el general prudente, lo que le permitió preservar su ejército durante los largos años que duró aquella contienda.

El ejército de Wellington, directamente a sus órdenes, estaba dividido en cuatro columnas. Hill, el único general a quien el lord podía confiar con toda garantía un mando independiente, dirigía la columna del sur. Wellington dirigía en persona la del centro. El general Graham, un hombre experimentado pero con la salud ya algo afectada, mandaba la del norte. Más al norte actuaba la columna española que mandaba Girón y que partió del valle del Bierzo.

Españoles

En 1813 cerca de dos tercios de los hombres que la nación española había armado durante la guerra habían quedado inútiles, habían muerto

o caído prisioneros. Los generales apenas tuvieron continuidad en el mando de sus unidades y eran escogidos con criterios muchas veces más políticos que militares. La desertión entre unas tropas mal pagadas e infraalimentadas se había convertido en una plaga. No había suficientes municiones, ni medios de transporte para la artillería y la impedimenta. La caballería con escasos y malos caballos era el punto más débil del Ejército. No obstante, las tropas que participaron en la ofensiva aliada de 1813 tenían la moral alta, estaban bien instruidas, aceptablemente equipadas, pero carecían de medios de transporte, tanto para llevar toda la munición necesaria, como para acarrear los imprescindibles medios de subsistencia.

De los cuatro ejércitos activos y dos de reserva que entonces tenía España, el cuarto, al mando del general Castaños era el más numeroso y el que tuvo el principal protagonismo en aquella campaña. A la fuerza convencional se sumaron las fuerzas híbridas de origen guerrillero que habían hecho de campesinos, líderes militares renombrados y de partidas desarrapadas, tropas regimentadas y uniformadas y que, con toda su diversidad, habían convertido aquella guerra en una pesadilla para los franceses. Según un informe de la época, a finales de 1812, las 22 partidas más importantes reunían 38.520 hombres (Diario Redactor de Sevilla).

A finales de 1812 las divisiones híbridas del 7.º ejército fueron integradas en el 4.º. Según el historiador francés Sarramon, en la campaña de 1813 aquellas fuerzas hicieron a los franceses un número similar de bajas que las sufridas por éstos de mano de los anglo-portugueses de Wellington.

Enrique O'Donnell, conde de la Bisbal, mandaba el ejército de reserva de Andalucía con el que marchó para unirse a Wellington. La falta de apoyo logístico encontrado en su recorrido hizo que se retrasara mucho y jugara un papel muy secundario.

El pueblo también jugó un importante papel. Las fuerzas guerrilleras habían reforzado su control sobre la población gracias a los éxitos aliados y a la precaria situación imperial. En territorio ocupado, los alcaldes mantenían informadas a las fuerzas patrióticas, complementando además su red de mensajería. Los mandos franceses necesitaban gastar enormes sumas para obtener la menor información y tenían que utilizar potentes columnas para asegurar cualquier tipo de correspondencias (SARRAMON, 2013, p. 82 y 83), lo que ralentizó sus operaciones, redujo su fuerza operativa y oscureció el panorama operativo, disfrutando los aliados de la ventaja contraria.

Las operaciones

En diciembre de 1812 el rey se había encontrado con dos prioridades estratégicas. Abastecer Santoña, que estaba al límite de sus reservas, y acudir a Valencia para recoger el convoy de dignatarios que se habían dirigido a allí con el rey durante la evacuación de Madrid y todavía se encontraban en dicha ciudad. Para poder acudir a Santoña Caffarelli tuvo que desguarnecer parte de su territorio lo que permitió a Merino y Longa interceptar el Camino Real al sur de Vitoria (SARRAMON, 2013, p.43). En esas fechas llegaron a la capital alavesa las órdenes de Napoleón que se detuvieron allí más de veinte días hasta que la división Palombini se dirigió a Burgos y abrió de nuevo la línea de

comunicaciones. Hasta el 16 de febrero no llegaron a Madrid las órdenes de Napoleón del 4 y 8 de enero (PRIEGO, 2004, pp. 22-24). Simultáneamente, una serie de divisiones se desplazaron hacia el sureste para comunicar con Valencia. El despliegue general de las divisiones imperiales se había desplazado hacia el sureste precisamente cuando el siguiente movimiento debía realizarse hacia el norte. Las dudas del rey y la mala voluntad de Soult retrasaron otros quince días la puesta en marcha de los planes de Napoleón (SARRAMON, 2013, p. 41). Hasta principios de marzo no se iniciaron los relevos para modificar el despliegue general y dirigir los refuerzos al norte. Dos divisiones fueron suprimidas y 15 000 hombres partieron para Francia.

A principios de abril llegaron a Burgos y Logroño tres divisiones de los esperados refuerzos, lo que permitió a Clauzel (nuevo jefe del ejército del Norte) iniciar sus operaciones contra Mina (PRIEGO, 2004, p. 155). Foy y Sarrut se dirigieron a Castro Urdiales que fue salvajemente asaltada en la noche del 11 de mayo. Al alejarse las divisiones francesas, Longa de nuevo interceptó la carretera general. El rey se vio obligado a enviar otras dos divisiones a retaguardia para mantener abierta la comunicación con Francia.

Ofensiva de Wellington

Por fin habían llegado las lluvias y el 13 de mayo Wellington dio las órdenes iniciales (SARRAMON, 2013, pp. 60-61). La fuerza combinada directamente a su disposición sumaba 100 000 hombres, incluidos los españoles. Las operaciones del enemigo contra las fuerzas insurrectas del norte se habían retrasado tanto que frente a él, en el

centro de España, solo había 55 000 imperiales; el cuartel general del ejército del Norte se encontraba desplazado de Vitoria a Pamplona y la fuerza principal del ejército del Norte estaba desplegada al este de la capital Navarra. La reunión de las fuerzas imperiales para detener la embestida aliada se presentaba muy complicada. Por otra parte, José no había tomado ninguna de las medidas que Jourdan le había aconsejado, sus fuerzas estaban demasiado extendidos, con un frente que iba de cerca de Benavente a Toledo y con las montañas del sistema central que lo dividían en dos. La fuerza imperial tampoco contaba con almacenes de víveres para poder permanecer reunida por un tiempo.

Un ataque a fondo de Wellington habría destruido a su oponente antes de poder reunirse. El general inglés decidió, no obstante, mantener el plan inicial. Los historiadores británicos afirman piadosamente que éste desconocía los grandes desplazamientos realizados por las divisiones imperiales, a pesar de haber sido anunciados por la prensa patriótica y de recibir información puntual de las fuerzas guerrilleras del norte⁴⁵¹.

Partiendo de Portugal, las divisiones aliadas se pusieron en marcha siguiendo dos itinerarios separados: Graham por el norte de Portugal, Wellington por las dehesas salmantinas. El día 21 ya se había agrupado la columna del sur en las posiciones de partida al oeste de Ciudad Rodrigo. Al cuartel general del rey empezaron a llegar los primeros indicios de que la ofensiva estaba a punto de desencadenarse y las

⁴⁵¹ El 11 de mayo de 1813 el secretario militar del cuartel general de Wellington e Freineda, Giles Roy Somerset, hacía acuse de recibo a Longa de un destacamento con correspondencia y regalos (Fondo Longa).

tropas entorno a Madrid iniciaron su concentración (OMAN, 2005, pp. 216-217).

Wellington atacó Salamanca el día 26 de mayo. En Valladolid cundieron todas las alarmas. Lo más urgente era que las tropas y convoyes de Madrid cruzaran los puertos de la sierra. Sin embargo, para fortuna del rey José, la columna del sur no se movió de una posición defensiva al norte de Salamanca.

La fuerza de Graham irrumpió en la provincia de Zamora y alcanzó el río Esla. Al conocer que el grueso enemigo ya estaba al norte del Duero la preocupación del rey iba en aumento. Con la fuerte posición del río desbordada y frente a una gran desproporción de fuerzas, el Ejército imperial solo podía replegarse a Burgos. Informó pues a Clauzel y solicitó a París que se le devolvieran las divisiones de refuerzo enviadas al norte. Dicho pliego no llegaría a Pamplona hasta el 13 de junio, es decir 17 días después. La amenaza guerrillera hacía que los correos tuvieran que marchar bajo la protección de potentes columnas.

En cuatro días las tropas imperiales consiguieron concentrarse. Wellington había cruzado el Esla el 31 de mayo y avanzaba con precaución. El 4 el Rey se replegó al río Carrión y Wellington avanzó pensando que se encontraría al enemigo en posición. A partir de allí los ejércitos franceses se retirarían sin detenerse hasta Burgos, siguiéndoles Wellington a cierta distancia. La penuria de víveres no había permitido que los imperiales se detuvieran en las sucesivas líneas defensivas para retardar el avance aliado. Al llegar el día 9 a Burgos y no tener señales

de vida de Clauzel, el rey decidió replegarse a Pancorbo y ordenó a Clauzel que acudiera allí con toda la fuerza disponible.

Por otra parte, el 11 de junio Wellington ya había alcanzado la posición que abría la ruta de Santander. Solamente le quedaba cruzar el Ebro para completar su plan inicial. Entró entonces en contacto con Longa, que llevaba cuatro años combatiendo en dicho territorio, para que le facilitara información sobre el terreno a recorrer y poder avanzar oficiales que fueran preparando las rutas⁴⁵². La región por la que habrían de discurrir los siguientes movimientos era abrupta y escaseaban los buenos caminos por lo que apenas era apta para el desplazamiento de un gran ejército.

Por entonces en el norte de Europa habían ocurrido unos acontecimientos que debieron influir en la percepción estratégica de Wellington. Después de poner en pie un nuevo ejército Napoleón se había dirigido contra prusianos y rusos y los había hecho recular en las batallas de Lützen y Bautzen los días 2 y 20 de mayo, acordándose el 4 de junio un armisticio (BRITT, 1936, p. 129). El general inglés tenía pues prisa en obtener una victoria sobre su oponente antes de que Napoleón pudiera volver su mirada y sus refuerzos hacia España.

El 12 de junio Wellington amagó un ataque, para a continuación marchar hacia el norte. José se replegó hacia la posición de Pancorbo. Detrás de los imperiales marcharon los lanceros del Charro que junto con las fuerzas guerrilleras de la zona apantallaron los movimientos de ejército aliado. El día 15 la caballería francesa realizó unos

⁴⁵² Fondo Longa, Archivo de la Diputación de Vizcaya, 282/10.

reconocimientos y descubrió la maniobra del adversario. La línea del Ebro se había visto así también desbordada.

José pensaba que su adversario se dirigía a Bilbao y ordenó al ejército de Portugal que se le adelantara, mientras el resto de su fuerza se dirigía a la Llanada Alavesa. A Clauzel se le ordenó que acudiera allí con toda urgencia. Ninguno de los mensajeros alcanzó su destino. Sin embargo, el jefe del ejército del Norte acababa de recibir los anteriores pliegos del monarca y se disponía a partir por Logroño a Pancorbo. Aunque desde hacía una semana conocía el inicio de la ofensiva de Wellington, no había iniciado los preparativos para partir, ni concentrado su fuerza, porque esto le habría hecho perder todo lo conseguido hasta entonces contra Mina. Por primera vez en mucho tiempo el cabecilla navarro estaba perdiendo el control de la región (PRIEGO, 2004, pp. 359-360). La Artillería, que estaba enterrada, había sido descubierta, el secretario personal de Mina se había entregado, los batallones navarros habían sido dispersados. Por otra parte, Clauzel no podía imaginar que la situación hubiera evolucionado tan desfavorablemente y que Wellington estuviera tan cerca. El año anterior él mismo le había contenido durante once días en su retirada de Valladolid a Burgos.

Mientras los ejércitos franceses iniciaban los movimientos previstos, el 16 de junio Wellington reunió su fuerza entorno a Medina de Pomar a la espera de un ataque enemigo. Al ver que no era atacado y sin conocer con precisión el despliegue adversario diseñó su plan: Girón debía dirigirse a Bilbao. De ese modo el puerto de Santander quedaría completamente a cubierto; el resto de sus columnas se dirigiría hacia el

este, al valle del Homecillo, por el que pasaba la carretera Pancorbo-Bilbao. Aquella posición ofrecía muchas ventajas tanto para el ataque como para la defensa (OMAN, 2005, pp. 369-370).

Sin saberlo, las columnas enfrentadas marcharon unas al encuentro de las otras, chocando el día 18 en Osma y San Millán. A la vista de una posible batalla, Wellington decidió concentrar su ejército en el valle del río Bayas. El ejército imperial de Portugal contuvo a las vanguardias aliadas, mientras los del Centro y Mediodía se concentraban en la Llanada Alavesa. Foy en Vergara protegía la línea de comunicaciones donde esperaba para recoger a las tropas imperiales estacionadas en Vizcaya. El ejército del Norte se encontraba en torno a Logroño a dos días de marcha de la Llanada Alavesa.

Wellington con sus fuerzas reunidas y desplegadas en abanico estaba dispuesto a presentar batalla al día siguiente. Tenía a mano 85 000 hombres de todas las armas. Los 15 000 de Girón estaban algo retrasados y los 7 000 infantes de la 6.^a división habían quedado atrás para proteger la línea de comunicaciones. La pequeña división de Longa (4 000 h.) se le había incorporado y marchaba en vanguardia del ala izquierda (SARRAMON, 2013, pp. 187-189).

José contaba solamente con 68 000 hombres. Los 13 000 combatientes que traía Clauzel estaban demasiado lejos, al igual que los 15 000 hombres de fuerzas operativas dispersos por las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa.

El plan de Napoleón que preveía que las fuerzas destacadas al norte debían estar de vuelta antes del inicio de la ofensiva de Wellington había fracasado tan completamente que, de aquellas divisiones,

únicamente la de Sarrut consiguió unirse al grueso del ejército después de que Wellington hubiera recorrido con sus columnas más de 400 kilómetros por el interior de España.

El día 20 de junio Jourdan se encontraba indispuesto y tuvo que guardar cama. El rey, sin la ayuda de su jefe de estado mayor y pensando que Wellington continuaría con su estrategia de envolver por el norte las posiciones imperiales, no tomó las disposiciones defensivas que la situación requería. Éste esperaba a que Clauzel llegara con su refuerzo para pasar a la ofensiva.

A todo lo anterior hay que añadir el hecho de que en Vitoria se habían acumulado las columnas de evacuación de artillería pesada, hospitales, almacenes, rapiña de tantos años de guerra, el famoso equipaje de rey, un convoy cargado con el oro que el emperador había enviado a su hermano, así como los miembros del gobierno, funcionarios y españoles colaboracionistas con sus familias que huían de las represalias de sus compatriotas. Por falta de previsión, solo una parte reducida de aquel pesado lastre que entorpecía las maniobras del ejército y consumía una parte sensible de los escasos víveres disponibles había sido ya encaminada a Francia (PIGEARD, 2002, p. 785).

La batalla

Con sus divisiones ocultas tras la línea de sierras el lord pudo contemplar perfectamente el despliegue de su enemigo. Por una propuesta de canje de prisioneros pudo saber también que aquel no tenía intención de continuar inmediatamente su marcha de repliegue. Dada la

desproporción de fuerzas, viendo las vulnerabilidades que su oponente le ofrecía y pensando que en los próximos meses Napoleón podría enviar refuerzos, el general en jefe aliado decidió pasar a la acción.

Plan de Wellington

El ala derecha de Hill, al sur, debía cruzar el río Zadorra por La Puebla de Arganzón y atacar la izquierda imperial, avanzando con la división española de Morilla por las alturas de los Montes de Vitoria; simultáneamente, el centro debía avanzar a su vez en dos columnas; la de la derecha a las órdenes directas del general inglés debía cruzar el Zadorra por los puentes de Nanclares y Villodas y atacar el centro enemigo; la de la izquierda dirigida por Dalhousie debía cruzar la sierra y marchando por Mendoza tomar de flanco a la primera línea imperial; el ala izquierda de Graham, al norte, debía avanzar por la carretera de Bilbao para envolver la derecha del enemigo, para ello debía esperar a que Dalhousie apareciera en la llanura y coordinar sus movimientos con él; Girón desde su posición retrasada debía marchar detrás de Graham y unirse al ejército cuando la batalla ya hubiera empezado. En caso de éxito completo el ejército enemigo quedaría encerrado y destruido. De o ser así, al menos sería expulsado de la Llanada Alavesa con graves pérdidas (OMAN, 2005, pp. 390-391).

Por su parte, los ejércitos franceses se encontraban en tres líneas sucesivas, con las cuatro divisiones del del Mediodía en primera posición cerrando la avenida principal por la que pudiera aparecer el enemigo, después venía el del Centro con dos divisiones y a continuación el de Portugal con tres. El grueso de la caballería cubría el

flanco derecho a lo largo del río Zadorra. Como no se esperaba una acción general, ni los puentes habían sido destruidos, ni se habían realizado apenas obras de fortificación (SARRAMON, 2013, pp. 300-307).

No obstante, la pasividad del mando imperial, por la tarde del 20 se destacó a la brigada Mene de la división Sarrut acompañada de alguna caballería a reconocer las fuerzas españolas que habían aparecido por la carretera de Bilbao, cerca de Letona. Se envió también a la división josefina de Casapalacio para cubrir el puente de Durana. Por otra parte, la división Maucune partió por la noche escoltando un gran convoy de evacuación, lo que supuso una reducción adicional de 3 000 hombres. El frente cubierto por los ejércitos imperiales además de no estar preparado era demasiado extenso.

Por el sur habían aparecido los lanceros del Charro y los dos batallones de Dos Pelos (la fuerza alavesa de Mina) haciendo pensar que pudieran ser la vanguardia de una fuerza mayor, interceptando al mismo tiempo la ruta por la que podía aparecer Clauzel (PRIEGO, 2004, pp. 394-395).

Para vigilar la derecha imperial el día 21 de junio antes del amanecer la división Sarrut junto con una brigada de caballería de Curto se adelantaron a Aránguiz, en la carretera de Bilbao. Con las primeras luces del día se pusieron en marcha las columnas aliadas y en La Puebla de Arganzón se escucharon los primeros disparos de la batalla. Todo fue como estaba previsto, excepto la progresión de la 7.^a división de Dalhousie que se perdió en la niebla de la mañana. Este acontecimiento resultaría determinante, ya que la columna de Graham al no encontrar

a Dalhousie a su derecha se detuvo antes de alcanzar la llanura. Allí permaneció a cubierto en un terreno ondulado y boscoso.

A las ocho de la mañana, José y Jourdan se dieron cuenta del enorme boquete que quedaba en el centro del despliegue. Allí solo había algunas unidades de caballería cubriendo el Zadorra. Resultaba imprescindible retrasar la izquierda hasta el resalte de Zuazo. No obstante, Gazan objetó que en presencia de las cabezas de columna enemigas tal maniobra ya no era posible.

Morillo por su parte continuó combatiendo decididamente al sur por la cresta de la Sierra. Hill viendo la importancia de los combates decidió enviarle refuerzos. Jourdan, no apreciando hasta entonces ninguna actividad enemiga a su derecha, viendo la intensidad de los combates por la cresta de los montes de Vitoria y ante la presencia de fuerzas ligeras españolas al sur, supuso que tras la sierra podría esconderse un ataque contra su retaguardia. Decidió entonces enviar numerosas tropas en aquella dirección, debilitando aún más el despliegue poco antes de que Graham apareciera por el norte (OMAN, 2005, pp. 420-421).

Serían entonces las once y media de la mañana cuando junto a la carretera de Bilbao los franceses descubrieron unas poderosas columnas enemigas dispuestas a pasar al ataque. Inmediatamente Reille envió hacia allí todo lo que le quedaba disponible del ejército de Portugal.

Por las alturas del sur los aliados seguían progresando. Jourdan tuvo que desplazar allí a la división de Villate. Poco a poco la línea principal de defensa imperial se iba desguarneciendo. Mientras tanto en el centro los aliados pasaban a la acción. A partir de la doce y media la batalla entró en su fase más intensa con ataques y contraataques. Por el norte,

la ofensiva de Graham encontró al ejército de Portugal ya en posición. La división Longa, a la izquierda de todo el dispositivo aliado, avanzó hasta las cercanías de Durana.

La columna de Dalhousie por fin se acercaba al río Zadorra amenazando el flanco norte del ejército del Mediodía. Ante el peligro que se avecinaba, Jourdan envió a las divisiones del ejército del Centro hacia el Zadorra. Ya no le quedaba ninguna división de infantería en reserva. Wellington lanzó entonces a todas sus columnas al ataque. En el lado opuesto Longa cruzó el Zadorra expulsado a los josefinos de Casapalacio de Durana. La carretera de Francia quedó cortada. El ejército Imperial ya solo podía retirarse hacia el este por la mala carretera de Pamplona.

La 5.^a división inglesa atacó Gamarra Mayor, pero el resto de la fuerza de Graham permaneció inactiva sin explotar su superioridad numérica. El general inglés sobrevaloró la fuerza que se le oponía. La falta de determinación de Graham salvaría al ejército imperial de un desastre mucho mayor (SARRAMON, 2013, pp. 333-342).

A las dos de la tarde Jourdan había comprendido que la línea era insostenible y decidió retrasarla al resalte de Zuazo. Allí debían alinearse también gran cantidad de baterías. La maniobra resultaba extremadamente peligrosa.

Toda la línea aliada avanzó mientras el ejército del Mediodía se iba replegando. La batalla llegaba al momento decisivo. Las divisiones del ejército del Mediodía se replegaban con bastante descoordinación y daban signos de cansancio y desmoralización. Wellington no quiso lanzar la caballería para explotar el desorden enemigo y detuvo su línea

para reorganizarla. Ambas partes alinearon numerosa artillería, lo que dio lugar al mayor duelo artillero de toda la guerra.

Un primer ataque general fue rechazado por las descargas de la artillería imperial. No obstante la división Villate no se detuvo al llegar a Esquivel y arrastró consigo a algunas tropas cercanas. Pasadas las cinco de la tarde tuvo éxito una segunda embestida que consiguió penetrar las líneas enemigas por el punto donde se unían los ejércitos del Centro y del Mediodía. Éste último ejército perdió la cohesión y se retiró con gran desorden. ¡La batalla estaba perdida para los franceses! El rey ordenó el repliegue general.

Ante la proximidad cada vez mayor del estruendo del combate a todo el mundo se les hacía evidente que el ejército imperial perdía terreno. La multitud de personas de todo tipo que acompañaba al ejército y no había sido evacuada se había puesto en marcha por la ruta de Pamplona. Aquello produjo un gran atasco, algunos vehículos se atravesaron en el camino o volcaron. Pronto surgió el caos. Al llegar a Vitoria las tropas imperiales tuvieron que abandonar la artillería y todos los vehículos de transporte (DE DIEGO, 2008, p. 457).

La actuación del Ejército de Portugal que mantuvo el orden en sus filas y la escasa determinación en la persecución salvaron a las fuerzas imperiales de un verdadero desastre. El saqueo y el cansancio detuvieron a las divisiones aliadas. Las bajas al final de la jornada fueron de unos 8 000 hombres para los imperiales y de 5 000 para los aliados. Estos últimos únicamente hicieron unos 2 800 prisioneros imperiales, un número demasiado bajo en relación con la debacle ocurrida (SARRAMON, 2013, p. 389).

Los retrasos en el avance del centro y la derecha aliados así como la excesiva prudencia de Graham habían impedido que las fuerzas del rey José resultaran aniquiladas. En la semana siguiente el Ejército imperial consiguió escapar a Francia sin que los aliados llevaran a cabo una persecución eficaz.

No obstante, Wellington había obtenido una sonada victoria. El rey José perdió su trono. Napoleón sufrió un golpe muy sensible en su prestigio. Austria se unió a la sexta coalición y las armas volvieron a tronar en Centroeuropa. La Guerra de la Independencia estaba llegando a su fin.

Para España resultó ser una victoria pírrica, donde los patriotas no se doblegaron a la tiranía del engaño, de la traición de una alianza y de una despiadada ocupación militar. Resistiendo a Napoleón contra viento y marea, los españoles causaron el asombro del mundo y mostraron un modelo eficaz de guerra insurreccional que inspiraría a muchos líderes revolucionarios posteriores.

La guerra de la Independencia en su conjunto, y esta campaña en particular, nos proporcionan un riquísimo ejemplo histórico para el análisis y estudio del fenómeno bélico, siendo además esta guerra, una gran epopeya para todos los participantes: con un perfil de mito triunfante para los británicos, de afirmación patriótica con final trágico para los españoles y del declinar de la estrella imperial napoleónica para los franceses.

Bibliografía

- BRITT, A. S. (1936): *The Wars of Napoleon*, The West Point Military History Series, Avery.
- DE DIEGO, E. (2008): *España, el infierno de Napoleón*, La esfera de los libros, Madrid.
- Diario Redactor de Sevilla, 5 de noviembre de 1812, Servicio Histórico Militar, Fraile, 132,
Fondo Longa, Archivo de la Diputación de Vizcaya, 282/10.
- FOY, M. (1827): *Histoire de la guerre de la Península sous Napoléon*, volumen II, París.
- GALLO, M. (2004): *Napoleón*, Planeta, Barcelona.
- OMAN, C. (2005): *A history of the Peninsular War*, volumen VI, Greenhill Books, Londres.
- PIGEARD, A. (2002) : *Dictionnaire de la Grande Armée*, Bibliothèque Napoléonienne-Tallandier, París.
- PRIEGO, J. (2004) *La Guerra de la Independencia*, volumen VIII 1.º, San Martín, Madrid.
- ROGUET, F. (1865) : *Memoires Militaires*, volumen IV, París.
- SARRAMON, J. (2013): *Contribución a la historia de la Guerra de la Independencia de la Península Ibérica contra Napoleón I*, Ministerio de Defensa, Madrid.

CONDUCCIÓN DE LA GUERRA Y CONDUCCIÓN DE OPERACIONES; CASOS PRÁCTICOS SIGLOS XIX Y XX.

THE CONDUCT OF WAR AND THE CONDUCT OF OPERATIONS; XIX AND XX CENTURY CASE STUDIES.

José Romero Serrano

Instituto de Historia y Cultura Militar

Resumen:

Este estudio trata de responder a una pregunta, cuando la Guerra Civil española (1936-1939) llegaba a su fin, en la voz del Presidente Azaña, que decía que la guerra estaba perdida como le indicaba su jefe del Estado Mayor Central, director responsable de las operaciones militares, sobre lo cual el general Rojo disentía calificándolo como error de concepto.

Este trabajo analiza tres puntos en relación con lo anterior:

1. El nivel político y el militar en la dirección de la guerra: campos de exclusividad (Asedio de Paris, 1870-71).
2. El modelo francés y alemán de dirección en la Gran Guerra.
3. La realidad nacional y republicana en la Guerra Civil española (batallas de Madrid y del Ebro).

Finaliza con una conclusión al respecto de la pregunta.

Palabras clave:

Relaciones civiles-militares, mando único, estado mayor, estrategia, Guerra Civil española, dirección de la guerra, conducción de operaciones.

Abstract:

This essay analyses the point that President of the Republic of Spain, Manuel Azaña, put forward at the end of the Spanish Civil War (1936-1939); i.e. that according to his Chief of General Staff, director of military operations, the war was over. General Rojo complained and denied to be that director.

This work goes through three main items related to the aforementioned topic:

1. Political and military conduct of war at the Paris siege in 1870-71.
2. French and German models of conduct of war at the Great War.
3. National and republican patterns at the Spanish Civil War (Battles of Madrid and Ebro)

This essay finalizes with an open conclusion.

Key words:

Civil-military relations, supreme command, staff, strategy, Spanish Civil War, Conduct of war, conduct of operations.

Introducción

Resulta curioso, cuando menos, que conceptos que deberían ser entendidos con claridad, dada la naturaleza extrema del fenómeno en torno al cual giran -la guerra- sean tantas veces ignorados o, al menos, mal interpretados.

En el comunicado de dimisión, el presidente Azaña (el 27 de febrero de 1939) decía: “Desde que el general jefe del Estado Mayor Central (EMC), director responsable de las operaciones militares, me hizo saber

[...] que la guerra estaba perdida para la República”; ante lo cual el general Vicente Rojo hacía notar en prensa “errores de conceptos” al admitir, o dar por sentado, que el jefe del EMC fuera *el responsable de las operaciones militares*.

“Azaña no ignoraba que el jefe del EMC no mandaba, sino que simplemente era el jefe del EM del ministro”, (ROJO, 2006, p.291); es decir, ejercía un papel auxiliar.

Traemos aquí dos títulos de Ediciones Ejército traducidos en los años 1980, *La dirección de la Guerra*, de J.F.C. Fuller y *Ejércitos Europeos y Conducción de la Guerra*, de Hew Strachan.

Fuller finaliza su prólogo, firmado en diciembre de 1960, expresando que, aunque no es muy partidario de manuales oficiales, cualquier lista de ellos debería comenzar con un título de la “Dirección de la Guerra”. Es interesante observar que el título original es *The conduct of war*, por lo que se nos abre un pequeño debate terminológico: Dirección o Conducción de la guerra vs Dirección o Conducción de operaciones militares, del que deducimos con inmediatez dos niveles más que un verbo de significado similar (dirigir y conducir): guerra y operaciones. Dos niveles que conducen, en el siglo XIX y XX de nuestro interés, al hecho fundamental de la guerra: la batalla, o el tercer nivel (táctico)

La batalla era el acontecimiento fundamental de la guerra, reconocido así en doctrinas, manuales e ideas de los tratadistas militares. Ya desde tiempos de Clausewitz, primer tercio del siglo XIX, nuestra referencia de partida para este trabajo, los niveles de los que habla este autor son:

1. Plan de Guerra, “que comprende todo el acto de guerra; orienta la acción hacia un objetivo final”, (CLAUSEWITZ, 1980; p.682)
2. Plan de Campaña, que está ligado a las operaciones militares durante una fase de un año, con un objetivo parcial en un único teatro de la guerra.
3. Batalla, “Es el combate de la masa principal de un Ejército [...] para alcanzar una victoria real” ligada a la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo.

Cuando Azaña denominaba a Rojo “director responsable de las operaciones militares”, ¿estaba errado?

Azaña escribe desde su residencia en París, en el momento en que el Ejército Nacional (EN) ha llegado a la frontera con Francia, después de una rápida campaña en Cataluña y tras el decisivo encuentro de la batalla del Ebro. Pero volveremos sobre ello en la segunda parte.

Paris 1870, War Council, guerra Franco-prusiana

La Teoría de la guerra de Moltke

El ejemplo que traemos aquí, de primeras, nos pone sobre el problema y los cuernos del dilema. Veamos tres premisas de la máxima importancia.

Helmut von Moltke, jefe del Estado Mayor General (EMG) prusiano, es diáfano en su teoría:

- 1) Objetivo de la Guerra y de las operaciones (Capital y Ejército enemigo)

«Uno debe distinguir entre el objeto de la guerra y el objeto de las operaciones del ataque [la ofensiva]. El primero, no es el Ejército, sino el territorio y la capital del enemigo, y con ellos los recursos y el poder político del Estado. Comprende lo que nosotros deseamos retener o con lo que después queramos negociar. El objeto de una operación es el Ejército enemigo en tanto en cuanto defiende el objeto de la guerra» (HUGHES, 1995, p.93).

Lo cual es curioso pues ya lo citaba Clausewitz, sobre 1830, y de forma premonitoria: “El centro de potencia [o centro de gravedad] de Francia reside en su Ejército y en París. Vencer al Ejército en una o varias batallas generales, ocupar París y rechazar los despojos del Ejército más allá del Loira, he aquí lo que debe constituir el objetivo de los coaligados” (CLAUSEWITZ, 1978, p.754)

2) Mando Supremo (*Supreme Command*) único (monarca) y un solo asesor militar (jefe del EMG)

En la visión de Moltke, el comandante supremo (el monarca, Guillermo II, que era “All highest War Lord”) debe estar libre de toda rémora, atadura, responsabilidad, y solo responder ante Dios y su conciencia. Esto le permite tomar decisiones acertadas, oportunas en tiempo, arriesgadas si es necesario, actuar con frescura.

Son desafortunados aquellos comandantes supremos que están bajo constante supervisión, ya sea mediante “un delegado de la más alta autoridad en su HQ, o se sienta atado por un cable telegráfico a su espalda”. Tal comandante pierde independencia y audacia, y esta decisión solo puede ser alcanzada por un hombre solo. (HUGHES, 1993, p.77)

Al comandante supremo solo le debe llegar el asesoramiento de un miembro de su Staff (el Jefe del EMG), que debe llevar todos los

elementos del estudio de la operación. El jefe despacha ante el Monarca en “Consejo de Guerra o War Council” (corto, de 10 minutos, directo, sin intermediarios). Todo ello asumiendo la complejidad de la guerra (nacional e industrial) del siglo XIX y la excepcionalidad de una *supreme commander* (genio) que no necesite asesoramiento alguno (como cita de Federico el Grande o Napoleón)

3) Autonomía y prevalencia de la Estrategia militar (antes) y durante la guerra.

Y el último punto de la ecuación, “ninguna negociación diplomática ni consideración política debe permitir que interfiera con el desarrollo de los acontecimientos militares”. Esto significa el predominio de las consideraciones militares sobre las de carácter político.

Esta premisa tiene un origen orgánico. Como cita Hew Strachan, que el EMG prusiano se hiciera independiente fue causa del azar, en parte (STRACHAN, 1985, p.231), al desaparecer el EM adjunto al ministerio de la guerra y quedar como único EM del Ejército el EMG, órgano con cierta independencia; mantenía tres divisiones: a) personal, b) instrucción y movilización, y c) asuntos técnicos y de artillería. En esas décadas (1840 y 50), “el Gabinete militar del Rey seguía teniendo más importancia que el EMG”. Al final, este EMG, en la idea de Moltke (nombrado jefe en 1857), se constituiría en “principal voz del ejército [...] Los oficiales de EM en las unidades de campaña eran, en cierto modo, representantes de Moltke con amplios poderes de iniciativa y discreción en asuntos operacionales” (STRACHAN, 1985, p.231).

“En 1883 se permitió al jefe de EM poder acceder directamente al Kaiser incluso en tiempo de paz”. (STRACHAN, 1985, p.232) El EMG

alemán fue quizá el único, entre los occidentales, que gozara de estas amplias prerrogativas.

No obstante, esta facultad para prevalecer, el criterio militar del EMG durante las operaciones, no se detenía aquí. La autonomía del poder militar para planear priorizando las consideraciones militares fue asombrosa, particularmente con y a partir de Moltke. Incluso más, la misma estrategia militar osaba dar las condiciones de un armisticio basadas en requerimientos militares. Así Moltke recomendaba una zona avanzada o “de seguridad estratégica” con fuertes más allá de Alsacia y Lorena para vigilar a Francia, lo que fue desechado por Bismarck, preocupado por una paz que fuera aceptable y duradera, y que solo consintió con la fortaleza de Metz.

Esta consideración fue clave, ya que Verdún y su defensa poligonal, fue considerada en Francia como un símbolo y ya sabemos las consecuencias que tuvo en la Gran Guerra, año 1916.

Como decimos, los sucesores de Moltke; esto es Schlieffen (1891-1906), al planear la ofensiva sobre Francia sin las consideraciones políticas que podrían traer la invasión de Bélgica y Holanda en 1914 (Schlieffen y Moltke el joven), y Hindenburg-Ludendorff, al ejecutar sin restricciones la campaña de 1918, nos dan muestra de la autonomía y prevalencia de la estrategia militar en Alemania.

El caso de este último es el definitivo, la forma más compleja y perversa de conducir la guerra: “Finalmente, en julio de 1917 se persuadió a Bethmann Hollweg para que dimitiese. Había quedado eliminada la dualidad del canciller y del jefe de EMG personificada por

Bismarck y Moltke: ahora la política estaba realmente subordinada a la guerra” (STRACHAN, 1985, p.266)

Lo que contradice el sentido de su predecesor, Clausewitz:

«Podría concebirse la desaparición del punto de vista político desde el principio de la guerra, si las guerras no fuesen sino luchas implacables y mortales [...] pero tales como son en la realidad, no son sino manifestaciones de la política misma [...] Sería pues, absurdo subordinar los proyectos políticos al punto de vista militar». (CLAUSEWITZ, 1978, p.718)

El asedio de Paris, 1870-71

Vamos al *case study*, o el estudio del asedio de Paris (1870-71)

Las acciones iniciales de finales de julio de 1870, tras la movilización, se desataron como “batallas de frontera”, hasta que la masa de maniobra prusiana irrumpió con acierto en el corazón de Francia derrotando en campo abierto a los franceses, el ejército del Rin de Bazaine, en Gravelotte (18 de agosto), lo que forzó a éste a buscar refugio en Metz, donde se rindió al fracasar el segundo ejército (de Chalóns del general McMahon) en su socorro. El mismo Emperador Napoleón III y su general McMahon, al ser derrotados por la maniobra de tenaza alemana (30 de agosto, en Beaufort) buscaron refugio en la plaza fortificada de Sedán, donde cualquier intento por forzar el asedio con una salida en fuerza fue neutralizado, forzando su capitulación y la abdicación de Napoleón III (2 de septiembre).

El ejército prusiano, a su vez, puso sitio a Estrasburgo que en el plazo de un mes y usando los procedimientos clásicos de la guerra de sitio del siglo XVII (Vauban, tres paralelas y brecha en el muro principal) rindió la plaza el 28 septiembre.

Tras estas rápidas victorias, y en algo más de mes y medio, los alemanes llegaron a París a primeros de septiembre, a la que sometieron a asedio. París había sido fortificada hacia 1840 con un perímetro defensivo de unos 50 kms, con 94 bastiones, foso y muralla. Los alemanes desplegaron cubriendo unos 80 kms de perímetro exterior.

El proyecto de fortificación de París fue el más importante llevado a cabo en Francia en la primera mitad del siglo XIX. La propuesta del presidente del Consejo, Adolphe Thiers, fue decidida en 1840 y contenía un recinto perimetral en condiciones de resistir un asedio y un cinturón exterior de fuertes destacados. Las obras se llevaron a cabo entre 1841 y 1846. Su dirección estuvo a cargo del mariscal Dode de la Brunerie, que había dirigido como comandante general de ingenieros el sitio de Cádiz de 1823. El recinto fortificado tenía 94 frentes abaluartados, en 33 kms de longitud. Los fuertes destacados eran 16, además de otras obras complementarias. A 4 kms al norte de París estaba la ciudad de Sanit-Denis protegida por tres fuertes. Los fuertes presentaban grandes vulnerabilidades, como una débil defensa frontal y exposición lateral a los fuegos de enfilada, entre otras.

GARCÍA DE MADARIAGA, Agustín (2018); *La fortificación en Europa en el siglo XIX*, IHCM, Centro Geográfico del Ejército, (pp.33-34)

Once mil marines y marineros franceses defendían estos bastiones armados con cañones de buques como “si fueran sus barcos”, con dos cuerpos de tropas regulares cubriendo otras defensas, sumando un total de 106 mil hombres. Además, la Garde Mobile disponía de 18 batallones, y otros 200 mil de la Garde Sedentaire de París (especie de milicia de baja preparación, pero de enorme entusiasmo). En total unos 400 mil defensores con el general Trochou al frente, que quería hacer de “París otro Zaragoza”. Los alemanes enfrentaban unos 236 mil hombres en ese despliegue exterior. La esperanza de los defensores era la tradicional del arte de la guerra: 1) confiar en el agotamiento del atacante o que el alargamiento de la guerra provocase la ruptura de la

confederación germánica; 2) confiar en una salida “en torrente” que desbaratara el dispositivo de las tropas de asedio; 3) unir la anterior a la llegada de un ejército de socorro.

Durante los 4 meses que duró el asedio se dieron las opciones 2 y 3, aunque una y otra vez las salidas eran eficazmente abortadas y los ejércitos de socorro derrotados casi en origen (ejemplo, el del Loira, en Orleans, el 4 de diciembre). Las fuerzas de provincias francesas (generales Aurelle, Chanzy, Bourbaki) querían la “guerre a outrance” y en verdad podrían haber tenido éxito mediante el desgaste del ejército alemán, que sobre los 800 mil hombres suponía una merma de recursos propios, regulados por el ministro de la guerra von Roon, así como una incertidumbre en los apoyos exteriores del Reino de Prusia.

Este fue el motivo por el que el Canciller Bismarck urgía a terminar la guerra con rapidez, apostando por el bombardeo de la ciudad y la negociación del armisticio, mientras que Moltke y el Estado Mayor Alemán proponían mantener el asedio, rendir la ciudad por hambre, derrotar a los ejércitos de provincias y buscar la rendición incondicional de Francia. Finalmente, y tras unos intentos satisfactorios de reducción de algunos bastiones por el bombardeo (aunque el realizado sobre el interior de la ciudad y la población tuviera un resultado muy discreto), y ante la fallida salida en fuerza de 90 mil hombres sobre un frente de 6 kms en el perímetro oeste de la ciudad (19 de enero), más el fracaso de los ejércitos de socorro, llevaron al Gobierno de Defensa Nacional a solicitar el armisticio (28 de enero) y llegar, posteriormente, a la Paz de Versalles.

Este episodio muestra, de forma clara y rotunda, la rivalidad entre el mando político y el militar en guerra, entre la dirección de la guerra y la conducción de las operaciones hacia la batalla.

Como cita Michael Howard, “las victorias alemanas, como fue universalmente reconocido, habían sido obtenidas por una organización superior, una educación militar superior, y, al menos en las fases iniciales, por una superioridad numérica; y estas serían las cualidades que llevarían a la victoria en cualquier guerra futura” (HOWARD, 1963, p.455)

Los fuertes y murallas de Paris, casi en su totalidad, se desmontaron en la década de 1920.

Visión de von Moltke del asedio de Paris

Von Moltke narra en la “La Guerra Franco-Prusiana de 1870-71⁴⁵³” el desarrollo de las campañas superando el detalle de las memorias oficiales redactadas por el EM, y que por su interés reproducimos aquí, en el episodio del asedio de Paris, donde se refleja, mejor que en ningún otro episodio, tanto la angustia de la capitulación como las decisiones de mando por ambos bandos en el momento decisivo, entendemos, de la guerra.

«Seis días de bombardeo habían bastado para producir el efecto apetecido.

Los fuertes habían sufrido extraordinariamente; y es que sobre aquel frente (Norte) no tenían, como sucedía en el del Sur, el muy sólido apoyo del cuerpo de plaza situado atrás, ni tampoco poseían abrigos a prueba de bomba. Las granadas atravesaban los traveses huecos; a cada instante se temía que volasen los polvorines, y la guarnición ya no sabía dónde resguardarse. Los habitantes de Saint-Denis huían

⁴⁵³ Imp de la Comp. De Impresores y Libreros, Madrid, 1891 (versión en español)

en tropel a París; y tales estragos se habían hecho en las obras, que no podían resistir un asalto, asalto que sabían inminente si continuaba la resistencia.

En el frente del Este la artillería de los fuertes estaba reducida al silencio (...)

El frente Sur, por último, había quedado en el más deplorable estado a causa del incesante bombardeo. Sólo seguían tirando el cuerpo de plaza y la batería hundida de morteros, mientras que en los fuertes los cuarteles no eran más que montones de ruinas, unas a causa del bombardeo, otras por consecuencia de los incendios que habían estallado, teniendo que acogerse la guarnición a los polvorines que se habían desocupado. Ya no se podía andar sobre los terraplenes de las murallas ni por detrás de los parapetos. En Vanves las troneras estaban tapadas con sacos de trigo; y en Issy habían caído postes en los muros de la garganta de la cortina. Hasta las paredes de aquella, casi desprendidos de la escarpa de los fuertes de Vanves y de Montrouge se habían derrumbado; cuarenta piezas estaban desmontadas y setenta cureñas rotas por los proyectiles alemanes.

(...)

La gran salida del 19 había fracasado; ya no había que contar con socorros de las provincias desde que Gambetta [Ministro de Interior y de la Guerra] había anunciado el descalabro sufrido por el segundo ejército del Loire en Mans. Acusaba al ejército de París de haber permanecido inactivo; pero el frío, las enfermedades y la desertión les habían reducido a las dos terceras partes de su primitivo efectivo, y las empresas desgraciadas que se habían acometido le habían producido hondo desaliento. Para poder suministrar carne a la población había tenido que ceder sus caballos, y el general Trochu declaró que toda operación ofensiva que se intentara no daría resultado alguno, y que hasta para la resistencia pasiva estaban agotados todos los recursos.

(...)

Indudablemente la única solución posible era capitular. Cada día de retraso iba aumentando la penuria e induciendo al enemigo a imponer condiciones más duras. Si no se empleaban inmediatamente en el abastecimiento de París todas las vías férreas en una zona muy extensa, dos millones de personas iban a experimentar los horrores del hambre, que ya no se podría remediar si se aguardaba todavía más. Pero nadie se atrevía a pronunciar la funesta palabra capitulación, ni de asumir la responsabilidad de una cosa que absolutamente se imponía.

El 21 se celebró un gran Consejo de guerra (...) se destituyó del cargo de Gobernador de París al general Trochu (...) No por eso

mejoraba la situación; así que el 23 de enero, Mr Jules Favre se dirigió a Versalles [el cuartel general del rey prusiano] para entablar las negociaciones preliminares del armisticio.

Se convino en que el 31 de enero comenzaría un armisticio general de veintidós días (...)

Este armisticio daba al Gobierno de defensa nacional el tiempo necesario para convocar en Burdeos [donde se encontraba] una asamblea libremente elegida, que decidiría del término o la continuación de las hostilidades, o bien de las condiciones para el ajuste de la paz (...)

La guarnición de París, tropas de línea y de marina, y guardias móviles, debían deponer las armas inmediatamente. Tan solo doce mil habían de quedar en armas con la *Guardia nacional* en el interior de la ciudad para velar por la conservación del orden. Durante el armisticio, la guarnición sería internada allí para quedar prisionera al expirar su plazo.

El 29 de enero se procedió a la ocupación de los fuertes que nada vino a estorbar.

El ejército del exterior entregó seiscientos dos piezas, un millón setecientos setenta mil fusiles y más de mil furgones de municiones; la plaza, mil trescientas sesenta y dos piezas de grueso calibre, mil seiscientos ochenta cureñas, ochocientos sesenta avantrenes, tres millones quinientos mil cartuchos de cañón y de otras armas, cuatro mil quintales de pólvora, doscientas mil granadas y cien mil bombas.

Había llegado el término del cerco de París, que había durado ciento treinta y dos días. La mayor parte de las fuerzas alemanas inmovilizadas por este asedio, se encontraban disponibles para terminar la guerra operando en campaña abierta.» (MOLTKE, 1891, pp.288-291).

No obstante, como cita Walter Goerlitz, “El 1 de marzo entraron las tropas prusianas con su retumbante paso acompasado por las relucientes avenidas de la ciudad del Sena, por tercera vez en este siglo. Seis meses más tarde fueron obligados a rendirse cuatro ejércitos franceses como también veinte fortalezas” (GOERLITZ, 1954, p.95)

El rey Guillermo había sido proclamado Emperador en la Sala de Espejos de Versalles el 18 de enero (1871) y la guerra se dio por terminada el 10 de mayo por el Tratado de Frankfurt.

Hacia la Gran Guerra

En Francia, la *Ecole Supérieure de Guerre* se había fundado en 1876, “el Estado Mayor y la rotación de sus oficiales con destino en unidades de línea no se inició hasta 1883 y el primer jefe propiamente dicho del EM general (EMG) no se nombró hasta 1890” (STRACHAN, 1985, pp.232 y 233) No sería hasta 1911 cuando ante la inminencia de la guerra contra Alemania, se decretase al jefe del EM general como jefe supremo militar de Francia, el EM dejase de depender del Ministerio de la Guerra y lo hiciese del Jefe de EM (Gen Joffre) y se restableciera el *Conseil supérieur de guerre* y un nuevo *Comité supérieur de la défense nationale* como alto órgano de coordinación político militar.

En España, mediados del XIX, es inevitable hacer referencia a la figura de los denominados “espadones”, aquellos generales que aunaron el prestigio de la campaña y del campo de batalla con la influencia política al más alto nivel: Espartero, O’Donnell, Prim, brillantes en Morella (1840), Tetuán (1860) y México (1862), fueron protagonistas de la política española de entonces. O’Donnell, por ejemplo, siendo presidente de gobierno comandó las tropas de África en 1859-60 en la guerra contra Marruecos, siendo jefe político y militar simultáneamente para la campaña.

La creación de la Academia General Militar (AGM) en 1886 (clausurada en 1893) se habilitó a la par que la Academia de Aplicación

de Estado Mayor, heredera de la creada por Evaristo San Miguel en 1842, entonces como Escuela Especial del Cuerpo de EM del Ejército. El Ministro de la Guerra, general López Domínguez, suprimió la AGM y creó en 1893 la Escuela Superior de Guerra, que funcionaría con cierta continuidad.

El EM español se asemejaba en mucho al modelo francés. Un modelo impersonal, consultivo y no ejecutivo, que en cierta manera seguía confiando en la figura del genio militar.

Es muy interesante observar que en el campo franco-británico se establece, en vísperas de la Gran Guerra, antes la coordinación militar que la política. Cuando la guerra era todavía una posibilidad, se constituye una célula de trabajo entre los dos estados mayores para ver la contribución del RU a la defensa continental.

La campaña inicial de la Gran Guerra, la más espectacular, la que había sido preparada concienzudamente por los estados mayores, enfrenta los planes denominados Schlieffen (alemán) y XVII (francés). Ocurre en verano y otoño del 14. El plan del anterior Jefe de Estado Mayor alemán, el envolvimiento estratégico, estaba pensado para llevar 7 ejércitos, 2 millones de hombres, en seis semanas al sur de París y envolver sobre el Rin a los franceses. Era “la batalla sin mañana” (*Schlacht ohne Morgen*). El Plan XVII tenía una finalidad inmediata: recuperar Alsacia y Lorena. El contingente británico desplegaría al otro lado del Canal (entre Amiens y Mons).

Pero continuar con este apartado no es el objetivo de este trabajo. Volvamos sobre la relación de mando político-estratégico. Cita Fuller:

«la unidad de mando [...] no podía existir sin uniformidad política” y parafraseando a W. Robertson (jefe del EM Imperial): “Es esencial que antes de establecer un mando único, los gobiernos aliados acuerden entre sí la política general a seguir, mostrando conformidad a que no resulte alterado dicho convenio, ya que, sin unidad política, un mando unificado puede llevar a conducir las operaciones en beneficio, no del conjunto, sino de uno sólo de los aliados, lo cual termina siempre en derrota». (FULLER, 1984, p.144).

Aunque la guerra se hace colegiada y los aliados periféricos muestran diferentes puntos de vista al propósito de la guerra, la coordinación política para la toma de decisiones estratégicas funciona sobre la base de conferencias (muy evidente en la 2ªGM) y parámetros sencillos.

Como buen ejemplo, cita Fuller: “Entretanto, el 15 de noviembre de 1916, en una conferencia aliada reunida para estudiar el plan de campaña para 1917, se adoptó la decisión de llevar a cabo una serie de ofensivas en todos los frentes, considerando como principal el occidental”. (FULLER, 1984, p.159)

Se hace notar que el Gran Cuartel General Aliado (1918), alrededor del *generalísimo* Foch, y teniendo como JEM al general Weygand, será casi enteramente francés, en composición y estilo.

Esta forma de convenir un consejo de guerra o conferencia aliada contrasta vivamente con la que Ludendorff (*First Quartermaster General of the German Army*) sostuvo en noviembre de 1917 (día 11) en Mons, en la que no participaron ni el Kaiser Guillermo, ni Hindenburg, ni ninguno de los dos jefes de los Grupos de Ejército, para analizar la campaña de 1918.

Respecto a la dirección de la guerra, vemos el contraste entre un modelo que va madurando de cooperación aliada, que se plasma definitivamente durante la batalla de Caporetto (1917), en el cual se establece una dirección estratégica a cargo de los líderes políticos con una representación militar (*Allied Supreme War Council*, donde US era “asociado”), y que se desenvuelve bien durante 1918, frente a un modelo de control militar, que adopta su máxima expresión cuando Ludendorff planea y dirige las operaciones de 1918 sin intromisión política alguna, y donde el EMG es más poderoso que el Canciller y el Reichstag, de mayoría socialdemócrata, y cuya misión principal (del Reichstag) queda confinada a aprobar los presupuestos de guerra.

España, debate doctrinal, reformas de Azaña y la búsqueda de un mando único en guerra

Debate doctrinal y modelo de Ejército

En España, la primera doctrina de empleo táctico (1924), consecuencia de la 1ª Guerra Mundial, nos va a decir cuáles son las ideas rectoras de las operaciones y, sobre todo, entender cómo piensan los mandos profesionales españoles ante la guerra civil que se va a desatar.

Existía un debate intelectual militar muy intenso posterior a la 1ª Guerra Mundial (1ªGM) sobre al menos dos aspectos: a) la guerra de posiciones y la de movimientos (también entendida como de desgaste y maniobra, y defensiva y ofensiva, aunque con matices); y b) sobre el modelo militar entre la profesionalización de las unidades (debido a la

motorización y los conocimientos técnicos necesarios, las empresas coloniales, y el uso de la fuerza armada en misiones de orden público) y el servicio militar obligatorio (SMO) que aportaba una capacidad máxima de soldados para los frentes.

En España, mirando esas experiencias de la 1ª GM y los estudios sobre la ofensiva y la defensiva como géneros de la acción (relacionadas con los conceptos de maniobra y de desgaste) se apuesta por la fortaleza de la segunda –defensiva, idónea también por nuestra geografía- como propugna la doctrina francesa de entreguerras (recordar la línea *Maginot*) pero sin renunciar a la maniobra, ya sea para taponar o contra-atacar durante la batalla defensiva con las reservas, o mediante esta defensiva permitir la maniobra ofensiva en otro sector. En cualquier caso, la defensiva era una medida temporal para pasar a la ofensiva, la única que ofrece resultados resolutivos.

Otro aspecto clave de la doctrina es la búsqueda de la batalla y en ella de la destrucción del enemigo. En cualquier acción ofensiva se valora entre las finalidades de: a) ganar terreno (para controlarlo) o b) destruir al enemigo. En una guerra civil quizá deba existir, en términos de eficacia, un equilibrio entre ambas finalidades. La Campaña del Norte en la Guerra Civil española (GCE) quizá apostara más por la primera; la batalla del Ebro, por la segunda. Aquí tiene sentido lo que Franco decía durante la batalla: “No me comprendéis, tengo a lo mejor del ejército republicano embolsado y con el río a su espalda”, cuando le hacían propuestas, una vez detenida la embestida republicana (primeros de agosto), de avanzar desde Lérida a Barcelona o desde Castellón hacia

Valencia, lo que es muestra de ese debate entre enemigo o espacio geográfico como objetivo.

En otro orden de cosas, había una fascinación en Europa y España por dos tipos de maniobras que se estudiaban y ensayaban en las escuelas de guerra: el paso de ríos y el desembarco anfibio; en la historia militar reciente figuraban la batalla sobre el río Marne (1914) en Francia o la batalla del río Piave o Vittorio Véneto en Italia (1918) para el paso de ríos; y Gallipoli (1916) y Alhucemas en el N de Africa (1925) para las acciones anfibias, y de alguna manera en la mente de todos los planeadores militares, había una predisposición hacia estas maniobras. Vicente Rojo, jefe de Estado Mayor de la República, la ejecuta en el Ebro (paso de ríos) y la planea en Motril (diciembre de 1938, desembarco anfibio), y Yagüe la ejecuta en Quinto de Ebro con su Cuerpo de Ejército Marroquí, de S a N, alcanzando en días la localidad de Lérida (5 de abril de 1938).

Por todo ello, la batalla de desgaste no gusta al militar profesional y el mismo Franco la definía como “la más fea y áspera de toda la guerra”, y el propio general Vicente Rojo como “fue la batalla del Ebro una pelea cruentísima...” o refiriéndose a la posterior campaña de Cataluña “una batalla paralela, la forma táctica absurda e ilógica...” que sólo puede permitirse el más poderoso. En otras palabras, los mandos profesionales, en lo posible, preferían apostar por maniobras vistosas que produjeran victorias rápidas y poco sangrientas.

El otro aspecto mencionado es la composición del ejército, el modelo entre los dos mencionados: 1) profesional (con una milicia territorial) y 2) de reclutamiento; incluso con un tercer modelo, el ejército miliciano

con sentido nacional y patriótico, incluso con una vertiente pacifista del que fue precursor en Francia Jaurés (1859-1914). La mayor parte de los ejércitos europeos siguieron el modelo prusiano de movilización y SMO. El ejército de la República en guerra, empero, bien sería tentado por este tercer modelo miliciano-revolucionario.

Reformas militares de Azaña

El conjunto de reformas militares fue impulsado por el ministro de la Guerra de la 2ª República, Manuel Azaña, siempre atento a las corrientes francesas. Lo recoge muy bien Michael Alpert en su publicación (*Las reformas militares de Azaña*). Pero Azaña no solo estaba preocupado por la reducción de los efectivos militares, muy elevados tras las campañas de Marruecos pacificado en 1927, la modernización del Ejército, la aceptación del ideal republicano, la disminución de las prerrogativas de los mandos militares (sustituyendo las Capitanías por cabeceras de Divisiones Orgánicas, sin atribuciones civiles), sino también por definir la relación civil-militar en la institución. De hecho, se atribuyó toda la responsabilidad de la política militar y se reservó la dirección de la guerra, asignando al EM una función asesora del nivel político, y la planificación y conducción de las operaciones militares, siguiendo el modelo francés que hemos visto.

La República había heredado un Ejército muy numeroso, proveniente de una guerra en Marruecos y un conjunto de reformas del primer tercio del siglo XX que no había ni siquiera, en la mayoría de los casos, entrado en vigor.

El Ejército Español constaba de casi 170 mil hombres en su conjunto distribuidos en 8 divisiones orgánicas cuando las reformas de Azaña se hicieron efectivas, a partir del primer decreto de 25 de abril de 1931 (G.M. núm 117).

Un decreto de 4 de julio (C.L. núm 444, 1931) modificó la estructura del Ministerio de la Guerra, “restableciendo el Estado Mayor Central (EMC), aligerando la Subsecretaría de Guerra y creando el Consejo Superior de Guerra, del que formarían parte, bajo la presidencia del mismo, el jefe y subjefe del EMC y los tres inspectores generales”. En su parte expositiva aclara que el “jefe (del EMC) desempeñaría, en caso de guerra, el puesto de jefe del estado mayor general del ejército de operaciones y que el subjefe pasaría a ser el enlace entre el ministro y el ejército en campaña”. (SALAS, 1973, p.19, Tomo I).

“En caso de guerra, el Jefe del EMC desempeñará el cargo de Jefe del EM general del Ejército de operaciones, constituyendo el EM de éste con personal designado desde tiempo de paz del destinado en el EMC” (Art 6º, decreto de 4 de julio de 1931), figura de la que la República carecerá durante toda la guerra.

Esto significaba que desde tiempo de paz había una dirección político-estratégica a nivel Jefe de Gobierno (Ministro de la Guerra o de Defensa Nacional), un EMC que transformara estos designios en instrucciones y planes para los Jefes de las Grandes Unidades y Divisiones Orgánicas. En caso de guerra, se designaría un mando único militar (el Jefe de EMC) para la dirección de las operaciones (que no de la guerra), cosa que no se produciría en la GCE hasta febrero de 1939,

y no en esa figura, cuando ya era muy tarde para cualquier giro en el resultado de la misma.

No existía “el cargo de general en jefe con plenitud de deberes y responsabilidades [...] Los ministros de Defensa daban órdenes directamente e incluso sin conocimiento del jefe del EMC a los jefes del Ejército, de la Marina y de la Aviación [...] No puede por tanto tener la responsabilidad de las operaciones militares quien no ha tenido facultades propias del mando de las fuerzas”. (ROJO, 2006, p.291)

Unidad de Mando en guerra

El carácter unitario del mando en el Ejército Popular de la República (EPR), que normalmente ha sido subestimado, debe entenderse correctamente en un clima de complejidad política y social, rayana en lo revolucionario.

Cita Salas Larrazábal: “Todos coincidían en la necesidad del mando único, de disciplinar a las milicias y de coordinar las fuerzas de los distintos frentes. La guerra, y de guerra se trataba, no podía ganarse de otra forma”.

Y continúa: “Esta convicción se enfrentaba con otra no menos firme: el odio al Ejército como institución. Superar esa contradicción era la tarea de todos. Para los socialistas, y muy especialmente para Largo Caballero, la unidad de mando y la eficacia se podía conseguir dentro del sistema generalizado de milicias. Allí era donde radicaba la fuerza del proletariado revolucionario; El Ejército jamás podría tener la

vitalidad de una organización de este tipo”. (SALAS, 1973, p.454, Tomo I)

El Gobierno de la República hizo esfuerzos conscientes en elaborar un sistema de mando único efectivo, desde las primeras fases del conflicto. A tal fin, se dispuso mediante una serie de regulaciones, a integrar todas las fuerzas bajo una estructura militar única, movilizándolo parcialmente reemplazos desde finales de julio de 1936 (de 1934 y 35 de Castilla la Nueva), llamando a filas a los reservistas y aquellos en filas cuyas unidades habían sido disueltas, incorporando a las columnas obreras y batallones de voluntarios, así creados desde el 2 de agosto, bajo mandos profesionales y “por el tiempo que dure la campaña, como mínimo por dos meses”.

El desastre de Talavera (3 de septiembre, que costó el cargo al presidente de gobierno Giral) y el fracaso en la toma del Alcázar de Toledo (durante ese mismo mes) hizo desistir al Gobierno de cualquier modelo miliciano-revolucionario. Se les otorgó a todas esas unidades el fuero militar y se dispuso su inclusión en el Ministerio de la Guerra, con una única escala de mandos (integrando a los jefes de milicias con los profesionales), y formando una estructura de la fuerza homogénea sobre la base de las Brigadas Mixtas (BM).

El constituido Ejército Popular de la República (EPR), un ejército de nueva planta, reunía todas las fuerzas disponibles: las BM,s, las Brigadas Internacionales, así como al Ejército del Este en su conjunto (antes nominado como Ejército de Cataluña), gracias a la acción del general Pozas (a partir del 6 de mayo del 37) y el Ejército del Norte, bajo el mando del general Llano de la Encomienda (se hace cargo en

diciembre de 1936) con más reticencias (especialmente del denominado “Ejército de Euzkadi”), hasta octubre de 1937, que desaparece (fin de la Campaña del Norte). Además, a él subordina la Inspección General de Milicias y suprime el famoso Quinto Regimiento (febrero de 1937)

Este esfuerzo unitario en la guerra se veía favorecido por realizarse desde Madrid, donde “el Gobierno disponía de abundantes medios y contaba con todos los órganos centrales que permiten y exigen el ejercicio del mando”. (SALAS, 1973, p. 412, Tomo I)

Eso sí, se hicieron concesiones muy importantes, de gran calado, al sector más revolucionario, con:

a) la creación del EPR con mando único (D.O. núm. 211, de 16 de octubre de 1936), según el cual el Ministerio de la Guerra asumía todo el mando a través del EMC que actuaría no como órgano ejecutivo de mando, sino como cuerpo consultivo y auxiliar de quien lo ejerce (GARCÍA, 2018, p.189), sin duda en la idea de garantizar un control político absoluto del mando militar, sin permitir la figura del comandante en jefe, en un ambiente palpable antimilitarista en el bando republicano;

b) En consecuencia, no declarando el “Estado de Guerra”, que hubiera dado atribuciones territoriales a los comandantes en jefe de las grandes unidades del Ejército, y prolongando el “Estado de Alarma” en pie desde el 17 de febrero de 1936 (Decreto de 14 de octubre, D.O. núm. 211 de 16 de octubre)

c) la creación de la figura del Comisariado General de Guerra⁴⁵⁴ (ese mismo 16 de octubre) dando lugar a una cadena político militar de mando de “doble llave”, y

d) dando relevancia al conjunto de asesores soviéticos (en número cercano a 2.500) y miembros del PCE que ejercieron un control muy estrecho sobre las operaciones, nombramientos y los recursos.

En el bando nacional el proceso fue mucho más directo. Cuando a finales de septiembre de 1936, los generales Orgaz y Kindelán preparaban el decreto de mando único lo justificaban así en su preámbulo: “Constituye precepto indiscutible del arte de la guerra la necesidad del mando único de los ejércitos de campaña” (DE LA CIERVA, 1973, p.510)

Finalmente, en el Decreto 138 (29 de septiembre), publicado en el B.O. de la Junta de Defensa Nacional de España nº 32 de 30 de septiembre, se nombraba al General de División Francisco Franco como “Jefe del Gobierno del Estado Español” (Art. Primero) y “Generalísimo de las fuerzas nacionales de tierra, mar y aire [...] y General Jefe de los Ejércitos de Operaciones” (Art. Segundo)

Como dice el general Alonso Baquer, a Franco la figura que le da carácter en la GCE es la de generalísimo dotado de un Cuartel General para la dirección de la guerra: “le parece preferible un Estado campamental (sin Gobierno) que un Gobierno provisional (sin Estado),

⁴⁵⁴ Cuya misión era ejercer el control político-social sobre las fuerzas y “establecer una corriente espiritual entre los mandos y las tropas” (D.O. núm.212 de 17 de octubre)

pero más preferible aún, imprescindible, un Cuartel General⁴⁵⁵” (ALONSO, 2003, p.193)

Y cita en otro opúsculo “Franco fue educado en una doctrina militar francesa y el Ejército español fue reformado por Azaña en un sentido mucho más afrancesado todavía” (pág.29, Separata, ponencia pronunciada en el Escorial, 1992) La idea de *generalísimo* (al estilo Foch) resultaba muy atractiva.

La unidad de mando, reglamentada por disposiciones, se consiguió en la práctica por la integración de todos los contingentes; esto es, milicias, soldados conscriptos, tropas africanas, fuerzas extranjeras en un único ejército, eliminando cualquier dualidad político-militar (unificación de las milicias FE y JONS y Tradicionalistas e integración en el Movimiento Nacional en abril de 1937) y evitando la injerencia extranjera (italiana y alemana) en el sistema de decisión nacional.

Las unidades militares nacionales, como bien indica Casas de la Vega, no ofrecían discrepancias políticas mientras que las republicanas se apresuraban a manifestarlas.

La figura del mando único en un bando nacional que de forma inmediata ha declarado el estado de guerra, estaba garantizado.

La Batalla de Madrid (otoño de 1936 a verano de 1937)

La batalla de Madrid, que podemos acotar en el tiempo y en el espacio según el interés de nuestro estudio, nos ofrece un ejemplo muy

⁴⁵⁵ *El Ebro; la batalla decisiva de los cien días.*

válido y oportuno del sistema de decisión para la batalla. Hay dos premisas que proponemos para este estudio:

1. Nos referiremos a la batalla de Madrid en aquellas fases iniciales de la guerra en que la capital de España fue el objetivo estratégico de los planes de operaciones de los dos bandos, y esta cuestión se manifestó en el lado republicano por la creación de la Junta de Defensa de Madrid, desde el 6 de noviembre de 1936 hasta el 23 de abril de 1937 cuando el Gobierno decidió su disolución y traspaso de poderes a los órganos correspondientes.
2. El plan general de operaciones consistió por parte nacional, y una vez fracasado el asalto directo, en el asedio de Madrid (23 de noviembre de 1936 al 28 de marzo de 1937), lo cual nos aproxima mucho a lo que vimos del sitio de París en 1870⁴⁵⁶.

Del primer punto nos llama la atención el “poder local” que ejercerá el general Miaja a todos los efectos durante la batalla de Madrid y de forma creciente, hasta el final de la guerra.

La “Batalla de Madrid” comprende en realidad una serie de combates, batallas y asedios que la podemos llevar desde el 1 de septiembre de 1936 (Talavera) hasta el 28 de marzo de 1937 (final de Guadalajara), incluso tomar el asalto al Cerro Garabitas (abril de 1937), la Batalla de la Granja (30 mayo a 3 de junio de 1937) y Brunete (julio de 1937) como parte extendida de la batalla (o campaña) de Madrid.

⁴⁵⁶ El “cinturón de hierro” de Bilbao tenía 80 kms de perímetro (mismo que el despliegue alemán sobre París), de 10 a 15 kms de radio desde Bilbao, y según Ciutat (1978, pág. 55), se necesitaban 50 batallones para su defensa.

La campaña al completo, el año, (julio del 36 al 37) contiene un asedio y su liberación (Alcázar), una batalla defensiva en terreno semi-urbano (*complex terrain*) en Ciudad Universitaria, una batalla primera moderna, clásica, de material y desgaste (Jarama), una batalla de encuentro y la más internacional (Guadalajara), y una batalla que pudo ser decisiva con un diseño operacional brillante que merecía el éxito (Brunete, diseño similar al de Stalingrado, a otra escala).

El general Miaja será el defensor de Madrid (batalla defensiva), se hará cargo de Madrid-Jarama (16 febrero de 1937) desplazando a Pozas⁴⁵⁷, animará las fuerzas en Guadalajara derrotando al CTV (Cuerpo de Ejército italiano), y dirigirá la maniobra de Brunete.

Miaja será progresivamente Jefe de la Junta de Defensa de Madrid, del Ejército del Centro, Jefe del Grupo de Ejércitos Central (comprendía Centro, Andalucía, Extremadura y Levante) y presidente de la Junta Nacional de Defensa (JND) (marzo de 1939) opuesta al gobierno de Negrín. Sin embargo, si su actuación fue muy notable en Madrid, y válida en Levante (primavera de 1938), será irrelevante, pero interesada, en el Ebro.

En el lado nacional, Franco es la autoridad política y militar suprema (generalísimo), pero también es el conductor de operaciones y a veces, con frecuencia se asoma a la batalla táctica.

En la Batalla de Madrid, Franco está en Leganés el 23 de noviembre para detener el asalto a la capital en consejo de guerra, acompañado por

⁴⁵⁷ El ministerio decidió entregar el mando de la operación y del II Ejército a Miaja (con responsabilidad desde Las Rozas a Aranjuez), dejando a Pozas el I Ejército a cargo de la Sierra, Sur del Tajo, y Extremadura.

Mola, Saliquet y Varela (MARTÍNEZ BANDE, 1972, nº1, p. 339) para, posteriormente, en la decisión del 19 de diciembre (MARTÍNEZ BANDE, 1972, nº2, p. 39) ordenar copar las fuerzas republicanas “dentro de la bolsa de Madrid”, es decir, el cerco de la capital que resultará, como sabemos, infructuoso.

Madrid no tenía fortificaciones, aunque sí fueron estudiadas y diseñadas a mediados del siglo XIX cuando lo hicieron el resto de las grandes capitales europeas, pero la disposición de sus cuarteles nos sugiere un interés por controlar las zonas periféricas y los accesos al centro de Madrid (Leganés, Campamento, Moncloa, Tetuán, Carabanchel, Getafe, Vicálvaro...)

Comentaba un militar estudioso de la fortaleza de París que esta gran ciudad tenía 19 nudos que, si se dominaban, permitían tomar París (contra un enemigo interior o exterior). Hemos expuesto el despliegue alemán en 1870-71, y la pregunta es ¿cuántas unidades y que lugares hubiera necesitado Franco controlar para materializar un cerco a la capital⁴⁵⁸ de esa envergadura?

Batalla del Ebro, (25 de julio a 16 de noviembre de 1938)

La batalla del Ebro hay que enmarcarla en la campaña del año 1938, que comprende, como sabemos, la finalización de las batallas sucesivas

⁴⁵⁸ Un cálculo somero nos diría que, si los alemanes tenían 250 mil hombres en una ciudad 3 veces mayor, París, en el caso de Madrid la fuerza necesaria no debería haber sido inferior a unos 75 mil. En enero de 1937 tenemos la División Soria, la División Ávila y la División Reforzada de Madrid, en total unos 57 mil hombres. En abril de 1937, el VII CE de Saliquet tiene las divisiones 71 a 75, con unos 60 mil hombres, más los recuperados del CTV (cerca de 30 mil), ahora ya derrotados en Guadalajara.

de Teruel y Alfambra (finalizada en febrero), la ofensiva en Aragón con el espectacular cruce del Ebro sur-norte en Quinto (Cuerpo de Ejército del general Yagüe) apuntando hacia Lérida y la línea del Segre (marzo del 38) y la operación que nos lleva al Mediterráneo (Cuerpo de Ejército de Aranda, llegando a Vinaroz el 15 de abril) con la posterior progresión hacia Valencia. Ésta última, la ofensiva en el Levante, constituirá el esfuerzo principal nacional en la primavera del 38; la caída de Valencia podría provocar la consiguiente caída de Madrid o de Barcelona, aunque en una fase posterior.

En el Levante se despliegan 5 unidades nacionales de entidad Cuerpo de Ejército (CE) que constituye su masa de maniobra para la ofensiva final sobre Valencia, prevista aquí para el 25 de julio. Aun confiando en la fortaleza de la defensa (24 divisiones republicanas apostadas al amparo de la Línea XYZ), el Jefe de Estado Mayor de la República, el general Vicente Rojo, ideó una operación de pinza en el recodo del Ebro para atrapar las fuerzas nacionales y aliviar la presión sobre la capital levantina, uniendo, si fuera posible, las dos zonas republicanas.

Así, el despliegue republicano en la zona de Aragón, Cataluña y Levante lo constituye:

- a) un Grupo de Ejércitos -GE- (general Hernández Saravia), con el Ejército del Este en el Segre y el del Ebro (preparándose para la ofensiva) en las comarcas de la Ribera y Priorat (GE de a Región Oriental, GERO); y
- b) el Ejército de Levante (general Menéndez) -dependiente del Grupo de Ejércitos Región Central (GERC, general Miaja)-, desplegado en la conocida como línea defensiva XYZ (o Línea

Matallana) que bajaba desde Cuenca y Teruel, por la Sierra del Espadán hasta Sagunto.

La ofensiva o campaña del Ebro se inicia precisamente ese 25 de julio con la idea de suspender las operaciones nacionales en el Levante, logrando una sorpresa táctica considerable (que no estratégica). El margen derecho del río estaba protegido en 100 kms, desde Lérida hasta el Delta, por el CE Marroquí (Yagüe), una unidad de elite que en este momento solo realiza misiones de vigilancia con tres divisiones en reorganización y neófitas (las 40, la 50 y la 105) y que mantiene su núcleo más combativo (13 división de Barrón) en reserva.

El cruce del río lo manda el teniente coronel de milicias Modesto, con tres CEs (al mando de Etlvino Vega, Tagüeña y Líster) con las mejores unidades republicanas. La ofensiva, batalla o campaña de los 100 días, no obstante, se agota a primeros de agosto y lo que empezó siendo una batalla de infantería con un abundante recurso a la infiltración y la maniobra, terminó en pura batalla de desgaste y de material. Los nacionales concentraron, con la desplegada, otras 12 divisiones, más de 200 aviones y 500 piezas de artillería para este fin.

13 divisiones, en consecuencia, se implicaron por cada bando (unos 300 mil hombres en total) durante la batalla, terminando a mediados de noviembre cuando los republicanos recruzan el Ebro con gravísimas bajas (unas 60 a 70 mil en realidad por cada bando) El resultado fue un rápido colapso posterior en Cataluña que llevó al bando nacional a la frontera francesa a un ritmo prácticamente de explotación del éxito.

La denominada como “la más bella maniobra de toda la guerra”, pues así fue el cruce del Ebro, quedó en la mente de los combatientes y los testigos como una auténtica prueba de voluntad y de desgaste.

Su importancia fue tal en el conjunto de la guerra, que vemos desplegado sobre los observatorios nacionales (Col del Moro), los tres niveles de la conducción de la guerra: el político-estratégico (Franco), el jefe operacional (General Dávila) y el táctico (inicialmente Yagüe, después García Valiño también). Por el lado republicano, al oeste del río se encontraban el general Rojo (a cargo de las operaciones de la República, y Modesto, jefe táctico de la operación). Negrín, sito en Barcelona, solía acercarse por las inmediaciones también.

En opinión de Vicente Rojo, el mando, cuyo deber, como el de la estrategia, es vencer, es una figura central como conductor de operaciones. Diseña tanto operaciones ofensivas como defensivas, actitudes que tienen una misma finalidad, “llegar al momento de la decisión, o de la batalla general, en condiciones de superioridad” (ROJO, 1988, p. 106).

Su visión de la batalla es muy al estilo del mariscal Foch, con su carácter decisivo, pero solo después de haber asegurado todos los elementos para hacerla satisfactoria. “Es el hecho mediante el cual se trata de dominar la voluntad del adversario, destruyendo sus fuerzas”. (ROJO, 1988, p. 441).

A modo de curiosidad, Rojo diferencia el nivel de combate o batalla, no solo por su trascendencia (táctica y con posibilidad de ser estratégica, respectivamente), sino por el tipo de unidad que interviene: de División para abajo, combates, de Cuerpo de Ejército hacia arriba,

batalla; lo cual se complementa cuando dice que la maniobra está ligada a la acción estratégica: En realidad, puede ser estratégica o táctica por definición, ya que supone “el empleo combinado de los medios de acción para alcanzar un objetivo”. (ROJO, 1988, pág. 345).

Decíamos que Miaja no fue protagonista de esta batalla, pero paradójicamente adquirió un gran poder en el EPR, al ser: a) Jefe del GERC, con el 80% de los efectivos terrestres disponibles y responsable último del éxito de Levante, b) se opone al envío de refuerzos a Cataluña, c) finalizada la batalla, desaconsejó e hizo imposible el Plan “P”, en Extremadura, tanto tiempo deseado por Rojo, y d) fue tímido en el apoyo de la ofensiva de Peñarroya (enero de 1939), con acciones muy limitadas en el sector de Brunete.

Una anotación; el EPR despliega, a pesar del esfuerzo notable de sus organizadores, dos modelos de ejército miliciano tanto en Madrid como en el Ebro, aunque en ésta última batalla con un nivel de encuadramiento muy avanzado y de marcada orientación comunista.

Para concluir este apartado de las dos batallas de la GCE, una observación en el sistema de mando y dirección de la guerra. Franco está asomado al mando táctico tanto en Madrid como en el Ebro, en las batallas que considera decisivas. No lo hará en la Campaña del Norte, ni en Teruel. Donde él esté, (Leganés y Col del Moro), se situarán los tres niveles de conducción de la guerra (estratégico, operacional y táctico), y por añadidura el centro de la guerra, la campaña y la batalla.

Miaja y Rojo estarán en Madrid (1936-37), con mucha autonomía respecto al Gobierno de la República, con asesoramiento ruso, eso sí, y con una amalgama de unidades. En el Ebro, tendremos a Modesto, Rojo

y Negrín (Azaña está eclipsado), en los tres niveles, situados los dos primeros en el propio campo de batalla. Miaja no contará sino cuando le ordenen acciones de diversión, refuerzo o esfuerzos complementarios.

Conclusión

Pero demos respuesta a la pregunta del principio: El mando político está ligado a la conducción de la guerra, y el mando militar a las operaciones. El mismo Rojo reconoce en sus escritos: “El mando único, político y militar, ha existido sobre el papel: pero no se ha podido ejercer la función de mando”. (ROJO, 2006, p.306)

Como era de esperar, Vicente Rojo, oficial de EM, es muy detallado a la hora de cifrar la relación ideal que debe existir entre un mando político y el militar en guerra, que él mismo tuvo que lidiar, centrándose en la coordinación como elemento primordial.

Rojo habla de dos tendencias en la conducción de la guerra (como hemos visto en esta ponencia): 1) centralización de poder político y militar en una sola persona, y 2) descentralización de la conducción militar respecto a la conducción política de la guerra. Como la acción tiene que ser unitaria, precisa de esa coordinación que hemos referido en el segundo caso: “La política simplemente orienta la actividad militar en sus fines generales y no interviene en la conducción de operaciones, aunque sí controla la elaboración de los planes estratégicos”. (ROJO, 1988, p.56)

Aunque, en definitiva, “cada país dará la solución al problema que asegure la acción coordinada en las funciones política y militar” (ROJO, 1988, p.59).

En su libro de “Alerta los pueblos” cita las razones militares y políticas por las que Franco ganó la guerra. “La guerra se perdió porque así lo exigía la ciencia militar, el arte de la guerra”, al enfrentarse un ejército cohesionado contra otro que representaba diferentes facciones y acusaba descoordinación en sus acciones. Además, el nivel de los mandos intermedios del Ejército Nacional era netamente superior.

También critica que el bando republicano no ofreciera a la nación objetivos sublimes que superaran los representados por las facciones políticas. Se necesitaba un ejército único, un mando único, un único propósito, más allá de las consignas de derrotar al fascismo y luchar por la libertad y la democracia, expresaba.

Solo encontramos destellos de mando único al final de la guerra, en la persona de Miaja, con la ejercida como presidente de la Junta Nacional de Defensa auspiciada por el coronel Casado y el líder socialista Besteiro. Ciertamente, al mismo Casado, según sugiere Casas de la Vega, Negrín le ofreció el ascenso a general (decretado el 25 de febrero de 1939) y la jefatura del EMC del Ejército, es decir, jefe supremo militar teniendo a Matallana como Jefe del EMC (de hecho, Vicente Rojo ya se encontraba fuera de España), a lo que Casado declinó, aunque estos términos no están datados y muchos autores (Ángel Bahamonde entre ellos), lo cuestionan.

Miaja era de facto el jefe de los ejércitos de operaciones, al serlo del GERC, una vez desaparecido el GERO en campaña, y haberse

decretado el Estado de Guerra. El gobierno republicano le reconoció esa jefatura nombrándole “Jefe de los Ejércitos de Mar, Tierra y Aire”, aunque no tardó en retirárselo (2 de marzo) y decretar la disolución del GERC (misma fecha). Sin embargo, él mismo se encargó de hacerla efectiva como Presidente de la Junta enfrentada a Negrín. Veamos, al efecto, como firmaba las órdenes en los últimos días de la guerra:

“...El general jefe de los ejércitos de la República a todos los mandos militares les ordena que permanezcan en sus puestos intensificando la vigilancia en el frente y en la retaguardia y será inexorable con aquellos que traicionen las órdenes recibidas. Los frentes se mantendrán en defensa a toda costa para el mejor servicio de España y la República, el Gral MIAJA” (Telegrama de 15 de marzo de 1939; AGMAV C.916,2,3/3)

La Batalla de Madrid empieza con una Junta de Defensa a su mando y éste, el general Miaja, entrega Madrid mediante otra Junta (JND), de otra naturaleza, a finales de marzo de 1939 (el día 28).

¿Queda contestada la pregunta? Posiblemente no, porque la realidad tiene matices que los nombramientos soslayan. El mismo comandante Francisco Ciutat, que fue JEM del Ejército de Levante, reconocía que “El Jefe del EMC en la práctica era el máximo responsable de la conducción de la guerra” (CIUTAT, 1978, pág.10) aludiendo a su admirado jefe Vicente Rojo.

Sin embargo, por todo lo anterior, nos inclinamos a pensar que Rojo no ejerció nunca la jefatura del Ejército. Fue el asesor principal del Presidente de Gobierno, el responsable de elaborar los planes de

operaciones y dirigirlas sobre el terreno con la supervisión del presidente, pero nunca tuvo un mando nominal.

Fue Miaja, sin embargo, el general más poderoso de la República, el que gozó de autoridad al principio, en los momentos decisivos (Madrid), mandó la mayor parte de los contingentes de forma muy acusada a partir de 1938 (GERC), actuó de forma autónoma desde la declaración del Estado de Guerra, y tomó decisiones enfrentadas al Gobierno de Negrín, encabezando la JND.

La respuesta, como tantas veces, es escurridiza y quizá carezca de importancia cuando ya no había ocasión, potencia, ni voluntad de continuar la guerra.

Bibliografía

- ALONSO, Miguel (2003): *El Ebro. La batalla decisiva de los Cien Días*, La Esfera de los Libro, Madrid.
- ALPERT, M. (1982): *Las Reformas militares de Azaña, Siglo Veintiuno de España*, Madrid.
- BAHAMONDE, A. (2014): *Madrid 1939. La conjura del coronel Casado*, cátedra, Madrid.
- CASAS DE LA V., R (1998): *Seis generales de la Guerra Civil*, Fénix, Toledo.
- CIUTAT, F. (1978): *Relatos y reflexiones sobre la guerra de España*, Forma, Madrid.
- CLAUSEWITZ, C. (1978): *De la Guerra*, Ed Ejército, Madrid.
- DE LA CIERVA, R. (1973): *Francisco Franco, un siglo de España*, Editora Nacional, Madrid.
- EMC (1924): *Doctrina de empleo táctico de las Armas y los Servicios*, S. Publicaciones del EMC, Madrid.
- FULLER, J.F.C. (1984): *La Dirección de la Guerra*, Ed Ejército, Madrid.
- GARCÍA, A. (2018): *La Fractura del Ejército ante el 18 de julio. El Estado Mayor en la Guerra Civil*, Comares, Granada.
- GARCÍA DE M., A. (2018): *La fortificación en Europa en el siglo XIX*, Centro Geográfico del Ejército, IHCM, Madrid.
- GOERLITZ, W. (1954): *El Estado Mayor alemán*, AHR, Barcelona.
- HOWARD, M. (1961): *The Franco-Prussian War*, Routedledge, NY-USA.

- HUGHES, D. (Editor) (1995): *Motlke on the Art of War, selected writings*, Presidio Press CA-USA.
- MARTÍNEZ BANDE, J.M. (1972): *La marcha sobre Madrid*, Ed San Martin-SHM, Madrid.
- MARTÍNEZ BANDE, J.M. (1972): *La lucha en torno a Madrid*, Ed San Martin-SHM, Madrid.
- MOLTKE, H. (1891): *La Guerra Franco-Prusiana de 1870-71*, Imp de la C. de Impresores y Libreros, Madrid.
- ROJO, J.A. (2006): *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Tusquets Editores, Barcelona.
- ROJO, V. (1974): *¡Alerta los pueblos!*, Ariel, Barcelona.
- ROJO, V. (1975): *España heroica*, Ariel, Barcelona.
- ROJO, V. (1988): *Elementos del Arte de la Guerra*, SP Ministerio de Defensa, Madrid.
- SALAS, R. (1973): *Historia del Ejército Popular de la República*, Editora Nacional, Madrid.
- STRACHAN, H. (1985): *Ejércitos Europeos y Conducción de la Guerra*, Ed Ejército, Madrid.

LA BATALLA DEL EBRO

THE BATTLE OF THE EBRO

Fernando Puell de la Villa

IUGM-UNED

Resumen:

En mayo de 1938, Juan Negrín, presidente del Consejo de Ministros, aprobó el plan del general Vicente Rojo para lanzar una potente ofensiva en el curso bajo del río Ebro al objeto de aliviar la presión ejercida por la principal masa de maniobra de Franco sobre Valencia, a la vez que hacer ver a los gobiernos europeos que la República tenía aún posibilidades de sobrevivir. La decisiva batalla del Ebro fue la de mayor magnitud y duración de la Guerra Civil. Se desarrolló entre julio y noviembre de 1938 y los combates se concentraron en la comarca catalana de la Terra Alta, un sector poco poblado y mal comunicado. Aunque detuvo el ataque franquista a Valencia, produjo enormes pérdidas en ambos ejércitos, con decenas de miles de muertos y heridos. De otra parte, su desenlace fue letal para la Segunda República y desvaneció cualquier esperanza de ayuda por parte de las democracias occidentales.

Palabras clave:

España; Guerra Civil; Juan Modesto; Vicente Rojo; Juan Yagüe.

Abstract:

In May 1938, Spanish premier Juan Negrín approved General Vicente Rojo's plan to launch an ambitious offensive on the lower course of the Ebro River, aimed to relieve the pressure exercised by the main Francoist army on Valencia as well as to show European governments that the Republican government was still viable. The decisive Battle of the Ebro was the longest and largest one of the

Spanish Civil War. It took place between July and November 1938, with fighting mainly concentrated at a sparsely populated and isolated Catalan area named Terra Alta. Though the battle stopped Franco's assault on Valencia, it inflicted huge losses on both armies, with tens of thousands of dead and wounded. Besides, its results were disastrous for the Second Spanish Republic and removed any hope of aid from the Western democracies.

Key words:

Spanish Civil War; Juan Modesto; Vicente Rojo; Juan Yagüe.

Introducción

Si hubo en la Guerra Civil española una batalla decisiva, ésta fue la del Ebro. Aunque careciese de brillantez en su planteamiento y desarrollo y resulte poco atractiva para el estudioso del arte de la guerra, las consecuencias de su desenlace, tanto internas como externas, obligan a catalogarla como una de las contadas grandes batallas decisivas de la historia, pues a su término la victoria republicana era inalcanzable, los vaticinios de que la guerra terminaría en tablas, como estimaron los analistas internacionales durante su trascurso, eran agua pasada y había quedado del todo descartada la pretensión del gobierno republicano de lograr una paz honrosa y sin represalias, auspiciada por Francia y el Reino Unido.

El largo y cruento enfrentamiento, que se inició el 25 de julio y finalizó el 17 de noviembre de 1938, obedeció a un violento choque de voluntades. De una parte, la asombrosa voluntad de vencer del gobierno de Negrín, que logró revitalizar los despojos de los ejércitos que habían combatido en Aragón, insuflarles de nuevo moral de victoria y rearmarlos adecuada y suficientemente. Y de otra, la decidida voluntad

de Francisco Franco de triturar de una vez por todas aquella pertinaz fuerza armada, que parecía renacer de sus cenizas tan pronto se le daba algún respiro (CARDONA y LOSADA, 2004, pp. 23-29).

Como había ocurrido en Teruel, el territorio en disputa carecía de valor estratégico alguno. Su elección correspondió en exclusiva a Juan Negrín, presidente del Consejo de Ministros y ministro de Defensa Nacional, que optó por la inmediatez de un teatro de operaciones fácilmente controlable desde Barcelona, antes que poner en manos del general José Miaja, que permanecía en el entorno de Madrid, la posibilidad de asestar lo que se creía que iba a dar un golpe mortal al enemigo.

Prácticamente nadie en el cuartel general de Franco consideraba que las divisiones republicanas replegadas a Cataluña fuesen capaces de rehacerse. No en vano hacía sólo tres meses que las habían visto cruzar el Ebro y el Segre, dispersas, desmoralizadas y mal equipadas. Aunque integradas por las unidades más selectas del Ejército Popular, su regeneración fue una de las mayores hazañas de la guerra, evidentemente favorecida por la llegada de las remesas de material soviético compradas durante aquella primavera.

Sobre este enfrentamiento se han vertido ríos de tinta. La abundantísima bibliografía disponible permite abordar su estudio sin necesidad de acudir directamente a las fuentes primarias, la mayoría de ellas conservadas en el Archivo General Militar de Ávila y exhaustivamente explotadas por los distintos autores que han tratado el tema. Por ello, este trabajo se sustentará en una selección de las principales obras testimoniales e historiográficas publicadas hasta la

fecha. Para el bando franquista, se han utilizado las memorias de los generales Rafael García-Valiño Marcén, jefe del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo y verdadero muñidor del desenlace final de la batalla; Alfredo Kindelán Duany y Carlos Martínez de Campos, respectivamente jefes de la aviación y de la artillería, y José Cuesta Monereo, jefe de Estado Mayor del Ejército del Sur. Y para el republicano, las del general Vicente Rojo Lluich, principal artífice de la operación; las del coronel Juan Modesto Guilloto León, jefe del Ejército del Ebro; las del teniente coronel Manuel Tagüeña Lacorte, jefe del XV Cuerpo de Ejército, y las del mayor Julio Diamante Cabrera, jefe del Batallón de Pontoneros. Entre las obras de carácter historiográfico, cabe destacar las imprescindibles monografías del coronel Juan Manuel Martínez Bande sobre la batalla del Ebro y sobre las operaciones a ella asociadas; el monumental trabajo del general Ramón Salas Larrazábal sobre el Ejército Popular de la República, y la detallada crónica del historiador tarraconense Lluís Maria Mezquida i Gené sobre el desarrollo de los combates en aquel teatro de operaciones.

El trabajo se compartimentará en cuatro apartados, seguidos de unas breves conclusiones. Primero se contemplará la singular coyuntura internacional que enmarcó la batalla del Ebro. A continuación se la encuadrará en el contexto bélico de comienzos del verano de 1938. En tercer lugar, se analizarán en detalle las cuatro grandes fases en que se desarrolló la batalla. Y por último, se esbozarán las distintas operaciones de carácter secundario concebidas por Rojo para distraer tropas del escenario principal.

Contexto internacional

En el exterior, el tablero europeo se había complicado notablemente y todo hacía presagiar que los gobiernos francés y británico no iban a tolerar que Hitler se anexionase la franja periférica de Checoslovaquia habitada por gentes de origen y cultura alemanas —la llamada región de los Sudetes—, dada la vinculación de aquel país con las citadas potencias. A finales de julio, el presidente de la República, Manuel Azaña, enfrentado con Negrín y que daba por perdida la guerra desde hacía varios meses, ofreció la cabeza de su jefe de gobierno y prometió prescindir de los comunistas en el caso de que Londres aceptase mediar para llegar a una paz negociada (MIRALLES, 2012, pp. 842-843).

Casi simultáneamente, el representante británico ante el Comité de No-Intervención ofreció otorgar a ambos bandos el estatus de ‘nación beligerante’ a cambio de la retirada de las tropas extranjeras que combatían en España. Negrín, confiado en que la cuestión de los Sudetes colmaría la paciencia de sus aliados naturales, asumió complacido la propuesta pese a la desproporción de efectivos existente. Franco consintió también en desprenderse de un máximo de 10.000 hombres, siempre que se repatriara el mismo número en el lado contrario (MORADIELLOS, 2012, pp. 231-233).

Cuando el 21 de septiembre, coincidiendo con una de las fases más sangrientas de la batalla del Ebro, Negrín anunció en Ginebra su decisión de desprenderse de las Brigadas Internacionales, nadie prestó atención a un asunto que tantos debates había originado, al estar la

opinión mundial sólo pendiente de la inminente declaración de guerra ante los planes anexionistas de Hitler.

Franco, en un golpe de efecto, anunció que se mantendría neutral en el supuesto de una ruptura de hostilidades en Europa, y el 29 de septiembre Edouard Daladier y Neville Chamberlain, primeros ministros de Francia y del Reino Unido, capitularon vergonzosamente en Múnich ante el Führer y aceptaron la desmembración de Checoslovaquia y la entrega de la región de los Sudetes al III Reich (NOGUERES, 1965).

A Negrín, que ya había dado la orden de retirar a los brigadistas atrincherados al sur del Ebro, se le vino el mundo encima al contemplar la abyecta conducta de las democracias occidentales, consciente de la suerte que correría la República española en un trance similar. Sin embargo, y aunque probablemente nunca llegó a saberlo, poco tuvo que ver Múnich con el fatal destino de aquella, mucho más ligado a lo que estaba ocurriendo a orillas del Ebro, pues los gobiernos francés y británico, más atentos a sus problemas internos y conscientes de sus carencias militares, ya habían decidido con anterioridad abstenerse de intervenir en la guerra española en caso de conflagración europea.

En octubre, buena parte de los 7.000 brigadistas procedentes de los países del Eje solicitaron la nacionalidad española ante la imposibilidad de regresar a su patria y se alistaron en el Ejército Popular; otros 6.000 de los concentrados en Barcelona fueron solemne y nostálgicamente despedidos a los dos años de su esperanzadora llegada a la Península. Unas semanas antes, 10.000 voluntarios del Corpo di Truppe Volontari

Dos eran las principales operaciones en curso en aquellos momentos, ambas protagonizadas por las tropas dependientes de Franco: la que tenía como objetivo apoderarse de Valencia y la que pretendía cerrar la llamada bolsa de La Serena, entrante formado en septiembre de 1936 por la necesidad de avanzar rápidamente desde Badajoz a Madrid; aguzada cuña apuntando a Mérida que llevaba concitando la atención del Estado Mayor republicano desde los tiempos del gobierno de Largo Caballero y escenario donde, desde hacía más de un año, Rojo tenía en mente lanzar una ofensiva para escindir la zona gobernada por Franco.

La ofensiva contra Valencia (abril-julio de 1938)

Todo presagiaba que Franco, con nada menos que siete cuerpos de ejército cerniéndose sobre los maltrechos restos del que había logrado traspasar el Ebro, iba a culminar la guerra con la ocupación de Cataluña. Seguramente, nunca se sabrá por qué prefirió marchar contra Valencia en lugar de abatirse sobre Barcelona desde Lérida y Tortosa.

Sus más cercanos colaboradores desde luego nunca lo comprendieron, jamás se lo explicaron e incluso lo criticaron entonces y después (KINDELÁN, 1982, pp. 128-135). La historiografía franquista intentó justificar que el cambio de rumbo obedeció al supuesto, al parecer sólo contemplado por el propio generalísimo, de que Francia enviaría tropas en auxilio de la República en caso de que sus tropas se aproximasen a los Pirineos (MARTÍNEZ BANDE, 1977, pp. 18-24). Peregrino argumento, teniendo en cuenta que Franco ya

dominaba dos terceras partes de la frontera, e incierto además según atestigua la documentación británica y francesa hoy disponible (BEEVOR, 2005, pp. 516-518).

Más probable pudo ser que el general José Enrique Varela, jefe del Cuerpo de Ejército de Castilla, le convenciese de la conveniencia de aprovechar el quebranto enemigo para apoderarse de Valencia en una maniobra convergente de su Cuerpo de Ejército, que llevaba tres meses inactivo en Teruel, y el de Galicia, mandado por el general Antonio Aranda, posicionado al norte de Castellón. Avala esa hipótesis el hecho cierto de que, el 10 de abril, es decir, cinco días antes de que la 4.^a División de Navarra llegara al Mediterráneo, el general Fidel Dávila, jefe del Ejército del Norte, ordenase a Varela avanzar hacia Sagunto para establecer contacto con Aranda, que previsiblemente habría alcanzado dicha población en su progresión por el litoral (MARTÍNEZ BANDE, 1977, p. 38).

Simultáneamente, Negrín tomó la decisión de crear dos grupos de ejércitos, la mayor gran unidad orgánica que contemplaban los manuales y que nunca hasta entonces se había organizado en España. El llamado Grupo de Ejércitos de la Región Central (GERC) agrupó los Ejércitos de Andalucía, Centro, Extremadura, Levante y de Maniobra, es decir, todos los que habían quedado fuera de Cataluña, y el de la Región Oriental (GERO) solo integró inicialmente los restos del Ejército del Este que, al mando del coronel Juan Perea, se habían posicionado en la ribera izquierda del Segre y las contadas unidades de la llamada Agrupación Autónoma mandada por teniente coronel Juan Modesto Guilloto que habían logrado replegarse al norte del curso bajo

del Ebro. Negrín, auxiliado por Rojo, se atribuyó el mando del GERO y delegó en Miaja el del GERC.

El sector atacado por Varela estaba defendido por el XIII Cuerpo del Ejército de Levante, bastante mermado de efectivos, y el correspondiente a Aranda por los maltrechos restos del de Maniobra. El 23 de abril, ambos rompieron sin grandes problemas sus frentes respectivos y penetraron algunos kilómetros por territorio republicano. El tremendo temporal que se desató sobre la zona diez días después obligó a suspender la ofensiva, dando tiempo a Miaja, plenamente consciente del peligro que se cernía sobre Valencia y teniendo a su entera disposición los cuantiosos efectivos del GERC, a trasladar a la zona varias unidades del Ejército del Centro (ROJO, 1975, p. 141-142). También se proyectaron y comenzaron a construirse con urgencia dos líneas fortificadas perpendiculares a la costa y de unos 100 kilómetros de longitud cada una, mucho más trabadas y efectivas que el mítico Cinturón de Hierro bilbaíno. La primera, por el sur de Castellón y la segunda, denominada Línea XYZ, al norte de Sagunto (MARTÍNEZ BANDE, 1977, pp. 107-114).

Cuando Varela y Aranda intentaron reanudar el ataque el panorama había cambiado notablemente y la continua afluencia de efectivos y el vertiginoso ritmo impuesto a los trabajos de fortificación detuvieron el avance de sus tropas. Franco, en lugar de asumir el pequeño revés y retomar la ofensiva sobre Cataluña, donde el enemigo continuaba estando en inferioridad de condiciones, se empeñó en continuar lo que había dejado de ser ya una mera maniobra de explotación del éxito y decidió interponer entre los cuerpos de ejército de Aranda y de Varela

el llamado Destacamento de Enlace, en realidad una división reforzada mandada por el general García-Valiño, al que asignó la misión de penetrar por el intrincado terreno del Alto Maestrazgo (GARCÍA-VALIÑO, 1949, pp. 105-107).

Más o menos por las mismas fechas, el gobierno de Negrín, tras rechazar Franco la mano tendida en el discurso conmemorativo del 1 de Mayo, en el que planteó sus famosos Trece Puntos, y fracasar nuevos intentos de que Francia se comprometiese a negociar un armisticio que evitase represalias y fusilamientos, ordenó la movilización de la población masculina de Cataluña comprendida entre los diecisiete y los cuarenta años a fin de engrosar las unidades integradas en el GERO. El alistamiento forzoso de muchos padres de familia y de los adolescentes que componían la llamada ‘quinta del biberón’, unido al cansancio sentido por la mayoría de la población, harta de una guerra que parecía no tener fin, hizo resurgir usos que se creía habían pasado a la historia. Cientos de hombres se ocultaron en zulos improvisados en domicilios de familiares o amigos, otros se acogieron a la montaña y cuantos pudieron cruzaron las fronteras francesa y andorrana, guiados por las partidas que hasta entonces se dedicaban al contrabando (SALAS, 1973, t. II, p. 1894).

El 4 de mayo, mientras las tropas de Aranda seguían pegadas al terreno en las proximidades de la costa castellonense, las de Varela emprendieron una penosa marcha, bajo la lluvia y campo a través, hacia la carretera de Teruel a Sagunto, adonde llegaron el día 26. Algo más al este y con similares penalidades, las de García-Valiño establecieron contacto con las de Varela. El lentísimo avance de los franquistas por

el Alto Maestrazgo permitió que Valencia se convirtiese en un fortín, defendido por los nutridos efectivos traídos del resto de la Península, y dio tiempo a que Rojo reforzase considerablemente el GERO, que completó con un segundo ejército de nueva creación, que recibió el nombre de Ejército del Ebro, constituido sobre la base de la Agrupación Autónoma de Modesto.

El fracaso de la operación encomendada a Aranda y a Varela y el evidente resurgimiento de las unidades republicanas confinadas en Cataluña causaron hondo malestar en el entorno del cuartel general de Salamanca. Las críticas contra Franco, cuya descarada pretensión de perpetuarse en el poder alarmaba a los generales que le habían aupado a la Jefatura del Estado en 1936, subieron de tono e incluso se estuvo a punto de que diera su brazo a torcer y reanudase las operaciones en Cataluña (MARTÍNEZ BANDE, 1977, pp. 95-98).

Sin embargo, la fortuna pareció volver a sonreírle a partir del 28 de mayo, cuando Aranda, gracias a la rotunda intervención de su artillería y aviación, y el eficaz flanqueo de García-Valiño, logró abrirse paso hacia Castellón por tres direcciones convergentes. Miaja se apresuró a defender la ciudad a todo trance, concentrando en su entorno tres divisiones del Ejército de Levante. La tenaz resistencia encontrada y el brío de los contraataques republicanos forzaron a los franquistas a realizar una amplia maniobra de envolvimiento, que obligó a los republicanos a replegarse y permitió que la población cayese en manos del enemigo el 14 de junio (MARTÍNEZ BANDE, 1977, pp. 129-135).

Según el plan previsto, debería de haber sido Varela quien hubiese llevado el esfuerzo principal de la operación emprendida. Sin embargo,

aunque sus tropas progresaron con cierta facilidad por el sur de Teruel, les llevó todo el mes de abril y gran parte de mayo alcanzar la carretera de Sagunto, sin lograr profundizar más allá de esa línea. Las poderosas fortificaciones defendidas por el XIII Cuerpo del Ejército de Levante detuvieron su progresión, pero el quebranto y agotamiento de los republicanos, unido al desgaste de su artillería, permitió que el 28 de mayo, el mismo día en que Aranda rompió el frente costero e inició el ataque a Castellón, dos de las divisiones de Varela lograran traspasarlas.

La ruptura del frente en este sector debilitó momentáneamente el resto de la línea republicana y durante las siguientes jornadas las otras cinco divisiones de Varela intentaron, aunque con muy pocos resultados, progresar hacia el sur. La aspereza del terreno, que impedía totalmente maniobrar, unida a la potencia de los contraataques republicanos hicieron que las tres divisiones de vanguardia fuesen enseguida contenidas por la única división que tenían enfrente, obligando finalmente a Varela a establecerse a la defensiva a finales de junio, sobre una línea distante más de 80 kilómetros de Valencia, posición en la que continuaba al iniciarse la batalla del Ebro (ROJO, 1975, pp. 142-143).

Ante el adverso rumbo de las operaciones, Franco concibió otra gran maniobra de envolvimiento para doblegar la resistencia ofrecida por los republicanos y hacerse con la capital levantina. Las tropas de Dávila fueron reforzadas con el CTV italiano, que se encontraba posicionado en la desembocadura del Ebro, y con el Cuerpo de Ejército del Turia de nueva creación, del que se hizo cargo el general José Solchaga. Además, se incrementó considerablemente el aún llamado

Destacamento de Enlace que mandaba el general García-Valiño, que alcanzó la entidad de cuerpo de ejército.

A primeros de julio se inició la citada maniobra de envolvimiento (LLORDÉS, 1969, pp. 217-219). Por el interior, el CTV y los Cuerpos de Ejército de Castilla y del Turia comenzaron a avanzar dando un gran rodeo por el interior de la provincia de Valencia en dirección a Cullera. Simultáneamente, por la costa, García-Valiño y Aranda emprendieron la marcha hacia Sagunto. La progresión de unos y otros fue frenada por la Línea XYZ, frente a la cual se encontraban detenidos cuando, el 25 de julio, Modesto cruzó el Ebro y Franco se vio obligado a enviar la mayor parte de estas tropas al sector de Gandesa (MARTÍNEZ DE CAMPOS, 1970, 54).

Operaciones en la bolsa de La Serena (junio-julio de 1938)

Mientras el Ejército del Norte avanzaba trabajosamente hacia Valencia, Franco quiso interrumpir la continua afluencia de efectivos con que Miaja alimentaba las líneas defensivas establecidas en Castellón y, a comienzos de junio, su cuartel general preparó otra ambiciosa operación para reducir la llamada bolsa de La Serena: una pronunciada cuña con sus extremos en Córdoba y Toledo, originada durante el avance de las columnas de Yagüe en agosto de 1936 (CUESTA, 1961, p. 227).

Sus casi 600 kilómetros de frente absorbían demasiadas unidades y su pico apuntaba peligrosamente hacia Mérida. En el verano de 1938 y del lado franquista, el sector norte, correspondiente a las provincias de Cáceres y Toledo, era responsabilidad del general Andrés Saliquet, jefe

del Ejército del Centro, mientras que la zona de Córdoba y Badajoz correspondía al Ejército del Sur, mandado por el general Gonzalo Queipo de Llano (SALAS, 1973, t. II, pp. 2064-2070).

En el bando contrario y tras la organización del GERC, aquel olvidado frente había pasado a depender del general Miaja y las fuerzas en presencia eran los dos cuerpos del Ejército de Extremadura, mandado por el coronel Ricardo Burillo, quien disponía de cinco divisiones, más otra en reserva, muy mermadas de armamento pesado y cuyos hombres se habían aclimatado a la tranquila vida de trinchera. Además, estaban convencidos de defender un sector secundario, opinión compartida por Negrín, quien, en una reunión mantenida en Madrid con los mandos del GERC días antes de iniciarse esta operación, le espetó a Burillo que “una pulgada de terreno en Levante tenía el mismo valor que el de muchos kilómetros en Extremadura” (MARTÍNEZ BANDE, 1981, p. 243).

Sobre este tablero, Franco planeó una serie de sucesivas maniobras ofensivas, que se iniciaron el 14 de junio con una pequeña rectificación del frente en el sector sur, en el cauce alto del río Zújar. La operación, desarrollada en cuatro jornadas, brindó a Queipo de Llano varios términos municipales y, sobre todo, puso al descubierto la escasa entidad y fuerza de los republicanos. Burillo pidió refuerzos y Miaja, con notable perspicacia, estimó que la acción presagiaba la reactivación del sector y le envió dos divisiones.

Quince días después, nada más comenzar el mes de julio, Franco decidió aprovechar la aparente debilidad del enemigo y su cuartel general diseñó una ambiciosa maniobra de envolvimiento que, en una

primera fase, pretendía eliminar la enojosa cuña de La Serena, para explotar después el éxito hacia Almadén y Ciudad Real. A estos objetos, situó una división reforzada del Ejército del Centro en Madrigalejo y tres divisiones del del Sur en la zona que acababa de ocuparse, a fin de que, mediante su avance coordinado, confluyeran en Campanario.

El día 18, las tropas franquistas ocuparon sus bases de partida, y el 19 otra de las brigadas de Saliquet lanzó un ataque de distracción por Puente del Arzobispo, en el extremo norte de la bolsa, apoderándose de una pequeña cabeza de puente al sur del Tajo. El 20, bajo un sol abrasador, se puso en marcha la acción principal. Por el norte, la división reforzada de Saliquet arrojó a los republicanos y, por el sur, las tres de Queipo de Llano lograron vadear el Zújar. Ante la envergadura del ataque, Burillo reclamó más artillería a Miaja y se dispuso a defender a toda costa el importante nudo ferroviario donde confluía el ferrocarril de Madrid a Badajoz con el procedente de Córdoba. Sin embargo, no logró evitar que el enemigo continuara su progresión —“con el fusil colgado al hombro”, en frase del propio Burillo—, y en sólo cuatro jornadas, las unidades de caballería de Queipo de Llano y de Saliquet llegaron a Campanario y embolsaron las dos brigadas situadas en la punta de la cuña (FRUTOS, 1967, p. 140-142).

Más de 6.000 hombres quedaron copados con la totalidad de su armamento y equipo, y poblaciones tan importantes como Don Benito y Villanueva de la Serena cayeron en poder de Franco (MARTÍNEZ BANDE, 1981, p. 242). Miaja responsabilizó a Burillo del desastre, lo

destituyó y lo procesó, poniendo al frente del Ejército de Extremadura al coronel Adolfo Prada el día 24.

Aquel mismo día, Franco ordenó continuar la ofensiva con miras a explotar el éxito en dirección a Almadén. Sin embargo, la siguiente madrugada la guerra iba a dar un vuelco espectacular: el ejército de Modesto cruzó el Ebro y Franco se vio forzado a interrumpir su ofensiva contra Valencia. Naturalmente, el inicio de la batalla del Ebro también obligó a suspender las operaciones en Extremadura, quedando además muy mermados los ejércitos del Centro y del Sur, tras ser trasladadas con urgencia a la zona de Gandesa las divisiones que más se habían distinguido en el cierre de la bolsa de La Serena.

Planteamiento y desarrollo de la batalla del Ebro

La decisiva batalla que ha pasado a la historia con el nombre del Ebro debería denominarse con más propiedad de Gandesa, pues esta población sería el núcleo central de la ofensiva republicana y de la posterior contraofensiva franquista. El principal designio de su artífice, el general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor Central de la República, era amenazar la retaguardia de las divisiones franquistas que se cernían sobre Valencia a comienzos del verano de 1938, para así atraer parte o la totalidad de sus efectivos (PINTO, 2013).

La zona por donde decidió atacar era la más quebrada del curso bajo del Ebro, y el terreno a ocupar —la comarca denominada Terra Alta— carecía de valor estratégico alguno: un anfiteatro rocoso en torno a Gandesa, parco en vías de comunicación y sin ningún establecimiento

industrial de importancia. En aquel tramo, de unos 40 kilómetros de longitud, el río se abría paso, entre tajos, hoces y bruscos meandros, a través de la cadena litoral catalana, confluyendo más o menos en el centro del sector y por su margen derecha el río Sec, un pequeño afluente sin apenas caudal que discurría por el fondo de la vaguada flanqueada por el macizo de la Fatarella al norte y por la línea de alturas formada por las sierras de Pándols, Cavalls, Lavall Torre y del Águila al sur (MODESTO, 1978, pp. 185-186).

Conviene tener en cuenta que la zona elegida se correspondía exactamente con la elegida por la dirección de la Escuela Superior de Guerra para realizar un ejercicio teórico en 1934, cuando Rojo cursaba allí estudios para obtener el diploma de Estado Mayor. Y que éste concibió la operación inicial del cruce del río de noche y por sorpresa, conforme establecía uno de los principios fundamentales para la acción ofensiva de la Doctrina para el Empleo Táctico de las Armas y los Servicios, publicada en 1924 y claramente inspirada en la francesa después de la experiencia de la Primera Guerra Mundial, manual que Rojo había estudiado a conciencia durante su estancia en la citada Escuela (ALONSO, 1988, p. 88).

Negrín encomendó la tarea al Ejército del Ebro, a cuyo frente situó al recién ascendido coronel de procedencia miliciana Juan Modesto Guilloto León, integrado por tres cuerpos de ejército también mandados por antiguos milicianos: el V, por el mayor Enrique Líster Forján; el XII, por el teniente coronel Etelevino Vega Martínez, y el XV, por el del mismo empleo Manuel Tagüeña Lacorte, más otro cuerpo de ejército en reserva, el XVIII, bajo las órdenes del teniente coronel José del

Barrio Navarro, igualmente de origen miliciano. En total, once divisiones, apoyadas por una brigada de caballería y sendos batallones de transmisiones, pontoneros, destrucciones y fortificaciones, que agrupaban más de 100.000 hombres armados con las 18 toneladas de material soviético entradas por la frontera francesa entre marzo y junio. No obstante, no había fusiles para todos, escaseaba la munición, faltaban camiones y sobre todo aviones, y sólo se disponía de un centenar de vehículos blindados y de 360 piezas de artillería de dispares calibres (MARTÍNEZ BANDE, 1978, pp. 68-70).

El sector a atacar, inactivo desde el mes de abril, estaba defendido por unos 40.000 hombres articulados en las tres divisiones del Cuerpo de Ejército Marroquí, bajo las órdenes del general Juan Yagüe Blanco: la 50, mandada por el coronel Luis Campos Guereta, en la zona de Gandesa, la 105, mandada por el coronel Natalio López Bravo, en la desembocadura del Ebro, y la 13, mandada por el general Fernando Barrón Ortiz, en situación de reserva. Inicialmente Yagüe solo disponía de 24 piezas de artillería, cifra que muy pronto se multiplicó, además de recibir seis divisiones de refuerzo y el apoyo de la totalidad de la aviación de la Legión Cóndor, adscrita al Ejército del Norte (MARTÍNEZ BANDE, 1978, pp. 70-73).



Figura. 2. Planteamiento de la batalla del Ebro

Rojo planificó tres acciones ofensivas complementarias: una preliminar de distracción, al norte de Lérida y a cargo del Ejército del Este, que no llegó a materializarse en un primer momento; la principal, encomendada a cuatro de las divisiones de Líster y Tagüeña, consistente en cruzar el Ebro entre Fayón y Cherta para establecer una amplia cabeza de puente en el sector de Gandesa, al objeto de profundizar después hasta Castellón para tomar contacto con el Ejército de Levante, y otras dos secundarias al norte y sur de la anterior, destinadas a atraer fuerzas y desorientar al enemigo: un ataque por Mequinenza con otra

de las divisiones de Tagüeña, y otro por Amposta con la brigada internacional franco-belga (MEZQUIDA, 1973, pp. 13).

A tal efecto, con suma discreción a fin de no alertar al enemigo, Modesto comenzó a instruir a sus hombres en la difícil operación de paso de ríos a partir del mes de mayo. La industria catalana fabricó cuatro pasarelas, ocho puentes flotantes, cuatro pesados y tres compuertas para prevenir riadas, que sumados a las 250 barcas requisadas en los pueblos del litoral, permitían una capacidad de transporte de 8.000 hombres a la hora (DIAMANTE, 2007, *passim*).

Yagüe, cuyo cuartel general estaba en Caspe, menospreció y desatendió los continuos informes provenientes de las posiciones situadas a orillas del Ebro, que detectaban una inusual actividad del enemigo (VIGÓN, 1970, pp. 271-275). Aunque las tropas de Modesto ocupaban sus bases de partida desde el 19 de julio, Yagüe despidió a sus ayudantes hacia las once de la noche del 24, jactándose de la inoperancia de su enemigo.

El cruce del río y los primeros contraataques (25 de julio-2 de agosto de 1938)

Sólo una hora después, a las 00.15 horas de la madrugada del 25, el Ejército del Ebro comenzó a cruzar el río y avanzó rápidamente por el terreno situado en su margen derecha. Los puntos de paso fueron nueve. Cuatro, para los hombres de Tagüeña: Mequinenza, zona donde la 42 División estableció una pequeña cabeza de puente; Ribarroja y Flix, desde donde la 3.^a División se hizo con la sierra de la Fatarella, y Ascó, por donde la 35 penetró en dirección a Gandesa. Y cinco, para los de

Líster: Ginestar, desde donde la 11 División avanzó hasta Mora de Ebro, Benisanet y Miravet; Benifallet, por donde la 46 se dirigió a ocupar la sierra de Lavall, y Amposta, Campredó y la isla de Graciá, puntos donde la 151 Brigada Mixta y la XIV Internacional encontraron una seria resistencia y quedaron detenidas (MARTÍNEZ BANDE, 1978, pp. 107-110).

Pasadas las dos de la madrugada, Yagüe fue sacado de la cama para informarle de que el enemigo había cruzado el río y había arrollado a la 50 División. La entrada en acción de sus reservas no pudo contener el empuje de las tropas de Modesto, y la intervención de la Legión Cóndor, apenas se hizo de día, tampoco logró detener el flujo de soldados y vehículos por las siete pasarelas y puentes tendidos a lo largo de la noche.

Al finalizar aquel día de Santiago, Rojo podía ufanarse de haber logrado plenamente dos objetivos. Uno estratégico —la interrupción de la ofensiva franquista contra Valencia—, y otro táctico, la ocupación con muy escasas bajas de dos importantes cabezas de puente: la correspondiente a la acción principal, entre Fayón y Benifallet, y una de las de la secundaria, frente a Mequinenza (ALONSO, 1988, p. 79).

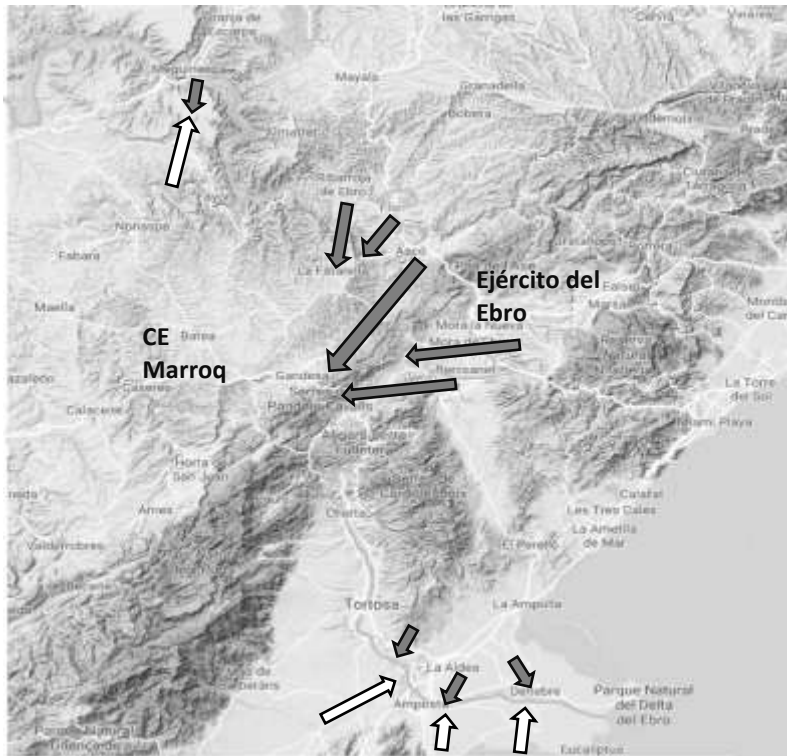


Figura. 3.- Puntos de paso del río y primeros contraataques (25-julio/3 agosto)

No obstante, la continua afluencia de refuerzos por parte de los franquistas y los impunes y contundentes bombardeos de la aviación en los puntos de paso, unido a la apertura de las compuertas de los embalses del Segre, que provocó una enorme crecida y se llevó por delante las pasarelas tendidas sobre el Ebro, prácticamente paralizaron la ofensiva a las puertas de Gandesa, sin lograrse por tanto el proyectado enlace con el Ejército de Levante y la consiguiente reunificación del territorio republicano (SALAS, 1973, t. II, pp. 1946-1947).

Los combates por la posesión de Gandesa fueron una verdadera lucha de titanes, donde las unidades más granadas del Ejército del Ebro,

con escasa artillería, sin vehículos blindados ni cobertura aérea, se batieron duramente contra las aguerridas tropas coloniales de la 13 División de Yagüe, que defendieron tenazmente la ciudad (MEZQUIDA, 1973, pp. 55-64). El 2 de agosto, tras seis días de violentos combates, que ocasionaron unas 10.000 bajas en ambos bandos, Modesto abandonó la partida y ordenó establecerse a la defensiva en los riscos de Pándols, Cavalls y Fatarella.

El obstáculo del río, cuyos puentes y pasarelas, trabajosa y lentamente construidos, fueron una y otra vez inutilizados por la aviación franquista, determinó el futuro curso de los combates sólo diez días después de iniciarse, derivando la lucha en una batalla de desgaste. Sin apenas posibilidad de maniobra debido a la estrechez del teatro de operaciones, la situación favorecería al bando que fuera capaz de acumular más recursos humanos y lograra mantener a largo plazo mayor capacidad de fuego artillero y aéreo (MARTÍNEZ BANDE, 1978, p. 315).

Contraataque envolvente fallido (6-27 de agosto de 1938)

Cuando Yagüe contuvo a Modesto en Gandesa, Negrín debería haber seguido la recomendación de Rojo de replegarse a la base de partida y abandonar unas cabezas de puente carentes de utilidad desde el momento en que fracasó la proyectada reunificación de la zona republicana (ALONSO, 1988, p. 76). Tampoco era lógico que Franco se empecinase en reconquistar aquella mínima porción de terreno baldío y la mayor parte de sus generales opinó que hubiera sido preferible reiniciar la operación sobre Valencia o lanzarse contra Barcelona desde

Lérida, tal como también se pensaba en el otro bando: “lo más sencillo para nuestros adversarios hubiera sido dejarnos allí y dirigir su atención principal a la dirección Lérida-Barcelona, sin dejar de presionar para mantenernos inmóviles y no dejarnos sacar reservas” (TAGÜEÑA, 1978, p. 210).

Sin embargo, al aferrarse Negrín al territorio ocupado, en la esperanza, nunca perdida pese a tantas evidencias negativas, de que Francia y el Reino Unido vendrían en su auxilio cuando estallase la guerra en Europa y su adversario se alinease con el Eje, y obsesionarse Franco por no ceder ni un ápice de terreno y por aniquilar definitivamente a su recalcitrante enemigo, los objetivos políticos y propagandísticos se antepusieron a los bélicos y la batalla se convirtió en una carnicería sin sentido, en la que los republicanos llevaban las de perder al carecer de suficiente artillería y no dominar el aire.

Franco desplazó cinco divisiones al sector de Gandesa, procedentes de Extremadura, Valencia y Aragón, y se personó allí el 2 de agosto. Una vez hecho cargo de la situación y como paso previo, ordenó a Yagüe recuperar la pequeña cabeza de puente de Mequinenza, ocupada desde el 25 de julio por la 42 División de Tagüeña. Carente ésta de artillería, debido a su condición de objetivo secundario en los planes de Rojo, los defensores no pudieron neutralizar el fuego de los cien cañones que comenzaron a machacar sus posiciones en la madrugada del 6 de agosto y, al día siguiente, laminados por las 50 toneladas de bombas lanzadas por la Legión Cóndor, se replegaron al otro lado del

río, dejando a sus espaldas 817 cadáveres y 1.626 heridos (MARTÍNEZ BANDE, 1978, pp. 171-176).

Ante el fulgurante éxito obtenido y convencido de que la cabeza de puente principal correría la misma suerte, Yagüe creyó posible copar al Ejército del Ebro, atenazándolo mediante dos contraataques desde las alas de su cuerpo de ejército, al sur y al norte de Gandesa.



Figura 4. Contraataque envolvente fallido (6-27 agosto)

En una primera fase, ordenó al general Camilo Alonso Vega, jefe de la 4.^a División de Navarra, una de las ocho desplazadas del frente

levantino, asaltar las posiciones establecidas por la 11 División de Líster en lo alto de la sierra de Pándols. El brutal ataque frontal contra aquella elevada posición, más propio de una guerra medieval, se inició el 9 de agosto, el mismo día en que Rojo decidía hacerse con la cabeza de puente de Balaguer como más adelante se verá, y se saldó con muy pocos resultados diez días después. Los republicanos, desde sus riscos, ametrallaron a mansalva a los franquistas y vendieron a un coste muy alto parte de sus posiciones, mientras en el cielo los cazas de ambos bandos se batían encarnizadamente. El asalto a Pándols fue uno de los episodios más sangrientos de la guerra, en el que las esquirlas de roca fragmentada por las explosiones causaron más bajas que la propia metralla de bombas y proyectiles. Ambas divisiones quedaron diezmadas: la de Alonso Vega hubo de ser retirada del frente, y la muy quebrantada de Líster fue relevada por la 35 de Tagüeña (MARTÍNEZ BANDE, 1978, pp. 176-190).

El segundo contraataque tenía como objetivo ocupar la sierra de la Fatarella, partiendo de Villalba de los Arcos, sector defendido por la 60 División del cuerpo de ejército de Tagüeña. El día 18, víspera del inicio de la operación, volvieron a abrirse los embalses y el río creció cuatro metros, llevándose por delante puentes y pasarelas y dejando incomunicada la cabeza de puente con su retaguardia en aquellos críticos momentos. A continuación, previa una espectacular preparación artillera, combinada con un intenso bombardeo aéreo, dos de las divisiones dependientes del general Barrón —la 74 y la 82— se dispusieron a ocupar el macizo montañoso coronado por el vértice Gaeta.

Siguieron otras ocho luctuosas jornadas de lucha. Pese a la desproporción de bocas de fuego —Barrón disponía de 242 piezas de artillería y Tagüeña de 70 (MOYANO, 1941, p. 21)—, y el todavía mayor desequilibrio de medios aéreos, el avance de los franquistas fue limitado y fueron de nuevo contenidos por los republicanos tras ocupar una franja de su terreno, aunque estos últimos sufrieron casi el doble de bajas: 5.000 y 8.000, respectivamente (MARTÍNEZ BANDE, 1978, pp. 190-205).

La moral de la retaguardia franquista, habituada a las triunfales hazañas de su ejército, se vino abajo y los más pesimistas instaron a llegar a un acuerdo que pusiese fin a la guerra. Pero Franco hizo oídos sordos a la rumorología derrotista que llegaba a los umbrales de su cuartel general, trasladado a Alcañiz a mediados de agosto, y se limitó a comentar con los oficiales de su Estado Mayor que había llegado la ocasión de destruir definitivamente a “lo mejor del ejército rojo, confinado en un área de 35 kilómetros cuadrados” (ALONSO, 1988, p. 81). La indignación de su aliado Mussolini, sin embargo, crecía por momentos y comenzó a criticar abiertamente la, a su parecer, aquella lamentable forma de dirigir la guerra.

Tampoco en Barcelona corrían vientos muy optimistas. Negrín andaba “como derrumbado”, en palabras de uno de sus más cercanos colaboradores, y las crónicas de los corresponsales de prensa, en sus frecuentes visitas al frente de batalla, dejaban traslucir el desánimo y agotamiento de los combatientes y sus pésimas condiciones de vida en aquellas escarpadas soledades, abrasados por el sol, sin apenas agua, y

alimentados y vestidos muy someramente (ZUGAZAGOITIA, 1977, p. 523).

Contraataque convergente (3 de septiembre-20 de octubre de 1938)

Aunque los dos contraataques de ala desarrollados a lo largo del mes de agosto hubiesen fracasado, el desgaste sufrido por el Ejército del Ebro había sido tan considerable que Rojo se vio obligado a reforzarlo con dos nuevas divisiones —la 27 y la 43, asignadas a Líster, quien cedió a Tagüeña la 45—, y a llevar a primera línea otras dos del cuerpo de ejército de Etelvino Vega. Franco también tuvo que reforzar su dispositivo, implicando en la batalla al recién creado Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, el cual agrupaba unos 50.000 hombres, encuadrados, bajo el mando conjunto del general García-Valiño, en la 1.^a y 4.^a Divisiones de Navarra, respectivamente mandadas por los coroneles Mohammed ben Mizzian y Camilo Alonso Vega, y en la 84, mandada por el coronel Alfredo Galera Paniagua (MEZQUIDA, 1973, pp. 55-64). Los nuevos refuerzos desplegaron frente a las divisiones de Líster, continuando las tropas de Yagüe enfrente de las de Tagüeña. Respecto a la artillería y la aviación el desequilibrio se acentuó; por ejemplo, a comienzos de septiembre, a Modesto sólo le quedaban 80 bocas de fuego útiles y 40 con importantes desperfectos, frente a las 300 en perfectas condiciones de empleo que poseía Franco (MOYANO, 1941, p. 24).

En estas condiciones, se inició el tercer ciclo de la batalla del Ebro, caracterizado por la violencia de los temerarios ataques frontales que

García Valiño para apoderarse de la sierra de Cavalls, en cuyas cimas Modesto había emplazado un batallón de ametralladoras.

El calcinado valle del Sec se convirtió en un infierno, y en sus abruptas laderas las tres divisiones franquistas sufrieron un terrible castigo antes de caer el día 7 la población de Corbera en sus manos. Las cerca de 17.000 bajas sufridas por ambos contendientes en una franja de terreno de tres kilómetros de profundidad por diez de frente dan idea de la dureza de la primera fase de aquel ataque frontal.

Tras un breve respiro, el día 18, en vísperas de que los gobiernos británico y francés pactasen con Hitler la cesión de la región de los Sudetes, cuatro divisiones franquistas reemprendieron la lucha por el valle del Sec, con la intención de alcanzar la venta de Camposines, distante sólo siete kilómetros de Corbera. Durante diez días, mientras el mundo estaba pendiente de la respuesta que Francia y Gran Bretaña darían a la exigencia hitleriana de anexionarse parte de Checoslovaquia, su penoso avance por aquel terreno abrasador, asolado por los proyectiles de su artillería y aviación, que habían hecho desaparecer hasta la última brizna de vegetación, apenas rindió resultados, siendo objeto cada cota y cada collado de reñidísimos ataques y contraataques, en los que la posición cambiaba a menudo varias veces de mano a lo largo de una sola jornada.

En una de éstas, la del día 23, las Brigadas Internacionales recibieron orden de abandonar el frente. Tan estrecho era el contacto con las unidades atacantes, que los brigadistas se vieron obligados a luchar

denodadamente antes de poder reagruparse para proceder al repliegue (MEZQUIDA, 1973, p. 122).

El 27, franquistas y republicanos dieron la bienvenida al gran aguacero que obligó a interrumpir los combates, pausa aprovechada para relevar a las agotadas divisiones de García Valiño y en la que tuvo lugar la cumbre de Múnich y la cesión de la región de los Sudetes al III Reich.

Ante la imposibilidad de continuar avanzando por el fondo del valle, Franco decidió desplazar el centro de gravedad del ataque al flanco sur, donde las desenfiladas laderas de la sierra de Lavall proporcionaban algún abrigo contra los letales efectos de las ametralladoras emplazadas en lo alto de la sensiblemente paralela sierra de Cavalls. Como se recordará, aquel sector estaba defendido desde finales de agosto por la 35 División de Tagüeña que, al quedar diezmada, fue relevada por la 46 de Líster.

El Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, cuyas dos divisiones de refresco fueron las encargadas de desarrollar esta tercera y última fase de la batalla frontal, empleó otros quince días —del 5 al 20 de octubre— en adentrarse cinco kilómetros para posicionarse en las inmediaciones de la venta de Camposines, sin lograr apoderarse de aquel vital nudo de comunicaciones y encontrando la misma enconada resistencia que había caracterizado las dos fases anteriores. Un fuerte temporal de lluvias y el agotamiento y desmoralización de los soldados de ambos bandos, sometidos a una tremenda batalla de desgaste que les parecía interminable, forzaron una nueva interrupción de los combates.

Es difícil computar el número exacto de bajas sufridas durante aquellos meses y medio de enconada lucha, y protagonistas e historiadores discrepan sobre su cuantía, cifrándolas entre un mínimo de 20.000 y un máximo de 30.000 por parte de las tropas de Modesto, y alrededor de 19.000 por las de García-Valiño y 4.000 por las de Yagüe. Pero tanto unos como otros resaltan unánimemente el brío de los atacantes y el tesón de los defensores, cuyo temple, tenacidad, valor y capacidad de sufrimiento superaron todo lo imaginable (MARTÍNEZ BANDE, 1978, pp. 237-240).

La contraofensiva final (30 de octubre-17 de noviembre de 1938)

Los contraataques franquistas por el valle del Sec habían modificado sensiblemente el trazado de la línea de contacto, que a finales de octubre formaba una cuña muy vulnerable por sus flancos. Si el desequilibrio de fuerzas no hubiese sido tan acusado, las tropas de Modesto habrían estado en inmejorables condiciones para destruir lo más granado del ejército contrario.

Al parecer Yagüe y García Valiño discreparon sobre la forma de neutralizar dicha amenaza y fue personalmente Franco quien respaldó el plan de García Valiño de asaltar frontalmente la sierra de Cavalls, excelente posición desde la que la 46 División de Lister hostigaba el flanco sur del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, y ocupar después la franja comprendida entre dichas alturas y el Ebro, al objeto de disponer de una amplia base de partida desde la que proceder a maniobrar hacia el norte y a continuación hacia el oeste, al objeto de embolsar el resto

de las posiciones republicanas, momento en que el Cuerpo de Ejército Marroquí las atazaría desde el este (GARCÍA-VALIÑO, 1949, pp. 259-260). En opinión del más crítico de los generales franquistas, “la lógica militar volvió por sus fueros” (KINDELÁN, 26). También Rojo reconoció que la situación cambió totalmente a partir del 1 de noviembre, cuando el enemigo se apoderó de la sierra de Cavalls: “el lugar más inesperado y casi inaccesible; era la parte del frente esencialmente abrupta” (ROJO, 1975, p- 170).

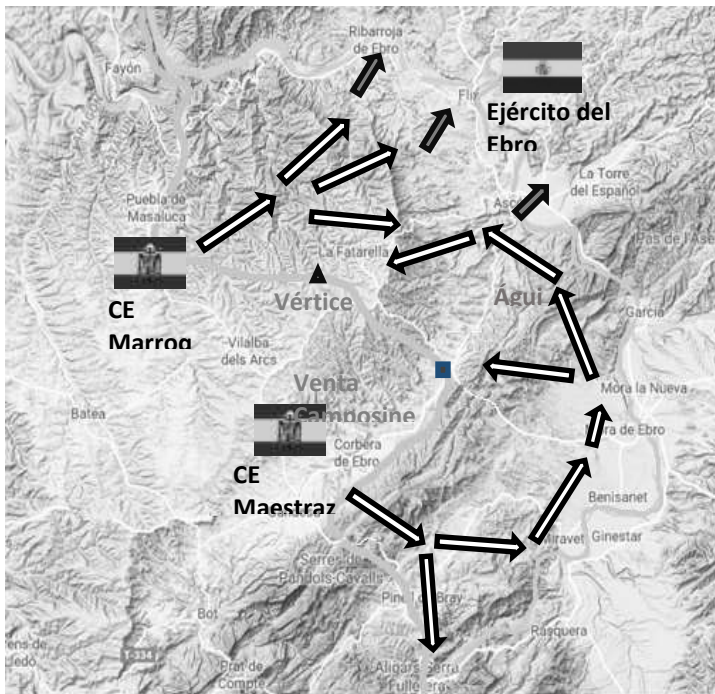


Figura. 6. Contraofensiva final (30-octubre/17-noviembre)

El ataque comenzó al amanecer del 30 de octubre. García Valiño, tras acolar sus cinco divisiones frente a la ladera oeste de la sierra de

Cavalls, ordenó una demoledora preparación artillera. Toneladas de bombas y proyectiles, lanzados por 500 cañones y 200 aviones, cayeron sobre las posiciones de Líster. Tras cuatro horas de intensísimo bombardeo, la 1.^a División de Navarra comenzó a escalar la sierra, encontrando a los soldados republicanos sorprendentemente ilesos, pero cobijados en abrigos y cavernas ante el aluvión de metralla que se les había venido encima. A mediodía, el vértice Cavalls cayó en manos de los requetés, que sólo habían sufrido 200 bajas y capturado un millar de prisioneros. Las otras cuatro divisiones fueron batiendo las posiciones que continuaban resistiendo. Al día siguiente se hicieron con la sierra de Pándols, y en seis jornadas ocuparon todo el terreno comprendido entre el Ebro y Cavalls, desde Benifallet a Miravet (MEZQUIDA, 1973, pp. 138-139).

Dos de las divisiones del cuerpo de ejército de Líster se habían prácticamente esfumado, y resultaron infructuosos los esfuerzos de Modesto para rehacer el frente sobre la línea Camposines-Mora de Ebro. El 6 de noviembre, García Valiño rebasó esta línea y al día siguiente viró hacia el oeste y se apoderó de la sierra de las Perlas, momento en que las tres divisiones de Yagüe iniciaron su progresión por la sierra de la Fatarella hacia Ascó, Flix y Ribarroja. El 9, los hombres de García-Valiño llegaron a la sierra del Águila y el 11 embolsaron el nudo de Camposines, donde los de Tagüeña continuaban ofreciendo una tenaz resistencia.

Tras la pérdida de Camposines, el V Cuerpo de Ejército se replegó al otro lado del río y los restos del XV quedaron confinados en la sierra de la Fatarella, cuyas excelentes fortificaciones permitían albergar la

esperanza de conservar alguna porción de la cabeza de puente tan esforzadamente conquistada a últimos de julio. Sin embargo, la decisiva batalla tocaba a su fin. A partir del día 13, el imparable avance de las divisiones de Yagüe y de García Valiño por aquella serranía hizo patente que era inútil continuar resistiendo y Tagüeña, en ausencia de Modesto, asumió la responsabilidad de poner a buen recaudo las escasas unidades útiles que aún le quedaban en pie.

Para ello, dio orden de resistir a todo trance a las que ocupaban las fortificaciones en contacto con el enemigo y fue evacuando en perfecto orden por los puentes y pasarelas de Ascó, Flix y Ribarroja a la mayor parte de su cuerpo de ejército (ROJO, 1975, p. 170). Pocas horas antes de que clareara el 16 de noviembre, tras 113 jornadas de lucha, los últimos hombres del derrotado Ejército del Ebro cruzaron el río y dinamitaron los medios de paso.

Atrás, quedaban más de 3.000 cadáveres, casi 20.000 prisioneros y la mayor parte del armamento tan trabajosamente adquirido. Hacia el mediodía, llegaron a las orillas del río las primeras unidades de Franco y al amanecer del día 17 entraron en Flix, último punto que restaba por ocupar. La batalla del Ebro había concluido y con ella cualquier esperanza de supervivencia de la República.

Acciones secundarias de distracción (9 de agosto-20 de noviembre de 1938)

Si la mayor parte del GERC de Miaja permaneció, como ya se ha comentado, bastante pasivo durante todo el curso de la batalla del Ebro, Rojo se esforzó por aliviar la presión sobre las tropas de Modesto, y en

dos ocasiones puso en liza a las unidades del GERO no empeñadas en el frente de Gandesa.

En la primera de ellas, coincidente con el primer intento de ataque de ala por la sierra de Pándols, trató de formar una cabeza de puente en la margen derecha del río Segre, en su confluencia con el Noguera Ribagorzana, y apoderarse a la vez de la que poseían los franquistas en la margen izquierda, a la altura de Balaguer. Para ello, situó dos divisiones del XI Cuerpo del Ejército del Este en Villanueva de la Barca y les dio orden de vadear el Segre en la noche del 9 de agosto (MARTÍNEZ BANDE, 1978, pp. 275-282).

El frente estaba defendido por una división del Cuerpo de Ejército de Aragón, mandado por el general José Moscardó, que se vio obligada a abandonar una franja de terreno de cuatro kilómetros de frente por uno de profundidad. Ante el temor de que se produjera otro revés como el del 25 de julio, Moscardó se apresuró a reforzar fuertemente el sector. En ello estaba, cuando el caudal del río comenzó a crecer de forma repentina apenas se abrió el día y los soldados que procedían en aquel momento a vadearlo se vieron arrastrados por la corriente. Recuérdese que la fecha de esta operación coincidió, de forma totalmente fortuita, con la del inicio del ataque a la sierra de Pándols por las tropas de Alonso Vega, para el que el cuartel general de Franco había previsto abrir las compuertas de los embalses del Segre a fin de que Llíster no pudiese recibir refuerzos.



Figura. 7 Maniobra de distracción en Balaguer (9-17 agosto)

La crecida dejó aisladas a las tres brigadas que habían vadeado el Segre durante la noche. Al advertir que el suelo que pisaban comenzaba a anegarse —se trataba de un terreno llano con huertas—, algunos trataron de regresar a la otra orilla y se ahogaron a la vista de sus compañeros. El resto mantuvo heroicamente el terreno conquistado hasta que el día 13, una vez algo reducido el caudal, se pudo tender un puente de campaña. Unidades de refresco tomaron el relevo y se hicieron cargo de la pequeña cabeza de puente, pero dos días después el puente fue destruido por la aviación y quedaron de nuevo aisladas. El 17, un potente contraataque de las tropas de Moscardó las expulsó de sus posiciones y las arrinconó contra el río, que sólo unos pocos lograron repasar por una inestable pasarela.

El desastre de Villanueva de la Barca dio al traste con las dos operaciones de similar cariz que Rojo había planeado para el mes de septiembre. Pero en noviembre, ante la urgencia de detraer unidades enemigas de la bolsa de Gandesa para permitir un repliegue lo más ordenado posible del Ejército del Ebro, que se batía en retirada, se decidió a atacar de revés la cabeza de puente de Serós, que los franquistas mantenían en la margen izquierda del Segre desde el mes de abril, y amenazar Fraga con dos divisiones del XII Cuerpo de Ejército, el mandado por Etelvino Vega, apoyadas por 80 piezas de artillería y medio centenar de vehículos blindados.

La acción se inició en la madrugada del 7 de noviembre. Las dos divisiones vadearon simultáneamente el río Segre entre Torres del Segre y Aitona, arrollaron al enemigo y se posicionaron a retaguardia de la cabeza de puente de Serós. Ante el éxito obtenido, Vega se dispuso a proseguir hacia Fraga, a la vez que ordenaba a otra de sus divisiones reducir lo que quedaba de la citada cabeza de puente, cuya resistencia perduró hasta el final de los combates (MARTÍNEZ BANDE, 1978, pp. 282-293).

La reacción de Moscardó no se hizo esperar y situó todas sus reservas en torno al territorio conquistado. Durante cuatro días, ambos contendientes pujaron por desplazar al contrario de sus posiciones, sin que ninguno de ellos lo lograra. La batalla del Ebro estaba por entonces dando sus últimos estertores y el día 11, al tiempo que García-Valiño se hacía con la venta de Camposines, Moscardó concentró dos divisiones y una brigada de caballería frente al flanco sur de Etelvino Vega, que se vio sometido a una fuerte presión.

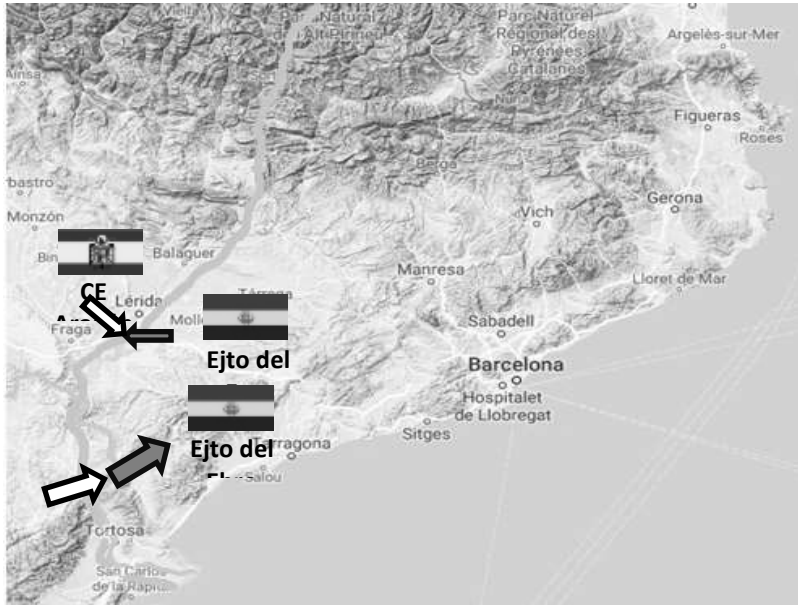


Figura. 8 Maniobra de distracción en Tremp (7/20-noviembre)

Se inició así otra semana de cruentos combates, en la que franquistas y republicanos defendieron con denuedo sus líneas respectivas. Sin embargo, la llegada de las tropas de Franco a la margen izquierda del Ebro desmoralizó a los republicanos y, en la tarde del día 19, tras despejarse la niebla que había impedido actuar a la aviación por la mañana, las divisiones de Moscardó, apoyadas por una importante masa de carros de combate y todo el potencial aéreo acumulado para la batalla del Ebro, se cernieron sobre Serós, que sería ocupado al día siguiente.

Etelvino Vega abandonó la partida y ordenó el repliegue de sus tropas a la orilla izquierda del Segre, dinamitando los puentes y pasarelas que habían tendido. Las bajas acaecidas en esta última secuela de la batalla del Ebro fueron cuantiosas en ambos bandos. De un total

de 50.000 efectivos implicados en el combate, nada menos que el 20 por ciento, murieron o resultaron heridos.

Conclusiones

Desde el punto de vista estratégico, el Estado Mayor republicano alcanzó inicialmente el objetivo limitado de interrumpir la ofensiva franquista sobre Valencia, forzando además el traslado a la zona de Gandesa de todas sus reservas; estrategia de origen napoleónico, aprendida por el general Rojo en los textos del mariscal Foch que había manejado durante su estancia en la Escuela Superior de Guerra entre 1932 y 1935. Pero la tenaz defensa de las posiciones ocupadas por las tropas de Modesto frente a los sucesivos e insistentes contraataques de su adversario convirtieron aquel encuentro en una batalla de desgaste, donde la superioridad de medios del bando franquista forzó el repliegue del Ejército del Ebro al cabo de tres meses y dejó muy debilitadas las fuerzas del GERO, lo que permitió la fulgurante ocupación de Cataluña en apenas cuarenta y cinco días.

Contemplando la batalla desde la óptica de la táctica, la exitosa operación del cruce del río Ebro respondió a las lecciones aprendidas por Rojo en el ejercicio teórico realizado por los alumnos de la Escuela Superior de Guerra en 1934. Y el desarrollo posterior de los combates por parte de ambos bandos se vio muy influenciado por lo establecido en la *Doctrina* de 1924. Respecto al combate ofensivo esta preconizaba la acción por sorpresa —principio que rigió la táctica seguida para el planteamiento del inicial ataque republicano— y también daba gran importancia a la conservación del contacto y a la reiteración de

esfuerzos, precedidos por una fuerte preparación artillera, rasgos todos ellos que caracterizaron los posteriores contraataques franquistas. Y respecto al combate defensivo, la *Doctrina* de 1924 instaba a mantener a todo trance las posiciones establecidas, principio táctico al que también se ciñeron los republicanos. La batalla del Ebro recuerda, por tanto, a la de Verdún, salvo por su inferior duración y por el empleo masivo de medios aéreos para apoyar las acciones ofensivas. De otra parte, la falta de espacio para poder maniobrar forzó el empleo de letales ataques frontales contra posiciones establecidas en terrenos muy propicios para la defensa.

Respecto a los aspectos logísticos, el bando republicano empleó medios suficientes y adecuados para permitir que su infantería cruzase el río con orden y celeridad, pero dejó atrás, por falta de más robustos medios de paso, gran parte de su artillería, todos los vehículos blindados y los necesarios medios de transporte para todo tipo de suministros. Carencias que impidieron profundizar en territorio enemigo y que hicieron que se consumiera el empuje inicial en apenas quince días, así como conservar la capacidad necesaria para mantener la operatividad de sus tropas durante los cien días de combate. Sin embargo, el bando contrario fue capaz de trasladar al teatro de operaciones suficientes medios para poder atender sus ataques reiterativos.

Bibliografía

- ALONSO BAQUER, M. (1988): «La batalla de Gandesa: la decisión táctica», en *Ejército*, n.º 49, pp. 76-89.
- ALONSO BAQUER, M. (2004): *El Ebro: la batalla decisiva de los cien días*, La Esfera de los Libros, Madrid.
- Beevor, A. (2005): *La Guerra Civil española*, Crítica, Barcelona.
- CARDONA, G. Y LOSADA MALVÁREZ, J. C. (2004): *Aunque me tires el puente: memoria oral de la batalla del Ebro*, Aguilar, Madrid.
- CARDONA, G. (2006): *Historia militar de una guerra civil: estrategia y táctica de la guerra de España*, Flor del Viento, Barcelona.
- CUESTA MONEREO, J. (1961): «La guerra en los frentes del sur», en *La Guerra de Liberación Nacional*, Cátedra General Palafox de Cultura Militar, Zaragoza, pp. 223-245.
- DIAMANTE, J. (2007): *Mis recuerdos de la Guerra Civil española*, Instituto de Mayores y Servicios Sociales, Madrid.
- FRUTOS, V. DE (1967): *Los que no perdieron la guerra*, Oberón, Buenos Aires.
- GARCÍA-VALIÑO MARCÉN, R. (1949): *Guerra de Liberación Española (1938-1939). Campañas de Aragón y Maestrazgo. Batalla de Teruel. Batalla del Ebro*, Biosca, Madrid.
- KINDELÁN DUANY, A. (1982): *Mis cuadernos de guerra*, Planeta, Barcelona.
- LLORDÉS, J. (1969): *Al dejar el fusil: memorias de un soldado raso en la guerra de España*, Ariel, Barcelona.

- MARTÍNEZ BANDE, J. M. (1972): *Brigadas Internacionales*, Luis de Caralt, Barcelona.
- MARTÍNEZ BANDE, J. M. (1977): *La ofensiva sobre Valencia*, San Martín, Madrid.
- MARTÍNEZ BANDE, J. M. (1978): *La batalla del Ebro*, San Martín, Madrid.
- MARTÍNEZ BANDE, J. M. (1981): *La batalla de Pozoblanco y el cierre de la bolsa de Mérida*, San Martín, Madrid.
- MARTÍNEZ DE CAMPOS, C. (1970): *Ayer, 1931-1953*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
- MARTÍNEZ REVERTE, J. (2006): *La batalla del Ebro*, Crítica, Barcelona.
- MEZQUIDA I GENÈ, L. M. (1973): *La batalla del Ebro: asedio y defensa de Gandesa en sus aspectos militar, económico, demográfico y urbanístico*, Diputación Provincial, Tarragona.
- MIRALLES, R. (2012): «La leyenda sobre Juan Negrín y sus seis acusaciones», en Viñas, A. (ed.), *En el combate por la Historia: la República, la Guerra Civil, el Franquismo*, Pasado & Presente, Barcelona, pp. 833-845.
- MODESTO GUILLOTO, J. (1978): *Soy del Quinto Regimiento (notas de la guerra española)*, Laia, Barcelona.
- MORADIELLOS, E. (2012): «La no intervención: una farsa política y diplomática», en Viñas, A. (ed.), *En el combate por la Historia: la República, la Guerra Civil, el Franquismo*, Pasado & Presente, Barcelona, pp. 221-234.

- MOYANO ARAIZTEGUI, I. (1941): «De la batalla del Ebro: la acción de la artillería», en *Ejército*, n.º 23, pp. 18-27.
- NOGUERES, H. (1965): *Münich or the phoney peace*, Weidenfeld and Nicolson, London.
- PINTO CEBRIÁN, F. (2013): “La doctrina militar y las lecciones de la guerra”, en *Desperta Ferro*, especial 3, “1938: la batalla del Ebro”, pp. 58-63.
- PUELL DE LA VILLA, F. y HUERTA BARAJAS, J. A. (2007): *Atlas de la Guerra Civil Española: antecedentes, operaciones y secuelas militares (1931-1945)*, Síntesis, Madrid.
- RODRÍGUEZ VELASCO, H. (2016): “El espionaje militar republicano en la Guerra Civil” [en línea] *Diacronie*, vol. 28, n.º 4, <https://journals.openedition.org/diacronie/4686?lang=en> [Consulta: 19 julio 2019].
- ROJO LLUCH, V. (1975): *España heroica: diez bocetos de la guerra española*, Ariel, Barcelona.
- SALAS LARRAZÁBAL, R. (1973): *Historia del Ejército Popular de la República*, Editora Nacional, Madrid, 5 tt.
- TAGÜEÑA LACORTE, M. (1978): *Testimonio de dos guerras*, Planeta, Barcelona.
- VIGÓN SUERODÍAZ, J. (1970): *Cuadernos de guerra y notas de paz*, Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo.
- ZUGAZAGOITIA, J. (1977): *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Grijalbo, Barcelona.

STALINGRADO (1942-1943): LA GRAN BATALLA IDEOLOGICA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

STALINGRADO (1942-1943): THE GREAT IDEOLOGICAL BATTLE OF THE SECOND WORLD WAR

Dr. D. Jorge Garris Mozota

Instituto de Historia y Cultura Militar

Resumen:

El 22 de junio de 1941 se produjo la invasión de la Unión Soviética, bajo el nombre de Operación Barbarroja, abriéndose el Frente Oriental. Tras dicha operación, y tras quedar en punto muerto la ocupación de Moscú, así como la resistencia soviética en Leningrado y Sebastopol; Hitler ordenó la Operación Azul, con la que pretendía hacerse con los pozos de petróleo del Cáucaso. En ese contexto se produjo la batalla de Stalingrado entre el 17 de julio de 1942 y el 2 de febrero de 1943. Dicha batalla es considerada como la más sangrienta en la historia de la humanidad, donde perecieron casi dos millones de personas. También fue el punto de inflexión de la Segunda Guerra Mundial. Este trabajo quiere analizar diversos factores, ya que en dicha batalla se produjeron hechos significativos: los soldados alemanes tuvieron que luchar contra mujeres combatientes; los primeros tuvieron que admitir de que el Alto Mando alemán los daba por muertos tras fracasar los intentos de romper el cerco de Stalingrado; y un general alemán Von Paulus desobedeció las órdenes de Hitler y se rindió. Pero además, generales rusos como Chuicov consiguieron que la resistencia soviética alcanzara el más alto grado de tenacidad. En dicha batalla se enfrentaron las ideologías y personalidades de Hitler y Stalin.

Palabras clave:

Stalingrado-Guerra mundial-Hitler-Stalin-ideologías

Abstract:

On June 22, 1941 the invasion of the Soviet Union took place, under the name of Operation Barbarossa, opening the Eastern Front. After this operation, and after the stalemate in Moscow, as well as the Soviet resistance in Leningrad and Sevastopol; Hitler ordered Operation Blue, with which he intended to seize the oil wells of the Caucasus. In this context the battle of Stalingrad took place between July 17, 1942 and February 2, 1943. This battle is considered the bloodiest in the history of mankind, where almost two million people perished. It was also the turning point of World War II. This work wants to analyze several factors, since in that battle significant events took place: the German soldiers had to fight against women combatants; the first had to admit that the German High Command gave them dead after failing to break the siege of Stalingrad; and a German general Von Paulus disobeyed Hitler's orders and surrendered. But in addition, Russian generals like Chuicov managed to get the Soviet resistance to reach the highest degree of tenacity.

In this battle they faced the ideologies and personalities of Hitler and Stalin.

Keywords:

Stalingrad-World War-Hitler-Stalin-ideologies

«...Stalingrado es el infierno en la tierra, es Verdún, el Verdún rojo, con nuevo armamento. Atacamos cada día. Si por la mañana conseguimos avanzar 20 metros, por la tarde los rusos nos vuelven a hacer retroceder...» *De la carta del cabo Walter Oppermann nº 44111, a su hermano, con fecha 18-XI-1942.*

«Al enviarle esta carta desde las trincheras, le juramos, querido José Vissarionovitch, que hasta el último latido de nuestro corazón, hasta la última gota de nuestra sangre, hasta nuestro último aliento, defenderemos Stalingrado.» *Juramento de los defensores de Stalingrado.*

Las anteriores citas, representan sentimientos humanos de gran intensidad enmarcados en una época y en un momento concreto: la batalla de Stalingrado; la gran batalla ideológica.

Se han escrito muchos libros acerca de esta batalla, se han rescatado innumerables fotografías, testimonios e imágenes que tal vez, nos aproximan en cierto grado, a uno de los acontecimientos más dramáticos en la Segunda Guerra mundial; pero tal vez no el mayor.

La batalla de Stalingrado adquirió una gran importancia durante la guerra, pues supuso el cambio en la iniciativa de las grandes operaciones que hasta el momento dirigía Alemania. Ésta, por los factores condicionantes que se presentarán en este trabajo, decidió su invasión con un cierto optimismo que no se correspondía con la realidad de los datos, desconocidos para el Alto mando alemán.

Si Alemania hubiera vencido en la batalla, hubiera tenido ante sí la posibilidad del control de los recursos petrolíferos y un probable debilitamiento del Ejército Rojo; pero la perdió. La guerra cambió de rumbo y a partir de ese momento se fue desmoronando el III Reich y sus aliados.

Realmente, fue una batalla sobrevenida, pues ninguno de los dos bandos esperaba el desarrollo y resultado de la misma. Hitler y Stalin se enfrentaron a través de ella.

En esta pequeña gran historia llena de matices existieron muchos hechos que se presentarán en las siguientes líneas. Pero es necesario contextualizarla.

Guerra en el mundo

La incubación del virus de la Segunda Guerra mundial, el que se iba a presentar con toda su virulencia a comienzos del año 1939, tenía su germen en los resultados de la Gran Guerra que acababa de terminar, y en la que habían dado producido la desaparición de tres grandes imperios: el Austro-Húngaro, el Turco, y el Ruso. Éste último tras una sangrienta revolución bolchevique, del 6 al 8 de diciembre de 1917, que superó al Gobierno Provisional de Kerensky, y que tuvo su centro de gravedad en la ciudad de Petrogrado; a la que siguió una no menos cruenta guerra civil entre 1917 y 1923, que llevó al control del poder de los bolcheviques, desmembrando el Imperio ruso de los zares y creando la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas el año 1922.

La Alemania que había sido acusada de todos los males de la Primera Guerra Mundial en el Tratado de Versalles, firmado el 28 de junio de 1919 en Versalles y que entró en vigor el 10 de enero de 1920, quedó malherida y con un sentimiento de venganza contra las Potencias Aliadas que lo habían diseñado; los veteranos de dicha guerra y la población civil en su mayoría, llevarían siempre en su ser la pesadumbre de la derrota y el resentimiento.

Estas circunstancias, junto a la posterior evolución de la citada revolución bolchevique, la muerte de uno de sus impulsores principales, Vladimir Illich Ulianov “Lenin”, y su sucesión por Iosif Vissarionovich Dzhughashvili “Stalin”, en 1924 tras la muerte del anterior, produjo una serie de movimientos nacionales de similares características en algunos

factores, pero con cosmovisiones diferentes en otros a lo largo y ancho de los países de Europa.

Stalin, que había sido nombrado Secretario General del Partido Comunista Panruso en 1922, fue acumulando poder a caballo del empeoramiento de la salud de Lenin, derivando la revolución bolchevique de vocación internacionalista hacia el llamado “socialismo en un solo país”, y cultivando en todos os sentidos un verdadero culto al líder, es decir, hacia su persona. De igual modo iba a desarrollar un poder militar tras los éxitos de los planes quinquenales que se iniciaron en 1928, los cuales dieron a la URSS un impulso económico tan sólo cuestionable por los sacrificios humanos que conllevó.

El 30 de enero de 1933, Adolfo Hitler era nombrado por Paul von Hindenburg, a la sazón presidente de Alemania, nuevo Canciller. El poder del partido nacionalsocialista se iría consolidando creando un Estado totalitario, en la que el Führer, iría asumiendo cada vez más poder y control sobre todos los órganos del partido y estatales. A ello seguiría una política de persecución hacia los disidentes políticos, de construcción de la llamada “comunidad nacional”, las leyes raciales, la preparación de un potente ejército, la *Wehrmacht*, y la fijación de objetivos para la recuperación de los territorios perdidos tras la Primera Guerra mundial, en un primer término, y la expansión hacia el Este de Europa, en segunda lugar, buscando el “espacio vital, *Lebensraum*” para el denominado Tercer Reich. Al igual que Stalin, Hitler fue purgando a la facción más socialista del partido, la encabezada por Gregor Strasser, y a las “SA, *Sturmabteilung*” con sus principales

dirigentes, potenciando a otras organizaciones como las “SS, *Schutzstaffel*” y la “SD, *Sicherheitsdiens*”.

El Tratado de Versalles había hecho perder a Alemania numerosos territorios: Alsacia-Lorena fue para Francia, Eupen y Malmedy para Bélgica, el Saar para la Liga de Naciones, Schleswig para Dinamarca, Prusia Occidental y Silesia para Polonia, Hultschin fue para Checoslovaquia, Danzig fue administrada por la liga de Naciones, Memel fue para Lituania, a lo que se le sumaba la pérdida también de todas sus colonias fuera del continente Europeo; en total, el 13% de su territorio y un décimo de su población. El sentimiento de frustración entre la población alemana y mutilación territorial ere enorme, y el Führer les prometía no sólo recuperarlos sino ampliar Alemania, sobre todo hacia el Este, tal como lo había reflejado en el *Mein Kampf*.

Polonia era el primer paso, pero sin embargo este país tenía una complicada historia de conformación territorial y política. Tomando su origen en el siglo X, entre los años 1569 y 1795, existió la llamada Mancomunidad de Polonia-Lituania o República de las Dos Naciones, la cual logró su máxima extensión tras la Paz de Deulino en 1618, que puso fin al enfrentamiento con la Rusia de los zares. Esta extensa república comprendía territorios de Alemania y de Rusia, lo cual le iba a provocar serios problemas siglos más tarde con ambas potencias. Fue en la llamada Segunda República Polaca, en 1918, cuando Polonia se proclamó Estado totalmente independiente. No obstante, tuvo importantes conflictos fronterizos con Ucrania, por la ciudad de Lvov; con Lituania por Vilna; con Checoslovaquia, por Cieszyn; con la URSS, más concretamente contra la República Socialista Federativa

Soviética de Rusia; y también contra Alemania, por la importante ciudad de Danzig. Polonia, estaba decidida a ampliar sus fronteras en todas las direcciones posibles, y ello chocaba frontalmente con las políticas exteriores de los otros países.

No obstante, Polonia había firmado con Alemania un Pacto de No Agresión el 26 de enero de 1934 donde ambas partes anunciaban sus propósitos de paz y amistad, poniendo fin a los conflictos aduaneros y las críticas mutuas que se habían ido produciendo en la prensa de aquella época. Sin embargo, y a pesar de dicho pacto, Alemania no dio garantías de respetar las fronteras entre ambos países, tal cual habían quedado tras finalizar la Primera Guerra Mundial. A pesar de esto, las relaciones diplomáticas entre Alemania y Polonia se intensificaron, presentando a Rusia como enemigo común de ambas, y a Checoslovaquia como objetivo, pues se desarrollaron planes conjuntos para lograr su desintegración.

Así las cosas, el mariscal Edwar Rydz-Smigly fue Jefe de Gobierno y Jefe del Ejército polaco, adquirió un gran protagonismo a la muerte del que era Jefe del Estado, el mariscal Josef Pilsudski. Su mandato se caracterizó por una política autocrática y extremadamente conservadora, y se anexionó la ciudad checa de Teschen, coincidiendo con la crisis de los Sudetes, que se desarrolló a principios del mes de octubre de 1938, tras firmarse los acuerdos de Munich el 30 de septiembre de ese mismo año, y que finalmente acabó con la ocupación alemana de los mismos y un año después con la totalidad de Checoslovaquia. Aún hoy no han quedado aclaradas las intenciones

bélicas, en el caso de que realmente las hubiera habido, del mariscal Rydz-Smigly, con respecto a Alemania.

Polonia, a través del informe que fue preparado en 1938 por la Sección e Inteligencia del Estado Mayor General de sus Fuerzas Armadas, decía que *“La desintegración de Rusia constituye el fundamento de la política de Polonia en el Este...La tarea consiste en prepararse bien físicamente e intelectualmente de antemano. La misión principal es debilitar y derrotar a Rusia”*.⁴⁵⁹

De igual modo, Polonia pretendió convertirse en un aliado interesado de Alemania, y a la sazón, se creó con este objetivo la organización “Prometeo”, con sede en París y tuvo interés en desestabilizar Ucrania, el Cáucaso y la región del Volga. Esa política de acercamiento y colaboración con Alemania, la ocupación en 1920 de Ucrania y Bielorrusia occidental, y la negación de que la URSS desplegara fuerzas en Polonia para hacer frente a una invasión alemana, fueron el obstáculo de las negociaciones de 1939 en Moscú entre Gran Bretaña, Francia y la URSS, las cuales pretendían crear un frente común contra Hitler.

Finalmente, el 1 de septiembre de 1939, Alemania invadió Polonia por su Oeste en el Plan Blanco, *Fall Weiss*,⁴⁶⁰ mientras el 17 de ese mes

⁴⁵⁹ Información disponible en: <https://mundo.sputniknews.com/ensayos/201504151037309761/> Fecha de consulta: 12JUN19.

⁴⁶⁰ Hitler pronunció un discurso el 1 de septiembre de 1939 en Berlín donde dijo: *“El Estado polaco rechazó la regularización pacífica de las relaciones civiles, tal como lo he deseado. En vez de ello ordenó la movilización. Los alemanes en Polonia fueron acosados por medio de un sangriento terror y despojados de sus hogares y de sus campos. El número de violaciones de nuestras fronteras, intolerables a una gran potencia, demuestra que Polonia ya no está dispuesta a respetar por más tiempo las fronteras del Reich alemán.*

hizo lo propio la URSS por su Este, cumpliendo así con los acordado secretamente en el Pacto de No Agresión suscrito por Molotov, en representación de la URSS; y Ribbentrop, por Alemania, el 23 de agosto de 1939; donde se contemplaba el reparto de las repúblicas Bálticas, Finlandia, la Besarabia rumana, además de Polonia. Inmediatamente después de estos hechos, Reino Unido y Francia declararon la guerra a Alemania el 3 de septiembre, si bien no lo hicieron contra la URSS; la Segunda Guerra Mundial había comenzado oficialmente.

A partir de ese momento, Alemania fue invadiendo países europeos conformando el Tercer Reich: el 9 de abril de 1940 fue Dinamarca; el 10 de mayo del mismo año fue Francia con el Plan Amarillo, *Fall Gelb*, tras hacer lo mismo con Bélgica, Luxemburgo y Holanda; el 10 de julio se desencadenó la Batalla de Inglaterra y el 16 se elaboró la directriz número 16 que contemplaba la Operación León Marino, *Unternehmen Seelöwe*, para la invasión de Inglaterra y que no llegó a ejecutarse por diversas circunstancias. El 10 de junio comenzó la Campaña de África del Norte en apoyo a las tropas aliadas de Italia, las cuales no podrían acometer su tarea de control de las fuerzas expedicionarias británicas, pues Hitler había dejado esta zona de operaciones para Italia; el 6 de abril de 1941 invadió Yugoslavia y Grecia, tras el estrepitoso fracaso

Con el fin de poner fin a estas actividades, no me queda otro camino que contestar a la fuerza con la fuerza. De ahora en adelante dirigiré la lucha por el honor y por los derechos vitales del pueblo alemán con firme determinación. Espero que cada uno de los soldados cumpla con su deber hasta el fin, de acuerdo con el espíritu de la gran tradición del eterno soldado alemán. No olviden, en cualquier situación, que son los representantes de los nacionalsocialista de la Gran Alemania” Información disponible en: https://es.metapedia.org/wiki/Discursos_memorables_de_Hitler
Fecha de consulta: 13JUN19.

de la invasión frustrada de Grecia por parte de Italia, la cual aparte de no haber sido informada a Hitler, supuso que las fuerzas griegas contratácaran llevando a las tropas italianas hasta Albania por un lado, y por otro que Alemania tuviera que invadirla junto a Yugoslavia para cerrar y guarnecer ese flanco, tan importante para los planes que ya se habían estado gestando desde hace un tiempo, desde diciembre de 1940; la invasión de la URSS, mediante la Operación Barbarroja, *Unternehmen Barbarossa*. y que realmente ya estaba implícita en su concepción en el *Mein Kampf*.

A este último respecto, y en relación con las ideas contenidas en ese libro, existía el llamado Plan General del Este, *Generalplan Ost*, donde se concebía la eliminación étnica, sobre todo de los pueblos eslavos y judíos, en un porcentaje alto, en los territorios del Este de Europa que debían ser colonizados por los germanos, siguiendo la doctrina de espacio vital, *Lebensraum*.⁴⁶¹

Hasta ese momento, los ejércitos alemanes parecían invencibles; el Tercer Reich estaba en su pleno apogeo, el poder alemán se presentaba indiscutible en la Europa Occidental, porque Hitler buscaba la destrucción de la URSS, para apropiarse de sus reservas de petróleo y recursos naturales de un lado, y para favorecer de este modo y una vez conseguido el objetivo de destruir al comunismo, la paz con el Reino Unido, y por ende el alejamiento de EEUU, que desde la invasión de Francia había cambiado su status de neutralidad por el de no beligerancia, incrementando el presupuesto militar; la Batalla del

⁴⁶¹ Esto debería permitir el muro de campesinos, *Bauernwall*, que crearía un enorme espacio agrícola controlado por campesinos germanos en el Este.

Atlántico entre navíos y submarinos alemanes y navíos británicos así como estadounidenses, fue un ejemplo de ello. El Führer sabía que todo el potencial económico y militar de los EEUU se hallaba en estado latente, y que al igual que sucedió en la Primera Guerra Mundial, cualquier situación o excusa serviría para su entrada real en la guerra. Sin embargo, la Operación Barbaroja, *Unternehmen Barbarossa*, desencadenada el 22 de junio de 1941, una descomunal acción ofensiva en la que se emplearon más de tres millones de soldados alemanes junto a un millón de soldados de países aliados, en un frente que fue desde el Báltico hasta los Cárpatos, iba a dar una de las mayores sorpresas de la Guerra Mundial, y ella sería la que se produciría en y a consecuencia de la batalla de Stalingrado en julio de 1942; de la cual se va a tratar en este trabajo.

Objetivo: la URSS

Antes de producirse la invasión de la URSS por parte de las fuerzas alemanas, ésta realizó una serie de acciones ofensivas, a colación del Tratado de No Agresión firmado en 1939, que claramente precipitaron los acontecimientos. El 30 de noviembre de 1939 la URSS atacó a Finlandia, y se desencadenó la llamada Guerra de Invierno, que duró hasta el 12 de marzo de 1940. Este país logró la independencia el 6 de diciembre de 1917 debido a la posibilidad de secesión y autodeterminación que le otorgaba la legalidad revolucionaria bolchevique. Más tarde en 1918, se desangró en una guerra civil entre los partidarios de la monarquía conservadora y los revolucionarios, estos últimos apoyados por los bolcheviques. Este último grupo fue el

perdedor, y los ganadores, que habían tenido relación con las fuerzas alemanas del Káiser Guillermo II, impulsados por la ideología panfinlandesa provocaron conflictos fronterizos con Rusia. De igual modo y teniendo presente una guerra contra Hitler, la frontera finlandesa quedaba muy cerca de Leningrado. Éstos y otros acontecimientos llevaron a la URSS a la invasión de Finlandia borrando de un plumazo la legalidad y vigencia del Tratado de No Agresión. El resultado fue, debido a la feroz resistencia de las fuerzas finlandesas, la pérdida a favor de los soviéticos en 1940, de una extensa zona de Carelia, Hanko, islas del Golfo de Finlandia, Salla y una zona de la península de Ribachi. La tensión entre la URSS y Alemania aumentó hasta un nivel que ya no se pudo reconducir en los siguientes años.

La descomunal Operación Barbarroja, *Unternehmen Barbarossa*, se sabía que había sido planificada concienzuda y minuciosamente tiempo atrás por el Alto Mando Alemán, OKH⁴⁶²; y se hizo empleando el concepto de guerra relámpago, *Blitzkrieg*, que tan buenos resultados habían dado en el frente occidental; sin embargo, el tiempo demostró que había habido muchas imprevisiones debidas a varios factores: ideológicos, políticos y militares.

En los primeros, los ideológicos, el concepto que se tenía sobre el pueblo ruso, *judeobolcheviques*⁴⁶³, y los eslavos en general como

⁴⁶² En sus aspectos estratégicos comenzó en el año 1940, y tuvo diferentes nombres claves con anterioridad, como Otto y Fritz, antes de adoptarse el final de Barbarroja, en honor a Federico Barbarroja, que fue escogido personalmente por Hitler.

⁴⁶³ El término parte de una tesis extendida tras la revolución de Octubre de 1917. Autores como Ernst Boepple en 1921, Alexandre Netchvolodov en 1924 y Ernst Nolte en 1980, lo emplearon en sus libros. Los dirigentes nacionalsocialistas lo empearon

pueblos atrasados e incapaces, arrojaba una visión falsa y distorsionada por la ideología nacionalsocialista de la jerarquía de razas. En los segundos, de nuevo, la idea de que el pueblo ruso se encontraba tiranizado por Stalin y los miembros del Politburó, y que la llegada de fuerzas alemanas empujaría al mismo contra los dirigentes comunistas, que si bien se produjo en los Estados Bálticos, no se tradujo en la misma actitud en el resto de la Unión, sino más bien todo lo contrario. Por último, en el factor militar, la falta de una buena y completa Inteligencia en aquellas fechas, determinó que se extrajeran conclusiones erróneas sobre la capacidad militar; pues fueron tomadas como referencias las actuaciones soviéticas en la Guerra Civil española, 1936-1939, en la guerra ruso-finlandesa, 1939-1940, referida en líneas anteriores, las cuales fueron consideradas mediocres, así como las consecuencias de la “Purgas” llevadas a cabo por Stalin sobre militares soviéticos.⁴⁶⁴

También existieron opiniones en contra de tal invasión en las propias filas alemanas. El Gran Almirante, *Großadmiral*, Erich Raeder, se opuso en primer lugar a la Operación León Marino para invadir Inglaterra y de forma tajante a la Operación Barbarroja. Esta actitud le costó su destitución en 1943. El mismo Hermann Göring, *Reichsmarschall de la Luftwaffe*, también se opuso a dicha invasión, máxime tras la derrota de la *Luftwaffe* contra la RAF, en la llamada

con profusión en referencia a los soviéticos y a la teoría de la conspiración internacional protagonizada por judíos y comunistas.

⁴⁶⁴ En aquella época, los agregados militares y especialistas occidentales, se hicieron eco de las mismas y llegaron a considerar que el Ejército Rojo tardaría años en recuperarse de tamaña pérdida de efectivos cualificados de personal, que algunas fuentes calculan en torno a los 60.000.

Batalla de Inglaterra; el general Franz Halder⁴⁶⁵ desconsideró al Ejército Rojo pero no se opuso.

Tras el discurso que pronunció Hitler ante doscientos cincuenta generales el 30 de marzo de 1941, y en el que se anunció la futura invasión de la URSS, la cual y en palabras del Führer, iba ser una “*guerra de exterminio*”, hubo algunos oficiales, como el general Henning von Tresckov, que organizaron una resistencia contra él, planificando incluso su asesinato.⁴⁶⁶

Al margen de todas estas circunstancias, militares como el general, *Generalfeldmarchall*, Walther von Brauchitsch, se encontró entre los partidarios de una guerra rápida contra la URSS, si bien había tratado de convencer a Hitler de la imposibilidad de mantener una guerra larga en Europa. Proporcionó al Führer cifras alejadas de la realidad, suministradas a su vez por el Servicio de Inteligencia del coronel Eberhard Kinzel.⁴⁶⁷

En todo lo referente a la planificación y conducción de las operaciones, es necesario remarcar las dificultades derivadas de los conflictos de competencias entre los diferentes Mandos y Cuarteles Generales. Existían los Altos Mandos de Tierra, Mar y Aire; *Oberkommando de Heeres*, *Marine* y *Luftwaffe*, respectivamente. De

⁴⁶⁵ Participó en la conspiración de Zossen, 1938, y otras, contra Hitler.

⁴⁶⁶ Fuentes citan más de cuarenta intentos de atentado contra Hitler, de entre los que se destacan: el del 8 de noviembre de 1939 en la cervecería Bürgerbräukeller, el del 17 de diciembre de 1943, y el del 20 de julio de 1944 con la llamada Operación Valquiria.

⁴⁶⁷ Incluso cuando comenzó la Operación Barbarroja, el general Halder solicitó información al coronel Kinzel al extrañarse del rápido avance de las tropas alemanas en territorio soviético sin apenas resistencia.

ellos, el primero, Alto Mando del Ejército, era el encargado del Frente Oriental. A partir de 1938, se creó el *Oberkommando de la Wehrmacht*, OKW, el cual hacía las funciones de Ministerio de la Guerra, y que por ende debía coordinar a los tres ejércitos. Este Mando se organizó a partir de un hecho crucial, los escándalos de Blomberg y Fritsch⁴⁶⁸ que dieron como resultado la subordinación del OKH al OKW.

El 20 de julio de 1940, el general Franz Halder, encargó al general Erich Marcks, la confección de un plan de invasión, el cual elaboró de forma muy personal y en el que se fijaba como objetivo principal el avance de las unidades blindadas hacia el centro y la toma de Moscú.

El 31 de julio de 1940, Hitler comunicó a los altos mandos del OKH y OKW en una reunión que se celebró en Berghof⁴⁶⁹ los detalles de su plan para la invasión de la URSS. Allí habló de una campaña de cinco meses, con inicio en mayo de 1941, en la que al menos ciento veinte divisiones avanzarían en dos direcciones: la primera, hacia Ucrania; y la segunda por el Báltico, para posteriormente avanzar hasta Moscú, el centro de gravedad político; y finalmente desde ambas direcciones, dos grandes movimientos envolventes hacia el centro de la URSS.

⁴⁶⁸ El ministro de la Guerra, Werner von Blomberg, se casó con un ex prostituta y ello escandalizó a Hitler, el cual lo hizo dimitir de su cargo. Por otro lado, Werner von Frisch, iba a ser su sucesor, pero Göring y Himmler organizaron una conspiración para deshacerse de él acusándolo de ser homosexual. Con estas dos turbias maniobras, se consiguió subordinar el poder militar tradicional al nuevo orden nacionalsocialista; transfiriendo las competencias del ministerio de la Guerra al nuevo OKW y su jefe el mariscal Keitel.

⁴⁶⁹ La segunda residencia y lugar de descanso de Hitler en los Alpes bávaros, Obersalzberg, en las proximidades de su localidad preferida, Berchtesgaden. Este lugar fue protagonista de las más importantes reuniones con líderes internacionales y en la que se adoptaron las decisiones clave durante la Segunda Guerra Mundial.

El 4 de agosto de 1940, el general Marcks presentó un elaborado informe al general Halder, la conocida como Operación Este de Marcks. En él se resaltaba la necesidad de un avance en el flanco Sur a través de Ucrania y protegiendo los pozos petrolíferos rumanos, que a la sazón eran los que provisionaban de combustible a las fuerzas alemanas, además del sintético a partir de carbón hidrogenado que representó el 90% del total.⁴⁷⁰ Este avance cubriría por el Sur el principal hacia Bielorrusia y finalmente Moscú, que era el eje de avance principal. Este plan fue influenciado por la propia visión del general Halder y en él se apreciaba un falso optimismo acerca de un rápido avance alemán que sería capaz de destruir al grueso del Ejército Rojo, muy descalificado y subestimado por la Inteligencia alemana, y centrado en la concepción del OKH. De igual modo, el llamado “*problema Pripet*” zona pantanosa en la región de Kiev, obligaba a configurar dicho plan en base a una división en dos zonas del área de operaciones.

El OKW por su parte, encargó la elaboración de otro plan al teniente coronel Bernhard von Lossberg, que se conoció como “*Plan Lossberg*”, y en el que igualmente tomaba como factor influyente la zona de Pripet, pero su solución era distinta y abogó por la acción de tres grupos de ejércitos: el Norte, que avanzaría por los países bálticos hasta tomar Leningrado; el Centro, que era el principal y avanzando a través de Bielorrusia tomaría Moscú; y el Sur, que avanzaría por Ucrania hacia

⁴⁷⁰ Entre 1930 y 1941 se construyeron en Alemania ocho plantas dedicadas al proceso del carbón bituminoso, empleando para ello dos tipos de procesos: el Bergius y el Fisher-Tropsch. Información disponible en: <https://tripenlace.com/2014/07/21/fabricacion-de-combustibles-sinteticos-en-alemania-durante-la-segunda-guerra-mundial/> Fecha de consulta 13JUN19.

la región de Kiev y después al Volga, para hacerse con el control de las regiones agrícolas y posteriormente hacia el Cáucaso, para tomar los pozos de petróleo. Fue presentado a Hitler el 17 de diciembre de 1940, y configuró de forma clara la Operación Barbarroja, *Unternehmen Barbarossa*⁴⁷¹

Comienza la invasión

Hitler, con las informaciones no muy ajustadas a la realidad de la Inteligencia alemana, *Abwehr*, como posteriormente se vio, añadido a los consejos y opiniones de destacados oficiales como el general Guderian, el cual habló del material soviético y carros de combate como “viejos y anticuados; en particular el equipo de comunicaciones es muy obsoleto”⁴⁷² y de igual modo, los agregados militares de Moscú y Helsinki: el general Kostring y el general Rossing, respectivamente, y que informaron de la reducida capacidad operativa de las Divisiones soviéticas; optó, como se dijo anteriormente por el Plan *Lossberg*, tomando como centro de gravedad de la ofensiva el propio Ejército Rojo y su destrucción, de modo similar a como actuó en la campaña de Francia. Para ello fijó como fecha de inicio de la Operación el 15 de mayo de 1941, pero no fue posible hasta el 22 de junio, ya que, su aliado Benito Mussolini, Duce de la Italia fascista, había decidido sin consultar a Hitler la invasión de Grecia, a la cual consideró un objetivo fácil, y el 28 de octubre de 1940 fuerzas italianas invadían dicho país. Así las

⁴⁷¹ Información disponible en: <https://archive.is/20120527023840/http://warandgame.wordpress.com/2007/08/20/ru-german-war-plans-1941/> Fecha de consulta: 12JUN19.

⁴⁷² *Ibidem*

cosas, Mussolini no contó con la falta de eficacia de sus fuerzas y con la potente resistencia griega, que tras rechazar el ataque invadió Albania. Cuando tras una segunda ofensiva italiana desencadenada el 9 de marzo de 1941 y que concluye con un nuevo fracaso, el Duce abandona Albania, solicitando la ayuda a su aliado.

De nuevo Hitler, tuvo que retrasar sus planes de invasión a la URSS y hacer frente a esta gran contingencia que dejaba claramente desguarnecido el flanco Sur e intervino invadiendo Grecia mediante la llamada *Operación Marita*, la cual comenzó el 6 de abril de 1941 a la par que también se invadía Yugoslavia, en la cual se produjo un golpe de Estado pro aliado, empleando para ello unidades del 12º Ejército alemán estacionado en Bulgaria. Si bien, se consiguieron los objetivos en un corto espacio de tiempo, el número de fuerzas a ello, las partidas de resistencia yugoeslavas y griegas, la actividad de sabotajes y espionajes aliados, el desgaste de material y personal, y la pérdida de meses en el inicio de la invasión de la URSS, fueron decisivos en los acontecimientos que se desarrollaron más tarde.

Con todo ello, el domingo 22 de junio, a las tres horas y quince minutos, se lanzó la tremenda ofensiva que ocupó un frente de mil seiscientos kilómetros, y empeñó a casi cinco millones de soldados, de los cuales, la mayor parte eran alemanes pero cerca de un millón y medio pertenecían a países aliados del Eje, tales como: Rumanía, Hungría, Italia, Eslovaquia y Croacia; casi cuatro mil carros de combate, más de siete mil piezas de artillería y cerca de tres mil aviones de combate.

Con las fuerzas alemanas luchaban otras de países aliados, tales como Rumanía, Hungría, Italia, Croacia y Eslovaquia. Los aportes a la campaña y las motivaciones estratégicas y políticas eran en algunos aspectos comunes, en otros divergentes, como por ejemplo, las tensiones territoriales entre los dos primeros que impedían hacerlos colaborar tácticamente, empleando a las tropas italianas como “*colchón*” entre ambas.

Rumanía había iniciado su colaboración con Alemania pensando en recuperar los territorios que le habían sido ocupados por la URSS, como Odesa, donde en 1941 fue conquistada por los rumanos, no sin haber sufrido numerosas bajas en su IV Ejército, producto de una ineficaz pericia de sus mandos así como de la operatividad de sus tropas. En 1942 aportó cerca de 400.000 soldados para la campaña de verano, la conquista de Sebastopol y en el acompañamiento a las tropas alemanas en el avance hacia el Cáucaso. Hitler había pensado en las aportaciones rumanas así como la de los otros Ejércitos para cubrir los flancos de los ejes de avance alemanes. Por ello, para cubrir al VI Ejército, del que luego se tratará con extensión, se empleó al III Ejército del general Dimitrescu para hacerse cargo del flanco Norte, y al IV Ejército del general Constantinescu-Claps para el Sur.

Miklós Horthy, a la sazón regente de Hungría,⁴⁷³ decidió enviar tropas de ayuda a Alemania, el II Ejército del general Jany, a la zona de operaciones del Don, posicionado al Norte del VIII Ejército Italiano, el

⁴⁷³ Su cargo transcurrió desde el 1 de marzo de 1920 hasta el 15 de octubre de 1944, y estuvo al frente de un gobierno filofascista hasta que en la última fecha fue sustituido por el filonazi Ferenc Szalazi. Durante su regencia Hungría consiguió expandirse territorialmente hasta alcanzar la llamada Hungría de Trianon de 1941.

cual hacía de eslabón y separación con el contingente rumano, como se ha citado anteriormente. Su interés principal era el de salvaguardar la Transilvania conquistada a Rumanía, el llamado por los magiares, país de Zekely, reivindicación territorial secular de los mismos.

Italia, humillada por la derrota en Grecia, colaboró con el Ejército alemán en la invasión de la URSS con un Cuerpo de Ejército de tres Divisiones, *Torino*, *Célere* y *Pasubio*, con cerca de 50. 000 hombres, y que avanzó por Ucrania hasta el Dniéper. Posteriormente con el VIII Ejército del general Gariboldi, se cubrió el flanco Norte del III Ejército rumano.

Eslovaquia por su parte, creó dos fuerzas, la Estática y la Móvil; la primera con tareas de ocupación y control territorial, y la segunda, de entidad Brigada en un primer momento y División después, realizó labores de acompañamiento de las fuerzas alemanas en su avance por Ucrania hasta alcanzar el río Mius, controlando su área de operaciones hasta el fin del invierno y su posterior avance hacia el Cáucaso. Croacia contribuyó con cerca de 5.000 hombres encuadrados en la Legión Croata, de entidad Regimiento, que llegó a luchar en la ciudad de Stalingrado.

La URSS por su parte, se encontraba en una situación un tanto incomprensible desde el punto de vista táctico, ya que Stalin había sido informado de los movimientos de las fuerzas alemanas a lo largo de la frontera, incluso de los planes de invasión. Esto último había sido suministrado por los servicios de Inteligencia británicos⁴⁷⁴

⁴⁷⁴ En este contexto, destaca la figura de Richard Sorge, espía soviético de origen alemán que durante su estancia en Tokio, consiguió averiguar los planes de invasión

A esta insólita circunstancia, se añadió el resultado de la llamada Gran Purga de 1938, durante la cual y como ya se ha comentado en anteriores líneas, un alto porcentaje de la oficialidad competente fue encarcelado o fusilado, lo cual hizo mermar la capacidad operativa de las unidades soviéticas, que si bien entre los años 1936 y 1940 hubo una política de creación de un mayor número de Unidades en el Ejército Rojo, evidentemente no se disponía de la proporción necesaria de oficiales capacitados y en número suficiente para el Mando de las mismas. Esta situación, junto a otros factores fue de gran importancia en la idea fuerza de Hitler para pensar acabar con la URSS.

Si bien existía ese bajo nivel profesional y moral entre los oficiales que se no se vieron afectados por las medidas represivas estalinistas, el gobierno soviético se preocupó por formar unas promociones de nuevos cuadros de mando eficaces e impregnados de fidelidad comunista. Entre estos nuevos mandos hubo figuras como el mariscal Semión Timoshenko y el mariscal Gueorgui Zhukov, que presentaron iniciativas e ideas para modernizar las fuerzas soviéticas, e incluso plantearon a Stalin la necesidad de ejecutar un ataque contra Alemania.

Sobre este episodio, un documento soviético titulado: *“Plan para asegurar políticamente las operaciones militares durante la ofensiva,”*

alemanes sobre la URSS por parte del teniente coronel Fiedrich von Schol, agregado militar en Tokio, informando de ello a Stalin, el cual desoyó la misma llegando incluso a ridiculizar a Sorge.

Sin embargo, sí se aprovechó sus información para movilizar tropas desde la frontera de Mongolia, pues proporcionó datos sobre la no intención de Japón de atacar la URSS.

Sakaida, Henry (2004). *Heroes of the Soviet Union 1941–45*. Osprey Publishing. ISBN 978-1-84176-769-7.

descubierto por el Ejército alemán en el cuartel general del V Ejército en Kiev, y en el que se planteaba la ejecución de acciones de propaganda política que debían ayudar a la ofensiva soviética sobre Alemania que se estaba planificando, es esclarecedor. Si bien el mariscal Zhukov pretendía comenzar el ataque en 1942, el propio Stalin quiso hacerlo en 1941, pero se encontró con la Operación Barbarroja.⁴⁷⁵

Los soviéticos habían organizado un despliegue de sus fuerzas distribuido entre diferentes distritos: el de Leningrado, bajo el mando del teniente general Popov, que contaba con los Ejércitos VII, XIV y XXIII; el del Báltico, bajo el mando del teniente general Kuznetsov, con los Ejércitos VIII, XI y XXVII; el Especial Occidental, comandado por el general Pavolv, con los Ejércitos III, IV, X y XIII; el de Kiev, comandado por el teniente general Kiponos, tenía a su cargo los Ejércitos V, VI, XII y XXVI; y por último el de Odessa, del teniente general Cherevichenko, que tenía el IX Ejército, Fuerzas y Defensas aéreas.⁴⁷⁶

La invasión transcurrió sobre los tres ejes de avance antes citados: el Norte, bajo el mando del mariscal von Leeb; el del Centro, del mariscal von Bock; y el del Sur, del mariscal von Rundstedt. El primero, con el IV Grupo Panzer y el XVI Ejército, desde Prusia Oriental hasta Leningrado; el segundo, con el II y III Grupo Panzer, así como el IV y IX Ejércitos, a través de Minsk, Slovensko hacia Moscú; y el tercero,

⁴⁷⁵ Información disponible en: <https://www.libertaddigital.com/opinion/ideas/3-quiso-stalin-atacar-a-alemania-en-1941-1276221528.html> Fecha de consulta: 18JUN19.

⁴⁷⁶ Información disponible en: https://es.wikipedia.org/wiki/Operaci%C3%B3n_Barbarroja#CITAREFSanz2000 Fecha de consulta: 18JUN19.

con Divisiones rumanas, húngaras, italianas y eslovacas, que contaba con el I Grupo Panzer, y los Ejércitos VI y XVII.⁴⁷⁷

Como resulta obvio, no todas las operaciones discurrieron como se preveía, aunque el ritmo de las penetraciones fue impresionante en muchos casos:⁴⁷⁸

Entre junio y julio de 1941, Los Ejércitos del Norte se introdujeron por Lituania y posteriormente por Letonia hasta situarse el 14 de julio a tan sólo 200 kilómetros de Leningrado; mientras que los del Centro, tuvieron que hacer frente a la feroz resistencia en Brest-Litovsk, ya las guerras de guerrillas en los pantanos de Pripet, tras lo cual siguieron avanzando hasta la conquista de Minsk y Smolensko, que sin embargo debido a duras acciones defensivas soviéticas en esta última, no pudieron cumplir con los hitos marcados para la toma de Moscú. El grupo de ejércitos del Sur, progresaron rápidamente hacia su objetivo, Kiev, acompañados por las conquistas húngaras en Besarabia.

En el primer grupo de Ejércitos, los del Norte, se encontraron finalmente con la tenaz resistencia soviética en Leningrado. Allí, las fuerzas alemanas sitiaron la ciudad por cerca de 900 días, durante los cuales la población se enfrentó al hambre y al frío, viviendo situaciones desesperadas desde septiembre de 1941 hasta enero de 1944, pereciendo miles de sus habitantes. El único halo de vida lo constituyó el corredor a través del lago Ladoga, a través del cual recibían algo de

⁴⁷⁷ *Ibíd.*

⁴⁷⁸ A este respecto, quedó demostrado que la maniobrabilidad y capacidad de penetración quedaba, en los niveles de Cuerpo y División, totalmente subordinada al arma Pánzer y la máxima profundidad a la que podía avanzar. Glanz, David: “*A las puertas de Stalingrado*” Desperta Ferro Ediciones SL, Madrid 2017, p.23.

ayuda. Finalmente, la contraofensiva soviética logró expulsar, mediante la Operación Iskra, a las tropas alemanas, hasta que en el 14 de enero de 1944, el XVIII Ejército alemán es destruido por los soviéticos poniendo fin al cerco de la ciudad.⁴⁷⁹

Moscú, era uno de los objetivos claros dentro de la ofensiva alemana, y para ello se diseñó la *Operación Tifón*, que estaba basada en el empleo de dos Ejércitos, el II, IV y II Panzer respectivamente, que actuarían por el Norte y Sur de la ciudad mediante un movimiento de pinza, completada con la acción directa del IV Ejército, los cuales una vez ejecutadas sus acciones ofensivas se completarían con la *Operación Wotan*. Los contraataques soviéticos junto a las resistencias tenaces, consiguieron estabilizar el frente para finales de febrero de 1942; Moscú dejaría de ser un objetivo prioritario, ya que otros aspectos estaban complicando sobremanera las operaciones alemanas, a la vez que estaban ayudando a los soviéticos: el frío y el combustible.

Sebastopol era otro objetivo importante para las fuerzas alemanas, en orden de controlar la península de Crimea, base naval principal del Mar Negro y cercano a la codiciada zona del Cáucaso. Entre el 30 de octubre de 1941 y 4 de julio de 1942, los alemanes con el XI Ejército que pertenecía al Grupo de Ejércitos del Sur, intentaron conquistar dicho enclave. Para ello, el general Manstein contaba con dicho Ejército reforzado con unidades rumanas, y las fuerzas soviéticas habían reforzado la fortificación de Sebastopol. Con ello, desde el istmo de

⁴⁷⁹ El 10 de febrero de 1943, la División Azul española junto a fuerzas alemanas, combatió en la batalla de Krasny Bor contra los soviéticos, cuatro Divisiones, consiguiendo detener el avance del Ejército Rojo, a las afueras de ciudad de Leningrado. Los españoles ganaron prestigio y consideración ante Hitler.

Perekov en Ucrania se avanzó hasta controlar la península de Crimea. El objetivo que se pretendía no logró ser conquistado hasta noviembre de 1942, en las operaciones de primavera, aunque en abril y mayo de 1944 pasaría de nuevo a manos soviéticas.

Otro enclave importante, fue la ciudad ucraniana de Jarkov, la cual había sido ocupada por los alemanes en octubre de 1941 y que intentó ser recuperada, sin éxito, en mayo de 1942 por las tropas soviéticas del mariscal Semion Timoshenko, antes de que se consolidara la Operación Federico, *Unternehmen Federico*, con la que se pretendía estabilizar dicho frente.

La Operación Barbarroja, que había hecho cosechar grandes triunfos iniciales a las fuerzas alemanas, con la captura de miles de soldados soviéticos y material, a consecuencia de grandes movimientos y maniobras en pinza que les embolsaban, se había truncado en su progresión por las resistencias tenaces de Leningrado, Moscú y Sebastopol.

¡ Conquistad Stalingrado !

Uno de los problemas más acuciantes a los que tuvo que hacer frente Hitler en la invasión de la URSS, fue el apoyo logístico a sus Unidades desplegadas en tan inmenso frente y la profundidad de las penetraciones, además de la escasez de combustible. Desde años, el Führer había insistido en la necesidad de fabricar motores con sistema de refrigeración por aire y la necesidad de conseguir recursos naturales que abastecieran la enorme necesidad de combustible.

Uno de los motivos para la invasión de la URSS había sido la ocupación de la zona del Cáucaso, sus recursos petrolíferos, para posteriormente avanzar hacia el Oriente Medio. Esto último tenía que haberse conseguido mediante el doble avance, por un lado de las tropas alemanas a través de la URSS y por otro, las que precedían del Norte de África, todo ello dentro del *Plan Orient*. Finalmente ese fue el principal motivo por el que Hitler dio la orden de preparar la Operación Azul, *Unternehmen Blau*, la cual se ejecutó el 28 de junio. De igual modo, se creó una Brigada especial con la misión de ocupar pozos petrolíferos del Cáucaso, como ocurrió con Maikop.

Stalin y el Alto Mando soviético estaban convencidos de que Hitler invadiría la URSS para tomar y destruir Moscú, punto neurálgico soviético y considerado como el centro de gravedad. Pero sin embargo, y sin quitarle dicha importancia estratégica y moral, como se ha apuntado anteriormente, lo que realmente se buscaba era los pozos de petróleo. Dicha información estuvo en manos de Stalin pero no fue tomada en cuenta por considerarla falsa.⁴⁸⁰

En Julio de 1942, el Grupo de Ejércitos Sur fue dividido en dos, el Grupo de Ejército A, al mando del general List, y el Grupo de Ejército B, al mando del general Von Bock. Al segundo se le dio la orden de ocupar Stalingrado, mientras que el primero debía dirigirse hacia el Cáucaso. En la parte soviética, se encontraban a la misma altura el

⁴⁸⁰ A pesar de las indicaciones dadas de que no hubiera órdenes por escrito, un avión derribado las llevaba y cayó en manos de los soviéticos que se las entregaron al mismo Stalin, el cual las desechó. Las mismas ordenaban el avance hacia el Sur. Información disponible en: https://es.wikipedia.org/wiki/Batalla_de_Stalingrado Fecha de consulta: 29JUN19.

Grupo de Ejércitos Don del mariscal Rokossovski y en la zona de Stalingrado, el Grupo de Ejércitos del general Yeremenko.

En el avance hacia el Sur se encontraba el I Ejército Panzer, y por orden de Hitler se ordenó, el 23 de julio, que el IV Ejército Panzer del general Hoth se le uniera, con la intención de lograr un rápido avance y conquista de los pozos petrolíferos, de acuerdo con la operación Edelweiss, *Unternehmen Edelweiss*,⁴⁸¹ de julio de 1942. Esta circunstancia dejó en solitario al VI Ejército del general Paulus para la toma de Stalingrado, ya que hasta el momento avanzaban juntos a través del curso del río Don, lo cual iba a complicar en un futuro los acontecimientos, y por ello el propio Hitler ordenó de nuevo al IV Ejército Panzer del general Hoth que cambiara el rumbo de su avance y se dirigiera de nuevo hacia las posiciones del general Paulus, muy alterado por los lentos avances de éste último. Para ese tiempo, como se verá con más detalles en las siguientes líneas, los soviéticos habían podido fortificar Stalingrado y el avance alemán en la ciudad se estaba complicando por momentos.

Desde el 16 de julio, el general Chuicov, se había hecho cargo del 62^a Ejército en el Frente de Stalingrado para defender la ciudad, seleccionado por el propio Stalin para sustituir al vacilante teniente

⁴⁸¹ La Operación Edelweiss: Directiva nº 45, se enmarcaba en una más general y ambiciosa, la Operación Orient. Ésta suponía la confluencia de dos grandes acciones: en primer lugar, avanzar por el Cáucaso hasta el Asia Central; y por otra, realizar lo mismo por el Norte de África para alcanzar el Oriente Medio, levantando a las poblaciones árabes, caucásicas, hindúes y de Asia central contra Reino Unido y la URSS. Legiones de todo tipo: georgianas, ingusetias, cosacas, azeríes, turkestanas, tártaras, calmucas, etc., lucharon a favor del Eje. Se alcanzó Eurasia y el monte Elbros, el más alto de Europa en donde ondeó la esvástica. El éxito de la operación Edelweiss se fue al traste por el revés de Stalingrado.

general Lopatin, acusado de cobardía ante el enemigo.⁴⁸² Apoyado por Khrushchev, Rodimtsev y Yeremenko, entre otros, el primero le preguntó si entendía bien cuál era su cometido al mando de ese Ejército, a lo que Chuicov le respondió su famosa frase de: “*vamos a defender la ciudad o morir en el intento*”. Su cometido fue levantar la moral de las tropas, acometer la resistencia en la ciudad organizando su defensa y cumplir con la orden de Stalin de ¡Ni un paso atrás! más conocida como 227. Chuicov concibió la idea del “combate de proximidad” para contrarrestar la acción de la aviación alemana, ya que haciendo luchar a los soviéticos, en la mayor parte de las ocasiones de forma suicida, muy cerca de las líneas alemanas, conseguía neutralizar el apoyo aéreo alemán bajo el peligro de que este destruyera sus propias fuerzas. En esa decisión se puede ver la diferencia de concepto con respecto a la vida de las propias tropas.

Entre el 25 y el 29 de julio comenzaron los ataques directos sobre Stalingrado, y más tarde ocurrió una circunstancia bélica que también iba a resultar pernicioso a la postre, que fue el bombardeo masivo sobre Stalingrado, que se realizó la noche del 23 al 24 de agosto por parte de la Luftwaffe; ordenado por el mariscal de campo Wolfram von Richthofen, y durante el que se lanzaron 1000 toneladas de bombas incendiarias, apoyados por los I, IV y VIII Fliegerkorps, reduciendo a ruinas dos tercios de la ciudad, y destruyendo totalmente el barrio de Voroshilovski, con el objeto de provocar la rendición de sus habitantes

⁴⁸² A pesar de lo cual siguió comandando Unidades soviéticas durante la guerra y fue galardonado con varias órdenes militares, llegando más tarde a ocupar importantes puestos en la jerarquía militar.

y fuerzas; sin embargo el efecto fue el contrario, pues cada calle, cada casa se convirtió en una implacable trinchera donde los combatientes soviéticos obligaron a las fuerzas alemanas a combatir en una guerra urbana para la que no estaban acostumbrados, y ello a pesar de haber ocupado casi el 90% de la ciudad.⁴⁸³ Ocho de las veinte divisiones que componían el 6º Ejército se encontraban involucradas en ello, luchando contra unidades soviéticas que no paraban de recibir refuerzos de Siberia y de Mongolia, incluso; tropas de refresco acostumbradas al combate en ambientes y escenarios climatológicamente muy difíciles. Con ellas se encontraban los *Sonderkommandos*, comandos especiales, dirigidos por los *Einsatzgruppen*, grupos operativos, de las SS y SD, los cuales estuvieron operando hasta el 15 de septiembre.

Hubo un momento en el que la moral de las fuerzas alemanas estaba muy alta, viendo la ocupación de Stalingrado como inminente, cuando la vanguardia del 6º Ejército alemán llegó al Volga; a pesar de que el 4º Ejército Panzer acudía en su ayuda no sin muchas dificultades en su avance debido a las defensas organizadas por el general Yeremenko, y que se complicó sobremanera con las brutales contraofensivas soviéticas que se lanzaron contra ambos Ejércitos alemanes. Todo ello no haría sino ralentizar la toma de Stalingrado y dar tiempo para la gran contraofensiva que se estaba planeando en el bando soviético y que bajo la inestimable ayuda del llamado “General Invierno”⁴⁸⁴, producirían el fiasco alemán.

⁴⁸³ Conocida entre los alemanes como “*Rattenkrieg*”, guerra de ratas, éstos se veían obligados a luchar casa por casa, piso por piso y calle por calle.

⁴⁸⁴ De noviembre a final de marzo, dura sobre los cinco meses y se caracteriza por sus extremas bajas temperaturas.

El 13 de septiembre se lanzó una ofensiva alemana para conquistar la colina Mamayev Kurgan, que dominaba toda la ciudad. La lucha fue realmente encarnizada produciéndose miles de bajas; al final los alemanes lograron conquistarla para desde allí iniciar ataques y bombardeos de la ciudad. Pronto sería recuperada por los soviéticos el 16 de septiembre, hasta que nuevamente, el 27 de septiembre fue nuevamente ocupada por los alemanes. Mientras todo esto ocurría, el Estado Mayor soviético llevaba tiempo preparando una gran contraofensiva para liberar la ciudad de Stalingrado. Para ello, los soviéticos aseguraron que un aliado de Hitler, Japón, no atacara la URSS desde Manchuria, como pudiera haber estado previsto entre las fuerzas del Eje. Ello dio más fuerza y confianza a las fuerzas soviéticas al librarse de un frente, y el 13 de abril de 1941, se firmó un pacto de neutralidad entre Moscú y Tokio por un período de cinco años.

La operación Urano, como se conoció al plan para liberar Stalingrado, comenzó el 19 de noviembre, y se basó en la total confianza que Stalin dio a los generales Zhukov y Vassilievski, los cuales planificaron una doble maniobra: por un lado resistir todo lo posible en Stalingrado mediante ataques y parapetos, y por otro, lanzar un devastador contraataque por el flanco más débil, precisamente el que estuvo guarnecido por el Ejército rumano. Éste, que había desplegado considerables efectivos para combatir al lado de los alemanes, empeñó a los III y IV Ejércitos para ocupar importantes posiciones a lo largo de las orillas de los ríos Don y Volga colaborando con el 6º Ejército alemán dentro de la ciudad de Stalingrado, y a su vez fueron apoyados por el IV Ejército Panzer, así como por el VIII Ejército italiano y el II Ejército

húngaro.⁴⁸⁵ Pero dichas fuerzas rumanas, ya debilitadas, no contaban además con suficientes medios para poder defenderse de lo que posteriormente se le vino encima. Por ejemplo, su armamento era anticuado y a veces inservible, así como que no contaban con armas anticarro efectivas, lo que resultó totalmente catastrófico.⁴⁸⁶

El sector Norte, que fue el confiado a italianos y rumanos, III Ejército, fue sin duda el más débil, y consta que tanto el general Paulus como otros altos mandos habían advertido de la imprudencia de esta decisión ante la posibilidad de un contraataque. Por ello Hitler, conocedor por informaciones de los que se estaba organizando por parte de los soviéticos desde la cabeza de puente de Kresmenskaia, ordenó el 10 de noviembre de 1942 a la XXII División Blindada, en reserva, que avanzara posicionándose en dicho sector con la finalidad de reforzarlo. Entonces se dio una de las anécdotas más extrañas a la vez que grave, acaecida al Ejército alemán durante la II Guerra Mundial. Los carros de combate de dicha División en reserva habían sido durante tiempo camuflados por montones de balas de heno. Se dio entonces la circunstancia de que cuando los vehículos se pusieron en movimiento, un porcentaje importante de ellos sufrió averías por cortocircuitos en el motor. ¿Qué había ocurrido? el Mando alemán pensó rápidamente que se trataba de acciones de sabotaje, como las que habían ocurrido en otras ocasiones y lugares; sin embargo, quedó atónito cuando tras una investigación se descubrió que habían sido los roedores que habitaban

⁴⁸⁵ Información disponible en: <https://www.eurasia1945.com/acontecimientos/fascismo/campana-de-rumania-en-la-segunda-guerra-mundial/> Fecha de consulta: 02JUL19.

⁴⁸⁶ Información que fue proporcionada por la red roja de espías en el OKH.

entre las balas de heno los que con el tiempo, habían destrozado el cableado de los motores.⁴⁸⁷ Esta desgracia fue fatal para el desenlace posterior.

Sólo veinte de ciento cuatro carros de combate pudieron llegar al sector y hacer frente a la avalancha de fuerzas soviéticas, que con gran ímpetu y poder pulverizaron a las rumanas en casi el noventa por ciento. El 19 de noviembre de 1942, casi 3500 cañones soviéticos abrieron fuego constantemente contra dichas posiciones rumanas, entre Serafimovih y Klestkaya, seguidos de cargas de infantería ligera y carros de combate T-34;⁴⁸⁸ no hubo respuesta oportuna por parte del Mando alemán. Entonces ocurrió el desastre para los alemanes y el éxito esperado para los soviéticos: las dos fuerzas que se cernían sobre los flancos de 6º Ejército alemán formando un cerco; uno por el Norte, avanzando desde Serafomvich hacia Kalach, Vertyachly, en el flanco occidental del río Don; y otro por el Sur, haciendo lo mismo por el flanco oriental, convergieron hasta conseguir cerrar el cerco en el puente de Kalach el 23 de noviembre, las tropas soviéticas se encontraron en Soviestsky; el 6º Ejército alemán había quedado embolsado con cerca de 250.000 hombres, a pesar de la maniobra de

⁴⁸⁷ Degrelle, León: *“Hitler para 1000 años”* Editorial Solar, 7ª edición. M. Bogotá, 2003. pp. 168-169

⁴⁸⁸ Se calculan en torno a 1.103.000 soldados de Infantería, 15.501 piezas de artillería, 1463 carros de combate y 1.350 aviones de combate. Información disponible en: <https://www.elmundo.es/cultura/2017/03/10/58c1b7dd22601ddd198b45ae.html>
Fecha de consulta: 04JUL19.

Hitler que rápidamente creó el Grupo de Ejércitos del Don bajo el mando de von Manstein, con el objeto de evitarlo.⁴⁸⁹

Lo anterior se podría haber evitado, tal vez, si se hubieran seguido las órdenes del OKW, que ordenaban retirar las unidades del grueso del 6º Ejército hacia el Don por el Sudoeste. Hitler ordenó no retroceder, pues consideró por una parte, que la situación podría ser revertida como lo fue en la Bolsa de Demyask, y por otro lado que una retirada en tales condiciones meteorológicas dominadas por el “General Invierno” podrían suponer el total aniquilamiento de las fuerzas alemanas.

Comenzó entonces otro estadio de la guerra en el Frente Oriental y por ende de toda la Segunda Guerra Mundial: en primer lugar, los alemanes cercados del 6º Ejército tuvieron que sufrir una de las más terribles y penosas experiencias vitales y militares, en los meses siguientes hasta el desenlace final de la batalla de Stalingrado; en segundo lugar, se desarrolló una potente campaña propagandística por parte de la URSS, amplificada por la colaboración de los Estados Unidos y el Reino Unido, se intentó destruir la moral de las tropas alemanas y sus aliados.

⁴⁸⁹ A este respecto merece la pena leer la carta de Paulus a Manstein, en la que le describe su situación, así como las críticas contra el primero que se pueden leer en determinadas publicaciones de protagonistas de aquella guerra. No queda claro, a pesar de los análisis y trabajos realizados al respecto, si Paulus tuvo alguna posibilidad de romper el cerco o no, o al menos intentarlo, avanzando hacia la dirección de las fuerzas de Manstein, contando con que se iban a perder muchos efectivos pero posiblemente se iban a salvar otros y romper el cerco. Información disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Uvf-7dY-iwA> Fecha de consulta 01JUL19 y Degrelle, León: “*Hitler para 1000 años*” Editorial Solar, 7ª edición. M. Bogotá, 2003. p. 171.

Los restos del 6º Ejército embolsados en Stalingrado, debieron pasar las peores penurias al no disponer ni de repuestos, ni comida, al margen de lo prometido por el mariscal Göring, sobre un puente aéreo que lo abastecería. Al final no pudieron cumplirse las expectativas por diferentes condicionamientos debido a la mala climatología y a las fuerzas aéreas y antiaéreas soviéticas, que bombardearon el aeródromo de Pitomnik.⁴⁹⁰

El general von Paulus había enviado a un capitán a informar al general Manstein acerca de la real situación que se vivía en la Bolsa de Stalingrado. El mismo Manstein le dijo a dicho capitán que acudiera a la Guarida del lobo e informara exactamente en los mismos términos al propio Hitler, el cual estaba planeando la operación Dietrich para contrarrestar la situación. Allí dicho capitán intentó explicar al Führer la situación real, y tras diversas preguntas y afirmaciones dadas por el propio Hitler y los generales que le acompañaban, contempló como sus testimonios y explicaciones habían caído en saco roto.⁴⁹¹

Para redundar en la desgracia, lo que sí produjo consternación tanto en el bando alemán como estupor en el soviético fue lo que aconteció el 31 de enero; la rendición del mariscal von Paulus y la mayor parte del 6º Ejército a los soviéticos. Hitler había ordenado no rendir la plaza

⁴⁹⁰ Sobre el compromiso ante Hitler de cumplir con dicho abastecimiento, se sospecha que realmente no fue Göring el que lo hizo en primera instancia sino un lugarteniente suyo, que movido por la lealtad a Hitler y el orgullo, prometió lo que luego resultó difícil de cumplir, y al enterarse de ello Göring, por los mismos motivos, tampoco quiso desdecirse. Los resultados de tales comportamientos resultarían perniciosos, y a la postre llevarían a la pérdida de confianza en Göring por parte de Hitler.

⁴⁹¹ Información disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=DVYB-ntrc28>
Fechas de consulta: 03JUL19.

bajo ninguna circunstancia, el general Manstein había retrocedido y avanzado hacia el cerco con el fin de que von Paulus hiciera lo propio, pero todo resultó en vano ante la inactividad de éste, motivada para unos por su actitud dubitativa y para otros por la parálisis decisoria que le crearon las órdenes del propio Hitler, negándole cualquier iniciativa.

Es sabido que Hitler nombró a éste, mariscal de campo, pues ningún militar de este rango se había rendido nunca en la historia alemana, sin embargo y en esa ocasión, von Paulus no sólo se rindió desobedeciendo a Hitler sino que entregó valiosa información a los soviéticos, así como cerca de 91.000 soldados del 6º Ejército que posteriormente serían masacrados y torturados en los campos de concentración soviéticos. Tan sólo cerca de 5.000 pudieron sobrevivir y se significa que más de 10.000 soldados optaron por no rendirse y seguir combatiendo, sabedores del final que les esperaba.⁴⁹²

El efecto propagandístico fue enorme⁴⁹³, las fuerzas alemanas habían dejado de ser invencibles, y a partir de ese momento ya no volvieron a llevar la iniciativa hasta la ofensiva última y desesperada, tiempo más tarde, en la batalla de las Ardenas. Y la contraofensiva soviética aprovechando el éxito fue contundente, lo que hizo que el mismo Hitler,

⁴⁹² La URSS creó el Comité Nacional para una Alemania Libre, la Unión de Oficiales alemanes Y La Unión Antifascista de los soldados alemanes, para luchar contra Hitler. Von Paulus colaboró con el gobierno soviético, y pasó de ser un ferviente nacionalsocialista a su feroz enemigo arengando a las tropas contra él en la radio Alemania Libre, para acabar sus días en Dresden, RDA, como director del Instituto de Historia Militar.

⁴⁹³ Sobre este aspecto, y décadas después de lo sucedido, Jens Wehner, director del Museo alemán de Historia Militar, ha demostrado que realmente Stalingrado no pudo haber sido la mayor batalla de la Segunda Guerra Mundial; sin negar su efecto moral y estratégico, considera que el papel de la propaganda fue maximizar el éxito soviético.

tras la destitución de generales, se hiciera cargo de frenar el avance del Ejército Rojo. Pero esa detención tenía los días contados y las posteriores ofensivas soviéticas iban a llevar el frente hasta la propia capital del Reich, Berlín.

Aspectos que fueron clave

La Batalla de Stalingrado, tuvo el resultado conocido y los acontecimientos y decisiones allí tomadas pertenecen a la Historia. Pero el análisis de los mismos, bajo el prisma que ofrece la progresiva revisión y complementación de los mismos con las aportaciones de nuevas investigaciones y nuevas técnicas documentales interdisciplinarias, llevan a poder considerar los diversos aspectos que a continuación se presentarán.

Hacia 1942 y 1943, los servicios de Inteligencia franceses y sobre todo británicos,⁴⁹⁴ basados en otras investigaciones de los polacos, consiguieron descifrar el código de la máquina de encriptación *Enigma* que era la que había sido diseñada y empleada con profusión por las fuerzas alemanas para todo tipo de mensajes, y tras lo cual, se podían conocer las órdenes y los movimientos de las Unidades alemanas.

Sobre esas mismas fechas, los soviéticos ya estaban recibiendo ayuda exterior en dinero y materiales, sobre todo de EEUU, de acuerdo con la Ley de Préstamo y Arriendo, o también conocida por “Un acto para promover la defensa de los EEUU” firmada por el presidente Roosevelt

⁴⁹⁴ Fueron determinantes las investigaciones de Alan Turing en el descifrado de la máquina *Enigma* cuando estuvo al frente de la Sección Naval Enigma de Betchley Park.

el 11 de marzo de 1941. Esta ayuda, como citaría un autor, fue decisiva pues “*sin los camiones, motores y vagones de ferrocarril aliados, todas las ofensivas soviéticas se hubieran estancado con relativa rapidez, superando su propia capacidad logística en cuestión de días...la mayor parte de la sangre aliada derramada, sin la ayuda extranjera, la victoria de la URSS contra Alemania le hubiera costado más tiempo y, por supuesto, más bajas*”.⁴⁹⁵

Hitler, había sufrido bastantes atentados e intentos de asesinato hasta la fecha, además de conocedor de varias conspiraciones de Mandos alemanes contra él, lo cual le hacía desconfiar de un alto porcentaje de oficiales y generales. Hubo una organización, llamada la Orquesta Roja, formada por espías alemanes al servicio del NKVD soviético, que informaba de los planes al Alto Mando de la URSS. Por otro lado, y a consecuencia de las secuelas de atentados y desgaste físico, Hitler desde el año 1941 era consumidor de drogas que le proporcionaba su médico Theodor Morell⁴⁹⁶, aspecto muy a tener en cuenta en aquellas circunstancias.⁴⁹⁷ Tomaba hormonas y esteroides, desde 1941 hasta 1943; y en este último año, ya tomaba opiáceos, como el conocido Eukodal, de efectos muy similares a la heroína.⁴⁹⁸

⁴⁹⁵ Glantz, David: “*The Soviet-German War 1941-1945: Myths and Realities*”. Clemson University, 2001

⁴⁹⁶ Acabó siendo el médico personal de Hitler hasta el 22 de abril de 1945 que lo despidió. Le suministró todo tipo de sustancias, incluso drogas, que perturbaron claramente la psique del Führer.

⁴⁹⁷ Ohler, Norman: “*El gran delirio, Hitler, drogas y el Tercer Reich*”. Crítica, 2016.

⁴⁹⁸ Dejando aparte el hecho de que, como muchos investigadores argumentan, podrían haber existido numerosos dobles de Hitler. Tal vez, en algunas ocasiones, no era el verdadero Hitler el que tomaba decisiones.

Con todo lo anterior, acabó confiando la toma de Stalingrado a un oficial de Estado Mayor que había desarrollado su carrera en la propia Alemania al cargo de asuntos de gestión de personal, el general von Paulus, el cual había mostrado su incondicional adhesión a los principios del nacionalsocialismo y a Hitler. Esta decisión para algunos, condenó todo lo demás al desastre.⁴⁹⁹ Conocidas fueron sus vacilantes decisiones en muchos aspectos y sus problemas con la disentería, además del comportamiento para con y de su esposa rumana.

Pero en Stalingrado se enfrentaron dos grandes personalidades políticas del siglo XX: Hitler y Stalin. El primero, fundador del nacionalsocialismo, buscaba el espacio vital para el pueblo alemán expansionándose hacia el Este y sojuzgar a los eslavos, aniquilando a un porcentaje considerable de ellos; ordenar a los pueblos europeos en una suerte de jerarquía de mayor a menor linaje ario y nórdico; crear un Nuevo Orden en Europa con un nuevo modelo de hombre y la expulsión de las culturas europeas de la influencia y presencia judía. El segundo, se había hecho con el control de los resortes del poder en la URSS siguiendo la doctrina de su precursor Lenin aplicando métodos aún más terroríficos y consolidando su poder personal mediante purgas y traiciones, entre dirigentes políticos y militares; buscaba crear un nuevo orden comunista en la URSS tomando el control y desarrollando partidos comunistas en el resto del mundo, mediante la creación de la figura del hombre soviético y de la sociedad ideal comunista.

⁴⁹⁹ Degrelle, León: “*Hitler para 1000 años*” Editorial Solar, 7ª edición. M. Bogotá, 2003. pp. 169-171

Ambos líderes se disputaban el control de Europa, si bien Stalin planificaba la extensión comunista por toda ella en el momento de que Hitler desencadenó la invasión de la URSS. Hitler no contaba con una buena Inteligencia acerca de la verdadera potencia de la URSS y así lo hizo saber al líder finlandés mariscal Carl Gustav Emil Mannerheim en el día del cumpleaños de éste.⁵⁰⁰ Stalin había conseguido crear un impresionante Ejército Rojo, a pesar de las purgas.

Los combatientes de ambos bandos se diferenciaban en muchos aspectos. Para los alemanes, se trataba de una lucha sin cuartel contra los *juedobolcheviques*, pueblos que habían sido presentados como subhumanos por la propaganda nacionalsocialista. El ideal político y la fe en Hitler era el motivo fundamental de su lucha, acrecentada y espoleada por las victorias y resultados que el Führer había dado para Alemania. Se trataba de un lucha que iba además más allá de todo esto, puesto que pretendía un Nuevo Orden social, racial, cultural, político y económico para Europa.

Stalin, no prestó mucha atención a las informaciones que le alertaban de la invasión alemana, y tras los rápidos avances, se presentó huidizo y dubitativo, temeroso y sin capacidad de reacción. Al final tuvo que arengar a las masas y tropas soviéticas, recordándoles los héroes rusos de la época zarista y su labor como combatientes antifascistas salvadores de toda Europa.⁵⁰¹ Stalin reaccionó más tarde, sabedor del apoyo que iba a recibir de los Aliados, principalmente de EEUU. Los

⁵⁰⁰ Información disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=1_sbBYHVvko
Fecha de consulta: 02JUL19.

⁵⁰¹ Información disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=MibydeJRtU>
Fecha de consulta: 02JUL19.

soldados soviéticos conocieron de inmediato los efectos de la “orden 227”, que obligaba a disparar a cualquiera de ellos que abandonara el frente sin autorización. Esa fue una de las principales motivaciones, ante las auténticas carnicerías de soldados soviéticos que eran enviadas en ataque frontal contra los alemanes.

Los soldados alemanes, por otro lado, ya se dijo que no estaban acostumbrados a la lucha urbana, ni a soportar semejantes temperaturas bajo cero sin el adecuado equipo. Pero uno de los factores que desmotivó a muchos fue el discurso de Göring en el que decía que los caídos en la bolsa de Stalingrado “serían héroes para Alemania”, es decir, se pensaba en sacrificar a todo un Ejército, ante la imposibilidad de rescatarlo; no concebían que se les abandonara. Hitler perdió credibilidad para muchos. De igual modo, se sorprendieron de que tuvieran que luchar contra mujeres soldado, no concebían el hecho.⁵⁰² Los pueblos bálticos, ucranianos y algunos aliados de los alemanes, fueron tratados como seres de segunda o tercera clase, a pesar de haber luchado a favor de ellos en contra de Stalin. Hitler tenía un concepto degradante del pueblo ruso⁵⁰³ y justificó su expansión territorial como *“Es inconcebible que un pueblo superior tenga que vivir a duras penas en un estrecho terreno, mientras masas amorfas que no contribuyen para nada a la civilización, ocupan extensiones sin fin de un suelo que*

⁵⁰² Información disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Q3aVr2eZeTA>
Fecha de consulta: 23JUN19.

⁵⁰³ “El ruso no se resolverá a trabajar más que bajo el peso de una presión exterior, ya que es incapaz de organizarse por sí mismo”, ”Para el ruso, lo principal que le ha traído la civilización es el vodka”. Bormann, Martin: *“Conversaciones sobre la guerra y la paz”* Luís de Caralt Ediciones, Barcelona, 1953. p.13.

es de los más ricos de la tierra”⁵⁰⁴ La guerra tenía que ser de exterminio, porque “*cuando se empieza una guerra no es preciso hacer lo correcto, sino ganar*”, afirmaba.

A pesar de la búsqueda de los pozos de petróleo y la necesidad vital de combustible para la Wehrmacht, queda como interrogante, si hubieran sido capaces de transportarlo dadas las condiciones de transporte existentes y las vías férreas. Al igual que en los ataques a Stalingrado con la aviación, que dejaron la ciudad destruida pero ofrecieron un terreno fortificado a los soviéticos, las condiciones para el transporte no eran óptimas. Se confió en lo improbable, como más tarde en las “armas milagrosas”.⁵⁰⁵

No actuó la Luftwaffe como en el cerco de Demyansk; no pudo transportar el mismo material debido a la acción de las armas antiaéreas rusas. El general Jeschonnek, Jefe de Estado Mayor de la Luftwaffe, llevó a error a Hitler al afirmar que se podría hacer lo mismo; cuando se enteró Göring, lo vio imposible; pero pensó que el apoyo total en el primero podría ser el de subsistencia en el segundo. No se supo operar de la misma manera y no hubo más aviones JU-52. Además, los reemplazos de personal, y prioridad de suministros no se ajustaron a las necesidades, priorizando el Grupo Centro y dejando sólo al 6º Ejército, tal vez por la mala gestión del OKH y el general Halder.

⁵⁰⁴ *Ibidem.* p.44.

⁵⁰⁵ Expresión que se refería a distinto tipo de armamento desarrollado por Alemania como tipos de aviones a reacción, cohetes, prototipos e incluso el arma atómica.

Conclusiones

La Segunda Guerra mundial, tuvo unas razones y causas, más desconocidas de lo que se ha pretendido. Alemania antes de la invasión de la URSS se sentía la dueña de Europa continental una vez desechada la conquista del Reino Unido. Contaba con aliados como Italia y Japón, con sus respectivos intereses; así como con otros apoyos como Rumanía, Hungría, Croacia, Bulgaria y España.

La decisión de acometer la Operación Barbarroja, *Unternehmen Barbarossa* se vio condicionada por la falta de combustible en las fuerzas alemanas que debían controlar y operar en vastos territorios, además de la decisión de Hitler que afirmó: “Lo que me confirmó en mi decisión de atacar a Rusia sin más tardanza, fue la información traída por una misión alemana, que volvía de Moscú, de que una fábrica rusa producía por sí sola más blindados que todas nuestras fábricas juntas. Sentí que era el último límite. Sin embargo, si alguien me hubiera dicho que los rusos disponían de diez mil tanques, hubiese contestado: “¡Está usted completamente loco!”⁵⁰⁶ Era atacar o ser atacado.

La Inteligencia alemana falló de forma notable, ya que se minusvaloró, por desconocimiento, la entidad real del Ejército Rojo. A Stalin le sorprendió la invasión y no supo reaccionar oportunamente al comienzo de la misma. Los avances de la Whermacht fueron impresionantes pero se toparon con dos grandes focos de resistencia en Leningrado y Moscú. La necesidad de petróleo llevó a planificar y

⁵⁰⁶ Bormann, Martin: “*Conversaciones sobre la guerra y la paz*” Luís de Caralt Ediciones, Barcelona, 1953. p.159.

ejecutar la Operación Azul, *Fall Blau*, con el objetivo de alcanzar el Cáucaso.

La operación Orient, pretendía asestar un doble golpe contra el Reino Unido y la URSS, así como con hacerse con los recursos petrolíferos del Cáucaso y Oriente Medio. La Operación Azul, *Fall Blau* era una parte de ella y resultó un éxito al alcanzar los pozos petrolíferos de Maikop, Grozny y Bakú, Eurasia y el monte Elbros, que a pesar de la “tierra quemada” se pudieron aprovechar muchos pozos, no obstante, el apoyo logístico era imposible.

Pero en el sector del Grupo de Ejércitos B, Stalingrado apareció en el avance, como un reto y a la vez una necesidad ideológica pues, sabedor Hitler del potencial descubierto de la URSS, la destrucción y toma de Stalingrado tendría efectos psicológicos devastadores sobre Stalin y los soviéticos; era el centro de gravedad político/ideológico. Las operaciones no discurrieron según lo previsto y los soviéticos tenían información sobre los despliegues alemanes, gracias a la labor de los espías. A ello se sumaba la permanente conspiración de oficiales alemanes contra Hitler, el discutible trabajo del Estado Mayor y la vacilante actitud del mariscal von Paulus, sin olvidar al “General Invierno”. Tanto Hitler como Stalin se empeñaron en Stalingrado, y fue por su carácter ideológico.

Por las razones antes expuestas, Hitler, que en un principio había dejado cierta autonomía a sus generales, poco a poco se la fue denegando llegando al control absoluto de las operaciones. Dicha actitud, provocada por la falta de confianza en ellos, derivó en un

intento de dirigir las operaciones y decidir hasta el más mínimo detalle, algo que se tornó imposible y restó operatividad.

Stalin, que llevó a cabo las purgas contra muchos de los oficiales del Ejército Rojo, tomó el poder y control tras los primeros días de indecisión y pasividad tras la invasión alemana, se hizo nombrar presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, puso al mando de Unidades a oficiales de su confianza y les dejó bastante autonomía. Stalin se apoyaba en la sempiterna fe rusa por la salvación de la Gran Madre Patria, llegando incluso a permitir la actividad de la Iglesia Ortodoxa para guiar a las masas.

Los soviéticos ganaron la batalla de Stalingrado y aprovecharon el éxito, con gran propaganda y con un fuerte avance hacia el centro de Europa, hasta el mismo Berlín. Alemania había perdido la iniciativa. La guerra discurrió para ella por otros caminos que no habían sido previstos, las dos ideologías totalitarias y sus líderes se habían enfrentado en el campo de batalla.

La tragedia fue mayor para los vencidos en la batalla de Stalingrado, las condiciones penosas que habían vivido fueron poco en comparación con el trato que recibieron de sus captores soviéticos, sólo una pequeña parte sobrevivió para poder legar su testimonio, otros lucharon hasta el final.

Tras la batalla, hubo otras, con avances imparables de las fuerzas soviéticas hacia Alemania, se construyeron también “armas milagrosas” que hubieran podido cambiar el rumbo, pero no todas y con oportunidad. Años más tarde llegó el fin de la Alemania nacionalsocialista y del Eje.

Bibliografía

- BELLAMY, C. (2007): *Absolute War: Soviet Russia in the Second World War*, Nueva York: Alfred A. Knopf & Random House.
- BORMANN, M. (1953): *Conversaciones sobre la guerra y la paz*, Luís de Caralt Ediciones, Barcelona.
- CABALLERO JURADO, C. (1995): *Comandos en el Cáucaso*, García Hispán Editor, Granada.
- CHUIKOV, V.I.; RIÁBOV, V.S. (1985): *La Gran guerra Patria de la Unión Soviética*, Planeta, Barcelona.
- CRAIG, W. (1975): *La batalla de Stalingrado*, Editorial Noguer SA, Barcelona.
- DEGRELLE, L. (2003): *Hitler para 1000 años*” Editorial Solar, Bogotá.
- GLANTZ, D. (2001): *The Soviet-German War 1941-1945: Myths and Realities*, Clemson University, Clemson.
- GLANZ, D. (2017): *A las puertas de Stalingrado*, Desperta Ferro Ediciones SL, Madrid.
- JONES, M. (2016): *El sitio de Leningrado: 1941-1944*, Crítica, Barcelona.
- OHLER, N. (2016): *El gran delirio, Hitler, drogas y el Tercer Reich*, Crítica, Barcelona.
- RIDRUEJO, D. (2013): *Cuadernos de Rusia*, Fórcola Ediciones, Madrid.
- SAKAIDA, H. (2004): *Héroes of the Soviet Union 1941–45*, Osprey Publishing, Oxford.

- SERVICE, R. (2006): *Stalin. Una biografía*, Siglo XXI, Madrid.
- SKORZENY, O. (2005): *Vive peligrosamente*, Acervo, Sevilla.
- TERVOR-ROPER, H. (2004): *Las conversaciones privadas de Hitler*, Crítica, Barcelona.
- WALSH, S. (2003): *Stalingrado 1942-1943. El cerco infernal*, Libsa, Madrid.

Webgrafía

- <https://mundo.sputniknews.com/ensayos/201504151037309761/>
- [https://es.metapedia.org/wiki/Discursos memorables de Hitler](https://es.metapedia.org/wiki/Discursos_memorables_de_Hitler)
- <https://triplenlace.com/2014/07/21/fabricacion-de-combustibles-sinteticos-en-alemania-durante-la-segunda-guerra-mundial/>
- <https://archive.is/20120527023840/http://warandgame.wordpress.com/2007/08/20/russo-german-war-plans-1941/>
- <https://www.libertaddigital.com/opinion/ideas/3-quiso-stalin-atacar-a-alemania-en-1941-1276221528.html>
- https://es.wikipedia.org/wiki/Operaci%C3%B3n_Barbarroja#CITAREFSanz_2000
- <https://www.eurasia1945.com/batallas/contienda/campana-del-caucaso/>
- <https://www.eurasia1945.com/acontecimientos/fascismo/campana-de-rumania-en-la-segunda-guerra-mundial>
- <https://www.elmundo.es/cultura/2017/03/10/58c1b7dd22601ddd198b45ae.html>
- <https://www.youtube.com/watch?v=Uvf-7dY-iwA>

<https://www.youtube.com/watch?v=Q3aVr2eZeTA>

<https://www.youtube.com/watch?v=-1Vv4N5OkdQ>

<https://www.youtube.com/watch?v=h9aPLe6iwoQ>

<https://www.youtube.com/watch?v=KkcZzQUkeHU>

<https://www.youtube.com/watch?v=RuKpHUsvZm0>

LA BATALLA DE GUADALCANAL EN EL CINE: VISIONES E INTERPRETACIONES EN EL TIEMPO Y EL ESPACIO

THE BATTLE OF GUADALCANAL: VISIONS AND INTERPRETATIONS ON TIME AND SPACE

Dr. Sergio Mena Muñoz

Autónoma de Madrid

Resumen:

Durante la Segunda Guerra Mundial en el teatro del Pacífico se produjo entre agosto de 1942 y febrero de 1943 una de las campañas más determinantes de la contienda. Tras haber sucumbido en la Batalla de Midway, las fuerzas aliadas tomaron la isla de Guadalcanal, en las Islas Salomón, para frenar la construcción de un campo de aviación que tenía como misión servir de lanzadera a la aviación japonesa en su conquista de Australia. El cine ha tratado este hecho en varias ocasiones, sobre todo el producido en Hollywood. La diatriba sobre si el cine es una fuente historiográfica se debate en este caso a través del repaso de las películas que la Meca del cine ha estrenado sobre la campaña. Subyace en ellas la interpretación que del hecho histórico se ha realizado en la pantalla, ya que no se puede dejar de lado que la historia se muestra en el cine de acuerdo a las influencias – y los intereses - que el entorno ejerce sobre sus guiones.

Palabras clave:

Segunda Guerra Mundial, Batalla de Guadalcanal, Cine.

Abstract

During the Second World War in the theater of the Pacific there was between August 1942 and February 1943 one of the most decisive campaigns of the contest. After succumbing to the Battle of Midway,

the Allied forces took the island of Guadalcanal, in the Solomon Islands, to stop the construction of an airfield whose mission was to serve as a shuttle to Japanese aviation in its conquest of Australia. The cinema has treated this fact several times, especially the one produced in Hollywood. The rant about whether cinema is a historiographic source is discussed in this case through the review of the films that the Mecca of cinema has released about the campaign. Underlying in them the interpretation that of the historical fact has been made on the screen, since it cannot be ignored that history is shown in the cinema according to the influences - and the interests - that the environment exerts on its scripts.

Key words:

Second World War, Guadalcanal's Battle, Cinema.

Introducción

La batalla de Guadalcanal (la campaña, para ser rigurosos, ya que hubo más de una batalla) fue una cruenta sucesión de enfrentamientos entre fuerzas japonesas y estadounidenses que tuvieron lugar en la isla homónima del Pacífico entre agosto de 1942 y febrero de 1943 enmarcadas dentro de la Segunda Guerra Mundial. El choque por desalojar a los nipones de las islas Salomón se saldó con 38.000 muertos (la mayoría, japoneses) y supuso por un lado una importante victoria aliada que confirmaba el cambio de iniciativa en el desarrollo de la guerra comenzada en la Batalla del Mar del Coral y en Midway y por otro un desgaste tremendo entre las fuerzas de infantería que lucharon tanto contra fuerzas enemigas como contra la naturaleza de la isla. Esta épica narración ha sido llevada al cine en diferentes ocasiones con diferentes tratamientos, puntos de vista, objetivos y resultados. En esta

texto se va a repasar y se comentarán los pormenores de una lista de títulos que van desde "Guadalcanal" ("Guadalcanal Diary"; Seiler, 1943) hasta la archiconocida "La delgada línea roja" ("The Thin Red Line"; Malick, 1998) analizando el contexto, su entorno y tanto las influencias que recibieron para representar el pasado como las que ejercieron sobre otras manifestaciones culturales.

El cine ha sido, y es, una forma más de narrar el pasado de manera más o menos rigurosa. Decía Abel Ferrara que al fin y al cabo el cine “de lo que trata es de descubrir algún tipo de verdad” (MOLINA, 2019). La duda es saber de qué verdad se trata. Durante los años de la Guerra Fría, Hollywood llevó a la pantalla varios capítulos de las batallas que Estados Unidos libró en aguas del Pacífico mostrando de forma a veces muy diferente un mismo hecho desde diversas perspectivas. Aunque las batallas acontecieron de una forma, cada hecho ha sido llevado al cine desde una perspectiva concreta influenciada por el contexto del momento en que fueron llevadas al cine. Mismo hecho histórico, diferentes interpretaciones.

La Segunda Guerra Mundial en el Pacífico comenzó en 1941 y concluyó en 1945, y fue objeto de numerosas producciones cinematográficas durante los años en que se desarrolló el conflicto y también durante la posterior Guerra Fría, que como sabemos, comenzó durante la presidencia de Truman en 1947 y concluyó de forma oficial el 25 de diciembre de 1991. A lo largo de todo este tiempo las miradas hacia el conflicto original fueron cambiando porque el entorno político, económico y social fue evolucionando, y la interpretación y la representación del hecho histórico quedó condicionada por las miradas

de los directores y de los espectadores de cada época. Así, por poner un ejemplo, el ataque a Pearl Harbor aconteció sin duda el 7 de diciembre de 1941, pero su representación en el cine no es igual en una película rodada en 1950 que en 1990.

La Segunda Guerra Mundial en el Pacífico, los cambios en su interpretación y su representación a lo largo de los años no ha sido un tema muy estudiado en los centros de investigación. En Estados Unidos y Japón – los dos países enfrentados - se ha abordado el tema de la Guerra del Pacífico el cine en diversos trabajos académicos, pero centrándolo en la construcción del personaje y de la representación de episodios concretos (sobre todo el caso de los campos de concentración de ciudadanos estadounidenses de origen japonés). Así, autores como Thomas Cripps (1993), Delia Konzett (2004: 327), Loyd Lee (1998), Hal Brands (2005), Koppes (1990) o Steven Lubar (2007) han publicado libros y realizado tesis doctorales sobre el tema desde la visión estadounidense mientras que otros como Takashi Fujitani (2001), Hideiko Yoshimoto (1994), Naoto Sudo (2003) o Takashi Yoshida (2008) lo han hecho desde la nipona. Estos trabajos no se centran en el análisis de los cambios en las visiones sociales del pasado o en el análisis de las propias películas o en el de periodos concretos de la historia de la guerra ni se ha hecho un análisis profundo del tratamiento del hecho desde la perspectiva del cine sin que se hayan examinado los cambios de interpretación que se han producido en las etapas históricas posteriores, algo que sí pretende realizar esta tesis.

Por tanto, el objetivo principal de este texto es mostrar, por medio de las películas seleccionadas, diversos ejemplos de cómo el cine ha

representado en la pantalla un mismo hecho bélico de forma diferente por influencia del contexto en que se ha producido, rodado y estrenado cada una de ellas. En este caso, el hecho estudiado es la campaña de Guadalcanal. Se pretende averiguar qué hechos políticos tuvieron lugar el año de rodaje y estreno de cada película analizada, conocer qué hechos económicos tuvieron lugar el año de rodaje y estreno de cada película analizada, saber qué hechos de índole social tuvieron lugar el año de rodaje y estreno de cada película analizada, describir qué hecho histórico es representado e interpretado en cada película analizada y analizar el contenido de cada película. De igual manera, se ha descrito en la investigación la propaganda explícita e implícita además de identificar el trasfondo histórico narrado en cada película analizada.

Objetivos

De esta manera, la investigación parte de unos postulados o preintenciones a conseguir, que se resumen en los siguientes puntos.

1. Identificar qué películas estadounidenses tratan, hablan, rememoran o abordan en sus sinopsis la campaña de Guadalcanal
2. Ordenarlas en función de su año de producción.
3. Comparar su tratamiento de la campaña con el contexto de Estados Unidos en que fueron rodadas, ya sea político, cultural, económico y social.

Criterios

Películas que hablen de la guerra hay muchas. Que traten de la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico, menos, y que además sean de

producción estadounidense significa que las opciones son escasas. Aún así, los criterios de elección o selección de las cintas a estudiar son:

1. Que fuesen películas producidas por estudios independientes de Estados Unidos (principalmente las ocho “majors” de Hollywood).
2. Que la campaña de Guadalcanal sirva de trasfondo o sea el elemento dramático principal de su guión.
3. Que sean dramatizaciones, no documentales.

Metodología

Para estudiar bien el caso, se ha optado por realizar en primer lugar una organización de todas las películas en función de la división temporal propuesta por Juan Pereira en su obra *Historia y presente de la Guerra Fría* (1989). Una vez clasificadas, se ha hecho una descripción de la sinopsis de cada película y de cómo la campaña bélica es representada para finalizar con un análisis comparativo entre contexto y contenido de la película.

De esta forma, la división temporal histórica anteriormente mencionada se divide en las siguientes etapas:

- Años de la Guerra (1941-1945).
- Truman (1945-1953).
- De Eisenhower a los misiles cubanos (1953-1962).
- De los misiles cubanos a la caída de Saigón (1962-1975).
- Del rebrote de la tensión a la Guerra de las Galaxias. (1975-1989).

- Tras la caída del muro (1989-).

Se han tomado también como referencia los criterios de elección de películas en un entorno parecido propuesto por Rico (2018) y los modelos de análisis del tiempo pasado en el cine que proponen Cardoso (2000), Del Río y Fuertes (2004), o Souza (2015). Al final, el criterio ha sido elegir, como ya se ha mencionado, de todas las películas rodadas y estrenadas desde 1941, aquellas que cumpliesen las características de que fueran producidas por empresas estadounidenses y que trataran un hecho histórico acontecido entre agosto de 1942 y febrero de 1943 en la campaña de Guadalcanal en la guerra entre Japón y las naciones aliadas lideradas por Estados Unidos en el Pacífico. Además, que trataran un mismo hecho histórico en más de una película, que hayan supuesto un hito en su campo (que sea la primera que trata un tema, que haya conseguido una recaudación de más 1 millón de dólares, etc.), que estén consideradas en la literatura científica como películas épicas y que el director sea un reconocido cineasta.

El entorno histórico

La isla de Guadalcanal está situada en las Islas Salomón, un – hoy día- estado independiente de Oceanía 28 450 km² compuesto por más de 900 islas o atolones que reúnen una población de más de 600.000 personas. Está a unos 1.700 kilómetros del punto más cercano de Australia sobre el Mar de Coral y comparte frontera con la actual Papúa Nueva Guinea. Los primeros europeos que llegaron a sus costas fueron los españoles de la primera expedición de Álvaro de Mendaña en 1568

(REICHERT, 2014). La mayor de las islas, Guadalcanal, fue descubierta por el maese de campo⁵⁰⁷ de las tropas de Mendaña, Pedro Ortega Valencia, que era natural de la localidad de Guadalcanal, actualmente en la provincia de Sevilla. De ahí el topónimo español de la isla (REY, 2005).

Conforma un lugar estratégico en el camino de expansión japonés que se produjo entre 1941 y 1942 en los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico. Las fuerzas niponas ocuparon las islas en mayo de 1942 con la idea, ya mencionada, de construir una pista de aterrizaje para las misiones bombardeo sobre Australia y conseguir así su conquista. Por ello, los estadounidenses, conocedores de los planes nipones por los mensajes interceptados y tras la inyección de moral que supuso la victoria en Midway (junio de 1942), decidieron llevar la iniciativa y atacar el primer enclave japonés asaltado por tropas de infantería estadounidense sin demora.

Tras un primer desembarco anfibio se desarrollaron durante los meses de la campaña tres importantes batallas en tierra, cinco grandes batallas navales, combates aéreos casi diarios y la decisiva batalla final naval de Guadalcanal a comienzos de noviembre de 1942 que terminó por hacer desistir a los japoneses de llevar a cabo su plan. Los nipones trataron sin éxito de desembarcar tropas para capturar el campo de aviación, que desde entonces se llama Campo Henderson. 60.000 estadounidenses lucharon contra 36.000 nipones, 67 barcos de guerra se hundieron, los japoneses perdieron 31.000 hombres y los

⁵⁰⁷ Este empleo, a día de hoy, sería el de general de brigada de la especialidad fundamental de infantería o del cuerpo de infantería de marina.

estadounidenses 7.000. Al final, en diciembre de 1942, las fuerzas del país del sol naciente abandonaron los esfuerzos para retomar Guadalcanal y el 7 de febrero de 1943 los japoneses evacuaron la isla (ARTOLA, 2019).

Resultados comentados

La primera fase se denomina Años de la Guerra (1941-1945). Durante este tiempo los hitos más destacados son la llamada a la guerra total realizada por Roosevelt y su involucración final tras años de no querer saber nada de los acontecimientos que se estaban produciendo en Europa, la transformación de la economía en una economía de guerra y, en el mundo cultural, la pervivencia del Código de conducta Hays que determinó la forma en que la contienda fue llevada al cine. un cine que, huelga decirlo, se convirtió en un arma más a través de la oficina de propaganda u Office of War Information aunque las grandes compañías de Hollywood también ayudaron a que sus producciones sirvieran de motivación bélica.

La primera película que trata la campaña de Guadalcanal fue *Around the Word* (1943), un musical de Allan Dwan en el que se muestran a los grupos de coristas que acuden a la primera línea a entretener a las tropas. Un grupo de coristas hace un tour en las zonas de conflicto para arengar y subir la moral de las masas. Las críticas fueron moderadamente optimistas.

A continuación, se estrenó *Guadalcanal* (*Guadalcanal Diary*, 1943), de Lewsi Seiler de una adaptación de una novela de Richard Tregaskis. Se trata de una cinta muy conocida que ha servido de inspiración para

otras películas y disciplinas artísticas, se centra en la vida personal de los involucrados en la batalla mientras que un corresponsal de guerra nos guía a través de los preparativos, el desembarco y la campaña inicial en la isla o la historia de un grupo de asalto preparados para desembarcar en Guadalcanal. En la trama, uno de los soldados americanos se hace el muerto para acribillar a balazos a unos soldados japoneses, para posteriormente decirles: "Esto es lo que me has enseñado, Tojo!" (LÓPEZ, 2019).

Guadalcanal Diary fue la primera película en la que se menciona abiertamente la campaña, que solo había ocurrido un año antes. Cuenta con el atractivo de tener entre su elenco con Anthony Quinn y se estrenó en Estados Unidos el 27 de octubre de 1943. La cinta cuenta con imágenes reales de las operaciones que se habían realizado tan solo diez meses antes. Muchos de los infantes de marina que aparecen en la narración son "extras" de la propia batalla en la que participaron.

Un año después se estrenó Aprendiendo a Morir (Marine Raiders, 1944), dirigida por Harold D. Schuster y distribuida por la RKO. Un comandante de Marines recluta e instruye nuevos combatientes para que ayuden a su capitán a luchar en Guadalcanal. Protagonizada por Burt Lancaster y Virginia Mayo, dos estrellas de la gran pantalla con gran gancho entre el público.

En el año en que se lanzaron las bombas de Hiroshima y Nagasaki se estrenó El orgullo de los Marines (Pride of the Marines, 1945), dirigida por Delmer Daves y basada en una novela de Roger Butterfield. Cuenta la historia de Al Schmid, un héroe de guerra que se ha quedado ciego en la guerra tras la explosión de una granada. Vuelve a casa con

su futura mujer y empieza un periodo de adaptación a la nueva vida civil. También el elenco se eligió para atraer las miradas del público en la cartelera. Cuenta con John Garfield y Eleanor Parker entre sus protagonistas.

En la etapa del presidente Truman (1945-1953) se incluyen todas las películas rodadas y estrenadas entre el primer día tras la finalización de la guerra en el Pacífico y el 20 de enero del 1953 en que Truman cesa en su cargo como presidente. Se hace aquí una división temporal al constituir una etapa de influencia con la Doctrina Truman, el Plan Marshall y la Guerra de Corea como hitos importantes. Pereira denomina a esta fase “Fase 1: 1947/1948-1950/1953: Conflicto tipo: La Guerra de Corea” (PEREIRA, 1989) utilizándola nosotros en toda su amplitud.

La primera de ellas es *Infierno en las nubes* (*Flying Leathernecks*, 1951), del productor Howard Hughes, el mismo que de *Sands of Iwo Jima* y con John Wayne como principal artista. El comandante Kirby lidera el escuadrón “*The Wildcats*” durante la batalla de Guadalcanal. La crítica no la puso mal. La describió como otro ejemplo de heroicidad aérea en tiempos de guerra. Howard Thompson en *The New York Times* dijo de ella que "mientras permanezca en el aire, *Flying Leathernecks* es algo emocionante de ver" (1951).

Hughes tomó la decisión de filmar la película en Technicolor, utilizando imágenes de combate real en color. Comenzó a rodarse en noviembre de 1950 en las bases Camp Pendelton y El Toro Marine Corps y luego se trasladó a los RKO-Pathé Studios en febrero de 1951 para las secuencias de sonido. Los aviones de combate que aparecen en

la primera parte de la película no son los Grumman F4F que usaban los reales “Wildcats”, sino que usaron Grumman F6F de las unidades de entrenamiento de la base de El Toro. Los F4F no continuaron en el servicio después de la guerra, mientras que un número apreciable de Hellcats estaba disponible en 1951, por lo que fueron pintados de blanco e hicieron las veces de Mitsubishi A6M Zero.

Durante la filmación el encargado de las escenas de batallas aéreas, Paul Mantz, y su equipo de fotografía fueron heridos en una detonación anticipada de dinamita mientras grababan un ataque a baja altitud. La plataforma de la cámara B-25 sufrió graves daños, pero Mantz logró llevar a cabo con éxito un aterrizaje de emergencia a pesar de sus heridas.

El papel del comandante Kirby se inspiró en un verdadero as volador de la Segunda Guerra Mundial, el mayor John L. Smith, y sus misiones sobre Guadalcanal en 1942. Smith fue galardonado con la Medalla de Honor en 1943 y más tarde promovido a teniente coronel, al igual que Kirby en la película.

La cinta *Hasta el último hombre* (*Halls of Montezuma*, 1951), dirigida por Lewis Milestone, fue la siguiente en ser estrenada sobre la campaña de Guadalcanal. Trata de unos Marines que son enviados a hacer un reconocimiento contra el reloj para encontrar una base de cohetes japonesa. La trama les va siguiendo desde la playa hasta a través de la jungla infestada de enemigos mientras su líder se transforma en un veterano de guerra y su escuadrón se convierte en una unidad de lucha cerrada.

Mientras tanto, Huracán de emociones (South Sea Woman, 1953) cuenta la historia del sargento Jim O'Hearn que se enfrenta a grandes penas en un juicio militar pero rechaza ser ayudado en su defensa sobre una serie de acontecimientos acaecidos en Guadalcanal.

En la etapa de Eisenhower a los misiles cubanos (1953-1962) se incluyen todas las películas rodadas y estrenadas entre el primer día tras la llegada de Eisenhower a la Casa Blanca y octubre de 1962 con la crisis de los misiles en Cuba. Se hace aquí una división temporal al constituir una etapa de influencia con la administración de Eisenhower con su doctrina de reforzamiento de la Guerra Fría, la llegada de Nikita Jrushchov a la secretaría del PCUS, la desestalinización de la URSS, la crisis de Berlín y los misiles cubanos como hitos importantes. Pereira denomina a este periodo "Fase 2: 1953-1962: Conflicto tipo: Los misiles cubanos" (PEREIRA, 1989) también siendo coincidente con nuestra parcelación del tiempo.

Rivera del heroísmo (Beachhead, 1954) cuenta la historia de una patrulla de Marines, liderada por Tony Curtis, que son enviados a rescatar a un espía aliado y su hija que son rehenes de los japoneses en Guadalcanal.

Más allá de las lágrimas (Battle Cry, 1955) también habla de los grandes héroes de la campaña de Guadalcanal, que fueron los Marines. En este caso se trata de una película bélica y romántica dirigida por el veterano Raoul Walsh adaptación de Leon Uris de su propia novela.

En esta época de aumento de la tensión entre los dos bloques de la Guerra Fría, Hollywood prefirió entretener a la audiencia con gestas del pasado en clave de novela romántica. Así, Los héroes también lloran

(The Proud and Profane, 1956) vuelve a ser un romance entre una viuda católica y un teniente coronel que lucha en Guadalcanal. Cuenta con en el reparto con William Holden y Deborah Kerr.

El que pocos años después se convertiría en el presidente de Estados Unidos Ronald Reagan, iba a protagonizar en su momento Tarawa Beachhead (1958), aunque al final fue sustituido por Kerwin Mathews. En ella, un sargento de los Marines es testigo de cómo un capitán mata a uno de sus hombres durante la campaña de Guadalcanal. Aunque calla al principio, luego va viendo las oscuras razones de ese asesinato.

Este bloque se complementa con Los tigres del mar (The Gallant Hours, 1960) semidocumental que dramatiza cinco semanas de la vida del vicealmirante William F. "Bull" Halsey Jr. desde su asignación al mando de las operaciones navales en el sur del Pacífico hasta la victoria aliada en Guadalcanal.

En la etapa de los misiles cubanos a la caída de Saigón (1962-1975) se incluyen todas las películas rodadas y estrenadas entre octubre de 1962 tras la resolución de la crisis de los misiles de Cuba hasta la caída de Saigón, el 30 de abril de 1975. Se hace aquí una división temporal al constituir una etapa de influencia con la llegada de los demócratas Kennedy y Johnson a la Casa Blanca (Kennedy fue proclamado presidente en 1961 y asesinado en 1963), la carrera espacial, la posterior distensión con la *coexistencia pacífica*, la llegada de Nixon a la presidencia estadounidense y de Henry Kissinger a la Secretaría de Estado, la continuación de la distensión entre los bloques, la primavera de Praga de 1968, la guerra de Vietnam o la crisis del petróleo como hitos importantes. En este caso la etapa sugerida por Pereira se

corresponde con la “Fase 3: 1962-1973/1975: Conflicto tipo: La Guerra de Vietnam” (PEREIRA, 1989).

Numerosas y variadas son las películas de esta etapa, etapa en la que sigue habiendo un interés de Hollywood por explotar al producto John Wayne pero en donde aparecen los primeros atisbos de crítica y de humanización del enemigo. Se celebran los Juegos Olímpicos de Tokio de 1964, que son la culminación de la reconciliación entre Japón y el mundo y la imagen de los nipones ha de ser más humana.

La primera en la lista es la famosa *The Thin Red Line* (1964) que fue hecha mucho más conocida tras el “remake” de 1998. Es la primera versión sobre la novela de James Jones que se desarrolla en Guadalcanal y que se centra en el subjetivismo del soldado por encima de la épica. Las dudas sobre las guerras en general que estallaron con las voces en contra de Vietnam están presentes en esta película. La línea argumentativa está basada en la historia de un soldado que ha de robar una pistola instado por su sargento en Guadalcanal.

Línea de fuego (*First to Fight*, 1967), sigue un estilo similar, ya que también se centra en la angustia del soldado. El sargento de Marines Jack Connell regresa a casa del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial para instruir a los reclutas, pero termina pidiendo una vuelta a primera línea de batalla.

En las etapas descritas por Pereira (1989) existe una que va desde el rebrote de la tensión a la Guerra de las Galaxias. (1975-1989). Y esto es hablar, sobre todo, de Reagan. Se incluyen todas las películas rodadas y estrenadas entre la presidencia de Ford hasta que Ronald Reagan dejara la Casa Blanca en enero de 1989. Se hace aquí una

división temporal al constituir una etapa de influencia con el fin de la distensión provocada por la revolución iraní y la invasión soviética de Afganistán y la llegada de Reagan a la Casa Blanca con el diseño de su *Guerra de las Galaxias*. En la obra de Pereira esta etapa se denomina “Fase 4: 1973-1988/1989: Conflicto tipo: La Guerra de Afganistán” (PEREIRA, 1989).

Pero en este caso no hay ninguna película que trate el conflicto en la campaña de Guadalcanal que fuera rodada durante estos años. Al igual que es determinante la influencia del entorno cuando se estrenan películas, también el hecho de que ninguna productora de Hollywood apostara por estrenar ninguna historia sobre este hecho histórico en estos años es ilustrativo.

Y la última etapa es la Tras la caída del muro (1989-). Se incluyen todas las películas rodadas y estrenadas entre la llegada de George H. W. Bush a la presidencia de Estados Unidos hasta la desintegración oficial de la URSS el 25 de diciembre de 1991. Se hace aquí una división temporal al constituir una etapa de influencia con la caída del Muro de Berlín y el colapso de la URSS que supondría el fin de la Guerra Fría. Esta etapa no está contemplada por Pereira en su división, pero en nuestro caso sí se ha considerado oportuno incluirla al considerarse diferente a la anterior y suponer el final del Bloque soviético y de la Guerra Fría.

La única película que se rodó sobre la campaña de Guadalcanal durante estos años fue *La delgada línea roja* (Thin Red Line, 1998), de Terrence Malick. Como ya se ha dicho, es la segunda adaptación de la

novela autobiográfica de James Jones de 1962, en este caso con Jim Caviezel, Sean Penn y Nick Nolte entre un amplio plantel de artistas.

Está considerada como una de las mejores películas bélicas de todos los tiempos a pesar de que en un tramo importante de todo el metraje lo importante no es la batalla, ni la situación de infierno físico y psicológico al que los japoneses y las duras condiciones climáticas de Guadalcanal someten a los soldados, sino la angustia de los soldados y su lucha interior para hacer desaparecer sus fantasmas personales.

La fotografía de John Toll, la banda sonora de Hans Zimmer y la obsesión de Malick por mostrar en forma de documental el entorno de Guadalcanal con todo detalle de la flora y fauna de la jungla para incluirla en el metraje le dota de un aura diferente al de cualquier otro proyecto. Si acaso el resultado final, ayudado por la introspección del narrador omnisciente de la voz en off, es en verdad un ejercicio de reflexión filosófica acerca del Ser Humano, del soldado, de la familia, del hogar y de la batalla.

La película dura dos horas y cuarenta minutos y el resultado es una historia coral sobre los hombres que luchan en la guerra, sin centrarse en exceso en un personaje en concreto y teniendo diferentes duelos. (LÓPEZ, 2019). Fue estrenada en el mismo momento en que Spielberg llenó las pantallas del mundo con su aclamada *Salvar al soldado Ryan* y supuso la vuelta en serio de la guerra a la gran pantalla después de muchos años de incursiones en otro tipo de conflictos

Conclusiones

Una vez vistos todos los tramos de tiempo y comentadas sus películas es hora de concretar las conclusiones a las que nos ha llevado su análisis.

En primer lugar, se ha visto que, efectivamente, el contexto político, económico, cultural y social de Estados Unidos es determinante a la hora de explicar el número de películas producidas, el tratamiento del tema, la intencionalidad y la interpretación histórica en cada etapa. Solo el número de producciones sobre la campaña de Guadalcanal ya nos indica las intenciones de usar las batallas como marco para lanzar mayores o menores mensajes sobre la posición de Estados Unidos en la mente del espectador o si lo importante es el hecho de la guerra por encima de la individualidad humana. En este sentido, como se ha visto, se da el caso hasta de una misma historia que es rodada dos veces en dos tiempos diferentes y que enfocan el caso desde perspectivas diferentes.

También como se ha podido entrever, nada es improvisado en el cine histórico y menos aún si detrás está Hollywood. Ya sea por razones comerciales que hagan ganar taquilla poniendo a los actores y actrices famosos del momento en el papel de héroes de la guerra como con la intención de mostrar en la pantalla el sentir de una sociedad civil, la influencia del entorno ha sido determinante a la hora de recrear un hecho histórico que ocurrió de forma aséptica, pero que ha sido representado con alguna intención. En este caso el fondo elegido ha sido una hégira en la colectividad estadounidense, la prueba de fuego de los Marines en combate que les ha granjeado desde entonces ese halo de

épica que aún siguen conservando cada vez que se les menciona y que consiguieron, entre otros lugares, en las selvas de la isla de Guadalcanal.

Bibliografía

- ARTOLA, R. (2019): *La segunda guerra mundial*. Alianza Editorial, Madrid.
- CANNADY, S. (2002): *Librarian of Congress Adds 25 Films to National Film Registry*. Library of Congress. Office of Communications. Washington, D.C.
- CARDOSO, C. F. (2000): «Análisis Semiótico de Películas: Un Método Para Historiadores», en BARROS GUIMERANS, C. (coord.): *Historia a debate: actas del II Congreso Internacional "Historia a Debate", celebrado del 14 al 18 de julio de 1999 en Santiago de Compostela*. (Vol. 2), p. 31.
- CRIPPS. T. (1993): *Making Movies Black: The Hollywood Message Movie from World War II to the Civil Rights Era*, Oxford University Press, Oxford.
- DARAGH O'REILLY, F. K. (2013): *A view to a brand: introducing the film brandscape*, *European Journal of Marketing*, Vol. 47 Issue: 5/6, pp.769-789.
- DEL RÍO, P. y FUERTES, M. (2004): «¡Cámara!, ¡ Acción! Un análisis de la confrontación de la tipología industrial y la tipología dramática en el proceso de construcción de la realidad por el cine», *Cultura y educación*, 16 (1-2), pp. 203-222.
- DÍAZ, D. B. (2011): «La deshumanización en la guerra. La visión cinematográfica del ejército japonés de la II Guerra Mundial, Desde " Batán"(1943) hasta " The Pacific"(2010)», *Revista de la*

Inquisición:(intolerancia y derechos humanos), 15, pp. 119-150.

FUJITANI, T. (2001): «Go for Broke, the Movie: Japanese American Soldiers in U.S. National, Military, and Racial Discourses», en FUJITANI, T. (ed.): *Perilous Memories: The Asia-Pacific War(s)*. Duke University Press.

GIRONA, R. (2009): «La Razón frente a la imposición en las estrategias didáctico-propagandísticas del ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial:" Why We Fight" de Frank Capra como ejemplo», *Historia y comunicación social*, vol. 14, pp. 271-284.

KOPPES, G. D. (1990): *Hollywood Goes to War: How Politics, Profits and Propaganda Shaped World War II Movies*, University of California Press, California.

LEE, E. L. (1998): *World War Two in Asia and the Pacific and the War's Aftermath*. Greenwood Press, Greenwood.

LÓPEZ, I. (17 de abril de 2019): ¡Borrados de la faz de la tierra!: La imagen de los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Todo sobre mi cine bélico. [en línea] <http://todosobremicinebelico.blogspot.com/2019/04/borrados-de-la-faz-de-la-tierra-la.html>

LÓPEZ, I. (20 de mayo de 2019): La IIGM en el cine (X): "La delgada línea roja" (Terrence Malick, 1998) [en línea] <http://todosobremicinebelico.blogspot.com/2019/05/la-iigm-en-el-cine-x-la-delgada-linea.html>

- LUBAR, S. (2007): «Exhibiting memories. *Journal of Museums and Their Communities*» Routledge, Londres.
- MONINA, M. (16 de noviembre de 2019): Abel Ferrara: “De lo que trata el cine es de descubrir algún tipo de verdad”. [En línea] <https://elpais.com/cultura/2019/11/15/actualidad/1573831854409575.html>
- NAOTO, S. (2003): *Nanyo Colonialism/Postcolonialism: A Comparative Literary and Cultural Study on Representations of the Pacific in Japanese and English Language*, University of Wollongong, Wollongong.
- KONZETT, D. (2004): «War and Orientalism in Hollywood Combat Film», *Quarterly Review of Film and Video*, 21(4), pp. 327-338.
- PEREIRA, J. C. (1989) *Historia y presente de la Guerra Fría*. Madrid: Istmo.
- POLLARD, T. (2002): «The Hollywood war machine», *New Political Science*, 24(1), pp. 121-139.
- REICHERT, R. (2014): «La transcripción del manuscrito de fray Ignacio Muñoz sobre el proyecto de manutención y extensión de la fe católica en las Islas Marianas, y del descubrimiento y la conquista de las Islas Salomón, siglo XVII», *Estudios de historia novohispana*, 51, pp. 133-163.
- REY, J. C. (2005): «Percepción de las figuras de Mendaña y Quirós en las islas Salomón y Vanuatu. Tradición oral de las expediciones», *Revista Española*, 18, pp. 43-54.
- RICO, J. (2018): *The Best and Worst War Movies About Pacific Theater in World War II*. LiveAbout.

- SOUZA, É. C. D. (2015): «La idea de multiperspectividad en el aprendizaje histórico: una investigación a partir de películas sobre el nazismo», *Clio & asociados*, 20, pp. 84-96.
- THOMPSON, W. (1951): The New York Times. New Drama of War in the Air. Sept. 20, 1951
- WESTWELL, G. (2006): *War cinema: Hollywood on the front line* (Vol. 32), Wallflower Press. Wallflower.
- YOSHIMOTO, H. (1994): *Media treatment of World War II in Japan and the United States, 1931-1945: a propaganda theory approach*. Master's Theses. 817.

**TRES BATALLAS ESPEJO DEL TRÁNSITO A LA
CONTEMPORANEIDAD: ESPINOSA DE LOS MONTEROS,
LUCHANA Y SOMORROSTRO**

**THREE MIRROR BATTLES OF THE TRANSITION TO
THE CONTEMPORARY: ESPINOSA DE LOS MONTEROS,
LUCHANA AND SOMORROSTRO**

José Ángel Lecanda

Universidad de Deusto

Resumen:

Si hay dos fenómenos capaces de definir la contemporaneidad en términos de cambio histórico éstos son, sin duda, el triunfo del liberalismo y el proceso de Industrialización. Tanto es así que su aparición suele acompañarse del calificativo de “revolución”; ahora bien, deberíamos precisar algo más este último término, ya que éste no parece responder tanto a una súbita y radical aparición (salvo en las revoluciones norteamericana y francesa), como al profundo impacto transformador que ambos procesos tuvieron. En el caso español se trató de una larga transición en la que revolución industrial siempre fue a remolque de la política, promotora de los necesarios cambios a medida que iba triunfando militarmente. Transición tan costosamente alcanzada -y solo por vía militar-, que parece poco conveniente utilizar ese concepto para definirla. El proceso se inició con la Guerra de la Convención (1793-1795) y no puede darse por finalizado, por lo menos, hasta después de la II Guerra Carlista (1872-1876), habiéndose jalonando el lapso entre ambas con una serie de conflictos bélicos, pronunciamientos y alteraciones violentas que no fueron más que distintas caras del mismo combate entre liberalismo y Antiguo Régimen. Nuestro trabajo estudia tres batallas relevantes, incluso las dos últimas, en nuestra opinión, decisivas; pues si bien no pusieron el punto final a sus respectivas guerras sí marcaron el punto de inflexión en ambas y, sobre todo, por mostrar, pese a su parecido estratégico –

levantar el sitio de Bilbao- cuanto habían cambiado entre una y otra los ejércitos y la forma y medios de hacer la guerra lo que significa, en última instancia, el mundo, pues si “*a través del estudio del ejército (...) se puede aspirar a hacer Historia Total*” (Losada, 2005: p. 22), estas batallas muestran como la modernidad cedió ante el imparable empuje de la contemporaneidad.

Palabras clave:

Espinosa de los Monteros, Luchana, Somorrostro.

Abstract:

If there are two phenomena capable of defining contemporaneity in terms of historical change, these are, without a doubt, the triumph of liberalism and the process of Industrialization. So much so that its appearance is usually accompanied by the label of "revolution"; However, we should clarify this last term a little more, since it does not seem to respond so much to a sudden and radical appearance (except in the American and French revolutions), as to the profound transformative impact that both processes had. In the Spanish case, it was a long transition in which the industrial revolution was always in tow with politics, promoting the necessary changes as it was triumphing militarily. Transition so costly achieved - and only by military means - that it seems inappropriate to use that concept to define it. The process began with the War of the Convention (1793-1795) and cannot be terminated, at least, until after the Second Carlist War (1872-1876), having marked the gap between the two with a series of conflicts warlike, violent pronouncements and alterations that were not more than different faces of the same combat between liberalism and Old Regime. Our work studies three relevant battles, including the last two, in our opinion, decisive; because although they did not put an end to their respective wars they did mark the turning point in both and, above all, to show, despite their strategic similarity - lifting the siege of Bilbao - how much the armies and the way and means of making war, which ultimately means the world, because if "through the study of the army

(...) one can aspire to make Total History" (Losada, 2005: p. 22), these battles show how modernity yielded to the unstoppable push of contemporary times.

Key words:

Espinosa de los Monteros, Luchana, Somorrostro.

Introducción

Si hay dos fenómenos sociales capaces de definir la contemporaneidad en términos de cambio histórico éstos son el triunfo del liberalismo burgués y el proceso de industrialización. Tanto es así que su aparición suele calificarse de “revolución”; ahora bien, debe precisarse algo más este último término ya que no parece responder, en ninguno de los dos casos, tanto a una súbita y radical aparición como al profundo impacto transformador que ambos procesos tuvieron en las estructuras sociales, económicas y políticas de las sociedades que la experimentaron⁵⁰⁸.

Analizando el caso español, cabe insistir en que ninguno fue revolucionario en términos de rapidez; por su larga duración, fueron una larga transición de ritmos desacompañados donde la revolución industrial siempre fue a remolque de la política, verdadera promotora de los necesarios cambios, aunque tuviera que hacerlo paso a paso y en la medida que el liberalismo iba triunfando militarmente, arrancando

⁵⁰⁸ Aun así, CASTELLS y MOLINER (2000, p. 9) mantienen que “en España hubo una ruptura violenta, y desde abajo, con el Antiguo Régimen, cuya crisis, a pesar de acontecer en un periodo más dilatado de tiempo, ofrece rasgos específicos, pero más cercanos incluso a la Francia revolucionaria de 1789 que a los de la Alemania o Italia decimonónicas”.

tímidamente después de la I Guerra Carlista y despegando definitivamente con el final de la última⁵⁰⁹ (TORTELLA, 1994, p.4) Se demuestra de forma paradigmática su interrelación al comprobar que ésta cuajó en las áreas de mayor resistencia a las innovaciones, Cataluña y País Vasco (CAMERON, 2016, p. 309-310), porque allí fue donde generaron, permitieron o facilitaron la necesaria acumulación inicial de capital para el despegue de las modernas industrias capitalistas (ARENAS, 2018, p.13).

El liberalismo burgués fue el verdadero motor de la transición, aunque tan teñida de sangre, tan costosamente alcanzada -solo por vía militar-, que puede aceptarse el término de revolución. En términos históricos, el proceso se inició con la Guerra de la Convención (1793-1795) y no puede darse por finalizado hasta después de la II Guerra Carlista (1872-1876), habiéndose jalonando el lapso entre ambas de una serie de conflictos que, aunque con distinto nombre (Guerra de la Independencia, guerras de liberación latinoamericanas, carlistas, cantonales, pronunciamientos, levantamientos y un largo sin fin de alteraciones violentas), no fueron más que ese largo combate entre liberalismo y Antiguo Régimen⁵¹⁰.

⁵⁰⁹ Entre los cuatro argumentos que utiliza Ian MORRIS (2017, p. 21) para explicar su tesis de que la guerra es beneficiosa para la humanidad utiliza, en tercer lugar, el de que ha contribuido a “que disfrutemos de una mayor riqueza. La paz creó las condiciones necesarias para el crecimiento económico y el desarrollo del nivel de vida”.

⁵¹⁰ CASTELLS y MOLINER (2000, p. 7), señalando las dificultades que tiene el acotar cronológicamente un proceso de transformación estructural, proponen un periodo entre fines del siglo XVIII y los años cuarenta del XIX; es decir entre el reinado de Carlos IV -en el que el Antiguo Régimen ya estaba en crisis- y el triunfo del liberalismo oligárquico que explica la configuración del nuevo estado post-revolucionario.

En este sentido, la bibliografía de Historia Militar española no suele hablar de grandes o decisivas batallas para las desarrolladas en España en el siglo XIX, a excepción de las coloniales, iniciales (Ayacucho) o finales (Santiago de Cuba), pero ninguna peninsular (LOSADA, 2005, p.32-33). Ciertamente cabría preguntarse que es una gran batalla, ¿La que demuestra el genio de un estratega? ¿La que moviliza a miles de hombres y medios? ¿La que destruye completamente al ejército enemigo? ¿La que concluye una guerra? En nuestra opinión las hubo, ya que “algunas han sido decisivas en su formación como estado” (ídem., p. 26) y resulta claro que algunas de las decimonónicas sirvieron para la conformación y triunfo del estado liberal español y de un nuevo modelo económico y social, que se realizó “a tiros” (ARENAS, 2018, p. 111). Puede que ninguno de estos enfrentamientos haya producido grandes batallas en términos cuantitativos, pero desde luego lo fueron desde un punto de vista cualitativo⁵¹¹.

Este trabajo aborda tres batallas que deben ser tenidas por relevantes; incluso las dos últimas, en nuestra opinión, por decisivas, pues si bien no pusieron el punto final a sus respectivas guerras sí marcaron el punto de inflexión en ambas, mostrando las verdaderas posibilidades de cada contendiente, exigiendo la movilización de grandes recursos militares, poniendo a su frente a sus mejores generales y, sobre todo, por mostrar, pese a su parecido estratégico –levantar el sitio de Bilbao–, cuanto habían cambiado entre una y otra los ejércitos y la forma y medios de hacer la guerra, lo que significa, en última instancia, España. No en

⁵¹¹ CASTELLS y MOLINER (2000, p. 10), “la revolución liberal-burguesa es un proceso desde el estado”.

vano “la historia de los ejércitos es también el estudio de las relaciones sociales, de la economía, de la política (...) la evolución de la ciencia y de la tecnología (...)” (LOSADA, 2005, p.22); la guerra es el mecanismo de cambio social más rápido (BOUTHOL, 1971, p.6). Estas batallas muestran como la modernidad cedía, en todos los sentidos, ante el imparabable empuje de la contemporaneidad.

De la modernidad a la contemporaneidad

Liberalismo y revoluciones liberal

Tres factores parece que pueden explicar las causas de la revolución liberal en España. Por un lado, el empeño reformista de la Ilustración dieciochesca que, aunque frustrada en la ejecución práctica durante el reinado de Carlos IV, dotó de cierta base social y, sobre todo, ideológica al movimiento⁵¹². Por otro, la repentina y necesaria toma del poder por parte de la burguesía y grupos reformistas durante la invasión francesa, auto arrogándose la soberanía nacional y declarándose ciudadanos, no súbditos. Este acto y la subsiguiente actuación durante la Guerra de la Independencia (1808-1814) fue el primer y verdadero acto revolucionario, aunque para su triunfo la revolución tuviera que prolongarse hasta 1868 (ARTOLA, 2010, p. 81). Y el tercer factor fue, sin duda, las consecuencias de la difusión de las ideas liberales en las colonias americanas, que encendieron la mecha en 1810 de un proceso

⁵¹² “Esta posible sociedad de notables fracasó en sus planteamientos reformistas, como pretendía Jovellanos, y se vio alterada por la irrupción del liberalismo desde 1808. Fue entonces cuando el bagaje de ideas surgidas en el contexto de la Ilustración se mostró operativo para resolver la situación de crisis que produjo la quiebra de las instituciones del Antiguo Régimen” CASTELLS y MOLINER, 2000, p.10.

imparable hacia la independencia⁵¹³ provocando una fuerte crisis económica por dos causas. Por un lado, el paralizar la incipiente recuperación que la obsoleta estructura económica española había iniciado en el XVIII (TORTELLA, 1994, p. 23) y ahora muy dañada por los gastos generados por la Guerra de la Independencia (ídem., p. 20). Por otro, la pérdida de los metales preciosos, materias primas y mercados que supuso una verdadera pérdida de calidad de vida para el campesinado, la mayor parte de la población⁵¹⁴, para el incipiente proletariado y para la burguesía, básicamente comercial y ahora sin mercados. Cuando la burguesía necesitó cambiar las reglas de juego y transformar la estructura económica del país –buscando la creación de un mercado nacional- se hizo revolucionaria, pero el conflicto que causó produjo la reacción del campesinado que, perdiendo en uno y otro caso, solo quería recobrar su secular forma de vida. “Así apareció el clima de guerra civil que impregnó la sociedad española durante más de un siglo y donde se enfrentaron lo partidarios de la modernización de la estructuras económicas y políticas, y los de la tradición” (LOSADA, 2005, p. 365-367).

De la revolución soterrada durante la lucha conjunta contra el invasor se pasará, tras el triunfo y la expulsión del Rey José I, a la guerra civil. Larga por su secuencia sincopada y las aparentes pausas, pero

⁵¹³ Este primer y generalizado proceso terminará con la derrota española en Ayacucho, el 9 de diciembre de 1825. A partir de ese momento solo quedarán en el continente americano Cuba y Puerto Rico.

⁵¹⁴ Que en 1900 seguía siendo mayoritario (TORTELLA, 1994, p. 37)

continúa a partir del regreso de Fernando VII en 1814 y la reimplantación del absolutismo⁵¹⁵.

La revolución política se inicia con la Constitución de 1812, pero la reforma de la sociedad será más lenta, discreta y paulatina. Porque si “la labor legislativa de las Cortes gaditanas, en pleno ejercicio de la soberanía, suponía la condenación y desaparición del viejo orden social. Para evitarlo alzaron los privilegiados un partido, el absolutista, cuyo único programa consistía en la restauración de la amenazada estructura social” (ARTOLA 2010, p. 136-137). La primera será el símbolo, pero la segunda implicaba una lucha entre dos concepciones antagónicas de la sociedad (ídem. p. 107) que no se cerrará hasta 1868, cuando la nueva sociedad clasista se ha impuesto en todos los órdenes y comienza a verse amenazada por nuevos proyectos reformistas de los que no podían sacar ya ninguna ventaja. España vive en permanente guerra civil hasta la Restauración (TORTELLA 1994, p. 24).

De la revolución industrial al nacimiento del capitalismo

El nexo guerra-industrialización-capitalismo-estado aparece claro en la historia europea del siglo XIX⁵¹⁶. Las acerías Krupp del Ruhr o las industrias Mauser de Obendorf están indisolublemente unidas al nacimiento y desarrollo de la nación alemana, obtenida en gran medida

⁵¹⁵ “a lo largo de las diversas etapas de la revolución liberal, lo que se observa es una progresiva radicalización de un sector de las élites y una cada vez más amplia participación de la población, incluidos los grupos populares”, CASTELLS y MOLINER, 2000, p. 10.

⁵¹⁶ Ejemplo: la primera cadena de montaje industrial se estableció en la producción de fusiles durante las guerras napoleónicas (COMÍN 2015, p. 224).

por vía militar gracias a la fabricación de armamento en masa (CAYUELA, 2000, p. 184).

Las diferencias observadas en los ejércitos y batallas deben verse como consecuencia de las transformaciones económicas y sociales experimentadas a lo largo del siglo. Y, paradójicamente, fueron los conflictos –su resolución general favorable al liberalismo- los que permitieron desarrollar los cambios estructurales necesarios para confirmar un nuevo estado, una nueva economía y una nueva sociedad. Por eso a veces no resulta fácil su relación causal.

El siglo XVIII español había sido un siglo de cierto progreso y recuperación tras la crisis del XVII. La población creció y con ella los indicadores económicos gracias al aumento de la producción agrícola por roturación de nuevas tierras, la difusión de mejoras técnicas o la incorporación de nuevos cultivos, como el maíz. Subieron los precios agrícolas y con ellos los beneficios y rentas, lo que facilitó la adopción de otras mejoras a la luz de los planteamientos fisiocráticos.

También mejoró el sector comercial exterior gracias al intercambio con las colonias de ultramar, incrementado por las medidas liberalizadoras del comercio que, desde 1715, se pusieron en marcha aboliendo el monopolio sevillano, finiquitado con el decreto de libre comercio de 1778. También las mejoras de las comunicaciones interiores, terrestres, facilitaron la ampliación de mercados para una incipiente industria hasta ahora restringida a mercados locales.

Pero todas estas promesas se vieron truncadas por los desastres de la etapa napoleónica. Eso fue común a toda Europa, pero España, una vez finalizado el episodio, entró en un marasmo de inestabilidad política,

guerras civiles y regresión económica. Actuación decepcionante que contrasta con la de sus vecinos que, a distintos ritmos y con distintas fórmulas, se industrializaron y crecieron de manera decisiva en el siglo XIX. No pueden buscarse excusas: “el atraso de España es, por así decirlo, cosa suya” (TORTELLA, 1982, 2-3).

En este sentido, no puede minusvalorarse el impacto que el estado permanente de conflicto supuso. Obviamente por sus consecuencias materiales, pero también desde el punto de vista de la política económica porque, hay que señalar, la industrialización requirió del triunfo liberal. Por ejemplo, la tradicional industria siderúrgica vasca de las ferrerías quedó fuera de juego como consecuencia de la primera guerra carlista. La producción de hierro se multiplicó por cinco entre 1855 y 1870 pero la industria del acero solo arrancó definitivamente con la Restauración (TORTELLA, 1994, p. 77-78).

Y en paralelo debe trazarse la historia de la minería. Actividad tradicional limitada en su desarrollo tanto por la falta de inversión, tecnología o demanda interna como por una legislación regalista (1825). La legislación posterior a 1868 incrementó su papel económico (TORTELLA, 1994, p. 84). Así, a partir de 1871 se crearán al menos veinte grandes sociedades anónimas de capital extranjero, pero hubo que esperar al final de la segunda guerra carlista y a subsiguiente la abolición del régimen foral, muy restrictivo en ese sentido, para lograr la explotación intensiva de las ricas minas de Somorrostro y favorecer con ello una acumulación de capital capaz de generar la industrialización de Vizcaya (ídem, p. 86-87 y 90).

No menos ejemplarizante es el caso del desarrollo de los ferrocarriles, otro de los elementos clave de la industrialización, pues hasta 1855, con un gobierno del partido progresista, no se dispuso de una ley que favoreciera su desarrollo (ídem, p. 106-107).

Aparentemente, en lo único que el liberalismo español no fue liberal fue en su postura respecto librecambismo. Tal vez por el atraso industrial en relación a las potencias europeas, tal vez por lo débil de esa industrialización recién nacida, en 1869 se fijó una política arancelaria proteccionista que se amplió y fortaleció en tiempos de la Restauración (ídem, p.119-121). Pero el final del siglo fue un siglo proteccionista en toda Europa, como consecuencia de apogeo de políticas imperiales en competencia.

La batalla como ontología

La historia militar permite adentrarse en el estudio del estado, de las clases sociales y modos de producción, en la historia de la ciencia y la tecnología, de la economía y de diversos aspectos culturales como las ideologías o la religión (HOWARD, 1983, p. 9-10). Siendo así, los aspectos militares, desde su organización a las acciones bélicas, se constituyen en ontología del pasado.

Una realidad material: hombres, equipamiento y medios

La guerra es una cuestión social, no particular y como tal refleja las capacidades materiales de una formación social determinada. En este sentido, la economía y la tecnología aplicadas a la guerra marcan la diferencia y el estilo de guerra (Mc NEIL, 1988, cap. 6 y 7).

Durante las campañas napoleónicas y las dos primeras terceras partes del siglo XIX las armas de fuego personal son principalmente los mosquetones de avancarga y con <llaves de rastrillo> de pedernal. Los cañones, de bronce, aunque cada vez mas de hierro, se cargan de igual manera con bolas de hierro fundido (ALFARO, 1983, p. 100). En realidad, se han producido pocos avances tecnológicos aplicados a las armas de fuego desde finales del siglo XVI, siendo la mejoría más cuestión de multiplicación del número que de innovación.

La transformación económica y tecnológica que se produce en gran parte de Europa al adentrarse en la contemporaneidad con la revolución industrial (TORTELLA, 1994, p. 1) también se refleja en el material militar, pues las armas se perfeccionan con inusitada rapidez⁵¹⁷. En el mosquete y la pistola la llave de sílex se sustituye por el percutor de pistón a partir de 1840, y a ello se unirá el rallado interior de su cañón, la carga por la recámara y el empleo de pólvoras mejoradas (ALFARO, 1983, p. 130), lo que supuso una mejora sustantiva en la potencia, rapidez y precisión.

Por su parte, el crecimiento demográfico⁵¹⁸, consecuencia del crecimiento económico, también posibilitó disponer de mayor número de hombres en los ejércitos⁵¹⁹. La suma de ambos factores tuvo a medio

⁵¹⁷ “La tecnología y la ciencia eran ahora decisivas para el éxito en el campo de batalla”, PARKER 2010, p. 229

⁵¹⁸ En el caso español lento respecto a otros países europeos, solo del 61,7% en el siglo XIX (TORTELLA, 1994, p. 28-29).

⁵¹⁹ En la G. Independencia se movilizó 250.000 hombres en seis años; al final de la I G. Carlista Espartero disponía de casi 265.000 y en la segunda los remplazos llamados a filas aumentaron ese número (PUELL DE LA VILLA, 2015, p. 149). Para ver la evolución general véase COMÍN 2015, p. 226-228.

plazo un resultado devastador: la capacidad destructiva aumentó y el número de víctimas se multiplicó exponencialmente. El nexo industria-crecimiento-ejército estaba consolidado.

La revolución industrial cambió el concepto y el arte de la guerra: primero la convirtió en un negocio en sí mismo; en segundo lugar, la convirtió en un acelerador tecnológico sin precedentes y, en tercer lugar, se mostró como el verdadero factor estratégico decisivo (CAYUELA, 2000, p. 180).

Estos rasgos de contemporaneidad se esbozan en el periodo napoleónico y se consolidan tras él. Veremos entonces ejércitos de reclutamiento y organización en cuerpos de 30 o 40.000 mil hombres, con batallas donde se superan, entre ambos bandos, los cien mil hombres. Considérese el gasto en armas, equipos, vestimenta, intendencia, transporte, etc que ello suponía y, coherentemente, también la necesidad de una moderna industria capaz de producir en masa ese tipo de bienes. El vínculo entre industria de la guerra y desarrollo industrial es evidente. Además, ese desarrollo industrial necesita, a su vez, de instituciones financieras capitalistas para hacer posible su desarrollo. Y el de la industria del transporte, porque cada vez es mayor distancia de los frentes y por la necesidad de controlar el mar para la creación de los imperios coloniales. De este modo el acero y sus aleaciones industriales se convirtieron en el elemento clave para la fabricación de cañones, fusiles, barcos, etc. Su extracción, transporte, fundición y empleo siderúrgico fueron motores del desarrollo industrial, financiero, tecnológico y económico en general.

Algunos ejemplos resultan evidentes. Hasta mediados del siglo XIX, el armamento, el mosquete con bayoneta, apenas había sido mejorado respecto al del siglo XVIII. La única excepción, tal vez, fue la reforma de la artillería por parte de Napoleón, adoptando el < sistema Gribeauval > y normalizando la producción de piezas, municiones y transportes, convirtiéndola en la más moderna y efectiva de Europa (HOWARD 1983, p. 114. CHARTRAND 2003, p. 3-14). Pero en la segunda mitad del siglo XIX el desarrollo de la industria siderúrgica permitirá hacer tubos rayados de acero dotando de mayor resistencia a la pieza⁵²⁰, además de facilitar su producción en serie. Con todo, el mayor avance vendrá de la posibilidad de abrir el cañón por su parte trasera para permitir la carga de un proyectil compacto, encapsulando el explosivo y la metralla o bala, y dotado de espoleta de contacto. Con estas mejoras la artillería de campaña alcanzará distancias de hasta 10 km.

Por su parte los rifles, con su cañón de ánima rayada, cada vez más presentes, los hace efectivos a más del doble de distancia que los viejos mosquetones, alcanzado pronto los mil metros. Permitían al tirador cargar y disparar a cubierto y tan rápido como para evitar que en el intervalo de tiro y carga el enemigo pudiera avanzar. Y los cartuchos metálicos, aunque existían desde 1860, extenderán uso a partir del conflicto franco-alemán (CAYUELA 2000, p. 184). El fusil Mauser de repetición salió al mercado en 1871.

⁵²⁰ El rayado del ánima mejora la precisión, pero acorta la vida de los cañones de bronce.

Frente a este aumento de rapidez, alcance, potencia y precisión de tiro, bien del cañón, bien del fusil, se hace necesario desarrollar nuevas formas de protección y defensa de la infantería, empezando por cambiar la dieciochesca táctica de disponer los ejércitos en orden de batalla en línea, ahora blanco perfecto para las nuevas armas de fuego, y el avance progresivo hasta llegar al cuerpo a cuerpo en campo abierto. Únase a ello el empleo de una cada vez mayor proporción de proyectiles explosivos, para lo que tampoco son de utilidad los parapetos ni los gaviones. Nace la defensa activa de posiciones y líneas de combate mediante trincheras excavadas en el suelo⁵²¹.

Ya se emplearon en la Guerra de Sucesión americana (1861-1865) pero, a fuer de sinceros, la bibliografía adjudica su éxito al diseño de un campo atrincherado como línea de combate por el coronel carlista José Garín en la Batalla de Somorrostro (1874), pasando a las guerras del primer cuarto del siglo XX con ese nombre <trinchera carlista o de Somorrostro> (PORRO, 2016, p. 36).

Hasta mediados del XIX las batallas eran breves, de uno o dos días, porque los ejércitos eran pequeños e incapaces de mantenerse por mucho tiempo (PUELL DE LA VILLA, 2015, p. 130-131). Además, se concentraban en un campo de batalla y el área de daños colaterales era limitada⁵²² (HOWARD, 1983, p. 177). Pero los ejércitos

⁵²¹ Las trincheras ya se abrían con anterioridad, desde el siglo XVII, para facilitar el asalto y toma de ciudades y fortalezas abaluartadas. El mismo Vauban, el arquitecto estrella de este tipo de fortificaciones, diseñó las trincheras como fórmula para su expugnación (ENCEL, 2002, p. 69- 73).

⁵²² En la Edad Moderna las dimensiones del campo de batalla estaban entre 3 y 10 km; en la primera contemporaneidad se pasó a áreas de 10 a 30 km. (LOSADA, 2010, p. 10)

revolucionarios, masivos, divididos en cuerpos de ejército por amplios territorios y buscando no la toma de una ciudad sino la derrota total del enemigo⁵²³, empezaron a suponer un nuevo planteamiento de las batallas, que pronto ya no consistirían en romper la formación enemiga y ganar el campo sino en arruinar o hacer morir de hambre al adversario (HOWARD, 1983, p. 164). Además, el desarrollo de las armas de fuego hacia suicida un ataque frontal y en línea. A partir de 1870 aparece entre el atacante y defensor la <tierra de nadie>, grande, mortal, casi imposible de cruzar. Pero la mayoría de los ejércitos del mundo seguían aún apegados a las propuestas (y recursos) napoleónico-clausewitzianas.

Del ejército real al ejército nacional

Como no puede ser de otra forma, ante el cambio social el ejército también cambió en su concepción, sentido y valores. España se encontraba dividida ante dos posiciones sociales antagónicas e incompatibles y cada una de ellas optó por defender sus postulados con las armas. Liberales y absolutistas, entendieron que ese procedimiento violento era una técnica perfecta en la lucha por el poder (ARTOLA, 2010, p. 143). La guerra civil iniciada en Cádiz era un juego de suma cero.

⁵²³ La batalla de Austerlitz (2-XII-1805) por ejemplo, de 9 horas, se planteó en términos de “todo o nada”. Napoleón dispuso 75.000 franceses en una línea de 8 km contra 90.000 austriacos y rusos; el primero perdió 8.000 hombres, mientras que de la coalición murieron o fueron heridos 15.000 y 30.000 fueron capturados (ENCEL, 2002, p. 195-201). Y las bajas fueron en aumento: en Wagram Napoleón perdió 30.000 hombres; en Borodino 30.000 y en Waterloo 25.000 (HOWARD, 1983, p. 155).

Esa violencia fratricida secular no respondía a una especial idiosincrasia de los españoles, era producto de los nuevos tiempos e ideologías, pues si de la mano del liberalismo ilustrado había nacido en concepto de ciudadano y de soberanía, de la mano del romanticismo surgió con fuerza el concepto de patria y nación. Ambos configuraron nuevas identidades colectivas y nuevos valores morales que en su sublimación llevaron a asumir su defensa como una obligación personal y hasta la muerte. Ya no se luchaba por un rey o una dinastía, ya no era cuestión de fidelidades personales ni de relaciones contractuales. Ahora el cambio ideológico conllevaba la <conciencia nacional>, el orgullo de una patria soberana compartida y la defensa de intereses personales amparados en los principios de libertad e igualdad; la guerra <democratizó> sus causas y consecuencias (ARTOLA, 2015, p. 17. HOWARD, 1983, p. 158. LOSADA, 2005, p. 368-369. PARKER, 2019, p. 195, 201). Así comenzó a convertirse en algo <total>, en un conflicto no entre ejércitos sino entre pueblos o naciones⁵²⁴ (HOWARD, 1983, p. 168). A finales del siglo, todas las potencias europeas consideraban que el éxito militar dependía, fundamentalmente, del volumen de fuerzas armadas que pudieran enviar a los frentes de batalla (IDEM, p. 178) y de su capacidad material para desarrollar una <guerra total>, basada en la unión de la técnica, el desarrollo científico y la violencia de la sociedad (PAVONE, 1999, p. 255).

⁵²⁴ Para más desarrollo sobre la transformación del ejército en nacional, ver PUELL DE LA VILLA, 2015, p. 129-182.

La mejor manifestación de esa democratización fue la sistematización de la leva general. La idea nació de la Convención francesa, en 1793 (PARKER, 2010, p. 202), como respuesta al ataque de las monarquías absolutistas europeas. Mediante decreto se estableció un sistema de reclutamiento general y obligatorio para todo ciudadano francés. La igualdad conllevaba la leva en masa y la guerra implicaría desde entonces a todos los recursos de la nación. Otra manifestación de ese nuevo espíritu ciudadano y de sus implicaciones en el terreno militar fueron las Milicias Nacionales⁵²⁵.

Es verdad que después de 1815 muchos países intentaron volver al patrón miliar del XVIII, es decir, a ejércitos profesionales separados de la sociedad civil. Algunos países lo lograron (Rusia, Austria) pero en Prusia y en Francia, por ejemplo, resultó imposible volver atrás (HOWARD, 1983, p.169-170). En España el debate entre voluntarios, reclutamiento por quintas o servicio militar obligatorio estuvo en debate durante prácticamente todo el siglo XIX (PUELL DE LA VILLA, 2015, p. 129-130). La verdadera transformación de ejército español en ejército nacional se produjo en la década de 1840, tras las reformas iniciadas por Narváez (ídem, p. 150-167).

El nuevo arte de la guerra

Todos estos cambios que iban jalonando el paso del Antiguo Régimen al estado liberal tuvieron reflejo en la configuración de los ejércitos y en su actuación en los campos de batalla. Durante el Antiguo

⁵²⁵ En España creadas el 25 de marzo de 1820, al inicio del Trienio Liberal.

Régimen los ejércitos reales, costeados y dirigidos por el rey, eran profesionalizados, caros de mantener y, por ello, pequeños (HOWARD, 1983, p. 102-103). Mejor o peor equipados según momentos, eran un instrumento de la política que había permitido domesticar la violencia en beneficio del estado, de la monarquía (ídem., p.112), y que era mejor no utilizar demasiado. Su misión fundamental era la defensa o toma de plazas y la búsqueda, tras cortos periodos de operaciones bélicas, de tratados y negociaciones de paz en el tablero de las relaciones internacionales westfalianas (VALLADARES, 1999, p. 170). Los oficiales, que lo eran por su pedigrí aristocrático, procuraban no dañarse. El rey, no gastar demasiado ni arriesgarse a una derrota. Los soldados profesionales, volver pronto a la tranquilidad de sus acuartelamientos. El súbdito, no tener que soportar más la guerra a través de los impuestos. Eran <guerra de reyes> (COMÍN, 2015, p. 222. HOWARD, 1983, p. 130-134). No se luchaba por amor a la patria, ni por defender la vida y los bienes de las personas, sino para servir al monarca y sus intereses, más allá de razones materiales objetivas (VALLADARES, 1999, p. 165-166). Por ello los soldados eran profesionales, su servicio, lealtad y eficacia dependía de la paga (ídem., p. 171).

Ahora todo cambia: soldados comprometidos y convencidos, voluntarios, oficiales por méritos y formación, armas más potentes, eficaces y producidas en serie, mejores transportes, la nación entera en juego y apostando... Ya no es suficiente tomar una plaza, porque hay otra dispuesta a resistir. Ahora hay que ganar o morir, destruir

completamente al enemigo. Es la estrategia de la <guerra total>⁵²⁶, la herencia de las guerras revolucionarias (LOSADA, 2005, p. 369. PARKER, 2010, p.202-203) que Napoleón aplicó y, pronto, también sus enemigos (ENCEL, 2002, p.86)⁵²⁷. Napoleón no se basó tanto en armas nuevas como en una nueva concepción de la guerra como expresión de la política de Estado. Y si el estado modifica su naturaleza, la guerra también ha de hacerlo (HOWARD, 1983, p. 139). En Valmy terminaban las guerras de los reyes y empezaban las de los pueblos. A partir de ahora ningún régimen vencido puede sobrevivir a la derrota en la guerra total (PAVONE, 1999, 261).

La disponibilidad de recursos humanos obligó a Napoleón a reorganizar los ejércitos franceses, creando cuerpos de ejército⁵²⁸ y planas mayores. Su arma fundamental seguirá siendo la infantería, pero con tácticas de combate que buscaban batallas cortas y victorias definitivas basándose más en el <choque> que en el <fuego> gracias a una infantería ligera o de <rifleros>, aunque sin renunciar a una moderna artillería ni a una caballería convertida en fuerza de choque (HOWARD, 193, p. 140. PARKER, 2010, p. 206-208)

⁵²⁶ Característica de la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia del desarrollo del nacionalismo y la disponibilidad de mayores recursos humanos, militares y económicos (COMÍN, 2016, p. 224).

⁵²⁷ Como Carl von Clausewitz; prusiano, vencido y capturado en Auerstadt. Teórico militar, encargado de reformar el ejército prusiano y conocido por su teoría de la guerra como continuación la política, fue el verdadero creador del concepto de “guerra total” (ENCEL, 2002, p. 100-107. PARKER, 2010, p. 11).

⁵²⁸ Grandes formaciones autosuficientes que se trasladan en diversas columnas para facilitar el abastecimiento, la rapidez y eficacia. Podían enfrentarse a ejércitos mayores hasta que llegaran las otras unidades o tener un objetivo común y converger en un punto de concentración.

Desde que a mediados del siglo XVII se dotara a los infantes de fusil y bayoneta, la infantería se disponía en el campo de batalla en grupos de tres líneas que van avanzando lentamente mientras descargan sucesivamente sus fusiles y lo cargan los más rápidamente posible para volver disparar antes de enfrentarse a la bayoneta, es <l'ordre mince>. El éxito se basaba en la cadencia de fuego. El soldado debe permanecer siempre de pie, de lo contrario no podría cargar el fusil, pero el riesgo de ser alcanzado es pequeño pues las armas son de corto alcance (poco más de 100 metros) y escasa afinación en la puntería. Solo la artillera y caballería –que parece resurgir ahora, dada la lentitud el proceso de carga de fusil y su escaso alcance- parecen constituir un peligro para ellos al ser capaces de romper la línea⁵²⁹. Pero en el siglo XIX la infantería adopta nuevas formaciones tácticas, como el <cuadro>, para poder rechazar las cargas de caballería⁵³⁰, lo que implicará para ésta su progresiva pérdida de protagonismo. Además, en torno al 1850, los fusiles⁵³¹ tienen ya un alcance de 400 metros y su potencia es capaz de atravesar a un soldado de la primera fila y matar al de la segunda, o frenar una carga de caballería a suficiente distancia como para hacerla poco

⁵²⁹ Gustavo Adolfo de Suecia, en el siglo XVII, transformó la caballería en una fuerza de choque al modificar la tradicional táctica francesa de *caracole* por la de *arme blanche* (HOWARD, 1983, p. 110).

⁵³⁰ Maniobra que con fusiles de pedernal permitía hacer fuego de forma sostenida mientras las bayonetas de primera línea frenan a los caballos (HOWARD, 183, p. 114).

⁵³¹ Evolución del mosquete al cambiar el pedernal por el de gatillo de percusión y preparado para disparar balas ojivales sobre cartucho de retrocarga, mucho más precisas que las esféricas y disparo más rápido y seguro. El primer fusil de retrocarga fue el de aguja de Dreyse (HOWARD, 1983, p. 12-183). Los fusiles de finales de siglo ya tenían un alcance de 900 metros y los cartuchos metálicos facilitaron la recarga y disparo más rápido (ídem., p. 184)

operativa. La artillería también aumenta su potencia y cadencia, ahondado en la necesidad de cambios tácticos. La formación en línea es peligrosa y poco operativa ante las crecientes matanzas. Napoleón ya había adoptado antes una nueva formación, las columnas o <l'ordre profunde> que, avanzando rápidamente por el campo de batalla, van en busca del choque directo con el enemigo (HOWARD, 1983, p. 140)⁵³². Y ese será el modelo a seguir.

Hasta ahora, la potencia de fuego de la artillería podía ser neutralizada mediante una rápida carga de caballería. El intervalo entre disparos era tan lento que una salida al galope en el momento justo podía lograrlo sin demasiadas bajas. Pero ahora, la infantería dotada con fusiles de anima rayada también podía atacar esas baterías dificultando mucho su servicio desde fuera de su alcance (GUERRERO, 2012, P. 52). Y los defensores de la batería con fusiles también repeler un ataque de la caballería, que perdió definitivamente el protagonismo cuando los cañones rayados y retrocargados tuvieron un alcance que superaba los 3.000 metros y disparaban obuses explosivos⁵³³.

⁵³² Formación consecuencia directa de las necesidades. Cuando la Convención tuvo que defenderse de las monarquías absolutas hubo pocas oportunidades de formar y disciplinar al ejército republicano; eran voluntarios que luchaban como hombres libres por su libertad y que, al grito de <à la baionnette!>, superaron la profesionalidad de sus enemigos con su ventaja numérica, ardor revolucionario y la nación volcada en el esfuerzo. En 1794 los ejércitos revolucionarios franceses contaban con un millón de hombres (HOWARD, 1983, p. 145-148).

⁵³³ En época napoleónica el alcance efectivo de los cañones de avancarga era de poco más de mil metros. Para el año 1866 todos los ejércitos europeos disponían de cañones ranurados de avancarga con alcances entre los 900 y los 2.740 metros. Y desde 1870 los cañones de acero y retrocarga prusianos Krupp dominaron los campos de batalla (HOWARD, 1983, p. 183).

Los principios de la guerra establecidos por las guerras revolucionarias quedaron desfasados en la segunda mitad de la centuria, mostrándose inoperantes ante otros condicionantes aun cuando las batallas todavía parecían, en general, combates de infantería y caballería básicamente. Las guerras revolucionarias y de las naciones se van convirtiendo poco a poco en guerras industriales.

La Guerra de Crimea (1854-55) y, sobre todo, en la Guerra de Secesión norteamericana (1861-65) fueron los resultados de la revolución industrial (COMÍN, 2015, p. 224-225. PARKER, 2010, p. 229 y 243), porque a las armas perfeccionadas, como el fusil de repetición (Winchester, 1855) o la artillería de retrocarga, se añadieron nuevos elementos como el empleo del ferrocarril, el telégrafo, los barcos acorazados o el alambre de espino, productos del desarrollo tecnológico e industrial. Pero fundamentalmente supuso un cambio estratégico: ahora se trataba de una guerra total, de la destrucción no solo del ejército enemigo sino de sus estructuras productivas, de ganar la guerra mediante el desgaste económico y demográfico. Por eso los daños ahora se extienden ahora incluso a las poblaciones y los civiles. Vencer batallas era solo una ilusión, extenuar al enemigo una victoria⁵³⁴ (CAYUELA, 2000, p. 183). Una victoria cada vez más cara (COMÍN, 2015, p. 234-250).

⁵³⁴ Jan S. Bloch predijo, en 1888, que una gran guerra en el futuro, con grandes matanzas en el frente y la necesaria inversión tecno-militar, supondrían una presión creciente sobre los recursos del enemigo que llevaría a la victoria por agotamiento (GUERRERO, 2012, p. 53).

Batallas de Espinosa de los Monteros (1808-Nov-10 y 11), Luchana (1836-Dic-24) y Somorrostro (1874-febrero, marzo y abril): cambios en el arte de la guerra.

*La Batalla de Espinosa de los Monteros*⁵³⁵

La batalla de Espinosa de los Monteros (Burgos) se produce en el contexto del intento del propio Napoleón de revertir la situación tras la derrota de Bailén y terminar lo empezado. Tras las maniobras necesarias en Europa que le liberaron de otras preocupaciones (Austria, Rusia), el 3 de noviembre de 1808 llega a Bayona para ponerse al frente de un nuevo ejército compuesto por algunas de sus mejores tropas. Mientras tanto, en Madrid, militares y diputados discutían, sin ponerse de acuerdo, sobre la futura forma de estado y, lo que ahora era más importante, sobre la necesidad de un mando único en el ejército español. Al no alcanzarse acuerdo el ejército de cada región continuará luchando cada uno por su lado.

Ahora se trataba de realizar una operación conjunta entre el Ejército de Galicia mandado por el general Blake y el del Conde de Montijo, que nadaba las divisiones valencianas y aragonesas; objetivo, hacer pinza sobre la ruta de Vitoria, la salida de Jose I. Blake llegó a Reinosa tras haber reunido 32.000 hombres, fundamentalmente gallegos y asturianos, con 150 de caballería y 32 piezas de artillería. El 14 de octubre se le ordena tomar Bilbao y envolver al enemigo –concentrado en Miranda de Ebro- por la izquierda. Para ello, 17 de octubre establece

⁵³⁵ Además de las fuentes archivísticas, se dispone de abundante bibliográfica y una obra concreta sobre esta batalla, la de BARQUÍN, SAMPERIO y REVUELTA (2016).

su cuartel general en Villarcayo distribuyendo sus tres divisiones por la zona porque las tropas tienen que repartirse por la región para controlar los movimientos franceses y, sobretodo, subsistir sobre el terreno. El 24 de octubre sale hacia Bilbao, que había sido ocupada por los franceses el 16 de agosto, tomada por Blake el 20 de septiembre y perdida definitivamente el 11 de octubre. Recuperada la plaza, hasta el 31 de octubre sostuvo una serie de ataques y contraataques en Vizcaya (Amorebieta, Valmaseda) con el general francés Merlin y los mariscales Víctor y Lefebvre, que finalmente le obligan a retirarse hasta llegar a Espinosa de los Monteros el 9 de noviembre (URCELAY, 2008, p. 50-51). Un pueblo en el norte de Burgos con una situación estratégica, pues desde allí parten caminos a Santander, Laredo, Bilbao, Burgos o Reinosa.

Perseguido de cerca por las tropas de Victor y Lefebvre, y habiendo recibido refuerzos asturianos de Acebedo y Quirós, Blake decidió entablar batalla con 23.000 hombres y seis cañones. El 9 de noviembre Espinosa se encuentra prácticamente vacía cuando llegan las maltrechas tropas españolas con las francesas pisándoles los talones; por ello toman posiciones a las afueras de la villa cortando con su línea la carretera de acceso que viene de El Cabrio por Montecillo y Quintana de los Prados. La línea nace en la derecha en la que desde entonces se llama Loma del Ataque, el centro –con la artillería– se sitúa sobre la misma carretera y la izquierda alcanza hasta el alto de Peñucas. A la una del mediodía del día 10 se ve aparecer a la vanguardia napoleónica, la división de Villatte, que sin esperar ordena atacar la loma, que toma hasta que Blake envía refuerzos y la recupera. Mientras, en el otro extremo, en

Peñucas, Acebedo y los asturianos lanzan un contra-ataque sin éxito. La jornada ha logrado contener la acometida, se echa la noche, se mantienen las posiciones y se vivaquea en el campo de batalla. Los españoles han perdido a dos generales –Conde de San Román y Riquelme- y saben que llegan más tropas francesas. Blake solicita el refuerzo de los 2.500 hombre del Marqués de Malaespina que están en la cercana Medina de Pomar. No llegarán porque un encontronazo a mitad de camino con un destacamento francés les hace retroceder. Si llega, sin embargo, el grueso del ejército francés.

Éste, al día siguiente, en vez de un impetuoso ataque ejecuta una maniobra más planificada. Con las primeras luces del día 11 y protegidos por la niebla avanzan tiradores a la ladera de Peñucas y adelantan su línea por este sector. Cuando a las siete de la mañana Acebedo reinicia su ataque se encuentra con los franceses a media ladera. Quirós, Acebedo y Valdés, los mandos, caen heridos o muertos y el flanco izquierdo se desmorona provocando la rotura de toda la línea y el inicio de una desbandada. Porque mientras tanto Villatte está atacando el centro español y Raffín hace o propio contra la derecha. Para las 10 de la mañana el ejército de Blake ha desaparecido. Los asturianos huyen hacia el puerto de Estacas de Trueba, que tienen a su espalda, el resto hacia Reinosa, colapsando en el único puente del que dispone la villa para salir en aquella dirección, donde se abandonan cañones, carros, víveres, municiones... llegaron solo 12.000 hombres y sin artillería. Víctor no pudo perseguirlos por falta de caballería, pero si

poco después el mariscal Soult⁵³⁶, obligándole a retirarse hasta León (ARTOLA, 2015, p.59-60. GATES, 1987, pp.97-102. URCELAY, 2008, pp. 53-54).

*La batalla de Luchana*⁵³⁷

Luchana es un topónimo que se extiende a ambos lados de la ría de Bilbao; en la margen derecha corresponde al municipio de Erandio, en la izquierda, al de Baracaldo. En ambos casos se corresponde con el límite del territorio de cada municipio con el Bilbao y, además, ambos se establecen en sendos cauces fluviales, mayor el de la margen izquierda (Cadagua) que el de la izquierda (Asúa). Esos dos ríos fueron las líneas de defensa de las tropas carlistas durante el sitio de Bilbao en la Primera Guerra Carlista a fin de evitar el levantamiento del mismo por las tropas cristinas.

Ninguna de las dos líneas tenía defensas fortificadas – arquitectónicas- previamente. Bilbao, después de sus murallas medievales, derribadas hacía ya tiempo, nunca las tuvo⁵³⁸. Ni los

⁵³⁶ Que, en la Batalla de Gamonal, a la entrada de Burgos, el mismo día 10, había desbaratado las divisiones de Belvedere (2.500 muertos y heridos, 1.000 prisioneros y pérdida de toda la artillería) dejando expedito a Napoleón el camino hacia Madrid.

⁵³⁷ Además de la documentación de archivo, existen fuentes bibliográficas casi coetáneas y fácil consulta ya que existen diversas ediciones, como la de Antonio PIRALA (*Historia de la guerra civil y de los partidos Liberal y Carlista* (Madrid, 1853-56) o la de Sotero de GOICOECHEA: *Reseña histórica del tercero para siempre memorable sitio y атаque contra Bilbao* (Bilbao, 183).

⁵³⁸ Eso ocurrió en otras muchas ciudades, incluso en la capital del reino, Madrid (MORAL, 2005, p. 323). Cuando la Real Providencia de 17 de septiembre de 1836 ordenó la fortificación de diversas capitales de provincia, Madrid quedó ausente, de modo que la capital tuvo que improvisar unas débiles defensas ante la llegada de la Expedición Real (MORAL, 2005, p. 314). Sólo tras la retirada de ésta se presentaron verdaderos proyectos de fortificación por los ingenieros Amat y Luis Balaurat (ídem., p. 321). En el <Botxo>, la situación era la misma.

carlistas pudieron construir otras para sitiar la villa que no fueran parapetos, gaviones o la fortificación de algunos edificios.

El alzamiento carlista de 1833 fue conducido inicialmente por algunos antiguos oficiales del ejército de la Guerra de la Independencia y más aún líderes guerrilleros URQUIJO, 2015, p. 265 y 268-70). A base de ir agrupando partidas pequeñas bajo la dirección de Zumalacárregui pudieron sumar un número importante de batallones de infantería en esta primera fase de la guerra (1833-35), unos 35, a los que habría que sumar alguna fuerza de caballería y una muy modesta, anticuada y desigual artillería. Pero ejército, de momento, solo había uno, el isabelino.

Tras el intento de sitiar Bilbao (del 10 al 24 de junio de 1835) fallido por la muerte de Zumalacárregui, se inicia la segunda etapa de la guerra (1836-37), caracterizada por las expediciones carlistas por el territorio peninsular (URQUIJO, 2015, p. 273-274) y por un nuevo intento de tomar la villa por el general Eguía, que vuelve sitiarla el 23 de octubre con 15 batallones y 17 cañones. La villa resiste; hay algunas tropas, Milicia Nacional⁵³⁹, voluntarios y, sobre todo, una artillería más moderna y efectiva. La batalla de Luchana (24 de diciembre de 1836), con la victoria del ejército isabelino dirigido por el general Espartero, liberó por segunda y definitiva vez la plaza (ídem, p. 278-279).

Los días previos a la batalla se habían hecho distintos intentos de romper el cerco, pero concentrado el ejército liberal en Portugalete, en

⁵³⁹ Fueron en muchos casos el verdadero núcleo defensor del liberalismo en las ciudades, tanto anímica como militarmente. Era, según MORAL, 2005, p. 317, “el cuerpo armado del progresismo más radical”.

la margen izquierda, donde había llegado Espartero por mar desde Santander⁵⁴⁰, su progresión por esa ribera resultaba muy difícil a causa de la necesidad de superar dos cauces fluviales y las defensas interpuestas por los carlistas en ambos, en Luchana-Baracaldo y en Castresana. Ya se habían realizado dos intentos, ambos frustrados. Y durante el primer sitio tampoco se logró pasar por este lado. Pero la decisión de marchar por la margen derecha tenía sus dificultades: no había camino de rodadura y los puentes sobre el Gobelás y el Asúa habían sido volados y el último estaba protegidos por batallones carlistas dispuestos en las laderas de los montes San José, Cabras y Banderas. Además, para hacerlo, había que cruzar las tropas desde Portugalete y ello significaba tener que construir un puente con diversas embarcaciones. Y se hizo; el 30 de noviembre estaba en Las Arenas gran parte de su ejército, por lo que anunció a la Bilbao su ataque para el día siguiente; sin embargo, razones meteorológicas⁵⁴¹ retrasaron la batalla.

Espartero decidió entonces intentarlo por la orilla izquierda, por Luchana, pero allí también estaba cortado el puente sobre el Cadagua. Aun así, proyectó construir un pontón sobre barcazas protegiendo a sus ingenieros con baterías situadas en las alturas de esa orilla para contrarrestar el fuego de los carlistas. Estaba obligado, el puente entre Portugalete y Las Arenas habían sido arruinado por un temporal y el grueso de sus fuerzas estaba en la margen izquierda. Así que inició de

⁵⁴⁰ Aunque la mayor parte de sus tropas estaban acampadas en Villarcayo (Burgos).

⁵⁴¹ Fuertes lluvias habían provocado que los afluentes de la ría bajaran con mucha agua haciendo imposible el vadeo.

nuevo la marcha el día 12 de diciembre, pero tuvo que volver sobre sus pasos y retirarse por tercera vez a Portugalete el día 15, donde el 17 llegaron tropas de refuerzo, víveres y municiones.

Espartero volvió cambiar de estrategia, planeando el ataque otra vez por la margen derecha. Construyó otro puente en Portugalete gracias a la ayuda de la armada inglesa, trasladó tropas, artillería y parte de la caballería a aquella orilla entre el 19 y 20 de diciembre, mientras una goleta y una cañonera distraían al enemigo bombardeando Luchana. El 22 la artillería isabelina ya estaba dispuesta frente al Asúa y el nuevo puente permitió el paso del grueso de las tropas. El 23, veinte cañoneras abrieron fuego contra Luchana. Todo estaba listo.

La batalla se desarrolló en la tormentosa tarde-noche del 24. Abrieron fuego las baterías sitas frente al Asúa y las dispuestas en la orilla izquierda; a las cuatro de la tarde embarcaron en esa orilla ocho compañías de cazadores para tratar de apoderarse del puente sobre el Asúa bajo la protección artillera. Logrado ese objetivo tendieron uno provisional, permitiendo que las tropas dispuestas en la margen derecha lo cruzaran y atacaran, al asalto, las laderas y fortines de Cabras, San José y Banderas. La resistencia se prolongó hasta las doce de la noche mientras la tormenta arreciaba. El ataque terminó a las cuatro de la mañana con la toma del último fortín, Banderas. Los carlistas abandonaron el campo a lo largo de la noche retirándose hacia Munguía y el camino a Bilbao quedó expedito, entrando Espartero en la villa el día 25.

La batalla y levantamiento del sitio pueden ser consideradas acciones decisivas de la guerra; ciertamente no concluyeron con ella,

pero supusieron un punto de inflexión indudable. Primero, porque terminó con la actitud dubitativa de María Cristina que, asustada por el Golpe de La Granja y el desbordamiento del régimen hacia los exaltados, había considerado la oferta de negociación y acuerdo con Carlos V para zanjar el conflicto dinástico (MORAL, 2005, p. 306). Segundo, porque tras la derrota de Luchana, el ejército del pretendiente necesitaba, por un lado, demostrar su potencia y, al mismo tiempo, evitar su completa aniquilación. Por eso la prometida negociación y la necesidad de un golpe de efecto provocaron la Expedición Real de 1837 (del 15 de mayo al 26 de octubre, con algo más de 10.000 infantes y 1.200 jinetes, el pretendiente, sus ministros y treinta generales) (MORAL, 2005, p. 307-308). Tercero, tras el fracaso y regreso de la expedición⁵⁴², la primera guerra carlista se introduce en una fase que “abría su postrer y definitivo final” (MORAL, 2005, p. 332).

*Batallas de Somorrostro*⁵⁴³

La revolución de 1868 posibilitó la conversión del carlismo en un partido político y llegó a tener 23 diputados en la Cortes para enfrentarse a la propia constitución (URQUIJO, 2015, p. 298). Pero el carlismo nunca entregó las armas definitivamente ni renunció a tomar

⁵⁴² El Pretendiente estuvo a las puertas de un Madrid prácticamente indefenso el 12 de septiembre de 1837, pero no atacó.

⁵⁴³ Al igual que para la primera, citamos algunas fuentes bibliográficas específicas. Antonio BREA: *Campaña del Norte, de 1873 a 1876* (Barcelona, 1897); NARRACIÓN *militar de la Guerra Carlista de 1869 a 1876* (Madrid, 1883-1889); Enrique ROLDÁN: *Un corresponsal en España. 50 crónicas de la Tercera Guerra carlista* (Madrid, 2009). Además, señalar que el campo de batalla ha sido prospectado arqueológicamente. Véase ARRATE, RUBIO y ASTORQUI, 2014.

el poder y restaurar la monarquía y el viejo orden. Y lo intento de nuevo mediante otra guerra civil.

Los antecedentes inmediatos de la segunda están en el convulso periodo que se inicia con la revolución de 1868 y que provoca la sucesión enloquecida de varios regímenes diferentes: un gobierno provisional (1868-71), una monarquía constitucional (Amadeo I, 1871-73), una república (la primera, 1873-74) y una dictadura militar (1874), todo ello consecuencia de las diferencias internas en el movimiento liberal.

En 1872 comenzó la Segunda Guerra Carlista⁵⁴⁴ con la sublevación de Dorregaray en el Maestrazgo y el levantamiento masivo de partidas carlistas en Vizcaya, Navarra y Cataluña, pero sin armas, derrotados y sin más apoyos, firmaron del Pacto de Amorebieta (24 de mayo de 1872), que aplazó el conflicto por algún tiempo⁵⁴⁵. Pero en 1873 el pretendiente, Carlos VII, que había rechazado el pacto, ya está instalado en su capital, Estella. Su gobierno fue capaz de mantener el dominio de un amplio territorio en el País Vasco y Navarra, pero las capitales siempre quedaron del lado liberal. Por eso, en esta nueva contienda, como en la anterior, Bilbao volvió a ser sitiada por los

⁵⁴⁴ La primera de 1833 a 1839; la segunda, en 1846, fue bastante limitada y solo destacable en Cataluña y Maestrazgo, bajo las órdenes de Cabrera, pero pretendiente, el Conde de Montemolin (Carlos VI), fracasó en su intento de desembarco en La Rápita con lo que concluyó el conflicto. Algunos no la consideran. Por ello, la tercera (1872-1874-1876), la que ahora nos ocupa, aparece en la bibliografía como segunda.

⁵⁴⁵ Aunque partidas guerrilleras sostuvieron algunos meses más el movimiento en Cataluña. Y en Guipúzcoa, el cura Santa Cruz llegó a levantar una partida de 1.000 guerrilleros para comienzos de 1873 (PARDO y EGAÑA, 2007, cap. I) siguiendo una estrategia diseñada para la sublevación comandada por Dorregaray (URQUIJO, 2015, p. 299-300).

absolutistas (PARDO y EGAÑA, 2007, cap. IV. URQUIJO, 2015, p. 303).

Bajo el mando del Marqués de Valdespina, fue bombardeada desde el 21 de febrero 1874 hasta el 21 de mayo de ese mismo (PORRO, 2016, p. 18-21). Ciertamente se trataba de una artillería improvisada, con escasa de munición, pocas piezas y anticuadas; su actuación no fue muy continuada ni de gran intensidad (ídem., p. 6) pero su efecto no puede minimizarse en sus resultados contra una población civil sitiada (ALZOLA, 1981, p. 35), ni tampoco sobre la economía local ya dañada por la guerra. Dado que los carlistas controlaban las dos riberas de la ría desde El Abra hasta la villa⁵⁴⁶, la actividad comercial disminuyó considerablemente. De los 2.413 barcos que arribaron a Bilbao en 1872, en 1874 solo lo hicieron 879 y ninguno durante los cuatro meses del año en los que los carlistas tuvieron cortada la ría. El despegue económico de la villa, que comenzaba a ser significativo, quedaba sesgado al poco de nacer (ídem., p. 42).

De la resistencia de las líneas de combate periféricas dependía en éxito del cerco sobre la villa. La situación era parecida a la de cuarenta años antes, incapacidad artillera para tomarla y necesidad de evitar que le llegaran refuerzos. Pero había algunas diferencias; ya no se esperaba poder tomarla al asalto, sino mediante su rendición, y la barrera contra los refuerzos se desplazaba más lejos. Por eso se produjeron tres

⁵⁴⁶ El 29 de diciembre de 1873 se cortó, con cadenas y cables de un ferrocarril aéreo de transporte de mineral, la ría a la altura de Olaveaga. Además, el día 12 de enero se entregó el destacamento liberal de Luchana (Baracaldo). También cayó Portugalete el 21 de enero. La ría era suya y se había conseguido como botín tres cañones, 1.000 fusiles y la fábrica de hierro de Desierto, que pronto se convertirá en maestranza de artillería (PORRO, 2016, p. 1).

batallas en Somorrostro, la de febrero, la de marzo y la definitiva de abril de 1874⁵⁴⁷, la única exitosa para el ejército de liberación, capitaneado por el general Manuel Gutiérrez de la Concha (ALZOLA, 1981, p. 57).

La defensa del sitio se planeó con el establecimiento de dos líneas defensivas en la margen izquierda del Nervión: la primera y más alejada en Somorrostro, la segunda en Castresana (PORRO, 2016, p. 2). Mendiriy diseñó la línea carlista de Somorrostro y el general Moriones planeó la liberación de Bilbao por esa orilla, puesto que su base logística estaba en Santander, puerto y estación ferroviaria que le permitía abastecer a su ejército teniendo, además, dos puertos e importantes plazas fuertes intermedias, Santoña y Castro Urdiales. La campaña de inició el 15 de febrero cuando salieron de esa última plaza los batallones de Barbastro, Puerto Rico y África con una batería de montaña y lograron superar los primeros encuentros con los carlistas en Saltacaballo y Ontón, liberando el camino hasta el valle de Somorrostro (PORRO, 2016, p. 24. URQUIJO, 2015, p. 303).

Para la primera batalla –Somorrostro- ambos ejércitos se dispusieron cara a cara en las laderas enfrentadas del valle separadas por el río Barbadún, que solo tenía un puente para salvarlo en San Juan de Somorrostro. Moriones dispuso un orden de batalla prácticamente en línea frente a las posiciones carlistas que, en vez de disponerse a la vieja usanza, en línea, estaban parapetadas a media ladera cortando la carretera hacia Portugalete y Bilbao. La táctica de Moriones fue doble,

⁵⁴⁷ Curiosamente casi en los mismos días de cada mes, 24 y 25 de febrero; 24 a 28 de marzo y 27 y 28 de abril.

primero tomar el puente y, a continuación, construir otro con pontones para facilitar, en un segundo movimiento, un ataque frontal contra el centro-derecha de las posiciones carlistas en las laderas del monte Montaña, batidas por la artillería liberal.

Nicolás Ollo, su defensor, dispuso doce batallones en la primera línea, tres en la segunda y otros cuatro entre esa y Bilbao, pero disponía de pocas municiones (PORRO, 2016, p. 25). Su centro se situaba entre Murrieta y el Monte Montaña (derecha). Moriones dispone de 26 batallones y 28 piezas de artillería, incluyendo cañones Krupp⁵⁴⁸, en su mayor parte emplazadas en el Monte Janeo, frente a Montaña, y La Rigada (frente a la izquierda carlista) (PORRO, 2016, p. 27).

El ataque comenzó el día 24 de febrero por la mañana con fuego artillero de campaña y de la escuadra sobre las baterías carlistas sitas en Montaña y la infantería atacando el puente de San Juan, que se tomó. Durante la noche los ingenieros tendieron otro en San Julián de Musquiz y, a media mañana del 25, Moriones ordenó el asalto a Montaña y a San Pedro de Abanto, pero fueron repelidos. A las cuatro de la tarde decidió la retirada a su cartel en La Rigada. Sus bajas fueron

⁵⁴⁸ Aunque desde 1868 se reglamentó la primera pieza de hierro y retrocarga (cañón para costa y plaza de 24 cm, modelo “francés”), no dio tiempo a construirlos para esta contienda; por ello será el Krupp de 8 cm, de campaña, también reglamentado en 1868, el primer cañón de retrocarga empleado en España (batalla de Alcolea) y también en esta guerra civil. Junto a éste se transformaron en retrocargados los antiguos cañones lisos de bronce de 13 cm, rayados en 1862, aunque fueron para plaza y sitio. Se emplearon en la defensa de Bilbao durante el sitio de 1874. También se utilizaron en esta contienda los cañones tipo Plasencia de 8 mm para baterías de montaña, construidos en acero. Fue la pieza que devolvió la superioridad al ejército liberal en el Norte en su enfrentamiento con los carlistas, equipados, sobre todo, con cañones Whitworth de 4,5 cm.

de 2.000 hombres por menos de 100 muertos carlistas. (ROLDÁN, 2002, p. 155. PORRO, 2016, p. 27-28).

Bilbao seguía sitiado. El ínterin entre esta y la segunda batalla – llamada de Abanto- fue de un mes, manteniéndose las líneas de cada bando en sus posiciones iniciales. El mando liberal pasó al general Serrano, Duque de la Torre. Ollo reorganizó la posición de sus batallones⁵⁴⁹, con unos 15.000 hombres y sin artillería, frente a 35.000 republicanos y 60 piezas de artillería (PORRO, 2016, p. 30).

En ese tiempo los carlistas, a la vista del daño que causaba la moderna artillería republicana sobre sus tradicionales defensas, diseñaron un nuevo sistema, que se atribuye al ingeniero-jefe José Garín: las trincheras⁵⁵⁰. Era una innovación y desde luego tuvo éxito, tanto frente a esta segunda acometida de Serrano como en el desarrollo de las futuras contiendas (ROLDÁN, 2002, p. 158).

La alternativa de un desembarco en Algorta y levantar del sitio de Bilbao por la margen derecha, como Espartero en 1836, se descartó, al igual que otras opciones por el valle de Carranza. Así que al amanecer del 25 de marzo la artillería de campaña y los cañones de ocho fragatas abrieron fuego contra esas trincheras mientras tres cuerpos de ejército, al mando de Letona, Loma y Primo de Ribera, atacaban Murrieta y San Pedro de Abanto, en el centro de la línea carlista y controlando la

⁵⁴⁹ 20 en primera y segunda línea.

⁵⁵⁰ Las tácticas napoleónicas y clausewitzianas eran poco partidarias de la fortificación defensiva en campaña porque se primaba el choque. Ahora las nuevas armas de fuego obligaban a reconsiderar este tema. Pero no había tradición más allá de la fortificación abaluartada o, excepcionalmente, líneas de contención como la Línea de Torres Vedras, que venía a reproducir su estructura pensada para frenar asaltos de infantería y soportar disparos directos de proyectiles no explosivos (FLETCHER, 2003).

carretera a Bilbao. Los primeros envites fueron relativamente fáciles, pero refuerzos carlistas cerraron la brecha. Primo de Rivera no avanzaba y Serrano solo alcanzaba La Cortes, mientras que Loma tuvo que atrincherarse en Las Carreras. Los combates se prolongarían el día 26, cuando Primo de Rivera tomó a la bayoneta Pucheta, pero eso fue todo y le costó la vida. El 27 los carlistas seguían repeliendo los ataques desde sus posiciones. Murrieta, destrozado por la artillería, cayó, pero sus defensores pasaron a la posición de San Pedro de Abanto –iglesia y recinto fortificado- y un batallón navarro de retaguardia frenó el avance republicano. Sin progresos y con miles de muertos⁵⁵¹, Serrano descartó insistir dejando el combate en tablas. El sistema defensivo de trincheras establecido por los carlistas resultó ser un campo atrincherado inexpugnable y un éxito frente a la potencia de fuego enemigo (PORRO, 2016, p. 34-36).

Ante el fracaso de las dos primeras acometidas, Elio –jefe carlista tras la muerte de Olo y Rada- pensó que la nueva ofensiva cambiaría de dirección, buscando flanquear sus líneas por la izquierda para alcanzar Bilbao a través de la carreta de Valmaseda desde Sodupe por Sodupe, en lugar de insistir en abrirse paso por el centro. En virtud de esa idea trasladó 11 batallones a distintos puntos estratégicos, dejando solo a Dorregaray en Somorrostro (PORRO, 2016, p. 37).

La tercera batalla –Las Muñecas, Galdames- comenzó el 27 de abril con el ataque del Marqués del Duero a Otañes, pueblecito cercano a Castro Urdiales en la ruta que conduce por Las Muñecas a Sodupe y

⁵⁵¹ Se estima que las bajas republicanas fueron unas 4.000 y las carlistas 2.000 (PORRO, 2016, p. 34).

Bilbao. Elío entonces se dio cuenta de su error, pero ya no puede evitar que caiga Otañes. Manda entonces tomar posiciones y reforzar Talledo y Las muñecas el día 28, donde se produce un nuevo ataque liberal con unos 15.000 hombres y 30 piezas de artillería. Con una proporción de 7 a 1 a su favor, la resistencia carlista es inútil y hasta el general Andechaga cae muerto y se produce una retirada hasta Sopuerta, de donde, reorganizados por Elío, pasarán a tomar posiciones en Gueñes. Mientras esto ocurría, en Somorrostro Serrano lanzaba una ofensiva de entretenimiento para que los legitimistas no pudiera acudir al auxilio de quienes combatían por el interior.

Durante el 29 y 30 de abril el general Concha se dedicó a realizar diversos movimientos estratégicos con objeto de confundir a Elío; en realidad el objetivo era cortar la larguísima línea carlista -de Somorrostro a Güeñes- por los montes de Galdames para forzar su capitulación (PORRO, 2016, p. 38-40). Y allí se produjo la última batalla. Ésta, como las anteriores, puso de relieve la impotencia del ejército carlista para enfrentarse al formidable ejército del estado, aunque para éste fuera cara la victoria⁵⁵² (ROLDÁN, 2002, p. 159-165).

Con Elío en retirada, Dorregaray tuvo que levantar también la línea de Somorrostro y repasar la ría de Bilbao. El general Gutiérrez Concha alcanzaba por la carretea de Valmaseda el monte Santa Águeda, sobre el puente de Castresana que da acceso a Bilbao, el día 1 de mayo (PORRO, 2016, p. 17) y el 2 entró en la villa con 20.000 hombres (ídem., p. 41. URQUIJO; 2015, p. 303).

⁵⁵² Se estiman entre 14 y 16.000 sus bajas totales.

Como en la primera guerra, las batallas de Somorrostro pueden considerarse decisivas porque, si bien no se derrotó definitivamente al ejército carlista ni se terminó con la guerra, si se inclinó decisivamente ésta a favor de la república y, luego, del Rey Alfonso XII. Martínez Campos y Jovellas acorralaron a Dorregaray en Cataluña, que quedó pacificada en 1875 tras la toma de Seo de Urgell, permitiendo que todo el ejército alfonsino se volcara en el norte. Con la nación unida (es decir, solucionados los distintos problemas entre las familias liberales⁵⁵³), el 6 de enero de 1876 Primo de Rivera entraba en Estella y dos días más tarde Carlos VII cruzaba la frontera de vuelta a Francia.

Principales cambios y diferencias entre batallas y ejércitos

Hombres y financiación, cuántos y cómo

El carlismo, en 1833, encontró enormes dificultades para afrontar una situación de guerra porque le resultó imposible configurar un estado. A pesar de que trató de construirlo desde la nada tomando como modelo las viejas instituciones de Fernando VII con una misión principal: la financiación de la guerra y del ejército (RAMOS, 2014, p. 618-619). Ni fue posible, en primer lugar, porque nunca logró ejercer un dominio pleno sobre el territorio, ni siquiera en las regiones donde tuvo mayor apoyo y consistencia, como el País Vasco o Navarra. En segundo lugar, porque la debilidad económica sobrevoló a este bando durante toda la contienda.

⁵⁵³ Desde los sucesos de La Granja de 1836 se había producido una gran fractura entre radicales y moderados. Ésta se irá complicando en los siguientes años, tanto por los pronunciamientos de unos y otros como por la aparición de otras familias y sensibilidades.

Esas dificultades financieras marcaron claramente la marcha de los acontecimientos. Por ejemplo, en la primera guerra, la falta de recursos y avales supuso para los carlistas la imposibilidad de obtener créditos en Londres, lo que llevó al intento de tomar la plaza de Bilbao (URQUIJO, 2015, p. 264 y 268) para ofrecerla como tal, dada su condición de centro comercial y puerto exportador de mineral. Frente a esta situación, el estado incrementó su gasto presupuestario militar de 72 a 277 millones de pesetas entre 1833 y 1839, aunque ello supusiera el 90% del gasto total y un importante endeudamiento para la hacienda, pero fue gracias a esa inyección financiera gestionada por Mendizabal como se empezó a ganar la guerra (COMÍN, 2015, p. 236)⁵⁵⁴.

Por otra parte, cada vez que el alzamiento se iniciaba, sus dispersos voluntarios no eran más que unas cuadrillas fervorosas mal equipadas⁵⁵⁵, que para su supervivencia tuvieron que recurrir a la persuasión tanto como a la fuerza. Pero cuando el número de efectivos fue creciendo el problema también lo hizo (COMÍN, 2015, p. 223). Las contribuciones y requisas de bienes dependían de cada comandante y ni la llegada de Don Carlos mejoró la situación. Solo las medidas adoptadas por Zumalacarreghi –crear una junta económica política– subsanaron en cierta medida las carencias. El sistema recordaba mucho a las guerrillas de la Guerra de la Independencia. Las juntas procedían a la recaudación y acopio de materiales para atender directamente a las

⁵⁵⁴ Luego el gasto militar quedó en una media del 24% hasta 1870.

⁵⁵⁵ Según el *Evening Standard* -crónica del 1 de agosto en referencia al levantamiento en el Norte el año 1872-: “Pero ¿qué eran las partidas en aquel entonces? Hombres de campo y de la ciudad, muy mal armados, que recorrían tierras y montañas, con algunos oficiales del ejército y del clero rural”, ROLDÁN, 2002, p. 219.

tropas, mientras las diputaciones exigían tributos a la industria y al comercio y contribuciones a los pueblos, tanto en metálico como en especie. El problema es que a veces resultaban imposibles de satisfacer porque los liberales los exigían del mismo modo y a los mismos pueblos bajo el pretexto de ser una sanción por su apoyo al enemigo (RAMOS, 2014, 620-22). Los pueblos, ya arruinados como consecuencia del endeudamiento provocado por las diversas guerras del siglo⁵⁵⁶, estaban exhaustos. Y ambos bandos utilizaron el esquilme de los pueblos como arma de propaganda política para dañar al enemigo.

Estas pesadas cargas sirvieron para mantener sobre el terreno a los ejércitos y tropas irregulares, especialmente a las carlistas –porque a las requisas se unía la movilización forzosa sobre la marcha (RAMOS, 2014, p. 625)-, ya que las cristinas estaban respaldadas por el nuevo estado liberal que, aunque débil e incipiente, tenía una mayor despensa y reserva de hombres.

En la Segunda Guerra Carlista la situación se volvía a repetir. La diferente disponibilidad de hombres con que alimentar las tropas de cada bando continuó siendo abismal. Los liberales pudieron incrementar su ejército a base de nuevas quintas y, además, el final de la guerra en el centro permitió concertar todas las fuerzas en Cataluña, terminar allí con el conflicto y dedicar todo el esfuerzo bélico del estado al frente Norte.

⁵⁵⁶ Los orígenes de la deuda pública que arrastrará España durante todo el siglo XIX se remontan a la G. de la Independencia y se agrava con las siguientes. La desamortización de Mendizabal no solucionó los déficits estructurales, que se resolvían vía crédito, pero el pago de los mismos siempre fue una pesada carga que, en la Segunda Guerra Carlista, supuso más de la mitad del gasto de pago del estado. (TORTELLA, 1994, p. 161-164)

Equipamiento y revolución tecnológica

Con estas bazas el estado fue capaz de poner en pie de guerra dos grandes ejércitos que cuadruplicaban al de los carlistas. El de la derecha, para ocuparse de Navarra, con 44.000 hombres, y el destinado a ocuparse del País Vasco, que sumaba 108.000, 4.400 jinetes y 116 piezas de artillería. Frente a ellos, algo menos de 40.000 carlistas, 2.500 caballos y 91 cañones (PARDO y EGAÑA, 2007, cap. XIII).

Así, en la tercera batalla de Somorrostro, tras las dos anteriores y su importante desgaste humano, el ejército republicano pudo reforzarse con nuevos refuerzos procedentes de toda España mientras que los carlistas tuvieron que contentarse con cinco batallones procedentes de Asturias (PORRO, 2016, p. 38).

Y también en la dotación de material bélico del ejército carlista fue siempre deficitario. Su carácter de ejército de voluntarios y exiliados formándose sobre la marcha y la naturaleza efímera de su administración pseudoestatal, con las consiguientes dificultades económicas, explican este déficit. Cuando en 1836 se disponen en las alturas que rodean Bilbao 17 piezas de artillería éstas suponen, de hecho, toda la artillería de su ejército en este territorio. Y en 1873 el problema de Dorregaray siguió siendo el mismo (URQUIJO, 2015, p. 300)

Cuando, en la Segunda Guerra Carlista, Carlos VII establece en Estella o Vergara su capital, su capacidad bélica era en realidad muy limitada. Contaba con unas elementales instalaciones de artillería en las maestranzas de Amurrio (Álava), Azpeitia (Guipúzcoa) y Vera

(Navarra), con fundiciones, depósitos y talleres en Zumarraga (Guipúzcoa), Vera, Bacaicoa y Estella en Navarra, y Arteaga y Desierto-Baracaldo en Vizcaya. Más abundantes y repartidas estaban las fábricas de armas y municiones (PARDO y EGAÑA, 2007, anexo II). El estado liberal, en cambio, además de su stock y de fabricar, podía comprar armamento de última generación en el extranjero.⁵⁵⁷

Un elemento clave para entender los cambios tácticos experimentados entre, por ejemplo, la primera y la segunda guerra carlista, tiene que ver con la influencia de la capacidad productiva y tecnología aplicada a la guerra y desarrollada al amparo de la consolidación de estado liberal (PARKER, 2019, p.13). Entre una y otra, la minería del hierro y la industrialización de la producción de acero pusieron al alcance del estado la capacidad productiva de la industria siderúrgica, capaz de fabricar cañones y munición de hierro en cantidades antes no conocidas. La capacidad artillera del ejército liberal no se debe solo a que era el único ejército verdadero en liza, sino a la disponibilidad de numerosas baterías y municiones. En 1873, el ejército carlista tiene todavía cañones de bronce, incluso tiene que recuperar dos cañones amortizados como amarres de embarcacione. En esas mismas fechas los liberales cuentan ya con cañones Krupp de retrocarga y disparo de obuses (PORRO, 2016, p. 31, 38). Al margen

⁵⁵⁷ Aunque su déficit presupuestario lastraba las compras, que siempre fueron menores de lo que correspondía como potencia europea. Se compensaban con un empleo intensivo de hombres. Aun así, se hicieron pedidos importantes de material bélico dada la ausencia de una industria militar significativa en España (COMÍN, 215, p. 248-249).

de su tipo, en general, el ejército de la república/restauración dispuso de unas 500 piezas de artillería frente a las escasas 100 carlistas.

Otros elementos clave por su renovación tecnológica para el cambio táctico de la guerra fueron incorporándose a estas contiendas. Por ejemplo, se pasó de las pistolas y mosquetones de pedernal a los revólveres de tipo Lefauchaux y los fusiles Berdan y Remington de percutor y recámara (ALFARO, 1983, p. 147-151). No menos importante en la última contienda fue el control de los ferrocarriles, como el de Santander, para el transporte de tropas y abastos para del ejército liberal.

Evolución táctica y estratégica

En Espinosa de los Monteros el ejército español todavía era un ejército real, de caracteres decimonónicos, sin presencia activa de guerrilleros y que se enfrentaba a un enemigo externo que había invadido su territorio. Lógicamente, planteó la batalla en los parámetros de una <guerra de reyes>, pero se enfrentaba a un ejército <revolucionario> que ya había demostrado la eficacia de su superioridad numérica y de sus novedosas tácticas de combate.

En la Primera Guerra Carlista las cosas comenzaron a cambiar; no tanto en lo material como en la estructura y concepción de los ejércitos de ambos bandos. El ejército liberal contaba con oficiales que en su mayor parte habían participado en la Guerra de independencia a partir de su fase de generalización y dirigían un ejército nuevo, sino por su estructura si al menos por su composición e ideología, pero también por adoptar entre sus tácticas principios <revolucionarios>. Por su parte el

ejército carlista se vio compuesto básicamente por oficiales profesionales y curtidos del Antiguo Régimen junto a viejos líderes guerrilleros (URQUIJO, 2015, p. 265 y 268), destinados a dirigir una masa de voluntarios que, en el mejor de los casos, solo tenía una formación militar como guerrillero y, desde luego, un armamento escaso, antiguo y malo (ídem, p. 269). Así que, por una y otra razón, los enfrentamientos en poco reprodujeron modelos tácticos formales; fueron sobre todo choques guerrilleros, sangrientos y viscerales (ídem., p. 272).

A estas dos circunstancias se añade otra, su carácter de confrontación civil, interna, entre compatriotas y hasta familiares. En este sentido, Claudio Pavone (1999, p.259) señala que ésta introduce en la confrontación formas de animosidad particularmente encarnizada, provocando una convulsión y fractura masiva de la sociedad.

Durante la primera mitad el siglo XIX, el pensamiento militar español se basó en la interpretación del genio de Napoleón, mientras que en el último tercio del mismo siglo se harían más presentes las propuestas de Clausewitz (RODRÍGUEZ PALOMAR, 2002, p. 10). Los militares liberales tuvieron una mayor aportación teórica al arte de la guerra, acomodando las teorías del momento a la realidad de un ejército en renovación al servicio de un estado en conformación. Juan Sánchez Cisneros, Evaristo San Miguel, Juan de Barbaza, Rafael Vasallo, Carlos Banús o José Almirante son buena prueba de ello. Sus propuestas, entre napoleónicas, clausewitzianas o joministas, nos hablan de choque y guerra total, de ciudadanos defendiendo la libertad y la nación y de la estrategia subordinada a la política (ídem., p. 11-15).

Antes de la última guerra, desde mediados de siglo, España había iniciado una lenta transformación económica en términos de capitalismo industrial⁵⁵⁸ y la revolución industrial aplicada a la industria militar tuvo su plasmación en el arte de la guerra, que tuvo que adaptarse a las circunstancias, porque las tradicionales defensas de campaña nada tenían que hacer frente a los nuevos cañones y obuses explosivos. Hubo que idear un nuevo sistema de defensa de posiciones más eficaz, así nació la trinchera. Si para la primera guerra carlista ya se había abandonado el enfrentamiento en campo de batalla abierto con ejércitos formados en línea, como en Espinosa de los Monteros, para adoptar el ataque en columna al choque contra una posición defensiva, en la última se combatió en un campo de batalla estable y atrincherado donde se enfrentaron dos ejércitos asimétricos en sus medios y distintos en su concepción de la guerra, uno ya bajo parámetros de <guerra de naciones> evolucionando a <industrial> mientras que el otro, el legitimista, se quedó anclado en el pasado.

La línea de Somorrostro fue insuperable frontalmente y su caída se debió a un error estratégico de todo un curtido militar; pero no fue tan frecuente que el mando de los ejércitos carlistas estuviera en manos de militares profesionales. Las crónicas periodísticas de corresponsales extranjeros sobre la última guerra carlista señalaban esa circunstancia: “los oficiales y jefes carlistas son valientes, (...) son excelentes

⁵⁵⁸ Evidencias del mismo podemos verlas en la última contienda, cuando los carlistas cortaron la ría con los cables de un tranvía aérea minero, tomaron la fábrica siderúrgica de Desierto o utilizaron como trincheras el tendido ferroviario en Somorrostro.

hombres de acción, pero no dominan los conocimientos técnicos y científicos el arte militar” (ROLDÁN, 2009, p. 122)⁵⁵⁹.

Para más inri, el bando carlista se caracterizó en todas las contiendas por las diferencias de criterio entre políticos y militares, e incluso entre éstos últimos, sobre la dirección estratégica de la guerra (ROLDÁN, 2009, p. 145). Se produjeron en la primera guerra carlista respecto al sitio de Bilbao o a las marchas carlistas, y se volverán a producir en la última. El Convenio de Vergara, el de Amorebieta o los fusilamientos de Estella son manifestaciones explícitas de esas diferencias (URQUIJO, 2015, p. 281). Diferencias que, ciertamente, no son menores en el lado liberal, pero llegado el momento de la verdad, que Espartero fuera regente o Serrano presidente del poder ejecutivo facilitó mucho las cosas.

Sin embargo, a ojos de terceros, las tropas carlistas parecen más convencidas. Gran parte de ellos son voluntarios, y gran parte de ellos luchan en su tierra⁵⁶⁰, por lo que como dice el corresponsal inglés Mac-Graham, disfrutaban de la “hospitalidad por parte de la población civil” y, además, luchan por “una causa que consideran justa y con la que se sienten identificados” (ROLDÁN, 2002, p.90). Por eso, respecto a su eficacia en el combate, dice este mismo periodista que aunque “un sargento británico (...) no mostraría mucho agrado al contemplar a los voluntarios carlistas, por su aspecto, pero nadie que tenga experiencia

⁵⁵⁹ Citado la novena crónica de Mac-Graham en el *Evening Standard* londinense, del 6 de agosto.

⁵⁶⁰ La imagen es un tanto falaz, porque junto a éstos también hubo movilizados forzosos, aunque el pequeño territorio controlado solo ofrecía en este sentido unas posibilidades muy limitadas (URQUIJO, 2015, p. 284)

militar podría menospreciar a un soldado valiente, duro en campaña, sufrido y con gran coraje para pelear” (ROLDÁN, 2002, p. 200). En cambio, aunque frente a ellos había un poderoso ejército, bien dotado de material de guerra, estaba compuesto por soldados quintados o de reemplazo, es decir, no voluntarios ni profesionales, por lo que no tendrían tanta convicción en su causa ni, por ello, ardor en el combate.

Pero vencieron. La tecnología y los recursos se imponen en la guerra moderna al valor individual y a convicción en la causa que se defiende. Y desde finales del siglo XIX esta característica de la contemporaneidad se intensificará y acelerará. El conflicto pasará a ser industrial y tecnológico (HOWARD, 1983, p. 204-236).

Conclusiones

Ian Morris defiende la teoría de que la guerra, como hecho social en su recorrido histórico, ha servido para que la humanidad sea más rica y viva con mayor seguridad (MORRIS, 207, p. 18); “diez mil años de leviatanes han creado sociedades más prosperas y pacíficas” (ídem., p.40). Al margen de la valoración moral de sus propuestas, hay que señalar que los conflictos de la España decimonónica parecen darle la razón. La guerra entre el liberalismo y el absolutismo desarrollada entre 1810 y 1876, con el triunfo el primero, pese a la sangre derramada y la ruina provocada, permitió que en España se creara un nuevo estado liberal y que en él cuajara una revolución industrial a finales del siglo. Como sostenía Charles Tilly, “la guerra hace al estado y el estado hace la guerra” (ídem., p. 33).

Bibliografía

- ALFARO, F. (1983): “Museo de armería”, en ALFARO, F. y VIDAL-ABARCA, J.: *Museos de Armería y Heráldica alavesa*”, D.F.Álava, Vitoria-Gasteiz, pp. 3-188.
- ALZOLA, J.M. (1981): *El sitio y bombardeo de Bilbao (1873-1874)*, El Sitio, Bilbao.
- ARENAS POSADAS, C. (2018): *Por el bien de la patria. Guerras y ejércitos en la construcción de España*, Pasado y Presente, Barcelona.
- ARRATE, J.A.; RUBIO, A. y ASTORQUI, A. (2014): “Batallas de Somorrostro, 1874: viejas guerras, nuevas tecnologías”, en *Kobie. Serie Paleoantropología*, 33, pp. 107-128.
- ARTOLA, M. (2010): *La revolución española (1808-1814)*, Unv. Autónoma de Madrid, Madrid.
- ARTOLA, M. (2015): “Introducción” y Campañas del ejército real”, en ARTOLA, M (coord.): *Hª militar de España IV. Edad Contemporánea I: el siglo XIX*, Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 17-36 y 37-96.
- BARQUÍN, N.; SAMPERIO, S. y REVUELTA, L. (2016). *La batalla de Espinosa de los Monteros. Extracto de las memorias de Don Nicolás Barquín, abad de Pechón*, Ed. Ayto. de Espinosa de los Monteros.
- BOUTHOL, G. (1971): *La guerra*, Oikos-Tau, Madrid.

- CAMERON, R. y NEAL, L. (2016): *Historia económica mundial*, Alianza Editorial, Madrid.
- CASTELLS, I. y MOLINER, A. (2000): *Crisis del Antiguo Régimen y Revolución Liberal en España (1789-1845)*, Ariel, Barcelona.
- CAYUELA, J.G. (2000): “Guerra, industria y tecnología en la Edad Contemporánea”, en *Studia Histórica, Historia Contemporánea*, 18, pp.179-199.
- CHARTRAND, R. (2003): *Napoleon’s Guns*, Osprey, Oxford.
- COMÍN, F. (2015): “Los presupuestos de las fuerzas armadas”, en ARTOLA, M (coord.): *Hª militar de España IV. Edad Contemporánea I: el siglo XIX*, Ministerio de Defensa, Madrid, pp.222-258.
- ENCEL, F. (2002): *El arte de la guerra. Estrategas y batallas*, Alianza Editorial, Madrid.
- FLETCHER, I (2003): *The Lines of Torres vedras (1809-1811)*, Osprey, Oxford.
- GATES, D. (1987): *La úlcera española. Historia de la Guerra de la Independencia*, Cátedra, Madrid.
- GUERRERO, J.A. (2012): “Los 18 mejores soldados”, en *Guerreros de todos los tiempos. Muy Historia*. 41, pp. 41-59.
- HOWARD, Michael (1983): *La guerra en la historia de Europa*, Fondo de Cultura Económica, México.
- LOSADA, J.C. (2005): *Batallas decisivas de la historia de España*, Suma de Letras, Barcelona.

- LOSADA, J.C. (2010): “En el fragor de la batalla. La hora de la verdad”, en *Muy Historia. Batallas decisivas*, 28, p. 6-10.
- McNEIL, W. H. (1988). *La búsqueda del poder: tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.*, Siglo XXI, Madrid.
- MORAL, A.M. (2005): “El ejército carlista ante Madrid (1837): la Expedición Real y sus precedentes”, en *Madrid. Revista de arte, geografía e historia*, 7, pp. 303-336.
- MORRIS, I. (2017). *Guerra, ¿Para qué sirve?: el papel de los conflictos en la civilización, desde los primates hasta los robots*, Arco Libros, Barcelona.
- PARDO, J. y EGAÑA, J. (2007): *Historia fotográfica de la última guerra carlista (1872-76)*, Txertoa, San Sebastián.
- PARKER, G. (2010): *Historia de la guerra*. Akal, Madrid.
- PAVONE, C. (1999): “La guerra en la Historia. Apuntes para una investigación sobre la guerra total en el siglo XX”, en MORETA, S.; THOMPSON, I.A.; GARCÍADIEGO, J.; PAVONE, C. y OTROS, *La guerra en la Historia*, Salamanca, Unv. de Salamanca, pp. 255-262.
- PORRO, I. (2016). *Sitio de Bilbao y Batalla de Somorrostro*, E.K.A. (Partido Carlista).
- PUELL DE LA VILLA, F. (2015): “El ejército nacional”, en ARTOLA, M (coord.): *Hª militar de España IV. Edad Contemporánea I: el siglo XIX*, Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 129-182.

- RAMOS, E. (2005): “Consideraciones acerca de la administración militar y la requisita en el campo carlista durante la primera guerra”, en *Revista de Derecho UNED*, 15, pp. 613-625.
- RODRÍGUEZ PALOMAR, P. R. (2002): “Estrategas militares españoles de los siglos XIX y XX”, en *Boletín de Información. Ministerio de Defensa*, 275, pp. 9-23
- ROLDÁN, E. (2009): *Un corresponsal en España. 5º crónicas de la Tercera Guerra Carlista*, Txertoa, San Sebastián.
- TORTELLA, G. (1982): *Lo orígenes del capitalismo en España*, Técnos, Madrid.
- TORTELLA, G. (1994): *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Alianza Editorial, Madrid.
- URCELAY, J. (2008): *El combate de Poza. La Guerra de la Independencia en el norte burgalés y sur de Álava y Vizcaya*, Dossoles, Burgos.
- URQUIJO, J.R. (2015): *Las guerras carlistas*”, en ARTOLA, M (coord.): *Hª militar de España IV. Edad Contemporánea I: el siglo XIX*, Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 263-319.
- VALLADARES, R. (1999): “El arte de la guerra y la imagen del rey Siglos XVI-XVIII”, en MORETA, S.; THOMPSON, I.A.; GARCÍADIEGO, J.; PAVONE, C. y OTROS, *La guerra en la Historia*. Salamanca, Unv. de Salamanca, pp. 163-189.

METODOLOGÍA PARA EL ANÁLISIS DE UNA BATALLA

METHODOLOGY FOR THE ANALYSIS OF A BATTLE

Francisco José Jimenez Moyano

Ejército de Tierra

Resumen

Una de las finalidades de la historia militar es la de obtener enseñanzas, y a ello puede contribuir el análisis de las batallas.

En este análisis hay que considerar los antecedentes, el planeamiento de los contendientes, el despliegue, los combates en los que se fragmenta la batalla y el balance final para llegar a unas enseñanzas.

Palabras clave:

Historia, metodología, análisis batalla

Abstract:

One of the purposes of military history is to get lessons, analysing battles can contribute to this end.

For the analysis of the battle the background, planning the opponents, the deployment, battles in which the fighting (war) breaks and the final balance must be considered to obtain a lesson.

Key words:

History, methodology, battle analysis

Introducción

La finalidad del presente trabajo es la de exponer una metodología para el análisis de las batallas, con el objetivo de obtener enseñanzas, y

adentrarnos en el análisis de la historia militar, que es más que un relato, aportando a los problemas actuales importantes lecciones del pasado. (Dupuy ,1990, pp. 21-22).

Para ello haremos una rápida exposición de conceptos doctrinales para distinguir la batalla de otros hechos bélicos, como las campañas y los combates.

Veremos los factores que influyen en las batallas y analizaremos las mismas bajo la óptica de autores significativos. Sobre estos datos y conceptos realizaremos una aproximación al análisis de la batalla y terminaremos con un esquema metodológico a modo de conclusión.

La historia militar como laboratorio

Desde el siglo XIX la historia militar ha tenido como una de las finalidades más importantes la pedagógica. Esto se debe especialmente a la influencia de Clausewitz y Jomini. Para el germano (Clausewitz 1978 p.145) “los ejemplos históricos aclaran todo y son la prueba de mayor fuerza en las ciencias de observación. Esto es aplicable mejor que en cualquier parte en el Arte de la Guerra.[...]”. El francés, en su Précis de l'art de la guerre (1838), señalaba tres tipos de análisis en la historia militar: un examen del conflicto basado en los factores político, social y económico, además del militar; análisis exhaustivo buscando los detalles mínimos; y análisis para sacar enseñanzas. (Espino, 2001, p. 159)

Para los políticos que dirigen las guerras y para los militares que las ejecutan, la historia militar debería ser el gran laboratorio bélico que facilita el estudio y las soluciones para las guerras presentes y futuras.

Como quiera que la solución de una guerra es la paz, o no llegar a ella, la contribución de la historia militar sería algo más que noble.

En esta línea didáctica de la historia militar estaban los citados Clausewitz, Jomini y otros (Espino, 2001 pp. 159-174).

Pero antes de iniciar la metodología para el análisis de las batallas es necesario fijar una tipología bélica básica que nos permita situar las batallas en su contexto.

La guerra, las campañas, las batallas y los combates

La guerra es el rompimiento de la paz por dos o más Estados. Normalmente a las guerras se llega por la incapacidad para solucionar por otros medios un problema político. Es por ello que la dirección de la guerra normalmente ha correspondido al poder político fuera este civil o militar, monárquico o republicano, imperial o tribal, emanara de una democracia o de una teocracia.

La constante en la dirección de la guerra ha sido, la mayoría de las veces, la existencia de unos objetivos estratégicos de gran interés para un estado o alianza de ellos. Estos objetivos suelen justificar por si solos el recurso a las armas para conseguirlos.

En una guerra, los contendientes suelen tener objetivos estratégicos en múltiples campos, claramente definidos y con recursos reales para alcanzarlos. Detrás de la victoria generalmente ha estado el realismo a la hora de sopesar los medios de los que se disponía, la claridad de ideas al respecto de la situación final que se quiso conseguir y de los objetivos necesarios para llegar a esa situación final con los medios disponibles.

Estos objetivos pueden ser militares, diplomáticos, económicos, tecnológicos, industriales, incluso psicológicos u otros.

Para alcanzar todos esos tipos de objetivos han sido necesarias un conjunto de estrategias en campos como el de la milicia, la diplomacia, la economía, etcétera. A la suma de este conjunto de estrategias es lo que suele llamarse la «gran estrategia» que es fruto de la acción del gobierno.

Vemos que la guerra es de naturaleza política y su dirección corresponde al nivel político. Pero lo que nos interesa, a efectos de este trabajo, es determinar qué es y qué ha sido la estrategia militar y su relación con las batallas.

La estrategia militar es la aplicación de las fuerzas armadas para alcanzar unos objetivos que contribuyen a la estrategia general de un estado, alianza o coalición.

A los comandantes militares que conducen y ejecutan las acciones para alcanzar esos objetivos estratégicos militares se les suele llamar mandos operacionales. Estos comandantes militares ejercen una acción de naturaleza operacional y su nivel de conducción se llama igualmente operacional o de la estrategia militar. El nivel operacional enlaza el nivel político con el nivel táctico. En este nivel, como veremos más adelante, se ejecutan las batallas.

Desde el punto de vista exclusivamente militar, la guerra es una serie de hechos de armas operacionales a los que llamamos campañas militares. En las «campañas» se pretende alcanzar, por la fuerza de las armas, los objetivos estratégicos militares. Desde el punto de vista del

enfrentamiento armado, la campaña es un conjunto de batallas que se pueden dar de forma simultánea o sucesiva.

La batalla es una serie de combates relacionados entre sí que contribuyen decisivamente a la consecución de los objetivos establecidos en los niveles superiores. (PDC-01A, 2018, p. 149)

La batalla se da en un espacio geográfico determinado, con unos medios concretos y por un tiempo definido por la victoria de uno de los contendientes, o por la decisión de uno de ellos de abandonar la lucha conservando las fuerzas o la mayor parte de ellas.

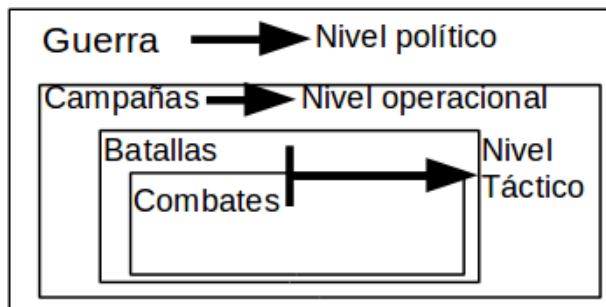
En la batalla, los comandantes de las fuerzas disponen de ellas, las mueven y las emplean con orden, rapidez y recíproca protección⁵⁶¹ (Almirante, 1989) según las características del espacio geográfico donde se da la batalla, su meteorología, ambiente, la misión encomendada, los medios de todo tipo de los que esas fuerzas dispongan y las disposiciones del enemigo. Esta forma de proceder se denomina táctica.

La ejecución de la batalla entra plenamente en el campo de la táctica y por lo tanto el nivel de conducción de la misma; si bien, la consecución de los distintos objetivos tácticos deberá tener como

561 La voz de táctica en el diccionario militar de Almirante, se hace en referencia a la que da el Marqués del Duero (Manuel Gutiérrez de la Concha e Irigoyen) en 1864. Esta definición se ha mantenido casi un siglo. El Reglamento Táctico de Infantería 1926 (tomo I, página 3, tiene la misma definición: “Arte de disponer mover y emplear las tropas sobre el campo de batalla con orden rapidez y recíproca protección, combinándolas entre sí con arreglo a la naturaleza de sus armas y según las condiciones del terreo y disposiciones del enemigo.” El reglamento de 1955 (tomo I, página 1) prácticamente igual: “Arte de disponer, mover y emplear a las tropas sobre el campo de batalla con orden, rapidez y reciproca protección, teniendo en cuenta: misión, terreno, enemigo y medios propios.”

resultado el logro del objetivo operacional, que entra de lleno en la estrategia militar. Es por ello que se dice que el planeamiento de la batalla, que no la ejecución, es estratégico.

Las batallas se descomponen en una serie de combates que pretenden conseguir otros objetivos de menor alcance, que son puramente tácticos. El combate es de menor dimensión que la batalla de la que forma parte, pues en él se empeña una parte de las fuerzas que se emplean en la batalla. El espacio donde se desarrolla el combate y la duración del mismo son más reducidos. El conjunto de los objetivos de los combates deben tener, como resultado final, el contribuir al objetivo de la batalla.



Los combates son una serie de enfrentamientos y el enfrentamiento tiene su origen en una actividad militar concreta por parte de uno de los contendientes. A esta actividad concreta se le llama acción militar.

Las acciones militares son la aplicación de una capacidad militar en un momento y lugar determinado y con unos efectos deseados. Tradicionalmente las acciones militares han sido “defensivas”, “ofensivas” y de “apoyo” para facilitar cualquiera de estas.

En determinados escenarios y situaciones también se han dado acciones militares de “estabilización”. La finalidad de éstas es proporcionar un entorno seguro que facilite la creación y desarrollo de instituciones de gobierno. Desde el final de la Guerra Fría son acciones muy utilizadas, como lo fueron durante la llamada “Pax romana”, o durante la expansión de los virreinos españoles en América.

Estas acciones recibieron, y reciben, nombres muy políticos, que siempre han tenido una finalidad psicológica sobre la opinión pública; así, tenemos todo un rosario de nombres piadosos y contradictorios como “operaciones de paz”, “operaciones humanitarias”, “operaciones bajo bandera de Naciones Unidas”, etcétera. Estos tipos de nombres psicológicos también se han dado en el pasado. A las guerras coloniales se les llamó “acción civilizadora”; a las batallas, o a los combates significados en las mismas, “operaciones de policía”; y, por ejemplo, al alzamiento popular hindú contra el colonialismo británico en el siglo XIX se le llamó motín.

Modernamente se habla de acciones militares de “contribución”, para favorecer la seguridad y bienestar de los ciudadanos. Estas acciones varían desde supuestos de catástrofe o necesidad pública, hasta la lucha contra el terrorismo. (PDC-01 (A), 2018, p.148) Si bien en esta última, como en las “operaciones de estabilización”, es poco probable que se provoquen batallas, aunque se puedan producir enfrentamientos aislados y, en menor medida, combates, siendo más usual los enfrentamientos breves y puntuales.

Estas acciones militares se han dado en el pasado. Podemos decir que el inicio de la Guerra Astur-Cántabra, a finales de siglo primero

antes de Cristo, es una operación de “contribución” a la seguridad y bienestar de los pueblos de la meseta del Duero, aliados de Roma. Estos pueblos, laboriosos y agrícolas, sufrían periódicamente robos, saqueos y asesinatos de cántabros, vascones y astures que sembraban el terror. El incremento de estas depredaciones (hoy serían acciones terroristas) forzó la intervención de Roma a favor de sus aliados. Fue la excusa política (interna o doméstica) que justificó la guerra y completó la conquista romana de todo el cuadrante noroccidental de la península Ibérica.

Esta breve exposición teórica es para concluir que, desde el punto de vista militar, la guerra se compone de una o varias campañas; las campañas son una o varias batallas; y, las batallas pueden tener uno o varios combates; por último, los combates pueden abarcar uno o varios enfrentamientos y estos puede tener acciones militares de diferente naturaleza como son la ofensiva, la defensiva, o las acciones de apoyo que pueden ser muy dispares, como un bombardeo artillero o la construcción de un puente.

Esto es simplemente una generalización teórica usualmente asociada a unos determinados niveles de mando, espacios geográficos y cantidades de fuerzas, bien entendido que la batalla no implica forzosamente enormes cantidades de efectivos militares.

Desde el siglo XIX en las batallas pueden verse envueltos decenas o centenares de miles de militares, pero con anterioridad, era más normal que los contendientes fueron unos pocos miles o unos pocos cientos, incluso menos.

La existencia de una batalla no depende de sus efectivos sino de su articulación en combate. Los efectivos involucrados son una consecuencia del momento histórico, de la contribución de las sociedades al esfuerzo de la guerra y de las circunstancias que envuelven el hecho bélico que hemos llamado batalla.

Para elevar aún más la complejidad del asunto, la batalla puede ser casi incruenta, pues desplegados los contendientes, no se producen enfrentamientos, por la causa que sea. El despliegue de un bando puede ser un jaque mate al contrario y este, pensando en batallar otro día, se retira o se llega a un acuerdo. En la historia más reciente, esta posibilidad tan civilizada es poco probable.

En la prehistoria, dos tribus enfrentadas desplegaban sus docenas de guerreros en el campo de batalla, estos hacían alarde de sus capacidades y en ocasiones no se producía ningún enfrentamiento, incluso parece que, en determinadas culturas, la tendencia bélica era, en un primer momento, medir las fuerzas con demostraciones, abandonando el campo de batalla aquel que se veía sin posibilidades. Son momentos en los que, si la reducida sociedad tribal perdía una docena de guerreros, la tragedia era enorme, pues sus posibilidades de defensa, y lo que era más acuciante, de caza y recolección se veían tan mermadas que el grupo humano quedaba prácticamente condenado a desaparecer en la penuria del hambre o, simplemente, por eliminación física, al tener que disputar con otros grupos terrenos de caza y de recolección.

En la época de la Ilustración, el mejor general era el que ganaba la guerra sin librar una batalla⁵⁶². En Occidente, Mauricio de Sajonia, considerado en ese momento la primera espada de Europa, puso en práctica esta idea con notable éxito. Para ello, básicamente, trataba de desplegar las fuerzas en condiciones tan ventajosas que suponían para el contrario una derrota casi segura, normalmente por estrangulamiento de sus rutas logísticas. Era un jaque mate que invitaba al adversario a no presentar batalla, evitándose así el choque de los gruesos de los ejércitos, y aunque normalmente se perdía espacio, se conservaban las fuerzas para poder batallar otro día. Era tiempos en los que el soldado del rey era un bien escaso. En caso de que la retirada no fuera posible, era honorable la rendición de las fuerzas, quedando estas, incluso, con armas y banderas.

A esta habilidad de ganar la campaña, o la guerra, sin librar una batalla, o con el mínimo número posible de ellas, se le llamó «arte operacional». Esto duró poco tiempo.

Con la llegada de los ideales de la Revolución Francesa, al democratizarse los ejércitos y la guerra, al convertirse las naciones cuarteles, al dejar de ser el soldado un bien escaso y transformarse en carne de cañón, la dirección militar de la guerra perdió ese «arte».

Aquella revolución barrió, esperemos que no para siempre, las limitaciones de medios, espacio y de tiempo que tenían las guerras en el siglo XVIII, el de la Luces. El hombre en su camino hacia la civilidad siempre intentó limitar las guerras y, quizás, ese siglo fue su cenit.

562 Esta idea aparece escrita cientos de años antes (Sun Tzu).

Factores a considerar para el estudio de una batalla

Vista la sucinta explicación anterior de términos bélicos, podemos observar que la batalla es un hecho violento al que se llega por unas causas militares y, por encima de estas, por otras políticas. Estas batallas tienen su origen en las órdenes militares que desarrollan la campaña militar, en las que figuran las misiones de las fuerzas que ejecutan la campaña. Estas órdenes, y las misiones, son consecuencia, a su vez, de un planeamiento superior que hemos llamado estratégico.

Luego es necesario considerar los antecedentes políticos y estratégicos para poder analizar la batalla.

Pero además de considerar las misiones, también hay que estudiar la situación en la que estas fuerzas están envueltas. La situación está determinada por:

- Los recursos humanos y materiales puestos a disposición de los jefes militares (los medios);
- Un espacio geográfico concreto (el terreno, en la batalla terrestre);
- Una meteorología peculiar ligada a ese espacio geográfico en que se desarrolla; y,
- Un ambiente humano concreto, propio del momento histórico.

También es necesario incluir, en ese espacio donde se desarrolla la batalla, aspectos intangibles.

Entre los aspectos intangibles destacamos el impacto de la información en las fuerzas y en sus jefes y, de forma indirecta, en la

alejada opinión pública, que pese a estar a decenas, cientos o miles de kilómetros del terreno donde se desarrolla la batalla, influye en la misma, especialmente en la moral de los que batallan. Por consiguiente, hay que considerar la propaganda o acciones psicológicas de los contendientes. Este factor ha estado olvidado con frecuencia pese a que es antiguo; además, toma una enorme importancia en los momentos históricos en los que la opinión pública ha tenido influencia en el desarrollo de las guerras y, por ello, en las batallas.

Luego es necesario comprender la misión de las fuerzas en contienda y la situación que las envuelve.

En ocasiones es aconsejable conocer a los jefes políticos y militares que dan esas órdenes para comprender las causas y el desarrollo de la batalla. El estudio biográfico de estos comandantes es pues otro factor a considerar.

Para llegar al choque de las fuerzas contendientes, o para rehuirlo, los jefes militares mueven a sus fuerzas y las ubican de forma que el terreno, la meteorología y otros factores que puedan concurrir, les sean favorables, neutralizando en lo posible los aspectos desfavorables.

Para un comandante militar, el desierto o el mar son los espacios ideales para la batalla; sin embargo, para un líder revolucionario, subversivo o un jefe insurgente, un escenario muy poblado es ideal, pues puede escudarse en esa población y manejar a su favor la utilización de la masa humana desde el punto de vista psicológico.

Con esto nos adentramos en el complicado asunto de las batallas en la clásica guerra de guerrillas, ahora adornada con impactantes nombres

como “asimétricas” o “híbridas”, que solo añaden confusión al ya complicado campo terminológico bélico.

Diremos, para zanjar el asunto, que la batalla se ha dado en la guerra de guerrillas cuando el jefe guerrillero da el salto político y militar para convertirse en un actor estatal, bien por hundimiento o descomposición del contrario o por tener recursos suficientes. En las guerras de guerrillas, las batallas se dan en las últimas fases del proceso “guerrillero”, sea éste de naturaleza revolucionaria, subversiva, insurgente o, por hacernos eco de la terminología de moda, con características asimétricas o híbridas.

En la batalla tenemos un despliegue de fuerzas previo al choque. Es necesario, para comprender la batalla, tener una imagen clara de los despliegues previos de las fuerzas en el espacio y en el tiempo, así como el momento psicológico de las fuerzas enfrentadas, especialmente en lo relativo a la moral.

Para llegar al choque, las unidades militares inician sus acciones tácticas según sus procedimientos, las características y capacidades de sus armas y su organización militar. Estas acciones darán lugar a los enfrentamientos y estos a los combates. La batalla se fragmenta pues en combates y para comprenderla debemos ver estas diversas partes o, al menos, las más importantes. También es necesario distinguirlas para ver las influencias de unas sobre otras y en el resultado final.

Desde el punto de vista histórico, es ideal que el investigador tenga acceso a fuentes claves como pueden ser las órdenes de operaciones y los planes de campaña; también, a los principales protagonistas. En las batallas complejas, como son las modernas, las que han perdido las

limitaciones de espacio, tiempo y medios, puede ser muy difícil distinguir los combates decisivos.

En las batallas antiguas es más sencillo, pero en ocasiones, por sus limitaciones en medios y, en consecuencia, de tiempo y espacio, se traducen en unos pocos combates y enfrentamientos.

Lo interesante es localizar los combates claves que decidieron la batalla.

Es obvio decir que las fuerzas que libran una batalla se componen de militares, pero no siempre. El concurso de milicias o de población civil, apresuradamente armadas, se ha dado en todos los tiempos.

Pero en uno u otro caso, es necesario tener presente, para comprender los hechos bélicos, que ese conjunto de personas, se ven sometidos a acciones letales que disparan su instinto de supervivencia, de forma que pocos son los soldados y jefes que controlan la tensión del combate. También son minoría los que mantienen la claridad de juicio una vez que se están envueltos en la lucha. Esa tensión se puede controlar por un tiempo limitado, horas, días, pero más difícilmente durante semanas.

En las batallas, sean limitadas o no, el grado de violencia siempre es enorme para el combatiente. Éste se juega la vida, la mutilación, el dolor de las heridas o salir indemnes. El combatiente, sea simple soldado o jefe, las más de las veces, obra por hábitos alcanzados en la instrucción de combate. En el pasado, esta tensión se extendía a los animales que participaban en esos combates.

Es pues interesante detenerse en este punto si queremos comprender una batalla. Hemos de considerar que el ser vivo, dominado por el instinto de supervivencia, pretende conservar su vida, quedando para

los héroes es sacrificio de la misma. El heroísmo individual y colectivo es producto de la cohesión y ésta de la formación moral y del adiestramiento⁵⁶³ de las fuerzas. El conocimiento del oficio y la moral explican muchas veces las batallas donde unos pocos son capaces de vencer a muchos.

Considerar las tácticas de los bandos enfrentados es igualmente aconsejable. Para ello hay que descender al estudio y análisis de la organización de los medios humanos y materiales y de las capacidades de estas organizaciones. Es ideal conocer el detalle de la táctica y la orgánica de las fuerzas enfrentadas, lo que no siempre es posible.

Toda esta combinación de factores bélicos darán unos resultados que quedarán reflejados en pérdidas humanas y materiales y en ganancia o pérdida de los objetivos marcados, usualmente representados por espacios geográficos o por fuerzas destruidas, pero también por pérdida o ganancia de aspectos intangibles como pueden ser los morales y psicológicos.

Desde el punto de vista histórico, el investigador que analiza una batalla tiene que acudir forzosamente a las fuentes que la relatan y estas son fundamentalmente literarias y documentales, en ocasiones de testigos de los hechos, pero también existen otras fuentes, como la arqueología, en muchos casos olvidadas.

Tenemos pues fuentes literarias, documentales, primarias y arqueológicas. Las primeras son muy influenciadas por la tendencia

563 El adiestramiento es la instrucción colectiva de la fuerza para que actúe con la coordinación y sincronización de un buen equipo.

del relator, las últimas son más precisas y en ocasiones irrefutables, pero también son más difíciles de conseguir y además pueden tener interpretaciones dispares si el yacimiento arqueológico no es rico o está contaminado. Conviene pues tener fuentes históricas literarias, documentales, primarias de ambos contendientes y, si es posible, arqueológicas.

Análisis de la batalla

Son muchos los autores que han afrontado de una forma u otra la tarea de analizar y relatar una batalla, siendo menos numerosos los que descienden al análisis y extraen enseñanzas de las mismas. Daremos un breve repaso a aquellos que buscan una enseñanza.

Entre estos tenemos el español Francisco Villamartín, que se aleja de lo dicho hasta ahora en el uso de fuentes, muy probablemente por falta de posibilidades, pero en los casos más completos, destacamos sus comentarios sobre las batallas de Zama (Villamartin, 1883, pp.180-182) y Navas de Tolosa (Villamartin, 1883, pp. 211-216). El esquema de análisis tiene las siguientes pautas:

1. Breve descripción de la situación política.
2. Breve descripción de la campaña o prolegómenos de la batalla.
3. Descripción del terreno a grandes rasgos.
4. Despliegue general de los contendientes
5. Desarrollo sintético de la acción
6. Reseña del momento clave y la enseñanza principal.

Estamos totalmente de acuerdo con Villamartín y nos hacemos eco de la idea de que: «el análisis de la historia militar se basa en la historia militar descriptiva. » (Dupuy, 1990, p.22)

El esquema de análisis de Villamartin es muy similar al método de planeamiento que ha sido utilizado modernamente por las fuerzas armadas españolas y de otros países que, simplificando, podemos concretar en:

- Estudio del ambiente y la misión (puntos 1º y 2º de Villamartin).
- Estudio del terreno (punto 3º)
- Estudio del enemigo y medios propios (punto 4º)
- Ejecución (punto 5º)
- Conclusiones (punto 6º)

También es interesante estudiar a Charles Ardant Du Picq por el análisis que hace de las batallas, deteniéndose en el comportamiento del hombre inmerso en el combate y el combate mismo (Du Picq, 1989, pp.99-100).

Su esquema de análisis generalmente sigue las siguientes pautas:

- Expone un relato de la batalla, en ocasiones de la mano de un autor clásico.
- Estudia las formas de acción táctica de las unidades tipo. Por ejemplo: unidades de infantería ligera contra infantería pesada, ligeras contra ligeras, etcétera.
- Analiza las formas de combate peculiares de grandes jefes militares, señalando sus características más sobresalientes, la acción de mando y el empleo de las fuerzas.

- Reflexiona sobre los despliegues y sobre la mecánica de la moral del soldado.
- Termina con unas conclusiones a modo de enseñanzas.

Este autor nos lleva a detenernos en el soldado como protagonista principal de la batalla y en la enorme potencia de combate que proporciona la cohesión de esas unidades militares. Esa cohesión permite que puedan funcionar como equipos decenas, cientos o miles de hombres en un ambiente muy violento, dominado por el instinto de supervivencia. La cohesión muchas veces explica cómo una fuerza cuantitativamente menor vence a otra con más recursos humanos y materiales. La historia nos dice que el jefe que crea, mantiene y fomenta la cohesión suele estar cerca de la victoria.

Otros autores se centran en el mando como ser humano, persona que está sujeta igualmente a las tensiones del combate y a la enorme carga de responsabilidad de sus decisiones en la batalla, por las pérdidas de todo tipo que sus juicios pueden producir.

Para ilustrar esta tensión de los jefes, pensemos en un momento en la campaña de los Dardanelos (1915-16) en la Primera Guerra Mundial. Su objetivo final era la toma de Constantinopla (Turquía europea), pero como primer objetivo había que dominar los estrechos, lo que exigía un gran desembarco de fuerzas aliadas, pues el ejército griego carecía de capacidad para la empresa.

Este desembarco daría lugar a la batalla de Galípoli. La conquista de Constantinopla, “como problema de pura estrategia la idea era brillante [...]. El plan [de desembarco] era hábil, pero su éxito dependía de la ejecución, exigiendo gran capacidad de mando y extremada audacia. De

haber dispuesto de las mismas, la operación habría triunfado, porque más tarde se supo que las guarniciones costeras turcas eran insignificantes.” (Füller, 1979, pp.269-278).

Al parecer, los jefes tácticos británicos no estuvieron a la altura de las circunstancias y, muy posiblemente, sus capacidades personales fueron mermadas mientras su responsabilidad se iba incrementando con más y más bajas hasta llegar a la asombrosa cifra de 214.000 (Füller, 1979, pp.305-306). Al inicio de la batalla, la responsabilidad abrumadora llevó a los jefes a la prudencia, cuando era necesaria la audacia. Si los jefes británicos hubieran tenido una adecuada información sobre el enemigo, probablemente hubieran actuado audazmente. Pero la ausencia de claridad, la falta de un servicio militar de inteligencia competente, no disipó la niebla que suele envolver a la batalla.

Hay historiadores que califican a jefes militares como geniales. Sin embargo, esa genialidad es realmente la existencia de un buen apoyo de inteligencia en sus decisiones.

Norman F. Dixon, que publica un interesante trabajo sobre la psicología de la incompetencia militar (Dixon, 1979), centra su atención sobre el comandante en jefe. En él se ocupa de aspectos del comportamiento militar en el contexto de principios psicológicos generales. Este autor estudia 14 desastres militares, donde se esfuerza por determinar la personalidad del mando, proclive a tomar decisiones equivocadas en situaciones de enorme tensión, como puede ser una batalla o un combate, para concluir con catorce características de incompetencia.

A diferencia de Norman Dixon, Geoffrey Regan en su interesante libro «Historia de la incompetencia militar» (Regan, 2004) se ocupa de aquellas situaciones en que las dificultades resultaron ser insuperables para los participantes, con la finalidad de analizarlas y aquilatar las lecciones que encierran.

Dixon y Regan son dos interesantes analistas de batallas aunque se centran en temas psicológicos.

En el análisis de las batallas históricas, referencia obligada es la del británico Fuller, J.F.C. que estudia las batallas que para él, utilizando como eje el mundo anglosajón, han sido las más decisivas del mundo Occidental. Elaboró en una extensa y completísima obra de tres tomos *The Decisive Battles of the Western World* sobre ese tema, fue publicada en 1956, de la cual tenemos una versión en español de Ediciones Ejército. Su esquema de análisis generalmente es el siguiente:

- Describe los antecedentes de la batalla.
- La situación general.
- El despliegue de los contendientes
- Idea de maniobra de los contendientes.
- Desarrollo de la acción y resultados.
- Balance y conclusiones.

Keegan en su obra «El Rostro de la Batalla» realiza un análisis de tres batallas (Agincourt 1415, Waterloo 1815 y Somme 1916) y para él, el estudio de la batalla tiene la finalidad última de centrarse en el comportamiento humano. Este autor sigue, en términos generales, el siguiente esquema:

- Campaña. Donde encuadra la batalla señalando sus antecedentes
- Batalla. Descripción del desarrollo de la misma.
- Analiza las acciones de las diferentes armas que caracterizan los combates, por ejemplo en Agincourt: los arqueros contra la infantería y caballería, etc.; en el Somme, la infantería contra las ametralladoras, entre otros.
- Se centra en el factor humano, dedicando apartados a los heridos, las motivaciones para el combate o la suerte de los prisioneros.

Vista la teoría de lo que es la batalla, inscrita en una campaña y compuesta de combates, y los factores que en ella intervienen, así como los ejemplos de historiadores militares que han desarrollado trabajos de análisis de batallas, nos aventuramos a esbozar un esquema de análisis.

Hacia un modelo de análisis

El análisis de la batalla necesita centrarse en la finalidad estratégica (política y militar) de la campaña a la que pertenece. Es pues necesario un análisis estratégico. También es obligado señalar los objetivos estratégicos militares a los que la batalla sirve.

En ocasiones será necesario detenerse en la biografía de los hombres que son clave en todo este proceso. Este conjunto de elementos los podemos llamar antecedentes de la batalla.

Circunscrita la batalla dentro de la campaña y vista la finalidad estratégica de la misma, podemos pasar al análisis de la batalla propiamente dicha.

La batalla se planifica y desarrolla en virtud a la misión y a la iniciativa de un comandante militar o es impuesta por el enemigo. En todo caso, se generan órdenes y estas, junto con la situación existente en el espacio geográfico donde se va a dar la batalla, serán claves para determinar la actuación de las fuerzas contendientes.

Por situación entendemos el ambiente físico y humano, el terreno, la meteorología y los medios de los contendientes.

Hemos de considerar que estos factores, como el ambiente, el terreno, fuerzas contendientes y medios, junto con la misión recibida, son los que influyen en la decisión de un comandante en jefe, luego su estudio es interesante en el proceso de análisis de la batalla.

La integración metódica de estos factores, en especial el terreno y las fuerzas contendientes, junto con la meteorología, puede arrojar luz al historiador, especialmente en aquellos casos donde las fuentes son escasas o, por el contrario, muchas y contradictorias.

El terreno, en muchas ocasiones, no cambia en el transcurso de los años o de los siglos, por lo que es deseable tener una cartografía moderna del mismo y visitarlo en el proceso de análisis.

La meteorología, por el contrario, es una incógnita difícil de resolver. Hasta finales del siglo XIX prácticamente no hay datos, aunque si fue adversa suele haber referencias en las fuentes. En la actualidad hay modernas técnicas basadas en el análisis del paleosuelo, estas pueden dar una idea de la estacionalidad climática e incluso de la vegetación existente, extremos que son muy esclarecedores y aportan datos interesantes al análisis de la batalla. En este caso el historiador tiene que acudir a fuentes arqueológicas.

El conocer con precisión las fuerzas intervinientes es el trabajo más difícil, salvo en las batallas más recientes. El historiador tiene dos grandes aliados para resolver este asunto. Uno es el estudio del terreno, que siempre ejerció sobre las fuerzas y sus tácticas una influencia tiránica. El otro aliado son las necesidades logísticas de esas fuerzas.

A falta de datos precisos, o con fuentes que exponen cifras dudosas, la cantidad de fuerzas, y en consecuencia las hipótesis de actuación de un bando u otro, puede quedar perfilada por el terreno, si conocemos mínimamente las formas de despliegue de las fuerzas implicadas, ya que el espacio limita el despliegue de fuerzas; y también por la logística, pues un simple cálculo de la comida necesaria para hombres y ganado puede ser esclarecedor antes determinadas cifras de efectivos.

Hay fuentes que señalan concentraciones de efectivos que son imposibles en determinados momentos históricos por generar problemas logísticos irresolubles para la época.

El concurso de esos tres factores, el terreno, fuerzas contendientes y meteorología, pueden arrojar mucha luz en el análisis de la batalla. Para ello podemos señalar un proceso de evaluación de estos factores, al menos, con tres pasos:

1. Una evaluación del espacio donde se realizó la batalla. Son estudios del terreno con sus pendientes, vegetación, suelos, cursos de agua, lagos, fondos y orillas, pantanos, fuentes, etc., en especial concretando zonas no aptas o restrictivas para el movimiento de las fuerzas; también, es necesario concretar las infraestructuras existentes sobre el terreno en el momento histórico, como pueden

ser caminos, puentes, puertos, fortalezas, edificios, etc. Puede ser muy práctico concretar estos estudios mediante superponibles gráficos a escala, según la cartografía u otra forma de representación del terreno. Estos superponibles pueden ser digitalizados y elaborados por ordenadores con la programación adecuada de forma muy rápida, agilizando enormemente el estudio y la evaluación.

Vistos estos aspectos físicos, hay que estudiar los aspectos militares del terreno como pueden ser campos de observación y tiro, obstáculos que impiden el movimiento de las unidades contendientes, puntos claves del terreno para la defensa o para el movimiento de tropas. Para ello es aconsejable, en un primer momento, realizar un superponible de obstáculos, posteriormente otro de movimiento y finalmente una evaluación de estos desde el punto de vista de las posibilidades de empleo de las fuerzas, especialmente por sus posibilidades de movimiento, ya sea para desplazarse al lugar de la batalla o en el espacio donde esta se desarrolló. Esto hay que realizarlo considerando la meteorología pues los caminos, por ejemplo, pueden ser intransitables en caso de lluvia.

2. Una evaluación de los contendientes. Unos frente a otros. Para este estudio surge una dificultad que en ocasiones es insalvable: determinar una «plantilla» doctrinal, entendiendo por ésta la elaboración de unos superponibles donde reflejar los despliegues y tácticas

doctrinales de los contendientes, según los procedimientos reglamentarios o usuales de la época.

3. Una integración de las fuerzas contendientes. En esta fase se integran los estudios precedentes. Por ejemplo, si superponemos la plantilla doctrinal a las anteriores plantillas del terreno con sus obras, zonas de movimiento y condiciones meteorológicas, podemos descubrir que una determinada unidad, o que los grandes efectivos que señalan las fuentes literarias o testigos presenciales, no es posible. En la guerra los actuantes y espectadores siempre exageran y los protagonistas principales magnifican. El historiador puede, incluso, concluir hipótesis muy próximas a la realidad del momento si consigue una plantilla doctrinal para cada una de las fuerzas tácticas enfrentadas.

En este momento clave de la integración del terreno, contendientes y otros factores, la ausencia de información doctrinal fiable sobre las fuerzas, o las cifras abultadas de las mismas, puede suplirse por un estudio de necesidades logísticas básicas de esas fuerzas sospechosamente muy numerosas, como ya hemos apuntado.

Este estudio en los ejércitos hipomóviles, antes de la aparición del ferrocarril, es relativamente sencillo y nos permiten determinar unas necesidades de transporte que son muy orientadoras, incluso si sólo consideramos las necesidades de comida y agua para hombres y ganado de una fuerza determinada. El cálculo es relativamente fácil. Pongamos un ejemplo sobre un dato claramente abultado.

En la Crónica de Abelda, sobre la invasión islámica de España en el siglo VIII, se dice que al-Qama, un jefe militar islámico, entró en Asturias con 187.000 hombres. Al-Qama y su enorme ejército fue derrotado en Covadonga. Esa fuerza, si consideramos sólo sus necesidades de comida, necesita casi 1.200.000 kilos diarios, lo que implica casi 13.300 mulos para su transporte. Esto quiere decir que el convoy de alimentos para solo un día- tiene un tiempo de desfile de más de tres días y una longitud de casi 80 kilómetros, lo que significa que para abastecer por un día a esa fuerza cuando el primer mulo llega a las inmediaciones de Covadonga el último está saliendo de Gijón, la previsible base de operaciones de al-Qama.

Aunque las posibilidades de los transportes de esos abastos pueden efectuarse de muchas formas y combinaciones, las cifras de los cálculos someros presentados son suficientes para desconfiar del dato de las fuerzas islámicas que entraron en la Asturias del siglo VIII⁵⁶⁴.

Vemos que el historiador, como el comandante en jefe, deben solucionar el problema táctico y logístico de la batalla que se avecina o que quiere sacar a la luz desde las tinieblas del pasado.

564 En general, todo lo que sea más de 12000 efectivos para desplazarse y vivir reunidos, dentro de un ejército hipomóvil (sin apoyo del ferrocarril o del transporte marítimo o fluvial) debe ser motivo de sospecha. Otra cosa es que esas fuerzas superiores a 12000, articuladas en grupos de unos pocos miles de hombres, normalmente capaces de llevar hasta tres días de abastos de todo tipo, puedan moverse y vivir dispersos y concentrarse para la batalla. Pero aún en este caso, la logística nos impone restricciones pues esos efectivos dispersos tienen que ser abastecidos, y salvo que sean de unos pocos cientos, no es posible vivir sobre el terreno. Los historiadores han fantaseado mucho sobre el saqueo, pues salvo que existieran grandes depósitos previos, por encima de un determinado número, el saqueo no llega a todos.

Al trabajo que supone el análisis de este conjunto de elementos como el ambiente, misión, terreno, enemigo, medios y otros factores que se consideren importantes, unido a la resolución del problema en forma de órdenes, lo llamamos planeamiento.

Lo que propugnamos es que el historiador se acerque al planeamiento militar.

En las guerras, cuando los planes están ultimados, las órdenes son transmitidas y las fuerzas las ejecutan. Unas se aproximan al choque, otras se aprestan a la defensa o a rehuir ese choque. El historiador tiene que plasmar una imagen de ese momento inicial con las fuerzas desplegadas sobre el terreno o espacio de batalla. Aquí es necesario advertir que el espacio de batalla tiene distintas dimensiones según el momento histórico donde se realiza la batalla.

En la antigüedad, y hasta bien avanzado el siglo XIX, el espacio de batalla era exclusivamente terrestre o marítimo (o de aguas interiores), o una combinación de ambos, como puede ser un desembarco (operación anfibia).

Con la aparición de ingenios aéreos como globos y posteriormente aviones, el espacio de batalla creció en altura. El submarino lo incrementó en la dirección opuesta en las batallas navales.

Es necesario señalar aspectos intangibles de ese espacio de batalla que ya hemos tratado, en especial desde que nace la telegrafía sin hilos y, posteriormente, todo tipo de ingenios electrónicos y electromagnéticos para las comunicaciones o para perturbarlas, también para la obtención de datos (como los radares) y, en general, la obtención de información para la elaboración de inteligencia.

Los aspectos intangibles fundamentales son el espectro electromagnético, el cibernético y el ámbito de la información. El primero es propio de la historia más reciente, pero el tercero, el ámbito informativo, puede ser importante en determinados escenarios. El cibernético es el presente, pero dentro de unos años los jóvenes historiadores de ahora tendrán que bregar con él.

Llegados al choque de fuerzas, con independencia de la actitud de estas, la batalla suele fragmentarse, como hemos visto, en combates. Es pues necesario analizar el desarrollo de la acción, normalmente por fragmentos que se traducen en combates, en ocasiones en simples movimientos de fuerzas. No siempre es posible analizar todas estas partes, pero es necesario, al menos, hacerlo con los combates y desplazamientos más importantes o decisivos.

Por último, es conveniente hacer un balance táctico y estratégico militar, y en ocasiones, por la transcendencia de la batalla, un balance político. Siempre resulta interesante, concluir con una exposición de las enseñanzas militares y, en su caso, políticas.

Conclusiones

El método que proponemos podemos resumirlo en el siguiente esquema.

1. Antecedentes.
 - a. Análisis político.
 - b. Análisis estratégico militar.
 - c. Objetivos estratégicos militares a los que sirve la batalla.
 - d. Biografías de los líderes políticos y militares claves.

2. Planeamiento.
 - a. Misión de los comandantes militares de las fuerzas.
 - b. Situación.
 - i. Ambiente físico y humano.
 - ii. Terreno.
 - iii. Meteorología.
 - iv. Fuerzas contendientes.
 - v. Otros factores que influyen en la batalla objeto de análisis.
 - c. Integración de factores
 - i. Evaluación del espacio de la batalla
 - ii. Evaluación contendientes
 - iii. Otros factores
 - iv. Integración de lo anterior.
3. Despliegue inicial.
4. Desarrollo de la acción. Los combates.
5. Balance.
 - a. Táctico
 - b. Estratégico
 - c. Político
6. Lecciones aprendidas.
7. Conclusiones.

Bibliografía

- ALMIRANTE, J. (1989): *Diccionario militar*. Ed, Ministerio Defensa. Madrid.
- ARDANT DU PICQ, C. (1989): *Estudios sobre el combate*. Ed. Ministerio de Defensa. Madrid.
- CLAUSEWITZ, C. (1978): *De la Guerra*. Ed. Ejército. Madrid.
- D01-001 (2003): *Doctrina. Empleo de las Fuerzas Terrestres* (3ªEd.). Estado Mayor del Ejército. Madrid.
- DIXON, N. F. (1977): *Sobre la psicología de la incompetencia militar*. Ed. Anagrama Madrid.
- DUPUY, T. N. (1990): *La Compresión de la Guerra. Historia y teoría del combate*. Servicios de Publicaciones del EME. Madrid.
- ESPINO, A. (2001): “La renovación de la historia de las batallas”. En *Revista de Historia Militar. N°91*. Ed. Instituto de Historia y Cultura Militar. Madrid.
- EMC, ET (1955): *Reglamento Táctico de Infantería, tomo I*. Talleres del Servicio Geográfico del Ejército. Madrid.
- FÜLLER J.F.C (1979). *Batallas decisivas del mundo occidental*. Ed. Ejército. Madrid. 1979.
- GONZÁLEZ DE LARA, G. y MENA J. (1926). *Reglamento táctico de infantería*. Dirección General de Preparación de Campaña. Madrid.
- KEEGAN J. (1990): *El rostro de la Batalla*. Ed. Ejército, Madrid.
- PDC-01 (A) (2018): *Doctrina para el empleo de las FAS*. Madrid.
- REGAN, G. (2004). *Historia de la incompetencia militar*. Ed. Crítica. Barcelona.

VILLAMARTÍN, F (1883): *Obras selectas*. Establecimiento TIP. de los sucesores de Rivadeneyra. Impresores de la Real Casa. Paseo de San Vicente 20. Madrid.

VOLUNTAD DE VENCER. LA DOCTRINA MILITAR COMO FUENTE DE ESTUDIO PARA ENTENDER LA ACTUACIÓN EN LA GUERRA. EL CASO DE ESPAÑA EN MARRUECOS

WILL TO WIN. MILITARY DOCTRINE AND THE HISTORICAL STUDY OF BATTLE. THE CASE OF SPANISH WAR IN MOROCCO

César Labarta Rodríguez-Maribona⁵⁶⁵

Resumen:

Cuando nos enfrentamos al análisis de una batalla o conflicto, tendemos a obviar un importante factor de estudio como es la doctrina militar. Esta nos permite arrojar nueva luz sobre aspectos tales como el porqué de las decisiones tomadas en la batalla, muchas veces achacado a la genialidad o incompetencia de los contendientes, pero pocas a las directrices que emanaban de los estados mayores para la resolución de los problemas militares. Un aspecto que se torna fundamental, ya que la doctrina marca todo el ámbito de actuación de un Ejército, desde su táctica hasta la instrucción de sus componentes pasando por su logística, y es, por tanto, un elemento clave en el resultado final del combate.

Este trabajo pretende, usando como ejemplo de partida las campañas de Marruecos del siglo XX, poner en relieve la importancia del factor doctrinal a la hora de analizar una batalla, sobre todo, en lo concerniente a los aciertos y errores cometidos en la misma, demostrando cómo puede aportar un nuevo enfoque y comprensión al estudio de la Historia Militar.

Palabras clave:

Doctrina militar; Campañas de Marruecos; Ejército Español; decisiones tácticas

⁵⁶⁵ Licenciado en Historia del Arte por la Universidad del País Vasco y especialista en Historia Militar por la Universidad Complutense de Madrid.

Abstract:

Military doctrine is often a neglected aspect in historical studies of battles. However, its consideration often has the potential to explain decisions made in the field. These decisions are frequently attributed to the genius or incompetence of commanders, but rarely to directives of general staffs regarding the resolution of military problems. However, these play a fundamental role in the functioning of an army, covering fields as diverse as tactics, training and logistics. Military doctrine may therefore be considered a vital factor in determining the outcome of military engagements.

In this case study - the Spanish campaigns in Northern Morocco in the early 20th century - an attempt is made to evaluate the importance of military doctrine for the analysis of battles. In doing so, it intends to contribute to a new approach to Military History.

Key Words:

Military History; Military Doctrine; Spanish Campaigns in Morocco; Spanish Army; Tacticals Decisions

Definición de doctrina

A la hora de hablar de doctrina, debemos tener bien claro este concepto, un tanto difuso y que, a veces, se confunde directamente con una única parte de sus componentes. Tal como la definía el tratadista militar J. F. C. Fuller, la doctrina es la “idea central de un Ejército” y abarca una serie de elementos y factores condicionantes.

Atendiendo a la definición del *Diccionario del español Jurídico* de la Real Academia Española, la doctrina es:

«Conjunto de principios directores promulgados por el jefe de Estado Mayor de la Defensa que deben regir la actuación operativa de las Fuerzas Armadas españolas, proporcionando un marco de referencia común para la actuación específica de los Ejércitos, una

guía para la conducción de las operaciones militares, un marco de pensamiento y un catálogo de soluciones a los problemas en operaciones».

Como se puede ver, la doctrina es todo aquello por lo que se guía un Ejército a la hora de actuar, sirviendo, además, como un corpus común de actuación, pensamiento y aprendizaje.

Así mismo, y tal como señala el experto en análisis doctrinales Carlos Javier Frías, la doctrina “condiciona la táctica, la organización, los materiales, el adiestramiento y la enseñanza de un Ejército” (FRÍAS, 2014), con lo cual no es erróneo plantear que un fallo doctrinal en una parte del conjunto puede condicionar el resto de manera exponencial. El mismo Frías destaca que la base para crear una doctrina eficaz se encuentra en la capacidad de deducir cómo será el teatro donde va a operar el Ejército en el futuro y dar los pasos necesarios para adaptarlo a dicho escenario. El éxito de la doctrina diseñada para ese campo de batalla hipotético residirá, evidentemente, en el acierto a la hora de deducir este teatro de operaciones, ya que una doctrina errónea llevará inevitablemente a la derrota. Finalmente, otro factor de éxito doctrinal es la facilidad que esa doctrina tenga para poder modificarse en pleno conflicto y adaptarse así a unas condiciones de combate variables.

Independientemente de la capacidad de adaptación de la doctrina tanto a las épocas como a los conflictos, hay unos elementos que jamás varían y que forman parte de los llamados principios inmutables (o fundamentales) del Arte de la Guerra: voluntad de vencer, libertad de acción y capacidad de ejecución.

A estos se les suman otros, definidos como afines, que han ido variando en las diferentes doctrinas del período que nos ocupa, pero

que, en esencia, llevan a los tres principales: economía de fuerzas, seguridad, sorpresa, acción de conjunto y aprovechamiento del éxito.

Es importante, aunque hablan por sí solos, definir brevemente estos principios, por su influencia en los principios doctrinales. Así, atendiendo a lo que estipula la *Doctrina para el empleo de las FAS*, la voluntad de vencer es el firme propósito de imponerse al adversario y cumplir la misión. Para ello, debe contarse, invariablemente, con la libertad de acción, la cual está basada en poder decidir, preparar y ejecutar los planes, para cuya consecución es fundamental conocer al adversario, el entorno y los medios propios. Finalmente, la capacidad de ejecución es lo que permite adecuar los medios y su forma de empleo de manera eficaz.

Orígenes e influencias de la doctrina moderna en España

El punto de inflexión de una concepción moderna de la doctrina debemos ponerlo, sin duda, en la fecha de 1871, final de la Guerra Franco-Prusiana. Este conflicto, que se saldó con la sorprendente victoria de Prusia, actuó de revulsivo en todos los estados mayores de los Ejércitos de su época. Todos los textos y conceptos desarrollados hasta el momento quedaron de pronto obsoletos, lo que obligó a la elaboración de nuevas doctrinas que aplicaran las lecciones aprendidas.

Así mismo, los principales conflictos posteriores, hasta bien entrado el siglo XX, irían puliendo los conceptos doctrinales y los modificarían en la superficie, pero mantendrían la esencia surgida durante la guerra de 1871. Varios de estos conceptos doctrinales, como iremos viendo, estarán muy presentes en la doctrina española del período.

La Guerra Franco-Prusiana (1870-1871)

Muchas fueron las innovaciones, no solo de tipo técnico, surgidas entre ambas potencias, que, como decimos, cambiaron la forma de plantear los conflictos tanto a nivel estratégico como táctico y dejaron su huella en la doctrina militar de varios países durante un largo período de tiempo.

Entre las aportaciones básicas del conflicto nos encontramos, por un lado, cómo, en el plano táctico, los avances tecnológicos en armamento hacen que la única maniobra decisiva sea el desbordamiento del flanco enemigo para así poder envolverlo. Maniobra para la cual es necesario contar con una superioridad numérica, que solo se consigue con una amplia capacidad de movilización de grandes masas de efectivos y su rápido transporte al frente, lo cual fue decisivo en la victoria prusiana.

Por otra parte, Francia desarrolla, a su vez, la doctrina que más hondo calará en los Ejércitos europeos por sus componentes filosóficos de exaltación patriótica: la ofensiva a ultranza. De este modo, y en contraposición a la lógica actitud defensiva a la que invitaban tanto la cadencia de tiro como la precisión del nuevo armamento, se aboga por considerar estos factores tecnológicos muy inferiores al ímpetu de un Ejército al ataque y que busca el choque, ya que la ofensiva es el mejor modo de cohesionar a las unidades y darles moral, reflejando así el espíritu nacional, que ataca hasta romper el frente enemigo.

Debemos destacar que esta doctrina, que nace de los escritos póstumos del coronel Ardant du Picq, omite un importante elemento,

como es que, a pesar de considerar superior la lucha del espíritu sobre la importancia de la tecnología, Du Picq señala que, sin superar la batalla del material antes de lanzarse a la ofensiva, el resultado y las bajas pueden ser catastróficos. Posiblemente, esta importante omisión obedezca, en muchos casos, a la dificultad por parte de los diversos Ejércitos de poder ganar dicha batalla del material, por cuanto supone un coste económico que no pueden sostener, mientras que es mucho más sencillo y barato conseguir el espíritu de lucha por medio de ingentes masas de reclutas.

La Guerra Ruso-Japonesa (1904-1905)

Muchas veces olvidado, el conflicto que enfrentó a los imperios japonés y ruso por el control de Corea se saldó con la sorprendente victoria del primero, que se convirtió así en una potencia de primer orden. Aunque los avances tácticos que permitieron a Japón derrotar a Rusia fueron oficialmente desdeñados, sin duda producto de la conmoción que supuso la victoria de un país no occidental sobre una de las grandes potencias europeas, su huella en las diferentes doctrinas se deja notar en factores tales como la coordinación del fuego artillero con el avance de la Infantería, la defensa a cualquier coste de las posiciones conquistadas ante el contraataque enemigo y la economía de medios para mantener reservas fuertes, protegiendo exclusivamente puntos fuertes y de fácil defensa, como poblados, y dejando una delgada línea de cobertura en campo abierto.

Primera Guerra Mundial (1914-1918)

La Gran Guerra es un buen ejemplo de cómo no se aplicaron los avances tácticos del conflicto ruso-japonés. En ella volvemos a encontrar, por parte de los principales contendientes, la ofensiva a ultranza, con diversos matices según el Ejército.

De este modo, Alemania propugna, en su reglamento de 1902, el despliegue aprovechando el terreno y abandonando las, aún presentes, formaciones cerradas. Esto es algo que los críticos no comparten, porque consideran que esa clase de despliegue puede provocar que el mando pierda el control de su unidad. Este rechazo, por cierto, es compartido por Francia, que opina que un infante alejado de sus compañeros puede tender a buscar refugio y dejar de avanzar.

Para ambos países, la potencia de fuego en el avance es fundamental, ya que es la que permite la progresión de la Infantería sobre el enemigo. Sin embargo, para los franceses, fieles a su “espíritu de la bayoneta”, prima el movimiento sobre el fuego, debido a que este es difícil de mantener durante el avance, a causa de los problemas de municionamiento. Francia establece, en su reglamento de 1904, un avance u ofensiva en dos fases: una inicial de tanteo por medio del reconocimiento y una decisiva, que aúna el ataque masivo y compacto con el movimiento y choque sobre el punto clave del enemigo.

En lo referente a la maniobra, la ruptura de frentes se impone sobre el resto. Esta se produce gracias al uso de la Artillería, aunque en el bando aliado se busca incrementarla para establecer barreras de fuego progresivas que precedan a la Infantería, con la consecuencia de privarla de su condición de Arma decisiva. Por su parte, Alemania

prefiere una corta preparación artillera que no buscaría destruir las posiciones defensivas sino neutralizarlas para que el inmediato ataque de la Infantería recortase distancias y pudiese infiltrarse entre las líneas enemigas. Estos conceptos serán los que más veremos reflejados en las doctrinas del resto de los países del entorno.

Francia en Marruecos (1912-1927)

No podemos dejar de hacer mención del conflicto colonial que más influyó a España en el concepto doctrinal, como es la acción francesa en el escenario marroquí.

Una doctrina, la colonial francesa, que, en ocasiones, tomaba elementos de la española, como el uso de la columna como unidad de empleo más habitual y que se basaba, directamente, en la llamada «columna cubana», ideada por Valeriano Weyler y de carácter interarmas, donde se combinaba el uso de Infantería, Caballería, Artillería y fuerzas indígenas.

En el aspecto táctico, en Marruecos, el Ejército francés pone en práctica, en su doctrina de la ofensiva, un sistema basado en tres variables: el empleo exclusivo de fuerzas móviles, un sistema de posiciones o un sistema mixto que combina los anteriores. Todo ello, tal como ocurrió en la I Guerra Mundial, con un claro predominio del movimiento sobre el fuego.

En cuanto a la maniobra, volvemos a encontrar aquí conceptos ya conocidos, tales como usar en la ofensiva un ataque de frente que fije al enemigo combinado con otro principal desbordante sobre las comunicaciones enemigas.

Así mismo, los batallones que conformaban las columnas adoptaban un dispositivo de ataque de dos compañías en línea y una tercera en reserva, mientras que los apoyos artilleros se coordinaban con un destacamento de enlace. Durante el asalto, la compañía de ametralladoras adscrita al batallón conformaba una base de fuegos que tiraba por encima de las propias unidades o en el intervalo entre compañías y batallones.

Los textos doctrinales en España

España no es ajena a esta transformación e inicia, a su vez, su propia reforma de los conceptos militares. Para ello, se basa en el éxito prusiano, pero sin dejar su habitual influencia de los conceptos doctrinales franceses por proximidad tanto geográfica como cultural.

De este modo, surge la primera doctrina específica para el empleo de las unidades en la guerra desde el tratado séptimo de las Ordenanzas de Carlos III, a las cuales sustituye: el Reglamento del Servicio Militar de Campaña de 1882. En él, y como ya se ha señalado, la influencia prusiana es evidente, sobre todo, al estar pensada para los teatros europeos de movimiento de masas de maniobra usando el ferrocarril. Así mismo, se pierde ya el uso del orden cerrado, y se pasa, definitivamente, al abierto, mientras que la compañía se transforma en la unidad táctica fundamental.

Pero el principal elemento doctrinal que aporta este reglamento es la lección aprendida por ambos contendientes en el conflicto franco-prusiano: la primacía de la ofensiva por encima de todo, incluso en la defensa, la cual es, para los nuevos conceptos, un mero estado temporal

antes del paso a la ofensiva⁵⁶⁶. Como ya hemos mencionado, la ofensiva a ultranza tiene un hondo calado en la concepción de las doctrinas al considerarse una analogía del espíritu nacional.

A pesar de la dilatada experiencia española, hasta la fecha, en guerras irregulares, este reglamento omite cualquier referencia a dicho tipo de combate, con lo cual no se puede hablar de una doctrina oficial contra la guerra irregular, algo fundamental para el Ejército de ultramar, que se enfrentaba a los insurrectos cubanos en la Guerra de los Diez Años.

Una posible explicación a esta omisión es la que aporta el comandante de Estado Mayor Leopoldo Barrios en una conferencia sobre la guerra de Cuba, impartida en 1893, al señalar que, a pesar de la experiencia española en guerra irregular desde la invasión napoleónica, ni estas ni todas las que están sosteniendo los países europeos en el momento responden a un patrón general del que se pueda extraer un corpus teórico. Algo que descubrirán, duramente, los oficiales que pasen de las campañas de ultramar al teatro norteafricano, al comprobar que el enemigo rifeño poco o nada tiene que ver con los mambises o los tagalos⁵⁶⁷.

⁵⁶⁶ A pesar de que, como decimos, esta primacía de la ofensiva es de clara influencia francesa, no podemos dejar de mencionar aquí que, mucho antes de los textos de Armand du Picq, un tratadista militar español, Francisco Villamartín (1833-1872), ya propugnaba que la actitud ideal en la acción es siempre la ofensiva.

⁵⁶⁷ Cabe señalar que, a pesar de las palabras del comandante Barrios, sí existe cierto patrón y similitudes, aunque sean de actuación, en los diversos conflictos coloniales de la época, ya sean en África, con los Ejércitos británico e italiano, o en las guerras indias que entabla el Ejército de EE. UU. a medida que va colonizando su extenso territorio al oeste. Por descontado, todos tienen en común las dificultades que el nuevo modelo de guerra plantea, con un enemigo irregular, de extremada dureza y en un terreno inhóspito.

Aun así, los ensayos teóricos sobre la guerra irregular abundan en este período, analizando sus causas y proponiendo soluciones a los problemas que plantea. Textos que no pasan a formar parte de la doctrina oficial pero que, sin duda, son debatidos y tenidos en cuenta en el ámbito castrense.

Los antecedentes oficiales

Evidentemente, los militares españoles que se enfrentaron a los conflictos irregulares de finales del XIX y principios del XX contaban todos con un bagaje doctrinal aprendido en su paso por las academias militares y que, unido a las lecciones aprendidas de otros conflictos foráneos, formaba parte de su acervo profesional.

Los principales tratados del siglo XIX ya empiezan a perfilar y tener claros dos conceptos básicos que se irán desarrollando hasta bien entrado el siglo XX: la acción coordinada de las tres Armas y la primacía de la ofensiva como modo de mantener la iniciativa en el combate. Surgen autores como Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero (1808-1874), cuyas doctrinas nunca fueron oficiales pero que, debido a su innovación, eran ampliamente estudiadas; o el ya mencionado Francisco Villamartín, precursor en muchos aspectos de conceptos desarrollados e importados de otros países.

Sería un discípulo de este último Rafael Vasallo y Roselló, quien definiría la táctica de empleo de todas las Armas como “la general o sublime”, mientras que la centrada en cada una de ellas será “la de detalle”. Estos dos conceptos calarían hondo entre los militares de la época, al ser su libro *Estudio del arte de la guerra y de la historia*

militar (1879) uno de los manuales de texto oficiales en las academias. Vasallo, además, preconiza el buen despliegue estratégico como la clave para una victoria táctica.

Otro autor que hay que tener en cuenta y cuya obra constituyó todo un reglamento oficioso dedicado a la Táctica y la Estrategia es Carlos Banús y Comas (1852-1934). El gran esfuerzo de Banús en su *Estrategia y Gran Táctica* (1892) es, precisamente, poner en valor a los tratadistas anteriores a él y presentar una obra de pensamiento netamente español. Precisamente, una de sus grandes aportaciones es su propuesta de que el mando político y el militar deben ser desempeñados por una única persona, algo totalmente opuesto a las tendencias de la época. El tratadista justifica su postulado en el hecho de que la guerra es siempre permanente y consta de dos partes: una de preparación de las fuerzas militares y designación del teatro de la guerra, y otra de ejecución, donde la estrategia marca las operaciones a realizar. En el plano doctrinal, Banús es un precursor, adelantándose incluso a tratadistas como Ferdinand Foch, al considerar que la Estrategia se rige por los principios de concentración de esfuerzos y economía de fuerzas. Algo que, como veremos más adelante, tendrá una vital importancia en el desarrollo de las campañas del Rif.

Los postulados de Banús son también adoptados y difundidos por José Almirante y Torroella (1823-1884), autor de una prolífica obra tanto en canales oficiales como extraoficiales. En los primeros desarrolla, entre otros, el *Reglamento para el Servicio de Campaña*, de 1882, y la *Guía del Oficial en Campaña*, que estará vigente entre los textos oficiales de la Academia General Militar durante la primera

mitad del siglo XX. Almirante diferencia entre abastecer y crear los Ejércitos en función de factores económicos y administrativos y la conducción de operaciones. Lo primero correspondería al Gobierno, en cuanto es labor de preparación y previsión, y lo define como “arte militar”, mientras que lo segundo es tarea del general en jefe que ejecuta dichas operaciones y que toma el control de lo que se llama el “arte de la guerra”, el cual es dividido por este autor en Estrategia, Táctica y Logística. A pesar de establecer esta diferencia, Almirante aboga por que sea una única persona la que ostente las responsabilidades de ambos conceptos en caso de guerra y durante el cual tendrá siempre más peso la estrategia que la política.

Serán los postulados de estos tratadistas y otros muchos los que conformen el pensamiento militar y doctrinal de los jefes y oficiales que combatirán en las campañas del Rif. Pero, como ya hemos indicado, las inquietudes intelectuales de estos militares no quedaban limitadas a los textos oficiales, sino que compartían y debatían también, sin duda, los conocimientos que se adquirían por otros canales y los provenientes de la experiencia o la teorización de otros militares.

La doctrina oficiosa

A pesar de lo ya mencionado sobre la ausencia de doctrinas oficiales sobre la guerra irregular, esta contó con diversos textos que trataron de establecer unos principios que sirviesen para afrontar los retos que este tipo de combate presentaba. Conocimientos que, si no llegaron a formar parte del corpus oficial de doctrinas, al menos sirvieron para que los

militares del momento se los planteasen y los aplicasen en mayor o menor medida.

Este es el caso de la memoria redactada en 1868 por Valeriano Weyler a instancias del general Blas Villate, conde de Valmaseda. Aunque, como varios autores señalan, resulta exagerado decir que Weyler fue el primero en definir la guerra de guerrillas y establecer unas tácticas para combatirla eficazmente, sí es cierto que es el primero que le presta atención a nivel teórico, siendo su memoria uno de los primeros textos, si no el pionero, en plasmar estas cuestiones. Es, así mismo, uno de los pocos estudios que se tiene en su época sobre las tácticas en la guerra de Cuba, totalmente olvidadas en la tratadística del momento. Carencia que luego se haría notar en Marruecos, como bien señalará Dámaso Berenguer en su *La guerra de Marruecos* (1918)⁵⁶⁸.

De lo que no cabe duda alguna es que su labor como jefe de Estado Mayor de las fuerzas del conde de Valmaseda y su diseño de las columnas móviles interarmas fue uno de los factores de éxito en la Guerra de los Diez Años y que la disposición de la llamada “columna cubana” quedó establecida como un principio doctrinal que fue trasladado posteriormente al teatro africano⁵⁶⁹. No debemos olvidar, además, que la unidad de élite profesional que crea el propio Weyler

⁵⁶⁸ El ya mencionado comandante Leopoldo Barrios será uno de los pocos que defiende la importancia de conocer las campañas cubanas para poder aplicar las lecciones aprendidas en futuras guerras irregulares.

⁵⁶⁹ Queremos recordar lo ya mencionado, que Francia, de la que tantos aspectos doctrinales tomó España para aplicar a su acción en el Protectorado, utilizó como referencia la “columna cubana” para crear sus propias columnas de operaciones, base también de su éxito militar en Marruecos y que conformó así una curiosa retroalimentación doctrinal.

para combatir a los insurrectos, los Voluntarios de Valmaseda, sirve de semilla de lo que luego sería el Tercio de Extranjeros.

No sería hasta la publicación en 1883, por parte del Depósito de la Guerra, de la obra *Guerras irregulares*, de José Ignacio Chacón, que se estableciese la división en dos clases de guerra: regular e irregular. Esta obra trata de establecer ciertas reglas para el combate irregular, pero no lo consigue, al obviar, extrañamente, de nuevo, las campañas cubanas. Aun así, Chacón deja en evidencia el enorme error doctrinal español, arrastrado a lo largo de estos años, con respecto a este tipo de guerra, al señalar que España debería ser líder en la lucha contrainsurgente, ya que tiene experiencia de sobra tanto en Cuba y Filipinas como en las guerras carlistas.

Quizá uno de los textos que más profusamente analiza las guerras irregulares sea el del capitán de Infantería Juan Calero Ortega *Guerras irregulares y de montaña* (1897), que sirve de auténtica doctrina oficiosa. En él no solo se analizan las diferencias entre los tipos de combatientes, dejando patente las existentes entre el soldado de reemplazo y el insurgente, sino que aboga por una oficialidad voluntaria y una recluta entre los nativos, que produzca una contrainsurgencia eficaz⁵⁷⁰.

Como decimos, Calero establece toda una doctrina de combate para las guerras irregulares, analizando aspectos tales como la uniformidad,

⁵⁷⁰ Resulta curioso encontrar en Calero un rechazo frontal al servicio militar obligatorio, mientras que se muestra partidario de la redención en metálico. Considera que, aunque todos deben servir a la patria, no todos valen para ello, con lo cual unos deberán aportar sus cualidades físicas mientras que otros deberán con su dinero sostener un Ejército capaz de defender la nación y sus intereses.

la alimentación, las tácticas y la composición de la fuerza en columnas. Su obra es una buena muestra de que, aunque no hubiese una doctrina oficial, sus postulados, así como los de otros teóricos, se aplicaban en líneas generales. Analizando la actuación española en el Rif encontramos muchos elementos ya apuntados por Calero y sus predecesores, tales como el flanqueo del enemigo una vez fijado, conocer perfectamente el modo de combatir del contrario y adaptarse al mismo, el avance con varias columnas convergentes sobre un objetivo... y, sobre todo y muy importante, establecer un plan de operaciones que obedezca al principio de “la rapidez en el obrar” y donde “la irresolución y la perplejidad han de desaparecer en la dirección del Ejército y en la ejecución de las órdenes, porque el enemigo la sabrá apreciar y aprovecharla” (CALERO, 1897, pp. 142-146).

Posteriormente a la pérdida de Cuba y Filipinas y una vez centrados los esfuerzos en el teatro marroquí, continuamos encontrando textos doctrinales que teorizan sobre la mejor forma de abordar un conflicto irregular, aunque esta vez sí que se toma como referencia la reciente campaña de Melilla de 1909.

En este período sigue estando presente la obra de Banús y Comas, que continúa realizando importantes aportes a la doctrina de la guerra irregular que, aunque no son adoptados oficialmente, son patentes sus influencias en las diversas formas de proceder en campaña. Banús no solo teoriza en aspectos tácticos y orgánicos, sino también logísticos, con recomendaciones sobre uniformidad, alimentación y armamento, sobre los que entraremos más adelante.

Entre todas las obras surgidas en las primeras décadas del siglo XX, queremos destacar la del teniente coronel de Caballería José Álvarez Cabrera *Columnas de operaciones en Marruecos. Estudio político-militar* (1909), por tanto, muchos de sus postulados se pueden encontrar en las actuaciones militares en la guerra del Rif.

En esta obra, publicada al tiempo que da comienzo la Guerra de Melilla, aboga por el uso de las columnas volantes e interarmas, de gran movilidad, que permitan tanto usar la fuerza en caso de conflicto como ejercer la labor política en el territorio. Álvarez Cabrera es consciente de que a los rifeños hay que atraerlos al lado español por medio del trabajo y el comercio, por lo cual, las columnas cumplen a la perfección la doble función ya mencionada, ya que los puestos avanzados donde pueden abastecerse necesitan ser conectados por medio de carreteras, lo que crea empleo y rutas comerciales en un futuro. Es por eso por lo que remarca, al igual que han hecho sus predecesores, la importancia de la cuidadosa elección del mando, ya sea de jefe de columna o superior. En este recaerá el éxito estratégico y, también, en su conocimiento de la situación política y del carácter e idiosincrasia del rifeño tanto en su faceta de aliado como de enemigo⁵⁷¹.

En cuestiones tácticas, Álvarez Cabrera también postula la maniobra y el flanqueo de las fuerzas enemigas una vez fijadas sobre el terreno y

⁵⁷¹ A partir de esta obra ya vemos continuas referencias a la doctrina francesa aplicada por el general Liautey, el cual llega, incluso, a emitir recomendaciones al rey Alfonso XIII sobre cómo actuar en el Protectorado tanto a nivel político como militar, aunque este último aspecto no será compartido en su totalidad por la oficialidad española debido a la dureza de la represión francesa de los casos de rebelión, algo que también se ve reflejado en la obra de Álvarez Cabrera y su postura en contra del uso continuado y excesivo de la fuerza en la pacificación del territorio.

la preponderancia de la ofensiva, evitando en la medida de lo posible la retirada, al ser el momento en que el enemigo adquiere más fuerza. Ante eso también es claro: las fuerzas propias deben buscar siempre la superioridad sobre las contrarias, no siendo esta necesariamente numérica, si no mejor en la moral y determinación de las tropas.

Como hemos podido ir viendo a lo largo de este apartado, aunque, de manera oficial, no encontramos una doctrina creada específicamente para combatir tropas irregulares (como sí podemos encontrarla en los procedimientos habituales de las Fuerzas Armadas de hoy en día), sí hay conceptos, tomados de diversas fuentes, aplicados en las campañas marroquíes y que, en muchos casos, guiaban la toma de decisiones de los mandos, al ser parte de su propia formación.

La doctrina española aplicada en el Rif

A la hora de estudiar la doctrina de un Ejército, no podemos desligar la misma de los factores poleomológicos en los que se ha desarrollado y que han influido, en mayor o menor medida, en el éxito de aplicación de esta, haciendo así válido el axioma que defiende que los Ejércitos son producto de las sociedades de las que proceden.

La España de Alfonso XIII

Con la llegada al trono de Alfonso XIII en 1902, la población española comienza a transformarse. La esperanza de vida se encuentra en los 35 años, seis más de los 29 que afrontaban en tiempos de la Guerra de Cuba. Gradualmente, la tasa de mortalidad va descendiendo gracias a las mejoras sanitarias, pasando del 37% del último cuarto del

siglo XIX a un 29%. Esto hace que el reinado de Alfonso XIII comience con 18,6 millones de habitantes, cifra que aumentará a los 23,5 al finalizar el mismo y a pesar de que, comparada con la de mortalidad, la tasa de natalidad no era excesivamente elevada. Aun así, la España de esta época no consigue reducir la cuantiosa mortalidad infantil, que es una de las más altas de toda Europa, y afronta desastres como la epidemia mundial de gripe de 1918, que produce una tasa de mortandad del 1% de la población (200.000 de un total de 8 millones de enfermos).

Aunque, en este período, España sigue siendo un país eminentemente agrario, se produce una creciente emigración del campo a la ciudad, con una media de 26.000 campesinos anuales en la primera década, lo que conlleva un aumento de la población urbana que alcanza cifras del 50% del total en los últimos años del reinado alfonsino. Así mismo, hay un importante movimiento migratorio que lleva a la población a abandonar España rumbo a América para no volver.

Este tejido social agrario y su dispersión es una de las causas de que España cuente, en 1900, con una tasa de analfabetismo del 56%. Esta cifra, a todas luces excesiva en comparación con otros países tales como Francia y su 17%, es debida al deficiente sistema educativo. Un sistema que estaba, teóricamente, basado en el principio de generalidad y gratuidad, pero que en la práctica dejaba la enseñanza primaria en manos de los Ayuntamientos y sus escasos recursos, ya que el gasto público iba en su mayoría a la enseñanza superior, copada por las clases pudientes (CABALLERO, 2016, p. 23).

Como bien señala Puell de la Villa, el crecimiento demográfico no se tradujo en un aumento de los jóvenes para incorporar a filas, ya que

se mantuvo el cupo en unos 150.000 anuales, en parte lastrado por la emigración a ultramar. Por contra, estos jóvenes que emigran a las ciudades y los que se mantienen en un medio rural cada vez más empobrecido pasan a engrosar la clase obrera, ya claramente organizada e influida por los movimientos sindicales, al tiempo que la clase media, que experimenta un auge a causa del urbanismo, se va posicionando en posturas contrarias al régimen monárquico tras la crisis posterior a la I Guerra Mundial (PUELL, 1996).

En el plano económico, se produce un desarrollo industrial a partir de 1900, con un crecimiento de la producción siderúrgica y minera, aunque excesivamente centralizada en el País Vasco y Cataluña, lo que impidió un desarrollo industrial mayor, unido al débil mercado interior y a la dependencia extranjera en el plano tecnológico.

Así tenemos un crecimiento anual medio del 1,1% de la renta per cápita entre los años 1900 y 1923, al tiempo que los gobiernos de la Restauración sanean las finanzas públicas reduciendo los intereses de la deuda y controlando el gasto estatal, lo que lleva, incluso, a tener un superávit en los presupuestos de la primera década del siglo XX, algo que nunca más se ha repetido en la historia de España. La transformación del Banco de España, que pasó a controlar la emisión de billetes, consiguió controlar la inflación y hacer estable a la peseta. La neutralidad de España en la Gran Guerra hizo que no tuviese competencia en la producción y exportación de materias primas, lo que creó un boom económico que duró hasta el fin del conflicto. La vuelta a la normalidad de los países beligerantes produjo una crisis económica y un fuerte desabastecimiento interior en 1917 que duró hasta 1924,

cuando España se suma a la euforia económica del resto del mundo en la segunda mitad de la década de los veinte.

El Ejército de Alfonso XIII

España afronta el inicio del siglo XX con la pesada herencia bélica de un siglo anterior sumido en exceso de conflictos armados y expediciones varias. La Guerra de la Independencia y las de emancipación americanas del primer cuarto de siglo dieron paso a tres guerras carlistas, una guerra con Marruecos, otra con Santo Domingo, dos expediciones a Conchinchina y México y tres guerras en Cuba, siendo la última, junto con la de Filipinas, el final de la presencia española en ultramar.

La derrota de 1898 deja al Ejército con la moral muy baja y con una plantilla de jefes y oficiales desproporcionada en función de la tropa, debido, en parte, a la fusión del contingente de ultramar con las unidades peninsulares. De este modo, y según el Anuario Militar de 1900, en esta fecha, España cuenta con un Ejército de 110.926 soldados, comandados por 23.767 oficiales y 529 generales, lo que hace una media, según las cifras, de un oficial por cada 5 soldados. Un porcentaje que, comparado con los Ejércitos alemán y francés, se antoja muy elevado, en tanto que estos tienen un oficial por cada 20 y 23 soldados respectivamente. Sorprendentemente, esta situación no tiene visos de solucionarse durante todo el período y nos encontramos que, de un total de 2.331 jefes, de los cuales 562 son generales, en 1895, se pasa a la cantidad de 3.488 en 1921, de los cuales 832 son generales (PANDO, 1999, p. 78).

En el plano económico, este Ejército tiene asignado un presupuesto excesivo en comparación al dedicado a otros sectores, pero que de poco sirve al estar mal empleado y dedicado, en su gran mayoría, al sueldo de los cuadros de mando. Un salario que, por encima, es escaso en comparación a lo que gana el personal civil de la época.

El ya de por sí elevado presupuesto se ve incrementado siempre por créditos extraordinarios para pagar la guerra en Marruecos y así nos encontramos en 1904 un incremento de 122 millones sobre los 204 previamente asignados. Al igual que con el número de oficiales, esta situación no se corrige con los años y este incremento en 1917 es de 124 millones sobre los 293 aprobados (ALBI, 2016, p. 75).

A pesar de que estas cifras puedan hacer pensar que se dedicaba un esfuerzo económico importante a la guerra en Marruecos, nada más lejos de la realidad, viendo cómo se realiza el reparto de estos importes y encontrándonos datos tan sorprendentes como que, de los 429 millones presupuestados en 1918, solo se dedican 112 al Ejército de Marruecos, mientras que 317 son destinados a la Península. En 1920, poco antes de Annual, del presupuesto de 627 millones solo se destinan 147 al Ejército de África (PANDO, 1999, p. 79).

También en comparación con los Ejércitos francés y alemán del momento sale el español mal parado en el plano económico: por el mismo coste de 127.000 soldados franceses o 146.000 alemanes, España mantenía un Ejército de 80.000 soldados con graves carencias materiales y formativas (ALBI, 2016, p. 78).

A esto se le suma un Ejército conscripto, con un sistema de reclutamiento que ahonda en la división social al contar con unas

formas de exención totalmente injustas para las clases desfavorecidas, ya que solo se podía librar de cumplir el servicio militar abonando una cantidad fija, la llamada “redención a metálico”, o pagando a algún quinto excedente de cupo para que cumpliera con la llamada a filas en lugar de la persona a la que le correspondía, la llamada “sustitución”. A partir de 1910 y a instancias de Alfonso XIII, se procedería a la abolición de estos sistemas de exención después de infructuosos intentos, siempre parados por el importante ingreso presupuestario que suponía la redención a metálico y por la poca predisposición de las clases dirigentes a que sus hijos conviviesen en los cuarteles con personas procedentes de las clases populares y ya influidas por los nuevos movimientos revolucionarios. El factor económico y la necesidad de ingresos al Tesoro Público haría que el nuevo sistema fuese igual de injusto que el anterior, ya que, con la creación del “soldado de cuota”, aquellos que tuviesen entre 1.000 y 2.000 pesetas, cantidades al alcance de muy pocos, podían reducir su servicio militar de tres años a diez y cinco meses. Esta medida, al estar dirigida a beneficiar a jóvenes universitarios y trabajadores cualificados, no hizo si no ahondar más la división social y el rechazo al ser llamados a filas, sobre todo, porque eso suponía ir a luchar en la guerra.

Este tejido social que configura el Ejército español de principios de siglo es uno de los pilares sobre el que habrán de sustentarse las diversas doctrinas diseñadas para el conflicto del norte de Marruecos y factor clave para su efectividad.

La táctica en el Ejército Español

Partiendo del uso de la columna interarmas⁵⁷² como entidad principal de la fuerza, la táctica de combate más usual en el plano ofensivo es la que comprende tres columnas que convergen sobre el objetivo en forma de escalón, creando un tridente formado por una vanguardia situada en uno de los extremos del contingente, un centro y una retaguardia en el lado de la formación que queda libre. El eje de progresión de estas columnas es siempre paralelo unas con otras y la coordinación entre ellas se establece por medio de las señales ópticas del heliógrafo, método de comunicación habitual. Una vez llegadas al punto de convergencia, cada columna se ocupa de un objetivo asignado, que puede estar delimitado en unas alturas o en un poblado.

Aunque van coordinadas, estas columnas avanzan de modo autónomo y bajo la protección de su propia artillería y secciones de ametralladoras, teniendo siempre en cuenta no quedar aisladas unas de otras y actuando de apoyo de flanco de la más cercana, siempre que sea posible. El uso de varias columnas permite tanto aumentar el frente de despliegue como la velocidad de progresión, algo recomendado por todos los tratadistas ya mencionados y que impide que la fuerza enemiga pueda concentrarse en un punto o establecer ataques de flanco, así como crea la sensación de ser una fuerza imparable.

⁵⁷² Evolución de la «columna cubana»: esta solía estar conformada por un batallón de Infantería, que contaba con cuatro compañías de fusiles y una de ametralladoras, un escuadrón de Caballería, una batería de Artillería de Montaña y una unidad de Zapadores.

Una vez desalojado el enemigo tras ocupar los objetivos, comienza el trabajo de fortificación de la posición avanzada, ya sea un campamento o un blocao⁵⁷³. Este trabajo es realizado por los zapadores que van integrados en la columna y que son hostigados continuamente por los rifeños que regresan o que actúan como francotiradores. Las obras de fortificación progresan así bajo el fuego enemigo mientras los trabajadores son protegidos por la vanguardia, que crea un perímetro de seguridad, y el apoyo de la artillería y las ametralladoras, que rechazan las acciones enemigas. Estas mismas piezas son las que protegen la retirada de la fuerza una vez terminados los trabajos, repliegue que se realiza siempre de manera escalonada y con apoyo mutuo entre todos los elementos de combate.

Como podemos ver, la táctica, en general, no varía en lo básico de los conceptos clásicos del yunque y martillo. Lo más habitual es fijar al enemigo cuando se toma contacto con él y rebasarlo por los flancos en diversos tipos de maniobra (convergentes, de frente y flanco, desbordantes y frontales). Curiosamente, y teniendo en cuenta sus propias capacidades de combatiente irregular, los rifeños utilizan el mismo procedimiento de fijar y atacar por los flancos. Cabe destacar que es Valeriano Weyler el que propugna este tipo de táctica en enfrentamientos con tropas irregulares, ya que la protección de sus

⁵⁷³ El tan denostado, por algunas historiografías, blocao es una de las piezas fundamentales de la doctrina aplicada en las campañas de Marruecos, al servir de puesto avanzado sobre el que realizar labores de control del territorio. Reglamentado en un manual de fortificación realizado por José María de Soroa y Fernández de la Somera en 1905, su autor estipula su uso en “la guerra de montañas, cuando el enemigo esté mal organizado [...] y, principalmente, en la guerra contra países salvajes” (SÁEZ, 2018, p. 26).

flancos es una de las grandes carencias de los contingentes así formados.

A nivel batallón, en el plano táctico se siguen los postulados del *Reglamento Táctico de Infantería de 1914*, donde se propugna el enfrentamiento en guerrilla. Aquí, la mitad de las compañías ataca en un frente máximo de 500 metros y la otra mitad actúa como fuerzas de reserva. El objeto de esta maniobra es conseguir una superioridad de fuego que permita lanzar un asalto a la bayoneta que decida el combate en el choque. Poco a poco, esta superioridad se obtiene, además de con los fusiles, con el uso de cañones y ametralladoras, para conseguir que las unidades puedan aproximarse a menos de 500 metros para lanzar el asalto. Sin olvidar, además, la importancia más adelante del entrenamiento del soldado profesional de Regulares y del Tercio que dotaba de mayor eficacia a esta maniobra.

No será ya hasta 1919 que nos encontremos con una doctrina oficial propiamente dicha sobre las misiones y procedimientos tácticos a aplicar en Marruecos. Establecida por el general Dámaso Berenguer, cuenta con novedades que optimizan los procedimientos ya adoptados, como la nueva composición de la columna interarmas que será conocida como “columna Berenguer”⁵⁷⁴. Una agrupación táctica, por cierto, que

⁵⁷⁴ Se distingue, sobre todo, por un aumento exponencial de los efectivos que la dota de una autonomía mucho mayor y concebida, sobre todo, para poder llevar a cabo los planes ejecutados en 1921. Constaba, así, de 2.500 hombres distribuidos en 3 batallones de Infantería, de los cuales dos eran de tropas indígenas, 3 escuadrones de Caballería, 1 batería de Artillería de Acompañamiento, 2 compañías de Zapadores y 5 baterías de sitio a disposición del jefe de la columna.

será precursora de la *task force* utilizada por los aliados en la II Guerra Mundial y que hoy en día es estándar en la OTAN⁵⁷⁵.

Esta doctrina encuentra, sobre todo, su máximo exponente en el apoyo artillero al avance de la Infantería. La Artillería ya no hace una preparación de fuego antes del avance de la Infantería, sino que va creando una cortina frente a los infantes que se va alargando progresivamente mientras estos avanzan y les abre camino. Una táctica, esta del bombardeo que precede al avance de las fuerzas terrestres, que será clave durante la II Guerra Mundial, donde se presentará como algo novedoso. El gran hándicap de este procedimiento de combinación de Armas residía en la dificultad de mantener la cadencia de tiro artillera, para lo cual era imprescindible contar con vías adecuadas para el transporte de la munición.

La doctrina táctica está, a su vez, sometida a varios factores de tipo logístico de los que depende su éxito o fracaso al aplicarla. Factores que, podría decirse, conforman, junto con el económico, buena parte de la base de los elementos del Arte de la Guerra, que son la capacidad de ejecución y la libertad de acción.

La instrucción militar en el Ejército Español

El tema de la instrucción del soldado durante el período comprendido en este trabajo o, mejor dicho, la escasa instrucción, es

⁵⁷⁵ A grandes rasgos, una *task force* es una unidad creada para operar en un escenario y misión concretos, cuyos efectivos se van tomando del resto de unidades del Ejército según necesidad y que regresan a sus estructuras originarias una vez finalizada la misión.

uno de los factores más señalados por la gran mayoría de los estudios como determinante en el devenir de las acciones militares acontecidas en el Rif. Este es un mal endémico de nuestro Ejército, producto de la escasez de presupuesto destinado a la formación práctica del soldado, ya que los fondos, como hemos señalado, se van en pagar los sueldos.

La mayor evidencia de esta falta de formación reside en el hecho de que España contaba en 1912 con tan solo tres campos de tiro de propiedad estatal, a los que se sumaban otros dos alquilables según la disponibilidad de la época de cosecha. Esta situación se agravaba también con la escasez de campos de maniobra que permitiesen ensayar las diversas tácticas ideadas por la doctrina, de los cuales solo el de San Gregorio era el único con capacidad para desplegar una brigada de tres batallones y que permitía poder hacer prácticas de artillería. Por si esto fuese poco, las maniobras con fuego real eran casi impensables debido al alto coste de la munición y la consideración de que, por tanto, no se podía desperdiciar⁵⁷⁶ (PUELL, 1996, p. 236).

A pesar de las continuas reclamaciones por parte de la oficialidad de incrementar la instrucción de tiro de los reclutas, el único medio que tendrá el soldado para familiarizarse con su arma será el propio combate si es destinado a zona de operaciones, mientras que el peninsular solo usará el fusil para realizar guardias en el cuartel. Y será el combate, también, su único medio para instruirse ya que, por encima, en el Rif

⁵⁷⁶ De nuevo las cifras comparativas con otros Ejércitos de su época son significativas y reflejan que en España se dedicaban 4.000 hectáreas a la instrucción de tiro, mientras que Alemania usaba más de 150.000 y Francia, 50.000, cifra que, por cierto, este país consideraba muy escasa para conseguir un nivel mínimo de instrucción (PUELL, 1996, p. 236).

no se harán prácticas de tiro para evitar alarmar a los habitantes de la zona.

Evidentemente, de esta situación solo puede salir, en muchos casos, un soldado bisoño, nervioso ante el combate y no sujeto a una disciplina de fuego, que va desperdiciando la munición y no aprovecha todo el potencial de su armamento. Aun así, encontramos autores como Banús y Comas que restan importancia a este factor de la instrucción, porque consideran que el soldado en combate debe batir una zona con fuego colectivo sin necesidad de ser preciso, ya que eso depende de su actitud y ánimo. Esto, unido a la escasa formación en tiro del soldado, hace innecesarios los grandes alcances de los fusiles modernos, al ser el soldado incapaz de apreciar las distancias para manejar los elementos de puntería. Además, las tácticas ya mencionadas establecen que el soldado se encuentre a menos de 500 metros para abrir fuego contra el enemigo, distancia que, precisamente, es en la que se puede usar un fusil con precisión sin modificar el alza (BANÚS, 1909, pp. 11-37).

El armamento del Ejército Español

No vamos a detenernos en las características y enumeración del armamento utilizado por las tropas españolas en las campañas del Rif, tema profusamente tratado en diversos estudios. Desde el fusil Mauser Español modelo 1893⁵⁷⁷ hasta la ametralladora Hotchniss modelo

⁵⁷⁷ De calibre 7 X 57 mm y capacidad para cinco cartuchos, estuvo en vigor en el Ejército Español hasta bien entrada la década de los 50 y se le consideró el mejor fusil que ha estado en dotación hasta la llegada de los fusiles de asalto semiautomáticos.

1914⁵⁷⁸, pasando por los cañones Schneider y Krupp⁵⁷⁹, el armamento en vigor es de una calidad pareja al de otros Ejércitos occidentales, llegando incluso en algunos casos a superarlo.

A pesar de todo, el tema del armamento es también recurrente en los estudios como un factor negativo y llega, incluso, a calificarse de inadecuado y desfasado. Lo cierto es que, a medida que han ido evolucionando los procedimientos tácticos y lo ha permitido el exiguo presupuesto, este armamento se va actualizando dentro de la medida que dan las posibilidades españolas: se renueva el parque artillero cambiando los cañones de bronce por acero, se adquieren más ametralladoras y se potencia el uso de la aviación. Algo esto último que, por cierto, convierte a España en pionera en el uso táctico del bombardeo aéreo, aun antes de su profuso uso en el teatro europeo de la Gran Guerra.

No tiene mucho sentido la descalificación del material utilizado, teniendo en cuenta que el combatiente rifeño utilizaba, por lo general y hasta la captura del armamento perdido en Annual, fusiles Remington modelo 1871 y Lebel modelo 1886⁵⁸⁰. Así mismo, sus tácticas de combate en guerrilla hacían al material español suficientemente

⁵⁷⁸ Del mismo calibre que el fusil Mauser, era un arma robusta y de fácil manejo que llegó a disparar entre 450-500 proyectiles por minuto. También estuvo en vigor en las Fuerzas Armadas hasta la década de los 50.

⁵⁷⁹ Los nuevos cañones de tiro rápido, tanto Schneider como Krupp, tenían, por lo general, una cadencia de tiro de dos disparos por minuto y un alcance de 5 kilómetros en el caso de los Schneider de campaña y montaña y de más de 12 en el caso de los Krupp modelo 1913.

⁵⁸⁰ El Remington fue el fusil de ordenanza hasta la llegada del Mauser. Era un fusil monotiro de calibre 11,15 x 57 R español. Por su parte, el francés Lebel era un fusil de repetición con capacidad para 10 cartuchos del calibre 8 mm Lebel.

adecuado para combatirlos con éxito. Otra cosa distinta es que este armamento fuese el deseado por el mando.

Así mismo y poniendo en práctica lo hasta ahora tratado, podemos aplicar un análisis de la doctrina para poner en cuestión una de las principales denuncias expuestas como causa probable de los reveses en las campañas: el descalibrado de los fusiles, debido a que llevaban, presuntamente, en servicio desde la Guerra de Cuba y Filipinas.

Este aspecto, que ya lo encontramos en algunos textos doctrinales de la época, así como en el expediente Picasso, pierde fuerza si atendemos al hecho ya mencionado de la carencia de instrucción del soldado, así como la limitación de munición. Es difícil creer que, con estos dos factores, se produjese un descalibrado a gran escala del armamento, sobre todo, porque ya autores como Banús lo denuncian en una fecha tan temprana como 1909, achacando, además, este descalibrado a las nuevas pólvoras y a la cadencia de tiro, unido todo ello a la falta de limpieza de los fusiles (BANÚS, 1909, pp. 11-37). Cabe preguntarse si la falta de efectividad en el tiro no era más producto del factor humano y su falta de pericia en el mismo que del estado del material. Máxime si ese mismo material, una vez en manos de los rifeños, no da problema alguno⁵⁸¹.

⁵⁸¹ Los fallos de los fusiles como uno de los factores determinantes en las derrotas de los Ejércitos occidentales del período ante un enemigo irregular son recurrentes en la época. Así encontramos ejemplos muy conocidos como el recalentamiento del fusil Springfield modelo 1873 en la batalla de Little Big Horn o el de la munición defectuosa del Martini Henry en Isandhlwana. En este último caso, el hecho de que al mismo tiempo en Rorke's Drift y a una distancia de pocos kilómetros se desarrollase una victoriosa batalla con la misma munición lleva a pensar que no son más que excusas para salvar el orgullo nacional ante la derrota frente a un enemigo considerado inferior.

El equipo del soldado español

La logística del equipo individual del combatiente es también un tema que despierta el interés de los tratadistas doctrinales, que buscan presentar propuestas de mejoras del mismo

De este modo, encontramos soluciones variadas y de todo tipo: respecto a la uniformidad y el uso de colores más adecuados al terreno, a las prendas de cabeza, a la alimentación y sus mejoras, al municionamiento y el hecho de si se deben llevar 60 o 150 cartuchos, al tipo de marchas que deben soportar los soldados antes del combate, etcétera. Todo ello se engloba en una preocupación común: reducir los, por promedio, habituales 20 kilos de peso del equipo individual del soldado. Un equipo que, además, el soldado español lleva consigo en las marchas mientras que otros Ejércitos, como el francés, usa convoyes que portan la impedimenta y así está más fresco el soldado para el combate cuando llegue. Desde la perspectiva que da el análisis histórico y la situación actual de los Ejércitos de nuestro tiempo, este intento de aligerar el peso del equipo se torna a todas luces inútil, ya que, desde los tiempos de la Antigua Roma hasta la misión internacional en Afganistán, el combatiente, sea del Ejército que sea, sigue cargando con ese promedio de peso.

Al igual que con el armamento, la uniformidad es un tema ampliamente tratado y, por tanto, no vamos a detenernos tampoco en su descripción. El Ejército Español pasa del famoso rayadillo, tela de drill fresca y cómoda, para sus tropas en ultramar al uniforme caqui de inspiración inglesa, en un intento de conseguir el camuflaje que no se

lograba con el rayadillo blanco. Un intento, por cierto, que no tuvo éxito, debido a la incapacidad de la industria española para producir paño suficiente de la calidad necesaria, con lo cual tenemos una perfecta muestra de lo deseable en la doctrina y lo posible según los medios con los que se cuenta. Ya a partir de 1914 se empezará a introducir el uniforme caqui verdoso, el cual está en consonancia con la uniformidad del resto de países europeos.

Por supuesto, los textos ya mencionados inciden también en el tema de la uniformidad, centrándose en la necesidad de telas que camuflen y en encontrar una prenda de cabeza que proteja y sustituya al anticuado ros. Aquí, de nuevo, podemos aplicar lo tratado a lo largo de este trabajo para cuestionarnos el reiterado concepto del soldado mal uniformado.

Por un lado, y con respecto a las prendas de cabeza, tenemos el detalle del fracaso de la implantación del salacot de origen británico. Este, realizado en corcho y con cámara de aire que protegía de los efectos del sol, fue tachado de incómodo, alegando que reducía la visibilidad de manera peligrosa al disparar. Unos defectos los cuales, por cierto, el Ejército Británico, del cual procedían ambos modelos de salacot, no encontró en su más de un siglo de utilización. Esto nos hace preguntarnos si su calificación de inadecuado respondía, más que a defectos reales, a las preferencias de la tropa por el uso de prendas de cabeza flexibles tales como el jipijapa, el gorro panadero o el popular chambergo. Prendas, por cierto, muy similares a las que usaban en la vida civil.

Por otro lado, tenemos un buen ejemplo en las conocidas críticas al uso de la alpargata o esparteña como calzado del soldado,

considerándola inadecuada en terrenos de montaña y embarrados. Muchos de los reproches a este calzado, ya sean contemporáneos o actuales, no tienen en cuenta que era el calzado habitual de las clases populares y al que estaban acostumbradas, no así a la bota. Un calzado que, además, el soldado español llevaba usando desde mediados del siglo XIX en terrenos tan pedregosos y húmedos como el Rif, sin queja alguna.

Efectivamente, abundan los textos que denuncian largas marchas con soldados descalzos, pero es muy posible, como señala Puell de la Villa entre otros, que esto fuese debido al hecho de que la alpargata formaba parte del fondo de masita y muchos preferían no deteriorarla en largos desplazamientos, que también estaban acostumbrados a hacer descalzos en su vida civil, y no, como se cree, a que el soldado la perdiese por su mala calidad (PUELL, 1996, p.232)⁵⁸².

De nuevo, carecen de peso las calificaciones negativas a esta prenda, en cuanto era un calzado bien conocido por la tropa y usado habitualmente, con lo cual los soldados iban cómodos y sin preocuparse del daño que pudiesen causarles unas botas que, en el mejor de los casos, se las pondrían en muy altas ocasiones en su vida civil y solo para servicios de guarnición en su servicio militar. Además, usando como reflejo al combatiente rifeño, vemos que este también lleva un calzado que podríamos considerar inadecuado con nuestros parámetros actuales

⁵⁸² El fondo de masita lo conformaban aquellas prendas que eran propiedad del soldado y que podía llevarse a casa una vez se licenciaba. Un porcentaje de los haberes del recluta se retenía para conformar este fondo. El saldo restante se le devolvía al finalizar su servicio. El interés por que esos importes se le reintegrasen hacía que la tropa cuidase con especial esmero estas prendas, para así no tener que gastar su masita reponiéndolas.

o sociales, pero que le servía perfectamente para combatir y caminar por terrenos accidentados⁵⁸³.

La alimentación en el Ejército Español

La alimentación constituye el tercer vértice del triángulo que define la situación de las tropas españolas como deficiente y causante de las trágicas circunstancias sufridas en las campañas del Rif.

Evidentemente, y a la luz de los diversos análisis que de la misma se han ido realizando, la alimentación dada a las tropas es posible que no fuese la más adecuada para las circunstancias y esfuerzos que sufre un combatiente. Pero el hecho de calificarla sistemáticamente de mala e insuficiente se antoja un tanto exagerado, teniendo presente que, tal como muestran las cifras (Figs. 1 y 2), la alimentación del soldado en España tenía pocas diferencias con las de otros Ejércitos occidentales⁵⁸⁴.

No cabe duda de que la alimentación siempre ha sido mejorable, sobre todo, en la carencia de proteínas producida por la falta de carne. Además, el consumo estimado de leña diario, que llegaba a ser de un kilo por soldado, y la escasez de la misma en el territorio rifeño hacían muy difícil que la tropa pudiese comer caliente, por mucho que las directrices del mando estableciesen que se le procurase, al menos, una

⁵⁸³ La alpargata siguió formando parte de la uniformidad del soldado español más allá del final de la Guerra Civil, lo que demuestra el arraigo de su uso en nuestra sociedad.

⁵⁸⁴ Curiosamente, las denuncias de esta mala calidad que encontramos en tratados o estudios históricos reconocen también que, por lo general, los soldados solían comer mejor que la población civil. Algo que sucedía también con los quintos españoles y que se remonta a los tiempos del Ejército Romano.

comida caliente al día. Esto hacía que se tuviese que tirar en exceso de las latas de conserva, consistentes en su mayoría de sardinas y pimientos.

ALIMENTACIÓN DEL SOLDADO ESPAÑOL

CUBA			FILIPINAS		
GALLETA	500 GR	SE ENTREGABA TAMBIÉN MORCILLA PRUSIANA Y LATAS DE CARNE ITALIANA, ASÍ COMO LEGUMBRES PARA COMPLETAR EL RANCHO	GALLETA	460 GR	SE COMPLETABA CON VINAGRE, ACEITE, RON Y ANIS SEGÚN LAS OCASIONES
HARINA	400 GR		GARBANZO	200 GR	
TOCINO	100 GR		TOCINO	200 GR	
ARROZ	200 GR		CARNE	400 GR	
SAL	20 GR		SAL	8 GR	
CAFÉ	10 GR		CAFÉ	10 GR	
AZÚCAR	40 GR		AZÚCAR	20 GR	
VINO	½ LITRO		VINO	½ LITRO	

Figura. 1. Elaboración propia (Puell de la Villa, 2002)

Con respecto a las críticas a estos alimentos que se facilitaban a los soldados, que pueden ser considerados inadecuados en terrenos con escasez de agua, debemos tener presente también el factor psicológico que constituye la alimentación del combatiente. Esta no busca solo la evidente reposición de fuerzas y el aporte calórico y proteínico, sino que trata de crear en el militar las sensaciones reconocibles de lo que ha dejado en casa, tanto para subirle la moral como para recordarle por qué combate. De ahí que las raciones que se suministran al soldado consten siempre de alimentos que conoce bien, tales como arroz y legumbres o las sardinas, las cuales aún siguen presentes en las raciones de combate de las Fuerzas Armadas Españolas.

ALIMENTACIÓN EN OTROS EJÉRCITOS

	PAN	CARNE	LEGUMBRES	SUPLEMENTO
FRANCIA	750 GR	125 GR	112 GR	AGUARDIENTE EN EL DESAYUNO Y VINO EN OPERACIONES
ALEMANIA	575 GR	345 GR	230 GR	BRANDY
INGLATERRA	460 GR	575 GR	345 GR (patatas)	RON EN EL DESAYUNO Y TÉ PARA ACOSTARSE
USA	460 GR	460 GR	287 GR (patatas)	CAFÉ EN EL DESAYUNO Y MEDIO LITRO DE CERVEZA EN LA CENA

Figura. 2. Elaboración propia (Banús y Comas, 1909)

Soldado español vs. rifeño

Una vez analizados todos los aspectos doctrinales tratados hasta ahora, con sus virtudes y carencias, cabe hacerse la pregunta que pone en cuestión toda la doctrina militar del período y es si el soldado español era lo suficientemente adecuado para enfrentarse a un enemigo como el rifeño.

Tenemos así un soldado conscripto, procedente en su mayoría de un entorno rural y obrero que forja su carácter y resistencia física y que recibe un entrenamiento de combate sobre el terreno y bajo el fuego enemigo. Esto hace que sea un combatiente que sabe adaptarse rápidamente a la situación, sobrio y valiente.

Por otro lado, el rifeño es nativo en una tierra inhóspita y dura, que vive del terreno durante el combate y de la agricultura de subsistencia

en los períodos de paz y cuyo fusil es la proyección de su poder ante los demás rifeños. De este modo, tenemos un guerrero agresivo y muy violento que, además, se crece ante la debilidad del enemigo en situaciones como las retiradas. Aun así, es un combatiente poco constante, que se cansa rápido de las largas campañas y que llega, incluso, a abandonarlas para recoger la cosecha o para emigrar a trabajar en campañas de recolección.

Como podemos ver, el equilibrio de fuerzas en el tipo de combatientes es bastante acusado. Si bien es cierto que, con la creación del Cuerpo de Regulares y el Tercio de Extranjeros, este equilibrio se decantó hacia el lado español, por cuanto el soldado nativo y profesional tenía un mejor entrenamiento y motivación al ser la guerra su oficio y no un estadio de su vida.

Curiosamente, esta decisión de crear cuerpos profesionales que cargasen con el peso de los combates, aliviando así el número de bajas entre la tropa de reemplazo y la recluta de estos, fue tanto un acierto doctrinal como un error difícil de prever. Efectivamente, tanto regulares como legionarios asumían la mayor parte de los riesgos en combate, pero, a cambio, el soldado peninsular quedaba relegado a posiciones de retaguardia o excesivamente protegidas, lo cual impedía que se foguease bajo el fuego y, por tanto, no saliese casi nunca de un permanente estado de bisoñez. Esto hacía que fuese muy poco respetado tanto por los rifeños como por los integrantes de las tropas indígenas al servicio de España, los cuales, ya hemos visto, despreciaban la debilidad y la cobardía de estar en puestos a resguardo, lo que llevó a situaciones de excesiva crueldad cuando caía en manos del enemigo.

Por encima, la creación del Tercio de Extranjeros produjo una constante pérdida de los soldados peninsulares más experimentados y a los que se trataba de atraer al reenganche voluntario, ya que abandonaban las unidades regulares para ingresar en la Legión, movidos por la diferencia de sueldo⁵⁸⁵.

La doctrina militar como fuente para el estudio: el caso de Silvestre en Annual

Llegados a este punto, es el momento de mostrar un ejemplo de cómo el estudio de la doctrina militar sirve como una fuente más para el análisis de la batalla. Si hasta ahora esta nos ha valido para plantearnos nuevas ópticas con respecto a los aspectos materiales, llega el momento de demostrar las posibilidades que tiene al analizar un factor más controvertido: la toma de decisiones.

Para ello tomaremos como ejemplo la retirada de Annual y los hechos que llevan a ella y en la cual la responsabilidad máxima se atribuye al general Silvestre y las decisiones que toma, siendo difícil encontrar un texto, ya sea contemporáneo a los hechos o actual, que no califique su toma de decisiones (y a él mismo) con apelativos que van desde la incompetencia hasta la locura, pasando por el exceso de ambición.

⁵⁸⁵ Un soldado voluntario en el Ejército Español cobraba unos haberes diarios de 50 céntimos, mientras que los legionarios recibían hasta cinco pesetas por día. Esto, evidentemente, hacía casi imposible retener a los veteranos que estaban dispuestos a reengancharse y hacer carrera en el Ejército. El coste que suponía La Legión, tanto en hombres como en dinero, posicionaba a muchos en contra de esta nueva unidad, entre ellos, el general Silvestre, que consideraba que era mejor invertir ese dinero en crear más unidades indígenas.

No es necesario aquí ahondar en el detalle de los sucesos que llevan al Ejército Español a la posición de Annual, ya que la bibliografía que trata este tema es abundante. A grandes rasgos, para terminar de una vez por todas con la resistencia de las cábilas a la labor española en el protectorado y la continua sangría que suponen las acciones de pacificación, se decide que dos columnas o contingentes, una al mando del alto comisario Dámaso Berenguer y otra al mando del general Manuel Fernández Silvestre, salgan de las comandancias de Ceuta y Melilla, respectivamente, y converjan coordinadas sobre la bahía de Alhucemas.

Manuel Fernández Silvestre no ha llegado hasta el puesto de comandante general de Melilla por casualidad. Oficial de Caballería, su formación militar abarca los años 1889 a 1893, en plena eclosión de las doctrinas aquí estudiadas, con lo cual está muy presente en sus conocimientos el concepto de la ofensiva a ultranza. Su período de servicio en Cuba le sirve para adquirir una gran experiencia en combate y resulta herido en numerosas ocasiones, llega a segundo teniente en 1895 y vuelve a España ya como comandante en 1898. A partir de entonces, toda su carrera militar la continuará en el norte de Marruecos, donde seguirá mostrando sus cualidades de liderazgo y mando.

Todos los testimonios de los que lo conocieron coinciden en describirle como un jefe popular entre sus subordinados y admirado por sus iguales. De probado valor personal, cuenta con una gran audacia táctica, que no temeraria, a la que se le añade la denominada «ojeada militar», que le permitía hacerse una buena composición de lugar tanto a nivel táctico como estratégico, prever las medidas que había que llevar

a cabo para la toma de decisiones futuras y adaptarse a ellas, con lo cual sus órdenes siempre estaban dotadas de claridad y concisión.

Aparte, Silvestre era un perfecto ejemplo de las cualidades de liderazgo que propugnaban autores como Banús, Chacón y Barrios entre otros de los ya mencionados, al conocer perfectamente la idiosincrasia del rifeño, sus costumbres y su forma de combatir, empatizando incluso con ellos, tal como demuestran sus intentos de paliar la hambruna que afectaba a las cabilas cercanas a Melilla en el invierno de 1921⁵⁸⁶.

No es de extrañar, por tanto, que el avance de Silvestre por la zona oriental se vea caracterizado por su talante y experiencia militar. El contingente que él lidera basa el éxito de la campaña en la velocidad del movimiento, avanzando por el territorio, incluso, en ocasiones, con los flancos al descubierto, como en Dar Drius y Monte Mauro, lo que causa el asombro de las cabilas del Rif, las cuales, no olvidemos, admiran el valor y el arrojo de sus enemigos y que le prometen pronta sumisión.

Sus planes de avance sobre el objetivo final de Alhucemas siguen los principios hasta ahora tratados: maniobras envolventes con las columnas avanzando y manteniendo, en la medida de lo posible, los flancos cubiertos. Así se sucede rápidamente el plan trazado en noviembre de 1920 y que le lleva, a principios de enero, a orillas del río Amekran y a la posición de Annual, la cual estaba concebida como base de operaciones logísticas para afrontar el tramo final.

⁵⁸⁶ Esta empatía llegaba incluso a adquirir visos de amistad y respeto para con sus enemigos, como en el caso de El Raisuni.

Una vez alcanzado este punto, forzando al límite sus líneas de suministro, Silvestre sabe que necesita dos cosas antes de proseguir con la campaña: la principal es tener caminos que permitan el rápido abastecimiento, sin los cuales, además, es inútil la táctica de apoyo artillero de Berenguer, al no poder reaprovisionarse las baterías con suficiente velocidad, tal como ya se ha mencionado. La secundaria, y dependiente de la principal, es continuar con la labor de pacificación, teniendo a los rifeños de la retaguardia ocupados en la construcción de carreteras, ya que así llevan un sueldo a casa, imprescindible en ese año de hambruna y sequía, y no estarán tentados de unirse a la harka.

Como en el resto de la campaña, Silvestre notifica a su superior, Berenguer, sus planes y necesidades. El alto comisario estima un presupuesto para las operaciones de seis millones de pesetas, pero el Ministerio de la Guerra reduce la concesión a cuatro. Por encima, y a causa de la burocracia y aprobación de los presupuestos por el Congreso, en enero solo llega un millón, quedando pendiente de aprobación el resto hasta julio de ese año.

Tenemos así que dos factores fundamentales del Arte de la Guerra, la libertad de acción y la capacidad de ejecución, se le complican irremediabilmente al general Silvestre.

En el período de tiempo que va de mayo a julio, se encuentra no solo con que no tiene modo de asegurarse la retaguardia con la acción política, sino que tiene una tropa bisoña y escasamente fogueada, que va desmoralizándose a marchas forzadas al estar acantonada en una posición avanzada. Además, los artilleros, su tropa más veterana, la está

perdiendo a causa del licenciamiento, con lo que las fuerzas con las que cuenta empiezan a ser insuficientes ante el escenario que se presenta⁵⁸⁷.

A esto se le van sumando los factores propios del terreno, tales como el final del ramadán y la cercanía de la época de lluvias, que complicará enormemente las operaciones. Por encima, Silvestre ve que no va a poder contar con la habitual migración rifeña a la cosecha en Argel ni que la época de siembra propia mantenga ocupados a los rifeños. Todo ello, elementos que, a priori, parecen circunstanciales pero que, en un análisis general de las campañas de Marruecos desde 1909, se tornan factores de primer nivel, que hay que tener en cuenta tanto en la planificación como en el resultado de las operaciones.

Por si esto fuese poco, el factor político también va desapareciendo rápidamente tras el bombardeo de castigo ordenado por Berenguer del zoco Buaff, en el corazón de la cábila de Beni Urriaguel. Esta acción punitiva ha soliviantado a todos los rifeños de la zona, que se levantan contra España y se suman a la harka que va formándose.

Nos encontramos así con 25.000 soldados desperdigados en un centenar de posiciones frente a 10.000 rifeños posicionados en la línea de contacto y que, además, cuentan con capacidad para concentrar el esfuerzo en un punto concreto. Esto provoca que Silvestre pierda su capacidad de ejecución, al no poder contar con fuerzas suficientes para repeler un posible ataque, aunque en un principio estima que sí.

⁵⁸⁷ Otra petición de Silvestre a Berenguer fue alargar el período de servicio militar de las tropas a su mando, para así poder contar con soldados veteranos, pero le fue denegada, con lo cual, en el mes de abril, se encuentra con un nuevo reemplazo que va ocupando las posiciones sin apenas entrenamiento ni experiencia.

Es ahora cuando debemos tener en cuenta la formación doctrinal y el desempeño profesional de Silvestre ante esta situación. Enfrente tiene un enemigo que se va envalentonando ante un Ejército parado a las puertas de su territorio y es consciente de que Annual es una posición concebida como centro logístico en territorio amigo, pero inadecuada para presentar defensa y descartando totalmente su abandono, ya que perdería la libertad de acción.

No es difícil, por tanto, conjeturar que estos factores, unidos a los ya comentados, le lleven a dar la orden de cruzar el Amekran. Esta acción la ordena, probablemente, con las intenciones de reconocer la capacidad combativa del enemigo y de tratar de establecer unas posiciones más alejadas que amplíen la defensa en profundidad de Annual. Así mismo, este movimiento le permitirá seguir manteniendo la iniciativa y tener a sus tropas activas, fácilmente desmoralizables si no tienen nada que hacer salvo esperar. Esto también le permitirá, siendo fiel a su naturaleza táctica, maniobrar con velocidad y sorpresa ante el enemigo. No es difícil ver en esta decisión una aplicación de la doctrina de ofensiva a ultranza para así recuperar la libertad de acción.

A partir de este movimiento, el resto es una concatenación de errores derivados de una mala decisión táctica, pero que, visto lo anterior, quizá era la única viable en aquellos momentos y circunstancias. De todos es conocido lo que desencadenó el error de cálculo de Silvestre, pero, en cualquier caso, nos encontramos ante la toma de decisiones de un militar experimentado y competente. Por descontado, el éxito constatado en circunstancias similares en el pasado no exime a Silvestre de los errores cometidos. Pero estos, a la vista de lo aquí tratado,

deberían ser achacados a los factores habituales de imprevisión de la guerra que, unidos al error humano, determinan el desenlace de la misma.

Desde la óptica que ofrece el análisis de Annual por medio de la doctrina, resulta poco creíble atribuir el fracaso a unas decisiones producto de la incompetencia o la ambición desmedida. Bien es cierto que solo podemos conjeturar las decisiones tomadas por Silvestre basándonos en sus conocimientos y forma de actuar, ya que desconocemos su pensamiento, al no haber sobrevivido a la retirada. Por otra parte, los testimonios de los supervivientes, que descalifican su proceder y cargan toda la responsabilidad sobre su cabeza, no cuadran en absoluto con la trayectoria profesional ni el carácter de Silvestre y hacen que nos preguntemos si no responderán más a un intento de desviar la responsabilidad apuntando a quien ya no puede defenderse o a simples juicios de valor⁵⁸⁸.

Es así, por tanto, que a raíz de lo expuesto podemos plantear una hipótesis novedosa y construida sobre factores no planteados con anterioridad.

⁵⁸⁸ Son varios los investigadores de los últimos trabajos sobre el tema, como Caballero, Fontenla o Albi de la Cuesta, que señalan la poca sintonía que tenía Silvestre con su Estado Mayor, el cual se encargaba de planificar las operaciones. Curiosamente, los miembros de este Estado Mayor, supervivientes, en su gran mayoría, de la retirada, son los que más declaraciones han hecho sobre la presunta ambición, incompetencia y posterior locura de Silvestre

Conclusiones

A lo largo de este trabajo se ha intentado mostrar las posibilidades que ofrece, a la hora del análisis de un conflicto bélico o una batalla, conocer tanto los conocimientos que adquieren los militares en el desempeño de su profesión como las directrices que tienen que seguir para el mismo.

Hemos visto, por medio del ejemplo de la actuación española en Marruecos, cómo argumentos tomados habitualmente como válidos en otros estudios y reiterativos en casi todos son fácilmente cuestionables desde el punto de vista de la doctrina. Una doctrina que, invariablemente, va unida al análisis poleomológico, ya que un Ejército no siempre puede actuar como quiere, sino como le permiten las circunstancias económicas, sociales y políticas de su entorno.

Así mismo, el desempeño de la profesión militar no queda exento de las posibles modas o tendencias del momento, que se aplican a los procedimientos en un intento de poner en práctica las “lecciones aprendidas”.

Por tanto, el análisis doctrinal nos permite, por un lado, dilucidar los motivos que pueden llevar a una cierta clase de toma de decisiones, las cuales no están dictadas por el capricho o por la imaginación, sino que responden a unos conocimientos y modos de actuación preestablecidos y aplicados por sus responsables, para resolver lo que se denomina en el mundo militar como “problema táctico”.

Por otra parte, ese análisis de la doctrina nos ha permitido observar cómo el Ejército Español de principios del XX era, a pesar de todas sus carencias, un Ejército que podía adaptarse a sus circunstancias e,

incluso, presentar avances doctrinales que luego fueron usados por otros países, aunque nunca fuesen reconocidos, sin olvidarnos del carácter «valiente y resistente», tal como lo definió el mariscal francés Lyauteil, del soldado español que combatió y murió en África.

La pobreza material de España y la oposición, tanto del pueblo como de la clase política, a la guerra hicieron que el esfuerzo militar no hubiese podido ser mayor, por mucha voluntad de vencer que pusiera. Un esfuerzo muchas veces cercenado por decisiones políticas que anularon la libertad de acción y la capacidad de ejecución y que se convirtieron, así, en el germen de unos errores de consecuencias catastróficas en el plano militar. Esto, por supuesto, no exime al Ejército de su responsabilidad ante lo sucedido pero, al menos, sí que lo alivia en parte.

Bibliografía

- ALBI DE LA CUESTA, J. (2014): *En torno a Annual*, Ministerio de Defensa, Madrid.
- ÁLVAREZ CABRERA, J. (1909): *Columnas de operaciones en Marruecos. Estudio político-militar*, Imprenta de A. J. Lúgaro, Tanger.
- ALONSO ALONSO, M. (1983): “La aplicación de los principios y procedimientos tácticos en nuestra guerra de Marruecos” en *Revista Ejército*, 523, pp. 17-32.
- BANÚS Y COMAS, C. (1912): *Reflexiones acerca de la campaña del Rif en 1909*. Memorial de Ingenieros, Madrid.
- BANÚS Y COMAS, C. (1909): *El arte de la guerra a principios del siglo XX*. Memorial de Ingenieros, Madrid.
- BARRIOS, L. (1893): *Importancia de la historia de las campañas irregulares y en especial de la guerra de Cuba*, Imprenta de El correo militar, Madrid.
- CABALLERO ECHEVARRÍA, F. (2016): *Annual. Los factores que llevaron al desastre. Análisis del intervencionismo español en Marruecos entre 1898 y 1928*, ImagenTa Editorial, Madrid.
- CALERO ORTEGA, J. (1897): *Guerras irregulares y de montaña*, Menor Hermanos, Toledo.
- CHACÓN, J. I. (1883): *Guerras irregulares, Vol. I y II*, Imprenta del Depósito de la Guerra, Madrid.
- ESCRIBANO BERNAL, F. (2018): «El Ejército español en África» en *Desperta Ferro Contemporánea*, 30, pp. 6-10.

- FONTENLA BALLESTA, S.; RODRÍGUEZ PALOMAR, P. (2007): *Resumen histórico de la táctica de la infantería: siglos XIX y XX*, Fajardo el Bravo, Murcia.
- FONTENLA BALLESTA, S. (2017): *La guerra de Marruecos 1907-1927. Historia completa de una guerra olvidada*, La Esfera de los Libros, Madrid.
- FRÍAS SÁNCHEZ, C. J. (14 de mayo de 2014) "¿Por qué es importante la doctrina militar?" [en línea] *Defensa.com* <https://www.defensa.com/analisis-gesi/importante-doctrina-militar> [Consulta: 1 de junio de 2019]
- GUERRERO ACOSTA, J. M. (1998): *El Ejército Español en Campaña 1643-1921*, Almena, Madrid.
- GUERRERO ACOSTA, J. M. (2003): *El Ejército Español en Ultramar y África (1850-1925)*, Acción Press S. A., Madrid.
- GUERRERO MARTÍN, A. (12 de diciembre de 2018) "Los procedimientos tácticos en las campañas de Marruecos" [en línea] *Revista Guerra Colonial* <http://www.guerracolonial.es/medias/files/3.3.-los-procedimientos-tacticos-en-las-campanas-de-marruecos-3.pdf> [Consulta: 5 de junio 2019]
- GUERRERO MARTÍN, A. (21 de mayo de 2019) "Métodos de contrainsurgencia en el Ejército español durante el siglo XIX" [en línea] *Global Strategy* <https://global-strategy.org/metodos-de-contrainsurgencia-en-el-ejercito-espanol-durante-el-siglo-xix/> [Consulta: 12 diciembre 2019]

- MACÍAS FERNÁNDEZ, D. (2015): “Las campañas de Marruecos. La dura vida del soldado español” en *Desperta Ferro Contemporánea*, 11, pp. 12-15.
- MACÍAS FERNÁNDEZ, D. (2019): *Franco «nació en África»: Los africanistas y las Campañas de Marruecos*, Tecnos Editorial, Madrid.
- MARQUES DEL DUERO (1876): *Táctica de Infantería*, Deposito de la Guerra, Madrid.
- MUÑOZ BOLAÑOS, R. (2018): “La ofensiva de Fernández Silvestre” en *Desperta Ferro Contemporánea*, 30, pp. 12-19.
- PANDO DESPIERTO, J. (1999): *Historia secreta de Annual*, Temas de Hoy, Madrid.
- PUELL DE LA VILLA, F. (1996): *El soldado desconocido: de la leva a la "mili" (1700-1912)*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- PUELL DE LA VILLA, F. (2002): “Ritos y rituales cuarteleros”, en VALDÉS SÁNCHEZ, A. (Coord.): *Los quintos*, Fundación Centro Etnográfico Joaquín Díaz, Sevilla, pp.34-50
- SÁEZ RODRÍGUEZ, A. (2018): “El sistema de blocaos” en *Desperta Ferro Contemporánea*, 30, pp. 20-28.
- SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Historia de las Campañas de Marruecos. Tomos I, II y III* Madrid, 1951.

LA GUERRA EN LA GUINEA PORTUGUESA (1963-1974)

THE WAR IN PORTUGUESE GUINEA (1963-1974)

Dr. Alberto Rico Sánchez

Centro Universitario de la Guardia Civil

Resumen:

Los gobiernos de Salazar y Caetano fueron inflexibles con la política colonial portuguesa. En el momento de la descolonización, la República Portuguesa optó por mantener a toda costa sus posesiones en Ultramar. El de la Guinea Portuguesa se convirtió en el conflicto bélico más complejo para Portugal. Las acciones subversivas iniciadas en Guinea para tomar el poder y expulsar a la Administración portuguesa fueron indiscriminadas, aunque nunca pudieron consolidarse en todo el territorio. De los diversos movimientos de independencia existentes, solo el PAIGC demostró contar con la organización necesaria para alcanzar la independencia. El partido liderado por Amílcar Cabral movilizó a la población desarrollando una resistencia coherente frente a la administración portuguesa. Finalmente, el golpe de estado del 25 de abril de 1974, supuso la derrota portuguesa y el reconocimiento internacional del independentismo victorioso encarnado en el PAIGC.

Palabras clave:

Guinea Portuguesa, Guerra Colonial, Ultramar, Política Colonial Portuguesa, Descolonización.

Abstract:

The governments of Salazar and Caetano were inflexible with Portuguese colonial policy. At the time of decolonization, the Portuguese Republic chose to keep its possessions overseas at all costs. The one in Portuguese Guinea will become the most complex military

conflict for Portugal. The subversive actions initiated in Guinea to take power and expel the Portuguese Administration were indiscriminate, although they were never consolidated throughout the territory. Of the various diverse independence movements, only PAIGC proved to have the necessary organization to achieve independence. The party led by Amílcar Cabral mobilized a consistent resistance against the Portuguese administration to the affected population. Finally, the coup d'etat of April 25, 1974, meant the Portuguese defeat and the international recognition of the victorious independence embodied in the PAIGC.

Key words:

Portuguese Guinea, Colonial War, Overseas, Colonial Portuguese Policy, Decolonization.

La administración colonial portuguesa

«No dejéis que nadie toque el territorio nacional. Conservar intactos, en posesión de la nación, los territorios de aquí y de ultramar es vuestro principal deber. No ceder, vender o cambiar o por cualquier forma enajenar la menor porción de territorio, tiene que ser siempre vuestro mandamiento fundamental. Si alguien pasase a vuestro lado y emplease palabras de desánimo, procurando convenceros de que no podemos mantener tan grande imperio, expulsadlo de la convivencia de la Nación». José Maria Mendes Ribeiro Norton de Matos (Vid. MATOS, 1953)⁵⁸⁹

La Constitución de la República Portuguesa de 1933 decía en su artículo 1º que el territorio nacional es el que actualmente le pertenece (a Portugal). Allí se incluían las colonias. En su artículo 2º se indicaba

⁵⁸⁹ La integridad del Imperio Portugués era apoyada por la mayoría de las tendencias políticas portuguesas. El general Norton de Matos, firme opositor a Salazar, masón y político republicano antifascista así lo demostraba en su discurso “Exhortación a la juventud de Portugal”.

que ninguna parte del territorio nacional podía ser adquirida por un Gobierno (...) de país extranjero, salvo para instalación de representación diplomática (...), si existiera reciprocidad en favor del Estado Portugués. En su artículo 53º indicaba que la organización militar es una para todo el territorio (LÓPEZ, 2014, pp. 4-16). De este modo se consagraba la importancia de la integridad territorial, cuya defensa y el mantenimiento del orden público correspondía a las fuerzas armadas de la República Portuguesa (TAIBO, 2015, pp. 83-91).

Durante la II Guerra Mundial Portugal se mantuvo neutral. Posteriormente, el estado concedió ayuda militar, fundamentalmente logística, al Reino Unido y a los Estados Unidos de América. Entre otras cosas, destacó la utilización de las bases radicadas en las islas Azores. Por otro lado, en 1940 el gobierno portugués había firmado un Concordato con la Santa Sede, que garantizaba su actividad misionera en Ultramar y el patronazgo en Asia (FERREIRA, 2009, p. 38) a cambio del apoyo vaticano al régimen político denominado *Estado Novo*. El Portugal metropolitano no sufrió los desastres de la guerra. Sin embargo, no sucedió lo mismo en el Ultramar asiático, por ejemplo, su posesión de Timor fue ocupada, sucesivamente, por tropas holandesas, australianas y japonesas. Finalmente, la República Portuguesa recuperó la plena soberanía sobre su territorio ultramarino en septiembre de 1945 (OLIVEIRA, 2015, p. 20).

Como sabemos, terminadas las hostilidades, surgió un nuevo orden mundial. En julio de 1945 se había establecido la Organización de las Naciones Unidas (ONU). La llegada de la paz supuso la aparición de dos superpotencias antagónicas: los EEUU y la URSS. La creación de la

OTAN, en 1949, y el desarrollo del Pacto de Varsovia, en 1955, definieron a los dos bloques enfrentados. La administración colonial europea se mostró, desde entonces, inviable. Además, las recientes derrotas occidentales habían deshecho el mito de la invencibilidad del hombre blanco (BARROSO, 2012, p. 11). Las potencias europeas combatientes habían prometido diversas formas de autogobierno a cambio de la contribución bélica indígena. Al mismo tiempo, la liquidación colonial convenía tanto a soviéticos como a estadounidenses. Los postulados anticolonialistas fueron consagrados por la conferencia de Bandung de abril de 1955 (MARTÍNEZ CARRERAS, 1992, pp. 180-181).

La política exterior de Portugal se complicaba (CUETO, 2011, pp. 161-200). En 1947, el Reino Unido concedió la independencia al subcontinente indio⁵⁹⁰. Pronto, una India autónoma (MARTÍNEZ CARRERAS, 1992, pp. 136-138) comenzó a reivindicar los territorios portugueses de Goa, Daman (o Damao) y Diu, llevando el contencioso diplomático a la ONU. Finalmente, en 1961 la India ocupó *manu militari* todas las posesiones portuguesas en el subcontinente. Durante la noche del 17 al 18 de diciembre de 1961, la India invadió los territorios portugueses. Unos 45.000 soldados indios, junto a unos

⁵⁹⁰ El 14 de agosto de 1947, Pakistán declaró su independencia, incluyendo el Pakistán Oriental; éste se independizó en 1971 con el nombre de Bangladés. La India se declaró independiente el 15 de agosto de 1947. El final del dominio británico no terminó con la independencia de ambas naciones, ya que la dependencia nominal respecto a la Corona británica se mantuvo hasta que ambas naciones adoptaron una constitución republicana y secular y el monarca británico dejó de ser el Jefe de Estado. Esto sucedió en 1950 para la República de la India, y en 1956 para la República Islámica de Pakistán

25.000 como reserva, varias escuadrillas de aviones militares, y una agrupación naval, que incluía a un portaviones, se enfrentaron a unos 3.500 soldados portugueses, mal equipados, peor estructurados, sin apenas aviación, y con unos medios navales anticuados (BIRMINGHAM, 2005, pp. 185-186). Las fuerzas portuguesas se rindieron en menos de 24 horas (OLIVEIRA, 2015, p 22). El gobernador Manuel António Vassalo e Silva, junto con su Estado Mayor, fue juzgado en Lisboa, siendo expulsado del Ejército (OLIVEIRA MARQUES, 2006, p. 709). Hasta entonces, Portugal contaba (OLIVEIRA MARQUES, 2006, p. 428) con los territorios de la India, Angola, Guinea y Mozambique⁵⁹¹. Como hemos visto, la anexión india se dio bajo una apariencia bélica convencional. Sin embargo, en los tres restantes escenarios, todo ellos africanos, las campañas adoptaron la forma de un conflicto asimétrico protagonizado por diversas guerrillas. En este tipo de guerra subversiva resultaba esencial potencial la acción psicosocial. Se trataba de crear un ambiente propicio en la población civil, prestando asistencia sanitaria, religiosa, educativa y económica, para alejarla de la influencia de los elementos subversivos, retirándoles su apoyo material y desmoralizándolos, pretendiendo así que abandonasen la lucha armada.

Angola era la más importante de las posesiones de Lisboa. Contaba con alrededor de 1.264.314 Km² (14,5 veces la metrópoli). Tenía unos

⁵⁹¹ Otros territorios menores de soberanía portuguesa fueron las islas de Timor Portugués, Santo Tomé y Príncipe y el enclave de Ajudá. En 1961, el Gobierno de Dahomey (hoy Benín) ocupó el pequeño enclave portugués de *San Juan Bautista de Ajudá*, hoy conocida como *Ouidah*. Esta pequeña fortaleza era administrada desde Santo Tomé y Príncipe. Desde fines del siglo XIX tenía un valor meramente simbólico, contando con una mínima presencia de personal militar portugués.

4.837 km de frontera terrestre, y unos 1.650 de litoral marítimo. Su capital, Sao Paulo de Luanda (hoy Luanda) estaba a unos 7.300 km de Lisboa. Para llegar a Lourenço Marques (hoy Maputo), capital de Mozambique, había que recorrer unos 3000 km más partiendo de Lisboa. Bissau, la capital de la Guinea Portuguesa, se encontraba a unos 4500 km de Lisboa. La mayoría de estas fronteras coloniales eran permeables a la insurgencia (CANN, 2005, p. 187). Las guerrillas, pronto, encontraron apoyo en países como Guinea-Conakry, Congo (Brazzaville), Congo (Leopoldville) así como en Zambia. Los únicos aliados, reales, que Portugal tenía, entonces en África (Vid. PATTEE, 1974; y RIESGO, 1993), fueron Rodesia⁵⁹² y Sudáfrica⁵⁹³.

Angola estaba escasamente poblada, contaba con unos 4.800.000 habitantes (alrededor de 4 hab/km²), de los cuales el 95,5% eran negros, el 3,5% blancos y el 1,1% mulatos. En la Angola portuguesa existían 94 etnias diferentes, incluyendo a 9 grupos étnico-lingüísticos (OLIVEIRA MARQUES, 2006, pp.684-698). En el medio angoleño se fueron gestando algunos movimientos contrarios al dominio portugués. En 1966 se había fundado, en el este de Angola, la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), facción disidente del Frente Nacional para la Liberación de Angola (o FNLA). Como

⁵⁹² República de Rodesia fue el nombre adoptado por la colonia africana de Rodesia del Sur al independizarse del Reino Unido en 1965, e instituir un régimen racista semejante al existente en Sudáfrica hasta 1992. En 1980 Rodesia se convirtió en Zimbabue.

⁵⁹³ En 1948, el Partido Nacional de Sudáfrica estableció un sistema segregacionista y racista denominado *apartheid*, palabra que en afrikáans significa "separación". Se creó, entonces, un vasto sistema jurídico-social para separar a las razas blanca y negra, con ventaja para la primera, que sobrevivió hasta la década de 1990.

sabemos, la FNLA había sido fundada en 1958, en el Congo Belga, por el exiliado Holden Roberto (OLIVEIRA MARQUES, 2006, pp. 704-705). Este movimiento insurgente, etiquetado de antimarxista, era apoyado (Vid MERLIER, 1962), principalmente, por el Congo (Kinsasa)⁵⁹⁴. La citada Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (o UNITA) estaba dirigida por Jonás Savimbi, y había sido creada en el interior de Angola (Moxico) en 1966. Esta facción era apoyada por el Congo (Kinsasa) y China, estando su ideología siempre caracterizada por un acendrado populismo. Por otro lado, el Movimiento Popular de Liberación de Angola (o MPLA) había sido fundado en 1960. Desde 1962, Antonio Agostinho Neto dirigió este movimiento, de carácter marxista, apoyado por el Congo (Brazzaville) y, desde 1965, por Zambia. Estos tres movimientos lucharon entre sí para obtener el reconocimiento internacional (Vid. CORTÉS, 1983) de la OUA⁵⁹⁵. En 1961, ya se habían producido incidentes de orden público en Baixa do Cassange, duramente reprimidos por las autoridades portuguesas. El Estado Novo potenció siempre la militarización del orden público. El nuevo papel otorgado a la Guarda Nacional Republicana (ANDRADE, 2008, p. 20), la creación de la PSP así como

⁵⁹⁴ Hasta su independencia en 1960 se denominaba Congo Belga y su capital era Leopoldville. Posteriormente fue conocido por Congo (Kinsasa), Zaire y por su nombre actual de la República Democrática del Congo.

⁵⁹⁵ La Organización para la Unidad Africana (OUA) fue una organización regional que agrupaba a diversos países africanos. Fue fundada en 1963 y reemplazada en 2002 por la Unión Africana. Su fundación se debió al impulso panafricanista de Haile Selassie I, Kwame Nkrumah y Gamal Abdel Nasser. Sus principales fines fueron promover la unidad de los estados africanos, erradicar el colonialismo y promover la cooperación internacional.

de la Legión Portuguesa abundaron en este sentido (BLANEY, 2007, pp. 90-111).

Pero la guerra abierta no comenzó, en Angola, hasta que se produjeron las matanzas (LEMOS VALE, 2009, pp. 45-59) efectuadas por fuerzas de la UPA⁵⁹⁶ el 15 de marzo de 1961 (VENTER, 2017, p. 21). Sin embargo, en Luanda ya habían sido atacados, en febrero de 1961, varios centros de la PIDE (PIMENTEL, 2007, pp. 498-519) y de la PSP⁵⁹⁷. En el Ultramar portugués, la *Polícia de Segurança Pública* (PSP) era la principal fuerza policial de carácter militar. Además se contaba con la *Guarda Rural*⁵⁹⁸, así como con la *Guarda Fiscal* para el control fronterizo de las personas y bienes⁵⁹⁹. Mientras tanto, el 22 de enero de 1961, se había producido el secuestro, en alta mar, del transatlántico portugués *Santa María*, por el capitán Henrique Galvão y un grupo de opositores hispanoportugueses (PIRES NUNES, 2014, p. 186). La operación, contraria al salazarismo, fue designada *Operación Dulcinea* (PAZ, 2006, pp. 187-196). Los nombramientos de John F. Kennedy, como presidente de los EEUU (RODRIGUES, 2002, p. 22),

⁵⁹⁶ Bajo las siglas de la UPA, en marzo de 1961, la organización asesinó a unos 2.000 portugueses y unos 6.000 africanos colaboracionistas. La reacción portuguesa supuso el envío de decenas de miles de soldados metropolitanos que sofocaron la rebelión mediante un baño de sangre.

⁵⁹⁷ *Arquivo Historico Militar del Ejército Portugués* (o AHM): AHM/FO/007/B/20/7. Evolução dos dispositivos da PSP em Angola: índice de milícias e agrupamentos conhecidos pela PSP e estudo da PSP em Angola entre 1961 e 1968.

⁵⁹⁸ AHM/FO/007/B/20/4. Forças militarizadas de Angola: Guarda Rural, 1960–1961.

⁵⁹⁹ AHM/FO/007/B/20/1. Criação de um corpo auxiliar feminino de voluntárias, reforço do corpo da PSP de Angola, com três companhias móveis, e do corpo da PSP de Moçambique, com duas companhias móveis, mobilizações no exterior, Guarda Rural de Angola e reorganização dos serviços da Guarda fiscal no exterior, 1960-1961.

y de Jânio Quadros como presidente de Brasil, habían enfriado las relaciones de Portugal con dos de sus aliados tradicionales. Mientras tanto, el número de países afroasiáticos hostiles en la ONU dificultaba, cada vez más, la postura portuguesa (SILVA, 1995, pp. 17-31). La Resolución S/5380, de 31 de julio de 1963, rechazaba el concepto portugués de *provincias ultramarinas*. La resolución 2107 (XX), de 21 de diciembre de 1965, reafirmaba el derecho de las poblaciones de los territorios africanos bajo administración portuguesa a la libertad y a la plena independencia. La resolución 2270 (XXII), de 17 de noviembre de 1967, condenaba la guerra colonial conducida por Portugal, clasificándola de crimen contra la humanidad, así como una amenaza grave a la paz y a la seguridad internacionales (SÁNCHEZ CERVELLÓ, 2013, pp. 153-190). Finalmente, la resolución 2311 (XXII), de 14 de diciembre de 1967, recomendaba a las instituciones internacionales que tomaran urgentemente medidas de auxilio a los pueblos en lucha.

En Luanda, durante la madrugada del 4 de febrero de 1961, tres grupos, de unos sesenta individuos, armados con machetes y pistolas, atacaron la 7ª *Esquadra Móvil de la Polícia de Segurança Pública*⁶⁰⁰, la cárcel de S. Paulo, y la *Casa de Reclusión*⁶⁰¹ (ROSAS, 2009, pp. 97-199). Con ello buscaban la liberación de los presos y la obtención de diverso armamento reglamentario. Esta acción se saldó con el asesinato de varios agentes metropolitanos de la PSP, un soldado indígena, un

⁶⁰⁰ La primera Compañía Móvil de la PSP había sido creada en Angola, mediante el Decreto 43080, de 19 de julio de 1960.

⁶⁰¹ Se denominaba así, en Portugal, a ciertos establecimientos penitenciarios.

cabo que prestaba servicio en la Casa de Reclusión y la muerte de veinticinco asaltantes. Esta acción fue reivindicada por el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA). La relación entre los dos acontecimientos citados parece inconexa, pero supuso el comienzo de una creciente inestabilidad en el orden público en el ultramar portugués (*CONSTITUCIÓN*, 1936, arts. 1º, 2º, 53º). Se iniciaba, entonces, una larga guerra emancipadora en tres teatros de operaciones distintos y distantes: Angola, Mozambique y Guinea. En 1961 los efectivos globales de las FAS portuguesas se aproximaban a los 40000 hombres mientras que hacia 1974 el cómputo global se aproximó a los 217.000 hombres (*ESTADO-MAIOR DO EXÉRCITO*, 1988, *vol. 1, enquadramento geral*, p. 251) A la altura de 1974, los combatientes portugueses en los tres teatros de operaciones se acercaron a los 170.000 efectivos (*ESTADO-MAIOR DO EXÉRCITO*, 1988, *vol. 1, enquadramento geral*, pp. 240-241 y 259-261).

La Guinea Portuguesa⁶⁰² (MAGALHAES GODINHO, 2008, pp. 335-240) contaba con unos 31.800 km² siendo su tamaño aproximado al del Alentejo (CANN, 2005, p. 24). Pero su superficie real era de unos 28.000 km², sobre el nivel del mar, ya que los restantes quedaban a merced de las mareas, favoreciendo un clima insalubre. La Guinea Portuguesa tenía unos 680 km de frontera terrestre con Senegal y Guinea-Conakry. Al comienzo de la insurrección, Guinea contaba con cerca de 550.000 habitantes divididos entre 17 etnias principales, de las

⁶⁰² La presencia portuguesa en África, concretamente en Guinea, se remontaba al siglo XV cuando la corona lusitana estableció sus primeras factorías en el litoral atlántico africano.

cuales la mitad se consideraba islamizada y la mitad practicaba cultos animistas. Además, vivían allí unos 3.000 blancos y unos 5.000 mestizos. La mayoría de las vacantes pertenecientes a la administración pública eran cubiertas por caboverdianos. La economía del territorio se basaba en el sector primario. Hay que recordar que Bissau se encontraba a unos 3.400 km de Lisboa y a unos 4.000 km de Luanda. En Guinea, los movimientos independentistas ya habían comenzado en 1952, con la creación, por Amílcar Cabral, del Movimiento para la Independencia de Guinea. En 1956, este movimiento se transformó en el Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde (o PAIGC), siendo dirigido por Rafael Barbosa y Amílcar Cabral (Vid. CABRAL, 1974). En aquel tiempo, también surgieron otros movimientos independentistas, de menor entidad, como el Frente de Lucha para la Liberación de Guinea (o FLING), dirigido por Mario Jonas Fernandes. El 3 de agosto de 1959, una huelga de estibadores en los muelles de Pigiguiti (Bissau) se saldó con algunos muertos a causa de la respuesta portuguesa. Este hecho luctuoso suele ser considerado como uno de los desencadenantes del inicio de la guerrilla. Desde aquel momento, el PAIGC preparó, entrenó y armó a sus acólitos antes de iniciar el levantamiento. Esta sublevación, al contrario de lo sucedido en Angola, no pilló desprevenidas a las fuerzas portuguesas. El 23 de enero de 1963, fuerzas del PAIGC atacaron tanto a la guarnición de Tite, al sur del río Geba, como a los portugueses en la zona de Xime, así como en la península de Cacine. Desde aquí las fuerzas del PAIGC se replegaron hacia el nordeste, en la región de Boé. A finales de 1963 ya había en Guinea unos 16.000 efectivos metropolitanos. Con todos esos medios,

Portugal emprendió la malograda operación Tridente en la isla de Como (POLICARPO, 2010, pp. 53-57). A partir de 1964 el PAIGC se convirtió en la facción hegemónica dentro del independentismo guineano. Desde entonces, el PAIGC sería apoyado, sin reservas, por Sékou Touré, Presidente de Guinea-Conakry, por Cuba y la URSS. Enfrente se hallaban las fuerzas de Portugal, apoyadas sin reservas por Sudáfrica y Rodesia, y discretamente por España (TISCAR, 2010, pp.86 y ss.) y los países de la OTAN. Hacia 1974 las tropas portuguesas, en Guinea, sumaban unos 32.000 hombres, mientras que el PAIGC rondaba los 6.000 combatientes (OLIVEIRA, 2015, p. 23).

Mozambique era un territorio unas ocho veces mayor que Portugal. Contaba con unos 784.961 km², teniendo una frontera terrestre de 4.330 km y unos 2.000 km de costa. La población del Mozambique Portuguesa sumaba alrededor de 6.600 000 habitantes (8h/km²) siendo el 97% negros (con 86 etnias y 10 grupos étnico-lingüísticos) (GARCIA, 2005, p. 165). Zambia y Tanzania, países fronterizos, eran hostiles a Portugal. Malawi no lo era pero no impedía el tránsito guerrillero por su territorio. Para llegar desde Lisboa hasta Beira, aeropuerto central del país, era necesario recorrer unos 10.300 km (VENTER, 2017, p. 422). En Mozambique, la mayoría de la población blanca, residía en las poblaciones de Lourenço Marques y Beira, al margen de la situación bélica. Allí, buena parte de los colonos portugueses compartían la mentalidad racista promovida por Sudáfrica y Rodesia. Del mismo modo que sucedió con angoleños y guineanos, también algunos mozambiqueños emigrados crearon diversos movimientos independentistas. El más importante de ellos fue la

Asociación Nacional Africana de Moatize, creada en la provincia de Tete, en 1959. De la evolución de todas estas facciones surgió, en 1962, el Frente de Liberación de Mozambique (o FRELIMO), cuya presidencia fue ocupada por Eduardo Mondlane, intelectual formado en una universidad norteamericana. Este movimiento recibía apoyo de China, Tanzania, y países nórdicos, como Suecia. Del mismo modo que otros movimientos independentistas, el FRELIMO sufrió diversas convulsiones internas, que favorecieron el asesinato de Mondlane en febrero de 1969 (PIMENTEL, 2007, p. 411). La sede de FRELIMO se hallaba en Dar-es-Salam (Tanzania), disponiendo de delegaciones en Argelia, Egipto y Zambia. Otra guerrilla, aunque de menor entidad, fue el Comité Revolucionario de Mozambique (o COREMO) que operó, entre 1965 y 1967, en el noroeste de la provincia de Tete. Desde 1961, las autoridades portuguesas habían tomado medidas preventivas ante una sublevación en Mozambique. De este modo fue reforzado el dispositivo militar portugués. Se potenció la instrucción de las tropas, se desarrolló el servicio de información y se comenzó a preparar a la población blanca para la autodefensa. Finalmente, en Mozambique, la sublevación estalló con el ataque del FRELIMO al puesto de Chai, en la provincia de Cabo Delgado, el 25 de septiembre de 1964. A la altura de 1974 el número de combatientes portugueses en el territorio era de unos 57.000, las fuerzas independentistas no superaron los 9.000 hombres, entre fuerzas regulares y milicianos auxiliares. Al concluir las operaciones militares, en los tres escenarios citados, las fuerzas portuguesas sufrieron un total de 8831 muertos, de ellos, 8290 pertenecían al Ejército, 346 pertenecían a la Fuerza Aérea y 195 a la

Armada. Los heridos en campaña sumaban 27917 personas (OLIVEIRA, 2015, p. 25). Por todo ello, es posible afirmar que, entre 1961 e 1974, Portugal soportó el mayor desafío de su historia, tal vez, desde la Guerra de la Restauración (1640-1668).

Desde 1961 a 1974, Portugal combatió en tres teatros de operaciones inconexos⁶⁰³; a miles de km de su intendencia metropolitana y, prácticamente, con las fuerzas militares propias. Doctrinalmente, se suele definir cada teatro de operaciones (o TO) como aquella parte del teatro de guerra, necesaria para las operaciones tácticas relativas a una misión dada, así como a las operaciones administrativas relacionadas con ellas. Así pues, las provincias ultramarinas de Angola, Guinea y Mozambique englobaban el área correspondiente a la consecución de las misiones tácticas y a la extensión territorial indispensable para la realización de las operaciones logísticas y administrativas pertinentes para el cumplimiento de esas misiones. Este esfuerzo hizo que las Fuerzas Armadas Portuguesas, tuvieran que adaptarse a unas condiciones de lucha muy diferentes entre sí. Fue en este escenario bélico cuando tomaron protagonismo las fuerzas especiales, esenciales para luchar contra la guerrilla. La experiencia de otras naciones europeas en conflictos como los de Francia en Argelia, o el Reino Unido en Kenia, demostraron la inestabilidad del colonialismo europeo. A partir de 1955, la potenciación de las fuerzas paracaidistas, dentro de la Fuerza Aérea Portuguesa, abundaba en esta idea. Por su parte, la Armada afrontó estas amenazas guerrilleras con la revitalización, desde

⁶⁰³ AHM/EME – DIV/2/2/176/2. Informe Anual 1969, Região Militar de Angola, Cuartel-General, 4º Sección: Logística.

1961, del Cuerpo de Fusileros. Esta infantería de marina se convirtió, con sus unidades de *fusileros especiales* en una fuerza de intervención rápida, capaz de actuar con audacia tanto en la tierra como en el mar. Pero el Ejército fue la rama de las Fuerzas Armadas sobre la que recayó una mayor responsabilidad en las operaciones contra la guerrilla. Así, en 1962, fue creado, en Zemba (Angola), el *Centro de Instrucción Especial de Contra guerrilla* para instruir a las diferentes unidades de *comandos* (AGUDO, 1992, p. 23). Esta estructura fue, paulatinamente, extendida a los restantes teatros de operaciones. Abundando en este ámbito, a partir de 1971, fueron creados, en Mozambique, los Grupos Especiales (GE), así como los Grupos Especiales Paracaidistas (GEP) con personal africano. En Angola, fueron creados varios grupos de *Flechas*, pertenecientes a la Dirección General de Seguridad (PIDE-DGS). Todas estas fuerzas de operaciones espaciales estaban constituidas por personal autóctono y actuaban en estrecha relación con el mando militar (PELISSIER, 1971, p. 216).

Hacia 1960, poco antes del comienzo de la Guerra de Ultramar⁶⁰⁴, el dispositivo militar portugués en África, estaba constituido, fundamentalmente, por unas pocas guarniciones (OLIVEIRA MARQUES, 2006, pp. 701-710). Estas fuerzas se componían, habitualmente, de diversas unidades territoriales, de carácter permanentes, destinadas a entrenar, organizar y mantener unos

⁶⁰⁴ La denominada *Guerra colonial portuguesa*, o *Guerra de Ultramar*, se produjo, entre 1961 y 1975, entre las Fuerzas Armadas de la Republica Portuguesa y las fuerzas insurgentes que buscaban, separadamente, la independencia de las antiguas colonias portuguesas de Angola, Guinea-Bissau y Mozambique. En cada uno de esos territorios al conflicto suele llamársele *guerra de independencia*.

efectivos en cada región. Hasta 1958, las fuerzas ultramarinas estaban concentradas en las capitales de provincia, buscando un posible refuerzo metropolitano, en el caso de una guerra con la URSS. En 1961, al comenzar la guerra en Angola, prácticamente no había tropas europeas de reserva. Únicamente se contaba con la guarnición dispuesta para un tiempo de paz. Las fuerzas portuguesas sólo comenzaron a reforzarse al comienzo de la guerra en Guinea (1963), y en Mozambique (1964).

El terreno, el clima junto con otros condicionantes africanos favorecían a los movimientos subversivos. El dispositivo militar que Portugal desplegó en África se basaba en un sistema de unidades expedicionarias, y funcionaba de tres modos diferentes, según se tratara del Ejército, de la Marina o de la Fuerza Aérea. El sistema más complejo era el del Ejército. En Ultramar, como hemos dicho, el Ejército estaba constituido por unas tropas de guarnición y otras expedicionarias. Este refuerzo expedicionario se sustentaba con el envío de unidades formadas por personal metropolitano. Estas unidades existían solamente durante el tiempo en el que sus integrantes cumplieran su comisión de servicio. Al cumplir su tiempo de servicio en ultramar, estas unidades eran disueltas, volviendo sus componentes a reintegrarse en sus unidades de procedencia. Cada unidad expedicionaria, al terminar su comisión, era reemplazada por otra unidad semejante que heredaba las operaciones de su antecesora. Debido a este sistema, la numeración de las unidades militares alcanzó unas cifras muy elevadas, puesto que las comisiones solían durar, normalmente, unos dos años. Sin embargo, el sistema empleado por la

Fuerza Aérea era diferente. En la aviación sólo existían unidades permanentes, cuyo personal era licenciado, individualmente, cuando terminaba su comisión de servicio. Sin embargo, el caso de la Marina era una mezcla de los dos anteriores. Sus unidades rotaban, tanto en el lugar de despliegue como en el personal que las constituía, pero no eran disueltas al concluir su periodo de servicio.

En 1956, la Aeronáutica Militar sufrió una serie de transformaciones que dieron lugar al concepto de Fuerza Aérea. Mediante una nueva legislación se crearon tres Regiones Aéreas. La primera abarcaba el territorio continental, los archipiélagos de Azores, Madeira, Cabo Verde, y Guinea. Una segunda incluía Angola y Sto. Tomé y Príncipe. Finalmente una tercera incluía Mozambique, los territorios portugueses de la India, Macao y Timor. En cada una de estas Regiones estaba previsto construir Bases Aéreas de distinta entidad para garantizar, en cuanto a jurisdicción área, una cobertura total del Imperio Portugués. En 1957, el Subsecretario de Estado de Aeronáutica mandó publicar una orden para potenciar las infraestructuras necesarias para las operaciones en el Ultramar Portugués, tanto ante la previsión de las necesidades locales como para el apoyo de las aeronaves hacia otros ámbitos. En el año 1959 tuvo lugar el *Ejercicio Himba*. Estas maniobras constituyeron una operación de transporte aéreo militar para verificar rutas, infraestructuras, escalas posibles para las operaciones, y una demostración de presencia militar portuguesa en África. Se emplearon 12 aeronaves (6 Skymaster, 2 C-47 Dakota, y 6 PV-2 Harpoon) que volaron hasta Angola, utilizando aeródromos a lo largo de la ruta oceánica. En Angola, sobrevolaron Carmona, San Antonio del Zaire,

Cabinda, Malange, Henrique de Carvalho y Lobito. Se realizó un festival aéreo en Luanda, con desfile aéreo y terrestre, saltos paracaidistas, ejercicios de tiro real, y la asistencia de una multitud de colonos. Otros desfiles se realizaron en Sá da Bandeira y Nueva Lisboa. Este ejercicio tuvo una notable importancia psicológica. Desde entonces, la Fuerza Aérea construyó en Angola 15 pistas principales, 14 en Mozambique y 5 en Guinea, además de mejorar las infraestructuras ya existentes (BISPO, 2010, p. 1378). Se instalaron, pues, algunos radares de campaña, anticuados, en Guinea, siendo empleados tanto para la meteorología como para el tráfico aéreo. Además, en Guinea operaban radares de artillería que vigilaban el espacio aéreo y transmitían sus datos a cada centro de operaciones aéreas.

Para cubrir las necesidades estratégicas de transporte aéreo contaban con varios C-54 y DC-6, asentados tanto en la Base Aérea nº 4 (Azores) como en Lisboa (TEIXEIRA, 2017, p. 546). En 1969, esta capacidad fue incrementada con la adquisición de varios Boeing 707. Para los transportes, y enlaces, en cada zona de operaciones fueron empleados los aviones Dakota. Pero el avión convencional, de ataque y apoyo, más empleado fue el T-6 Texan. Además, como transporte ligero se emplearon Taylorcraft Auster AOP, y DO-27. No hay que olvidar, también, el valor del helicóptero como medio de apoyo a las operaciones terrestres. En Ultramar, las fuerzas portuguesas emplearon (TELO, 1996, pp. 224-228), principalmente, los helicópteros Allouette III (AIII) y SA330. Durante la última fase de la guerra fueron adquiridos

aviones Cesna FTB 337 Super-sky-master, y el español CASA C-212 Aviocar para transporte.

Hasta el inicio de las hostilidades, no existía, en Portugal, una doctrina aérea específica. Se aplicaba, pues, una doctrina aérea general que fue enriquecida con especificaciones propias del empleo del poder aéreo en contextos diversos. Inicialmente, se recogieron algunas experiencias de la Fuerza Aérea Francesa, tanto en la guerra de Indochina como en la de Argelia. En 1960, el aviador francés Pierre Closterman fue invitado a Portugal para impartir sus lecciones sobre el empleo del poder aéreo en una guerra subversiva, en la Academia Militar (MARCOS, 2007, pp. 235-239). La estrategia militar⁶⁰⁵ se orientó buscando destruir la capacidad militar enemiga, aislar al enemigo de los apoyos civiles, castigar a las poblaciones que apoyasen al enemigo, así como facilitar el desarrollo económico y social de las poblaciones nativas (GARCIA, 2003, pp. 65-75).

Todas las potencias coloniales incluyeron sistemáticamente a los africanos en las tareas necesarias para preservar el orden colonial vigente. Portugal no fue una excepción. Desde 1961, con el inicio de los movimientos independentistas, se fueron incorporando, en mayor o menor medida, a las fuerzas portuguesas diversos elementos africanos. El esfuerzo de guerra en Angola, Guinea o Mozambique se hallaba envuelto, desde el salazarismo, por un discurso ideológico

⁶⁰⁵ En el campo de las ciencias militares, se denomina *táctica* a aquella materia que trata de todos los asuntos relativos al empleo y maniobra de las tropas en combate. *Estrategia* es la materia que engloba todos los aspectos relativos a la preparación y conducción de la guerra tanto a nivel político como por las más altas jerarquías militares.

caracterizado por el *multirracismo*, el *luso-tropicalismo* y la preservación del imperio (CUETO, 2013, p. 118). Desde entonces, los africanos pasaron de ocupar puestos secundarios en el ejército colonial a, paulatinamente, conquistar puestos más importantes como el mando de algunas unidades combatientes (TEIXEIRA, 2017, p. 543). Hacia 1974, estos elementos africanos llegaron a constituir cerca de la mitad de la totalidad de las tropas coloniales portuguesas.

El sostenimiento del Imperio Portugués siempre había necesitado de la colaboración local (NATARIO, 2013, pp. 351-356). El estereotipo de la férrea resistencia indígena no correspondía con la realidad en ocasiones. A veces, la mediación de los oficiales europeos en disputas internas africanas había resultado decisiva para el establecimiento de las estructuras coloniales (TEIXEIRA, 2017, pp. 430-438). En opinión de Joaquim Augusto Mouzinho de Albuquerque (NATARIO, 2013, p. 347), uno de los militares colonialistas del siglo XIX portugués, se preferían tropas africanas ya que el soldado europeo resultaba demasiado caro y no se hallaba habituado al clima africano (WHEELER, 1980, pp. 295-318). Durante el siglo XX, la colaboración de los pueblos se puso de manifiesto en el reclutamiento, masivo durante las dos guerras mundiales, de tropas indígenas para hacer frente a las eventualidades bélicas (NATARIO, 2013, pp. 375-379), tanto en el escenario europeo como en el africano⁶⁰⁶.

A partir de 1950, las tropas africanas defendieron el sistema colonial portugués frente a los movimientos independentistas africanos. Entre

⁶⁰⁶ Como sucedió en el combate de Nahuila de 18 de diciembre de 1914, entre portugueses y alemanes, en el sudoeste africano.

1961 y 1974 se sucedieron 13 años de campañas militares en las que el protagonismo autóctono fue aumentando. Las fuerzas portuguesas los habían empleado, inicialmente, en papeles auxiliares. Posteriormente su valía quedó demostrada en actividades como el control de las poblaciones autóctonas, o la obtención de información sensible a través de confidentes y exploradores. Como hemos dicho, estas tropas africanas llegaron a constituir la mitad del dispositivo militar portugués a la altura del golpe militar de 25 de abril de 1974. La africanización del estamento militar buscaba la asimilación del elemento autóctono. Pero los postulados enunciados también tenían el rechazo de un sector del salazarismo, representado por militares como el general Kaúlza de Arriaga (LEMOS VALE, 2009, pp. 92-95). Para este sector, era necesario controlar la fuerza y el tamaño desmedido de las tropas negras. Esta posición era común entre los escalones superiores de las fuerzas armadas. Temía, pues, que la africanización de los ejércitos se tornase en indisciplina como había sucedido en la independencia del antiguo Congo Belga en 1960.

Para mantener su Imperio, el gobierno portugués realizó una revisión constitucional en 1951, había que sustituir las palabras colonia e imperio, sustituyéndolas por ultramar y provincias ultramarinas, al mismo tiempo que popularizaba el eslogan '*Portugal unido do Minho a Timor*'. La propaganda del *Estado Novo* ofrecía un discurso inmutable basado en la integridad territorial (SILVA ALFERES, 2012, pp. 16-62). Pero el aparente bloque granítico presentaba algunas pequeñas grietas (TORRE, H., de la y SÁNCHEZ CERVELLÓ, 2000, pp. 333 y ss.). Siendo ministro de Ultramar Adriano Moreira, se vio obligado a

derogar el polémico *Estatuto de los Indígenas*. Se concedió, entonces, la ciudadanía portuguesa a la mayoría de la población autóctona. Estas mudanzas legislativas, efectuadas entre 1959 y 1963, obligaron al ejército portugués a modificar las categorías existentes entre la tropa. Los soldados comisionados (categoría reconocida a los soldados blancos, nacidos en Portugal o en Ultramar), soldados ultramarinos (soldados africanos asimilados) y soldados nativos (soldados africanos bajo el régimen de *indigenado*) se convirtieron, a partir de 1960, en soldados de 1ª, 2ª y 3ª categorías⁶⁰⁷. Posteriormente, debido a la realidad bélica, esta diferenciación fue reemplazada por otra, basada en la educación formal y en la capacidad de hablar correctamente la lengua portuguesa. En términos prácticos, esto significaba la perpetuación de las segregaciones aunque dejaba abierta la puerta de la asimilación para los africanos.

Los datos del EME portugués revelan un leve aumento tropas metropolitanas durante la segunda mitad de la guerra, mientras que en esa misma fase se aprecia un aumento mucho más pronunciado de la recluta local (VENTER, 2017, pp. 477-478). Hacia 1968 se podía apreciar una fractura en el equilibrio entre las fuerzas metropolitanas y las ultramarinas (ESTADO-MAIOR DO EXÉRCITO, 1988, *vol. 1, enquadramento geral*, p. 261). Estos datos reflejaban cómo, a pesar de preferir el personal metropolitano, el Estado Novo cambió radicalmente de actitud en lo relativo al origen de sus recursos humanos. La sustitución de Antonio de Oliveira Salazar por Marcelo Caetano, como

⁶⁰⁷ Decreto 43267 de 24 de octubre de 1960.

presidente del Consejo, supuso algunas mudanzas para Ultramar. El Ejército portugués se enfrentaba, entonces, a una grave falta de oficiales profesionales, imprescindibles para la prosecución de operaciones. El número de oficiales graduados en la Academia Militar pasó de 68 en 1962 a 146 en 1967. A partir de ese año, comenzó a disminuir el número de candidaturas y, por consiguiente, el número de alumnos. En 1973 la Academia Militar sólo contaba con 40 cadetes procedentes de acceso directo (ESTADO-MAIOR DO EXÉRCITO, 1988, *vol. 1, enquadramento geral*, pp. 315-319). Las autoridades militares necesitaban, pues, instruir nuevos cuadros de mando procedentes de los sargentos y la tropa. Además, Portugal tenía que hacer frente económicamente a tres escenarios bélicos africanos. Pero la falta de efectivos metropolitanos y los elevados costes no fueron los únicos motivos que llevaron a la africanización. El envío de los efectivos metropolitanos implicaba, paulatinamente, acercarse a la extenuación económica y financiera del país.

Mientras tanto, la realidad bélica había introducido el sentido popular de la lucha en ambos bandos. Las autoridades coloniales, y la insurgencia, eran conscientes de la necesidad de vencer en el combate propagandístico. El *Estado Novo*, empezó a ser consciente de la necesidad del factor *psicosocial* dentro de la contrainsurgencia. Era necesario ganar las voluntades en las retaguardias bajo la autoridad de la administración civil. En 1961, el ministro de ultramar, Adriano Moreira, otorgó los primeros diplomas concedidos a milicias nativas como fuerzas paramilitares en las colonias africanas. Con la creación de estas fuerzas indígenas militarizadas se conseguía la promoción del

indígena, ahorrar costes en la manutención de personal militar europeo y una mayor protección de las poblaciones autóctonas frente a la insurgencia. Con la prolongación de la situación bélica, y el incremento de las bajas europeas, los contingentes militarizados cobraron un mayor protagonismo. El caso de Guinea fue representativo, participando estas unidades en todo tipo de operaciones ofensivas, generalmente en las áreas de dónde eran originarios sus miembros. Estas tropas indígenas, bajo el mando del general Carlos Alberto Idães Soares Fabião, conjugaron en su cosmovisión dos conceptos complementarios, la tradición cultural portuguesa multirracial con unas nuevas teorías de acción contrasubversiva, propias de la guerra fría (FABIÃO, 1985, pp. 305-311). El proceso de creación y promoción de unidades combatientes africanas supuso una mayor confianza en el personal africano, en cierto modo un modo de ascenso social.

Durante la segunda mitad de la década de 1960 el refuerzo del dispositivo militar portugués se hizo más necesario que nunca. La africanización tenía varias ventajas, destacando, preservar la lealtad de los africanos desmovilizados por el ejército regular. Entonces, se sospechaba que los africanos licenciados por las fuerzas regulares portuguesas, ya instruidos, podían pasarse fácilmente a las fuerzas independentistas. La creación de las tropas auxiliares, mantenía a estos hombres ocupados y bajo el control de las autoridades portuguesas. La presidencia de Marcelo Caetano supuso una cierta descentralización en la conducción de las operaciones bélicas. Anteriormente, las campañas eran conducidas, principalmente, desde el Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas (o EMGFA) ubicado en Lisboa. A partir de entonces,

cada general, al mando de las regiones militares de Angola, Mozambique y Guinea, contó con una relativa autonomía para el desarrollo de las operaciones.

Como sabemos, estas tropas africanas resultaban mucho más baratas que las regulares, además, sus bajas tenían una menor repercusión mediática que las producidas en las fuerzas metropolitanas. La primera unidad totalmente formada por africanos fueron las denominadas *Tropas Especiales* (o TE). En 1966, la *Policía Internacional y de Defensa del Estado* (o PIDE/DGS a partir de 1966) (PIMENTEL, 2007, pp. 46-51) había instruido esta primera unidad de TE constituida por unos 1200 hombres. Esta unidad, controlada por la PIDE, había sido formada por desertores de la guerrilla, y comenzó a ser utilizada frente a la insurgencia en diferentes teatros de operaciones de Angola. Vistos los buenos resultados obtenidos estas fuerzas, la PIDE empezó a pensar en tener su propio *ejército*. Para ello designó al inspector Óscar Aníbal Piçarra de Castro Cardoso para instruir, y desplegar, una fuerza denominada *Flechas*, formada por bosquimanos, principalmente pertenecientes a la etnia *San*, y originarios de la región de Cuando-Cubango, en el sureste de Angola. Estas unidades de *Flechas*, eficazmente adaptadas al medio, obtenían, con recursos rudimentarios, notables resultados en operaciones antsubversivas. En 1967, varios grupos de gendarmes, procedentes de Catanga (Congo), desertaron, y fueron recibidos, junto con sus familias, como refugiados políticos por las autoridades portuguesas. A partir de 1969, estos africanos constituyeron otras unidades militarizadas denominadas *Fieles*. Estas tropas recibían instrucción de las fuerzas armadas, y adoctrinamiento

político de la PIDE. Las diferencias étnicas fueron aprovechadas por las fuerzas portuguesas para la recluta de estas unidades contrasubversivas. Hasta 1970, con el nombramiento del general Francisco da Costa Gomes como comandante de la Región Militar de Angola, las relaciones entre la administración militar y la PIDE en el territorio eran ambivalentes. Se trataba de dos esferas de poder sin apenas conexión. El general Costa Gomes consiguió mejorar esas relaciones y, al contrario que otros generales de la época, consiguió liberar muchas tropas europeas de tareas combatientes. Al mismo tiempo se le concedía un mayor protagonismo, y autonomía, a las diferentes unidades africanas operativas. La utilización de estas tropas irregulares fue cobrando un mayor protagonismo. Aunque algunos mandos militares recelaban de la creación de unas fuerzas irregulares, totalmente distintas de las europeas y que, en no pocas ocasiones, apenas hablaban la lengua portuguesa.

Pero el constante incremento de estos grupos irregulares estaba relacionado, también, con el impopular reclutamiento de nuevos efectivos metropolitanos. Por todo ello, el dispositivo militar portugués tendía a una mayor africanización. Surgieron así múltiples unidades irregulares en los tres teatros de operaciones africanos. Este fenómeno resultó semejante a lo que los militares franceses denominaron *jeunissement* (algo así como *amarillamiento*) en la Indochina francesa. Se trataba, por tanto, del protagonismo autóctono reemplazando a las fuerzas metropolitanas en el conflicto colonial.

En 1968, el general Arnaldo Schulz, fue reemplazado por el general António Sebastián Ribeiro de Spínola en el mando político-militar de

Guinea. Este cambio supuso profundos cambios. Entre ellos, hay que citar la potenciación de las unidades milicianas, organizadas en pequeños grupos de combate (compañías, secciones o pelotones) que operaban con bastante autonomía. Spínola encuadró, en Guinea, todas esas milicias dentro de la estructura del Ejército. Además, buscó eliminar las diferencias existentes, en las fuerzas regulares, entre los soldados metropolitanos y los soldados africanos. Para ello tuvo que enfrentarse a numerosas resistencias. No eliminar esta discriminación implicaba serios riesgos para la campaña portuguesa (Vid. SPÍNOLA, 1974). Pero las medidas de Spínola tuvieron que enfrentarse, también, con las restricciones presupuestarias. En 1968 solicitó cinco nuevas compañías especiales para Guinea. Sólo dos de ellas fueron autorizadas, pero en 1970. El cansancio bélico se notaba en Lisboa. En 1971, el gobierno ordenó la inspección, centralizada desde Lisboa, de todas esas tropas irregulares. Spínola había vuelto a entrar en conflicto con la superioridad. Desde entonces, pretendía crear unas nuevas *compañías de comandos africanos*. Estas unidades de operaciones especiales, siempre encuadradas en el Ejército, serían formadas por personal africano seleccionado. Estos *comandos africanos*, operativos desde 1972, constituyeron una fuerza de élite. Sus acciones se llevaron a cabo tanto en la Guinea Portuguesa, como en Guinea Conakry y Senegal.

En Angola, Guinea y Mozambique tres generales tomaron posturas diferenciadas con respecto a la implicación de la población africana en la guerra. Costa Gomes mantuvo, en Angola, un equilibrio entre la administración civil y militar para la utilización de las unidades africanas. En Guinea, Spínola utilizó, profusamente, las unidades

africanas, mientras que Kaúlza rechazaba emplear unas unidades africanas de las que desconfiaba. Al finalizar la guerra, la africanización había sido determinante para mantener el dispositivo colonial. Finalmente, el estado mayor portugués había tomado conciencia de que las tropas africanas eran eficaces y más baratas.

El dispositivo militar en la Guinea Portuguesa: las fuerzas terrestres

La Guinea Portuguesa, existente hasta 1974, fue denominada Provincia Ultramarina de Guinea, desde 1951, y Estado de Guinea, desde 1972, englobando los actuales territorios de Guinea Bissau y Cabo Verde. Desde 1961, Guinea se convirtió, tal vez, en el conflicto más complejo para Portugal⁶⁰⁸ en términos bélicos (SÁNCHEZ CERVELLÓ, 1989, pp. 1017-1044). Como es sabido, el golpe de estado del 25 de Abril de 1974, supuso la derrota portuguesa y la victoria del bando independentista PAIGC (POLICARPO, 2010).

En 1963 el territorio guineano era mandado, desde Bissau, por una jefatura conjunta de las fuerzas armadas⁶⁰⁹. Este mando conjunto se mantuvo hasta 1974. En cuanto a la guarnición acantonada, en 1963, el Mando de Guinea tenía su sede en Bissau. Contaba con 3 compañías de cazadores (Farim, Nova Lamego y Bedanda), así como con una batería de artillería de campaña acantonada en Bissau. Este dispositivo se

⁶⁰⁸ En buena parte de estas operaciones bélicas actuaron de modo combinado diferentes elementos de las fuerzas armadas portuguesas. En este trabajo se ha separado cada ejército en un párrafo diferente para una mejor articulación del discurso histórico.

⁶⁰⁹ AHM/FO/29/15/368/402. Relatório da Missão Militar às Províncias de Cabo Verde, Guiné, S. Tomé e Angola (Julho-Agosto 1959), Ministério do Exército.

incrementó con 1 pelotón de Policía Militar, así como con 1 destacamento de intendencia. A la altura de 1974, la guarnición portuguesa en Guinea se había incrementado con un Hospital Militar (Bissau), un batallón de comando (Brá), 8 compañías de cazadores (Farim, Nova Lamego, Bedanda, Bambandinca, Bissorã, Bolama y Aldeia Formosa-Quebo). Además, en Bissau había un grupo de artillería de campaña, una agrupación de transmisiones, un batallón de ingenieros, otro de intendencia, un depósito del mismo cuerpo así como un batallón del servicio de material. También había un centro de instrucción (Bolama), y una academia de oficinas militares. Como fuerzas expedicionarias se enviaron dos agrupaciones tácticas, 2 agrupaciones para operaciones, 1 mando de operaciones, 18 batallones de cazadores, 80 compañías de cazadores, 1 compañía de Policía Militar, 32 pelotones de artillería de apoyo próximo, 3 baterías de artillería antiaérea, 2 escuadrones de caballería para reconocimiento, 4 pelotones de reconocimiento independientes y 4 pelotones de intendencia.

En Guinea, las milicias estaban constituidas, principalmente, por africanos. Se empleaban como fuerzas de autodefensa, y se dividían en dos clases: las milicias normales, defensivas, organizadas en 45 compañías de 200 hombres, y las milicias especiales, semejantes a los Grupos Especiales (o GE) de Angola y Mozambique. Estas unidades se organizaban en 23 grupos de 31 hombres cada uno. Los comandos africanos eran compañías de operaciones especiales constituidas por personal nativo. Estos guineanos tenían 3 compañías de comandos africanos dependientes del Mando del Batallón de Comandos de

Guinea. Los fusileros especiales Africanos eran unidades, de operaciones especiales, dependiente de la Armada, y totalmente constituidas por nativos de Guinea. Con ellos, se constituyeron dos destacamentos de fusileros especiales africanos.

En Guinea, las fuerzas portuguesas participaron en las siguientes campañas principales⁶¹⁰: la *operación Tridente* (enero-marzo de 1964), la *operación Grifo* (abril de 1966) en el corredor de Guileje; la *operación Ciclone II* (febrero de 1968) en Cafal-Cafine; la *operación Vulcano* (marzo de 1969), en Bissau; la *operación Gata Pequeña* (junio de 1969), en Caboiana-Churo; *operación Joven* (noviembre de 1969), en Guileje, la operación Mar Verde (noviembre de 1970), en Conakry (Guinea) y, finalmente, la operación Amatista Real (mayo de 1973), en Guidaje.

La guerra en Guinea presentó algunas diferencias con respecto de Angola o Mozambique. Estas diferencias estaban en el inicio del conflicto, en la organización de la guerrilla y en las características geográficas del territorio. El esfuerzo del movimiento rebelde fue, inicialmente, orientado hacia su organización interna, formando cuadros de mando y reclutando combatientes. De este modo se potenciaba el arraigo del movimiento nacionalista sobre el terreno. Se buscaba el aislamiento de algunas áreas del territorio para formar a las fuerzas insurgentes. Los primeros años de existencia de esta guerrilla no fue muy visible hacia el exterior. Pocas fueron las acciones violentas

⁶¹⁰ Sería prolijo enumerar todas las campañas en el teatro de operaciones de la Guinea Portuguesa. Solamente se citan aquí las operaciones de mayor trascendencia para el proceso histórico estudiado.

en una primera fase. Al contrario que en Angola, en Guinea era un movimiento minoritario. Al comienzo de la sublevación, el Partido Africano para la Independencia de Guinea y de Cabo Verde, buscaba consolidarse hasta obtener una posición hegemónica en la oposición al poder portugués.

La sublevación de Guinea, comenzada en 1963, se produjo en un territorio con una ausencia casi completa de infraestructuras y unos limitados recursos económicos. La abundancia de condicionantes naturales (terreno y clima) extenuaba a las tropas europeas, desgastaban los materiales y aceleraban la degradación de los víveres. Al contrario de lo que sucedía en Angola o en Mozambique, Bissau, única puerta de entrada, era una pequeña ciudad dotada con un deficiente puerto de mar, en el que era difícil almacenar adecuadamente los abastecimientos llegados de Lisboa. Tampoco era fácil transportarlos hacia el interior, debido a las deficientes vías de comunicación y al progresivo aumento de las acciones insurgentes. Todo ellos se traducían en una inseguridad en las rutas de abastecimiento, cuando no su interrupción. Por ello, se hacía uso de un heterogéneo sistema de transportes. Una serie de medios náuticos, muchos no pertenecientes al Ejército, atravesaba la intrincada red fluvial del país. Cíclicamente, aprovechando las mareas, una multitud de embarcaciones de pequeño calado desempeñaban sus cometidos logísticos (SANTOS, 2008, pp. 15-25 y 310-320). En Guinea, también se recurría, en mucha menor medida, al transporte terrestre y aéreo. Este último era de vital importancia al posibilitar el abastecimiento remoto de géneros frescos, materiales urgentes y la

entrega de correo, en condiciones de rapidez y seguridad (ALEXANDRE, 2015, pp. 123-135).

La insurrección comenzó a gestarse en Guinea en 1959. En agosto de aquel año, la huelga de estibadores de Pigiguiti (Bissau), fue duramente reprimida por las fuerzas de la PSP⁶¹¹. El incidente se analizó por las autoridades portuguesas considerando que el empeoramiento del incidente se llevó a cabo debido a la falta de preparación de los agentes de PSP, impotente para actuar de otra forma que empleando armas de fuego⁶¹². Desde entonces, varios movimientos nacionalistas desafiaron al poder colonial portugués mientras que competían entre sí. De entre ellos, destacaba el Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC), que encabezó la lucha armada desde 1963. La independencia de Guinea-Conakry, en octubre de 1958, alentó a los independentistas de Bissau (CABRAL, 1984, p. 60). Poco después, las autoridades portuguesas comenzaron a evaluar la amenaza de las ideologías nacionalistas y el dispositivo militar existente en la colonia. En ese momento, Portugal tenía en Guinea una guarnición de unos 900 soldados, el reclutamiento local, aunque enmarcado por los funcionarios de origen europeo, repartidas entre Bissau y Bolama, la antigua capital de Guinea, en la costa meridional de territorio (ESTADO-MAIOR DO EXÉRCITO, 1988, vol. 1, *enquadramento geral*, pp. 152-153). En el análisis del dispositivo

⁶¹¹ *Arquivo de la Defesa Nacional de Portugal* (o ADN): ADN/F2/92/306/1. Relatório do Comando Militar da Guiné, Assunto: Greve dos marinheiros indígenas no cais de Pigiguiti. Bissau, 4 de Agosto de 1959.

⁶¹² ADN/F1/50/235/8. Missão do Ministério do Exército às Províncias de Cabo Verde, Guiné, S. Tomé e Príncipe e Angola, Julho/Agosto de 1959.

militar, se establece la necesidad de establecer nuevas unidades en Farim y Nueva Lamego⁶¹³. Guinea contaba con veintinueve pistas de aterrizaje, pero sólo la de Bissau estaba pavimentada. En la mayoría sólo operaban aviones ligeros. La Fuerza Aérea aún no tenía medios permanentes en Guinea. Para hacer frente a una guerra subversiva, se consideró reclutar para las filas portuguesas a los africanos leales a las autoridades locales, así como implantar un servicio de información eficaz. Todo fue en vano.

La presencia militar en la colonia también se analizó continuando sin apenas modificaciones. Sólo a fines de 1959 comenzaron a llegar los primeros refuerzos a Guinea. Por lo tanto, las dos compañías de cazadores que estaban en el territorio fueron reforzadas por una compañía de cazadores metropolitana, constituida por personal de Batallón nº 5 de cazadores. El mando militar de Guinea, destinó a dos pelotones de estas tropas en Farim y Bedanda, mientras que otro pelotón iría destinado a Nueva Lamego. En 1960 este era en refuerzo enviado a Guinea. Entonces, el embrionario Partido Africano de la Independencia (PAI), dirigido por Amílcar Cabral, defendía, desde 1956, la independencia de Guinea y Cabo Verde (IGNÁTIEV, 1984, p. 97). Se apostó por la lucha armada, trasladando su dirección a Conakry a partir de mayo de 1960 el exterior (SILVA, 1997, p. 37). El partido de Cabral comenzó a luchar por la liquidación inmediata del dominio colonial portugués en Guinea y Cabo Verde (FELGAS, 1967, p.50). Aunque asentado en Conakry, Cabral mantenía una red de células clandestinas

⁶¹³ ADN/F2/92/309/13. Memorando sobre a Defesa da Guiné, Presidência do Conselho, Secretariado-Geral da Defesa Nacional, 24 de Outubro de 1958.

en varias partes de Guinea. En octubre de 1960, el PAIGC propuso al gobierno portugués una solución pacífica al problema colonial de Guinea y Cabo Verde. En diciembre, el PAIGC envía su primer memorando a la ONU⁶¹⁴. Sin embargo, dadas las negativas portuguesas, Amílcar Cabral es consciente de que la única manera de acabar con la estructura colonial portuguesa pasaba por la lucha armada. En julio de 1961, se produjeron las primeras acciones de sabotaje en Guinea, cortando la línea telefónica entre Santo Domingo y el poblado de Beguingue. Días más tarde, un grupo numeroso, atacó el acuartelamiento de S. Domingos haciendo uso de machetes, armas de caza y botellas de gasolina. Estas y otras acciones provocaron que muchos europeos del interior del territorio huyeran hacia Bissau. Las autoridades de Bissau enviaron personal militar a las zonas afectadas, lo que parecía haber disuadido a la insurgencia. En ese momento, el gobernador era Augusto Peixoto Correia que acumuló en su persona diversas atribuciones políticas y militares⁶¹⁵. Además, el gobierno portugués envió a Guinea un destacamento de cazas F-86F Sabre, con sede en el aeródromo de Monte Real. Estos cazas llegaron a Guinea en agosto de 1961, y fueron estacionados en la base de Bissalanca. Los primeros aviones volaron sobre Guinea hacia el 19 de agosto. Después de unos tres meses, los F-86 fueron retirados de Guinea. Con ellos

⁶¹⁴ ADN/FG/SGDN Cx. 4445.8. Ordem de Batalha 1 – Serviço de Informação Militar/CTIG. Efemérides da Subversão na Guiné – 2ª Rep/QG/CTIG – Bissau, 31 de Outubro de 1967.

⁶¹⁵ ADN/F2/93/311/1. Secretariado-Geral da Defesa Nacional, Carta de Comando para o Comandante-Chefe das Forças Armadas da Guiné, Lisboa, 23 de Maio de 1961.

también habían llegado a Guinea los primeros aviones de instrucción, y ataque ligero, Texan T-6.

En 1962, el partido de Cabral cambió su nombre por el PAIGC (Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde). Sin embargo, en marzo de 1962, el PAIGC sufrió un duro golpe cuando se detuvo a muchos dirigentes, y simpatizantes, en toda Guinea. El PAIGC, desde el exilio, inicia sus primeras acciones violentas, enfocadas, inicialmente, a las autoridades tradicionales y a las fuerzas del orden. En ese momento, los miembros del partido reciben en Conakry armas ligeras procedentes de Marruecos. Este proceso acabó con la detención de varios dirigentes del PAIGC, junto con un cargamento de armas en el puerto de Conakry. La situación sólo se resolvió después de una reunión entre Amílcar Cabral y Sékou Touré, autorizando finalmente el suministro de armas al PAIGC. Al mismo tiempo, el PAIGC continuó formando a sus cuadros de mando en países como China, Checoslovaquia, Ghana, Marruecos, Mali y Guinea.

Sin embargo, a finales de 1962, Peixoto Correia fue sustituido por Vasco Rodrigues, como autoridad militar de Guinea⁶¹⁶. Con este oficial de la marina, se separó, de nuevo, el mando político del militar, que fue a recaer en el coronel Fernando Louro de Sousa que, tomó posesión de su cargo en Bissau en marzo de 1963, tres meses después del estallido bélico. El 23 enero de 1963, el PAIGC atacó los cuarteles de Tite, muy cerca de Bissau. Este ataque causó un muerto y dos heridos entre las tropas portuguesas. Los guerrilleros saldaron la escaramuza con tres

⁶¹⁶ ADN/F2/92/306/4. Exposição feita pelo Comandante-Chefe das Forças Armadas na Guiné no CSM, 4 Setembro 1963. p. 25.

mueritos propios⁶¹⁷. El ataque, sin embargo, simbolizó el inicio de la guerra en Guinea, aunque, como hemos visto, la actividad subversiva del PAIGC ya estaba antes de esta fecha. Esa misma noche, las fuerzas portuguesas sufrieron una emboscada en la región de Fulacunda (área Buba) perdiendo a dos soldados⁶¹⁸. Cuatro días más tarde, un nuevo ataque de la guerrilla en la misma región provocó dos muertos y cuatro heridos entre las tropas portuguesas⁶¹⁹.

También en enero de 1963, las fuerzas portuguesas registraron las primeras emboscadas en la región Bedanda en el sur de Guinea. Las acciones de la guerrilla continuaron aumentando en intensidad. En marzo, el PAIGC secuestró en el puerto de Cafine, dos barcos comerciales, el *Mirandela* y el *Arouca*, empleados en el transporte de personal y materiales desde la República de Guinea. La insurgencia atacaba a los acuartelamientos y, mediante emboscadas, a los vehículos militares. En ese momento, las fuerzas portuguesas ya estaban distribuidas en diez puntos del territorio y el ejército en Guinea tenía unos 5.000 hombres⁶²⁰. Además de las fuerzas de tierra, el mando militar en Bissau también contó con el apoyo de las aeronaves estacionadas en el citado aeródromo Bissalanca (AB2). La Fuerza Aérea tenía en Guinea poco más de 350 empleados y tenía, de nuevo,

⁶¹⁷ ADN F2/102/324/4 Telegrama do Governador da Guiné para o Ministério do Ultramar, Bissau, 23 de Janeiro de 1963.

⁶¹⁸ ADN F2/102/324/4. Comunicado do Secretariado-Geral da Defesa Nacional, Serviço de Informação Pública das Forças Armadas, Lisboa, 24 de Janeiro de 1964.

⁶¹⁹ ADN F2/102/324/4. Telegrama do Governador da Guiné para o Ministério do Ultramar, Bissau, 27 de Janeiro de 1963..

⁶²⁰ ADN/F2/92/307/7Exposição da Situação Operacional na Província da Guiné (JAN 61/MAR 64), feita ao Curso de Altos Comandos, no IAEM, em 2 de Maio de 1964, Esquema n.º 13.

siete F-86F Sabre de caza, y ocho aviones de ataque ligero T-6 Texan. En cuanto a la Armada, tenía poco más de 300 marineros y el destructor *Vouga*, dos pequeñas embarcaciones auxiliares y tres corbetas de la clase Bellatrix (TELO, 1999, pp. 556-566). En resumen, las fuerzas portuguesas ascendieron a 5.650 hombres. Desde 1963, estos efectivos aumentaron considerablemente, como veremos más adelante.

Las actividades de la guerrilla se daban en casi todo el territorio excepto en la zona Bissau. En el norte, las acciones se efectuaban por elementos procedentes de Senegal, donde se refugian tras los ataques. El PAIGC operaba principalmente en el sur de Guinea con una gran libertad de acción y el apoyo de la República de Guinea y el bloque soviético. Según el ejército portugués, el PAIGC era el más peligroso de los movimientos de liberación existentes en Guinea⁶²¹. Para hacer frente al PAIGC las fuerzas portuguesas contaban con unos 6.000 hombres, siendo necesario potenciar el dispositivo para aumentar la capacidad operativa de las fuerzas de tierra.

A mediados de 1963, la situación militar es comprometida en la mayor parte de Guinea, siendo posible un ataque contra Bissau, que sería fácil de ejecutar, con todas las consecuencias políticas que implicaría⁶²². Para evitarlo, entre otras medidas, se propuso agrupar en la misma figura el aparato político-administrativo, que funcionaba por separado. Esta medida se llevó en 1964, con el nombramiento de Arnold Schultz para el cargo de gobernador y comandante de Guinea. La

⁶²¹ ADN/F2/103/328/1. Relatório do Comandante-Chefe das Forças Armadas da Guiné, Bissau, 1 de Abril de 1963..

⁶²² ADN/F2/92/306/4. Relatório da visita à Guiné, Secretariado-Geral da Defesa Nacional, Lisboa, 27 de Maio de 1963.

incompatibilidad que existía entre la dirección política y la planificación militar, protagonizada Vasco Rodrigues y Louro de Sousa, fue nefasta para la coherencia de la defensa militar y civil (CUNHA, 1977, pp.108-111). Esta falta de coordinación, obviamente, impidió la acción concertada de varios medios de defensa contra la guerrilla. También se defendía la existencia de fuerzas de intervención con un alto grado de preparación y su movilidad táctica capaz de ser empleados rápidamente en cualquier parte del territorio. Para ello, se consideró imprescindible la adquisición de helicópteros, elementos clave en la lucha contra la guerrilla. La Fuerza Aérea aún no había empleado helicópteros en Guinea, después de haber recibido los tres primeros helicópteros Alouette II en septiembre de ese 1963⁶²³. Sin embargo, inicialmente se utilizaron exclusivamente en las misiones de observación, conexión y evacuación de heridos.

La situación en general, ya no era crítica, pero presentaba un elevado nivel de violencia en el sur de la colonia, y podía empeorar si no se tomaban rápidamente medidas de contención de la guerrilla⁶²⁴. En la misma línea, la eliminación de la insurgencia en Guinea tendría amplias repercusiones en el país, elevando la moral de la población y, en particular, de las fuerzas armadas, desalentando al mismo tiempo otros movimientos nacionalistas⁶²⁵. El territorio vivía la situación más crítica, con unas fuerzas portuguesas que sólo controlaban sus propios

⁶²³ ADN/F2/92/306/4. Exposição feita pelo Comandante-Chefe das Forças Armadas na Guiné no CSM, 4 Setembro 1963.

⁶²⁴ ADN/FG/SGDN Cx. 6862.5 Relatório da visita à Guiné, Secretariado-Geral da Defesa Nacional, Lisboa, 27 de Maio de 1963.

⁶²⁵ ADN/F2/92/306/4. Exposição feita pelo Comandante-Chefe das Forças Armadas na Guiné no CSM, 4 Setembro 1963.

cuarteles. Para ello, se debería haber concentrado el esfuerzo de la defensa en la acción psicológica y la acción social de los africanos para ganar su confianza. Del mismo modo, había una serie de problemas que dificultaron los esfuerzos para contrarrestar la subversión, incluida la deficiente formación de las tropas y de los mando, el pobre equipamiento de las unidades en el despoblado, la falta de personal, los problemas en el suministro de material de unidades, municiones, alimentos y agua, la explotación de los nativos en las operaciones de seguridad, la falta de instalaciones adecuadas para las fuerzas de tierra y la fatiga dentro del ejército al final de cada comisión. Los militares siempre estaban ansiosos por volver a la metrópoli. Por todo ello, las fuerzas militares, además de insuficientes, no estaban preparadas para una lucha eficaz contra la guerrilla. A finales de 1963, se reconoce que, con la excepción de las tropas especiales, la moral de las fuerzas portuguesas es baja y hay un espíritu ofensivo débil combinado con un comunicado deficiente que hace que el uso de tácticas inapropiadas y actitudes estáticas hacia el enemigo⁶²⁶. El contingente militar estacionado en Guinea seguía creciendo, superando, en marzo de 1964, los 12.000 militares⁶²⁷. A pesar de este aumento significativo en el número de tropas, Guinea todavía lejos de ser pacificada⁶²⁸.

⁶²⁶ ADN F2/58/319/1. Directiva n.º 7 do COMCHEFE Guiné, Bissau, 14 de Dezembro de 1963.

⁶²⁷ Concretamente 12.066 militares. ADN/F2/92/307/7. Exposição da Situação Operacional na Província da Guiné (JAN 61/MAR 64), Curso de Altos Comandos, no IAEM, 2 de Mayo de 1964.

⁶²⁸ ADN F2/93/311/1. Verbete para o Gabinete do Ministro da Defesa Nacional com Portaria da Presidência do Conselho, 13 de Maio de 1964.

En Guinea, los primeros ataques primeros ataques llevaron, al gobierno en Bissau, a desplegar diverso personal militar en las zonas afectadas⁶²⁹. En esta coyuntura, en Lisboa, se encontraba el gobernador de la provincia comandante Peixoto Correia. Este militar, nombrado en 1958, ostentaba los cargos de gobernador y de jefe de las fuerzas⁶³⁰. A finales de 1963, el gobierno de Salazar volvía a separar ambos cargos provinciales, recayendo, esta vez, el de gobernador en el comandante Vasco Rodrigues y el de jefe de la fuerzas en Bahía Sousa⁶³¹. Esta separación entre la labor política y la militar se tradujo, en Guinea, en una confrontación entre los titulares de las dos carteras (CUNHA, 1977, p. 111). Esta descoordinación, un cierto vacío estratégico, y una falta de capacidad de respuesta, fueron algunos de los principales avales para el avance militar del Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde. Como hemos visto, en 1963, el PAIGC se hizo fácilmente con el sur del territorio, partiendo zonas limítrofes con la vecina Guinea (Conakry), contando así con bases de apoyo.

En este contexto, a finales de 1963, se organizó la Operación Tridente, con el objetivo militar de la eliminación de las guerrillas del partido de Amílcar Cabral (PAIGC), instaladas en los archipiélagos del sur. En las islas de Como, Caiar y Catunco, los guerrilleros basados

⁶²⁹ ADN/F2/92/306/1. Informação nº 73/60 do Secretariado Geral da Defesa Nacional, Assunto: Localização de Unidades Militares no Interior da Guiné, Lisboa, 8 de Fevereiro de 1960.

⁶³⁰ ADN/F2/93/311/1. Secretariado-Geral da Defesa Nacional, Carta de Comando para o Comandante-Chefe das Forças Armadas da Guiné, Lisboa, 23 de Maio de 1961.

⁶³¹ ADN/F2/93/311/1. Secretariado-Geral da Defesa Nacional, Carta de Comando para o Comandante-Chefe das Forças Armadas da Guiné, Lisboa, 13 de Março de 1963.

habían establecido su estado incipiente, ya denominado República Independiente de Como, en un claro desafío a las autoridades portuguesas. Por lo tanto, la acción militar sería dirigida contra los guerrilleros de esas islas, asegurando así la soberanía portuguesa.

En cuanto a la estrategia global del conflicto, la aplicación de una amplia acción militar resultó totalmente inadecuada, tanto desde el punto de vista militar como, sobre todo, desde el punto de vista político. Militarmente, la guerra convencional no se puede aplicar a la guerra subversiva e irregular. Políticamente, los guerrilleros tenían el apoyo tanto de la población civil como del medio geográfico. La guerrilla actuaba en zonas de bosques muy cerrados rodeados de zonas pantanosas, con fácil acceso para sus miembros. Por lo tanto, el control de los accesos por la guerrilla, hacía difícil la penetración del ejército portugués en la selva. Estos factores impedían, por supuesto, una operación convencional a gran escala, que pudiera tener alguna posibilidad efectiva de victoria.

En diciembre de 1963, el comandante en jefe de Guinea buscaba a los guerrilleros del PAIGC, establecidos en las islas de Caiar, Como y Catunco. Los líderes militares portugueses pensaban que, en esa zona, el PAIGC tenía algunos de sus principales líderes, así como depósitos de material militar, refugios a prueba de ataques aéreos y una gran cantidad de armas automáticas.⁶³² Se pretendía, pues, eliminar la presencia de guerrilleros en los llanos, devolviéndolos a sus posiciones

⁶³² ADN/FG/Cx. 6896.5. *Directiva N.º8 – Operação Tridente, 23DEZ63*, Comandante-Chefe das Forças Armadas na Guiné, Brigadeiro Fernando Louro de Sousa.

más remotas, además, impedir la fuga de los guerrilleros hacia el exterior del teatro de operaciones isleño, finalmente trataban de ocupar las islas y obtener la victoria psicológica de la población autóctona. Se denominó operación Tridente.

En la operación Tridente participaron todas las ramas de las Fuerzas Armadas. El Ejército tuvo el mayor protagonismo, realizando tanto la Fuerza Aérea y como la Armada labores de apoyo a las fuerzas sobre el terreno. Según lo planificado, participaron tres compañías de caballería, una de cazadores y tres destacamentos de fusileros especiales. Los objetivos fijados serían indicados por los fusileros especiales. Posteriormente, habría que ocupar las islas, buscando más adelante para recuperar las poblaciones, el control de los recursos utilizados por la guerrilla y, por último, la creación de condiciones para el establecimiento de la autoridad y la administración portuguesas. Estas ideas estuvieron presentes con el fin de elaborar las operaciones de las tres ramas de las fuerzas armadas, que ya implicaban un estudio detallado de la forma de la operación, en la forma prescrita por la directiva del estado mayor de las Fuerzas Armadas de Guinea, que acabamos de analizar. El 6 de enero de 1964, las fuerzas de tierra estarían compuestas por cinco grupos.

El grupo A tenía una misión en la primera fase de la operación, ocupar el pueblo de Caiar, tratando de aislar a las fuerzas guerrilleras establecidas en la isla de Caiar y en la isla de As. En la segunda fase, este grupo debía limpiar la zona prevista, ocupando militarmente, y proceder a la recuperación de las poblaciones así como recuperar el control de los recursos locales con el fin de reducir la probabilidad de

las reposiciones de la guerrilla. Finalmente, en la tercera etapa, junto con las fuerzas de la isla de Como debería participar en la operación de limpieza de bosque Cassacá⁶³³. El grupo B debía ocupar la región Cauane, con el fin de facilitar el posterior aterrizaje del grupo C. Había que aislar las fuerzas guerrilleras de la isla Caiar y Catunco, pacificar la zona y, en la última fase de la operación, deben participar con el grupo A en la limpieza del citado bosque Cassacá⁶³⁴. El grupo C, ocuparía la región Catunco Balanta y auxiliaría a las agrupaciones anteriormente citadas. En cuanto al grupo D, tenía como misión la ocupación de la región Cametonco, procediendo a aislar, posteriormente, a los guerrilleros instalados en las islas. Por último, el grupo E debía en la base logística recién asegurada para, acto seguido, llevar a cabo la ocupación de monte Cachil, y colaborando, posteriormente, con las demás fuerzas en la limpieza del bosque Cassacá. Con esta empresa se pretendía ocupar definitivamente este territorio insular.

A través de este análisis, se puede observar la magnitud de la operación, al menos en cuanto a los recursos humanos empleados. Si tenemos en cuenta que cada compañía tiene aproximadamente unos 130 hombres, y cada destacamento de fusileros especiales, alrededor de 80, es posible deducir que, en esta operación, participaron unos 760 hombres. Cifra enorme, teniendo en cuenta lo pequeño del territorio que

⁶³³ ADN/FG/Cx. 6896.5. *Operação Tridente*, Ordem de Operações Nº1/64 – Bissau, 06JAN64, pelo Comandante das Forças Terrestres, Tenente-Coronel de Cavalaria Fernando Cavaleiro.

⁶³⁴ AHM/DIV/2/4/312/1. *Operação Tridente – Ilha de Como*, Relatório da operação realizada na região de Uncomené (Como) nos dias 23 e 24, integrada na Operação Tridente.

servió de base para la operación. Después de una intervención inicial a cargo de la Fuerza Aérea, las fuerzas portuguesas aterrizaron sin mucha resistencia en cinco lugares del archipiélago, entre el 15 y 17 de enero. Los dos primeros grupos de intervención terrestre aterrizaron el 15. Al mismo tiempo, la primera agrupación desembarcó en Caiar, después de una marcha dolorosa, se ocupó la parte sur de la isla de Como y se avanzó a Cauane dónde se encontró con la insurgencia. Después de los primeros choques, los guerrilleros se refugiaron en el bosque, pero fueron expulsados de allí por los fusileros especiales. En los días siguientes desembarcaron los otros tres grupos de intervención, sin apenas resistencia, completando el cerco a la guerrilla (CATARINO, 2009, pp. 45-52). La lucha, sin embargo, se intensificó en la zona de Cauane⁶³⁵. Las condiciones del campo se convirtieron cada vez más adversas a los portugueses. Además del combate, los portugueses también se enfrentaron a otros problemas de carácter logístico. Debido a la falta de agua potable en la isla, las tropas portuguesas se vieron obligadas a cavar pozos con los que obtuvieron un agua salobre. Este primer tormento se asoció con otros contratiempos, como la mala alimentación y el calor.

Esta operación enunciada, resultaba representativa de la situación bélica en Guinea. El análisis de la reacción guerrillera frente a las fuerzas portuguesas, modificó los planes portugueses para acciones posteriores. Los guerrilleros se caracterizaron por ser numerosos, bien armados y entrenados, mejor adaptados al medio, y capaces de

⁶³⁵ AHM/DIV/2/4/312/1. *Operação Tridente – Ilha de Como*, estudo da situação – COMOPTRIDENTE, 09Fev64, às 20h00.

fortalecer los puntos de ataque, así como asediar pequeños núcleos de fuerzas portuguesas aisladas⁶³⁶. A pesar de ello, finalmente, el PAIGC parecía haber perdido la iniciativa, lo que no significó, sin embargo, una derrota. Una de las acciones que mayor dificultad creaba a las tropas portuguesas fue la combinación de imprevisibles movimientos guerrilleros combinados con ametralladoras pesadas y ligeras, una situación que se hacía posible gracias a su maniobrabilidad, la movilidad y la velocidad de ejecución. Esa polivalencia les daba una fuerte resistencia puntual⁶³⁷. Desde entonces, la acción portuguesa se enfocaría hacia la intención de seguir el desgaste de la guerrilla, con el fin de lograr los resultados más importantes con la máxima garantía y las pérdidas mínimas. Se prefería, así, preparar acciones limitadas a escenarios concretos. Las fuerzas portuguesas que participaron en la *operación Tridente* aprendieron algunas lecciones sobre la organización militar del PAIGC, que tenía una movilidad capaz de resolver los problemas causados por las tropas portuguesas y, en ocasiones, tomar la iniciativa en una primera fase de ataque. El desgaste sufrido por las fuerzas coloniales obligó al estado mayor portugués a acortar la duración de las operaciones.

Pero los resultados fueron mucho más bajos de lo esperado, incautando escaso material militar de importancia, y mayores cantidades de granos y semovientes, para dañar el posible suministro de

⁶³⁶ AHM/DIV/2/4/312/1. *Operação Tridente – Ilha de Como*, Comando das Forças Terrestres na Ilha do Como – 09MAR64, 10h00.

⁶³⁷ AHM/DIV/2/4/312/1. *Operação Tridente – Ilha de Como*, Comando das Forças Terrestres na ilha do Como, Cópia do relatório sobre a batida à mata do Como, em 16MAR64, elaborado pelo Comandante da Companhia de Cavalaria 489.

la guerrilla⁶³⁸, produciendo un efecto psicológico negativo en la población africana para con las fuerzas portuguesas, lo que redujo la posibilidad de recuperación moral de las voluntades. Las fuerzas portuguesas, después de todo, deberían tener como uno de sus objetivos principales lograr vencer en la propaganda en esta guerra subversiva. Si las poblaciones locales colaboraban con las fuerzas guerrilleras, podría significar que la esperanza en la recuperación de estas poblaciones, para la causa portuguesa, se evaporase. Era necesario por tanto, tratar de minimizar el apoyo local al PAIGC.

Una de las principales deficiencias de esta operación Tridente residía en la ausencia de información suficientemente fiable de las actividades del PAIGC en el área. Se dio por supuesto que la voluntad combativa de la guerrilla era desfavorable. Por otro lado, no se explotó, adecuadamente la superioridad técnica y militar de las Fuerzas Armadas portuguesas. Aunque no se conoce el número de guerrilleros que estaban en las islas, las tropas de tierra tenían el apoyo de la armada y de la aviación, dos ventajas de las que carecía la guerrilla. La aviación portuguesa participó en la operación con algunos helicópteros, varios cazas F-86 Sabre, aviones de ataque ligero T-6 Texan, aviones de patrulla marítima P2V5 Neptuno, así como varios aviones de transporte. Hay que reconocer que las fuerzas armadas portuguesas, entonces, no estaban preparadas para una labor de contrainsurgencia.

En resumen, a pesar de la planificación realizada, las fuerzas portuguesas no fueron capaces de erradicar completamente al PAIG en

⁶³⁸ AHM/DIV/2/4/312/1. *Operação Tridente – Ilha de Como*, Comando das Forças Terrestres na Ilha do Como – 16MAR64.

el territorio de Como. Sin embargo, el PAIGC enfocó el resultado de la operación como una victoria. A pesar de las enormes dificultades, los guerrilleros lograron resistir, sin abandonar por completo el territorio insular. Poco tiempo después, la isla fue visitada por una delegación del PAIGC encabezada por Luis Cabral. Obviamente, el resultado obtenido fue ampliamente utilizado por la propaganda del PAIGC. Las fuerzas portuguesas sufrieron nueve muertos y 47 heridos, siendo evacuados al hospital de Bissau cerca de 200 militares por enfermedades diversas.

Transcurrido el tiempo y sin que ninguno de los dos bandos derrotase por completo al otro la situación parecía estancada en Guinea. Para asestar el golpe definitivo al PAIGC, en 1970, Portugal llevo a cabo la *operación Mar Verde* (POLICARPO, 2010, pp. 77-85). Esta invasión portuguesa de Guinea consistió en un ataque marítimo en la zona de Conakry 400 soldados portugueses, y guineanos exiliados, dirigidos por portugueses. La operación incluía el derrocamiento del régimen de Ahmed Sékou Touré, la captura del líder del Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC), Amílcar Cabral, la destrucción de los medios navales y aéreos del PAIGC y sus auxiliares guineanos, así como el rescate de los prisioneros de guerra portugueses mantenidos en Conakry. Con todo ellos Portugal derrotaría al enemigo y ganaría la propaganda ante su opinión pública.

Durante la noche del 21 al 22 de noviembre de 1970 cerca de 200 guineanos armados vestidos con uniformes similares a los del ejército de Guinea, y al mando de oficiales portugueses, y 220 soldados portugueses (europeos y africanos) desembarcaron en varios puntos próximos a Conakry. Los soldados desembarcaron de cuatro navíos, no

identificados como buques de la Armada portuguesa, y destruyeron varias embarcaciones de abastecimiento del PAIGC. Al mismo tiempo, otras fuerzas desembarcaron cerca de la residencia del presidente Touré, la cual quemaron. Touré no se encontraba allí en aquel momento. Otros soldados capturaron dos acuartelamientos militares, tomaron el control de algunos objetivos de la ciudad, capturaron el cuartel general del PAIGC, pero no a Amílcar Cabral, y liberaron a varias decenas de prisioneros de guerra portugueses que se encontraban detenidos por el PAIGC. Dado que no se pudo encontrar ni Cabral ni Touré, los asaltantes se retiraron después de sufrir bajas menores. Habían rescatado a los prisioneros de guerra, destruido algunos buques del PAIGC y aeronaves de las fuerzas aéreas de Guinea, pero no pudieron capturar a Amílcar Cabral, líder de las guerrillas del PAIGC (POLICARPO, 2010, pp. 110-114). Tampoco pudieron derrocar al régimen del dictador de Guinea, Ahmed Sékou Touré. Amílcar Cabral fue asesinado el día 20 de enero de 1973.

El 8 de diciembre de 1970, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la Resolución 290, que condenó a Portugal por la invasión de Guinea, y pidió a Portugal respetar los principios de la libre determinación y la independencia con respecto a Guinea. El 11 de diciembre de 1970, la Organización de la Unidad Africana (OUA) aprobó una resolución por unanimidad condenar la invasión. Nigeria y Argelia ofrecieron su apoyo a Guinea Conakry, y la URSS envió buques de guerra a África Occidental para evitar otras operaciones militares contra el régimen de Touré, así como contra las bases del PAIGC en Guinea. Portugal había malogrado su última oportunidad para vencer.

Las fuerzas aeronavales en la Guinea Portuguesa

En la Guinea Portuguesa el dispositivo naval portugués siempre fue representativo. Teniendo en cuenta el escaso tamaño del territorio había unos significativos medios navales adaptados al litoral, manglares y cauces fluviales. En cuanto a las fuerzas navales, en 1963, el Mando de Defensa Marítima de Guinea (Bissau), contaba con la Escuadrilla de Lanchas de Inspección de Guinea (Bissau), la Fragata NRP Nuno Tristão, el buque hidrográfico NRP Pedro Nunes, 3 lanchas de inspección pequeñas, 3 lanchas de desembarco pequeñas, 1 destacamento de fusileros (operaciones especiales), y 1 compañía de fusileros.

A la altura de 1974, las unidades citadas anteriormente se incrementaron con una mejora de la estación naval de Bisau, 7 lanchas de inspección grandes, 6 lanchas de inspección pequeñas, 3 lanchas de desembarco grandes, 23 lanchas de desembarco medianas, 7 lanchas de desembarco pequeñas, 3 destacamentos de fusileros (operaciones especiales), 2 destacamentos de fusileros (operaciones especiales africanos), 2 compañías de fusileros, y 1 sección de buceadores de combate.

En 1961, el dispositivo aéreo en la Guinea Portuguesa era limitado en sus medios. Consistía en un pequeño número de aviones T-6 y AUSTER. Ante la evidente situación de desamparo, la Fuerza Aérea destacó, en Bissau, algunos aviones F-86F. El traslado de estas aeronaves planteaba una operación logística de importancia, que exigía

alguna escala en la base española de Gando, Gran Canaria, y en el aeródromo de Sal, Cabo Verde. Esta operación contaría con el apoyo de varios aviones P2V5, C-54 y DC-6, así como de diversos medios navales. El planteamiento de esta misión también consideraba otras rutas: Porto Santo-Canarias-Sal; Monte Real-Canarias-Sal; y Montijo-Sal sin escalas. Para todas estas rutas se preveía la instalación, en cada aeronave, de varios depósitos auxiliares de combustible, para mantener unas rutas a unos 42.000 pies de altura⁶³⁹. Estos aviones comenzaron a ejecutar vuelos sobre el territorio ultramarino, patrullaje sobre las vías de comunicación (fluvial y terrestre), demostrando así su presencia, constituyéndose como una fuerza de disuasión. Mientras tanto, el dispositivo terrestre se iba incrementando.

En cuanto a la Fuerza Aérea, en 1963, la Zona Aérea de Guinea y Cabo Verde contaba con el Aeródromo-Base de Bissau, y las dos escuadras allí desplegadas en Bissau. En 1974, los medios aéreos se habían incrementado con la Base Aérea Nº 12 (Bissau), los Aeródromos de Maniobra de Bafatá, Tite y Bubaque. El dispositivo se completaba, en Bisau, con un batallón de cazadores paracaidistas, un grupo de intervención, un grupo de helicópteros y otro de transporte. Por otra parte, para contar con una fuerza aérea de disuasión, se destacaron aviones F-86F en Guinea⁶⁴⁰. Debido a la presión diplomática estadounidense, estas aeronaves fueron reemplazadas por los FIAT G-

⁶³⁹ Aproximadamente, unos 12802 metros de altura.

⁶⁴⁰ En 1958 Portugal había adquirido 50 North American F-86F. Entre los cuales se incluyeron algunos procedentes del 531º Escuadrón de Cazabombarderos de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos con base en Portugal. Perteneciendo ya a Portugal, fueron asignados al 201º Escuadrón *Falcões* y al 52º Escuadrón *Galos* en la Base Aérea Nº 5 en Monte Real.

91, así como por los P2V5 para patrullas marítimas en la costa de Guinea

Guinea tiene una superficie relativamente pequeña, llana, cubierta de vegetación, atravesada por numerosos cauces, brazos de mar y canales. En este medio se desplegaron más de 80 bases para fuerzas terrestres, así como más de 70 pistas desde las que operaban aviones ligeros. Los aviones F-86F, hasta ser retirados por presiones estadounidenses en 1964, operaban desde Bissau, sin contar, en Guinea, con otra base desde la que operar. Desde 1967, el G-91 sustituyó al F-86, pudiendo utilizar la pista de Gabú. De este modo, los G-91 aumentaban su radio de acción en las zonas del este y sudeste. Los aviones de transporte utilizaban las pistas de Farim, Bafatá e Gabú. La primera acción aérea de combate se produjo el 4 de Abril de 1963 (BISPO, 2010, p. 1378). Este hecho de armas se produjo como respuesta al ametrallamiento de un avión AUSTER por armas ligeras disparadas desde *Dar Salame*. Inmediatamente, se desencadenó una serie de bombardeos contra blancos seleccionados, como en aquellos edificios que ostentaban banderas del PAIGC. Posteriormente, estos blancos fueron seleccionados, en el Estado Mayor, a partir de reconocimientos fotográficos y visuales. En el inicio de las operaciones militares, existía el Aeródromo Base nº 2, dependiente de la Zona Aérea de Cabo Verde y Guinea (ZACVG). Con la progresión de las operaciones, y el aumento de medios aéreos, este aeródromo fue convertido en la Base Aérea nº 12. Se constituía, así, en la única base

aérea del territorio desde la que operar durante todo el período⁶⁴¹. Los aeródromos de Farim, Bafatá, Gabú, Aldeia Formosa e Cufar contaban con pistas de unos 700 metros. Los campos de aviación más pequeños solían tener unos 400 metros de pista. Debido a las dimensiones territoriales, la conducción de las operaciones aéreas se llevaba a efecto de modo centralizado. Sólo en circunstancias excepcionales se constituyeron mandos avanzados temporales.

Inicialmente, las flotas existentes eran de T-6G y de AUSTER, siendo sustituidas por los DO-27 desde 1964. Hacia 1970 contaban con los siguientes medios: 21 helicópteros AL III, 24 DO-27, 3 C-47, 12 FIAT G-91, 18 T-6G, y 3 NORDATLAS (BISPO, 2010, p. 1400). El número medio de pilotos era de 35 (ESPIRITO SANTO, 2010, pp. 1407-1408), estando cualificados para más de un tipo de aeronave. Con estos medios, la citada BA 12 efectuaba de 20 a 30 operaciones por día. En 1969, la BA 12 tuvo 17.751 horas de vuelo, cumpliendo, en aquel año, 8.275 acciones aéreas. De ellas, el 36% fueron de transporte, el 28% de evacuación sanitaria, el 13% de control, el 11% de ataque planeado, el 6% de reconocimiento visual, 3% de ataque en apoyo inmediato y el 3% de acompañamiento de fuerzas de superficie (columnas terrestres o convoyes fluviales). En Guinea, las aeronaves más empleadas fueron el DO-27, AL III, el T-6, y el FIAT G-91 (OLIVEIRA, 2015, pp. 69-78 y 102-164). En algunos periodos, era destacado en Bissau un P2V5, desplazado desde Sal, para acciones de bombardeo nocturno. En 1972 la BA 12 efectuó 15.404 horas de vuelo,

⁶⁴¹ Aeropuerto militar en el cual las fuerzas aéreas, con el apoyo de instalaciones logísticas adecuadas, se preparan para el vuelo y el combate.

siendo la Unidad de la Fuerza Aérea que más voló. En 1973 se efectuaron 14.625 horas de vuelo. La Base desempeñó una notable capacidad de reconocimiento fotográfico, utilizando el C-47, el DO-27, y el FIAT G-91. Estas aeronaves estaban equipadas con unos medios técnicos que permitían montar varios mosaicos de la zona de operaciones, actualizados en un breve periodo de tiempo. La explotación de estos datos, cotejándolos con las informaciones terrestres, permitía la identificación de un buen número de blancos. Estos objetivos confirmados constituían un fichero, constantemente renovado, para las operaciones bélicas.

La guerrilla tenía una elevada capacidad operacional. Actuaba, normalmente, aprovechando el medio geográfico, mediante emboscadas, atacando cuarteles, y hostigando a las poblaciones que no les eran afectas. Las bases más importantes de la guerrilla del PAIGC se ubicaban junto a las fronteras. Pocas veces actuaba de forma convencional, en esas circunstancias quedaba expuesto a la acción aérea. El dominio portugués del aire era absoluto. La guerrilla no disponía de medios aéreos, pero sí de artillería antiaérea. En Guinea, inicialmente se disparaba de forma indiscriminada contra todas las aeronaves militares con armas individuales de los calibres 7,62 mm y 12,7 mm. Las primeras sólo eran efectivas a corta distancia, cuando la aeronave volaba a baja altura. Las segundas tenían una mayor efectividad pero eran más fácilmente visibles, por estar ubicadas en los claros de la vegetación. Después se dio una etapa en la que disminuyó cualquier actividad antiaérea que delatase a la insurgencia sobre el terreno. Posteriormente, la guerrilla adoptó armas más potentes como

las cuádruples ZPU-4 soviéticas de 14,5 mm. Estas ametralladoras, colocadas en afustes apropiados, pretendían demostrar su valía antiaérea. Pese a todo, estas armas eran vulnerables ante un ataque aéreo. Sin embargo, durante este periodo, fueron derribados varios DO, T-6, ALIII, G-91 y C-47. En 1973, el PAIGC obtuvo varios misiles tierra-aire del tipo Strella. Con ellos derribó varios FIAT G-91 en el corredor de Guilege (sur del país), en Madina do Boé (centro), y en Pirada (noreste). Como es posible apreciar, el misil tuvo una distribución por casi toda la geografía guineana. Aunque este armamento presentaba alguna vulnerabilidad debido al humo que producía su disparo, su introducción supuso una transformación de las operaciones aéreas debido a la introducción de contramedidas en las aeronaves⁶⁴².

Las grandes distancias existentes entre el Mando de Operaciones, las bases y las zonas de operaciones dificultaron la coordinación de la actividad aérea y la cooperación con las fuerzas de superficie. En Guinea, la Base Aérea nº 12 tuvo unas 15.400 horas de vuelo en 1972 (BISPO, 2010, p. 1401). Estos datos demuestran el esfuerzo realizado por la Fuerza Aérea Portuguesa. Debido a la supeditación de los medios aéreos con las infraestructuras terrestres, la primera preocupación del Estado Mayor fue la creación de unas condiciones que facilitaran las operaciones aéreas, en relativa seguridad, tanto en las zonas de operaciones, como entre los distintos escenarios bélicos. Hasta

⁶⁴² Se denomina *contramedida* a un sistema diseñado para prevenir que un arma guiada por sensores asigne y destruya su objetivo.

entonces, las ayudas a la navegación y a la aproximación a los aeródromos eran, casi, inexistentes en Guinea.

Otro aspecto relevante es el referido al sostenimiento continuado del personal de apoyo aéreo. El mantenimiento de la aviación portuguesa exigía un constante apoyo logístico en tres teatros situados a gran distancia. La instrucción del personal especialista en la retaguardia, era tan importante como la victoria en el frente. Los centros de instrucción formaban al personal técnico para las distintas operaciones, creando, poco a poco, la doctrina aérea derivada de la experiencia bélica. El mantenimiento de los medios aéreos exigía, por tanto, personal bien entrenado, también psicológicamente, para enfrentarse a los riesgos impuestos por la guerra.

Debido a unos recursos siempre limitados, la polivalencia del medio aéreo se hizo esencial. Aeronaves concebidas como patrulla marítima fueron utilizadas como medios de ataque, de apoyo próximo, de evacuación sanitaria y hasta de transporte. Medios aéreos de transporte fueron empleados como reconocimiento y ataque. Aviones de instrucción fueron modificados para bombardeo. El veterano modelo T-6 se convirtió en la aeronave más común en el apoyo a las fuerzas de terrestres. La movilidad táctica de las fuerzas, proporcionada por los helicópteros fue decisiva para el éxito de muchas operaciones.

El poder aéreo constituía un factor de desequilibrio en un conflicto asimétrico, favoreciendo a las fuerzas convencionales. La aviación podía acceder, así, a todas las áreas del teatro de operaciones, dificultando la creación de santuarios guerrilleros y obligando a la insurgencia a una mayor clandestinidad. En cuanto a la ejecución de ese

poder, soslayando los problemas propios de la navegación, en muchas ocasiones era tan difícil detectar los blancos enemigos como identificar las fuerzas propias. Este problema era muy difícil de resolver, llegando, en ocasiones, a causar bajas por fuego amigo. En aquel tiempo, no se disponía de armamento guiado. Esta carencia afectó sensiblemente a los resultados de las operaciones, dada la naturaleza de los objetivos guerrilleros. En Guinea, como en los demás teatros de operaciones, la Fuerza Aérea actuó también de modo autónomo. Efectuaba misiones de reconocimiento así como atacaba, de modo selectivo, algunas posiciones enemigas en zonas remotas. La capacidad aerotransportable, mediante helicópteros, hizo alterar la forma de hacer la guerra, siendo un inconveniente más para las operaciones de la guerrilla. El planteamiento de estas operaciones exigía la mayor discreción y el correspondiente apoyo aéreo para minimizar sus vulnerabilidades. Siguiendo su doctrina, la Fuerza Aérea siempre dio una especial relevancia a las operaciones conjuntas (ESTADO-MAIOR DO EXÉRCITO, 2005, p. 51), tanto con el componente naval como con el componente terrestre⁶⁴³. Esta cooperación englobaba actividades diversas, tales como intervención en el campo de batalla, apoyo próximo, transporte, evacuación sanitaria (PEREIRA, 1969, pp. 19-20), vigilancia marítima, lucha anti-submarina, salvamento y rescate, etc. (FOXTON, 1994, p. 69).

⁶⁴³ Se denominan operaciones de combate a todas aquellas en las que es necesario el empleo del combate táctico para alcanzar los objetivos definidos. Se incluye aquí a las operaciones ofensivas, defensivas, retrógradas, de transición, aeromóviles, aerotransportadas, anfibas, de información y en ambientes específicos.

La liquidación del Imperio

La llegada de la paz no fue causada por la evolución bélica, sino por la Revolución de los Claveles acontecida el 25 de abril de 1974. Hasta entonces, la guerra había seguido un efectivo estancamiento donde las tropas portuguesas no habían eliminado la resistencia guerrillera, pero a su vez el PAIGC, el FRELIMO y el MPLA tampoco controlaban todo el territorio rural de las colonias. La caída de la dictadura portuguesa implicó que el nuevo gobierno revolucionario de Lisboa decidiera poner fin a la guerra mediante el reconocimiento de la independencia de las colonias. La nueva administración metropolitana estaba dirigida por muchos militares jóvenes, de ideas socialistas, que veían con benevolencia a los movimientos guerrilleros que siguieran tales tendencias. Por todo ello, se dio la orden de evacuación a las tropas ultramar. La descolonización, en el Imperio Portugués no tuvo directiva específica alguna. El gobierno de Lisboa esperaba un alto al fuego seguido por una simple retirada de los soldados y la administración portuguesa, pero no se planificó, siquiera en detalle, cómo se traspasaría el poder a las guerrillas, ni si éstas estaban aún organizadas para asumir la dirección de los nuevos estados nacientes.

Los generales portugueses procedieron, con cierta autonomía, para negociar la salida de sus tropas y de los funcionarios civiles, siguiendo las órdenes de Lisboa. Mientras tanto, los colonos portugueses evacuaban masivamente sus domicilios en tanto que la autoridad portuguesa se retiraba en pocas semanas. Los líderes de la insurgencia eran hostiles a la presencia de grandes masas de colonos portugueses, considerando que ello siempre sería un riesgo para la reciente

independencia. Instaron a que la retirada portuguesa incluyera a los civiles (ya sea por miedo a represalias o por dislocación del aparato estatal y económico que les permitía subsistir). El temor a estas represalias hizo que numerosos africanos leales a Portugal. Aquellos africanos que no huyeron, en su mayoría, fueron víctimas de violencias y persecuciones.

La retirada de las tropas portuguesas entre 1974 y 1975 marcó el fin de la guerra colonial africana, aunque esta conclusión fue mayormente caótica y desordenada. Al éxodo de civiles portugueses y la retirada de las fuerzas metropolitanas siguió la toma del poder por las guerrillas (MATOS SILVA, 2007, pp. 31-39). La creación de nuevos estados, de una forma improvisada, supuso que muchos líderes guerrilleros se vieron forzados, en pocas semanas, a instalar una administración clientelar en vastos territorios de los nuevos estados. En Angola y Mozambique la independencia supuso el estallido de sendas guerras civiles. Pero esa ya es otra historia. Aquí finalizaba el dispositivo militar portugués en África.

Bibliografia

- AGUDO, F. (1992): *Glosario militar : portugués-español : espanhol-português*, Servicio de Publicaciones del EME, Madrid.
- ALEXANDRE, D. (2015): *O outro lado da guerra colonial. Memórias para além das armas e dos combates*, A Esfera dos Livros, Lisboa.
- AMADO, L. (2011): *Guerra colonial & guerra de libertação nacional, 1950-1974: o caso da Guiné-Bissau*, IPAD-Instituto Português de Apoio ao Desenvolvimento, Lisboa.
- ANDRADE, N. (2008): *Para além do portão : a GNR e o carmo na revolução de Abril*, Guerra & Paz, Lisboa.
- BARROSO, L. (2012): *Salazar, Caetano e o “Reduto Branco”: A Manobra Político-Diplomática na África Austral (1951-1974)*, Fronteira do Caos Editores, Oporto.
- BIRMINGHAM, D. (2005): *Historia de Portugal*, Akal, Madrid.
- BISPO, A. de J. (2010): «A Força Aérea Portuguesa durante as últimas campanhas do Império, 1954-1975» en *Revista Militar*, 2507, pp. 1377-1405.
- BLANEY, Gerald (ed.) (2007): *Policing Interwar Europe. Continuity, change and crisis, 1918-1940*, Palgrave Macmillan, Nueva York.
- CABRAL, A. (1974): *Guiné-Bissau – Nação Africana Forjada na Luta, Textos de Amílcar Cabral nº1*, Publicações Nova Aurora, Lisboa.
- CABRAL, Luís: *Crónica da Libertação*. O Jornal, Lisboa, 1984.

- CALVÃO, G. A. (1976): *De Conakry ao M.D.L.P. Dossier secreto*, Intervenção, Lisboa.
- CANN, J. (2005): *Contra-Subversão em África: Como os Portugueses fizeram a Guerra de África*, Prefácio, Lisboa.
- CANN, J. (2009): *A Marinha em África: Angola, Guiné e Moçambique: campanhas fluviais, 1961-1974*, Prefácio, Lisboa.
- CATARINO, M. (2009): *As grandes operações da Guerra Colonial: 1961-1974*, Correio da Manhã, Lisboa.
- COELLO, A. (2010): «A Logística Terrestre e a Guerra do Ultramar» en *Revista Militar*, 2507, pp. 1339-1358.
- CONSTITUCIÓN POLITICA DE LA REPÚBLICA PORTUGUESA (1936)*, Secretariado de la Propaganda Nacional, Lisboa.
- CORTÉS, J. L. (1983): *La Organización para la Unidad Africana*. CIDAF, Madrid.
- CUETO, A. (2011): «Portugal y su imperio frente a la descolonización 1945-1962», en *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 23, ejemplar dedicado a: literatura e Historia Contemporánea, pp. 161-200.
- CUETO, A. (2013): «La nación pluricontinental: la entelequia colonial del Estado Novo (1930-1974)», en *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 25, ejemplar dedicado a: Franquismo y salazarismo en el exterior: de la guerra civil a las guerras de África, pp. 111-130.
- CUNHA, S. (1977): *O Ultramar, a Nação e o 25 de Abril*, Atlântida, Coimbra.

- ESPIRITO SANTO, G. A. do (2010): «A Força Aérea Portuguesa durante as últimas campanhas do Império, 1954-1975», en *Revista Militar*, 2507, pp. 1407-1408.
- ESTADO-MAIOR DO EXÉRCITO (1963-1966): *O Exército na Guerra Subversiva*, EME, Lisboa.
- ESTADO-MAIOR DO EXÉRCITO (1970): *O caso da Guiné. Cadernos Militares*, EME, Lisboa.
- ESTADO-MAIOR DO EXÉRCITO (1972): *Técnicas de propaganda e contra-propaganda. Cadernos Militares*, EME, Lisboa.
- ESTADO-MAIOR DO EXÉRCITO (1988-2019): *Resenha Histórico-Militar das Campanhas de África 1961-1974.*, EME/CECA, Lisboa.
- ESTADO-MAIOR DO EXÉRCITO (2005): *Regulamento de Campanha: Operações.*, EME, Lisboa..
- FABIÃO, C. (1985): *A descolonização na Guiné-Bissau Spínola: a figura marcante da guerra na Guiné . Seminário 25 de Abril 10 anos depois*, Associação 25 de Abril, Lisboa.
- FELGAS, H. (1967): *Guerra na Guiné*, SPEME, Lisboa.
- FERREIRA, J. J. B. (2009): *Em Nome da Pátria: Portugal, o Ultramar e a Guerra Justa*, Livros d’Hoje, Alfragide (Amadora).
- FOXTON, P. D. (1994): *Powering War: Modern Land Force Logistics*, Brassey’s, Londres.
- FRAGA, L. A. De (2004): *A força aérea na guerra em África: Angola, Guiné e Moçambique: 1961-1974*, Prefácio, Lisboa.

- FRAGA, A. (2006): «O Serviço de Material e a Guerra do Ultramar». En: *Serviço de Material: 50 anos ao serviço do Exército e da Nação*, DMT, Lisboa.
- GARCIA, F. (2000): *Guiné 1963 – 1974: Os movimentos independentistas, o Islão e o poder português*, Universidade Portucalense y Comissão Portuguesa de História Militar, Oporto-Lisboa.
- GARCIA, F. (2003): *Da guerra e da estratégia, a nova polemologia*, Prefácio, Lisboa, 2003.
- GARCIA, F. (2005): *Análise Global de uma Guerra: Moçambique 1964-1974, História Militar*, Prefácio, Lisboa.
- GOLIAS, J. S. (2017): *A descolonização da Guiné-Bissau e o Movimento dos Capitães*, Colibri, Lisboa.
- IGNÁTIEV, O. (1984): *Amílcar Cabral*, Progresso, Moscu.
- LEMOS VALE, J. (2009): *Guerra Colonial: as razões de Salazar*, Fonte da Palavra, Lisboa.
- LUIS, I. N. (et al.). *Fuzileiros: força de elite*. Clássica Editora, Lisboa, 2007.
- MACQUEEN, N. (1998): *A descolonização da África Portuguesa*, Inquerito, Mem Martins.
- MAGALHAES GODINHO, V. (2008): *A expansão quatrocentista portuguesa*, Dom Quixote, Lisboa.
- MAGRO, F. (2005): *Memórias da Guiné*, Polvo, Lisboa.
- MARCOS, D. (2007): *Salazar e De Gaulle: A França e a Questão colonial Portuguesa (1958-1968)*, Instituto Diplomático, Lisboa.

- MARTÍNEZ CARRERAS, J. U. (1992): *Historia del colonialismo y la descolonización. Siglos XV-XX.*, Editorial Complutense, Madrid.
- MATEUS, Dalila Cabrita: *A PIDE/DGS na guerra colonial: 1961-1974.* Terramar, Lisboa, 2004.
- MATOS, N. de (1953): *A nação una: organização política e administrativa dos territórios do Ultramar Português*, Paulino Ferreira & Filhos, Lisboa.
- MATOS SILVA, T. (2007): «Exilados em casa. Os veteranos da guerra colonial e os limites da nação», en *Arquivos da memória. Temas e problemas de antropologia*, 1 (nueva serie), pp. 31-39.
- MENDY, P. M. K. (1994): *Colonialismo português em África: tradição de resistência na Guiné-Bissau, 1879-1959*, Instituto nacional de estudos e pesquisa, Bissau.
- MERLIER, M. (1962): *Le Congo, de la colonisation belge à l'indépendance*, François Maspero, París.
- METELO DE SEIXAS, M. (2019): *Quinas e castelos: sinais de Portugal*, Fundação Francisco Manuel dos Santos, Lisboa.
- MOREIRA, A. (dir.) (2000): *Estudos sobre as Campanhas de África*. Atena, Lisboa.
- MOURA, P. (2012): *Otelo: o revolucionário*, Dom Quixote, Alfragide.
- MOUTA FARIA, A. (coord) (2014): *Vozes de Abril na descolonização*, Centro de Estudos de História Contemporânea do Instituto Universitário de Lisboa, Lisboa.

- NATARIO, R. (2013): *As grandes batalhas da Historia de Portugal. As lutas mais importantes dos portugueses*, Marcador, Lisboa.
- OLIVEIRA, H. de A. (1965): *Guerra subversiva: subsídios para uma estratégia de reacção*, EME, Lisboa.
- OLIVEIRA, H. N. de (et al.) (2015): *Guerra d’Africa. Estava a guerra perdida?* Fronteira do Caos, Oporto.
- OLIVEIRA MARQUES, A. H. de (2006): *Breve História de Portugal*, Presença, Lisboa.
- PAIS, J. (2002): *Histórias de guerra: Índia, Angola e Guiné anos 60*, Prefácio, Lisboa.
- PATTEE, R. (1974): *A Rodésia*, Junta de Investigações do Ultramar, Lisboa.
- PAZ, M. de (2006): «El secuestro del "Santa María": Una página de la historia de la migración canario-venezolana», en *Tebeto. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, 19, pp. 187-196.
- PELISSIER, R. y WHEELER, D. L. (1971): *Angola*, Pall Mall Presse, Londres.
- PEREIRA, L. (1969): “A integração da Função Evacuação / Hospitalização nos três Ramos das Forças Armadas”, en INSTITUTO DE ALTOS ESTUDOS MILITARES: *Curso de Altos Comandos IAEM*, Lisboa, pp. 19-20.
- PIMENTEL, I. F. (2007): *A história da PIDE*, Circulo de Leitores, Sintra.

- PINTO, N. T. (et al.) (2011): *Dias de coragem e de amizade: Angola, Guiné e Moçambique: 50 histórias da guerra colonial*, A Esfera dos Livros, Lisboa.
- PIRES NUNES, A. L. (2014): «Os assaltos de 4 de fevereiro em Luanda e o massacre de 15 de março no norte de Angola—antecedentes», en *Revista de Militar*, 2545/2546, pp. 185-199.
- POLICARPO, F. (2010): *A guerra da Guiné, 1963-1974*, QuidNovi, Matosinhos.
- RICO, A. (2016-2017): «El dispositivo militar de las metrópolis europeas para sus colonias africanas (1956-1975)», en *Revista de Historia Actual*, 13 (14-15), pp.79-95.
- RIESGO, J. M. (1993): *El apartheid*, Historia 16, Madrid.
- RODRIGUES, L.(2002): *Salazar e Kennedy: A Crise de uma Aliança*, Notícias, Lisboa.
- RODRIGUES, M. (2004): *A estratégia do general Spínola: a contra-subversão face ao PAIGC 1968-1973: uma análise. Tese mestr., Estratégia, Inst. Superior de Ciências Sociais e Políticas*, Univ. Técnica de Lisboa, Lisboa.
- ROSAS, F. (coord.) (2009): *Tribunais políticos : tribunais militares especiais e tribunais plenários durante a ditadura e o Estado Novo*, Circulo de Lietores, Lisboa.
- SALAZAR, A. de O. (1959): *A posição portuguesa em face da Europa, da América e da África*. SIN, Lisboa.

- SÁNCHEZ CERVELLÓ, J. (1995): *La revolución portuguesa y su influencia en la transición española (1961-1976)*, Nerea, Madrid.
- SÁNCHEZ CERVELLÓ, J. (1989): «La inviabilidad de una victoria portuguesa en la guerra colonial: el caso de Guinea-Bissau», en *Hispania*, XIX (173), pp. 1017-1044.
- SÁNCHEZ CERVELLÓ, J. (2013): «La interacción luso-española en la descolonización africana», en *Espacio, tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 25, pp. 153-190.
- SANTOS, M. B. (2008): *Diário da Guiné, 1968-1969. Na terra dos Soncó*, Circulo de Leitores, Lisboa.
- SANTOS, P. B. da C. (1965): *A marinha na Guiné: 1963-65*, Clube Militar Naval, Lisboa.
- SANTOS, A. P. R. dos (1999): *O Estado e a ordem pública: as instituições militares portuguesas*, Instituto Superior de Ciências Sociais e Políticas, Lisboa.
- SERRAO, J. V. (1992): *Portugal en el mundo: un itinerario de dimensión universal*, Mapfre, Madrid.
- SILVA, A. (1995): «O litígio entre Portugal e a ONU (1960-1974) », en *Análise Social*, 130, pp. 17-31.
- SILVA, A. D. E (1997): *A Independência da Guiné-Bissau e a Descolonização Portuguesa*, Afrontamento, Lisboa.
- SILVA ALFERES, F. N. Da (2012): *Hinos e Marchas militares no Estado Novo (1933-1958) -Contributo para a História da Música Militar na Propaganda do Estado Português.*

Dissertação de Mestrado em Didáctica da História,
Universidade de Lisboa, Lisboa.

- SPÍNOLA, A. de (1974). *Portugal y el futuro: Análisis de la coyuntura nacional*, Planeta, Barcelona.
- TAIBO, C. (2015): *Comprender Portugal*, Catarata, Madrid.
- TEIXEIRA, N. S. (coord.) (2017): *Historia Militar de Portugal*, A esfera dos Livros, Lisboa.
- TELO, A. J. (1996): *Portugal e a NATO. O reencontro da tradição atlântica*, Cosmos, Lisboa 1996.
- TELO, A. J. (1999): *Homens, Doutrinas E Organização 1824-1974. História Da Marinha Portuguesa*, Marinha, Lisboa.
- TISCAR, M^a J. (2010): *La ayuda española a Portugal durante la guerra en las colonias (1961-1974). Tesis doctoral inédita dirigida por Hipólito de la Torre*, UNED, Madrid.
- TORRAO, S. (2011): *Anjos na guerra: a aventura das enfermeiras paraquedistas portuguesas*, Oficina do Livro, Alfragide
- TORRE, H. de la (1996): *El Portugal de Salazar*, Arco Libros, Madrid.
- TORRE, H. de la (1992): *Portugal en el siglo XX*, Istmo, Madrid.
- TORRE, H. de la (2007): «Marcelo Caetano: últimas razones del Estado Novo», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 19, pp. 75-101.
- TORRE, H., de la y SÁNCHEZ CERVELLÓ, J. (2000): *Portugal en la Edad Contemporánea (1807-2000)*, UNED, Madrid.
- VENTER, A. J. (2017): *Portugal e as guerras de Africa. As guerras portuguesas em Angola, Moçambique e Guine Portuguesa, 1961-1974*, Clube do Autor, Lisboa.

WHEELER, D. L. (1980): «Joaquim Mouzinho de Albuquerque (1855-1902) e a política do colonialismo», *Análise social*, XVI (61-62), pp. 295-318.

GÉNESIS DE LA LEGIÓN ESPAÑOLA: EL REAL DECRETO

GENESIS OF THE *LEGIÓN ESPAÑOLA*: *THE ROYAL DECREE*

M^a Luz Martín

Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

El pasado 20 de septiembre la Legión Española cumplía noventa y nueve años. Comenzaba su año de vida número cien.

Hace cinco años, cuando comencé mis estudios de doctorado en la Universidad Complutense de Madrid (UCM) elegí la génesis de la Legión Española como objeto de mi investigación, con el propósito de poner de manifiesto los motivos por los que nació esta unidad de vanguardia y las diferentes fases por la que pasó su organización hasta que, en septiembre de 1920, se asignó un jefe para llevarla a cabo. Así las cosas, quedaban fuera de mi alcance tanto los hechos bélicos que ha protagonizado como los cambios que ha experimentado a lo largo de todo este tiempo, debidos a los avatares de la Historia y los derroteros seguidos por la política en España.

Durante la ponencia compararemos los documentos fundacionales de dos de las unidades de vanguardia más carismáticas que operaron en las posesiones españolas del norte de África durante los primeros años del siglo XX: la Circular por la que se creó en junio de 1911 las Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla y el Real Decreto por el que se autorizaba la organización de un «Tercio de extranjeros».

Palabras clave:

Ejército Colonial. Guerra de África. Guerra en Marruecos. Millán Terreros Astray, José. Millán-Astray Terreros, José. Legión Española.

Soldado de reemplazo. Soldado voluntario. Tercio de Extranjeros. Voluntarios.

Abstract:

On September 20, the *Legión Española* turned ninety-nine years old and began his year of life number one hundred.

Five years ago, when I began my doctoral studies at the Universidad Complutense of Madrid (UCM) I chose the genesis of the *Legión Española* as the object of my research, with the purpose of highlighting the reasons why this vanguard unit was born and the different phases that its organization went through until, in September 1920, a chief was assigned to carry it out. Therefore, they were beyond my reach both the war actions that la Legión Española starred and the changes it has experienced throughout this time, due to the vicissitudes of History and the paths followed by politics in Spain.

During the presentation we will compare the founding documents of the two of the most charismatic avant-garde military units that operated in the Spanish possessions of North Africa during the first years of the twentieth century: the Circular by which the *Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla* was created in June 1911 and the Royal Decree authorizing the organization of a *Tercio de Extranjeros*.

Keywords

Africa war. Colonial Army. Legión Española. Millán Terreros Astray, José. Millán-Astray Terreros, José. Spanish Legion. Tercio de Extranjeros. Volunteer soldier. Volunteers. War in Morocco.

Introducción

En la actualidad, la Legión Española está considerada, en el mundo occidental, como una unidad de infantería de élite. Bien preparada y mejor entrenada constituye un excelente colectivo de tropas de vanguardia. El gran número de bajas sufridas durante las diferentes

acciones que ha llevado a cabo son un buen argumento para que esté presente en un congreso dedicado a *LA BATALLA*.

Creada en 1920, celebra su aniversario el día 20 de septiembre, pues fue en esa fecha del año de su creación, cuando se alistó el primero de sus voluntarios, por lo tanto, en el momento de celebrarse el IV CONGRESO INTERNACIONAL DE LA CÁTEDRA EXTRAORDINARIA COMPLUTENSE DE HISTORIA MILITAR (15-17 DE OCTUBRE DE 2019) la Legión Española ya ha cumplido noventa y nueve años y se encamina, como broche de su año número cien de vida, hacia su primer centenario.

Son muchos los aspectos que, relacionados con la génesis de esta unidad ya, prácticamente, centenaria; podríamos tratar aquí: los diferentes hitos que marcaron el proceso de su creación y organización, los actores que intervinieron, el marco legal que encuadró las acciones de todos ellos, etc. Ante la cantidad de opciones que se nos presentan, nos centraremos en un elemento concreto del proyecto: el Real Decreto (RD) de creación. Analizaremos su contenido y, para conocerlo mejor, lo compararemos con la Real Orden Circular (ROC) de creación de otra fuerza española de infantería de vanguardia: las Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla, que posteriormente serían conocidas como «Regulares», aunque en esta denominación se incluyen también las que se irán creando en otras plazas de influencia española en el norte de África como Ceuta o Larache.

¿Por qué hemos elegido comparar los documentos de creación de la Legión Española, nacida Tercio de Extranjeros, con el de organización de esta unidad? Las razones son varias, en primer lugar por el hecho de

que ambas se idearon para nutrir sus filas con soldados voluntarios que recibirían un salario por su dedicación. También comparten el marco temporal, pues vieron la luz en los albores del siglo XX, y el marco geográfico de actuación: las posesiones españolas en el norte de África. Y por último, el hecho de que, a pesar de las profundas diferencias existentes entre ellas, las comparaciones son frecuentes.

En primer lugar haremos un revisión de los dos textos comenzando por el más antiguo para, a continuación, exponer los resultados obtenidos. En cualquier caso, el lector tendrá información suficiente para sacar sus propias conclusiones si así lo considera oportuno, y si lo desea, estaremos encantados y agradecidos de que las comparta con nosotros. Será muy enriquecedor.

Real Orden Circular para la creación de los «Regulares de Melilla»

En 1909, y con carácter de ensayo, se crearon las *Fuerzas Indígenas de Melilla* por Real Decreto de 31 de diciembre. El buen resultado obtenido animó a un paulatino desarrollo de este tipo de unidades. Así, el DOMG del día primero de julio de 1911 publicó las bases para una nueva ley de reclutamiento y reemplazo del Ejército (DOMG. N.º 142. Pág. 1) y junto a ellas, incluía también una ROC (DOMG. N.º 142. Pág. 141) fechada el día anterior, por la que se ordenaba la creación de un

batallón de infantería y un escuadrón de caballería que conformarían la unidad denominada “fuerzas regulares indígenas de Melilla”⁶⁴⁴.

El proyecto se justificaba sobre la base de los territorios ocupados en el Rif en 1911, cuya extensión requería, para asegurar su tranquilidad, un núcleo importante de efectivos. A esta razón se unía el hecho de que el número de kabilas ya sometidas a influencia española, parecía aconsejar la organización de fuerzas indígenas capaces de cooperar con el Ejército español allí desplegado.

La ROC para la creación de los Regulares de Melilla se vertebra sobre una introducción seguida de once artículos. A continuación, analizaremos la totalidad del texto párrafo a párrafo.

«CIRCULAR

La extensión de los territorios del Rif ocupados actualmente por nuestras tropas, exige el mantenimiento en ellas de un núcleo importante de fuerzas para asegurar la tranquilidad del territorio, y el desarrollo, á su amparo, del comercio y demás fuentes de riqueza del país».

Las primeras palabras de la circular se refieren a la necesidad de contar con un contingente de tropas cuyo objetivo será asegurar la tranquilidad del territorio y la actividad cotidiana de sus habitantes. Lo que nos adelanta que el tipo de fuerza requerida tendrá un fuerte componente de orden público, más propio de una fuerza policial que de un órgano militar.

⁶⁴⁴ Para hacer la lectura más cómoda, a lo largo del texto nos referiremos a estas tropas como «Regulares de Melilla».

«Sometidos á nuestra influencia los habitantes de las kabilas ocupadas como consecuencia de la última campaña, parece llegado el momento de ir creando tropas nutridas con los elementos indígenas afectos á España, que sirvan de núcleo para la organización de fuerzas indígenas regulares con cohesión y disciplina, y capaces de cooperar en las operaciones tácticas con las tropas del Ejército».

Además las relaciones con los naturales del territorio habían alcanzado tal grado de madurez que se consideraba recomendable su colaboración militar con España, fruto de la cual se esperaba contar con un núcleo de fuerzas indígenas regulares que podrían llegar a participar en operaciones tácticas con las tropas del Ejército. Operaciones que, entendemos, iban orientadas a cumplir los objetivos que se identificaban en las primeras palabras del documento.

«Los brillantes y positivos resultados obtenidos por otras naciones mediante la organización y empleo de estas tropas [indígenas]. Y los excelentes servicios prestados hasta ahora por las fuerzas indígenas organizadas en Melilla, con carácter de ensayo, por real decreto de 31 de diciembre de 1909 aconsejan perseverar con firmeza, -aunque con la prudencia que las circunstancias exigen, en el paulatino desarrollo de estas fuerzas, conservando las actuales con su carácter de policía militar y auxiliares del Ejército, y creando nuevas unidades que puedan, por su organización, constituir la base, y, en su día, la parte principal del ejército de nuestras posesiones y territorios ocupados por nuestras tropas en el continente africano».

Afirmaba el ministro que el empleo de tropas indígenas ya era una experiencia positiva, tanto en España como en otras naciones, y ello aconsejaba continuar potenciando este tipo de tropas que, como hemos visto, España venía utilizando desde 1909 con carácter de policía militar y auxiliares del Ejército. No olvidemos que las tropas españolas habían vivido, en 1909, una mala experiencia en el Barranco del Lobo, por lo

que la recomendación del ministro para llevar a cabo estas iniciativas con cautela era muy acertada.

Sobre la base de la experiencia positiva con las tropas indígenas y la negativa vivida en 1909, el ministro consideraba que las tropas indígenas existentes tenían que conservar sus funciones de policía militar y auxiliares del Ejército, creándose nuevas unidades, de esta clase de tropa, que pudieran llegar a constituir la piedra angular de un futuro ejército de España en los territorios ocupados en África.

Hasta aquí la primera parte del documento en el que poco sabemos de la nueva unidad excepto que iba a estar formada por fuerzas indígenas y que se espera de ella que fuera el embrión del futuro ejército de España en África.

Real Orden Circular de 30-VI-1911. Segunda parte: articulado

La segunda parte de la circular la constituyen once artículos que iremos analizando uno por uno.

«Teniendo en cuenta las razones expuestas, S. M. el Rey (q. D. g.) ha tenido a bien disponer lo siguiente:

Artículo 1.º Como fuerza dependiente de la Capitanía general de Melilla, para prestar el servicio de armas en unión de las fuerzas del Ejército, así como el de guías, intérpretes, confidentes y demás misiones especiales que se le encomienden cuando sean necesarias, se crea un batallón de infantería con cuatro compañías y un escuadrón de caballería, indígenas.»

El primero de los artículos indicaba que se iba a crear un batallón de infantería formado por cuatro compañías y un escuadrón de caballería, indígenas. Este conjunto de fuerzas sería dependiente de la Capitanía

General de Melilla⁶⁴⁵. Respecto a sus cometidos, la circular especificaba dos líneas de actuación: prestar el servicio de armas junto al Ejército -entendemos que en calidad de fuerza auxiliar a este último- y llevar a cabo otros servicios como el de intérpretes, guías o confidentes.

«Art. 2.º El personal de oficiales, a excepción de los oficiales moros de segunda clase, será del Ejército y de las armas de Infantería y Caballería, respectivamente, y la tropa indígena».

El segundo artículo establecía que la tropa -aparentemente en su totalidad- sería indígena, mientras que los oficiales debían pertenecer a las armas de Infantería o Caballería del Ejército excepción hecha de los «oficiales moros de segunda clase». Estos últimos oficiales, asimilados a la categoría de segundo teniente del Ejército, provenían de la promoción interna de tropa indígena, tal y como se explica en el RD de 31-XII-1909 por el que se instituía el citado empleo.

Tampoco debemos olvidar que en junio de 1911, fecha de creación de los Regulares de Melilla, la normativa vigente exigía ser español o naturalizado para pertenecer al Ejército; y así se reafirmaba en las bases publicadas junto a la circular que nos ocupa (1-VII-1911). Pero también este requerimiento tenía una excepción: los voluntarios que fuesen

⁶⁴⁵ Según indica el *Anuario militar* de 1911, la Capitanía general de Melilla comprendía las plazas de Melilla, Chafarinas, Alhucemas y el Peñón de Vélez de la Gomera, mientras que el Gobierno militar de Ceuta comprendía, únicamente, la plaza de Ceuta. Por su parte, el *Anuario militar* de 1920 muestra que la Capitanía general de Melilla había pasado a ser la Comandancia general de Melilla, sin producirse cambios en los territorios que comprendía. Por el contrario, el Gobierno militar de Ceuta pasó a ser la Comandancia general de Ceuta, que ahora comprendía las plazas de Ceuta y Tetuán.

admitidos para formar parte de las unidades indígenas, añadiendo que dichas unidades podían servir a España únicamente fuera del territorio peninsular e islas adyacentes. En consecuencia, las unidades españolas formadas por tropa indígena podían admitir el alistamiento de hombres que no fuesen españoles.

«Art. 3.º Para los efectos administrativos, constituirán el batallón y el escuadrón que se crean una sola unidad, con la denominación de fuerzas regulares indígenas de Melilla, y con la plantilla que se detalla en el estado que se inserta...».

El tercero de los artículos especificaba que el batallón y escuadrón, objeto de la ROC, constituirían una única unidad administrativa y, para que no hubiese dudas, se establecía, en el mismo artículo, su denominación.

La plantilla mencionada en este artículo tercero proponía que el batallón contara con 800 efectivos y el escuadrón con 100 a los que se había que añadir 4 contratados y 32 jefes, oficiales y asimilados, 5 de ellos de plana mayor.

«Art. 4.º Ejercerá el mando de la unidad un teniente coronel, y tanto éste como el personal de plana mayor, podrá ser, indistintamente, de cualquiera de las dos armas, de Infantería ó Caballería.»

Continuaba la ROC, en su artículo cuarto, especificando que la nueva fuerza estaría a las órdenes de un teniente coronel, que al igual que el personal de la plana mayor, tendría que pertenecer a una de las dos armas involucradas en el proyecto: Infantería o Caballería.

«Art. 5.º Estas fuerzas se regirán para su funcionamiento, por el reglamento de la Milicia voluntaria de Ceuta⁶⁴⁶...

Los haberes serán los asignados en el citado reglamento para el personal de las compañías de moros y del escuadrón de cazadores, disminuidos en 50 céntimos diarios durante los tres primeros años. Transcurrido este plazo percibirán completos los citados haberes, teniendo dichos 50 céntimos diarios el carácter de gratificación de continuación en filas.»

Podemos comprobar que la ROC utilizó la normativa existente para regular el funcionamiento de la nueva unidad y para establecer los devengos que recibirán sus efectivos. Ambos aspectos se iban a tratar según lo establecido, en aquel momento, por el reglamento que cita.

«Art. 6.º El reclutamiento se efectuará entre los naturales de Marruecos que se presenten en Melilla y Ceuta y territorios ocupados por nuestras tropas en las inmediaciones de las citadas plazas y en todas las poblaciones del Imperio en las que esté organizada la policía marroquí al mando de oficiales españoles, que serán los encargados de efectuar la recluta con las debidas garantías. Para estos efectos, el Capitán general de Melilla estará en relación con el Gobernador militar de Ceuta y con los citados oficiales. El enganche de los individuos deberá hacerse con la obligación de servir indistintamente en Melilla o Ceuta o donde se disponga según las necesidades del servicio.»

La novedad del proyecto radicaba en el hecho de que el reclutamiento de voluntarios se pretendía realizar entre los naturales de Marruecos; es decir, no era necesario ser español o naturalizado; tampoco era necesario ser natural de los territorios de influencia española en el continente africano. Cualquier marroquí podía aspirar a formar parte de la nueva unidad.

⁶⁴⁶ Este reglamento fue aprobado por ROC de 16 de julio de 1895 y modificado por RD de 31 de diciembre de 1909 y por RO de 29 de enero de 1910 (DOMG N.º 23).

En concreto, se especificaba que las tareas de reclutamiento se realizarían en Melilla, en Ceuta, en los territorios ocupados por tropas españolas y en aquellas poblaciones en las que hubiese oficiales españoles al mando de policía marroquí.

Los nuevos soldados podían ser destinados tanto a Ceuta como a Melilla y, como ya hemos indicado, se les brindaba la oportunidad de promocionarse alcanzando el empleo de «oficial moro de segunda clase» siempre que aprobaran el correspondiente examen.

«Art. 7.º Los individuos solteros estarán acuartelados, y los casados en el cuartel o con sus familias si residen en la proximidad [...]»

Otra de las ventajas que se ofrecía a toda la fuerza era la posibilidad de alojarse en el cuartel, permitiendo a los casados residir con su familia si ésta se encontraba en la proximidad del lugar donde prestaba servicio.

«Art. 8.º El tribunal para los exámenes de los sargentos que aspiren al empleo de oficial moro a que se refiere el apartado -c- del arto 4.º de la real orden de 29 de enero de 1910, antes citada, será presidido por uno de los Generales con mando en la región, designado por el Capitán general de la misma, y estará constituido por el teniente coronel jefe de la unidad, el comandante segundo jefe del batallón, los capitanes con mando de compañía 6 escuadrón y el oficial que tenga á su cargo la academia preparatoria, actuando de secretario el de menor empleo o más moderno.»

Ya hemos visto que las tropas indígenas contaban con la posibilidad de promoción al rango de oficial, desde diciembre de 1909, pudiendo alcanzar el empleo de «oficial moro de segunda clase» asimilado a la categoría de segundo teniente del Ejército. Pues bien, el artículo N.º 8, de la ROC que nos ocupa, detallaba la composición que debía tener el

tribunal de examen para las pruebas que, de superarlas, permitirían a los sargentos indígenas alcanzar el citado empleo.

«Art. 9.º El cargo de habilitado lo desempeñará un oficial subalterno perteneciente á cualquiera de las unidades.

Art. 10.º La recluta de personal indígena se efectuará paulatinamente nombrándose desde luego el personal de jefes y oficiales de la plana mayor, el de una compañía y el del escuadrón y sucesivamente el de las restantes unidades cuando el número de individuos reclutados permita. su organización. .

Art. 11.º Los gastos que ocasione la organización de estas tropas, se incluirán en el proyecto de presupuesto para el año próximo, cargándose su importe en lo que resta del actual ejercicio económico, á la partida de 650.000 pesetas que, para la organización de un batallón indígena figura en el crédito de 1.540.000 pesetas concedidas en concepto de supletorio al cap. 5.º, arto 1.º del vigente presupuesto, por ley de fecha 19 del mes actual

De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid a 30 de junio de 1911.»

Entre los tres artículos restantes, destaca el último de ellos, que hacía referencia al hecho de que la financiación de estas tropas se tendría en cuenta para la elaboración del presupuesto de 1912, mientras tanto se utilizaría una partida, ya establecida, de 650.000 pesetas contra un crédito, adicional al presupuesto previamente aprobado.

En resumen, la unidad indígena denominada «Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla» se estructuró como un batallón de infantería y un escuadrón de caballería, regido por el Reglamento de la Milicia Voluntaria de Ceuta. Su función principal sería el servicio de armas en unión de fuerzas del Ejército. Podían aspirar a formar parte de ellas todos los naturales de Marruecos y, según datos del Instituto Nacional de Estadística, en 1919 contaban con 7.344 efectivos.

El RD de creación del Tercio de Extranjeros⁶⁴⁷

El 21 de diciembre de 1919 el general don José Villalba Riquelme tomó posesión del cargo de Ministro de la Guerra⁶⁴⁸. Era un buen conocedor del norte de África donde había ejercido diferentes empleos entre los que destaca el de comandante general de Larache en 1915. También tenía una amplia experiencia docente como profesor en diferentes centros castrenses. De esa actividad surgieron algunas de sus obras como la titulada *Táctica de las tres armas (Ingenieros, Aviación, Carros de combate, Gases)* que los cadetes utilizaban como libro de texto.

Entre los asuntos abiertos que encontró en el Ministerio de la Guerra nos interesa especialmente el proyecto para la creación de una legión extranjera (6-X-1919). El nuevo ministro recogió el testigo y el 28 de enero de 1920 presentó a la firma del rey Alfonso XIII el decreto fundacional del Tercio de Extranjeros (DOMG N.º 22 de 29-I-1920). Desde ese momento, hasta que finalizó su ministerio (5-V-1920) por la caída del gobierno conservador de Allendesalazar, no consta que presentara a la firma de su majestad ningún otro RD, ni ROC relativa al Tercio de Extranjeros. Tampoco en los debates del Congreso se volvió

⁶⁴⁷ Aunque el RD se denomina a la nueva unidad «Tercio de extranjeros» utilizando la minúscula en la voz «extranjeros», a lo largo de este texto la escribiremos en mayúscula, pues es con ese nombre como la conocemos. Únicamente utilizaremos la forma del RD en las citas que así lo muestren.

⁶⁴⁸ Aunque fue nombrado ministro de la Guerra el día 15-XII-1919, su ausencia hizo necesario que presidente del Gobierno, Allendesalazar, ejerciera el cargo de forma interina, hasta el día 21 del citado diciembre, fecha en la que Villalba Riquelme tomó posesión de la Cartera que le había sido asignada (DOMG N.º 288 de 23-XII-1919).

a tratar el proyecto que se hará realidad con su sucesor, don Luis de Marichalar, vizconde de Eza.

Pero analicemos, línea a línea, el decreto que abría las puertas a la organización de una unidad legionaria en España.

«EXPOSICIÓN

Señor, la conveniencia de utilizar todos los elementos que pueden contribuir a disminuir los contingentes de reclutamiento en nuestra zona de protectorado en Marruecos inclina al ministro que suscribe, a aconsejar, como ensayo,[...]»

Vemos que comienza con la exposición de las motivaciones que justificaban, en opinión del ministro de la Guerra, la petición que, bajo el epígrafe «Real Decreto», se presentaba al rey para su ratificación. En concreto, argumentaba el ministro que la creación del Tercio de Extranjeros disminuiría el contingente de recluta en el norte de África, algo que era harto complicado, dado el gran número de efectivos de estas características que España tenía desplazados en dicho territorio⁶⁴⁹. Aunque ese objetivo no se llegó a conseguir ni en el corto ni en el medio plazo, fue un argumento que dio al proyecto una excelente imagen ante la opinión pública.

También es importante resaltar, en este primer párrafo, el hecho de que se considera conveniente utilizar «todos» los elementos que ayuden a conseguir lo que parece el principal objetivo: disminuir el contingente

⁶⁴⁹ Según los datos que proporciona el DOMG relativos a los quintos repartidos y destinados en África, la media anual correspondiente a los años 1917 – 1920, es de 20.234 quintos. Considerando que su estancia en aquellos territorios era de unos tres años, estaríamos hablando de más de 60.000 soldados de reemplazo españoles operando en las posesiones españolas de África.

de reclutamiento citado. Este «todos» lleva a pensar que había un gran interés en el Gobierno por conseguir el objetivo identificado y que el rey lo compartía.

La motivación enunciada es lo que lleva al ministro a aconsejar un ensayo. Y aquí tenemos la primera curiosidad de este documento. Todavía no sabemos qué es lo que se va a crear, pero se llevará a cabo «a modo de ensayo». ¿Y cuáles son las características de un ensayo? Acudimos a la Real Academia de la Lengua para que nos defina la voz «ensayo» y encontramos que se trata de probar algo antes de utilizarlo; probar una actuación antes de realizarla; hacer algo para ejecutarlo después más perfectamente.

Es decir, lo que el RD propone es algo -en este momento del texto, todavía no sabemos qué es- cuyo éxito o fracaso no afectará a nada importante. Algo que si no sale bien, no tiene mayores consecuencias, pues todo lo que funcionaba seguirá funcionando igual. En una palabra: el riesgo es mínimo.

«...la creación de un Tercio de extranjeros, constituido por hombres de todos los países, que voluntariamente quieran filiarse en él para prestar servicios militares, tanto en la Península como en las distintas Comandancias de aquel territorio».

El RD, ahora sí, identifica el objeto a crear: un Tercio de Extranjeros. Pero España no tenía en aquel momento ningún Tercio de Extranjeros, y aunque es fácil imaginar de que se trata, el RD no lo matiza.

Lo que sí indica es que este «tercio» estará constituido por hombres de cualquier lugar y aunque todavía continuamos sin saber en qué van a participar, sabemos que lo harán voluntariamente.

Esta parte del documento es muy importante, pues la ley de reclutamiento vigente en ese momento en España (feb. 1912) especificaba que únicamente podían podran formar parte del Ejército los españoles o naturalizados. Pero, también es cierto, que la ley para la reforma del Ejército (jun. 1918) autorizaba al ministro de la Guerra a realizar la recluta de soldados voluntarios como mejor considerase. Ya en 1913 se intentó fomentar el alistamiento de este tipo de tropas (RD de 10-VII-1913) mejorando los incentivos y aligerando las trabas burocráticas existentes, pero la iniciativa no tuvo éxito. Será este RD el que, de manera clara y concreta, abra a los hombres de cualquier país, españoles o no, indígenas o no, las puertas del alistamiento en una unidad militar española, pues su función será la de «prestar servicios militares».

Otro aspecto interesante que deducimos de esta parte del texto es que, en la nueva unidad militar, tanto los oficiales como la tropa podían ser extranjeros, con lo que se sobrentiende que en ella existe una interesante posibilidad de promoción, al menos, para los componentes de esta última.

«Fundado en estas consideraciones, el ministro que suscribe, de acuerdo con el Consejo de Ministros, tiene el honor de someter a la aprobación de V. M. el siguiente proyecto de decreto. Madrid 28 de enero de 1920.

SEÑOR
A. L. R. P de V. M.
José Villaba»

La exposición previa al RD no entra en más detalles. Sabemos que el futuro Tercio estará encuadrado en el Ejército y no en la Armada

porque se trata de un decreto propuesto por el ministro de la Guerra, y sabemos que existe en ese momento un ministro de la Armada. Tampoco identifica el arma o armas (Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros) a la que va a pertenecer la nueva unidad; ni se detiene en enumerar con detalle los servicios que realizará.

Lo que sí queda claro es que su zona de actuación será tanto la Península como las distintas comandancias del Protectorado, lo que constituye otra novedad importante aportada por este documento, pues la normativa legal vigente restringía el área de operaciones de los voluntarios con premio a los territorios de influencia española en el norte de África. El Tercio de Extranjeros nacía con un marco geográfico más amplio, pues cuando sólo estaban definidos algunos aspectos de su idiosincrasia, ya estaba claro que podría operar fuera de los territorios de influencia española en el continente africano.

En este punto es interesante recordar que la Legión Extranjera francesa únicamente podía intervenir en los territorios coloniales y sólo en caso de guerra u otra extrema necesidad, podía hacerlo en el territorio continental.

Como resumen de esta primera parte del RD podemos afirmar que se pretende crear un Tercio de extranjeros, a modo de ensayo, para evitar el envío de reclutas a los territorios del Protectorado español en Marruecos, que podrá operar también en el territorio peninsular y que estará formado por voluntarios que no tienen que ser, necesariamente, españoles o naturales de Marruecos.

A continuación analizamos el RD que el ministro de la Guerra sometió a la aprobación, una vez expuestas las consideraciones que hemos visto.

Artículo único del Real Decreto de 28 de enero de 1920

«REAL DECRETO

A propuesta del Ministro de la Guerra y de acuerdo con el Consejo de Ministros, Vengo a decretar lo siguiente:

Artículo único. Con la denominación de Tercio de extranjeros se creará una unidad armada, cuyos efectivos, haberes y reglamento por que ha de regirse serán fijados por el Ministro de la Guerra.

Dado en Palacio a 28 de enero de 1920

ALFONSO

El Ministro de la Guerra

José Villalba»

La segunda parte del documento la constituye el RD propiamente dicho, por medio del cual, su majestad acepta la propuesta y decreta la creación de una unidad armada, denominada «Tercio de extranjeros», estableciendo que todo lo relacionado con ella: efectivos, haberes y reglamento sea fijado por el ministro de la Guerra.

De nuevo otra frase que encierra toda una declaración de intenciones, pues convierte este decreto en un cheque en blanco para el citado Ministerio, dado que el organismo que se encarga de redactar un reglamento para desarrollar una ley o, como en este caso, un RD, es el que puede matizar la idea, aterrizarla y hacerla realidad; y el RD que estamos analizando otorgaba estas competencias, en lo relativo a la creación del nuevo Tercio, al Ministerio de la Guerra, que podrá construir esa unidad de la forma que él decida.

Y firma el rey.

Comparativa

A continuación vamos a realizar una comparativa entre los dos documentos que hemos analizado. En primer lugar, nos interesa dejar de manifiesto la forma tan diferente de crear las dos unidades objeto de nuestro análisis. Frente a los detalles que incluye la circular de creación de los citados Regulares de Melilla, que se detiene, incluso, en matizar cómo será el examen de promoción que permitirá a las clases voluntarias indígenas alcanzar el grado de «oficial moro de segunda clase», encontramos que el RD para la creación del Tercio de Extranjeros se reduce, prácticamente, a dar al ministro de la Guerra las competencias para que pueda crearlo como considere oportuno.

Veamos las diferencias y similitudes entre ambos documentos con más detalle.

Respecto al marco legal, ambas unidades nacieron en un escenario dibujado por la Constitución de 1876 y la ley de reclutamiento y reemplazo del Ejército de 27-II-1912, cuyo reglamento no llegará hasta el 2 de diciembre de dicho año. El Tercio de Extranjeros, que nació nueve años más tarde que los Regulares de Melilla, lo hizo con España comprometida en la pacificación de los territorios que se le habían asignado como consecuencia del acuerdo con Francia (27-XI-1912), por el que se instauraba un régimen de protectorado hispano-francés en el norte de Marruecos. A esto hay que añadir la presión generada por la ley para la reforma del Ejército (27-VI-1918) que exigía la creación de un «Ejército Colonial de África» formado por fuerzas provenientes de recluta voluntaria.

En relación con el origen, hemos visto que los Regulares de Melilla se diseñaron sobre la experiencia de unidades existentes sirviendo en territorios ocupados militarmente por España, cuyo rendimiento positivo animó al Gobierno a potenciar este tipo de soluciones. Por su parte, el Tercio de Extranjeros se creó, a modo de ensayo, con el respaldo del conocimiento que el Estado Mayor tenía de las tropas coloniales con las que contaban otros países europeos.

Otro aspecto de interés es la estructura de las nuevas unidades, mientras era detallada en la ROC de creación de los Regulares de Melilla (un batallón de infantería con su plana mayor y cuatro compañías al que se unía un escuadrón de caballería), se dejaba en manos del Ministro de la Guerra en la creación del Tercio de Extranjeros.

Respecto a la función que debían realizar las unidades objeto de nuestro trabajo, de nuevo la ROC incluye un detalle que está ausente en el RD, en el que únicamente se indica que el Tercio de Extranjeros realizará «acciones militares», sin especificar si actuará como auxiliar del Ejército o no, dejando de nuevo en manos del ministro de la Guerra la decisión final.

Cuando se concreta el marco de operaciones queda claro que las tropas Regulares van a actuar en las posesiones españolas africanas, mientras que el Tercio de Extranjeros podría actuar en el territorio peninsular.

Respecto a la financiación, mientras que los Regulares de Melilla se creaban especificando la partida económica que se utilizaría para su puesta en pie, el Tercio de Extranjeros tendrá que esperar a que un

nuevo ministro de la Guerra, don Luis de Marichalar, vizconde de Eza⁶⁵⁰, retome el proyecto de su creación y por RD de 31-VIII-1920, establezca los mecanismos para su financiación.

En lo referente a los efectivos que compondrán ambas unidades, la ROC establecía que los Regulares de Melilla iban a estar a las órdenes de un teniente coronel, incluyendo información adicional relativa al origen de oficiales, clases y tropa. De nuevo el RD deja todo en manos del ministro de la Guerra y, únicamente, especifica que el Tercio de Extranjeros estará formado por voluntarios de cualquier país. También en lo relativo al alistamiento de estas tropas, la ROC entra en un detalle que no forma parte del RD. Respecto al número de efectivos, la ROC aporta una plantilla para los Regulares de Melilla estableciendo la totalidad de la fuerza en 936 hombres, mientras que el RD no da ninguna información al respecto.

Como curiosidad diremos que el primer jefe que tuvo el Tercio de Extranjeros, el teniente coronel Millán-Astray, había servido en las Fuerzas Regulares Indígenas de Larache (RO de 22-II-1915) y que conocemos las previsiones que en 1921/1922 había para 1923, en cuanto a efectivos de estas dos unidades, pues para elaborar los Presupuestos Generales del Estado de ese periodo, fue necesario desglosar las tropas destinadas en África. Independientemente del tema presupuestario, los datos correspondientes a las «Fuerzas Regulares Indígenas» aparecen en ese desglose, por primera vez en 1919 (recordemos que fueron creadas en 1911). De forma similar,

⁶⁵⁰ Don Luis de Marichalar, vizconde de Eza, fue ministro de la Guerra durante el periodo comprendido entre el 5 de mayo de 1920 y el 14 de agosto de 1921.

descubrimos una de las primeras referencias estadísticas al Tercio de Extranjeros. Las previsiones que muestra el INE para ambas unidades, al finalizar 1923, son las siguientes: de 132.305 efectivos para el llamado ejército activo de 1923, está previsto que 82.782 estén operando en África. De ellos 6.612, un 7,99%, se consideran componentes del Tercio de Extranjeros y 12.566, un 15,18%, de las Fuerzas Regulares Indígenas.

TABLA 1. Datos utilizados para los presupuestos de 1922-1923 (INE)

Datos del INE	1922	1923
23-ÁFRICA -Datos utilizados para el presupuesto 1922 / 1923	77.689	82.782
01-Infantería	39.025	32.413
02-Caballería	3.110	3.110
03-Artillería	11.625	11.625
04-Ingenieros	8.255	8.255
05-Intendencia	4.519	4.519
06-Sanidad	3.114	3.114
07-Brigada obrera de E.M.	80	80
08-Fuerzas Regulares Indígenas	7.961	12.566
08-Policía - Activos		
09-Cia del mar		488
10-TERCIO DE EXTRANJEROS		6.612

Resumen

A continuación, y en formato tabla, esquematizaremos la comparativa anteriormente expuesta:

ROC de 30-VI-1911	RD de 28-I-1920
La Constitución vigente es la de 1876	
La ROC se publica a la vez que las bases para una nueva ley de	La creación del Tercio de Extranjeros se produce con

ROC de 30-VI-1911	RD de 28-I-1920
reclutamiento y reemplazo en el Ejército. Esta nueva ley abriría las puertas del Ejército a los voluntarios con premio, aunque sólo lo hacía para aquellos indígenas que se incorporasen a las unidades de esa tipología que operaban en los territorios de influencia española en el norte de África.	España comprometida, por acuerdos internacionales, con la pacificación de los territorios que serían el marco de operaciones de la nueva unidad. Además la ley de junio de 1918 para la reforma del Ejército, exigía llevar a cabo acciones orientadas a la reorganización de las tropas allí destinadas.
Los Regulares de Melilla se crearon sobre la experiencia de un tipo de tropas cuya efectividad ya estaba probada.	El Tercio de Extranjeros se creó, a modo de ensayo, diferente a lo que existía en ese momento en el Ejército español.
La ROC establecía como estaría organizada la nueva fuerza, especificando las armas a las que podían pertenecer sus oficiales.	El RD no precisa este aspecto del Tercio de Extranjeros.
La ROC establecía que la nueva fuerza estuviese a las órdenes de un teniente coronel...	El RD no precisaba que grado tendrá el jefe del Tercio que se va a crear...
...y que los oficiales debían ser del Ejército, pertenecientes a las armas de Infantería o Caballería.	...únicamente queda claro que estará formado por hombres de cualquier lugar, por lo que también estaba abierta a españoles. No se especifica si los oficiales deben pertenecer al Ejército o tener un determinado origen.
La tropa de los Regulares de Melilla iba a estar formada por voluntarios naturales de Marruecos, por lo tanto, existía	No se limita el origen de los voluntarios que servirán en el nuevo Tercio. La tropa puede ser extranjera o española, de cualquier país.

ROC de 30-VI-1911	RD de 28-I-1920
la posibilidad de que no fueran españoles.	
La ROC proponía una plantilla con 936 hombres.	El RD no precisa el número de efectivos iniciales del Tercio de Extranjeros. Deja este aspecto en las manos del ministro de la Guerra.
Según se indica en el último artículo de la ROC, desde el primer momento, los Regulares de Melilla contaban, para su creación, con una partida presupuestaria.	Nuevamente el RD dejaba en manos del ministro de la Guerra la decisión sobre los mecanismos más adecuados para financiar la creación el Tercio de Extranjeros. A pesar de ello, habrá que esperar al ministerio de don Luis de Marichalar para que, por RD de 31-VIII-1920, se especifique la forma de abordar económicamente el proyecto.
Respecto al marco de operaciones, la ROC establece que se trata de los territorios de influencia española en el norte de África, dependiendo de la, entonces, Capitanía general de Melilla.	El RD establecía que el Tercio de Extranjeros pudiese operar tanto en las posesiones españolas en el norte de África como en el territorio peninsular. No especifica de que Comandancia va a depender.
Respecto a la función de la nueva unidad, se indica que realizará un servicio de armas, dando detalle de alguno de ellos.	El RD únicamente indica que el Tercio de Extranjeros realizará acciones militares, sin especificar nada más.
Continuando con la función, la ROC incluye información relativa a una posible colaboración con el Ejército en operaciones tácticas.	El RD no indica nada al respecto.

ROC de 30-VI-1911	RD de 28-I-1920
En resumen, la ROC intenta atar la mayor parte de aspectos relativos a la creación de las Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla.	El RD de creación del Tercio de Extranjeros dejaba al ministro de la Guerra las manos libres para crear la unidad que considere necesaria.

Fuentes:

- Archivo del Congreso de los Diputados.
 - *Diarios del Congreso.*
- Archivo del Boletín Oficial del Estado:
 - Colección de la *Gaceta de Madrid.*
- Colecciones disponibles a través de la Biblioteca Virtual de Defensa:
 - *Diarios oficiales del Ministerio de la Guerra*
 - *Colección legislativa del Ejército*
 - *Anuarios militares*
- Estadísticas proporcionadas por el Instituto Nacional de Estadística.
- *Reglamento de la Milicia Voluntaria de Ceuta* (16 de julio de 1895). Colección legislativa del Ejército (1895, pp. 311ss).

Anexo

La tabla siguiente muestra las unidades de procedencia de los primeros oficiales destinados en el Tercio de Extranjeros.

GRADUACIÓN	NOMBRE	UNIDAD DE PROCEDENCIA
Comandante	Don Francisco Franco Bahamonde	Príncipe N.º 3
	Don Adolfo Vara de Rey Herrán	Zona de Segovia, 40 (Comisión mixta)
Capitán	Don Justo Pardo Ibáñez	Príncipe N.º 3
	Don Luis Valcázar Crespo	Príncipe N.º 3
	Don Eduardo Cobo Gómez	Saboya N.º 6
	Don Pablo Arredondo Acuña	Wad-Ras N.º 50
Teniente	Don Ignacio Olavide Torres	Serrallo N.º 69
	Don Javier Castro Calzado	Covadonga N.º 40
	Don Camilo Menéndez Tolosa	Cazadores Figueras N.º 6
Teniente(E. R.)	Don Luis García Bastarrica	Sección de ordenanzas del Ministerio de la Guerra.
	Don Julián Rodrigo Cañavate	Wad-Ras N.º 50
Alférez	Don Joaquín Nieves Herrero	Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla N.º 2
	Don Luis Pardo Álvarez	Órdenes Militares N.º 77